

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE MADRID



**POLITÉCNICA**

TESIS DOCTORAL

**Transformaciones urbanas del siglo XVIII en el antiguo  
Reino de Chile**

Autor

**María Dolores Muñoz**

Director de tesis

**Dr. José Luis García Grinda**



**FEBRERO 2016**

## Agradecimientos

Deseo expresar mi profunda gratitud al doctor arquitecto José Luis García Grinda, con quien siempre estaré en deuda por la dirección de esta tesis doctoral y por su apoyo incondicional, paciente y sostenido.

Es una satisfacción tener la oportunidad de agradecer públicamente al arquitecto José Luis García Fernández por su generosa disposición a compartir sus conocimientos sobre el tema de estudio y facilitarme el acceso a sus investigaciones y biblioteca personal; también agradezco al Dr. Pedro Cunill sus valiosas sugerencias y aportes a las temáticas abordadas en la tesis.

Agradezco a la Agencia Española de Cooperación Internacional la beca que me otorgó para realizar los estudios de doctorado en España. Por su gentil colaboración durante el trabajo de investigación, expreso mi gratitud a la Dirección y personal de la Biblioteca Hispánica de Madrid, Archivo de Indias en Sevilla, Biblioteca Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid, Biblioteca Nacional de Chile y Archivo del Museo Naval de Madrid.

Asimismo, deseo expresar mi sentimiento de gratitud a los profesores del Departamento de Composición Arquitectónica de la Escuela de Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid, por su inestimable contribución a mi trabajo. Hago extensivo este agradecimiento a mis queridos compañeros del Programa de Doctorado, en especial a Juan Luis Isaza por su apoyo durante la investigación en el archivo de la Biblioteca Hispánica; a Alberto Sanz, compañero de viaje a Sierra Morena, por su generosa colaboración en la revisión de los archivos de Simancas y El Viso; a Germán de Castro y Carlos Martins por sus valiosos consejos durante la presentación del tema de tesis.

También agradezco a mis amigos del Centro de Ciencias Ambientales EULA-Chile de la Universidad de Concepción, en particular al Dr. Oscar Parra por su decidido respaldo, al arquitecto Jorge Valenzuela por su inestimable aporte a la documentación gráfica y a Yely Ambiado por su ayuda en la edición.

A Hernán y Rosalina, por crearme un ambiente cálido, que hicieron posible este trabajo en las condiciones más gratas.

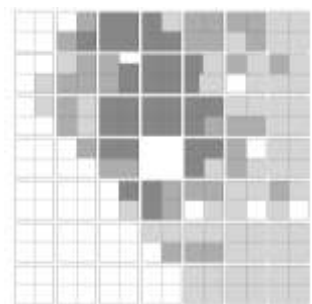
## INDICE

	pág
<b>RESUMEN</b>	<b>1</b>
<b>ABSTRACT</b>	<b>2</b>
<b>INTRODUCCION</b>	<b>3</b>
a. Fundamentos del tema de tesis y enfoques asumidos en la investigación	3
b. Interrogantes que delimitaron el campo de investigación	7
c. Hipótesis	8
d. Objetivos de la investigación y aporte al conocimiento de las ciudades coloniales	8
e. Contexto espacial y temporal de la investigación	9
f. Estructura de la tesis y descripción sumaria de los capítulos	11
g. Desafíos y limitaciones de la investigación	16
<b>I. METODOLOGÍA</b>	<b>17</b>
<b>ENFOQUES METODOLOGICOS Y TECNICAS DE INVESTIGACION</b>	<b>17</b>
a. Fuentes de investigación	17
a.1 Fuentes primarias bibliográficas y cartográficas	18
a.2 La ciudad colonial chilena en las fuentes contemporáneas	22
a.3 Relación paisaje-ciudad en las fuentes contemporáneas	24
b. Principales técnicas de análisis	25
b.1 Interpretación de planos y dibujos de las ciudades coloniales	25
b.2 Análisis sincrónico y diacrónico	28
c. Unidades de análisis territorial y selección de los casos de estudio	29
c.1 Síntesis de las ciudades seleccionadas como casos de estudio	30
<b>II. MARCO TEORICO</b>	<b>35</b>
<b>PAISAJE Y CIUDAD EN LA EPOCA COLONIAL</b>	<b>35</b>
a. El paisaje como condición espacial del proceso de urbanización colonial	35
a.1 El paisaje como contexto para la actuación del hombre	36
a.2 El paisaje como expresión de síntesis espacial de la geografía	40
a.3 El paisaje como construcción cultural en un mundo incógnito	43
b. El contexto espacial de la urbanización: un mundo distinto y distante	47
b.1 El enigma de la extensión del espacio a dominar	50
b.2 El paisaje en los espacios de la vastedad	57
b.3 Proporción de los elementos constitutivos del paisaje	61
b.4 La ciudad prehispánica como experiencia espacial	68
b.5 El paisaje como expresión de diversidad natural	70
c. Los mitos y las ciencias en la interpretación del paisaje	78
c.1 Lectura mítica del paisaje americano	82
c.2 Paisajes míticos en la región de Chile	87
c.3 Una ciudad maravillosa en la frontera del mundo conocido	93
c.4 Conocimiento y comprensión del paisaje en el Siglo de La Razón	97
c.5 Conocimiento científico del paisaje chileno	100
<b>III. ANÁLISIS Y DISCUSIÓN</b>	
<b>CAPITULO I</b>	
<b>1. LA CIUDAD ANTE LA EXTENSION DEL ESPACIO</b>	<b>103</b>
<b>1.1 Extensión del territorio y magnitud del proceso de colonización</b>	<b>103</b>
1.1.1 Extensión del territorio chileno y su influencia en la distribución espacial de las primeras ciudades coloniales	107
1.1.2 Trayectoria del proceso de urbanización colonial en Chile	111
<b>1.2 Revisión de la experiencia urbanizadora y cambios en la estrategia para el dominio de la extensión</b>	<b>117</b>
1.2.1 El contexto económico-social y sus influencias en la colonización y dominio de la extensión en Chile	119
1.2.2 Estructura geográfica, colonización y administración del territorio	125
1.2.3 Nuevas estrategias y acciones de colonización en el territorio chileno	129

<b>1.3</b>	<b>La extensión del territorio como condicionante de la colonización</b>	<b>131</b>
1.3.1	Traslados y reconstrucciones de ciudades	135
1.3.2	Creación de pueblos de indios como acción de dominio	140
1.3.3	Estructuras de colonización y características territoriales	145
1.3.4	Las unidades de paisaje en el proceso de dominio del territorio	149
1.3.5	Dominio territorial y urbanización de los valles centrales	154
1.3.6	Influencia de las haciendas en la urbanización de los valles centrales	158
1.3.7	Colonización en los valles mineros	162
1.3.8	Avances en el dominio de territorios marginados de la colonización	166
<b>1.4</b>	<b>La ciudad y los límites del espacio dominado</b>	<b>169</b>
1.4.1	Acciones orientadas a la ocupación y defensa del litoral	172
1.4.2	Acciones para proteger las fronteras internas de la región chilena	176
1.4.3	El sistema de fortificación del río Bío Bío	178
<b>1.5</b>	<b>La estructura de comunicaciones en el dominio de la extensión</b>	<b>183</b>
1.5.1	La ciudad colonial y el sistema de comunicaciones	185
1.5.2	Los caminos y la conquista de la extensión en el Siglo de La Razón	188
1.5.3	El paisaje y el sistema de comunicaciones terrestres	193
 <b>CAPITULO II</b>		
<b>2.</b>	<b>LA CIUDAD ANTE LOS PAISAJES DE LA VASTEDAD</b>	<b>195</b>
<b>2.1</b>	<b>Influencia de la vastedad en la ocupación del territorio</b>	<b>195</b>
2.1.1	Paisajes de la vastedad en la región chilena	197
2.1.2	Intentos de colonización de los paisajes de la vastedad austral	200
2.1.3	Ocupación histórica del desierto y las selvas	205
2.1.4	Condicionantes a la urbanización impuestas por la vastedad	211
2.1.5	Colonización del archipiélago de Chiloé	214
2.1.6	Las misiones de Chiloé como referencias culturales en la vastedad	219
<b>2.2</b>	<b>Función orientadora de la ciudad colonial</b>	<b>223</b>
2.2.1	Las ciudades como referencias de orientación espacial	224
2.2.2	La red de colonización como sistema de orientación	231
<b>2.3</b>	<b>La ciudad colonial como referencia de posición en la vastedad</b>	<b>234</b>
2.3.1	Los recorridos entre ciudades y la medición del territorio	236
2.3.2	Distancias territoriales según los cronistas	238
2.3.3	Las distancias territoriales en los informes de las expediciones científicas	241
2.3.4	Importancia del paisaje en la distribución espacial de las ciudades	244
<b>2.4</b>	<b>La ciudad como referencia cultural en la vastedad</b>	<b>247</b>
2.4.1	Identidad y arraigo en los paisajes de la vastedad	248
2.4.2	El nombre de las ciudades y la construcción de una nueva identidad	253
2.4.3	La plaza colonial como expresión de síntesis cultural	257
 <b>CAPITULO III</b>		
<b>3.</b>	<b>CIUDAD Y MEDIDA EN LA URBANIZACIÓN COLONIAL DE CHILE</b>	<b>261</b>
<b>3.1</b>	<b>La ciudad colonial ante las proporciones del paisaje</b>	<b>261</b>
3.1.1	La ciudad colonial como estructura mediadora con la escala del paisaje	264
3.1.2	Proyección espacial de las ciudades hacia el paisaje circundante	266
3.1.3	Los ejidos en la proyección espacial de las ciudades coloniales	269
3.1.4	Relaciones proporcionales entre la ciudad y el ejido	271
<b>3.2</b>	<b>Proyección territorial de las ciudades</b>	<b>275</b>
3.2.1	Proyección territorial de las ciudades por la red de caminos	277
3.2.2	Integración espacial de las ciudades a la estructura de colonización	287
3.2.3	Funciones económicas de la ciudad colonial y su proyección territorial	291
<b>3.3</b>	<b>Continuidad espacial entre las ciudades y el paisaje rural</b>	<b>296</b>
3.3.1	Relaciones morfológicas y funcionales entre la ciudad y el paisaje	297
3.3.2	Despliegue de la estructura de dominio espacial por el paisaje rural	306
3.3.3	Proporciones de las haciendas y su predominio territorial	311
<b>3.4</b>	<b>Dimensiones de la ciudad colonial y sus elementos</b>	<b>314</b>
3.4.1	Análisis de los tamaños de las ciudades coloniales	316
3.4.2	Relación entre la densidad y dimensiones de la estructura urbana	329



	pág
<b>CAPITULO IV</b>	
<b>4. EL ORDEN DE LA CIUDAD Y LA DIVERSIDAD DEL PAISAJE</b>	<b>339</b>
<b>4.1 Estructuras territoriales y variaciones del paisaje</b>	<b>339</b>
4.1.1 Aspectos globales y específicos del orden geométrico de las ciudades	342
4.1.2 La idea de orden y su plasmación en el proceso de colonización	346
<b>4.2 Orden y jerarquía en las ciudades coloniales</b>	<b>349</b>
4.2.1 Cambios en la jerarquía de las ciudades en Chile	352
4.2.2 Relación entre las funciones urbanas y la jerarquía de las ciudades	355
4.2.3 La plaza como espacio representativo de la jerarquía de las ciudades	361
4.2.4 Importancia del paisaje en el orden jerárquico de las ciudades	367
<b>4.3 Afinidades y contrastes entre el orden urbano y la diversidad del paisaje</b>	<b>369</b>
4.3.1 La ciudad colonial como orden urbano clásico	371
4.3.2 El modelo clásico de ciudad en las primeras fundaciones chilenas	376
4.3.3 Persistencia del modelo clásico en los procesos de desarrollo de las primeras ciudades coloniales de Chile	379
4.3.4 El modelo clásico de ciudad en las fundaciones chilenas del siglo XVIII	384
4.3.5 Orden y morfología urbana en las ciudades fortificadas	396
<b>4.4 El paisaje y las transformaciones morfológicas de la ciudad colonial</b>	<b>399</b>
4.4.1 Cambios morfológicos derivados de los sitios de fundación	400
4.4.2 Diferenciación morfológica y funcional de las ciudades coloniales	403
4.4.3 Tipos de ciudades y su relación con el paisaje	406
4.4.4 La plaza como expresión de diferencia entre las ciudades chilenas	411
<b>CAPITULO V</b>	
<b>5. GEOGRAFÍA Y GEOMETRÍA EN LA URBANIZACIÓN COLONIAL DE CHILE</b>	<b>423</b>
<b>5.1 El paisaje en la estructura morfológica de las ciudades chilenas</b>	<b>423</b>
5.1.1 Presencia del paisaje en la trayectoria urbana de la ciudad colonial	424
5.1.2 Influencia de los ríos en los procesos de crecimiento urbano	433
5.1.3 Singularidades morfológicas originadas por el paisaje	441
<b>5.2 Naturaleza, paisaje y ciudad en el Siglo de La Razón</b>	<b>445</b>
5.2.1 El orden de la naturaleza y su traspaso al orden de la ciudad	449
5.2.2 El hombre como dominador de la naturaleza	455
<b>5.3 Paisaje y naturaleza en la ciudad colonial</b>	<b>460</b>
5.3.1 Presencia de la naturaleza en jardines botánicos, alamedas y paseos	461
5.3.2 Naturaleza y orden geométrico en las nuevas ciudades coloniales	464
<b>5.4 El paisaje en la estructura interna de las ciudades chilenas</b>	<b>466</b>
5.4.1 Alameda de Santiago del Nuevo Extremo	467
5.4.2 Las alamedas coloniales en ciudades chilenas de menor jerarquía	472
5.4.3 El paseo de Los Tajamares del río Mapocho	476
5.4.4 Alamedas y paseos como elementos ordenadores de las ciudades	480
5.4.5 La ciudad colonial y el territorio cultivado	487
<b>IV. CONCLUSIONES</b>	
<b>REFLEXIONES FINALES</b>	<b>493</b>
a. Las ciudades coloniales como respuestas al contexto espacial y cultural	493
b. Diferencias y contrastes entre la ciudad teórica y la ciudades reales	501
c. Las interpretaciones del paisaje y su relación con las dinámicas del proceso de colonización y las transformaciones de las ciudades	505
d. Semejanzas y originalidades de la urbanización colonial de Chile	509
<b>V. FUENTES CARTOGRAFICAS</b>	<b>516</b>
<b>VI. BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>539</b>



## RESUMEN

---

## RESUMEN

La tesis analiza la trayectoria de las ciudades chilenas tomando como referencias la extensión, vastedad, proporciones y diversidad del paisaje en una región remota, ubicada en el confín del continente, aislada por el desierto de Atacama y la cordillera de Los Andes y que comprendía algunos de los territorios más desconocidos del Nuevo Mundo. El contexto temporal es el siglo XVIII, el período más activo de la colonización, cuando las primeras fundaciones tenían niveles de desarrollo que se expresaban en rasgos particulares, se construyen numerosas ciudades y se perfilan los contrastes entre el modelo teórico de ciudad y las ciudades reales.

### OBJETIVOS

- Analizar la forma, funciones y significado de las ciudades como respuestas a la extensión, vastedad, proporciones y diversidad del paisaje.
- Explorar los avances en el conocimiento del territorio y las nuevas interpretaciones del paisaje como bases para definir las estrategias de colonización y nuevas fundaciones
- Estudiar las influencias específicas del entorno sobre las estructuras urbanas

Estos objetivos buscan aportar al conocimiento de la urbanización colonial en Chile rescatando las características distintivas del proceso según los diferentes ámbitos territoriales.

### METODOLOGÍA

Se seleccionaron 22 ciudades como ejemplos de las transformaciones urbanas en Chile, según los paisajes y contextos culturales. Las ciudades se observaron como partes de un sistema de colonización en un territorio extenso y como individualidades fundadas en sitios específicos, cuyas cualidades se expresan en el paisaje del entorno de cada núcleo urbano.

### CONCLUSIONES

La tesis confirma que la colonización de Chile fue una empresa militar y de dominio espacial del territorio. Las ciudades sostenían la conquista y el arraigo mediante estructuras urbanas regulares porque, la cuadrícula -además de facilitar el trazado y el repartimiento de los lotes- era símbolo de estabilidad en una región hostil y sujeta a la acción inesperada y destructora de la naturaleza, una forma orientadora en la vastedad y una expresión de orden y medida que contrastaba con la diversidad y extensión del paisaje. A pesar de la primacía de la cuadrícula, las ciudades no eran simples imitaciones de anteriores fundaciones; con el avance colonizador se afirmaba el anclaje de cada ciudad al paisaje del sitio de fundación, se perfeccionaban la forma y funciones urbanas mediante la adaptación al entorno y se fortalecía el arraigo de los a los nuevos paisajes que se iban construyendo.

Las transformaciones urbanas dependían de los desafíos territoriales, las expectativas de los gobernantes y capacidades técnicas. Los cambios principales se manifiestan en el siglo XVIII, cuando las distintas zonas de Chile se colonizaron con estrategias afines a sus características geográficas y culturales y a las diferencias entre valles mineros, valles agrícolas, el litoral y las islas. El análisis revela que el desarrollo urbano de las ciudades fue condicionado por el relieve, la relación con otros núcleos urbanos y caminos, los recursos del lugar, la integración con estructuras colonizadoras -hacienda, fuerte o misión- predominantes en cada territorio y las interpretaciones del paisaje que se proponían desde la filosofía y las ciencias ilustradas.

# **ABSTRACT**

## **INTRODUCTION**

The thesis analyzes the trajectory of the Chilean cities taking as reference the extension, vastness, proportions and diversity of landscape in a remote region, located on the edge of the continent, isolated by the Atacama Desert and the Andes mountains and comprising some of the most unknown territories of the New World. The temporal context is the eighteenth century, the most active of colonization, when the first foundations had levels of development that were expressed in particular forms; in this period many cities are built and the contrasts between the theoretical model of the city and the royal cities are emerging .

## **OBJECTIVES**

- Analyze the form, function and significance of cities as responses to the extension, vastness, proportions and diversity of landscape.
- Explore the advances in knowledge of the territory and the new interpretations of the landscape as a basis for defining the strategies of colonization and new foundations
- Examine specific environmental influences on urban structures

These objectives seek to contribute to the knowledge of colonial urbanization in Chile rescuing the distinctive characteristics of the process according to the different territorial areas.

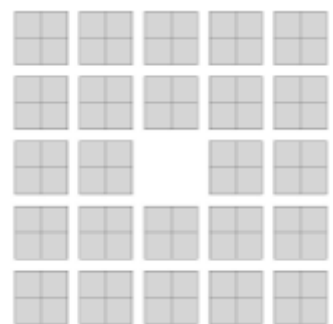
## **METHODOLOGY**

22 cities as examples of urban transformation in Chile were selected according as the landscapes and cultural contexts. The cities were seen as part of a settlement system in a large territory and as individuals elements based on specific sites, whose qualities are expressed in the landscape around of each urban center.

## **CONCLUSIONS**

The thesis confirms that the colonization of Chile was a military and space control of the territory. The cities holding the conquest and establishment through regular urban structures because, besides grid to facilitate the tracing and the division of the urban space was a symbol of stability in a hostile region and subject to unexpected and destructive action of nature, a guiding how the vastness and an expression of order and as contrasted with the diversity and extent of the landscape. Despite the primacy of the grid, the cities were not mere imitations of earlier foundations; as colonization progresses, the landscape of the place stated in each city, form and urban functions are improved by adapting the environment and establishment the landscapes that were recently built.

Urban transformations depend on the territorial challenges, expectations of governments and technical capabilities. The main changes are manifested in the eighteenth century, when different areas of Chile are colonized with strategies related to its geographical and cultural characteristics and differences between mining valleys, agricultural valleys, the coast and islands. The analysis reveals that the urban development of cities was conditioned by relief, relative to other urban centers and roads, resources, integration with other colonial structures –farmers, missions or forts- dominant in each territory and the interpretations of landscape that is proposed from philosophy and illustrated science.



## INTRODUCCIÓN



## INTRODUCCION

### a. Fundamentos del tema de tesis y enfoques asumidos en la investigación

La investigación sobre las transformaciones de las ciudades coloniales fue motivada por la aspiración de contribuir al conocimiento del proceso de urbanización de Chile en sus fases iniciales, pues, durante la época colonial, se fundaron centros urbanos con cualidades morfológicas y significados que trascendieron ese momento histórico para proyectarse hasta las ciudades actuales, donde persisten como rasgos activos. Asimismo, el tema de tesis contenía la doble posibilidad de estudiar a las ciudades desde su condición de formas individuales que respondían a contextos específicos y, a la vez, como asentamientos integrados a una extensa estructura de dominio del territorio; por lo tanto, también podían analizarse en relación con las estrategias de conquista que se aplicaron a escala local y continental.

La urbanización colonial de Chile se inscribe dentro de una serie de acontecimientos singulares, derivados del descubrimiento y dominio de un nuevo mundo. Aunque las operaciones de exploración y conquista constituían prácticas tradicionales desde la antigüedad grecolatina, la colonización de América fue esencialmente diferente. En su avance por Egipto y Persia, la civilización romana dominó diversas culturas; los mercaderes y monjes medievales en sus recorridos por Asia y otros territorios ultra europeos conocieron a distintas sociedades; no obstante, las culturas y paisajes que los conquistadores españoles encontraron en el Nuevo Mundo no eran comparables con estas vivencias históricas. Así, el descubrimiento y colonización de América no conciernen sólo a la conquista del cuarto continente, porque también representaron el encuentro con la *otredad*<sup>1</sup>, aquello que según Octavio Paz posee características tajantemente distintas a lo antes conocido. La *otredad* americana se expresaba en culturas originales y paisajes indescifrables por su complejidad. En este continente distinto y distante de Europa, las ciudades coloniales españolas –a diferencia de las ciudades romanas– no se fundaron para poblar zonas deshabitadas que estaban en medio de regiones exploradas ni para dominar áreas inexploradas pero cercanas a territorios conocidos, sino, para colonizar un mundo nuevo, del cual nada se sabía. Al respecto, Todorov señala que en anteriores descubrimientos de otros continentes y otras culturas no existió realmente un sentimiento de extrañeza radical porque los europeos nunca ignoraron por completo la existencia de África, de la India o China<sup>2</sup>.

Las crónicas coloniales revelan que América poseía unas características geográficas y culturales asombrosas en comparación con otros espacios habitados o conocidos por los europeos; por esto, la sorpresa inicial –generada por el descubrimiento del cuarto continente– crecía día a día con los asombrosos hallazgos de las expediciones que se internaban en paisajes enigmáticos por su extensión, vastedad y diversidad. Las circunstancias descritas orientaron esta investigación porque era posible deducir que, ante un mundo incógnito y remoto, las ciudades coloniales no sólo respondían a imperativos militares, evangelizadores o económicos; también debían ser formas portadoras de identidad con la lejana España. Desde esta perspectiva, los principios geométricos –conocidos y respetados por la cultura europea desde la época clásica– que definen el trazado cuadricular de las fundaciones coloniales, fueron analizados básicamente como expresiones de orden y medida que hicieron posible arraigarse en un territorio extraño y desconocido.

<sup>1</sup> PAZ, Octavio: *El arte de México: materia y sentido*. Catálogo exposición de arte mexicano realizada en Madrid, 1977. Publicado en Obras Completas de Octavio Paz. Tomo 7. *Los privilegios de la vista II*. Fondo de Cultura Económica. Segunda reimpresión, México, 1997. p.77. El texto también se publicó en PAZ, Octavio: *In/Mediaciones*. Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1981.

<sup>2</sup> TODOROV, Tzvetan: *La conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI Editores. México, 1992. p.7. Novena edición en español con traducción de Flora Botton.

Al respecto, Masiero<sup>3</sup> sostiene que el habitar se relaciona con la creación de hábitos y con la construcción de cobijos para albergar un modo propio de ser. A partir de este enfoque, se estimó adecuado analizar a las ciudades coloniales observándolas como refugios físicos y culturales que debían implantarse en un mundo inexplicable, y de qué modo, este carácter protector se fue plasmando en la forma y significado de las fundaciones españolas en Chile.

El proceso de urbanización colonial, por sus variados matices, tiene potencialidades para la investigación porque la trayectoria de las ciudades coloniales chilenas podía analizarse tomando como referencias al contexto histórico, los cambios sociales o la jerarquía militar y económica de Chile; aunque estos sentidos fueron incorporados a la investigación para evitar distorsiones teóricas, el análisis se orientó básicamente a explorar aquellos aspectos más relevantes para responder a las interrogantes que originaron la tesis. Es indudable que el contexto histórico y las dinámicas culturales ejercieron influencias en la evolución de los núcleos fundacionales; no obstante, las transformaciones experimentadas por las estructuras urbanas también se explican por las características espaciales del territorio que fue escenario de la colonización.

Las ciudades coloniales fueron símbolos de posesión territorial, avanzadas militares, centros irradiadores de la evangelización, enclaves económicos, lugares de salida y llegada de las expediciones. Estas funciones han sido el tema de diferentes estudios sobre urbanismo colonial; no obstante, por las particularidades del territorio chileno -donde inclusive la extensión del espacio a dominar era un enigma- las fundaciones españolas también pueden estudiarse como respuestas a la necesidad existencial de fijar límites y establecer referencias que permitieran reducir la vastedad. A partir de esta consideración, se estimó que las funciones delimitadoras y orientadoras de las ciudades coloniales chilenas eran atributos que debían rescatarse y profundizarse.

La búsqueda de originalidad no es la fuerza que impulsó la investigación aunque un fundamento de la tesis fue observar a las ciudades coloniales desde una mirada que admitiera nuevas lecturas e interpretaciones. El análisis del proceso de colonización de Chile -considerando a las ciudades como referencias de orientación y estructuras representativas de valores culturales expresados en el orden y la medida- recoge aspectos que no se han explorado en otras investigaciones sobre urbanismo colonial chileno, como lo evidencia la exigua bibliografía sobre estos temas específicos<sup>4</sup>.

Si las ciudades coloniales son examinadas a partir de sus rasgos generales parecen tener morfologías similares; sin embargo, una observación detallada revela que no eran semejantes y aunque integraban un sistema de colonización aplicado a escala continental, cada una fue resultado de la convergencia de diferentes factores que se combinaron de modos diversos. El grado de variedad de las ciudades chilenas y las influencias del entorno sobre los tipos morfológicos es otro aspecto investigado.

Desde los enfoques enunciados, las ciudades chilenas se analizaron como partes de una estructura dinámica de dominio del espacio, cuyas transformaciones estuvieron condicionadas por las circunstancias históricas, el contexto espacial y singularidades de cada sitio de fundación. Asimismo, las ciudades se observaron como elementos básicos de un proceso urbanizador que se fue desplegando por un territorio enorme, destacando su condición de formas culturales implantadas por España en la región más apartada y desconocida de América, cuyo dominio -debido a las características históricas y geográficas de Chile- representó un desafío sin precedentes para los colonizadores.

---

<sup>3</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. Colección La Balsa de la Medusa, 136. Editada por Antonio Machado Libros; Madrid. 2003. p. 20. Edición en español de *Estetica dell'Architettura*, publicada por la Società editrice il Mulino. Bologna, 1999

<sup>4</sup> Los antecedentes bibliográficos se analizan en Metodología; punto a. Fuentes de investigación

Las ciudades chilenas se estudiaron sincrónicamente como unidades adscritas a una única estructura colonizadora de escala continental y como estructuras individuales que debían supeditarse a condicionantes locales. La matriz geométrica que sostenía al plano cuadrículado -principal característica de las ciudades coloniales- se analizó subrayando su importancia para la génesis morfológica de una red de dominio que se fue expandiendo mediante la repetición mimética de una forma urbana básica; en paralelo, se investigaron las transformaciones de este tipo urbano genérico como modalidades de adaptación de cada ciudad a su propio contexto físico y cultural.

Las relaciones formales y espaciales entre la totalidad urbanizada por España y las partes o ciudades, fue otro tema que se abordó en la tesis. Por esto, las ciudades se estudiaron como estructuras individuales regidas por sus leyes internas particulares y, a la vez, como fragmentos de una extensa estructura de colonización definida por principios integradores. Las correspondencias entre las partes y la totalidad fueron analizadas considerando como referencia primordial a las cualidades espaciales del territorio chileno donde se desarrolló la acción española. Estudiar la configuración predominante del paisaje en las áreas colonizadas permitió establecer de qué modo las ciudades se adaptaron a las condiciones espaciales más frecuentes de la región. No obstante, en Chile existen territorios con características espaciales únicas que se expresan en paisajes singulares; por lo tanto, también se observaron las influencias específicas de estos paisajes en la definición de respuestas urbanísticas originales.

El estudio del proceso de urbanización y su relación con las principales unidades de paisaje que configuran el territorio chileno tenía el propósito de identificar distintas estructuras colonizadoras y tipos urbanos, para explorar, a continuación, cuando las diferencias morfológicas y funcionales podían ser consecuencia de adaptaciones a diversos paisajes o al contexto cultural representativo de cada territorio. Se estimó que este método era adecuado para descubrir divergencias y concordancias entre los principios colonizadores dominantes y las singularidades urbanas. Los cambios, que podían ser sustantivos o sutiles, se analizaron como resultados de los sucesivos ajustes del orden urbano primario -que subyace en los núcleos fundacionales- a las condicionantes espaciales derivadas del entorno, en especial del paisaje.

El proceso de urbanización colonial de Chile se desarrolló durante 269 de años<sup>5</sup>. En este largo período surgieron diferentes acciones para perfeccionar las estrategias de conquista y corregir los métodos de colonización de acuerdo con la jerarquía militar o económica que adquiría la región chilena y las distintas zonas que la componían. La influencia de estas variables sobre la forma, función y significado de las ciudades es un tema incorporado al análisis. Otra particularidad de la colonización chilena fue una interrupción de ciento cincuenta años que se inició a fines del siglo XVI -cuando un ataque indígena culminó con la destrucción de las fundaciones en la zona sur de Chile- y se prolongó hasta mediados del siglo XVIII; a partir de este momento, se establecieron estrategias de dominio más adecuadas a las reales características del territorio<sup>6</sup>. Por esta razón, otros antecedentes analizados fueron los avances en el conocimiento de la realidad geográfica y las diferentes interpretaciones del paisaje que era el escenario de las acciones colonizadoras.

La expresión *ciudad colonial hispanoamericana*, por lo general, describe una imagen urbana que sintetiza a las características más visibles de las fundaciones españolas en América. Al respecto, una premisa de la investigación consideró que las ciudades chilenas -aunque se trazaron bajo las directrices del damero- no fueron estructuras

<sup>5</sup> El período colonial, de 269 años, comienza con la fundación de Santiago del Nuevo Extremo en 1541 y termina en 1810 con la Declaración de la Independencia de Chile de la Corona española.

<sup>6</sup> La fundación de San Felipe El Real -en 1740- señala el reinicio de la urbanización; esta circunstancia histórica explica porqué Santiago Lorenzo propone buscar los antecedentes del desarrollo urbano de Chile a partir del siglo XVIII, cuando se fundaron más de cien ciudades y se revirtió el estancamiento de la colonización. LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1986. p.15



estáticas y se transformaron, morfológica y funcionalmente, como resultado de los ajustes sucesivos a los sitios de fundación específicos, el progreso diferenciado de la urbanización en las distintas zonas de Chile, el conocimiento gradual del territorio y sus recursos, las trayectorias individuales de las ciudades, la evolución de la guerra de Arauco<sup>7</sup> y la transmisión desde Europa hasta América de las ideas económicas, sociales y urbanísticas que surgen de la reflexión humanista del siglo XVIII. El clima **de agitación intelectual que D'Alembert** expone claramente en la introducción de *La Enciclopedia* se proyectó desde Europa hacia América ejerciendo, como señala Luis Navarro<sup>8</sup>, fuertes influencias en el devenir de las posesiones españolas en América y decantó en una serie de reformas económicas, sociales y culturales.

En Chile, desde la segunda mitad del XVIII, se aceleró el proceso de colonización y surgieron estructuras urbanas más complejas y dinámicas porque las tradicionales funciones de la ciudad -símbolo de dominio militar y foco irradiador de la conquista- se complementaron con funciones alusivas a su renovada importancia como centros claves para acelerar el desarrollo económico de un territorio enorme y desigual. Las diferentes formas de dominio del espacio que derivaron de esta nueva concepción de la ciudad fue otro tema que se examinó en la tesis.

Habitualmente, las ciudades coloniales han sido estudiadas enfatizando su carácter de estructuras de dominio militar y elementos constitutivos de sistemas productivos o defensivos. En esta investigación, se analizan subrayando su condición de formas espaciales que relacionaban a la medida del hombre con la proporción del paisaje, como lugares acogedores para los conquistadores españoles porque se contraponían a un contexto enigmático y hostil, como referencias activas de la cultura europea en territorios desconocidos o casi inexplorados, como señales orientadoras en medio de extensiones desoladas, como ámbitos que proclamaban la identidad con España y como estructuras urbanas con rasgos propios que se iban perfilando de acuerdo con las cualidades del paisaje. Estos sentidos no han sido incorporados en las distintas investigaciones sobre la urbanización colonial de Chile que pude conocer.

Las ciudades coloniales chilenas se estudiaron desde dos perspectivas. En el primer enfoque se consideró que eran elementos de dominio desplegados por un territorio inmenso, donde el paisaje expresa las características geográficas a macro escala. En el segundo enfoque, las ciudades se observaron como individualidades fundadas en sitios específicos, cuyas cualidades espaciales se muestran en el paisaje a micro escala que constituía el entorno circundante a cada núcleo urbano.

Las transformaciones de las ciudades en el siglo XVIII, que corresponde al período más dinámico de la colonización de Chile, fueron analizadas tomando como casos de estudios a fundaciones del siglo XVI -para examinar los cambios ocurridos en los núcleos originales a través del proceso colonizador- y a las soluciones urbanas que emergieron en el curso del siglo XVIII con la finalidad de identificar las variaciones, persistencias o innovaciones que identificaban a las ciudades fundadas en la última etapa de la urbanización colonial, cuando el territorio a ocupar era una realidad más explorada y conocida.

El acento de la investigación está en el análisis de las transformaciones urbanas de las ciudades coloniales como consecuencias de un proceso de dominio inspirado por la búsqueda de soluciones a las dificultades generadas por la extensión, vastedad, proporciones y diversidad del paisaje.

<sup>7</sup> La guerra de Arauco, entre españoles e indígenas, se mantuvo activa a lo largo del período colonial. Fue tema del poema épico *La Araucana*, de Alonso de Ercilla,

<sup>8</sup> NAVARRO, Luis: *Carlos III y América*. En *La América española en la época de Carlos III*. Publicación del Archivo General de Indias y Comisión del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Impresión Ferreira S.A. Sevilla 1986. p.9

## **b. Interrogantes que delimitaron el campo de investigación**

¿De qué modo el contexto geográfico -escenario espacial de la urbanización- influyó en las transformaciones de la ciudad colonial chilena? Al formular esta interrogante, que marcó el comienzo de la investigación, no intuía que la búsqueda de respuestas preliminares abriría diferentes posibilidades para analizar los temas subyacentes en la incógnita enunciada.

Una de las primeras actividades de la investigación fue establecer la trayectoria de análisis más adecuada para analizar las transformaciones de las ciudades coloniales desde una perspectiva espacial y considerando sus diferentes vinculaciones con el territorio; en este sentido, las ciudades se observaron como estructuras de dominio instituidas en ámbitos que carecían de significado para los colonizadores españoles. Colonizar espacios desconocidos, necesariamente, requería establecer articulaciones significantes entre las ciudades y el contexto natural.

El análisis del paisaje –comprendido como escenario espacial de la colonización- fue esencial para construir el marco teórico que orientó la búsqueda de respuestas a las interrogantes planteadas en la tesis y para encauzar el estudio del encadenamiento de relaciones recíprocas entre las ciudades y el territorio donde se llevó a cabo el proceso de urbanización colonial.

Así como el paisaje -por su carácter de escenario espacial para las actuaciones del hombre- condicionó las transformaciones de las ciudades, con la fundación de cada ciudad se iniciaba un proceso de metamorfosis del paisaje, cuyo alcance dependía de la expansión de las fundaciones y del uso de los recursos naturales. La actividad urbanizadora también generó cambios radicales en el universo cultural prehispánico por la imposición de un idioma y religión única que debilitaron la diversidad cultural indígena, por la instauración de nuevas formas de administración del territorio y por la implantación de nuevas modalidades de habitar el espacio. Estas expresiones de dominio cultural convergían en las ciudades y fueron origen de nuevos paisajes.

Las influencias mutuas entre ciudad y paisaje decantaron en innovadores sistemas de colonización que, sin embargo, eran sostenidos por tradiciones hispanas como lo expresaban la morfología y funciones de las ciudades. Pero, ¿cuánto de tradición e innovación contenían las ciudades coloniales chilenas? Esta interrogante orientó el análisis sincrónico de la influencia del paisaje sobre la forma y el significado de las ciudades –según los diferentes contextos espaciales que comprendía el territorio de Chile- y las cualidades particulares de las ciudades chilenas en comparación con las ciudades que se fundaron en otras regiones de Hispanoamérica.

Del análisis sobre el significado del paisaje<sup>9</sup> emergió una nueva pregunta: ¿De qué modo el paisaje condicionó las transformaciones de las ciudades coloniales chilenas para fortalecer su identificación con España? Esta interrogante, que concierne a las afinidades entre el contexto natural y las acciones del hombre, orientó el análisis de las ciudades como símbolos de identidad implantados en paisajes representativos de un mundo incógnito. La indagación exploratoria de este aspecto consideró que la identidad con el territorio no es aspiración exclusiva de una época porque el hombre siempre ha buscado construir estructuras culturales para integrarse al mundo que está habitando en forma coherente. Esta reflexión encauzó el análisis y sedimentó en la idea de observar a las ciudades coloniales como estructuras que superaron su función básica de instrumentos para el dominio militar y cultural, porque su talante conquistador también concernía el dominio espacial de un mundo nuevo.

---

<sup>9</sup> El análisis etimológico del paisaje se desarrolla en el Marco teórico de la investigación; punto a.3 El paisaje como construcción cultural en un mundo incógnito

### c. Hipótesis

La exploración preparatoria del tema de tesis y la formulación de las interrogantes iniciales decantaron en la construcción de las siguientes hipótesis.

- *Las ciudades coloniales chilenas fueron estructuras de dominio fundadas en paisajes con características espaciales –extensión, vastedad, proporciones y diversidad- que influyeron en su forma, funciones y significado.*
- *Las ciudades coloniales chilenas no fueron reproducciones miméticas de un modelo urbano previo porque los núcleos fundacionales se desplegaron por los diferentes paisajes como estructuras individuales que se iban adaptando a su propia realidad espacial.*
- *La coherencia de las interrelaciones recíprocas entre la ciudad colonial y su entorno estaba relacionada con las diferentes interpretaciones del paisaje, entendidas como las perspectivas culturales desde donde los colonizadores se aproximaron al espacio geográfico que debían dominar.*
- *Las transformaciones de las ciudades coloniales chilenas en el siglo XVIII reflejan circunstancias específicas, entre las que se destacan las cualidades espaciales del paisaje como condicionantes de los cambios ocurridos en los núcleos originales y en las nuevas fundaciones.*

### d. Objetivos de la investigación y aporte al conocimiento de las ciudades coloniales

Estudiar las transformaciones morfológicas y funcionales de las ciudades coloniales chilenas para identificar analogías y discrepancias entre las estructuras urbanas y sus contextos espaciales, fue el objetivo principal de la investigación. Este propósito se sustentó en la aspiración de aportar al conocimiento del proceso de urbanización en Chile rescatando la diversidad de los trazados y la pluralidad de significados de las ciudades coloniales como resultado de sus interrelaciones con el paisaje.

Investigar la correspondencia entre las acciones de dominio del territorio aplicadas a distintos niveles –continental, regional y local- y sus respectivas influencias sobre las ciudades, fue otro objetivo de la tesis<sup>10</sup>. Un resultado esperado de este análisis era identificar las características distintivas del proceso de colonización de Chile en función de los diferentes ámbitos territoriales que comprende la región; a partir de estos antecedentes fue posible establecer las principales afinidades y discrepancias -morfológicas y funcionales- entre las ciudades y su relación con las características espaciales de los diversos ambientes donde se emplazaron.

Un tercer objetivo fue contribuir al conocimiento de la complejidad de las ciudades coloniales de Chile ocupando diferentes fuentes –escritas y gráficas- por considerar que las dinámicas urbanas son reflejos de un proceso de urbanización condicionado por factores espaciales y culturales que pueden investigarse en fuentes históricas y recientes, relacionadas con el urbanismo y arquitectura, y también en documentos pertenecientes a otros campos del conocimiento como la literatura, la filosofía y la historia.

<sup>10</sup> La urbanización colonial chilena se inscribió en dos escalas de dominio territorial. La primera es la escala continental –que abarca a la totalidad americana urbanizada por España- donde las ciudades se relacionaban entre sí mediante estructuras integrales de administración del territorio. La segunda concierne a la escala local e incluye a las diferentes unidades de paisaje que configuraban el marco espacial donde se desarrollaron las relaciones específicas de cada ciudad con su entorno.

Finalmente, la investigación fue orientada por el objetivo de rescatar las principales cualidades espaciales y valores urbanos de las ciudades coloniales, observándolas como estructuras históricas -frecuentes o singulares- desde perspectivas abiertas por las interrogantes de hoy. Siguiendo los argumentos planteados por la arquitecta argentina Marina Waisman<sup>11</sup> se estimó que actualizar el pasado mediante el estudio del proceso histórico de urbanización es fundamental para ampliar la comprensión de las ciudades chilenas contemporáneas, cuyas raíces más profundas están en las ciudades coloniales.

### e. Contexto espacial y temporal de la investigación

En esta tesis, las ciudades coloniales chilenas se investigaron observándolas como estructuras culturales dinámicas que respondían a condicionantes derivadas de un espacio y un tiempo determinados; el contexto espacial corresponde a la región de Chile y el temporal concierne al siglo XVIII o Siglo de Las Luces.

La problemática de la ciudad colonial como construcción cultural implantada en un contexto espacial particular suponía dos consideraciones previas. La primera está vinculada a la idea de espacio como el territorio asignado por España a la Capitanía General de Chile, conocido en la época colonial como Reino de Chile. La segunda se refiere al contexto espacial como el ámbito geográfico específico donde se llevaron a cabo las intervenciones territoriales y la transformación de las ciudades chilenas.

En relación con el primer punto, se consideró que, aún cuando la investigación está centrada en la colonización de Chile, para ciertos temas era adecuado extender el campo de estudio fuera de los límites del área administrativa que correspondía a la región chilena. En esta decisión se reconoce las ciudades chilenas eran partes de un proceso de dominio que abarcó la totalidad del territorio americano urbanizado por España; por lo tanto, la forma, funciones y significado de la ciudad colonial chilena dependían de un conjunto de circunstancias interrelacionadas, que desbordaban los límites administrativos de Chile colonial. Así, la investigación se enfocó al análisis de las ciudades chilenas como estructuras de dominio -militar, cultural y espacial- en una región con características históricas y geográficas distintivas; sin desconocer que las trayectorias urbanas también estuvieron condicionadas por las dinámicas colonizadoras de escala continental.

Examinar las transformaciones de las ciudades coloniales en el contexto global de la acción urbanizadora desplegada por España en América -utilizando como método de análisis la comparación entre los principios urbanísticos generales aplicados en la colonización de gran parte del continente americano con las particularidades de las ciudades chilenas- permitió identificar rasgos urbanísticos que reflejaban la realidad singular de Chile. Los modelos teóricos y ciudades reales que componían el elenco urbanístico hispanoamericano constituyeron el marco referencial para identificar y perfilar las características físicas y significados específicos de la ciudad chilena.

En relación con el contexto espacial como ámbito geográfico donde se establecieron las ciudades, pareció acertado asumir los planteamientos de Riesco cuando sostiene que el espacio geográfico no es solamente un agente pasivo que se modifica por las influencias culturales, pues, también desempeña un rol dinámico y estructurante en los fenómenos y procesos que afectan al hombre<sup>12</sup>. Este enfoque permite inferir que

<sup>11</sup> Marina Waisman plantea que la reflexión histórica es uno de los medios más completos para conocer la propia realidad y proyectar un futuro liberado de la limitación de modelos ajenos. Asimismo, señala que la historia nunca es definitiva porque se reescribe continuamente desde cada presente, desde cada circunstancia cultural, desde las convicciones individuales de cada observador. En WAISMAN, Marina: *El interior de la historia*. Talleres Litográficos de Escala. Colombia, 1990. p.11

<sup>12</sup> RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. Publicado en *El espacio en las ciencias*. Colección Problemas Fundamentales del Hombre. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1982. p.193

el paisaje –expresión de síntesis espacial de la geografía- condicionó los avances de la urbanización colonial y los procesos evolutivos de las ciudades. Lo anterior tenía el riesgo de explicar, desde un enfoque determinista, las acciones de urbanización y las transformaciones de las ciudades coloniales como respuesta a las condicionantes geográficas.

No obstante, sin depender de ideas mecanicistas de causa-efecto como explicación exclusiva, se consideró que el contexto geográfico influyó en la transformación de las ciudades, porque, como señala Martínez Veiga, aunque no hay acuerdo respecto del grado de influencia del medio natural sobre las trayectorias culturales, es innegable que existen interrelaciones de causalidad entre la acción del hombre y su entorno<sup>13</sup>. Otros argumentos para respaldar esta posición teórica son las investigaciones sobre urbanismo colonial que analizan las condiciones geográficas como referencias para seleccionar los sitios de fundación y como factores decisivos para decidir el avance de la colonización y la evolución de los centros urbanos. A modo de ejemplo se pueden mencionar las exposiciones del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, donde el análisis del contexto geográfico fue esencial para explicar los aspectos generales y las particularidades de la colonización<sup>14</sup>.

Con el fin de encauzar la investigación desde una referencia teórica que permitiera estudiar el encadenamiento de interrelaciones recíprocas entre el contexto espacial y las ciudades, se optó por el concepto de paisaje considerando sus cualidades de expresión de síntesis espacial de un espacio geográfico específico y de construcción cultural. A través del paisaje, el hombre descifra las estructuras geográficas y las interviene; por esto, las interpretaciones del paisaje en la época colonial fueron la base cognoscitiva que orientó el análisis sobre las influencias del contexto espacial en las transformaciones de las ciudades.

El tema de investigación también se inscribe en un tiempo: el siglo XVIII, Siglo de Las Luces o Siglo de la Razón. La decisión de centrar el análisis en este período se debe a su importancia de frontera temporal que señala el fin de la época colonial y el nacimiento de las repúblicas americanas, por lo tanto, su estudio contribuye a la comprensión de la ciudad moderna, cuyo origen está en ese momento histórico.

Un antecedente clave para establecer el contexto temporal fue la disponibilidad de documentación gráfica. Esta condición era relevante porque los dibujos de ciudades coloniales -que en general corresponden a cartografía del siglo XVIII- eran fuentes primarias insustituibles para analizar las transformaciones de las ciudades chilenas. Los dibujos de ciudades representativas de la fase inicial de la colonización en Chile e Hispanoamérica -correspondiente al siglo XVI- son escasos en comparación con la cartografía histórica del siglo XVIII y ni siquiera expresan como indica Hardoy<sup>15</sup> los esfuerzos fundacionales de los conquistadores. Asimismo, se estimó que encaminar la investigación hacia las ciudades coloniales del siglo XVIII permitía indagar en las transformaciones de los núcleos fundados al inicio del proceso desde su condición de enclaves primarios que devienen en formas urbanas más complejas reflejando el avance de la colonización, las adaptaciones de las ciudades a su entorno específico y los influjos del contexto en las estructuras urbanas. Este procedimiento permitía comparar a las primeras fundaciones con las acciones realizadas en la etapa final de la colonización para identificar y contrastar las variaciones y persistencias respecto de la forma urbana inicial.

<sup>13</sup> MARTINEZ, Ubaldo: *Cultura y adaptación*. Cuadernos de Antropología N°4. Editorial Anthropos, Barcelona 1985. p.29

<sup>14</sup> Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, realizado en Buenos Aires en 1985, publicadas por el CENTRO DE ESTUDIOS Y EXPERIMENTACIÓN DE OBRAS PÚBLICAS (CEDEX) y CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO (CEHOPU); Madrid 1987.

<sup>15</sup> HARDOY, Jorge Enrique: *Cartografía urbana colonial de América Latina y El Caribe*. Publicado por el Instituto Internacional del Medio Ambiente y Desarrollo. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires 1991. pp. 11,12 y 35

Las luces de la Ilustración se ramificaron hasta las regiones más aisladas del Nuevo Mundo, como es el caso de Chile, apoyando el progreso de la urbanización. En este contexto, las transformaciones de las ciudades chilenas se entrelazaron con las ideas económicas y aspiraciones sociales surgidas del debate ilustrado; los cambios en la forma, funciones y significado de las ciudades también expresaban las nuevas visiones alusivas a la relación naturaleza y cultura.

En las ciudades chilenas -fundadas o reformadas durante el siglo XVIII- es posible observar la transición morfológica y funcional desde núcleos que fueron organizados siguiendo principios ordenadores elementales, hasta la consolidación de estructuras urbanas más complejas y activas. La dificultad consistió en determinar cuando las transformaciones de las ciudades eran significativas<sup>6</sup> como expresiones individuales o debían interpretarse como cambios determinados por el contexto cultural global.

## **f. Estructura de la tesis y descripción sumaria de los capítulos**

La tesis doctoral fue organizada en una sistematización clásica que comprende una parte inicial -marco teórico de la investigación- y cinco capítulos que contienen los resultados del estudio de las transformaciones de las ciudades coloniales en relación con las cualidades espaciales del paisaje chileno -extensión, vastedad, proporciones y diversidad-, su derivación por materias afines y antecedentes complementarios que surgieron del despliegue del tema central en diferentes sentidos.

En cada capítulo se desarrolla el análisis de un aspecto específico concerniente a la relación entre la ciudad y el paisaje como contexto espacial. La descomposición en temáticas diferenciadas hizo posible investigar las transformaciones de las ciudades como procesos que se desplegaron en escenarios con cualidades reconocibles como la extensión, vastedad, proporción y diversidad. Con el objetivo metodológico de sortear los riesgos de conducir el análisis por frondosidades excesivas, se consideró adecuado observar las transformaciones de las ciudades con respecto a cada una de las cualidades espaciales del territorio expresadas en el paisaje.

No obstante, también se estimó pertinente -para mostrar la complejidad del tema y evitar visiones fragmentadas- incorporar el análisis de las interrelaciones y vínculos entre las ciudades que se manifiestan a diferentes escalas. Por esto, los capítulos se ordenaron en una secuencia que permitiera segregar las temáticas referentes a las correlaciones ciudad y paisaje incluyendo aspectos generales -influencia del paisaje en las ciudades, observadas como partes de una estructura continental de dominio- y aspectos puntuales como la proyección del paisaje sobre las ciudades, observadas como estructuras individuales. Esta organización permitió mantener la coherencia entre las temáticas que se abordan a distintas escalas, destacando el protagonismo de los contenidos centrales, al cual se supeditan los aspectos más específicos.

En el marco teórico se desarrollan los argumentos que orientaron conceptualmente la investigación. Comprende el análisis del paisaje chileno desde tres perspectivas:

- El paisaje como contexto espacial del proceso de urbanización colonial
- El paisaje como expresión de síntesis espacial del contexto geográfico
- El paisaje como construcción cultural

Se describen las características espaciales del paisaje chileno -extensión, vastedad, proporción y diversidad- como cualidades inherentes de la geografía y expresiones de un contexto substancialmente diferente a los territorios europeos. Se expone el análisis de textos coloniales alusivos a diferentes fases del proceso de urbanización colonial para exponer las perspectivas culturales desde las cuales los colonizadores españoles se situaron ante el paisaje, sucesivamente basadas, en interpretaciones míticas y en lecturas científicas. Desde estos enfoques se registraban, explicaban y

transmitían las diferencias que presentaba el paisaje chileno en comparación con otros paisajes que los colonizadores conocieron directamente o indirectamente por medio de descripciones gráficas y escritas<sup>16</sup>.

Al inicio del proceso de colonización de Chile -de modo similar a lo que aconteció en otras regiones americanas- el paisaje chileno, por sus cualidades asombrosas, fue interpretado confiriéndole carácter de paisaje ideal o mítico. En el contexto cultural del siglo XVI, las ciudades se fundaban en paisajes tan excepcionales que sólo eran comparables a los paisajes ideales descritos por la literatura y el arte. En contraste, durante el siglo XVIII, las interpretaciones del paisaje se realizaron desde enfoques más racionales, que estaban apoyados en el conocimiento científico y considerando a las características reales del territorio para su ocupación. Las ciudades coloniales -que en esta época eran los principales componentes de los sistemas productivos- se fundaban y se transformaban fortaleciendo su coherencia formal y funcional con el paisaje; un paisaje conocido porque había sido explorado y se describía siguiendo principios y métodos científicos.

Las distintas interpretaciones del paisaje que se sucedieron en el período colonial se analizaron considerando el avance en las ciencias geográficas como aproximaciones progresivas a la realidad espacial de Chile. El perfeccionamiento en las técnicas de medición y representación cartográfica también fueron referencias para estudiar los dibujos de ciudades en diferentes etapas de la urbanización y para comprobar si el conocimiento del territorio y sus recursos que se tenía en el siglo XVIII influyó en la rectificación de las estrategias colonizadoras o determinó la morfología, funciones y significado de las nuevas ciudades.

El primer capítulo se centró en estudiar la extensión del paisaje como condicionante de la colonización destacando la magnitud de la empresa urbanizadora y los efectos que tuvo la amplitud espacial en la distribución de las fundaciones por el territorio. Las ciudades coloniales se examinaron como partes de una estructura de dominio que se materializaba en un territorio inmenso; se analizaron las consecuencias de la interrupción del proceso de urbanización como consecuencia de la guerra de Arauco y su tardía reanudación -a mediados del siglo XVIII- para asegurar el dominio de la región chilena mediante la fundación de ciudades y la instauración de estrategias y acciones de colonización orientadas por las reformas administrativas, los debates urbanísticos del momento y la interpretación científica del paisaje.

Otro aspecto investigado fueron las adversidades y dificultades que enfrentaron los conquistadores para dominar la inmensa región de Chile, que se incrementaban por la fragmentación territorial -derivada de la complejidad del relieve- y los problemas que implicaba conectar físicamente a las escasas ciudades repartidas por la enorme extensión. Asimismo, se destacaron las estrategias de colonización implementadas desde la segunda mitad del siglo XVIII para activar la urbanización en los valles y fomentar las economías mineras y agrarias, completar la estructura de colonización -con la fundación de pueblos de indios, haciendas y misiones-, ampliar las áreas de dominio de las ciudades más aisladas para promover la integración y conectividad entre fundaciones, recuperar el territorio que había sido abandonado a finales del siglo XVI como resultado de la guerra de Arauco y proteger las fronteras externas e internas para consolidar los límites del territorio chileno.

---

<sup>16</sup> Al respecto, Horacio Capel señala que en las recopilaciones del mundo americano se advierte la emoción y los esfuerzos por recoger y transmitir hasta España una imagen viva y verdadera de la imponente naturaleza americana y extraños pueblos que la habitan. CAPEL, Horacio: *América en el nacimiento de la geografía moderna. O sea de las crónicas medievales a las crónicas de Indias pasando por Plinio y el descubrimiento de las nuevas tierras*. Comunicación seminario: *Intercambios científicos y culturales en la era de los descubrimientos: flujo y reflujo entre España y América*. Expoforum; Sevilla 1992. Publicada en Suplementos Anthropos N° 43. Monografía *La geografía hoy. Textos, historia y documentación*. Editorial Anthropos, Barcelona 1994. p.42

Se constató que para alcanzar los objetivos colonizadores enunciados en el párrafo anterior fue necesario reducir, simbólicamente, la extensión del territorio mediante acciones de dominio segregadas de acuerdo con las distintas unidades de paisaje. Al analizar los cambios en el proceso de colonización instaurados el siglo XVIII se deduce que estas acciones, además de responder a los propósitos reformistas de la época, estuvieron condicionadas por las particularidades históricas y geográficas de Chile. En el siglo XVIII, la región chilena no era considerada una unidad territorial que podía ser dominada mediante acciones colonizadoras idénticas. El estudio de la cartografía histórica, crónicas de los conquistadores e informes de las expediciones permitió advertir un cambio en las estrategias colonizadoras; éstas se expresaron en la división –teórica– del espacio en fracciones heterogéneas para llevar a cabo acciones de dominio diferenciadas y coherentes con las características particulares de cada zona geográfica, la situación cultural específica y las cualidades espaciales predominantes en las diferentes unidades de paisaje que configuran el territorio.

A partir del reconocimiento de las unidades de paisaje se analizaron las estrategias de urbanización en los valles mineros y agrícolas, la estructura de colonización que se implantó en el río Bío Bío –frontera geográfica entre la zona de guerra interna y el espacio dominado por España–, la ocupación de los paisajes del litoral incluyendo las transformaciones de centros costeros para protegerlos de ataques externos y la generación de nuevas estructuras de dominio en la zona que permanecía marginada del proceso de urbanización por ser escenario de la guerra de Arauco. Una temática destacada fue la relevancia de las ciudades integradas a sistemas de fortificaciones interiores –explicable en el contexto histórico determinado por la guerra de Arauco– que diferenciaba el proceso de urbanización Chile de otras regiones americanas.

En esta parte de la tesis también se analizaron los caminos como líneas de conexión entre ciudades, que permitían extender la zona dominada y consolidar la ocupación de los territorios donde la conquista solo se sostenía en asentamientos dispersos y relacionados por recorridos apenas delineados. Además, se estudiaron las funciones de la ciudad en el sistema de comunicaciones y la importancia de los caminos para fortalecer la red de colonización. Finalmente, se analizó la influencia del paisaje en las comunicaciones terrestres, construidas para completar las redes internas de la región chilena y mejorar su integración con el resto del continente.

En el segundo capítulo, el énfasis de la investigación se enfocó a la exploración de las modalidades de vastedad existentes en Chile, sus características espaciales y las dificultades que debían enfrentar las ciudades coloniales fundadas en paisajes de la vastedad, definidos como tales por su amplitud indeterminada y por su carácter de extensiones inhóspitas que carecían signos de orientación. A partir de este enfoque, las ciudades coloniales se observaron rescatando su valor de estructuras culturales que irrumpían en lo indefinido del paisaje como elementos básicos de un sistema de referencias de orientación espacial.

Asimismo, se analizó a la red de ciudades, subrayando su connotación de estructura orientadora en la amplitud geográfica. En sentido similar, las ciudades coloniales se estudiaron como referencias para medir distancias en la vastedad y dimensionar el territorio; por contraste, se analizaron aquellos paisajes que, por sus características de vastedades extremas, fueron marginados del proceso colonizador y las acciones colonizadoras fallidas. Además, se estudiaron las ciudades fundadas en vastedades definidas por las selvas y la particular forma de colonización del archipiélago de Chiloé, donde la conquista espacial de la vastedad fue respaldada por la fundación de misiones itinerantes para apoyar la precaria trama de asentamientos españoles.



Según Morales<sup>17</sup> el hombre auténticamente orientado -y fuera de lo indeterminado y desconocido que supone la vastedad- es aquel que reconoce lo suyo en todo lo que le rodea. Siguiendo este argumento, las ciudades coloniales chilenas también se estudiaron subrayando su significado como lugares que concentraban referencias culturales familiares para los colonizadores españoles. Desde esta perspectiva, se analizó el contexto histórico de la urbanización colonial, donde las ciudades eran fundamentales para construir una nueva identidad alusiva a la cultura española.

El tercer capítulo se centró en el estudio de las discrepancias entre las proporciones del paisaje y la ciudad. En este sentido fue importante considerar que las ciudades coloniales, teóricamente, eran estructuras mediadoras entre la medida humana y la escala del paisaje. La intención de establecer esta relación se reflejaba en el interés por incorporar en la cartografía y los informes antecedentes sobre las dimensiones del paisaje como una acción prioritaria para consolidar dominio del espacio.

La mediación puede ser definida como la creación de una realidad intermedia para articular dos realidades desiguales; no obstante la investigación realizada permitió deducir que las ciudades chilenas -por la escasez de pobladores y la imposibilidad de sustentar centros de tamaños equivalentes a los que existían en otras regiones americanas- no pudieron operar como estructuras intermediarias entre la escala del hombre y las proporciones del paisaje. Esta característica explica porqué la función mediadora de las ciudades coloniales chilenas se resolvió a través de la continuidad, que es otra expresión de la mediación. Por lo anterior, este capítulo se enfocó en el análisis de la continuidad urbano-rural mediante acciones urbanizadoras tendientes a incrementar la dimensión funcional y espacial de las ciudades en correspondencia con las cualidades espaciales de las distintas unidades de paisaje.

Con el propósito de establecer el rango de proporciones de las ciudades coloniales chilenas, se incorporó un análisis comparativo de sus dimensiones en relación con el tamaño de otras fundaciones españolas en América y ciudades españolas.

En el cuarto capítulo se orientó al estudio de la diversidad del paisaje y su relación con las transformaciones morfológicas y funcionales de las ciudades. Se exponen sintéticamente los precedentes históricos de la ciudad colonial, las teorías sobre el origen de la cuadrícula y el reflejo de las variaciones del paisaje en la forma urbana. Lo medular de este análisis fue indagar en la morfología de la ciudad colonial como respuesta a la necesidad de instaurar un orden, sustentado en la matriz geométrica del trazado que contrastaba con la diversidad del paisaje y la pluralidad cultural. La trayectoria del concepto de orden -y su aplicación en las ciudades coloniales- fue observada como la manifestación de una voluntad unificadora frente la variedad del paisaje y como afirmación de estabilidad en un mundo convulsionado por cambios sociales y el mestizaje cultural que se desarrolló en paralelo a la colonización.

La geometría cartesiana fue analizada como una cualidad morfológica que denotaba las afinidades y diferencias entre el modelo teórico de ciudad colonial y las ciudades reales y, por otra parte, para estudiar la pervivencia de la cuadrícula a lo largo de la urbanización colonial de Chile.

Considerando que la forma, funciones y significado de una ciudad dependían de los énfasis dominadores que regían cada fase de la colonización y de las características de su entorno específico, se incluyó el estudio de los diferentes paisajes y contextos históricos que influyeron en la aparición de estructuras urbanas particulares como consecuencia de realidades singulares. Esta condición no era exclusiva de la ciudad

---

<sup>17</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectura: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. Segunda edición publicada por Universidad del Bío-Bío, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1984. p.173. Existe una tercera edición publicada por la Editorial Biblioteca Nueva. Colección Metrópoli. Madrid, 1999. p. 154

chilena; según Romero, cada fundación fue definiendo una cierta autonomía formal y funcional que puede explicarse como respuesta concreta a las situaciones reales<sup>18</sup>. Chile poseía atributos geográficos y condiciones culturales que lo diferenciaban de otras regiones americanas; estos contrastes fueron estudiados para identificar las cualidades privativas de las ciudades chilenas.

El quinto capítulo se enfocó a estudiar la incorporación del paisaje –como presencia natural- en la estructura interna de las ciudades coloniales. Este tema se ramificó en tres sentidos. El primero se refiere al paisaje como condicionante del crecimiento de los núcleos coloniales. El segundo se relaciona con la adaptación de la cuadrícula al paisaje –observado como síntesis geográfica de los sitios de fundación- y con las soluciones morfológicas distintivas que se explican por las influencias del entorno natural. El tercero concierne a la construcción de alamedas y paseos resaltando la importancia de estos espacios públicos para integrar, dentro del tejido urbano, a la naturaleza ordenada geométricamente.

La presencia del paisaje en la estructura interna de la ciudad colonial se investigó teniendo como referencia teórica a las ideas acerca del orden de la naturaleza y su traspaso al orden de la ciudad. A partir del análisis de las corrientes filosóficas del siglo XVIII se identificaron principios y acciones urbanísticas reformistas derivadas de conceptos –como la relación entre lo universal y lo particular- que emergieron de las observaciones científicas y las deducciones filosóficas sobre el orden natural.

La introducción de la naturaleza -sujeta a principios ordenadores- en la estructura interna de las ciudades se relacionaba teóricamente con la noción del hombre como dominador de la naturaleza y con la aspiración de progreso que, a su vez, suponía dos acciones básicas: impulsar la economía de las ciudades como partes básicas del sistema productivo y acelerar el perfeccionamiento de las sociedades urbanas por medio del intercambio cultural en espacios de uso colectivo como plazas y paseos. El progreso -que conduciría al bien común y felicidad ciudadana- debía reflejarse en ciudades higiénicas, ordenadas y donde la presencia de la naturaleza era reconocida como una cualidad urbana positiva. Desde este enfoque, se estudiaron los jardines públicos –alamedas y paseos arbolados- y su incorporación en la estructura física de las ciudades coloniales.

La investigación comprendió el estudio de las alamedas y paseos coloniales que se construyeron en ciudades chilenas con diferente jerarquía. Además, se investigó la relevancia de los huertos periféricos para integrar a los núcleos urbanos y el paisaje circundante. La densificación de las áreas centrales –junto con la disminución de los huertos y jardines privados que ocupaban el interior de las parcelas urbanas- y la introducción de la naturaleza ordenada en la estructura de la ciudad a través de los jardines públicos, fueron analizadas como acciones simultáneas que tuvieron como resultado el debilitamiento de los límites entre la naturaleza y la artificialidad de las ciudades.

---

<sup>18</sup> ROMERO, José Luis: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI Editores. Tercera edición. México 1984. p.67

## g. Desafíos y limitaciones de la investigación

El análisis de las transformaciones de las ciudades coloniales en el siglo XVIII, en apariencia, era un tema acotado porque abarcaba un período limitado de tiempo y estaba encuadrado por interrogantes específicas; no obstante, desde el inicio de la investigación el campo de estudio se reveló intrincado como un laberinto porque los caminos a seguir eran imprecisos o se ramificaban por diferentes posibilidades de análisis, generadas por un conjunto de referencias distintas y hasta contradictorias, que dificultaron el avance de la investigación. Esto ocurrió cuando los antecedentes se superponían o entrecruzaban de tal modo que sólo era posible avanzar mediante el rescate selectivo de información para aislar y poner en relieve los temas centrales del estudio; en contraste, otros aspectos carecían de antecedentes, por lo tanto era necesario buscar referencias complementarias como alternativa. Esta circunstancia era una dificultad para la investigación pero también fue su mayor atractivo, porque permitió explorar temáticas poco conocidas.

La investigación se inició con la inmersión en el ámbito abierto por las interrogantes básicas cuya indagación, con frecuencia, decantó en descubrimientos que sugerían nuevos derroteros; evitar la tentación de examinar todos estos inspiradores campos de estudio fue otro desafío de esta investigación.

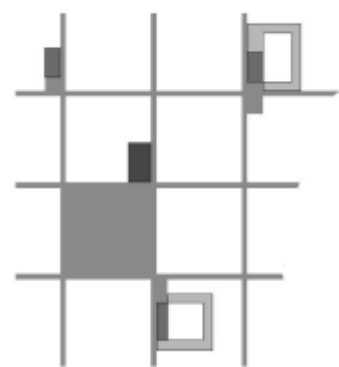
Estudiar el proceso de urbanización colonial de Chile -enmarcado doblemente por el contexto histórico y el contexto físico expresado en los paisajes característicos de la región- se consideró adecuado para descubrir los rasgos particulares del territorio y, desde ahí, observar a las ciudades del siglo XVIII como estructuras urbanas que se relacionaban con las ciudades fundadas en la fase de apertura de la colonización de Chile, rescatándolas como elementos primordiales de una empresa de dominio que se fue diversificando según las diferentes cualidades espaciales del territorio.

Investigar a la ciudad colonial del siglo XVIII no como estructura estática explicable por un momento histórico determinado sino como parte de un proceso cambiante, cuyos principios rectores podían ser descubiertos, fue un objetivo constante. La aspiración de identificar las causas que explicaban las variaciones urbanas se basó en el convencimiento que incluso las transformaciones aparentemente inconexas o contradictorias podían expresar articulaciones coherentes entre las ciudades y su entorno. En este sentido, otro desafío de la investigación fue descubrir cuando las transformaciones urbanas enunciaban cambios relevantes<sup>19</sup> o si las variaciones en la forma, funciones y significado de las ciudades reflejaba el paso de una realidad espacial-cultural a otra distinta.

La perspectiva elegida para analizar las transformaciones de las ciudades coloniales tenía potencial para comprimirse o expandirse según las referencias teóricas, pues, las ciudades chilenas podían estudiarse como formas disidentes, que se excluyeron de la dinámica colonizadora de escala continental empujadas por las fuerzas de un contexto singular -que además estaba agitado por acontecimientos imprevistos- o como estructuras urbanas insertas en una realidad colectiva y única, de la cual eran dependientes. Se ha descrito la trayectoria recorrida para investigar a las ciudades chilenas del siglo XVIII como formas urbanas que se transformaron para responder a estrategias colonizadoras tradicionales y a la búsqueda de nuevas soluciones para enfrentar situaciones inesperadas.; en este sentido, otra complejidad de la tesis fue establecer las rupturas y continuidades entre la ciudad y su entorno -expresado en el paisaje- y las discrepancias o concordancias entre el modelo teórico de ciudad colonial y las ciudades reales.

---

<sup>19</sup> Según Le Goff, la historia no es inmóvil pero tampoco es cambio puro sino el estudio de los cambios significativos. LE GOFF, Jacques: *Pensar la historia*. Colección Grandes Obras del Pensamiento. Editorial Altaya, Barcelona, 1998. p.15. Edición española del original *Storia e memoria*, Giulio Einaudi Editore, Turín 1977.



## I. METODOLOGÍA

---

## ENFOQUES METODOLOGICOS Y TECNICAS DE INVESTIGACION

### a. Fuentes de investigación

El método de investigación adoptado incluyó la recolección, selección y análisis de fuentes primarias y contemporáneas que contenían antecedentes bibliográficos y cartográficos concernientes a distintas fases del proceso de urbanización colonial en Chile. Las fuentes primarias bibliográficas comprenden publicaciones de informes y cartas de los fundadores de ciudades, crónicas de los soldados que participaron en de colonización, informes de expediciones científicas, descripciones de los miembros de las órdenes religiosas encargadas de evangelizar a los indígenas que habitaban la región chilena y relatos de viajeros. Con el objetivo metodológico de precisar los rasgos propios de las ciudades chilenas, estos antecedentes se complementaron con documentos coloniales de otras regiones americanas.

La colonización del territorio chileno fue un proceso estructurado por variables tan heterogéneas que se puede investigar desde el urbanismo, la arquitectura histórica, las ciencias sociales y otros campos epistemológicos; así, con el fin de profundizar determinadas temáticas, dentro de las fuentes primarias se incluyeron documentos provenientes de la historia, filosofía y literatura.

Respecto de las fuentes gráficas –que fundamentalmente corresponden a planos de ciudades y cartografía colonial del territorio chileno- se analizaron documentos de archivos españoles y chilenos; en particular, el Archivo General de Indias de Sevilla, Archivo Nacional de Chile y Biblioteca Nacional de Chile; en Madrid se examinaron los archivos del Museo Naval, del Servicio Histórico Militar y Servicio Geográfico del Ejército. También se consultó bibliografía específica sobre cartografía colonial, atlas históricos, investigaciones generales y monografías que incluyeran planos y dibujos de ciudades chilenas así como fuentes bibliográficas con cartografía de las ciudades coloniales americanas que fueron analizadas como referencias comparativas.

La investigación cartográfica comprendió planos fundacionales y levantamientos de ciudades realizados por orden de los gobernantes coloniales, planos de ciudades elaborados por ingenieros militares, planos de fuertes y sistemas defensivos, planos de puentes y obras de ingeniería, mapas con trazados de caminos y levantamientos geográficos. Además, se analizaron grabados de monumentos coloniales y dibujos de ciudades correspondientes a la época colonial o al inicio del período republicano. Los antecedentes obtenidos del análisis de la cartografía histórica se verificaron y complementaron con cartografía actual de las ciudades y territorios estudiados para aclarar aspectos dudosos o incompletos.

Las fuentes contemporáneas corresponden a estudios generales de la colonización, monografías enfocadas hacia temas específicos del proceso de urbanización colonial en Chile, investigaciones relativas a las principales ciudades coloniales y cartografía actual de ciudades y territorios donde se llevó a cabo la colonización. El análisis de fuentes recientes permitió conocer visiones contemporáneas sobre la urbanización colonial y confrontar los antecedentes históricos con las interpretaciones recientes. Asimismo, se incorporó un estudio sintético de la colonización en otras regiones de Hispanoamérica para perfilar las diferencias del proceso chileno en comparación con el proceso general de colonización española, aplicado a nivel continental.

El análisis de fuentes bibliográficas y cartográficas -históricas y contemporáneas- se realizó seleccionando los documentos que permitieran identificar y comprender las variables con mayor influencia en la urbanización colonial y transformaciones de las ciudades chilenas; por esto, se estudiaron antecedentes sobre la teoría y praxis de la acción urbanizadora para descubrir los principios o ideas que se expresaron en la trayectoria de las fundaciones y en el cambio de los métodos de colonización.

La variedad de antecedentes contenidos en las fuentes históricas y contemporáneas permitió disponer de información cuantitativa sobre distancias entre fundaciones y su distribución espacial, dimensión del trazado y los ejidos, lotes urbanos asignados y ocupados, divisiones prediales, uso del suelo urbano y población de las ciudades. Estos antecedentes se complementaron con información cualitativa relacionada con las interpretaciones del paisaje, los problemas generados por el contexto geográfico y circunstancias históricas, objetivos de los fundadores de ciudades, revisión crítica de las estrategias de urbanización y otros fundamentos que explican las distintas acciones colonizadoras.

Los antecedentes mensurables y la información sobre las posiciones culturales que conciernen a diferentes aspectos de la colonización de Chile permitieron analizar, desde enfoques cuantitativos y cualitativos, las transformaciones de las ciudades en el contexto del proceso de ocupación del territorio y en relación con las cualidades espaciales del paisaje.

### **a.1 Fuentes primarias bibliográficas y cartográficas**

Las crónicas de los conquistadores contienen descripciones del territorio chileno que permiten deducir como ellos interpretaron el paisaje –en cuanto ambiente natural y escenario de la urbanización–, los obstáculos que debían enfrentar para asegurar el dominio militar de Chile y sus expectativas colonizadoras personales. Las crónicas de miembros de las órdenes religiosas –redactadas desde la perspectiva misional– se refieren a las características físicas del territorio, la sociedad colonial, las culturas indígenas, la vida en las ciudades, la historia de la colonización y las influencias del entorno geográfico y cultural en el avance de la evangelización.

Las crónicas de militares y misioneros configuran un elenco documental variado que denotan diferentes enfoques y niveles de conocimiento de la realidad chilena; esta característica permitió investigar la urbanización con una visión amplia y cimentada en testimonios de testigos directos. Carmen Bravo Villasante explica que el origen de las crónicas de Indias fue diverso; podían ser parte de un despacho diplomático, iniciativas personales o informes realizados por expreso encargo de la Corona<sup>1</sup>. Se deduce que la objetividad de las descripciones dependía de la formación o intereses de sus autores. Los textos referentes a la situación chilena, en general, contienen descripciones semejantes respecto de las características del paisaje y las sociedades indígenas; no hay discrepancias relevantes en los testimonios que se refieren a las complejidades de la colonización. Las mayores diferencias se advierten en el grado de conocimiento acerca de las cualidades específicas del territorio y del entorno de las fundaciones que se tenía en las distintas etapas de la colonización.

Una particularidad de las primeras crónicas de Indias es que en ellas se mezclaron descripciones del mundo real con imágenes literarias procedentes de otras formas de narrativa como las leyendas medievales, mitos clásicos, relatos de navegantes, libros de caballería y novelas pastoriles. Esta característica puede relacionarse con las necesidades de describir y transmitir las impresiones generadas por paisajes y culturas que no podían explicarse desde los conocimientos tradicionales. Elliot<sup>2</sup> hace notar los problemas que debían enfrentar los cronistas de Indias para divulgar la naturaleza nueva y diferente de América; situación que subyace en sus comentarios y crónicas. El desafío que implicaba para los europeos describir al Nuevo Mundo se relacionaba con varias dificultades que Elliot explica detalladamente. La primera era la diversidad de animales, plantas, paisajes y culturas –incomparables con el mundo

<sup>1</sup> BRAVO-VILLASANTE: Carmen: *La Maravilla de América. Los cronistas de Indias*. Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid 1985. pp. 8-9 y p. 65

<sup>2</sup> ELLIOT, J.H.: *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. Alianza Editorial. Madrid 1984. p. 55. Segunda edición española del original *The Old World and the New. 1492-1650*. Cambridge University Press 1970. Traducción de Rafael Sánchez Mantero.

europeo-, cuya abundancia y variedad no podía reflejarse en las descripciones, que casi siempre se realizaron con referencia a Europa. Por otra parte, la observación de la naturaleza americana suponía extender las fronteras de la percepción para captar ciertas cualidades como la diversidad morfológica y cromática del paisaje. Además, la obligación o voluntad de comunicar a España las particularidades americanas fue estorbada, entre otras cosas, por el vocabulario; según Elliot, la reducida gama de colores que los europeos podían nombrar obstaculizaba la descripción de los verdes de las selvas o tonalidades de los pájaros<sup>3</sup>. Las ilustraciones y los dibujos, aunque ayudaban a explicar algunas características del Nuevo Mundo, estaban limitadas por la variedad de colores y técnicas disponibles. Elliot señala que otra dificultad para difundir la auténtica realidad de América mediante descripciones escritas o dibujos fue que su divulgación dependía de los intereses, gustos o caprichos de los editores y gobernantes o fue influenciada por idealizaciones y conocimientos de los autores<sup>4</sup>. Estas condiciones sugieren que, con frecuencia, no se tenía información fidedigna de la naturaleza y culturas del Nuevo Mundo. La realidad americana y la imagen de esa realidad que se transmitió hasta Europa no siempre coincidían.

A pesar de estas dificultades, las crónicas contienen descripciones realizadas por los protagonistas de la historia y, en algunos casos, son documentos insustituibles para explicar la urbanización colonial porque relacionan acontecimientos y experiencias personales. Al respecto, Seres puntualiza que la **verdad** de Bernal Díaz del Castillo está respaldada por su condición de relato de un testigo<sup>5</sup>. Además, en las crónicas se describen temas fundamentales y episodios anecdóticos de la urbanización, lo que permite aproximarse a distintas circunstancias que intervinieron en el proceso.

Para seleccionar las crónicas incorporadas como fuentes primarias se consideró que fueran representativas de autores con diferentes intereses y formación –militares y misioneros- y protagonistas de distintas etapas de la colonización con el objetivo de estudiar los cambios en la apreciación del paisaje y del proceso de urbanización. Por esto, el análisis se centró en los informes de Pedro de Valdivia –capitán que dirigió la fase inicial de la conquista- cuyas **Cartas de relación de la conquista de Chile**<sup>6</sup> son documentos básicos para comprender las motivaciones que orientaban la fundación de las primeras ciudades. Alonso González de Nájera<sup>7</sup>, cronista del siglo XVI, fue escogido porque su **Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile** contiene descripciones pormenorizadas del contexto histórico y un punto de vista crítico de la conquista. Del siglo XVII se escogió la crónica de Jerónimo de Quiroga<sup>8</sup> –Maestre de Campo en la frontera chilena a finales del siglo XVII- considerando que, debido a su formación militar, proporciona una versión castrense del proceso de urbanización en sus primeras fases y de las consecuencias de la guerra de Arauco.

Del siglo XVIII se seleccionó a Vicente Carvallo y Goyeneche –militar que nació en la ciudad chilena de Valdivia y fue Capitán de Dragones y Comandante de la plaza fuerte de Arauco- porque su conocimiento directo del territorio de la Araucanía, de los indígenas de la zona y de la trayectoria militar de Chile eran fundamentales para analizar los conflictos que debió enfrentar la colonización<sup>9</sup>.

<sup>3</sup> ELLIOT, J.H.: *El Viejo Mundo y el Nuevo.1492-1650*. op. cit. p.35

<sup>4</sup> ELLIOT, J.H.: *El Viejo Mundo y el Nuevo.1492-1650*. op. cit. pp.34-37

<sup>5</sup> SERES, Guillermo: *La conquista como épica colectiva*. Colección Biblioteca Crítica de las literaturas Luso-Hispánicas N°15. Universidad de Minnesota. Ediciones del Orto. Madrid 2005. p.51

<sup>6</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. Colección Escritores Coloniales. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1992. pp.43-44

<sup>7</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1971

<sup>8</sup> QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. Transcripción del manuscrito original propiedad de la Universidad de Indiana, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979

<sup>9</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. Segunda parte. Corresponde al tomo 10 de la Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Imprenta de Librería del Mercurio, Santiago, 1876.

Respecto de los cronistas misioneros, se seleccionaron autores de los siglos XVII y XVIII. El relato de Diego de Ocaña<sup>10</sup> *Viaje a Chile* fue escogido considerando que es un ejemplo de testimonio presencial durante uno de los momentos más críticos de la colonización. Ocaña recorrió Chile a comienzos del siglo XVII, cuando el retroceso en la urbanización contrastaba con los avances logrados en las demás colonias. Su conocimiento de otras regiones americanas y su decisión de explorar el territorio abandonado por España después de la destrucción de siete ciudades por ataques indígenas a fines del siglo XVI, le confieren una importancia especial a su relato. El análisis de la crónica del jesuita Alonso de Ovalle<sup>11</sup> -quien conoció Chile a mediados del siglo XVII- permitió dimensionar los avances logrados en cincuenta años. Entre los autores del siglo XVIII se seleccionó al jesuita Juan Ignacio Molina<sup>12</sup>, el cronista más relevante de su época y autor del *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, donde entrega información detallada del paisaje, los recursos naturales, la sociedad y las costumbres coloniales.

Fuentes documentales básicas para estudiar el contexto de las transformaciones de las ciudades en el siglo XVIII son los informes de científicos, ingenieros y marinos encargados de dirigir las exploraciones geográficas y científicas para determinar las características del territorio, en especial las zonas aisladas y escasamente conocidas como las descritas en el informe de la expedición a Chiloé, de José de Moraleda<sup>13</sup>. Los resultados de estas exploraciones, particularmente las mediciones geográficas, eran indispensables para acelerar la colonización, consolidar las fronteras y activar la economía. La pluralidad de intereses que guiaban las exploraciones se refleja en expediciones de carácter general por el continente como la realizada por Jorge Juan y Antonio de Ulloa<sup>14</sup> o en otras, de carácter más específico y acotadas a un territorio determinado, como fue la expedición mineralógica por el norte de Chile dirigida por los hermanos Conrad y Christian Heuland<sup>15</sup>.

Los datos de las expediciones científicas del siglo XVIII se complementaron con los antecedentes proporcionados por Charles Darwin<sup>16</sup>, quien recorrió Chile sólo veinte años después del término del período colonial. Las descripciones del científico inglés contienen referencias de las ciudades y diversos antecedentes de los territorios que aún permanecían sin explorar o eran superficialmente conocidos.

Los documentos elaborados por ingenieros militares, marinos y técnicos son fuentes cartográficas que proporcionan información detallada y precisa de las características geográficas y su relación con las ciudades, caminos, puertos y sistemas defensivos; además, contienen antecedentes de los proyectos y construcciones realizados para perfeccionar la explotación de los recursos naturales, fomentar la colonización y el desarrollo de las ciudades, construir fortificaciones más adecuadas a la complejidad del relieve y mejorar el sistema de comunicaciones marítimas y terrestres.

<sup>10</sup> OCAÑA, Diego de: *Viaje a Chile*. Relación contenida en la crónica *A través de la América del Sur*. Con prólogo de Lorena Loyola; introducción y notas de Eugenio Pereira Salas. Colección escritores coloniales. Editorial Universitaria; Santiago, 1995

<sup>11</sup> OVALLE, Alonso de: *Histórica relación del Reino de Chile*. Edición resumida del original publicado en Roma en 1646. Prólogo de Walter Hanisch. Editorial Universitaria. Colección Escritores Coloniales. Cuarta edición, Santiago 1993. p.3

<sup>12</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. Biblioteca del Bicentenario. Pehuén Editores. Santiago 2000. Edición facsimilar de original publicado en Madrid, 1788.

<sup>13</sup> O'DONELL, Hugo: *El viaje a Chiloé de José de Moraleda (1787-1790)*. Editorial Naval. Madrid 1990.

<sup>14</sup> JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de: *Noticias secretas de América*. Edición facsimilar de la publicada por David Berry. Londres 1826. Editorial Turner. Madrid, 1982.

<sup>15</sup> La transcripción del informe de la expedición fue publicado en ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición Científica de los hermanos Heuland. (1795-1800)*. Edición Cultura Hispánica, Centro Iberoamericano de Cooperación. Madrid 1978

<sup>16</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Colección Imagen de Chile. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1996



El elenco cartográfico levantado por ingenieros militares incluye planos de ciudades costeras y otros centros urbanos que concentraban el interés de los gobernantes, proyectos de fuertes, puentes, caminos, defensas fluviales y edificios para reformar la arquitectura existente introduciendo el estilo neoclásico. Una característica de la cartografía realizada por los ingenieros militares es la fidelidad en la representación del territorio y la identificación de los sitios por medio de coordenadas geográficas. Respecto de los planos de ciudades -en contraste con los dibujos de los fundadores del siglo XVI- los levantamientos realizados por los técnicos son más exactos en la descripción de la morfología urbana y contienen otros antecedentes básicos como la escala. Esta cualidad se aprecia en los dibujos de ciudades chilenas realizados por Amadeo Frezier<sup>17</sup> que, por su precisión, sirvieron de base para planos posteriores. Por otra parte, aunque en la cartografía del XVIII se describen preferentemente las principales ciudades y centros con mayor importancia estratégica o militar, también hay documentos referentes a núcleos urbanos menores y pueblos de indios.

Los dibujos y planos del siglo XVIII permiten conocer las prioridades del gobierno y las acciones de colonización preferentes. Se destacan los estudios geográficos para servir de base a los proyectos de nuevos caminos en áreas con creciente circulación de productos agrícolas y mineros, revelando el interés por fomentar el desarrollo de ciertas zonas y ciudades específicas. La abundancia de proyectos con fortificaciones en ciudades costeras y puertos denota el valor estratégico del litoral. Asimismo, los principios imperantes en el siglo XVIII -dominio de la naturaleza- se reflejan en la elaboración de proyectos de puentes y defensas fluviales para controlar las crecidas del río Mapocho en Santiago del Nuevo Extremo o en dibujos de alamedas y paseos. La idea del progreso, asociada al crecimiento económico y los cambios sociales, se refleja en los numerosos planos de nuevas construcciones que, además, muestran la creciente complejidad funcional de las ciudades.

Los planos de los ingenieros militares, arquitectos y cartógrafos<sup>18</sup> también sirvieron de fuentes primarias para investigar las transferencias de teorías y técnicas desde España y otras colonias americanas hacia Chile, pues, varios de estos profesionales actuaron previamente en distintas regiones de América. La evolución de las técnicas de registro y representación, las nuevas visiones sobre el territorio y los cambios en la arquitectura llegaron a Chile a través de los técnicos españoles<sup>19</sup>. Para analizar la cartografía del siglo XVIII, complementariamente, se estudiaron antecedentes sobre la formación profesional -en academias españolas y Cuerpo de Ingenieros Militares- de los ingenieros y arquitectos que realizaron los planos de ciudades y el territorio. Capel resalta la acción de los ingenieros militares porque convirtieron a un territorio casi inexplorado en un espacio geométrico medible, con distancias calculables; un territorio ordenado y organizado donde podían situarse infraestructuras y redes de comunicación<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. Edición en español del original *Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou, fait pendant les 1712, 1713 et 1714*. J.G. Noyon Impr. París. 1716. Publicada por Biblioteca Ayacucho. Vol XCLX. Editorial Arte Caracas, 1982.

<sup>18</sup> Los ingenieros militares y cartógrafos cuya obra gráfica fue analizada son Juan Antonio Birt, Manuel Olager Feliu, Pedro Rico, Francisco Cortés y Cartavio, Martín Gregorio del Villar, Antonio Martínez de Mata, Ignacio Díaz Meneses, Francisco Muñoz, Juan de Ojeda y José Ignacio de Andía y Varela.

<sup>19</sup> INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR (I.G.M.): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. Introducción de Gabriel Guarda. Editado por el Instituto Geográfico Militar. Santiago de Chile 1981.

<sup>20</sup> Capel dice que en las Ordenanzas de Ingenieros de 1718 aparecen reflejadas las nuevas políticas de ordenación económica y territorial de España. CAPEL, Horacio: *La invención del territorio. Ingenieros y arquitectos de la ilustración en España y América*. Publicado en La Geografía Hoy. Textos, historia y documentación. Suplementos. Editorial Anthropos. Barcelona. 1994 p. 98-99

## a.2 La ciudad colonial chilena en las fuentes contemporáneas

Los estudios y publicaciones contemporáneas sobre urbanismo colonial que incluyen información de las ciudades chilenas son tan numerosos que es complejo sintetizar las posiciones principales. Por esto, se consideró apropiado centrar el análisis en los trabajos dedicados específicamente a la colonización en Chile; aún así, debido a la variedad de enfoques y temas, en la metodología sólo se describen las fuentes que sirvieron de referencias principales.

El proceso de urbanización colonial en Chile es un tema que, fundamentalmente, se ha observado desde perspectivas amplias por formar parte de estudios históricos de carácter general y otros campos de las ciencias sociales. La categoría de estudios históricos también comprende investigaciones sobre arquitectura y obras de autores –geógrafos, historiadores y sociólogos– que exploran el urbanismo colonial a partir de visiones disciplinares y específicas. En este sentido, se destacan los análisis de la cartografía o que abordan temáticas puntuales como la historia de las fronteras y fortificaciones, los factores sociales y económicos que influyeron en la urbanización colonial, las funciones territoriales de las haciendas, la actuación de los misioneros y el itinerario de la colonización en el contexto definido por la guerra de Arauco.

En contraste con los profusos estudios históricos y sociales, las investigaciones que pertenecen al campo del urbanismo colonial, son escasas. En este reducido elenco, las obras enfocadas al tema de la ciudad chilena en el siglo XVIII integran un grupo menor. Una excepción son las investigaciones realizadas por Gabriel Guarda, quien, en su *Historia Urbana del Reino de Chile*<sup>21</sup>, analiza la colonización en el siglo XVIII profundizando en aspectos como las prácticas fundacionales, administración de las ciudades y actividad de los gobernantes, efectos del crecimiento económico sobre la urbanización, composición de la población urbana y contexto social. *Historia Urbana del Reino de Chile* incluye un registro de las poblaciones coloniales con información cronológica y referencias bibliográficas de las ciudades, fuertes, pueblos de indios y misiones<sup>22</sup>.

En otra extensa investigación sobre el urbanismo de Chile, Jaime Garretón<sup>23</sup> analiza las estrategias colonizadoras aplicadas en Chile señalando las diferencias entre las fundaciones realizadas al sur del río Maule, al oriente de la cordillera de Los Andes y en la zona de Arauco. Garretón destaca los fracasados intentos para reconstruir las fundaciones arrasadas a finales del siglo XVI por los ataques indígenas, la intensiva colonización de los valles agrícolas, la consolidación militar de la frontera interna y el renacimiento del urbanismo colonial en la segunda mitad del siglo XVIII.

La importancia que alcanzó la colonización de Chile desde mediados del siglo XVIII, por los efectos positivos de las acciones de pacificación y el crecimiento económico, explica que sea un período destacado en el proceso colonizador. En la publicación *La ciudad chilena del siglo XVIII*, Gabriel Guarda<sup>24</sup> analiza la fundación de ciudades y pueblos, subrayando el protagonismo de las haciendas para colonizar los valles agrícolas y la influencia militar en las ciudades de frontera. Incorpora el análisis de las normas alusivas al proceso fundacional y el estudio de las ciudades mineras, los pueblos de indios y reducciones como expresiones colonizadoras en Chile. A escala urbana, Guarda resalta a la arquitectura neoclásica y su preeminencia en la nueva morfología de las ciudades.

<sup>21</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. Editorial Andrés Bello. Imprenta Universitaria. Santiago 1978.

<sup>22</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. pp.259-279.

<sup>23</sup> GARRETÓN, Jaime: *El urbanismo en Chile. Conquista y colonia*. Ediciones de la Universidad de Concepción. Concepción 1997.

<sup>24</sup> GUARDA, Gabriel: *La ciudad chilena del siglo XVIII*. Texto de la serie La urbanización en América Latina. Monografías de historia urbana. Centro editor de América Latina. Buenos Aires, 1968.

Santiago Lorenzo<sup>25</sup> en su *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII* examina las políticas de poblamiento instauradas por los gobiernos coloniales de la época centrando el análisis en la efectividad de estas políticas y sus reales posibilidades de aplicación, las dificultades que debían superarse y los objetivos que se pudieron alcanzar. Santiago Lorenzo se refiere a la escasa importancia que los estudios sobre Chile le otorgan a la urbanización en el siglo XVIII, cuando se fundan más de cien ciudades y se revierten los insignificantes resultados que mostraba la colonización. Los argumentos medulares de su trabajo se refieren a la composición de los pobladores urbanos, influencia de las nuevas fundaciones sobre la economía, propiedad de la tierra y administración del territorio y, especialmente, la dificultad de conciliar el desarrollo agrario con el desarrollo urbano. Este escenario es el tema del texto *De lo rural a lo urbano. Chile en el siglo XVIII* donde Santiago Lorenzo<sup>26</sup> examina las debilidades del poblamiento urbano en comparación con la importancia territorial de las haciendas, donde se concentraban el poder político y económico.

Otras investigaciones están enfocadas al análisis de la colonización de determinados territorios: valles agrícolas, zona de Arauco -escenario de guerra- y archipiélago de Chiloé. A este grupo pertenece el trabajo de Romolo Trebbi, orientado al estudio de los valles agrícolas y subrayando las funciones colonizadoras de las haciendas y los caminos<sup>27</sup>. Los dibujos del autor, basados en el levantamiento de varias haciendas y centros agrarios fueron un importante aporte para la investigación.

La influencia del contexto histórico –en particular la prolongada guerra de Arauco– en el avance de la colonización se analiza en distintos trabajos. Se destaca *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*, donde Guarda<sup>28</sup> expone el progreso de los sistemas defensivos costeros y fortificaciones internas de Chile detallando el contexto histórico y características geográficas de los emplazamientos, técnicas de fortificación, detalles de las defensas –construcción, implementación y forma de manutención– y las obras de los ingenieros militares en Chile. Contiene un inventario de fortificaciones coloniales –construidas o planificadas– indicando fechas de construcción o reformas, ubicación, autores y referencias documentales de ellas.

Un conjunto significativo de trabajos se enfoca al análisis de ciudades específicas, como Santiago del Nuevo Extremo, Valdivia<sup>29</sup> y Santiago de Castro. La mayoría contiene información territorial, histórica y social; por lo tanto aportan antecedentes para analizar el contexto geográfico y cultural de los procesos urbanos. Es lo que acontece con las investigaciones acerca de la colonización del archipiélago de Chiloé realizadas por Rodolfo Urbina<sup>30</sup>. Otros trabajos informan sobre la gestión de las ciudades como ocurre con la investigación de Mazzei y Pacheco<sup>31</sup> que está enfocada al traslado de Concepción, a mediados del siglo XVIII, incluyendo antecedentes del método de selección del nuevo sitio de fundación y los problemas para lograr que la población aceptara el traslado desde el litoral hasta un valle interior.

<sup>25</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. op.cit. pp.19-36 y pp.43-77

<sup>26</sup> LORENZO, Santiago: *De lo rural a lo urbano. Chile en el siglo XVIII*. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2014

<sup>27</sup> TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. Editado por Departamento Editorial de la Vicerrectoría de Comunicaciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Impresores Vicuña. Santiago, 1980

<sup>28</sup> GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Alfabet Impresores. Santiago 1990. Lámina 398.

<sup>29</sup> GUARDA, Gabriel: *Nueva Historia de Valdivia*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Imprenta Salesianos S.A. Santiago 2001

<sup>30</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. Ediciones. Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1983. Existe una segunda edición del año 2012.

<sup>31</sup> MAZZEI, Leonardo y PACHECO, Arnoldo: *Historia del traslado de la ciudad de Concepción*. Editorial de la Universidad de Concepción, Concepción 1985.

Respecto de la morfología de las ciudades coloniales chilenas, se han identificado estudios monográficos referentes al trazado cuadrícula y su reciprocidad con las normativas, evolución de la trama urbana en ciudades específicas y los cambios del trazado derivados de la construcción de arquitectura monumental. La coherencia entre la composición de la población y la estructura física de la ciudad fue un tema desarrollado por Armando De Ramón<sup>32</sup> en *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*, donde describe la segregación de la sociedad colonial y su expresión en la forma urbana y en la definición de los barrios y sectores urbanos.

Existen trabajos centrados en las plazas coloniales de Santiago del Nuevo Extremo y otras ciudades chilenas. La investigación más completa corresponde a la realizada por Miguel Rojas Mix<sup>33</sup> donde analiza las plazas considerando su preeminencia como testimonio de la ideología y estructura del colonialismo, como génesis de la ciudad y escenario de la vida cotidiana. Finalmente, hay investigaciones que se enfocan en los monumentos coloniales, arquitectura urbana y rural, actividad de los ingenieros militares y su ascendiente en los procesos urbanos. En esta categoría se destaca el estudio de Alfredo Benavides<sup>34</sup> sobre la arquitectura de Chile y su conexión con la arquitectura del virreinato del Perú; también hay trabajos referentes al arquitecto Joaquín Toesca<sup>35</sup>, autor de la Casa de Moneda de Santiago, considerada la obra más representativa del neoclásico colonial en Chile.

### a.3 Relación paisaje-ciudad en las fuentes contemporáneas

La mayoría de las investigaciones sobre la ciudad colonial chilena -que sirvieron de fuentes bibliográficas para la tesis- comprenden descripciones del contexto natural, pero en ninguna se incorpora la relación paisaje-ciudad como un tema relevante. La urbanización colonial de Chile fue un proceso fraccionado en el tiempo y discontinuo en el espacio, pues, cuando apenas habían transcurrido 57 años desde la primera fundación, los conquistadores españoles debieron replegarse y renunciar al dominio de la amplia zona sur por un período cercano a 150 años. La fundación de ciudades también fue obstaculizada por la extensión del territorio y complejidad del relieve; aspectos considerados tangencialmente en investigaciones históricas y recientes. En comparación con otras colonias americanas, la urbanización de Chile fue compleja y desigual porque debió ajustarse a contextos naturales y culturales heterogéneos, lo que generó diferentes expresiones de dominio del espacio.

Las publicaciones sobre urbanismo histórico muestran que las ciudades coloniales, por su forma y funciones no eran estructuras nuevas; sin embargo, su morfología y significado tampoco coinciden con las tradiciones. Aunque su raíz geométrica está en las ciudades clásicas o medievales, en modelos renacentistas o ciudades ideales cristianas, desde el principio se apartaron de la urbanística dominante en su época; por esto, son estructuras urbanas que tienen vínculos con los legados históricos y, a la vez, revelan ideas de vanguardia. En las ciudades chilenas se advierten una serie de variaciones respecto del tipo genérico de ciudad colonial, entendida como una estructura urbana reproducible porque en ella confluyen funciones y una morfología básicas; estas variaciones revelan distintas modalidades de adaptación al contexto espacial, expresado en el paisaje.

<sup>32</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Editorial Sudamericana. Biblioteca Todo es Historia. Santiago. 2000. p.17

<sup>33</sup> ROJAS- MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. Muchnik Editores. Barcelona. 1978.

<sup>34</sup> BENAVIDES, Alfredo: *La arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile*. Tercera edición revisada y actualizada por Juan Benavides Courtois. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1988.

<sup>35</sup> GUARDA, GABRIEL: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Impresor Andros. Santiago, 1997.

## **b. Principales técnicas de análisis**

La investigación se llevó a cabo siguiendo dos caminos paralelos: el análisis de los textos -históricos y contemporáneos- y la observación de las ciudades en planos y dibujos. En este sentido se puede señalar que inclusive los documentos históricos donde las ciudades y su entorno natural fueron representados en forma imprecisa o esquemática contienen información que permite complementar la documentación bibliográfica. Con el objetivo metodológico de estudiar la cartografía como principal expresión gráfica de las ideas subyacentes en la morfología y funciones de la ciudad colonial, la técnica utilizada para analizar los planos fue la interpretación.

Para estudiar la bibliografía y cartografía -histórica y contemporánea- se integraron enfoques cuantitativos y cualitativos. Estas formas de aproximación no excluyentes entre sí, permitieron establecer relaciones mensurables entre ciudad y paisaje y, a la vez, caracterizar el significado de los procesos urbanos. El análisis cuantitativo no era suficiente para revelar los principios que orientaron las transformaciones de las ciudades porque, desde esta perspectiva analítica, sólo era posible investigar temas como la cantidad de fundaciones realizadas en diferentes momentos y lugares, el tamaño de las ciudades y su distribución en el territorio; sin embargo, los principios que explican las decisiones sobre la orientación y medidas de las ciudades o las transformaciones urbanas sólo pudieron explorarse cualitativamente.

Las técnicas de análisis también comprenden el estudio de casos paradigmáticos con la finalidad de profundizar en las particularidades que adquiere la urbanización de Chile, los énfasis colonizadores según las diferentes unidades de paisaje y otras características que muestran la variedad de acciones para el dominio del territorio y los procesos urbanos específicos de cada fundación. La diferenciación por casos hizo posible descubrir cómo y cuando las cualidades espaciales del paisaje eran factores que condicionaron las transformaciones individuales de las ciudades.

### **b.1 Interpretación de planos y dibujos de las ciudades coloniales**

Los escasos dibujos de las ciudades que se fundaron al inicio de la colonización de Chile son representaciones esquemáticas, anónimas, que contienen imperfecciones y desproporciones, sin escala ni otros datos que permitan tener referencias precisas de la morfología urbana o del entorno de las fundaciones. Esta última característica se advierte en las imágenes de otras regiones de Hispanoamérica porque hasta los dibujos de ciudades que se fundaron en sitios con elementos geográficos relevantes no informan del contexto<sup>36</sup>. Los planos fundacionales -otra categoría de dibujos del siglo XVI- entregan información del trazado, reparto de los lotes y, en ocasiones, contienen el nombre de los propietarios; la edificación es señalada con símbolos o textos. En los dibujos de las primeras fundaciones chilenas -donde simplemente se representa la cuadrícula- las ciudades parecen estructuras geométricas indiferentes a las características del contexto como el relieve y la escala del paisaje. En general, son representaciones de ciudades como estructuras indiferentes al territorio, donde las vinculaciones con el contexto únicamente se revelan en su orientación.

El análisis interpretativo de los dibujos -según las referencias proporcionadas por cronistas- se realizó considerando que las ciudades del siglo XVI estaban inmersas en territorios desconocidos para sus fundadores; por lo tanto, podían describirlos sólo como ámbitos simplificados y hasta abstractos. Hay dibujos donde el entorno de las ciudades no fue representado o se graficó mediante rasgos someros que no expresan sus características reales. Al comparar los relatos de las primeras crónicas

<sup>36</sup> Un ejemplo de estos dibujos es el plano de Nueva Zamora, en la actual Venezuela. El plano de 1569 entrega una incompleta visión de la traza cuadrícula y una indicación, en el texto, de la ubicación de algunos edificios públicos sin describir ni aludir el enorme lago de Maracaibo, junto al cual se realizó la fundación, a pesar que tiene una superficie de 13.600 Km<sup>2</sup>.

de Indias con imágenes de la época, se deduce que los dibujos simbolizaban a unas ciudades fundadas en lugares inexplicables y por lo tanto, indescriptibles<sup>37</sup>. En la cartografía posterior se advierte una aproximación y aceptación de la realidad que, gráficamente, se muestra a través de dibujos donde las ciudades se representaron como estructuras inscritas en territorios de los cuales aún se entregaba información incompleta o distorsionada; esta característica puede considerarse una expresión atenuada de negación de la realidad. Aunque a mediados del siglo XVII, el contexto de las fundaciones era conocido, éste fue transfigurado en la cartografía porque hay varios dibujos de ciudades que, proporcionalmente, no se relacionan con la escala o dimensiones del paisaje circundante. A modo de ejemplo se puede citar un dibujo del puerto de Valparaíso, realizado por Alonso de Ovalle, donde la desproporción es evidente porque las casas tienen un tamaño similar a los cerros<sup>38</sup>.

Esta distorsión también se advierte en los mapas realizados para describir las zonas colonizadas, con las ciudades representadas como puntos aislados en un territorio amorfo y sin referencias de límites, revelando que la región chilena era un espacio inmenso, desconocido en su real extensión y con amplias áreas sin explorar<sup>39</sup>. Los procedimientos para precisar las medidas del territorio y las técnicas gráficas de representación se fueron perfeccionando gradualmente y avanzaron en paralelo con los progresos en la geografía y cartografía.

Los dibujos del siglo XVIII reflejan el adelanto científico y técnico porque contienen datos sobre la dimensión de las ciudades y sus componentes, indican la escala y los núcleos urbanos son representados con proporciones reales; además informan de la complejidad funcional de las ciudades mediante la graficación del uso del suelo<sup>40</sup>. En varios planos del siglo XVIII, las construcciones principales se identifican con un número, cuyo significado –función del edificio– se describe mediante textos que se integran al dibujo; también contienen antecedentes de la ocupación de los solares y, por lo tanto, es posible deducir los cambios de densidad desde el área central a las zonas periféricas.

Es esta época se advierte mayor interés por describir a las ciudades en su entorno; se indican los elementos del paisaje o las redes de caminos que, desde la ciudad, se despliegan por el territorio. Otros dibujos muestran a los caminos que conectaban a las ciudades con los pueblos de indios, haciendas o fuertes, reflejando la función asignada al centro urbano dentro del sistema productivo que sostenía la estructura de colonización.

A mediados del siglo XVIII, algunos dibujos de ciudades chilenas todavía contienen imprecisiones en su ubicación y su relación con los elementos geofísicos del sitio de fundación; no obstante, en la mayoría se revela la preocupación por especificar las condiciones geográficas. La cartografía de la época era obra de ingenieros militares y marinos, quienes, por sus conocimientos técnicos, podían obtener y transmitir antecedentes más completos y exactos del territorio y las ciudades. La necesidad de

<sup>37</sup> El plano más antiguo de una ciudad americana corresponde al núcleo de Tenochtitlán, dibujado entre los años 1521 y 1522, al parecer por alguno de los acompañantes de Hernán Cortés, quien se refiere al dibujo en la tercera carta que envió al emperador Carlos V. Según Hardoy, el plano más antiguo de una ciudad española en América parece ser de Santa Marta, supuestamente fechado, entre 1529 y 1534. HARDOY, Jorge E.: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op.cit. p.54

<sup>38</sup> Puerto de Valparaíso. Dibujo incluido en OVALLE, Alonso de: *Histórica relación del Reino de Chile*. op.cit. p. 32

<sup>39</sup> El primer plano de una ciudad colonial con escala, corresponde al de Cartagena dibujado por Bautista Antonelli en 1594. Para Hardoy, este plano es una muestra del progreso alcanzado a fines del XVI por los ingenieros militares en las técnicas de dibujo y medición. HARDOY, Jorge E.: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op.cit. p.55

<sup>40</sup> El ingeniero militar Cristóbal de Roda fue autor del plano de Panamá la Vieja, de 1609. Es uno de los primeros que incorporó la escala gráfica; el plano contiene el trazado de la ciudad, el uso del suelo, la señalización de las defensas, el contorno de la costa y la topografía. HARDOY, Jorge E.: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op. cit. p.106

fijar con precisión las rutas de navegación y el acceso marítimo a las ciudades del litoral explica por qué la producción cartográfica a partir del siglo XVIII se concentró en puertos y ciudades costeras. Otras naciones europeas, impulsadas por el afán de obtener ventajas comerciales frente a España, también se ocuparon de estudiar las costas chilenas; por esto, un número significativo de dibujos de ciudades y cartas geográficas fueron obras de marinos y cartógrafos ingleses y franceses<sup>41</sup>.

En dibujos de ciudades costeras –debido a la importancia estratégica de sus sitios– se aprecia una preponderancia de las referencias topográficas que, por su exactitud y detalle, superan la dedicación gráfica otorgada al núcleo urbano. En otros casos, las ciudades apenas ocupaban un área reducida del dibujo, enteramente dominado por la topografía y los dibujos de las fortificaciones litorales contienen fragmentos detallados del territorio donde se emplazarían las defensas. Las ciudades de mayor jerarquía administrativa y los centros importantes en el sistema económico colonial también fueron objetivos prioritarios de la cartografía aunque, con excepción de Santiago del Nuevo Extremo, el contexto natural no se representa con una fidelidad comparable a los planos de puertos y ciudades costeras.

En algunos dibujos del siglo XVIII se utilizaron dos escalas: una para describir a las ciudades y, otra menor, para representar a las áreas de cultivo que rodeaban a los núcleos o las distancias desde la ciudad a los elementos geográficos más relevantes y asentamientos menores que la circundaban. Estos ejemplos revelan el interés por describir –además de la morfología urbana– al paisaje que constituía el entorno de las ciudades y sus relaciones con el sistema productivo.

Los dibujos de ciudades mineras informan sobre el trazado, las instalaciones de las faenas mineras y los sitios de extracción de minerales; generalmente, las distancias desde la ciudad a los yacimientos no se expresaban en su medida real para poder incorporarlos en el mismo documento. Una característica de los dibujos de ciudades mineras es la presencia protagónica de los cerros, que adquieren prestancia gráfica por su tamaño o por la técnica de dibujo empleada que los destaca sobre los demás elementos del paisaje. Otros planos del siglo XVIII entregan indicaciones relevantes para el estudio de las transformaciones del trazado original y en varios de ellos son visibles los cambios de la cuadrícula cuando se encuentra con ríos o quebradas.

La técnica gráfica también dependía de la jerarquía de las ciudades representadas o del valor estratégico del territorio donde éstas se emplazaban, denotando que los esfuerzos y profesionales más capacitados se concentraron en ciudades con mayor importancia económica, administrativa o militar.

Las colecciones de planos del XVIII se completan con dibujos de pueblos de indios, generalmente de factura simple y esquemática, si se comparan con la cartografía de ciudades de la misma época<sup>42</sup>.

La interpretación de los dibujos, metodológicamente, se basó en la descomposición de sus elementos principales: trazado, ubicación de las plazas y reparto de solares, usos del suelo urbano, elementos del paisaje, caminos asociadas a los núcleos. El estudio diferenciado de estas variables se complementó con un análisis integral de los componentes cartográficos mencionados con el objetivo de identificar y analizar las interrelaciones entre ellos.

<sup>41</sup> Existen planos de Valdivia y Chiloé, dos ciudades costeras y puntos clave de las rutas de navegación por el Pacífico sur, desde mediados del siglo XVII. Ambos fueron elaborados por piratas holandeses.

<sup>42</sup> Aunque no fue habitual, también hay planos de pueblos de indios realizados por ingenieros militares; es el caso de Guamalata y Sotaquí, dibujados por Antonio Martínez de Mata en el año 1790. Archivo Nacional; Santiago de Chile.

## **b.2 Análisis sincrónico y diacrónico**

La estrategia de investigación consistió en la combinación de los análisis sincrónico y diacrónico de las ciudades coloniales más representativas de las transformaciones urbanas. Esta técnica de análisis simultáneos y complementarios permitió desplegar el entrecruzamiento de circunstancias y problemas con las respuestas –generales y específicas- que explican las transformaciones de las ciudades chilenas, identificar procesos análogos y casos singulares, determinar la secuencia de transformaciones y establecer la influencia del paisaje en las trayectorias urbanas.

El desarrollo de la urbanización y los cambios de las ciudades coloniales no fueron procesos lineales porque surgieron de una empresa colonizadora compleja que dio origen a ramificaciones, divisiones y continuidades. Asimismo, las transformaciones urbanas en general corresponden a trayectorias particulares, enmarcadas por los avances y retrocesos de la urbanización colonial de Chile. Las ciudades compartían principios ordenadores comunes por su condición de individualidades urbanas que debían integrarse física y funcionalmente a pesar de su dispersión por un territorio inmenso y su carácter de estructuras aisladas entre sí por enormes distancias

El análisis sincrónico de las transformaciones de las ciudades hizo posible identificar simultaneidades, analogías y evoluciones urbanas paralelas; por exclusión, permitió determinar si las transformaciones escapaban del orden general o fueron resultado de contextos –paisajes- singulares que condicionaron procesos distintos. El análisis sincrónico también abrió la posibilidad de investigar los diferentes contenidos que surgieron al descomponer el tema central en las materias específicas que se fueron enfocando y examinando en cada capítulo

En su origen, las ciudades coloniales chilenas eran similares en su forma, funciones y significado; no obstante, con el avance de la colonización emergieron morfologías diferenciadas que reflejaban las nuevas funciones asignadas a los centros urbanos y los nuevos significados que aludían a la realidad propia y singular de cada ciudad.

El análisis diacrónico –basado en el orden cronológico de los sucesos y cambios- permitió investigar la evolución de los acontecimientos históricos y su relación con los contextos geográficos que enmarcaron las principales transformaciones urbanas ocurridas en el siglo XVIII; asimismo, permitió examinar los procesos individuales de las ciudades chilenas tomando como referencia de comparación al modelo clásico de ciudad colonial y a los principios que regían a las fundaciones que se llevaron a cabo en la fase inicial de la urbanización.



### **c. Unidades de análisis territorial y selección de los casos de estudio**

Las unidades de análisis territorial coinciden con determinadas unidades de paisaje, definidas por sus características espaciales predominantes y por las modalidades de colonización que se implantaron en ellas. Corresponden a dos categorías, la primera comprende los paisajes de la vastedad -desierto, cordillera, selvas y archipiélagos- que por su carácter de territorios inhóspitos debieron ser marginados del proceso de urbanización, exceptuando al archipiélago de Chiloé. La segunda categoría incluye a las unidades de paisaje donde se concentraron las actividades colonizadoras en el siglo XVIII; éstos son los paisajes de valles -agrícolas y mineros-, paisajes costeros y paisajes fluviales, en particular el río Bío Bío.

Para seleccionar a las ciudades analizadas como casos paradigmáticos se consideró que fueran ejemplos representativos de las diferentes modalidades de colonización aplicadas en Chile, encarnaran procesos urbanos singulares o fueran fundaciones en sitios condicionados por diferentes paisajes y contextos culturales. Este método hizo posible identificar las transformaciones morfológicas y funcionales que derivaron de la diversidad natural y cultural de Chile. Otro criterio fue seleccionar a las ciudades representadas en cartografía histórica con información sobre escala, usos del suelo y referencias del contexto natural.

Con el objetivo metodológico de analizar ejemplos de transformaciones urbanas que fueron condicionadas por las cualidades espaciales del paisaje -extensión, vastedad, diversidad y proporción- el conjunto de casos seleccionados incluyó fundaciones que señalaban los límites norte y sur del área colonizada, a ciudades de mayor jerarquía administrativa y territorial, ciudades de jerarquía intermedia con funciones agrícolas y mineras, ciudades de carácter defensivo, ciudades menores que se fundaron para apoyar el proceso de colonización de territorios específicos, ciudades vinculadas a la evangelización y ciudades que expresaban distintas modalidades de adaptación al paisaje.

Además, se estimó oportuno incorporar el estudio de ciudades fundadas durante el siglo XVI -con el objetivo de investigar las transformaciones que experimentaron los núcleos urbanos a través del período colonial- y ciudades fundadas en el siglo XVIII para estudiar permanencias del trazado y variaciones morfológicas en comparación con las fundaciones precedentes; asimismo, se analizaron ciudades con funciones y significados alusivos a la estructura espacial de la región chilena o que permitieran explorar determinadas acciones colonizadoras como traslados y reconstrucciones.

## c.1 Síntesis de las ciudades seleccionadas como casos de estudio

### Santiago del Nuevo Extremo



- Fundación del siglo XVI en el valle del río Mapocho, junto al flanco oeste de la cordillera de Los Andes.
- Capital de la Capitanía General de Chile.
- Ciudad de mayor jerarquía administrativa y territorial porque centralizó el desarrollo de los valles agrícolas, del comercio y redes de comunicaciones terrestres.
- Registra el crecimiento demográfico más importante de la época colonial.
- Concentró obras públicas más significativas del siglo XVIII.
- Trazado en cuadrícula que se adaptó paulatinamente a los elementos del paisaje circundante.

### La Serena



- Fundación del siglo XVI en el valle del río Elqui, en el litoral norte del territorio chileno.
- Ciudad de jerarquía media con funciones portuarias, administrativas y religiosas. A ella convergían redes de comunicaciones terrestres y marítimas.
- Registra bajo crecimiento demográfico.
- Trazado en cuadrícula que se adaptó a los elementos del paisaje circundante.

### Concepción en la bahía de Penco



- Fundación del siglo XVI en la bahía de Penco, litoral centro-sur de Chile.
- Ciudad de jerarquía variable con funciones militares y administrativas. En ella convergían redes de caminos y rutas marítimas.
- Registra un bajo crecimiento demográfico. Afectada por ataques indígenas, fue destruida por sucesivas catástrofes naturales lo que obligó a su traslado en el siglo XVIII.
- Trazado en cuadrícula que se adaptó a la morfología del paisaje circundante.

### Valdivia



- Fundación del siglo XVI junto al río Valdivia, litoral sur de Chile.
- Ciudad de jerarquía variable porque dependía de sus funciones estratégicas relacionadas con la defensa costera. Poseía el principal sistema de fortificaciones de Chile y uno de los mayores de América. Centro de convergencia de las comunicaciones terrestres y marítimas.
- Registra bajo crecimiento demográfico. Fue destruida en el levantamiento de 1598 pero no abandonada.
- Objeto de varios ataques de potencias extranjeras; ocupada por piratas holandeses en el siglo XVII.
- Trazado en cuadrícula y crecimiento lineal que se adaptaba al paisaje circundante.

### San Mateo de Osorno



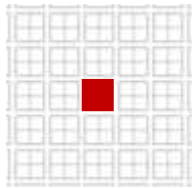
- Fundación del siglo XVI junto a dos ríos, en medio de un paisaje de bosques, en el sur de Chile.
- Ciudad de jerarquía variable; debió ser abandonada a fines del siglo XVI tras ser arrasada por los indígenas en el levantamiento de 1598.
- Poseía un singular sistema defensivo compuesto de fuerte y muros.
- Principal ejemplo de restauración y repoblación del siglo XVIII.
- Trazado cuadrícula adaptado al paisaje circundante.

### Mendoza



- Fundación del siglo XVI en el territorio trasandino de Cuyo, próxima a la vertiente oriental de la cordillera de Los Andes.
- Jerarquía variable, fue trasladada a finales del siglo XVI. Era fundamental en las rutas de comunicación entre Santiago del Nuevo Extremo y Buenos Aires, cruzando los Andes.
- Ejemplo de fundación con trazado en cuadrícula.
- En el siglo XVIII fue traspasada al Virreinato del Río de La Plata.

### San Juan de La Frontera



- Fundación del siglo XVI en área trasandina de Cuyo.
- Ciudad de jerarquía variable, fue trasladada a finales del siglo XVI.
- Ejemplo de fundación con trazado en cuadrícula.
- En el siglo XVIII fue incorporada al Virreinato del Río de La Plata.

### Santiago de Castro



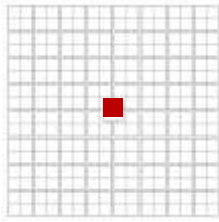
- Fundación del siglo XVI próxima al río Gamboa, en el archipiélago de Chiloé, litoral sur-austral de Chile.
- Ciudad de jerarquía variable con función misional y núcleo estratégico vinculado a la defensa de las rutas de navegación marítimas.
- Centro de escasa y pobre población; tuvo el mérito de haber sido la única fundación del sur de Chile que se mantuvo sin interrupciones.
- Trazado cuadrícula que se fue adaptando al paisaje circundante.

### San Francisco de La Selva



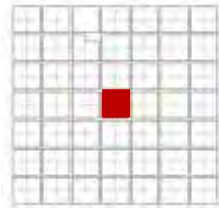
- Fundación del siglo XVIII junto al río Copiapó, en el límite sur del desierto de Atacama, norte de Chile.
- Jerarquía variable aunque con funciones destacadas como centro de convergencia de las rutas terrestres desde Chile al Virreinato del Perú. Registra un bajo crecimiento aunque ejerció influencia en pueblos de indios y el territorio donde se realizaba la extracción y procesamiento de minerales.
- A diferencia de otras ciudades coloniales mineras de Hispanoamérica tenía trazado en cuadrícula que se adaptó relativamente al paisaje circundante.

### Santa Cruz de Triana



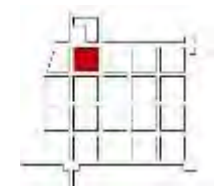
- Fundación del siglo XVIII en el valle central de Chile.
- Ciudad de jerarquía media con funciones destacadas como centro de convergencia de rutas terrestres desde Santiago del Nuevo Extremo al sur.
- Ejerció influencia en pueblos de indios que aportaban población indígena para el desarrollo de actividades agrícolas.
- Trazado en cuadrícula con plaza central accesible por cuatro calles que llegan a los puntos medios.

### San José de Buenavista



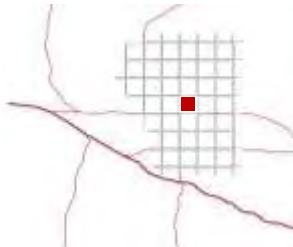
- Fundación del siglo XVIII en el valle central de Chile. Ciudad de jerarquía media con funciones religiosas y administrativas de nivel local.
- Su baja población influyó en una ocupación desigual del área urbana.
- Trazado en cuadrícula con plaza central.

### Santa Bárbara de Casablanca



- Fundación del siglo XVIII como punto intermedio en el camino entre el puerto de Valparaíso y Santiago del Nuevo Extremo.
- Ciudad de jerarquía baja, cualidad que se reflejaba en su pequeña dimensión.
- Trazado en cuadrícula con plaza excéntrica.

### San Carlos



- Fundación del siglo XVIII en el valle central de Chile.
- Ciudad de jerarquía media, con funciones de centro de convergencia de rutas terrestres.
- Ejerció sus influencias en un conjunto de haciendas creadas en su entorno para desarrollar actividades agrícolas.
- Trazado en cuadrícula con plaza central.

### Concepción en el valle de La Mocha

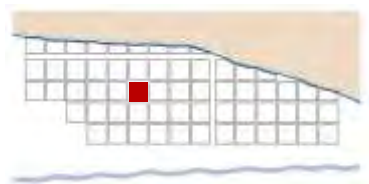


- Fundación del siglo XVIII en el valle de La Mocha, junto al río Bío Bío, que se realizó para trasladar a la población de anterior fundación en la bahía de Penco.
- Ciudad de jerarquía alta con funciones militares y administrativas estratégicas; centro desde donde se dirigió la guerra de Arauco.
- Fue la segunda ciudad en importancia –después de Santiago de Chile– lo que se refleja en su población y tamaño.
- Ejerció su influencia en un amplio territorio.
- Trazado en cuadrícula con plaza central.



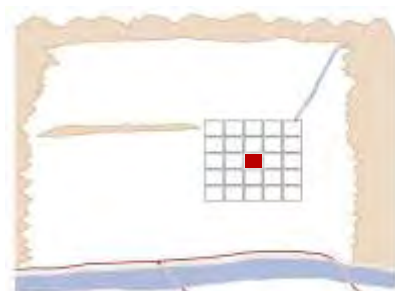
### Santo Domingo de Rozas

- Fundación del siglo XVIII en un valle minero, al norte de Santiago del Nuevo Extremo.
- Su jerarquía media a baja se sostenía en su función de centro minero y agrícola. Ejerció influencia en los pueblos de indios cercanos que aportaban mano de obra para las actividades extractivas.
- Tenía un trazado cuadrícula con plaza central.



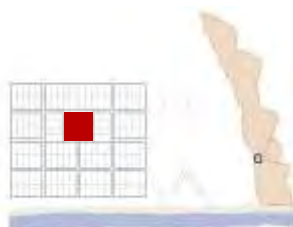
### San Rafael de Rozas

- Fundación del siglo XVIII en valle minero localizado al norte de Santiago del Nuevo Extremo.
- Ciudad de jerarquía media-baja sustentada en su función de centro minero. Con influencia en pueblos de indios cercanos que aportaban mano de obra para desarrollar la minería.
- Trazado en cuadrícula con plaza central.



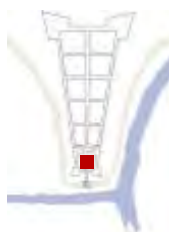
### San Juan Bautista de Hualqui

- Fundación del siglo XVIII en la ribera norte del río Bío Bío. Plaza fuerte que integró el sistema defensivo en la frontera fluvial con Arauco. Tenía la función de proteger el camino a las minas de oro de Quilacoya.
- Su jerarquía baja -reflejada en su tamaño y escasa población- se explica por la inestabilidad histórica del territorio donde se emplazaba.
- Trazado ortogonal con plaza central y fortificación externa al núcleo fundacional.



### Santa Bárbara

- Fundación del siglo XVIII junto río Bío Bío, en la zona de la cordillera de Los Andes.
- Ciudad fortificada que formaba parte del sistema defensivo de la frontera fluvial interna.
- Su jerarquía baja -expresada en su tamaño y escasa población- se explica por la inestabilidad histórica del territorio donde se emplazaba.
- Trazado ortogonal con plaza central y fortificación externa al núcleo fundacional.



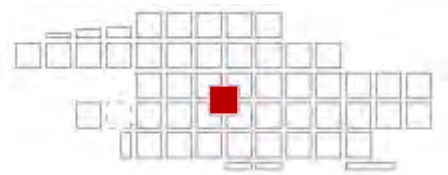
### Nacimiento de Nuestro Señor

- Fundación del siglo XVIII en la confluencia de los ríos Bío Bío y Vergara. Ciudad fortificada que integraba el sistema defensivo de la frontera interna con Arauco.
- Su jerarquía baja se explica por la inestabilidad del territorio donde se emplazaba.
- Poseía un singular trazado trapezoidal con la plaza fuera de la villa que fue incorporada a la fortificación.



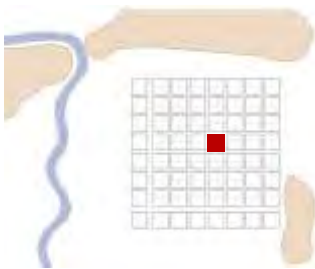
### San Rafael de Talcamávida

- Fundación del siglo XVIII junto a la ribera norte del río Bío Bío.
- Ciudad fortificada del sistema defensivo fluvial en la frontera interna con Arauco.
- Su jerarquía baja –que se reflejaba en su tamaño y escasa población– se explica por la inestabilidad histórica del territorio donde se emplazaba.
- Trazado ortogonal con plaza central y fortificación externa al núcleo fundacional.



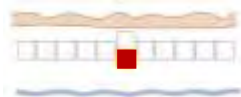
### San Ambrosio de Vallenar

- Fundación del siglo XVIII en el extenso territorio comprendido entre La Serena y San Francisco de La Selva.
- Ciudad de jerarquía baja y con función de pausa en el recorrido desde Santiago del Nuevo Extremo al norte de Chile.
- Trazado en cuadrícula con plaza central accesible por cuatro calles que llegan a los puntos medios.



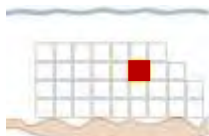
### Santa Rosa de Los Andes

- Fundación del siglo XVIII en la vertiente occidental de la cordillera de Los Andes.
- Ciudad de jerarquía baja con función de punto intermedio en la ruta desde Santiago del Nuevo extremo a Mendoza y Buenos Aires, cruzando Los Andes.
- Trazado en cuadrícula con plaza central.



### Guamalata

- Pueblo de indios fundado en el siglo XVIII cerca de La Serena, en el norte de Chile. Ejemplo de la expresión mínima de un núcleo colonial por su trama compuesta de una hilera de manzanas.
- Trazado cuadrícula con plaza central y crecimiento lineal adaptado a su entorno



### Sotaquí

- Pueblo de indios fundado en el siglo XVIII cerca de La Serena, en el norte de Chile.
- Trazado en cuadrícula con plaza central.



## II. MARCO TEÓRICO

---



## PAISAJE Y CIUDAD EN LA EPOCA COLONIAL

### a. El paisaje como condición espacial del proceso de urbanización colonial

La palabra paisaje pertenece al campo de las polisemias y, como tal, posee distintos significados que se ramifican en varias direcciones; se usa en el lenguaje cotidiano y también como una expresión propia de disciplinas específicas. En las definiciones enciclopédicas, el paisaje se describe como el área que se percibe desde un punto de observación o territorio con características reconocibles por un espectador. Así, la noción de paisaje supone la existencia de un ámbito perceptible y la presencia de un observador que interpreta los rasgos del espacio desde su perspectiva cultural.

El concepto occidental de paisaje<sup>1</sup> nace entre los siglos XV y XVI, aunque su empleo se generalizó en el siglo XVIII<sup>2</sup>. Originalmente era un término estético utilizado en Flandes para designar a pinturas de espacios naturales donde transcurría la acción del hombre, esencialmente referida a la vida rural. Desde el siglo XIX, la idea de paisaje como representación de un espacio natural derivó a un término geográfico que se refería a territorios con fisonomías homogéneas. Actualmente, la palabra paisaje se aplica en disciplinas tradicionales –urbanismo y geografía–, en disciplinas recientes –ecología del paisaje– y expresiones artísticas como la fotografía y pintura. Además, según la forma de intervención humana sobre un territorio se diferencian tipos de paisaje: paisaje agrícola, paisaje urbano, paisaje industrial, etc.

Por su pluralidad de sentidos, el concepto paisaje contenía varias posibilidades para encauzar el análisis de sus influencias en las transformaciones de la ciudad colonial y se seleccionaron los enfoques que sugerían las orientaciones más adecuadas para estudiar las interrelaciones recíprocas entre las transformaciones de las ciudades coloniales y el paisaje donde ocurren los procesos urbanos. Los enfoques escogidos son: a) el paisaje como contexto para la actuación del hombre, b) el paisaje como síntesis espacial de un territorio y c) el paisaje como construcción cultural de un observador que lo interpreta desde un punto de vista enmarcado por su experiencia espacial. Para definir estos enfoques, se consideró que, tal como señala Ortega, el paisaje es materialidad y forma; al mismo tiempo, también es una representación culturalmente ordenada y valorada de esa realidad material y formal; por esto, en la noción contemporánea de paisaje se enlazan la perspectiva científica explicativa y la perspectiva cultural comprensiva que se adentra en el mundo de las cualidades, los valores y los significados<sup>3</sup>.

Explorar las cualidades del paisaje desde estas perspectivas fue el primer paso para estructurar el marco teórico de la investigación, delimitar el horizonte de reflexión y orientar la búsqueda de respuestas a las interrogantes planteadas en la tesis. El análisis de los matices contenidos en los enfoques seleccionados permitió descubrir proximidades conceptuales entre el significado del paisaje como contexto cultural y síntesis espacial de un ámbito geográfico. Análogamente, las interpretaciones del paisaje que surgen a través del período colonial, fueron referencias fundamentales para estudiar las principales acciones para enfrentar los desafíos que entrañaba el dominio del espacio geográfico –expresado en el paisaje– y analizar las huellas que la actividad colonizadora, derivada de diferentes perspectivas culturales, dejó sobre el territorio.

<sup>1</sup> MADERUELO, Javier: *Introducción al paisaje*. Actas II Curso Huesca: Arte y Naturaleza publicadas en *El paisaje: Arte y Naturaleza en Huesca*, 1996. Ediciones La Val de Onsera, Huesca, 1997. p.9.

<sup>2</sup> Julio Caro Baroja indica en la península ibérica la palabra paisaje puede encontrarse en *Diálogos de Roma* de Francisco de Holanda, publicado en 1548. En CARO BAROJA, Julio: *Paisajes y ciudades*. Taurus Ediciones. Madrid, 1984. p.9. Sin embargo, Maderuelo explica que el término español no está documentado hasta 1708. MADERUELO, Javier: *El paisaje. Génesis de un concepto*. Abada Editores, Madrid, 2006. p.29

<sup>3</sup> ORTEGA CANTERO, Nicolás: *Entre la explicación la comprensión: El concepto de paisaje en la geografía moderna*. Publicado en *Paisaje y Pensamiento*. Abada Editores. Madrid 2006. pp. 108-109



## a.1 El paisaje como contexto para la actuación del hombre

Chile se estructura en diferentes zonas geográficas que, espacialmente, se expresan en distintas unidades de paisaje. La investigación inicial se enfocó a la identificación de estas unidades, analizando su importancia para el fraccionamiento espacial que caracterizó el proceso de urbanización colonial chileno y la consiguiente formulación de distintas formas de ocupación territorial que influyeron en la transformación de las ciudades. El proceso chileno también fue discontinuo en el tiempo porque estuvo condicionado por las dinámicas históricas, el conocimiento del territorio que se tenía en cada etapa de la colonización y las correcciones de las estrategias y acciones de dominio para adaptarlas a los diferentes objetivos de la urbanización colonial. Estos factores también estaban relacionados con las cualidades espaciales del paisaje y las visiones culturales que influyeron en la interpretación de sus características.

En relación con la definición de paisaje, Maderuelo señala que los primeros indicios de apreciación de los valores paisajísticos surgieron en la Roma imperial aunque el concepto se consolidó durante los primeros años del siglo XVII, cuando el holandés van Mandel inventó el término *landschap* y Hendrick Goltzius dibujó las dunas de Haarlem con el fin de representar un paisaje no como fondo de una historia ni como la descripción topográfica de un lugar sino como una imagen real y autónoma, que no estaba anclada a otras narraciones<sup>4</sup>. Respecto a la idea histórica de paisaje, Julio Caro Baroja explica que, en contraste con el paisaje en la pintura oriental -donde la naturaleza era una presencia fundamental y hasta se podía excluir al hombre- en la pintura europea, el paisaje describía espacios naturales intervenidos culturalmente y rara vez se identificaba con una imagen exclusiva de la naturaleza<sup>5</sup>. Atendiendo a la acción humana sobre los paisajes históricos, Caro Baroja identificó distintos tipos de paisaje según las intervenciones culturales que ocurrían en ellos<sup>6</sup> y subraya que casi no había paisajes que prescindieran del hombre; además, dice que cada acción sobre un paisaje hace referencia a un tiempo determinado porque se ajustaba a las condiciones técnicas y culturales del momento<sup>7</sup>.

Desde otro punto de vista, Berque plantea que el paisaje no es una cosa en sí, sino un atributo de una determinada relación con las cosas; bajo esta relación, el mundo toma sentido y se manifiesta en el paisaje<sup>8</sup>. Asimismo, sostiene la relevancia de distinguir entre dos enfoques del paisaje. Uno es el adoptado por las ciencias de la naturaleza, que universalizan el concepto de paisaje para objetivar las formas del entorno; esta acepción se justifica a nivel ontológico del planeta -observado como entidad física objetiva- pero no es aplicable a nivel ontológico del ecúmeno que es una entidad a la vez ecológica y simbólica, física y fenomenal. A nivel del ecúmeno, la realidad supone la existencia de sujetos humanos, la cual impregna el mundo en un sentido determinado, propio de una cultura y época específicas. Berque indica que el mundo o *mundaneidad* debe analizarse temporalmente (como *epocalidad* o sentido de la época) y espacialmente (como *medianza* o sentido de medio). En esta reflexión fundamenta el segundo enfoque del paisaje; el enfoque ecumenal<sup>9</sup>. Estos argumentos permiten deducir que el paisaje es un elemento esencial para analizar la urbanización colonial de Chile no sólo porque sintetiza el contexto espacial donde se desarrollaron las acciones dominadoras sino porque las distintas interpretaciones

<sup>4</sup> MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. op.cit. pp. 11-14

<sup>5</sup> Una excepción son las pinturas nórdicas y alemanas con escenas donde sólo se representaba a la naturaleza, como las acuarelas de Durero. En CARO BAROJA, Julio: *Paisajes y ciudades*. op.cit. p.21

<sup>6</sup> Caro Baroja clasifica a los paisajes según su relación con la política (paisajes reales y feudales), el mundo del trabajo (agrícolas, de caza, industriales, mineros, de explotación de maderas...), paisajes de tránsito (camino, posadas, cáfilas de mercaderes, peregrinos), fluviales, marítimos y portuarios, urbanos, suburbanos, militares. CARO BAROJA, Julio: *Paisajes y ciudades*. op.cit. p.23.

<sup>7</sup> CARO BAROJA, Julio: *Paisajes y ciudades*. op.cit. p.33

<sup>8</sup> BERQUE, Agustín: *El nacimiento del paisaje en China*. II Curso Huesca: Arte y Naturaleza publicado en *El paisaje: Arte y Naturaleza en Huesca*. Ediciones La Val de Onsera, Huesca. 1997. p.15

<sup>9</sup> BERQUE, Agustín: *El nacimiento del paisaje en China*. op.cit. p.16

del paisaje que surgieron en el período colonial revelan diferencias en la imagen del mundo a conquistar –sentido de época y sentido de medio- y por lo tanto, remiten a los valores culturales que orientaron las acciones predominantes en cada fase de la colonización. El ideal europeo de dominio de la naturaleza<sup>10</sup> se traspasó al Nuevo Mundo mediante intervenciones culturales que encarnaban, el dominio del territorio y la creación de paisajes. En este sentido, Maderuelo señala que el paisaje es una construcción humana en doble sentido; es un constructo mental, una interpretación perceptiva que cada espectador elabora respecto de una realidad física y, a la vez, es una construcción cultural, una acción humana que transforma la realidad física<sup>11</sup>.

El territorio ha sido y es transformado por la acción del hombre y cada intervención genera nuevos paisajes. En el contexto de la colonización, las acciones españolas en el territorio y la consiguiente construcción de nuevos paisajes se plasmaron en los caminos, fuertes y haciendas y, especialmente, en el orden geométrico que regía a las ciudades. Por otra parte, las acciones dominadoras sobre el territorio denotan una gradual adaptación a las distintas áreas geográficas y a los procesos culturales que ocurrieron a lo largo del período colonial que, en Chile, se extendió 268 años<sup>12</sup>. Al estudiar la colonización chilena se advierte que las ciudades se iban ajustando a su propia realidad territorial de acuerdo con los sucesos históricos, las capacidades técnicas de los colonizadores y las formas de administración del territorio; además, respondían a condicionantes derivadas del paisaje de cada zona geográfica y, a una escala menor, de los sitios de fundación. Estas circunstancias se reconocen en las ideas de Riesco cuando afirma que el paisaje no es solamente un agente pasivo que se modifica por las influencias culturales sino que desempeña un rol estructurante y dinámico en los procesos que afectan al hombre<sup>13</sup>. Por otra parte, desde la filosofía clásica siempre se han planteado teorías referentes al contexto natural –que incluye al paisaje- como condicionante y explicación de las acciones humanas<sup>14</sup>.

Otros argumentos que respaldan la idea de analizar las correspondencias recíprocas entre las actuaciones culturales sobre el paisaje y las influencias del paisaje en las acciones colonizadoras, provienen del campo de la antropología y etnología. Claude Levi-Strauss subraya esta relación describiendo a las viviendas y embarcaciones de los esquimales –iglú y kayak- como resultados exitosos de un proceso evolutivo que les permitió adaptarse y habitar paisajes excepcionalmente rigurosos<sup>15</sup>. En sentido análogo, para Besse, el paisaje es una entidad relacional, representa el encuentro entre el hombre y el contexto que lo rodea, expresa una manera de participar en la dinámica del mundo en un lugar determinado<sup>16</sup>. En la tesis, el paisaje fue analizado como la expresión sintética del territorio donde se desplegó el proceso de dominio y como contexto vivencial que influyó decisivamente en la experiencia colonizadora.

<sup>10</sup> La idea del hombre dominando el paisaje se expresa en la geométrica representación de los árboles en *La Anunciación* de Leonardo da Vinci y en las obras de otros pintores renacentistas, barrocos y neoclásicos, que son períodos artísticos coincidentes con la época colonial.

<sup>11</sup> MADERUELO, Javier: *La actualidad del paisaje*. Artículo publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid 2006. p. 235.

<sup>12</sup> Lapso comprendido entre el año 1541, cuando Pedro de Valdivia fundó Santiago del Nuevo Extremo, la primera ciudad chilena y 1809, en que el pueblo de Indios de Quenac fue erigido villa. Esta fue la última acción colonizadora antes de la Declaración de Independencia de Chile en 1810.

<sup>13</sup> RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op.cit. p.193

<sup>14</sup> Aristóteles en *Política* (VII pp. 4 y 7) alude a la influencia de las condiciones físicas y el clima sobre la vida humana. Montesquieu en *El Espíritu de las Leyes* (Libro XIV) desarrolló el principio acerca de las diferencias del carácter y pasiones en distintos climas. En *Filosofía del arte*, Taine plantea la tesis del contexto como explicación de valores y conductas humanas. En ABBAGNANO, Nicola: *Diccionario de Filosofía*. Fondo de Cultura Económica. México, 1989. p.44. Séptima edición en español del título original *Dizionario di filosofia*. Traducción de Alfredo Galletti.

<sup>15</sup> LEVI-STRAUSS, Claude: *Tristes Trópicos*. Ediciones Paidós. Barcelona 1992. p. 439. Edición en español del original *Tristes tropiques*. Librairie Poln, París. 1955. Traducción de Noelia Bastard con revisión de Eliseo Verón;

<sup>16</sup> BESSE, Jean-Marc: *Las cinco puertas del paisaje. Ensayo de una cartografía de las problemáticas pasajeras contemporáneas*. En Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid 2006. p.161

Actualmente, aun cuando las ciencias sociales rechazan los principios mecanicistas de causa-efecto o el determinismo causal absoluto para explicar las interrelaciones entre el ambiente y la acción humana, algunas ciencias como la antropología, según expone Ubaldo Martínez Veiga, consideran que los factores del entorno determinan, en diferentes grados, la evolución de la cultura y aunque pueda haber discrepancias respecto de la magnitud de este influjo, es innegable que existen interrelaciones de causalidad e integración entre el hombre y su ambiente<sup>17</sup>. Abbagnano<sup>18</sup>, desde una perspectiva similar, plantea que el ambiente –conjunto de interrelaciones dinámicas entre el mundo natural abiótico y los seres vivos- influye tanto en la vida como en el comportamiento de los organismos, del hombre y de los grupos sociales no en forma de una reciprocidad mecánica o de una relación determinista sino como un proceso activo que se ajusta continuamente.

Desde una posición teóricamente inscrita en las definiciones anteriores, es posible sostener que el paisaje, por su condición de componente básico del ambiente, fue el receptor y, al mismo tiempo, inductor de las acciones de colonización, entre las que se destaca la fundación y transformaciones de las ciudades.

No obstante, se debe considerar que la creación y el desarrollo de las ciudades son fenómenos culturales complejos y dependen de las influencias interrelacionadas de múltiples factores -naturales y artificiales, esenciales o epidérmicos, planificados o espontáneos- que intervienen en conjunto sobre la estructura y dinámicas urbanas. Además, el denso entramado de circunstancias y fenómenos de diferente índole que pueden vincularse al origen y la transformación de las ciudades coloniales es de tal complejidad que no es posible reducir el tema a un aspecto; incluso la comprensión de un proceso urbano individual trasciende las esferas del urbanismo, la sociología urbana y otras disciplinas que se ocupan específicamente de estudiar las ciudades. A pesar de las complejidades señaladas, y con el fin de enfocar la mirada hacia las perspectivas abiertas por las interrogantes que orientan esta investigación, parece necesario exponer ciertas ideas fundamentales.

La primera es que la construcción de ciudades es una de las expresiones culturales más representativas de una determinada sociedad porque revela sus concepciones primordiales. La noción de mundo de los conquistadores españoles, cimentada en la idea clásica de la supremacía del orden sobre el caos, se refleja en la estructura geométrica y el significado de las ciudades coloniales. Cada ciudad era, a la vez, un símbolo de la conquista y una expresión cultural que enunciaba un orden conocido, esquematizado en el plano cuadrículado, y se integraba a otra estructura de orden –red de ciudades- para expandir el dominio español sobre paisajes desconcertantes por su extensión, vastedad, proporciones y diversidad.

Los paisajes chilenos fueron los contextos espaciales de un proceso de colonización donde las ciudades constituían las más potentes señales del dominio español sobre un mundo extraño. Frente a las culturas y paisajes americanos, incomprensibles por sus notables diferencias con las culturas y paisajes del Viejo Mundo, en las ciudades coloniales se reproducían y reiteraban los principios de orden y medida, conocidos desde la época grecolatina, como un modo de contrarrestar las particularidades de un territorio enigmático. No obstante, aunque las ciudades fundadas en América por España poseían características relacionadas con las tradiciones urbanísticas y forma de vida europea, no fueron indiferentes a su propio contexto.

Las ciudades coloniales eran estructuras culturales que inicialmente –como lo revela la geometría de los trazados iniciales- parecían apartarse del mundo donde estaban inmersas; sin embargo, no podían desvincularse del contexto porque su pervivencia

<sup>17</sup> Un concepto básico de la antropología ecológica, según Martínez Veiga, es la relación de causalidad entre el entorno y la evolución cultural. En: MARTÍNEZ, Ubaldo: *Cultura y adaptación*. op.cit. p.29

<sup>18</sup> ABBAGNANO, Nicola: *Diccionario de Filosofía*. op.cit. p.44.

exigía anclarse al territorio y sus recursos para respaldar al proceso de dominio y al desarrollo urbano. Esta condición, presente en todas las ciudades, fue fundamental en los núcleos coloniales porque se asentaban en paisajes desconocidos, que nada tenían en común con las experiencias espaciales previas de sus fundadores.

Al estudiar la morfología de las ciudades y su distribución por el territorio chileno se deduce que respondían a la doble necesidad de oponerse a un mundo radicalmente diferente a lo conocido –mediante la repetición de estructuras culturales europeas que proclamaban la idiosincrasia de los colonizadores- y de adaptación gradual a la realidad geográfica y cultural. Así, en las ciudades coloniales convergen cualidades urbanísticas relacionadas con tradiciones europeas y otras que revelan la formación progresiva de nuevos tipos urbanos. Al analizar las ciudades coloniales también se advierte que algunos de sus rasgos distintivos surgieron de los ajustes sucesivos al paisaje de su entorno. Asimismo, las ciudades coloniales –si son observadas como estructuras artificiales desplegándose por una estructura natural incógnita- fueron las expresiones culturales con mayor capacidad de alteración de los paisajes donde se insertaban; al mismo tiempo, la morfología de las ciudades y sus respectivos procesos urbanos fueron afectados por las cualidades del entorno<sup>19</sup>. Las influencias recíprocas entre naturaleza y cultura –representadas por el paisaje donde se realiza el proceso colonizador y por las acciones de dominio españolas- se manifestaban en los avances y retrocesos de la urbanización y, a otra escala, en las transformaciones individuales experimentadas por las fundaciones; igualmente, el paisaje colonizado se iba diferenciando cada vez más de los espacios que aun no eran intervenidos por la dinámica de la conquista. En síntesis, las ciudades coloniales fueron modeladas por el paisaje donde se implantaban y, reciprocamente, el paisaje fue configurado según los valores culturales que portaban los fundadores de ciudades.

Las influencias del paisaje se expresaban en los cambios del trazado fundacional y en características menos visibles porque el significado de las ciudades y el modo de vida en los centros coloniales revelan ciertas singularidades que pueden explicarse por la exigencia de arraigo al territorio. Al respecto, Enrique Martín plantea que el arraigo se manifiesta de tres maneras: espacial, social y cultural. El arraigo espacial concierne a la identificación con un ámbito geográfico específico, el arraigo social se relaciona con la pertenencia a grupos con los cuales se está involucrado y el arraigo cultural se refiere a la vivencia y vigencia de estructuras culturales que describen a la sociedad en que se vive<sup>20</sup>. Estas tres modalidades de arraigo -que se enuncian en la forma, función y significado de las ciudades coloniales- se analizaron en la tesis, con énfasis en el tema del arraigo espacial, observado como anclaje permanente y afectivo al territorio y al paisaje.

La diferenciación entre territorio y paisaje no es arbitraria si se considera que según Gómez Sal, el paisaje no se agota en el territorio -que es una expresión geográfica, política y social- mientras que el paisaje posee significados simbólicos y afectivos. Esta cualidad representa una diferencia radical entre ambos conceptos<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> A través de la evolución del habitar se ha logrado una relativa y progresiva independencia del espacio geográfico, esto ha sido posible no porque el hombre haya transformado las características de climas diversos sino porque él, culturalmente, ha conseguido independizarse de aquellos. RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op. cit. p.194

<sup>20</sup> LOPEZ, Enrique Martín: *Sociogénesis de la vida urbana*. Introducción al libro *Sociología de la ciudad occidental. Un análisis histórico del arraigo* de Enrique del Acebo Ibáñez. Editorial Claridad. Buenos Aires 1993. p.23

<sup>21</sup> GOMEZ SAL, Antonio: *La naturaleza en el paisaje*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid 2006. p. 76

## a.2 El paisaje como expresión de síntesis espacial de la geografía

Las características geográficas eran referencias básicas para seleccionar los sitios de fundación de las ciudades; también fueron factores condicionantes y decisivos en la formulación de métodos y estrategias de colonización y para las transformaciones urbanas. La influencia del contexto geográfico en la evolución de las ciudades es un tema presente en varios estudios sobre urbanismo colonial; Javier Aguilera inicia el libro *Fundación de ciudades hispanoamericanas* describiendo las particularidades de la geografía para explicar de qué manera el territorio, como soporte físico y entorno de las ciudades, condicionó el desarrollo de los asentamientos coloniales.

*El territorio es la base de los asentamientos realizados por el hombre y el soporte sobre el que se construyen las ciudades, cuyo desarrollo está fuertemente condicionado por los factores físicos del medio sobre el que se sitúan y por el entorno que las rodea*<sup>22</sup>

Las Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*<sup>23</sup> es otra fuente bibliográfica que contiene antecedentes sobre las influencias del contexto geográfico y los recursos naturales para explicar casos individuales y aspectos generales de la colonización. En su exposición, Alfonso Ortiz<sup>24</sup> describe las variaciones del trazado de Quito como consecuencia del ajuste de la trama regular al relieve; Virgilio Suárez<sup>25</sup> analiza las especificidades de Santa Cruz de la Sierra como fundación en un territorio donde se interceptaban diferentes unidades físico-ambientales; Luján<sup>26</sup> explica el surgimiento de las ciudades que constituían focos de poder o ejes del desarrollo de ciertas áreas no solamente como derivaciones de un proceso de fundaciones basado en razones circunstanciales porque se relacionaba, entre otros factores, con las características geográficas. Desde una perspectiva similar, Lohmann plantea que la articulación de los asentamientos coloniales dependía de los recursos naturales disponibles en las diferentes regiones; además señala que en las acciones de ocupación del territorio gravitaron factores geográficos como la extrema diversidad ambiental de América, que comprende desde el trópico ardiente hasta las heladas planicies andinas<sup>27</sup>.

Desde una visión más amplia, Gutiérrez y Hardoy plantean que los conquistadores necesariamente debían apoyarse en los recursos de las zonas que ocupaban para consolidar la urbanización. Inclusive señalan que el fracaso de algunas fundaciones –especialmente en la fase inicial de la colonización– se debió al desconocimiento del territorio y a la apresurada e incompleta evaluación de las capacidades de los sitios elegidos<sup>28</sup>. Como ejemplos fallidos mencionan la intención de establecer un centro permanente en La Isabela y el fracaso de varias fundaciones en las islas del Caribe y costa de América del Sur<sup>29</sup>. En Chile se destacaron las malogradas fundaciones de Ciudad del Rey Don Felipe y de Nombre de Dios, efectuadas a fines del siglo XVI en los inhóspitos y desconocidos territorios próximos al estrecho de Magallanes.

<sup>22</sup> AGUILERA ROJAS, Javier: *Fundación de ciudades hispanoamericanas*. Capítulo I: La geografía americana. Editorial Mapfre. Colección Ciudades de Iberoamérica. Madrid, 1994. p. 13

<sup>23</sup> CENTRO DE ESTUDIOS Y EXPERIMENTACIÓN DE OBRAS PÚBLICAS (CEDEX) y CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO (CEHOPU): Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana* realizado en Buenos Aires 1985, editado por el Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987

<sup>24</sup> ORTIZ, Alfonso: *Visión general de las fundaciones y del urbanismo colonial español en el territorio de la antigua Audiencia de Quito*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op.cit. p. 123

<sup>25</sup> SUAREZ, Virgilio: *La ciudad iberoamericana, el caso de Santa Cruz de la Sierra*. Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p.324

<sup>26</sup> LUJAN, Jorge: *Los primeros asentamientos urbanos en el Reino de Guatemala*. Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p. 81

<sup>27</sup> LOHMANN, Guillermo: *El proceso de ocupación territorial y la ordenación urbana. Siglos XVI-XIX*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p. 11

<sup>28</sup> GUTIERREZ, Ramón y HARDOY, Jorge E.: *La ciudad hispanoamericana del siglo XVI*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p. 95

<sup>29</sup> GUTIERREZ, Ramón y HARDOY, Jorge E.: *La ciudad hispanoamericana del siglo XVI*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p. 96

La bibliografía sobre urbanismo colonial en Chile muestra la influencia del relieve, el clima y los recursos naturales en la evolución de las fundaciones; las relaciones más comunes conciernen al ajuste de las ciudades costeras a la complejidad topográfica del litoral y al crecimiento de los centros mineros según el relieve y la productividad de los yacimientos. En otras publicaciones<sup>30</sup>, el entorno geográfico se analiza como referencia contextual de la colonización en ámbitos específicos; sin embargo, son escasas las investigaciones que se enfocan en los rasgos espaciales del territorio o del paisaje y su correspondencia con las formas de colonización y transformaciones de las ciudades<sup>31</sup>.

Explorar nuevas perspectivas para estudiar la influencia del paisaje en las ciudades chilenas, observando al contexto geográfico como una realidad física que se expresa en el relieve o recursos naturales y, fundamentalmente como una realidad espacial, derivó en la búsqueda de antecedentes para perfilar el análisis. Un aporte clave fue el argumento de Riesco<sup>32</sup> cuando explica que el espacio geográfico se percibe por medio del paisaje, al que describe como la expresión espacial de síntesis final de un ámbito geográfico. Al observar un determinado espacio geográfico como una estepa también se observa la concordancia sintética de sus constituyentes –una porción de atmósfera, vegetación, estructura edafológica y fauna- que concurren aleados en una combinación tal, que el producto final se denomina estepa; de este modo, una estepa no es en sí un espacio geográfico, básicamente es un paisaje geográfico, a través del cual se expresa idea de espacio<sup>33</sup>.

Riesco explica que posiblemente la geografía es la ciencia con más amplia definición espacial; aunque advierte que la noción de espacio en geografía no se explicita de modo directo, total y único; pues, para hacerlo sensible en toda su magnitud al ojo de un observador es preciso revelarlo, depurarlo, orientarlo y dimensionarlo<sup>34</sup>. Esta afirmación sugeriría un tema básico para analizar los influjos del contexto natural en las ciudades coloniales porque permitiría relacionar al paisaje –síntesis espacial de la geografía- con la percepción y comprensión del territorio. Esta correlación implicaba identificar y analizar las limitaciones que debían superar conquistadores y cronistas para describir y transmitir ciertas cualidades del paisaje como sus límites, extensión y proporciones.

Según Nicolás Ortega, para los fundadores de la geografía moderna, el paisaje era la expresión visible del orden natural de la realidad geográfica; acercarse al paisaje también era un modo de acercarse a la organización natural de la realidad, al orden natural del mundo<sup>35</sup>.

*...Si había que entender, como lo proponían Humboldt y Ritter, la naturaleza, sus relaciones y su organización, la mejor manera de lograrlo era entender al paisaje, entender lo que el paisaje era y lo que significaba porque en todo ello se expresaba el orden natural subyacente*<sup>36</sup>

<sup>30</sup> El análisis de las publicaciones se desarrolla en la metodología punto a.1 Fuentes primarias escritas y cartográficas y en el punto a.2 La ciudad colonial chilena en las fuentes contemporáneas

<sup>31</sup> Existe un trabajo donde se analizan las diferencias de ocupación colonial en el norte y sur de Chile tomando como referencia al río Bío Bío. VILABOA, Wilma; SCHIAPPACASSE, Gino y PEREZ, Jaime: *La fragmentación territorial y su incidencia en la arquitectura de una región*. Investigación inédita. Facultad de Arquitectura. Universidad del Bío-Bío. Concepción, 1983

<sup>32</sup> RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op. cit. pp.194-195

<sup>33</sup> El espacio en geografía -si se hace abstracción de la escala geológica- es constante y recurrente. La homogeneidad permite la existencia teórica de la geografía como ciencia; pero, estas mismas formas presentan una renovación y generación continua, adquiriendo un carácter siempre cambiante que le confiere una permanente actualidad. RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op. cit. p.195

<sup>34</sup> RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op. cit. p.193

<sup>35</sup> ORTEGA CANTERO, Nicolás: *Entre la explicación y la comprensión: El concepto de paisaje en la geografía moderna*. Publicado en *Paisaje y Pensamiento*. Abada Editores. Madrid 2006. p. 108

<sup>36</sup> ORTEGA CANTERO, Nicolás: *Entre la explicación y la comprensión: El concepto de paisaje en la geografía moderna*. op.cit. p. 108

*Se quiso explicar el paisaje, pero también comprenderlo. Porque el paisaje no era sólo, para los geógrafos modernos, un conjunto de formas susceptibles de ser explicadas, era también, al tiempo, un conjunto de cualidades, de valores y significados que requerían ser comprendidos*<sup>37</sup>.

La exigencia de profundizar en el tema de los obstáculos que debieron enfrentar los conquistadores para establecer las dimensiones y orientación del espacio geográfico –condición básica para que el paisaje fuera comprensible– suponía analizar dibujos y crónicas que contenían descripciones de las estructuras geográficas y sus límites. También se debía investigar la distribución territorial de las ciudades, su orientación y sus medidas en relación con cualidades del paisaje como la extensión, vastedad y proporción. Asimismo, los avances de la colonización se observaron como acciones paralelas de conquista militar y de dominio espacial considerando que, además de ser enclaves pioneros, las ciudades eran estructuras culturales que transformaban a los espacios geográficos en paisajes humanizados porque, tal como lo revelan las crónicas y otros documentos coloniales, cada ciudad señalaba un punto permanente que permitía situarse y medir el territorio que se estaba colonizando.

En la tesis se plantea que la cuadrícula de la ciudad colonial no fue exclusivamente una base geométrica apropiada para dividir y repartir rápidamente el suelo urbano o para organizar las construcciones que acogerían la vida urbana; porque, junto con sus características distributivas y funcionales, la cuadrícula poseía cualidades para conformar un sistema de medida y una estructura orientadora que permitía reducir el desamparo en un mundo incógnito.

En otro sentido, Riesco plantea que si la superficie terrestre estuviese constituida por un mismo paisaje –un espacio geográfico uniforme– no sería posible aprehender y tomar conciencia del espacio porque éste se revela como deducción a partir de la distancia como magnitud unidimensional pero con potencialidad de signo múltiple, que surge al aplicar el concepto de tiempo<sup>38</sup>. Al considerar que el espacio geográfico no puede definirse exclusivamente por la idea de área o superficie, sino también en función de su forma y contenido, se estimó conveniente explorar otra característica del territorio chileno, referente a la existencia de distintos ámbitos geográficos que se manifiestan en la diversidad del paisaje.

Las variaciones geográficas de Chile –que en sentido norte sur transcurren desde el desierto cálido a territorios dominados por campos de hielo y, en dirección opuesta, abarcan desde las heladas cumbres andinas hasta las templadas planicies costeras– originan diversos paisajes que particularizaban a cada sitio de fundación, formando un entorno irrepetible y único. En estos contextos individuales, la transformación del damero fundacional y las distintas modalidades de colonización no se analizaron atendiendo sólo a la creciente complejidad de las ciudades, los sucesos históricos y las estrategias aplicadas en cada etapa del proceso colonizador sino, esencialmente, por su condición de respuestas a la diversidad espacial del paisaje.

<sup>37</sup> ORTEGA CANTERO, Nicolás: *Entre la explicación y la comprensión: El concepto de paisaje en la geografía moderna*. op.cit. p. 108

<sup>38</sup> La noción de tiempo en la geografía tiene un carácter absoluto y es un signo recurrente definido por la velocidad con que se repite sistemáticamente un mismo fenómeno natural cósmico como la noche y el día, estaciones del año, etc. En contraste, la noción de espacio reviste un carácter no tan estable y normativo; es un concepto dinámico donde operan cualidades como la magnitud y forma geográfica. RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op. cit. p.196

### a.3 El paisaje como construcción cultural en un mundo incógnito

Un aspecto medular del análisis fue observar a las ciudades coloniales considerando su doble carácter de instrumentos de conquista militar y de dominio espacial de un vasto territorio. Este enfoque respondía al objetivo de estudiar la trayectoria urbana de las ciudades como resultado de un proceso de colonización que seguía una lógica de ocupación basada en estrategias y decisiones militares; sin embargo, el proceso también fue condicionado por el imperativo cultural de asentarse en paisajes que no podían compararse con las vivencias espaciales previas de los conquistadores; por esto, se analizaron las perspectivas culturales desde las cuales ellos se aproximaron a la realidad espacial de Chile, que se expresaron en las diferentes interpretaciones del paisaje.

En las definiciones contemporáneas, el paisaje es caracterizado como una parte de la superficie terrestre que puede ser aprehendida perceptualmente porque en su imagen externa y en la interacción de los elementos y fenómenos que lo integran, presenta una fisonomía homogénea y una unidad espacial básica; este enunciado incluye aspectos objetivos -estructura física del área observada- y subjetivos, como la interpretación del espacio por un sujeto que se sitúa culturalmente frente a él<sup>39</sup>. Según este argumento, un espacio geográfico o un territorio sólo adquieren carácter de paisaje cuando son descifrados culturalmente; una selva, sin la presencia de un observador que interprete emocionalmente sus atributos, no es un paisaje sino un espacio natural. En este sentido, Maderuelo<sup>40</sup> plantea que el paisaje no tiene una existencia autónoma, no es un lugar físico, es una construcción cultural, una serie de ideas, sensaciones y sentimientos que se elaboran a partir de la contemplación sensible de un lugar.

El tema de la contemplación sensible de la naturaleza alcanzó relevancia durante el siglo XVIII con el debate sobre los vínculos racionales y emotivos entre naturaleza, razón y belleza; al respecto, Burke señaló que los principios de equilibrio y armonía implícitos en los objetos bellos no eran suficientes para contener lo estéticamente significativo porque lo informe y lo inmenso proclaman valores estéticos asociados a lo sublime, que trasciende la exigencia estética de proporción por relacionarse con fenómenos y paisajes que despiertan sentimientos de admiración, pasión o terror; algunas de las emociones más fuertes que el hombre puede sentir. Para Burke<sup>41</sup>, las fuentes de lo sublime emanan de lo inconmensurable de la naturaleza representado por cualidades como el vacío y la inmensidad<sup>42</sup>; ambas cualidades están presentes en el paisaje americano. En las crónicas de Indias y en los informes de expediciones científicas abundan las descripciones que sugieren los sentimientos de admiración y temor que suscitaba la insondable naturaleza de América.

<sup>39</sup> El Artículo 1 del Convenio Europeo del Paisaje (CEP) define al paisaje como *“una determinata parte di territorio, così come è percepita dalle popolazioni, il cui carattere deriva dall'azione di fattori naturali e/o umani e dalle loro interrelazioni”*. Testo ufficiale della Conferenza Ministeriale di Apertura alla Firma della Convenzione Europea del Paesaggio. La traducción española de este documento señala que *el paisaje designa a cualquier parte del territorio, tal como la percibe la población, cuyo carácter es el resultado de la acción de factores naturales y/o humanos y sus interacciones*. El CEP es un tratado internacional auspiciado por el Consejo de Europa, puesto a su firma por los estados integrantes de dicho organismo en Florencia el 20 de octubre de 2000 y que entra en vigor el 1 de marzo de 2004.

<sup>40</sup> MADERUELO, Javier: *Introducción al paisaje*. Actas II Curso Huesca: Arte y Naturaleza publicadas en *El paisaje: Arte y Naturaleza en Huesca*. op. cit. p.10. MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. Abada Editores. Segunda edición. Madrid 2006. p.11

<sup>41</sup> BURKE: Edmund: *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*. Editorial Tecnos. Colección Metrópolis. Madrid 1987. pp. 29-66 Edición española del original *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful*, publicada en 1757. Traducción de Juan Antonio López Férez.

<sup>42</sup> Anticipándose a Edmund Burke, Thomas Burnet en *The Sacred Theory of the Earth*, elogió a las altas montañas, la inmensidad del mar y el firmamento ilimitado asociándolos con lo grande y magnífico. En MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. Publicado en *Paisaje y Pensamiento*. Abada Editores. Madrid 2006. p. 21



En este sentido, era primordial considerar al paisaje como una construcción cultural y una interpretación del observador según su experiencia propia. Paisajes nuevos y extraños, generan admiración y sentimientos de añoranza por paisajes familiares y conocidos. Rivera se refiere a estas emociones en *La Vorágine*, cuando describe a la selva americana como un laberinto vegetal donde la contemplación de sus espacios cerrados, por contraste, despierta en el observador una inmensa nostalgia por el horizonte y las amplias llanuras<sup>43</sup>. Las ciudades coloniales también eran estructuras portadoras de cualidades evocativas porque sus rasgos principales rememoraban al mundo europeo en medio de los extraños paisajes del Nuevo Mundo. Además, como plantea Ortega al analizar un texto de Francisco Giner, la lectura del paisaje no se agota en sus formas visibles y rasgos fisonómicos predominantes porque el paisaje es una realidad dotada de sentido, es un ámbito cargado de significado; cualidad que no puede olvidarse si se quiere entender lo que el paisaje es y representa<sup>44</sup>.

Si la interpretación y significado del paisaje también condiciona el modo de situarse culturalmente en el ámbito donde se actúa, era pertinente analizar el proceso de colonización incorporando la lectura cultural del paisaje como el espacio vital de las acciones colonizadoras. Martínez de Pisón explica que la idea de territorio hace referencia a un espacio funcional y administrativo; en comparación, el paisaje es un espacio formalizado, dotado de formas concretas, de faz visible y de significados culturales y vitales, lo que hace de él, algo más que un mero escenario<sup>45</sup>.

Las diferentes interpretaciones del paisaje que se sucedieron a lo largo del período colonial –reconocibles en la cartografía, las crónicas y los informes de expediciones– son antecedentes reveladores de la mirada cultural desde donde los conquistadores españoles observaron el mundo americano y se situaron en él. Análogamente, el conocimiento gradual de la geografía y cualidades espaciales del territorio influyó en las interpretaciones del paisaje y, por lo tanto, se reflejaron en las diferentes formas de ocupación del espacio y las transformaciones de las ciudades.

Respecto de la correlación entre la percepción del mundo y la ciudad, Masiero indica que la arquitectura –y por lo tanto, la construcción de ciudades– es una forma para hacer artificial el mundo y, siendo el mundo el lugar donde actúan los sentidos, es inevitable una vinculación estrecha entre los sentidos y el producto construido<sup>46</sup>. A partir del análisis etimológico de la palabra arquitectura, Roberto Masiero<sup>47</sup> sostiene que mediante la construcción –que es entretejer, urdir, unir, ordenar ciertas partes entre sí– el hombre habita la tierra, le da y toma su forma. Desde una perspectiva similar, Morales explica que *teks* –raíz etimológica de *techné*, que integra la palabra arquitectura– remite al dominio de la selva para extraer madera y señala el inicio de un proceso cultural que hace posible transformar a la naturaleza salvaje en material de construcción<sup>48</sup>. De acuerdo con las citas anteriores, el habitar es un modo de situarse ante la naturaleza y de crear vínculos de identidad con el entorno; a la vez, implica transformar a los espacios geográficos en paisajes marcados por una cultura determinada.

<sup>43</sup> RIVERA, José Eustasio: *La Vorágine*. Editorial Zigzag- Santiago de Chile, 1960. p.119

<sup>44</sup> ORTEGA, Nicolás: *Paisaje e identidad nacional*, en *Retorno al paisaje. El saber filosófico, cultural y científico del paisaje en España*. Publicado en el Programa de Responsabilidad Social Corporativa de EVREN, Evaluación de Recursos Naturales, S.A. Editado por Joan F. Mateu Bellés y Manuel Nieto Salvatierra. Valencia. p.204

<sup>45</sup> MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: *Imagen de la naturaleza en las montañas*. Publicado en *Estudios sobre el paisaje*. Ediciones de la Universidad de Valladolid y Fundación Duques de Soria. Impreso en Compobell, Murcia. 2000. p. 16.

<sup>46</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op.cit. pp. 11-12

<sup>47</sup> La palabra *técton* –presente en la etimología de la arquitectura– deriva de la raíz *tak*, origen de las palabras técnica, techo, tectónico y tejido; el término habla de un hacer y también de un componer. MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op.cit. pp. 19-20.

<sup>48</sup> José Ricardo Morales analiza el paso de la selva a la madera como material así como su asociación con los conceptos de protección, tejido y tejado como aquello que protege. MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op.cit. pp. 165-172

Las acciones colonizadoras de los conquistadores españoles les permitieron habitar el Nuevo Mundo mediante estructuras culturales que articulaban los sistemas físicos de la colonización –ciudades, caminos, haciendas, misiones y fuertes- con sistemas inmateriales como la forma de administración del territorio y la acción de bautizar a los lugares americanos con nombres españoles; estas intervenciones culturales se realizaron en paisajes que encarnaban las cualidades visibles de un mundo distinto y distante de Europa. Inmersas en un contexto donde todo era nuevo, las ciudades coloniales evolucionaron en función de las disposiciones institucionales y decisiones individuales de los fundadores; del avance, retroceso y corrección de las estrategias de colonización; de la historia local y los métodos de urbanización empleados en las diferentes regiones. Las trayectorias de las ciudades también se relacionaban con el paisaje y las interpretaciones culturales de sus características espaciales.

El análisis de documentos históricos –crónicas y dibujos- permitió deducir que los conquistadores españoles se situaban ante el paisaje americano buscando distintas explicaciones a las diferencias que presentaba en comparación con sus experiencias anteriores. En la etapa inaugural de la colonización, algunos paisajes fueron vistos como escenarios míticos, similares a los paisajes ideales descritos por la literatura y el arte. En el siglo XVIII, las interpretaciones míticas del paisaje se reemplazaron por lecturas racionales para comprenderlo como realidad física y espacial; en esta época, el paisaje se observaba desde una perspectiva científica para descubrir sus rasgos exclusivos y aquellos que podían compararse a los paisajes europeos.

Riesco indica que la comparación es uno de los principios geográficos más utilizados y que el estudio de un espacio, comparándolo con otros, fue un recurso conocido en Europa desde la época clásica. La comparación entre el Nilo y el Éufrates, efectuada por Herodoto, revela una aspiración cognoscitiva y la búsqueda de explicaciones o causalidades que pueden determinar un fenómeno geográfico<sup>49</sup>. Análogamente, los conquistadores intentaron explicar al paisaje americano tomando como referencias a los paisajes reales y a los paisajes ideales del arte y la literatura; no obstante, los contrastes entre el Viejo y Nuevo Mundo era tales que la comparación sólo realizaba lo extraordinario del paisaje americano, obstaculizando su comprensión y difusión. Los integrantes de las expediciones científicas también debían enfrentar dificultades similares para registrar y divulgar las características espaciales del paisaje.

La situación descrita tuvo especial relevancia en el proceso de urbanización colonial de Chile por las excepcionales cualidades físicas de la región. El contexto donde se materializaron las acciones colonizadoras no era comparable con los paisajes reales que los conquistadores españoles conocían y tampoco coincidían con los paisajes ideales de las imágenes pictóricas y las descripciones escritas. En esta circunstancia radica la importancia de analizar la urbanización colonial de Chile como la principal respuesta a la necesidad existencial de implantar signos alusivos al mundo hispano en un territorio desconocido y desconcertante. Estos signos culturales, conocidos y familiares, se concentraron esencialmente en las ciudades.

En este sentido, y con el propósito de perfilar conceptualmente los alcances de esta investigación, se analizó la etimología del término paisaje, que procede del vocablo latino *pagus*, cuyo significado es aldea; esta analogía primaria explica las relaciones semánticas entre país y paisaje<sup>50</sup>. El lazo entre las palabras país y paisaje también se reproduce en la proximidad fonética de las expresiones francesas *pays* y *paysage*, las italianas *paese* y *paesaggio*, las inglesas *land* y *landscape* y las alemanas *land* y *landschaft*. Javier Maderuelo explica que, originalmente, el término *landschaft* no se refería a una vista o un panorama de la naturaleza porque significaba región o área

<sup>49</sup> RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op. cit. p.207

<sup>50</sup> MIR, José María: *Diccionario Ilustrado Latino-Español*. Biblograf S.A. Edición y publicaciones SPES y Vox. Barcelona, 1964. Sexta edición del latín eclesiástico seleccionado por el cuerpo de redactores de Palestrina Latina bajo la dirección del R.P. José María Mir. Prólogo de Vicente García de Diego.

geográfica definida por límites políticos. La expresión inglesa *land* significa tierra, entendida como terreno, y con el tiempo esta acepción se extendió hasta abarcar a la idea de país, dominio o reino; asimismo, la palabra *scape* –derivación del término *shape*– significa forma en el sentido de contorno o aspecto. De la conjunción de los vocablos *land* y *scape* surge una nueva palabra (*landscape*) que incumbe al aspecto de un territorio<sup>51</sup>. El italiano fue la primera lengua latina en contar con un término para nombrar a un territorio y sus vistas específicas a través de la palabra *paese* y sus derivados *paesetto* y *paesaggio*<sup>52</sup>. En España, el término paisaje se utilizó por primera vez en 1737<sup>53</sup>. En América, el vocablo *pago* –derivación del latín *pagus*– se refiere simultáneamente al país y al paisaje porque designa tanto al territorio donde nació una persona como al lugar con el cual se identifica afectivamente.

Paisaje y país son términos alusivos al mundo propio y se relacionan con el arraigo y la formación de vínculos de intermediación cultural y afectiva a un territorio. A partir de esta analogía, en la tesis, las ciudades coloniales se analizaron como respuesta a la necesidad cultural hispana de arraigarse a paisajes extraños e incomprensibles. Enrique Martín López explica que las ciudades manifiestan la más honda expresión del arraigo aunque también el comportamiento de pueblos nómades que carecen de ciudades deja evidencias –señales en rocas, en árboles y en el suelo– que muestran su sentido de arraigo espacial como manifestación del derecho de uso o de paso frente a otros pueblos que puedan pretender idénticas prerrogativas<sup>54</sup>. Este ejemplo expone una particular modalidad de arraigo al territorio porque el nómada siempre lleva consigo su propio espacio –no natural sino cultural– y lo va implantando en cada ámbito geográfico donde permanece por algún tiempo<sup>55</sup>.

Ante paisajes tan desconocidos para los colonizadores –que hasta los interpretaron como lugares míticos–, las ciudades fueron una forma de ocupación que evocaba su propio mundo porque los conquistadores se arraigaban a los territorios incógnitos implantando el espacio cultural que traían consigo y que remitía a las ciudades y los modos de vida españolas. Con el avance colonizador, el espacio geográfico dejaba de ser un ámbito peligroso e insondable para convertirse en un paisaje hospitalario y familiar. Este proceso marca la transición, descrita por Marchan Fiz, desde el *locus terribilis* que se transforma en *locus amoenus* tras superar la prevención de mirar a la naturaleza asociada a lo extraño y amenazante<sup>56</sup>.

Las ciudades coloniales enunciaban la medida del hombre en inmensas extensiones geográficas, eran realidades físicas y simbólicas, colmadas de los valores culturales incorporados en la memoria histórica de sus fundadores. Desde esta perspectiva, las trayectorias de las ciudades se analizaron como acciones de conquista militar para imponerse a las culturas indígenas y como acciones de dominio espacial que permitieron transformar a paisajes agresivos y enigmáticos en paisajes acogedores y comprensibles. A la par, se investigaron las distintas aproximaciones culturales de los colonizadores al paisaje, desde las interpretaciones míticas hasta lecturas más racionales. El cambio en la mirada cultural de los colonizadores y el convencimiento que no estaban frente a paisajes ideales como los descritos en los mitos y leyendas, fue un tema básico para examinar las transformaciones morfológicas y funcionales de las ciudades coloniales, destacando su carácter de estructuras de dominio y de arraigo a paisajes nuevos pero reales.

<sup>51</sup> MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. op.cit. pp. 24-25

<sup>52</sup> Javier Maderuelo cita al *Vocabulario Toscazo dell'Arte del Disegno* de Filippo Baldinucci, editado en 1681, donde se define la forma plural del término *paese* para referirse a los paisajes MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. op.cit. p. 25

<sup>53</sup> El término paisaje aparece en el *Diccionario de Autoridades* editado por la Real Academia Española, en 1737 MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. op. cit. p. 29

<sup>54</sup> LOPEZ, Enrique Martín: *Sociogénesis de la vida urbana*. op. cit. p. 23

<sup>55</sup> LOPEZ, Enrique Martín: *Sociogénesis de la vida urbana*. op. cit. pp. 23-24

<sup>56</sup> MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid 2006. p. 19

## b. El contexto espacial de la urbanización: un mundo distinto y distante

*Terra Ultra Incógnita*, *Terra Nova*, *Novus Orbis*, *Nuevo Mundo*<sup>57</sup> fueron los primeros nombres de América; ellos reflejan la sorpresa de los europeos al encontrarse ante un mundo donde todo era nuevo. Nuevo era el cielo y las estrellas<sup>58</sup>, nuevos eran los lenguajes y ritos de las originales culturas que habitaban las distintas regiones, nuevos eran los diversos paisajes. América era un mundo nuevo no por ser tierras recién descubiertas sino porque, como decía Francisco López de Gomara, sus cosas eran *diferentísimas* al mundo conocido<sup>59</sup>.

El Nuevo Mundo, sorprendente e incomprensible desde la perspectiva europea, fue el territorio donde se desplegó una de las mayores empresas de conquista cultural y de dominio del espacio. La ocupación española se fue extendiendo y consolidando a través de un proceso de urbanización que dependía de las estrategias de conquista y objetivos de colonización, de los recursos naturales, de la importancia económica o militar que tenían los territorios conquistados y del contexto histórico. El proceso urbanizador también obedecía a un conjunto de condicionantes relacionadas con las estructuras geográficas que, espacialmente, se expresaban en el paisaje.

Al respecto, un antecedente elocuente es la importancia que en las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación*<sup>60</sup> se otorgó al ambiente natural para seleccionar los sitios de fundación de las ciudades. El texto contiene varios párrafos alusivos a las cualidades que debían cumplir los sitios para asegurar la permanencia de los centros urbanos. En los informes de los conquistadores, que precedieron a las célebres Ordenanzas de Felipe II, también se incorporan antecedentes relacionados con el entorno natural de las ciudades coloniales.

Pedro de Valdivia<sup>61</sup> en una carta fechada el año 1545, dirigida a Carlos V, describió las condiciones climáticas favorables, los suaves vientos y el relieve llano como las principales características físicas y espaciales del valle del río Mapocho; cualidades que según Valdivia justificaban su elección como sitio de fundación de Santiago del Nuevo Extremo, ciudad capital de Chile.

*Esta tierra es tal que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo -dígoles porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto la luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindo soles, que no hay para qué llegar al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no le es inoportuno*<sup>62</sup>

<sup>57</sup> Nuevo Mundo fue el nombre utilizado por Américo Vespucio y Pedro Mártir de Anglería para divulgar en Europa la novedad de América. Los otros nombres aparecen en diferentes mapas y dibujos.

<sup>58</sup> Vespucio en su carta del 18 de julio de 1500 dirigida desde Sevilla a Francesco de Médicis dice que al pasar desde un hemisferio al otro observó cuatro estrellas que reemplazaban a las constelaciones conocidas. En: VESPUCIO, Américo: *El Nuevo Mundo, Viajes y documentos completos*. Ediciones Akal, Madrid 1985. p.15

<sup>59</sup> Carmen Bravo Villasante destaca la opinión expresada por Francisco López de Gomara en su *Historia de Las Indias* al mostrarse asombrado frente al Nuevo Mundo por las diferencias que presentaba en relación con Europa. Cita BRAVO-VILLASANTE: Carmen: *La Maravilla de América. Los cronistas de Indias*. op.cit. p.67

<sup>60</sup> Las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación* fueron dictadas por Felipe II en 1573 para legislar diferentes aspectos de la fundación de ciudades en América. En esta tesis se ha consultado la versión publicada por el Instituto de Cultura Hispánica en 1973. IBÁÑEZ CERDA, José: *Transcripción de las Ordenanzas de Descubrimiento*. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1973.

<sup>61</sup> Valdivia fue el principal conquistador de Chile, protagonista de la guerra de Arauco y fundador de las primeras ciudades coloniales chilenas: Santiago, La Serena (fundación ordenada por Valdivia a Juan Bohon), Concepción, Valdivia, Imperial, Villarrica (fundada por Jerónimo de Alderete por orden de Valdivia) y Los Confines.

<sup>62</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. Colección. op.cit pp.43-44

Las circunstancias naturales -clima, topografía, disponibilidad de agua dulce y otros recursos- eran antecedentes concluyentes para seleccionar los sitios de fundación; con los avances en la exploración y conocimiento del territorio chileno, también se consideraron las características espaciales de las diferentes unidades geográficas para perfeccionar los métodos de colonización y la transformación de las ciudades.

La influencia del paisaje en la urbanización colonial de Chile fue un asunto reiterado por los cronistas quienes, generalmente, comenzaban sus informes describiendo la estructura física del territorio para contextualizar la conquista y colonización. Alonso González de Nájera<sup>63</sup>, Jerónimo de Quiroga<sup>64</sup> y Juan Ignacio Molina<sup>65</sup> -cronistas de los siglos XVI, XVII y XVIII respectivamente- incluyeron en sus memorias variados antecedentes sobre las características geográficas de Chile para explicar la forma en que las singularidades del paisaje afectaban el proceso de conquista y colonización. Estos relatos revelan que el interés por describir a la geografía y sus efectos sobre la acción española se mantuvo en los tres siglos que comprendió el período colonial.

La importancia de la geografía también fue un tema substancial en los informes de las expediciones científicas, realizadas durante el siglo XVIII, donde se describen la vegetación, fauna, clima, recursos minerales, el relieve y los obstáculos físicos para acceder a la región chilena, aislada por el desierto de Atacama y la cordillera de Los Andes<sup>66</sup>. Darwin que recorrió Chile en la primera mitad del siglo XIX, entre 1832 y 1835, también se refiere a la dificultad que entrañaban la ocupación y exploración del sur de Chile por su complejidad geográfica y el aislamiento generado por la alta fragmentación del relieve<sup>67</sup>.

La necesidad de conocer la estructura física del territorio para evaluar de qué modo podría influir en las distintas acciones de colonización y el desarrollo de las ciudades se observa como una constante a lo largo del proceso urbanizador, aunque alcanzó mayor interés tras el fracaso de varias fundaciones y la declinación de la conquista. Reconocer que la urbanización estaba supeditada a las características geográficas fue un tema relevante por las numerosas ciudades que debieron ser abandonadas o trasladadas como resultado de la deficiente capacidad de sus sitios originales para sustentar la vida urbana.

Chile presentaba particularidades físicas y espaciales que gravitaron decisivamente en el avance de la conquista y urbanización colonial; una de las más influyentes era el aislamiento generado por la presencia del desierto de Atacama y la **inexpugnable muralla**<sup>68</sup> andina, que separaban a la región chilena de los virreinos del Perú y del Río de La Plata<sup>69</sup>. La condición de aislamiento se acrecentaba por el difícil acceso terrestre; llegar a Chile exigía atravesar el extenso desierto de Atacama o cruzar la cordillera de Los Andes por precarios pasos que no se podían utilizar la mayor parte del año debido a la complejidad del relieve y rigor del clima. Las comunicaciones marítimas entre el océano Atlántico y el Mar del Sur -nombre del océano Pacífico en la época colonial- cruzando el estrecho de Magallanes, aunque permitía conectar la costa del Atlántico con los puertos chilenos y otros puertos del Pacífico, implicaba surcar la ruta de navegación más peligrosa de América.

<sup>63</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op.cit. p.9

<sup>64</sup> QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. op.cit. pp. 9-14. Jerónimo de Quiroga fue un soldado español que participó en la conquista de Chile y llegó a ser Maestre de Campo en la Frontera en 1692. Su crónica fue reconocida por historiadores coloniales como Carvallo Goyeneche y por historiadores modernos como Diego Barros Arana.

<sup>65</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit.

<sup>66</sup> ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición Científica de los hermanos Heuland. (1795-1800)*. op.cit. pp. 27-40

<sup>67</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. pp.55-79

<sup>68</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. p. 6

<sup>69</sup> El virreinato del Río de La Plata fue creado en 1776. Se le incorporó el corregimiento de Cuyo, hasta entonces adscrito a la Capitanía General de Chile.

Juan Ignacio Molina describe el aislamiento de Chile destacando al océano Pacífico, que limitaba al país por el poniente, y a la cordillera de Los Andes que lo confinaba por el oriente. Según Molina, debido a sus dimensiones, la cordillera era un bastión natural que separaba totalmente a Chile de otras regiones americanas porque los escasos pasos hacia las zonas trasandinas estaban abiertos solamente en verano y eran tan angostos y peligrosos que apenas podía pasar un hombre a caballo.

*...La gran cordillera que, según dexamos expuesto, le circuye por levante. Le separa también totalmente ya por si misma, ó ya por sus ramos, de todas estas regiones, e sirviéndole al mismo tiempo de inexpugnable barrera por la banda de tierra, mientras el océano le defiende por la de poniente...*<sup>70</sup>



**Vista aérea de las cimas cordilleranas de Los Andes**<sup>71</sup>

Los obstáculos geográficos que afectaron a la expedición de Diego de Almagro en la primera excursión española a Chile anticiparon un proceso de colonización plagado de impedimentos. La ocupación española de la región tuvo un importante retroceso a finales del siglo XVI cuando, después de la destrucción de siete ciudades fundadas entre el río Bío Bío y el canal de Chacao por un ataque indígena, los conquistadores se vieron obligados a abandonar una extensa zona donde ya se había alcanzado un significativo progreso de la urbanización. Este acontecimiento histórico muestra que el dominio del territorio chileno fue especialmente complejo porque, además de los problemas derivados del aislamiento y fragmentación territorial, los conquistadores también debieron enfrentar una encarnizada y sostenida oposición indígena.

El sur de Chile fue escenario de la famosa guerra de Arauco, que se mantuvo activa durante todo el período colonial; por esta circunstancia histórica, Diego Rosales<sup>72</sup> en su *Historia General del Reino de Chile* bautizó a la región chilena con el sugerente nombre de Flandes Indiano. A las acciones de resistencia indígena se sumaban los terremotos y maremotos, cuyos catastróficos efectos interrumpieron bruscamente las trayectorias de varias fundaciones. La destrucción de las ciudades -por desastres naturales, ataques indígenas o por la combinación de ambos- afectó gravemente a la colonización de Chile porque, solamente, mediante el avance de la urbanización y el desarrollo de las ciudades era posible sostener la conquista del enorme territorio y el dominio permanente de paisajes imponentes por su extensión y vastedad.

<sup>70</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.4

<sup>71</sup> Foto disponible en <http://geografodechile.blogspot.com> (julio 2010)

<sup>72</sup> ROSALES, Diego de: *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. Con prólogo de Alfonso Calderón. Editorial Universitaria; Colección Escritores coloniales de Chile. Santiago, 1969

## b.1 El enigma de la extensión del espacio a dominar

*La sorpresa americana* es la enunciación con que Boorstin<sup>73</sup> describe la inesperada irrupción del Nuevo Mundo en la historia occidental. La sorpresa inicial generada por el descubrimiento de América no disminuyó a través del período colonial; al contrario, en las crónicas de los conquistadores y los informes de las expediciones científicas se muestra que la sorpresa americana aumentaba gradualmente con los imprevistos hallazgos de las avanzadas españolas que se internaban por un mundo de paisajes asombrosos. Uno de los principales enigmas americanos se refería a la extensión del territorio a colonizar porque los espacios explorados por España se ampliaban continuamente con los sucesivos descubrimientos de nuevas regiones. Las expediciones, gradualmente fueron revelando la inmensidad del territorio, cuya conquista y urbanización fue la mayor acción colonizadora emprendida por Europa.

Las dimensiones del territorio inicialmente conocido se ampliaron rápidamente con incursiones hacia México, La Florida y la costa norte de América del Sur. Las zonas a conquistar se prolongaron con el descubrimiento del Perú y, más tarde, Almagro y Valdivia incorporan nuevas extensiones como resultado de sus expediciones por la lejana región chilena. La constante ampliación de los límites del espacio a dominar se relacionaba con la inmensa extensión del Nuevo Mundo; esta cualidad geográfica fue destacada por Javier Aguilera<sup>74</sup> al señalar que la extensión continental era una característica esencial del proceso colonizador y, coincidiendo con Morales Padrón<sup>75</sup>, afirma que es difícil comprender a América sin considerar su enorme dimensión.

*La superficie del continente americano es ochenta veces mayor que la de España y sólo Sudamérica tiene una extensión de algo más de dieciocho millones de kilómetros cuadrados, enorme comparada con la pequeña Europa*<sup>76</sup>

La inmensa extensión territorial de América fue subrayada por los cronistas cuando comparaban las dimensiones del Nuevo Mundo con sus experiencias históricas. Al respecto, Gonzalo Fernández de Oviedo señaló que *las tierras destas Indias es una otra mitad del mundo, tan grande o por ventura mayor que Asia, Africa y Europa*<sup>77</sup>. Francisco de Jerez también analizó el valor de la conquista como acción realizada en enormes espacios no explorados o que ni siquiera se sabía que existían.

*¿Cuándo se vieron en los antiguos no modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancia de tierra ir a conquistar lo no visto ni sabido?*<sup>78</sup>

Carmen Bravo Villasante sostiene que en las crónicas de Indias se puede apreciar la admiración frente a la naturaleza impresionante de América, con ríos que simulaban mares inmensos y un espacio que se veía infinito y daba una dimensión nueva al cosmos, que parecía anteriormente limitado<sup>79</sup>. América fue vista como un territorio inmenso e infinito; así lo expone Américo Vespucio en una carta dirigida a Lorenzo de Médicis, donde el navegante dice haber visto *infinitas tierras e infinitas islas*<sup>80</sup>.

<sup>73</sup> BOORSTIN, Daniel: *Los Descubridores*. Capítulo VII: La sorpresa americana. Editorial Crítica. Serie Mayor. Barcelona 1989. pp.205-254. Tercera edición en español del título original *The Discoverers*. Traducción de Susana Lijtmaer.

<sup>74</sup> AGUILERA ROJAS, Javier: *Fundación de ciudades hispanoamericanas*. op.cit. p.13

<sup>75</sup> MORALES PADRON, Francisco: *Los conquistadores de América*. Colección Austral, Espasa-Calpe. Madrid 1974. pp.134-144

<sup>76</sup> AGUILERA ROJAS, Javier: *Fundación de ciudades hispanoamericanas*. op. cit. p.13

<sup>77</sup> Citado por: ELLIOT, J.H. : *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. op.cit. p. 55

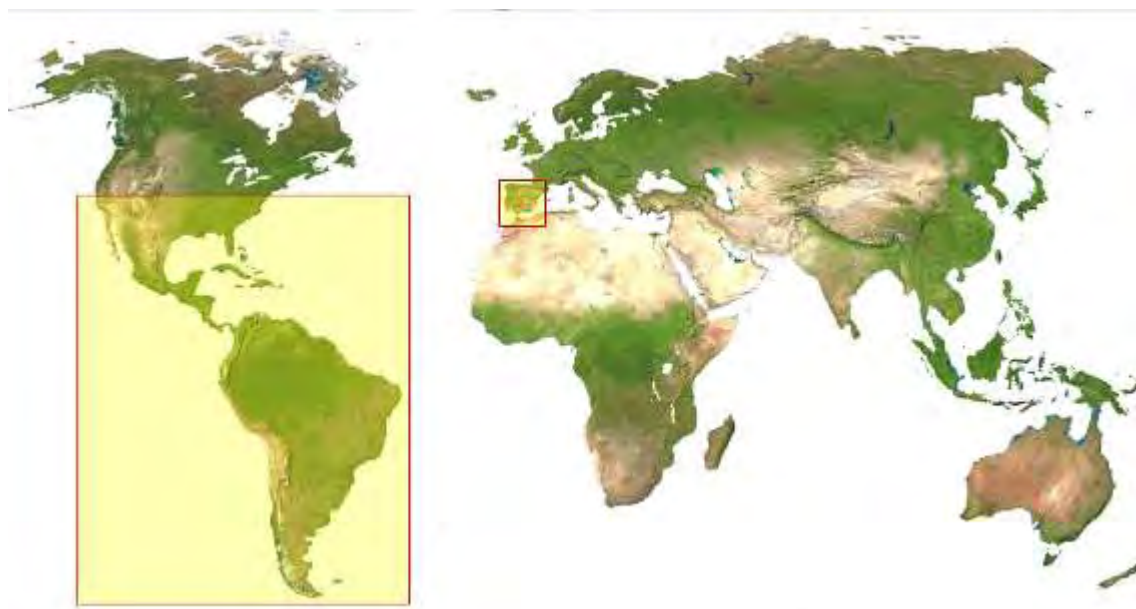
<sup>78</sup> JEREZ, Francisco de: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. Biblioteca Americana de Historia 16. Impresión Melsa. Madrid 1992. pp.59-60

<sup>79</sup> BRAVO-VILLASANTE, Carmen: *La Maravilla de América*. op. cit. p.9

<sup>80</sup> VESPUCIO, Américo: *Cartas de viaje*. Carta del 18 de julio de 1500, dirigida a Lorenzo de Médicis. Introducción y notas de Luciano Formisano. Alianza Editorial. Madrid, 1986. pp. 54-63



Inclusive en la época contemporánea las dimensiones de América impresionan a los europeos; Le Corbusier en *Precisiones* calificó al paisaje de la pampa que rodea a Buenos Aires de *espectáculo cósmico* y *tierras que no tienen límite*<sup>81</sup>. Una referencia de esta cualidad es que el continente americano abarca los dos polos del planeta; en esta enorme extensión, el territorio colonizado por los españoles comprendía un área veintiocho veces mayor que España<sup>82</sup>. Asimismo, se puede indicar que América del Sur tiene una superficie de 17.821.018 Km<sup>2</sup>.



**Extensión de América ibero colonial en relación con España y Portugal**<sup>83</sup>

La colonización española -expresada básicamente en un sistema de ciudades- debía consolidar la ocupación permanente de un territorio de extensión indeterminada. Las dimensiones del espacio donde se efectuaban las acciones colonizadoras sólo podían conocerse parcialmente porque el Nuevo Mundo es un continente inmenso, que no era posible recorrer de un extremo al otro. El enigma de la extensión no se refería únicamente a la enorme superficie continental, también se relacionaba con espacios de dimensión desconocida que componían las vastas zonas inexploradas del Nuevo Mundo; inclusive cuando el proceso de colonización mostraba avances significativos persistían ciudades rodeadas por áreas incógnitas. Hasta hoy, existen en Chile<sup>84</sup> y otras regiones de América vastedades sin explorar. Las extensiones inexploradas del continente integran el ámbito que los arquitectos de la Universidad Católica de Valparaíso<sup>85</sup> bautizaron con el nombre de *mar interior de América* para describir enormes superficies que aún son espacios desconocidos.

<sup>81</sup> LE CORBUSIER: *Précisions sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme*. Colección de L'Esprit Nouveau, París. 1930. p.5

<sup>82</sup> Dato graficado en exposición *Urbanismo Español en América*, organizada por Centro Iberoamericano de Cooperación; Comisaría de Exposiciones. La exposición fue dirigida por Javier Aguilera Rojas, Joaquín Ibáñez Montoya y Luis Moreno Rexach; autores del libro homónimo editado por Gráficas Reunidas. Madrid. 1979. En esta publicación se recogen algunos antecedentes de la edición anterior de los mismos autores de *Urbanismo Español en América* preparado para la exposición itinerante organizada por el Instituto de Cultura Hispánica y el Ministerio de Vivienda de España en 1973

<sup>83</sup> La imagen se basa en una imagen satelital de National Aeronautics and Space Administration (NASA) <http://www.nasa.gov/>

<sup>84</sup> Aysén y Magallanes son regiones chilenas que no han sido totalmente exploradas por la presencia de grandes campos de hielo y numerosas islas no habitadas y con difícil acceso.

<sup>85</sup> IOMMI, GODOFREDO: *Amereida*. Volumen I. Tercera Edición. Talleres de Investigaciones Gráficas Escuela de Arquitectura, Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1997 pp. 17-29



El descubrimiento de nuevos espacios -un resultado habitual de las expediciones- surgía de la ambición colonizadora y del anhelo renacentista por explorar regiones desconocidas. Ercilla<sup>86</sup> en *La Araucana* manifiesta el orgullo que sintió al integrar la primera expedición española que navegó al archipiélago de Chiloé, describiendo al lugar como aquel *donde otro no ha llegado*<sup>87</sup>. La visión de Chile como región lejana, indómita e incógnita se mantuvo hasta fines de la colonia porque hasta en la época de mayor desarrollo en la conquista -segunda mitad del siglo XVIII- el territorio que estaba ocupado por España era irrelevante en comparación con su dimensión total.

La colonización de Chile significaba dominar una extensión enigmática y un espacio segmentado por la vastedad, la discontinuidad del relieve y el aislamiento espacial. La colosal muralla andina y el desierto de Atacama impedían las comunicaciones terrestres entre las ciudades chilenas y otras ciudades de América. Las crónicas coloniales informan que las exploraciones por Chile eran una hazaña por los serios problemas de accesibilidad que tenía la región. Molina explica que existían pocos caminos y senderos para comunicar las provincias de Aconcagua y Cuyo -aisladas por Los Andes- y el recorrido entre ambas, posible sólo en verano, estaba cortado por profundos barrancos. También describe el escabroso relieve que fragmentaba a Chile porque, además de la provincia trasandina de Cuyo -separada por Los Andes- la naturaleza aislaba a las islas y a la Patagonia. Según explica Molina, el territorio conocido como *Reino de Chile* comprendía desde Copiapó al archipiélago de Chiloé porque la Patagonia y las tierras magallánicas estaban separadas del resto por la naturaleza y la presencia de culturas diferentes a las de la zona central<sup>88</sup>.



### Territorios explorados y zonas desconocidas del Reino de Chile<sup>89</sup>

<sup>86</sup> Alonso de Ercilla y Zúñiga fue el poeta español que participó en la conquista de Chile y relató sus principales episodios en el poema *La Araucana*; considerada uno de los primeros clásicos españoles.

<sup>87</sup> Con este verso, Ercilla negaba la existencia de los pueblos indígenas que habitaban el archipiélago. ERCILLA, Alonso de: *La Araucana*. Canto XXXVI. Editora Nacional. México 1977. p.292.

<sup>88</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. pp.3-4

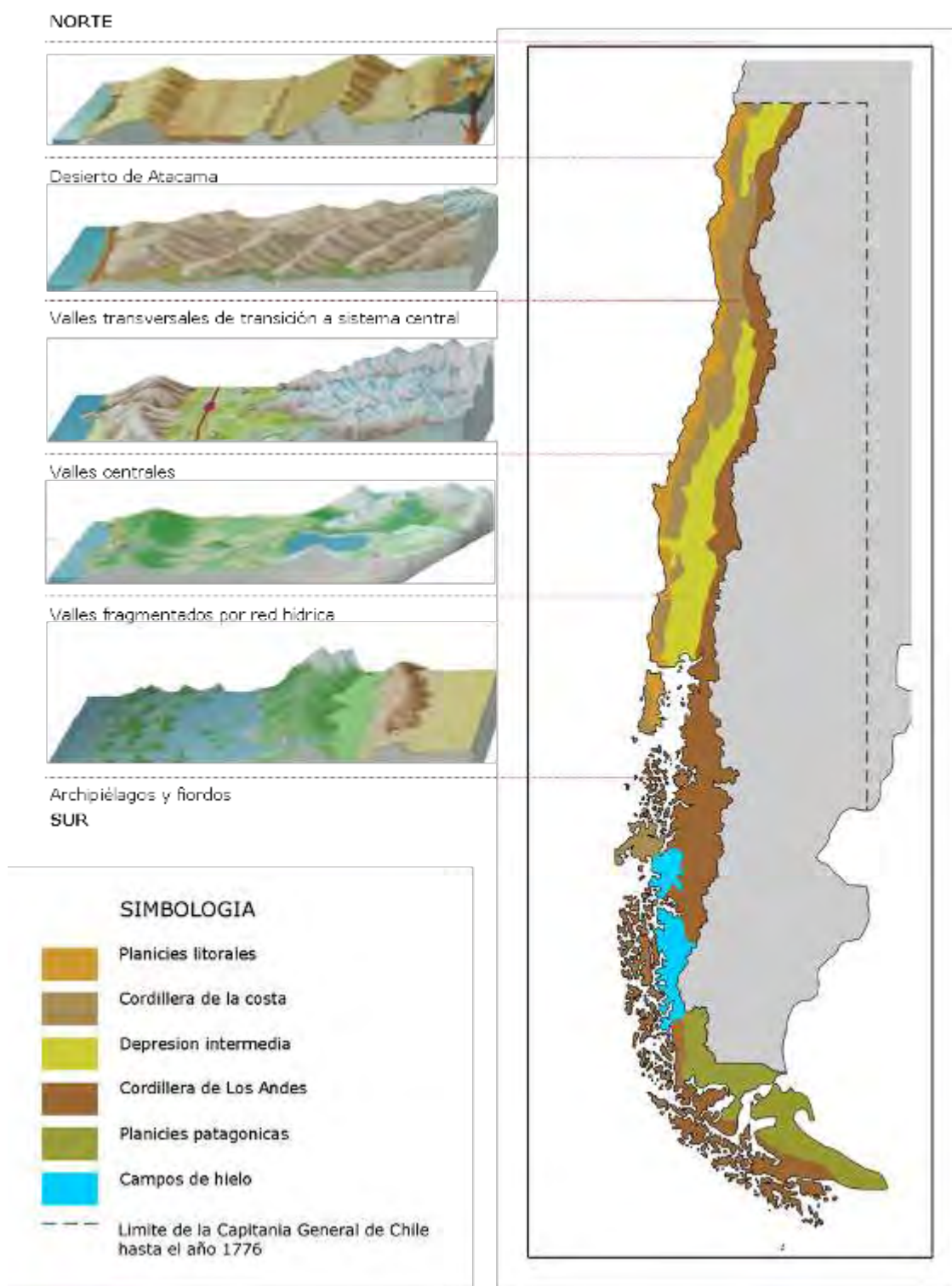
<sup>89</sup> Las fotos del desierto de Atacama y archipiélago de Chiloé en [www.chiletourism.cl](http://www.chiletourism.cl) y [www.sernatur.cl](http://www.sernatur.cl)

Chile ocupa el extremo sur poniente de América del sur, en un territorio paralelo a la cordillera de Los Andes -principal elemento geográfico del continente- y al océano Pacífico. La longitud explorada por España medía más de 3.800 Km si la referencia es el litoral desde el río Copiapó -frontera norte de la colonización, en el desierto de Atacama- y el estrecho de Magallanes<sup>90</sup>. La extensión transversal que correspondía administrativamente a la región chilena varía entre 250 y 650 Km. En este territorio se manifiestan distintas unidades geográficas cuya morfología refleja las estructuras de relieve predominante. Se destaca la cordillera de Los Andes por sus dimensiones y fisonomía cambiante, la red hídrica compuesta de numerosos ríos que aumenta en densidad hacia el sur, el sistema montañoso costero y las planicies litorales.

### Síntesis de los cambios del relieve en la extensión de Chile

Unidades geográficas	Relieve	Principales características del relieve
Desierto de Atacama	Cordillera de Los Andes	■ Al norte del río Copiapó, límite de la urbanización colonial, la cordillera tiene alturas que superan 6.000 m
	Depresión intermedia Valles y pampas	■ Pampas semidesérticas que anticipan la presencia del desierto de Atacama. Valles de ríos Copiapó y Huasco enmarcados por serranías.
	Cordillera de la Costa	■ Formaciones cordilleranas costeras se unen a serranías
	Planicie litoral	■ Dilatadas y continuas extensiones costeras
Valles transversales	Cordillera de Los Andes	■ Se presenta como un muro geográfico impenetrable con elevaciones de hasta 6.323 m
	Depresión intermedia Valles	■ Zona de transición entre las pampas y sistema central. Cordones de cerros que se desprenden de Los Andes configuran un conjunto de valles transversales
	Cordillera de la Costa	■ Cerros que avanzan hasta el litoral
	Planicie litoral	■ Modelada por amplias franjas que sólo se interrumpen en las desembocaduras de los ríos
Valles centrales	Cordillera de Los Andes	■ Alturas que varían entre 6.570 m y 2.500 m
	Depresión intermedia Sistema de valles	■ Amplia continuidad espacial que nace en la precordillera y avanza al litoral. El sistema se interrumpe por ríos que originan cambios topográficos relevantes.
	Cordillera de la Costa	■ Variaciones morfológicas que definen bahías y golfos
	Planicie litoral	■ Franjas limitadas por cerros y desembocaduras de ríos
Río Bío Bío		Eje geográfico que indica cambios relevantes del relieve
Valles del sur	Cordillera de Los Andes	■ Los montes promedian 2.000 m de altura formando un sistema con algunas elevaciones mayores y aisladas que denotan la existencia de numerosos volcanes. ■ En la precordillera se desarrollan valles lacustres que no fueron explorados porque estaban rodeados de amplias extensiones de bosques densos e impenetrables
	Depresión intermedia Valles	■ Formada por ríos profundos y torrentosos que perturban la continuidad, exploración y colonización del espacio
	Cordillera de la Costa	■ Relieve quebrado que avanza hasta el litoral
	Planicie litoral	■ Secuencia de acantilados y bahías de tamaños variables
Canal Chacao		Eje geográfico que indica cambios relevantes del relieve
Archipiélagos y fiordos	Cordillera de Los Andes	■ Relieve de alta fragmentación que surge del proceso de hundimiento de los montes andinos
	Valles	■ Depresiones y valles inundados por penetración del océano Pacífico hasta las zonas interiores. ■ Presencia de extensos campos de hielo con ventisqueros que se desprenden de ellos
	Formaciones litorales	■ Complejo sistema integrado por archipiélagos, fiordos y canales. Litoral irregular que se expresa en islas, golfos, penínsulas, fiordos, estuarios y canales
Territorio de Magallanes	Estrecho de Magallanes Tierra del Fuego	■ Eje geográfico de referencia para la navegación ■ Única ruta marítima entre océanos Pacífico y Atlántico que bordea islas y planicies patagónicas. Al sur del estrecho se desarrolla el archipiélago Tierra de Fuego, formación que antecede a la región antártica

<sup>90</sup> En la costa norte del Estrecho de Magallanes se realizaron dos fundaciones de corta vida – Ciudad del Rey Don Felipe y Nombre de Jesús- porque no lograron superar las adversidades geográficas



### Estructura física de Chile

Fuente: Elaboración propia en base al archivo digital Mapas de Chile<sup>91</sup>

<sup>91</sup> Castor y Pólux Ltda. mapasdechile.com. Las imágenes de los cortes en SANCHEZ, Jorge: *Gran atlas de Chile. Histórico, geográfico y cultural*. op.cit pp.16-17

La estructura geográfica de Chile, de oriente a poniente, está determinada por dos sistemas montañosos paralelos que originan cuatro unidades de relieve principales: la Cordillera de Los Andes, el mayor conjunto de montes y volcanes de América; la Cordillera de La Costa, que desciende hasta el océano Pacífico formando diferentes paisajes costeros; la Depresión Intermedia o Valle Central, ubicado entre ambas cordilleras y, finalmente, la planicie litoral. Estas unidades mayores se subdividen en territorios menores originados por elementos secundarios del relieve. El Valle Central o Depresión Intermedia, que se despliega entre cordilleras, está atravesado por ríos caudalosos que fluyen desde los montes andinos al océano, interrumpiendo la continuidad espacial. Los cronistas coloniales destacaron las complejidades del relieve chileno por las dificultades que generaba para explorar y colonizar la región. Diego de Ocaña explica que entre el litoral y la cordillera grande –Los Andes- se desarrolla otra cordillera, más pequeña y montuosa, que dividía al territorio en dos partes<sup>92</sup>. Los altos montes y profundas hondonadas cubiertas de espesos bosques también eran obstáculos que impedían la conectividad entre ciudades, obstruyendo el dominio permanente del Valle Central.



**Corte transversal de Chile en la zona central<sup>93</sup>**

La unidad de relieve conocida como Valle Central está formada por una secuencia de valles fluviales con fértiles tierras regadas por ríos que nacen en Los Andes. Es el territorio con mayor continuidad física de Chile, lo que explica el avance sostenido de la urbanización colonial; sin embargo, inclusive en esta zona, los conquistadores españoles debían superar accidentes del relieve como los ríos que, según su caudal y dimensiones, formaban fronteras naturales que obstaculizaban la colonización y la conectividad interna. En su relación sobre la conquista de Chile, Quiroga señala expresamente que algunos elementos geográficos impedían la conexión entre zonas distintas, limitando los recorridos y exploraciones; respecto al Valle Central señala que las expediciones por este espacio estaban restringidas por los ríos y ciénagas originadas en sus amplias llanuras de inundación.

*..y si los ríos o ciénagas no lo impidiesen, se podría se podría por este valle recorrer todo Chile...*<sup>94</sup>

La alta fragmentación de Chile -que comienza en el río Bío Bío y se pronuncia en los archipiélagos y fiordos australes- impidió la continuidad del proceso colonizador y dificultó el acceso y exploración a distintas zonas incluyendo áreas urbanizadas que estaban aislados por montañas, ríos caudalosos y bosques espesos que impedían el paso. En la Patagonia, además, la continuidad del territorio está segmentada por islas, archipiélagos, grandes lagos, campos de hielo, canales y fiordos.

<sup>92</sup> OCAÑA, Diego de: *Viaje a Chile*. op.cit. p.38

<sup>93</sup> Imagen elaborada en base a dibujo contenido en SANCHEZ, Jorge: *Gran atlas de Chile. Histórico, geográfico y cultural*. op.cit. p. 16

<sup>94</sup> Se refiere al Valle Central; el mayor de Chile, que se extiende desde Copiapó a Osorno. QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. op.cit. p.11.

Pedro de Valdivia se refiere a los inconvenientes que representaban los ríos para la exploración y colonización del territorio chileno; en sus cartas señala la necesidad de construir balsas para atravesar el río Bío Bío que, por su ancho y profundidad, no podía cruzarse a caballo.

*...llegué a otro muy mayor que se dice Buibío, muy cenagoso, ancho e hondo, que no se puede pasar a caballo...*<sup>95</sup>

*...Pasado este río llegue al Biubiu a los XXIII de enero deste presente año de DL. Estando aderezando balsas para le pasar, que porque era muy cenagoso, ancho e fondo no se podía ir a caballo...*<sup>96</sup>

Según Diego de Ocaña, en el camino real que conectaba a las ciudades de Angol y La Imperial había una quebrada muy profunda, conocida como Quebrada Honda, que era forzoso cruzar -aunque por lo pronunciado de sus pendientes causó varias desgracias- porque no existía un sendero mejor<sup>97</sup>. El cronista dice que cuando los españoles estaban en el fondo de la quebrada eran emboscados por los indígenas.

*...por lo hondo de esta quebrada va un arroyo con algún montecillo donde los indios se emboscan, y cuando los españoles están abajo salen los indios a ellos de emboscada, y por ser el sitio estrecho y fragoso que no se pueden aprovechar de los caballos han muerto a muchos españoles*<sup>98</sup>.

Para Quiroga, una dificultad de la conquista y colonización de la extensa región de Chile era la escasa o nula información que los españoles tenían de su geografía. Esta debilidad contrastaba con el dominio territorial de los indígenas que vivían en comunidades dispersas por bosques y montes; se desplazaban con facilidad por el abrupto relieve, asegurando el éxito de sus ataques y acciones defensivas. Quiroga explica que para defender una plaza tenían que dotarla con pertrechos, municiones, armas y víveres; en contraste, las comunidades indígenas, por su conocimiento del territorio, aprovechaban las características naturales para defenderse y disponer de terrenos de donde obtener víveres y forrajes para sus animales, montes para cortar lanzas y hierbas medicinales para curar sus heridas; además conocían los senderos recónditos donde por largos trechos, sólo podía entrar un hombre a caballo<sup>99</sup>.

La urbanización de Chile fue uno de los procesos colonizadores más difíciles para los conquistadores españoles. Los problemas para dominar la región se incrementaban por la complejidad del relieve que impedía o entorpecía el avance español, dejando ciudades aisladas. Otro factor relevante fue el retroceso de la urbanización como resultado de la decidida resistencia indígena a la conquista.

En síntesis, el contexto histórico determinado por la prolongada guerra de Arauco, la compleja estructura física del territorio, el aislamiento geográfico y fenómenos naturales catastróficos como los terremotos formaban un conjunto de circunstancias desfavorables para consolidar el dominio permanente de la extensión.

<sup>95</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.105

<sup>96</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.153

<sup>97</sup> OCAÑA, Diego de: *Viaje a Chile*. op.cit. p.34

<sup>98</sup> OCAÑA, Diego de: *Viaje a Chile*. op.cit. p.39

<sup>99</sup> QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. op.cit. p.29



## b.2 El paisaje en los espacios de la vastedad

La vastedad, que puede definirse como una cualidad espacial derivada de la enorme extensión territorial, fue otra característica del paisaje chileno que afectó al proceso de urbanización. José Ricardo Morales puntualiza que la vastedad es un espacio de amplitud indeterminada por la ausencia de referencias para conocer su dimensión<sup>100</sup>. En la vastedad se conjugan una extensión que parece ilimitada -por la imposibilidad de percibir los confines del espacio- y la falta de señales orientadoras, lo que impide situarse en el lugar. En la vastedad, las dificultades generadas por la extensión del territorio, se incrementan por la inexistencia de señales que permitieran orientarse o comprender los límites del espacio.

Las mayores expresiones de la vastedad en Chile son el desierto de Atacama -que ocupa el extremo norte- y las estepas patagónicas que se desarrollan en el extremo sur. Al oriente se despliega el sistema cordillerano de Los Andes que, por su enorme extensión y la ausencia de referencias naturales para dimensionar la magnitud del espacio, representa otra modalidad de vastedad. Al poniente, la región enfrenta al océano Pacífico, el mayor del planeta. Esta descripción muestra que Chile es un país confinado por vastedades, por espacios inmensos que lo aíslan del continente.

Los paisajes del desierto, de la estepa y la cordillera andina eran vastas extensiones desoladas y deshabitadas, imposibles de medir porque en ellas no existían señales culturales orientadoras para los conquistadores; las condiciones de extrema aridez subrayan su carácter de paisajes inhóspitos. El desierto de Atacama es un territorio inmenso que durante la época colonial, por la imposibilidad de fundar y sostener asentamientos permanentes, fue conocido como *el descampado*. Aquí, la ausencia de referencias naturales de orientación o alusivas a una medida aprehensible y la falta de señales culturales acentuaban la desolación del paisaje. Las travesías por el desierto fueron evitadas por la amenazante configuración del espacio, el riesgo de extravío, la falta de agua y la angustia de cruzar una enorme extensión sin señales de vida humana. Los inquietantes sentimientos que pueden desencadenarse en un espacio como el desierto de Atacama son detallados por Jack London en su novela *El silencio blanco* cuando describe la vacía extensión que rodea a los desventurados viajeros en su avance por un territorio inhóspito, donde todo está inmóvil; Mason, el protagonista, se abisma frente al misterio del espacio y se espanta de su propia voz cuando intuye que es el único destello de vida en medio de la amplitud inerte.

En la inmensa y homogénea extensión de la estepa patagónica, de forma semejante a lo que acontece en el desierto de Atacama, ningún elemento del paisaje se perfila sobre los demás. Es un espacio indiferenciado donde era fácil extraviarse porque lo que estaba adelante, hasta el horizonte que se diluye en la lejanía, es idéntico a la enorme extensión que se ha dejado atrás. Darwin dice que la vastedad de la estepa era asociada con la sensación de orfandad y aislamiento; esta condición explicaría porqué la zona fue conocida como *Desolación del Sur*, nombre que de acuerdo con la percepción del científico inglés le convenía perfectamente pues era una tierra que ofrecía a los ojos el espectáculo del desamparo<sup>101</sup>.

La Cordillera de Los Andes constituye otra modalidad de vastedad por su carácter de espacio geográfico indeterminado debido al encadenamiento de montañas que se reproducen en forma incesante por una inmensa extensión. El paisaje andino es una vastedad imposible de medir por su magnitud y por la escala de los elementos geográficos que lo componen. En Los Andes, como en el desierto y la estepa, era fácil extraviarse por lo indiferenciado del paisaje donde cada monte es semejante a todos los demás, impidiendo descifrar los límites del espacio.

<sup>100</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*..op.cit. p.173

<sup>101</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. p.108

Internamente, el territorio chileno estaba segmentado por la existencia de unidades de paisaje que, por sus características espaciales, también pueden incorporarse en la categoría de vastedades. A esta modalidad pertenecen los paisajes de selvas y bosques impenetrables donde no hay señales orientadoras que permitan percibir los límites y dimensiones del espacio. El inverso espacial de las vastedades del desierto y la estepa es la selva, donde el paisaje se manifiesta en magnitudes inmensas que se pierden en lejanías que el hombre no puede medir. Las selvas son vastedades que sólo poseen referencias de cercanía e inmediatez, son ámbitos que adquieren formas de laberinto porque en ellas no hay indicaciones de posición o medida y las huellas culturales del hombre se pierden en su espesura.

Claude Levi-Strauss describe a las selvas americanas como un complicado sistema espacial integrado por secuencias de planos que se organizan en diferentes niveles superpuestos, ascendentes y descendentes reproduciendo, en forma incesante, una misma construcción. Primero, está la cima de hierbas y plantas que se elevan hasta la altura del hombre; por encima, troncos de árboles y lianas atraviesan un breve espacio libre de vegetación; más arriba los troncos desaparecen, ocultos detrás del follaje de otros árboles; luego, los troncos resurgen un instante desde esa espuma vegetal para perderse nuevamente en la floración de especies como las palmeras; vuelven a emerger en un punto más elevado aún, donde se destacan las primeras ramas horizontales desprovistas de hojas pero cargadas de plantas epífitas y, más arriba, casi fuera del alcance de la vista, ese universo se cierra en vastas cúpulas. A esos niveles aéreos responden otros que se desarrollan bajo los pies del viajero que no camina sobre un suelo firme sino sobre un entrecruzamiento inestable de raíces, vástagos y musgos, con el riesgo de caer en profundidades desconcertantes<sup>102</sup>.

Las selvas del sur de Chile eran paisajes donde las fuerzas naturales desataban su potencia germinal restringiendo la implantación permanente de la cultura europea a través de las ciudades. Quiroga se refiere a esta característica del paisaje que fue negativa para los españoles, pero positiva para los indígenas.

*... Sus fortificaciones son naturales, porque las murallas se componen de altísimos collados; las estacadas, de espesos bosques; los fosos, de anchos y profundos ríos; las entradas, de dilatadas ciénagas y pantanos; las líneas de comunicación, de estrechas sendas cubiertas de arboledas enmarañadas, cuyo asiento no ha visto la luz del sol<sup>103</sup>.*

En el relato de la expedición desde la ciudad de Osorno al lago Llanquihue, que se realizó a mediados del siglo XIX, Pérez Rosales se refiere a la enmarañada selva chilena, a la que describe como un territorio intransitable.

*Las raíces entrelazadas, los matorrales espinosos, los quilantales unidos a los troncos con poderosísimas lardizabáneas, y el piso fangoso y lleno de charcos sobre los que se formaban techos hojas podridas que a cada paso nos hundían, opusieron a nuestra marcha una seria resistencia..<sup>104</sup>*

Las selvas y bosques son paisajes impenetrables; sin embargo, según el contexto en que se desarrollan, esta cualidad les puede conferir un significado positivo como ocurre con los inaccesibles bosques de la Isla Grande del archipiélago de Chiloé, que servían de protecciones naturales. Moraleda opinaba que la seguridad de la isla era un tema relevante pues temía que los enemigos de España intentaran ocuparla por carecer de construcciones defensivas efectivas y porque era la posesión más ventajosa de las costas de Chile y Perú; no obstante, reconoce que estaba protegida

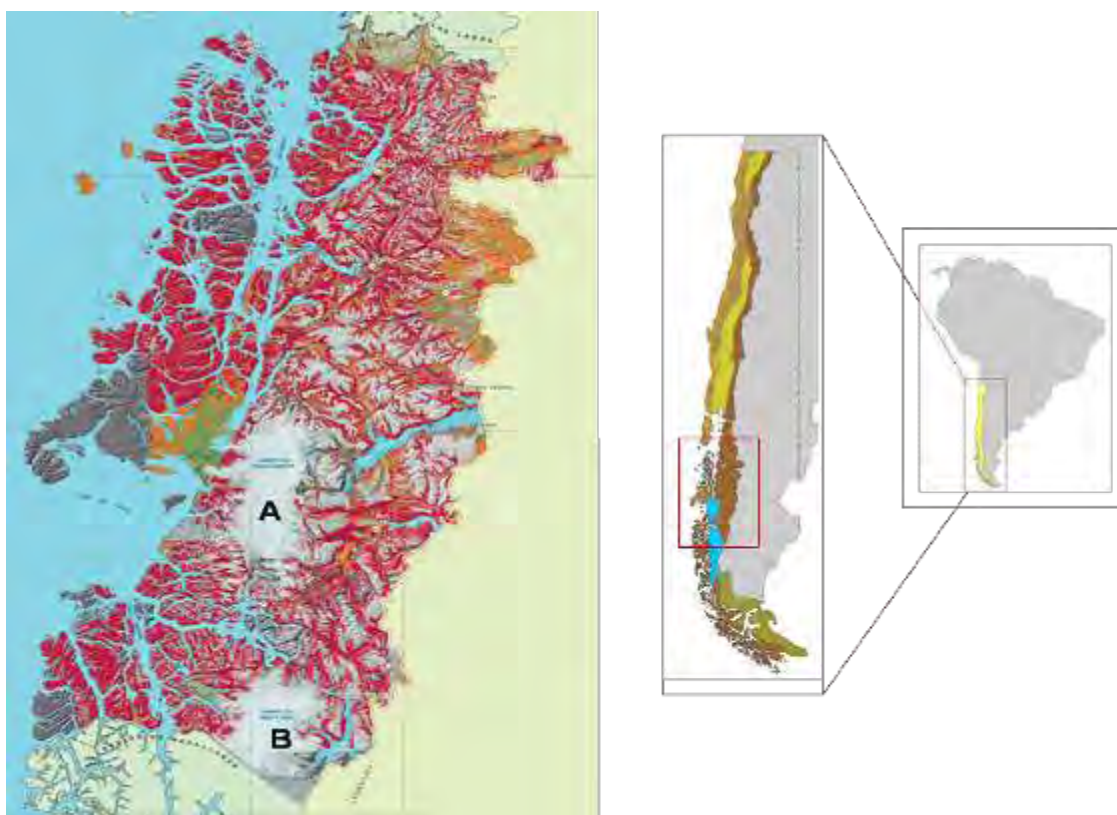
<sup>102</sup> LEVI-STRAUSS, Claude: *Tristes Trópicos*. op.cit p.380

<sup>103</sup> QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. op.cit. p.29

<sup>104</sup> PEREZ ROSALES, Vicente: *Recuerdos de pasado*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires. 1971. pp. 504-505

por el escarpado relieve del litoral oriental y el denso bosque que la cubría<sup>105</sup>. Los paisajes del archipiélago de Chiloé<sup>106</sup> presentan características de vastedades por su condición de territorios casi deshabitados y las numerosas islas que los integran, separadas por un complejo sistema de canales. En este contexto geográfico, la Isla Grande de Chiloé<sup>107</sup> fue una referencia espacial por su tamaño, claramente superior, que la destacaba entre las restantes islas<sup>108</sup>.

Los laberintos de islas, canales y fiordos que forman los paisajes de la Patagonia en Aysén y Magallanes -zona austral de Chile- son otras modalidades de vastedad que resultan de una estructura geográfica impenetrable. La desolación de estos paisajes, inhóspitos y lejanos, está subrayada por la presencia de grandes campos de hielo, desde donde se desprenden enormes ventisqueros formando un relieve escabroso que, inclusive en la actualidad, restringen seriamente las comunicaciones terrestres y la conectividad<sup>109</sup>. Al sur del Estrecho de Magallanes se desarrolla otra vastedad conformada por el archipiélago de Tierra del Fuego, que hasta hoy contiene amplios espacios inexplorados.



**Estructura física zona austral de Chile con campos de hielo norte (A) y sur (B)**<sup>110</sup>

<sup>105</sup> O'DONELL, Hugo: *El viaje a Chiloé de José de Moraleda (1787-1790)*. op.cit. p.215

<sup>106</sup> El archipiélago de Chiloé comprende 33 islas y en conjunto con los archipiélagos de Los Chonos y de las Islas Guaitecas configura una agrupación de 60 islas e islotes

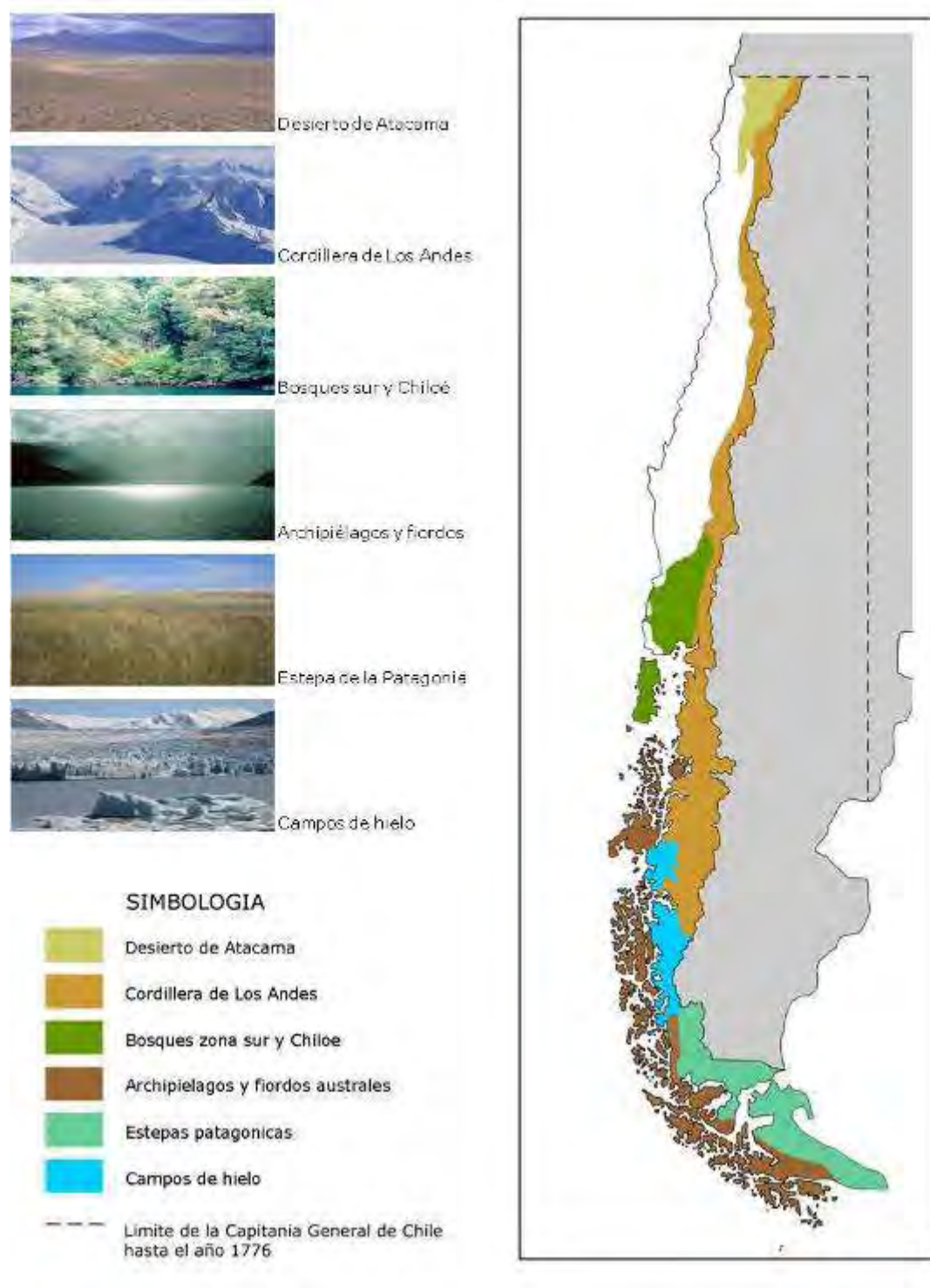
<sup>107</sup> La Isla Grande es una prolongación de la cordillera de la Costa, que recorre todo el litoral chileno. URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op.cit. p. 19

<sup>108</sup> El archipiélago de Chiloé comprende las islas Chauques (16 islas), Quenac (6 islas), Quemchi (2 islas), Chaulinec (3 islas) y Desertores (6 islas). Varias aún son vírgenes. La Isla Grande tiene 180 Km de longitud y una superficie de 8.344 Km<sup>2</sup>; es la segunda mayor isla de América del Sur, después de la isla de Tierra del Fuego que se localiza al norte de la Antártica, entre el estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos. La isla de Tierra del Fuego es compartida por Chile y Argentina

<sup>109</sup> Los trayectos terrestres hacia la región de Aysén están interrumpidos por enormes campos de hielo y una serie de canales y fiordos formados por el sumergimiento de la cordillera de Los Andes en el océano Pacífico. La única posibilidad de acceder por tierra es cruzando Los Andes hacia Argentina y volver a atravesar la frontera a través de los escasos pasos cordilleranos.

<sup>110</sup> El mapa de la zona austral está publicado en MINISTERIO DE PLANIFICACION: *Atlas de la Región de Aysén*. LOM Ediciones. Santiago 2005. El campo de hielo norte tiene 4.400 Km<sup>2</sup> de superficie





### Los paisajes de la vastedad en Chile colonial

Fuente: Elaboración propia en base al archivo digital Mapas de Chile<sup>111</sup>

<sup>111</sup> Castor y Pólux Ltda. mapasdechile.com. Las fotos están en la página <http://www.ecolya.cl>

### b.3 Proporción de los elementos constitutivos del paisaje

La inmensidad de América no sólo es ostensible en su extensión continental o en el tiempo necesario para los recorridos entre ciudades por las enormes distancias que las separaban; los elementos constitutivos del paisaje también tenían proporciones desconocidas por los españoles. Esta característica generó otras condicionantes a la urbanización. Las crónicas coloniales muestran reiterados sentimientos de asombro frente a la proporción de los elementos geográficos, en comparación con elementos similares del continente europeo. Las descripciones contenidas en los relatos de los conquistadores parecen exageraciones, aunque, en los informes de las expediciones geográficas o científicas también es posible apreciar la admiración que sentían sus autores por las proporciones del paisaje.

Las dimensiones de los ríos fue una de las características del paisaje americano más destacada en los documentos coloniales porque, según declaran diferentes cronistas y científicos, sus medidas superan a las dimensiones de los ríos europeos, africanos o asiáticos conocidos. Ciertas apreciaciones pueden parecer desorbitadas, pero, los estudios comparativos del tamaño de los ríos europeos y americanos revela que las diferencias son considerables; la extrema ponderación de los ríos del Nuevo Mundo, especialmente el Amazonas, refleja el intento por expresar el asombro que provoca su grandeza<sup>112</sup>.

Félix de Azara<sup>113</sup> a fines del siglo XVIII realizó una serie de exploraciones por el sur de América cuyo resultado fueron precisas observaciones, biológicas y geográficas, que sirvieron a Darwin y fueron elogiadas por Humboldt, lo que es una evidencia de su relevancia científica. Sin embargo, frente al descomunal tamaño de algunos ríos americanos, expresó su admiración en descripciones donde mezcla datos reales con sus impresiones. Según Azara, el río Paraguay equivale al doble del Ebro, el Paraná iguala a los cien ríos mayores de Europa y el río de La Plata es tan grande como todos los ríos europeos reunidos<sup>114</sup>. En su afán por transmitir las proporciones del paisaje dice que una de las cascadas del río Paraná *es espantosa y digna de ser descrita por los poetas*<sup>115</sup> y donde toma el nombre de río de La Plata contiene más agua que los ríos europeos mayores y sus caídas son tan formidables que parecen querer agrietar la Tierra hasta su centro y producir una mutación de su eje.

*...Se diría que este río, orgulloso de su volumen y de la velocidad de sus aguas, las más considerables del mundo, quiere rajar a la tierra hasta su centro y producir una mutación de su eje*<sup>116</sup>

*... Se podrán encontrar en el antiguo continente caídas de agua de una altura igual o superior; pero si se presta atención a todos los accesorios será difícil encontrarlas semejantes a las que acabo de describir. Si se quieren buscar puntos de comparación es en América donde hay que fijarlos, porque en esta parte del mundo las montañas, los valles, los ríos, las cataratas, todo, en una palabra, tiene tan grandes proporciones, que los objetos de la misma naturaleza que se podrían encontrar en Europa no parecen ser ante ellos más que miniaturas o copias pequeñas*<sup>117</sup>.

<sup>112</sup> LOPEZ MEDEL, Tomás: *De los tres elementos. Tratado sobre la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo*. Alianza Editorial. Colección El Libro de Bolsillo N°1503. Madrid 1990. p.71.

<sup>113</sup> El ingeniero aragonés Félix de Azara fue Comisario y Comandante de los límites españoles en Paraguay. Entre los años 1781 y 1801 realizó exploraciones geográficas por la zona que recogió en varias publicaciones.

<sup>114</sup> AZARA, Félix de: *Viajes por la América meridional*. Espasa Calpe. Colección Austral N° 1402. Madrid 1969. p.68

<sup>115</sup> AZARA, Félix de: *Viajes por la América meridional*. op. cit. p.68

<sup>116</sup> AZARA, Félix de: *Viajes por la América meridional*. op. cit. p.69

<sup>117</sup> Azara calculó el caudal del río Paraguay con mediciones que llevó a cabo durante la época en que las aguas están más bajas. El procedimiento de cálculo y las razones que explican las comparaciones aludidas se encuentran en: AZARA, Félix de: *Viajes por la América meridional*. op. cit. pp.67-71.

Pedro de Valdivia, en diferentes documentos, informa sobre las proporciones de los ríos chilenos, en particular del Bío Bío que, por su ancho, fue descrito por todos los cronistas coloniales de Chile.

*...di con un río muy grande, donde entra la mar, que se llama Biubiu, que tiene media legua de ancho...y supe que toda la tierra, desta parte e aquella del río, venía sobre mí, y, a sucederme algún revés, dejaba en aventura de perderse todo lo de atrás, di la vuelta a Santiago...*<sup>118</sup>

El abate Juan Antonio Molina<sup>119</sup>, en su descripción de los principales ríos chilenos se refiere a las dimensiones del río Bío Bío, destacándolo por su anchura de una legua -equivalente a 5.572,70 m- aunque no explica en qué sector el cauce alcanza esta medida. La cifra entregada por Molina no coincide con la dimensión del río porque frente a la ciudad de Concepción y cerca de su desembocadura, donde alcanza su mayor amplitud, el río mide casi 2 Km de ancho. Por su tamaño y su ubicación en la frontera con las tierras indígenas, el Bío Bío, se transformó en límite natural entre dos zonas. Al norte del río se desplegaba el espacio colonizado por España y desde su ribera sur se extendía el territorio que fue escenario de la guerra de Arauco, conflicto que detuvo el avance español.

La proporción de los elementos del paisaje se expresa en otras cualidades. Ocaña dice que el ruido del salto del río Laja era tan fuerte que podía oírse a dos leguas<sup>120</sup>. Molina<sup>121</sup> describió el tamaño de las lagunas de Bucalemu, Caguil y Bojeruca, que estimó entre cuatro y siete leguas de largo, equivalentes a 22,290 Km y 39,008 Km respectivamente. Destacó al lago Villarrica, ubicado en territorio **araucano**<sup>122</sup>, como uno de los mayores de Chile<sup>123</sup> por sus 23 leguas de circunferencia -128,17 Km- y al lago Nahuelhuapi, donde se origina el río de nombre homónimo, cuyo contorno según Molina abarcaba 27 leguas, equivalentes a 150,46 Km<sup>124</sup>.

La cordillera de Los Andes fue otro elemento del paisaje que, por sus proporciones, sorprendía a los europeos, especialmente cuando viajaban por la zona próxima al paso de Uspallata -principal conexión entre Chile y el Virreinato de La Plata a través de Mendoza- y podían observar al monte Aconcagua que por sus 6.850 m de altura es la segunda altura más importante del planeta. Juan Antonio Molina dedicó varios párrafos a describir expresivamente la cordillera de Los Andes destacando su ancho de 40 leguas -correspondiente a 222,98 Km- y su relieve configurado por alturas y precipicios excepcionales entre los cuales se despliegan dilatados valles regados por los numerosos ríos y cascadas que se precipitan desde las elevadas pendientes.

*... en la parte perteneciente a Chile, tendrá 40 leguas de ancho, y se compone de montes altísimos, encadenados entre sí, llenos de precipicios y barrancos espantosos, entre los cuales se encuentran muchos valles amenos y llanos, espaciosos y dilatados, regados de gran número de ríos y cascadas de agua que se precipitan con estrépito de las eminencias que los rodean.*<sup>125</sup>

<sup>118</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. p.123

<sup>119</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.44. Una legua equivale a 5.527 m por esto el cálculo de 23 leguas corresponde a 128.156 Km.

<sup>120</sup> OCAÑA, Diego de: *Viaje a Chile*. op.cit. p.34

<sup>121</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.46.

<sup>122</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.46. El nombre araucano se dio a los indígenas habitaba la zona de Arauco.

<sup>123</sup> El lago Villarrica tiene 173 Km<sup>2</sup> de superficie. SANCHEZ, Alfredo y MORALES, Roberto: *Las regiones de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago.2004. p.179. Molina no conoció otros lagos chilenos como el General Carrera que tiene una superficie de 1.848 Km<sup>2</sup> o el lago Llanquihue que ocupa una superficie de 1.600 Km<sup>2</sup>. SANCHEZ, Alfredo y MORALES, Roberto: *Las regiones de Chile*. op.cit. pp.194-217

<sup>124</sup> El lago Nahuelhuapi ocupa una superficie de 550 Km<sup>2</sup>.

<sup>125</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.8

Alonso de Ovalle se refería a la cordillera como maravilla de la naturaleza porque en un viaje por sus cimas se camina pisando nubes y es posible contemplar el arco iris, que desde las cumbres andinas, se ve tendido por el suelo<sup>126</sup>. Jerónimo de Quiroga calificó a Chile como un país **marítimo y montuoso**, ubicado a los pies de la **altísima** Cordillera Nevada que lo recorre de norte a sur. Indica que por la complejidad de su relieve, altura y extensión, la cordillera de Los Andes no pudo ser explorada.

*La Cordillera Nevada es un altísimo monte doblado y lleno de nieves que corre desde el Estrecho de Magallanes hasta rodear todas las Indias, y ninguno sabe afirmativamente dónde para, porque su término lo ignoran todos*<sup>127</sup>.

González de Nájera tampoco escatimó adjetivos para describir el espléndido sistema andino cuya grandeza, según afirmó el cronista, no la iguala **los Alpes ni Pirineos, ni otra sabida cordillera del mundo**<sup>128</sup>. Los volcanes, característicos del paisaje chileno, además de resaltar las proporciones naturales, con sus erupciones, aumentaban las dificultades que debían enfrentar los exploradores y colonizadores.

*La grandeza de sus montes, cuyas cumbres están, tanto en verano como en invierno, vestidas de blanco, por la mucha nieve que eternamente las cubre. A ciertas distancias de las cimas y extremidades que más se levantan y rematan en punta, se ven fuegos de volcanes con llamas, que parece salen de la misma nieve, y que tocan con su esfera, los cuales se dejan ver de noche muchas leguas, así como de día sus humos...*<sup>129</sup>

En las crónicas de Indias se advierte el asombro y temor ante las proporciones del paisaje y la magnitud de los fenómenos naturales; en este contexto, la fuerza de los volcanes era una de las manifestaciones de la naturaleza que más aterraba a los conquistadores<sup>130</sup>.

Los volcanes americanos, por su significado de potencias naturales y eminencias del paisaje, incluso fueron incorporados en el escudo de la ciudad vieja de Guatemala, famosa por estar entre el volcán del Agua y el volcán del Fuego, los dos montes más altos de la región que la heráldica recogió en la figura de montañas, una de las cuales arroja llamas y piedras de fuego<sup>131</sup>. La presencia de volcanes activos fue otro obstáculo para la colonización de la zona sur de Chile. Quiroga dice que la actividad volcánica impedía ocupar territorios cercanos a ellos; es significativo que el cronista aclare que al utilizar la palabra **cercano** se refiere a una distancia de veinte leguas, equivalente a más de ciento once kilómetros.

*...en las más altas eminencias, con espantoso estruendo, vomitan llamas muchísimos volcanes, cuyo tronido en algunos tiempos, atemoriza a los que habitan cerca de sus bocas; y llamo cerca a 20 leguas de distancia.*<sup>132</sup>

<sup>126</sup> OVALLE, Alonso de: *Histórica relación del Reino de Chile*. op.cit. p.20. Esta descripción es recogida en BRAVO-VILLASANTE, Carmen: *La Maravilla de América*. op. cit. pp.219-221

<sup>127</sup> QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. op. cit. p.11

<sup>128</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. p.7

<sup>129</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. p.22

<sup>130</sup> Cristóbal Colón creyó reconocer al Paraíso en el exuberante paisaje americano pero Toribio de Benavente pensó estar en el infierno al presenciar una erupción en Nicaragua. Citado por BRAVO-VILLASANTE, Carmen: *La Maravilla de América*. op.cit. pp. 93-95. Tomás López Medel describió una erupción del volcán Masaya, en Nicaragua, calificando al fuego de terrible y espantoso pues parecía un infierno y causaba pavor porque, aún desde lejos, parecía quemar a quienes lo observaban y la luz del volcán era tan intensa que servía de señal a quienes navegaban por la costa de Nicaragua y permitía, por la noche, leer una carta a un cuarto de legua de distancia. LOPEZ MEDEL, Tomás. op. cit. pp.122-123. Una legua equivale a 5572,70 m y un cuarto de legua corresponde a 1393,175 m

<sup>131</sup> ANGULO, Diego: *Terremotos y traslados de la ciudad de Guatemala*. Publicado en una separata de la revista Arbor N° 35. Madrid 1948. pp.194-195

<sup>132</sup> QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. op.cit. p.11

Molina indica que la erupción más famosa fue la del volcán Peteroa, en 1763, pues, a consecuencia del fenómeno natural se abrió un nuevo cráter con un estrépito tan horrible que se sintió en gran parte de Chile. Las cenizas y flujos de lava generados por la erupción rellenaron los valles inmediatos al volcán y aumentaron las aguas del río Tinguiririca y, al precipitarse un pedazo de monte en el río Lontué, suspendió su corriente por diez días y las aguas estancadas formaron una enorme laguna que, más tarde, se rompió violentamente en un nuevo cauce que inundó los campos.



**Plano de la costa entre Valdivia y el archipiélago de Los Chonos (fragmento)**

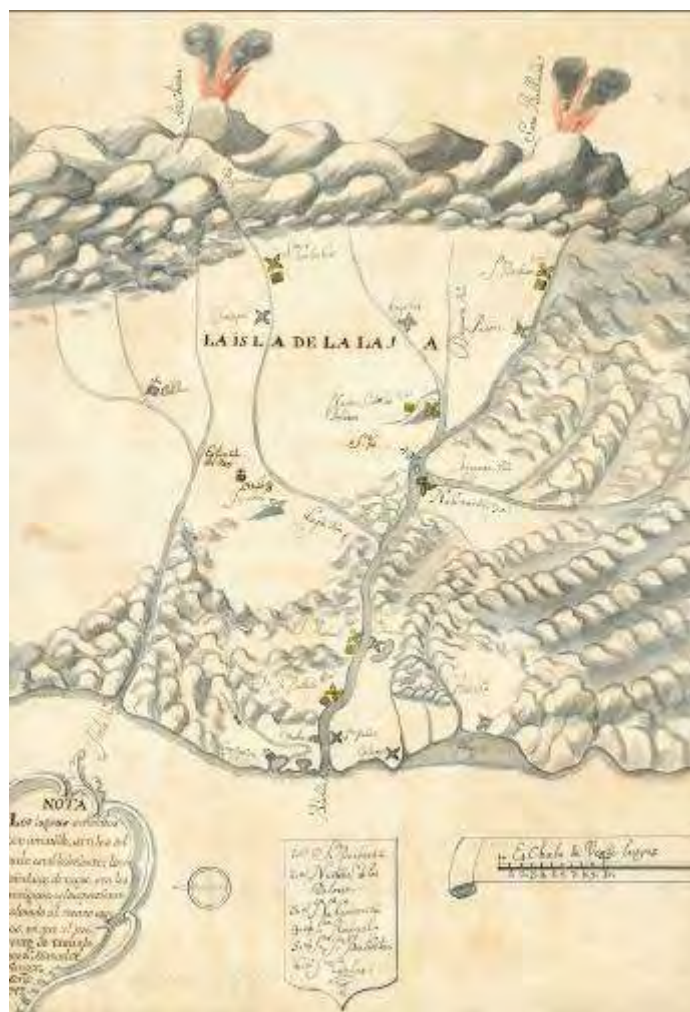
Fuente. *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX.* <sup>133</sup>

Chile posee cerca de 90 volcanes activos; esta característica explica porqué son los elementos más representativos del paisaje cordillerano; además, por sus formas y alturas se distinguen entre el conjunto de geoformas andinas. Su importancia como referencia geográfica se denota en un mapa monocromático de la costa chilena entre Valdivia y el archipiélago de los Chonos; en el documento del siglo XVIII -que se conserva en el archivo del Museo Naval de Madrid- los volcanes se destacaron con color rojo, para expresar su erupción.

En otro dibujo monocromático del área denominada Isla de la Laja -por estar entre los ríos Bío Bío y Laja- el fuego de los volcanes Antuco y Callaqui fue subrayado con un intenso rojo. El dibujo de 1767, además del expresivo color asignado al fuego de los volcanes, informa sobre las plazas fuertes del área, destacando a las nuevas fortificaciones con color amarillo.

<sup>133</sup> INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR (I.G.M.): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX.* op.cit. Lámina 10.





### Volcanes en zona denominada Isla de La Laja

Grabado anónimo, siglo XVIII, posiblemente de 1767<sup>134</sup>

Los terremotos, paradigmas de las magnitudes de las potencias naturales, también fueron tema de descripciones<sup>135</sup>. González de Nájera explica que todo Chile estaba expuesto a terremotos que se percibían en el estremecimiento de los edificios, en el movimiento de los campos y en el estruendo que hacía la cordillera, como si los montes se diesen unos contra otros. La insistencia en describir los sismos se explica por su enorme poder destructor. La acción de los terremotos, que ocasionaron la ruina de ciudades y modificaciones del paisaje, retrasó el proceso de urbanización porque varias ciudades que habían alcanzado un avanzado desarrollo debieron ser abandonadas o trasladadas después de ser devastadas por sismos y maremotos.

*En el año mil y quinientos setenta y dos hubo en aquel reino un terremoto tan grande que trastornó algunos montes, y cerró el paso a algunos ríos, asoló la ciudad de Concepción, e hizo salir la mar fuera de sus límites algunas leguas tierra adentro. Y el año mil y quinientos setenta y cinco hubo otro no menor temblor, que hizo notables daños en la ciudad de Valdivia y su jurisdicción<sup>136</sup>.*

<sup>134</sup> Publicado en GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. op.cit. Lámina 398. p.206

<sup>135</sup> Se destacan la descripción de Bernabé Cobo a propósito de las destrucciones de Arequipa en 1582 y de Lima en 1586 por efecto de dos grandes sismos

<sup>136</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op.cit. pp.8 y 9

Santiago del Nuevo Extremo, La Serena, Angol, Concepción y Chillán son algunas ciudades que debieron ser reconstruidas o trasladadas después de los graves daños ocasionados por terremotos. El traslado de Concepción en 1754, tras ser arrasada por la acción combinada de un terremoto y un maremoto, fue uno de los episodios urbanos más conocidos del siglo XVIII por el grado de destrucción de la ciudad, la dificultad para seleccionar el nuevo sitio y la resistencia de la población al traslado.

Los terremotos tuvieron efectos en la imagen urbana de las ciudades chilenas; al respecto, Molina<sup>137</sup> explica que las calles eran muy anchas para que los edificios que las conformaban no se pudieran juntar por muy fuerte que fuera el movimiento; la dimensión de las calles además permitía dejar amplios espacios de separación entre las construcciones para que los pobladores –al escapar de las viviendas– pudieran concentrarse en ellos. Inclusive la medida de los patios de las casas permitía que sirvieran de refugio para numerosas personas. Los terremotos también impidieron el desarrollo de la arquitectura barroca porque los pobladores de las ciudades más afectadas por ellos evitaban las construcciones con ornamentos que se pudieran desprender a causa de los constantes temblores. El neoclásico, por su simplicidad y escasas decoraciones, fue el estilo predilecto en Chile y Guatemala, las dos regiones más sísmicas de América<sup>138</sup>.

La magnitud y proporciones de la naturaleza también eran visibles en las plantas y animales, destacándose reptiles con dimensiones asombrosas para los europeos; esta característica se refleja en los frecuentes relatos de encuentros con serpientes que, por su tamaño descomunal, parecían confirmar las ancestrales supersticiones de los navegantes.

*...vimos una serpiente que tendría de largo obra de ocho brazas y era tan gruesa como yo en la cintura: tuvimos un gran pavor de ella y por haberla visto volvimos al mar. Me sucedió muchas veces ver animales ferocísimos, y grandes serpientes*<sup>139</sup>

Las Crónicas de Indias también informan sobre la existencia de árboles gigantescos, que los conquistadores españoles podían medir cuando los encontraban abatidos por una tormenta o como puentes y piraguas construidas por los indígenas. Hasta el nombre de algunos lugares hace referencia al tamaño de los árboles; una provincia de Haití fue llamada Villa del Árbol Gordo, por encontrarse allí una enorme ceiba<sup>140</sup>.

En México, cerca de Oaxaca, está el famoso Árbol de Tule, una variedad de ciprés que Italo Calvino describió como una montaña vegetal, que nada tiene en común con las proporciones humanas pues, con sus 70 m de altura y su contorno de 42 m, supera en tamaño a la iglesia colonial Santa María de Tule<sup>141</sup>.

Chile no fue una excepción porque, como en otras regiones americanas, era posible encontrar especies vegetales de enormes proporciones. Molina explica que algunos cedros del archipiélago de Chiloé crecían tanto que los isleños podían sacar de uno solo de esos árboles entre setecientas y ochocientas tablas de un pie de largo<sup>142</sup>. A propósito de la corpulencia del alerce, un árbol nativo chileno, Rosales señala:

<sup>137</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. pp.34-35

<sup>138</sup> Chile es una de las zonas más sísmicas del planeta. El terremoto de 1960, con epicentro en la zona de la Valdivia alcanzó grado 9 uno de los mayores registrados por instrumentos modernos.

<sup>139</sup> VESPUCCIO, Américo: *El Nuevo Mundo, Viajes y documentos completos*. op.cit. p.20

<sup>140</sup> FRIEDERICI, Georg: *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*. Fondo de Cultura Económica; México, 1986 p.26. Edición en español del original *Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europder* Publicado por Verlag Friedrich Andreas Perthes. Stuttgart, 1925. Traducción de Wenceslao Roces.

<sup>141</sup> CALVINO, Italo: *Colección de arena*. Ediciones Siruela. Madrid, 1998. pp. 223-224

<sup>142</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.180

*Engruesa tanto que quince hombres apenas pueden abrazar a un árbol destos que engruesa bien, y a un mismo tiempo suelen trabajar doce hombres en cortarle con sus hachas, sin estorbarse los unos a los otros. De sólo un alerce ha acontecido sacar con hachas y cuñas, y sin sierra, sólo al corte, seiscientas tablas, que si las cortaran con sierras sacaran sin duda más de mil*<sup>143</sup>.

Un árbol chileno sobresaliente por su extraordinaria altura es la araucaria; conífera andina que los cronistas consideraban una especie digna de conocer porque algunas eran tan altas que parecían tocar las nubes.

*Los árboles dignos de verse son los líbanos -araucarias- a cuyos altísimos, limpios y derechos troncos no igualan pinabetes, ni creo que otros ningunos árboles, por ser tan altos que parece tocan las nubes*<sup>144</sup>.

Molina<sup>145</sup> resalta las dimensiones de las araucarias señalando que su tronco podía tener, en promedio, ocho pies de circunferencia –equivalentes a 2.40 m- y su altura alcanzaba entre setenta y ochenta pies –correspondientes a 21 y 24 m-; añade que son los ejemplares más hermosos de cuantos crecen en Chile.



**Bosque nativo en la costa cercana a la desembocadura del río Bío Bío**

Fuente: Archivo María Dolores Muñoz

La proporción de los elementos constituyentes del paisaje fue una cualidad de la naturaleza americana que influyó en el tamaño de las ciudades y otras estructuras de colonización como haciendas y conjuntos conventuales, cuyas dimensiones -que no tenían comparación con construcciones europeas similares- pueden responder a la necesidad de establecer formas culturales identificables con la escala del paisaje.

<sup>143</sup> ROSALES, Diego de: *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. op. cit. p.35.

<sup>144</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. p.28

<sup>145</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.196



## b.4 La ciudad prehispánica como experiencia espacial

Distintos elementos del paisaje americano tenían proporciones de tal magnitud que los conquistadores les otorgaron cualidades míticas como una forma de asociación cultural<sup>146</sup>. Igualmente, algunos habitantes del Nuevo Mundo, por sus dimensiones excepcionales fueron relacionados con los gigantes descritos en leyendas y relatos arcaicos. Un conocido mito colonial se refería a los patagones, una raza de gigantes que según varios cronistas habitaban la Patagonia, en la zona austral de Chile<sup>147</sup>.

Los paisajes signados culturalmente, debido a las monumentales dimensiones de la arquitectura y ciudades prehispánicas, también excedían las experiencias previas de los conquistadores; por esto, el método de comparación para descubrir semejanzas o diferencias entre Europa y América -que se empleaba en las interpretaciones de los componentes naturales del paisaje- también se aplicó a la arquitectura indígena, que fue descrita teniendo como referencia a los monumentos y ciudades españolas.

La admiración ante las construcciones indígenas se advierte en las descripciones de las capitales imperiales cuyas colosales dimensiones maravillaron a los españoles. Hernán Cortés, comparando a la capital azteca con ciudades españolas, explica que Tenochtitlán tenía numerosas mezquitas<sup>148</sup> y una era tan grande que dentro de sus muros podía levantarse una villa de quinientos vecinos; la ciudad poseía cuarenta torres muy elevadas y la principal superaba en altura a la torre de la iglesia mayor de Sevilla<sup>149</sup>. Añade que en Tenochtitlán había numerosas plazas y en la principal, que doblaba en tamaño a la plaza de Salamanca, diariamente se reunían sesenta mil personas comprando y vendiendo<sup>150</sup>.

Otros espacios construidos también maravillaron a los cronistas por su dimensión. Díaz del Castillo, en *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* expone los confusos sentimientos de admiración y temor que sintió frente al tamaño del jardín azteca, donde la monumentalidad se combinaba con la multiplicidad. De acuerdo al relato del soldado español -que conoció al jardín de Chapultepec durante la época de Moctezuma- decenas de hortelanos mantenían extensos jardines y huertos con plantas medicinales; cientos de indígenas se encargaban de alimentar, limpiar nidos y cuidar los huevos de una sorprendente variedad de papagayos, quetzales y otras aves de largas patas que vivían en un gran estanque junto a otras especies. En la casa de fieras, bajo el cuidado de numerosas personas, se albergaban zorros, lobos y diversas alimañas; en otra sección del jardín había quebradas con cántaros donde anidaban distintos tipos de serpientes<sup>151</sup>.

Respecto de las ciudades incas, Jerez<sup>152</sup> alabó las dimensiones del Cuzco, capital del imperio, indicando que ocho días no eran suficientes para ver todo lo que allí había. Cieza de León también describió la monumental arquitectura cuzqueña y las Casas del Sol, que de acuerdo con sus cálculos tenían más de 330 pasos de largo y 200 de ancho. Incluso el soldado español describe con admiración el tamaño de las piedras **más gruesas que un buey** que se utilizaron para construir los principales edificios de

<sup>146</sup> Estos aspectos se analizan en el Marco teórico, punto c.4. Una ciudad maravillosa en los límites del mundo conocido

<sup>147</sup> El tema de los gigantes de Chile se desarrolla en el punto c.3 La región de Chile como paisaje mítico.

<sup>148</sup> Mezquitas o casas de ídolos es el nombre utilizado por Cortés para designar a los templos aztecas, quizás para expresar que eran construcciones de religiones diferentes a la cristiana. Jerez también se refiere a los templos incas como mezquitas. JEREZ, Francisco: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. op. cit. pp.104, 128, 136, 138

<sup>149</sup> CORTES, Hernán: Segunda carta de relación dirigida al emperador Carlos V, escrita en Segura de la Frontera en 1520. En *Cartas de relación a Carlos V*. Cambio 16. Impresión Printer IGSA, Barcelona, 1992. p.60.

<sup>150</sup> CORTES, Hernán: *Cartas de relación a Carlos V*. op. cit. p. 58

<sup>151</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Editorial Ramón Sopena, Barcelona 1975. Capítulo LXXXVIII pp. 289-291

<sup>152</sup> JEREZ, Francisco: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. op. cit. p.149

la ciudad afirmando que no podía explicar cómo pudieron trasladarlas. Además de sus dimensiones, Cieza de León alabó el prolijo trabajo de los canteros indígenas, especialmente la precisión del tallado y la perfecta unión de los enormes trozos.

*...y en estas cercas se ven piedras tan grandes y sobervias que cansa el juyzio considerar como las pudieron traer y poner y quien bastó a labrarlas, pues entre ellos se ven pocas herramientas. Algunas destas piedras son tan anchas como doze pies y más largas que veynte y otras más gruesas que un buey y todas asentadas tan delicadamente que entre una y otra no podrán meter un real*<sup>153</sup>

En una descripción comparativa de los muros incas de la fortaleza de Sacsahuamán –ubicada en uno de los cerros que rodean a la ciudad de Cuzco- Jerez opinaba que esta construcción no era superada en grandeza ni por el puente de Segovia, ni por otros edificios que fueron contruidos por Hércules o los romanos; agrega que los muros de Tarragona, aunque eran similares en estilo, no poseen tanta fuerza ni contienen piedras tan grandes<sup>154</sup>.



**Fortaleza inca de Sacsayhuamán en la ciudad de Cusco**<sup>155</sup>

En la imagen anterior se advierte el enorme tamaño de los muros de la fortaleza de Sacsayhuamán en relación a la escala humana. La capital inca no era una excepción porque otras ciudades como Cajamarca también fueron descritas como admirables por sus dimensiones.

*Este pueblo es de dos mil vecinos; a la entrada de él hay dos puentes, porque por allí pasan dos ríos. La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas que salen de las calles del pueblo. Las casas son de más de doscientos pasos en largo.*<sup>156</sup>

En el territorio chileno no existían construcciones ni ciudades comparables a las que los españoles encontraron en otros lugares americanos; sin embargo, Diego de Almagro, Pedro de Valdivia y los siguientes capitanes que dirigieron la conquista y colonización de Chile conocieron Cuzco, la monumental capital del imperio inca; por lo tanto llegaron a la región chilena con el acervo de esa experiencia espacial.

<sup>153</sup> CIEZA DE LEÓN, Pedro: *Crónica del Perú*. Segunda Parte. Colección Clásicos peruanos. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 1985. p.148

<sup>154</sup> Citado por BRAVO-VILLASANTE, Carmen: *La Maravilla de América*. op.cit. p.102

<sup>155</sup> La imagen se encuentra en [http:// upload.wikimedia.org/Sacsayhuaman.jpg](http://upload.wikimedia.org/Sacsayhuaman.jpg)

<sup>156</sup> JEREZ, Francisco: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. op.cit. p. 103

## b.5 El paisaje como expresión de diversidad natural

La diversidad del paisaje, una de las características más difundidas de América a lo largo de la época colonial, se explica por las diferencias de clima y relieve que se manifiestan en las distintas regiones y en la sorprendente variedad de flora y fauna. La multiplicidad natural generaba otro contraste entre el Nuevo Mundo y Europa que hacía más complejo entender la estructura y dimensiones del paisaje porque, como indica Riesco, el espacio geográfico es un concepto dinámico, en cuya lectura se integran cualidades como su morfología y magnitud; por esto, la percepción de un espacio geográfico a través del paisaje no depende exclusivamente de su área, tamaño o superficie, sino también de su forma y contenido<sup>157</sup>.

Riesco explica que paisajes matemáticamente pequeños, pero dotados de riqueza y variedad de elementos se amplían, dividen y matizan; en comparación, los espacios amplios pero relativamente vacíos, se reducen y minimizan. El desierto puede tener una connotación espacial impresionante y magnánima, pero a la vez paupérrima, elemental y estática. De este modo, se perfilan las dos categorías en que puede manifestarse el concepto de espacio en la geografía: como factor de homogeneidad y como factor de heterogeneidad<sup>158</sup>. Lo anterior implica que la diversidad natural de América aumentaba perceptualmente las dimensiones del paisaje.

Elliot hace notar las dificultades que tuvieron los cronistas de Indias para asimilar y describir la diversidad del paisaje, tema explícito en sus comentarios<sup>159</sup>. Al respecto, Calvino señala que descubrir el Nuevo Mundo fue difícil, pero una vez descubierto, era aún más difícil *verlo*, entender que era un mundo nuevo, completamente nuevo, diferente de todo lo nuevo que siempre se había esperado encontrar. Italo Calvino también plantea la interrogante acerca de la capacidad actual del hombre -si hoy se descubriera un Nuevo Mundo- y si ésta nos permitiría descartar de nuestra mente todas las imágenes que asociamos a un mundo diferente para captar la verdadera diversidad que se podría desplegar ante nuestros ojos. Para Calvino, así como los primeros exploradores de América no sabían en que momento recibirían un radical desmentido o una confirmación a sus conocimientos y experiencias, tal vez nosotros podemos pasar, sin siquiera darnos cuenta, junto a fenómenos jamás vistos porque nuestros ojos y nuestras mentes están habituados a elegir y catalogar sólo aquello que entra en clasificaciones aceptadas<sup>160</sup>.

La extraordinaria diversidad del paisaje chileno deriva de su relieve y multiplicidad climática que comprende climas extremos -desierto cálido y desierto frío-, climas de altura y un conjunto de zonas dominadas por condiciones atmosféricas variables y asociadas a diferentes manifestaciones de climas templados.

Esta diversidad de situaciones climáticas explica la existencia de paisajes de alta aridez en el desierto, de paisajes semiáridos en las estepas y tundras de altura y de paisajes fértiles en las zonas con climas templados y lluviosos que varían según las condiciones específicas de temperatura, la dirección de los vientos predominantes y pluviosidad. En relación con la diversidad de paisaje González de Nájera<sup>161</sup> sostiene que, además del clima, esta variedad deriva de la compleja estructura geográfica compuesta por dos cordilleras -cordillera de Los Andes y cordillera de La Costa- y numerosos otros accidentes del relieve.

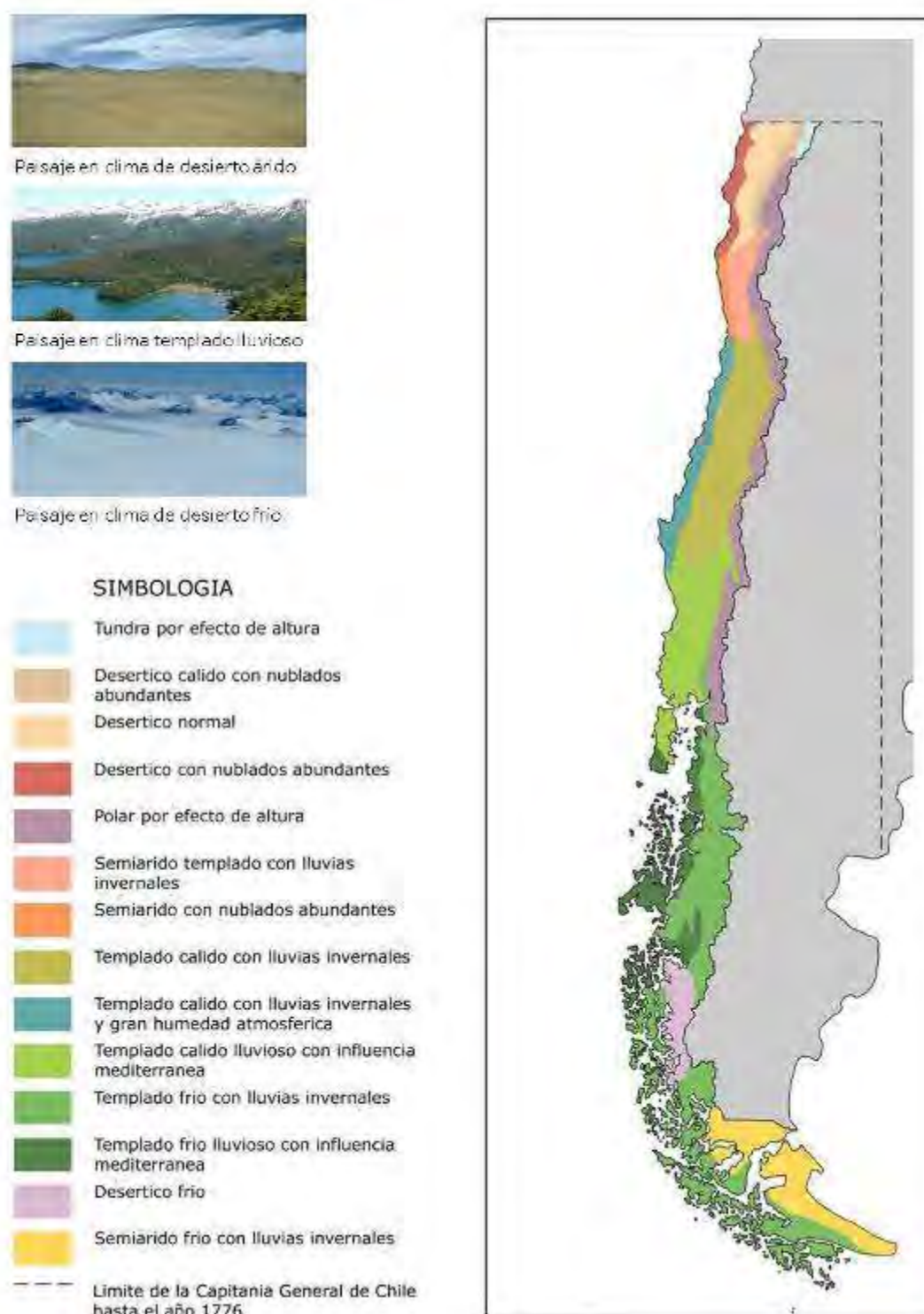
<sup>157</sup> RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op. cit. p.196

<sup>158</sup> RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. op. cit. p.196

<sup>159</sup> ELLIOT, J.H: *El Viejo mundo y el Nuevo*. ELLIOT, J.H.: *El Viejo Mundo y el Nuevo*. 1492-1650. op.cit. pp.34-37. Este tema ha sido desarrollado en la Metodología punto. a.1: Fuentes primarias escritas y cartográficas.

<sup>160</sup> CALVINO, Italo: *Colección de arena*. op.cit. pp. 21-22

<sup>161</sup> GONZÁLEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op.cit. p. 20. El cronista indica la relación entre la diferencia de climas y la diferencia de las cimas o alturas



### Distribución de las zonas climáticas en Chile colonial

Fuente: Elaboración propia en base a mapa del archivo digital Mapas de Chile<sup>162</sup>

<sup>162</sup> Castor y Pólux Ltda. mapasdechile.com.  
Las imágenes están en [http:// upload.wikimedia.org/geografía de Chile](http://upload.wikimedia.org/geografía de Chile)

La variedad del paisaje, además de las diferencias de clima, está relacionada con la presencia de montañas, volcanes, valles, fiordos, glaciares, desiertos, archipiélagos, lagos, estepas y bosques; también depende de los contrastes morfológicos que se manifiestan en una misma unidad geográfica. La variedad del contexto físico generó dificultades para divulgar verazmente las características del territorio. González de Nájera opinaba que era imposible describir con detalle la diversidad natural de Chile o entregar un retrato fidedigno de la complicada estructura física. El cronista incluso criticó a la cartografía de su época porque no expresaba la complejidad del espacio natural, sólo mostraba a los elementos más relevantes y no lograba representar las especificidades del paisaje. Indicó que la Cordillera Nevada –aludiendo a Los Andes– no debía describirse como un paisaje montañoso unitario porque cada fragmento de ella encierra un paisaje singular.

*En estos montes, pues, hay tantos valles, riscos y quebradas, que sería imposible el poderse numerar; y en estas mismas sierras tantas entradas y salidas, que hacen todo el largo y ancho de aquel reino un intrincado laberinto, acopado generalmente de un espeso bosque de amenísimas arboladas por altos, bajos y laderas, en cuyas honduras, que todas vienen a ser unos deleitosísimos verjeles, en algunas de las cuales apenas tiene el sol entrada, hay gran número de diversos lagos, prados y vegas<sup>163</sup>.*

El paisaje andino, según González de Nájera, también comprende una diversidad de ríos, grandes o pequeños, caudalosos o mansos, algunos de ellos estaban envueltos por mantos de bosques y otros rodeados de montes; asimismo, por los intersticios cordilleranos se generaban valles de diferentes características espaciales.

*En todas las cuales hay diferencias y número de cerros y otros collados, por los cuales corren y se despeñan grandes y pequeños ríos, que bajan de la gran Cordillera Nevada y otros apacibles arroyos, hay particulares cosas que notar, de tanta novedad a la vista, que parece que no se las pudiera imaginar más apacibles al pensamiento... Entre estos montes y valles no deja de haber espacios de tierras llanas, en unas partes más extendidas que en otras, aunque cercadas de montuosos cerros...<sup>164</sup>*

La multiplicidad de especies vegetales –por la conformación de ambientes naturales diversos– fue otro tema relevante en los informes de los cronistas, llegando a ser uno de los aspectos más interesantes que ofreció el Nuevo Mundo<sup>165</sup>. La variedad vegetal era de tal magnitud que, durante el siglo XVIII fue necesario realizar varias expediciones botánicas que abarcaron un importante número de años para recopilar muestras de la flora americana<sup>166</sup>. La admiración frente a la diversidad natural de América aumentaba debido a la existencia de variedades vegetales notables por sus propiedades como el *siphonia elástica* o árbol del caucho y el tabaco; otras especies –cacao, tomate, maíz y papa– por su sabor, enriquecieron la gastronomía europea. Como las demás colonias hispanoamericanas, Chile aportó con nuevas especies a la agricultura y gastronomía europeas, destacándose la frutilla, que según González de Nájera, era agraviada con el nombre por lo sabrosa y delicada que es<sup>167</sup>.

<sup>163</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. p. 8

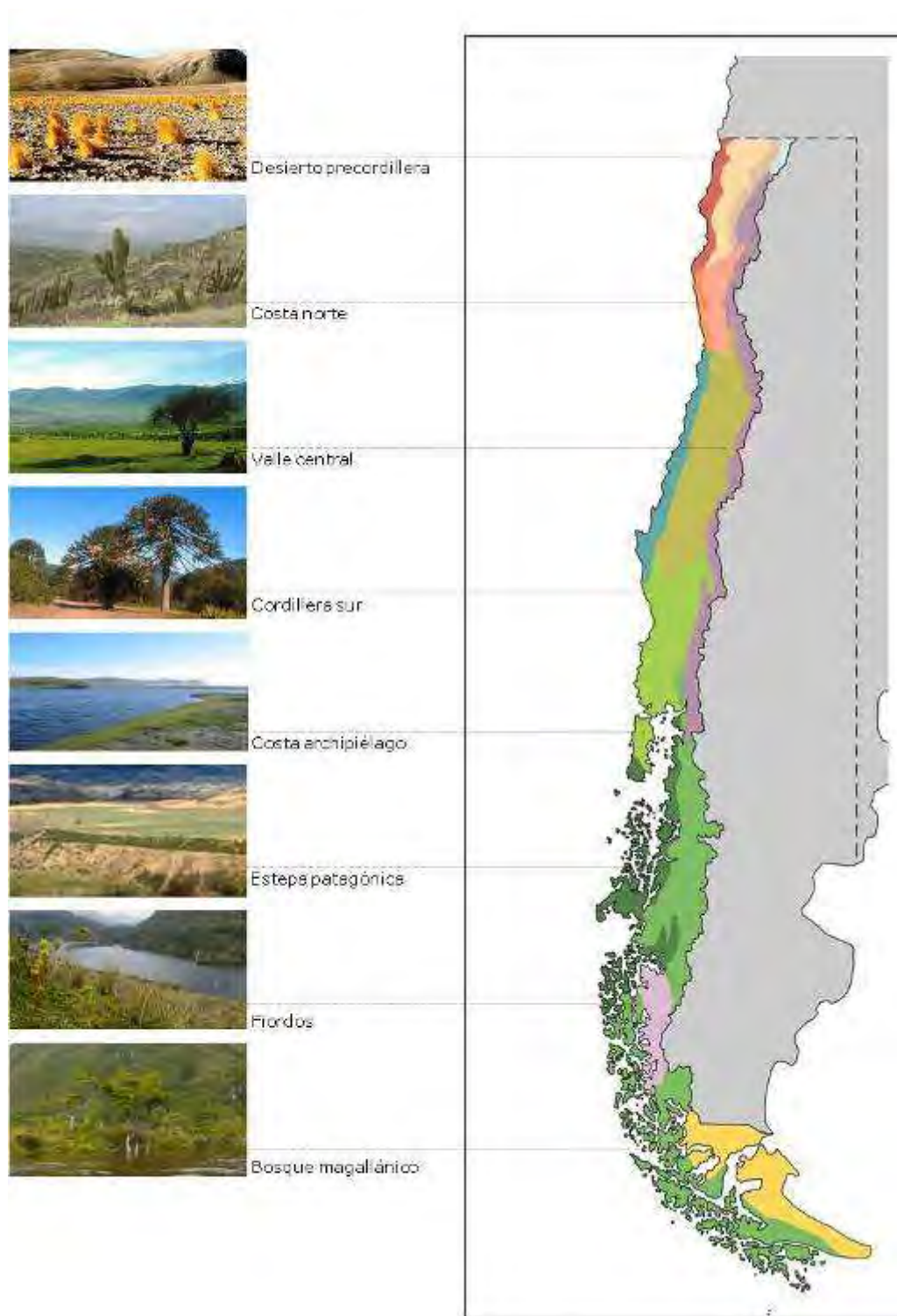
<sup>164</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. p. 8

<sup>165</sup> La rareza y diversidad de la flora y fauna americana llevó a comparar al Nuevo Mundo con el Paraíso; idea que recogió Durero en un grabado de Adán y Eva donde el Jardín del Edén contiene frutos americanos.

<sup>166</sup> La expedición al Virreinato del Perú, donde se recogieron plantas de Perú y Chile, se desarrolló a lo largo de once años, desde 1777 a 1788. Nueve años tardó la expedición a la Audiencia de Quito pues se extendió desde 1799 a 1808. La célebre expedición, dirigida por Celestino Mutis, ocupó 33 años en recolectar muestras vegetales y dibujar más de 6000 láminas de la flora de Nueva Granada. La expedición a Nueva España, durante 16 años, entre 1787 y 1803, recorrió los territorios mexicanos recopilando diversas especies vegetales. El tema de las expediciones científicas se desarrolla en el punto c del Marco conceptual, titulado Lectura e interpretación del paisaje en el período colonial

<sup>167</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. p. 23





### Diversidad vegetal en el territorio de Chile colonial

Fuente: Elaboración propia en base a mapa del archivo digital Mapas de Chile<sup>168</sup>

<sup>168</sup> Castor y Pólux Ltda. mapasdechile.com. Las imágenes de paisajes con formaciones vegetales están en la página <http://www.ecolyma.cl>

La variedad vegetal de América, en especial el aroma y color de las frutas y flores, era un tema reiterado en las crónicas coloniales; esta característica, generalmente, se describía como cualidad positiva del Nuevo Mundo.

*Esta tierra es muy amena, y llena de infinidad de árboles verdes y muy grandes, nunca pierden la hoja, todos tienen olor suavísimo y aromático, y producen muchísimas frutas buenas al gusto y salutíferas al cuerpo, los campos producen mucha hierba, y flores, y raíces muy suaves, y buenas, que alguna vez me maravillaban tanto el suave olor de las hierbas, y de las flores y del sabor de esas frutas, y raíces, que entre mí pensaba, estar cerca del Paraíso terrenal<sup>169</sup>*

La diversidad vegetal no se expresa sólo en ejemplares raros y originales; también se manifiesta en la multiplicidad de colores y formas de especies semejantes. Ovalle alude a esta propiedad cuando explica que en un camino de Chile, admirado por la variedad de flores del lugar se detuvo a contarlas, distinguiendo en poco tiempo y en un espacio reducido, cuarenta y dos especies de flores silvestres<sup>170</sup>. Juan Antonio Molina también describió las numerosas plantas y especies que se podían encontrar en el territorio chileno y otras variedades propias de las zonas australes. El abate Molina explica que las plantas siguen la división natural del país porque era posible reconocer especies marítimas, mediterráneas y andinas. Además, señala que en sus observaciones arbolarias logró examinar más de tres mil plantas herbáceas que no habían sido registradas en los catálogos botánicos.

*... muchas de las cuales producen flores tan apreciables por su belleza y fragancia, que durante la primavera parecen todos aquellos campos otros tantos jardines...<sup>171</sup>*

Los indígenas chilenos, según los datos proporcionados por Molina, cultivaban entre ocho y nueve variedades de maíz, dos especies de calabaza y varios cereales; los indígenas de la zona de Arauco cultivaban una especie de centeno y otra de cebada que no él pudo observar y describir porque las habían abandonado casi totalmente desde que se introdujo en sus tierras el cultivo del maíz<sup>172</sup>.

En el Nuevo Mundo, el hombre europeo también encontró una notable diversidad de fauna que según sus características les inspiraban temor, extrañeza o admiración. Por su rareza, algunos animales fueron temas destacados de las Crónicas de Indias; sobresalen los relatos de Gonzalo Fernández de Oviedo sobre lagartos y dragones, la caracterización de los armadillos que hizo Félix de Azara, los monos descritos por José de Acosta y las explicaciones acerca de los manatíes que por su singular forma fueron confundidos con las míticas sirenas. La diversidad natural admiró a personas de distinta formación porque los soldados, misioneros y científicos manifestaron su sorpresa por esta característica del Nuevo Mundo<sup>173</sup>. Las crónicas de Fernández de Oviedo contienen antecedentes reveladores sobre la multiplicidad de aves y peces; Vespucio también expresa asombro por la variedad de reptiles y aves, destacando a las últimas por sus distintos cantos, colores y plumajes.

<sup>169</sup> VESPUCIO, Américo: *El Nuevo Mundo, Viajes y documentos completos*. Carta del 4 de junio de 1501 dirigida desde Cabo Verde a Lorenzo Pier Francesco de Médici, en Florencia. Ediciones Akal, Madrid 1985. Traducción de Ana María R. de Aznar. p.41

<sup>170</sup> OVALLE, Alonso de: op. cit, p. 11

<sup>171</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.129

<sup>172</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.129

<sup>173</sup> Bernabé Cobo describió la diversidad de la naturaleza americana de modo tan detallado que permite suponer el profundo significado que le otorgaba a esta cualidad del Nuevo Mundo. COBO, Bernabé: *Historia del Nuevo Mundo*. Imprenta de E. Rasco, Sevilla. 1890 Tomo I. Impresión del texto original de 1653. Vespucio, otro expresivo divulgador de las características naturales de América, no era sólo un navegante o aventurero, también fue un hombre instruido y preocupado de difundir la importancia del descubrimiento a partir de la observación directa y original de la realidad.

La diversidad natural de América despertaba tanta admiración que Vespucio, luego de su segundo viaje al Nuevo Mundo, escribió una carta a Lorenzo de Medici donde enfatizaba la abundancia de árboles, frutos y flores; asimismo, plantea las dudas teológicas que le sugerían la variedad de especies animales porque una fauna tan numerosa no podría haber entrado en el Arca de Noé<sup>174</sup>.

*... y vimos tantos otros animales, que creo que dificultosamente tantas especies entrasen en el Arca de Noé...*<sup>175</sup>

Molina indica que Chile no era tan rico en fauna como otras regiones americanas y, aunque abundan insectos y pájaros, era muy escasa en reptiles y tenía apenas unas treinta y seis especies de cuadrúpedos nativos. Aún así, destaca la diversidad de su fauna marina porque el mar provee al país de gran número de zoofitos, litofitos y moluscos, muchos de los cuales todavía eran ignorados por los naturalistas<sup>176</sup>.

Además, la diversidad natural de Chile se manifestaba en la profusión de minerales; cualidad subrayada por Molina, quien ocupó un capítulo de su obra en describirlos, incorporando tipos sorprendentes por su textura y color. En el informe de Frezier<sup>177</sup> también se observa su interés por explicar la variedad mineral de Chile; la misma intención se advierte en los relatos de Jorge Juan y Antonio de Ulloa<sup>178</sup>. Este rasgo chileno alcanzó tal importancia que a fines del siglo XVIII se efectuó una expedición científica enfocada a estudios mineralógicos, dirigida por los hermanos Christian y Conrad Heuland, con el fin de explorar y describir los abundantes recursos mineros existentes en el norte y centro de Chile<sup>179</sup>.

Las expediciones, permanentemente, traían noticias sobre paisajes originales y las exploraciones por Chile continuaron revelando un mundo que parecía infinito en su extensión y diversidad. Esta particularidad es relevante para analizar la colonización de Chile porque concierne al significado de las ciudades no sólo como respuestas a objetivos militares, evangelizadores y económicos sino también como afirmación de orden y medida –característica que enuncia la geometría del plano cuadrículado– en un mundo que por su complejidad superaba lo visto y hasta lo imaginado<sup>180</sup>.

Los españoles conocieron otras expresiones de la diversidad americana al encontrar culturas en desiguales niveles de desarrollo, desde pueblos nómadas a civilizaciones organizadas en complejas estructuras sociales. Algunas culturas indígenas poseían adelantados conocimientos técnicos que empleaban en la construcción de sistemas de cultivo, caminos, puentes y obras hidráulicas; largamente difundido es el avance que habían logrado los mayas en matemáticas, astronomía y medición del tiempo. La arquitectura inca, azteca y maya se caracterizaba por sus cualidades estéticas y constructivas; además, la escultura –en piedra, metal y arcilla–, orfebrería, textiles y cerámica mostraban perfección técnica y valores artísticos que variaban según las características culturales propias de cada región.

<sup>174</sup> BOORSTIN, Daniel: *Los descubridores*. op. cit. pp. 249-250

<sup>175</sup> VESPUICIO, Américo: *El Nuevo Mundo, Viajes y documentos completos*. op. cit. p.41

<sup>176</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. pp. 213-214

<sup>177</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit

<sup>178</sup> JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de: *Noticias secretas de América*. Edición facsimilar de la publicada por David Berry. Londres, 1826. Editorial Turner. Madrid, 1982.

<sup>179</sup> ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición Científica de los hermanos Heuland. (1795-1800)*. Ediciones Cultura Hispánica de Centro Iberoamericano de Cooperación. Madrid 1978.

<sup>180</sup> Shakespeare, desde su perspectiva renacentista, se refiere a este tema cuando señala “*hay algo más en el cielo y en la tierra que lo soñado por la filosofía*”. SHAKESPEARE, William: *Hamlet, Príncipe de Dinamarca*. Acto Primero, Escena V. En Obras Completas, Editorial Aguilar. Madrid 1960. p.1332



En la época del descubrimiento existían sociedades indígenas que aún no conocían la escritura y otras donde el desarrollo lingüístico mostraba altos niveles evolutivos porque incluían estructuras líricas creadas a partir de sofisticadas técnicas poéticas; un ejemplo es la obra de Netzahualcóyotl, famoso poeta prehispánico y príncipe de Texcoco. Valiosos ejemplares literarios eran los códices y manuscritos mayas de los libros *Chilam Balam* y *Popol Vuh*. Asimismo, se habían desarrollado estructuras de gobierno y administración del territorio que incluían desde organizaciones tribales primitivas a sistemas imperiales complejos como el inca. La pluralidad cultural que existía al inicio de la conquista también se mostraba en la heterogénea composición étnica del continente y en las numerosas concepciones religiosas, lenguajes y ritos; un antecedente relevador al respecto, es que en la región de México existían más de ochenta lenguas y una diversidad étnica que abarcaba más de seiscientos grupos indígenas<sup>181</sup>.

Chile era un territorio habitado por etnias en desiguales estados de desarrollo, que se distribuían por diferentes unidades geográficas. Montañas, valles, bosques, islas, fiordos y costas configuraron hábitat diferenciados que posibilitaron el surgimiento de diversas sociedades indígenas. La variedad física de la región chilena se reflejaba en las diferentes manifestaciones culturales, distintas formas de utilizar los recursos naturales y en los particulares modos de vida que caracterizaban a cada grupo.

La costa norte era habitada por comunidades camanchacas, changos y proanches; el litoral central y sur estaba ocupado por lafquenchos, pichunches y huilliches; en el archipiélago de Chiloé habitaban los chonos. El desarrollo de estas sociedades se sustentaba en la pesca y el intercambio. El extremo sur del litoral de la Patagonia estaba poblado por las etnias kawéskar o alacalufes, yámanas (yaghanes) y cuncos; estos pueblos vivían de la pesca y otros recursos naturales de las islas y canales de Magallanes, que recorrían en sus embarcaciones de troncos y corteza de árboles.

En los valles interiores y la precordillera se distribuían grupos diferenciados por sus modos de vida, vinculados a las condiciones ambientales y los recursos naturales de las distintas unidades geográficas. Los atacamas o atacameños fueron agricultores y pastores que habitaban las planicies del desierto de Atacama y la precordillera de Los Andes hasta el río Copiapó.

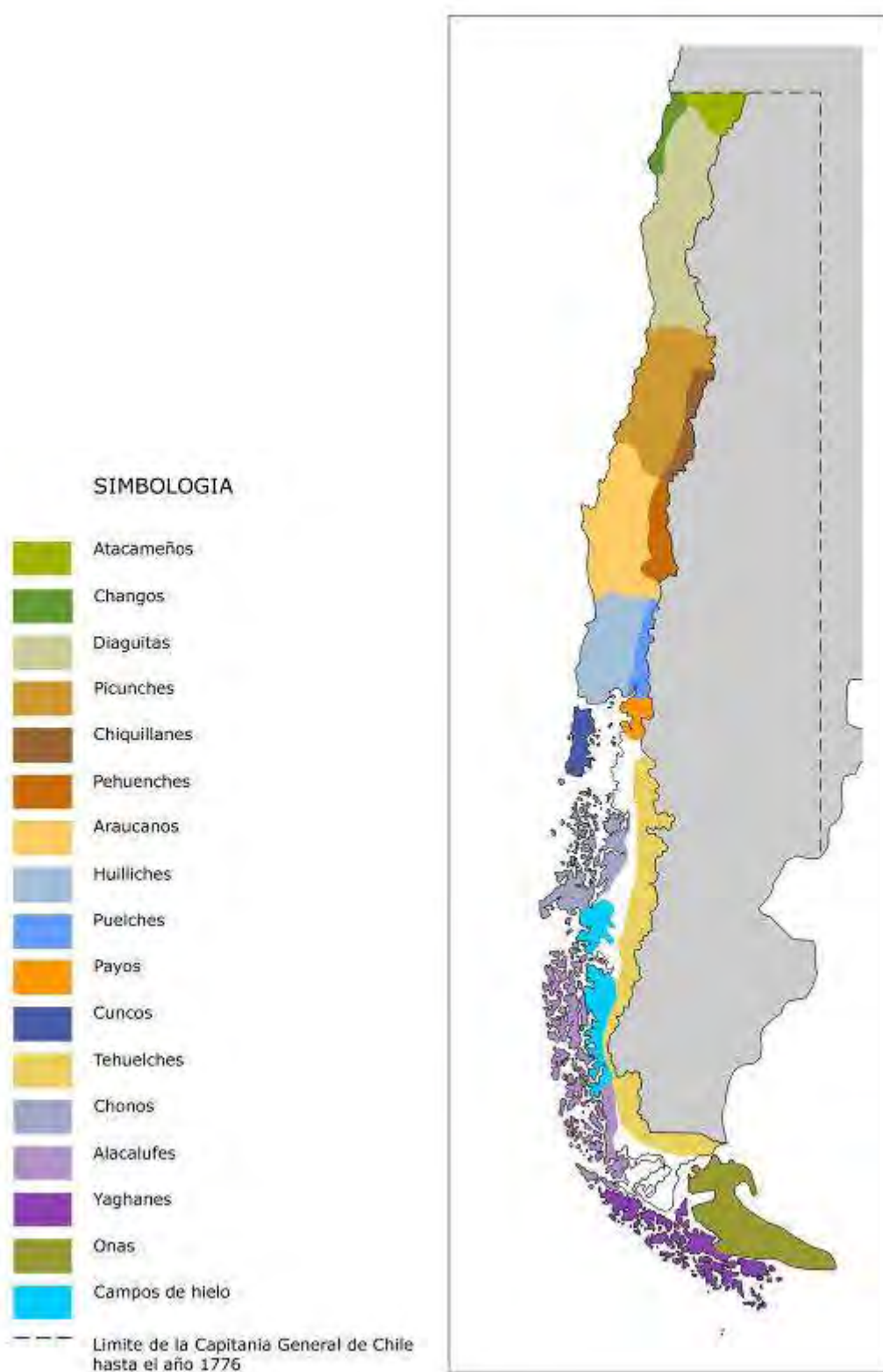
El desierto y precordillera -entre los ríos Copiapó y Aconcagua- fue ocupado por los diaguitas; los valles de la zona central eran habitados por picunches, pehuenches y huilliches. En las estepas patagónicas ubicadas al norte del estrecho de Magallanes vivían los aónikenk o tehuelches y la Tierra del Fuego era habitada por los sélkman; ambos pueblos, junto con las etnias kawéskar y yámanas, integraban comunidades de cazadores y recolectores.

A lo largo de la cordillera de Los Andes se distribuían diversos grupos étnicos. La zona norte era territorio del pueblo aymará, que compartía sus procesos culturales con otras culturas andinas como los quechuas. La zona central de Los Andes -desde el río Aconcagua al golfo de Reloncaví- fue habitada por pehuenches. El sur andino era territorio de puelches, aónikenk o tehuelches y chiquillanes. Estas sociedades se desarrollaron en base a la recolección y el intercambio con otros pueblos andinos.

La etnia más influyente en el proceso de colonización -porque eran protagonistas de la famosa guerra de Arauco- fue el pueblo pehuenche llamado **araucanos** por los españoles en referencia al nombre de la zona donde se desarrolló el conflicto. En el extremo sur de Chile fue relevante la presencia de los aónikenk o tehuelches, que en el período colonial eran conocidos como los célebres patagones o gigantes de la Patagonia.

---

<sup>181</sup> FRANCO, Jean: *La cultura hispanoamericana en la época colonial*. Publicado en Historia de la Literatura Hispanoamericana. Tomo I. Época Colonial. Editorial Cátedra. Madrid 1982. p. 35



### Distribución espacial de las principales culturas prehispánicas de Chile

Fuente: Mapa con la distribución espacial de los pueblos de Chile prehispánico<sup>182</sup>

<sup>182</sup> SILVA, Osvaldo: *Atlas de Historia de Chile*. Colección Imagen de Chile. Editorial Universitaria. Cuarta edición. Santiago, 1992. p. 31

### c. Los mitos y las ciencias en la interpretación del paisaje

En el proceso de urbanización colonial de Chile se distinguen dos fases que reflejan las interpretaciones del paisaje y, por lo tanto, las distintas formas de aproximación de los colonizadores españoles a la realidad geográfica. En la primera -que abarca desde mediados del siglo XVI hasta finales del XVII- los paisajes, básicamente, eran observados como escenarios míticos, cuyo conocimiento progresivo fue resultado de una sucesión de exploraciones que se originaron y justificaban, en muchos casos, por la búsqueda de lugares fabulosos y quimeras, cuya existencia parecía posible en los extraños escenarios naturales del Nuevo Mundo.

La segunda fase -que coincide con el siglo XVIII- pertenece al momento de mayor expansión de la urbanización colonial en Chile. En esta época, las exploraciones por el territorio estaban relacionadas con la necesidad de obtener información verídica sobre la realidad física con el fin de decidir y realizar las acciones administrativas y urbanísticas más adecuadas para ampliar el espacio colonizado, defender los límites del territorio ocupado por España y perfeccionar la comunicación entre las ciudades y los centros de producción.

La mayoría de las exploraciones que se realizaron en la primera fase de colonización pueden calificarse de temerarias incursiones por espacios inexplorados en busca de tesoros y lugares fabulosos; también obedecían al interés por extender el territorio conquistado o vivir nuevas experiencias y aventuras. Para la cultura renacentista, las expediciones simbolizaban la búsqueda de la verdad y la fama o expresaban las capacidades del hombre para internarse en lugares ignotos y fabulosos, similares a los descritos en relatos de viajes y mitos. El sucesivo avance de las expediciones españolas por América fue revelando un universo que cuanto más se recorría, más sorprendente parecía. En este contexto, los paisajes se interpretaron asociando sus características físicas con las cualidades de los paisajes ideales provenientes de la literatura y el arte porque la información aportada por la geografía no coincidía con la realidad que se encontró en el Nuevo Mundo.

Es importante considerar que ante la cultura europea, América apareció como una dimensión inesperada y contradictoria de la realidad porque la visión cósmica del Viejo Mundo en el siglo XVI, como lo plantea Octavio Paz, se regía por la idea de la tríada expresaba en tres tiempos, tres edades, tres personas -Santísima Trinidad-, tres humores y tres continentes<sup>183</sup>. La estética medieval, según San Agustín, definía a la belleza por una trilogía integrada por el *modus*, medida; *specie* o forma y *ordo*, orden<sup>184</sup>. Análogamente, Vitrubio propone tres cualidades propias de la arquitectura -*firmitas*, *utilitas* y *venustas*-; este trío de conceptos latinos fueron actualizados en el renacimiento porque coincidían con las ideas vigentes de mundo.

Los geógrafos describían a un mundo tríadico, compuesto sólo por tres continentes. El *Orbis Terrarum* integraba a Europa, África y Asia, que se pensaba formaban una única y enorme masa de tierra. La cartografía de la época del descubrimiento de América no aludía a un cuarto continente y aunque había científicos que conocían la obra de Ptolomeo<sup>185</sup> y suponían la esfericidad del planeta -idea concebida por los griegos y que según Rubert de Ventos<sup>186</sup> se enseñaba en Salamanca- sólo algunos geógrafos admitían la existencia de tierras aún no exploradas que, esencialmente, imaginaban en forma de islas legendarias, como la Atlántida.

<sup>183</sup> PAZ, Octavio: *El arte de México: materia y sentido*. op.cit. p.77

<sup>184</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op. cit. p.82

<sup>185</sup> La exposición del sistema del mundo aparece en *Almagesto*, la obra más conocida de Ptolomeo, notable astrónomo y geógrafo griego del siglo II. Su obra fue traducida desde el árabe el año 1175.

<sup>186</sup> RUBERT DE VENTOS, Xavier: *El laberinto de la hispanidad*. Impresión Editorial Anagrama. Colección Argumentos. Barcelona 1999. p.12

En la estructura triádica del cosmos, América no tenía cabida<sup>187</sup>; por esto, Rojas Mix sostiene que la idea de América como la cuarta parte del mundo no sólo perturbaba los cimientos del conocimiento científico, también remecía el complejo entramado de símbolos en que se sostenía la armonía del mundo medieval.

*... La ecumene, el mundo habitado, hasta entonces dividido en tres partes, simbolizaba perfección y santidad. El número tres, sagrado, la más alta verdad de la Revelación: La Trinidad. Y si Dios existía en tanto que Trinidad, era de suponer que en sus criaturas debía manifestarse la configuración ternaria. El tercer día Jesús resucita entre los muertos, tres eran los reyes magos, tres los hijos de Noé, tres los ángeles que visitaron a Abraham, tres eran los mares y doce los vientos: cuatro veces tres<sup>188</sup>.*



**Mapa del Nuevo Mundo**<sup>189</sup>

Tras el descubrimiento de América, la idea un nuevo continente, inicialmente no fue asimilada íntegramente por los intelectuales europeos pues –como se ha explicado– era complejo, especialmente desde la perspectiva teológica, aceptar el significado que para la cultura occidental suponía la existencia del Nuevo Mundo. Sólo cuando los viajes de Vespucio, Magallanes y Elcano revelaron que la Tierra era un planeta y confirmaron la existencia del nuevo continente, América se incluyó en la cartografía y las ciencias geográficas como la **Quarta Pars** del mundo. Octavio Paz señala que el cuarto continente no era otra realidad, sino otra dimensión de la realidad que no se regía por el principio trinitario sino por la cifra cuatro: cuatro destinos, cuatro eras, cuatro dioses principales, cuatro trasmundos, cuatro colores; cada dios tenía cuatro aspectos, cada espacio tenía cuatro direcciones, cada realidad tenía cuatro caras<sup>190</sup>.

<sup>187</sup> PAZ, Octavio: *El arte de México: materia y sentido*. op.cit. p.77.

El nombre del imperio inca era Tahuantinsuyu que en quechua significa cuatro partes del mundo.

<sup>188</sup> ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. Editorial Lumen. Barcelona 1992. p.37

<sup>189</sup> Mapa de Sebastián Münster donde se muestra por primera vez a América del Norte y del Sur como el mismo continente. Publicado en la edición del año 1540 de *Geographiae Universalis*. América fue conocida como Die Nuw Welt (Nuevo Mundo), Novus Orbis, Insula Atlántica y América. En el extremo inferior se distingue un área denominada Regio Gigantum (actual Patagonia). Antecedentes del mapa en ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.29

<sup>190</sup> PAZ, Octavio: *El arte de México: materia y sentido*. op.cit. p.77

La incorporación de América en el orden del cosmos traspasó el ámbito geográfico para integrarse en la literatura y el arte como un mundo nuevo. En la *Adoración de los Reyes Magos* -pintura portuguesa fechada en 1505, sólo diez años después del primer viaje de Colón- hay un cuarto rey, símbolo de América, que acompaña a los tres reyes que representan a Europa, África y Asia. El cuarto rey está adornado con una corona de plumas y porta una larga flecha tupinambá<sup>191</sup>; con estos atuendos se subrayan las diferencias culturales entre el Nuevo y Viejo Mundo. Según Rojas Mix la presencia de esta figura apuntaba al cambio cultural que cierra una época porque con el descubrimiento de América se pasó del mundo triangular del gótico al mundo rectangular del renacimiento y el barroco, que necesitaban superficies panorámicas para desarrollar nuevas perspectivas; Rojas Mix también indica que es la evidencia del paso desde el espacio místico al espacio temporal<sup>192</sup>.

La *Fuente de los Cuatro Ríos* muestra que a mediados del siglo XVII América había sido incorporada al orden del mundo con sus atributos propios reconociéndose, por medio del arte, que el cosmos estaba integrado por cuatro partes diferenciadas. La obra diseñada por Bernini entre 1647 y 1651 para explicitar el centro de la plaza Navona contiene la figura del río de La Plata -representando al Nuevo Mundo- junto a tres esculturas que simbolizan al Danubio, el Nilo y el Ganges, los tres grandes ríos de los tres continentes del Viejo Mundo<sup>193</sup>. La iconografía que acompaña a cada representación subrayaba los contrastes geográficos y culturales que identificaban a Europa y América.

Aun cuando desde comienzos del siglo XVI ya se sabía que América<sup>194</sup> era un nuevo continente, sus cualidades naturales y culturales siguieron explicándose mediante la búsqueda de semejanzas con Europa<sup>195</sup>. No obstante, las diferencias que exhibía el Nuevo Mundo en comparación con otros lugares explorados por los europeos fueron tan significativas que no parecían tener relación con el mundo real -descrito por la geografía- sino con el mundo ideal de los mitos y el arte. La interpretación mítica de América, en particular de sus civilizaciones y paisajes, hizo posible asimilar las extraordinarias características naturales y culturales de un continente que no tenía explicación en el marco de conocimientos tradicionales.

Hasta finales del período colonial, las interpretaciones míticas del paisaje y culturas americanas fueron parte del sustrato cultural de la urbanización española del Nuevo Mundo; sin embargo, con el paso del tiempo y para racionalizar la colonización y la explotación de los recursos naturales, creció la necesidad de conocer el territorio de manera más completa y precisa; esta inquietud alentó nuevas interpretaciones del paisaje americano, apoyadas en el progreso de las ciencias y la cartografía. Desde el siglo XVIII, las exploraciones en busca de lugares fabulosos fueron reemplazadas por expediciones geográficas y botánicas cuyo objetivo era conocer y describir las características reales de las regiones para corregir la administración colonial, ocupar mejor los recursos naturales y acelerar la urbanización.

<sup>191</sup> Rojas Mix dice que el cuarto rey es uno de los primeros testimonios icónicos del descubrimiento. La tela pintada un año después de conocerse las cartas de Vespucio, se conserva en el museo de Grao Vasco. ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. pp.34-37. Italo Calvino señala que la flecha es similar a las utilizadas por ciertas tribus brasileñas. CALVINO, Italo: *Colección de arena*. op.cit. p. 23

<sup>192</sup> ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.37

<sup>193</sup> La escultura del río de La Plata fue obra de Francesco Baratta di Massa, discípulo de Bernini que lo ayudó en otros encargos. En: BORSI, Franco: *Gian Lorenzo Bernini*. Editorial Stylos; Barcelona. 1989. p.34. Edición española de *Le Bernini* edit. Fernand Hazan, París, 1984. Traducción de Carmen Artal

<sup>194</sup> En 1493, sólo un año después del descubrimiento de América, Pedro Mártir de Anglería se refiere a las nuevas tierras como *Orbe Novo*, dudando que se trate, como decía Colón, de regiones asiáticas. Vespucio en una carta dirigida a Lorenzo de Médicis también planteaba que las tierras descubiertas por Colón era una cuarta parte de la tierra.

<sup>195</sup> La difusión en Europa de las peculiares características de América estimularon el debate en torno a dos temas: i) la existencia y validez de mundos diferentes y ii) la superioridad de las ideas generadas por la observación y la reflexión científica por sobre los juicios derivados de la revelación religiosa y las tradiciones.

En esta época, los viajes eran considerados fuentes del conocimiento del mundo; un mundo que ya no se contemplaba sólo desde un punto fijo, Europa, sino que era investigado desplazándose por lugares nuevos y distintos. Este cambio se relaciona con la idea barroca de contemplación de la realidad a partir de múltiples recorridos por el espacio.

Las expediciones del siglo XVIII -organizadas y dirigidas por marinos y científicos, que paulatinamente sustituyeron a las anteriores exploraciones capitaneadas por los conquistadores- permitieron completar y renovar la insuficiente información que se tenía del mundo americano y dar un sentido integral a los descubrimientos y conquistas de los siglos precedentes. El pleno significado de las exploraciones, que Richard Herr califica de *nueva conciencia del mundo*<sup>196</sup>, se alcanzó en el XVIII como lo muestra la expedición que el año 1728 cruzó el estrecho de Behring, probando definitivamente que América era distinta de Asia.

La necesidad de actualizar el conocimiento sobre América impulsó la realización de expediciones científicas que, además de proporcionar nuevos antecedentes sobre el territorio, influyeron en la evolución de ciudades relacionadas con la explotación de determinados recursos naturales -minerales, cacao, azúcar- o que ocupaban zonas estratégicas para la defensa de los espacios colonizados por España, como ocurría con la mayoría de las ciudades chilenas. A lo largo del siglo XVIII, el Nuevo Mundo fue explorado científicamente con los objetivos de registrar y divulgar la realidad de América, incorporar sus atributos al sistema de conocimientos europeos y optimizar la ocupación de las diferentes colonias.

Esta época es el marco temporal de la fase más vigorosa de la colonización de Chile porque se fundaron ciudades que todavía permanecen como enclaves urbanos, se extendió la estructura de colonización con la construcción de nuevos caminos y el mejoramiento de los existentes, se levantaron obras defensivas para proteger a los puertos y ciudades del litoral chileno amenazadas por otras naciones europeas, se fortificó la frontera de guerra interna en Arauco y se aceleró la dinámica urbana de diferentes ciudades mediante la construcción de obras públicas que respondían a las nuevas demandas económicas y sociales.

Las acciones mencionadas fueron posibles porque los colonizadores disponían de conocimientos geográficos y antecedentes actualizados de la realidad territorial que les permitieron analizar el resultado de las acciones colonizadoras previas y corregir las estrategias de dominio del espacio para superar las dificultades que se habían manifestado en la anterior fase del proceso de urbanización.

Obtener conocimientos más completos de las características territoriales -uno de los principales resultados de las expediciones científicas- fue posible por la emergencia de una actitud cultural, directamente relacionada con una nueva forma de situarse frente a la realidad y la naturaleza. La interpretación del paisaje, en el siglo XVIII o Siglo de la Razón, ya no se sustentaba en referencias míticas o ideales sino que se apoyaba en los avances de las ciencias y la cartografía. Esta nueva actitud cultural denota el alejamiento de las interpretaciones míticas del mundo americano y la aceptación de un mundo radicalmente distinto, pero real, que podía ser observado e interpretado desde una perspectiva racional.

---

<sup>196</sup> HERR, Richard: *La Ilustración española*. Publicado en *Carlos III y la Ilustración*. Tomo I. Catálogo de Exposición homónima para conmemorar el bicentenario de Carlos III. Elaborado por el Ministerio de Cultura de España. Lunwerg Editores, Barcelona 1988. Traducción de Eva Rodríguez Halffer. p. 39



## c.1 Lectura mítica del paisaje americano

Los conquistadores españoles desde las primeras incursiones por tierras americanas se encontraron ante paisajes que no coincidían con las descripciones geográficas y a los cuales no podían aplicar las tradicionales referencias de comparación y medida; en esta circunstancia, recurren a imágenes de la literatura y el arte para explicar la exuberante naturaleza del Nuevo Mundo. En las Crónicas de Indias se advierte que los conquistadores, frente a una realidad inexplicable desde su perspectiva cultural -enmarcada por sus conocimientos o experiencias previas- creyeron estar en tierras legendarias porque, según su opinión, los paisajes americanos tenían semejanzas con los lugares descritos en los mitos clásicos y relatos de viajeros<sup>197</sup>. La narrativa medieval, en particular las novelas de caballería, también fueron referencias para comparar la realidad americana con el mundo europeo. Un ejemplo elocuente es la *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*, donde Díaz del Castillo se refiere a la capital azteca y la calzada de Iztapalapa -por sus grandes torres y las construcciones posadas sobre el agua- como obras tan admirables que parecían las cosas de encantamiento que se cuentan en el libro de Amadís<sup>198</sup>.

*Otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa; y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a México, nos quedábamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamientos que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y edificios que tenían dentro del agua...*<sup>199</sup>

Bernal Díaz del Castillo explica que él y los demás soldados españoles estaban tan maravillados con las construcciones aztecas que no les parecían reales por tratarse de cosas nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas.

*Algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé como lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas y aún soñadas, como vimos.*<sup>200</sup>

En su descripción, Díaz del Castillo combinó informaciones reales del Nuevo Mundo con referencias procedentes de libros de caballería y otros géneros de la literatura medieval. Al respecto, Carpentier plantea que la crónica de Bernal Díaz del Castillo es el único libro de caballería, real y fidedigno que se haya escrito porque en él los paisajes insólitos, las ciudades extrañas, los hacedores de maleficios, los dragones que duermen en grandes ríos y los animales desconocidos son auténticos, visibles y palpables. Carpentier indica que, sin sospecharlo, Díaz del Castillo había superado con su relato a las hazañas de Amadís de Gaula, Belianis de Grecia y Florismarte de Hircania<sup>201</sup>.

<sup>197</sup> La obra *Il Milione* de Marco Polo subyace en los textos de Colón, Cortés, Díaz del Castillo y Cieza de León, quienes creyeron haber llegado a las tierras descritas por el célebre veneciano.

<sup>198</sup> Díaz del Castillo se refiere a Amadís de Gaula, cuyas hazañas inspiraron a Don Quijote y protagonizó el primer libro de caballería impreso en España que fue base para los demás. Por su importancia y ser único en su género fue salvado de ir a la hoguera en el famoso escrutinio de los libros de Don Quijote, realizado por el cura y el barbero. CERVANTES, Miguel de: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Volumen 1. Editorial Iberia, Barcelona, 1960. p.53

<sup>199</sup> DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Editorial Sopena, Barcelona 1975. Capítulo LXXXVII, p.278

<sup>200</sup> DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. op. cit. p.278

<sup>201</sup> CARPENTIER, Alejo: *De lo real maravilloso americano*; en Obras Completas de Alejo Carpentier. Ensayos. Editorial Siglo XXI, Primera edición, México, 1990. p.110. Los personajes mencionados por Carpentier (Amadís de Gaula, Belianis de Grecia y Florismarte de Hircania) son los protagonistas de libros de caballería mencionados en Don Quijote de La Mancha.

En las crónicas y dibujos de las primeras expediciones se observa el esfuerzo por comprender la configuración de América en función de la geografía de la época que planteaba un mundo formando por tres continentes; un mundo que, además, era parcialmente incógnito porque amplias regiones de Asia y África sólo eran conocidas mediante vagas descripciones proporcionadas por comerciantes, monjes y viajeros.

América, inicialmente, fue considerada una extensión del *Orbis Terrarum* y no un continente nuevo; esto explica porqué en el contexto cultural de la primera fase del proceso de urbanización colonial se confundieran realidad y fantasía. Las imágenes literarias y los mitos que se trasladaron desde Europa sirvieron de referencias para explicar los asombrosos paisajes y culturas del Nuevo Mundo. Por esto, John Elliot señala que el Nuevo Mundo, tal como fue concebido por los europeos de fines de la edad media y comienzos del renacimiento, no era más que una imagen mental<sup>202</sup>.

La interpretación mítica del paisaje americano comenzó con Colón, quien, según la información que poseía, no pudo asumir al Nuevo Mundo como un continente hasta entonces desconocido para Europa; intentó explicar a los paisajes americanos como los lugares descritos en las teorías de Ptolomeo, en los relatos de Marco Polo y en la visión tradicional y cristiana del mundo<sup>203</sup>. Sin embargo, las extrañas cualidades del paisaje, en particular la fecundidad del trópico, lo llevaron a creer que estaba en tierras diferentes a las descritas por la geografía o los relatos de viajes y se apoyó en argumentos teológicos y las narraciones bíblicas para sostener que había llegado al Paraíso terrenal, descrito en el Génesis como un paisaje fértil, exuberante y bello. En su tercer viaje, después de llegar hasta la desembocadura del río Orinoco, Colón describió la enorme cantidad de agua dulce relacionando al paisaje americano con el Paraíso terrenal porque no tenía noticias de otro lugar del mundo donde existiera un río tan grande y profundo<sup>204</sup>.

Según el acervo cultural de Colón, las proporciones del paisaje no eran coherentes con los antecedentes aportados por la geografía<sup>205</sup>. Esta sorprendente circunstancia fue el prólogo de una serie de interpretaciones míticas del paisaje americano que persistieron inclusive después que Magallanes y Elcano confirmaron la esfericidad de la Tierra y los navegantes portugueses -al descubrir una nueva y auténtica ruta marítima a India- demostraron que América era un cuarto continente. Lo anterior se explica, según Elliot, porque la mayor parte del esfuerzo se empleó en incorporar la realidad aportada por América dentro de los límites mentales existentes<sup>206</sup>. En este sentido, las interpretaciones míticas permitieron asimilar una naturaleza y culturas que, por sus sorprendentes cualidades, parecían no tener explicación dentro de los ámbitos del conocimiento geográfico de la época.

La perspectiva cultural, desde donde los conquistadores españoles interpretaron el paisaje americano, fue un obstáculo para asumirlo como expresión de una realidad nueva. Comprender un mundo incomparable con el mundo tradicional demandaba

<sup>202</sup> ELLIOT, J.H: *El Viejo mundo y el Nuevo. 1492-1650*. op. cit. p.41

<sup>203</sup> Inclusive cuando se tiene la certeza que América es un nuevo continente sigue siendo llamada Las Indias en informes y crónicas; este nombre subsiste en la designación del Consejo de Indias, las Leyes de Indias y en la denominación de indios que se otorgó a los nativos del Nuevo Mundo.

<sup>204</sup> Esta explicación se basa en la doctrina cristiana y referencias ptolemaicas donde se indica que las zonas habitables estaban rodeadas por extensiones de agua comparativamente pequeñas; por esto, el enorme océano Pacífico no tenía explicación; de modo semejante, dentro del mundo racional, no tenía cabida la existencia de un nuevo continente.

<sup>205</sup> *Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porqu'el sitio es conforme a la opinión d'estos sanctos e sacros theologos. Y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamas lei ni oi con tanta cantidad de agua dulce. fuese así adentro e vezina con la salada y ello ayudo asimismo a la suavissima temperancia. Y así de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo.* COLON, Cristóbal: Carta del Almirante a los Reyes Católicos referente a su tercer viaje. Publicado en Cristóbal Colón: *Viajes y Testamento*. Lerner Printing. Madrid 1986. p.178

<sup>206</sup> ELLIOT, J.H: *El Viejo mundo y el Nuevo. 1492-1650*. op. cit. p.41



cambiar radicalmente los parámetros culturales y no sólo incorporar lo observado dentro de los límites fijados por ideas previas. Interpretar la novedad de América teniendo como referencia a mitos clásicos y leyendas medievales suponía reconocer que se estaba ante un mundo maravilloso, similar al mundo del arte y la literatura. En el marco de esta investigación, es pertinente destacar que la contemplación de la realidad desde la perspectiva abierta por mitos y leyendas fue el impulso inicial para explorar y conquistar unos paisajes asombrosos por su extensión, vastedad, proporciones y diversidad.

Aunque a partir del siglo XVII ya se habían vislumbrado diferencias entre el Viejo y el Nuevo Mundo –como se refleja en el arte y la cartografía de la época- durante la mayor parte del período colonial América siguió considerándose un mundo donde lo maravilloso no sólo era posible sino que era parte fundamental de la realidad<sup>207</sup>. Al respecto, es necesario señalar que la idea de América como mundo maravilloso está vigente en las obras de Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Julio Cortázar y otros autores latinoamericanos adscritos al realismo mágico; expresión que designa a una corriente narrativa donde lo cotidiano se confunde con lo irreal y lo real se transfigura en maravilloso.

El proceso de urbanización de Hispanoamérica se inició entrecruzando los mitos y la realidad porque, en el avance colonizador por el continente, se fueron descubriendo lugares que inspiraban el renacimiento de antiguos mitos europeos que parecían ser posibles en los sorprendentes paisajes americanos<sup>208</sup>. Al mismo tiempo, surgieron nuevos antecedentes que enriquecieron a las ciencias geográficas. América, durante la época colonial fue escenario de uno de los mayores procesos de mestizaje étnico; asimismo, fue centro de una simbiosis entre un mundo imaginario y el mundo real. En este contexto de confusión entre lo ideal y lo real, algunas leyendas tradicionales europeas se combinaron con tradiciones indígenas originando un mestizaje cultural cimentado en la mixtura de ficciones provenientes del Viejo y el Nuevo Mundo.

Al examinar los principales mitos vinculados a la conquista de América se deduce que la mayoría se relacionaban con la presencia de paisajes exuberantes y riquezas minerales; también se advierte que otros mitos surgieron del afán por explicar la existencia de las culturas y tradiciones indígenas.

Algunos cronistas de Indias creían que el nuevo continente era Antilia -deformación etimológica de la palabra Atlántida- el continente perdido descrito por Platón, del cual deriva el nombre del archipiélago de Las Antillas<sup>209</sup>. Las Antillas fue relacionada por Fernández de Oviedo con el mito clásico de las hespérides, guardianas del árbol que fructificaba en manzanas de oro; la noción de América como escenario de este mito puede explicarse por su extraordinaria vegetación. Desde Las Antillas salió la expedición de Ponce de León para llegar a la *Fons Juventutis*<sup>210</sup> que se creía estaba en la isla de Bimini, al norte de Las Antillas. Buscando el manantial maravilloso, Ponce de León descubrió el Canal de Bahama -ruta que desde entonces se utiliza para el paso de navíos- llegó hasta La Florida y fue el primer europeo en explorar la Corriente del Golfo o Gulf Stream.

<sup>207</sup> Morales Padrón indica que los mitos persistieron en los siglos XVII y XVIII aunque desde el siglo XVI habían cesado las grandes conquistas. El mito, según Morales Padrón, perduró porque América fue un mito y una utopía que el hombre buscaba y busca siempre. En MORALES PADRON, Francisco: *Los Conquistadores de América*. Espasa-Calpe, Colección Austral N° 1565. Madrid, 1974. p.133

<sup>208</sup> Mito y toponimia en América, muchas veces están ligados; son numerosos los lugares cuyo nombre tiene su origen en alguna de estas leyendas.

<sup>209</sup> López de Gomara, autor de *Historia de Las Indias y Conquista de México* señalaba que la Atlántida era América; también Pedro Sarmiento de Gamboa asoció a la Atlántida con el Nuevo Mundo.

<sup>210</sup> La leyenda de la Fuente de la Eterna Juventud o *Fons Juventutis* se fundió con el mito indígena sobre el Árbol de la Vida, representado por especies americanas como el xagua, palo santo y guayacán, que según las creencias indígenas transmitían sus poderes curativos a los ríos cercanos a ellos.

Otro célebre mito clásico que se trasladó al Nuevo Mundo fue la leyenda griega de Las Amazonas<sup>211</sup>, nombre que Francisco de Orellana dio al mayor río de América, tal vez para exaltar sus fenomenales dimensiones.

Varias incursiones por el Nuevo Mundo se relacionaron con leyendas medievales. En este grupo se destaca la expedición para encontrar la isla de la reina Calafia<sup>212</sup> cuyo resultado fue el descubrimiento de California. La búsqueda de Cibola<sup>213</sup> o Región de las Siete Ciudades originó exploraciones por México para llegar al lugar descrito en una leyenda medieval portuguesa, que se fusionó con la tradición nahuatl de siete cavernas de donde emergieron las tribus primigenias. La fama alcanzada por Cibola fue de tal alcance que, como señala Rojas Mix, llegó a ser registrada en un mapa, realizado en 1578 por el cartógrafo Juan Martínez<sup>214</sup>.

América del Sur fue escenario de varios mitos y fábulas. La búsqueda de El Dorado -nombre que se refiere a un hombre, una ciudad, una laguna o una región- impulsó varias expediciones para encontrar el oro con el cual, según la tradición chibcha, se cubría un príncipe antes de entrar en la laguna de Guatavita; el resultado de estas exploraciones fue el descubrimiento del río Orinoco, la sabana de Bogotá y llanos venezolanos. Otras ficciones vinculadas con la riqueza mineral de América fueron la Sierra de La Plata -identificada con las minas de Potosí- y el País de la Canela, que se suponía estaba en el flanco oriental de Los Andes; la pretensión de descubrir el fantástico lugar impulsó las expediciones comandadas por Gonzalo Díaz de Pineda y Gonzalo Pizarro<sup>215</sup>. Las leyendas El Gran Paititi, Cesar Blanco y las Casas del Sol se relacionaban con el Tahuantinsuyu<sup>216</sup> o imperio Inca. El Gran Paititi<sup>217</sup> era un lugar fabuloso que se esperaba encontrar en los territorios andinos de América; confiando en versiones indígenas se organizaron varias expediciones para buscar el legendario lugar que, según las informaciones de la época, estaba cerca del lago Titicaca.

El proceso de descubrimiento y conquista de América se desarrolló superponiendo el mundo real y un mundo imaginario, entrelazando el pasado y el presente en una amalgama donde las antiguas leyendas europeas se actualizaban y mezclaban con nuevas visiones del orden del mundo. La mixtura cultural que conjugaba lo real y lo ideal es una idea renacentista que se refleja en la pintura de Rafael *La Escuela de Atenas* donde los sabios de la antigüedad clásica se representaron en un ambiente renacentista y con ropas de la época. En el contexto americano de simbiosis cultural también se enlazaron los mitos con la evolución del conocimiento científico porque la búsqueda de lugares fabulosos -objetivo de una serie de expediciones- tuvo por resultado la continua extensión de los espacios explorados y, como afirma Morales Padrón, importantes descubrimientos geográficos.

<sup>211</sup> Míticas guerreras de la Capadocia, versión femenina de los centauros que formaban un Estado donde los hombres no eran admitidos. La supuesta existencia de amazonas en América revela una clara diferencia con el orden social europeo, tradicionalmente, de estructura patriarcal.

<sup>212</sup> Personaje de la novela de caballería *Las Sergas de Esplandián*, continuación de *Amadís de Gaula*.

<sup>213</sup> Cibola se remite a una tradición medieval portuguesa sobre siete obispos que huyendo de la invasión árabe al inicio del siglo VIII, encontraron una isla en medio del océano donde fundaron siete ciudades que contenían enormes riquezas y se había desarrollado una notable cultura. Las primeras noticias de Cibola se deben a Nuño de Guzmán quién afirmó haber recibido información de un indígena sobre las siete ciudades. Más tarde, los integrantes de la expedición a La Florida dirigida por Narvaéz volvieron narrando extraordinarias cosas de Cibola lo que impulsó una nueva búsqueda a cargo del franciscano Marcos de Niza quien, a su regreso, confirmó las versiones referidas a las siete ciudades y los tres reinos de Marata, Acus y Totonteac. Juan de Olmedo también dirigió una expedición para buscar a Cibola. En 1540 Francisco Vázquez Coronado y Juan de Oñate realizaron exploraciones sin hacer ningún descubrimiento.

<sup>214</sup> El plano de Cibola está publicado en: ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p. 16

<sup>215</sup> ORTIZ, Alfonso: *Visión general de las fundaciones y del urbanismo colonial español en el territorio de la antigua Audiencia de Quito*. op.cit. p.127

<sup>216</sup> Según la cultura incaica significa las *Cuatro Partes del Mundo*.

<sup>217</sup> El Gran Paititi era un archipiélago densamente poblado, ubicado en una laguna; tenía riquezas en oro y plata y espléndidos templos consagrados al sol y la luna. Se creía que el lugar había sido elegido por los incas que huyeron del Perú al ser conquistados por Francisco Pizarro.

Morales Padrón explica que en la cartografía colonial se puede seguir, paso a paso, la secuencia de sucesivos descubrimientos originados persiguiendo quimeras por un mundo desconocido y desconcertante porque aquello que inicialmente se consideró una prolongación del mundo conocido resultó ser un mundo nuevo; lo que se pensó continente eran islas, lo que se suponía isla fue península, lo que se creyó estrecho era un istmo, los mares resultaron ser ríos y lagos enormes. Morales Padrón plantea que, paulatinamente, los conquistadores fueron descubriendo la realidad física del continente sin mapas sobre los cuales trazar nuevas rutas, sin textos de consulta y sin instrumentos precisos de orientación<sup>218</sup>. Las expediciones españolas -guiadas apenas con una brújula, siguiendo indicaciones parciales e imprecisas y orientadas por constelaciones desconocidas- se sumergieron en selvas y cruzaron montañas, buscando tesoros y lugares fabulosos, para regresar portando nuevos antecedentes que enriquecieron a las ciencias geográficas<sup>219</sup>.

*... así se creó en Indias una serie de ilusiones quiméricas o fantasmales tras las cuales partieron muchas expediciones, logrando al final, como saldo, el hacer geografía*<sup>220</sup>.

Por sus paisajes asombrosos, extrañas culturas y abundantes riquezas, América fue vista como el Paraíso terrenal, el País de Jauja o el País de La Canela; sin embargo, este mundo maravilloso también era habitado por gigantes, sirenas, cíclopes y otros monstruos. Los seres y lugares, hermosos o terroríficos, reales e imaginarios se fundían en un contexto mítico sustentado en quimeras que parecían ser posibles en los paisajes americanos. Respecto a las interpretaciones míticas de América, Elliot plantea que la conversión de la realidad americana a un mundo ideal deriva de la transmutación de un mundo remoto en el tiempo -aludiendo al pasado histórico del cual provenían las narraciones bíblicas y los mitos clásicos que se actualizaban en el Nuevo Mundo- a un mundo remoto en el espacio. El Edén y La Arcadia, distantes en el tiempo, podían estar en las lejanas tierras americanas.

Elliot explica que las utopías y los sueños irrealizados de los religiosos y humanistas descontentos con la sociedad europea se proyectaron al Nuevo Mundo, donde era posible evangelizar a incontables millones que no sabían nada de la fe y donde las sociedades indígenas -simples e inocentes según la mirada de los humanistas- no conocían el dinero y parecían similares a las sociedades descritas por Virgilio y otros antiguos escritores<sup>221</sup>. Las aspiraciones religiosas y humanistas renacentistas tenían la oportunidad de materializarse en América. John Elliot plantea que, al observar al Nuevo Mundo de esta forma, los humanistas cerraban las puertas a la comprensión cabal de las culturas indígenas; además, América no era como ellos la imaginaban y hasta los más entusiasmados debieron aceptar que los habitantes de este mundo idílico también eran violentos y hasta podían devorar a sus semejantes. Aún así, era posible recrear la utopía en el otro lado del Atlántico; sin embargo, este sueño europeo poco tenía que ver con la realidad americana y, a medida que esa realidad fue develándose y extendiéndose, el sueño de la utopía comenzó a marchitarse<sup>222</sup>.

<sup>218</sup> MORALES PADRON, Francisco: *Los Conquistadores de América*. op.cit. pp.136-137

<sup>219</sup> MORALES PADRON, Francisco: *Los Conquistadores de América*. op.cit. pp.129-137

<sup>220</sup> MORALES PADRON, Francisco: *Los Conquistadores de América*. op.cit. p.129

<sup>221</sup> ELLIOT, J.H: *El Viejo mundo y el Nuevo*. 1492-1650. op.cit. p.39

<sup>222</sup> ELLIOT, J.H: *El Viejo mundo y el Nuevo*. 1492-1650. op.cit. p.40

## c.2 Paisajes míticos en la región de Chile

La región chilena también fue interpretada como un contexto mítico; sin embargo, a diferencia de los demás territorios americanos, esta característica no se relacionaba con la promesa de tesoros fabulosos—excepto La Ciudad de Los Cesares<sup>223</sup>— porque la expedición de Diego de Almagro, descubridor de Chile, dejó asentado que el país no contenía riquezas equivalentes a las que podían encontrarse en otras colonias; al contrario, Almagro regresó a Perú con una percepción negativa de la región porque la expedición que había encabezado dejó grandes pérdidas humanas y materiales, causadas por la difícil excursión a través del desierto de Atacama y la belicosidad de los indígenas.

El carácter mítico de Chile, sustancialmente, se asociaba a su lejanía, aislamiento y paisajes inhóspitos que parecían escenarios adecuados para el encuentro con seres espantosos. La fragmentación del territorio y la complejidad del relieve impedían explorar enormes superficies que permanecían como un insondable piélago interior, donde, supuestamente, podían existir monstruos parecidos a los que ocupaban los incógnitos mares de la cartografía medieval.

Un interesante grabado de Stradamus contiene detalles simbólicos que describen al estrecho de Magallanes como un territorio poblado de seres fantásticos, entre ellos a un ave Rock que lleva a un elefante en sus garras, una sirena alzando su enorme cola, un gigante patagón, un fénix emergiendo del fuego y Apolo. Al respecto, Rojas Mix señala que este grabado concentra diversos sentidos, uniendo en una misma imagen al mundo apocalíptico y a los símbolos alusivos a la salvación. El Rock —ave fantástica que Marco Polo decía haber conocido a través de las descripciones de los habitantes de Madagascar— simboliza a las criaturas del Finis Terrae —frontera mítica con territorios desconocidos—, la sirena rodeada por un círculo formado por su cola puede significar el infinito, el fénix es una alusión al renacer, el Patagón tragando una flecha encarna a la barbarie y Apolo, el sol de la mitología clásica, representa la renovación salvadora orientada por la luz<sup>224</sup>.



**Monstruos en el estrecho de Magallanes**

Fuente: Grabado de Stradamus (siglo XVI)<sup>225</sup>

<sup>223</sup> Legendaria ciudad con inmensas riquezas, que supuestamente estaba en la Patagonia. El tema se desarrolla en el punto c.3 de este capítulo: Una ciudad maravillosa en la frontera del mundo conocido,

<sup>224</sup> ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.86

<sup>225</sup> La imagen del pintor holandés Stradamus (1523-1605) aparece en *Alegoría de Magallanes*. Libro IV en una obra publicada por De Bry. En ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.84

La imagen siguiente muestra a Hernando de Magallanes en medio del estrecho que descubrió y que lleva su propio nombre; está rodeado de animales reales -felinos y otros mamíferos- y animales imaginarios como el basilisco, el dragón y una hidra de ocho cabezas<sup>226</sup>. Rojas Mix hace notar que el navegante portugués está en posición de orar, parado sobre un triángulo –símbolo de la Trinidad- con un vértice orientado al cielo. Los monstruosos animales infunden terror porque recordaban a las fuerzas brutales que habitaban las profundidades infernales y los mundos desconocidos. La inquietante relación entre los espacios incógnitos y seres fabulosos se expresaba en la cartografía del siglo XVI, donde los inexplorados territorios próximos al estrecho de Magallanes son ocupados por réptiles fantásticos y otras bestias<sup>227</sup>.



**Criaturas fantásticas en el estrecho de Magallanes**

Fuente: Grabado de Janz Barent (siglo XVI)<sup>228</sup>

Durante la época colonial, las narraciones de encuentros con criaturas fantásticas y, a la vez, terroríficas, esencialmente se asociaban a territorios inhóspitos y remotos, recalcando el vínculo entre la presencia de monstruos, los paisajes de la vastedad y los espacios más lejanos y desconocidos de América. Chile estaba en los confines del Nuevo Mundo, tajantemente aislado por las infranqueables alturas andinas y la desolada extensión del desierto de Atacama. Su extremo sur, está estructurado por el estrecho de Magallanes, una peligrosa ruta de navegación y frontera geográfica que marcaba el umbral hacia el *mar tenebroso* y anunciaba el inicio de los espacios inexplorados<sup>229</sup>.

En el extremo norte de Chile, la existencia de los monstruos se relacionaba con la proximidad del desierto de Atacama que, como se ha explicado, era una vastedad inhóspita, estéril y despoblada que aislaba a Chile del Virreinato del Perú. Durante el período colonial, en el desierto no existían señales de vida humana excepto unas pocas huellas dejadas por los viajeros que, como dice Vicuña, estuvieron obligados a recorrerlo a pesar de sus condiciones adversas entre las que se destacan la aridez del paisaje, la alta oscilación térmica que puede alcanzar hasta 35° de diferencia en veinticuatro horas, la escasez de agua superficial -con excepción de escasos pozos

<sup>226</sup> La hidra generalmente es representada con siete cabezas. ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.86

<sup>227</sup> En la cartografía del estrecho del Magallanes, con frecuencia, aparecen dibujos de ballenas, animal abundante en el área y cuyo simbolismo –asociado al mito de Jonás- remite a los ritos de iniciación después de escapar de las tinieblas, representadas por el vientre de un monstruo marino.

<sup>228</sup> Janz Barent. *Alegoría de Magallanes* (siglo XVI). ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.85

<sup>229</sup> El paso por el Cabo de Hornos, al sur del estrecho de Magallanes, fue descubierto el año 1615.



separados por grandes distancias- y la esterilidad del suelo que impide cualquier tipo de cultivo. La conjugación de estas características permite entender porqué el desierto de Atacama fue conocido con el calificativo de **despoblado**<sup>230</sup>. Debido a la falta de agua y suelo cultivable, la ocupación prehispánica del desierto se concentró en lugares específicos como los oasis cercanos al río Loa, los oasis próximos al salar de Atacama y algunos sectores de la costa que disponían de cursos de agua dulce.

El desarrollo de núcleos coloniales se llevó a cabo únicamente en los espacios que estaban ocupados por asentamientos indígenas, sin expandirse a nuevos territorios; por esto, a través del período colonial, la extensa zona desértica –que comprende 600 Km de longitud aproximadamente- mantuvo el nombre de despoblado. Vicuña explica que para comprender la verdadera esterilidad del desierto no es suficiente saber que era una extensión deshabitada porque la dimensión hostil del espacio se relacionaba también con las exigencias físicas y espirituales que demandaban las travesías por su árido y enorme territorio<sup>231</sup>. El desastroso resultado de la avanzada que cruzó el despoblado bajo el mando de Almagro fue un antecedente para evitar otros recorridos por el desierto. Kirkpatrick se refiere a este episodio señalando que Diego de Almagr  retornó a Perú argumentando que Chile era una tierra repulsiva y estéril, desconociendo su belleza y productividad<sup>232</sup>. Según Diego de Rosales<sup>233</sup>, los integrantes de la segunda expedición a Chile, dirigida por Valdivia, se desmayaron al encontrar los vestigios de la anterior expedición. Rosales explica que la presencia de restos humanos puso de relieve la imposibilidad de realizar excursiones exitosas por el despoblado. Las dificultades para atravesar el desierto también se reflejan en el recorrido realizado por Monroy, enviado por Valdivia a Perú en busca de socorro; Alonso de Monroy llegó a su destino sólo con uno de sus cinco compañeros de viaje.

En el trayecto de Chile al Virreinato del Perú, el último enclave antes de penetrar el desierto era Copiapó, un pueblo de indios que sirvió de base para fundar en 1742 a San Francisco de la Selva. La importancia estratégica de esta ciudad –que justificó su fundación- se relacionaba con su función de lugar de descanso y de preparación para la difícil travesía por el despoblado. Sin embargo; el desierto permaneció fuera del área de influencia de San Francisco de la Selva y persistió como un territorio no dominado, que entorpecía las comunicaciones terrestres entre Chile y el Virreinato del Perú. El desierto de Atacama, apunta Vicuña<sup>234</sup>, durante siglos no admitió la existencia de ciudad alguna y permaneció al margen de las acciones urbanizadoras y de las influencias de las rutas de intercambio.

San Francisco de la Selva era una pequeña ciudad en medio de un espacio inmenso y, por su posición en el extremo norte del área chilena colonizada por España, fue la principal referencia del límite entre las tierras habitadas y el desierto despoblado; a la vez, señalaba el comienzo de un territorio enorme y casi desconocido. Esta posición marginal explica porqué se creía que en su entorno era posible encontrar seres terroríficos. Un manuscrito anónimo de la Compañía de Jesús, encontrado en Portugal, se refiere a esta característica; en este documento de la época colonial se describe a un dragón de dos cabezas -una de águila y otra de león- con el cuerpo cubierto de conchas resplandecientes y fuertes como el hierro, que por las noches salía a pastar por las cercanías de Copiapó<sup>235</sup>.

<sup>230</sup> VICUÑA, Manuel: *La imagen del desierto de Atacama (XVI-XIX). Del espacio de la disuasión al territorio de los desafíos*. Colección Humanidades, Editorial Universidad de Santiago. Santiago, 1995. p.32

<sup>231</sup> VICUÑA, Manuel: *La imagen del desierto de Atacama (XVI-XIX). Del espacio de la disuasión al territorio de los desafíos*. op.cit. p.34

<sup>232</sup> KIRKPATRICK, Frederick Alex: *Los conquistadores españoles*. Tercera edición. Ediciones RIALP. Madrid, 2004. p.153

<sup>233</sup> ROSALES, Diego de: *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. Tomo I. p.375

<sup>234</sup> VICUÑA, Manuel: *La imagen del desierto de Atacama (XVI-XIX)*. op. cit. p.47

<sup>235</sup> ROA, Armando y TEILLIER, Jorge: *La invención de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago 1994. p.153

En el archipiélago de Chiloé –zona sur de Chile- se fundó Santiago de Castro; una ciudad que representaba el dominio español en uno de los territorios más apartados del Nuevo Mundo, especialmente luego del rápido fracaso de Nombre de Jesús y de Ciudad del Rey Don Felipe, dos fundaciones realizadas a finales del siglo XVI en la ribera norte del estrecho de Magallanes. De acuerdo con las narraciones coloniales, en las costas de Chiloé se refugiaban basiliscos, sirenas y monstruos que acechaban a los navegantes; estas leyendas forman parte de la mitología chilota. Según Diego de Rosales, en 1632, un grupo de españoles encontró a una bestia marina que tenía rostro y torso de mujer; desde una perspectiva racional, Rosales sugiere que los relatos sobre la presencia de sirenas en las costas de Chiloé podían explicarse por la existencia de animales marinos que tenían toscas semejanzas humanas<sup>236</sup>.

Los laberínticos bosques de Chiloé, según los mitos, eran cobijos de brujas y seres que encarnaban el peligro que enfrentaban quienes penetraban en su espesura. En estos recónditos paisajes se ocultaba el Trauco, un sátiro con el cuerpo deforme por la mezcla de formas humanas y animales que simbolizaba a las potencias varoniles desmedidas, similares por su desmesura a la extrema frondosidad del bosque. Los bosques de Chiloé fueron considerados paisajes inquietantes donde la naturaleza proclamaba su estado salvaje y se debilitaban las señales de la presencia humana.

En el extremo austral de Chile, el escenario de los mitos coloniales eran las vastas estepas patagónicas y los paisajes próximos al estrecho de Magallanes, el elemento geográfico que para los europeos señalaba el límite de los espacios explorados y las fronteras de la cultura humana. La Patagonia fue el escenario de uno de los mitos americanos más conocidos del período colonial, relativo a la existencia de gigantes, que se mencionan en las primeras exploraciones por América, apelando a un tema tradicional de los relatos de navegantes que se remonta al mítico enfrentamiento entre Odiseo y Polifemo. Colón afirmaba tener noticias sobre ciclopes en la isla de Bohío y Vespucio describió un encuentro con hombres enormes, a los que comparó con los gigantes de la mitología griega.

*... Llegaron treinta y seis hombres y entraron en la casa donde nos encontrábamos bebiendo y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie... eran de estatura de gigantes, según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Penthesilea, y los hombres Anteos.*<sup>237</sup>

Algunos cronistas se refieren a los hombres de tamaño descomunal que vivían en la zona austral de Chile. En el mapa del Nuevo Mundo dibujado por Sebastián Münster en 1540 se señala a la Patagonia chilena con el nombre de *Regio Gigantum* y en un mapa inglés, la toponimia identifica al área como *Patagonum Regio*<sup>238</sup>. En la carta de América del Sur, elaborado en 1522 por Alonso de Chavés, hay vastos espacios sin información y dos áreas míticas: la primera, ubicada en Nueva Granada, lleva el nombre de *Tierra de Oro*; la segunda, que ocupaba el territorio austral de Chile, se

<sup>236</sup> ROSALES, Diego de: *Historia general de el Reyno de Chile: Flandes Indiano*. Imprenta El Mercurio, Valparaíso, 1877. Tomo I, p. 309. En su comentario sobre animales parecidos a sirenas, es posible que Rosales se refiera a lobos y elefantes marinos, dos tipos de mamíferos marinos que habitan en las costas de Chiloé y otras zonas del litoral chileno. Los españoles que fundaron La Serena también decían que vieron a una sirena y algunos piensan que el nombre de la ciudad se relacionaba con ese acontecimiento. Sin embargo, Pedro de Valdivia explica que nombró a la ciudad en homenaje a la villa de Extremadura donde había nacido.

<sup>237</sup> Vespucio revela su formación clásica al relacionar a los gigantes de América con personajes clásicos como Penthesilea, la reina de las Amazonas y Anteo, el gigante hijo de Gea y Poseidón, que fue vencido por Hércules. VESPUCIO, Américo: *El Nuevo Mundo, Viajes y documentos completos*. op.cit. p.22

<sup>238</sup> Mapa anónimo inglés que describe la parte sur de América -desde el río de La Plata por el oriente y la ciudad de Concepción, por el poniente- realizado durante el viaje de la primera fragata inglesa que atravesó el estrecho de Magallanes. El documento fue enviado a España por el conde de Molina, embajador en Londres en 1671. Archivo General de Indias, mapas y planos de Buenos Aires 226.

identifica como *Tierra de Los Patagones*<sup>239</sup>. El documento reafirma dos argumentos míticos repetidos en la América colonial; por un lado, el vínculo entre las riquezas y la naturaleza exuberante de las regiones tropicales como Nueva Granada –donde se asienta el mito de El Dorado– y, por otra parte, la relación de los monstruos con los espacios más remotos y desolados, que correspondían a la región chilena.

El relato más famoso de los gigantes americanos es de Antonio Pigafetta, cronista de Magallanes, quien describió a un hombre enorme que encontraron en San Julián. La narración<sup>240</sup> dio origen a la leyenda de los gigantes de la Patagonia o patagones, gentilicio que los europeos dieron a la etnia aónikenk o tehuelche. Sarmiento de Gamboa –fundador de Nombre de Jesús y Ciudad del Rey Don Felipe– decía que en la zona del estrecho de Magallanes había encontrado dos gigantes<sup>241</sup>.



**Imagen de un Patagón y de un marino dándole una galleta a una patagona**

Fuentes: El grabado de la derecha es obra del artista francés Dom Pernetty (siglo XVIII)<sup>242</sup>  
El dibujo de la izquierda fue publicado en el libro *Historia General de Viajes*<sup>243</sup>

Según Rosales, los patagones eran hombres con el cabello largo y trenzado del cual colgaban flechas, llevaban el rostro pintado de amarillo y un corazón dibujado en cada mejilla; su horrible aspecto se acentuaba porque iban cubiertos con pieles de animales y envolvían sus pies con los pellejos de las patas de las fieras; por esta razón, eran llamados patagones<sup>244</sup>. Darwin, que estuvo con los tehuelches durante su viaje por el estrecho de Magallanes, dice que los patagones era la raza más alta que había conocido porque, en promedio, hombres y mujeres medían más seis pies –equivalentes a 1.80 m– y algunos tenían mayor estatura; además, por las capas de piel de guanaco con que se cubrían y sus largos cabellos, parecían aún más grandes de lo que eran<sup>245</sup>.

<sup>239</sup> THOMAS, Hugo: *El imperio español de Colón a Magallanes*. Editorial Planeta. Colección Historia y Sociedad. Barcelona 2001. p.601. Sexta edición del título original *Rivers of gold. The rise of the Spanish Empire*. Phoenix, London 2003.

<sup>240</sup> Citado por: BOORSTIN, Daniel J.: *Los Descubridores*. op.cit. p. 261

<sup>241</sup> MAGASICH, Jorge y De BEER, Jean-Marc: *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*. LOM Ediciones. Santiago. 2002. p.210. Primera Edición en español del original en francés publicado por Editions Autrement; París, 1994.

<sup>242</sup> Miguel Rojas Mix informa que el grabado de Pernetty ilustra *El Viaje a Las Malvinas* del navegante francés Bougainville. En ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.77

<sup>243</sup> Según información proporcionada por Rojas Mix, el grabado está en el libro *Historia General de Viajes* de Antoine Prévost publicado entre 1746-1791. ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.80,

<sup>244</sup> ROSALES, Diego de: *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. op. cit. 23

<sup>245</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit.p.94



Los patagones alcanzaron una celebridad que posiblemente influyó en la narrativa europea. El gigante más famoso de la época fue Gargantúa, el protagonista de la novela de Francois Rabelais *Les grandes et inestimables chroniques du grand et enorme géant Gargantúa*, publicada en 1532, treinta años después que Américo Vespucio difundiera su encuentro con gigantes americanos<sup>246</sup>. El arte renacentista se ocupó del tema de los gigantes reinterpretando la literatura antigua y los relatos bíblicos. El *David* de Miguel Angel representa al pastor que venció a Goliat con una piedra y evoca al ideal clásico sobre la medida armoniosa del hombre que somete a las fuerzas desproporcionadas de los gigantes. El tema fue actualizado el siglo XVIII por Jonathan Swift cuando describe el viaje de Gulliver a Brobdingnag, una región habitada por gigantes, tan lejana y desconocida como el estrecho de Magallanes.

Los gigantes de la mitología clásica eran seres de tamaño colosal, terrible aspecto y enorme fuerza que habitaban espacios subterráneos y cavernas –fuera de la luz- entregados a costumbres salvajes. Por su crueldad, fueron expulsados del mundo después del mítico combate donde los dioses olímpicos –simbolizando a los poderes del orden- vencieron a las potencias destructoras del caos, personificadas en los gigantes o titanes<sup>247</sup>.

Los gigantes siempre aparecen en situaciones extremas o en lugares remotos; en el período colonial se creía que habitaban tierras cercanas al estrecho de Magallanes, el lugar americano más alejado de la civilización europea; al respecto, Rojas Mix<sup>248</sup> indica que los gigantes siempre fueron vistos como seres bárbaros, encarnaciones del salvajismo primitivo y del desequilibrio entre la desmesurada dimensión física y la inteligencia débil o limitada<sup>249</sup>; este desequilibrio –que también se atribuyó a los gigantes del Nuevo Mundo- se relaciona con las ideas de Hegel, quien sostuvo que América tenía una naturaleza exuberante pero carecía de historia o cultura. Otro sugerente argumento planteado por Rojas Mix es que la eliminación de los gigantes, –considerados por la cultura clásica como seres sin polis, sin ágora y por tanto sin civilización-, permitiría imponer la *civis*, la civilización, la ciudad, el orden<sup>250</sup>.

El orden implantado en el Nuevo Mundo por los conquistadores se expresaba en dos cauces reguladores; uno correspondía a la *polis*, símbolo y representación del orden social que regía la convivencia en las ciudades; y otro era la *physis*, representada en la estructura geométrica que regía el orden físico de la ciudad, expresado en el plano cuadrículado. El orden –con sus connotaciones de medida y regularidad- debía desafiar e imponerse a la desmesura y al caos que, en apariencia, se desplegaban por el Nuevo Mundo. Desde esta perspectiva, los patagones eran los símbolos más característicos de un mundo salvaje, cuyo exterminio permitiría imponer un nuevo orden moral y político –civilización- que se plasmaba en la ciudad. Por esto, explica Rojas Mix, el discurso de los gigantes sirvió para justificar y legitimar algunas de las acciones más destructivas de la conquista<sup>251</sup>. Los gigantes, como la naturaleza y los paisajes desmesurados de América, debían ser vencidos por el orden y la medida que se instauraban desde las ciudades.

<sup>246</sup> El gigante Gargantúa fue una creación del médico y filósofo Francois Rabelais, autor de obras que se consideran el inicio de la literatura moderna francesa. Con *Les grandes et inestimables chroniques du grand et enorme géant Gargantúa*, Rabelais comienza una serie de relatos sobre Gargantúa y su hijo Pantagruel, ambos caracterizados por sus apetitos insaciables.

<sup>247</sup> El episodio mítico del triunfo de la medida y el orden sobre la desmesura y el caos, por su significado se representó en las metopas del Partenón y en el altar monumental de Pérgamo. Hesiodo describe a los gigantes o titanes como seres malvados, grandes y poderosos que los dioses olímpicos, después de una prolongada lucha, enviaron a las profundidades del tártaro donde permanecen encadenados. HESIODO: *Teogonía*. Obras y fragmentos. Editorial Gredos. Madrid, 2000. pp. 38-43.

<sup>248</sup> ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. pp. 76-86

<sup>249</sup> Polifemo, es un ejemplo de gigante que, a pesar de su enorme tamaño, fue derrotado por un hombre. Odiseo impone la sagacidad humana sobre la limitada inteligencia del cíclope.

<sup>250</sup> ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. p.82

<sup>251</sup> ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. op.cit. pp.76-86

### c.3 Una ciudad maravillosa en la frontera del mundo conocido

Carpentier explica que América era la *planta exótica*, pues, lo exótico está fuera de lo que se tiene por verdad en la cultura de una época; es aquello que los griegos clásicos relacionaban con los bárbaros, con la gente del Ponte Euxino, lestrigones e hiperbóreos<sup>252</sup>. En este sentido, la zona adyacente al estrecho de Magallanes puede calificarse como el territorio más exótico de América colonial porque señalaba el fin del mundo, era el *finis terrae* donde los gigantes vivían junto a hidras y basiliscos; seres que según los mitos, custodiaban las puertas hacia lugares inexplorados.

Las leyendas eran una potente motivación para explorar territorios complejos como el litoral del estrecho de Magallanes. Según explican Estellé y Couyoumdjian<sup>253</sup>, además de las razones políticas, económicas o evangelizadoras emergió un ansia de aventuras estimulada por la imaginación que se nutría de las maravillas del Nuevo Mundo.

Durante el período colonial, el estrecho de Magallanes fue la referencia geográfica que enunciaba el fin del territorio explorado y conquistado; era la frontera entre el mundo conocido y un mundo ignoto, poblado de criaturas terroríficas. Sin embargo, el territorio del estrecho de Magallanes<sup>254</sup> también fue considerado como una región maravillosa donde estaba la Ciudad de los Cesares, un lugar quimérico construido de oro, plata y piedras preciosas. Esta leyenda, que fue conocida desde el inicio de la conquista, reiteraba los antiguos mitos europeos concernientes a la existencia de fantásticos tesoros protegidos por dragones y otros monstruos<sup>255</sup>.

La supuesta existencia de la Ciudad de los Cesares estimuló las exploraciones de las regiones australes<sup>256</sup>. Patricio Estellé cita un relato que la describe como una ciudad fabulosa, que ningún viajero podía descubrir aunque camine sobre ella porque una espesa niebla se interponía entre él y la ciudad, y las corrientes de los ríos que la bañan refluyen para alejar a las naves que se aproximan; la ciudad maravillosa sólo sería visible al fin del mundo para convencer a los incrédulos. De acuerdo con la leyenda, tenía calles de oro y plata, la torre de la iglesia estaba coronada por una gran cruz de oro y su campana poseía tales dimensiones que bajo ella se podrían instalar dos mesas de zapaterías con sus utensilios y herramientas; si la campana llegara a tocarse, su tañido podría oírse en toda la tierra<sup>257</sup>.

Respecto al origen de esta leyenda, Estellé plantea que reposa sobre un fondo de verdad. Las expediciones a la Ciudad de Los Césares, organizadas a través del siglo XVI respondían, por un lado, a la geopolítica del imperio español –concerniente a la posesión y mantenimiento de tierras circundantes al estrecho de Magallanes- y a un objetivo humanitario como la búsqueda de sobrevivientes de naufragios, frecuentes en esta zona<sup>258</sup>.

<sup>252</sup> CARPENTIER, Alejo: *Visión de América*. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1999. pp.90-91

<sup>253</sup> ESTELLÉ, Patricio y COUYOUDMDJIAN, Ricardo: *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)*. Historia N° 7. Publicación del Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, 1968. pp. 283-309

<sup>254</sup> Las tierras magallánicas de los Patagones y los Cesares se reconocen como territorio chileno en la recopilación de Indias (Libro II, Título XV, ley 12) y en un mapa impreso en 1775. EYZAGUIRRE, Jaime: *Breve Historia de las Fronteras de Chile*. Editorial Universitaria. Vigésima edición. Santiago de Chile 1990. p.31 y p.42

<sup>255</sup> En el vellocino de oro es un relato clásico que alude a un tesoro custodiado por un dragón.

<sup>256</sup> ESTELLÉ, Patricio y COUYOUDMDJIAN, Ricardo: *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)*. op.cit. p. 283

<sup>257</sup> Descripción de CAVADA; Francisco: *Chiloé y los chilotes*. Santiago 1914. Texto citado por ESTELLÉ, Patricio y COUYOUDMDJIAN, Ricardo: *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)*. op.cit. p. 283

<sup>258</sup> ESTELLÉ, Patricio y COUYOUDMDJIAN, Ricardo: *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)*. op.cit. p. 284

Las primeras versiones sobre la ciudad se relacionan con la expedición de Sebastián Caboto para encontrar la Sierra de La Plata donde, según los relatos que circulaban por América, había inmensos tesoros. Francisco César, capitán de Caboto, fue la primera persona que habló de la Ciudad de los Césares, cuyo nombre derivaría de su apellido. El capitán César afirmaba que este lugar riquísimo, según informes de los indígenas de las pampas de San Luis y Mendoza, estaba en el territorio austral de Chile. El interés que despertaba la fabulosa ciudad se diluyó, temporalmente, con el descubrimiento del imperio inca y sus tesoros. La expedición dirigida por Diego de Almagro aportó otros antecedentes y cuando Pedro de Valdivia inicia la conquista de Chile, la Ciudad de Los Cesares se asociaba con un lugar habitado por soldados españoles sobrevivientes del enfrentamiento entre las tropas de Almagro y guerreros incas.

El mito de la maravillosa ciudad, tras el naufragio de algunos navíos del Obispo de Plasencia en la costa magallánica, se desplazó a la zona del estrecho. El destino de los naufragos originó una serie de rumores; según la versión más repetida, éstos se internaron por la zona cordillerana hasta una laguna y luego de fuertes encuentros con los naturales habían terminado por mezclarse con ellos. Esta noticia pareció confirmarse en 1563, al recibirse los primeros testimonios relacionados con el mito. Ese año llegaron a Concepción dos individuos que afirmaron ser tripulantes de un barco perdido en el estrecho; según su declaración al Teniente General del Reino de Chile pertenecían a la dotación del capitán Sebastián Arguello, quien con un grupo de hombres se había instalado en la zona austral; además, ratificaron la existencia de tesoros incas en el área del estrecho. Estas noticias fueron corroboradas por Blas Ponce. Según Estellé y Couyoumdjian, las tres leyendas, inicialmente delimitadas que configuraron la existencia de los Césares, terminaron por fundirse en una y se designó como su tierra a las regiones situadas al sur de los ríos Negro y Valdivia<sup>259</sup>.

Los relatos más difundidos decían que era una ciudad aislada y secreta habitada por españoles sobrevivientes de la destrucción de San Mateo de Osorno, ocurrida en el alzamiento indígena de 1598; también se suponía que en ella vivían españoles que se habían salvado de un naufragio en el estrecho de Magallanes. El convencimiento sobre la ciudad encantada era tan fuerte, que en 1584 el gobernador de Santiago del Estero ordenó levantar un informe sobre su existencia en pampas o cordilleras. En Chile, el capitán Miguel de Olavarria afirmó algo parecido; para él, los Cesares eran incas derrotados por los indígenas chilenos en las márgenes del río Maule.

Más tarde, la leyenda fue enriquecida con relatos protagonizados por hombres altos y rubios, aludiendo a la presencia de piratas ingleses, holandeses o franceses que, antes de emprender la difícil y peligrosa travesía por el estrecho de Magallanes, se aprovisionaban de agua y alimentos en el supuesto lugar encantado. A través de los siglos XVI y XVII se efectuaron varias expediciones para buscar la mítica ciudad; las principales fueron dirigidas por Diego de Rojas, Gaspar de Zárate, Lorenzo Bernal del Mercado y Alonso Rodríguez Picado, Juan Jufré y Rodrigo de Quiroga; los dos últimos, protagonistas de la urbanización de Chile, organizaron una expedición para encontrar Trapananda –otro lugar mítico del territorio austral vinculado a tesoros- y la Ciudad de los Cesares. Las expediciones encabezadas por los hermanos Nodal y Pedro Sarmiento de Gamboa también tuvieron relación con el mito.

El interés que despertaba la ciudad y la posibilidad de encontrar españoles perdidos fueron objetivos de las expediciones dirigidas por Juan Pérez de Zurita, Domingo de Erazo, Gonzalo de Abreu, Hernandarias de Saavedra y Diego Flores de León<sup>260</sup>. Las exploraciones del XVIII son numerosas, destacándose las realizadas por miembros

<sup>259</sup> ESTELLÉ, Patricio y COUYOUDMDJIAN, Ricardo: *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)*. op.cit. p. 285

<sup>260</sup> AINSA, Fernando: *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de Los Césares Metamorfosis de un mito*. Alianza Editorial, Madrid 1992. pp. 34-49

de la Compañía de Jesús y otras organizadas para controlar el asentamiento de los ingleses. La Ciudad de los Césares todavía era descrita como un lugar habitado por hombres rubios que araban con rejas de oro y fabricaban utensilios y herramientas de plata y oro por no tener otros metales. No obstante, Quiroga plantea una visión más racional para referirse al mito.

*Es una tierra muy doblada e intratable, y como no podemos pasar a ella pasaron otras mil fábulas, persuadiéndonos a que en aquellas asperezas hay ciudades fundadas de españoles que se perdieron en el estrecho y que hay grandes minas de plata, y en fin todo cuanto no vemos en plata y oro y tesoros ocultos. Asimismo dicen que hay Gigantes, Césares y Pompeyos, y según la codicia de cada uno, o la ligereza con que cree las novedades, así toman cuerpo estos desatinos...*<sup>261</sup>

El argumento central del párrafo anterior es que, según el cronista, los mitos de los gigantes y la Ciudad de los Césares estaban relacionados con el abrupto relieve del estrecho de Magallanes que, por ser tan peligroso de explorar, se transformó en un lugar inaccesible y por lo tanto, desconocido; este carácter de territorio incógnito inspiró las interpretaciones que consideraban a la zona como una tierra de ciudades encantadas y gigantes.

El mito se mantuvo activo en los primeros siglos coloniales y, a pesar del avance en el conocimiento geográfico, en vez de desaparecer, se fue reinterpretando. Con el tiempo, la fábula de la Ciudad de los Césares, fue creciendo en importancia hasta convertirse según Fernando Ainsa<sup>262</sup> en arquetipo del imaginario colectivo, en meta de costosas expediciones y en un modelo utópico de sociedad ideal, para terminar en el siglo XX siendo materia de novelas y ensayos. A comienzos del siglo XVIII, el andaluz Silvestre Antonio Díaz, afirmaba en Madrid que había conocido la fabulosa ciudad con sus hermosos templos y casas de piedra decoradas con oro. El interés que despertó su narración impulsó una nueva expedición, dirigida por Juan García Tao, para llegar a la Ciudad de los Césares y establecer contacto con los españoles perdidos. García regresó con positivas noticias sobre la ciudad, que fueron la razón para efectuar una segunda expedición a cargo de Jerónimo Luis de Cabrera<sup>263</sup>.

Ainsa señala que, según avanzaba la exploración de la Patagonia, era más evidente el contraste entre la aridez del paisaje y las supuestas riquezas de la Ciudad de los Césares; esta contradicción generó serias dudas sobre la verosimilitud de los relatos y José de Moraleda, el destacado explorador de las costas del Pacífico sur, terminó desconfiando de la existencia de los Césares y sus advertencias dieron el golpe final a la creencia<sup>264</sup>.

En 1783, Manuel José de Orejuela intentó organizar una nueva expedición, que la población de Santiago, reunida en Cabildo, se negó a financiar porque ***no hay, como se vocea por tradición, en la parte austral de Chile tales Césares***<sup>265</sup>. Esta decisión se puede relacionar con el conocimiento geográfico que se tenía desde mediados del siglo XVIII, cuando el objetivo de las exploraciones no era perseguir quimeras sino estudiar al territorio para hacer más eficiente la colonización. El cambio de actitud con que España se aproximaba a la realidad geográfica y, por extensión al paisaje, se refleja en las numerosas expediciones organizadas para registrar y divulgar, del modo más completo y preciso posible, las características reales del Nuevo Mundo.

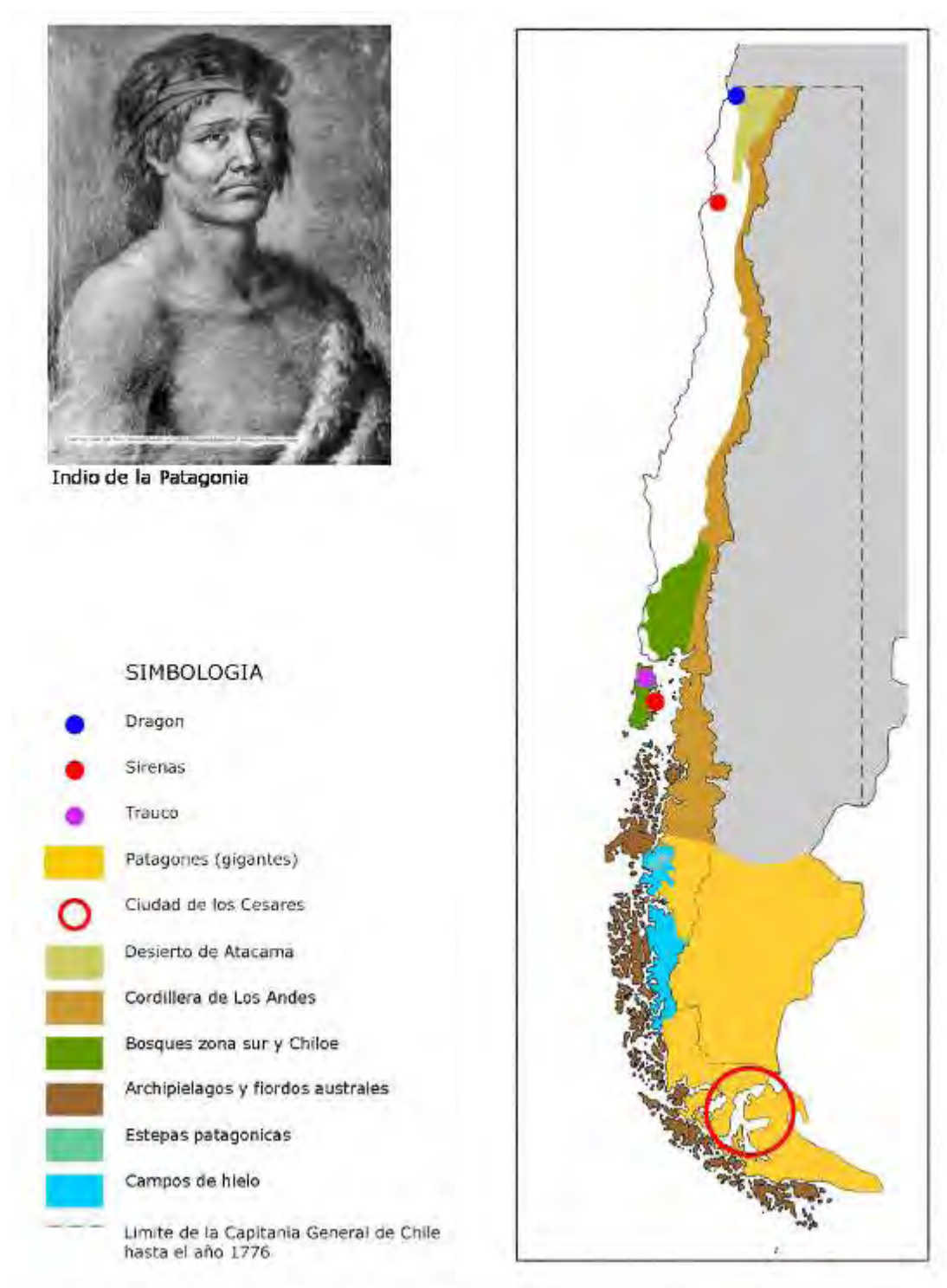
<sup>261</sup> QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. p. 11

<sup>262</sup> AINSA, Fernando: *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de Los Césares*. op. cit. pp. 9-12

<sup>263</sup> ENCINA, Francisco Antonio. *Resumen de la Historia de Chile*. Redacción Leopoldo Castedo. Tomo I. Primera Parte: Chile Hispano (1535-1810) Ed. Zig-Zag. Santiago de Chile 1959. pp. 193-196 y 312

<sup>264</sup> BARROS ARANA, Diego: *Historia General de Chile*. Rafael Jover, Editor. Santiago, 1884-1886. Tomo VII, 192-195. Citado por ESTELLÉ, Patricio y COUYOUDMDJIAN, Ricardo: *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)*. op.cit. p. 299

<sup>265</sup> AINSA, Fernando: *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de Los Césares*. op. cit. p. 49



### Lugares míticos de Chile colonial asociados a la vastedad

Fuente: El mapa es elaboración propia en base a carta del archivo digital Mapas de Chile<sup>266</sup>  
La imagen del indígena aónikenk o tehuelche es obra del José del Pozo (siglo XVIII)<sup>267</sup>

<sup>266</sup> Castor y Pólux Ltda. mapasdechile.com. Las imágenes de paisajes con formaciones vegetales están en la página <http://www.ecolyma.cl>

<sup>267</sup> José Del Pozo. Oleo de indio patagón (aónikenk o tehuelche) realizada en el curso de la expedición al mando de Alejandro Malaspina. Publicado en PALAU, Mercedes: *Chile en las expediciones científicas españolas de los siglos XVIII y XIX*. Publicación Patronato Nacional de Museos. Museo de América. Madrid 1976. p. 52

#### c.4 Conocimiento y comprensión del paisaje en el Siglo de La Razón

Se ha explicado que la búsqueda de lugares legendarios originó varias expediciones por América, pero otras fueron motivadas por la necesidad de conocer y difundir las reales características del territorio. El gobierno español, desde el descubrimiento de América, tenía la aspiración de explorar el continente y recopilar información para apoyar la colonización, optimizar la explotación de los recursos naturales, corregir la administración colonial y perfeccionar las acciones evangelizadoras y defensivas. Estos objetivos justificaron la realización de expediciones científicas y cartográficas orientadas a investigar, describir y divulgar la naturaleza y las culturas americanas; también para trasladar hasta Europa minerales, plantas, animales, objetos, frutos y personas como ejemplos de seres o cosas extraordinarios.

La necesidad de reunir información certera del extenso y variado mundo americano y reducir las zonas desconocidas o inexploradas generó cambios en los métodos de investigación. La Corona española incentivó la recopilación de testimonios a escala masiva mediante instrumentos que permitieran abarcar la considerable cantidad de antecedentes; un hito en el proceso de recopilación fue el cuestionario redactado en 1570 por Juan de Ovando, Presidente del Consejo de Indias, para obtener datos más precisos de la geografía y los recursos naturales de América<sup>268</sup>.

La naturaleza americana, por su amplitud y diversidad, comenzó a ser registrada y descrita en forma metódica y ordenada. Inclusive las principales obras relacionadas con el Nuevo Mundo se organizaron bajo esquemas de clasificación basados en la agrupación de elementos naturales semejantes; este método hizo posible reducir la formidable variedad.

Uno de los primeros textos enciclopédicos coloniales fue el *Sumario de la natural historia de Las Indias*, obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, compuesta por varios volúmenes con información sobre las costumbres, flora y fauna de América que su autor reunió en ocho viajes, entre los cuales estuvo la primera expedición científica al Nuevo Mundo, iniciada en 1514, bajo su mando. Desde 1535 a 1557, Fernández de Oviedo escribió *Historia General y Natural de Las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, su obra más importante.

Entre los años 1570 y 1576, por encargo de Felipe II, Francisco Hernández dirigió la segunda expedición a Nueva España para estudiar la geografía, historia, minerales, y fauna de México; desde donde se llevaron a España una heterogénea colección de semillas y plantas. Los antecedentes obtenidos se registraron en varios volúmenes que incluyen ilustraciones de animales y vegetales. Con el fin de dirigir las acciones tendientes al análisis de la realidad americana y de las realizaciones españolas, en 1571, la Corona nombró a Juan López de Velasco cosmógrafo y Cronista Oficial de Indias<sup>269</sup>. Esta designación indica la importancia que había alcanzado el estudio del territorio americano y sus recursos.

La magnitud de las actividades de reconocimiento de la realidad americana también se advierte en la obra de Bernabé Cobo, un notable recopilador que permaneció en Sudamérica cincuenta y ocho años, desde 1598, dedicado a estudios geográficos y naturalistas que compiló en su *Historia del Nuevo Mundo*, integrada por 43 libros. Otras textos sumarios fueron *Décadas* de Antonio de Herrera y la *Historia Natural y Moral de Las Indias* de José de Acosta, publicada en 1590 que, a juicio de Elliot, fue un intento por explicar al Nuevo Mundo y su relación con Europa desde la teoría de la oposición entre unidad y diversidad, síntesis aristotélica que revela la formación

<sup>268</sup> Este método se aplicó luego en Castilla, cuando Ovando en 1574, asumió la Presidencia del Consejo de Hacienda. En ELLIOT, J.H. *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. op. cit, p. 51

<sup>269</sup> Juan López de Velasco fue autor de *Geografía y Descripción Universal de Las Indias*, escrita entre los años 1571 y 1574.

clásica del autor<sup>270</sup>. Sin embargo, el método de comparar la naturaleza y culturas europeas y americanas tenía el riesgo de reducir las diferencias que identificaban al Nuevo Mundo. Acosta se refiere a esta eventualidad señalando que América poseía características que la hacían participar de un todo común, pero a la vez, tenía sus propios rasgos distintivos<sup>271</sup>.

Un ejemplo temprano de recopilación, que se orientó a una temática específica, fue el libro sobre plantas medicinales de América escrito por Nicolás Monardes, que se tradujo al inglés en 1577. Este trabajo precedió las expediciones botánicas del siglo XVIII, que continuaron las iniciadas por orden de Felipe II tras su interrupción en el siglo XVII, período recesivo y con escasas exploraciones<sup>272</sup>.

En el siglo XVIII, especialmente durante el reinado de Carlos III, se efectuaron un conjunto de expediciones científicas que acrecentaron el conocimiento geográfico, cartográfico, botánico, biológico y farmacéutico. Las descripciones de América que contienen los informes de estas expediciones se diferenciaban de las crónicas de los conquistadores por sus métodos, objetivos y especificidad.

Racionalizar la explotación de los recursos distribuidos por el continente americano para fomentar el desarrollo económico siguiendo los postulados ilustrados, requería conocer la realidad territorial y evaluar las acciones ejecutadas en las colonias de ultramar. Apoyarse en el avance de las ciencias y técnicas como la cartografía era el camino para lograr mayor eficiencia en la ocupación del territorio; en este contexto, las expediciones científicas tenían la doble misión de reunir información y contribuir con ideas para reorganizar la administración colonial. En ambos trabajos participan ingenieros militares, quienes comenzaron a reemplazar a los capitanes en las tareas de fundar ciudades y dirigir el avance de la urbanización.

La primera expedición del XVIII que incluyó a Chile fue integrada por los oficiales de marina Jorge Juan y Antonio de Ulloa y científicos franceses quienes, durante once años, exploraron el Pacífico sur desde Panamá a Chile recogiendo datos del estado militar y político de las colonias y ciudades, los recursos naturales y las costumbres. Los temas mencionados se incorporaron en *Noticias secretas de América*, obra que contiene varias recomendaciones para mejorar la administración colonial.

En el siglo XVIII también se realizaron varias expediciones de carácter botánico; la primera fue dirigida por Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón quienes, entre los años 1778 y 1788, se dedicaron al estudio farmacológico de plantas peruanas y chilenas, clasificándolas según el sistema de Linneo. Francia participó en esta expedición con el botánico Joseph Dombey, a quién el primer ministro Turgot encomendó buscar especies que pudieran aclimatarse en Francia para servir de alimento o materias primas industriales<sup>273</sup>. La preocupación francesa muestra que las expediciones no se financiaban solamente por su interés para las ciencias sino también para descubrir nuevas posibilidades económicas.

La más famosa expedición científica del siglo XVIII -orientada al estudio botánico de Nueva Granada- fue dirigida por José Celestino Mutis, nombrado botánico real en 1783, año en que comenzó su monumental obra *La flora de Santa Fe de Bogotá o*

<sup>270</sup> ELLIOT, J.H. *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. op. cit, p. 54

<sup>271</sup> El debate sobre la relación de América con el mundo tradicional europeo se encuentra implícito en la discusión sobre la naturaleza del hombre americano. Su bestialidad o su inocencia fueron los polos de una discusión que se resolvió en 1573, cuando Paulo III en la bula *Sublimis Deus*, proclamó que los indios, verdaderamente, eran hombres por su capacidad para recibir la Gracia cristiana.

<sup>272</sup> Entre las expediciones del XVII es posible mencionar la de Felipe de Romanes por el Perú, la de los misioneros Simón Rojas y Humberto Coronado y la expedición de Pedro Porter Casanate, donde se descubrió el golfo de California.

<sup>273</sup> VILCHIS, Jaime y MAZUECOS, Antonio: *Expediciones botánicas españolas en el siglo XVIII*; en Ciencia y Técnica entre Viejo y Nuevo Mundo. op. cit. p. 164



*del Nuevo Reino de Granada*, depositada desde 1817 en el Real Jardín Botánico de Madrid. El cuidadoso trabajo de Mutis fue ensalzado por importantes científicos del momento como Linneo y Humboldt<sup>274</sup>. La segunda expedición botánica fue dirigida por Martín Sessé, quien recorrió México y Guatemala durante nueve años reuniendo plantas para el jardín botánico de México. Juan José Tafalla dirigió otra expedición botánica que tuvo dos etapas; entre 1799 y 1803 recorrió la región de Guayaquil, donde se contactó con Alexander Humboldt; entre 1804 y 1805 exploró Quito, Loja y Jaén realizando un completo estudio de las variedades de quinoa. Su trabajo fue compilado en la monumental obra *Flora Huayaquilensis*, que contiene alrededor de 600 descripciones y 300 láminas.

Félix de Azara permaneció veinte años en Paraguay y el río de La Plata dedicado a trabajos cartográficos y estudios zoológicos. En esa época desarrolló su teoría sobre el cambio de color en los caballos que influyó en el pensamiento evolucionista pues Charles Darwin reconoce abiertamente su importancia<sup>275</sup>. Azara también contribuyó al conocimiento de las ciudades coloniales; entre sus aportes se destaca el plano de Buenos Aires que incorporó al atlas *Voyage dans l'Amerique Meridionale*, publicado en París en 1809<sup>276</sup>.

La última expedición científica del siglo XVIII fue dirigida por Alejandro Malaspina, quien, al mando de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, recorrió entre 1789 y 1795 la costa Atlántica de América del Sur y una extensa zona del Pacífico desde el Cabo de Hornos hasta Alaska. En esta expedición se recogió abundante información sobre los indígenas americanos, costumbres y forma de vida en las ciudades.

En el conjunto de expediciones para recopilar, clasificar y difundir las características del mundo americano también se destacan las exploraciones y estudios realizados por científicos de diferentes países europeos como Humboldt y Linneo; este último, durante la segunda mitad del siglo XVIII envió al Nuevo Mundo a su ayudante Pedro Leoffling con la misión de recoger información de la naturaleza americana, material que ocupó en la elaboración de su famosa clasificación de las especies.

<sup>274</sup> VILCHIS, Jaime y MAZUECOS, Antonio: *Expediciones botánicas españolas en el siglo XVIII*. op. cit. p.164

<sup>275</sup> LOPEZ, Leoncio: *Territorio americano y reformismo borbónico*; en Ciencia y Técnica entre Viejo y Nuevo Mundo. Siglos XV-XVIII. Catálogo exposición homónima del Ministerio de Cultura. Editorial Lunweg. Barcelona 1992. p. 244

<sup>276</sup> AZARA, Félix de: *Viajes por la América Meridional*. op. cit. El libro de Azara contiene varios mapas de América del Sur y un plano de Buenos Aires cuya elaboración, indica Taullard, es tan detallada que hasta señala las viviendas dispersas fuera de la ciudad. TAULLARD, A: *Los planos más antiguos de Buenos Aires*. 1580-1880. Pevsner Editores. Buenos Aires 1940. p.82. Existe una versión traducida al español que no contiene el plano aludido.

## c.5 Conocimiento científico del paisaje chileno

El estudio de la naturaleza y culturas chilenas se relacionaba con los objetivos de acelerar la urbanización, corregir la estructura económica de la región y consolidar la defensa de los territorios españoles. Estos fines eran difíciles de alcanzar por las circunstancias históricas chilenas, en especial la persistente resistencia indígena a la urbanización, la escasez de recursos naturales relevantes en el contexto colonial y el aislamiento geográfico. Sin embargo, Chile era territorio de paso en las rutas marítimas desde Atlántico hasta la costa del Virreinato del Perú; esta circunstancia explica porqué la mayoría de las expediciones se enfocaron al estudio del litoral.

A finales del siglo XVII, Chile todavía era una región casi desconocida en Europa. Alonso de Ovalle explica que decidió escribir su *Histórica relación del Reino de Chile*, publicada en 1646, para divulgar en Europa la remota región chilena *de la que hay tan poco conocimiento que en muchas partes ni sabían su nombre*<sup>277</sup>. Por años, *La Araucana* de Alonso de Ercilla<sup>278</sup> era la única fuente para acceder al conocimiento de Chile porque las cartas de Valdivia y crónicas del XVI no se publicaron hasta el siglo XIX. En el curso del siglo XVIII, la información sobre la región chilena se incrementó con la publicación de los trabajos del jesuita Juan Ignacio Molina. Las expediciones científicas del siglo XVIII por el territorio chileno ampliaron en forma sustantiva el conocimiento de la geografía y las costumbres.

Un aporte fundamental fueron las expediciones científicas que recorrieron la región a partir del viaje de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, realizado entre 1735 y 1746. La segunda expedición que incorporó a Chile fue dirigida por Hipólito Ruiz y José Pavón quienes -junto con el botánico francés Dombey y los dibujantes Isidro Gálvez y José Brunete- recopilaron muestras de flora, fauna y minerales peruanos y chilenos, con detalladas descripciones de especies singulares como la quinoa y la araucaria<sup>279</sup>. La información obtenida se publicó en cinco volúmenes que componen la monumental recopilación *Flora Peruviana et Chilensis sive Descriptiones et Icones plantarum peruvianarum et chilensium*, un grupo de monografías y el *Diario de Viaje* de Hipólito Ruiz, publicado en 1931, donde se describe a los habitantes de Chile y su forma de vida. La siguiente expedición española que incluyó al territorio chileno -efectuado entre 1785 y 1786- fue dirigida por Antonio de Córdova y Lazo con el propósito de levantar información sobre el estrecho de Magallanes. Los resultados se publicaron en Madrid en 1788.

Entre 1787 y 1790 se realizó la expedición científica al mando de José de Moraleda para hacer un reconocimiento hidrográfico del archipiélago de Chiloé, donde estaba la fortificación más meridional de los dominios españoles. Esta expedición se orientó a obtener información estratégica, militar y demográfica<sup>280</sup> con datos de la actividad naval en el Pacífico austral, clima, historia y costumbres. El informe incluye la *Carta esférica de la costa occidental patagónica*, levantada por Moraleda entre 1792 y 1796, que comprende planos de ciudades y otros asentamientos del sur de Chile<sup>281</sup> con antecedentes de su entorno físico.

<sup>277</sup> OVALLE, Alonso de: *Histórica relación del Reino de Chile*. Con prólogo de Walter Hanisch. Editorial Universitaria. Colección Escritores Coloniales. Cuarta edición, Santiago 1993. p.3

<sup>278</sup> *La Araucana*, el poema épico de Alonso de Ercilla que narra los primeros años de la conquista de Chile tuvo una importante difusión en España. Cervantes se refiere positivamente a este libro cuando al salvarlo de ser quemado durante el famoso escrutinio de los libros de Don Quijote, realizado por el cura y el barbero. CERVANTES, Miguel de: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Capítulo VI. Volumen 1. Editorial Iberia, Barcelona, 1960. p.53

<sup>279</sup> En los siete primeros años se recogieron numerosas especies vegetales, animales y minerales, que rescatadas de un incendio, fueron enviadas a España donde antes de llegar sufrieron los efectos de un naufragio en la costa de Portugal. Para completar las colecciones perdidas, la expedición ocupó otros tres años, reuniendo 124 especies vegetales que se destinaron al Jardín Botánico de Madrid.

<sup>280</sup> Esto último fue posible porque Moraleda conoció el censo de 1789 ya que había sido archivero oficial.

<sup>281</sup> O'DONELL, Hugo: *El viaje a Chiloé de José de Moraleda (1787-1790)*. op.cit.

La famosa expedición de Alejandro Malaspina fue planificada para perfilar la costa del Pacífico, señalar rutas de navegación y hacer diversos estudios para el Gabinete de Historia Natural, conocido después como Museo Nacional de Ciencias Naturales. El extenso recorrido desde Montevideo a México, incluyó detenciones en Santiago y otras ciudades chilenas, cuyas características y monumentos fueron descritas en los grabados del dibujante italiano Fernando Brambilla<sup>282</sup>. Entre 1794 y 1795 se realizó la última expedición científica española que recorrió Chile para recoger información mineralógica; también incluyó información de las ciudades de Santiago, Valparaíso y Coquimbo. El manuscrito que contiene los resultados de la expedición dirigida por los hermanos Conrad y Christian Heuland se publicó parcialmente en el Boletín de la Real Sociedad Geográfica<sup>283</sup> de Madrid en el año 1929.

El conocimiento científico de Chile<sup>284</sup> se incrementó con los trabajos de expediciones financiadas por otros Estados europeos donde participaron destacados científicos; algunos fueron autores de obras esenciales para divulgar antecedentes del territorio chileno. La principal contribución para el conocimiento de las ciudades y costumbres de Chile es *Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou, fait pendant les années 1712, 1713 et 1714* del ingeniero francés Amadeo Frezier. Su obra contiene varios planos de ciudades coloniales chilenas con información sobre el paisaje de su entorno. Frezier llegó a Chiloé en 1712 y desde ahí inició la travesía a Perú deteniéndose en Santiago de Castro, Valdivia, Concepción, Santiago del Nuevo Extremo, La Serena y Copiapó. Los planos de La Serena, Concepción y Santiago del Nuevo Extremo realizados por Frezier<sup>285</sup> son documentos básicos para estudiar el desarrollo alcanzado por estas ciudades en las primeras décadas del XVIII y, debido a su precisión, sirvieron de base para elaborar varios planos posteriores.

Jean Francois de Galaup, conde de La Pérouse, fue otro explorador de nacionalidad francesa que recorrió las costas chilenas. En 1786 levantó un plano de la bahía de Concepción y navegó a la Isla de Pascua, descubierta en 1722 por Roggeween; un dibujante que integraba la expedición de La Pérouse realizó un célebre grabado de los colosales moais<sup>286</sup>. La expedición dirigida por Louis-Antoine de Bougainville -el primer francés que dio la vuelta al mundo- a mediados del XVIII, se detuvo al sur de Chile para estudiar el estrecho de Magallanes y los indígenas de la zona austral.

La costa chilena, desde el XVI, era ruta de piratas ingleses, franceses y holandeses que, en varias ocasiones, atacaron desde el mar a ciudades fundadas por España. La frecuencia de estas incursiones fue de tal importancia que en 1715 se registraron unos cuarenta barcos dedicados al comercio ilegal<sup>287</sup>. Los marinos ingleses, en sus expediciones por el estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego, completaron los datos recogidos en anteriores excursiones de piratas ingleses como la dirigida por Woodes Rogers que, en 1709, llegó hasta el archipiélago de Juan Fernández<sup>288</sup>.

<sup>282</sup> Los dibujos de Santiago realizados por Fernando Brambilla forman parte del archivo del Museo Naval de Madrid y sus dibujos de Talcahuano y Concepción integran la colección Bauzá, que se conserva en Santiago de Chile.

<sup>283</sup> El viaje de los hermanos Heuland se publicó en el Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid en 1929, con el título *El viaje científico de Conrado y Cristiano Heuland a Chile y Perú, organizado por el Gobierno español en 1795*; en un trabajo de Agustín Barreiro. El año 1978 se publicó nuevamente con documentación del Archivo de Ciencias Naturales de Madrid. En ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición Científica de los hermanos Heuland. (1795-1800)*. op.cit

<sup>284</sup> Las exploraciones españolas a Chile se completaron con la expedición de la Comisión Científica del Pacífico al mando de Marcos Jiménez de La Espada en el XIX.

<sup>285</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit pp.62,91,95,99,121,125

<sup>286</sup> Moai es el nombre indígena para designar a las monumentales esculturas de piedra de la Isla de Pascua.

<sup>287</sup> SILVA, Osvaldo: *Atlas de Historia de Chile*. Editorial Universitaria. Colección Imagen de Chile. Cuarta edición. Santiago, 1992 p. 68

<sup>288</sup> En el archipiélago de Juan Fernández, Woodes Rogers rescató al marino escocés Alexander Selkirk, abandonado por Dampier en una remota isla del área cuatro años antes. Actualmente, la isla recibe el nombre de Robinsón Crusoe, en recuerdo al personaje de la novela de Daniel Defoe.

Durante el viaje de John Byron al estrecho de Magallanes, realizado el año 1765, se levantó una completa carta del litoral sur de Chile, indicando los lugares poblados. El famoso capitán James Cook, entre 1769 y 1772, también navegó por las costas magallánicas, describiéndolas detalladamente.

Es importante mencionar algunos viajeros europeos por sus aportes a la divulgación de Chile y sus ciudades, en particular George Vancouver, quién recorrió Valparaíso, Santiago del Nuevo Extremo y los canales australes, recogiendo sus observaciones en *Viaje de descubrimiento del Océano Pacífico del Norte y Vuelta al mundo*.

Las expediciones científicas fueron fundamentales para la urbanización colonial de Chile porque el avance en el conocimiento de la realidad física hizo posible reducir las áreas inexploradas y los espacios explorados pero no descritos, debilitando la incertidumbre que generaba habitar un territorio todavía incógnito.

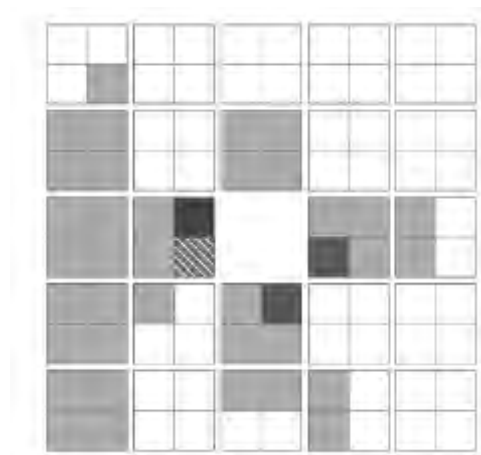
En el siglo XVIII, el conocimiento aportado por las expediciones científicas permitió disminuir las extensiones despobladas o desconocidas y obtener información de los territorios que estaban más alejados de las influencias de las ciudades y podían ser incorporadas al proceso de colonización. De este modo, las acciones urbanizadoras podían expandirse por un territorio perfilado en sus rasgos esenciales y, a diferencia de las épocas anteriores, las ciudades del siglo XVIII se fundaban en paisajes con significado comprensible para los colonizadores porque habían sido sustraídos del ámbito de lo desconocido. La interpretación mítica del paisaje, que caracterizó a la primera fase de la colonización, dejó de ser la posición cultural predominante.

El reemplazo gradual de las interpretaciones míticas para explicar las cualidades del paisaje con argumentos apoyados en el creciente desarrollo de las ciencias fue uno de los principales resultados de las expediciones científicas. El nuevo conocimiento sobre la realidad territorial hizo posible crear nuevas estrategias de ocupación que ya no se sustentaban en visiones ideales o lecturas superficiales de la región chilena sino en descripciones más detalladas y precisas. El conocimiento de los ámbitos a colonizar representaba la posibilidad de responder a las condicionantes generadas por las características espaciales del paisaje que, básicamente, se expresaban en la extensión, vastedad, proporción y diversidad.



**Vista de la nueva Concepción en el valle de La Mocha. José del Pozo. 1790<sup>289</sup>**

<sup>289</sup> Aguada que se conserva en el Archivo Central Andrés Bello. Colecciones especiales. Santiago



### III. ANÁLISIS Y DISCUSIÓN

---

Capítulo I  
La ciudad ante la extensión del espacio

---

# 1. LA CIUDAD ANTE LA EXTENSION DEL ESPACIO

## 1.1 Extensión del territorio y magnitud del proceso de colonización

En la conquista y colonización española de América, la fundación de ciudades fue la principal acción de dominio; por esta razón, el proceso americano se compara con la actividad conquistadora de la civilización romana, que también consideraba a las ciudades como expresiones culturales representativas de su soberanía<sup>1</sup>. El patrón colonizador latino -con la ciudad como núcleo concentrador y, a la vez, difusor de la cultura dominante- se reconoce en la morfología y el significado de las fundaciones españolas; asimismo, el legado romano está presente en las instrucciones y normas instituidas por el gobierno español para reglamentar la colonización de América. En estas regulaciones, las experiencias medievales y renacentistas se complementaban con la herencia romana mediante la difusión de textos latinos como *Los diez Libros de la Arquitectura* de Vitruvio<sup>2</sup> que, durante la etapa inaugural de la colonización, circulaba por Europa en distintos idiomas y también se conocía en Nueva España<sup>3</sup>.

A pesar de las similitudes entre las actuaciones de conquista romana y española, es evidente que el proceso americano adquirió caracteres propios que lo diferencian de la forma latina de dominio del espacio.

Un rasgo que identificaba a la colonización de Hispanoamérica fue su magnitud; esta cualidad es particularmente notable si se contrastan el tiempo empleado y el escaso número de hombres con la cantidad de fundaciones realizadas y la inmensa extensión del territorio que se debía dominar. Desde esta perspectiva, la acción desplegada por los conquistadores españoles en América es incomparable con las empresas colonizadoras desarrolladas por otros pueblos europeos.

Al analizar la trayectoria de los procesos colonizadores romano y español, de Solano argumenta que la civilización latina llevó a cabo sus actividades conquistadoras por un período que duplicó al tiempo empleado en la urbanización de América; además, las acciones de dominio emprendidas por Roma se realizaron en un territorio de extensión considerablemente menor<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Capel dice que la creación de ciudades en Indias supuso una cifra muy elevada, sólo comparable por su ambición con el imperio romano. CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. 1. Sociedad, cultura y paisaje urbano. Colección La Estrella Polar 37. Ediciones del Serbal. Barcelona, 2002 p.183. Lluveres plantea que la adopción del damero por los romanos facilitó la expansión del modelo urbano y su posterior migración hacia América. En LLUVERES, Pedro: *El damero y su evolución en el mundo occidental*. Boletín Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas (C.I.H.E) Boletín N° 21. Publicado por la Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Caracas, 1975. p.19. Sartor, citando a Richard Morse, también alude a la influencia de las tradiciones romanas en la ciudad colonial indiana reconocibles en su forma similar a los campamentos romanos y en la distribución del espacio en peonías y caballerías. En SARTOR, Mario: *La città e la conquista*. Casa del Libro Editrice. Roma 1981. p.108

<sup>2</sup> AGUILERA, Javier: *Teoría urbanística en la colonización española de América. Las Ordenanzas de Nueva Población*. Publicado en Ciudad y Territorio N°1/77. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L). Madrid, 1977. p.12. LLUVERES, Pedro: *El damero y su evolución en el mundo occidental*. op.cit. p. 19. CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. p.183

<sup>3</sup> Desde el año mil había copias de la obra de Vitruvio en monasterios de Europa. A partir de la edición princeps del año 1486, se multiplican las ediciones y traducciones. VITRUVIO, Marco Lucio: *Los diez Libros de la Arquitectura*. Editorial Iberia. Barcelona, 1997. BLANQUEZ, Agustín. Prólogo a la obra citada de Vitruvio. p.XIII. Capel explica que Vitruvio se conocía en América directa o indirectamente mediante la reelaboración hecha por Alberti en su *De reaedificatoria* y que una edición de Alberti del año 1522 pertenecía al virrey Mendoza y era leída por éste mientras se levantaba la capital de Nueva España sobre Tenochtitlán. CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. op.cit. p. 183

<sup>4</sup> DE SOLANO, Francisco: *La ciudad iberoamericana: Fundación, tipología y funciones durante el tiempo colonial*. Publicado en *Historia y Futuro de la ciudad Iberoamericana*. Edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Centro de Estudios Históricos Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Madrid 1986. p.10



La magnitud de la acción española fue un tema destacado en las crónicas de Indias desde las primeras décadas del siglo XVI; por lo tanto, se deduce que en esa época los conquistadores ya estaban concientes de la desproporcionada relación entre el descomunal territorio a colonizar y los exiguos recursos utilizados. En este sentido, Francisco de Jerez indica que la actividad fundacional de los españoles en el Nuevo Mundo no podía compararse con acciones similares de otros pueblos si se considera el reducido número de hombres disponibles –que no siempre tenían experiencia militar o no habían participado en acciones colonizadoras- para ocupar un territorio desconocido, desprovistos de apoyos.

*¿Quién se igualará con los de España? No por cierto los judíos, griegos ni romanos, de quien más que de todos se escribe. Porque, si los romanos tantas provincias sojuzgaron, fue con igual o poco menor número de gente y en tierras sabidas y proveídas de mantenimientos usados, y con capitanes y ejércitos pagados*<sup>5</sup>

Francisco de Jerez explica que, a pesar de las dificultades, España logró ocupar una superficie más grande que la tierra antes conocida porque el espacio conquistado en el Nuevo Mundo superaba a los todos los territorios que los príncipes fieles e infieles poseían<sup>6</sup>. Además, aclara que la conquista de América fue diferente a las acciones dominadoras desplegadas por otros pueblos **antiguos y modernos** porque se realizó en regiones distintas y distantes de España, donde unos pocos hombres lograron conquistar lo **no visto ni sabido**.

*... porque ¿cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancias de tierra ir a conquistar lo no visto ni sabido?*<sup>7</sup>

La colonización de América también presentaba diferencias significativas en relación con la experiencia hispana previa porque, a finales del Medioevo, España estaba en un proceso de reconstrucción de ciudades en las tierras recuperadas como resultado de la pérdida de dominio del Islam. Aunque en los siglos XIII y XIV se efectuaron nuevas fundaciones<sup>8</sup> -Navarra, Castilla, el Levante y Mallorca- durante el período de transición entre el Medioevo y Renacimiento, la dinámica urbanizadora se concentró en la ampliación de las ciudades o en reformas de plazas y otros espacios públicos para adaptar el laberíntico tejido medieval a los nuevos ideales urbanos contenidos en la regularidad de la ciudad teórica de Eiximenis y en las **Ordinacions**, propuestas por Jaime II como trazado para la fundación de catorce pueblos nuevos en Mallorca.

Al respecto, Francisco de Solano explica que entre los siglos X y XV, la recuperación del territorio ibérico que había sido ocupado por la cultura islámica, básicamente, consistió en repoblar ciudades y pueblos con población cristiana; además, señala que en los años cercanos al descubrimiento de América, en 1492, la fundación de asentamientos en España era un fenómeno aislado y, por esto, las nuevas ciudades no fueron numerosas<sup>9</sup>.

<sup>5</sup> JEREZ, Francisco de: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. op.cit. p.59

<sup>6</sup> JEREZ, Francisco de: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. op.cit. p.60

<sup>7</sup> JEREZ, Francisco de: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. op.cit. p.59

<sup>8</sup> Torres Balba indica que en Navarra se fundaron Sanguesa, Puentelarreina, Viana, Echarri-Aranaz y Huarte Araquil; en Castilla se crean Briviesca en Burgos y Foncea en Logroño; en el Levante, Jaime I y sus seguidores fundaron Villarreal de Burriana, Nules, Almenara y Soneja; en Mallorca se destaca la actividad urbanizadora desarrollada por Jaime II. TORRES BALBAS, Leopoldo: *Las ciudades de la España cristiana*. Publicado en *Resumen histórico del urbanismo en España*. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L). Madrid, 1987. pp.111-188. Las ciudades mencionadas fueron núcleos planificados con traza regular; por esto –junto con la fundación granadina de Santa Fe- se consideran modelos referenciales de la ciudad colonial en América. AGUILERA, Javier: *Fundación de ciudades hispanoamericanas*. op.cit. pp.33-38.

<sup>9</sup> DE SOLANO, Francisco: *La ciudad Iberoamericana: Fundación, tipología y funciones durante el tiempo colonial*. op. cit. pp.10-12.

Entre las nuevas ciudades, Francisco de Solano menciona a Palma de Gran Canaria, fundación de 1480; Puente La Reina, Briviesca y Villarreal, fundadas en los siglos XIII y XIV; Puerto Real y Santa Fe, creadas a finales del siglo XV. En contraste, la colonización de América era una empresa admirable por la cantidad de ciudades que se fundaron en corto tiempo y en un territorio inmenso y desconocido<sup>10</sup>. Entre las circunstancias que explican la magnitud del proceso americano, de Solano destaca el excedente demográfico en la España del siglo XV y de mediados del XVI, lo que estimuló la emigración al Nuevo Mundo; además, recalca que el contingente humano fue reducido en comparación con la dimensión del espacio conquistado y la amplitud de la acción colonizadora<sup>11</sup>. En este sentido, se debe considerar que Pedro de Valdivia emprendió la colonización del extenso territorio chileno con apenas 154 acompañantes.

En la mayoría de los estudios sobre urbanismo español en América se plantea que, frente a la inmensa extensión del territorio, las acciones de dominio español debían implementarse, revisarse y legislarse en un tiempo muy breve; esta condición, que se refleja en la dinámica del proceso americano, genera una diferencia radical con empresas de conquista como la romana<sup>12</sup>. Magnitud y rapidez son cualidades de la urbanización colonial de América que se justificaban por la urgencia de conquistar, poblar y administrar territorios de dimensiones colosales en comparación con otros espacios colonizados por Europa. Al respecto, Francisco Domínguez Compañy indica que descubrimiento, conquista y colonización fueron tres acciones consecutivas y casi simultáneas, pues, al analizar el avance español por América, se advierte que después del descubrimiento de nuevas tierras -en un limitado intervalo de tiempo o inmediatamente- seguía la conquista; acción que suponía la ocupación definitiva del territorio mediante la fundación y población de ciudades.

*En la secuencia de actos del avance español por el continente americano, al descubrimiento propiamente dicho de tierras, ríos, estrechos y mares, sigue la conquista del territorio, que luego se llamará pacificación, que implica la ocupación y posesión del territorio con carácter permanente, para lo cual se utilizó como medio más eficaz, como ya hemos visto, fundar ciudades y poblarlas. Tenemos así que descubrimiento, conquista y población fueron tres acciones consecutivas que a veces se realizaron con muy poco intervalo de tiempo entre ellas*<sup>13</sup>.

No obstante, la urbanización española de Chile fue una excepción a lo señalado por Domínguez Company porque, especialmente durante en los dos primeros siglos del período colonial, las acciones de dominio sobre el territorio chileno no alcanzaron la continuidad temporal entre descubrimiento, conquista y urbanización que se puede observar en otras regiones americanas colonizadas por España. Tres circunstancias explican esta diferencia. La principal fue la imposibilidad de mantener la ocupación de la zona sur de Chile por la guerra de Arauco. El célebre conflicto entre españoles e indígenas resistentes al dominio hispano surgió al comienzo de la conquista y se mantuvo activo a lo largo del período colonial, afectando la continuidad espacial de la urbanización.

<sup>10</sup> Esta idea de Francisco de Solano es compartida por Javier Aguilera y Luis Moreno, los autores de la investigación y exposición itinerante *Urbanismo español en América*. En otro estudio, Solano plantea que la participación aborigen en la colonización aumentó el número de pobladores. Este antecedente también fue recogido en *El núcleo urbano iberoamericano: Proceso de larga duración*. Publicado en: Historia Urbana de Iberoamérica. Tomo I: *La Ciudad Iberoamericana hasta 1573*. Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario y Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Editorial Testimonio. Madrid 1987. p.17 LOHMAN VILLENA, Guillermo: *El proceso de ocupación territorial y la ordenación urbana. Siglos XVI-XIX*. en *La Ciudad Iberoamericana*. op.cit.pp.9-17.

<sup>11</sup> DE SOLANO, Francisco: *La ciudad Iberoamericana: Fundación, tipología y funciones durante el tiempo colonial*. op.cit p.9.

<sup>12</sup> AGUILERA ROJAS, Javier: *Fundación de ciudades hispanoamericanas*. op.cit.p.13

<sup>13</sup> DOMÍNGUEZ COMPAÑY, Francisco: *Política de poblamiento de España en América (La fundación de ciudades)*. Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL). Madrid, 1984. p.8

El contexto histórico que enmarcó la conquista y colonización de Chile se perfiló a fines del siglo XVI, cuando un ataque indígena culminó en la destrucción, en 1598, de siete ciudades fundadas al sur del río Bío Bío. Para España, la consecuencia más grave de este acontecimiento, conocido como **Desastre de Curalaba**, fue el retroceso de la urbanización porque los conquistadores se vieron obligados a despoblar y abandonar un amplio territorio que estaba colonizado. Santiago Lorenzo explica que después de la batalla de Curalaba comenzó un acelerado proceso de ruralización, que se expresó en la disminución de las ciudades y en la dispersión de la población urbana por los campos; esta situación se transformó en un serio problema para las autoridades coloniales<sup>14</sup>.

El segundo factor, que influyó negativamente en la continuidad de la urbanización de Chile, fue la frecuente destrucción de las ciudades por terremotos y maremotos. Los devastadores fenómenos naturales obligaron a trasladar, reconstruir y repoblar varias ciudades que habían sido arrasadas, retardando el proceso de colonización<sup>15</sup>.

El tercer factor se relacionaba con la diversidad del paisaje y la fragmentación física del territorio chileno por fuertes cambios del relieve y obstáculos naturales –ríos y montes- casi insalvables. La discontinuidad geográfica no permitía realizar acciones colonizadoras espacialmente continuas. Los efectos más negativos de esta condición territorial eran el aislamiento y la incomunicación de las ciudades y, por lo tanto, su mayor fragilidad para superar las secuelas generadas por la guerra de Arauco y las catástrofes naturales.

Las circunstancias históricas y geográficas -que se denotaban en el abandono de las ciudades cuyo desarrollo había sido perturbado y consiguiente merma del territorio ocupado por España- no sólo entorpecieron el encadenamiento secuencial entre las acciones de descubrimiento, conquista y colonización; también afectaron el dominio progresivo del espacio. El lento avance de la conquista de Chile y, especialmente, la suspensión del proceso urbanizador de la zona sur por más de 150 años, impidieron que los conquistadores españoles pudieran responder a la necesidad estratégica de conquistar y poblar rápidamente la extensión chilena. Esta situación se mantuvo sin cambios relevantes hasta mediados del siglo XVIII, cuando se reinició la fundación de ciudades.

La larga interrupción del proceso de urbanización colonial en Chile contrastaba con los progresos sostenidos de la colonización en otras regiones americanas donde las acciones de dominio realizadas en el siglo XVII incrementaron al doble la superficie colonizada en el siglo anterior, que en el siglo XVIII volvió a duplicarse<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> Lorenzo explica que desde fines del siglo XVII, gobernadores y obispos estimaron que la fundación de pueblos era el remedio oportuno para un mal más que secular; además, los acuerdos de la Junta de Poblaciones de 1745 sugieren que sus miembros estaban convencidos que bastaba con decretar el poblamiento para que éste se hiciera realidad; no obstante, fue preciso generar nuevas estrategias de colonización para disminuir, en parte, la ruralidad predominante. LORENZO, Santiago: *Concepto y funciones de las villas chilenas del siglo XVIII*. Historia N°. 22. Publicación del Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile pp. 91-105. Santiago 1961.

<sup>15</sup> Las influencias de la Guerra de Arauco, los terremotos y la incomunicación de las ciudades en el avance del proceso de urbanización colonial de Chile se analizará en detalle en el desarrollo de este capítulo.

<sup>16</sup> DOMINGUEZ ORTIZ; Antonio: *España. Tres milenios de historia*. Prólogo de John Elliot. Ediciones de historia Marcial Pons. Segunda edición. Madrid 2004. Capítulo VII España y sus Indias. p. 195

### 1.1.1 Extensión del territorio chileno y su influencia en la distribución espacial de las primeras ciudades coloniales

En el período colonial, la región de Chile se extendía en dirección norte sur, entre el río Copiapó y el Cabo de Hornos, con una longitud de 4500 Km, medidos según un eje teórico paralelo a la costa. En sentido opuesto, comprendía desde el Mar del Sur –el nombre colonial del océano Pacífico– hasta el extremo oriental del corregimiento de Cuyo, ubicado al este de la cordillera de Los Andes<sup>17</sup>. De norte a sur, la longitud colonizada correspondía a 2442 Km, aproximadamente, si se considera la distancia entre San Francisco de La Selva y Santiago de Castro –ciudades que indicaban los polos de la extensión urbanizada en forma permanente por España–; esta medida se puede incrementar a 3800 Km si la referencia sur es el estrecho de Magallanes, donde a fines del siglo XVI se efectuaron dos fundaciones que no prosperaron<sup>18</sup>. En sentido transversal, un antecedente dimensional era la distancia de 450 Km que separaba al puerto de Valparaíso de la ciudad de Mendoza, principal fundación en la provincia de Cuyo y referencia para medir el despliegue de la urbanización colonial de Chile hacia el oriente, cruzando la cordillera de Los Andes.

La extensión de la región chilena impuso varias condicionantes a la urbanización. La principal fue la necesidad de instaurar una dilatada estructura de ocupación basada en ciudades distribuidas a distancias tales que hicieran posible ampliar rápidamente el territorio sujeto al dominio colonizador; esta estrategia, aunque permitía avanzar en la exploración y conquista del espacio, tenía la dificultad de dejar a las ciudades separadas por cientos de kilómetros.

La distribución de las tres primeras fundaciones de Pedro de Valdivia, el capitán que dirigió la fase inaugural de la conquista, muestra que Santiago del Nuevo Extremo, La Serena y Concepción –fundadas en 1541, 1544 y 1550– se dispersaban por 1065 Km de longitud, con intervalos entre sí cercanos a los 500 Km. Valdivia modificó el patrón de distribución de las ciudades en la zona sur, pues, desde el río Bío Bío al canal de Chacao, las distancias oscilaban entre 284 y 60 Km; sin embargo, a pesar de esta mayor concentración, el dominio del territorio fue precario porque, excepto Santiago de Castro y Valdivia, las ciudades fueron arrasadas por ataques indígenas.

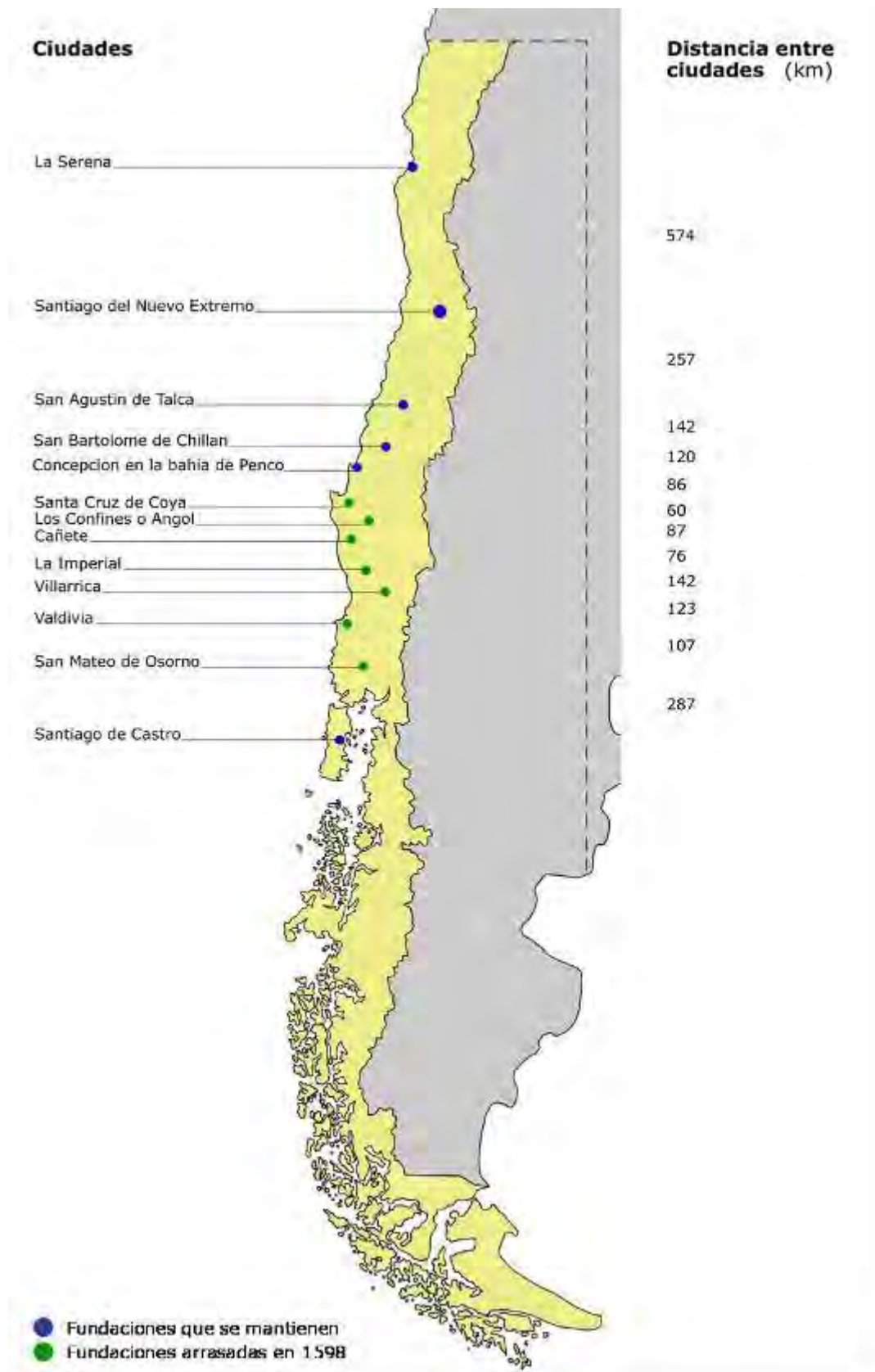
La pérdida de ciudades al sur del río Bío Bío explica el retroceso de la colonización; al norte del río, las ciudades lograron sostenerse, aunque el proceso urbanizador avanzó lentamente con la fundación de San Bartolomé de Gamboa –conocida como Chillán– realizada en 1580 por Martín Ruiz de Gamboa, 371 Km al sur de Santiago; esta ciudad apenas logró subsistir y después de sufrir los devastadores efectos de varios terremotos, en 1663 debió ser repoblada por el Gobernador Angel de Peredo.

A finales el siglo XVI se suspendió la colonización al sur del río Bío Bío por la guerra de Arauco; y en el amplio espacio que separaba a Santiago y Concepción, sólo se efectuaron un par de fundaciones<sup>19</sup>. En la extensa zona comprendida entre Santiago del Nuevo Extremo y La Serena, la distancia de 500 Km entre ciudades se mantuvo hasta la segunda mitad del siglo XVIII porque recién a partir de 1740 se realizaron nuevas fundaciones en ese territorio.

<sup>17</sup> El corregimiento de Cuyo estuvo bajo dominio administrativo de la Capitanía General de Chile hasta 1776, cuando se crea el Virreinato del Río de La Plata.

<sup>18</sup> Las fundaciones fracasadas son Nombre de Jesús y Ciudad del Rey Don Felipe. Tras el fallido intento español, la zona del estrecho permaneció sin colonizar hasta 1852 cuando se fundó Punta Arenas en base a la guarnición del Fuerte Bulnes, levantada en un lugar cercano al sitio donde Pedro Sarmiento de Gamboa había fundado Ciudad del Rey Don Felipe. RISOPATRÓN, Luis: *Diccionario geográfico de Chile*. Imprenta Universitaria. Santiago, 1924; pp. 103 y 712

<sup>19</sup> San Agustín de Talca, fundada en 1692 por Martín de Poveda, a 257 Km al sur de Santiago; por su débil desarrollo fue repoblada por Manso de Velasco en 1742. La otra fundación, que no prevaleció, fue realizada en 1695 por Martín de Poveda sobre un convento de La Merced, cerca del pueblo de indios de Chimbarongo.



**Distribución espacial de las ciudades coloniales chilenas en los siglos XVI y XVII con las fundaciones destruidas en el levantamiento indígena de 1598**

La colonización mediante la fundación de ciudades permitía controlar los territorios recién descubiertos y aumentar la extensión conquistada; esto explicaría porque la urbanización de Chile avanzó rápidamente hasta su interrupción a finales del siglo XVI, cuando las dificultades derivadas de las complejas condiciones naturales y del contexto cultural detienen el proceso urbanizador, aunque no frenaron los cambios territoriales generados por la nueva forma de ocupación del espacio, que dio origen a nuevos paisajes. Habían transcurrido menos de cien años desde el descubrimiento de América cuando las acciones de urbanización española –claramente visible en las ciudades, fuertes, haciendas, misiones y caminos- habían reemplazado a las formas prehispánicas de habitar.

La colonización de Chile debía superar otros inconvenientes derivados de la escasez de población para sustentar las fundaciones y consolidar el dominio de la extensión territorial porque, a diferencia de otras colonias americanas, las ciudades, además de estar dispersas por un espacio enorme, quedaban desamparadas en un ambiente colmado de amenazas, en particular aquellas relacionadas con la guerra de Arauco.

La precaria situación que presentaba la colonización chilena a comienzos del siglo XVIII se refleja en las escasas seis fundaciones que habían logrado un cierto grado de desarrollo porque las restantes habían sido destruidas, abandonadas o subsistían con escasa población, como ocurría con Valdivia. La urbanización de Chile –si se excluyen las fundaciones cuyanas, al oriente de la cordillera de Los Andes- estaba circunscrita a las ciudades de La Serena, Santiago del Nuevo Extremo, San Agustín de Talca, San Bartolomé de Chillán, Concepción –en bahía de Penco- y Santiago de Castro. Además, Concepción y Chillán debieron ser reconstruidas después de ser totalmente destruidas por terremotos y ataques indígenas.

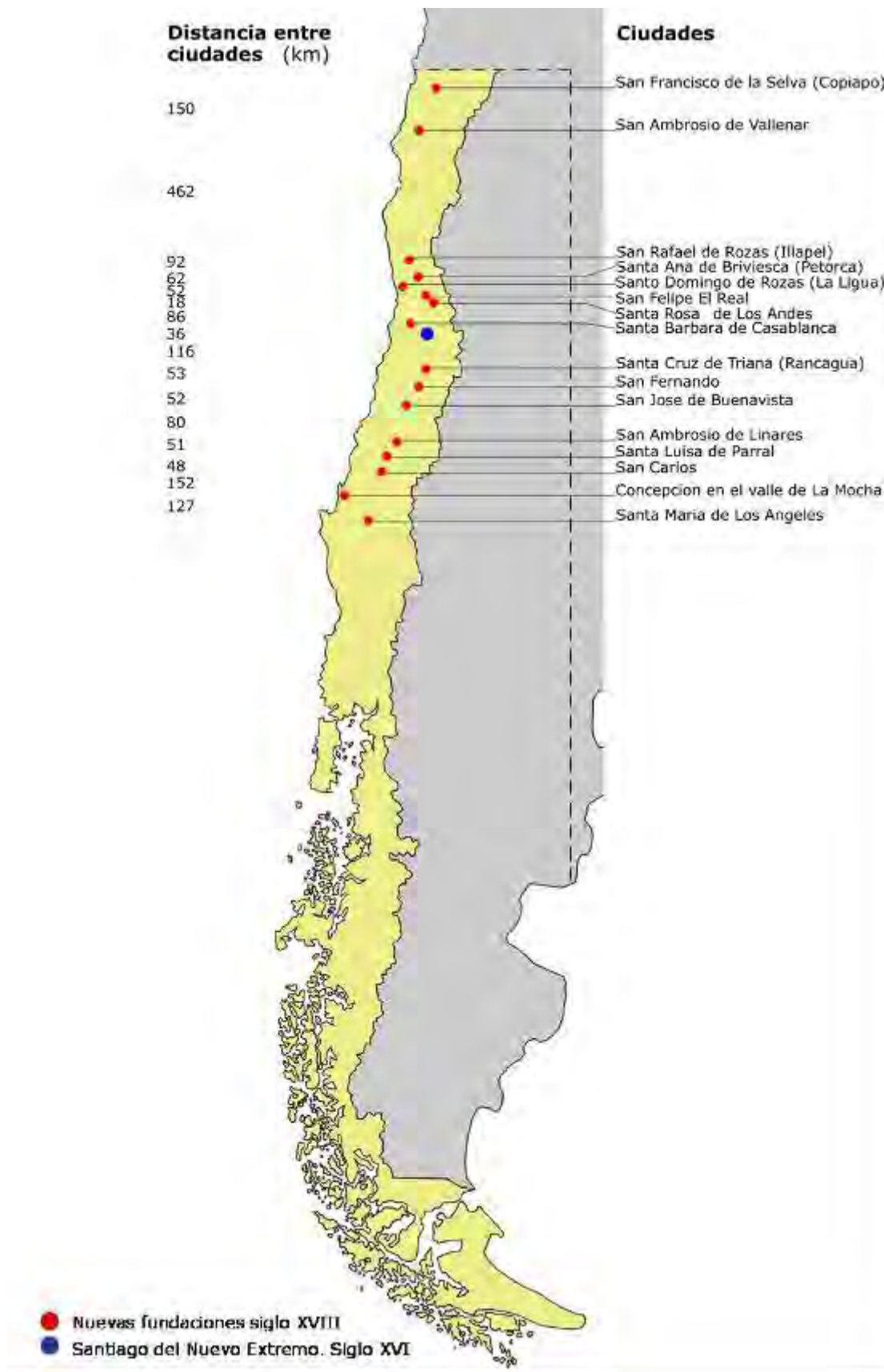
Las enormes distancias entre fundaciones –que pueden explicarse por la necesidad de abarcar el mayor espacio posible distribuyendo los escasos contingentes por el extenso territorio chileno- influyeron en la débil integración espacial y funcional de las fundaciones. Los inconvenientes generados por la amplia separación entre las ciudades aumentaban por la falta de caminos para salvar los largos trayectos. Por lo tanto, otra condicionante relacionada con la extensión del espacio, fue la urgencia de mejorar el sistema de comunicación terrestre con el objetivo de relacionar a las distantes ciudades y afianzar la estructura de colonización.

Las circunstancias descritas se mantuvieron casi sin variaciones hasta 1740, cuando se realizó la fundación de San Felipe El Real. Santiago Lorenzo<sup>20</sup> indica que esta acción puede considerarse el hito que marca el reinicio del proceso urbanizador. El cambio ocurrido desde ese momento histórico se expresa en la distribución espacial de las nuevas ciudades que se fundaron en las zonas norte y central, cuyo número superaba a las fundaciones realizadas en los siglos anteriores, permitiendo reducir las distancias que separaban a los centros poblados.

Desde mediados del siglo XVIII, la fundación de nuevas ciudades y la consolidación de ciudades existentes respondían al desafío de conquistar la enorme extensión de Chile, disminuyendo las dificultades originadas por el contexto natural y los sucesos históricos. Las ciudades que habían sido arrasadas por ataques de los indígenas o fenómenos naturales debieron ser trasladadas, reconstruidas y repobladas, varias veces si era necesario, para mantener o ampliar las áreas urbanizadas. La situación descrita explica porqué entre las acciones de dominio de la extensión, además de las nuevas fundaciones, se deben incluir traslados, reconstrucciones y repoblaciones de ciudades.

---

<sup>20</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. op.cit. p.15



**Distribución espacial de las ciudades coloniales chilenas fundadas en el siglo XVIII y concentración de las ciudades en las zonas norte y central**



### 1.1.2 Trayectoria del proceso de urbanización colonial en Chile

El rápido despliegue español por los territorios americanos se refleja nítidamente en la cantidad de ciudades fundadas en las primeras décadas del período colonial. Un antecedente relevante es que a finales del siglo XVI se había explorado y colonizado un significativo porcentaje de la costa del Pacífico, desde el norte de México hasta el sur de Chile. El proceso urbanizador también incluyó un conjunto de fundaciones en territorios interiores de América; esta característica, como hace notar Francisco de Solano, muestra una radical diferencia entre la colonización española y las acciones de dominio efectuadas por otros países europeos, que tardaron una centuria en prolongar las fundaciones desde la costa al interior del continente americano<sup>21</sup>.

Los cronistas coloniales destacan el número de fundaciones realizadas antes del año 1573, que por corresponder a la fecha de promulgación de las célebres *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de Las Indias*<sup>22</sup> es una referencia temporal de la institucionalización del proceso colonizador. Según López de Velasco, entre 1492 y 1570 los españoles fundaron más de 200 ciudades<sup>23</sup>; esta cantidad, a fines del siglo XVI, se incrementó a 300 fundaciones.

La cifra señalada coincide con lo indicado en otras crónicas coloniales y en estudios contemporáneos<sup>24</sup>. Un antecedente reciente para aproximarse a la magnitud de la urbanización española en América es el inventario elaborado por Catalina Romero<sup>25</sup> que comprende 365 fundaciones -datadas entre los años 1492 y 1573- con 189 en el Virreinato de Nueva España y 176 en el Virreinato del Perú.

En el registro -que contiene información básica para comparar la situación de Chile con otras regiones colonizadas por España- se incorporan 18 fundaciones chilenas. Sin embargo, al considerar exclusivamente a las ciudades, esta cifra debe reducirse porque hasta el año 1573 en Chile se habían fundado 17 ciudades. La diferencia se explica porque el repertorio analizado comprende al fuerte de Tucapel, sobre cuyas ruinas se fundó la ciudad de Cañete; al fuerte de Arauco que recibió título de ciudad en 1598; a Toconao, que era un pueblo de indios, y a Chacao que era una población -nombre que designaba a un asentamiento sin rango de villa o ciudad-; además, Mendoza se nombra dos veces y Los Confines o Angol fue registrada como ciudades diferentes. En el listado no se consignan El Barco, Londres, San Miguel de Tucumán y Santiago del Estero, aunque hasta 1776 estas ciudades pertenecían a la Capitanía General de Chile<sup>26</sup>.

<sup>21</sup> DE SOLANO, Francisco: *La ciudad Iberoamericana: Fundación, tipología y funciones durante el tiempo colonial*. op.cit p.16

<sup>22</sup> Las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de Las Indias* fueron promulgadas por Felipe II en el bosque de Segovia en julio de 1573. En la tesis se utilizó la transcripción de este documento realizada por José Ibáñez, y que se encuentra en el Archivo General de Indias. IBÁÑEZ CERDA, José: *Transcripción de las Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de Las Indias*. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid 1973.

<sup>23</sup> Capel, citando a López de Velasco, indica que en 1573 había 227 núcleos poblados y se tenía datos de los habitantes de 189 de ellos, correspondientes a 22.685 españoles, además de la población indígena y mestiza. CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. op.cit. p. 183

<sup>24</sup> BERNABEU, Salvador: *Cronología*. Publicada en *Historia Urbana de Hispanoamérica*. Tomo I. La ciudad Iberoamericana hasta 1573. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario y Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Editorial Testimonio Madrid, 1987. pp.348-356. Bernabeu identifica 52 fundaciones, cinco son ciudades chilenas; en este reducido número no se incluyen a La Serena, Imperial, Villarrica, Los Confines, Cañete, Osorno y Castro. Además, atribuye la fundación de Valdivia a Jerónimo de Alderete pero tal acción fue realizada por Pedro de Valdivia, quien bautizó a la ciudad con su propio nombre. Jerónimo de Alderete fundó Villarrica, por orden del mismo Valdivia.

<sup>25</sup> ROMERO, Catalina: *Fundaciones españolas en América: Una sucesión cronológica*. Publicada en *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. Catálogo de exposición homónima publicado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) y Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Madrid 1989. pp.275-293

<sup>26</sup> Las ciudades chilenas trasandinas se traspasaron al Virreinato del Río de La Plata, creado en 1776.

En los 26 años transcurridos desde 1541 -año de fundación de Santiago del Nuevo Extremo, primera ciudad chilena- hasta 1567, cuando se fundó Santiago de Castro, la ciudad más meridional de Chile y última acción urbanizadora considerando al año 1573 como límite temporal, se habían colonizado 2058 Km según la distancia entre La Serena y Santiago de Castro, las ciudades que señalaban los puntos extremos de la zona urbanizada en el período descrito<sup>27</sup>.

#### Elenco de fundaciones chilenas hasta 1573 (incluye sólo las ciudades)

Fecha	Nombre original de la ciudad	Nombre actual	Fundador
1541	Santiago de Nueva Extremadura	Santiago	Pedro de Valdivia
1544	San Bartolomé de La Serena	La Serena	Juan Bohon
1550	Concepción del Nuevo Extremo	Concepción	Pedro de Valdivia
1550	El Barco	El Barco	Juan Nuñez de Prado
1551	Imperial o La Imperial	Carahue	Pedro de Valdivia
1552	Santa María la Blanca de Valdivia <sup>28</sup>	Valdivia	Pedro de Valdivia
1552	Villarrica <sup>29</sup>	Villarrica	Jerónimo de Alderete
1553	Los Confines	Angol	Pedro de Valdivia
1553	Santiago del Estero <sup>30</sup>	Santiago del Estero	Francisco de Aguirre
1558	Cañete de La Frontera	Cañete	García de Mendoza
1558	San Mateo de Osorno	Osorno	García de Mendoza
1559	Londres <sup>31</sup>	Catamarca	Juan Pérez de Zurita
1561	Cañete	Mérida	Fundada en Tucumán
1561	Mendoza	Mendoza	Pedro del Castillo
1562	San Juan de La Frontera	San Juan	Juan Jufré
1565	San Miguel de Tucumán	Tucumán	Diego de Villarroel
1567	Santiago de Castro	Castro	Martín Ruiz de Gamboa

Hasta 1573, el número de ciudades chilenas correspondía, aproximadamente, al 10% de las fundaciones realizadas en el Virreinato del Perú; unidad administrativa a la cual estaba integrada la Capitanía General de Chile. Este porcentaje sirve de antecedente comparativo para medir el avance alcanzado por la colonización en el territorio chileno.

Hasta 1598 -año que señala la interrupción de la conquista y colonización de Chile debido a la destrucción de siete ciudades por ataques indígenas- el progreso de la colonización puede calificarse de notable si se considera que la ocupación española era afectada por factores físicos y culturales como la complejidad del relieve, las dificultades que entrañaban las comunicaciones externas e internas en el territorio chileno, las catástrofes naturales que arruinaron a varias ciudades, la resistencia indígena a la urbanización -que se manifestó desde el inicio de la colonización- y el escaso número de pobladores para mantener las fundaciones. Este último factor se explica por el aislamiento de Chile y el bajo interés que despertaba la región por su fama de zona de conflictos y carencia de riquezas.

La limitada cantidad de población disponible para sostener las ciudades y consolidar la urbanización en los primeros años del período colonial se refleja en el testimonio de Pedro de Valdivia cuando señala el número de personas asentadas, el año 1551, en las principales ciudades chilenas<sup>32</sup>. En *Cartas de relación de la conquista de Chile* informa que Concepción -fundada a 491 Km al sur de Santiago- tenía sólo cuarenta vecinos; La Imperial -a 800 Km de Santiago y 309 Km de Concepción- disponía de ochenta vecinos; Villarrica -451 Km al sur de Concepción- contaba con cincuenta

<sup>27</sup> Al total del área colonizada se deben sumar las expansiones hacia Cuyo, al oriente de Los Andes

<sup>28</sup> En 1645 fue repoblada como Dulce Nombre de María de Valdivia

<sup>29</sup> También fue conocida como La Rica o Ciudad Rica

<sup>30</sup> El nombre completo de la ciudad es Santiago del Estero del Nuevo Maestrazgo

<sup>31</sup> Londres fue conocida por otros cinco nombres: Villagra, Talavera de Esteco, Madrid de Las Juntas y Nuestra Señora de Talavera de Madrid.

<sup>32</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.177 y 184

habitantes; Valdivia -separada por 574 Km de Concepción- tenía cien pobladores. La Serena muestra la condición más desfavorable porque estaba a 574 Km de Santiago, aislada del Virreinato del Perú por el vasto desierto de Atacama, y apenas contaba con trece vecinos y una decena de soldados para defenderla. Pedro de Valdivia se refiere específicamente a esta dificultad explicando que debía sostener comunicaciones periódicas con los pobladores de la ciudad; inclusive explica que mandó a traer un barco para enviarles alimentos.

*...la sustenté teniendo siempre, demás de trece vecinos que eran, otros diez o doce soldados a la sustentación della, visitándolos de dos en dos meses con gente por tierra, e con un barco que hice hacer para este efecto, enviándoles siempre trigo, gallinas e puercos para que criasen y sembrasen y se pudiesen sustentar<sup>33</sup>.*

La inquietud expresada por Valdivia en relación al sostenimiento de La Serena es un indicio de su afán por salvaguardar las acciones de colonización que había llevado a cabo a pesar de los problemas que existían en la región. El análisis de documentos coloniales permite concluir que Pedro de Valdivia estaba decidido a continuar con la urbanización hasta el estrecho de Magallanes y la costa del río de la Plata. En una carta que dirigió al Consejo de Indias, solicita que intercedan ante el rey de España para que le permitiera aumentar los territorios explorados y conquistados.

*...hacerme merced de me alargar los límites della, que sean hasta el Estrecho, la costa en la mano (a lo largo de la costa), e la tierra adentro hasta la mar del norte... porque tenemos noticia que la costa del Río de la Plata es despoblada...<sup>34</sup>*

Sin esperar respuesta -posiblemente por la necesidad de actuar según su iniciativa debido al aislamiento y el tiempo requerido para comunicarse con las autoridades administrativas coloniales- Valdivia envió a Francisco de Aguirre al flanco oriental de Los Andes con la misión de fundar la ciudad de Santiago del Estero, a Francisco de Villagra a explorar el territorio entre Villarrica y la costa, a Jerónimo de Alderete a izar la bandera española en el estrecho de Magallanes y a Juan Bautista Pastene a recorrer la costa desde Concepción hasta el estrecho de Magallanes para obtener información sobre el poblamiento indígena y características del litoral.

*... que me descubriese ciento y cincuenta o doscientas leguas de costa hacia el estrecho de Magallanes, e me trajese lenguas de toda ella<sup>35</sup>...*

El interés por continuar las exploraciones hasta el estrecho de Magallanes y poblar las zonas descubiertas se puede relacionar con la estrategia colonizadora -aplicada en el resto de América- de dominar rápidamente la enorme extensión del territorio. No obstante, y contrariamente a las intenciones explícitas de Valdivia concernientes a expandir la conquista, la urbanización de Chile no alcanzó un desarrollo sostenido y tampoco el avance colonizador puede compararse al logrado en otras regiones del continente porque, como se ha explicado, el proceso chileno fue obstaculizado por arremetidas indígenas, desastres naturales, la alta fragmentación geográfica y el elevado grado de aislamiento de la región.

Las particulares circunstancias de Chile se reflejan en los problemas que afectaron a Santiago del Nuevo Extremo cuando sólo habían transcurrido siete meses desde su fundación. Un sorpresivo ataque indígena provocó la ruina de la ciudad -cuyas construcciones fueron destruidas e incendiadas- y la pérdida total de los cultivos y animales domésticos originando un período de hambruna para la población, que se prolongó por dos años después del ataque, tiempo que demoró la recuperación de

<sup>33</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.91

<sup>34</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.112

<sup>35</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.120

los terrenos cultivados<sup>36</sup>. Santiago no fue una excepción, pues, la fuerte resistencia indígena interrumpió el desarrollo de otras ciudades, influyendo en el retroceso de la conquista, que comienza cuando, después de los primeros enfrentamientos junto al río Bío Bío, Pedro de Valdivia resuelve abandonar las tierras recién exploradas en la zona sur y retornar al norte para defender a Santiago y La Serena.

*...quedaba en riesgo la cibdad de Santiago e de La Serena, acordé de dar la vuelta habiendo visto el sitio e tierra donde se podía poblar<sup>37</sup>.*

A lo largo del siglo XVI se sucedieron acontecimientos que revelan los obstáculos que debían enfrentar las ciudades chilenas para consolidarse como asentamientos permanentes. En 1541, el mismo año de su fundación, un ataque indígena ocasionó la destrucción de Santiago del Nuevo Extremo; La Serena fue atacada sólo dos años después de ser fundada en 1544; los indígenas asaltaron a Concepción en 1554 y 1555. Al daño causado por estas embestidas se sumaron destrucciones provocadas por terremotos y maremotos. En 1572 un violento sismo destruyó Concepción<sup>38</sup> y cinco años más tarde otro terremoto asoló a La Imperial, Villarrica, Valdivia, Osorno y Santiago de Castro. Además, Nombre de Dios y Ciudad del Rey Don Felipe -dos ciudades fundadas el año 1584 en la costa del estrecho de Magallanes- no lograron sostenerse por su aislamiento y precariedad.

A fines del siglo XVI la región chilena mostraba claras diferencias en relación con la colonización española en otras zonas de América porque su proceso de urbanización era uno de los menos dinámicos del continente como consecuencia de las continuas destrucciones de ciudades y el abandono de amplios territorios donde las acciones de dominio habían fracasado. Esta situación se prolongó a través el siglo XVII como lo muestra la débil acción colonizadora realizada en este período, que se expresa en escasas seis fundaciones-Valle Fértil, San Ignacio de La Redención, Monterrey, Santo Ángel de La Guarda, San Agustín de Talca y Chimbarongo- de las cuales, solamente las dos últimas pudieron mantenerse.

El esfuerzo desplegado por los españoles para asegurar la conquista y colonización de Chile no alcanzó resultados positivos hasta mediados del siglo XVIII, cuando se fundan decenas de ciudades, pueblos de indios, fuertes, haciendas y misiones. Ante esta circunstancia Santiago Lorenzo<sup>39</sup> propone buscar los antecedentes primarios del desarrollo urbano de Chile a partir del siglo XVIII, cuando surgieron más de cien ciudades y se revierte el estancamiento del proceso de urbanización.

La acción más negativa para el progreso de la urbanización de Chile fue el episodio histórico conocido con el nombre de la **ruina de las siete ciudades**, que se refiere a la pérdida de un conjunto de ciudades fundadas en la zona sur de Chile -entre el río Bío Bío y el canal de Chacao- como resultado del alzamiento indígena de 1598<sup>40</sup>. Las consecuencias de la rebelión fueron la destrucción y abandono de Santa Cruz de Coya, Villarrica, Imperial, Cañete, San Mateo de Osorno y Angol o Los Confines. Únicamente se salvó la ciudad de Valdivia, que fue arrasada pero no despoblada.

La destrucción sistemática de estas ciudades no sólo representó pérdidas humanas y materiales para España sino que derivó en el retroceso de la urbanización -por el despoblamiento español del amplio territorio donde estaban asentaban las ciudades destruidas- hasta la zona ubicada al norte del río Bío Bío.

<sup>36</sup> El primer ataque a Santiago, dirigido por el cacique Michimalonco, se ejecutó el 11 de septiembre de 1541; siete meses después de la fundación de la ciudad el 12 de febrero del mismo año.

<sup>37</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.94

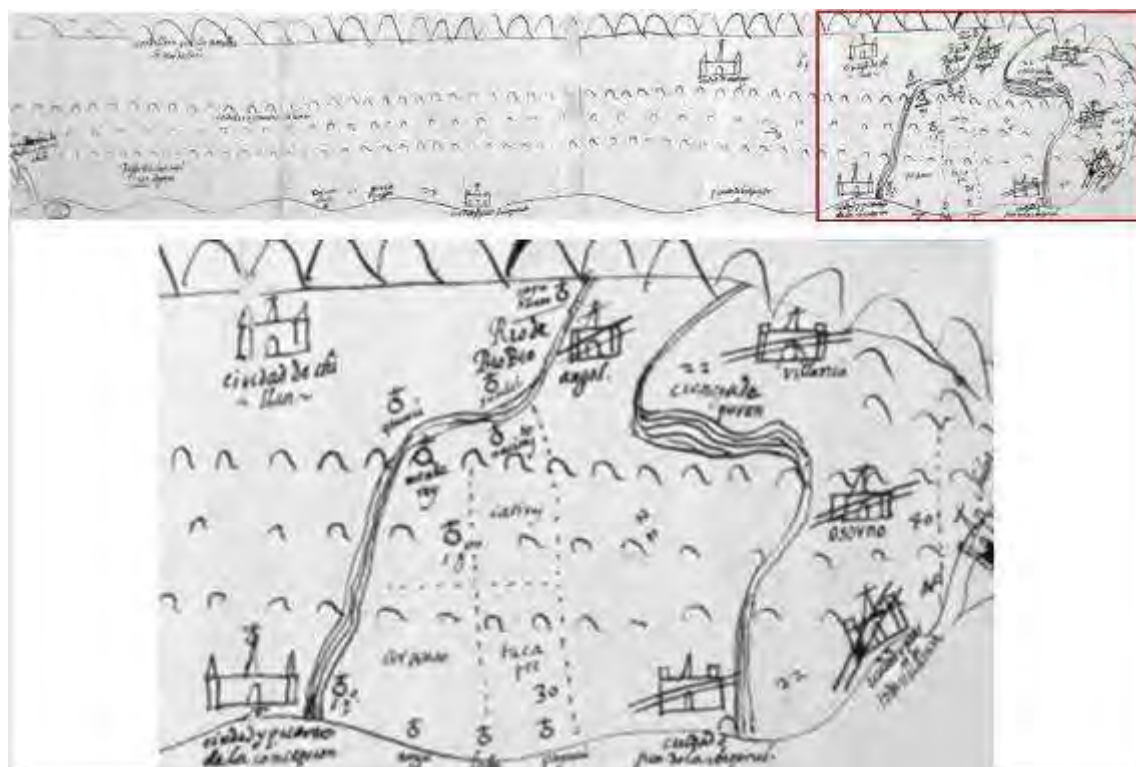
<sup>38</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op.cit. p.8

<sup>39</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. op. cit. p.15

<sup>40</sup> Algunos autores señalan que tras el levantamiento de 1598 se salvaron seis ciudades considerando a Valparaíso. Se ha omitido incluirla en el grupo de ciudades sobrevivientes porque Valparaíso no fue fundada como ciudad; era un asentamiento costero que servía de puerto a Santiago.

Gabriel Guarda señala que la superficie del área despoblada -entre el río Bío Bío, el canal de Chacao, Los Andes y el mar- tenía diez millones de hectáreas. La región devastada<sup>41</sup> por más de un siglo fue un territorio vedado para el tránsito terrestre hispano a pesar del esfuerzo por recuperar a Angol, una de las ciudades destruidas, que se intentó repoblar sin éxito varias veces entre los años 1559 y 1757. En el enorme espacio que debió ser abandonado por los conquistadores, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, sólo dos ciudades -Valdivia y Santiago de Castro- mantenían con dificultad el dominio español al estar separadas por 391 Km<sup>42</sup> y ser foco de agresiones externas. En 1645 Valdivia fue restaurada y repoblada tras ser atacada y ocupada, en 1641, seis meses por piratas holandeses. Santiago de Castro, ciudad sobreviviente al levantamiento de 1598, logró mantenerse aunque en 1643 también fue asediada por piratas holandeses, comandados por Hendrick Brouwer<sup>43</sup>.

La destrucción de las siete ciudades fue un obstáculo para responder a la estrategia de colonizar rápidamente el extenso territorio chileno y estorbó la relación directa entre descubrir y poblar, consigna subyacente en las ordenanzas de 1573. Otras secuelas fueron la interrupción de la continuidad física del proceso urbanizador y el aislamiento de Santiago de Castro, ciudad que logró subsistir como el enclave más meridional de América a pesar de estar separada por 965 Km de Concepción, el centro urbano consolidado más cercano<sup>44</sup>. En síntesis, la pérdida de las ciudades generó un quiebre en la secuencia colonizadora, el abandono de un vasto territorio ya urbanizado y la suspensión de nuevas fundaciones de ciudades hasta mediados del XVIII. Un mapa de 1610 muestra la geografía de Chile, los valles, las cordilleras de Los Andes y la Costa y se señalan, tachándolas, las ciudades destruidas en el levantamiento de 1598, como se muestra en el detalle de la imagen.



**Mapa del Reino de Chile. 1610<sup>45</sup>**

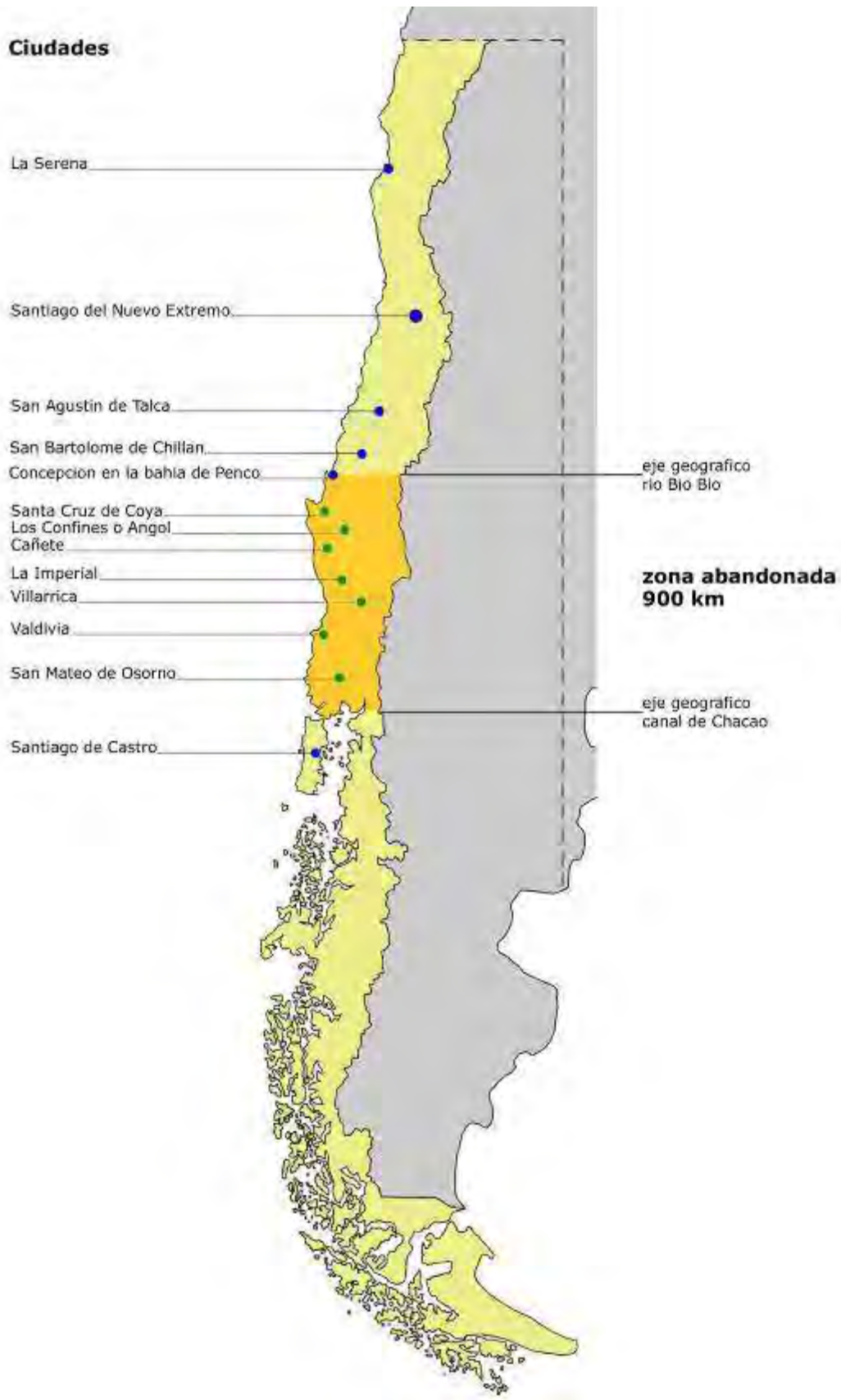
<sup>41</sup> GUARDA, Gabriel: *La ciudad chilena del siglo XVIII*. op. cit p.11

<sup>42</sup> El cálculo de las distancias se hizo tomando como referencia a caminos actuales que, en su mayor parte, han sido trazados sobre las huellas de los caminos históricos.

<sup>43</sup> Brouwer y Spilberg fueron dos piratas holandeses que atacaron a la ciudad de Castro.

<sup>44</sup> Se excluye a Valdivia, localizada a menos de 400 Km por su desarrollo inestable.

<sup>45</sup> Mapa del Reino de Chile, anónimo, 1610. Archivo General de Indias, Mapas de Perú y Chile, 172



**Territorio abandonado después del levantamiento indígena de 1598**



## 1.2 Revisión de la experiencia urbanizadora y cambios en la estrategia para el dominio de la extensión

El avance de la urbanización de Chile, detenida durante un siglo y medio, se activó recién a mediados del siglo XVIII, momento histórico que corresponde a una nueva fase del proceso, caracterizada por el aceleramiento de la dinámica colonizadora y un mayor dominio territorial de las ciudades, especialmente de aquellas vinculadas al sistema económico y a la red de comunicaciones terrestres y marítimas.

Las ciudades coloniales del siglo XVIII, en el contexto cultural de la época, debían impulsar el desarrollo de sus áreas de influencia y alcanzar los ideales sociales que surgieron de la reflexión ilustrada. La voluntad de construir ciudades que pudieran responder a estos propósitos derivó en la revisión de lo realizado hasta entonces en Hispanoamérica y la instauración de nuevas estrategias y acciones de colonización para revertir las situaciones negativas. En Chile -que era una de las regiones más deprimidas de América- las reformas se enfocaron a impulsar la economía y activar la dinámica fundacional para reforzar a los centros urbanos existentes, extender las áreas colonizadas mediante nuevas fundaciones, consolidar las fronteras -internas y externas- y perfeccionar la administración del territorio.

Las nuevas aspiraciones económicas y sociales que animaron la gestión borbónica a mediados del siglo XVIII promovieron varias reformas administrativas y económicas -consideradas manifestaciones de una política ambiciosa y sistemática- orientadas a fomentar el desarrollo comercial, científico y técnico de España y sus colonias<sup>46</sup>. Las reformas que se expresaron en la instauración de nuevas estrategias y acciones de dominio tuvieron resultados positivos para el proceso de urbanización de Chile que se exteriorizaron en el incremento del territorio conquistado, en el crecimiento económico y en la actividad militar más eficaz del período colonial<sup>47</sup>.

La necesidad de acelerar la urbanización y estimular el desarrollo económico de las colonias explica la implementación de un conjunto de reformas administrativas cuyo objetivo era lograr una gestión más eficiente del territorio. Los cambios del sistema administrativo abarcaron desde la reestructuración de los gobiernos coloniales -con la creación de dos sedes virreinales y la implantación del sistema de Intendencias- hasta reformas específicas para perfeccionar la gestión de las ciudades<sup>48</sup>.

La aplicación de reformas administrativas en la región chilena, además de agilizar el funcionamiento del gobierno, tuvo consecuencias espaciales debido a la creación del Virreinato del Río de La Plata, en 1776. Esta decisión influyó directamente en la extensión del Chile porque las provincias trasandinas de Cuyo y Tucumán fueron incorporadas al nuevo virreinato, lo que representó una ostensible reducción de las dimensiones del territorio chileno en dirección oriente.

En el nuevo contexto definido por el interés en fomentar la economía, las ciudades coloniales no sólo eran consideradas centros de poder político o militar sino también centros de poder económico y componentes esenciales del sistema productivo; por esta razón, las reformas instauradas en Hispanoamérica con la finalidad de impulsar el desarrollo económico y el intercambio comercial influyeron tanto en la estructura general de la colonización como en la dinámica interna de las ciudades. El énfasis de las reformas administrativas y económicas se orientó hacia regiones y ciudades directamente relacionadas con los procesos productivos o el transporte marítimo y terrestre de recursos naturales y productos; por esto, las reformas tuvieron en los puertos y ciudades de origen-destino, sus logros más relevantes.

<sup>46</sup> Las reformas, básicamente, fueron aplicadas por la Corona española entre 1764 y 1787

<sup>47</sup> Las reformas también permitieron estrechar la relación de dependencia gubernamental entre España y América, que ese tiempo comenzó a ser denominada Provincias de Ultramar.

<sup>48</sup> Incluso se promulgaron normas para mejorar el servicio de correos, transporte y comunicaciones.



Las ciudades puerto, especialmente cuando eran puntos de llegada y partida de la Flota de Indias, fueron perfilando su carácter de centros fortificados a medida que aumentaba la presión de otras naciones europeas sobre ellas o de acuerdo con su importancia en el traslado de bienes y personas hacia y desde Europa.

Las diversas intervenciones para perfeccionar las fortificaciones de costas y puertos obedecían a los imperativos de mejorar las defensas de los territorios colonizados y resguardar los centros de intercambio comercial. Asimismo, el conjunto de reformas para promover el desarrollo económico también comprendían acciones orientadas a mantener la integridad territorial de las colonias. América no era sólo un espacio valioso para España como expresión de conquista militar o expansión de las tierras a evangelizar; además, era un espacio económico que debía ser ocupado del modo más eficiente.

En el siglo XVIII, la región chilena -famosa por las dificultades que presentaba para la conquista y urbanización- debido a su posición estratégica en el circuito marítimo del Pacífico sur, fue un área prioritaria para aplicar nuevas estrategias y acciones de colonización que buscaban revertir el desastroso resultado de los siglos precedentes y consolidar el dominio de la extensión como condición para el progreso económico.

### Ciudades protagonistas de la colonización de Chile en el siglo XVIII

Ciudad	Acciones	Objetivos
<ul style="list-style-type: none"> <li>San Francisco de La Selva</li> <li>San Ambrosio de Vallenar</li> <li>San Rafael de Rozas</li> <li>Santa Ana de Briviesca</li> <li>Santo Domingo de Rozas</li> </ul>	Nuevas fundaciones en valles mineros	<ul style="list-style-type: none"> <li>✓ Optimizar la extracción y distribución de los recursos mineros</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>San Martín de La Concha</li> <li>Santa Cruz de Triana</li> <li>San Fernando</li> <li>San José de Buenavista</li> <li>Santa Luisa de Parral</li> <li>San Carlos</li> <li>San Antonio Abad de Quirihue</li> <li>San Jesús de Coelemu</li> </ul>	Nuevas fundaciones en valles agrícolas	<ul style="list-style-type: none"> <li>✓ Activar el desarrollo agrícola</li> <li>✓ Ampliar el dominio español en las áreas rurales</li> <li>✓ Apoyar la urbanización en zonas con mayor potencial económico</li> <li>✓ Consolidar la ocupación del territorio colonizado al norte del río Bío Bío</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>San Ambrosio de Linares</li> <li>Concepción</li> <li>San Bartolomé de Gamboa (Chillán)</li> </ul>	Traslados de ciudades	
<ul style="list-style-type: none"> <li>Santa Rosa de Los Andes</li> <li>San Felipe El Real</li> <li>Santa Bárbara de Casablanca</li> <li>Santa María de Los Ángeles</li> </ul>	Nuevas fundaciones en base a caminos	<ul style="list-style-type: none"> <li>✓ Mejorar la estructura de comunicaciones terrestres</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>La Serena</li> <li>Valdivia</li> <li>Santiago de Castro</li> </ul>	Obras de fortificación en ciudades puerto	<ul style="list-style-type: none"> <li>✓ Fortalecer las defensas del litoral frente a las agresiones externas</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>San Juan Bautista de Hualqui</li> <li>San Rafael de Talcamávida</li> <li>Santa Juana de Guadalcázar</li> <li>Nacimiento</li> <li>Santa Bárbara</li> </ul>	Nuevas fundaciones en base a fuertes	<ul style="list-style-type: none"> <li>✓ Proteger la frontera interna (eje geográfico río Bío Bío)</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>San Mateo de Osorno</li> </ul>	Reconstrucción de ciudades fundadas en el siglo XVI	<ul style="list-style-type: none"> <li>✓ Consolidar la ocupación de las zonas marginadas del proceso de colonización</li> </ul>

### 1.2.1 El contexto económico-social y sus influencias en la colonización y dominio de la extensión en Chile

En los siglos XVI y XVII, las colonias españolas estaban rezagadas en relación con la evolución cultural europea, pero, durante el siglo XVIII, el espíritu de las luces se presentó casi simultáneamente en Europa y América<sup>49</sup>. El testimonio de Alexander von Humboldt, respecto de los alcances del pensamiento ilustrado en el continente americano, respalda esta afirmación. El científico alemán elogió la ramificación del conocimiento y el adelanto que habían alcanzado las ciencias físicas y químicas en distintos lugares de América, incluyendo ciudades pequeñas y aisladas<sup>50</sup>.

En sentido similar, se destaca la evolución de las ciencias, la medicina y la farmacia en las universidades coloniales<sup>51</sup>. La actividad recopiladora de Juan Antonio Molina, que describió a la fauna y flora chilenas ordenadas por los principios de Linneo, es otra evidencia de la divulgación de las ideas científicas vanguardistas por una de las regiones más remotas del Nuevo Mundo<sup>52</sup>. Además, América concentraba el interés de las corrientes filosóficas vinculadas a Rousseau y sus seguidores, quienes veían a los indígenas como ejemplos del *buen salvaje* y a las sociedades nativas como organizaciones humanas ajenas a la corrupción y otros males de la civilización<sup>53</sup>.

Desde una perspectiva más amplia, José Muñoz Pérez plantea que en América las ideas ilustradas tuvieron un despliegue mayor y fueron más incisivas y abiertas que en España; además, sostiene que la Ilustración en América, aunque se vinculaba con la Ilustración española, adquirió fisonomías propias. Una originalidad americana era el criollismo de los principales representantes de las sociedades coloniales, quienes percibían a las nuevas ideas como base para la búsqueda de su identidad. El gusto criollo por los viajes a Europa y la lectura de los filósofos en sus idiomas originales, los llevó a diferenciarse de lo exclusivamente ibérico<sup>54</sup>. Muñoz Pérez explica que las teorías de Descartes y Newton llegaron hasta América, directamente desde Francia e Inglaterra, o a través del tamiz hispánico, y penetraron en forma más temprana y receptiva que en la propia España.

<sup>49</sup> Esta situación fue apreciada por diferentes personalidades de la cultura europea. Benito Jerónimo de Feijoo en su discurso *Españoles Americanos*, que integra el *Teatro Crítico Universal*, divulgó la obra intelectual de ilustres criollos que, por interés personal o por su participación en tertulias o academias, intercambiaban conocimientos y experiencias relacionadas con las ideas que recorrían Europa. PRAT GARCIA, José: *Medio milenio del Nuevo Mundo*. Editora Nacional. Colección Cultura y Sociedad. Madrid 1985. p.107

<sup>50</sup> Según Humboldt, en los llanos de Venezuela, en un pueblo aislado de las grandes ciudades, Carlos del Pozo, apoyado sólo un Tratado francés y las memorias de Franklin, había construido aparatos eléctricos y formado un gabinete tan completo como el de un físico europeo. También describió la Escuela de Minas de México que poseía un laboratorio de química, colecciones geológicas ordenadas según al sistema de Verner y un gabinete de física con instrumentos de Ramsdam, Adams, Lenoir y Berthoud, los que fueron completados con modelos ejecutados en la misma ciudad, con la mayor precisión. En México, Humboldt conoció a jóvenes que discutían sobre la descomposición del agua en el proceso de la amalgamación al aire libre y encontró una traducción al español de la Química de Lavoisier, anterior a otra edición española. PRAT GARCIA, José: *Medio milenio del Nuevo Mundo*. op.cit. pp.108-109

<sup>51</sup> López Piñero destaca a los médicos José Felipe Flores (guatemalteco) e Hipólito Unanue (peruano). Flores fue catedrático de la Universidad de San Carlos de México, anatomista e investigador de los fenómenos electro-físicos. Unanue era profesor de la Universidad de San Marcos de Lima, disector y estudioso de la relación entre las observaciones clínicas y condiciones ambientales. LOPEZ PIÑERO, José María: *Impulso y desarrollo de la actividad científica*. Publicado en: Carlos III y la Ilustración. Catálogo de exposición homónima, realizada con motivo de la conmemoración del bicentenario de la muerte de Carlos III. Ministerio de Cultura. España. Lunweg Editores. Madrid 1989. Tomo I. p. 277

<sup>52</sup> Linneo esbozó su célebre clasificación de las plantas en *Sistema naturae*, publicada en 1735, la que completó en obras posteriores, publicadas entre 1736 y 1751. Los trabajos de Molina se publican por primera vez en 1776.

<sup>53</sup> MUÑOZ PEREZ, José: *La Ilustración americana*. Publicado en: Carlos III y la Ilustración. Catálogo de la exposición homónima, realizada con motivo de la conmemoración del bicentenario de la muerte de Carlos III. Ministerio de Cultura. España. Lunweg Editores. Madrid 1989. Tomo I. p. 412

<sup>54</sup> MUÑOZ PEREZ, José: *La Ilustración americana*. op. cit. p. 407

La falta de prejuicios y una Inquisición más permisiva influyeron en la divulgación amplia y directa de las ideas ilustradas. El clero y las universidades americanas eran más progresistas que estas mismas instituciones en España; por otra parte, la entrada y la circulación de libros que contenían las nuevas ideas fueron facilitadas por el permanente contrabando y comercio entre las distintas regiones americanas y otras naciones europeas<sup>55</sup>.

Respecto de la actitud de apertura hacia las nuevas ideas, José Muñoz Pérez señala que la vocación científica se despertó en los españoles al inicio de la colonia; desde el descubrimiento de América, intuían que en el Nuevo Mundo no podían aplicarse los mismos parámetros culturales del Viejo Mundo. Las nuevas tierras y el nuevo cielo fueron observados con una mirada nueva porque las perspectivas tradicionales no servían<sup>56</sup>. En este sentido, es posible sostener que la actitud cultural -valorando más el conocimiento obtenido mediante la observación directa de los fenómenos, en comparación con la verdad impuesta por las tradiciones- surgió del contacto con la naturaleza americana, cuyas asombrosas cualidades fueron decisivas para impulsar la revisión de las ciencias<sup>57</sup>.

La relación de inmediatez con una naturaleza incomparable a la conocida, así como la vecindad con civilizaciones diversas, incitó a los conquistadores españoles y a los integrantes de las expediciones científicas a adoptar una postura crítica frente a las concepciones culturales tradicionales. El contacto con un mundo nuevo y en proceso de mestizaje estimuló en los conquistadores y expedicionarios un estado de vigilia intelectual que se refleja en su disposición a admitir que el orden del Nuevo Mundo era diferente al establecido por las tradiciones. Esta posición de apertura debió ser heredada por los criollos, facilitando la acogida de las ideas ilustradas en América.

La Ilustración americana se canalizó en dos vertientes: ideas y acciones. Las ideas fueron exportadas desde Europa por los americanos y las acciones -expresadas en reformas administrativas y económicas- fueron obra española<sup>58</sup>. En este contexto, debe considerarse que, a pesar de la importancia de los criollos para la aceptación y divulgación de los ideales ilustrados, las acciones reformistas en las colonias fueron impulsadas por la Corona española, especialmente por Carlos III quién, junto a sus ministros ilustrados<sup>59</sup> y gobernantes americanos, promovió un conjunto de reformas para reestructurar la administración colonial, fomentar el desarrollo económico y los procesos de crecimiento urbano y consolidar las fronteras imperiales.

Desde otra perspectiva, el plan de reformas puede ser visto como un fracaso total porque alentó la independencia de las colonias. El ascenso social de los criollos -que tenían altos grados de formación- fortaleció la creación de una conciencia histórica, apoyada en las ideas revolucionarias francesas y el ejemplo de Estados Unidos de Norteamérica, que se manifestó en reivindicaciones sociales y políticas, culminando con la independencia de las colonias americanas de la Corona española<sup>60</sup>.

<sup>55</sup> MUÑOZ PEREZ, José: *La Ilustración americana*. op. cit. p. 411

<sup>56</sup> MUÑOZ PEREZ, José: *La Ilustración americana*. op. cit. p. 411

<sup>57</sup> En el marco teórico, punto c: Los mitos y las ciencias en la interpretación del paisaje en el período colonial se analiza este aspecto del descubrimiento y conquista de América.

<sup>58</sup> La voluntad por modernizar la administración española de América se expresa en la reglamentación de libre comercio, la instauración el año 1781 de las primeras Sociedades Económicas de Amigos del País y la creación de la Real Academia de San Carlos en México en 1783.

<sup>59</sup> Un ejemplo de ministro ilustrado fue José de Gálvez, quién conoció directamente América. BONET CORREA, Antonio: *El Barroco americano*. Publicado en: *Carlos III y la Ilustración*. Ministerio de Cultura. España. Lunwerg Editores. Madrid 1989. Tomo I. p. 416.

<sup>60</sup> El conjunto de reformas económicas y administrativas no se expresó en modificaciones significativas del comercio interoceánico, que sólo aumentó de volumen; tampoco se procedió a desamortizar los bienes eclesiásticos y nobiliarios; por lo cual, el resultado en este sentido no fue relevante.

En relación con el éxito o fracaso de los cambios, Céspedes de Castillo plantea que posiblemente, como en todo evento que se desarrolla por un extenso territorio, las reformas debieron tener un valor, aplicación y resultados distintos en cada región<sup>61</sup>. Este es un argumento sugerente, en particular, si se considera la diversidad cultural de América.

Sin embargo, en la vorágine reformista del siglo XVIII persistían grupos políticos y sociales resistentes a las innovaciones; un problema que el gobierno español trató de solucionar incorporando al tejido social a estamentos burocráticos y militares. En Chile y otras regiones americanas, la oposición de la oligarquía criolla -cuyo poder político y dominio económico había aumentado gradualmente desde el siglo XVI- restringió la aplicación de las reformas. Las complejas sociedades poli étnicas de la América colonial también entrañaban riesgos de desestabilización ante los cambios o como objeción a las injusticias. Un conocido ejemplo de resistencia indígena a la acción española fue la rebelión del año 1780, comandada por Tupac Amaru II<sup>62</sup>.

El propósito de acelerar la economía de las regiones americanas exigía conocer la ubicación de las riquezas y corregir los errores de la colonización, reorganizando la administración del territorio; estos objetivos fueron propuestos por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, oficiales de la marina española, a su regreso a España después de la expedición científica realizada bajo su dirección. Su permanencia en América por once años, para indagar sobre la vida y los recursos del Nuevo Mundo, les permitió conocer la realidad geográfica, los problemas económicos y las dificultades sociales que enfrentaban los colonizadores y proponer cambios a los sistemas de gobierno y administración de los territorios españoles en América. La finalidad de las reformas era obtener mayores beneficios científicos y económicos basados en la investigación y exportación hasta España de minerales y especies botánicas que incrementarían el campo de la medicina, la industria y la alimentación<sup>63</sup>.

Según Jorge Juan y Antonio de Ulloa, las regiones americanas poseían abundantes y variados recursos naturales pero eran gobernadas por personas que no atendían a los intereses del gobierno español<sup>64</sup>. Por esto, hicieron notar la urgencia de reformar las administraciones coloniales mediante innovaciones políticas, educacionales y científicas; aconsejaron formar técnicos para efectuar las reformas y plantearon la necesidad de mejorar la extracción de los frutos americanos que eran beneficiosos para la agricultura, comercio y producción de manufactura. Opinaban que la riqueza debía buscarse en recursos preciosos, cuya obtención se debía perfeccionar, y en nuevos productos que habría que estudiar; incluso proponían proteger frutos raros y olvidados, que no rendían beneficios porque sus propiedades eran desconocidas.

El conocimiento de América, además de incentivar el avance científico, respondía a un desafío económico porque el Nuevo Mundo no sólo abastecía a Europa de nuevos productos o incrementaba el comercio de recursos conocidos y solicitados como el café, azúcar, oro y otros metales preciosos sino que abría nuevas posibilidades para la expansión del comercio intercontinental.

<sup>61</sup> CESPEDDES DEL CASTILLO, Guillermo: *Los Reinos de Indias*. Publicado en Carlos III y la Ilustración. Catálogo de la exposición homónima, realizada con motivo de la conmemoración del bicentenario de la muerte de Carlos III. Ministerio de Cultura. España. Lunweg Editores. Madrid 1989. p.389

<sup>62</sup> Tupac Amaru II (1738- 1781), bautizado como José Gabriel Condorcanqui, el año 1780 inició la mayor revolución indígena de la época colonial, en protesta contra las injusticias de los corregidores; al año siguiente fue capturado y salvajemente ejecutado. Su nombre indígena recuerda a Tupac Amaru I (1545-1572) el último inca de la dinastía rebelde de Vilcabamba.

<sup>63</sup> Según Domínguez Ortiz, el informe de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, publicado en *Noticias Secretas de América* es un formidable alegato contra de la administración colonial. En: DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio: *Carlos III y la España de la Ilustración*. Alianza Editorial. Segunda Reimpresión. Madrid 1989. p.211

<sup>64</sup> JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de: *Noticias secretas de América*. Editorial Turner, Madrid, 1982. Edición facsimilar de la publicada por David Berry. Londres, 1826.

Elliot sostiene que el descubrimiento y la explotación de los recursos naturales de América jugaron un papel esencial en las transformaciones sociales y económicas del Viejo Mundo y, por lo tanto, son claves para interpretar la historia moderna de Europa. El descubrimiento de América se relacionó con el auge del capitalismo, el aumento de los medios de intercambio, el impulso a la navegación y el incremento del comercio; además, la dinámica económica y las reflexiones sobre el hombre y la sociedad –vinculadas al conocimiento de nuevas culturas– estimuló el surgimiento de una serie de reformas que acabaron definitivamente con el sistema feudal<sup>65</sup>. No obstante, según plantea Elliot, en diferentes estudios se minimiza la importancia de América para la evolución económica europea; aunque hay posiciones discrepantes sobre la dimensión del impacto que el conocimiento del Nuevo Mundo tuvo sobre el continente europeo, es indudable que ejerció influencias considerables en diferentes aspectos, especialmente, aquellos relacionados con la administración de las colonias y el desarrollo de las actividades económicas<sup>66</sup>.

A pesar en las dificultades para medir los efectos del descubrimiento de América en la economía europea, es evidente que el Nuevo Mundo era un territorio apetecido por distintas naciones. Varios países europeos no permanecieron indiferentes al valor económico y comercial de América, como puede deducirse de las expediciones de navegantes y corsarios que asediaban las costas, flotas y puertos americanos; esta circunstancia obligó a España a construir complejas y costosas obras con el fin de defender a las ciudades y territorios del litoral americano.

Los progresos en la navegación y la cartografía acercaron cada vez más a Europa y América; por otra parte, el Nuevo Mundo fue creciendo en importancia como fuente de riquezas, lo que significó que fuera constantemente amenazado en los campos militar y económico. La ocupación de La Habana por Inglaterra, en 1762, dejó en evidencia las deficiencias de los sistemas defensivos de las colonias americanas; por esto, una prioridad española durante el siglo XVIII fue proteger las fronteras y ciudades más amenazadas por los intentos de penetración extranjera.

La ocupación transitoria de los territorios costeros por otras naciones europeas y los continuos asaltos de piratas a puertos y ciudades litorales elevó el valor estratégico de los sistemas defensivos costeros, estimulando la realización de proyectos y obras para fortificar los sectores más importantes del litoral americano. Esta circunstancia explica la relevancia que se asignó a las expediciones navales y cartográficas.

Las actitudes expansionistas de otras naciones europeas motivaron la instauración de una serie de estrategias y acciones colonizadoras que se enfocaban básicamente a mantener la integridad territorial de las áreas más amenazadas. En este contexto, los objetivos colonizadores procedentes de los ideales ilustrados impulsaron una serie de reformas para activar el proceso de dominio en Chile, donde el conjunto de innovaciones, además de responder a objetivos y propósitos generales de la época, fue condicionado por las particularidades geográficas e históricas de la región.

<sup>65</sup> ELLIOT, J.H. *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. op cit. pp.72-89

<sup>66</sup> Según Elliot, las opiniones divergentes respecto al impacto económico del descubrimiento de América giran en torno a ciertos temas que se encuentran en todas las discusiones al respecto. Uno se refiere al flujo de metales preciosos, cuya medición todavía es una cuestión no claramente resuelta; también es confusa la investigación sobre la distribución de esos metales en España y el resto de Europa. Otros temas complejos son la importancia de América como ampliación del área comercial europea, y su posible influencia en los cambios de los centros de poder y las relaciones internacionales. ELLIOT, J.H. *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. op cit. pp.72-99. Respecto al proceso de evangelización hay una discusión que no ha sido suficientemente aclarada; para la iglesia, América representó un territorio y población inmensos, en los cuales podía ejercer su acción y aumentar su prestigio; sin embargo, ciertos autores plantean que la evangelización americana, desde algunos aspectos, fue un fracaso. ELLIOT, J.H. *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. op. cit. p.103

Una condición determinante fue la deficiente integración física y funcional de Chile con el sistema colonial continental debido a su ubicación geográfica y existencia de obstáculos naturales que dificultaban las comunicaciones terrestres desde y hacia las regiones limítrofes; otro factor decisivo era la debilidad de las fronteras externas e internas y el estado de conflicto permanente generado por la guerra de Arauco, que impedía asegurar la posesión del territorio. El proceso de colonización de Chile también estuvo condicionado por la frágil ocupación hispana que se denotaba en el escaso número de ciudades consolidadas y la existencia de amplias extensiones que, a mediados del siglo XVIII, estaban excluidas o marginadas de la urbanización.

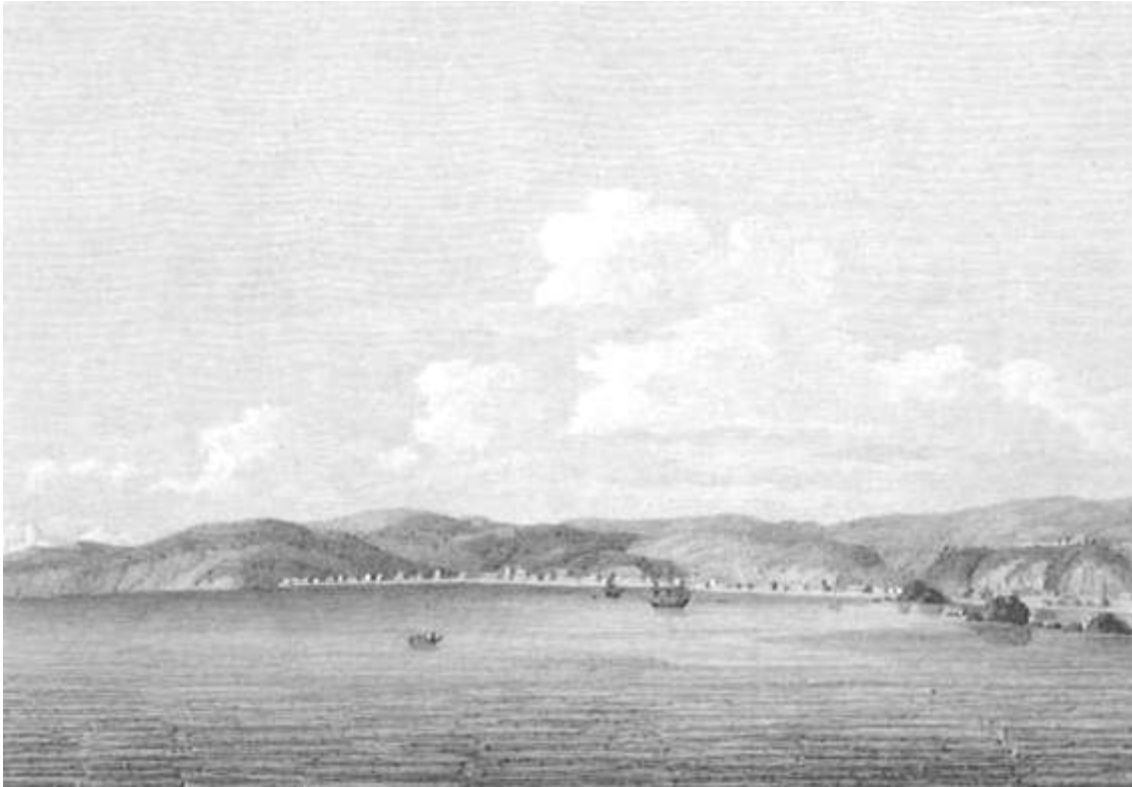
La posición geográfica de Chile -en el extremo meridional de América y rodeado por las formidables presencias de la cordillera de Los Andes, el desierto de Atacama y el océano Pacífico- explican su compleja accesibilidad; característica que repercutía en una débil integración con las zonas limítrofes. Por el norte, las conexiones terrestres con Lima -capital del Virreinato del Perú y una de las ciudades que concentraba el poder colonial, de cuyas decisiones dependía la Capitanía General de Chile- estaban restringidas por el extenso desierto de Atacama que, por su carácter de vastedad inhóspita, fue un territorio marginado de la urbanización y hasta evitado como lugar de paso.

Los accesos y conectividad por el oriente estaban seriamente obstaculizados por la cordillera de Los Andes, una muralla natural casi insalvable que aislaba a Chile del Virreinato del Río de La Plata. La cordillera era un límite físico continuo, excepto por unos pocos pasos que podían utilizarse entre noviembre y marzo porque durante el invierno, la nieve y bajas temperaturas imposibilitaban las travesías, aislando a las ciudades trasandinas. Hacia el poniente, Chile enfrenta al océano Pacífico, espacio obligado para las rutas de navegación desde el Atlántico, a través del estrecho de Magallanes; por esto, la región chilena -conocida como la **Llave del Pacífico**- era esencial para acceder a los puertos del Virreinato de Perú y Audiencia de Quito. No obstante, a pesar de su importancia para la navegación y el comercio, el dominio del litoral chileno mediante la colonización era vulnerable por el frecuente asedio de piratas a los puertos y ciudades litorales. Los ataques a los puertos de Valparaíso y Talcahuano y a las ciudades costeras -La Serena, Concepción, Valdivia y Santiago de Castro- son evidencias de esta situación. El acoso de otras potencias europeas, además de generar inseguridad para las comunicaciones marítimas y el transporte, perturbaba la urbanización; esta circunstancia explica la relevancia que se otorgó al litoral chileno dentro de los planes defensivos de escala continental.

En el avance del conocimiento de la realidad física de América alcanzado en el siglo XVIII resaltan los resultados obtenidos por las exploraciones navales y cartográficas organizadas para registrar las características costeras y las condiciones de acceso a los puertos<sup>67</sup>. Las mediciones geográficas y elaboración de cartografía detallada del litoral entregaron informaciones básicas para consolidar el dominio español de las costas americanas. Chile no estuvo ajeno a esta preocupación como lo demuestra la intensa actividad desplegada por los ingenieros militares encargados de diseñar los planes defensivos y construir las fortificaciones de los puertos y ciudades costeras.

El interés que representaba Chile para España y otros países europeos se debía a su posición estratégica para controlar las rutas de navegación por el sur de América, a través del estrecho de Magallanes o el Cabo de Hornos. Esta circunstancia explica la realización de varias expediciones navales financiadas por Inglaterra y Francia. En el contexto de esta investigación se destaca el viaje del capitán George Vancouver por su aporte para el conocimiento de puertos y ciudades, especialmente Valparaíso y Santiago del Nuevo Extremo

<sup>67</sup> Las obras de fortificación costera, realizadas por técnicos especializados, dejaron un relevante trabajo cartográfico y constructivo, como se revela en la cuantiosa documentación gráfica sobre este aspecto de la colonización.



**Villa de Valparaíso. Dibujo realizado durante el viaje de George Vancouver. 1795<sup>68</sup>**

Chile presentaba ciertas características exclusivas; la principal era que el avance de la urbanización dependía de la evolución de la guerra de Arauco. La importancia del conflicto se refleja en el número de fuertes fundados en Arauco y en la construcción de un sistema de defensivo paralelo al río Bío Bío, frontera natural entre la zona de guerra y el territorio donde la colonización se había asentado. Controlar la frontera interna fue una necesidad militar; también era fundamental para lograr el objetivo de desarrollo económico debido a la constante pérdida de vidas humanas y bienes materiales. La enorme dimensión del espacio –escenario de guerra– que a mediados del siglo XVIII permanecía marginado del dominio español y el lento avance de la urbanización, que aún mantenía a varias ciudades aisladas por grandes extensiones sin poblar, obligó a reforzar la actividad colonizadora en el área de Arauco mediante la fundación de fuertes y misiones.

Las dificultades de acceso al territorio chileno y problemas de conectividad entre las ciudades que, a mediados del siglo XVIII, habían logrado permanecer como centros estables explican la construcción de caminos para completar las conexiones internas y mejorar la integración de Chile al continente. Finalmente, debe considerarse que la zona austral aún se mantenía como espacio inexplorado por la fragmentación del territorio que impedía las comunicaciones terrestres y avanzar con la colonización. La zona austral es una extensa área que sólo pudo ser recorrida por el litoral y permaneció hasta finales de la colonia como territorio desconocido y deshabitado<sup>69</sup>. Los únicos intentos por asentar el dominio español en las cercanías del estrecho de Magallanes –con las fundaciones de Nombre de Dios y Ciudad del Rey Don Felipe– habían fracasado por la imposibilidad de superar las adversas condiciones climáticas y el grave aislamiento que caracterizaban a este territorio.

<sup>68</sup> Dibujo realizado en el viaje del capitán Vancouver a América. Publicado en *Voyage de découvertes a l'Océan Pacifique du Nord et autour du monde*. El trayecto, que incluyó la costa noroeste de América, fue ordenado por la Corona inglesa. Imprenta de la République. París 1795. Un ejemplar del original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Chile

<sup>69</sup> Actualmente, las ciudades australes de Chile no son accesibles por tierra debido a la complejidad del relieve y la presencia de campos de hielo, fiordos y canales que impiden el paso.



### 1.2.2 Estructura geográfica, colonización y administración del territorio

De acuerdo a su fisiografía, Chile consta de cuatro áreas: la cordillera de Los Andes, los valles que se desarrollan entre los montes andinos y la cordillera de La Costa, el sistema de montes costeros y el litoral del Pacífico con sus islas. La cordillera de Los Andes –conocida con el nombre de Sierra Nevada- ejercía sus influencias a lo largo del país porque el cordón continuo de montañas y volcanes aislaba a las provincias trasandinas –Cuyo y Tucumán- y restringía la ocupación del territorio, porque, como dice Carvallo y Goyeneche, estaba compuesta de montes tan encadenados unos con otros, que desde Copiapó hasta la Patagonia sólo se conocía una pequeña parte de ella<sup>70</sup>. Además, era una importante fuente de recursos minerales; esta característica fue decisiva para impulsar la colonización con la fundación de centros mineros.

La estructura geográfica condicionó la urbanización –que se concentró en los valles enmarcados por las cordilleras de Los Andes y de La Costa- y la administración del territorio. Por otra parte, la necesidad de instituir capitales provinciales motivó una mayor densidad de fundaciones; sin embargo, los resultados de esta acción fueron desiguales porque el éxito de las nuevas ciudades dependía del relieve geográfico, el contexto histórico, el dinamismo de otras estructuras de colonización –haciendas, pueblos de indios y fuertes-, la capacidad endógena de las ciudades y la eficiencia de la red de caminos.

Chile colonial se dividía en dos Obisposados con sedes en Santiago del Nuevo Extremo y Concepción; cada uno estaba organizado en provincias delimitadas por elementos geográficos, en particular, ríos y cordilleras. El Obispado de Santiago se componía de diez provincias que, de norte a sur, abarcaban desde el límite norte de Chile al río Cauquenes y en sentido transversal, desde la cordillera de Los Andes al océano Pacífico. El área se caracteriza por sus tierras fértiles y habitables todo el año por su clima templado; está irrigada por grandes ríos que, solos o junto a cauces menores, en sus recorridos desde la cordillera para desaguar en el océano Pacífico, dan origen a valles donde se asentaron las ciudades y numerosas haciendas que, en ocasiones, utilizaron el agua de los ríos para alimentar acequias y fertilizar los campos<sup>71</sup>.

#### Provincias y base productiva del Obispado de Santiago

Provincia (de norte a sur)	Capital provincial	Base productiva
Copiapó	San Francisco de La Selva	Minerales
Coquimbo	La Serena	Tierras agrícolas, minerales, pesca
Quillota	San Martín de La Concha	Tierras agrícolas
Santiago	Santiago del Nuevo Extremo	Tierras agrícolas, viñas, minerales
Aconcagua	San Felipe El Real	Comunicaciones trasandinas Tierras agrícolas, minerales
Valparaíso	Puerto de Valparaíso	Comunicaciones marítimas
Melipilla	San José de Logroño	Tierras agrícolas
Rancagua	Santa Cruz de Triana	Tierras agrícolas
Colchagua	San Fernando	Tierras agrícolas, viñas
Maule	San Agustín de Talca	Tierras agrícolas, viñas

El territorio del Obispado de Concepción abarcaba desde el río Cauquenes –el límite sur del Obispado de Santiago- hasta punta San Martín<sup>72</sup>, incluyendo la zona que se extendía entre los ríos Bio-Bio y Bueno, cordillera de Los Andes y océano Pacífico; que desde la sublevación de 1598 permanecía fuera del área dominado por España.

<sup>70</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p.19

<sup>71</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 23

<sup>72</sup> Punta San Martín se ubica en la parte sur del estero Elefantes, en su costa oeste, al NE del glaciar y laguna de San Rafael. ASTA-BURUAGA, Francisco Solano: *Diccionario geográfico de la República de Chile*. Segunda edición corregida y aumentada. Imprenta de F.A. Brockhaus. Leipzig, 1899. p.812

Esta zona, según cálculos de Carvallo y Goyeneche, tenía 2.680 leguas cuadradas de superficie; estaba separada del resto de Chile por la frontera interna establecida en 1610 por el virrey del Perú, fijando al río Bío Bío como eje de delimitación entre los territorios españoles y las tierras de los indígenas. En esta extensión, a fines de la época colonial, se habían identificado más de setenta ríos, lo que explica tanto la fertilidad de sus tierras como la complejidad del relieve, seccionado en numerosos valles y quebradas generadas por los cañones de los cauces<sup>73</sup>.

#### Provincias y base productiva del Obispado de Concepción

Provincia (de norte a sur)	Capital provincial	Base productiva
Cauquenes	Nuestra Señora de La Merced	Tierras agrícolas
Concepción	Concepción	Tierras agrícolas, pesca
Chillán	San Bartolomé de Gamboa	Tierras agrícolas, viñas, ganadería
Itata	Dulce Nombre de María de Quirihue	Viñas, tierras agrícolas
Puchacay	San Juan Bautista de Hualqui	Tierras agrícolas
Rere	San Luis Gonzaga	Tierras agrícolas, defensa
La Laja	Nuestra Señora de Los Ángeles	Tierras agrícolas, defensa

El Obispado de Concepción se dividía en tres fracciones territoriales. La primera se extendía desde el río Cauquenes al río Bío Bío; la segunda se desarrollaba al sur de la frontera interna en el Bío Bío hasta el río Bueno y la tercera comprendía el área entre el río Bueno y punta de San Martín. La primera fracción abarcaba una serie de valles fluviales y su forma de ocupación era similar a la del Obispado de Santiago.

La segunda fracción se subdividía, a su vez, en cuatro territorios delimitados por las características geográficas. Vicente Carvallo y Goyeneche, capitán de Dragones en la última etapa del período colonial, conoció la zona y en su crónica la describió con sus nombres indígenas, tal vez, como reconocimiento a su contexto histórico. Los cuatro territorios o Butal-Mapu son: Lafquen-Mapu en el área costera, Lelbun-Mapu o tierras llanas, Ina-Pire-Mapu o tierras sub andinas y Huilli-Mapu o País del Sur.

El Lafquen-Mapu o territorio costero, estaba naturalmente dividido en dos áreas por un cordón de cerros costeros –cordillera de Nahuelbuta- que en sentido norte-sur se extiende desde la desembocadura del río Bío Bío al río Cautín formando una cadena de montañas paralelas a Los Andes que, a pesar de no tener alturas comparables con esta, se cubren de nieve en invierno y forman un relieve escabroso. La longitud de la zona era de diez a doce leguas y su ancho fluctuaba entre dos y nueve leguas según las distancias entre la línea de montes y el litoral. Sus tierras están regadas por numerosos ríos que bajan de la cordillera de Nahuelbuta<sup>74</sup>. En 1789, cuando era comandante de la plaza de Arauco, Carvallo y Goyeneche mandó a realizar una prolija matrícula de la población indígena que, a la fecha, alcanzaba a más de 1.363 indígenas en Arauco, 8.991 en Tucapel, 12.000 en La Imperial y 10.000 en Boroa<sup>75</sup>.

El Lelbun-Mapu –tierras llanas- estaba aislado del territorio costero -Lafquen-Mapu- por la cordillera de Nahuelbuta y una línea teórica que, de norte a sur, transcurría entre el río Bio-Bio y las parcialidades de Boroa y Maquehua. Comprendía una serie de distritos, integrados a las parcialidades mencionadas, donde vivían alrededor de 10.000 habitantes<sup>76</sup>. Carvallo y Goyeneche indica que los indígenas evitaban ocupar las tierras donde los españoles tuvieron alguna población y se alejaban de las zonas donde permanecían; en consecuencia, evacuaron un extenso distrito –entre los ríos

<sup>73</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. p.167

<sup>74</sup> Los mayores ríos del Lafquen-Mapu son: Colcura, Chivilingo, Laraquete, Carampangue, Tubul, Raqui, Canchupil, Pilpilco, Lebu, Llicura, Tucapel, Nielan, Paicavi, L'leulleu, Quidico y Chumpull, además, por el área corren el Cautín, Budi y Chillé. Son los ríos principales y corresponden a los descritos por Carvallo y Goyeneche en *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. p.170.

<sup>75</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. pp.171-172

<sup>76</sup> Los distritos eran Encol, Requen, Nininco, Puren, Lumaco, Repocura, Tomen y Cholchol

Bio-Bio y Vergara, las vegas de Encol y San Miguel y los montes de Nahelbuta- que tenía una superficie superior a 300 leguas cuadradas; añade que en los tiempos de paz, los pobladores de los fuertes de Santa Juana y Nacimiento usaban estas tierras para criar ganados de vacunos<sup>77</sup>.

El territorio del Ina-Pire-Mapu, adyacente a la sierra nevada, se extendía de norte a sur entre los ríos Bio-Bio y Toltén y de oriente a poniente entre Los Andes y un eje imaginario que lo separaba del Lelbun-Mapu. Se dividía en diez parcialidades, cuya población total se acercaba a 28. 000 habitantes<sup>78</sup>.

El territorio indígena Huilli-Mapu o País del Sur abarcaba, de norte a sur desde el río Toltén al río Bueno, y de oriente a poniente se extendía entre Los Andes y el océano Pacífico. Carvallo y Goyeneche lo describe como un territorio montañoso, con escasas y pequeñas llanuras regadas por numerosos ríos. En las riberas del río Bueno, los terrenos eran uniformes y fértiles porque recibían el riego de varios esteros. En esta zona se obtenían buenas cosechas de trigo o cebada y en sus pastos era posible criar ganado lanar, caballar y vacuno; en la costa abundaban los peces y mariscos. Su población llegaba a 20.000 habitantes<sup>79</sup>.

La tercera fracción del Obispado de Concepción ocupaba desde el río Bueno hasta la punta de San Martín, con una extensión de 250 leguas de norte a sur y de 90 en sentido oriente a oeste, incluido Los Andes. Desde las riberas del río Bueno y hasta 30 leguas hacia el sur, era un territorio llano y bien regado; después, la tierra era cada vez menos fértil y el relieve más abrupto hasta llegar a tierras infecundas y de clima rígido. A partir de la información disponible, Carvallo y Goyeneche señala que no se sabía bien cuantos habitantes tenía esta zona, pero, en una convocatoria se reunieron más de 7000 hombres<sup>80</sup>. Esta fracción incluía al archipiélago de Chiloé y a los archipiélagos australes. Chiloé tenía alrededor de 24.000 habitantes, españoles e indios; los últimos fueron registrados como católicos.

#### Territorios indígenas del Obispado de Concepción al sur del río Bío Bío

Territorio	Centros de colonización	Recursos naturales y economía
Lafquen-Mapu Segunda sección	Fuertes de Colcura, Arauco y Tucapel Parcialidades de La Imperial y Boroa donde hubo misiones	Maderas, pinares y minas de oro
Lelbun-Mapu Segunda sección	Plaza fuerte de Santa Juana Plaza fuerte de Nacimiento	Maderas, ganadería
Ina-Pire-Mapu Segunda sección	Misiones jesuitas de Colhué, Mulchén, Marbén, Chacaico y Maquehua.	Tierras aptas para el desarrollo de la agricultura y ganadería
Huilli-Mapu Segunda sección	Valdivia y su sistema de fuertes	Tierras para agricultura, pesca
Tercera sección	Santiago de Castro Puerto de San Carlos de Ancud Puerto de San Antonio de Chacao Misiones circulantes de Chiloé	Maderas, pesca, tierras aptas para agricultura y ganadería

Nota: La primera sección del Obispado de Concepción se despliega por el norte del río Bío Bío y corresponde a un territorio colonizado por España.

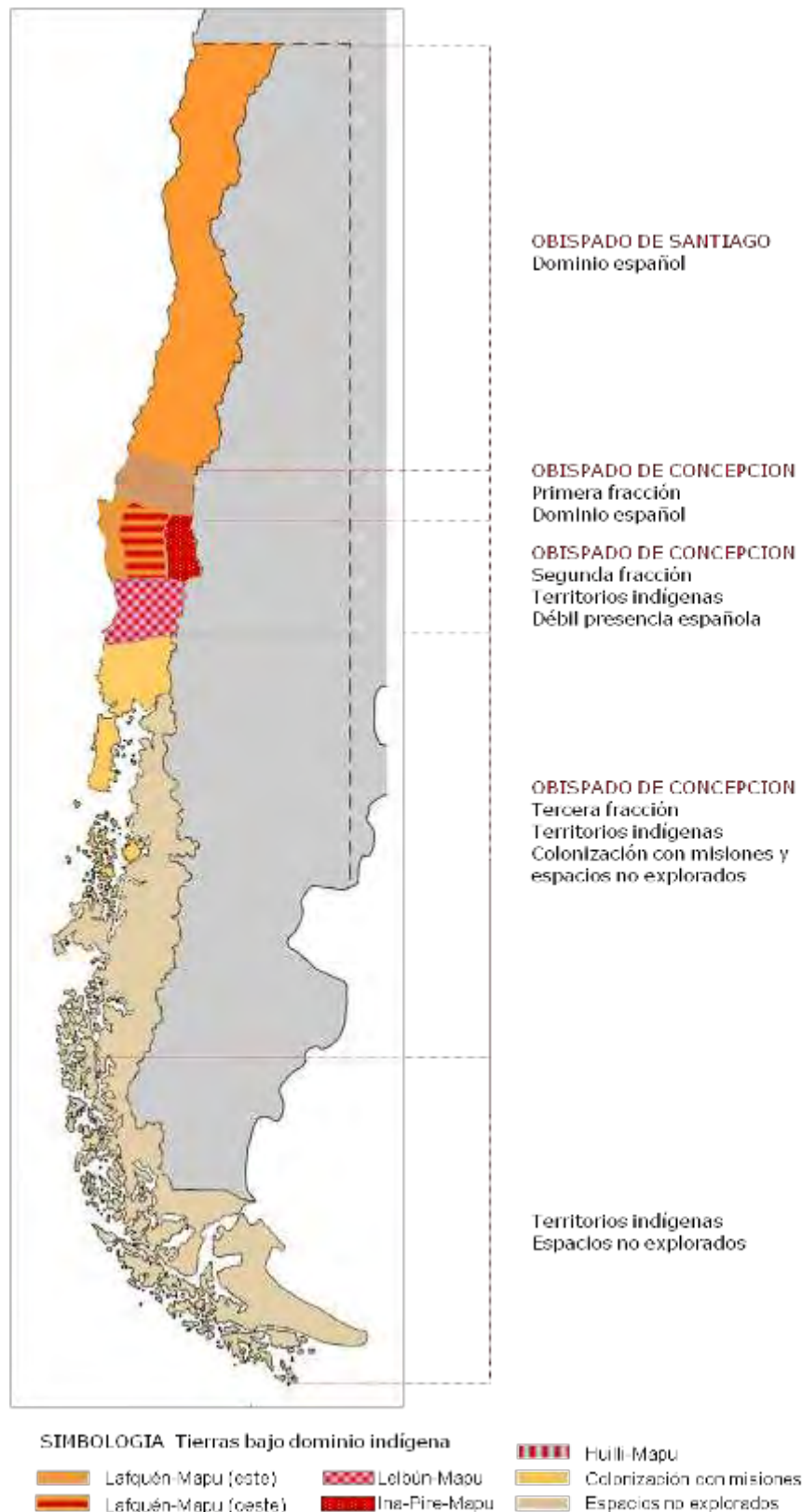
<sup>77</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. p.171

<sup>78</sup> Las parcialidades son Bureo, Colhue, Mulchén, Malleco, Regaico, Chacaico, Quechereguas, Llamuco, Tub-tub y Naquegua. CARVALLO Y GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. pp.171-172

<sup>79</sup> Las parcialidades del Huilli-Mapu eran Pitufquén, Doquell, Quetatué, Chedque, Pelecahuin, Cudihue, Mariquina, Rarique, Quinchilca, Riobueno, Nagtoltén, Quintoquin, Queule y Guada. CARVALLO Y GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. p.177.

<sup>79</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. p.178

<sup>80</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. p.188



### División administrativa-eclesiástica de Chile colonial y territorios indígenas

Según descripción de Carvallo y Goyeneche<sup>81</sup>

<sup>81</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op. cit. pp.170-190

### 1.2.3 Nuevas estrategias y acciones de colonización en el territorio chileno

En el contexto de las reformas para impulsar la economía y una administración más eficiente del territorio, en esta parte de la tesis se analizan las nuevas estrategias y acciones colonizadoras enfocadas a corregir el desastroso estado de la urbanización en Chile y la lenta dinámica de las ciudades.

La constatación de las debilidades que afectaban la ocupación del territorio chileno impulsó la revisión de las estrategias de colonización y la definición de un repertorio de acciones administrativas y físicas. Las principales operaciones de gestión fueron la elaboración de informes y cartografía para superar el escaso conocimiento de la región y sus recursos, la formulación de planes para expandir el espacio colonizado y la implementación de reformas para mejorar la administración del territorio. Las acciones físicas más relevantes fueron las fundaciones de ciudades, el traslado de los centros urbanos con problemas de desarrollo, fundaciones de pueblos de indios y misiones, construcción de obras defensivas y mejoramiento de los caminos.

Las nuevas estrategias colonizadoras -aplicadas desde la segunda mitad del XVIII considerando la experiencia adquirida y la revisión de lo realizado en función de las ideas predominantes en la época- se enfocaron a los siguientes objetivos: Activar la colonización para fomentar la economía en zonas con recursos agrícolas y mineros, consolidar el dominio territorial de las ciudades marginadas de los centros de poder, perfeccionar la protección de fronteras externas e internas y fomentar la integración entre diferentes componentes de la estructura de colonización a través del sistema de comunicaciones terrestres.

El propósito de activar la colonización para fomentar la economía agraria o minera en áreas específicas se expresó en acciones administrativas -creación de la Junta de Poblaciones- y acciones físicas entre las que se distinguen fundaciones, traslados y repoblaciones de ciudades y la instauración de varios pueblos de indios. El conjunto de acciones buscaba acelerar la urbanización de los territorios con mayor potencial económico. Complementariamente, para estimular el desarrollo de la agricultura, se construyeron obras de infraestructura como canales de riego.

Con la finalidad de consolidar el dominio de la zona sur y apoyar el progreso de las fundaciones más aisladas se realizaron acciones colonizadoras en áreas próximas a las ciudades de Valdivia y Santiago de Castro; los dos núcleos que simbolizaban el dominio español en el sur de Chile. La acción más reiterada fue la instauración de pueblos de indios y misiones para ayudar a sostener a las ciudades. Los planes para repoblar a San Mateo de Osorno, Villarrica, La Imperial y Angol -con la intención de recuperar el territorio abandonado desde 1598- y el mejoramiento de los caminos a Valdivia también formaban parte de la estrategia de integración territorial.

Las acciones relacionadas con la seguridad de las fronteras se encauzaron hacia dos objetivos prioritarios. Uno era la defensa de los lugares vulnerables del litoral con la construcción de fortificaciones para proteger puertos y ciudades. El otro se refiere al control de la frontera interna; para esto se procedió a corregir el sistema defensivo del río Bío Bío, la frontera natural que separaba a la indómita zona de Arauco de las áreas colonizadas y que, desde el año 1610, se definió como límite entre las tierras indígenas y españolas. Paralelamente -con la finalidad de pacificar y de incorporar a los indígenas chilenos al orden hispano- se crearon pueblos de indios, reducciones y misiones en las áreas conflictivas. Las acciones de pacificación se complementaron con la realización de parlamentos para acercar las posiciones de grupos indígenas que se oponían a la colonización y los representantes del gobierno colonial.

Los problemas de comunicación interna generados por las enormes distancias entre ciudades –situación que se repite en otras regiones americanas debido a la inmensa extensión del continente- en Chile se incrementaban por la existencia de elementos del relieve que obstaculizaban las relaciones funcionales de las ciudades entre sí y su articulación con zonas colonizadas. La complejidad geográfica de Chile permite comprender porqué la red de asentamientos -ciudades, pueblos de indios, fuertes, misiones y haciendas- que sostenían la colonización requería de una eficaz trama de caminos para su efectiva integración.

Con el propósito de promover el intercambio comercial y la integración trasandina se perfeccionaron las rutas terrestres y se mejoraron los pasos cordilleranos en Los Andes. Finalmente, para apoyar la integración interna de la región y relacionar a las ciudades con los puertos y centros de producción agraria y minera, se construyeron nuevos caminos y se repararon las vías existentes. Estas acciones influyeron en el fortalecimiento de la estructura de comunicaciones terrestres y en la ordenación vial de las ciudades.

### Síntesis de estrategias, acciones y objetivos de la colonización en el siglo XVIII

Estrategias	Acciones	Objetivos
Activar la colonización para fomento de la economía	Elaboración planes de colonización Elaboración de cartografía	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Conocer características territoriales y localización de recursos naturales</li> <li>■ Optimizar extracción y distribución de recursos naturales</li> </ul>
	Fundación de nuevas ciudades Instauración de pueblos de indios y haciendas	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Ampliar territorio urbanizado</li> <li>■ Activar el desarrollo agrícola</li> <li>■ Ampliar dominio del espacio rural</li> </ul>
	Fundación de ciudades Urbanización de zonas específicas Traslados y refundaciones	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Activar el desarrollo económico basado en la minería</li> <li>■ Consolidar la urbanización en zonas con mayor potencial económico</li> </ul>
Ampliar dominio de las ciudades aisladas y recuperación de áreas abandonadas	Fundación de misiones Instauración pueblos de indios Refundación de ciudades	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Consolidar la ocupación de zonas débilmente urbanizadas o marginadas de la colonización</li> </ul>
Proteger las fronteras externas e internas y consolidar los límites imperiales	Construcción de sistemas defensivos costeros Construcción de fuertes y sistemas defensivos en la zona de guerra interna	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Protección de las costas y ciudades del litoral (fronteras externas)</li> <li>■ Fortalecer relaciones comerciales entre España y América</li> <li>■ Protección de la frontera interna</li> </ul>
Estimular la integración entre ciudades	Consolidación de las comunicaciones terrestres y marítimas a escala intercontinental	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Favorecer intercambio comercial de Chile y otras regiones americanas</li> <li>■ Mejorar las comunicaciones con las sedes virreinales</li> </ul>
	Mejoramiento de la estructura de comunicaciones a escala regional	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Completar estructura de colonización</li> <li>■ Relacionar a las ciudades y centros de producción y comercio</li> <li>■ Fortalecer la función urbana de centro de intercambio</li> </ul>



### 1.3 La extensión del territorio como condicionante de la colonización

Se ha explicado que un tema esencial de la empresa urbanizadora era el enigma de la extensión. Las prioridades de la colonización en el siglo XVIII -relacionadas con la búsqueda de progreso, fomento de la economía, acciones de dominio más eficaces, defensa de la integridad del territorio ante agresiones externas- no suponían excluir las preocupaciones anteriores derivadas de la enorme extensión del espacio, pues, alcanzar los objetivos colonizadores enunciados dependía, entre otros factores, del conocimiento de la realidad dimensional del territorio chileno.

A lo largo del siglo XVIII, la conquista de la extensión consiguió su mayor desarrollo en Chile. La expansión de las áreas urbanizadas, básicamente, fue consecuencia de una combinación de prácticas como la realización de nuevas fundaciones, traslados y repoblaciones de ciudades, creación de asentamientos menores y construcción de caminos para completar las redes de comunicaciones terrestres. La aceleración del proceso de dominio fue apoyado por el crecimiento demográfico y económico y por la aplicación de reformas administrativas que incidieron positivamente en la gestión del territorio y las ciudades.

El conocimiento aportado por las expediciones científicas y el progreso alcanzado por la cartografía -con la actividad de los ingenieros militares- fue primordial para establecer la realidad dimensional de Chile, aunque persistían amplias zonas que no fueron exploradas por su inaccesibilidad o por estar fuera del área de influencia de las ciudades. Esta circunstancia revela la táctica de enfocar la colonización hacia las zonas donde, por motivaciones militares o económicas, era imperativo afianzar el dominio español fortaleciendo la ocupación de las áreas urbanizadas, recuperando las tierras que se habían abandonado a fines del siglo XVI o incorporando al proceso de urbanización a las zonas despobladas.

La exploración del territorio y la fundación de ciudades fueron acciones de dominio militar, cultural y económico; a la vez, también fueron expresiones de una empresa de dominio espacial, porque la real extensión de Chile aún era desconocida. Sin embargo, en esta época -a diferencia de lo ocurrido al comienzo de la colonización, cuando conocer las dimensiones del territorio era una cuestión de índole existencial vinculada a la necesidad de situarse culturalmente ante la inmensidad- el desafío era conocer la real extensión del territorio para determinar la envergadura de las acciones colonizadoras pendientes y organizar exploraciones por zonas despobladas donde había terrenos adecuados para fundar nuevas ciudades.

A mediados del siglo XVIII, la existencia de significativas extensiones excluidas del proceso de urbanización era un serio problema para los gobiernos coloniales porque el fomento de la economía exigía -además de implementar estrategias enfocadas al desarrollo económico- acelerar la integración de las ciudades aisladas y de las áreas no urbanizadas a la estructura de colonización y, por otra parte, hacer más eficiente el sistema de defensa de los territorios españoles. Para alcanzar estos propósitos se realizaron nuevas fundaciones, repoblaciones y traslados de ciudades abandonadas, destruidas o que presentaban dificultades en su evolución. Además, se rectificaron acciones urbanizadoras anteriores, destacándose el traslado de Concepción y el plan para reconstruir la ciudad de San Mateo de Osorno.

Las acciones mencionadas hicieron que este período destacara ostensiblemente en comparación con las actividades colonizadoras precedentes. Durante el siglo XVIII, el aceleramiento del proceso de urbanización se aprecia en la cantidad de ciudades fundadas, cuyo número supera holgadamente a las realizadas en siglos anteriores<sup>82</sup>.

---

<sup>82</sup> La información para construir la tabla siguiente proviene del registro elaborado por Gabriel Guarda. En GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. pp. 259-279.



En la tabla siguiente se observa que a lo largo del período colonial se fundaron 119 ciudades y 93 se realizaron en el siglo XVIII; cantidad equivalente al 78.15% de las acciones fundacionales. La diferencia con las fases anteriores es importante porque en el siglo XVII se registran tres nuevas fundaciones, correspondientes al 2.52%. El siglo XVI, que comprende sólo 14 ciudades exitosas de un total de 23 fundaciones, también superó a la débil actividad urbanizadora del siglo XVII.

#### Cuadro comparativo de acciones de colonización chilenas en el período colonial

	Siglo XVI		Siglo XVII		Siglo XVIII		Total	
	N°	%	N°	%	N°	%	N°	%
Ciudades fundadas	23	19.33	3	2.52	93	78.15	119	100
Construcción de plazas fuertes	5	11.63	16	37.21	22	51.16	43	100
Creación Pueblos de Indios	92	22.38	98	23.85	221	53.77	411	100
Total fundaciones	120	20.94	117	20.42	336	58.64	573	100

Al comparar las fundaciones coloniales en Chile es evidente que las dificultades se desataron en la etapa inicial de la conquista y se prolongaron más de un siglo. La escasa actividad urbanizadora de los siglos XVI y XVII se explica porque concierne a la etapa más conflictiva de la guerra de Arauco; el siglo XVII se distingue por haber sido una época donde la urbanización colonial de Chile, en la práctica, se paralizó.

El siglo XVIII –en particular la segunda mitad– fue el período más fecundo de la colonización porque se realizaron la mayoría de las fundaciones, generalmente, con resultados positivos. Desde la década de 1750 prosiguieron las fundaciones en Cuyo para conquistar definitivamente el territorio al oriente de Los Andes y solucionar las dificultades de las comunicaciones terrestres desde Santiago del Nuevo Extremo a Buenos Aires y otros asentamientos del virreinato del Río de La Plata, incluyendo a las ciudades trasandinas de Mendoza, Tucumán y Santiago de Estero.

El énfasis urbanizador se concentró en consolidar la ocupación de los fértiles valles de la zona central; por esto, entre las ciudades de Santiago del Nuevo Extremo y Concepción se realizaron 33 fundaciones, distribuidas ordenadamente por el espacio comprendido entre San Martín de La Concha –fundación en el valle de Quillota– y San Antonio de La Florida, fundada junto al río Andalién, a 50 Km de Concepción. Entre Santiago del Nuevo Extremo y San Francisco de La Selva –ubicada en el valle del río Copiapó y principal referencia urbana en la zona norte– se fundaron siete ciudades para apoyar las actividades productivas en los valles mineros.

Al sur del río Bío Bío, hasta 1754, el único avance urbanizador fue la fundación de Santa María de Los Ángeles que, según Santiago Lorenzo, había sido ordenada por el gobernador José Manso de Velasco en 1739 para asegurar la frontera contra los indígenas. Lorenzo explica que el carácter militar de esta fundación se refleja en la acción de imponer a los pobladores obligaciones militares como mantener caballos y armas para proteger a la ciudad. Los servicios defensivos que prestaba la población de Los Ángeles fueron recompensados con traspasos de tierras que superaban a las superficies asignadas en otras fundaciones<sup>83</sup>. El despoblamiento del sur se revierte en los últimos cincuenta años del período colonial porque entre el río Bío Bío y canal de Chacao<sup>84</sup>, espacio abandonado tras la **ruina de las siete ciudades**, se fundaron 47 ciudades, equivalentes al 50.5% de las efectuadas en el XVIII. En 1764, se fundan 42 ciudades en La Araucanía, aunque la mayoría no prosperó y más que acciones efectivas de conquista fueron actos administrativos. En las zonas de La Araucanía y Chiloé, la colonización incluyó la construcción de fuertes y la instauración de 106 pueblos de indios y 80 reducciones. Este conjunto sistemático de acciones revela que la ocupación del territorio sur obedecía a una estrategia militar.

<sup>83</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. op.cit. p.23

<sup>84</sup> Fundaciones en el sur del Bío Bío y La Araucanía, sin considerar al archipiélago de Chiloé.



### Despliegue del poblamiento colonial mediante la fundación de ciudades<sup>85</sup>

<sup>85</sup> Se representan las ciudades que se fundaron efectivamente, con excepción de las fundaciones en la zona trasandina.

El elenco de acciones que se han descrito muestra que la dinámica urbanizadora del XVIII supera notoriamente a los siglos precedentes. En este sentido, se observa una clara diferencia en comparación con otras colonias americanas, donde el avance de la colonización durante el siglo XVIII puede ser mayor al siglo XVI pero no alcanza los niveles de contraste que muestra Chile. Un antecedente clave para descifrar los objetivos económicos que orientaban la colonización de la región chilena es que la fundación de nuevas ciudades se enfocó hacia las zonas norte y central, donde se concentraban los principales recursos agrícolas y mineros.

Es importante subrayar que la extensión del territorio llevó a racionalizar el proceso de colonización generando un modo de ocupación basado en una estructura urbana que podía multiplicarse por la amplitud territorial, conformando una red de ciudades similares en su morfología y funcionalmente interdependientes y complementarias. Otro factor decisivo para el rápido avance de la urbanización fue la aplicación de un modelo urbano, sustentado en un plano cuadrículado, que proporcionaba elementos mínimos y esenciales para asentar la ocupación del espacio.

El trazado cuadrícula de las ciudades coloniales -que generalmente se explica<sup>86</sup> por razones funcionales y militares- también puede valorarse porque apoya la velocidad del poblamiento. La urgencia de dominar de modo eficiente la enorme extensión de Chile requería aplicar un modelo urbano de alto rendimiento funcional y el trazado ortogonal cumplía esa condición porque era fácil de delinear y parcelar<sup>87</sup>. Además, el plano cuadrículado apoyaba la expedita ocupación del territorio porque se podía reproducir en paisajes diferentes; característica que también contribuía a acelerar la dinámica del proceso urbanizador. Por estas cualidades, en las ciudades chilenas del siglo XVIII el trazado cuadrícula prevaleció como base morfológica.

### Morfología predominante en las ciudades coloniales del siglo XVIII

Ciudad	Morfología	Ubicación
<ul style="list-style-type: none"> <li>San Francisco de La Selva</li> <li>San Ambrosio de Vallenar</li> <li>San Rafael de Rozas</li> <li>Santa Ana de Briviesca</li> <li>Santo Domingo de Rozas</li> </ul>	Trazado cuadrícula	<ul style="list-style-type: none"> <li>Valles mineros</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>San Martín de La Concha</li> <li>Santa Cruz de Triana</li> <li>San Fernando</li> <li>San José de Buenavista</li> <li>Santa Luisa de Parral</li> <li>San Carlos</li> <li>San Antonio Abad de Quirihue</li> <li>San Jesús de Coelemu</li> <li>San Ambrosio de Linares</li> <li>Concepción en La Mocha</li> <li>Santa Bárbara de Casablanca</li> </ul>		<ul style="list-style-type: none"> <li>Valles agrícolas</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>Santa Rosa de Los Andes</li> <li>San Felipe El Real</li> </ul>		<ul style="list-style-type: none"> <li>Mesetas precordilleranas y andinas</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>Santa Rosa de Huasco</li> </ul>		<ul style="list-style-type: none"> <li>Valles costeros</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>San Juan Bautista de Hualqui</li> <li>San Rafael de Talcamávida</li> <li>Santa Juana de Guadalcázar</li> <li>Santa Bárbara</li> </ul>		<ul style="list-style-type: none"> <li>Planicies fluviales</li> </ul>
<ul style="list-style-type: none"> <li>Nacimiento</li> </ul>	Trazado irregular	<ul style="list-style-type: none"> <li>Planicies fluviales</li> </ul>

<sup>86</sup> Tema desarrollado en el Capítulo 4, punto 4.3.1 La ciudad como orden clásico

<sup>87</sup> El poseedor de un lote de caballería o peonía estaba obligado a edificar los solares y poblar la casa. En IBÁÑEZ CERDA, José: *Transcripción de las Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de Las Indias*. op.cit. Ordenanza 108.

### 1.3.1 Traslados y reconstrucciones de ciudades

Entre las principales acciones de dominio de la extensión del siglo XVIII se destacan los traslados y repoblaciones de ciudades, la instauración de pueblos de indios y el mejoramiento de los caminos para complementar la estructura de comunicaciones y apoyar la integración de las ciudades entre sí y con los centros productivos<sup>88</sup>. Los traslados eran consecuencia de las circunstancias históricas de Chile, pero, también respondían a las nuevas estrategias y acciones de colonización que comienzan a ser implementadas en el XVIII para enfrentar las dificultades detectadas con la revisión de las obras realizadas en los siglos anteriores. Paralelamente, estas estrategias y acciones de colonización acentuaron las nuevas funciones y significados asignados a las ciudades que, en ese momento, expresaban la transición desde las fundaciones iniciales que, básicamente, atendían a razones militares –tema fundamental en una región que tenía fama de campo de batalla- a ciudades concebidas para funcionar como centros generadores y concentradores del desarrollo económico.

Después de la ruptura en la continuidad espacial de la urbanización -como resultado de la destrucción de siete ciudades y el repliegue de la conquista hasta el eje del río Bío Bío- la atención española se concentró en las escasas fundaciones que podían proteger y mantener. La continuación de la guerra de Arauco en el tiempo y el bajo número de soldados que se destinaban a la región chilena entorpeció el proceso de dominio; situación que se advierte en la desproporción entre el territorio colonizado y las amplias superficies que, a mediados del siglo XVIII, aún estaban sin ocupar.

Ante la extensión del espacio excluido a la urbanización -por la existencia de zonas inexploradas, abandonadas o que permanecían sin colonizar de modo permanente- y la presencia de montes, ríos y bosques que obstaculizaban la comunicación entre las ciudades sobrevivientes, era preciso establecer una estructura de colonización que permitiera conservar el dominio de las áreas urbanizadas y conquistar nuevas tierras. No obstante, este imperativo fue entorpecido por los problemas que tenían algunas ciudades para constituir asentamientos permanentes.

La errática evolución de Angol o Los Confines ilustra nítidamente la complejidad del proceso colonizador en Chile. La ciudad, fundada por Pedro de Valdivia en 1553, fue destruida y/o despoblada en los años 1554, 1598, 1612, 1638, 1641, 1723, 1741 y 1766; repoblada en 1559, 1610, 1637, 1638, 1695, 1738 y 1757. Además, por la inestabilidad de su desarrollo urbano, fue trasladada en 1563 y 1611-1612. Otro ejemplo elocuente es Londres -fundada por Juan Pérez de Zurita al oriente de Los Andes- que fue trasladada varias veces; incluso, en algunos casos, la mudanza de sitio fue acompañada por el cambio de nombre de la ciudad; esta circunstancia explica que fuera conocida como Villagra, Talavera de Esteco, Madrid de Las Juntas y Nuestra Señora de Talavera de Madrid<sup>89</sup>. Londres fue trasladada tantas veces que el cronista Pedro Lozano, al inicio del siglo XVIII, la describió como *la portátil ciudad de Londres, que no acaba de arraigarse en lugar alguno*<sup>90</sup>.

Los Confines y Londres no fueron excepciones sino ejemplos representativos de los problemas que debían enfrentar la conquista y colonización de Chile. Lo realmente singular del proceso chileno era la situación opuesta; por esto, el caso más especial fue Santiago de Castro –fundada por Martín Ruiz Gamboa como cabeza de Nueva Galicia, nombre del archipiélago de Chiloé-, la única ciudad de la zona sur que logró mantener su trayectoria urbana sin interrupciones desde su fundación a pesar del aislamiento geográfico, su escasa población y su incipiente desarrollo.

<sup>88</sup> La influencia de los caminos en el dominio de la extensión es analizada en el punto 1.5 La estructura de comunicaciones en el dominio de la extensión

<sup>89</sup> Hoy es la ciudad argentina de Catamarca.

<sup>90</sup> Antecedente contenido en ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op.cit. p.63

Una característica del proceso de urbanización colonial de Chile fue el alto número de ciudades trasladadas, reconstruidas y repobladas, varias veces si era necesario, para ampliar o asegurar el territorio conquistado. Así, los traslados, repoblaciones y reconstrucciones de ciudades constituían acciones colonizadoras tan importantes para dominar la extensión como las nuevas fundaciones. Los traslados respondían a la necesidad de mantener a ciudades cuyo desarrollo urbano se había interrumpido por ataques indígenas o catástrofes naturales; estas situaciones se expresan en la frecuencia de los traslados en la zona de Arauco –territorio de guerra- y en la costa, un espacio habitualmente azotado por terremotos y maremotos.

José Luis Romero<sup>91</sup> sostiene que las fundaciones se realizaron sobre la base de una rápida apreciación de ciertas ventajas del lugar geográfico –altura, ríos, costa- y los recursos naturales –agua, pastos y leña- por lo tanto, las ciudades generalmente se instalaron en territorios mal conocidos lo que impidió prever los inconvenientes que se presentaron. Jorge Enrique Hardoy y Ramón Gutiérrez<sup>92</sup> plantean que la excesiva repetición de los traslados fue consecuencia del apresuramiento de las fundaciones, ocupando sitios casi desconocidos para los conquistadores españoles. Las primeras fundaciones se realizaron en tierras inexploradas, tras una superficial e incompleta evaluación del sitio y sin conocer las reales posibilidades de sustentar las ciudades.

El desconocimiento de los factores que podían condicionar la ocupación de los sitios de fundación generó dificultades para salvaguardar a las ciudades, particularmente si estaban en zonas aisladas de los centros de abastecimiento y cuya subsistencia dependía del aprovechamiento eficiente de los recursos de un territorio, del cual no se sabía casi nada. Lo anterior explica porqué Valdivia debía enviar alimentos desde Santiago a La Serena, separadas por 500 kilómetros de distancia.

Los traslados, por corresponder a acciones que se efectuaron desde el comienzo del proceso de urbanización, reflejan la temprana necesidad de rectificar la selección de los sitios de fundación. La reiterada corrección de acciones colonizadoras fallidas, a través de traslados y repoblaciones de ciudades, también respondía al desafío de extender el territorio dominado rescatando las fundaciones que tenían posibilidades de crecimiento. Los traslados son referencias significativas de la historia urbana de numerosas ciudades coloniales; Santiago de Guatemala fue célebre por su azaroso desarrollo marcado por sucesivos traslados, porque fue fundada en un valle sísmico rodeado de volcanes<sup>93</sup>.

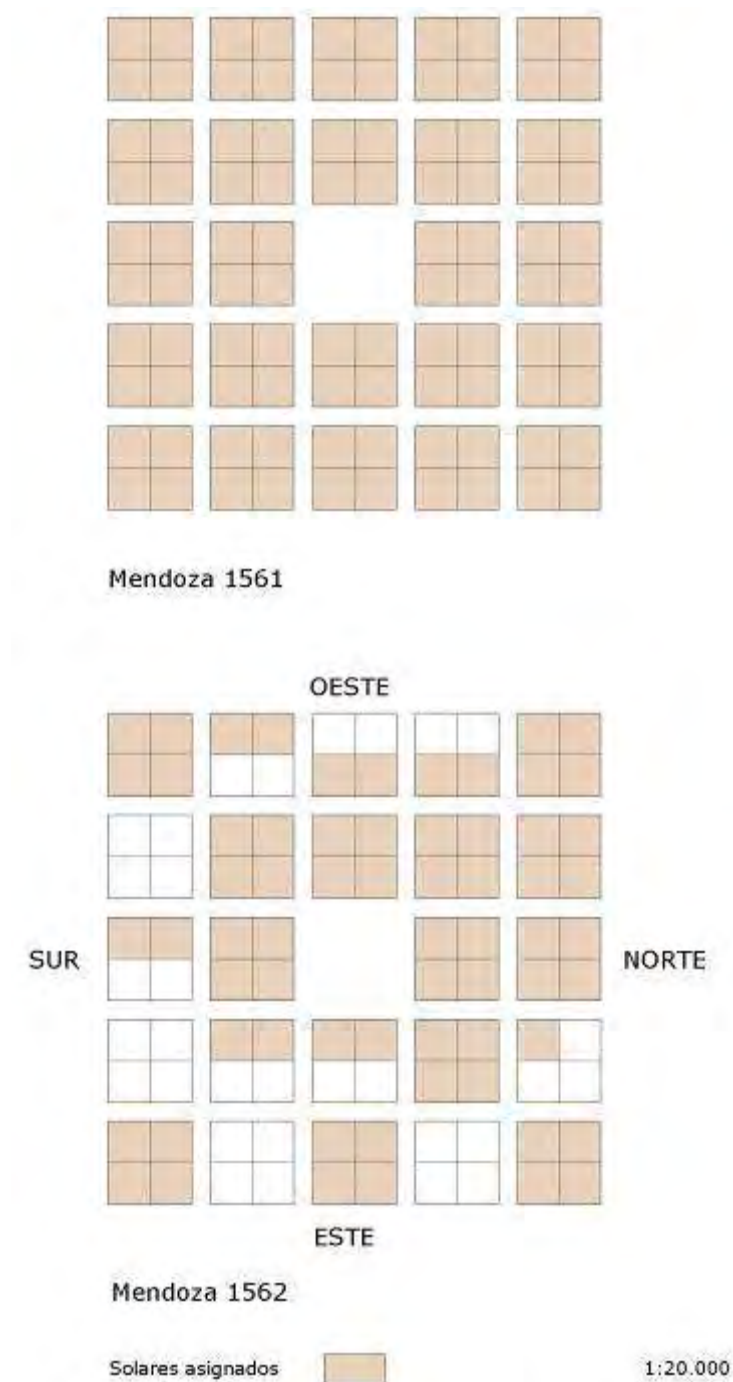
La primera ciudad chilena que debió trasladarse fue Mendoza, un año después de su fundación, en 1561, por Pedro del Castillo. La nueva ciudad fue instaurada por Juan Jufré -al suroeste de la anterior- con el nombre de La Resurrección, tal vez para exteriorizar un augurio favorable a su renaciente vida; sin embargo el nombre no prevaleció y la nueva Mendoza contabilizaba menos pobladores que la primera.

<sup>91</sup> ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI. op. cit p.63

<sup>92</sup> GUTIERREZ, Ramón y HARDOY, Jorge E.: *La ciudad hispanoamericana del siglo XVI*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p. 95

<sup>93</sup> En su primera fundación en 1524 Guatemala era una ciudad fantasmal porque no se construyó ni una casa. Lucena dice que la fundación tuvo la finalidad jurídica de asentar la dominación. La resistencia indígena determinó el cambio a un sitio más favorable para la comunicación con México. Meses más tarde fue llevada a un nuevo lugar, desde donde se la volvió a trasladar. Tras su segunda fundación, el 1527, la ciudad se construyó realmente y logró mantenerse hasta 1541 cuando fue devastada por un temblor y sepultada por el lodo que escurrió desde el volcán Junajpú. Esta catástrofe fue causa del traslado a un nuevo sitio, elegido por Antonelli, rodeado por volcanes. La tercera fundación, afectada por erupciones volcánicas y terremotos, se desarrolló hasta 1586 cuando otro violento sismo la asoló completamente. Guatemala fue reconstruida y creció, a pesar de los temblores, hasta 1689, cuando fue arrasada por otro terremoto. Nuevamente reconstruida, la ciudad creció hasta sucumbir en 1773, tras dos siglos y medio de enfrentar la acción de los volcanes. LUCENA, Manuel: *La ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala a través de los terremotos*. En: *Antigua Capital del Reino de Guatemala*, edición de Javier Aguilera Rojas, publicada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Imprenta Monterreina. Madrid, 2002. pp.26-31

Al comparar ambos planos de fundación se advierte que el número de solares que fueron asignados en la segunda fundación era menor en comparación a la primera. Una explicación para esta disminución -que se observa claramente en el plano de fundación de 1562- es que ese mismo año, Jufré fundó a San Juan de La Frontera y, posiblemente, debió repartir entre las dos ciudades a los escasos pobladores que lo acompañaban.



### Repartición de solares en los planos de fundación de Mendoza de 1561 y 1562

Fuente: Planos fundacionales de Mendoza realizados por orden de Pedro del Castillo en 1561<sup>94</sup> y Juan Jufré en 1562-63<sup>95</sup>

<sup>94</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires. 221.

<sup>95</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires.10



Santa María la Blanca de Valdivia, fundada el año 1552 por Pedro de Valdivia en el sur de Chile, apenas cincuenta años después de su fundación, debió ser trasladada y repoblada, transitoriamente, en el fuerte de la Santísima Trinidad. El traslado fue dirigido por el coronel Del Campo, en 1602, tres años después que la ciudad fuera destruida en el ataque indígena de 1598. Abandonada al año siguiente; en 1643, fue ocupada y fortificada por marinos holandeses<sup>96</sup>. En 1645 fue restaurada por el marqués de Mancera, con el título de Plaza del Dulce Nombre de María de Valdivia.

Inclusive los fuertes y ciudades fortificadas –que por su función defensiva convenía que fueran asentamientos estables– debieron ser trasladados y repoblados en varias ocasiones. La casa fuerte de Arauco, fundada el año 1552 por Pedro de Valdivia, fue destruida en el alzamiento de 1554 y restablecida por Rodrigo de Quiroga dos años después; en 1590 el fuerte debió ser nuevamente trasladado por la imposibilidad de defenderlo porque estaba en el peligroso territorio donde se desarrollaba la guerra de Arauco. En 1598 fue erigido a la categoría de ciudad por Oñez de Loyola con el nombre de San Felipe de Arauco; en 1599 la nueva ciudad se despobló y fue restaurada en 1603; volvió a ser destruida, incendiada y restaurada en 1639; tras un nuevo desalojo en 1663, fue repoblada por el gobernador Ángel de Peredo con el título de San Felipe de Austria y Nuestra Señora de Almudena. Una historia similar tuvo la plaza fuerte de Tucapel, fundada por Valdivia el año 1552 y destruida en el levantamiento de 1598. En sus ruinas, García de Mendoza fundó otra ciudad con el nombre de Cañete de la Frontera, que debió ser despoblada por Francisco de Villagra; refundada por Rodrigo de Quiroga el año 1566 en el sitio del actual puerto fluvial de Lebu, fue despoblada nuevamente en 1569.

El traslado de ciudades fundadas en el siglo XVI también incluyó a San Bartolomé de Chillán –fundación de Martín Ruiz de Gamboa– que fue repoblada en 1663 por el Gobernador Ángel de Peredo en un intento por revertir su deficiente evolución. El terremoto de 1751 la destruyó completamente y ese mismo año fue trasladada a su actual sitio por el gobernador Domingo Ortiz de Rozas.

El más célebre traslado de una ciudad fundada en el siglo XVI fue el de Concepción; acción que Guarda<sup>97</sup> estima el mejor exponente tipológico de traslación. Fundada en 1550, en los siglos XVI y XVII fue sucesivamente dañada por ataques de indígenas, terremotos y asaltos de piratas ingleses. El 1731 sufrió graves daños por un fuerte sismo y en 1751 volvió a ser totalmente arrasada por un terremoto y un maremoto. Considerando las consecuencias de estos desastres se resolvió su traslado desde su posición costera en la bahía de Penco a un territorio interior, en el cercano valle de La Mocha. El abandono del sitio costero original, derivó en la creciente importancia del puerto de Talcahuano, que debió substituir la función de comunicación marítima hasta entonces radicada en Concepción.

El traslado de la ciudad de Concepción fue precedido por una difícil discusión, con la participación de vecinos, autoridades civiles y la Iglesia<sup>98</sup>. El amplio debate en torno a la ubicación de la Nueva Concepción demuestra que en 1760, cuando se realizó el traslado, las decisiones sobre la selección de sitios para fundar ciudades se habían democratizado. Este episodio también confirma los cambios en las estrategias de colonización, porque en el siglo XVIII, la elección de los sitios incluía un estudio del posible emplazamiento, sus condiciones geográficas y las reales potencialidades que presentaba el territorio para el desarrollo de las ciudades y la integración con sus áreas de influencia.

<sup>96</sup> Los holandeses eran dirigidos por Hendrick Brouwer y Elías Herckmans; este último construyó las defensas conocidas como fuerte de los holandeses.

<sup>97</sup> GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.113

<sup>98</sup> MAZZEI, Leonardo y PACHECO, Arnoldo: *Historia del traslado de la ciudad de Concepción*. op.cit. pp.29-41



En el transcurso del siglo XVIII, aunque en la elección de los sitios de fundación se consideraban diversos factores y ya se tenía mayor conocimiento del relieve y otras características físicas, continuaron los traslados de ciudades recién fundadas por las dificultades que presentaba el entorno para el desarrollo de los núcleos. La ciudad de Dulcísimo Nombre de Jesús -fundada en 1753 por Ortiz de Rozas sobre el pueblo de indios de Coelemu- fue trasladada el año 1780 con el título de Dulce Nombre de María de Jáuregui. San José de Buena Vista, fundada en 1744 por Manso de Velasco en el valle de Curicó, fue trasladada tres años después por la Junta de Poblaciones desde su primer sitio, correspondiente a un convento franciscano. San Rafael de Rozas, fundación en el fértil valle de Quillota, fue trasladada en 1788 al poniente del río Cuzcuz, en los terrenos de la hacienda de Rosa de Ahumada. En otros casos, los pobladores de las ciudades que no lograron evolucionar fueron trasladados a nuevas fundaciones; un conocido ejemplo de este tipo de acciones fue la fundación, en 1794, de San Ambrosio de Linares con pobladores provenientes de la fracasada ciudad de San Javier de Bella Isla, que se había fundado en 1755.

Los traslados y refundaciones se llevaron a cabo a lo largo del período colonial y por la totalidad del territorio chileno colonizado. Por lo tanto, no estaban relacionadas con una época o un espacio determinado. No obstante, es posible diferenciar entre las causas que las originaban. En el siglo XVI, la generalidad de los traslados fueron consecuencias de la guerra de Arauco y respondían a estrategias militares; además, el mayor número de traslados del XVI se realizaron en la zona sur. A diferencia de lo anterior, en el siglo XVIII los traslados obedecían a la necesidad de consolidar en forma definitiva a las zonas urbanizadas, perfeccionar la estructura de colonización o alentar el desarrollo agrario y minero; por esto, los traslados eran más frecuentes en los valles que disponían de tierras fértiles o yacimientos mineros. Paralelamente a los traslados, se efectuaron repoblaciones de ciudades y fuertes. La plaza fuerte Santa Juana de Guadalcazar -fundada en la ribera sur del río Bío Bío con el nombre de Espíritu Santo en Catirai- fue destruida y repoblada varias veces con diferentes nombres; en 1765 fue erigida villa y vuelta a repoblar por el presidente Amat. En estas acciones se distingue la repoblación de la ciudad de Osorno, planificada para recuperar un espacio que debió abandonarse después del levantamiento de 1598.

Las pérdidas territoriales generadas por el despoblamiento de la zona sur -después de la destrucción de siete ciudades el año 1598- y el abandono de otras fundaciones a inicios del XVII por temor a los ataques indígenas, se intentan revertir durante el siglo XVIII mediante acciones contrarias: recuperar tierras y repoblar a las ciudades deshabitadas. Con este objetivo, según consta en un informe al rey Carlos III, se planeaba reconstruir y repoblar seis ciudades destruidas por los indígenas<sup>99</sup>. Guarda señala que las operaciones de repoblación debieron ser de máximo interés en un momento en que Chile parecía querer recuperar siglos de retraso<sup>100</sup>. La repoblación del sur también se justificaba por la necesidad de abrir comunicaciones terrestres hacia Buenos Aires y el océano Atlántico por los pasos cordilleranos del área<sup>101</sup>. Del conjunto de acciones planificadas solamente se realizó la repoblación de Osorno en 1796, a cargo del ingeniero militar Manuel Olaguer Feliu. La refundación, sobre las ruinas de la primera fundación -precedida por un estudio del sitio original y estado de conservación de la ciudad abandonada- permitiría fijar un punto de descanso en el trayecto de Valdivia a Santiago de Castro y recuperar tierras fértiles con el fin de abastecer a los pobladores de Valdivia y Chiloé<sup>102</sup>. Ambos objetivos denotan las funciones productivas que se asignaban a las ciudades y la importancia creciente de la red de comunicaciones.

<sup>99</sup> Se trata de un informe redactado por Mariano Mechado de Gálvez. El antecedente está en GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.114

<sup>100</sup> GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.114

<sup>101</sup> Guarda explica que el gobernador Ambrosio O'Higgins se interesó, visionariamente, en este objetivo estratégico. GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.114

<sup>102</sup> Por tal razón, la repoblación de Osorno no se llevó a cabo con militares y oficiales sino con labradores y artesanos. GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.115

### 1.3.2 Creación de pueblos de indios como acción de dominio

El dominio progresivo de la extensión -que se enunciaba en el avance paulatino de la conquista y colonización- fue posible porque algunos territorios que, a mediados del siglo XVIII aún estaban sin ocupar en forma permanente, se incorporaron a las áreas colonizadas a través de la instauración de pueblos de indios y reducciones. Estas modalidades de ocupación permitían concentrar a las comunidades indígenas dispersas, integrándolas a la estructura de colonización, con los objetivos de poblar el territorio según las condiciones impuestas por los conquistadores y de ampliar las áreas bajo el dominio cultural y espacial de España.

El sometimiento indígena a la colonización se manifestaba en la concentración de la población nativa en asentamientos permanentes y en el trazado cuadricular de los pueblos de indios, que repetía el patrón morfológico de las ciudades coloniales. Otra característica común entre ambos asentamientos era la importancia que se asignó a la función evangelizadora; esta cualidad se expresaba en la ubicación de las iglesias o capillas que, en las ciudades y los pueblos de indios, ocupaban solares centrales y adyacentes a la plaza.

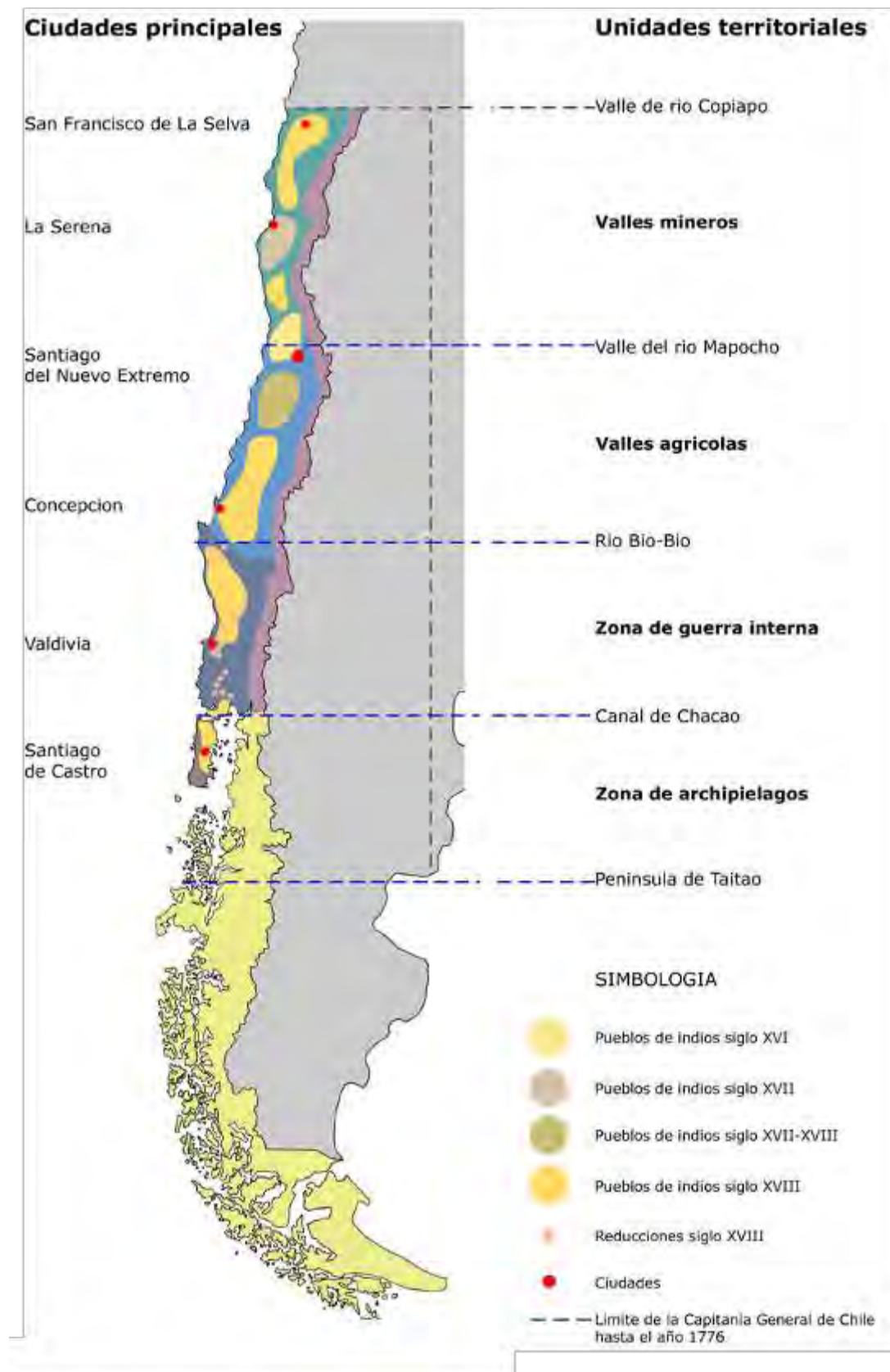
La ampliación de los territorios sujetos al dominio hispano también estuvo apoyada por la instauración de misiones en zonas habitadas por comunidades indígenas que podían ser evangelizadas. La creación de misiones, pueblos de indios y reducciones fueron acciones estratégicas para ocupar los territorios que presentaban dificultades para su conquista permanente; esta condición explica la fundación de numerosos pueblos de indios y reducciones en el territorio donde se desarrollaba la guerra de Arauco. En relación con este conflicto, es necesario puntualizar que en los estudios históricos recientes se señala que su evolución no fue constante y se identifican dos etapas. La primera -que comprende desde el inicio de la guerra hasta mediados del siglo XVII- se caracterizó por la agresividad de las acciones bélicas y la categórica ruptura entre el área dominada por España y la zona excluida de la colonización. La segunda fase -que comienza a desarrollarse desde la primera mitad del XVII- se destaca por la paulatina disminución de las hostilidades como resultado del proceso de apaciguamiento y la progresiva integración entre indígenas y españoles<sup>103</sup>.

Aunque en el transcurso del siglo XVIII existieron enfrentamientos<sup>104</sup>, las rígidas fronteras espaciales que se habían fijado en los primeros decenios del conflicto se abrieron lentamente mediante el gradual intercambio comercial entre los indígenas y colonizadores, el mestizaje y el incremento de la actividad misionera. Los fuertes y misiones fronterizas devinieron en centros de encuentro que también influyeron en la disminución de las disputas. Otros factores que propiciaron los acercamientos culturales y estabilidad en Arauco fueron el cambio de las formas de aproximación a los indígenas a través de parlamentos y el incremento del intercambio entre criollos misioneros, soldados y población nativa. En este contexto, y para apoyar el dominio territorial asentado en ciudades y fuertes, se instauraron reducciones y pueblos de indios considerando que la eficacia de esta acción ya había sido probada en otras regiones de Hispanoamérica y existían precedentes chilenos desde el siglo XVI<sup>105</sup>.

<sup>103</sup> CASANOVA, Holdenis: *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*. Ediciones de la Universidad de La Frontera. Serie Quinto Centenario. Imprenta Universidad de La Frontera. Temuco, 1989. p.11

<sup>104</sup> Los mayores enfrentamientos del siglo XVIII se concentraron entre los años 1723-1726 y 1766-1777; se destacan las insurrecciones de 1723 y 1766. CASANOVA, Holdenis: *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*. op.cit. p.11

<sup>105</sup> En 1567, en la Audiencia de Concepción se decide establecer varias reducciones para evangelizar a los indígenas. El 1578, Martín Ruiz de Gamboa creó reducciones para que los indígenas vivieran juntos y ordenados políticamente, aunque no eran pueblos de muchos vecinos. A fines del XVI, Oñez de Loyola instauró nuevas reducciones. Estas acciones sucumbieron con el levantamiento indígena del año 1598. Antecedentes proporcionados por CASANOVA, Holdenis: *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*. op.cit. pp.55-56



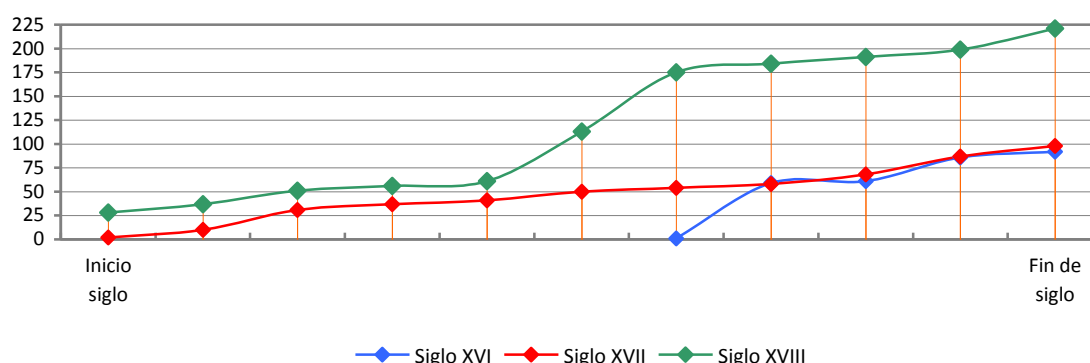
**Territorios colonizados en base a pueblos de indios**

La agrupación en reducciones y pueblos de indios permitía neutralizar la dispersión de los indígenas, considerada una modalidad de ocupación del espacio que impedía la consolidación del orden político español y la cristianización. Por otra parte, había españoles opositores recordando que los intentos por reducir a los indígenas en el siglo XVI habían fracasado porque ellos no admitían vivir concentrados; asimismo, se temía que reducir a la población nativa podía significar la ruina de los indígenas y de los españoles porque los primeros no sobrevivirían y los segundos quedarían sin mano de obra para cultivar los campos<sup>106</sup>.

Las Reales Cédulas que ordenaban reducir a la población nativa, desde el siglo XVI eran inoperantes en Chile por la tenaz oposición indígena a la concentración. Sólo a partir de mediados del XVIII fue posible modificar la situación, traspasando barreras culturales que parecían insalvables. Al analizar las acciones de colonización del siglo XVIII se advierte que la instauración de pueblos de indios y reducciones se centraba en Chiloé y en el territorio de La Araucanía; esta última zona se identificaba por la presencia de los **araucanos**, nombre con que los españoles designaban a los pueblos indígenas que habitaban el territorio comprendido entre la ribera sur del río Bío Bío y el canal de Chacao<sup>107</sup>.

Aún cuando hay discrepancias sobre el número de pueblos de indios y reducciones fundados en el siglo XVIII, la cantidad señalada en diversos estudios es notable si se compara con la suma total de ciudades y fuertes. Holdenis Casanova, citando a diferentes autores señala que, según Antonio Sors, durante el gobierno de Guill y Gonzaga hasta 1766 –cuando ocurre la segunda gran rebelión del XVIII– se habían fundado 83 pueblos de indios; Carvallo y Goyeneche sostiene que fueron 50 –dato compartido por el cronista José Pérez García–; mientras que el gobernador Guill y Gonzaga opinaba que fueron 39. En otros archivos, Casanova encontró diez nuevas menciones de pueblos de indios; lo que aumenta a 49 la cifra indicada por Guill y Gonzaga. Estas discrepancias indican que no se conoce con exactitud el número de pueblos de indios y reducciones que se realizaron efectivamente<sup>108</sup>. No obstante, al considerar los datos proporcionados por Gabriel Guarda<sup>109</sup>, se observa que el siglo XVIII, en Chiloé se fundaron 90 pueblos de indios; 36 corresponden a acciones que se llevan a cabo entre los años 1754 y 1766, período que concentra la colonización del archipiélago. Por otra parte, en La Araucanía se crearon 16 pueblos de indios. Si se suman 45 pueblos de pueblos fundados en los valles agrícolas de la zona central, 25 instaurados en los valles mineros del norte y 14 de la zona trasandina, el total se eleva a 221. Esta cifra supera al número de ciudades fundadas durante el mismo periodo, que alcanza a 93; además, varias de éstas no prosperaron.

### Fundaciones de pueblos de indios en los siglos coloniales (secuencias de 10 años)



<sup>106</sup> CASANOVA, Holdenis: *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*. op.cit. p.56

<sup>107</sup> A partir del canal de Chacao se desarrollan el archipiélago de Chiloé, el archipiélago de las Guaitecas y las zonas australes de Aysén y Magallanes

<sup>108</sup> CASANOVA, Holdenis: *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*. op.cit. p.56

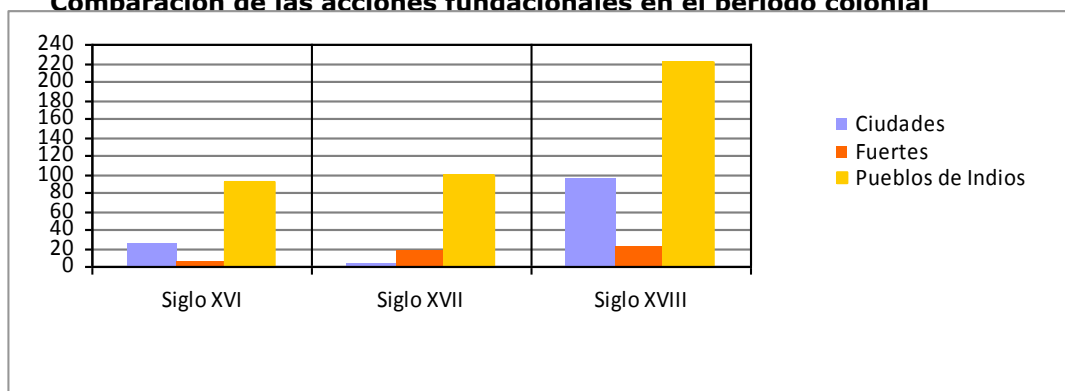
<sup>109</sup> GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op cit. pp.259-279

### Síntesis de las acciones colonizadoras (fundaciones) y su distribución espacial

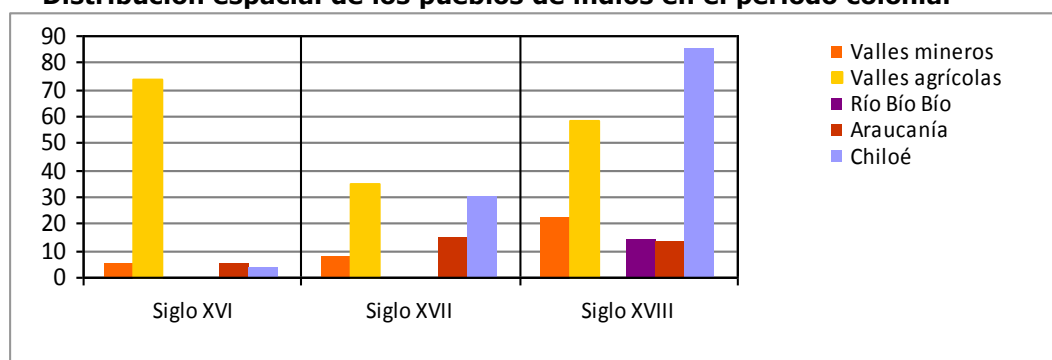
Territorio	SIGLO XVI			SIGLO XVII			SIGLO XVIII			Total
	Ciudades	Fuertes	Pueblos de indios	Ciudades	Fuertes	Pueblos de indios	Ciudades	Fuertes	Pueblos de indios	
Valles mineros	1	---	5	---	---	19	8	---	25	58
Valles agrícolas	1	---	79	2	---	22	23	---	45	172
Norte río Bío Bío	2	---	---	---	3	5	4	---	31	45
Río Bío Bío							5	7	---	12
Araucanía	8	5	5	---	11	14	42	9	16	110
Chiloé	1	---	3	---	2	34	4	6	90	140
Zona austral	2	---	---	---	---	---	---	---	---	2
Zona trasandina	8	---	---	1	---	4	7	---	14	34
Total	23	5	92	3	16	98	93	22	221	573

Fuente: GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*.

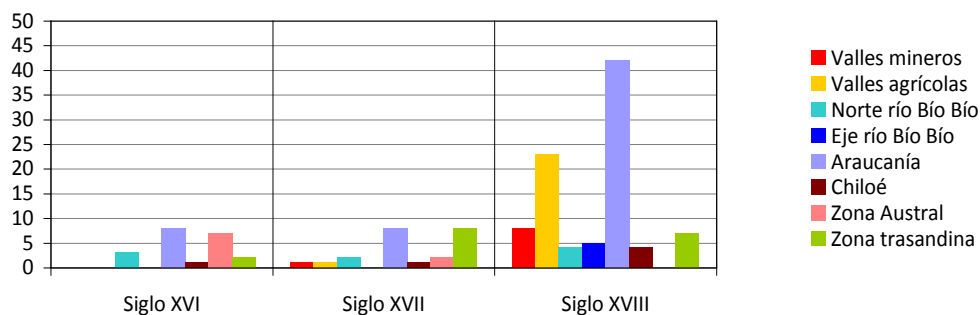
### Comparación de las acciones fundacionales en el período colonial



### Distribución espacial de los pueblos de indios en el período colonial



### Distribución espacial de las principales ciudades en el período colonial



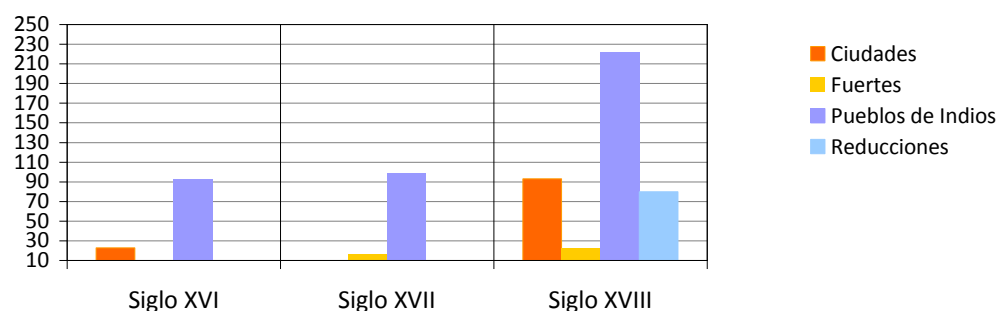
Entre las acciones colonizadoras en el territorio de La Araucanía, que permanecía marginado de la urbanización, se destaca la creación de reducciones en la segunda mitad del siglo XVIII, específicamente la década de 1760, cuando se establecen 80 reducciones en la zona.

#### Creación de pueblos de indios y reducciones

FUNDACIONES	SIGLO XVI	SIGLO XVII	SIGLO XVIII	TOTAL
Ciudades	23	3	93	119
Plazas fuertes	5	16	22	43
Pueblos de indios	92	98	221	411
Reducciones	---	---	80	80
TOTAL	120	117	336	653

Fuente: GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*.

#### Fundación de asentamientos indígenas y españoles en el período colonial



La concentración indígena fue una estrategia para acelerar la colonización porque el sistema de dominio integrado fundamentalmente por la red de ciudades y caminos; también comprendía misiones, fuertes, haciendas, pueblos de indios y reducciones. Este conjunto de elementos que respaldaban el desarrollo urbano permitió extender la influencia territorial de las ciudades, en particular, sobre los pueblos de indios que se emplazaban en su entorno o en sus áreas circundantes.

Además de las acciones mencionadas, se avanzó en la colonización de los territorios insulares. La población indígena de islas del archipiélago de Chiloé fue incorporada a la colonización mediante la fundación de misiones. Asimismo, en 1750, por orden del gobernador Domingo Ortiz de Rozas, se fundó el fuerte de San Juan Bautista en la principal isla del lejano archipiélago de Juan Fernández<sup>110</sup>. Del mismo modo, una Real Ordenanza de 1803 estableció la primera población en la isla Santa María<sup>111</sup>, verificada por un bando de 1804.

<sup>110</sup> Actualmente, la isla recibe el nombre de Robinsón Crusoe en alusión al protagonista de la novela de Daniel Defoe, inspirada en la historia del marino escocés Alexander Selkirk, que fue abandonado el año 1705 por Dampier en esta remota isla y rescatado cuatro años después por Woodes Rogers. La isla Robinsón Crusoe es la mayor del archipiélago Juan Fernández. En el sitio donde se fundó el fuerte se levanta el principal centro poblado insular, que conserva el nombre de San Juan Bautista.

<sup>111</sup> La isla Santa María se ubica frente a la costa del golfo de Arauco.

### 1.3.3 Estructuras de colonización y características territoriales

El traslado de ciudades y la instauración de pueblos de indios y reducciones fueron acciones de dominio que se ejecutaron en forma generalizada por la región chilena; sin embargo, ciertas prácticas colonizadoras, relacionadas con objetivos económicos y estratégicos, estaban enfocadas a la ocupación de determinados territorios. Así, la fundación de nuevas ciudades y la construcción de fuertes y misiones se decidían en función de los recursos básicos y se adaptaban a las características de los territorios donde se emplazaron. Estos territorios, que estaban definidos esencialmente por la estructura geográfica, constituyen unidades espaciales que se expresan en paisajes con cualidades particulares. Por esta razón, las diferentes acciones de colonización se analizaron individualmente, considerando, además, que las formas de ocupación dependían de las particularidades de cada unidad espacial.

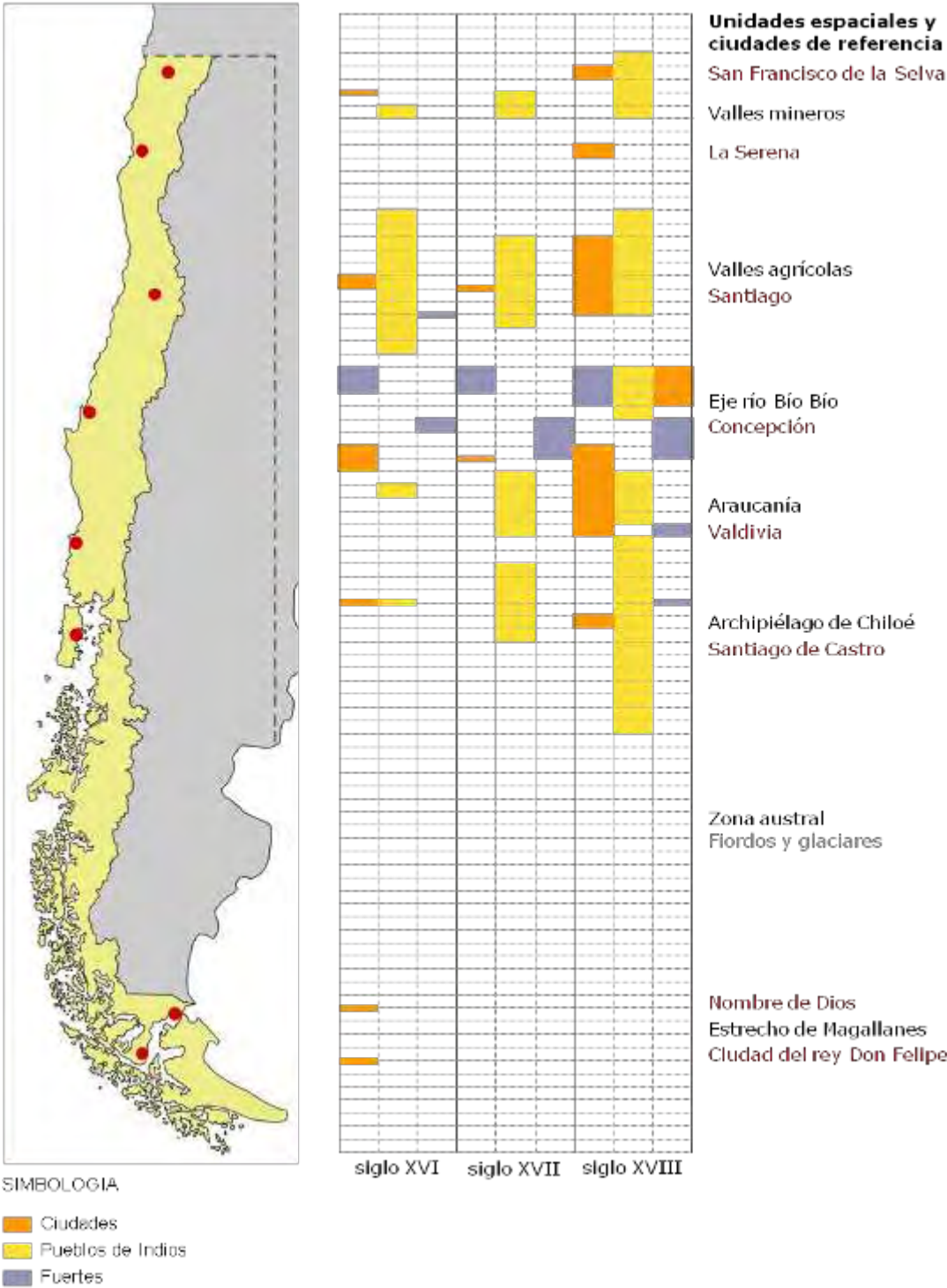
Uno de los principales desafíos que debieron enfrentar los gobiernos coloniales para consolidar la ocupación de Chile se refiere a las enormes superficies marginadas del proceso de ocupación y que corresponden al desierto de Atacama, los archipiélagos australes y estepa patagónica. Transcurrido más un siglo y medio desde el inicio de la conquista y colonización, era innegable la complejidad que representaba dominar a los hostiles territorios del norte y sur del país.

La definición aristotélica de espacio –una unidad indivisible compuesta de porciones inseparables, donde no es posible privar al todo de alguna de sus partes- subyacía en la estrategia definida por Pedro de Valdivia para colonizar en forma uniforme y continua el territorio chileno, desde La Serena al estrecho de Magallanes; esta idea unificadora se expresa en la forma de dominio característica de la primera etapa de la colonización. En el siglo XVIII, la estrategia inicial fue reemplazada por acciones de dominio diferenciadas, basadas en la experiencia de los siglos anteriores y en los avances en el conocimiento de la realidad espacial de Chile.

En el siglo XVIII, la región chilena ya no era percibida como un territorio indivisible, que debía dominarse mediante acciones colonizadoras regidas por un mismo patrón de ocupación. Esta nueva perspectiva se advierte en la segregación del territorio en distintas zonas para realizar actuaciones de dominio diferenciadas considerando la estructura espacial y contexto cultural específico de cada área, las relaciones físicas y funcionales con el centro del poder asentado en Santiago del Nuevo Extremo y las posibilidades reales de integración de las ciudades al sistema colonial. La estrategia de fraccionar la región insinúa el reconocimiento de escenarios históricos distintos y la existencia de diferentes unidades espaciales que podían ser colonizadas mediante diversas modalidades de dominio. La nueva estrategia colonizadora deja traslucir el abandono de la idea imperante durante el siglo XVI, que consideraba a la región de Chile como una totalidad territorial unitaria.

La diferenciación territorial puede interpretarse como una forma de aceptación de la diversidad del paisaje, como una nueva práctica de dominio orientada a fomentar el desarrollo de las distintas áreas de acuerdo con sus características espaciales y los recursos naturales y como una manera de reducir -teóricamente- la extensión que se debía colonizar. Las zonas extremas de Chile fueron descartadas por su carácter de espacios inhóspitos y aislados; su exclusión como territorios activos del proceso colonizador representaba una reducción simbólica de la extensión. A través del siglo XVIII, las acciones de dominio no se dispersaban de manera indiferenciada por todo el territorio chileno; al contrario, se enfocaron hacia las zonas donde las estructuras geográficas o el contexto cultural no entorpecían el avance del proceso. Entre las acciones colonizadoras de la época se destacaron aquellas conducentes a asegurar la ocupación de territorios con mayor potencialidad económica, como los valles del centro y norte de Chile, donde se concentraban la producción agrícola y minera.





Diferenciación de las acciones colonizadoras por unidades territoriales

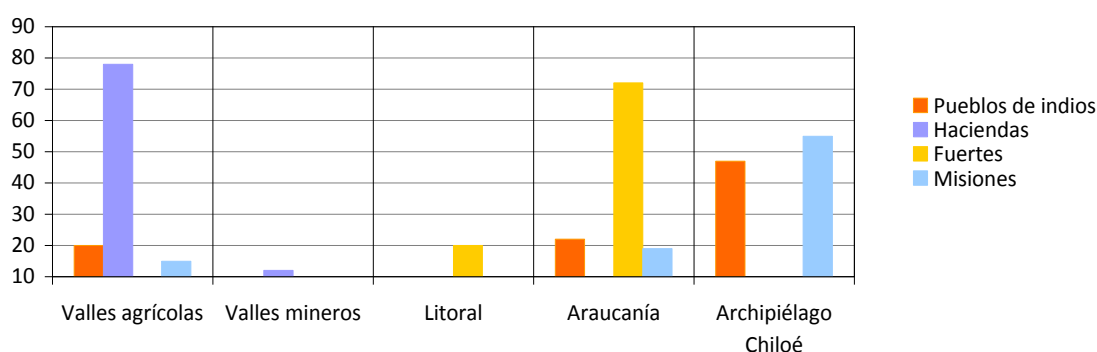
La extensión del territorio, a pesar de su reducción simbólica por la exclusión de las zonas extremas y áreas conflictivas, aún era significativa y por lo tanto continuaba influyendo en la forma de ocupación del espacio. La estructura de colonización -que básicamente, fue definida por el sistema de ciudades coloniales- se complementaba con caminos, pueblos de indios, fuertes, haciendas y misiones. Estos elementos, sobre los que actuaban administrativamente las ciudades, apoyaban la cohesión de la estructura de ocupación y la influencia de los centros urbanos sobre su entorno; por otra parte, y según su distribución espacial, confirmaban las diferencias entre la ocupación de los valles interiores y el litoral, pero también entre los territorios del centro y sur de Chile. Esta división funcional del territorio chileno era subrayada por el río Bío Bío, eje geográfico y frontera natural entre las áreas urbanizadas y los espacios sin conquistar que estaban en el ámbito de la guerra de Arauco.

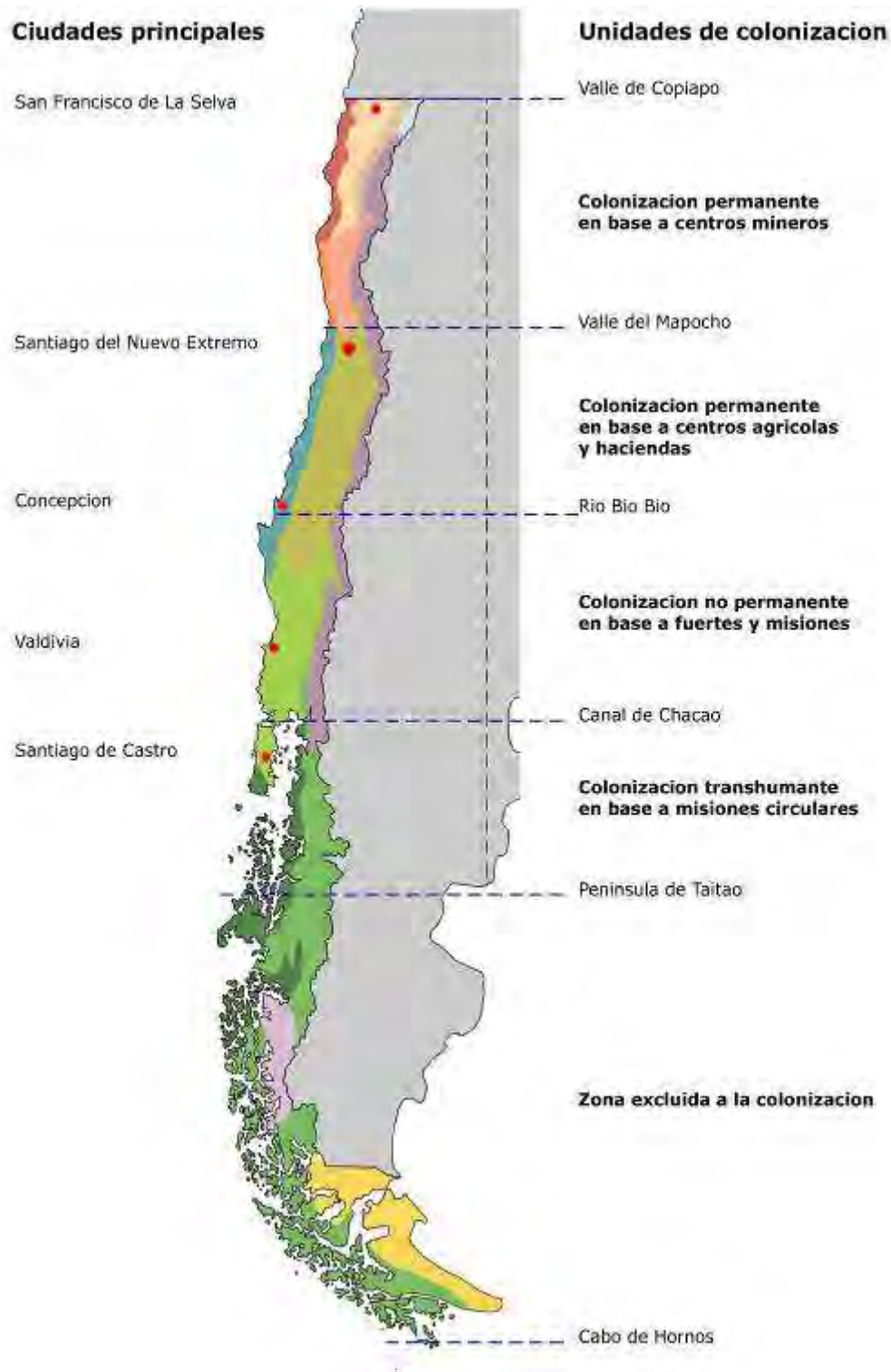
Para consolidar el dominio de los territorios aislados por elementos geográficos o de las fundaciones que habían quedado separadas de los centros más jerárquicos como consecuencia de los ataques indígenas, se procedió a instaurar numerosos pueblos de indios, como ocurrió en las áreas próximas a la ciudad de Valdivia. En el caso del archipiélago de Chiloé, con el objetivo de apoyar el desarrollo de la lejana ciudad de Santiago de Castro, se crearon varias misiones dispersas por las islas y se fundaron varias decenas de pueblos de indios y reducciones.

La distribución espacial de las diferentes acciones de colonización -realizadas para acelerar el proceso de urbanización según las características de las distintas zonas y los consiguientes cambios de las relaciones entre los elementos de ocupación- fue segregando los dominios territoriales y, en consecuencia, el espacio a colonizar dejó de ser una extensión única, prolongándose hasta límites interminables, para derivar a un conjunto de extensiones menores y con límites establecidos.

La colonización, como se muestra en el gráfico siguiente, fue adoptando diferentes modalidades según las especificidades locales. En los valles con economía agraria y minera, la red de ciudades se complementó con pueblos de indios y haciendas; en las zonas con población indígena más receptiva a la evangelización, la urbanización se apoyaba en misiones, reducciones y pueblos de indios; en la costa y áreas más expuestas a presiones externas o asedio indígena, las ciudades fueron respaldadas por sistemas defensivos. Por otra parte, la forma de ocupación también dependía de las características del paisaje; en este sentido, se destaca la construcción de un sistema defensivo único y lineal, paralelo al cauce del río Bío Bío. En comparación, las defensas costeras estaban estructuradas por agrupaciones aisladas y diseñadas para proteger lugares estratégicos -accesos marítimos- mediante la construcción de fortificaciones en los puertos y las áreas del litoral más vulnerables.

**Estructuras de colonización por unidades territoriales**





**Segregación del territorio en formas de colonización diferenciadas**

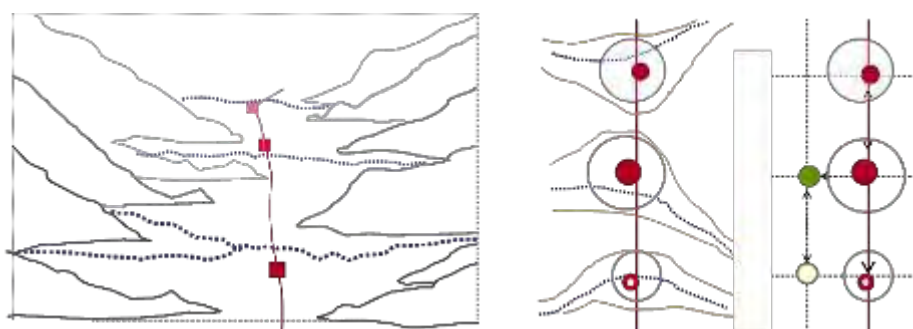
### 1.3.4 Las unidades de paisaje en el proceso de dominio del territorio

El extremo norte de Chile está determinado por el amplio desierto de Atacama que, espacialmente, se manifiesta en un paisaje inhóspito, donde las formas naturales se duplican incesantemente, originando un territorio sin límites ni referencias visuales; los elementos geográficos apenas son perceptibles porque se confunden unos con otros y la medida humana se minimiza hasta desvanecerse frente a la interminable dimensión del espacio. El desierto era un territorio árido y peligroso y una vastedad deshabitada. En la época colonial, el paisaje del desierto no podía ser objeto de una apreciación estética positiva porque, culturalmente, la desolación espacial no estaba incluida dentro de los márgenes estéticos tradicionales; aunque para un observador contemporáneo, la belleza del desierto es innegable pues cambiaron los parámetros culturales y la tecnología actual permite explorarlos y habitarlos con menor riesgo. Durante el período colonial, la supervivencia de una ciudad en medio de la vastedad del despoblado de Atacama era inconcebible y el desierto de Atacama fue excluido a la urbanización.

La colonización se concentró en la unidad espacial conocida como Zona Central; una larga planicie estructurada por una sucesión de valles enmarcados, al oriente, por los elevados macizos andinos y, al poniente, por el cordón cordillerano del litoral<sup>112</sup>. El conjunto de valles, originado por el paso de numerosos ríos que fluyen desde Los Andes al océano Pacífico, ocupa un territorio que se extiende por 1074 Km, medidos desde La Serena a Concepción<sup>113</sup>.

El avance de las montañas estrechan y ensanchan alternadamente la superficie de la planicie central y el espacio se descompone en numerosos valles menores que se internan por las morfologías andina y costera. Esta zona alcanza su mayor amplitud transversal en la cercanía de la ciudad de Talca, situada 257 Km al sur de Santiago.

Otra característica espacial es que la secuencia continua de valles no se interrumpe, aunque la planicie, en diferentes lugares, está atravesada por ríos caudalosos que descienden desde Los Andes. La zona central, en el territorio comprendido entre La Serena y el río Maule –cuya ocupación en el siglo XVIII se prolongó hasta el río Bío Bío– concentraba la actividad agrícola por su clima templado y fertilidad del suelo. Los primeros cultivos coloniales ocuparon las tierras ubicadas al oeste de Santiago del Nuevo Extremo, en el sector reservado para cultivos comunes; más tarde, las áreas cultivadas se prolongaron hacia los valles menores y los terrenos localizados en la periferia sur de la ciudad<sup>114</sup>.



**Estructura espacial y poblamiento colonial en valles de zona central**

Fuente: En base a dibujo de Wilma Vilaboa. 1983

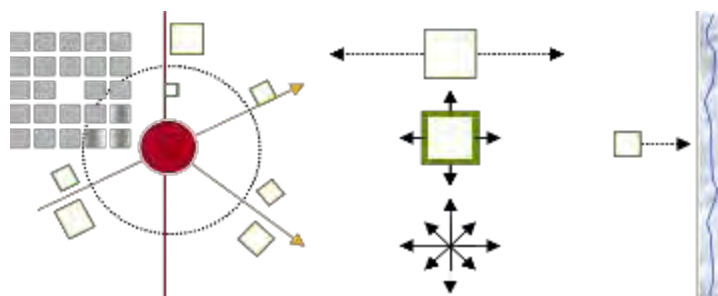
<sup>112</sup> Este cordón montañoso se conoce actualmente como Cordillera de La Costa.

<sup>113</sup> La Serena está 574 Km al norte de Santiago y el Bío Bío a 500 Km al sur de Santiago.

<sup>114</sup> En la actualidad estos valles concentran la mayor densidad de población de Chile.

Los paisajes de la zona central eran valorados positivamente por los conquistadores españoles porque evocaban a los paisajes campestres de Europa y como éstos, se relacionaban con las actividades agropecuarias. Molina describe a esta área como un territorio donde el clima era el más delicioso del Nuevo Mundo porque al oriente la cordillera andina lo defendía de la influencia de la zona tórrida y por el poniente era refrescado por los vientos marítimos; añade que el clima era tan benigno que incluso los españoles lo preferían al de las zonas meridionales de su propio país<sup>115</sup>.

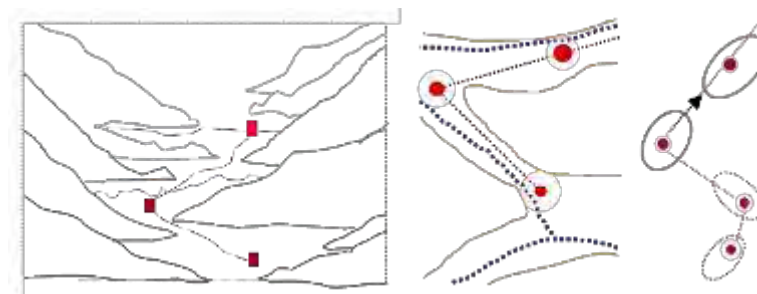
González de Nájera también se refiere al temple y fertilidad del área resaltando sus semejanzas con España<sup>116</sup>. Aunque es un territorio extenso, la zona central no se disuelve en límites interminables por estar contenida entre los cordones andinos y costeros. Su estructura espacial era comparable a los paisajes más familiares para los españoles; por lo tanto, fue un espacio acogedor, comprensible y habitable. Esta cualidad de hospitalidad espacial, su clima templado y fecundidad explican porqué fue la zona más poblada en el período colonial. En estos paisajes, la colonización se apoyaba en la fundación de haciendas que operaban como puntos de articulación entre ciudades y pueblos de indios. Las haciendas, aunque eran conjuntos aislados que gravitaban en torno a patios interiores, se abrían al paisaje de su entorno.



#### **Poblamiento colonial de valles agrícolas en base a haciendas**

Fuente: En base a dibujo de Wilma Vilaboa. 1983

En el territorio comprendido entre el río Bío Bío y el canal de Chacao se desarrolla La Araucanía. En esta unidad de paisaje, la continuidad espacial homogénea de los valles centrales se disgrega en parcialidades generadas por la diversidad del relieve formado por montañas, volcanes, lagos y depresiones originadas por los cajones de varios ríos profundos y sinuosos. El horizonte, a diferencia de la zona central, no es distante y continuo, sino próximo y segmentado por volcanes y densos bosques que interrumpen la lectura espacial de las distancias. En este paisaje, el observador está privado de la percepción total del espacio; situación que favorecía a los indígenas porque podían atacar sorpresivamente, aumentando la dificultad para su ocupación.



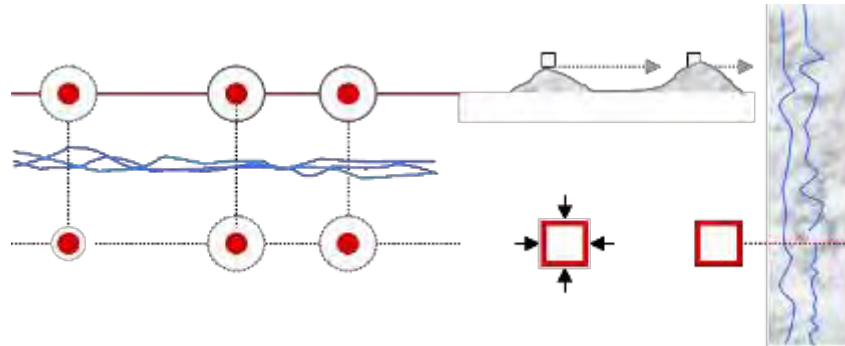
#### **Estructura espacial y poblamiento colonial en la zona sur**

Fuente: En base a dibujo de Wilma Vilaboa. 1983

<sup>115</sup> MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. op.cit. p.15

<sup>116</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op.cit. pp.7 y 19-28

Una debilidad de la colonización en este territorio fue que las comunicaciones entre las fundaciones dependían de senderos y tramos de caminos que en invierno eran intransitables debido a las lluvias; esta circunstancia agravaba la precaria condición de los núcleos –ciudades y fuertes- más expuestos a las secuelas de la guerra de Arauco y exigió construir defensas en los puntos vulnerables de los trayectos.



### **Poblamiento colonial en el eje del río Bío Bío mediante un sistema de fuertes**

Fuente: En base a dibujo de Wilma Vilaboa. 1983

La ocupación de esta unidad espacial se apoyó básicamente en fuertes –transitorios y permanentes- y en ciudades menores fortificadas que ejercían escasa influencia sobre su entorno. Además, se construyeron dos importantes sistemas defensivos; el primero se levantó en la costa para proteger a la ciudad de Valdivia; el segundo se desplegaba a lo largo del río Bío Bío y consistía en una serie de ciudades ribereñas, fundadas cerca de los vados, que formaban una doble línea defensiva para proteger ambas orillas. Estas ciudades y sus fuertes se cerraban al paisaje de su entorno, aunque se relacionaban entre sí mediante una débil red de senderos y caminos.

El canal de Chacao es la referencia geográfica que señala el comienzo del complejo paisaje del archipiélago de Chiloé, donde permanentemente se manifiesta la tensión entre el océano y la tierra como dos potencias enfrentadas. Esta cualidad telúrica se recoge en un mito chilote que describe el combate entre la serpiente del agua y la serpiente de tierra para explicar el violento encuentro del mar y las islas. El paisaje de Chiloé no es homogéneo ni estático, pues, se recompone constantemente; es un paisaje alternadamente acogedor y hostil como el mar que se aproxima lentamente a las playas y luego se estrella súbitamente contra las rocas o como el cielo donde la placidez puede ser abruptamente suplantada por vientos amenazadores y nubes densas que anuncian la siguiente tormenta.

En el archipiélago de Chiloé, compuesto de 39 islas –varias de ellas aún vírgenes- se destaca la Isla Grande por su superficie de 145 Km de longitud y 48 Km de ancho. En su descripción, Darwin dice que la isla estaba entrecortada por colinas y completamente cubierta por una inmensa selva. Añade que el clima invernal era detestable y tampoco era mejor en verano porque en pocas regiones templadas del mundo llueve más que en Chiloé; además explica que un viento tempestuoso sopla continuamente y con frecuencia ni siquiera se podía observar a la cordillera de Los Andes o al volcán Osorno, visibles únicamente en escasos días despejados<sup>117</sup>.

A la llegada de los españoles, la naturaleza de Chiloé apenas había sido rozada por la presencia humana porque los pueblos indígenas habitaban el territorio insular en forma trashumante y con bajo impacto sobre las condiciones ambientales.

<sup>117</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. p.153



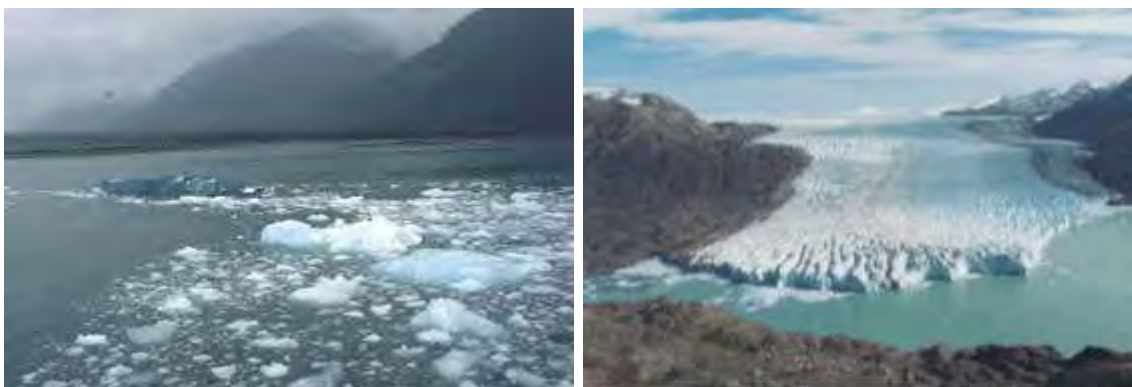
La selva de Chiloé era tan impenetrable que cultivar las tierras fue casi imposible. Darwin explica que los pocos senderos existentes eran tan pantanosos debido a las intensas lluvias que apenas podían atravesarse; por esto, los habitantes de Chiloé, tal como los indígenas de Tierra del Fuego y los canales australes, circulaban por terrenos de playas o por el mar en sus embarcaciones<sup>118</sup>.



**Estructura espacial y poblamiento colonial en el archipiélago de Chiloé en base a misiones y pueblos de indios**

Fuente: En base a dibujo de Wilma Vilaboa. 1983

En el extremo austral se desarrolla la unidad espacial de la Patagonia; un territorio donde todo era inesperado pues nada de este paisaje estaba inscrito en la memoria cultural de los españoles, lo que explica su asociación a mitos y paisajes ideales. Es un espacio inescrutable por la presencia de un complejo sistema de islas, canales, fiordos y glaciares. Además, las enormes extensiones de bosques frondosos que, desde lejos se ven como masas arbóreas densas y homogéneas, al penetrar en ellos o desde visiones cercanas, se convierten en laberintos insondables por su espesura y la ausencia de referencias de medida y orientación. Para los conquistadores era imposible introducir el orden geométrico de la ciudad en la inabarcable diversidad y mudanza del paisaje; así, la Patagonia permaneció como una extensión territorial marginada de la urbanización.

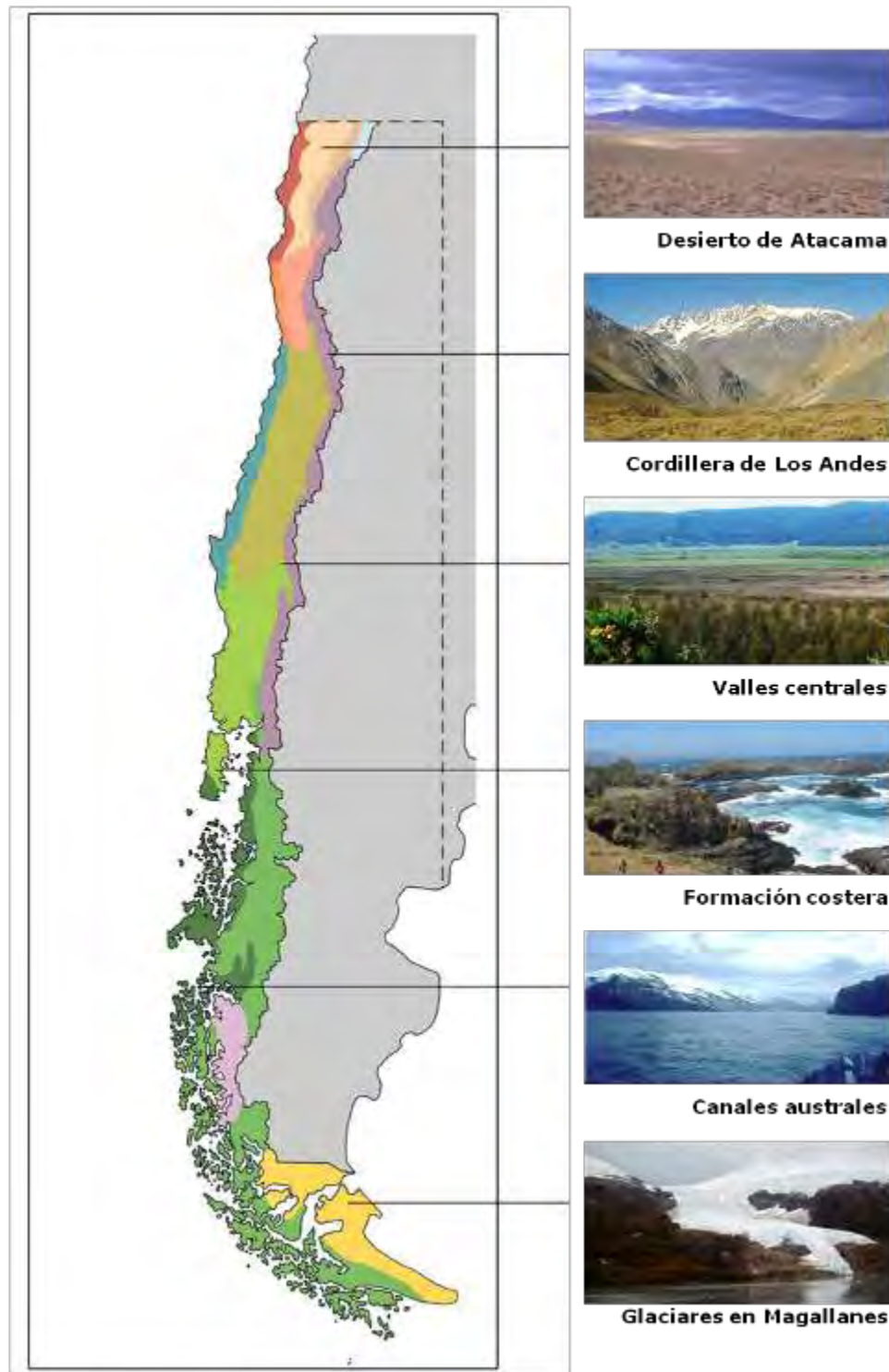


**Paisajes de fiordos y glaciares de la zona austral<sup>119</sup>**

<sup>118</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. p.154

<sup>119</sup> Canal hacia laguna San Rafael (izquierda) en el sitio web gosouthamerica.about.com. Glaciar O'Higgins (derecha). [www.villaohiggins.com](http://www.villaohiggins.com)





**Paisajes representativos de las unidades territoriales<sup>120</sup>**

<sup>120</sup> Las imágenes de los paisajes están en la página <http://www.ecolyma.cl> excepto la fotografía de los glaciares de Magallanes que fue obtenida en [geocities.yahoo.com](http://geocities.yahoo.com)

### 1.3.5 Dominio territorial y urbanización de los valles centrales

En el siglo XVIII, la colonización de Chile formaba parte de la estrategia económica que se aplicaba en otras colonias de América, reflejando las ideas del momento. Sin embargo, al observar el proceso de ocupación del territorio chileno se deduce que la urbanización estaba regida por objetivos y metas distintas y desde el año 1740, con el reinicio de la fundación de ciudades, alcanzó una nueva dinámica<sup>121</sup>.

A diferencia de los siglos anteriores, cuando el objetivo principal de la conquista era de índole militar, en el XVIII, las acciones de colonización -fundaciones, traslados y repoblaciones de ciudades, creación de haciendas y pueblos de indios- respondían a las prioridades de fomentar el desarrollo económico y el adelanto de la urbanización otorgando apoyo preferencial a las zonas con mejores perspectivas de crecimiento. Desde la segunda mitad del siglo XVIII se llevaron a cabo acciones colonizadoras en distintos territorios de Chile para reactivar el proceso de dominio, con énfasis en la zona central considerando la fertilidad de los suelos y disponibilidad de agua dulce, existencia de paisajes hospitalarios para los colonizadores, simplicidad del relieve, potencial comunicación entre las ciudades y otros asentamientos, alta conectividad con Santiago del Nuevo Extremo -sede del poder administrativo- y, especialmente, por su lejanía de la guerra en Arauco. Esta constelación de cualidades favorables propiciaba el desarrollo sostenido de los centros urbanos y el crecimiento económico mediante el fomento de la agricultura.

Al analizar la obra realizada a mediados del siglo XVIII por el gobernador Manso de Velasco -uno de los más diligentes fundadores de ciudades en Chile- se observa su interés por activar la urbanización para consolidar la ocupación de la zona central, superando los impedimentos físicos y administrativos. Su afán colonizador lo llevó a establecer un intenso programa de nuevas fundaciones con el objetivo de integrar a los asentamientos dispersos y disminuir las extensiones que permanecían sin poblar entre ciudades<sup>122</sup>. El gobernador Velasco, desde una posición pragmática, reconoció la importancia de contar con información adecuada sobre el relieve, la red hídrica y el clima para seleccionar los sitios de fundación de nuevas ciudades y decidir sobre las acciones orientadas a la activación del proceso de urbanización. No obstante, el pobre conocimiento del territorio era una grave dificultad para acelerar la dinámica colonizadora pues, como aclara Barros Arana<sup>123</sup>, no se disponía de datos confiables sobre la población y los terrenos sin ocupar; tampoco había información suficiente de las características geográficas.

San Antonio Abad de Quirihue -villa fundada en 1749 por el conde de Superunda- ilustra los inconvenientes que se generaban por la elección de un sitio de fundación sin conocer sus características. La ciudad quedó expuesta a fuertes vientos, en un lugar tan infestado de langostas que durante el verano ni siquiera se veían las hojas de los frutales, con agua de mala calidad y distante de la fundación. La situación no podía ser peor; por esto, según Carvallo y Goyeneche, en los últimos años del siglo XVIII su población apenas comprendía a cinco familias<sup>124</sup>.

<sup>121</sup> Las acciones tendientes a fomentar la ocupación del territorio comprendían fundaciones de ciudades en espacios marginados de la colonización, la creación de pueblos de indios y misiones en Chiloé, la construcción de fuertes en el eje del río Bío Bío para proteger la frontera interna y la construcción de sistemas defensivos costeros.

<sup>122</sup> Estrategias distintas se aplicaron en la zona del Bío Bío -donde la urbanización se apoyó en sistemas defensivos- o en el archipiélago de Chiloé donde la ocupación del espacio se sustentó en misiones.

<sup>123</sup> BARROS ARANA: Diego: *Historia General de Chile*. Editorial Nacimiento; Santiago 1932. Tomo VI. pp. 153-154

<sup>124</sup> Según Carvallo y Goyeneche la villa -capital de la Provincia de Itata- fue fundada con el nombre de Dulce Nombre de María de Quirihue. Carvallo Goyeneche, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit p. 121. IRIBARRA, Fabián: *Breve historia de Quirihue*. Colección Cuadernos del Bío Bío. Ediciones Universidad de Concepción. Impresión Gráfica Andes. Santiago, 1999. p.24

Las circunstancias descritas explican por qué, como acción previa a las fundaciones, el gobernador Manso de Velasco ordenó a los corregidores recorrer sus respectivas jurisdicciones con el propósito de obtener información sobre las tierras disponibles y los sitios recomendables para asentar nuevas ciudades. Santiago Lorenzo<sup>125</sup> señala que dentro de las tareas impuestas a los corregidores, estaba la obligación de hacer mediciones para detectar terrenos baldíos y revisar las matrículas de los pueblos de indios -comprobando si ocupaban las tierras asignadas por la normativa- con el fin de identificar terrenos sobrantes y reservarlos para los poblados que era necesario fundar. En la zona central; además de la fundación de ciudades y pueblos de indios, se elaboraron planes de colonización, basados en informes y cartografía con datos sobre los recursos naturales y características del territorio para identificar terrenos sin ocupar y adecuados para fundar ciudades.

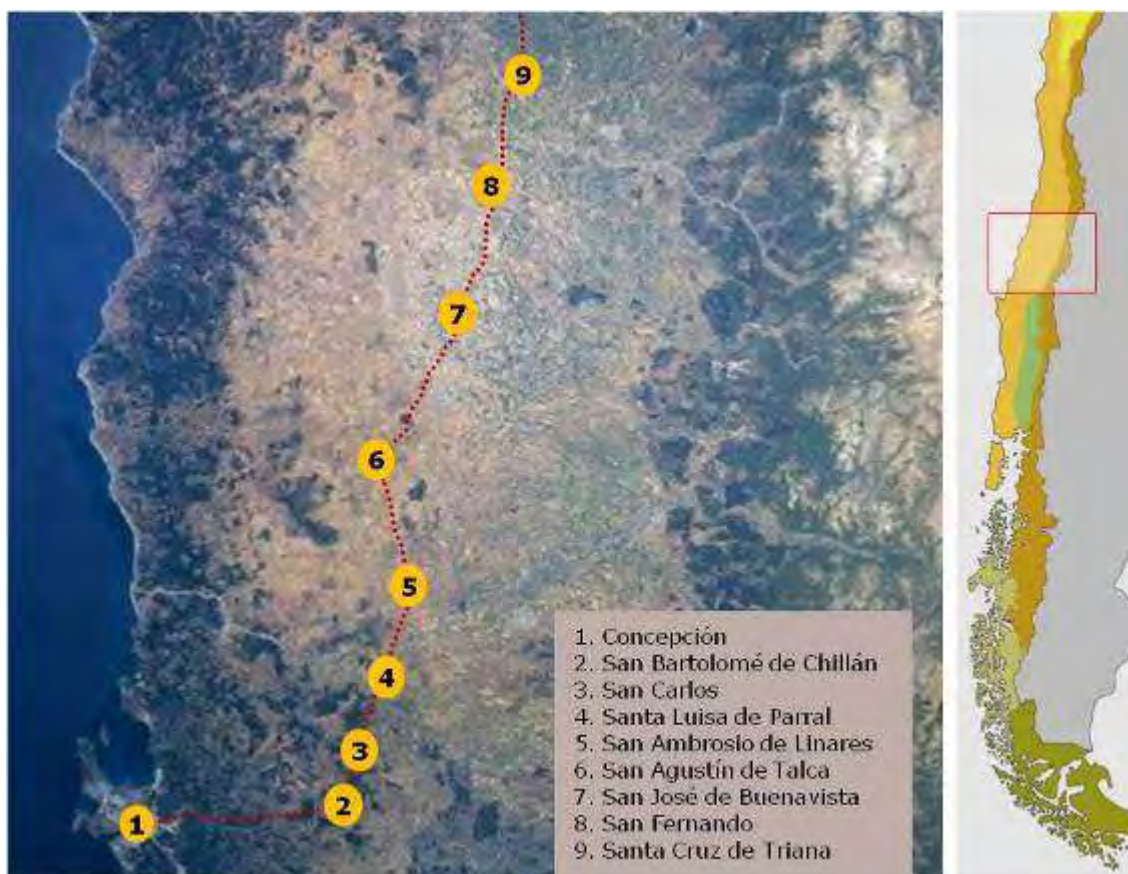
### Síntesis de las estrategias y acciones de colonización en la Zona Central

Estrategias	Acciones	Objetivos
Reactivar el proceso de urbanización en las zonas con mayor potencial económico	Elaboración de planes de colonización Elaboración de informes y cartografía Creación de la Junta de Poblaciones	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Conocer características territoriales y localización de recursos naturales</li> <li>■ Identificar sitios baldíos</li> <li>■ Seleccionar sitios de fundación de nuevas ciudades</li> <li>■ Acelerar la urbanización</li> </ul>
	Fundación de nuevas ciudades Traslados y refundaciones	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Activar el desarrollo agrícola</li> <li>■ Disminuir distancias entre ciudades</li> <li>■ Ampliar el dominio del espacio rural</li> </ul>
	Instauración de pueblos de indios y haciendas	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Extender el territorio urbanizado</li> <li>■ Consolidar la urbanización</li> </ul>

La extensión del territorio generó una serie de condicionantes que influyeron en la distribución espacial del poblamiento. La zona central fue colonizada con un sistema lineal, al cual se integraron las principales ciudades, que se desarrolló siguiendo la secuencia valles -contenidos entre Los Andes y el Pacífico- y el trazado del Camino Real, la principal ruta interna de Chile. Esta estructura contribuía a la eficiencia del proceso colonizador al consolidar la ocupación del amplio territorio con un reducido número de ciudades. Las excepciones fueron San Felipe El Real y Santa Rosa de Los Andes; dos ciudades fundadas en las laderas andinas para funcionar como centros de descanso en el difícil recorrido entre Santiago del Nuevo Extremo y el territorio trasandino.

En la década de 1750 se reanudaron las fundaciones en la provincia de Cuyo para conquistar definitivamente la vertiente oriental de Los Andes y mejorar las débiles comunicaciones entre Santiago del Nuevo Extremo y Buenos Aires. No obstante, el objetivo básico de la urbanización era consolidar la ocupación de los valles centrales mediante la fundación de nuevas ciudades. Así, en el territorio comprendido entre Santiago del Nuevo Extremo y Concepción se implantó una sucesión de ciudades integrada por Santa Cruz de Triana, fundación de 1743; San José de Buenavista, fundada en 1744; San Fernando, fundación de 1745; San Carlos, fundada en 1771, San Ambrosio de Linares, fundación de 1794 y San José de Floridablanca, fundada en 1788 y refundada en 1795 como Santa Luisa de Parral. Estas ciudades apoyaban a Concepción y Chillán, que junto a Santiago eran las únicas fundaciones del siglo XVI en la zona central.

<sup>125</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. op.cit. p.25



**Contexto geográfico de las principales ciudades fundadas en la zona central <sup>126</sup>**

La colonización de la zona central -en el espacio entre los valles de Quillota y del río Itata- incluyó las villas de San Martín de La Concha, fundada en 1717 en el extremo norte, y Dulcísimo Nombre de Jesús, que se fundó en 1753 como nodo sur; esta última, el año 1780 fue trasladada 50 Km al norte de Concepción con el nombre de Dulce Nombre de María de Jáuregui. Otras ciudades se fundaron en la prolongación de los valles centrales hacia el litoral; a este grupo pertenecen Nueva Bilbao de Gardoquí, fundación de 1794; Nuestra Señora de Las Mercedes fundada en 1742 en el valle de Cauquenes y San Antonio Abad en Quirihue, fundación de 1749. En otros valles fluviales se fundan Logroño de San José, erigida villa el año 1742 en base al pueblo de indios de Melipilla; San Jerónimo de Alhué, fundación de 1753 sobre un antiguo pueblo de indios y San Antonio de La Florida, fundada en 1754 en la ribera sur del río Andalién. El repertorio de actuaciones colonizadoras se complementó con la creación de pueblos de indios y haciendas. En contraste, hasta 1748, la única intervención urbanizadora realizada en la zona sur, traspasando el límite geográfico del río Bío Bío, fue la fundación de Santa María de Los Ángeles que, como apunta Santiago Lorenzo, había sido ordenada por el gobernador Velasco en 1739.

El año 1765 se reactivó decisivamente la urbanización de la zona central, situación que se prolongó hasta finales del período colonial. Varias fundaciones se realizaron para fomentar el intercambio y comercialización de la producción agrícola o con el objetivo de concentrar a la población dispersa por los valles; las ciudades de mayor jerarquía generadas con este último fin fueron San Ambrosio de Linares y Nuestra Señora de Las Mercedes de Manso. El conjunto de fundaciones en la zona central se desarrolló siguiendo el hilo conductor fijado por los caminos -en especial el Camino Real- y bajo la influencia de Santiago del Nuevo Extremo, el núcleo primordial del sistema de ocupación.

<sup>126</sup> Imagen es de National Aeronautics and Space Administration (NASA) <http://www.nasa.gov>



Las haciendas, que apoyaban la colonización de los espacios rurales, también se basaban en la existencia de caminos como referencia de localización. Otro elemento determinante eran los ríos que atravesaban el sistema de valles, en cuyas riberas se desarrollaron la mayoría de las ciudades.

El valle donde se fundó Santiago del Nuevo Extremo se despliega de norte a sur, entre los ríos Mapocho y Maipo, abarcando 80 Km de longitud y 35 Km en sentido transversal. Santiago se asienta al poniente de Los Andes, en un sector que alcanza una amplitud de unos 60 Km. Hacia el litoral, la continuidad de los valles centrales es interrumpida por el cordón de cerros costeros que, por su fuerte relieve, afectó la relación funcional y las comunicaciones entre Santiago y el puerto de Valparaíso.



**Contexto geográfico de Santiago. Valle entre Los Andes y cordillera de La Costa<sup>127</sup>**

Los valles enmarcados por los montes andinos y cerros de la cordillera de La Costa son planicies comunicadas por llanuras fluviales o mediante pasos abiertos entre las sierras de menor altura. Desde Santiago al sur se desarrolla una secuencia de valles fluviales que comienza en el valle del río Maipo donde, a partir del pueblo de indios de Melipilla, se fundó la ciudad de Logroño de San José; continúa con el valle del río Cachapoal donde se fundó Santa Cruz de Triana, el valle del río Tinguiririca que fue la referencia para fundar a San Fernando y el valle donde confluyen los ríos Teno y Lontué que fue elegido para fundar a San José de Buenavista. A continuación se desarrolla la cuenca del río Maule, cuyos afluentes –los ríos Claro y Ancoa- sirvieron de respaldo para fundar San Agustín de Talca en 1664 y posteriormente, en 1794, San Ambrosio de Linares.

En el valle del río Torreón se fundó San Carlos y, en el valle regado por el río Itata y sus tributarios, durante el siglo XVIII se fundaron las ciudades de Dulcísimo Nombre de Jesús y San Antonio Abad de Quirihue para complementar el dominio territorial del área, centrado en San Bartolomé de Chillán, fundada en 1580 junto al río Ñuble.

La ocupación de los valles centrales abarcaba hasta la cuenca hidrográfica del río Bío Bío, cuya ribera norte fue seleccionada –el año 1754- como sitio para trasladar a Concepción; esta nueva fundación señalaba el límite de la colonización agraria del valle central y el paso hacia la zona sur a través del río Bío Bío, el eje natural que constituía una insalvable frontera interna de carácter natural y cultural.

<sup>127</sup> Imagen de National Aeronautics and Space Administration (NASA) <http://www.nasa.gov>

### 1.3.6 Influencia de las haciendas en la urbanización de los valles centrales

La urbanización de los valles centrales fue configurando una modalidad de dominio que enunciaba las particularidades locales porque los diferentes asentamientos eran formas individuales e identificables que, al mismo tiempo, integraban un sistema de relaciones concebido para alentar el desarrollo económico y la urbanización desde la cultura agraria. Por esto, la actividad de las haciendas fue esencial para el fomento de la economía, del intercambio comercial y de la ocupación del territorio.

El carácter fortificado de las primeras haciendas chilenas creadas en el siglo XVI se expresaba en sus torres y la preeminencia de sus anchos muros apenas perforados por pequeñas ventanas que, como explica Trebbi<sup>128</sup>, revelaban su inspiración militar como respuesta a un ambiente hostil. Esta imagen fue paulatinamente reemplazada por estructuras más abiertas al paisaje; el nuevo carácter de las haciendas, que se fue perfilando en el transcurso del siglo XVIII, denotaba su doble función de núcleos irradiadores del orden hispano y de avanzadas colonizadoras.

El desarrollo de las haciendas se aceleró a partir de la última década del siglo XVI por los éxitos en el cultivo del trigo –que en 1580 se producía en cantidad suficiente para abastecer el consumo interno y exportar excedentes a Perú– y más tarde de la vid. Al impulso generado por la agricultura y la vitivinicultura, en los últimos años del siglo XVI, se deben sumar los cambios demográficos a consecuencia de procesos de migración generados por el desplazamiento obligado de población indígena hacia tierras menos fértiles –y parcelas de tamaños menores– y por la afluencia a la zona central de población española sobreviviente a la destrucción de las siete ciudades o que escapaba de la guerra en Arauco.

La llegada de la Compañía de Jesús fue fundamental para la actividad colonizadora de la zona central porque rápidamente se transformó en la propietaria de enormes haciendas adquiridas por legados, donaciones o compras. Otra razón que influyó en la expansión de las tierras cultivadas por los valles centrales y uso intensivo de los suelos –obligando a construir sistemas de riego– fue el gradual abandono de tierras cultivadas en las áreas costeras debido a procesos erosivos generados por la tala indiscriminada de los bosques<sup>129</sup>.

La colonización de otros territorios, que aún permanecían sin ocupar, se activó con el surgimiento de estancias ganaderas caracterizadas por sus enormes dimensiones para contener extensas superficies de praderas y amplios terrenos de pastoreo que, además, se expandían continuamente para aprovechar los distantes pastos que era posible utilizar en invierno.

Las haciendas, organizadas en torno a un núcleo –casa principal o patronal– que era el foco difusor del orden ortogonal al resto del conjunto; se componían de patios, bodegas, talleres, casas de trabajadores, huertos de frutales y campos cultivados. Esta estructura jerárquica y regular fue el germen de varios asentamientos. Trebbi explica que junto a las haciendas se formaron caseríos que dieron origen a ciudades y pueblos. Catapilco, La Ligua, Longotoma y Curimón son centros poblados que nacieron alrededor de las casas de los hacendados encomenderos<sup>130</sup>.

<sup>128</sup> Según Trebbi, la primera casa patronal chilena fue construida por Valdivia el año 1542, en el valle de Quillota. Explica que no hay información de ella excepto que la Casa Fuerte –como se la llamaba– tenía aspecto de fortificación. La casa de Francisco de Aguirre, capitán español que acompañaba a Valdivia, en un documento del año 1562 es nominada Castillo de Montalbán por su carácter militar. TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. op.cit. p. 12

<sup>129</sup> TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. op.cit. p 27

<sup>130</sup> TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. op.cit. p 15

Las haciendas, además de su función productiva, se relacionaban con el dominio de grandes extensiones, eran referencias en el paisaje y elementos relevantes para la ocupación del territorio. Fueron la base del sistema agrario, con importancia social porque aglutinaban a la población rural, mayoritaria durante la época colonial<sup>131</sup>.

Los conjuntos más exitosos eran las haciendas jesuíticas, organizadas combinando la producción agrícola con la elaboración de objetos artesanales para apoyar el culto religioso y otras actividades. Fueron autosuficientes porque en cada una se disponía de ganado mayor y menor, curtiembres, herrerías, viñas, molinos, huertos, bodegas y talleres donde fabricar herramientas y útiles de labranza. A la vez, integraban el principal complejo productivo colonial porque se complementaron entre sí mediante el intercambio; algunas haciendas se dedicaban a generar producciones específicas como telas, ornamentos religiosos y relojes. La hacienda Quivolgo –ubicada en la desembocadura del río Maule– disponía de un astillero, Bucalemu poseía telares y herrería, en Aconcagua se fabricaban sogas de cáñamo y en la hacienda Mendoza existían talleres de telares<sup>132</sup>. La hacienda de Ocoa tenía una plantación de palmas para producir miel y en el sitio del Noviciado –adyacente a la Cañada de Santiago– los jesuitas poseían una viña que el año 1767 contenía 10.000 plantas, almendros, nogales, naranjos, limones, alfalfa y especies vegetales como un lúcumo que había sido traído de Coquimbo<sup>133</sup>.

El regadío fue preocupación primordial de los jesuitas, lo que explica la construcción de canales para conducir agua desde los ríos a sus tierras cultivadas. Las haciendas Limache y Quillota eran regadas con agua extraída del río Aconcagua. En 1749 se construyeron redes para captar agua del río Maipo y reemplazar a un antiguo canal, destruido por una crecida, que abastecía a Calera de Tango, la mayor hacienda de la Compañía. El sistema de riego en Calera de Tango incluía una de las principales acequias coloniales<sup>134</sup> y se completó en 1753 con la construcción del primer túnel para conducir agua hasta terrenos que quedaban entre las laderas de un cerro<sup>135</sup>.

La capacidad organizativa de los jesuitas y su eficacia productiva, indica Trebbi, los transformó en promotores de una política agraria programada<sup>136</sup>. Hanisch explica que sus haciendas no sólo obtuvieron los mejores rendimientos de Chile, también incentivaron el desarrollo de la agricultura con la introducción de técnicas europeas, semillas, ganado y el perfeccionamiento de herramientas, útiles de labranza y otros instrumentos de trabajo; cada hacienda funcionaba como granja experimental y en conjunto representaron una descomunal obra de dominio de la naturaleza<sup>137</sup>. Sin embargo, a pesar de su progreso y las significativas dimensiones que alcanzaron los complejos jesuíticos, a mediados del siglo XVIII eran asentamientos pequeños en comparación con las enormes extensiones territoriales que estaban sin ocupar.

Por otra parte, la mayoría de las haciendas se localizaban en los cruces de caminos, transformándose en lugares de descanso en los largos recorridos. Según Ovalle las haciendas eran tan numerosas que en el viaje desde Concepción a San Francisco de La Selva era posible descansar cada noche en una de ellas<sup>138</sup>.

<sup>131</sup> Los caseríos en torno a las haciendas integraban a población indígenas, mestizos y negros

<sup>132</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires. 1973. p. 144.

<sup>133</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit p. 146.

<sup>134</sup> MENDEZ, Luz María: *Espontaneísmo y cálculo durante la colonia*. En *Historia de la ingeniería en Chile*. Editada por el Instituto de Ingenieros de Chile y Hachette. Impresa en Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria. Santiago, 1990. p. 43

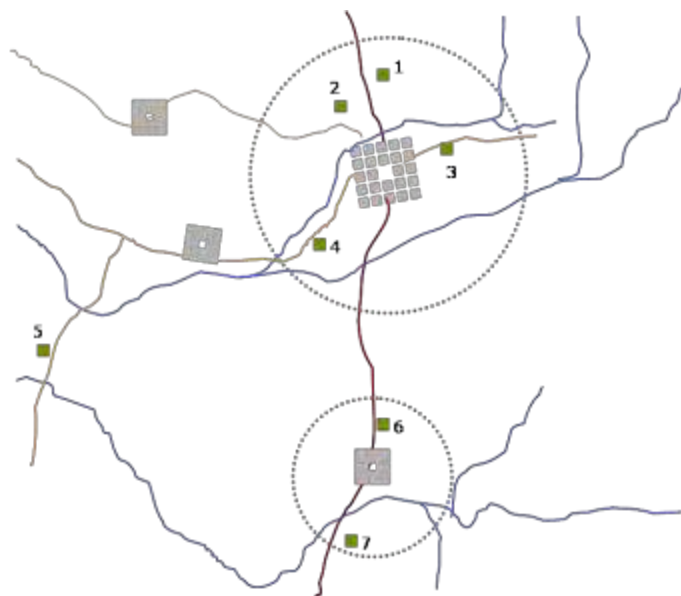
<sup>135</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit p. 143.

<sup>136</sup> TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. op.cit. p 16

<sup>137</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit p. 147.

<sup>138</sup> Citado por TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. op.cit. p 26





Haciendas próximas a Santiago: San Ignacio (1), La Punta (2), La Ollería (3) y Calera de Tango (4).  
Hacienda en el camino a la ciudad de Melipilla: Bucalemu (5).  
Haciendas próximas a Santa Cruz de Triana: Compañía de Graneros (6) y Mendoza (7)

### **Constelación de haciendas jesuíticas en área de influencia de Santiago<sup>139</sup>**

A pesar de la importancia de las haciendas para la colonización, hasta avanzado el siglo XVIII existían algunas marginadas de la red de ciudades debido a la falta de caminos o su deficiente estado, lo que impedía la circulación de carretas y obligaba a transportar los productos agrícolas por huellas que apenas podían recorrerse en mulas y caballos<sup>140</sup>. En este contexto, la construcción de caminos para comunicar a las ciudades y haciendas fue una acción colonizadora importante, que reafirmaba la jerarquía de las últimas en el sistema productivo. Una prueba de esta situación fue la construcción del camino –actual avenida Apoquindo– para conectar a Santiago con las haciendas de Lo Fontecilla, Lo Matta y Las Condes. Además, con frecuencia, los caminos que unían a ciudades existentes con nuevas fundaciones eran apoyados por las haciendas; un ejemplo es la ruta entre Santiago y San Felipe El Real, que se apoyó en la hacienda Peldehue.

Las haciendas tuvieron significativa importancia para la urbanización porque fueron núcleos de concentración de población, lugares de descanso en los largos trayectos entre ciudades, apoyo funcional a los caminos, focos de comercio, referencias para medir la distancia entre ciudades, centros de producción agraria y artesanal, nodos de convergencia de personas y productos, hitos en los recorridos, postas de correos, centros irradiadores del orden ortogonal y bases para la creación de ciudades. Las fundaciones de Manso de Velasco se respaldaban en la red de caminos –en especial el Camino Real que cruzaba los valles centrales– y en haciendas, a las que fueron reemplazando gradualmente en sus funciones de postas y lugares de descanso.

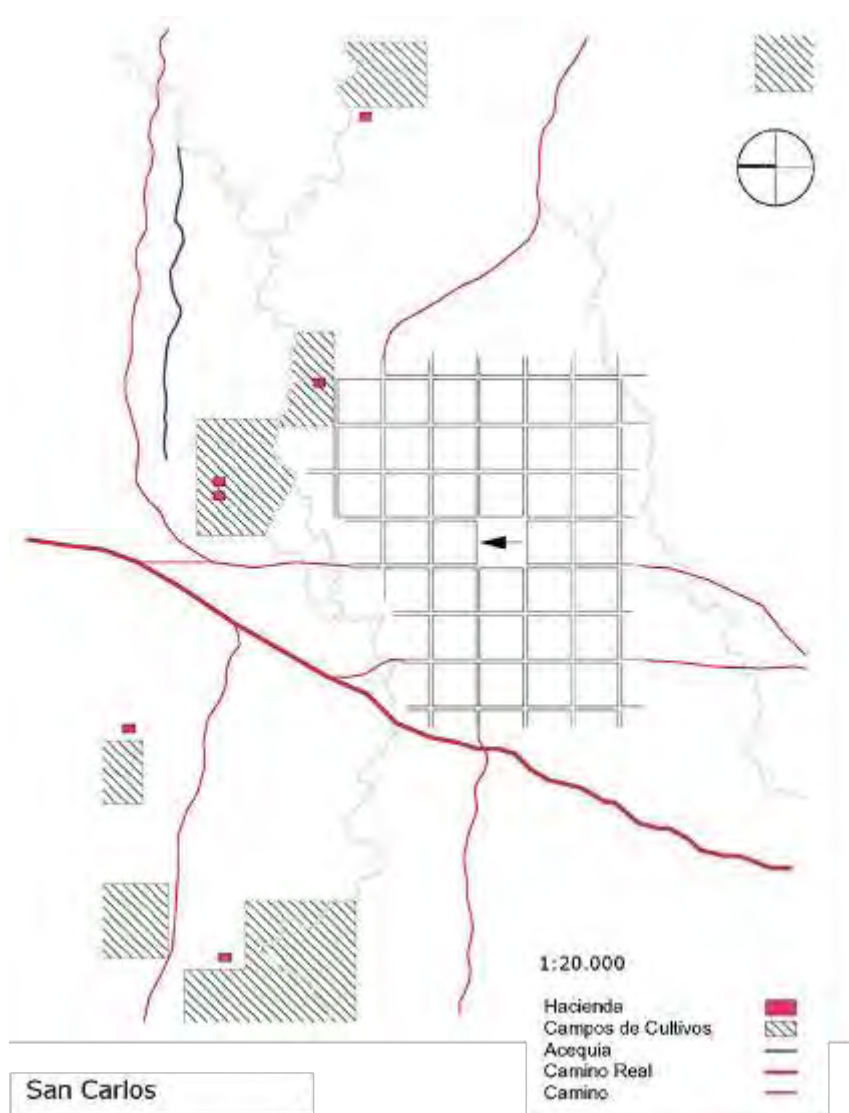
Varias ciudades de los valles centrales ampliaron su influencia territorial mediante las relaciones de interdependencia con las haciendas cercanas. La constelación de haciendas jesuíticas que rodeaban Santiago siguiendo los ejes de los caminos que se cruzaban en la ciudad –entre ellos el Camino Real– muestra esta característica.

<sup>139</sup> La imagen es una interpretación de un dibujo de Trebbi. Publicado en TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. op.cit. p 72 y Mapa red vial del Ministerio de Obras Públicas en [www.mop.cl](http://www.mop.cl)

<sup>140</sup> VILLALOBOS. Sergio; SILVA, Osvaldo; SILVA, Fernando y ESTELLÉ, Patricio: *Historia de Chile*. Tomo 2. Edición 15° basada en la primera de 1974. Editorial Universitaria. Santiago, 1991. p.163

Al norte de Santiago, cercana al Camino Real, estaba La Punta, una de las mayores haciendas coloniales; al oriente se situaba la Ollería, un centro productor de objetos de arcilla; al sur estaban Calera de Tango, la Compañía de Graneros y la Hacienda Mendoza; Bucalemu estaba al poniente. Entre Santiago y otras ciudades -Santa Cruz de Triana, San Fernando y Santa Rosa de Los Andes- la urbanización también se sostenía en las haciendas y en los caminos de conexión entre ellas.

Esta relación se observa en San Carlos –ciudad fundada el siglo XVIII en los valles que se despliegan entre Chillán y Concepción- que se conectaba con seis haciendas localizadas al norte y noreste del núcleo urbano. La fertilidad de las tierras -por la presencia de numerosos esteros y un canal de riego construido para transportar agua desde el río Ñuble- fue fundamental para el predominio de la agricultura y la ganadería, propulsando el desarrollo de las grandes haciendas que rodeaban a San Carlos. La continuidad espacial y funcional entre la ciudad y el espacio rural de su entorno descansaba en el sistema de caminos que constituía una prolongación del trazado de la ciudad hacia las haciendas.



### Conjunto de haciendas en el área de influencia de San Carlos

Fuente: Plano de la Villa Nueva de San Carlos. Juan de Ojeda. Siglo XVIII <sup>141</sup>

<sup>141</sup> Archivo Nacional. Santiago. Publicado en: Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX.* op.cit. Lámina 45

### 1.3.7 Colonización en los valles mineros

El empeño por promover la eficacia del sistema productivo, además de acelerar la ocupación de los valles agrícolas, también concernía a la fundación de ciudades en valles mineros con el fin de impulsar la economía basada en el aprovechamiento de recursos auríferos y cupríferos. En este tipo de actuaciones sobresalen las acciones colonizadoras realizadas en el extenso territorio que se desplegaba entre el valle del río Copiapó –límite con el desierto de Atacama- donde se fundó San Francisco de La Selva, y el valle del río Mapocho, donde estaba Santiago del Nuevo Extremo.

Entre 1735 y 1755, el avance de la urbanización desde Santiago al límite norte de Chile -señalado por el pequeño puerto de Chañaral- fue apoyado por la acción de otorgar a Copiapó, un pueblo de indios conocido desde 1535, la categoría de villa<sup>142</sup> con el nombre de San Francisco de la Selva. La fundación, ordenada por Manso de Velasco para concentrar a la población dedicada a explotar los yacimientos auríferos del área, fue realizada por Francisco Cortés en 1742.

Otras acciones colonizadoras del XVIII se concentraron en los valles mineros que se desarrollaban entre Santiago y La Serena, las dos primeras ciudades chilenas que, hasta mediados del siglo XVIII, permanecían separadas por una distancia superior a 500 Km. Entre ambas ciudades se realizaron nuevas fundaciones, que prolongaron la colonización al norte de Santiago apoyándose en pueblos de indios existentes. A este grupo pertenecen las fundaciones ordenadas por Domingo Ortiz de Rozas y que corresponden a Santa Ana de Briviesca o Buenavista, fundada el año 1753 en base al pueblo de indios de Petorca; Santo Domingo de Rozas, fundación de 1754 en el sitio del pueblo de indios de La Ligua; Santa Rosa, erigida ciudad en 1755 a partir del pueblo de indios de Huasco<sup>143</sup> y San Rafael de Rozas, fundada el año 1755 sobre el asiento del pueblo de indios de Illapel.

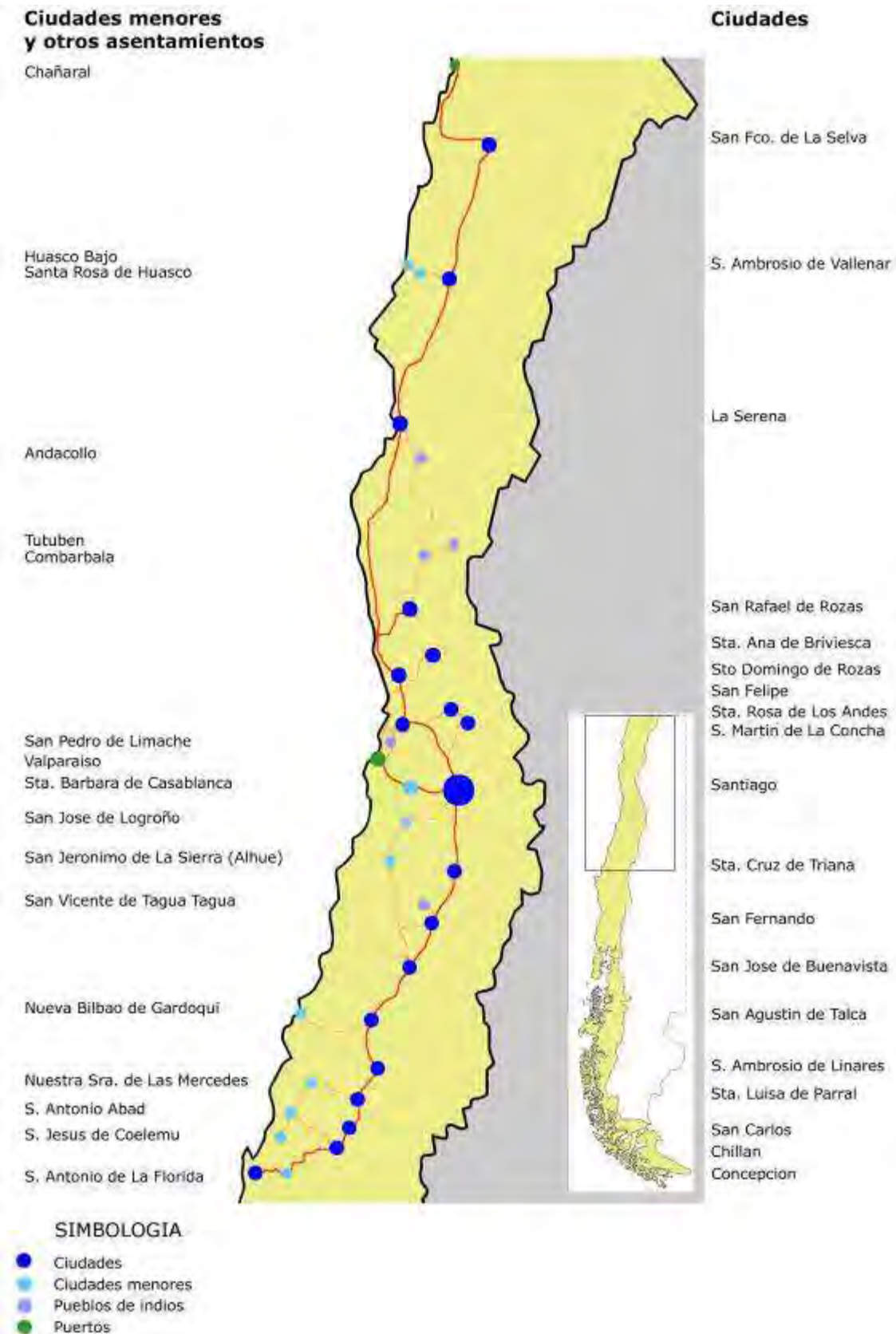
El origen de Santa Ana de Briviesca se relacionó con el descubrimiento de minas de oro, cuya extracción atrajo numerosa población al pueblo de indios de Petorca. Esta concentración fue la principal razón para fundar una ciudad dentro de los terrenos de los monjes agustinos, quienes se opusieron a la creación de la villa, obligando a las autoridades a dictar la Real Cédula de 1761 para regularizar la situación de la ciudad; lo que ocurrió a fines del siglo XVIII, en **el gobierno de Ambrosio O'Higgins**.

La fundación de Santo Domingo de Rozas obedeció a la existencia de un asiento de minas, formado por la explotación del oro encontrado en los cerros circundantes al sitio de la ciudad. Por petición de los trabajadores mineros, el gobernador Domingo Ortiz de Rozas fundó la ciudad en 1754, en base al pueblo de indios de La Ligua, aunque su arreglo definitivo fue gestión del gobernador **O'Higgins, lo que explica** porque su planta se trazó el año 1789 y sólo en 1874 alcanzó el título de ciudad<sup>144</sup>. Otra fundación de Ortiz de Rozas en los valles mineros fue San Rafael de Rozas, erigida villa en 1755 en terrenos de la hacienda Ahumada, cuyo dueño impidió el crecimiento del núcleo obligando a su traslado a unos 3 Km del sitio original. Tras ser destruida por un incendio, San Rafael de Rozas fue trasladada al sitio que ocupa actualmente, al oriente del río Cuzcuz. En 1788, el gobernador Ambrosio O'Higgins la reedificó para concentrar a la población de Cuzcuz y Chillamávida. La deficiente productividad de las minas adyacentes afectó su crecimiento y San Rafael de Rozas permaneció hasta finales de la colonia como un centro con bajo desarrollo urbano.

<sup>142</sup> El 1717 se había efectuado un procedimiento similar al erigir como ciudad, con el título de San Martín de La Concha, al pueblo de indios de Quillota, erigido el año 1565. La acción fue realizada por el marqués de Casa Concha sin contar con la aprobación del rango de ciudad, permaneciendo San Martín de La Concha como villa. GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.273

<sup>143</sup> Santa Rosa de Huasco es la actual ciudad de Freirina.

<sup>144</sup> ASTA-BURUAGA, Francisco Solano: *Diccionario geográfico de la República de Chile*. op. cit. p.368



### Colonización de los valles mineros y agrícolas de la zona central

Los problemas que enfrentaron las ciudades fundadas por Domingo Ortiz de Rozas denotan que la colonización de los valles mineros no alcanzó la dinámica que puede observarse en los valles agrícolas. No obstante, y a pesar de su débil crecimiento, las fundaciones realizadas para impulsar la minería permitieron ocupar un extenso territorio que hasta mediados del siglo XVIII permanecía sin colonizar, exceptuando las escasas agrupaciones de población en las haciendas, los asentos de minas y los pueblos de indios.

Las acciones colonizadoras en la zona norte continuaron con la fundación de las varias ciudades: Salamanca, realizada en 1766 en los terrenos donados por Matilde de Salamanca; San Ambrosio de Vallenar o Ballenar –que se llevó a cabo en 1789 a partir del pueblo de indios llamado Huasco Bajo- y San Francisco de Borja, erigida villa por Ambrosio Ohiggins el año 1789, tomando como base al pueblo de indios de Combarbalá, que había sido instaurado como tal en 1704.

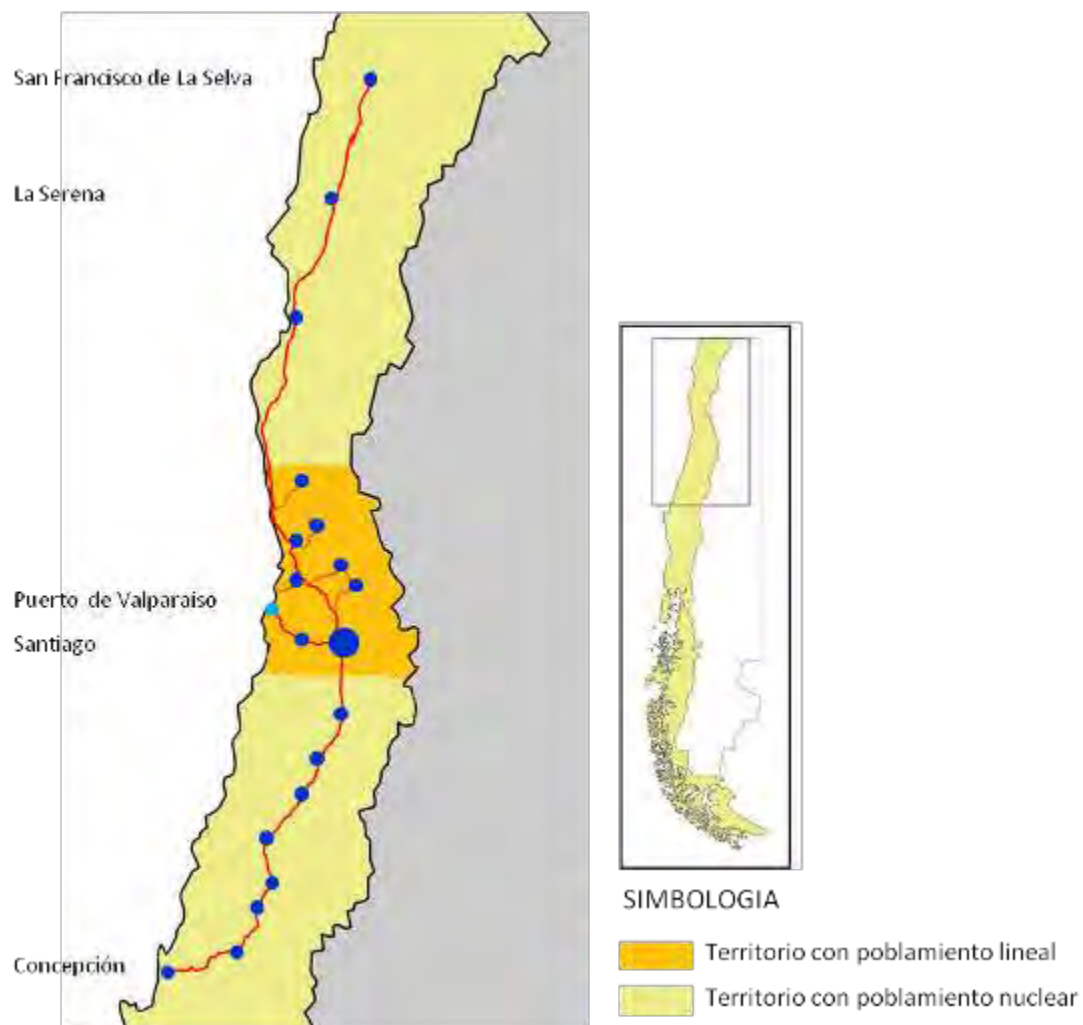
La minería, aunque tuvo una fuerte expansión en la segunda mitad del siglo XVIII, que influyó en el progreso económico de algunas zonas -norte de Santiago y áreas cordilleranas costeras y andinas centrales- no fue un factor de desarrollo que pueda compararse con la agricultura o la ganadería; además, las ciudades chilenas que se relacionaban con las actividades mineras no alcanzaron el nivel de crecimiento que es posible observar en otras ciudades mineras de Hispanoamérica.

Al analizar la estructura de colonización de las zonas norte y central se advierten diferencias en la forma de ocupación de los valles mineros y agrícolas. En la zona norte -tomando como referencia a San Francisco de La Selva y San Rafael de Rozas, que señalaban los extremos de los valles mineros- las fundaciones formaban una estructura lineal y extendida organizada siguiendo el eje fijado por el camino que comunicaba a Santiago del Nuevo Extremo con el virreinato del Perú, pasando por La Serena, San Ambrosio de Vallenar y San Francisco de La Selva. Esta estructura avanzó por áreas interiores, con excepción del territorio próximo a La Serena, que tenía una posición costera. Entre ciudades había intervalos de distancia cercanos a los 200 Km.

En los valles mineros, que se desarrollan al norte de Santiago del Nuevo Extremo y hasta San Rafael de Rozas, se consolidó una forma de poblamiento concentrado que se ramificó siguiendo la red de comunicaciones estructurada por el camino costero y las rutas interiores que vinculaban a ciudades y pueblos de indios. Esta estructura se desplegó hasta la cordillera de Los Andes con la fundación de San Felipe y Santa Rosa de Los Andes, dos ciudades creadas para apoyar la ruta trasandina que conectaba a Santiago del Nuevo Extremo con el virreinato de La Plata, a través de Mendoza. La presencia del puerto de Valparaíso explica la desviación del sistema hacia la costa. En esta zona, las distancias entre fundaciones eran menores en comparación con el tramo anterior, pues varían desde 92 Km de separación entre San Rafael de Rozas y Santa Ana de Briviesca -Petorca- a los 52 Km que había entre Santa Ana de Briviesca y Santo Domingo de Rozas. Una excepción al rango de distancia eran los 18 Km que separaban a San Felipe y Santa Rosa de Los Andes. En síntesis, la colonización de los valles transversales se extendió por la totalidad del espacio que se extendía desde el mar hasta la cordillera de Los Andes.

Al sur de Santiago del Nuevo Extremo, la estructura de poblamiento era lineal y se desarrolló por los valles interiores hasta las inmediaciones de Concepción, donde se acercó a la costa para conectarse al puerto de Talcahuano. Las fundaciones seguían el eje del Camino Real y se disponían a intervalos variables pues comprenden desde 116 Km que separan a Santiago y Santa Cruz de Triana, hasta 48 Km de distancia entre Santa Luisa de Parral y San Carlos. En este último tramo, las aproximaciones al litoral no prosperaron como lo muestra la frustrada fundación de Nueva Bilbao de Gardoqui y el insuficiente desarrollo de San Antonio Abad de Quirihue, que a pesar de su escaso desarrollo logró permanecer.

En la imagen siguiente se observa la estructura de poblamiento lineal predominante en los valles agrícolas, con las ciudades dispuestas siguiendo el trazado del Camino Real. Esta organización se modificó en los valles mineros que se desarrollan al norte de Santiago, donde la agrupación concentrada de las fundaciones muestra que la ocupación del territorio estaba organizada por la convergencia del Camino Real y las rutas transversales que conectaban a la cordillera de Los Andes con la costa del Pacífico. En ambas modalidades prevalece la influencia de Santiago como principal núcleo del crecimiento económico.



### Estructuras de colonización de los valles mineros y agrícolas de la zona central



### 1.3.8 Avances en el dominio de territorios marginados de la colonización

La fundación de distintos asentamientos -ciudades, fuertes y misiones-, la creación de haciendas y la construcción o el mejoramiento de los caminos para consolidar el sistema de comunicaciones terrestres permitió que el siglo XVIII, por los avances en el dominio del espacio, fuera rotundamente superior a los siglos precedentes. Con todo, permanecían áreas inexploradas en la zona austral debido a las complejidades geográficas y extensiones sin colonizar en el territorio de Arauco como consecuencia de la resistencia indígena a la acción española.

En el siglo XVIII se fundaron 93 ciudades, de esta cifra, 42 estaban en la Araucanía aunque la mayoría no prosperó por las complejidades históricas de su entorno; por esto, son ejemplos representativos de decisiones administrativas más que acciones de urbanización. Los problemas específicos que se manifestaban en el territorio de Arauco subrayaban las diferencias del proceso de colonización de Chile que, desde su inicio, exhibía un desarrollo desigual como derivación de la diversidad del paisaje y la fuerte oposición de las sociedades indígenas a la urbanización.

En las primeras décadas del XVIII se instauraron numerosos de pueblos de indios en diferentes zonas de Chile, sobresaliendo los fundados el año 1760 en Chiloé, los valles agrícolas y Arauco. En esa época, se crearon varias reducciones en el sur de Chile; casi medio centenar estaba en Arauco y otras 27 en el territorio próximo a Valdivia. El año 1764 es una referencia temporal importante porque 40 pueblos de indios fueron erigidos villas; sin embargo, la mayoría de ellas no logró un desarrollo permanente. De este grupo, siete pertenecían al distrito de Marbén y quince al de Tucapén; ambos de La Araucanía<sup>145</sup>.

A comienzos del siglo XVIII, cuando la mayoría de los pueblos indígenas de América se habían incorporado al nuevo orden impuesto por España, aún persistían regiones habitadas por comunidades rebeldes<sup>146</sup>. Los principales focos de oposición estaban en las regiones fronterizas del norte de Nueva España y del sur de Chile. En ambos territorios, el modelo de colonización basado en la fundación de ciudades debió ser reemplazado por otras formas de dominio que podían adaptarse mejor al contexto histórico; entre éstas, se destacan la construcción de plazas fuertes para apoyar las acciones defensivas<sup>147</sup> y la fundación de misiones para sostener la evangelización.

Los pueblos de indios eran fundamentales para incorporar a las áreas marginadas al territorio ocupado por España. Igualmente, las reducciones y pueblos de indios que se crearon con la finalidad de incorporar población nativa a la colonización, fueron esenciales para mantener las redes de misiones como elementos fundamentales de la estructura de colonización.

Lo anterior explica porqué, en Chile, estas acciones el dominio de la extensión se concentraron en La Araucanía, donde se destaca la creación de misiones que, por su número y su influencia para la pacificación, eran los asentamientos más gravitantes del área. Las misiones -a cargo de jesuitas y en menor medida de franciscanos- desde mediados del siglo XVII fueron los enclaves básicos de la evangelización en la zona de guerra interna. Por esto, un hito en la colonización de La Araucanía, fue la creación, el año 1693, de la misión de La Imperial en el mismo sitio donde se había fundado la ciudad de nombre homónimo, destruida en el levantamiento de 1598; al

<sup>145</sup> Antecedentes en la tabla sobre acciones de colonización del siglo XVIII: Fundación de ciudades. (anexo)

<sup>146</sup> Entre los pueblos no conquistados, Kamen menciona a los hopis de Nueva España y los Guajiros en la Provincia de Riohacha, Nueva Granada, señalando que la resistencia indígena era más frecuente en las regiones fronterizas. KAMEN, Henry: *Imperio. La forja de España como potencia mundial*. Traducción de Amado Diéguez. Editorial Aguilar. Madrid 2003. pp.416-417

<sup>147</sup> La importancia de los sistemas defensivos se analizará en el punto 1.4: La ciudad y los límites del espacio dominado.



año siguiente, a orillas del río Quepe, a 5 Km de la anterior, se construyó la misión de Boroa. Así, se emprendió la instalación de nuevas misiones en La Araucanía para funcionar como centros difusores de valores cristianos y avanzadas colonizadoras.

La paulatina recuperación del territorio abandonado por España a fines del siglo XVI continuó con la creación, en el año 1714, de las misiones de Villarrica y Bajo Toltén. No obstante, el proceso fue intermitente y complicado porque la actividad misionera fue interrumpida varias veces por sublevaciones indígenas. En el levantamiento del año 1723 se perdieron las misiones de La Araucanía, aunque cuatro años más tarde se habían restaurado las de Arauco y Santa Fe. En 1733 se restableció la misión de Toltén Bajo y en 1759 la de Bajo Imperial. La acción fundacional se fortaleció con la creación de nuevas misiones. En 1766, al sur del río Bío Bío, existían diecisiete, sin considerar las fundadas en Chiloé y Valdivia<sup>148</sup>. Otra insurrección indígena, en 1766, también tuvo como consecuencia la destrucción de varias misiones; no obstante, la evangelización siguió avanzando, como lo refleja el aumento de misioneros jesuitas destinados al sur de Chile que hasta el año 1760 eran 30, cifra que duplicaba a los contabilizados el año 1690. A pesar de este antecedente, Hanisch hace notar que el número de misioneros no era suficiente para desplegarse y evangelizar ese enorme territorio donde la escasez de asentamientos estables y dispersión de los indígenas dificultaban la acción misional.

Un dato relevante para establecer la desigual relación entre la población indígena y el número de misioneros es una carta enviada el año 1696 por el gobernador Martín de Poveda al rey de España, señalando que en La Araucanía había 16.000 indios. Otro antecedente sugerente fue proporcionado por el jesuita Deodati, misionero de Toltén, afirmando que en diez años habían bautizado tres mil indígenas<sup>149</sup>. En este sentido, se debe considerar que, a pesar de los conflictos en La Araucanía, después de cada sublevación, las misiones aumentaban en vez de disminuir y, aun cuando debieron superar ataques, destrucciones y hasta la muerte de misioneros, lograron transformarse en focos propulsores de una lenta evolución cultural<sup>150</sup> porque fueron los asentamientos que posibilitaron articular las relaciones entre soldados españoles e indígenas, contribuyendo decisivamente a la pacificación y colonización.

Walter Hanisch explica que los misioneros jesuitas se internaron en los territorios indígenas, vivieron con ellos, aprendieron su idioma, asistieron a los parlamentos y ayudaron a mantener los contactos con los gobernantes españoles<sup>151</sup>. Respecto a la colonización, los misioneros cumplieron funciones destacadas para la exploración, conocimiento y divulgación de un extenso espacio marginado de la colonización. Por otra parte, plantearon acciones específicas para evitar los conflictos con la población nativa y respaldar la urbanización. En un documento fechado el año 1752, el padre Villarroel formuló la idea de fundar ocho ciudades en las orillas del río Bío Bío con la intención de servir de protección a los ataques indígenas. Por otra parte, el padre Walter propuso extender las estaciones misionales hasta el estrecho de Magallanes como estrategia para lograr el dominio total de la región chilena<sup>152</sup>.

La precariedad de las misiones y su aislamiento, determinó que la elección de sitios para fundar centros misionales dependiera de la existencia de agua dulce y otros recursos naturales que hicieran posible su permanencia en el tiempo y, a través de ellos, la incorporación de una zona lejana y aislada al sistema colonial.

<sup>148</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit. pp. 61-65

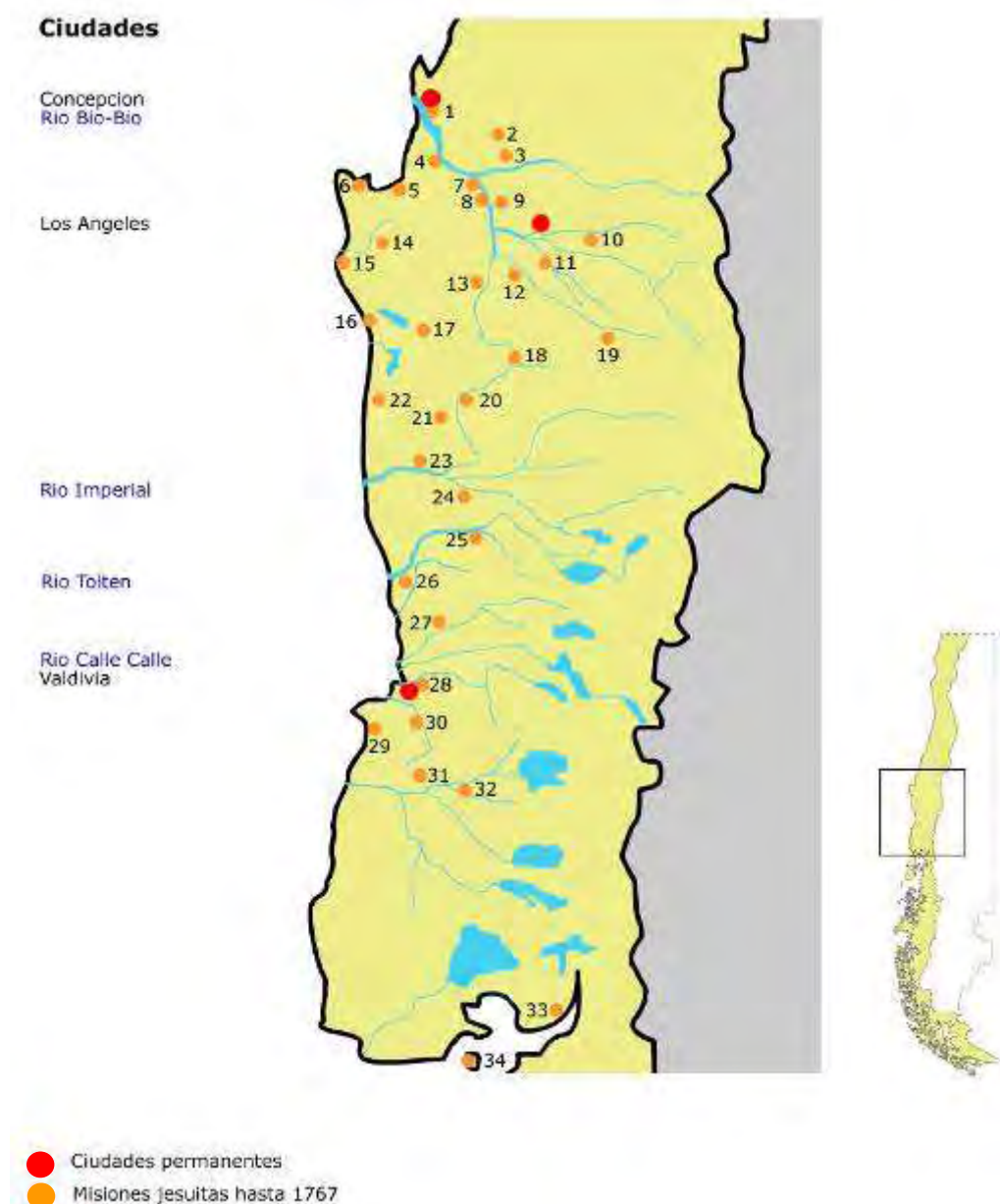
<sup>149</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit. p.66

<sup>150</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit. pp.65-66

<sup>151</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit. p.66

<sup>152</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit. pp.65-66

En la siguiente imagen se observa que las principales misiones jesuitas fundadas en la zona de La Araucanía se distribuían siguiendo los cursos de los ríos y esteros que los abastecían de agua dulce y tierras fértiles; además, la presencia de los cauces aumentaba las posibilidades de comunicación a través de senderos posibles de abrir en las despejadas llanuras fluviales. Esta característica de localización es semejante a la ubicación de las misiones jesuíticas fundadas en Baja California, donde también prevalecían las fundaciones junto a los ríos<sup>153</sup>.



### Misiones jesuíticas en el sur de Chile hasta su expulsión en 1767

Fuente: Elaborado según el mapa de Walter Hanisch<sup>154</sup>

<sup>153</sup> DIAZ, Marco: *Arquitectura en el desierto. Misiones jesuitas en Baja California*. Publicación de la Universidad Autónoma de México. México, 1086. p.81

<sup>154</sup> HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit. p.154

## 1.4 La ciudad y los límites del espacio dominado

Consolidar las fronteras del territorio ocupado por España fue un interés constante del gobierno colonial. Al respecto, se debe considerar que en Chile coexistían varias fronteras. Una era la frontera administrativa que delimitaba el territorio asignado a la Capitanía General de Chile; fue modificada en 1776 con la creación del Virreinato del Río de La Plata, lo que significó el traslado del límite oriental y la reducción de la extensión chilena. Otra era la frontera interna que separaba al territorio colonizado de la zona de Arauco, bajo dominio indígena; además, existía una frontera misional que se superponía a la anterior. Al respecto, Bernecker plantea que no era posible diferenciar claramente a los territorios colonizados de aquellos que permanecían sin colonizar o entre los espacios españoles y ámbitos indígenas; por otra parte, definir las fronteras, suponía disminuir la complejidad originada por una situación inestable y que se modificaba por transacciones, cambios y experiencias diversas <sup>155</sup>.

En Chile, la protección de las fronteras entrañaba una dificultad mayor que en otras colonias de América porque no solamente existía la frontera interna del río Bío Bío, instaurada en 1610 por el marqués de Montes-Claros, virrey del Perú, quien decidió establecer una línea de delimitación entre los territorios indígenas y españoles<sup>156</sup> o una frontera misional difusa -que se ampliaba o reducía según el avance y retroceso de la evangelización- sino que la frontera del litoral fue constantemente asediada y hasta traspasada por potencias extranjeras. Por esto, varias acciones colonizadoras tenían por objetivo la defensa del territorio; en especial, las áreas más vinculadas a rutas comerciales y de comunicación marítima. En el litoral se construyeron obras defensivas para resguardar a las ciudades costeras del ataque de otras naciones. Estas intervenciones territoriales, básicamente estaban relacionadas con objetivos y estrategias militares, pero también respondían a intereses económicos.

La voluntad de preservar los límites imperiales en Hispanoamérica se manifestó en un variado repertorio de acciones urbanizadoras efectuadas por España que, por su número y complejidad, no tienen comparación con realizaciones similares de otros países europeos de la época<sup>157</sup>. La protección de las fronteras amenazadas por las reiteradas tentativas portuguesas, inglesas, francesas y holandesas justificaba la urgencia de asegurar las posesiones y el sistema económico colonial. Este contexto explica la fundación de nuevas ciudades y el reforzamiento de los centros existentes en distintos puntos de las fronteras terrestres y marítimas del imperio español. Los ejemplos más destacados corresponden a la fundación de Montevideo en 1726 para detener el avance de Portugal y las fortificaciones realizadas en las costas de Nueva España, costa sur atlántica y el litoral del mar Caribe como defensa ante incursiones inglesas. En el conjunto de acciones con carácter defensivo también se distinguen la

<sup>155</sup> BERNECKER, Walter: *Fronteras estables y dinamismo continental. La relatividad de las fronteras en Iberoamérica*. En Iberoamérica-América Latina-España y Portugal. Iberoamericana Editorial. Madrid 2004. pp. 72-73

<sup>156</sup> A consecuencia de la Real Orden de 10 de diciembre de 1610, expidió el virrey del Perú, marques de Montes-Claros, la suya del 29 de marzo de 1612, para que se determinase una línea de delimitación entre los españoles e indios de Chile. Ese mismo año se resolvió que el río Bio-Bio deslindara los dos territorios, y a esta línea se le dio el nombre de frontera. Carvallo Goyeneche, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit p. 167

<sup>157</sup> El urbanismo europeo de la época no registra fundaciones para defender los límites imperiales, con excepción de Rusia, donde la fundación de San Petersburgo como nueva capital del imperio ruso debía servir de cabeza de puente contra los avances de Suecia, aprovechar el delta del Neva para transportar mercancías y sustraer al gobierno de la hipoteca que le imponía la iglesia ortodoxa rusa, que tenía su centro en Moscú. La ciudad sirvió a Pedro el Grande y Catalina II como testimonio de su poder por las monumentales construcciones de la nueva capital, donde se acogieron planteamientos arquitectónicos neoclásicos de origen francés e italiano. En Rusia se realizaron otras fundaciones para controlar la posesión de determinados territorios en los márgenes septentrionales del Mar Negro, en el límite con Turquía como Sebastopol de 1784, Ekaterinoslav de 1787, Ekaterinodar y Odessa de 1794. SICA, Paolo. *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L.) Edición en español del título original *Storia dell'Urbanistica. Il Settecento*. Laterza & Figli Spa. Roma-Bari 1979. Traducción de Joaquín Hernández Orozco. Madrid, 1982. pp.146-154

creación de misiones en Baja California y Paraguay para extender la evangelización y resguardar los límites imperiales frente a las presiones ejercidas por Inglaterra y Portugal, respectivamente. La fundación de presidios en Texas, La Florida y Luisiana contribuyó a la protección de las zonas limítrofes en el norte de Hispanoamérica.

Las fronteras norte y oriental de Chile no presentaban debilidades porque estaban naturalmente protegidas por el desierto de Atacama y el sistema cordillerano de Los Andes. El carácter inhóspito y desolado del territorio austral también constituía una forma de defensa que impedía su ocupación, como fue demostrado con el fracasado intento de colonizar las costas adyacentes al estrecho de Magallanes en el siglo XVI. Sin embargo, la frontera del sur -en el archipiélago de Chiloé- y la extensa frontera occidental definida por la costa del Pacífico, presentaban serios impedimentos para su protección.

La necesidad de fortalecer las defensas costeras influyó para que en Chile -de modo semejante al resto de Hispanoamericana- se emprendieran acciones de colonización enfocadas a proteger los territorios más expuestos a las agresiones externas, pues, a pesar de su importancia estratégica para el comercio marítimo por el Pacífico sur y la navegación continental, Chile presentaba ciertos aspectos vulnerables como el insuficiente conocimiento de la costa y la debilidad del sistema defensivo del litoral; condición que en el siglo XVII hizo posible la ocupación holandesa de Valdivia.

Las acciones enfocadas a complementar o perfeccionar la protección de los puertos, de las ciudades litorales y de otros puntos de accesos a la costa chilena mediante la construcción de sistemas fortificados eran parte de un extenso programa defensivo, similar a los realizados en el siglo XVIII en otros territorios americanos -costas del Pacífico norte y mar Caribe- donde se construyeron fortificaciones en Puerto Rico, Acapulco, Veracruz, Campeche, Omoa, La Habana, Portobelo, Panamá, La Guayra, Maracaibo, Cartagena de Indias, Guayaquil y El Callao.

Otra característica relacionada con la defensa del territorio chileno era la existencia de una frontera interna en el río Bío Bío, consecuencia de la guerra de Arauco, que debilitaba la soberanía española.

Por los antecedentes descritos, la consolidación de las fronteras del imperio español en Chile comprendió dos estrategias principales. La primera se orientaba a defender los límites externos y comprendió la elaboración de informes y planes con medidas para afianzar las defensas costeras. Con este objetivo también se llevaron a cabo expediciones organizadas para explorar el litoral y buscar información cartográfica de lugares vulnerables como base para diseñar sistemas de protección apropiados. La estrategia incluía acciones colonizadoras como la transformación de las ciudades costeras para adecuarlas a su función defensiva.

La segunda estrategia colonizadora de carácter defensivo, apuntaba a la protección de los límites internos mediante la fundación de un conjunto de fuertes en la zona donde se desarrollaba la guerra de Arauco y en la frontera fijada a lo largo del río Bío Bío; además, se instauran varios pueblos de indios para controlar a la población indígena y activar la ocupación española de los territorios vinculados al conflicto.

En Chile, el repertorio de intervenciones relacionadas con la defensa del territorio y las fronteras, fue amplio y variado como se desprende en el siguiente cuadro.

### Acciones de colonización para la defensa del territorio

Estrategias	Acciones	Objetivos
Defensa de los límites externos	Elaboración de planes y bases cartográficas de zonas costeras	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Conocer características físicas del litoral</li> <li>■ Definir estrategias de defensa en las costas y puertos</li> </ul>
	Transformación de ciudades costeras para la defensa del imperio	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Protección de las costas</li> <li>■ Construcción de defensa en las ciudades y puertos</li> <li>■ Consolidar ocupación de zonas costeras colonizadas</li> </ul>
	Protección de la estructura de comunicaciones a escala intercontinental	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Defender acceso a las costas del Pacífico y al Virreinato del Perú</li> </ul>
Activar el proceso de colonización y urbanización en zonas de guerra interna	Elaboración de planes y bases cartográficas	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Alcanzar conocimiento más preciso del territorio para acelerar el proceso de urbanización</li> </ul>
	Creación de fuertes y pueblos de indios	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Evitar ciudades aisladas</li> <li>■ Evitar fragmentación territorial generada por la Guerra de Arauco</li> </ul>
	Transformaciones de ciudades para la defensa del territorio	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Construcción y mejoramiento de sistemas defensivos</li> </ul>
	Nuevas fundaciones, repoblaciones y traslados de ciudades	<ul style="list-style-type: none"> <li>■ Integrar al proceso colonizador las zonas deshabitadas o abandonadas</li> </ul>

### 1.4.1 Acciones orientadas a la ocupación y defensa del litoral

Durante la colonia, en la enorme extensión del litoral chileno sólo se fundaron siete ciudades y apenas cuatro lograron subsistir<sup>158</sup>. Ciudad del Rey Don Felipe y Nombre de Dios -dos fundaciones realizadas en la costa norte del estrecho de Magallanes después que, en 1578, Francis Drake cruzó el estrecho y atacó a ciudades de Perú y Chile- debieron ser abandonadas y Nueva Bilbao de Gardoqui -fundación costera en la desembocadura del río Maule- no logró sobrevivir. Si se comparan la cantidad de fundaciones de ciudades, que alcanza un total de 119, con el número de ciudades costeras la diferencia es notable, pues, esta última categoría sólo equivale al 5.3%. Esta situación explica porqué la defensa del litoral dependía de cuatro ciudades -La Serena, Concepción en su primera fundación en la bahía de Penco, Valdivia y Santiago de Castro- y de tres puertos: Valparaíso, que era fundamental para las comunicaciones marítimas entre Santiago del Nuevo Extremo y otras ciudades del Pacífico; Talcahuano -que complementaba la función de intercambio de Concepción después de su traslado al valle de La Mocha- y San Carlos de Ancud, un puerto no fortificado de Chiloé que contribuía al sostenimiento de Santiago de Castro.

Con el propósito de defender el territorio chileno ante los ataques de otras naciones europeas se privilegiaron las obras defensivas en las ciudades que eran lugares de apoyo a rutas comerciales o centros de distribución de minerales y productos; con esta intención se ejecutaron trabajos de fortificación en varios puntos del litoral<sup>159</sup>. La posición geográfica de Chile y la importancia de sus puertos en la ruta marítima de acceso al virreinato del Perú<sup>160</sup> hizo necesario perfeccionar el sistema defensivo del Pacífico Sur<sup>161</sup> con la construcción de fortificaciones en La Serena, Valparaíso, Talcahuano, Valdivia y Chiloé<sup>162</sup>. Un obstáculo para defender las costas chilenas era la imposibilidad de construir puertos en gran parte del litoral por la complejidad del relieve en la costa del sur y la baja profundidad de las bahías en el litoral central y norte; ambas condiciones impedían el arribo de embarcaciones. Frezier hace notar que en la costa entre Valdivia y Concepción había bancos peligrosos y poca agua, por lo tanto no era posible anclar en ella<sup>163</sup> y la amplia bahía de Concepción tenía apenas dos fondeaderos adecuados para abrigarse de los violentos vientos que se desataban en invierno<sup>164</sup>.

El resguardo del territorio y el control de las embarcaciones con banderas de otras potencias europeas se complicaban por el constante asedio de piratas y corsarios a las costas, ciudades litorales y puertos chilenos. Los ataques a La Serena, Valdivia, Concepción, Santiago de Castro y a los puertos de Valparaíso y Talcahuano ratifican la importancia asignada a región chilena -a mediados del siglo XVIII- en los planes defensivos de nivel continental y explican la llegada a Chile de ingenieros militares para diseñar y construir sistemas de protección más eficientes. La defensa costera fue un asunto relevante porque los puertos chilenos formaban parte de las cadenas de intercambio comercial con el Virreinato del Perú y otros puertos de Pacífico Sur. Chile exportaba a Perú minerales y productos agrícolas; a cambio recibía productos manufacturados y recursos naturales como azúcar, café y tabaco.

<sup>158</sup> Es importante considerar que Concepción, a consecuencia de los frecuentes daños por terremotos y maremotos debió ser trasladada hacia el valle de La Mocha.

<sup>159</sup> Algunas de las más importantes acciones colonizadoras del siglo XVIII en otras regiones americanas fueron construcciones de sistemas defensivos entre las que se destacan las obras realizadas en Veracruz, La Habana, Acapulco, Maracaibo y Cartagena de Indias.

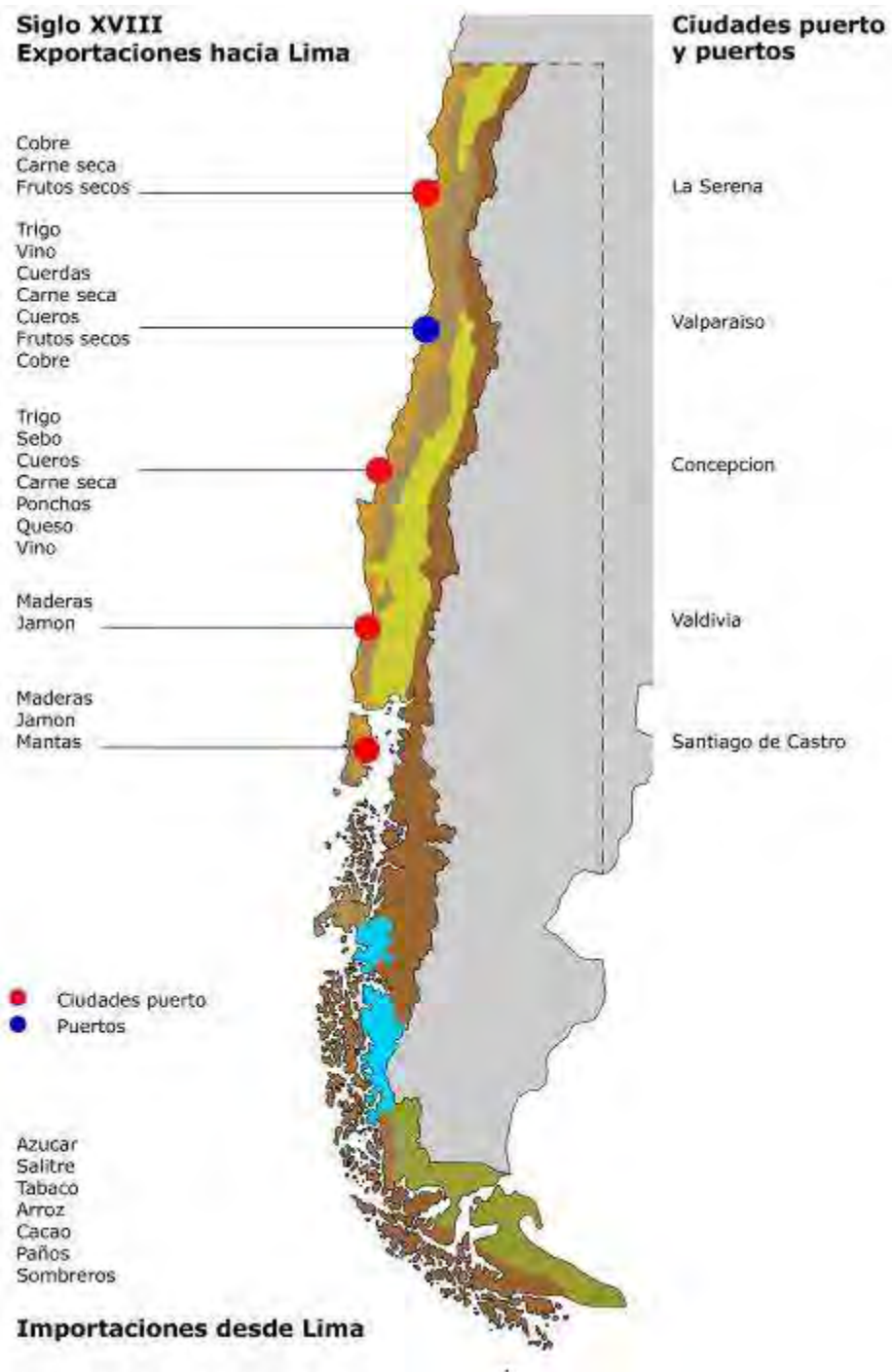
<sup>160</sup> La defensa del Virreinato del Perú se refleja en la importancia de las obras defensivas de Trujillo y El Callao, en territorio peruano.

<sup>161</sup> En la costa del Atlántico sur se completó el sistema defensivo de Buenos Aires

<sup>162</sup> Las obras de fortificación implicaron la presencia activa de ingenieros militares que, por su formación, contribuyeron a la introducción y difusión del neoclásico en Hispanoamérica, por tanto, participaron del cambio estilístico y variación de la imagen urbana, que con diferente intensidad, se manifiesta en las distintas ciudades coloniales.

<sup>163</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit p.55

<sup>164</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit p.58



**Función exportadora de los puertos chilenos**



La protección de la costa se apoyaba esporádicamente en fortificaciones levantadas en el golfo de Arauco y otros sectores del litoral sur, cuya efectividad fue relativa ya que debieron ser reconstruidas varias veces tras ser objetivos de ataques indígenas. El número de fuertes costeros en Arauco -Lota, Santa Margarita de Austria en Lebu y Arauco- era irrelevante si se contrastan con las fortificaciones que se construyeron a lo largo del río Bío Bío para proteger la frontera de guerra interna.

La estrategia para revertir la vulnerabilidad del litoral fue concentrar su defensa en determinadas ciudades costeras, especialmente Valdivia, que fue resguardada con el principal sistema fortificado del Pacífico sur y uno de los mayores de América<sup>165</sup>. Frezier describe la poderosa estructura de protección de la ciudad que, a comienzos del siglo XVIII, defendía el acceso desde el mar por las entradas fluviales con más de cien piezas de artillería repartidas por los fuertes de Mancera, Niebla, Amargos y Corral<sup>166</sup>. Además, Valdivia fue guarnecida con murallas de tierra y era defendida por doce piezas de artillería<sup>167</sup>. La subsistencia del sistema fortificado se apoyaba en varias disposiciones relacionadas con la defensa del territorio.

Respecto del aprovisionamiento de personas para mantener el sistema de Valdivia, Frezier explica que Corral era una suerte de presidio porque hasta allí se enviaba a los blancos de Perú y Chile condenados a destierro por algún crimen<sup>168</sup>. Los puertos de Talcahuano y Valparaíso también se equiparon con defensas, aunque de menor importancia que las fortificaciones de Valdivia.

En la construcción de infraestructura defensiva se destacó la labor de los ingenieros militares, quienes además de ocuparse del diseño las fortificaciones, fueron autores de completos levantamientos cartográficos y una serie de proyectos civiles para las principales ciudades chilenas. Juan Antonio Birt, el ingeniero militar encargado de reforzar las fortificaciones de Valdivia a finales del siglo XVIII, también participó en las obras de canalización del río Mapocho y realizó un proyecto para la catedral de Concepción. Pedro Rico, ingeniero militar enviado a Chile en 1785 para encargarse de reparar las fortificaciones de Valparaíso, fue autor de un detallado plano de La Serena donde incorporó una muralla fortificada. Las obras defensivas de Valparaíso continuaron bajo la dirección de Joaquín Toesca -arquitecto de las construcciones más emblemáticas del neoclásico chileno- y en 1796 fueron terminadas por Agustín Caballero, ingeniero militar que se destacó por su aporte a la cartografía costera. Carlos Berenguer, ingeniero militar encargado de fortificar el puerto de San Carlos de Ancud, participó en la elaboración de cartografía del archipiélago de Chiloé.

Finalmente, con el propósito de fortalecer la colonización costera, se procedió a la reconstrucción de San Mateo de Osorno -ciudad que servía de punto intermedio en el camino entre Valdivia y el archipiélago de Chiloé- y se elevaron a la categoría de ciudades varios pueblos de indios del litoral. Huasco, un pueblo de indios ubicado en la costa norte, fue instaurado como ciudad el año 1755 con el nombre de Santa Rosa<sup>169</sup>. Tirúa y Llico, dos pueblos de indios asentados en la costa de Arauco, fueron nombrados ciudades en 1764 y 1784, respectivamente, con los nombres de Nuestra Señora de Montserrate y San Blas.

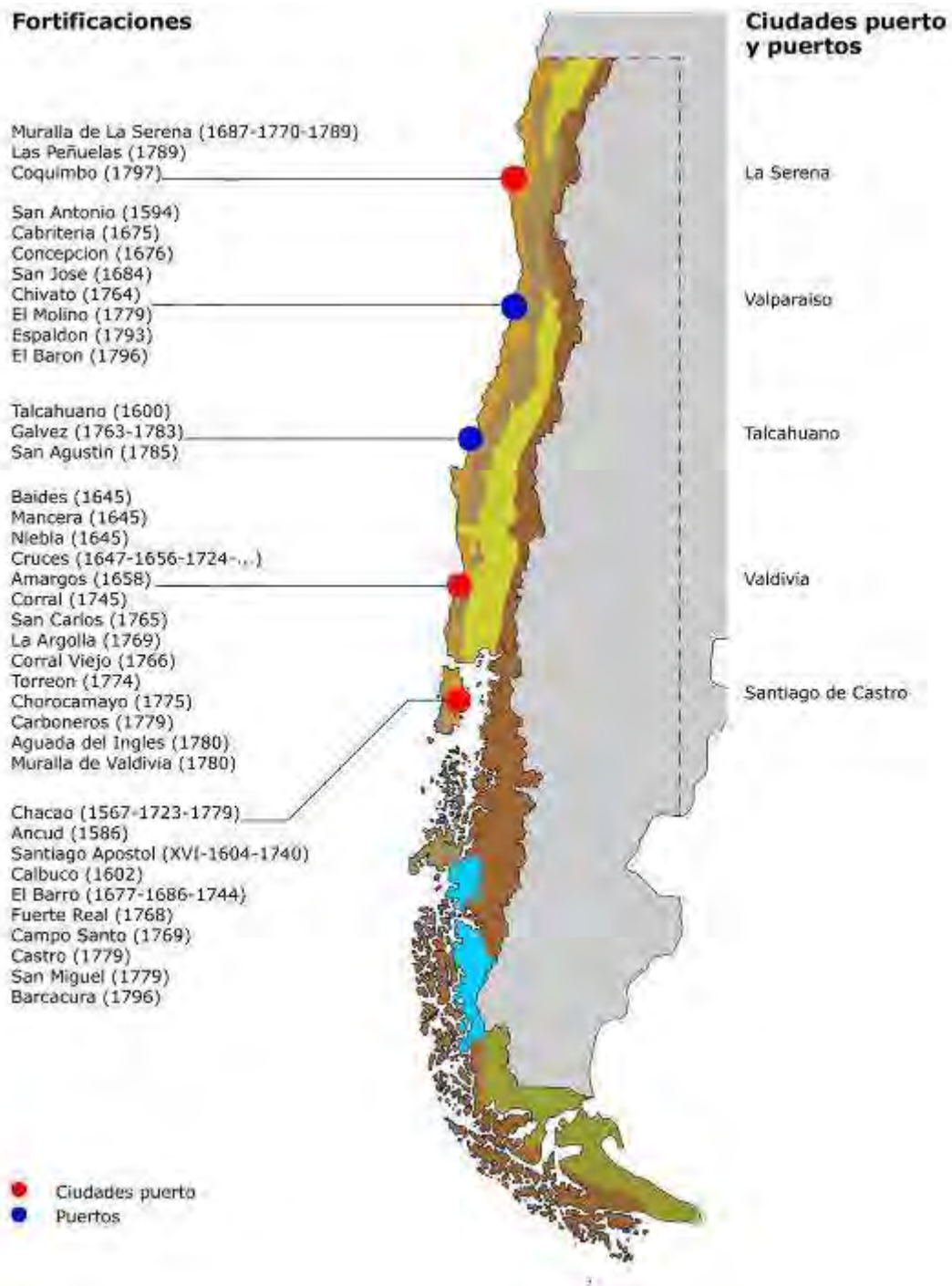
<sup>165</sup> Las fortificaciones de Valdivia están descritas detalladamente en GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. op.cit.

<sup>166</sup> De las cien piezas de artillería, cuarenta estaban en los fuertes de la isla de Mancera, treinta en el fuerte de Niebla, veinte en el fuerte de Amargos y dieciocho en el fuerte de Corral

<sup>167</sup> Frezier explica que para mantener las fortificaciones y las tropas, el Virrey debe enviar todos los años trescientos mil escudos. FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit p.54.

<sup>168</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit p.54.

<sup>169</sup> Actualmente es la ciudad de Freirina



**Distribución de los sistemas defensivos costeros**

### 1.4.2 Acciones para proteger las fronteras internas de la región chilena

Otra circunstancia particular que, como se ha explicado, dificultaba la colonización de Chile fue la prolongada y violenta guerra de Arauco, que sirvió de inspiración al poema épico *La Araucana*, de Alonso de Ercilla<sup>170</sup>. La sostenida resistencia indígena explica porqué la región chilena fue conocida con el nombre de Flandes Indiano; por esta razón, entre las zonas que concentraron las acciones defensivas, se destaca el espacio comprendido entre el río Bío Bío y el canal de Chacao, que fue el escenario del conflicto<sup>171</sup>. En este territorio de confrontación, la colonización debió adaptarse a las circunstancias históricas, lo que derivó en una modalidad de dominio del espacio basada en la construcción de un extendido sistema defensivo lineal para proteger la frontera interna y mantener el control del espacio colonizado, al norte del río.

Las primeras ciudades fundadas en Hispanoamérica tenían las funciones de centros demarcadores de las fronteras de colonización y lugares de llegada o partida de las expediciones hacia los territorios que, gradualmente, se fueron incorporando a la urbanización. En Chile, a lo largo del período colonial, ambas funciones competían a la ciudad de Concepción, el principal asentamiento en la frontera de guerra interna.

Concepción entregaba protección frente a un paisaje desconocido –condición que se refleja en las someras descripciones del entorno natural de la ciudad- y en medio de un territorio hostil y habitado por pueblos que, para la mirada hispana, encarnaban el salvajismo y la crueldad<sup>172</sup>. Su función de enclave que ofrecía seguridad ante las amenazas externas era fundamental debido a las frecuentes huidas de la población española desde Arauco. La importancia estratégica de Concepción se expresaba en su jerarquía, relacionada con su condición de refugio y función de centro castrense, donde se organizaba la actividad militar y los movimientos de las tropas destinadas a la guerra de Arauco<sup>173</sup>.

José Luis Romero explica que las circunstancias locales –configuración del territorio, particularidades climáticas y carácter de las culturas aborígenes- impusieron ciertos tipos de conductas colonizadoras<sup>174</sup>. Desde esta perspectiva, se puede plantear que las condiciones históricas y geográficas influyeron en la forma de colonización y las funciones asignadas a las ciudades fundadas en La Araucanía que, por imperativos estratégicos y militares, debían sostenerse en uno de los contextos históricos más complejos de América. En Chile, el avance de la colonización requería mantener la integridad del territorio dominado por España y justificaba las intensas actividades desarrolladas en el siglo XVIII para acelerar el proceso de dominio en las áreas que permanecían sin colonizar.

Por otra parte, activar el crecimiento económico demandaba integrar a las áreas no colonizadas y perfeccionar la estructura defensiva de los territorios ocupados. Para lograr estos objetivos, además efectuar nuevas fundaciones, se procedió a trasladar y repoblar a las ciudades que habían sido destruidas y abandonadas o presentaban problemas por permanecer aisladas y expuestas a los periódicos ataques de grupos indígenas. Las dificultades para colonizar La Araucanía demandaban la fundación de fuertes y la creación de misiones para apoyar la evangelización de las comunidades

<sup>170</sup> Alonso de Ercilla y Zúñiga llegó a Chile en 1554 acompañando a Jerónimo de Alderete y acompañó a García Hurtado de Mendoza en la conquista de las tierras magallánicas. Protagonista de la guerra de Arauco pues participó en siete batallas campales. Tras regresar a España escribió *La Araucana*, obra organizada en tres partes. Las dos primeras se imprimieron en 1578 y la tercera en 1590.

<sup>171</sup> La Guerra de Arauco se inició en 1553 cuando Lautaro, un joven guerrero indígena, dirigió un ataque al fuerte de Tucapel. La resistencia indígena se mantuvo a lo largo del período colonial aunque con variaciones. Uno de sus momentos más negativos para los españoles corresponde al año 1598 en el episodio conocido como el desastre de Curabala que concluyó con la destrucción de siete ciudades fundadas al sur del río Bío Bío.

<sup>172</sup> En Chile, la conquista alcanzó algunos de los niveles mayores de violencia

<sup>173</sup> En el capítulo 4, punto 4.2: Orden y jerarquía en las ciudades coloniales

<sup>174</sup> ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI. op. cit p.45

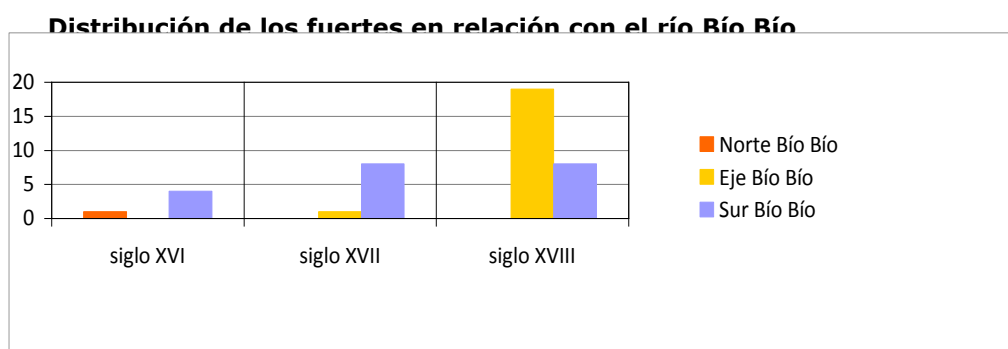
que permanecían al margen del orden español. En este contexto, se distinguen los planes de pacificación, realización de parlamentos y la creación de pueblos de indios y reducciones en la zona de Arauco con la finalidad de integrar a la población nativa al proceso de colonización y urbanización.

Los objetivos de fortalecer la frontera interna, recuperar a las tierras abandonadas o incorporar al proceso de urbanización a los territorios despoblados derivaron en una intensa actividad urbanizadora que se destaca por su relevancia para el dominio de la extensión. Durante los últimos cincuenta años del período colonial, se efectuó un despliegue de fundaciones de ciudades en la zona de Arauco, que no es comparable a las acciones similares emprendidas en los siglos precedentes.

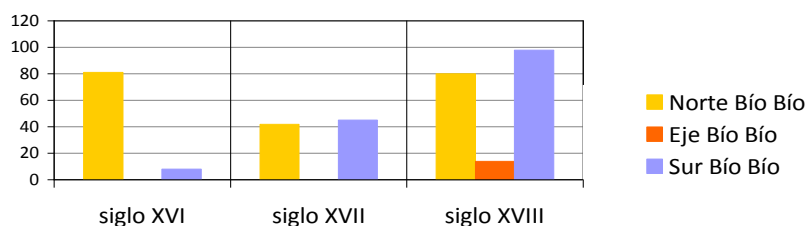
La activación del proceso de urbanización se expresa nítidamente en la cantidad de 51 fundaciones levantadas en el extenso territorio comprendido entre el río Bío Bío y el archipiélago de Chiloé. Esta cifra representa el 42,9% del total de fundaciones realizadas en la época colonial. Aunque varias de estas fundaciones no prosperaron, la acelerada colonización de la Araucanía obedecía a la premura por reconstruir el entramado de relaciones espaciales entre las ciudades, que se había interrumpido a finales del XVI, aislando a Valdivia de Concepción. El avance de la colonización se complementó con el establecimiento de numerosas reducciones y pueblos de indios en áreas próximas al río Cautín y la ciudad de Valdivia.

En el gráfico siguiente se observa que en el siglo XVIII también se incrementaron los fuertes del eje del río Bío Bío, reflejando la estrategia de consolidar la frontera interna; esta situación contrasta con el leve aumento de los fuertes construidos en los siglos XVII y XVIII en la zona de Arauco, al sur del río Bío Bío.

Al analizar la distribución de los pueblos de indios se advierte una evolución más constante en la zona norte del río Bío Bío y, aunque hay un decrecimiento durante el siglo XVII, los niveles se recuperan en el siglo XVIII. También se observa que los pueblos de indios se fueron incrementando al sur del Bío Bío, especialmente en el siglo XVIII.



**Distribución de los pueblos de indios en relación con el río Bío Bío**



### 1.4.3 El sistema de fortificación del río Bío Bío

Entre las acciones para proteger los límites de los territorios colonizados en Chile, se destaca la construcción de una sucesión de plazas fortificadas y fuertes con el fin de estructurar la protección de la frontera interna –en el río Bío Bío- que separaba a la zona donde la colonización se había consolidado del extenso territorio dominado por indígenas rebeldes a la acción española.

Las defensas de la costa se concentraban en las ciudades –con el sistema fortificado de Valdivia como el caso más representativo- y en comparación con la dimensión geográfica, fueron puntos de apoyo al proceso colonizador que no tenían expresión territorial más allá del área de influencia directa de las ciudades que defendían. En contraste con las estructuras de protección del litoral que se localizaban en puntos específicos, el sistema defensivo de la frontera interna, siguiendo el eje del río Bío Bío, formó una extendida estructura defensiva. La línea fortificada comenzaba en la costa –con los fuertes de San Pedro y Chepe, situados en la desembocadura del río, en el entorno de Concepción- y abarcaba hasta la cordillera de Los Andes, donde se construyeron la plaza fuerte de Santa Bárbara y el fuerte de Antuco para proteger la parte alta de la cuenca del río Bío Bío. La longitud total del sistema corresponde a 169 Km por la ribera sur y 209 Km por la ribera norte<sup>175</sup>.

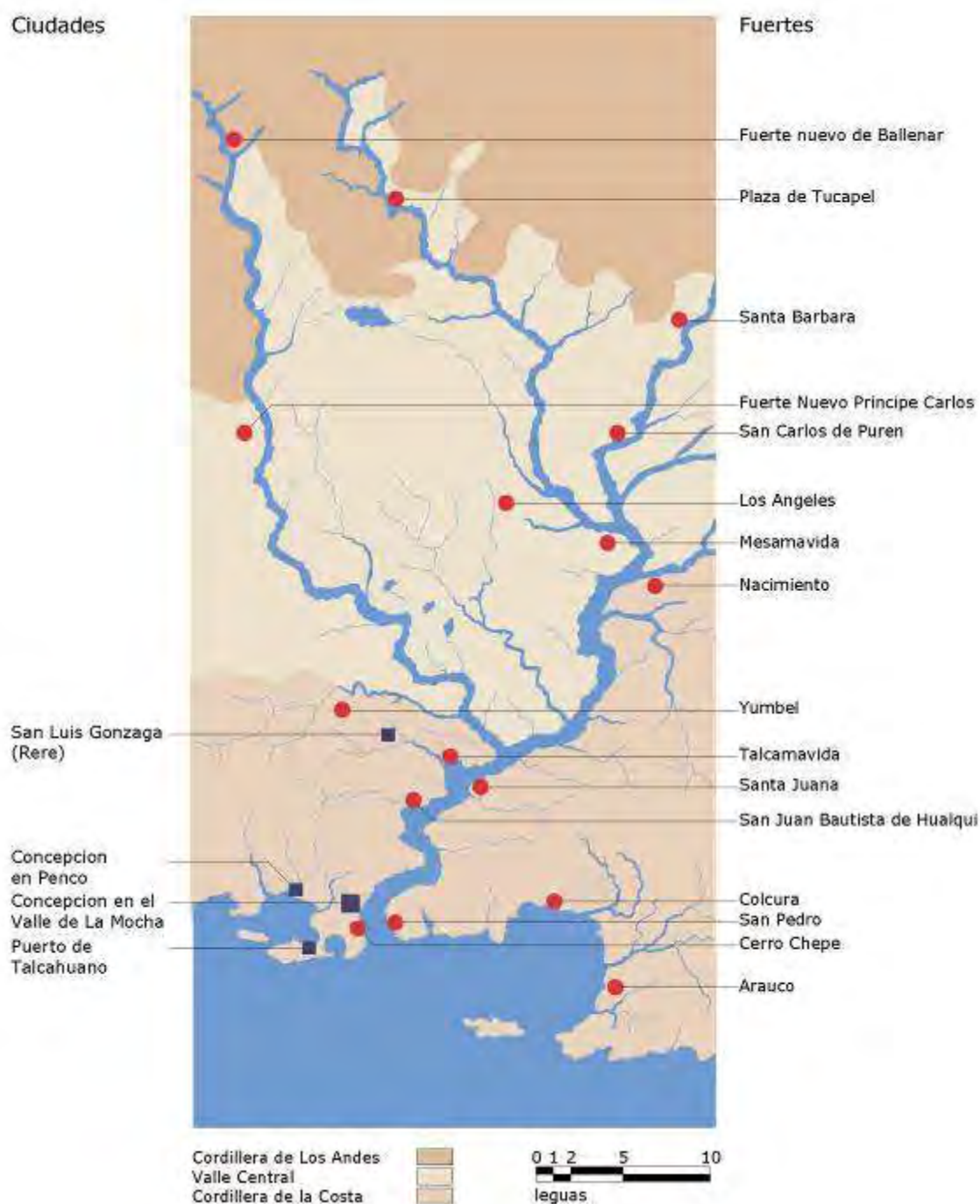
El valor estratégico del sistema defensivo del río Bío Bío se refleja en la cantidad de fuertes, cuyo número superaba holgadamente a tres escasas ciudades del área, que corresponden a Concepción en Penco –con la población que se resistió al traslado de 1760- y disponía de un fuerte para resistir a los ataques piratas, Concepción –en su nuevo sitio en el valle de La Mocha- y San Luis Gonzaga, fundación en el partido de Rere, en el sector conocido como Estancia del Rey por la fecundidad de sus tierras. El trío de asentamientos se completaba con el puerto de Talcahuano.

El sistema defensivo interno comprendía un conjunto de fuertes que se emplazaban a orillas de los ríos Laja y Duqueco –afluentes del Bío Bío- entre los cuales estaban el Fuerte Nuevo de Ballenar, la plaza de Tucapel, el Fuerte Nuevo del Príncipe Carlos y la plaza de Yumbel. En el litoral del golfo de Arauco se construyeron los fuertes de Colcura y Arauco, situados respectivamente a 35 Km y 50 Km al sur de Concepción. La importancia que tenían estas estructuras defensivas se enuncia en la cartografía que se levantó en diferentes fases de su construcción para mantener documentación actualizada sobre los fuertes.

Una característica de las fortificaciones fluviales era su posición paralela al río Bío Bío, duplicando los fuertes en ambas orillas para que pudieran protegerse unos a otros. El sistema fortificado estaba conformado por un número aproximado de 19 fuertes, algunos provisionales. Los fuertes permanentes fundados junto al río Bío Bío –que se describen en la cartografía histórica- son San Pedro de La Paz, San Juan Bautista de Hualqui, Santa Juana de Guadalcázar, Nacimiento, San Agustín de Mesamávida, San Rafael de Talcamávida, San Carlos de Purén, Los Ángeles y Santa Bárbara. Los fuertes de carácter provisional construidos junto al río Bío Bío fueron Cerro Chepe, San Rosendo, Monterrey de La Frontera, Nuestra Señora de La Halle, San Francisco de Borja y Santa Fe. El sistema fortificado se complementaba con los fuertes San Diego de Tucapel, Valzamávida, Vallenar y Villacura; todos construidos junto a ríos tributarios del Bío Bío.

<sup>175</sup> El cálculo para establecer la longitud del sistema en la ribera sur se realizó tomando como referencia la distancia de Concepción a Los Ángeles -127 Km- y desde allí a Santa Bárbara -42 Km-. En la ribera norte, se tomó como referencia la distancia desde Los Ángeles –próxima al eje del río Bío Bío- hasta el lugar donde se construyó el fuerte Nuevo de Ballenar, a 82 Km de distancia.

El conjunto de fuertes que estructuraron la ocupación de la cuenca del río Bío Bío atraviesan una extensión geográfica que comprende diversos paisajes: paisajes de la cordillera de la costa, paisajes de valles fluviales conformados por el río Bío Bío y sus principales afluentes, paisajes de bosques en la sección media de la cuenca y paisajes cordilleranos en el parte alta del sistema fluvial, donde se construyeron los fuertes más alejados de las ciudades como resguardo frente a las amenazas de las comunidades pehuenches que habitaban el área andina.



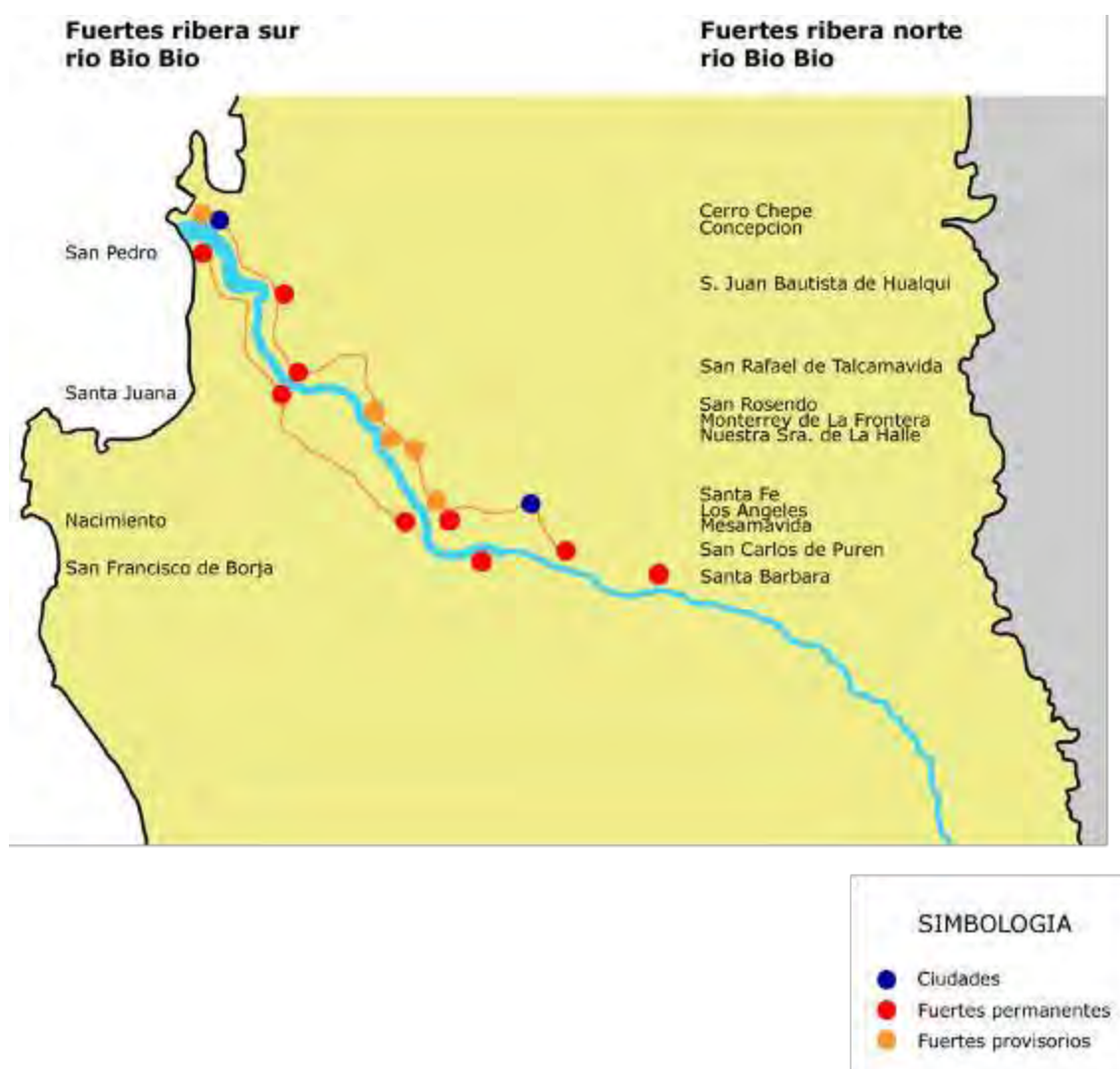
### Relación entre fuertes y ciudades en el área del río Bío Bío

Fuente: Plano de la Frontera con los fuertes de Ballenar y Príncipe Carlos<sup>176</sup>

<sup>176</sup> Archivo General de Indias, Mapas y planos de Perú y Chile, 232.



Las principales obras del sistema defensivo del Bío Bío fueron las plazas fuertes de San Juan Bautista de Hualqui, originado en un pueblo de indios y designado ciudad en 1756 con el nombre de San Juan Bautista; Santa Bárbara, una plaza fundada en 1756 por el presidente Amat en la cordillera andina junto al Bío Bío, erigida villa el año 1758 y restaurada en 1779 y 1797; Nacimiento, una villa fortificada fundada en 1756 por Amat sobre un antiguo fuerte fundado por Alonso de Ribera con el nombre de Nacimiento de Nuestro Señor en el año 1604; San Rafael de Talcamávida, plaza y fuerte fundados por Alonso de Ribera y erigido villa por Amat con el título de San Rafael en 1757; San Carlos de Purén, plaza fuerte y pueblo de indios que, después de su destrucción en 1723, fue trasladada por el presidente Jáuregui en 1776 con el título de San Carlos de Purén y, finalmente, el fuerte Santa Juana de Guadalcazar, fundada sobre un anterior fuerte conocido como Espíritu Santo de Catirai, que en el año 1765 fue erigida villa por el presidente Amat<sup>177</sup>.



**Sistema defensivo de la frontera interna localizada en el eje del Bío Bío**

<sup>177</sup> Estas fortificaciones, con excepción de San Juan Bautista de Hualqui y Santa Bárbara, son las únicas construcciones coloniales en el eje del Bío Bío que se mantienen en la actualidad, en diferentes estados de conservación. San Rafael de Talcamávida conserva sólo el trazado del foso que rodeaba a la fortificación, Santa Juana de Guadalcazar conserva parte de su estructura original aunque ha sido modificada y Nacimiento de Nuestro Señor conserva el muro defensivo, orientado hacia el río Vergara.



Los ríos, desde tiempos prehispánicos, por su condición de obstáculos geográficos y principales referencias naturales, estructuraban la división entre distintos territorios culturales. Análogamente, en el período colonial, se observa una clara diferencia en la organización de la red de ciudades del lado norte y sur del Bío-Bío. Al norte del río, las fundaciones integraban un sistema continuo de urbanización y las ciudades se relacionaban con el territorio rural circundante; al sur del río, constituían núcleos aislados, originados en fuertes o misiones y cerrados al entorno<sup>178</sup>.

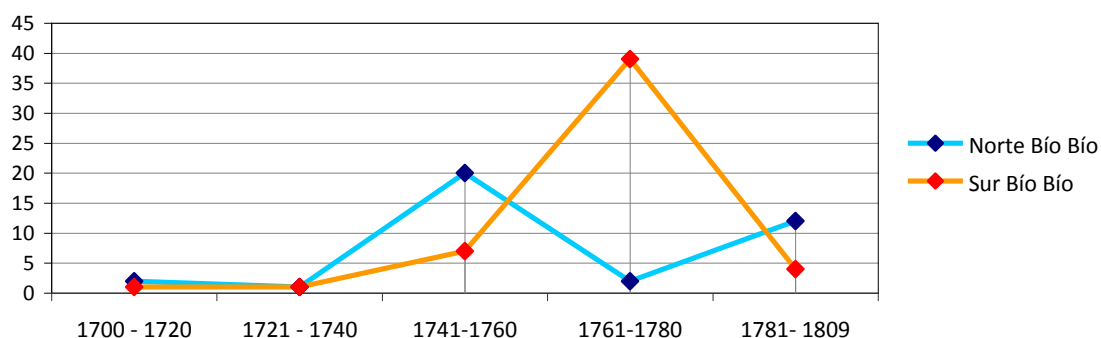
Estas diferencias se deben a tres factores: los cambios del relieve, la existencia de una frontera geográfica en el río Bío Bío y el origen de las ciudades.

Al norte del río, se desarrolla una planicie extensa y continua -estructurada por los valles de la zona central- que facilitaba la integración entre las ciudades; al sur del río, la topografía es compleja y fragmentada por una sucesión de valles menores, espacialmente desconectados por diversos accidentes de relieve, lo que dificultaba la relación funcional entre los núcleos. El segundo factor de diferenciación es que el río, además de ser un límite geográfico, delimitaba la frontera entre los territorios urbanizados y la zona de guerra interna que no estaba integrada a la urbanización. Esta situación influyó en la función predominante de las ciudades; al norte del río, tenían funciones administrativas, agrícolas, mineras o comerciales; al sur del río Bío Bío, básicamente, fueron centros defensivos o de carácter misional. Otro contraste entre ambas fracciones territoriales era el origen de las ciudades; al norte del río surgieron de haciendas o del encuentro de caminos; al sur, nacieron de misiones o de los fuertes construidos para proteger las rutas que cruzaban la zona de guerra. Lota y Los Ángeles son ciudades que se fundaron para resguardar a los caminos y servir de refugio a los viajeros.

La mayoría de las fundaciones en el lado norte del río Bío Bío se realizaron durante la primera mitad del siglo XVIII. Al sur, la actividad colonizadora alcanzó su mayor dinámica en la segunda mitad del XVIII, después de consolidar la ocupación de los valles centrales y el tipo de asentamiento predominante fueron ciudades, fundadas sobre pueblos de indios, que además podían tener la función de plazas fuertes.

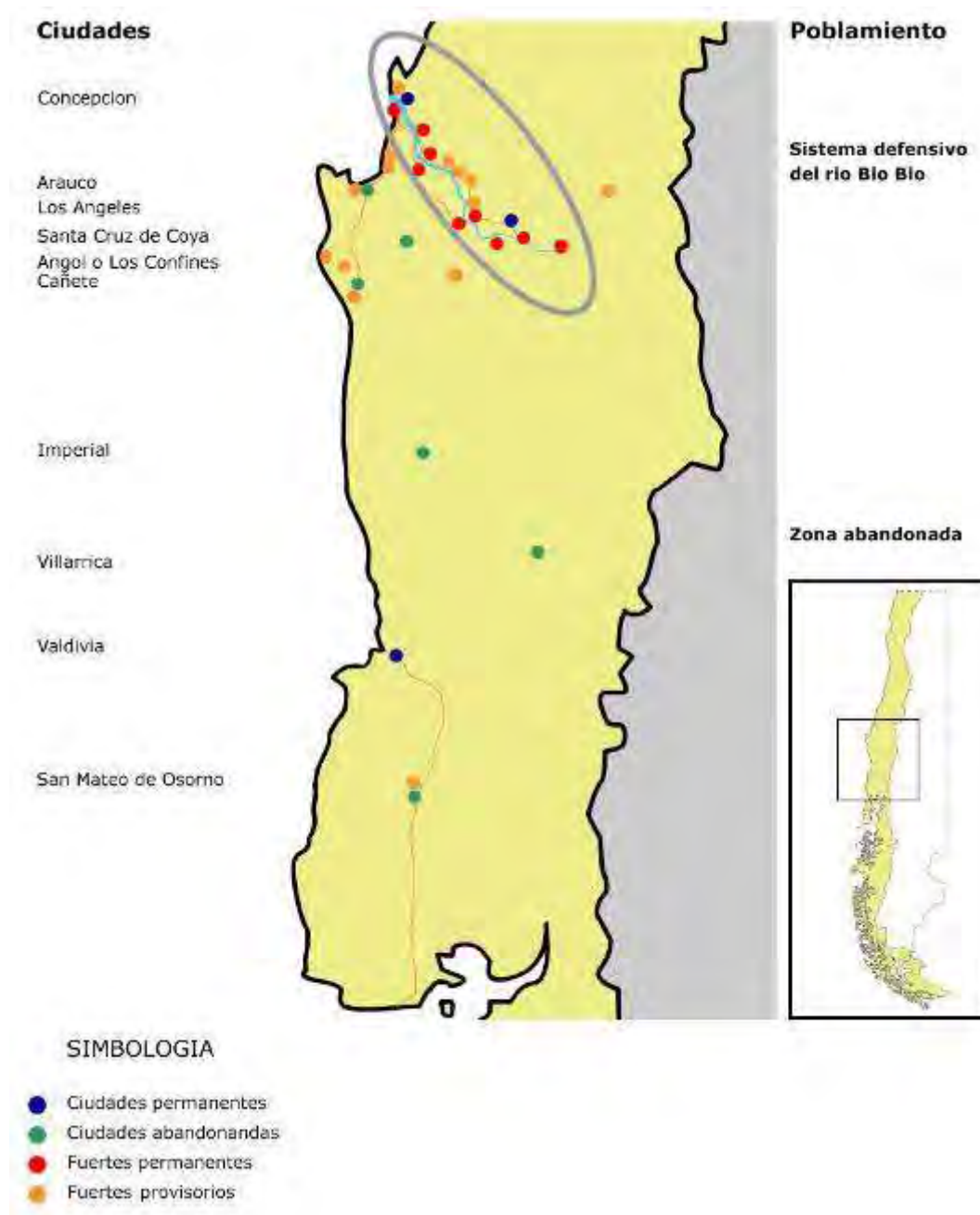
Este conjunto de acciones colonizadoras diversas expresa con nitidez la decisión de enfrentar la urbanización con diferentes estrategias de dominio de la extensión, que reconocían la realidad física y la historia particular de cada zona.

#### **Evolución de las fundaciones en el siglo XVIII (secuencia temporal de veinte años)**



<sup>178</sup> VILABOA, Wilma; SCHIAPPACASSE, Gino y PEREZ, Jaime: *La fragmentación del territorio y su incidencia en la arquitectura de una región*. op.cit

En la imagen siguiente se advierte claramente la concentración de fuertes en el eje del río Bío Bío, que fueron origen de varias ciudades; esta agrupación contrasta con la debilidad de la urbanización en el territorio que se extiende al sur del río Bío Bío donde sobresale Valdivia que, por su aislamiento y falta de centros de apoyo, se conectaba al sistema de ciudades básicamente por vía fluvial-marítima. También se destaca el camino que transcurría desde Valdivia hasta la costa norte del canal de Chacao –para iniciar el cruce a Santiago de Castro en Chiloé- a través de San Mateo de Osorno. Por su posición y relevancia en el sistema de comunicaciones terrestres, Osorno fue objetivo de una repoblación a finales del siglo XVIII, constituyendo una de las últimas acciones de colonización.



**Colonización y ocupación territorial al sur del Bío Bío**

## 1.5 La estructura de comunicaciones en el dominio de la extensión

La articulación entre las unidades territoriales dependía del sistema administrativo común, del conjunto de ciudades que se apoyaba en una estructura de colonización complementaria –haciendas, misiones, pueblos de indios y fuertes- y de una red de caminos que permitía conectar a los distintos asentamientos. Por esto, al analizar los dibujos de ciudades coloniales con sus áreas de influencia se observa el afán por representar a los caminos y rutas de comunicación terrestre denotando que fueron elementos claves para la colonización.

Chile tenía carácter insular debido a los formidables obstáculos que representaban el desierto de Atacama y las montañas andinas. Esta condición no sólo afectaba las relaciones externas y comunicación con las colonias adyacentes, también repercutía en la gestión administrativa porque las ciudades de la provincia trasandina de Cuyo –Mendoza y San Juan- debían ser gobernadas desde Santiago a pesar de los graves problemas de comunicación<sup>179</sup>. En el difícil recorrido entre Santiago y Buenos Aires a través de Mendoza, un punto esencial de la ruta fue Santa Rosa de Los Andes, ciudad fundada el año **1791 por Ambrosio O'Higgins para servir de descanso** en el trayecto desde Buenos Aires, después de cruzar la vertiente oriental de la cordillera.

Internamente, la discontinuidad física del territorio influyó en el aislamiento de las ciudades y la separación de las diferentes zonas chilenas; la complejidad del relieve también entorpecía las comunicaciones entre unidades de colonización y ciudades. En Chile, las distancias entre ciudades eran enormes y, con frecuencia, los núcleos urbanos quedaban rodeados por inmensas extensiones sin poblar. Las dificultades ocasionadas por la separación entre ciudades, una constante americana a causa de la extensión continental, en Chile se agravaban por la fragmentación geográfica y el conflicto de Arauco. La topografía –ríos, montes y selvas- impedía ejecutar acciones defensivas sincronizadas y limitaba la posibilidad de auxiliar a las ciudades cercadas por ataques indígenas, como ocurrió con los pobladores de la ciudad de Villarrica, que no lograron soportar el asedio sin ayuda. En este sentido, Kirkpatrick destaca a la población de Valdivia, que debió resistir aislada, en un ámbito de incertidumbre y luchas<sup>180</sup>. En el contexto histórico determinado por la guerra de Arauco, los caminos adquirieron una importancia estratégica y funcional indiscutible.

La construcción de una red de caminos eficiente fue una operación ineludible en el avance y consolidación de la colonización de Chile, donde las rutas establecidas y seguras eran indispensables para afirmar la conquista militar y el dominio espacial de un ambiente hostil. Disminuir la incomunicación entre las ciudades y mejorar la accesibilidad a distintas zonas era primordial en una región que se había revelado como un territorio diverso y desmesurado. Las grandes extensiones deshabitadas, las distancias que separaban a las ciudades entre sí y con las otras estructuras de dominio -haciendas, fuertes y misiones- y los conflictos permanentes afectaban las posibilidades de desarrollo de las ciudades que permanecían aisladas.

Antes de la llegada de los conquistadores españoles existían algunos caminos en el norte de Chile, que los indígenas ocupaban en sus desplazamientos por territorios de los incas y otros pueblos. La principal vía prehispánica de Chile era el camino del Collasuyo; esta ruta integraba la red de caminos incas, que se desplegaba por más de 23.000 Km<sup>181</sup> y penetraba en Chile hasta el río Maule, en el límite meridional del imperio inca.

<sup>179</sup> KIRKPATRICK, Frederick Alex: *Los conquistadores españoles*. op.cit. p.240.

<sup>180</sup> KIRKPATRICK, Frederick Alex: *Los conquistadores españoles*. op.cit. p.238

<sup>181</sup> Según Gutiérrez, la extensión de la red inca ha sido revisada y las investigaciones recientes señalan que tenía 23.139 Km. GUTIERREZ: Secundino José: *Las comunicaciones en América: de la senda primitiva al ferrocarril*. Colección Realidades Americanas. Editorial MAPFRE. Impreso en talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas. Madrid, 1993 p.144

El eje del Collasuyo -llamado más tarde Camino de la Costa, aunque en gran parte estaba separado del litoral por más de cien kilómetros- sirvió de base para trazar el Camino Real, la principal calzada colonial de Chile.

El Camino de la Costa, delineado en intervalos señalados por tambos<sup>182</sup>, coincidía con la ruta que siguieron las expediciones españolas dirigidas por Diego de Almagro y Pedro de Valdivia. Los tambos y pequeños poblados, que se distribuían a lo largo del recorrido, operaban como lugares de descanso y referencias de los tramos del trayecto; por esta razón sirvieron como punto de encuentro de los soldados que se fueron uniendo a Valdivia en el recorrido desde Cuzco a Copiapó. Entre los poblados camineros prehispánicos se destacaba Atacama la Grande o San Pedro de Atacama, donde Valdivia se reunió con Francisco de Aguirre<sup>183</sup>. Durante el período colonial este camino fue la principal conexión terrestre entre Chile y Perú.

Otra ruta importante para comunicar a Chile con el Virreinato del Perú era la senda que unía a Santiago con el Cuzco cruzando la cordillera de Los Andes y pasando por Mendoza, Saladillo, Córdoba, Tucumán, Salta, Jujuy, Tupiza, Potosí, Oruro, La Paz, Puno, Ayaviri y Urcos. El largo recorrido atravesaba montañas, ciénagas, arenales y grandes áreas desprovistas de refugios y agua. En el paso San Francisco era posible cruzar Los Andes -a la altura de San Francisco de la Selva- y desde ahí continuar en dirección a Santiago por el camino de la costa. En los tramos que transcurrían por el desierto de Atacama, los recorridos se señalaban con hitos de piedras -situados a intervalos de media legua y de un metro de altura- para guiar a los viajeros.



**Paisaje en el trayecto por la cordillera de Los Andes**

Grabado realizado por John Miers en 1776<sup>184</sup>

<sup>182</sup> Tambo es una palabra del idioma quechua que designa a los lugares de descanso en los recorridos

<sup>183</sup> El capitán español Francisco de Aguirre luchó en Perú, en el ejército de Pizarro, y acompañó a Pedro de Valdivia en la conquista de Chile, donde fue uno de los protagonistas más importantes.

<sup>184</sup> MIERS, John: *Travels in Chile and La Plata, including accounts respecting the Geography, Statistics, Government, Finance, Agriculture, Manners collected during a residence of several years*. London 1826. Grabado publicado en RAMON, Armando de: *Reino de Chile*. Cap. IV.4.4 *Historia Urbana de Iberoamérica: La ciudad barroca. Análisis regionales 1573/1750*. Editado por Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Quinto Centenario, Junta de Andalucía y Conserjería de Obras Públicas y Transportes. Imprenta editorial Testimonio. Madrid, 1990. p. 475

### 1.5.1 La ciudad colonial y el sistema de comunicaciones

En América, salvo escasas excepciones, no se concebía fundar ciudades aisladas; al contrario, la colonización se apoyaba en un sistema único de dominio. Las ciudades eran elementos esenciales de esta estructura de ocupación que tendía a disminuir la diversidad geográfica y la pluralidad cultural de los territorios colonizados mediante una estructura administrativa centralizada y la semejanza de sus trazados.

La concepción de ciudad integrada a un único sistema de ocupación del espacio se recogió tempranamente porque las Ordenanzas promulgadas durante el año 1573, independientemente de su efectiva aplicación, revelan la intención de continuar la urbanización repitiendo un mismo modelo urbano. Ante la extensión del territorio, fue necesario instituir ciertas directrices para regular las fundaciones velando por la integración y comunicación de las ciudades. Las Ordenanzas reiteran la importancia de evitar ciudades aisladas para facilitar su gobierno y defensa fijando condiciones básicas de accesibilidad, por mar o tierra, a los sitios de fundación. El sistema de dominio se estructuraba físicamente a través de la red de caminos que conectaban a las ciudades entre sí y con otros elementos como haciendas, fuertes y misiones.

La importancia de los recorridos en Chile estaba relacionada con el imperativo de sistematizar la ocupación del espacio. Por esto, los caminos indicaban la jerarquía de las fundaciones y sus ramificaciones expresaban el nivel de integración de cada ciudad a la estructura continental de comunicaciones. Además, la calidad de las vías indicaba la jerarquía de las ciudades que conectaban; recíprocamente, la posición jerárquica de las ciudades influyó en la consolidación de determinados tramos de caminos. Esta característica se advierte claramente en las obras de mejoramiento que, en forma prioritaria, se llevaron a cabo en las rutas encadenadas a los centros de mayor relevancia económica, administrativa o estratégica.

Las ciudades, aunque dependían básicamente de los recursos del sitio de fundación para su supervivencia y desarrollo, no eran independientes porque se vinculaban a través de la estructura administrativa, las rutas de navegación y la red de caminos. La trayectoria urbana y progreso de cada ciudad dependía de esas relaciones, que podían ser permanentes o intermitentes, como ocurría con las ciudades chilenas cercanas a la zona de guerra interna; sin embargo, aún en este caso, el desarrollo urbano solamente era posible mediante la sujeción de las ciudades al sistema de colonización.

Los caminos conformaban una estructura de dominio que avanzaba en paralelo con la fundación de ciudades y, en ocasiones, su existencia era el factor decisivo para decidir una fundación. Valdivia, refiriéndose a las rutas prehispánicas, señala que fundó a La Serena *por tener camino abierto*<sup>185</sup>. Asimismo, la construcción de nuevos caminos y la conservación de los existentes dependían del valor económico de los territorios que atravesaban y de la jerarquía de las ciudades que comunicaban. Los principales caminos chilenos conducían a Santiago del Nuevo Extremo, ciudad que concentraba las intervenciones coloniales con el objetivo de mejorar su relación con otras ciudades y con el puerto de Valparaíso para integrarla en forma más eficiente al sistema de comunicaciones marítimas.

La extensión de la región chilena, las enormes distancias entre las escasas ciudades y los caminos insuficientes dificultaban el dominio del territorio, especialmente en la zona sur. Esta situación justificó los esfuerzos por disminuir la incomunicación entre ciudades y evitar fundaciones desamparadas en la inmensidad; sin embargo, ambos propósitos eran difíciles de alcanzar por el exiguo número de pobladores dispuestos a venir a una región pobre, conflictiva y fragmentada.

<sup>185</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.44

En Chile, la existencia de caminos deficientes era más crítica porque varias ciudades que fueron un blanco permanente de los ataques indígenas, al estar incomunicadas, presentaban una situación muy desfavorable en caso de necesitar ayuda. Por esto, una preocupación de los conquistadores fue subsanar el excesivo aislamiento entre ciudades mejorando los caminos y construyendo refugios para servir de descanso en los largos trayectos entre asentamientos. Esta fue una condición obligatoria en la estrategia de avance de Pedro de Valdivia quien, incluso, fijó una distancia de siete leguas -35 a 40 Km- entre refugios o postas, por ser un trayecto posible de recorrer en una jornada.

En ocasiones, el sistema de postas se estructuró sobre la base de los caminos incas, aprovechando los tambos existentes. Juan Bohon<sup>186</sup> construyó una serie de postas o tambos en el itinerario entre la ciudad de La Serena y el valle de Copiapó. Pedro de Valdivia estableció nuevas postas en las rutas desde Concepción hasta Santiago del Nuevo Extremo por el norte y hacia La Imperial por el sur; además, determinó que su mantenimiento estuviera a cargo de los encomenderos.

La colonización se fue consolidando con una forma de ocupación del territorio que se materializaba básicamente en las ciudades, pero también en fuertes, misiones y tambos articulados por la red de caminos. Los recorridos y rutas de abastecimiento o comercio, definidos por los caminos y sus postas, fueron elementos estratégicos, especialmente cuando se debía conectar a las ciudades más distantes de los centros principales. A mediados del siglo XVIII, las Instrucciones indicaban que los caminos eran referencias básicas de localización para la fundación de ciudades; por lo tanto, el sistema de comunicaciones terrestres se perfeccionó de manera sostenida.

La importancia de un camino dependía de la jerarquía administrativa o comercial de las ciudades que relacionaba. En otros casos, la categoría de una ruta era tal que se llevaron a cabo nuevas fundaciones para protegerla; generalmente, esta situación se manifiesta en los trayectos que conectaban a ciudades con centros productivos y redes de distribución.

Asimismo, la excesiva longitud de algunos recorridos obligó a crear ciudades para que funcionaran como lugares de pausa y descanso. Tucumán y Santiago del Estero se fundaron con el objetivo de ser puntos intermedios en el camino de Perú a Chile, cruzando la cordillera de Los Andes. Londres, San Juan y Mendoza también fueron puntos intermedios en la ruta desde Santiago a Buenos Aires.

La fundación de La Serena respondió a la urgencia de asentar un punto intermedio en el largo trayecto desde Copiapó a Santiago. Al respecto, Pedro de Valdivia en sus cartas a Carlos V explica que había enviado a Juan Bohón a poblar la ciudad de La Serena en el valle de Coquimbo, **porque es a la mitad de camino**, aludiendo al viaje desde las provincias meridionales de Perú hasta Santiago que, según su acertado cálculo, tenía cien leguas de longitud, equivalentes a 557.270 Km<sup>187</sup>. El lugar fijado por La Serena era una referencia dimensional porque correspondía a la mitad del recorrido. Además, Valdivia explica que la fundación de La Serena le permitía **tener el camino abierto**<sup>188</sup> y que la fundación de Santiago del Nuevo Extremo como **puerta para entrar en esta tierra**<sup>189</sup> tenía por finalidad instaurar el primer punto fijo para estructurar el poblamiento de Chile.

Con el aceleramiento del proceso de urbanización experimentado en el siglo XVIII, se fortalecieron las estructuras de comunicación, permitiendo relacionar ciudades y áreas hasta entonces aisladas. No obstante, es preciso señalar que el desarrollo de

<sup>186</sup> Compañero de Pedro de Valdivia en la conquista de Chile que participó en la fundación de La Serena

<sup>187</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op.cit. pp. 42-43 y 66.

<sup>188</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op.cit p. 44

<sup>189</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op.cit p. 82

las comunicaciones terrestres no fue homogéneo porque el interés por los caminos y su conservación dependía de su importancia para el fomento de la economía o de su relevancia militar. En este último sentido se destacaron los fuertes construidos en caminos y rutas que atravesaban áreas conflictivas para proteger los trayectos.

El fuerte de Lota se constituyó en un punto estratégico dentro del espacio donde se desarrolló la guerra de Arauco. El relieve de montes, quebradas y espesos bosques favorecía las emboscadas y ataques sorpresivos de los indígenas, transformando al área en una de las más peligrosas para los españoles. Por esta razón, el gobernador Porter Casanate fundó, el año 1662, el fuerte en uno de los puntos más altos del relieve costero –en el sector conocido como Fuerte Viejo– para vigilar y defender el camino entre Concepción y Arauco, controlar a la población indígena de Colcura y apoyar una eventual retirada por mar. Dos años más tarde, el gobernador Ángel de Peredo, debido a la importancia estratégica del lugar, decidió fundar la plaza fuerte Santa María de Guadalupe y Benavides, actual Lota. Otra referencia para medir la importancia de los caminos por el sur de Chile se observa en el plano de Osorno<sup>190</sup> del año 1796 donde, al poniente de la ciudad, se representó el fuerte construido para proteger el camino que comunicaba a Valdivia y Santiago de Castro.

A pesar de la relevancia de las comunicaciones en el proceso de urbanización, hasta mediados del siglo XVIII, en diferentes zonas de Chile, los caminos todavía eran senderos elementales. Igualmente, las postas y los tambos consistían en precarias edificaciones, aunque en ocasiones, y según el desarrollo económico de las áreas que servían, dieron origen a importantes ciudades. San Francisco de La Selva es un ejemplo de ciudad fundada para complementar el recorrido desde La Serena hasta el Virreinato del Perú y consolidar el desarrollo minero. En un plano<sup>191</sup> del año 1742 se representan los caminos convergiendo en el asentamiento y un tambo que ocupa un extremo de la plaza; estos elementos expresan la función de San Francisco de La Selva como lugar de pausa en el largo viaje entre Chile y el virreinato del Perú.

La fundación de Santa Bárbara de Casablanca es otro ejemplo nítido de la decisión de instaurar puntos de apoyo en un trayecto importante, como es la ruta que unía a la capital chilena con la costa. En un plano de 1796 se advierte la relevancia del camino que según el dibujo<sup>192</sup> atravesaba en diagonal la plaza de Casablanca, denotando que la ciudad se fundó como escala en el recorrido entre Santiago y el puerto de Valparaíso, completando un itinerario que no tenía centros intermedios. Otras ciudades, fundadas en el siglo XVIII con la finalidad de reducir las distancias de los tramos entre Santiago y Concepción, apoyando el desarrollo agrícola en los valles centrales fueron Santa Cruz de Triana, San Agustín de Talca, San José de Buenavista, San Ambrosio de Linares, Santa Luisa de Parral y San Carlos.

<sup>190</sup> *Plano de la antigua ciudad de Osorno* levantado por José Ignacio de Andía y Varela en 1796. Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile. 316

<sup>191</sup> *Plan de la Villa de San Francisco de La Selva en el valle de Copiapó*. Elaborado por Francisco Cortés y Cartavío. Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 210

<sup>192</sup> Corresponde al plano de Santa Bárbara de Casablanca fechado en 1796. Publicado en: Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. op.cit. Lámina 46. Este plano se muestra en el capítulo 3, en el punto 3.2.1 Proyección territorial de la ciudad por la red de caminos.



### 1.5.2 Los caminos y la conquista de la extensión en el Siglo de La Razón

En el siglo XVIII, la red de caminos era un tema prioritario pues se consideraba que la conectividad entre ciudades y los centros productivos o de intercambio comercial permitiría potenciar el transporte de bienes, acelerar la dinámica de la economía y, en consecuencia, impulsar el crecimiento de las ciudades alentando las migraciones desde áreas rurales y haciendas. Aunque las ciudades coloniales siempre estuvieron supeditadas a las dinámicas del intercambio cultural y comercial, esta condición se recalcó en el siglo XVIII, al plantearse que una función primordial de las ciudades era impulsar el desarrollo económico.

La gestión borbónica referente al mejoramiento de las redes terrestres en América, se plasmó en soluciones similares a las aplicadas en España; por esto, las obras en caminos revelan la decisión gubernamental de perfeccionar las comunicaciones con técnicas de construcción basadas en tratados y experiencias europeas. Los caminos se trazaban según los diseños de ingenieros militares, quienes actuaban apoyados en textos especializados; a través de estos profesionales, la experiencia española sobre construcción de caminos llegó a Chile<sup>193</sup>.

En el curso del siglo XVIII, los caminos eran las obras públicas que concentraron la atención de los gobiernos coloniales; por esto, en todas las regiones americanas se incrementaron las intervenciones para completar la estructura de comunicaciones y conectar áreas productivas con núcleos de población. En Chile, este interés tenía un alcance especial debido al errático desarrollo de las ciudades y el lento avance de la colonización; en este contexto, la construcción de nuevos caminos y mejoramiento de las rutas principales respondían a la estrategia de conectar a las diferentes zonas geográficas para racionalizar el proceso de colonización, corregir las deficiencias en la administración del territorio, impulsar la economía y corregir la comunicación con las colonias limítrofes.

Por la estructura geográfica de Chile y la longitud de su litoral, el mar era el medio más eficiente de comunicación a escala continental; por lo tanto, para reorganizar las redes de intercambio no era suficiente completar tramos de caminos o construir nuevas rutas terrestres también se debían realizar obras en los puertos y lugares de acceso a la costa.

La creciente inserción de la región chilena en el comercio intercontinental<sup>194</sup> influyó en el mejoramiento de los caminos que conectaban a los puertos con las ciudades próximas a rutas comerciales o vinculadas con los centros productivos, por esto, los lugares más favorecidos por las reformas de las comunicaciones fueron los puertos marítimos o fluviales, como Valparaíso y Valdivia.

El contexto histórico chileno que obligaba a proteger a las actividades comerciales y la integración territorial, explica la construcción de defensas en caminos. Asimismo, el afán por dominar la extensión, superando el aislamiento, se expresaba en una serie de actuaciones territoriales para salvar accidentes geográficos.

<sup>193</sup> Guarda menciona varios textos que sirvieron de base teórica para la construcción de caminos, entre ellos, *Discurso o dictamen sobre la hechura de los Caminos Reales*, obra de Pedro Lacuze que fue editada en 1763; *Reglas para la conservación de los caminos generales* publicada en 1781 y *Modo práctico para la dirección y construcción de caminos* editada en 1783, ambas de Domingo Aguirre; *Instrucción general* sobre las posadas de carreteras principales publicada el año 1783. El ingeniero García Martínez de Cáceres publicó en 1784 *Proyecto sobre la ejecución de caminos transversales con sus adiciones*. En 1801 fue editado *Discurso de Unanue*, referido al nuevo camino de Callao. GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.156-157

<sup>194</sup> La política de comercio exterior instaurada por España también incluyó la reorganización de la Flota de Indias. La protección de los puertos y el sistema de comunicaciones relacionados con las rutas marítimas y el recorrido de La Flota de Indias fue otra de las actividades relevantes de la época.



**Puente cordillerano en el trayecto entre Santiago y Mendoza**

Grabado realizado por John Miers en 1776<sup>195</sup>

Las ciudades chilenas, de acuerdo con su jerarquía en el sistema de comunicaciones de nivel continental, influyeron en el fortalecimiento de las redes de caminos; cuyo desarrollo dependía de su relación con los centros de valor funcional o estratégico; además, el progreso de las rutas dependía del potencial económico de la región.

A mediados del siglo XVIII creció la urgencia de fortalecer las comunicaciones desde Santiago hasta la zona transandina para agilizar el comercio con Buenos Aires, la capital del Virreinato del Río de La Plata desde 1776. El aumento en la frecuencia de uso acrecentó la importancia del camino que cruzaba la cordillera de Los Andes; una ruta donde los viajeros hasta podían morir por las bajas temperaturas o debían abandonar sus cargas cuando eran sorprendidos por una tormenta de nieve.

El camino de Santiago a Mendoza, cruzando la cordillera de Los Andes por el paso de Uspallata, tenía 50 leguas de largo –equivalentes a 279 Km- y en verano podía recorrerse en ocho o nueve días, aunque durante la mitad del año era intransitable por las escabrosas pendientes cubiertas de nieve donde ocurrían graves accidentes; esta situación fue un grave impedimento para el comercio trasandino, que dependía de esa única ruta. Por su indudable importancia para las comunicaciones coloniales, entre 1720 y 1733, el gobernador Cano y Aponte ordenó iniciar obras para mejorar las condiciones del camino. Secundino Gutiérrez entrega un antecedente revelador para aproximarse a los flujos de tránsito por del camino cuando indica que, por el paso de Uspallata circulaban anualmente 25.000 mulas<sup>196</sup>.

<sup>195</sup> MIERS, John: *Travels in Chile and La Plata, including accounts respecting the Geography, Statistics, Government, Finance, Agriculture, Manners collected during a residence of several years*. London 1826. También está publicado en RAMON, Armando de: *Historia Urbana de Iberoamérica: La ciudad barroca. Análisis regionales 1573/1750*. Reino de Chile. IV.4.4 Edición Consejo Superior Colegios de Arquitectos de España, Comisión Quinto Centenario, Junta de Andalucía y Conserjería de Obras Públicas y Transportes. Imprenta editorial Testimonio. Madrid, 1990. p. 475

<sup>196</sup> GUTIERREZ: Secundino José: *Las comunicaciones en América*. op.cit. p.205

La longitud del camino, que cruzaba un paisaje inhóspito y especialmente peligroso en invierno por la nieve y las bajas temperaturas, explica porqué en el gobierno de Ambrosio O'Higgins -década de 1760- se levantaron refugios para acoger viajeros o arrieros y permitir el paso de correos durante todo el año. La obra de construcción del refugio principal fue dirigida por el ingeniero Juan Garland y seguía la tradición inca de los tambos<sup>197</sup>. Dos referencias sobre la importancia de estos refugios eran su capacidad –según las descripciones de viajeros podían acoger a treinta personas- y las condenas que se imponían a quienes robaran las provisiones o maltrataran las puertas y ventanas<sup>198</sup>.

A finales del siglo XVIII el camino trasandino fue reparado y ampliado por Antonio Martínez de Mata y Manuel de la Puente. En los tramos más complejos, ampliaron la angosta vereda antigua a un ancho de 4 a 5 varas. Entre 1797 y 1805 se abrió un camino más corto y directo entre Santiago y Mendoza, con salida por la dehesa de Santiago. Un tercer camino era la ruta del Valle del Yeso, que disponía de refugios para viajeros y potreros para las tropillas de mulas. Con el propósito de mejorar la comunicación con Buenos Aires, el año 1800, Miguel Cayetano y Soler propuso abrir otro sendero entre Santiago del Nuevo Extremo y Mendoza<sup>199</sup>. Además, con el fin de evaluar la factibilidad de construir nuevos caminos, se organizaron expediciones por varios pasos cordilleranos<sup>200</sup>; entre 1793 y 1810 se recorrió la ruta de Concepción hasta las pampas y Buenos Aires y en 1807 se realizó una exploración para estudiar la apertura de un paso desde Antuco a Buenos Aires<sup>201</sup>.



#### **Camino de Valparaíso a Buenos Aires, cruzando Los Andes**

Carta esférica para manifestar el camino que conduce desde Valparaíso a Buenos Aires.  
Realizada en 1810 por José de Espinoza y Felipe Bauzá<sup>202</sup>

<sup>197</sup> El refugio consistía en una bóveda de medio cañón que cubría un cuerpo rectangular levantado sobre una base de 6 a 7 pies de altura.

<sup>198</sup> El detalle de las penas podían incluir el destierro en la isla de Juan Fernández, la prisión, confiscación de bienes y mulas. GUTIERREZ: Secundino-José: *Las comunicaciones en América*. op.cit. p.208

<sup>199</sup> GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.158

<sup>200</sup> Actualmente, los pasos cordilleranos que permite la comunicación entre Chile y Argentina siguen las rutas tradicionales de las comunidades indígenas.

<sup>201</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p.158

<sup>202</sup> Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. op.cit. Lámina 89





**Vista del camino de Valparaíso a Santiago por la Cuesta de Zapata**

Litografía de un dibujo de Lavergne. Siglo XIX<sup>203</sup>.

Las acciones más complejas respondieron a la urgente necesidad de establecer una ruta permanente entre Chile y el Virreinato del Río de La Plata, atravesando el monumental obstáculo de Los Andes. También se efectuaron complicadas obras de ingeniería para consolidar la red de comunicaciones terrestres entre Santiago y el puerto de Valparaíso, a través de la cordillera de La Costa.

Santiago y Valparaíso se unían por dos trayectos. Uno era el camino de *carretas*, que cruzaba el valle de Melipilla; otro era el camino de *las cuestas* o *las mulas* que seguía una accidentada ruta topográfica por la cordillera de La Costa. El camino de carretas fue objeto de acciones de mejoramiento a finales del XVIII, a partir de una gestión del Cabildo de Santiago financiada con impuestos a carretas y mulas. Las obras, iniciadas en 1791, bajo la dirección del ingeniero Pedro Rico, se terminaron el año 1796. El camino, de once metros de ancho, fue el tema predilecto de varios relatos de viajeros, donde se describen las dificultades generadas por su trazado en líneas quebradas para adaptarse al relieve. Según Gabriel Guarda, el camino fue alabado por la destreza técnica que representó su construcción, por los sistemas de defensa para proteger a los viajeros o carruajes y por las hermosas vistas que se tenían desde el camino. A principios del siglo XIX, el viajero Lafond de Lurcy dejó el siguiente testimonio sobre las perspectivas del paisaje visibles desde trayecto:

*...pasaban a nuestro lado mulas cargadas de mercaderías y convoyes de coches, al aproximarnos a Casablanca, a doce leguas de Valparaíso, quedamos maravillados del aspecto mágico del país en esa región...*<sup>204</sup>

<sup>203</sup> Archivo Central Andrés Bello. Colecciones especiales; Universidad de Chile.

Publicado en GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit p.238

<sup>204</sup> LAFOND, Lurcy de: *Viaje a Chile*. Citado por GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op cit. p.157

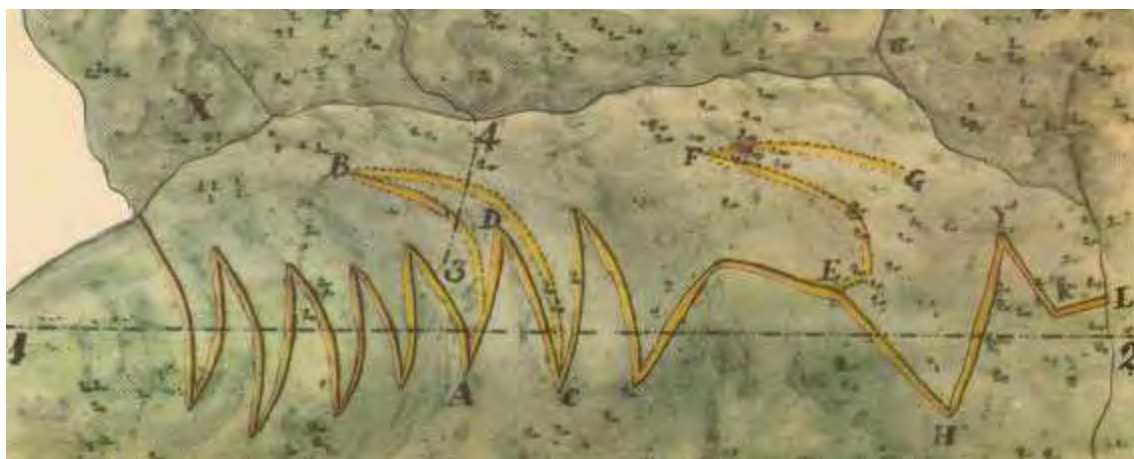
George Vancouver, explorador inglés que recorrió el sector en 1795 cuando aún el camino estaba en obras, en su relato *Viaje de Valparaíso a Santiago: 1790-1795*, se refiere a la complejidad del relieve por donde se construía la ruta.

*...una cadena de colinas de mucha extensión y muy elevadas de las cuales no pudimos alcanzar la cima sino después de dos horas de marcha...<sup>205</sup>  
... El nuevo camino atraviesa la parte menos alta de la cadena la que es, sin embargo, tan escarpada que ha sido preciso cortarla en zig-zag y del pie a la cima, hace veinticinco ángulos o vueltas.<sup>206</sup>*

Vancouver describió el difícil trazado del camino en un relieve de alta complejidad, destacando la habilidad de los constructores para ejecutar las obras, a pesar de emplear herramientas y equipos rudimentarios. La topografía del área demandó el uso de pólvora para fragmentar y atravesar las rocas; Vancouver comenta que los trozos menores eran utilizados como relleno y los mayores se arrojaban por las abruptas laderas, provocando desprendimientos de tierras en los bordes del camino que por falta de defensas y pretilles, además de estar inconcluso, daba la impresión de ser una ruta peligrosa.

De acuerdo con los cálculos de Vancouver, en la construcción participaron cerca de cincuenta trabajadores -campesinos, peones asalariados y presidiarios- que sólo contaban con instrumentos básicos para realizar su labor como azadones, palas y pólvora pero no disponían de carretillas de mano y debían transportar la tierra y las piedras sobrantes en cueros de buey. Vancouver también se refiere al paisaje de la cordillera de La Costa que era visible desde en la parte superior del camino porque, después de atravesar una hendidura entre la cadena de altas colinas que bordean la costa, se llegaba a una extensa llanura, desde donde se tenía una vista panorámica de un gran espacio semidesértico sin árboles<sup>207</sup>.

En la imagen siguiente se observa el complejo trazado del camino y los ángulos que fueron necesarios para salvar los abruptos cambios de nivel de la topografía.



**Trazado del camino de Valparaíso a Santiago**

Proyecto de Agustín Caballero. 1795<sup>208</sup>

<sup>205</sup> VANCOUVER, Jorge: *Viaje a Valparaíso y Santiago*. Texto parcial de los viajes alrededor del mundo realizados por Jorge Vancouver siguiendo las ordenes del rey de Inglaterra en los años 1790, 1791, 1792, 1793, 1794 y 1795. Traducción al español de Nicolás Peña de una edición francesa de 1799. Imprenta Mejía, Santiago de Chile, 1902. p.35

<sup>206</sup> VANCOUVER, Jorge: *Viaje de Valparaíso a Santiago; 1790-1795* op.cit. p. 43

<sup>207</sup> VANCOUVER, Jorge: *Viaje de Valparaíso a Santiago; 1790-1795* op.cit. pp. 43-44

<sup>208</sup> El plano se encuentra en el Archivo Nacional de Chile. Publicado por el Instituto Geográfico Militar (I.G.M) en *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. op.cit. Lámina 91

### 1.5.3 El paisaje y el sistema de comunicaciones terrestres

El complejo relieve de Chile generó un serio problema para responder a la urgencia de corregir el sistema de comunicaciones terrestre con el objetivo de perfeccionar la conexión de las ciudades chilenas con los virreinos del Perú y Río de La Plata y fortalecer las comunicaciones entre Santiago y el puerto de Valparaíso. Por esto, a pesar del esfuerzo desplegado, a finales del siglo XVIII persistían amplios territorios desconectados, reflejando el retraso de algunas obras viales. Un ejemplo elocuente es que recién en 1789 se abrió el camino entre Valdivia y Castro, aunque ambas ciudades eran estratégicas para mantener la integridad del territorio en la zona sur. Lo anterior se explica porque las comunicaciones terrestres estaban limitadas por las características geográficas que, en extensas áreas, impedían la construcción y el mantenimiento de las rutas. El relieve también influyó en el diseño porque la red de caminos debía estructurarse de acuerdo con las condiciones topográficas de las tres unidades geográficas principales: el litoral, la cordillera y los valles fluviales.

El trazado básico de la red de caminos constaba de ejes longitudinales que seguían la secuencia de valles transversales o el perfil costero, en sentido norte a sur. Esta sección del sistema de comunicaciones, paralela al mar, fue esencial para relacionar los puertos chilenos entre sí y con el resto del imperio. Los caminos longitudinales, en parte, también se trazaron como vías de comunicación entre los valles agrícolas y las haciendas.

Las principales rutas paralelas al océano Pacífico -por las proporciones del territorio chileno- tenían como centro de encuentro a Santiago del Nuevo Extremo, la capital administrativa de Chile. En sentido norte-sur se desplegaba otro camino que corría por la línea costera desde San Ambrosio de Vallenar hasta las inmediaciones de Santiago, conectando varios puntos intermedios como Los Choros, Yervas Buenas, Coquimbo, Camarones, Barraza, Peña Blanca, Amolanas, Canela, Mincha, Conchalí, Quilimarí, La Ligua, El Melón, Quillota, La Dormida y Til-Til.

Desde Santiago al sur, la ruta más utilizada era el Camino Real, que se organizaba en tramos indicados por antiguos pueblos de indios. A partir de mediados del siglo XVII y principalmente del XVIII, el desarrollo de las haciendas y el incremento de la producción agrícola alentaron el mejoramiento del Camino Real y la construcción de nuevas rutas para completar tramos faltantes o complementarios a los recorridos costeros. El trazado del Camino Real, en líneas generales, corresponde a la actual carretera longitudinal y atraviesa los valles que se desarrollan entre las cordilleras de Los Andes y de La Costa.

Los ríos fueron referencias geográficas claves para definir la estructura del sistema de comunicaciones porque un significativo número de ciudades se fundaron en sus riberas y, a veces, también proporcionaban los recursos para enclaves productivos como ocurrió con los lavaderos de oro. Además, los senderos indígenas que servían de guía para trazar los caminos coloniales, también transcurrían paralelos a los ríos.

Entre los caminos orientados por cursos de ríos se destacó la ruta de comunicación de los fuertes integrados al sistema defensivo paralelo al río Bío Bío, que conectaba a Concepción con los fuertes de Hualqui, Quilacoya y Talcamávida. En un plano de San Bautista de Hualqui es visible el camino que conducía hasta Concepción con su trazado adaptándose al río; a través de esta ruta se accedía a los lavaderos de oro en Quilacoya. Al sur del Bío Bío, por la complejidad de la topografía y la rigurosidad del clima, los caminos entre Arauco, Valdivia y Chiloé adquirieron rasgos propios.

El sistema de comunicaciones terrestres también incluía caminos transversales, que en sentido oriente-poniente, relacionaban a la costa con las ciudades interiores y servían de nexo hacia áreas transandinas. Los ejes transversales que cruzaban Los Andes fueron construidos en función de las depresiones del relieve que permitían la



existencia de pasos cordilleranos. En dirección poniente-orienté, entre el océano Pacífico y la cordillera de Los Andes, se estableció un eje de comunicación desde el puerto de Valparaíso hasta la región de Cuyo, al orienté de la cordillera; esta ruta fue fundamental para el intercambio comercial con Paraguay, Tucumán y Río de La Plata. Santiago del Nuevo Extremo era el centro donde convergían los principales caminos transversales desde la región trasandina o del litoral, cruzando la cordillera de la Costa.

En un dibujo de Santiago, realizado por el ingeniero militar Antonio Losada con el propósito de mostrar el proyecto del canal desde el río Maipo, es posible observar el camino –señalado con color rojo para destacarlo– que conectaba a Santiago con los pasos cordilleranos dispuestos en la principal ruta desde la capital de Chile hacia el Virreinato del Río de la Plata. Una característica singular de este dibujo es que la cordillera de Los Andes, representada en alzado para exponer su perfil topográfico desde la ciudad, fue distorsionada en el sector donde es atravesada por el camino para señalar, en una vista en planta, la abertura entre montes por donde penetraba la ruta, evidenciando de este modo la conformación del relieve que permitía el paso hacia la región trasandina.



**Camino de Santiago hacia Los Andes a través del valle del río Maipo<sup>209</sup>**

Fuente: Proyecto de Antonio Losada para canalizar el río Maipo

<sup>209</sup> El nombre del dibujo original es *Plano de el terreno comprehendido entre la ciudad de Santiago de Chile y el río de Maypo, con el proyecto de un canal para conducir agua desde dicho río a el de Mapocho, de esta ciudad. Año de 1800*. Archivo General de Indias, MP-PERU\_CHILE,141BIS. El plano está publicado en AAVV: *Historia Urbana de Hispanoamérica. La ciudad barroca. Análisis regionales 1573/1750*. op.cit. p 475



## Capítulo II

### La ciudad ante los paisajes de la vastedad

---

## 2. LA CIUDAD ANTE LOS PAISAJE DE LA VASTEDAD

### 2.1 Influencia de la vastedad en la ocupación del territorio

En el marco teórico se explicó como algunas particularidades del paisaje -extensión geográfica y proporciones de la naturaleza- impedían a los conquistadores medir el espacio usando la escala humana como referencia comparativa; además, el arraigo español a los paisajes de la vastedad estaba restringido por la ausencia de señales orientadoras. Estas características motivaron los sentimientos de asombro y temor frente a la naturaleza que impregnaban los relatos sobre América; con frecuencia, los cronistas decían que les faltaban palabras para describir un mundo inquietante y maravilloso. Las crónicas de Chile también expresan las dificultades que entrañaba descifrar y divulgar los atributos de su compleja geografía<sup>1</sup> porque no fue posible explorar ni representar a la monumental cordillera andina; igualmente, el desierto y las enormes formaciones de selvas laberínticas eran paisajes indescriptibles por sus dimensiones insondables, que poco o nada tienen en común con la medida humana. En sentido similar y tomando como referencia a las imágenes de la naturaleza en la pintura romántica, Rafael Argullol indica que el paisaje es trágico cuando revela una escisión desmesurada entre la naturaleza y el hombre<sup>2</sup>.

La exigencia de informar sobre la ubicación de los principales elementos geográficos y las características del territorio, justificaban los esfuerzos, a veces frustrados, por describir los enigmáticos paisajes americanos. Los relatos también eran imprecisos porque las vivencias del Nuevo Mundo se entrelazaban con evocaciones del mundo familiar que se había dejado en España. Debido a estas circunstancias, se consideró adecuado examinar a las ciudades coloniales chilenas como formas orientadoras en la vastedad al generar nuevos paisajes -legibles, comprensibles y explicables- con significados enraizados en la memoria cultural de los conquistadores.

La posición anterior se respalda en la teoría arquitectónica de José Ricardo Morales, para quien una necesidad existencial del hombre es estar y sentirse orientado. Ante la vastedad -que según Morales<sup>3</sup> es lo indeterminado, lo que carece de indicaciones, señales, huellas, datos, límites, líneas o puntos de remisión y referencia- el hombre busca o construye signos que le permitan construir relaciones de pertenencia con el mundo conocido. Morales también plantea que el hombre auténticamente centrado no es quien está en el punto medio -centro geométrico- de un espacio, tampoco es quien se sabe referido con certeza porque está orientado por técnicas y recursos como la brújula y el sextante, sino es aquel que reconoce lo suyo en todo lo que le rodea<sup>4</sup>. Por esto, aunque en su definición más elemental, la orientación concierne a la percepción y comprensión de los límites y las direcciones de un espacio, la noción genuina del hombre orientado -centrado- se refiere fundamentalmente al arraigo a un mundo que contiene señales comprensibles y familiares.

Según el argumento anterior, el despliegue de la urbanización colonial contribuyó a debilitar la vastedad con la implantación de referencias culturales identificables para los conquistadores. El avance español se expresaba en la intervención gradual del paisaje con signos permanentes -ciudades, haciendas, misiones, fuertes y caminos- que, además de afianzar el dominio militar del territorio, enunciaban la voluntad de reducir la indiferenciada extensión de los paisajes de la vastedad.

<sup>1</sup> Según González de Nájera “...donde quiera que se describe aquel reino, es imposible poderse dar al natural su retrato tan difuso y especificado, cuanto se puede expresar en palabras...” En GONZALEZ DE NAJERA, Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op.cit. p.7.

<sup>2</sup> ARGULLOL, Rafael: *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*. Publicado por Acantilado. Barcelona, 2006. p. 17

<sup>3</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p.173

<sup>4</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p.178

El dominio de un territorio no concluye con su ocupación castrense; también debe apoyarse en la construcción de un mundo propio y acogedor; como la propia casa. La etimología de la palabra dominio indica que su génesis se remonta a la raíz **dem**, que también es origen de la expresión griega **domos** y del vocablo latina **domu** que significan casa. La palabra domesticar, que nace de la misma raíz, tiene un sentido análogo a dominar y el término **demos** –otra derivación de **dem**– es un concepto, a la vez, territorial y político porque designa tanto a la fracción de un territorio como al pueblo que lo habita<sup>5</sup>. Según estas definiciones, la fundación de ciudades hizo posible que los colonizadores pudieran identificarse con los territorios americanos al transformarlos en paisajes reconocibles mediante acciones de dominio.

Desde esta perspectiva, la fundación de una ciudad en la región más desconocida y remota de América -donde los españoles estaban lejos de su patria, sumergidos en una naturaleza enigmática y rodeados de enemigos- era una acción de conquista del espacio y, a la vez, representaba el retorno simbólico a su mundo propio.

El establecimiento de una ciudad permitía concentrar a los pobladores en un mismo sitio y la secuencia de fundaciones, a intervalos regulares, expresaba la voluntad de evitar la excesiva dispersión de las ciudades, marcando el territorio con formas que exteriorizaban vínculos afectivos y de identidad colectiva con la cultura española. Al respecto, la historia de Gonzalo Guerrero revela que la separación del grupo no sólo significaba enfrentar los peligros y desventuras que suponía perderse en un mundo extraño y desconocido, también representaba el riesgo de desgarrar los vínculos de identidad con España<sup>6</sup>. La angustia de extraviarse en un país extranjero, el esfuerzo por no dispersarse en tierras extrañas y el anhelo de retornar al mundo conocido son temas relacionados que Italo Calvino profundizó al analizar la perseverancia de Jenofonte por regresar y mantener unido a su ejército porque **mientras estuvieran juntos, de cierto modo, llevarían a la patria consigo**<sup>7</sup>.

En el proceso de colonización de Chile, las ciudades fueron focos irradiadores de la conquista, referencias de medida y símbolos de proximidad cultural que irrumpían en la vastedad. Las ciudades eran afectivamente cercanas para los conquistadores porque su forma, función y significado recordaban a España y en ellas se recreaban las experiencias espaciales más arraigadas en su idea tradicional de vida urbana.

La necesidad de intervenir el paisaje con indicaciones referentes al mundo europeo y que identificaban a los colonizadores con sus valores culturales, explica porqué la urbanización, simbólicamente, avanzaba mirando hacia atrás, hacia lo que se había dejado en la lejana Europa<sup>8</sup>. La cultura española estaba presente en la estructura administrativa de la colonización, en la organización y uso del espacio urbano, en la función orientadora de las ciudades, en el significado de las plazas y en los nombres de las fundaciones y los territorios dominados<sup>9</sup>.

<sup>5</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op. cit. p. 25

<sup>6</sup> Gonzalo Guerrero, tras naufragar en la costa de Yucatán y ser esclavizado por los indígenas. se dejó crecer el cabello, se perforó las orejas, se hizo tatuajes en el rostro, se casó con una mujer india, fue padre de los tres primeros mestizos de América y murió luchando contra las tropas españolas. Rubert de Ventos indica que este episodio refleja el inicio de la seducción que América ejerció sobre algunos españoles y el proceso de conversiones, en sentido inverso, donde los conquistadores se dejaron conquistar. RUBERT DE VENTOS, Xavier: *El laberinto de la hispanidad*. op. cit. p. 37. La historia de Gonzalo Guerrero se describe en DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. op. cit. pp. 143-145.

<sup>7</sup> CALVINO, Italo: *Por qué leer a los clásicos*. Tusquets Editores. Barcelona 1992. pág. 31

<sup>8</sup> Tema desarrollado en el punto 2.4 de este capítulo: La ciudad como referencia cultural.

<sup>9</sup> Los nombres indígenas prevalecieron en las áreas no colonizadas de Chile, como Arauco.

### 2.1.1 Paisajes de la vastedad en la región chilena

En Chile se manifiestan dos modalidades básicas de paisajes de la vastedad, ambas se caracterizan por su condición de ámbitos indeterminados. La primera comprende a paisajes de dimensiones indefinidas porque sus límites, imprecisos y lejanos, no constituyen fronteras reconocibles y, por lo tanto, no es posible percibir el contorno del espacio, que se muestra inabarcable. A esta categoría pertenecen los paisajes de la estepa y el desierto, donde el horizonte es una referencia inestable y distante que no admite descubrir los límites del espacio ni sus dimensiones.



**Paisajes de la vastedad en el desierto de Atacama<sup>10</sup>**

Otras expresiones de la vastedad son las laberínticas extensiones de archipiélagos y bosques donde el espacio se descompone en proximidades sucesivas que se repiten incesantemente; esta característica impide reconocer a los límites del paisaje como rupturas de la continuidad o fronteras entre realidades diferentes. La imposibilidad de identificar o reconocer los extremos del espacio obstaculizaba la comprensión de sus dimensiones, porque medir es conocer la distancia entre dos polos. La ausencia de límites legibles fue una dificultad relevante porque la percepción de un paisaje como realidad requiere circunscribir el área que lo determina como contexto.

Desde otra perspectiva, Horacio Capel<sup>11</sup> sostiene que una condición necesaria para percibir –y describir– la realidad es ordenarla de algún modo, identificando aquellas características y relaciones que permitan agrupar a los distintos componentes bajo una pauta coherente. En la extensión ilimitada del desierto no hay elementos del paisaje que se perfilen como protagonistas del espacio y las geoformas tampoco son referencias orientadoras permanentes porque el viento traslada a las arenas desde un lugar a otro. En la homogeneidad de las estepas no hay organizaciones naturales que se destaquen sobre las demás y sólo se percibe el horizonte, siempre inalcanzable. Análogamente, en los laberintos geográficos formados por los fiordos patagónicos y los archipiélagos australes o en los intrincados paisajes de las selvas no es posible identificar algún elemento que configure una estructura orientadora.

La vastedad del desierto y la estepa se relaciona con las descomunales amplitudes del paisaje y la escasez las referencias de proximidad. Lo indeterminado del espacio deriva de la ausencia de señales o puntos fijos que permitan percibir su magnitud. El desierto y la estepa son vastedades indefinidas por la imprecisión de sus límites, son extensiones inmensas, donde no existen indicaciones naturales que permitan diferenciar lo remoto de lo inmediato; aquí lo cercano y lo singular se diluyen en la desmesura del espacio. Según Morales, en los desiertos y las estepas no es posible identificar individualidades; en estos ámbitos nada se pronuncia o enfatiza porque la vastedad también es vaguedad<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Las imágenes del desierto fueron obtenidas de la página <http://www.geo.cornell.edu/geology> y del sitio [www.ddpn.net/photo/chile2005](http://www.ddpn.net/photo/chile2005)

<sup>11</sup> CAPEL, Horacio: *Dibujar el mundo. Borges, la ciudad y la geografía del siglo XXI*. Ediciones del Serbal. Barcelona. 2001. p.25

<sup>12</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p.175



**Paisajes de la vastedad en las estepas de la Patagonia<sup>13</sup>**

La vastedad, de acuerdo a la teoría de Morales<sup>14</sup>, también es aquello innumerable o imposible de determinar por exceso de referencias o señales. En esta modalidad de vastedad -que comprende selvas, el sistema de montes andinos, archipiélagos y fiordos- la profusión de señales o referencias individuales supera la posibilidad de abarcarlas. Una cualidad distintiva de las selvas es que son espacios imposibles de dimensionar porque la ausencia de referencias lejanas no permite descubrir sus límites; en estos paisajes solamente se tiene noción de lo inmediato, fundiéndose en proximidades sucesivas. Según Morales, otra característica de los espacios de la vastedad es la ausencia de referencias de proximidad; en ellos nada se aproxima, no hay puntualizaciones, indicadores o localizadores reconocibles, pues la vastedad, en cuanto tal, carece de referencias y lugares<sup>15</sup>. Una duna del desierto de Atacama, un árbol en la selva valdiviana, una montaña en Los Andes, una isla en medio de los archipiélagos australes o un fiordo en el entramado de canales patagónicos no puntualizan ni señalan un punto localizable porque nada poseen de diferente a lo idéntico innumerable.



**Paisajes de la vastedad en los Andes centrales<sup>16</sup>**

El desierto, la estepa y los laberintos naturales de bosques o fiordos son paisajes de la vastedad no sólo por la imprecisión de sus límites -que impide medir el espacio- o por la ausencia de elementos individuales que sirvan de referencias orientadoras estables sino porque también tienen connotaciones de ámbitos desolados y hostiles, donde no hay huellas humanas que permitan situarse culturalmente.

En la literatura clásica, los paisajes de la selva son descritos subrayando su carácter de ámbitos ilegibles, caóticos y peligrosos donde se desatan el miedo o el pavor; también se representan como laberintos inexplicables que inducen al extravío y la desorientación. En *La Divina Comedia*, antes de entrar al infierno, Dante<sup>17</sup> dice que por haber perdido el camino se encontró en una selva oscura, salvaje, áspera y

<sup>13</sup> <http://www.panoramio.com/photo/33001070> (imagen izquierda) y <http://www.caleuche.com>

<sup>14</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p.173

<sup>15</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p.175

<sup>16</sup> <http://www.forodefotos.com/fotos-de-montanas/5683-cordillera-de-los-andes.html> (imagen izquierda)  
[http://www.fotopaíses.com/Fotos-Paises/t/2007/8/21/601\\_1187791613](http://www.fotopaíses.com/Fotos-Paises/t/2007/8/21/601_1187791613) (imagen derecha)

<sup>17</sup> ALIGHIERI, Dante: *La Divina Comedia*. Artes Gráficas S.A. Madrid, 1997. p. 21



espesa, cuyo recuerdo le causa más temor que la muerte. Esta metáfora explicaría por qué los bosques, aún cuando constituían el entorno de las ciudades coloniales, se mantenían como espacios deshabitados y hasta inexplorados. En la cartografía histórica, los bosques que rodeaban a las ciudades eran representados como áreas informes, sin límites ni contornos precisos. Al respecto, Domínguez Ortiz sostiene que no era raro que un viajero se encontrara en medio de una naturaleza virgen a pocas jornadas o incluso a horas después de haber salido de alguna ciudad colonial importante<sup>18</sup>.



**Paisajes de la vastedad en los bosques en la zona austral<sup>19</sup>**



**Paisajes de la vastedad en los fiordos y canales patagónicos<sup>20</sup>**

No sólo los paisajes de selvas y bosques eran expresiones de estructuras naturales capaces de anular la presencia humana, pues, las remotas islas chilenas también se consideraban vastedades culturalmente asociadas al desamparo y abandono. En la época colonial, el archipiélago de Chiloé era un territorio tan desconocido que hasta se ignoraba su ubicación geográfica exacta y el número de islas que lo componían. Tampoco se tenía información del número de islas, canales y fiordos que integraban los archipiélagos de los Chonos y de las Guaitecas, que se localizaban entre Chiloé y el estrecho de Magallanes, en la actual región de Aysén, ni de las islas australes ubicadas en la zona de Tierra del Fuego<sup>21</sup>.



**Paisajes de la vastedad en las islas australes<sup>22</sup>**

<sup>18</sup> DOMINGUEZ ORTIZ; Antonio: *España. Tres milenios de historia*. op.cit. p. 195

<sup>19</sup> Las imágenes corresponden a bosques de la región de Magallanes.

<sup>20</sup> Las imágenes de los fiordos y canales corresponden a la zona del estrecho de Magallanes.

<sup>21</sup> Durante la colonia no se conocía la cantidad de islas que integraban el archipiélago de Chiloé, aunque esta situación no fue relevante porque los misioneros y exploradores se preocupaban sólo de las islas habitadas. En O'DONELL, Hugo: *El viaje a Chiloé de José de Moraleda (1787-1790)*. op.cit. p.207

<sup>22</sup> Las islas de la imagen se ubican a la zona del estrecho de Magallanes; de izquierda a derecha corresponden a Isla Carlos III, Isla Rupert y una vista parcial de las islas Charles.



### 2.1.2 Intentos de colonización de los paisajes de la vastedad austral

En relación con los espacios que carecen de referencias particulares comprensibles, José Ricardo Morales indica que la única forma de negar o al menos contrapesar la vastedad es resaltar lo singular con estructuras rotundamente identificables<sup>23</sup>. Esta reflexión entrega argumentos para sostener que la fundación de ciudades permitía atenuar la vastedad porque eran estructuras culturales reconocibles que irrumpían en lo indefinido del paisaje. Sin embargo, debido al reducido número de pobladores en comparación con la extensión del espacio, la colonización de Chile -un territorio inmenso y vacío de señales orientadoras para los conquistadores- únicamente podía llevarse a cabo dispersando a las ciudades. Esta forma de dominio permitía ampliar las áreas colonizadas instaurando referencias permanentes, que básicamente se radicaban en las ciudades, pero exigía que las fundaciones fueran distribuidas por el espacio de manera que sirvieran como señales individuales de dominio, sin quedar aisladas o perdidas en la vastedad.

La condición descrita explica la importancia de los caminos y rutas establecidas y la obligación de incorporar a todas las ciudades a la misma estructura de colonización. El esfuerzo por evitar fundaciones aisladas o espacialmente desconectados de otros elementos de dominio -haciendas, fuertes y misiones- requería estructurar una red de colonización compuesta de ciudades relacionadas entre sí a través de los ejes de comunicación y por sus afinidades morfológicas, funcionales y culturales.

El trágico destino de una ciudad aislada en la vastedad se revela en las historias de Nombre de Jesús y Ciudad del Rey Don Felipe. Fundadas en el año 1584 por Pedro Sarmiento de Gamboa en el litoral norte del estrecho de Magallanes, no pudieron resistir el desamparo y falta de apoyos estratégicos. Los pobladores de Nombre de Jesús abandonaron la fundación para trasladarse hasta Ciudad del Rey Don Felipe, donde tampoco superaron las adversidades generadas por el aislamiento, hambre y frío<sup>24</sup>. Nombre de Jesús y Ciudad del Rey Don Felipe se fundaron en los paisajes de la Patagonia, que son incomparables con los paisajes europeos y, por lo tanto, eran incomprensibles desde las vivencias previas de los conquistadores. Darwin, que conoció la zona, se refiere explícitamente a esta característica.

*...una sola mirada dirigida al paisaje me basta para comprender que voy a ver en aquel lugar cosas completamente diferentes de las que he visto...*<sup>25</sup>

La Patagonia se estructura en ambientes definidos fundamentalmente por el relieve y el clima. En dirección norte-sur, los territorios de mayor interés para analizar el poblamiento histórico están estructurados por los fiordos y archipiélagos de Aysén, el sistema cordillerano andino y los valles inundados por grandes lagos, dos amplias zonas de glaciares -Campo de Hielo Norte y Campo de Hielo Sur-, las extensas planicies esteparias continentales que avanzan hasta el estrecho de Magallanes, los fiordos y archipiélagos australes, la isla de Tierra del Fuego<sup>26</sup> -por su superficie de 73.000 km<sup>2</sup> es la mayor de América del Sur-, los archipiélagos que se despliegan entre Tierra del Fuego y el paso marítimo por el cabo de Hornos y, finalmente, el territorio antártico. Los paisajes de la Patagonia se originaron por el descenso del borde continental hasta sumergirse en el océano Pacífico y la entrada del mar hacia el interior inundando los valles y formando profundos canales y grandes lagos en las depresiones, contenidas por las cumbres de las últimas elevaciones andinas.

<sup>23</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p. 176

<sup>24</sup> MARTINIC, Mateo: *Breve historia de Magallanes*. Ediciones de la Universidad de Magallanes. Punta Arenas, 2002. pp.32-33

<sup>25</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. p.55

<sup>26</sup> El nombre de Tierra del Fuego fue dado a este archipiélago por Hernando de Magallanes por las numerosas fogatas, visibles desde el mar, que encendían los pueblos aborígenes.



**Paisajes de la vastedad en el sistema cordillerano andino y grandes lagos<sup>27</sup>**

Darwin explica que exceptuando las costas occidentales, las laderas de los montes de la Patagonia estaban cubiertas por una grandiosa selva, con árboles que crecen hasta alturas de 1.000 a 1.500 pies<sup>28</sup>. Detrás de la selva se desarrolla una zona de turberas con plantas bajas que suben hasta perderse en las nieves eternas. Según el científico inglés no había una sola hectárea de terreno llano, descontando una planicie costera, similar al sitio donde se fundó Ciudad del Rey Don Felipe<sup>29</sup>. Darwin también dice que, contrastando con esta exuberancia, la estepa del archipiélago de Tierra del Fuego es tan árida que era difícil encontrar reptiles<sup>30</sup>. La descripción se refiere al litoral porque al interior de la gran isla de Tierra del Fuego, en el sector norte, predominan las amplias llanuras con pastizales; esta característica explica el exitoso desarrollo de la ganadería y la crianza de ovinos que desde el siglo XIX es la base económica de la región de Magallanes. En el sector sur de la isla Tierra del Fuego, el relieve está fragmentado por los montes y glaciares de la Cordillera de Darwin, que corresponde al extremo austral de Los Andes.



**Paisajes de la vastedad en territorio norte de Tierra del Fuego<sup>31</sup>**



**Paisajes de la vastedad en el territorio sur Tierra del Fuego<sup>32</sup>**

En relación con la ocupación histórica de la estepa y fiordos patagónicos, Martinic<sup>33</sup> señala que cuando llegaron los españoles el espacio era habitado por cuatro etnias. La estepa continental era territorio de los aónikenk, conocidos como tehuelches o patagones; en la gran isla de Tierra del Fuego vivían los sélkman u onas; los fiordos occidentales entre el golfo de Penas y el canal Brecknock eran ocupados por varios grupos conocidos con el nombre común de kawéskar o alacalufes; finalmente, en el área comprendida entre el canal Beagle y el cabo de Hornos vivían los yámanas.

<sup>27</sup> Patagonia de Aysén con el fiordo Queulat (izquierda) y lago General Carrera (derecha)

<sup>28</sup> La descripción corresponde a la zona de la actual región de Magallanes

<sup>29</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. pp.63-63

<sup>30</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. p.102

<sup>31</sup> Paisaje de estepas en el territorio norte (izquierda) y cordón montañoso en la zona sur (derecha)

<sup>32</sup> Imágenes de la Cordillera de Darwin en el sector sur oeste de la isla Tierra del Fuego

<sup>33</sup> MARTINIC, Mateo: *Breve historia de Magallanes*. op.cit

En contraste con la ocupación indígena, dispersa y trashumante, el dominio español del vasto territorio austral se concentró en dos ciudades: Ciudad del Rey Don Felipe y Nombre de Jesús, conocidas también como Cesarea Magallánica y Nombre de Dios. Ambas subsistieron un breve tiempo porque apenas habían transcurrido tres años desde su fundación cuando Thomas Cavendish, al mando de naves inglesas, arribó a Ciudad del Rey Don Felipe; conmovido por el aspecto del asentamiento, lo bautizó como Port Famine o Puerto de Hambre. Los fracasos de Ciudad del Rey Don Felipe y Nombre de Jesús pueden explicarse por la imposibilidad de subsistir en un territorio aislado y con complejos accesos terrestre y marítimo. Además del paisaje inhóspito, el nulo conocimiento que tenían los españoles del territorio austral y sus recursos les impidió aprovechar las escasas fuentes de alimentos y seleccionar los sitios de fundación adecuados. La nieve, el fuerte viento y temperaturas bajas que predominan la mayor parte del año fueron otras dificultades insuperables.



**Lugar del emplazamiento de Ciudad del Rey Don Felipe. 1838<sup>34</sup>**



**Vista del sitio de Fundación de Ciudad del Rey Don Felipe en 1838<sup>35</sup>**

En los grabados del siglo XIX se observa que los árboles han perdido sus ramas o están doblados por el empuje del viento. Por otra parte, la abundancia de árboles caídos y el follaje en descomposición, que menciona Darwin, son consecuencias de las fuertes tempestades y el alto nivel de humedad en este ambiente magallánico.

El sitio donde se fundó Ciudad del Rey Don Felipe era una reducida llanura, rodeada de montañas cubiertas con bosques inaccesibles. La desolación del paisaje puede explicar porqué Sarmiento de Gamboa dijera que durante la fundación de la ciudad vio a un gigante introduciéndose una flecha por la garganta, asociando la existencia de monstruos con un paisaje inhóspito<sup>36</sup>. Charles Darwin, que recorrió el lugar en el verano de 1832, dice que los bosques, aunque recordaban a la selva tropical tenían profundas diferencias con ella por la cantidad de especies vegetales muertas y los

<sup>34</sup> El grabado *Emplacement de l'ancienne colonie de Philippeville*, del año 1838, se realizó en el viaje de Dumont d'Urville. En *Voyage au Pole Sud et dans l'Océanie sur les corvettes l' Astrolabe et la Zélée exécuté par ordre du roi*. Un ejemplar del libro se encuentra en la Biblioteca Nacional de Chile.

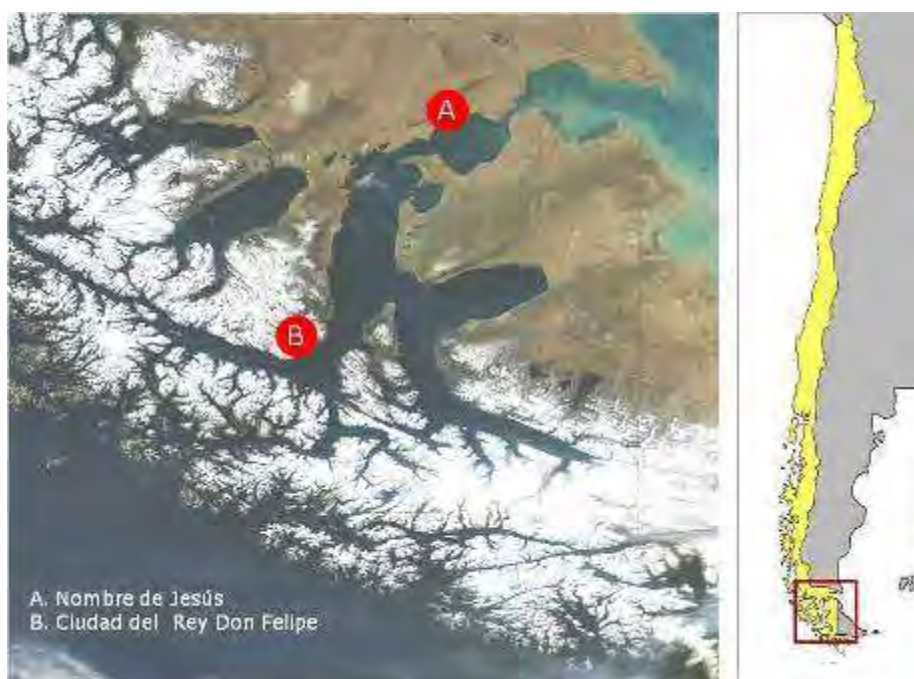
<sup>35</sup> Los grabados *Port Famine* de 1838 se realizaron en el viaje de Dumont d'Urville.

<sup>36</sup> Según Magasich y de Beer, Sarmiento de Gamboa repite lo que había narrado Pigafetta. MAGASICH, Jorge y De BEER, Jean-Marc: *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*. op.cit p.210



troncos caídos que configuraban un contexto evocador de la soledad y donde la muerte, en vez de la vida, era la soberana<sup>37</sup>. Ciudad del Rey Don Felipe se fundó en el lugar conocido como Puerto de San Blas, próximo a Punta Santa Ana y bahía San Juan de la Posesión<sup>38</sup>. Nombre de Jesús -la primera fundación española en la zona del estrecho de Magallanes- también se levantó en la costa norte, en un terreno cercano a la boca oriental del estrecho, en la actual Punta Dungeness<sup>39</sup>.

Ciudad del Rey Don Felipe enfrentaba un paisaje amenazante; era una fundación desamparada frente a las fuerzas naturales. Darwin explica que el sitio urbano -una pequeña planicie en la costa norte del estrecho de Magallanes- quedaba a merced de los impetuosos vientos magallánicos y estaba rodeado por montañas cubiertas con bosques impenetrables, casi siempre anegados por la lluvia que se originaba en una sucesión interrumpida de tempestades<sup>40</sup>.



**Ubicación de las fundaciones del siglo XVI en el estrecho de Magallanes<sup>41</sup>**

En la zona austral, los cazadores -terrestres y marinos-, pescadores y recolectores, en un lento proceso de adaptación que se apoyaba en el nomadismo y la movilidad, lograron sobrevivir en este ambiente adverso, ajustándose a los cambios climáticos y variaciones de las corrientes marinas. Los aónikenk y sélkman eran comunidades nómadas recolectores que vivían en precarias construcciones de troncos cubiertas con cueros y se vestían con pieles de guanaco. La liviandad de sus refugios permitía su desplazamiento según las ventajas de la pesca y recolección. Los kawéskar y los yámanas eran sociedades nómadas de pescadores, cazadores y recolectores, cuya forma de vida se sostenía en el aprovechamiento de recursos existentes en canales

<sup>37</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. pp.64-65

<sup>38</sup> El sitio de fundación de Ciudad del Rey Don Felipe se describe en un mapa de la Biblioteca del Instituto de Francia, París. MARTINIC, Mateo: *Rey Don Felipe. Acontecimientos históricos*. Publicado por el Ministerio de Bienes Nacionales. Impreso en Gráfica Andros Ltda. Santiago, 2000. p.23. Por otra parte, Astaburuga supone que la ciudad se fundó en la punta denominada Nuestra Señora del Valle aunque en un mapa de 1775, elaborado por Cano y Olmedilla, se localizó en bahía Posesión, junto al cabo de igual nombre. ASTA-BURUAGA, Francisco Solano: *Diccionario geográfico de la República de Chile*. Segunda edición corregida y aumentada. Imprenta de F.A. Brockhaus. Leipzig, 1899. p. 476

<sup>39</sup> MARTINIC, Mateo: *Rey Don Felipe. Acontecimientos históricos*. op.cit. p.21

<sup>40</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. pp.93

<sup>41</sup> La imagen de satélite se encuentra en el sitio de National Aeronautics and Space Administration (NASA) <http://www.nasa.gov/>

y fiordos, utilizando sus canoas como elementos de supervivencia. De modo similar a los aónikenk y sélkman, ocupaban viviendas de madera y cueros lo que, junto al uso de canoas, les facilitó la movilidad y amplió sus posibilidades de supervivencia adaptándose a las situaciones ambientales propias de cada estación<sup>42</sup>.

Los sitios elegidos por Sarmiento de Gamboa para fundar Ciudad del Rey Don Felipe y Nombre de Jesús son evidencias de su desconocimiento de un territorio expuesto a enérgicas embestidas de vientos y tempestades; situación que empeora en los meses de invierno por la nieve. Estas circunstancias explican el temprano fracaso de ambas fundaciones, realizadas con la intención de controlar un paso estratégico para la navegación con la instalación de centros de apoyo a las embarcaciones que hacían la travesía desde el Atlántico al Pacífico por la peligrosa ruta del estrecho de Magallanes. El infructuoso esfuerzo de Sarmiento de Gamboa<sup>43</sup> para socorrer a los pobladores de estas ciudades revela, por un lado, la fragilidad de ciertas acciones de dominio -incluso en territorios estratégicos- y, por otra parte, la imposibilidad de colonizar una de las vastedades más inhóspitas de América<sup>44</sup>.



**Puerto de Hambre en la actualidad**

Santiago de Castro, fue la única fundación en el territorio austral que perduró aun cuando estaba lejos de otras ciudades chilenas. Es importante subrayar que a pesar de estar en el remoto archipiélago de Chiloé, este no es ambiente con condiciones climáticas extremas; además Santiago de Castro se emplazaba en la Isla Grande<sup>45</sup> que, por su longitud de 180 km y 8.394 km<sup>2</sup> de superficie, superaba tajantemente a las otras islas del archipiélago, diferenciándose como territorio.

<sup>42</sup> MARTINIC, Mateo: *Breve historia de Magallanes*. op.cit p.20

<sup>43</sup> GAMBOA, Pedro Sarmiento: *Viaje al estrecho de Magallanes y noticias de la expedición que después hizo para poblarlo*. Edición actual de la versión original publicada por la Imprenta Real de la Gazeta en Madrid. 1768. Estudio preliminar de José Luis Lanata. Editorial Eudeba, Buenos Aires 2005. pp.95-108

<sup>44</sup> La colonización permanente de la zona del estrecho se inicia en 1843 con el arribo de la goleta Ancud para hacer efectiva la posesión de la región austral por la Republica de Chile mediante la fundación de un pequeño fortín que daría origen a la ciudad de Punta Arenas; en 1848 el asentamiento se trasladó a su sitio actual. MARTINIC, Mateo *Punta Arenas en su primer siglo 1848-1898*. Impresos Vanic. Punta Arenas, 1998. p.25. Más tardía fue la colonización de la región de Aysén, donde a finales del siglo XIX llegaron los primeros colonos desde las pampas trasandinas. De este proceso espontáneo surgieron Puerto Aysén en 1904, Balmaceda en 1917 y Coyhaique –capital regional- en 1929.

<sup>45</sup> Es la segunda isla más grande de Chile, después de la gran isla de Tierra del Fuego

### 2.1.3 Ocupación histórica del desierto y las selvas

Adversidades comparables a las que ocasionaron el fracaso de las fundaciones en el estrecho de Magallanes debían enfrentar los colonizadores españoles en la vastedad del desierto de Atacama. En este paisaje inhóspito, deshabitado y sin referencias orientadoras, aumentaban los peligros relacionados con un eventual extravío por la extrema severidad del clima, la escasez de agua y falta de alimentos. La aridez del paisaje, el desamparo espacial y el desconocimiento de la ubicación y propiedades de los recursos naturales del desierto eran impedimentos insalvables para extender el área colonizada por España, que se circunscribió a los escasos oasis y terrenos del desierto costero donde desembocan los pocos ríos que surcan este territorio.

Estéril y despoblado fueron los adjetivos más recurrentes para referirse al desierto de Atacama, considerado por los conquistadores españoles uno de los paisajes más inhóspitos de América. Al respecto, cabe señalar que el desierto de Atacama es uno de los más áridos del planeta, por lo tanto, esta apreciación coincide con la realidad geográfica. José Luis Martínez indica que en las descripciones de América, donde se señalan los espacios más hostiles del Nuevo Mundo, se destacaba categóricamente al desierto de Atacama y su prolongación por los paisajes del altiplano que integran el sistema andino<sup>46</sup>. Martínez también explica que los cronistas de Indias se referían a la precordillera como un espacio de altísimas sierras, con nieves perpetuas, que se extendía hasta amplias zonas de salitrales o tierras rasas y sin agua. Por estas condiciones, durante el período colonial, el desierto de Atacama y su prolongación hacia la precordillera y el altiplano andino, se transformaron en paradigmas de los mundos no poblados<sup>47</sup>.

El nombre **Valle de la Muerte** -que designa a una fracción del desierto de Atacama- encarna la idea de un espacio hostil y amenazador. De modo similar, el carácter de vastedad insondable del desierto está simbolizado en el ámbito atacameño conocido como **Valle de la Luna** por su aridez y por las extrañas formaciones pétreas que ahí se desarrollan. Otro rasgo fisonómico que explica la extraña morfología del desierto es la existencia de enormes lagos salados y depósitos de sal que se deslizan por los montes originando paisajes de sobrecogedora singularidad. La extrema aridez del desierto incluso avanza hasta las áreas de contacto con el océano Pacífico donde, análogamente a las zonas interiores y altiplano, el paisaje es definido por potentes estructuras geológicas.



**Valle de La Muerte y Valle de La Luna en el desierto de Atacama<sup>48</sup>**

<sup>46</sup> MARTÍNEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM) Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Facultad de Filosofía y Humanidades. Imprenta Biblioteca Nacional. Santiago, 1998. p.45

<sup>47</sup> MARTÍNEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. op.cit. p.49

<sup>48</sup> Las imágenes de los valles de la Muerte y de la Luna están en el sitio [www.ttuickturatacama.info/geog](http://www.ttuickturatacama.info/geog)





**Cordillera de sal en el altiplano y formaciones costeras del desierto de Atacama<sup>49</sup>**

El desierto de Atacama se extiende por el norte de Chile, dominando una ancha faja que comprende desde el océano Pacífico hasta Los Andes. Una abertura del cordón precordillerano<sup>50</sup> -anterior al macizo central de Los Andes- permite que el desierto costero se introduzca hasta las montañas, alcanzando alturas superiores a 3000 m y generando diferentes pisos ambientales. En sentido oriente poniente, y a partir de variables climáticas, se identifican cuatro ambientes: estepa fría de altura, desierto marginal de altura, desierto interior y desierto costero nuboso<sup>51</sup>.

La ruptura del cordón cordillerano posibilitó la existencia del río Loa<sup>52</sup>, que en un escurrimiento continuo -por el aporte de lluvias y nieve- lleva sus aguas salobres al océano Pacífico<sup>53</sup>. La fisiografía es modelada por el río, con su cajón de 420 km de largo que quiebra la continuidad del desierto y origina al valle conocido durante la colonia como Valle de Atacama La Chica, Valle de Quillagua o Puerto Loa<sup>54</sup>. En su curso medio, cerca de los 2200 m, se desarrollan oasis -Chiu Chiu, Aiquina, Lasana, Caspana- que posibilitaron el asentamiento prehispánico. En la parte alta del río convergen varias quebradas que influyeron en la formación de oasis y tierras aptas para pastoreo. Al sur del río Loa, en la zona de contacto entre el altiplano andino y el inicio de las planicies desérticas de Atacama, la cordillera de Domeyko forma una cuenca de 15.000 km<sup>2</sup> -Salar de Atacama o Valle de Atacama La Grande- integrada por un cordón de salares, generado por acumulación de agua salada, que contrasta con la aridez del área. Al sur de Atacama, se despliegan valles fértiles circundando al pueblo de indios de Copiapó que, en 1741, originó a San Francisco de La Selva.

Martínez explica que los valles de Atacama La Chica y Atacama La Grande fueron ejes de una débil ocupación colonial; un antecedente para respaldar este dato es la carta del marqués de Guadalcázar, del año 1626, indicando que el Corregimiento de Atacama tenía cincuenta leguas de ancho y cuarenta de largo con dos valles donde se emplazaban siete y ocho pueblos, respectivamente<sup>55</sup>. Según este testimonio, en un área de 278.6 X 222.88 km, equivalente a 62.094,368 km<sup>2</sup>, únicamente existían quince asentamientos, tan pequeños, que hasta hoy muestran un desarrollo urbano incipiente.

<sup>49</sup> La imagen de la Cordillera de la sal se obtuvo del sitio <http://www.caleuche.com>. La foto de la costa de Antofagasta se encuentran en. <http://www.geo.cornell.edu/geology/faculty>

<sup>50</sup> El relieve reaparece al sur en el sector conocido como Cordillera de Domeyko. MARTÍNEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. op.cit. p.45. El nombre recuerda al científico polaco Ignacio Domeyko y su aporte al desarrollo de las ciencias en Chile.

<sup>51</sup> MARTÍNEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. op.cit. pp.51-52

<sup>52</sup> El río Loa, el principal curso de agua del sector habitado, tiene un ancho promedio de 90 km.

<sup>53</sup> El agua salobre del río Loa se debe a la existencia de minerales en el sistema hídrico

<sup>54</sup> MARTÍNEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. op.cit. p.51

<sup>55</sup> MARTÍNEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. op.cit. p.50

En relación con la débil ocupación colonial del desierto de Atacama y sus áreas de influencia, Frezier comenta que entre las ciudades de La Serena y San Francisco de La Selva, en un trayecto de 100 leguas -557 km-, apenas existían tres o cuatro caseríos y que desde Copiapó<sup>56</sup> a Atacama, el territorio era tan estéril que las mulas morían por falta de pasto y agua; añade que en un viaje de 80 leguas -445.6 km- sólo descubrió un río<sup>57</sup>. Al respecto, Darwin dice que había zonas del desierto donde ni siquiera encontró huellas de algún animal y, en el área próxima a San Ambrosio de Vallenar, el paisaje era más árido que en las estepas de la Patagonia porque en ellas era posible encontrar matorrales espinosos o hierbas y podía decirse que eran tierras fértiles si se comparaban con las yermas llanuras septentrionales de Chile<sup>58</sup>.

Los afloramientos de agua subterránea, los pequeños cursos de agua y quebradas que interrumpen la sucesión de planicies desérticas crearon condiciones mínimas de subsistencia; por esto, el asentamiento prehispánico del desierto se restringió a los corredores naturales, donde la existencia de agua admitía la formación de núcleos de población trashumante<sup>59</sup> sustentados en la caza y la recolección. Las evidencias arqueológicas indican que los pueblos indígenas se dispersaron por las vertientes andinas creando comunidades multiétnicas, derivadas del intercambio entre grupos locales y pueblos trashumantes que se desplazaban por el litoral, valles trasandinos y altiplano. Los patrones de asentamiento -núcleos permanentes y centros menores separados de los anteriores por distancias inferiores a dos jornadas caminando- reflejan que el intercambio cultural permitía acceder a recursos complementarios.



**Poblamiento indígena en los oasis de Caspana y Chiu Chiu<sup>60</sup>**

Las planicies desérticas fueron marginadas de la colonización, que se concentró en la precordillera andina y los valles litorales donde desembocaban ríos, como ocurrió con la fundación del puerto de Caldera, en la boca del río Copiapó. Estos núcleos de colonización litoral no eran relevantes en comparación con San Pedro de Atacama o Atacama La Grande, el principal poblado colonial del desierto -en su avance hacia la precordillera andina- y del trayecto entre Perú y Chile, siguiendo un antiguo camino inca. Los españoles conocieron el poblado indígena de Atacama el año 1536 porque estaba en el recorrido que siguió Diego de Almagro en la primera excursión a Chile. Pedro de Valdivia, en la expedición de conquista de la región chilena, se detuvo en el mismo asentamiento, conocido después como San Pedro de Atacama.

<sup>56</sup> Valle donde se fundó la ciudad de Francisco de La Selva

<sup>57</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.134

<sup>58</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. pp.255 y 258

<sup>59</sup> El poblamiento prehispánico del área por pueblos cazadores y recolectores se remontaría a 18.000 y 14.000 años a.C. NUÑEZ, Lautaro: *Los primeros pobladores (20.000? a 9.000 a.C.) Culturas de Chile. Prehistoria desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Capítulo II. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1989. p.17. Los pueblos agro alfareros que se consolidaron más tarde -existen sitios arqueológicos datados el 910 a.C. en Chiu Chiu- fueron dominados por los Incas a finales del siglo XV.

<sup>60</sup> Las fotos de Caspana y Chiu Chiu están en [www.ttuickturatacama.info/geog](http://www.ttuickturatacama.info/geog) (Caspana) y en el sitio [www.ddpn.net/photo/chile2005](http://www.ddpn.net/photo/chile2005) (Chiu Chiu)

En su origen –que se remonta al siglo XII- San Pedro de Atacama fue un poblado de carácter defensivo creado por la cultura atacameña<sup>61</sup>. La existencia de conjuntos fortificados en piedra<sup>62</sup> es un indicio del valor estratégico que tenía el asentamiento. Los antecedentes históricos informan que en 1557 San Pedro de Atacama integraba la estructura administrativa de colonización en la categoría de Doctrina de indios y asiento de una misión<sup>63</sup>. San Pedro de Atacama se levanta a 2.420 m de altura, en un oasis situado al norte del salar de Atacama, junto a la ribera occidental del río San Pedro. Esta posición permitía a sus pobladores disponer de tierras fértiles para cultivos o pastoreo y explica la importancia que alcanzó como centro distribuidor de productos agrícolas y lugar de intercambio económico y cultural, alrededor del cual existieron varios poblados prehispánicos y asentamientos coloniales menores.



**Iglesia de San Pedro de Atacama y río San Pedro**

El valle del río San Pedro muestra el contraste entre las tierras yermas y los oasis fértiles<sup>64</sup>

La principal diferencia en la ocupación del espacio entre los pueblos prehispánicos y los colonizadores fue que los españoles tenían la aspiración de asentarse mediante poblaciones permanentes –ciudades- y las sociedades indígenas habitaban las islas australes, las estepas patagónicas y el desierto de Atacama, distribuyéndose en comunidades pequeñas y sin depender de asentamientos estables<sup>65</sup>. Esta condición trashumante les permitió aprovechar la disponibilidad periódica de alimentos según las diferentes situaciones estacionales.

A pesar de sus intentos, para los conquistadores españoles no fue posible construir un sistema de referencias culturales permanentes en los paisajes de la vastedad. La imprecisión de las fronteras y la indefinición de los límites, la repetición incesante de elementos similares que impedía identificar a un lugar específico, la hostilidad de los territorios sin huellas culturales aprehensibles, la extrema aridez y el rigor del clima, el desamparo y aislamiento, la insuficiencia de alimentos y la falta de apoyos impidieron el desarrollo de las escasas ciudades que se fundaron en paisajes de la vastedad.

<sup>61</sup> MUÑOZ, Eduardo: *Conservación y restauración de Monumentos en el Norte de Chile*. Publicación del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) en Chile. Ediciones Altazor; Universidad Internacional SEK. Imprenta Universitaria; Santiago, 1999. p.45

<sup>62</sup> Pukará es una palabra quechua que designa a las fortificaciones indígenas. Según Eduardo Muñoz el Pukará de Quito, levantado cerca de San Pedro de Atacama, es uno de los enclaves arqueológicos más valiosos de Chile pues existen vestigios que se trata de una ocupación que se remonta a 12.000 años de antigüedad. MUÑOZ, Eduardo: *Conservación y restauración de Monumentos en el Norte de Chile*. op.cit. p.41

<sup>63</sup> La capilla original fue destruida y reemplazada por la actual iglesia, edificada en 1745.

<sup>64</sup> La fotografías corresponden a imágenes del sitio [www.globalgeografia.com](http://www.globalgeografia.com)

<sup>65</sup> Los estudios antropológicos señalan que al inicio del período colonial la población aborigen alcanzaba un promedio de 12.000 personas; este antecedente define una densidad teórica de un individuo por cada 25 kilómetros<sup>2</sup>. MARTINIC, Mateo: *Breve historia de Magallanes*. op.cit p.23

El paisaje es resultado de las acciones del hombre sobre el territorio, por lo tanto, también es una construcción cultural mediadora entre naturaleza y artificialidad; sin embargo, a pesar de las reiteradas actuaciones colonizadoras, las selvas y bosques de Chile conservaron su carácter de territorios difíciles de explorar, comprender y habitar. El mayor obstáculo para conquistar las vastedades selváticas fue sostener la permanencia de las ciudades que, generalmente, sólo eran estructuras menores rodeadas por grandes zonas de bosques impenetrables y saturados de amenazas.

La historia de San Mateo de Osorno ilustra las dificultades que debieron superar los conquistadores para dominar la vastedad de los bosques. Fundada el año 1558 por García Hurtado de Mendoza, fue una de las ciudades arrasadas en el levantamiento indígena de 1598. Como secuela de este acontecimiento, España debió renunciar a un territorio que había ocupado cuatro décadas, abandonando el área durante un período que fluctúa entre 192 y 198 años, según las referencias cronológicas que se consideren<sup>66</sup>. Osorno fue despoblada el año 1604 y su restauración se planificó en 1796 por orden de Ambrosio O'Higgins, Gobernador y Capitán General de Chile.

La destrucción de San Mateo de Osorno y su posterior abandono por casi dos siglos revelan la fragilidad de la colonización en un contexto adverso. Esta característica es relevante porque, como subraya Santiago Lorenzo, en las ciudades se asentaban el dominio del territorio y la organización institucional; eran los centros del poder político, económico y social, que ejercían su jurisdicción sobre enormes territorios. Santiago Lorenzo indica que, después del desastre de Curalaba, en 1598, la ciudad perdió importancia como núcleo básico de la colonización porque, con la destrucción de Osorno y otras ciudades de la zona sur, los asentamientos urbanos se reducen a la mitad y la población sobreviviente del desastre debió establecerse en haciendas y chacras, al norte del río Bio Bio<sup>67</sup>. La destrucción de Osorno también se relacionaba con los mitos de la conquista ya que en el siglo XVII se pensaba que los pobladores sobrevivientes al desastre habían logrado traspasar los canales localizados al sur de Chiloé para refugiarse en la misteriosa ciudad de Los Césares<sup>68</sup>.

Los bosques, además de ser paisajes laberínticos, tenían otra connotación negativa -asociada al peligro- al servir de protección a grupos indígenas que amparados por la espesura, atacaban sorpresivamente a las ciudades. Ante esta circunstancia, las fundaciones coloniales se cerraban al paisaje hermético y recóndito de los bosques para mantener su talante de refugio en un contexto hostil. San Mateo de Osorno es un nítido ejemplo de ciudad colonial que debió ser aislada de su entorno mediante un sistema defensivo que clausuraba decididamente las relaciones con el bosque cercano. Además, por su trazado simple y ortogonal, la ciudad se contraponía a la impenetrable y compleja estructura espacial del paisaje.

En un plano de Osorno<sup>69</sup> levantado en 1793 -tres años antes de su restauración- se representa la superficie que ocupaba el centro urbano, sin mostrar el trazado. En el texto del dibujo se explica que era imposible medir las calles de la antigua ciudad, pues, aunque persistían como vestigios de la fundación que había sido abandonada, estaban totalmente cubiertas por un espeso bosque de cañas. En el dibujo también se consignan el río Las Canoas -cuya ribera oriente fue seleccionada como sitio de fundación- y el río Las Damas. El carácter defensivo de la ciudad, inmersa en una

<sup>66</sup> El lapso entre 1598 -destrucción- y 1796 -reconstrucción- significa que Osorno fue abandonada 198 años; al tomar como referencia las fechas de la desocupación -1604- y de construcción del fuerte en 1793, el período de abandono alcanza a 192 años.

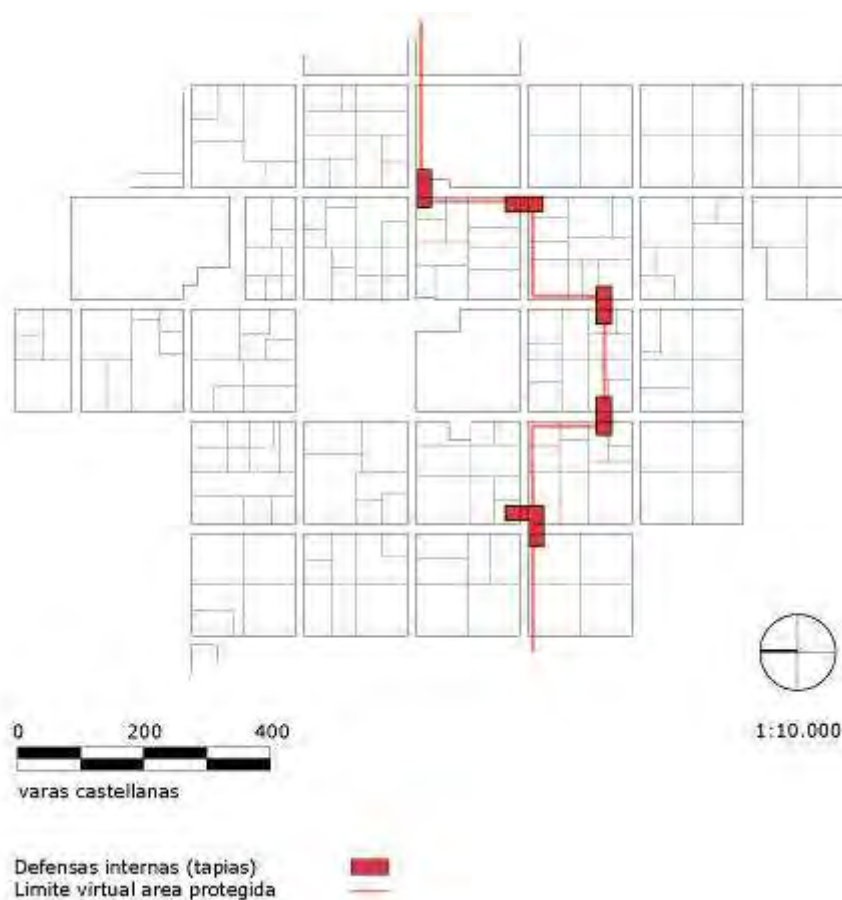
<sup>67</sup> LORENZO, Santiago: *Concepto y funciones de las villas chilenas del siglo XVIII*. op.cit. p. 91

<sup>68</sup> ESTELLÉ, Patricio y COUYOUDMDJIAN, Ricardo: *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)*. op.cit. p. 286

<sup>69</sup> Plano firmado por Manuel Olaguer Feliu. Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile. 131

vastedad inhóspita y peligrosa, se manifiesta en la existencia del fuerte San Luis<sup>70</sup> construido el año 1793 para proteger el camino desde Valdivia a Chiloé. El plano también entrega información sobre la ubicación de las ruinas de un antiguo molino. La somera descripción del núcleo urbano, que básicamente corresponde al contorno del sitio que ocupaba la ciudad, contrasta con la importancia gráfica del **camino de indios**<sup>71</sup> representado por un sendero que se interna en el bosque adyacente y es claramente identificado en el texto explicativo del dibujo.

En otro plano<sup>72</sup> fechado en 1796 –cuando se planificó la restauración de Osorno– se representa el trazado y la división de las manzanas en lotes ortogonales de tamaño diferente; además, se grafican y señalan en el texto los bosques que rodeaban a la ciudad y el sistema defensivo –compuesto por un fuerte y muros que cerraban las calles colindantes al bosque que se desarrollaba al oriente del núcleo– impidiendo las relaciones funcionales con el contexto natural. El cerramiento de San Mateo de Osorno hacia su entorno revela la precaución de protegerse ante ataques indígenas sorpresivos, favorecidos por las cualidades espaciales del paisaje selvático.



### Sistema defensivo de la ciudad de Osorno

Fuente: Plano de la antigua ciudad de Osorno. José Ignacio de Andía y Varela. 1796<sup>73</sup>

<sup>70</sup> El fuerte San Luis de Osorno es identificado por Guarda como Fuerte de Reina Luisa. En GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. op.cit. pp.227 y 375

<sup>71</sup> En el plano se identifica claramente un sendero denominado *Camino de indios*.

<sup>72</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile. 138

<sup>73</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile. 316



### 2.1.4 Condicionantes a la urbanización impuestas por la vastedad

Según la teoría de Morales<sup>74</sup>, el padecimiento del hombre desorientado y errante en la vastedad, radica en que vive en lo imprevisible y, por lo tanto, en lo temible. En el tiempo y el espacio le espera lo inesperado y la permanente mudanza porque la vastedad se caracteriza tanto por la ausencia de elementos orientadores constantes y reconocibles como por la repentina manifestación de una realidad incomprensible. Al respecto, las ciudades coloniales emplazadas en las zonas de bosques quedaban expuestas a los asaltos imprevistos de los indígenas; por esto, las frondosas selvas de La Araucanía representaban la proximidad de una vastedad inescrutable y, por otra parte, la cercanía inquietante de adversarios terribles.

Para negar o debilitar lo impredecible de la vastedad era indispensable implantar en el paisaje señales culturales conocidas y permanentes. Sin embargo, en Chile esta condición fue perturbada por la frecuente destrucción de las ciudades, impidiendo que funcionaran como estructuras orientadoras o referencias culturales constantes para los conquistadores. Además, la pérdida de las ciudades creaba incertidumbre por los retrocesos de la urbanización y consecuentes variaciones de la frontera del territorio colonizado, afectando la medición del espacio regido por el orden español.

En la vastedad de las selvas y bosques, a diferencia de la vastedad del desierto, las condiciones naturales podían debilitarse despejando la espesura para dar cabida a ciudades y campos de cultivo. Mediante el talaje de árboles se abrían espacios que moderaban la inmediatez de los límites naturales y era posible disponer de madera para combustible, viviendas, empalizadas, herramientas y muebles. Cortar árboles y reducir la espesura de los bosques era una intervención inicial sobre el territorio, que desencadenaba otras acciones de dominio de la naturaleza<sup>75</sup>. La tala de árboles también apoyaba las acciones fundacionales porque la densidad de la masa arbórea afectaba a la conectividad y restringía el desarrollo de la agricultura y la ganadería, estorbando al sostenimiento de las ciudades. Debido a los problemas generados por la estructura laberíntica de las selvas y bosques, la mayoría de las fundaciones se realizaron en terrenos abiertos como las planicies y llanuras costeras.

La colonización avanzó ocupando valles y evitando los bosques que, hasta fines del proceso de conquista, eran territorios casi exclusivos de los pueblos indígenas, cuya forma de habitar –semi nómada y dispersa– se adaptaba mejor al contexto natural. Es preciso puntualizar que los bosques chilenos se despliegan por relieves abruptos, lo que aumentaba las dificultades para su exploración y ocupación. Diego de Ocaña describe las selvas que existían al sur del río Bío Bío y las profundas quebradas cubiertas por espesa vegetación, donde los indígenas se emboscaban para atacar a los viajeros que atravesaban esos parajes y a las ciudades cercanas. Señala que en ocasiones, el enmarañado espacio de los bosques también servía de escondite a los pobladores que habían logrado escapar de las ciudades atacadas<sup>76</sup>.

Los densos bosques que rodeaban a Osorno conformaban un paisaje tan cargado de amenazas que no hay registros de incursiones españolas por ellos; una evidencia de su condición de territorio inexplorado es la falta de antecedentes sobre el lago Llanquihue, a pesar de su enorme tamaño y la proximidad a la ciudad de Osorno<sup>77</sup>. Recién en la segunda mitad del siglo XIX se organizaron las primeras expediciones por los bosques que rodean al cuerpo lacustre para llegar al lago y fundar, en 1854, las primeras ciudades en sus orillas.

<sup>74</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p.174

<sup>75</sup> La extracción de madera abatiendo a los árboles de un bosque, según indica Morales, representa la transformación de lo natural en una materia o material básico para la construcción. MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. pp.170-171

<sup>76</sup> OCAÑA, Diego de: *Viaje a Chile*. op.cit. pp.38-48

<sup>77</sup> El lago Llanquihue está a 54 km de Osorno.



En la vastedad de las selvas y bosques era fácil perderse por la ausencia de signos orientadores y la imposibilidad de establecer itinerarios permanentes. Vicente Pérez Rosales –comisionado a mediados del siglo XIX por el gobierno chileno para dirigir las exploraciones por el área- señala que entre Osorno y el lago Llanquihue la selva era tan densa y la penumbra tan sombría que ni siquiera se podían leer las cartas y para avanzar debían abrir surcos entre la espesa vegetación los que, sin embargo, desaparecían rápidamente bajo las ramas que iban cortando para abrirse paso.

*...por ser de todo punto imposible penetrar en ella sino a pie y abriendo a fuerza de machetazos por entre enramadas y angostísimas veredas que la fuerza de la vegetación y la caída de los ganchos no tardaban en borrar*<sup>78</sup>

Los espesos bosques que rodeaban a Ciudad del Rey Don Felipe y Nombre de Dios tenían características similares. Darwin dice que en el lugar donde se fundó Ciudad del Rey Don Felipe, la masa arbórea era tan espesa que el suelo siempre estaba húmedo por las lluvias casi continuas y la imposibilidad de recibir los rayos directos del sol. Explica que en algunos sectores la vegetación no era alta y frondosa, pero al ser tan densa como los setos de los jardines resultaba imposible abrirse camino y se vieron obligados a abandonar la selva para avanzar por fuera de ella<sup>79</sup>. También sostiene que caminar por estos bosques era muy difícil debido a la inestabilidad del suelo pantanoso, empapado de agua y cubierto de hojas, ramas, troncos y árboles caídos en proceso de descomposición.

*El suelo desaparece bajo una masa de materias vegetales que se pudren lentamente y que, embebidas de agua, ceden bajo la presión del pié*<sup>80</sup>.

Para los conquistadores de Chile, las selvas y bosques eran paisajes indescifrables y ambientes peligrosos que servían de refugio a enemigos fieros e indomables como la naturaleza. Por esto, análogamente a los inhóspitos paisajes del desierto, fueron vastedades inexploradas y hasta excluidas a la urbanización.

Respecto a la vastedad del desierto, las investigaciones antropológicas indican que la densidad de ocupación del desierto de Atacama y precordillera fueron mayores en el período prehispánico que durante la época colonial porque las comunidades indígenas utilizaban gota a gota la escasa agua dulce disponible, sabían aprovechar las propiedades nutricionales de la quinoa<sup>81</sup> y otras plantas del desierto, conocían la ubicación de pozos, oasis y quebradas donde crecían especies comestibles así como los desplazamientos de la fauna que les proveía de carnes y pieles. Además del conocimiento del territorio y sus recursos naturales, la base de su supervivencia fue la movilidad y adaptación a las diferentes condiciones climáticas y geográficas. Esta modalidad de asentamiento -dinámica y dispersa- les permitió habitar los distintos ambientes, desplazándose estacionalmente por montes y planicies<sup>82</sup>.

En la ocupación del desierto se distinguen culturas costeras y otras que vivían en tierras interiores, distribuidas en pequeñas grupos. Los españoles consideraban que la dispersión era expresión de marginalidad y existen documentos históricos donde las comunidades indígenas son descritas como pueblos **desparramados**, señalando que una tarea de la pacificación era reducirlos junto con sus caciques<sup>83</sup> a pesar que el nomadismo es característico de las culturas del desierto.

<sup>78</sup> PEREZ ROSALES, Vicente: *Recuerdos de pasado*. op.cit. pp. 504-505

<sup>79</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit.p.66

<sup>80</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit.p.64

<sup>81</sup> Quinoa es el nombre quechua de una planta comestible y medicinal que posee un cogollo similar a la espiga que contiene una simiente utilizada en la gastronomía del altiplano

<sup>82</sup> CUNILL, Pedro: *Geohistoria ambiental Latinoamericana*. Apuntes curso de postgrado. Dictado en 1998 en el Centro de Ciencias Ambientales EULA-Chile de la Universidad de Concepción.

<sup>83</sup> MARTINEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. op.cit. p.67

La movilidad de las sociedades prehispánicas que habitaban el área de Atacama fue analizada en estudios sobre los intercambios culturales entre pescadores del litoral y pastores del interior. Martínez hace notar que los datos conocidos sugieren que los pescadores se desplazaban hacia el interior en busca de productos agrícolas y comunidades de pastores bajaban al litoral para abastecerse de recursos marinos. Una evidencia de esta relación de intercambio es el oasis de Pica, ubicado a 90 km de la costa, donde se han descubierto vestigios de la cultura camanchaca<sup>84</sup>, que se desarrolló en el litoral. Según Mostny, los testimonios encontrados en el complejo arqueológico Chinchorro permiten deducir que comunidades procedentes del norte, vivieron en la costa pescando y cazando animales marinos y, ocasionalmente, se desplazaron hacia el interior y altiplano para cazar guanacos y vicuñas o recolectar semillas y frutos de los valles<sup>85</sup>.

Al interior del desierto de Atacama existieron más de catorce etnias indígenas que instituyeron diferentes formas de intercambio cultural entre sí. El grupo étnico más notable por su alto nivel de desarrollo demográfico y cultural eran los atacamas o atacameños. Esta sociedad estableció una serie de poblados en quebradas y oasis que funcionaban como lugares de intercambio y apoyo a los recorridos por el área andina; característica que conservaron durante la colonia. Chiu Chiu y Calama –que estaban en la ruta de tráfico de pescado seco entre la costa chilena y Potosí– fueron centros distribuidores de productos agrícolas; otros asentamientos prehispánicos del altiplano eran centros de abastecimiento de cereales y lugares de descanso que ocupaban los arrieros y pastores en su desplazamiento por los ambientes andinos.

Respecto a la movilidad de los aborígenes que habitaban las extensiones australes, Diego Rosales dice que los puelches tenían casas portátiles y cada día se mudaban porque vivían en las pampas y se sustentaban de la caza de avestruces o guanacos y con las pieles de éstos hacían chozas y, si era necesario, las removían y juntaban las varas en que las armaban para pasar las casas a otra parte. Las viviendas de los chonos<sup>86</sup> eran más fáciles de construir porque estaban fabricadas con cortezas de grandes árboles, que les servían de pared y cubierta<sup>87</sup>.

Al reflexionar sobre los asentamientos prehispánicos en la vastedad del desierto y la Patagonia -en comparación con el fallido intento español de colonizar el territorio austral y la insignificante ocupación colonial del desierto de Atacama- se concluye que la movilidad, al permitir el intercambio de alimentos complementarios y sortear las dificultades asociadas a la época invernal, era una forma adecuada para habitar la vastedad. Sin embargo, la movilidad y, en consecuencia, el dominio temporal de un territorio no era coherente con los objetivos españoles de conquista permanente del espacio a través de las ciudades.

En síntesis, habitar los paisajes de la vastedad con el conocimiento y técnicas de la época únicamente era posible con la ocupación nómada o trashumante del espacio. La forma indígena de habitar el territorio, a través de la adaptación dinámica a las condiciones de cada contexto en las distintas estaciones del año, permitió enfrentar las adversidades geográficas y suplir la escasez de recursos técnicos. Sin embargo, la movilidad y el dominio temporal del territorio no admitían consolidar ciudades y otras estructuras culturales fijas. Así, los paisajes de la vastedad -desierto, altiplano andino, estepas y selvas- persistieron como territorios sin referencias culturales permanentes y significativas para los conquistadores españoles.

<sup>84</sup> MARTÍNEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. op.cit. p.68

<sup>85</sup> MOSTNY, Grete: *Prehistoria de Chile*. Editorial Universitaria. Décima edición. Santiago, 1982. p.47

<sup>86</sup> Indígenas que habitaban en los archipiélagos del sur de Chile

<sup>87</sup> ROSALES, Diego de: *Historia general del Reyno de Chile: Flandes Indiano*. Imprenta El Mercurio. Valparaíso 1877-1878. Volumen 2. p.151

### 2.1.5 Colonización del archipiélago de Chiloé

José Ricardo Morales sostiene que la experiencia espacial de quien penetra en *terra incógnita* o nunca pisada supone encontrarse en aquello que se evoca al nombrar la vastedad<sup>88</sup>; las tierras incógnitas no contienen referencias naturales ni huellas o signos culturales que permitan orientarse y medir el espacio. En el archipiélago de Chiloé, los conquistadores españoles encontraron ambientes que parecían no haber sido tocados por el hombre; eran territorios aparentemente deshabitados, donde nada había que les sirviera de referencia para situarse espacial y culturalmente. La emoción de ser el primero en pisar aquellos espacios inexplorados se advierte en los versos que Alonso de Ercilla -poeta que acompañó a García Hurtado de Mendoza en la conquista de Chiloé- grabó en el tronco de un árbol.

*Aquí llegó donde otro no ha llegado  
don Alonso de Ercilla, que el primero  
en un pequeño barco deslastrado  
con solos diez pasó el desagadero*<sup>89</sup>

Penetrar en lo desconocido era una proeza valorada en la cultura renacentista, pero también era un riesgo porque, según Morales, entrar en un ámbito desconocido es exponerse al peligro y al vagar errante, sin rumbo fijo, pues, en la vastedad no hay señales o signos que indiquen una dirección determinada.

*Entrar en lo desconocido es exponerse. Y el que a ello se arroja tiene que  
abrirse camino, franqueándose una ruta. Ruta es "rompere viem", forzar  
un paso...*<sup>90</sup>

Abrirse camino en lo incomprensible, explica Morales, significa instaurar referencias cimentadas en vivencias previas como una forma de refugiarse en lo anteriormente conocido para reducir los peligros de estar en lo desconocido. Así, para transitar del estado de hombre desorientado al de hombre orientado, los conquistadores debían construir estructuras culturales comprensibles y que hicieran posible transformar a los inciertos paisajes de la vastedad en ambientes familiares y seguros; eliminar o atenuar la incertidumbre asociada a la vastedad requería implantar en el territorio signos culturales conocidos como base para componer un contexto espacial donde se manifestaban modos de vida que podían reconocer.

El único paisaje de la vastedad donde la colonización española logró arraigarse fue el archipiélago de Chiloé; un territorio estratégico para la navegación por el Pacífico Sur porque estaba en la ruta de acceso marítimo al Virreinato del Perú. Santiago de Castro, la principal ciudad de Nueva Galicia –designación colonial del archipiélago– se fundó en la costa oriental de la Isla Grande de Chiloé con el objetivo de asegurar un puerto para auxiliar a las naves españolas que habían completado la peligrosa travesía desde el Atlántico al Pacífico, a través del estrecho de Magallanes. El sitio elegido para la fundación estaba próximo al estuario del río Gamboa –nombre que recuerda a su fundador, Martín Ruiz de Gamboa– y era adecuado para vigilar a las naves extranjeras que recorrían el área.

Santiago de Castro logró sostenerse a pesar de su aislamiento y haber sufrido tres asaltos por piratas holandeses. El año 1599 ocurrió la primera ofensiva, dirigida por Baltasar de Cordes, quien incendió la ciudad; en 1615 fue asaltada por Spilberger y el año 1643 fue atacada y saqueada por Hendrick Brouwer. Estas agresiones dieron origen a un fenómeno de dispersión porque los pobladores se refugiaron en las islas interiores para escapar de los ataques. Rodolfo Urbina señala que, como resultado

<sup>88</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. pp.175

<sup>89</sup> ERCILLA, Alonso de: *La Araucana*. Canto XXXVI. Editora Nacional. México 1977. p.292

<sup>90</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. pp.174

de estas embestidas, disminuyó la población urbana de Chiloé y su principal ciudad perdió importancia al subsistir sólo como centro de reunión de vecinos con ocasión de festividades religiosas<sup>91</sup>. Gabriel Guarda explica que durante el siglo XVII, debido a la destrucción ocasionada por Baltasar de Cordes y el aislamiento generado tras el alzamiento indígena de 1598, Santiago de Castro era ejemplo de decrecimiento urbano dentro del continente<sup>92</sup>; inclusive a comienzos del siglo XVIII había perdido su traza primitiva por *lo disperso de sus casas y ningún orden en el alineamiento de ellas*<sup>93</sup>. Una consecuencia positiva de las acometidas holandesas fue el avance en el conocimiento del territorio insular y su colonización porque en la última invasión se levantó el plano de Santiago de Castro<sup>94</sup>, uno de los escasos dibujos de ciudades chilenas del siglo XVI. Sin embargo, a finales del XVIII, el archipiélago de Chiloé todavía era un territorio casi desconocido porque la cartografía era imperfecta y en Europa apenas se tenía una vaga idea de la intrincada geografía austral<sup>95</sup>.

Desde la perspectiva geográfica, Urbina plantea que el archipiélago de Chiloé era un escenario disímil respecto del continente al estar condicionado por su autonomía geográfica, por su condición de frontera y porque era un territorio donde las islas se comportan como lugares de destierro distantes de los contactos con otras regiones y como avanzadas a lugares vírgenes y tribus ignotas<sup>96</sup>.

El canal de Chacao -que separa al archipiélago de Chiloé de la tierra firme de Chile- según señala Urbina, encarnaba el confín del continente; y más allá de esa frontera geográfica, en la costa oriental de la Isla Grande, se asentó Santiago de Castro, la más meridional y recóndita posesión de la Corona española. Además, la provincia de Chiloé era relacionada con el estrecho de Magallanes, evocando una imagen que acentuaba su carácter periférico<sup>97</sup>.

La Isla Grande de Chiloé tenía dos características que, como apunta Guarda<sup>98</sup>, eran armas de doble filo para resguardar la colonización y el sistema defensivo del canal de Chacao. Una era su difícil condición geográfica subrayada por el rigor del clima, la violencia de los vientos y el peligroso relieve costero; estas particularidades eran una forma de protección natural pero también causaban naufragios y el deterioro de las instalaciones españolas, obstaculizando la colonización y mantención de las construcciones. Otra característica era la extrema pobreza de su población, lo que hacía poco codiciable la colonización extranjera de las islas, pero, a la vez, impedía consolidar los asentamientos. Asimismo, la destrucción de las siete ciudades del sur de Chile en 1598 y el retroceso de la conquista hasta el río Bio-Bio, tuvo influencias negativas para Chiloé, pues, aunque el archipiélago estaba lejos del escenario de guerra, Santiago de Castro debió subsistir sin apoyo de otras ciudades<sup>99</sup>.

A pesar de estos inconvenientes, era estratégico sostener a Santiago de Castro por su importancia para la navegación y porque sirvió de refugio a los españoles que, a comienzos del siglo XVII, escaparon desde la sitiada ciudad de Osorno. Por esto, en el siglo XVIII se mejoraron las defensas insulares y entre 1768 y 1770, se fundó el puerto San Carlos de Ancud.

<sup>91</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op.cit. p.47

<sup>92</sup> GUARDA, Gabriel. *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. pp.61-62

<sup>93</sup> BERENGER, Carlos: *Relación geográfica de la Isla de Chiloé*. 15-Febrero-1773. Manuscritos Medina. Sala Medina Biblioteca Nacional de Chile. Tomo 259 folio 28. URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op.cit. p.53

<sup>94</sup> El plano original es semejante otro de Valdivia, también realizado por corsarios holandeses. Ambos se encuentra en la Biblioteca Universidad de Göttingen

<sup>95</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 29

<sup>96</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 15

<sup>97</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 15

<sup>98</sup> GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. op.cit. p.131

<sup>99</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 30

La relevancia que tenía Santiago de Castro para la colonización del territorio chileno explica la instauración de numerosos pueblos de indios y misiones en el área; éstas últimas fueron decisivas para fortalecer la función evangelizadora de la ciudad y expandir el dominio cultural desde Castro hasta las islas menores de Chiloé, las islas Guaitecas y otros archipiélagos de la zona austral.

Los primeros misioneros llegados a Chiloé eran mercedarios que formaban parte de la expedición de Martín Ruiz de Gamboa. En la última década del siglo XVI arribaron religiosos franciscanos que fundaron iglesias en Calbuco y Carelmapu, en la orilla norte del canal de Chacao. El año 1595, con la llegada de Luis de Valdivia a Chiloé, comienza la acción evangelizadora de los jesuitas, que se extendió al archipiélago de Los Chonos y las islas de Las Guaitecas porque el territorio misional asignado a la orden abarcaba desde San Mateo de Osorno al océano Pacífico y en dirección sur, se extendía hasta el estrecho de Magallanes.

La evangelización de los indígenas de Chiloé, esencialmente, estuvo a cargo de los jesuitas, quienes construyeron iglesias de madera<sup>100</sup> por distintas islas instaurando una original forma de habitar el territorio -vigente hasta hoy- basada en la creación de misiones circulares<sup>101</sup>. Esta modalidad de dominio, que consistía en la ocupación itinerante de los lugares donde se habían edificado las iglesias y funcionaba cuando las condiciones climáticas permitían los desplazamientos de los misioneros entre las islas, permitió colonizar a los remotos archipiélagos australes a pesar de la relación desproporcionada entre el insuficiente número de misioneros, en comparación con la cantidad y dispersión de las islas y la cuantiosa población indígena.

Desde el centro misional asentado en Santiago de Castro, los jesuitas emprendieron periódicas exploraciones por las islas de Chiloé y archipiélagos australes recorriendo paisajes lejanos en busca de sitios para fundar nuevas misiones. En 1624 se realizó la primera misión circulante, originando la tradición -que se repetía todos los años- de recorrer las numerosas islas para visitar a todas las sedes misionales. En cada lugar, los misioneros se detenían entre tres y siete días para realizar su actividad evangelizadora y registrar los nacimientos, muertes y casamientos. Esta acción hizo posible mantener censos actualizados de la población indígena<sup>102</sup>.

Las misiones circulares o recorridos periódicos por los centros misionales de Chiloé se iniciaban cada mes de septiembre, desde Santiago de Castro. En diciembre, los misioneros regresaban para abastecerse de lo necesario y continuar el recorrido por las islas más australes; retornaban a la capital chilota a finales de mayo, cuando el comienzo de la época de lluvias impedía navegar por los canales.

La población indígena y española que habitaba las islas era básicamente campesina y marinera; se diseminaba por las costas norte y oriental de la Isla Grande, otras islas adyacentes y la costa de Carelmapu. El interior de la Isla Grande, cubierto de espesos bosques, era un territorio despoblado, y en su mayor parte, desconocido; lo mismo acontecía al interior de la tierra firme de Carelmapu<sup>103</sup>.

La dispersión de la población dificultaba el comercio y el control de la colonización y fue una de las principales causas de la debilidad defensiva del archipiélago frente a las agresiones extranjeras. Los fuertes protegían el canal de Chacao, a la entrada del archipiélago, pero todo el sur estaba indefenso. Urbina hace notar que ante esta eventualidad se pensó en concentrar a la población con sus ganados y alimentos en la Isla Grande, a pesar que no ofrecía condiciones de seguridad.

<sup>100</sup> Las iglesias de Chiloé son ejemplos singulares de arquitectura en madera. Por esta razón, en el 2001, dieciséis de ellas fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

<sup>101</sup> El nombre de misiones circulares -que todavía se usa- alude a la forma de los recorridos misionales

<sup>102</sup> TAMPE, Eduardo: *Tres siglos de misiones en Chiloé*. Editorial Salesiana. Santiago, 1981. pp.12-15

<sup>103</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 47

La desparramada configuración del territorio y la dispersión de la población fueron los problemas más insistentemente planteados en el XVIII y los que presentaban las mayores dificultades para su solución porque la complejidad del relieve y los hábitos de vida de la población eran obstáculos insalvables<sup>104</sup>. Para llevar a cabo la evangelización de un territorio accidentado y donde la población se diseminaba por numerosas islas, los misioneros jesuitas idearon una estrategia que comprendía, además de las misiones circulares, la construcción de iglesias o capillas en el litoral de las islas principales, la realización de visitas anuales a los centros misionales y la formación de catequistas aborígenes.

La misión de Chiloé llegó a ser la más prestigiosa de Chile desde los inicios del siglo XVII. Urbina explica que para su manutención, los jesuitas poseían en la isla cuatro estancias -Lemuy, Meulin, Chequían y Chonchi- cultivadas y provistas de ganado mayor y menor que proveían al Colegio y a las misiones circulares; el excedente se permutaba en la feria anual de Chacao por otras mercaderías procedentes de Lima. Igualmente, disponían de una parte de los ingresos provenientes de la estancia de Guanquehua, comprada por la Compañía para sostener a los Colegios de Castro y Arauco. No obstante, también se consideraba la misión más ardua por la dispersión de la población, las diversas dificultades que entrañaban los recorridos terrestres y los peligros que representaba la navegación por los canales<sup>105</sup>.

Los jesuitas se desplazaban en dalcas -canoas indígenas o piraguas- construidas de madera y para las misiones circulares utilizaban la dalca del Colegio y otras dos que pertenecían a feligreses de cada capilla. La tripulación de la principal se componía de dos misioneros, diez indios, un sacristán y un piloto; y era conducida por indios bogadores. La trayectoria de las misiones circulares se programaba en el Colegio de Castro aunque la duración de cada recorrido era variable y la detención en cada isla fluctuaba entre dos y cuatro días, dependiendo del número de habitantes<sup>106</sup>. Walter Hanisch afirma que las misiones circulares permitieron expandir la evangelización por el territorio chilote, por los canales y archipiélagos, ampliando los horizontes más allá de las aguas circundantes<sup>107</sup>.

Uno de los principales obstáculos que debían sortear las misiones circulares, aparte de la dispersión de la población, era la geografía desmembrada del archipiélago que se fragmentaba en islas separadas entre sí por canales con corrientes peligrosas y la frecuencia de los temporales que hacían peligrar a las piraguas. El jesuita José García, en el relato del viaje desde la misión de Cailín al sur de Chiloé, describió la dificultosa navegación por aguas tormentosas y como la violencia de la tempestad los obligó a refugiarse en una isla de costa escabrosa, que no tenía puerto<sup>108</sup>. Los viajes por tierra presentaban problemas por lo áspero de la topografía, la falta de caminos y lluvia constante; con frecuencia, los recorridos se hacían cabalgando por la orilla del mar o cruzando los densos bosques a través de senderos fangosos que generalmente estaban cortados debido a inundaciones de ríos o árboles derribados por tormentas. Rodolfo Urbina indica que, por estas circunstancias, los misioneros destinados a Chiloé debían prepararse para aclimatarse a las complejas condiciones ambientales, participando como auxiliares en la primera misión circular con el fin de conocer la geografía, estudiar la idiosincrasia indígena y adiestrarse en los difíciles recorridos por mar y tierra<sup>109</sup>.

<sup>104</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 49

<sup>105</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 179

<sup>106</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. pp. 184-185

<sup>107</sup> HANISCH, Walter: *La isla de Chiloé, capitanía de rutas australes*. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas. Santiago, 1982. p. 23

<sup>108</sup> GARCÍA, José: *Diario de viaje i navegación hechos por el padre José García de la Compañía de Jesús desde su misión de Cailín, en Chiloé, hacia el sur, en los años 1766-1767*. Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile. Instituto Hidrográfico Armada de Chile, 1875 Tomo 14. Valparaíso 1889. p. 8

<sup>109</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. pp. 179-180



Las misiones circulares consistían en un recorrido anual por todas las islas donde se habían construido las capillas que atendían a los ochenta pueblos del archipiélago y otras islas cercanas. Con posterioridad a la expulsión de los jesuitas, el año 1767, las misiones circulares fueron reanudadas por los franciscanos, quienes abarcaron menos territorio por concentrarse en Chiloé, ampliando las misiones estables<sup>110</sup>.



**Territorio del archipiélago de Chiloé colonizado por las misiones circulares**

Fuente: Mapa con la misión circular iniciada el 15 de septiembre de 1757<sup>111</sup>

<sup>110</sup> HANISCH, Walter: *La isla de Chiloé, capitanía de rutas australes*. op. cit. p. 174

<sup>111</sup> SANCHEZ, Jorge: *Gran atlas de Chile. Histórico, geográfico y cultural*. op.cit p.48

### 2.1.6 Las misiones de Chiloé como referencias culturales en la vastedad

Si se considera, siguiendo los argumentos de Eugenio Trías<sup>112</sup>, que habitar es crear hábitos o costumbres y es lo inercial por excelencia, es indudable que las misiones circulares constituían una forma de habitar que se expresaba en la repetición de los ciclos misionales. En sentido similar y según la etimología del término latino *hábito* –derivación de *habeo* o tener– Masiero plantea que habitar es tener un techo propio y un modo propio de ser que se revela en determinadas costumbres<sup>113</sup>. Desde esta perspectiva, las misiones circulares fueron una particular modalidad de habitar que originaron hábitos y costumbres. La repetición regular de los itinerarios hizo posible que los misioneros habitaran los paisajes de la vastedad con un sistema dinámico de dominio que les permitió adaptarse a las complejas condiciones naturales de los archipiélagos y a las singularidades culturales<sup>114</sup>.

Las misiones circulares fueron esenciales para estructurar la ocupación del territorio combinando el habitar tradicional -expresado en la construcción de capillas- con los recorridos periódicos que constituían una forma de dominio trashumante, similar al habitar de los pueblos indígenas. Asimismo, fueron un exitoso modo de colonización de los paisajes de la vastedad; a mediados del siglo XVIII existían 70 capillas<sup>115</sup> que se distribuían por los archipiélagos de Chiloé, de los Chonos y las Islas Guaitecas. Los antecedentes demográficos establecen que el año 1791 había 25 islas pobladas en el archipiélago de Chiloé; por otra parte, Urbina destaca un informe del visitador José Ramos de Figueroa donde se indica que en 1783 existían 29 islas pobladas<sup>116</sup>. A pesar de este resultado, los jesuitas fueron acusados de promover la dispersión y no considerar seriamente la posibilidad de concentrar a la población en pueblos<sup>117</sup>.

Las misiones, además de su función evangelizadora, fueron centros irradiadores de los valores culturales europeos y portadores del orden hispano porque los jesuitas, desde su cargo de fiscales<sup>118</sup>, concurren a solucionar diferentes problemas de la población indígena. Respecto a la importancia de las misiones para la colonización, Domínguez Ortiz<sup>119</sup> dice que permitieron extender gradualmente las fronteras de dominio por tierras de nadie, por vastísimos territorios con límites imprecisos y por espacios que a veces se abandonaban sin dejar más huellas que un fuerte o misión. Esta cualidad puede aplicarse a las capillas de Chiloé, elementos principales de una particular modalidad de dominio cultural que se expandió por un espacio lejano y desconocido.

<sup>112</sup> TRIAS, Eugenio: *Lógica del límite*. Ediciones Destino. Impreso por Limpergraf, Barcelona, 1991.p.47

<sup>113</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op.cit. p. 20

<sup>114</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op.cit. p. 20

<sup>115</sup> Según Hanisch en 1757 existían 76 capillas en Chiloé. HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. op.cit. p. 65. Otro antecedente es la carta que el Obispo de Concepción envió al Rey de España a mediados del siglo XVIII para informarle que los misioneros de Chiloé tenían a su cargo 72 capillas. TAMPE, Eduardo: *Tres siglos de misiones en Chiloé*. op.cit. p.25

<sup>116</sup> Según Gonzáles de Agüeros, en el año 1791 las islas pobladas eran Chiloé –Isla Grande-, Quinachao, Lemus, Quehuí, Chelín, Tranqui, Lin-Lm, Llingua, Quenac, Meulin, Caguach, Alao, Apiao, Chaulinec, Vuta-Chauques, Añihué, Chegnlau, Cauchahué, Calbuco, Llaicha, Quenu, Tabón, Abtao, Chidhuapi y Guar. GONZALES DE AGÜEROS, Pedro: *Descripción Histórica de la Provincia y Archipiélago de Chiloé en el Reino de Chile*. 1791 AGI. Chile, 291. Ramos incluye Puluquí, Memmen, Tejqullin, Tautil y Chulin. RAMOS DE FIGUEROA, José: *Informe sobre las islas de Chiloé*. Valparaíso, 24-Mayo-1783. AGI. Lima. Manuscritos Medina. Sala Medina Biblioteca Nacional de Chile. Tomo 198. Antecedentes citados por URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 20

<sup>117</sup> Urbina explica que se acusó a los frailes de estimular la vida dispersa, y ministerio en función de esta dispersión, sin reparar que ella se opone a las miras políticas, morales y militares. URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 48

<sup>118</sup> La institución de los fiscales fue autorizada por la Corona española en 1621 para enseñar la doctrina. Los fiscales eran españoles o población nativa –como ocurrió en Chiloé– que había sido liberada de la servidumbre y no podían ser alejados de su lugar de residencia. En Chiloé todavía se mantienen los fiscales en cada comunidad y por tradición, conservan las llaves de las iglesias.

<sup>119</sup> DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio: *España. Tres milenios de historia*. op. cit. p. 195

El archipiélago de Chiloé es un territorio complejo originado por procesos geológicos de derretimiento glaciar. El agua de los hielos inundó a las zonas bajas mientras las corrientes marinas erosionaban los montes<sup>120</sup> separando a Chiloé de tierra firme y generando al archipiélago que comprende 33 islas<sup>121</sup> donde todavía algunas están deshabitadas. La Isla Grande de Chiloé con 180 Km de longitud y una superficie de 8.344 km<sup>2</sup> es la mayor isla de América del Sur, después de Tierra del Fuego<sup>122</sup>.

El archipiélago era conocido desde 1540, cuando fue visto por los tripulantes de las naves capitaneadas por Alonso de Camargo, y el golfo de Ancud –que se ubica en la costa norte de la Isla Grande- fue explorado el año 1553 por Francisco de Ulloa. Las posteriores expediciones de Juan Ladrillero y Francisco Cortés recorrieron partes del litoral chilote en los trayectos al estrecho de Magallanes. En 1558, comandada por García Hurtado de Mendoza, llegó la primera expedición al archipiélago desde tierra firme, cruzando el canal de Chacao; nueve años más tarde se inició la colonización española de la Isla Grande, cuando Martín Ruiz de Gamboa fundó a Santiago de Castro y construyó la primera iglesia del archipiélago. La lejana provincia de Chiloé fue incorporada al territorio chileno con el nombre de Nueva Galicia.

En la época prehispánica, el archipiélago de Chiloé era habitado por varios pueblos nómadas del mar que se desplazaban por su accidentada geografía; Juan Ladrillero alude a esta característica señalando que *están hoy aquí y mañana en otra parte*<sup>123</sup>. Con la fundación de Santiago de Castro comienza un proceso de evangelización, cuyo éxito se explica por la implantación de un sistema itinerante –las misiones circulantes- que se adaptaba a la fragmentación del territorio, la dispersión espacial de los pueblos indígenas y sus ritos organizados en función de los ciclos naturales y las estaciones del año.

Las capillas, que determinaban los puntos de detención de las misiones circulantes, se construyeron en el litoral de las islas separadas por canales difíciles de navegar debido al clima riguroso y las fuertes corrientes; los informes coloniales subrayan que el peligro de navegar entre las islas se incrementaba porque ocupaban ligeras embarcaciones que apenas podían sortear los vaivenes originados por el oleaje y la fuerza de los vientos.

*... la navegación se hace en piraguas, que son las construcciones más extrañas que quizás se halla visto, que causa horror arrojar a ellas y más si los vientos soplan con ímpetu, lo que comúnmente acontece... Estas navegan sobre las olas del mar, porque carecen de quilla, lo que obliga a los misioneros a estudiar la intensidad de las corrientes, los periodos de las mareas, cambios de tiempo y evitar el viento "travesía" cuya intensidad y fuerza pone en riesgo a las embarcaciones*<sup>124</sup>

Las islas de Chiloé se caracterizan por su quebrada geografía costera y la presencia de densos bosques que dificultaban la exploración y el asentamiento en su territorio interior. Esta condición explica porqué las capillas se construyeron en terrenos del litoral aprovechando pequeñas áreas de playa o las mesetas de los cerros costeros. Por su ubicación en el borde de las islas, las iglesias misionales eran visibles desde el mar, considerado por los indígenas y misioneros como el espacio comunicador y ordenador de la vida en el archipiélago.

<sup>120</sup> ARANEDA, José Armando: *Chiloé, un legado universal*. Editorial Kactus, Santiago, 2005. p.9

<sup>121</sup> El archipiélago de Chiloé comprende a las islas Chauques (16 islas), Quenac (6 islas), Quemchi (2 islas), Chaulinec (3 islas) y Desertores (6 islas).

<sup>122</sup> Tierra del Fuego está al norte de la Antártica, entre el estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos

<sup>123</sup> CRUZ DE AMENABAR, Isabel: *Sobrevivencia y cultura en la tierra austral*. Introducción libro *Iglesias del fin del mundo*. Imprenta Ograma, Santiago 2006. pp.11 y 12.

<sup>124</sup> Informe de Manuel de Castelblanco. Lima. 10-Noviembre-1783. AGI. Chile, 279. Citado por URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. pp. 182-183





**Iglesias Nuestra Señora del Patrocinio de Tenaún y San Juan de Dalcahue<sup>125</sup>**

La original forma de colonización instaurada por los jesuitas permitió transformar al archipiélago en un territorio simbólicamente ordenado por una serie de capillas que, además de su función religiosa, eran refugio frente las tormentas, lugares de pausa y descanso en la arriesgada navegación por los canales, referencias orientadoras en la vastedad y espacios de encuentro cultural entre indígenas y misioneros.



**Iglesia en la isla Caguach con su amplia explanada para procesiones<sup>126</sup>**

Las misiones circulares fueron fundamentales para el avance de la colonización por facilitar la pacificación y la ocupación de un territorio lejano y despoblado. También dieron origen a asentamientos cuya población creció espontáneamente alrededor de las iglesias. Los núcleos urbanos que se desarrollaron junto a las capillas misionales todavía conservan las explanadas para procesiones utilizándolas como plazas.

Las características morfológicas y el programa de las iglesias –una explanada para procesiones precediendo a la capilla, un atrio cubierto, tres naves y un coro- tienen sus modelos referenciales en la arquitectura religiosa alemana, pues, las primeras capillas -que fijaron la tipología de iglesias de Chiloé- fueron obras de religiosos de origen bávaro<sup>127</sup>. Además de las iglesias, los conjuntos misionales comprendían una vivienda destinada a los misioneros; en el siglo XIX se les anexó un cementerio. Los volúmenes de las capillas, con sus proporciones rectangulares y sus cubiertas a dos aguas, expresan la misma simplicidad que se reconoce en la planta y las fachadas; sólo la elevación principal sobresale de las demás por su acceso de arcos aplanados o de medio punto, desde los cuales se yergue el cubo que sirve de base a la torre.

Las iglesias de Chiloé se edificaron íntegramente en madera –principal material de construcción en unas islas cubiertas de bosques- con las piezas unidas por tarugos y cuñas de madera. Con iglesias similares de Alemania, Estados Unidos y los países

<sup>125</sup> La fotografía de la iglesia de Tenaún esta publicada en *Iglesias del fin del mundo*. op.cit p. 86 y la iglesia de Dalcahue en ARANEDA, José Armando: *Chiloé, un legado universal*. op.cit. p. 57

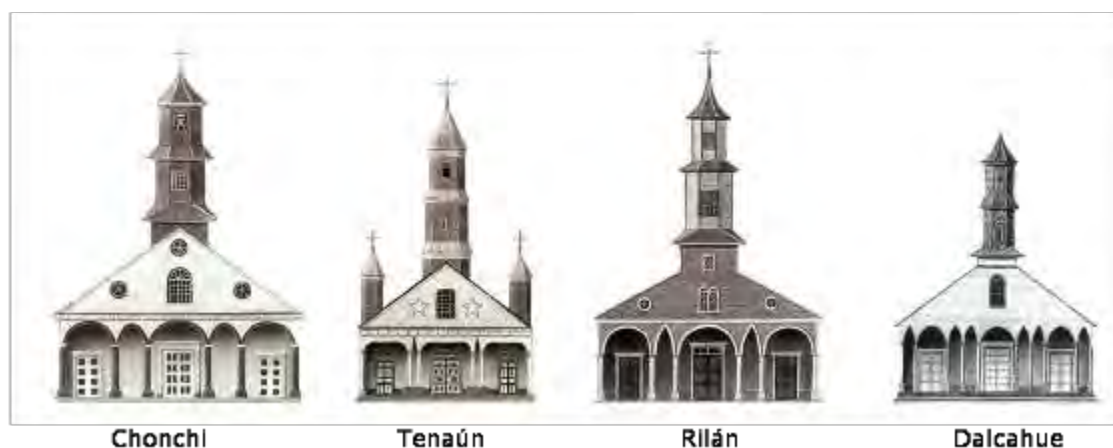
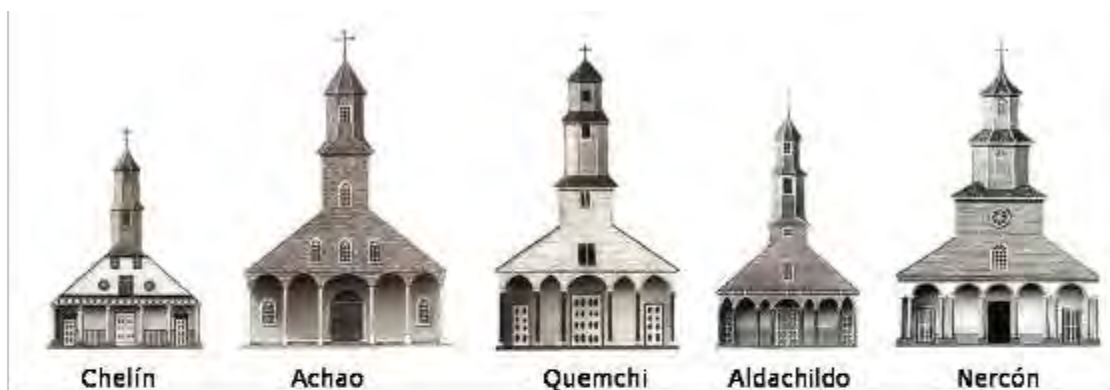
<sup>126</sup> Fotografía publicada en ARANEDA, José Armando: *Chiloé, un legado universal*. op.cit. p. 114-115

<sup>127</sup> Misioneros constructores de capillas fueron Strasse, Mayer, Eslacker, Fried, Mardú y Huver.

escandinavos integran un valioso conjunto de arquitectura eclesial de madera del siglo XVIII. La iglesia de Achao, el más célebre ejemplo de arquitectura colonial en madera, fue construida por artesanos de la etnia huilliche con las mismas técnicas que empleaban para construir sus embarcaciones o dalcas y según el diseño de los misioneros jesuitas que habían estudiado carpintería en los talleres de la hacienda jesuita Calera de Tango<sup>128</sup>.

Una cualidad destacada de las iglesias misionales del archipiélago de Chiloé y otras islas es que durante años fueron las únicas señales colonizadoras en los desolados territorios australes; por lo tanto, también eran esenciales para mitigar la vastedad del paisaje. Su valor de señales culturales reconocibles se denota en las torres que eran los componentes más destacados del volumen.

Las torres son ejes verticales que, en la tradición cristiana, simbolizan la ascensión al cielo y el vigía del entorno<sup>129</sup>. Este último significado era especialmente relevante en las remotas islas de Chiloé, donde las altas torres proclamaban la presencia de las iglesias misionales permitiendo que fueran visibles desde lejos, se perfilaban en el paisaje marino reemplazando la función orientadora de los faros y se alzaban como símbolos de la evangelización y del dominio espiritual pero también como las principales referencias culturales en la vastedad.



### Fachadas frontales de iglesias en el archipiélago de Chiloé

<sup>128</sup> BAILEY, Alexander: *Misiones jesuitas en Iberoamérica*. Ediciones El Viso. Madrid 2002 pp 283-287

<sup>129</sup> CHEVALIER, Jean y GHEERBRANT, Alain: *Diccionario de símbolos*. Edición española del original en francés *Dictionnaire des symboles*. Traducción de Manuel Silvar y Arturo Rodríguez. Editorial Herder, Barcelona 1986. p. 1006. CIRLOT, Juan Eduardo: *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor. Décima edición. Barcelona. 1991. pp. 445-446

## 2.2 Función orientadora de la ciudad colonial

En relación con las dificultades que entrañaba colonizar los desolados paisajes de la vastedad es preciso puntualizar que, además de los ambientes analizados -desierto, cordillera andina, selvas y archipiélagos australes- en Chile se manifestaban otras modalidades de vastedad en paisajes que, sin ser inhóspitos o inmensos, carecían de referencias de orientación reconocibles por los conquistadores; a esta categoría pertenecían los valles de la zona central.

Los valles poseían características favorables para la fundación de ciudades como el clima templado, la abundancia de agua y tierras fértiles. Sin embargo, aunque eran paisajes que no se diluían en extensiones inmensas -por estar contenidos entre los montes andinos y la cordillera de La Costa- tampoco poseían señales orientadoras para los europeos. Al respecto, Masiero señala, que el hombre es un ser orientado en su estructura orgánica, síquica y esquelética; está vinculado a la derecha y la izquierda, al delante y al detrás; nada puede hacer sin estos puntos primordiales de referencia. En esta característica antropológica radica el significado de la cruz y el cuadrado<sup>130</sup> que sintetizan los ejes opuestos norte-sur y oriente-poniente.

Desde un enfoque semejante, José Ricardo Morales plantea que el hombre siempre busca establecer referencias orientadoras para transformar un espacio indefinido en una extensión remitida a determinadas direcciones o hacia los puntos cardinales<sup>131</sup>; asimismo, Morales sostiene que ***al poblar la vastedad se la priva de sus condiciones de pasividad y carencia de orientación***<sup>132</sup>. Estos argumentos permiten deducir que los conquistadores españoles debían implantar referencias permanentes y alusivas a los puntos cardinales que les permitieran situarse en los espacios indiferenciados; igualmente, se concluye que la fundación de una ciudad representaba la posibilidad de reducir lo indefinido del paisaje, dotándolo de sentido y orientación. Aunque el principal objetivo de las fundaciones fue apoyar la posesión militar de un territorio, también eran referencias para identificar lugares y señalar una posición estable en el espacio; cada ciudad, materializaba un punto fijo y orientado de acuerdo con las cuatro direcciones cardinales.

En esta parte de la tesis se analizan la función orientadora asignada a las ciudades y el significado del trazado como estructura ortogonal que se regía por coordenadas espaciales; esta característica es visible en los dibujos de varias ciudades chilenas y se refleja notoriamente en el protagonismo gráfico de los iconos que describen la orientación de la trama urbana. Igualmente, se analizó la red de colonización y su función de estructura orientadora a escala regional.

El estudio de la orientación de las ciudades coloniales también permitió identificar errores en la cartografía histórica. En un plano de Concepción, de 1765, el trazado fue representado siguiendo las direcciones cardinales cuando en realidad la ciudad está girada en 45° respecto al eje norte sur. En un plano anónimo del año 1809, de Santiago del Nuevo Extremo, la flecha que indica el norte tampoco coincide con la real posición de la ciudad<sup>133</sup> a pesar que, en este caso, el paisaje está estructurado por elementos geográficos relacionados con los puntos cardinales: la Cordillera de Los Andes, que se despliega al oriente de la ciudad y el río Mapocho que transcurre por su costado norte.

<sup>130</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op.cit. p. 73

<sup>131</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op.cit. pp.176-177

<sup>132</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p.177

<sup>133</sup> Plano de la ciudad de Santiago del Reino de Chile. Anónimo. El documento se conserva en el Archivo del Museo Británico; Londres. Publicado en: Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile*. op.cit. Lámina 37



### 2.2.1 Las ciudades como referencias de orientación espacial

La urbanización colonial permitió implantar una serie de puntos fijos plasmados en las ciudades que, por esta razón, además de sus funciones habituales, eran ámbitos evocadores de la cultura española y signos orientadores en la vastedad del paisaje. El interés por la orientación de las fundaciones se mantuvo a lo largo del proceso de urbanización porque, según la cartografía histórica disponible, las ciudades chilenas generalmente se trazaron siguiendo los puntos cardinales y su disposición facilitaba la lectura de las direcciones básicas. Así, el orden geométrico de la trama urbana, además de simplificar el reparto del suelo urbano, era una estructura orientadora en la amplitud espacial del territorio.

Desde el comienzo del proceso de colonización, las ciudades revelan su carácter de señales orientadores en la vastedad. Evidencias de esta cualidad se aprecian en las ciudades de Mendoza y San Juan de La Frontera, fundadas durante el siglo XVI en las planicies semi desérticas que se desarrollan desde las vertientes orientales de Los Andes. Mendoza se fundó en 1561 por Pedro del Castillo; al año siguiente debió ser trasladada y vuelta a fundar<sup>134</sup> por el capitán Juan Jufré, quien ese año también llevó a cabo la fundación de la cercana ciudad de San Juan de La Frontera.

La proximidad temporal y afinidad morfológica de ambas fundaciones sugieren que fueron puntos secuenciales de una estructura de ocupación cimentada en principios comunes. Al analizar los planos que acompañan las Actas de Fundación de Mendoza y San Juan de La Frontera se observa que eran ciudades idénticas en su función y morfología. Las dos tenían trazados en cuadrícula compuesto de 5X5 manzanas<sup>135</sup>, plaza central, divisiones prediales generadas por la parcelación de las manzanas en cuatro solares iguales y una distribución similar de los edificios representativos del poder civil y religioso. Estas características son indicios de su pertenencia al mismo sistema de dominio del espacio.

Un elemento gráfico destacado en los planos fundacionales de Mendoza y San Juan de La Frontera, levantados por orden de Juan Jufré, son los textos que expresan las direcciones cardinales, a partir de las cuales se organizó el trazado de las ciudades, acentuando su condición de referencias orientadoras en el espacio. En el plano de Mendoza, además de la división predial y el nombre de los pobladores a quienes se adjudicaron los solares, se subrayan dos cualidades urbanas; una es la importancia de la plaza –resaltada por su posición central y la presencia de un icono religioso que simboliza la función evangelizadora de la fundación- y otra es la identificación de los puntos cardinales señalados con letras de tamaño destacado. El plano de San Juan de La Frontera informa sobre el reparto del suelo urbano y sus propietarios, la ubicación y función evangelizadora de la plaza -con un icono similar al dibujado en la plaza de Mendoza-, la jerarquía de los fundadores con los escudos heráldicos y la orientación de la ciudad a través de la individualización explícita de las direcciones cardinales.

El objetivo de los planos de fundación era dejar constancia del reparto de los lotes a los pobladores y la distribución de solares asignados a las órdenes encargadas de la evangelización; sin embargo, al resaltar la posición de la cuadrícula a partir de los puntos cardinales –mediante la identificación tajante de las direcciones norte, sur, este y oeste- también se expresa que la función orientadora de las ciudades tenía una importancia comparable a la repartición y adjudicación jerárquica de los sitios.

<sup>134</sup> En su segunda fundación Mendoza fue bautizada con el nombre de Resurrección, que no prevaleció.

<sup>135</sup> Nombre que reciben las fracciones cuadradas, separadas por las calles, en que se divide el trazado.



**Plano fundacional de Mendoza y San Juan de La Frontera indicando la orientación de las ciudades en relación con los puntos cardinales**

Fuente: Planos fundacionales de Mendoza <sup>136</sup> y San Juan de La Frontera <sup>137</sup>

No se ha encontrado información cartográfica sobre otras fundaciones chilenas del siglo XVI<sup>138</sup>. Sin embargo, al estudiar los planos que se levantaron en el siglo XVIII de Santiago del Nuevo Extremo, La Serena, Concepción en la bahía de Penco, San Mateo de Osorno y Santiago de Castro se concluye que estas ciudades -fundadas en el siglo XVI- se orientaban de acuerdo a los puntos cardinales. En la cartografía histórica esta particularidad es perfectamente visible porque se deja constancia de ella con la incorporación de símbolos como rosas de los vientos y flechas orientadas al norte que, en algunos casos, son los elementos gráficos más sobresalientes de los dibujos. Amadeo Frezier -que en su viaje por la costa del Pacífico conoció varias ciudades chilenas- se refiere manifiestamente a esta característica cuando describe a Santiago del Nuevo Extremo<sup>139</sup> y La Serena<sup>140</sup> con sus calles rectas y alineadas de un extremo al otro, siguiendo los cuatro puntos cardinales.

La escasa cartografía de las fundaciones del siglo XVII revela el estancamiento de la urbanización; no obstante, los documentos del período muestran la importancia de la orientación. Un dibujo de San Agustín de Talca<sup>141</sup> -fundación de Martín de Poveda del año 1692- informa que la cuadrícula estaba orientada por los puntos cardinales. Otro plano, correspondiente a Talavera de Esteco, fundación en Tucumán de 1610, entrega antecedentes sobre los elementos del paisaje en el sitio de fundación: un cordón de cerros, el río Las Piedras que pasaba a una legua de la ciudad, el Río Grande y un cauce menor que limitaba el sitio por el noreste. En el plano también se representó la cuadrícula y la división de las manzanas en cuatro solares iguales, el nombre de los propietarios de los solares, los terrenos adjudicados a las órdenes

<sup>136</sup> Plano anónimo que acompaña el acta de fundación de Mendoza o Resurrección, realizada por Juan Jufre. Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires. 10

<sup>137</sup> Plano que acompaña el acta de fundación de San Juan de La Frontera, realizada por el capitán Juan Jufre, Anónimo. Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires. 9

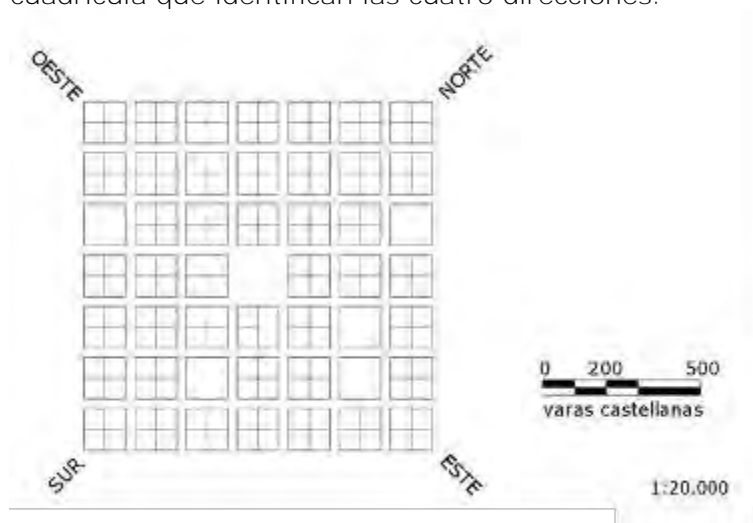
<sup>138</sup> En casos como Villarrica o Los Confines tampoco se encontró cartografía de épocas posteriores

<sup>139</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.98

<sup>140</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit.p.126

<sup>141</sup> Tras ser fundada por Martín de Poveda en 1692 sin éxito; el año 1742 fue repoblada por Manso de Velasco y titulada ciudad por Real Cédula en 1796

religiosas y la orientación del trazado, girado a 45° en relación con los puntos cardinales. Esta última característica se indica claramente mediante textos en los vértices de la cuadrícula que identifican las cuatro direcciones.



### Plano de Talavera del Esteco con indicación de los puntos cardinales

Fuente: plano anónimo de Talavera del Esteco<sup>142</sup>

La preocupación por denotar la orientación de las ciudades se advierte a lo largo del proceso de colonización. San Francisco de La Selva y Santo Domingo de Rozas son fundaciones del siglo XVIII orientadas por los puntos cardinales. Ambos ejemplos muestran que cuando habían transcurrido más de doscientos años desde el inicio de la urbanización colonial, todavía se fundan ciudades en función de los cuatro puntos cardinales. El avance de la colonización y el surgimiento de ciudades cuyos trazados reconocían las direcciones esenciales del espacio, paulatinamente, permitía reducir la vastedad como ámbito indeterminado. La orientación explícita no fue una cualidad exclusiva de las ciudades; esta característica también se observa en la ubicación de los pueblos de indios. Por la reducida información cartográfica sobre ellos, sólo se citan Guamalata y Sotaquí, representados en planos de 1790<sup>143</sup>, donde se indica que la orientación de los trazados se supeditaba a las direcciones cardinales.

El plano de Santa Rosa de Los Andes, fundada en 1791 en el flanco occidental de la cordillera de Los Andes, señala que su cuadrícula se regía por los puntos cardinales. Al analizar los antecedentes actuales se concluye que el trazado fundacional estaba levemente girado respecto al norte; sin embargo, la preocupación por subrayar la orientación del núcleo urbano en la cartografía histórica denota que una función de esta ciudad era servir de referencia espacial en medio de la vastedad andina.

La relevancia de la función orientadora de las ciudades coloniales se comprueba al observar que inclusive cuando la fundación se realizaba en lugares con referencias geográficas identificables como ríos y cerros, también se trazaba de modo que sus calles, dispuestas según las direcciones básicas, sirvieran de señales orientadoras.

Respecto a las ciudades fundadas en el siglo XVIII, de catorce ejemplos estudiados -incluyendo a Osorno en su fase de repoblación-, once tienen planos que señalan la orientación. De este grupo, ocho se trazaron en concordancia con las direcciones cardinales revelando su función de instrumentos de orientación espacial.

<sup>142</sup> Plano que acompaña el acta de fundación de Talavera de Esteco. Anónimo. Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires, 6. Existe un duplicado del plano donde se señala que corresponde a la ciudad de Nuestra Señora de Talavera.

<sup>143</sup> Otros dibujos de pueblos de indios no se han considerado porque son documentos muy elementales.

Al estudiar la posición de las ciudades en relación con las coordenadas geográficas se observa que San Rafael de Rozas y Santa Rosa de Los Andes presentan leves desviaciones respecto al eje norte-sur, tal vez, por la escasez de recursos técnicos apropiados para lograr un trazado más exacto.

Al analizar otras ciudades coloniales –cuya cartografía no muestra su orientación– con información actual se deduce que La Serena, Santiago de Castro, San Agustín de Talca y Los Ángeles fueron trazadas según las direcciones cardinales. Santiago del Nuevo Extremo, San Felipe El Real, San Fernando y San Ambrosio de Linares presentan leves desplazamientos respecto al norte magnético, posiblemente por la imposibilidad de orientar el trazado de modo más preciso.

Incluso en los planos de ciudades –San Ambrosio de Vallenar y San José de Buena Vista– cuya orientación no fue definida en función de los puntos cardinales se dejó constancia de la dirección norte mediante expresivos signos gráficos. En el plano de San Ambrosio de Vallenar elaborado por Martín Gregorio del Villar en 1792, aparece una flecha –indicando el norte– que atraviesa la trama urbana. En el dibujo de San José de Buena Vista, realizado por Francisco Muñoz en 1807, junto al trazado de la ciudad, aparecen dos destacados iconos de la rosa de los vientos.

La función orientadora de las ciudades era más relevante cuando se asentaban en lugares que eran encuentro de caminos; cualidad que se resaltaba en la cartografía señalando claramente la posición de los núcleos respecto a los puntos cardinales. Esta característica puede explicarse porque los cruces de caminos –además de ser confluencia de recorridos, lugares de pausa en los viajes y puntos de intercambio comercial– eran referencias para dimensionar los trayectos y reducir la imprecisión del espacio al orientar en la vastedad.

#### Orientación de ciudades fundadas en el siglo XVIII según la cartografía histórica

Ciudad y lugar fundación (en orden cronológico)	Representación gráfica de la orientación de la ciudad	Relación real del trazado y los puntos cardinales
<b>San Francisco de La Selva</b> Valle de Copiapó. Plano de 1722	Signo indicando el norte en el extremo superior izquierdo	Trazados girados a 45° respecto de los puntos cardinales
<b>Concepción</b> Valle de La Mocha Plano de 1752	Signo indicando el norte en la esquina inferior izquierda	
<b>Santo Domingo de Rozas</b> Valle de La Ligua. Plano de 1755	Trazado de los puntos cardinales en el extremo superior derecho	Trazado orientado en dirección a los puntos cardinales
<b>San Rafael de Talcamávida</b> Río Bío Bío. Plano de 1757	Signo indicando el norte en el centro de la plaza	Trazado girado a 45° respecto de los puntos cardinales
<b>San Juan Bautista de Hualqui</b> Río Bío Bío. Plano de 1757	Signo indicando el norte en el centro de la plaza	
<b>San José de Buena Vista</b> Valle de Curicó Planos de 1787 y 1807	Puntos cardinales representados en los cuatro costados de la ciudad y signo indicando el norte	Trazados orientados en dirección a los puntos cardinales
<b>San Rafael de Rozas</b> Valle de Illapel. Plano de 1790	Trazado de los puntos cardinales en el extremo superior derecho	Trazado ligeramente desviado en relación con los puntos cardinales
<b>San Ambrosio de Vallenar</b> Valle del río Plano de 1792	Signo indicando el norte en el costado superior	Trazado desviado respecto de los puntos cardinales
<b>San Mateo de Osorno</b> (repoblación). Plano de 1796	Signo indicando el norte en el costado izquierdo	Trazado orientado en dirección a los puntos cardinales
<b>Santa Rosa de Los Andes</b> Valle en la zona andina Plano de 1798	Trazado de los puntos cardinales en el costado izquierdo	Trazado ligeramente desviado en relación con los puntos cardinales
<b>San Carlos</b> Valle de la Zona Central Plano sin fecha. Siglo XVIII	Signo indicando el norte en el centro de la plaza	
<b>Santa Cruz de Triana</b> Valle de Rancagua Plano del siglo XVIII	Direcciones cardinales Icono del sol que representa la dirección oriente	Trazados orientados en dirección a los puntos cardinales

Carvallo y Goyeneche cuando describe a las ciudades capitales de provincia resalta especialmente su orientación. Respecto de San Francisco de La Selva destaca que tenía una planta hermosa, con sus calles tiradas a cordel de norte a sur y cortadas por otras de oriente a poniente<sup>144</sup>. En el caso de La Serena explica su delineación norte a sur con las calles tiradas a cordel y cortadas por otras de oriente a poniente que forman un perfecto cuadro de 49 manzanas<sup>145</sup>. En relación a San Martín de la Concha –fundada por José de Santiago Concha en 1717- detalla su emplazamiento cerca del cerro de La Campana, a una distancia de siete leguas del mar, doce del puerto de Valparaíso y treinta de Santiago así como hermosa planta, **con calles bien delineadas de norte a sur, aunque sus edificios no tienen comodidad ni primor**<sup>146</sup>. Al describir a San Felipe El Real también destaca sus calles tiradas a cordel de oriente a poniente y cortadas por otras de norte a sur, y sus edificios de poca consideración y menos comodidades<sup>147</sup>. Un trazado similar posee Santa Cruz de Triana **delineada, de norte sur, con calles tiradas a cordel que forman un cuadro de 16 manzanas**<sup>148</sup>. Estas características morfológicas se repiten en San Fernando<sup>149</sup> y San Agustín de Talca<sup>150</sup> –fundadas por el conde de Superunda en 1741 y 1742- con calles trazadas de norte a sur y cortadas por otras de oriente a poniente.

La insistencia de Carvallo y Goyeneche en describir el trazado ortogonal respecto de los puntos cardinales sugiere que la orientación era una cualidad destacable. Frezier también se refiere a las ciudades chilenas como estructuras de trazado regular que se organizaban según las direcciones básicas del espacio; explica que las calles de Santiago del Nuevo Extremo se orientaban por los puntos cardinales<sup>151</sup> y el plano de La Serena **repetía la organización de Santiago con sus calles rectas, alineadas de un extremo al otro, según los puntos cardinales del horizonte**<sup>152</sup>. Frezier representó esta característica en los planos de ambas ciudades que incorporó a su informe.

Hay fundaciones del siglo XVIII –cuyos dibujos y planos respectivos no contienen indicaciones explícitas- que también se orientaban por los puntos cardinales; esto ocurre con las plazas fuertes del sistema defensivo del río Bío Bío porque Santa Bárbara, San Bautista de Hualqui y San Carlos de Purén se orientan hacia el norte y Santa Juana de Guadalcazar tiene una traza girada a 45° respecto al eje norte-sur.

La relevancia que tenía la orientación en centros próximos a encuentros de caminos se observa en Santa Cruz de Triana, fundada el siglo XVIII en el valle de Rancagua. En un plano anónimo<sup>153</sup> la orientación de la ciudad –a 45° de los ejes direccionales- se consignó en el nombre de los puntos cardinales y un icono del sol señalando la dirección oriente-poniente. El énfasis en la orientación revela que Santa Cruz de Triana<sup>154</sup> era lugar de convergencia de un sistema de caminos que comunicaban a Santiago con otros asentamientos de la zona central. Análogamente, San Francisco de la Selva, fundación en el valle de Copiapó, fue trazada a 45° en relación con los puntos cardinales porque el núcleo señalaba la intersección de los caminos hacia los virreinos del Perú y Río de La Plata, a través de Tucumán. El plano levantado por Francisco Cortés en 1722 contiene un expresivo símbolo de orientación que domina el extremo superior izquierdo del dibujo.

<sup>144</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 66.

<sup>145</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 69.

<sup>146</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 74.

<sup>147</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 77.

<sup>148</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 85.

<sup>149</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 88.

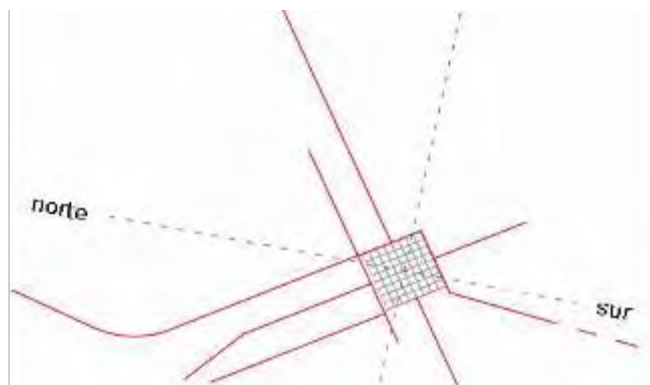
<sup>150</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 91.

<sup>151</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p. 100.

<sup>152</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p. 126.

<sup>153</sup> *Plano de Rancagua*. Anónimo. Archivo Nacional de Chile. Publicado en: Instituto Geográfico Militar (I.G.M): Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX. op.cit. Lámina 45.

<sup>154</sup> Actualmente, la ciudad tiene el nombre de Rancagua, que corresponde al nombre indígena del lugar y del pueblo de indios que dio origen a la villa.



### Orientación de Santa Cruz de Triana y su relación con cruces de caminos

El trazado en 45° respecto a los ejes cardinales, característico de varias ciudades del siglo XVIII que fueron puntos de intersección de los itinerarios, se remonta a las primeras fundaciones chilenas. Un ejemplo es San Luis de Loyola, fundada en 1594 -también conocida como Nueva San Luis de La Punta o Medina de Rioseco- que con Mendoza y San Juan de La Frontera integró el conjunto de fundaciones chilenas del siglo XVI realizadas en el corregimiento de Cuyo<sup>155</sup>. En un mapa<sup>156</sup> de 1792 -que registra el territorio de la fundación- se muestra al núcleo orientado a 45° respecto de los puntos cardinales, según lo expresa una flecha claramente destacada en el dibujo. González de Nájera, al describir el trayecto entre Buenos Aires y Santiago, se refiere a San Luis de Loyola como la más pequeña de las tres fundaciones en Cuyo, que estaba incomunicada en un enorme espacio. Este aislamiento explicaría la conveniencia de establecer y representar nitidamente la orientación de la ciudad.

*... unas tierras espaciosísimas, llanas y desembarazadas de bosques; desde el río de La Plata hasta el pueblo hay ciento setenta leguas y otras muchas adelante y por todos lados*<sup>157</sup>.

A escala urbana, la orientación en el espacio se plasmaba en la plaza mayor, que era el punto matriz de la estructura fundacional, regido por los mismos principios de orden y medida que se reconocen en el sistema de dominio a escala territorial. La plaza era el espacio central donde se originaba el trazado y el punto primordial del sistema de orientación a nivel urbano.

En el plano de San Carlos<sup>158</sup> levantado por Juan de Ojeda, el elemento más visible es el signo indicando el norte que ocupa el centro de la plaza, evidenciando que ahí se sintetizaba la función orientadora de la ciudad. En un plano del fuerte de San Rafael de Talcamávida<sup>159</sup>, el símbolo de orientación también se dibujó en la plaza.

La preeminencia de la función orientadora de las ciudades coloniales aún se puede reconocer en el nombre actual de calles y barrios. En Concepción existe un sector conocido como Barrio Norte; en Santiago del Nuevo Extremo, la orientación colonial persiste en los sectores designados como Santiago Poniente y Santiago Oriente. De igual modo, en el nombre de las calles de algunas ciudades subyace la importancia que alcanzaba la plaza mayor como espacio urbano donde se interceptaban los ejes

<sup>155</sup> El corregimiento de Cuyo, que estaba al lado oriente de Los Andes perteneció a la jurisdicción de Chile hasta 1776 cuando fue incorporado al recién creado Virreinato del Río de La Plata.

<sup>156</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires. 183

<sup>157</sup> GONZÁLEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op.cit. p. 15

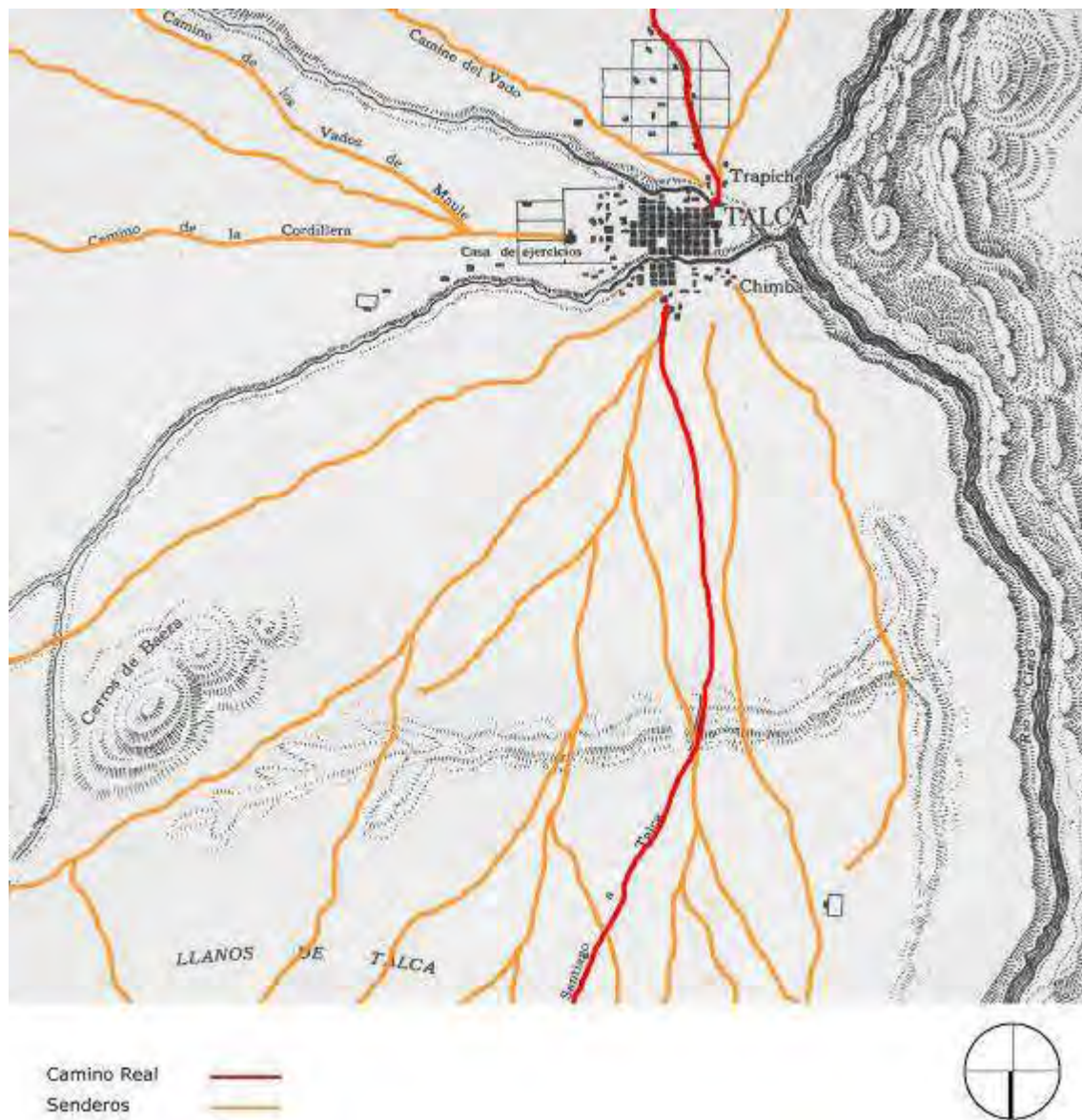
<sup>158</sup> *Plano de la Villa Nueva de San Carlos* de Juan de Ojeda. Archivo Nacional Santiago. en: Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. op.cit. Lámina 45

<sup>159</sup> *San Raphael de Talcamávida*. Archivo Nacional. Santiago. Publicado en: Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. op.cit. Lámina 50



de orientación. En el área central de San Agustín de Talca, las calles se identifican combinando las direcciones cardinales y números cuya secuencia nace en la plaza. Revelar la orientación del núcleo urbano en el nombre de las calles concierne a la estratégica ubicación de San Agustín de Talca, que corresponde a la intersección de los caminos que comunicaban a las ciudades del valle central con las rutas hacia los pasos cordilleranos y su prolongación al Virreinato del Río de La Plata.

En un mapa elaborado en la primera del siglo XIX –para describir los movimientos del ejército chileno durante la guerra por la independencia- los protagonistas de la imagen son los caminos que convergían en Talca. El dibujo expresa la importancia territorial de la ciudad como articulador de los recorridos -y escenario de batallas- porque desde ahí era posible controlar las comunicaciones terrestres.



### Convergencia de caminos en San Agustín de Talca

Fuente: Croquis que indica el desplazamiento de tropas en el combate de Cancha Rayada <sup>160</sup>

<sup>160</sup> Cancha Rayada -marzo de 1818- fue uno de los combates por la Independencia de Chile. La posición de Talca en la confluencia de caminos explica su importancia en la guerra de la independencia. El dibujo se publicó en ENCINA, Francisco Antonio. *Resumen de la Historia de Chile*. op.cit. p. 656

## 2.2.2 La red de colonización como sistema de orientación

Las ciudades coloniales fueron símbolos de dominio y avanzadas de conquista que respondían a la necesidad de posesión militar del espacio. Asimismo, fueron señales individuales de orientación y signos culturales permanentes que contrastaban con lo indeterminado del paisaje. Cada acción fundacional permitía fijar una posición en el espacio a través de la intersección de dos ejes perpendiculares orientados según los puntos cardinales, que es la forma más elemental de insertarse en lo desconocido.

La estructura orientada y orientadora de la ciudad colonial remite a sus precedentes urbanísticos históricos porque la organización de los *castrum* romanos también fue definida por el *cardus* y el *decumanus*, los dos ejes fundacionales y perpendiculares que seguían las direcciones cardinales<sup>161</sup>.

A pesar de la potencia orientadora que poseía cada fundación, las ciudades no eran referencias aisladas sino partes de un sistema que se fue reproduciendo por todo el territorio urbanizado por España. Frente a la vastedad, se concretó una modalidad de ocupación del territorio sustentada en una estructura física –red de colonización– y una estructura administrativa, a las cuales se integraban las fundaciones. Este doble sistema físico y administrativo se repitió a nivel continental, regional y local.

La red de colonización era esencial para ampliar rápidamente el espacio dominado por España, ordenar la administración del territorio y apoyar a las expediciones que en sus trayectos utilizaban a las ciudades como puntos de descanso o refugio. Cada centro perteneciente a la red fue dependiente de las anteriores y, al mismo tiempo, era referencia para nuevas fundaciones, que sucesivamente ampliaban el territorio colonizado. Además, las ciudades estructuraban un sistema de orientación en la vastedad porque todas estaban definidas por un plano ortogonal y se regían por los puntos cardinales; así, participaban del mismo sistema básico de orientación que se iba plasmando individualmente en cada ciudad y en la totalidad urbanizada.

La red de colonización se componía de un conjunto de puntos fijos y orientados que fue liderado por las ciudades y donde se integraban otras formas de ocupación del espacio –haciendas, misiones, fuertes y pueblos de indios– que también servían de referencias orientadoras por señalar coordenadas de posición estables. Desde esta perspectiva, la red de colonización fue una estructura de orientación espacial que expresaba tanto el avance en el dominio militar del territorio como la reducción de la vastedad con el incremento secuencial de los espacios referenciados.

La orientación de las ciudades y las semejanzas de sus trazados definieron un modo primario de articulación; en forma análoga a los nudos de una malla, las ciudades coloniales estaban relacionadas entre sí por principios similares y se integraban, física y funcionalmente, por líneas de enlace. Los caminos eran los componentes de la red de colonización que cumplían la función de entrelazamiento de las ciudades.

<sup>161</sup> Rykwert sostiene que los *castrum* no siempre se orientaban en el sentido de los puntos cardinales porque el ritual para trazar los campamentos consideraba, además de la orientación, a la adivinación, la delimitación, la depositación de reliquias y la cuartelación. Destaca a Marzabotto como ejemplo de ciudad planificada que tenía un *cardus* orientado en dirección norte a sur y tres *decumanus* que se interceptaban perpendicularmente con el *cardus*. RYKWERT, Joseph: *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el mundo Antiguo*. Edición española del original *The idea of a town*. Prólogo de Rafael Moneo. Editorial Blume. Madrid. 1985. p.77

La necesidad de instaurar un sistema permanente de orientación para compensar lo indeterminado del paisaje, permite asumir que las ciudades debían integrarse a un conjunto de asentamientos permanentes y conexos entre sí. Sin embargo, en Chile, estas condiciones se vieron obstaculizadas por las características distintivas de los paisajes de la vastedad y el contexto histórico que impidió la continuidad de la vida urbana en las fundaciones realizadas en amplias zonas del sur y la Araucanía.

Es preciso subrayar que los paisajes de la vastedad eran expresiones espaciales de una realidad incomprensible para los conquistadores españoles; una realidad que no podía existir simultáneamente con su mundo propio porque la cultura europea, desde la época clásica, ha persistido en diferenciar los contrarios –orden y caos, orientación y desorientación, medida e inmensidad- para anular o al menos reducir al opuesto de connotación negativa. En contraste con el mundo oriental, donde el yin y el yang son dos principios fundamentales, opuestos pero complementarios, en el pensamiento occidental no se concebía la existencia sincrónica de la afirmación y la negación. Desde esta perspectiva, se concluye que los conquistadores españoles no podían identificarse con un mundo que desmentía sus tradicionales conceptos de orientación espacial y medida. Asimismo, se deduce que las ciudades coloniales no sólo eran referencias individuales que integraban un sistema de orientación espacial más amplio; también fueron componentes básicos de una estructura de referencias culturales, a partir del cual se construía y se fortalecía el sentido de pertenencia al imperio español.

La relación con el imperio descansaba en la unificación lingüística y administrativa, en un sistema de gobierno y administración centralizado en España y en la religión católica. Las ciudades se insertaban en la lógica de unificación cultural por medio de lenguajes morfológicos similares y reconocibles en el trazado regular y la sujeción de la trama a los puntos cardinales. La unificación cultural también se reflejaba en la repetición de modalidades de habitar que imitaban a la vida urbana de España. De este modo, las ciudades coloniales eran referencias orientadoras por señalar las direcciones cardinales y por configurar una realidad que los conquistadores podían reconocer como propia. Esta última cualidad es relevante si consideramos la teoría de José Ricardo Morales cuando plantea que el hombre auténticamente orientado es quien reconoce lo suyo en todo lo que lo rodea<sup>162</sup>.

La red de colonización sintetizaba la ocupación permanente del territorio; asimismo, fue una expresión de dominio del espacio que tendía a la continuidad al reducir los enormes espacios sin colonizar que separaban a las ciudades con otras estructuras colonizadoras como haciendas, misiones, pueblos de indios y fuertes. Consolidar un sistema de ocupación continuo era esencial por razones estratégicas y porque los vacíos entre ciudades, simbólicamente, realizaban la vastedad<sup>163</sup>. La integración de las ciudades a un único sistema formal y administrativo también puede explicarse desde la perspectiva espacial porque una ciudad aislada no constituía una unidad significativa en la vastedad.

Las expediciones por Chile se internaban en paisajes enigmáticos, alejándose cada de los territorios ya explorados y colonizados hasta que las enormes distancias, a veces de cientos de kilómetros, que los separaban de las ciudades más cercanas, los obligaban a realizar otra fundación con la finalidad de prolongar los límites del territorio conquistado y orientado, manteniendo los lazos funcionales y simbólicos entre las fundaciones recientes y las ciudades que se habían dejado atrás.

<sup>162</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p. 178

<sup>163</sup> Cabe hacer notar que la discontinuidad puede ser asociada a lo inmenso como ocurre con la pintura china donde el ojo del espectador salta, desde el primer plano a la distancia media y desde allí a la lejanía, a través del vacío. Vacío que es detención y descanso pero también es infinitud. ROWLEY, George: *Principles of chinese painting*. Princeton University Press, Princeton, 1947 p. 64

Santiago del Nuevo Extremo fue el primer punto de dominio militar y espacial de Chile, a partir del cual Pedro de Valdivia estructuró la ocupación del espacio por medio de la fundación de otras ciudades que, a su vez, fueron puntos de avanzada para iniciar nuevas expansiones de la zona colonizada.

*...vuestra Majestad sepa que esta cibdad de Santiago del Nuevo Extremo es el primer escalón para armar sobre él los demás y ir poblando por ellos toda esta tierra a vuestra Majestad hasta el Estrecho de Magallanes<sup>164</sup>*

Para extender su acción urbanizadora, Pedro de Valdivia<sup>165</sup> debió repartir el escaso número de hombres disponibles por un enorme territorio. Esta decisión generó una serie de problemas relacionados con las dilatadas separaciones entre ciudades. La distribución espacial de las nuevas fundaciones, aunque tenía el riesgo de fundar ciudades aisladas por extensiones cercanas a 500 kms, era la única posibilidad de abarcar las formidables superficies a colonizar. Garretón<sup>166</sup> plantea que la táctica de Valdivia consistió en avanzar en largos saltos, afianzándose en puntos estratégicos y dejando entre las nuevas fundaciones inmensas vastedades sin dominar.

Garretón sostiene que Pedro de Valdivia, en su precipitación de fundar ciudades en toda la extensión de su gobernación, por un lado repartió sus escasas fuerzas y por otra parte, permitió que las distancias entre ciudades superaran lo recomendable; esta circunstancia impedía o dificultaba su abastecimiento y la llegada oportuna de ayuda<sup>167</sup>. Además, Garretón se pregunta cual sería la razón que tuvo Valdivia para llevar a cabo su tercera fundación –Concepción- a 500 kms de Santiago, dejándola en riesgo para recibir socorro rápido en caso de apuro<sup>168</sup>.

Al respecto, es importante recordar que la distancia que separaba a Santiago del Nuevo Extremo y La Serena –fundada por Pedro de Valdivia cuatro años antes de Concepción- superaba los 500 Km, de manera que la separación entre Santiago y Concepción no fue una novedad. La diferencia principal era que Concepción estaba localizada en la frontera del espacio donde se desarrollaba la guerra de Arauco -en la cual Valdivia perdió la vida- por tanto, debía funcionar como centro contenedor de una de las mayores amenazas a la urbanización de Chile.

Los graves problemas que afectaban a las ciudades desamparadas en la vastedad<sup>169</sup> aumentaban por las complejidades históricas que presentaba la conquista de Chile y resaltaban la importancia estratégica de la red de colonización. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, el sistema de dominio aún no lograba consolidarse porque persistían enormes espacios sin colonizar separando a las ciudades y la estructura de caminos mostraba deficiencias. La situación cambió a partir de la segunda mitad del siglo XVIII cuando las nuevas fundaciones, el mejoramiento de rutas existentes y la construcción de nuevos caminos permitieron afianzar los sistemas de dominio y de orientación radicados en la red de colonización.

<sup>164</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.45

<sup>165</sup> Valdivia tenía el nombramiento de Gobernador lo que le permitía definir su estrategia de dominación.

<sup>166</sup> GARRETON, Jaime: *El urbanismo en Chile. Conquista y colonia*. op.cit p. 119

<sup>167</sup> GARRETON, Jaime: *El urbanismo en Chile. Conquista y colonia*. op.cit. p. 135

<sup>168</sup> GARRETON, Jaime: *El urbanismo en Chile. Conquista y colonia*. op.cit. p. 118

<sup>169</sup> Las breves y dramáticas historias de Ciudad del rey Don Felipe y de Nombre de Dios muestran las nefastas consecuencias de dejar ciudades aisladas en la vastedad.

### 2.3 La ciudad colonial como referencia de posición en la vastedad

La necesidad de atenuar la vastedad, que se manifiesta en espacios de dimensiones indeterminadas por carecer de signos o referencias de límites y medida, explica la fundación de ciudades repitiendo morfologías regulares que se regían por principios de orientación tradicionales. La vastedad también impuso la exigencia de medir las distancias que separaban a las ciudades.

El desconocimiento de las dimensiones del territorio, el aislamiento de las ciudades y el riesgo de extraviarse en paisajes inexplorados e indefinidos –circunstancias que derivan de la vastedad– fueron temas relevantes desde el inicio de la colonización y hasta en la segunda mitad del siglo XVIII, porque, a pesar del avance colonizador, el desamparo de algunas ciudades todavía era una situación preocupante para los españoles. En las cartas de Pedro de Valdivia se advierte su interés por informar a España y Perú sobre las distancias entre ciudades y la eventualidad de perderse al explorar la región por no tener antecedentes fidedignos de la realidad territorial.

Pedro de Valdivia, en su primera carta a Carlos V, informa reiteradamente sobre las distancias entre fundaciones indicando que La Serena y el valle del Copiapó estaban separados por cien leguas<sup>170</sup> -equivalentes a 557 km-; desde La Serena al valle del río Maule había treinta leguas<sup>171</sup> -correspondientes a 167.1 km- y entre los valles de Copiapó y Aconcagua la distancia era de diez leguas<sup>172</sup> -equivalentes a 55.7 km. En otra carta, dirigida a Hernando Pizarro, afirma que el valle del Mapocho, donde fundó Santiago del Nuevo Extremo, estaba a doce leguas del valle de Aconcagua<sup>173</sup> -equivalentes a 66.8 km- y entre los ríos Copiapó y Maule había una separación de 135 leguas<sup>174</sup> -correspondientes a 752 km-. En la segunda carta que escribió a Carlos V describe las distancias que estableció en nuevas incursiones por la región chilena tomando como referencias de medida a las ciudades, elementos geográficos importantes y los días necesarios para trasladarse desde un lugar a otro<sup>175</sup>.

La inquietud de Valdivia frente a las dimensiones del territorio y las posibilidades de extraviarse en las ignotas tierras chilenas se advierte claramente en una carta que envió al Consejo de Indias para insistir en la necesidad de contar con datos seguros sobre las distancias en Chile; decía que había observado errores en la cartografía del estrecho de Magallanes que se hacía en España y, con el objetivo de evitar que las naves pudieran perderse por seguir informaciones incorrectas, ofreció organizar una expedición para recorrer la zona y obtener los antecedentes que permitieran corregir los equívocos<sup>176</sup>. Las dificultades que entrañaba explorar y dimensionar el espacio -aunque sólo fuera parcialmente- acentuaba el carácter de vastedad de una región donde, como explica Pedro de Valdivia, era fácil perderse, especialmente si se carecía de referencias adecuadas.

Las sucesivas exploraciones por Chile permitieron aproximarse gradualmente a la realidad física del territorio; de modo análogo, la fijación de referencias estables por medio de la fundación de ciudades permitió reducir progresivamente la connotación de vastedad del paisaje. La región chilena, paso a paso, dejaba de ser un territorio enigmático -donde se aventuraban los adelantados sin saber cual era su destino- y devino en un territorio real del que se conocían sus principales características, entre estas, las dimensiones del área colonizada y las distancias entre ciudades.

<sup>170</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.42

<sup>171</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.43

<sup>172</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.45

<sup>173</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.54

<sup>174</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.68

<sup>175</sup> A modo de ejemplo, Valdivia explica que el río Itata estaba a 40 leguas de Santiago. VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.152

<sup>176</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. pp.112-113



El conocimiento de la realidad dimensional de la región chilena alcanzó su mayor nivel en el siglo XVIII, cuando se realizaron varias expediciones terrestres y navales para describir, en la cartografía y en los planos de ciudades, la verdadera extensión del territorio. Estas actividades de reconocimiento precedieron a otras acciones de dominio como la construcción de nuevos caminos o mejoramiento de los existentes, con lo cual, además, fue posible disminuir el aislamiento entre ciudades y fortalecer las comunicaciones terrestres entre los centros poblados y otros elementos de la estructura de colonización como haciendas, puertos y fuertes.

Determinar las reales dimensiones del territorio era un problema en Chile porque las ciudades ocupaban una parte ínfima de una región enorme y casi despoblada. En este contexto de incertidumbre, las ciudades -referencias orientadoras fijas- servían para especificar los desplazamientos por el territorio, indicar el comienzo y final de los recorridos y puntualizar la partida y el regreso de las exploraciones. Igualmente, permitían dimensionar las áreas colonizadas y conocer la longitud de los trayectos desde el espacio dominado hasta las zonas recién descubiertas donde era necesario ampliar la red de colonización.

El proceso de ocupación fue sostenido por una red de itinerarios materializados en los caminos que, además de conectar a las ciudades, eran referencias de la medida del espacio. A través de sus desplazamientos, los conquistadores podían precisar la distancia que separaba a las fundaciones y registrar en los mapas el trazado de los caminos y la posición de las misiones, fuertes, haciendas, caminos y elementos del relieve; en síntesis, transformaban a los paisajes incógnitos en paisajes conocidos y referenciados, donde era posible orientarse.

En los primeros dibujos de coloniales realizados en el siglo XVI, junto a las ciudades se registraron los senderos y las huellas que surcaban el territorio<sup>177</sup> subrayando la importancia que tenían las comunicaciones terrestres entre fundaciones. En épocas posteriores, la representación de los caminos alcanzó mayor significación. Durante el siglo XVIII, la cartografía de Chile informaba de las rutas para acceder a fuertes, ciudades y haciendas; los caminos eran parte del contenido básico de los mapas del territorio e inclusive se hicieron planos específicos de sus trazados.

El trazado de los caminos como base para establecer las dimensiones del territorio alcanzó tal relevancia que en ocasiones fueron los elementos más destacados de la cartografía. Hay numerosos dibujos donde los caminos son el tema medular y otros elementos de dominio –incluyendo a las ciudades- sólo fueron representados como puntos de referencia para describir los itinerarios terrestres y marítimos. En otros casos es visible la relación directa de los caminos con la trama de calles y la plaza mayor de las ciudades. La variedad de formas de representación de los caminos es un reflejo del protagonismo de los recorridos y las rutas de enlace para completar la información cartográfica y como expresión de dominio de la vastedad.

---

<sup>177</sup> DE TERÁN, Fernando: *La forma de la ciudad hispanoamericana a través de sus representaciones*. Publicado en *El urbanismo en el Nuevo Mundo*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Editado por Secretaría de Estado de Cultura. Subdirección General de Información y Publicaciones. 2002. p. 9



### 2.3.1 Los recorridos entre ciudades y la medición del territorio

A través de los recorridos se expandía el área territorial de dimensiones conocidas y se reducía la vastedad –en cuanto espacio sin referencias de medida- porque los conquistadores se preocupaban por dimensionar y divulgar los tiempos de viaje y la longitud de cada nuevo itinerario. En contraste, las zonas no exploradas o que aún no estaban incorporadas a la red de colonización eran espacios inmensos donde los recorridos tenían los riesgos de todo desplazamiento hacia un destino desconocido o que se emprendía ignorando la extensión del viaje.

El tiempo necesario para atravesar las diferentes zonas de Chile o para recorrer las distancias entre ciudades es otro antecedente indicativo de la complejidad que tenía la conquista de la región. La duración de los viajes se expresa en las distancias que era preciso salvar, a caballo o caminando, para completar unos trayectos terrestres enormes. En el siguiente cuadro se indican los tiempos necesarios para realizar los recorridos entre ciudades chilenas, diferenciando los tiempos teóricos y la duración real que tenían los viajes.

**Tiempos de viaje teóricos para recorrer la región de Chile**

Trayectos		Distancia (leguas)	Tiempos de viaje (días o jornadas)	Tipo de viaje	Fuente
Partida	Llegada				
Atacama	Copiapó	120	20	terrestre (a caballo)	2
La Serena	Santiago	----	10 (*)	terrestre (a caballo)	1
Santiago	Valparaíso	----	2 (*)	terrestre (a caballo)	1
Santiago	Concepción	----	8 (*)	terrestre (a caballo)	1
Santiago	Mendoza	----	8 (en verano)	terrestre (a caballo)	2
Concepción	La Imperial	----	5 (*)	terrestre (a caballo)	1
La Imperial	Osorno	----	3 (*)	terrestre (a caballo)	1

(\*) *Tiempo teórico: no es una duración fija porque el tiempo del recorrido dependía del clima, época del año, ataques indígenas, condiciones del relieve o peso de las cargas.*

Fuentes: 1). ENCINA F. Antonio: *Historia de Chile*. op.cit. 2). GUTIERREZ: Secundino-José: *Las comunicaciones en América: de la senda primitiva al ferrocarril*. Editorial Mapfre. Madrid 1993. p.203

El tiempo teórico de un viaje era sólo una vaga referencia porque hasta avanzada la colonización no se disponía de instrumentos y técnicas de medición adecuadas para determinar medidas más precisas; por otra parte, interesaba conocer el tiempo de desplazamiento desde un lugar a otro en rasgos generales con la finalidad de tener una noción aproximada de las distancias. Cieza de León decía que entre el Cuzco y Chile había 1.100 leguas y fijó la misma medida para el trayecto de Quito al Cuzco; varios historiadores y cronistas repitieron esta cifra para referirse a las distancias entre regiones, transformándola, como señala Secundino Gutiérrez, en una especie de número mágico<sup>178</sup>. Desde otra perspectiva, esta medida simbólica, revela que la separación entre las ciudades sólo podía describirse en forma aproximada y, en general, la real longitud de los recorridos era una incógnita.

Pedro de Valdivia tardó once meses en realizar el trayecto por tierra desde El Cuzco a Santiago<sup>179</sup>. Respecto a la conexión marítima entre Chile y Perú, Secundino Suazo indica, que según Lizárraga, en los primeros años de la colonización, el viaje desde el puerto peruano de El Callao a Chile podía durar hasta un año<sup>180</sup>. Al respecto, se puede suponer que este recorrido debió ser resultado de una situación excepcional, pues, otros antecedentes señalan que la travesía de Valparaíso a El Callao, por las corrientes marinas, tardaba aproximadamente tres meses, mientras en la dirección inversa sólo ocupaba un mes<sup>181</sup>.

<sup>178</sup> GUTIERREZ: Secundino-José: *Las comunicaciones en América*. op.cit. p.144

<sup>179</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.53

<sup>180</sup> GUTIERREZ: Secundino-José: *Las comunicaciones en América*. op.cit. p.203

<sup>181</sup> SILVA, Osvaldo: *Atlas de Historia de Chile*. op. cit. p. 38

En todo caso, los informes de los científicos que participaron en las expediciones del XVIII indican que las distancias entre Chile y otras zonas de América eran enormes. La dificultad de los viajes hacia y desde Chile se incrementaba por la presencia del desierto de Atacama y la cordillera de Los Andes, dos obstáculos geográficos que, según las condiciones climáticas, implicaban prolongar el tiempo empleado para los recorridos terrestres entre Chile y los Virreinos del Perú y Río de La Plata.

González de Nájera, en su viaje desde Portugal a Chile, arribó a Río de Janeiro en enero de 1601; desde ahí escribió a Buenos Aires ordenando preparar aperos para emprender el camino a Chile, cruzando Los Andes. En febrero viajó a Buenos Aires, siguió hasta Tucumán y en mayo llegó a Mendoza. A pesar de su premura, debió esperar seis meses para cruzar Los Andes porque las intensas nevadas hacían imposible el tránsito hacia Santiago; donde llegó en octubre de 1601. El cronista se refiere a la obligación de cruzar Los Andes en el período estival –específicamente entre noviembre y abril- para evitar los accidentes causados por el abrupto relieve, las tormentas de nieve y bajas temperaturas invernales, pues, los españoles que habían emprendido el viaje en otros meses habían perecido congelados<sup>182</sup>.

En el informe de la expedición mineralógica a Chile que efectuaron entre 1795 y 1796, los hermanos Heuland dicen que se apresuraron en atravesar la cordillera de Los Andes para viajar a Santiago -inclusive forzando su partida desde Mendoza sin recorrer la zona cordillerana que permanecía inexplorada a pesar del interés que tenía para la expedición- con el fin de sortear los eventuales problemas que podría generar la proximidad del invierno; señalaron la urgencia de iniciar el viaje a Chile porque hasta un retraso de horas ponía en riesgo la expedición. No obstante, por las favorables condiciones del clima, tardaron sólo siete días hasta Santa Rosa de Los Andes y once días –en total- para llegar a Santiago.

Los hermanos Heuland explican que el correo a caballo salía desde Buenos Aires los días 17 de cada mes y tardaba 12 jornadas en llegar a Mendoza<sup>183</sup>. La duración del viaje dependía de la época del año. Este antecedente sirve para estimar el grado de aislamiento de Chile, especialmente, si se considera que el trayecto desde Mendoza –la ciudad chilena que servía de enlace en el recorrido entre las capitales de Chile y del virreinato de La Plata- y Santa Rosa de Los Andes les ocupó 7 días<sup>184</sup>; implica que el correo entre Santiago y Buenos Aires, en condiciones favorables, requería de un tiempo mínimo de 20 días porque entre Santa Rosa de Los Andes y Santiago había un día de camino. El viaje de Santiago y Valparaíso podía tardar entre 9 y 12 días por el camino de la costa, con carretas cargadas<sup>185</sup>. Según Encina, el trayecto entre Concepción y Santiago -separadas por 500 km- teóricamente tardaba 8 días aunque podía ocupar hasta un mes si se efectuaba en un invierno muy lluvioso<sup>186</sup>.

De estas experiencias se deduce lo dificultoso que era establecer la distancia entre ciudades utilizando como referencia el tiempo necesario para realizar los recorridos. La duración del viaje aumentaba si los mensajeros o las expediciones enfrentaban un clima adverso, accidentes de relieve, ataques indígenas o debían transitar por caminos y senderos en mal estado; además, los tiempos de viaje dependían de las cargas que llevaban los viajeros. Las travesías por mar también eran inciertas pues variaban según el clima, las mareas y los vientos. Frezier explica que el viaje desde Valparaíso a Coquimbo tardaba 24 horas, pero a causa del mal tiempo a ellos les tomó nueve días<sup>187</sup>.

<sup>182</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op.cit. p. 14

<sup>183</sup> ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición científica de los hermanos Heuland 1795-1800*. Ediciones Cultura hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación. Madrid 1978. p.36

<sup>184</sup> ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición científica de los hermanos Heuland 1795-1800*. op.cit. p.40

<sup>185</sup> GUTIERREZ: Secundino-José: *Las comunicaciones en América*. op.cit. p.214

<sup>186</sup> ENCINA; Francisco Antonio: *Historia de Chile*. op. cit. p.85

<sup>187</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit p. 131

### 2.3.2 Distancias territoriales según los cronistas

El tiempo teórico de un viaje y las distancias territoriales, como ya se explicó, eran sólo una referencia porque hasta avanzada la colonización no era posible establecer medidas definitivas. Al analizar y verificar los antecedentes proporcionados por los cronistas y los integrantes de las expediciones científicas surgen discrepancias que permiten aproximarse al real conocimiento sobre las dimensiones del territorio en las distintas fases de la urbanización.

Pedro de Valdivia entrega los primeros antecedentes acerca de los recorridos por el territorio chileno. Una particularidad de sus descripciones es que se apoyó en ríos y valles como referencias para determinar las distancias entre trayectos. Este método puede explicarse por la escasa urbanización y, en consecuencia, el bajo número de ciudades que le pudieran servir de referencia. La dificultad de este procedimiento es que, a diferencia de las ciudades que son puntos localizables y fijos, los elementos del paisaje son líneas –ríos y esteros– o áreas indeterminadas –valles y extensiones de bosques– que no permiten individualizar un punto específico.

Al comparar las medidas descritas por Pedro de Valdivia con las medidas reales del territorio se advierte que el cronista se equivocó al situar a los ríos respecto de las ciudades; indica que el río Itata está a 222.8 Km de Santiago cuando se encuentra a una distancia aproximada de 400 Km, cifra que duplica la medida calculada por Valdivia. El río Bío Bío, a pesar de su importancia para el proceso de urbanización, es otra referencia geográfica erróneamente localizada. En relación con el río Cautín, uno de los principales de La Araucanía, se advierte un error similar.

#### Distancias territoriales según Pedro de Valdivia<sup>188</sup>

Origen	Destino	Distancias			N° pág
		Documento histórico		Real	
		Leguas <sup>189</sup>	Km	Km	
La Serena	Valle de Copiapó	100	557	---	42
La Serena	Valle del Maule	30	167,1	---	43
Copiapó	Valle del Aconcagua	10	55.7	---	45
Santiago	Valle del Aconcagua	12	66.8	---	54
Copiapó	Valle del Maule	135	752	---	68
Santiago	Río Itata	40	222.8	<b>400</b>	152
Santiago	Río Bío Bío	50	278.5	<b>519</b>	93
Concepción	Río Cautín	30	167.1	<b>287</b>	170

Fuente: VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*

González de Nájera describió las dimensiones del territorio y los trayectos utilizando a las ciudades como referencias. En contraste con Pedro de Valdivia, sólo alude a los elementos del paisaje cuando indica la posición de San Luis de Loyola en relación con el río de La Plata, posiblemente, por no tener un punto fijo al que remitirse. En la crónica de González de Nájera se detecta el interés por comprobar los tiempos de viaje entre Santiago del Nuevo Extremo y Mendoza; en el análisis de este trayecto destacó los problemas de accesibilidad a Chile, cruzando Los Andes. Al comparar las distancias reales de los recorridos con los datos aportados por González de Nájera se deduce que a comienzos del siglo XVII, cuando el cronista viajó a Chile, había información más completa de las distancias territoriales porque sus descripciones no contienen confusiones que puedan compararse con los errores de Valdivia.

<sup>188</sup> En color rojo se destacan los datos de distancia que tienen errores de cálculo o apreciación

<sup>189</sup> Una legua equivale a 5.57 km

**Distancias territoriales según Alonso González de Nájera<sup>190</sup>**

Origen	Destino	Distancias			N° pág
		Documento histórico		Real	
		Leguas	Km	Km	
Santiago	Concepción	70	389.9	<b>491</b>	12
Santiago	Mendoza	40	222.8	<b>279</b>	14
Mendoza	S. Juan de La Frontera	30 (al S)	167.1	<b>180</b>	15
Río de La Plata	S. Luis de Loyola	170	946.9	---	15

Fuente: GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*.

Fray Diego de Ocaña, utilizando un procedimiento parecido al seguido por González de Nájera, describió las distancias tomando como referencias a las ciudades y sólo, excepcionalmente, a elementos naturales como ríos, valles y ciénagas. Se preocupó por indicar la distancia entre la costa y Santiago del Nuevo Extremo, tal vez para destacar la importancia de las comunicaciones marítimas. Una cualidad distintiva de sus mediciones es que estableció la longitud de varios recorridos por la zona sur de Chile, tomando como referencia a la ciudad de Concepción; considerada un enclave colonial de jerarquía relevante por su función militar y centro desde donde se dirigía la guerra de Arauco. Pese a su notoria preocupación por describir las distancias en forma detallada -tema que ocupa varias páginas de su crónica- cuando Ocaña se refiere al recorrido entre el Camino Real y el río Laja, lo define ambiguamente **a un tiro de arcabuz<sup>191</sup>**. Sin embargo, estableció perfectamente la ubicación central de San Bartolomé de Chillán, situando a la ciudad en el valle del río Ñuble, en un lugar equidistante entre la cordillera de Los Andes y el océano Pacífico. Este antecedente coincide con la realidad y es una cualidad característica de la ciudad.

**Distancias territoriales según Fray Diego de Ocaña<sup>192</sup>**

Origen	Destino	Distancias			N° pág
		Documento histórico		Real	
		Leguas	Km	Km	
Valle de Copiapó	Coquimbo	2	11.14	---	32
Coquimbo	Santiago	70	389.9	<b>574</b>	33
Océano Pacífico	Santiago	10	55.7	<b>100</b>	33
Puerto (Valparaíso)	Santiago	18	100.26	<b>130</b>	33
Santiago	Chillán	60	334.2	<b>399</b>	33
Río Ñuble	Chillán	5	27.85	<b>20</b>	33
Océano Pacífico	Chillán	10	55.7	<b>60</b>	34
Cordillera	Chillán	10	55.7	<b>54</b>	34
Concepción	Chillán	14	77.98	<b>120</b>	35
Concepción	Cuesta de Villagrán	3	16.71	<b>40</b>	35
Concepción	Angol	25	139.25	<b>146</b>	35
Concepción	Angol	18	100.26	<b>146</b>	38
Concepción	Río Cautín	20	111.4	<b>287</b>	35
Océano Pacífico	La Imperial	3	16.71	<b>28</b>	35
Chillán	Chiloé	120	668.4	<b>880</b>	37
Angol	La Imperial	20	111.4	<b>163</b>	38
La Imperial	Ciénaga de Purén	10	55.7	----	38
La Imperial	Costa Isla Mocha	4	22.28	----	39
La Imperial	Valdivia	24	133.68	<b>265</b>	40
Valdivia	Osorno	14	77.98	<b>107</b>	40
Osorno	Chiloé (Ancud)	40	222.8	<b>199</b>	41

Fuente: OCAÑA, Diego de: *Viaje a Chile*

<sup>190</sup> En color rojo se destacan los datos de distancia que tienen errores de cálculo o apreciación y en azul los que corresponden aproximadamente a las distancias reales.

<sup>191</sup> OCAÑA: Diego de: *Viaje a Chile*. op. cit. p.34

<sup>192</sup> En color rojo se destacan los datos de distancia que tienen errores de cálculo o apreciación y en azul los que corresponden aproximadamente a las distancias reales.

**Distancias territoriales según Jerónimo de Quiroga<sup>193</sup>**

Origen	Destino	Distancias			N° pág
		Documento histórico		Real	
		Leguas	Km	Km	
Copiapó	La Serena	+ 100	+ 557	<b>348</b>	12
La Serena	Santiago	+ 100	+ 557	<b>574</b>	12
Santiago	Concepción	+ 100	+ 557	<b>491</b>	14
Concepción	Valdivia	80	445.6	<b>574</b>	14
Valdivia	Chiloé	30	167.1	---	14

Fuente: QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*.

Jerónimo de Quiroga recorrió Chile a comienzos del siglo XVIII y sólo se apoyó en las ciudades como referencias para medir el espacio; además, consiguió establecer distancias y longitudes de trayectos más aproximados a la realidad del territorio, lo que es una evidencia del progreso alcanzado en el conocimiento de las dimensiones del espacio después de transcurrido un siglo y medio desde el inicio de la conquista.

La complejidad del relieve interrumpía ciertos recorridos y reducía la posibilidad de establecer las dimensiones de la región. Esta situación ocurría en territorios donde los itinerarios estaban condicionados por el clima o los cambios de las corrientes marinas y no siempre podían realizarse siguiendo derroteros predeterminados. Es el caso del archipiélago de Chiloé, donde los recorridos terrestres debían cambiarse si los ríos tenían mayor caudal y las trayectorias marítimas de las misiones circulantes debían adaptarse a las variaciones de las corrientes marinas o se debía prolongar la permanencia en los refugios para sortear las circunstancias climáticas adversas.

Conocer la medida o la duración de los trayectos no siempre era representativo del dominio de la vastedad; situación que se advierte en el caso de Santiago de Castro. La ciudad estaba fundada en una provincia circundada por territorios no colonizados y reductos indígenas; ambas circunstancias, tal como indica Urbina, acentuaban el aislamiento de la ciudad, que permaneció desvinculada de toda otra población de españoles. Cuarenta leguas<sup>194</sup> separan a la Isla Grande de Chiloé de Valdivia; esta última ciudad al estar enclavada en un territorio dominado por indígenas rebeldes y por su carácter de presidio no admitía relaciones significativas con otras ciudades. Además, entre Santiago de Castro y Concepción había una distancia 120 leguas<sup>195</sup> y de 200 leguas<sup>196</sup> al puerto de Valparaíso; otro dato relevante son las 900<sup>197</sup> leguas que separaban a Castro de la ciudad de Lima, capital virreinal y el único centro de jerarquía continental con el cual las islas mantenían contactos regulares durante el siglo XVIII a través del comercio marítimo<sup>198</sup>.

El trayecto hasta Chiloé, desde cualquier punto del territorio de Chile, se realizaba por mar porque las comunicaciones terrestres se habían suspendido al comienzo del siglo XVII debido a la presencia de indígenas rebeldes a los españoles en las áreas de acceso desde tierra firme. La distancia al estrecho de Magallanes se cubría en un período que fluctuaba entre treinta y cuarenta días de navegación. Por su alto nivel de aislamiento, el territorio jurisdiccional de Chiloé fue uno de los más extensos –y desconocidos– de Chile; además, el dominio español de Chiloé se proyectaba sobre inmensos espacios geográficos que estaban al margen de la colonización o todavía eran tierras inexploradas, como ocurría con el territorio austral<sup>199</sup>.

<sup>193</sup> En color rojo se destacan los datos de distancia que tienen errores de cálculo o apreciación y en azul los que corresponden aproximadamente a las distancias reales.

<sup>194</sup> Equivale 222,9 km

<sup>195</sup> Equivale a 668,7 km

<sup>196</sup> Equivale a 1.114,4 km

<sup>197</sup> Equivale a 5.115,4 km

<sup>198</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. pp. 20-21

<sup>199</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 21

### 2.3.3 Las distancias territoriales en los informes de las expediciones científicas

Al analizar los antecedentes históricos sobre las distancias entre ciudades chilenas se observan discrepancias si se comparan los testimonios proporcionados por los cronistas con las informaciones aportados por científicos e ingenieros militares. Las diferencias se explican porque los cronistas, que básicamente actuaron en los dos primeros siglos de la conquista, debieron desplazarse por un territorio del cual nada se sabía, sin disponer de mapas, instrumentos ni adecuadas técnicas de medición.

En contraste, los integrantes de expediciones científicas realizadas en el siglo XVIII poseían conocimientos geográficos avanzados, instrumentos y técnicas de medición más precisas y una base de conocimiento acerca de las características territoriales –generado en varios casos por los capitanes que dirigieron la conquista al inicio del período colonial- que les permitía comparar los antecedentes que iban registrando en sus exploraciones con las referencias disponibles.

#### Distancias territoriales según Amadeo Frezier<sup>200</sup>

Origen	Destino	Distancias			N° pág
		Documento histórico		Real	
		Leguas	Km	Km	
Río Las Cruces	Valdivia	7	38.99	---	54
Isla Santa María	Tetas del Bío Bío	10 ( NE)	55.7	---	55
Tetas del Bío Bío	Talcahuano	2 (al N)	11.14	<b>12</b>	55
Río Bío Bío	Purén	15	83.55	<b>90</b>	61
Concepción	Fuerte de San Pedro	3	16.7	<b>30</b>	63
Valparaíso	Bahía de Quintero	5	27.8	<b>51</b>	93
Valparaíso	Caserío de Zapata	30	167.1	<b>56</b>	97
Valparaíso	Santiago	28	155.96	<b>130</b>	98
Valparaíso	Valle de Quillota	9	50.13	<b>48</b>	110
Valparaíso	Aldea de Concón	2	11.14	<b>15</b>	116
Tongoy	Coquimbo	8 (al S)	44.56	<b>48</b>	122
Coquimbo	Minas de Copiapó	100	557	---	127
Coquimbo	Minas de cobre	3 (NE)	16.7	---	127
Coquimbo	Chañaral	4 ( NO)	22.3	<b>497</b>	130
Chañaral	Quebrada Honda	5 (al N)	27.8	---	130
Copiapó	Minas de oro	2-3	12	---	132
Copiapó	Minas de lapizlázuli	15	83.55	---	132
S. Pedro Atacama	Costa	40	222.8	<b>228</b>	134
Atacama La Baja-Chiu Chiu	Calama	6	33.42	<b>33</b>	135
Chiu Chiu	Lipes	70	389.9	<b>400</b>	135

Fuente: FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*.

Las distancias proporcionadas por Frezier son detalladas, precisas y corresponden a la realidad territorial, lo que refleja su formación profesional. Una excepción son los recorridos entre Valparaíso y el caserío de Zapata o entre Coquimbo y Chañaral que describe con discrepancias tan significativas en comparación con las medidas reales del espacio que posiblemente son errores de transcripción.

Una particularidad de su informe fue considerar a los puertos como referencias para calcular las distancias, evidenciando que integraba una expedición naval organizada para levantar cartografía del litoral. Otra característica de su trabajo es que discute la información aportada por los cronistas; dice que entre Valparaíso<sup>201</sup> y Santiago había 28 leguas –equivalentes a 155.96 Km-, desmintiendo a Herrera, quien señala una distancia de 14 leguas –correspondiente a 77.98 km-. La medida indicada por Frezier es correcta aunque difiere de datos posteriores porque realizó el trayecto cuando el camino todavía no se había mejorado y debió recorrer una ruta más larga

<sup>200</sup> En color rojo se destacan los datos de distancia que tienen errores de cálculo o apreciación y en azul los que corresponden aproximadamente a las distancias reales.

<sup>201</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.98



y sinuosa para atravesar la compleja topografía de la cordillera que separa al litoral de los valles interiores. El texto de Frezier también contiene información sobre los territorios cruzados por las rutas; describe el trayecto entre Chiu Chiu y Lipés como un viaje de ocho días atravesando un extenso espacio donde ni siquiera se podía encontrar una vivienda y se cruzaba una montaña de doce leguas donde no había agua ni árboles<sup>202</sup>. Describió el acceso a los puertos y costas, los recursos naturales y la economía de Chile; a modo de ejemplo señala que durante los ocho días que permaneció en Valparaíso salieron del puerto treinta navíos cargados de trigo<sup>203</sup>.

#### Distancias territoriales según Conrado y Cristiano Heuland<sup>204</sup>

Origen	Destino	Distancias			N° pág
		Documento histórico		Real	
		Leguas	Km	Km	
Buenos Aires	Mendoza	266	1481.6	<b>1449</b>	29
Santiago	Laguna de Pudahuel	4	22.3	<b>23</b>	41
Santiago	Valparaíso	30	167.1	<b>130</b>	41
Puerto de Caldera	Valle de Copiapó	8	44.56	---	43
Puerto de Caldera	Hacienda Ramadillas	20	111.4	---	43
Hacienda Ramadillas	Copiapó	5	27.8	---	43
Puerto de Caldera	Copiapó	25	139.25	<b>74</b>	43
Copiapó	Minas de Andacollo	10	55.7	---	75
Huasco	Coquimbo	60	334.2	<b>255</b>	74
San Rafael de Rozas	Hacienda de Chuapa	10	55.7	---	91
Petorca	Santiago	40	222.8	<b>218</b>	92

Fuente: ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición científica de los hermanos Heuland 1795-1800*

Los hermanos Heuland se concentraron en señalar las distancias que separaban a las ciudades de los yacimientos mineros, enfocándose en las áreas próximas al valle de Copiapó. Su informe, por esto, es más valioso para el conocimiento de la zona minera comprendida entre Santiago y San Francisco de La Selva. En contraste con la exactitud con que describen las distancias y las localizaciones de los yacimientos y vetas de minerales, proporcionan información confusa y errónea cuando indican la distancia entre el litoral y las ciudades. De modo semejante a Frezier, los hermanos Heuland se refieren a las condiciones de los caminos, la topografía y los problemas que se debían enfrentar en trayectos complejos como el cruce de Los Andes.

#### Distancias territoriales según Charles Darwin<sup>205</sup>

Origen	Destino	Distancias			N° pág
		Documento histórico		Real	
		Leguas	Km	Km	
Santiago	San Fernando	40	222.8	<b>200</b>	143
San Carlos de Ancud	Volcán Corcovado		150	---	179
San Carlos de Ancud	Volcán Aconcagua		772	---	179
San Carlos de Ancud	Castro	12	66.84	<b>85</b>	181
Valdivia	Puerto en el litoral		16	<b>15</b>	187
Valparaíso	Coquimbo (línea recta)		675	---	239
Copiapó	Puerto en el litoral	18	100.26	---	273

Fuente: DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*

Charles Darwin recorrió Chile dos décadas después de la independencia de España, cuando la región todavía no había experimentado cambios significativos en relación con la ocupación colonial del territorio. Darwin centró su interés en los caminos y los impedimentos derivados del relieve y el clima para efectuar algunos recorridos. Sus descripciones abarcan gran parte del territorio chileno, sus exploraciones por el

<sup>202</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.135

<sup>203</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.111

<sup>204</sup> En color rojo se destacan los datos de distancia que tienen errores de cálculo o apreciación y en azul los que corresponden aproximadamente a las distancias reales.

<sup>205</sup> En color azul se destacan las medidas que corresponden a las distancias reales.

litoral y parte de las laderas de Los Andes; también es posible observar que con frecuencia realizó los viajes apartándose de los trayectos establecidos con el fin de efectuar estudios de la flora y fauna, por lo tanto, proporciona antecedentes que no se encuentran en otros documentos de la época. Considerando que utilizó senderos alternativos o exploró zonas marginadas de los recorridos tradicionales, no siempre es posible establecer comparaciones con otras rutas. Su principal contribución son sus observaciones sobre los trayectos por el desierto de Atacama que consideraba *infranqueable*<sup>206</sup>, el tiempo de viaje<sup>207</sup> entre Valdivia y Chiloé –recorrido terrestre casi desconocido en su época- y la descripción de los caminos y posibles nuevas rutas en el archipiélago de Chiloé. Su trabajo permite dimensionar el aislamiento de Santiago de Castro y valorar su condición de único centro urbano en medio de un territorio enorme y plagado de peligros para los viajeros<sup>208</sup>.

Las distancias en el archipiélago de Chiloé eran más complejas de determinar por la imposibilidad de establecer rutas estables por tierra o mar. Rosales se refiere a esta situación cuando señala que desde el puerto de Chacao a Santiago de Castro había seis leguas, pero, si el recorrido se realizaba por tierra era preciso avanzar talando los montes y caminar por senderos pantanosos; por esto, lo común era viajar por mar en piraguas, rodeando a la Isla Grande<sup>209</sup>. No obstante, la navegación por el archipiélago era una de las más arriesgadas de las costas chilenas y los maestros y pilotos estaban obligados a organizar los viajes procurando llegar a la Isla Grande o a Santiago de Castro entre noviembre y marzo; pasado estos meses se exponían a mayores peligros o a permanecer anclados en algún cobijo costero todo el invierno.



**Bosques y acantilados costeros en el archipiélago de Chiloé<sup>210</sup>**

Las travesías entre las islas menores del archipiélago también eran inseguras por el viento y aunque la distancia entre islas es corta, los canales angostos y los escollos costeros aumentaban los riesgos. Al interior de las islas, la espesura de los bosques dificultaba los recorridos y, por lo escabroso del terreno a veces se debía caminar por las playas, aunque éstas también eran peligrosas porque el mar las inundaba y las trayectorias, que debían variar con las mareas, con frecuencia eran impedidas por puntas escarpadas<sup>211</sup>. El viaje desde El Callao a Chiloé tardaba más de un mes; según el testimonio de Pedro González<sup>212</sup>, se necesitaban 42 días de navegación y cuando sólo faltaba un día para arribar a San Carlos de Ancud, el fuerte viento puso en riesgo el viaje. En Chiloé, la vastedad del paisaje se acentuaba por la dificultad de determinar las distancias entre asentamientos o precisar itinerarios terrestres o marítimos debido al clima, lo abrupto del relieve y las fuertes corrientes marinas.

<sup>206</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op. cit. p. 261

<sup>207</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op. cit. p. 187

<sup>208</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op. cit. p. 181

<sup>209</sup> ROSALES, Diego: *Historia general del Reyno de Chile: Flandes Indiano*. Imprente de El Mercurio, Valparaíso 1877-1878. Volumen 2. p. 298

<sup>210</sup> Imágenes en ARANEDA, José Armando: *Chiloé, un legado universal*. op.cit. pp. 12, y 14

<sup>211</sup> GONZÁLEZ DE AGUEROS, Pedro: *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé, en el Reyno de Chile y Obispado de la Concepción*. Imprenta de Benito Cano Madrid, 1791. pp. 68-69 Copia en Biblioteca Nacional. Biblioteca Americana Diego Barros Arana.

<sup>212</sup> GONZÁLEZ DE AGUEROS, Pedro: *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé, en el Reyno de Chile y Obispado de la Concepción*. op.cit. p.169

### 2.3.4 Importancia del paisaje en la distribución espacial de las ciudades

Las distancias entre fundaciones se fijaban considerando la necesidad de reducir los espacios despoblados entre las ciudades y disminuir el número de núcleos aislados en la vastedad; también dependían de las características morfológicas del territorio. Al observar la distribución espacial de las primeras fundaciones chilenas se advierte que las ciudades de las zonas norte y central presentaban, durante la fase inicial de la colonización, una dispersión mayor que las fundaciones realizadas en la zona sur; esta diferencia se explica básicamente por las condiciones de relieve.

A finales del siglo XVI, en el extenso territorio de valles continuos que se despliega entre La Serena y la ribera norte del río Bío Bío se habían fundado cuatro ciudades -La Serena, Santiago, Chillán<sup>213</sup> y Concepción- separadas entre sí por una distancia promedio de 500 km<sup>214</sup>. En la zona sur -definida a partir del eje geográfico del río Bío Bío- donde el territorio está fragmentado por la topografía y numerosos ríos que seccionan el espacio en valles menores, la separación entre ciudades era inferior en comparación con las ciudades fundadas en los valles espacialmente continuos. En la zona sur, la distancia entre ciudades fluctuaba entre 100 y 260 kms. La separación entre Concepción y Angol se extiende por 146 Kms, entre Angol y La Imperial es de 163 Kms, entre Valdivia y Osorno alcanza a 107 kms. Incluso la mayor longitud entre las ciudades de La Imperial y Valdivia -correspondiente a 265 kms- equivalía a la mitad de la distancia promedio que separaba a las ciudades fundadas al norte del río Bío Bío. Una situación similar ocurre con la distancia entre Osorno y Santiago de Castro aunque, en este caso, el tiempo de viaje era mayor debido a la dificultad que entrañaba el recorrido porque se combinaban trayectos terrestres por senderos casi inexistentes con travesías marítimas por rutas peligrosas.

La fragmentación del territorio al sur del río Bío Bío explica porqué en una jornada a caballo se recorrían distancias menores en comparación con los trayectos en las zonas central y norte, donde el relieve de valles permitía salvar intervalos mayores. Las diferencias en los tiempos necesarios para realizar los recorridos se reflejan en las desiguales distancias entre las ciudades. La situación descrita se mantuvo sin variaciones hasta finales del siglo XVI cuando, después del despoblamiento del sur, aumentó la separación entre ciudades porque Valdivia -única ciudad sobreviviente de la destrucción del año 1598- quedó aislada de Concepción por una distancia de 574 Km. Una variación inversa en las distancias se manifiesta en los territorios que se extienden al norte del río Bío Bío donde las nuevas fundaciones realizadas en los valles de la zona central desde mediados del siglo XVIII hicieron posible reducir las separaciones entre ciudades. Estos procesos opuestos reflejan el dinámico avance de la colonización en el territorio al norte del río Bío Bío, que contrastaba con el estancamiento de la colonización en la zona sur.

La separación entre ciudades también fue determinada por la existencia de recursos naturales; al examinar las fundaciones realizadas entre 1742 y 1794<sup>215</sup> se puede notar la disminución de las distancias entre ciudades fundadas en los valles mineros comprendidos entre Santiago del Nuevo Extremo y San Francisco de La Selva; también se advierte una reducción de la distancia entre las nuevas ciudades que se fundaron en los valles agrícolas, desde Santiago del Nuevo Extremo a Concepción.

<sup>213</sup> San Bartolomé de Chillán fue fundada el año 1580 a 120 kms de Concepción, pero fue un núcleo de escaso desarrollo y de importancia menor a Concepción que era la ciudad que seguía en jerarquía a Santiago; por esta razón, los nexos principales eran entre las ciudades de La Serena, Santiago y Concepción; todas separadas por distancias cercanas a 500 kms.

<sup>214</sup> Esta situación se mantiene hasta mediados del siglo XVIII

<sup>215</sup> Las fechas corresponden a fundaciones realizadas en el territorio comprendido entre Santiago y el río Bío Bío. En 1742 se fundó Nuestra Señora de las Mercedes de Manso, junto al río Tutubén por orden de José Manso de Velasco y en 1784 fue la fundación de San Ambrosio de Linares por decreto de Ambrosio Ohiggins con los pobladores de la fracasada fundación de San Javier de Bella Isla.

En contraste, la zona sur mantuvo su carácter de espacio abandonado porque sólo se registra la fundación de una ciudad, correspondiente a Nuestra Señora de Los Ángeles, realizada en 1741 por el conde de Superunda. En este territorio, las únicas acciones que disminuyeron parcialmente el aislamiento entre asentamientos fueron el conjunto de plazas fuertes levantadas en el eje del río Bío Bío y las misiones que se fundaron en La Araucanía.

#### Distancias entre fundaciones del siglo XVI

Ciudad origen zonas norte y centro	Ciudad destino zonas norte y centro	Distancia (Km)
Santiago del Nuevo Extremo	La Serena	574
	Concepción en Penco	519
Ciudad origen zona río Bío Bío	Ciudad destino zona sur	Distancia (Km)
Concepción en la bahía de Penco	Angol o Los Confines	146
Ciudad origen zona sur	Ciudad destino zona sur	Distancia (Km)
Angol o Los Confines	La Imperial	163
La Imperial	Valdivia	265
Valdivia	Osorno	107
Osorno	Santiago de Castro	284

#### Distancias entre fundaciones del siglo XVIII

Ciudad origen valles mineros	Ciudad destino valles mineros	Distancia (Km)
San Francisco de La Selva	San Ambrosio de Vallenar	150
San Ambrosio de Vallenar	La Serena (siglo XVI)	198
La Serena (siglo XVI)	San Rafael de Rozas	264
San Rafael de Rozas	Santa Ana de Briviesca	92
Santa Ana de Briviesca	Santo Domingo de Rozas	62
Ciudad origen valles agrícolas	Ciudad destino valles agrícolas	Distancia (Km)
Santiago del Nuevo Extremo (siglo XVI)	Santo Domingo de Rozas	156
	San Felipe El Real	104
	Santa Rosa de Los Andes	86
	Casablanca	94
	Santa Cruz de Triana	116
Santa Cruz de Triana	San Fernando	107
San Fernando	San José de Buenavista	52
San José de Buenavista	San Ambrosio de Linares	80
San Ambrosio de Linares	Santa Luisa de Parral	51
Santa Luisa de Parral	San Carlos	48
San Carlos	San Bartolomé de Chillán (s. XVI)	32
San Bartolomé de Chillán (s. XVI)	Concepción en el valle de La Mocha	120
Ciudad origen eje del río Bío Bío	Ciudad destino eje del río Bío Bío	Distancia (Km)
Concepción en el valle de La Mocha	San Juan Bautista de Hualqui	24
	San Rafael de Talcamávida	52
	Santa Juana de Guadalcázar	50
	Nacimiento	113
Ciudad origen eje del río Bío Bío	Ciudad destino sur del río Bío Bío	Distancia (Km)
Concepción en La Mocha	Nuestra Señora de Los Ángeles	127

Desde una perspectiva que refleja tanto su formación militar como su conocimiento del territorio, Vicente Carvallo y Goyeneche describe las distancias que separaban a los fuertes fundados al sur de la ciudad de Nuestra Señora Los Ángeles y las otras estructuras defensivas levantadas siguiendo el eje del río Bío Bío<sup>216</sup>. En su registro se denotan las separaciones entre las plazas fuertes fundadas en el curso medio del río y Nuestra Señora de Los Ángeles así como la dilatada distancia que separaba a esta misma ciudad de los fuertes de Príncipe Carlos de Villucura y Santa Bárbara, ambos fundados en la parte alta de la cuenca del río.

#### Distancia entre fundaciones en el eje del río Bío Bío

Ciudad o plaza de referencia	Plaza fuerte en el río Bío Bío	Distancia (leguas)
Nuestra Señora de Los Angeles	San Agustín de Mesamávida	3
	San Carlos de Purén	5
	Santa Bárbara	11
	Príncipe Carlos de Villucura	18
	Nacimiento	5
Santa Bárbara	Nacimiento	16
Santa Bárbara	San Carlos de Purén	6
San Carlos de Purén	San Agustín de Mesamávida	4

Las distancias entre fortificaciones –menores en comparación con las separaciones entre ciudades- reflejan las complicaciones territoriales y la consiguiente necesidad de acercar a los fuertes entre sí para apoyarse mutuamente y fortalecer al sistema defensivo. Esta situación fue registrada por Carvallo y Goyeneche cuando describe el complejo paisaje en el área de influencia del fuerte de Santa Bárbara indicando que cinco leguas más arriba del fuerte, las corrientes del Bío Bío pierden su rapidez y entran en una garganta de 200 toesas<sup>217</sup> de largo, 25 de alto y 3,5 de ancho; desde ahí bajan sin movimiento perceptible y admiten la construcción de un puente en la salida del canal porque –al disminuir lo escarpado del risco y su corte natural casi vertical- se presentaban condiciones para construir escalones a pico y barreta que, aunque eran peligrosos, servían para subir y bajar<sup>218</sup>.

En el siglo XVIII, el conocimiento del territorio y la disminución de los espacios sin colonizar –por la existencia de un mayor número de ciudades, haciendas y fuertes- y los caminos de mejor calidad permitieron disminuir los tiempos de viaje entre los diferentes puntos de la estructura de colonización que se desplegó al norte del río Bío Bío. En las zonas norte y centro, la existencia del Camino Real era la ruta que determinaba la posición y distancias entre las ciudades de modo que sirvieran como puntos de descanso de los recorridos.

La distancia entre ciudades también estuvo condicionada por la presencia de ríos, que fueron esenciales para disponer de agua dulce y tierras fértiles, aunque a veces la continuidad topográfica de los sitios de fundación era interrumpida por los cauces que los surcaban. Por otra parte, además de aportar agua para fertilizar los ejidos y terrenos agrícolas adyacentes a las ciudades o abastecer a las acequias de riego de huertos y jardines –como ocurría en Santiago del Nuevo Extremo, San Martín de La Concha, San Fernando y San Agustín de Talca- varios ríos servían como medio de transporte fluvial. El río Bío Bío cumplía esta función porque los habitantes de San Rafael de Talcamávida lo utilizaban para comerciar las maderas que obtenían de los bosques cercanos enviándolas a través del río hasta al puerto de Talcahuano; esta modalidad de transporte aliviaba las dificultades ocasionadas por el aislamiento y la falta de caminos adecuados.

<sup>216</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. pp. 127-129

<sup>217</sup> La toesa es una antigua medida de longitud que equivale a un metro y 949 milímetros.

<sup>218</sup> CARVALLO GOYENECHÉ, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. op.cit. p. 168

## 2.4 La ciudad como referencia cultural en la vastedad

Esta sección se enfoca al análisis de las ciudades coloniales considerando su función de referencias para situarse culturalmente en la vastedad. Al respecto -tal como se señaló en el punto 2.1- Morales plantea que el hombre auténticamente centrado no quien está en el punto medio de un espacio, tampoco es quien se sabe referido con certeza al estar orientado por recursos como la brújula y el sextante; sino aquel que reconoce lo suyo en todo lo que le rodea<sup>219</sup>. La idea básica contenida en esta cita permite concluir que la fundación de ciudades, además de su relevancia para asentar la soberanía española sobre un inmenso territorio, permitió habitar paisajes inexplicables mediante una forma de dominio que, por remitirse a los valores más arraigados en la cultura española, influyó decisivamente en la construcción de una nueva realidad física y cultural, donde los colonizadores podían distanciarse de la incertidumbre y desarraigo que entrañaban los paisajes de la vastedad.

Los recorridos por senderos apenas delineados, que desaparecían en las amplitudes del desierto y la estepa o eran devorados por la intensa frondosidad de los bosques, contrastaban con la estabilidad que encarnaban las ciudades, porque ellas definían puntos situados -orientados- en medio de la vastedad, señalando los lugares donde los conquistadores podían detenerse, agruparse y arraigarse.

Viajeros y temerarios exploradores que se habían aventurado por paisajes ignotos, ilimitados y peligrosos avanzaban llevando consigo la promesa del refugio que les esperaba en las ciudades, que también eran los lugares del reencuentro con todo aquello que les recordaba a su país y su paisaje.

Para fundar una ciudad era necesario abrir un vacío en la espesura de los bosques y acotar una porción de territorio, sustrayéndolo de la vastedad. Con la fundación de ciudades, los espacios inmensos, enmarañados y abruptos se convertían en lugares medidos, comprensibles y accesibles. Así, la colonización española se manifestaba en un intenso proceso de transformación cultural que afectó tanto la estructura del paisaje como la continuidad histórica de Chile. En un contexto de cambios radicales, el significado de las ciudades coloniales se relacionaba con su carácter de símbolos del control militar y espacial, del sometimiento cultural y del triunfo de los poderes hispanos sobre un mundo vasto y enigmático. Como consecuencia de la actividad urbanizadora, paulatinamente, los insondables paisajes de la vastedad se tornaron en ámbitos acogedores para los conquistadores porque las ciudades eran formas comprensibles, ordenadas y orientadas, con las cuales se podían identificar.

Las ciudades -que eran la expresión más viva y visible de la nueva identidad que se iba construyendo según avanzaba la colonización- conformaban una realidad física, territorial y administrativa que surgió de la mixtura de conceptos sociales renovados y herencias culturales ancestrales. Asimismo, las ciudades mostraban explícitamente las nuevas condiciones que permitieron homogeneizar a sociedades que estaban en distintos estados evolutivos y reducir la pluralidad cultural del Nuevo Mundo.

Las ciudades coloniales fueron el principal refugio ante unos paisajes asombrosos y temibles que estaban habitados por civilizaciones que, desde la perspectiva cultural de los conquistadores, eran tan incomprensibles y peligrosas como los paisajes de la vastedad. En esta circunstancia, el significado de la ciudad como cobijo protector frente a las amenazas del contexto alcanzó una especial importancia en Chile por las características históricas y naturales de la región.

---

<sup>219</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p. 178



### 2.4.1 Identidad y arraigo en los paisajes de la vastedad

En los paisajes de la vastedad nada se anuncia, no hay indicaciones sobre lo que se puede encontrar más adelante porque la vastedad se relaciona con la incertidumbre y lo inesperado, con las mutaciones imprevisibles y la ausencia de referencias. En el periodo colonial, América era un territorio de cambios rápidos e inesperados, donde se superponían y confundían lenguajes, sociedades, tradiciones, razas y ritos. Hasta las ciudades –símbolos tradicionales de permanencia- podían sucumbir o ser objeto de drásticas y súbitas metamorfosis; las capitales prehispánicas fueron destruidas y reemplazadas con nuevas fundaciones y las ciudades españolas, con frecuencia, fueron devastadas, abandonadas, reconstruidas o trasladadas. En esta época de cambios vertiginosos y radicales, como explica Alejo Carpentier<sup>220</sup>, el Nuevo Mundo forjó su carácter de continente mestizo, de tierra de mutaciones y simbiosis.

Las mayores transformaciones afectaron a los procesos culturales de las sociedades indígenas; por esto, uno de los temas más complejos de la conquista y colonización es el sacrificio de la memoria histórica de los pueblos prehispánicos. Las acciones de conquista, en esencia, buscaban anular las expresiones culturales indígenas para sustituirlas por herencias culturales y símbolos de identidad originarios de España. Por esta circunstancia, la colonización de América es interpretada como un proceso devastador de culturas magníficas o como resultado de las acciones civilizadoras de la Iglesia y Corona española; más allá del debate sobre estas visiones encontradas, ambas lecturas involucran la destrucción de un mundo para construir otro distinto.

En América, los españoles encontraron una diversidad cultural que abarcaba desde primitivas organizaciones humanas hasta complejas estructuras sociales; por esto, el impacto de la conquista y la colonización tuvo consecuencias diferentes según las particularidades culturales de cada área. No obstante, cualquiera haya sido la forma de adaptación o de resistencia de los pueblos indígenas a las acciones españolas, es incuestionable que la colonización trastornó el universo cultural y la identidad de las sociedades prehispánicas con la imposición de un idioma y religión, la conformación de nuevas estructuras de gobierno, el establecimiento de nuevas modalidades de administración del territorio y la implantación de nuevas formas de habitar. Todas estas expresiones de dominio cultural convergían básicamente en las ciudades.

Uno de los efectos negativos de la colonización y urbanización fue la transformación étnica de América por la rápida disminución de población indígena y la introducción masiva de razas europeas y africanas. La composición del poblamiento prehispánico también fue alterada por la instauración de métodos de trabajo -basados en el uso intensivo de mano de obra indígena y el sistema de encomiendas- que originaron significativas pérdidas demográficas para las sociedades indígenas y la modificación de su modo de vida atávico. Los cambios demográficos también fueron resultado de traslados masivos de población indígena. Acciones similares eran conocidas por las culturas prehispánicas -un claro ejemplo es la tradición inca de los mitimaes<sup>221</sup> que consistía en desplazamientos forzados de familias o comunidades de acuerdo con la conveniencia del sistema imperial-; sin embargo, en la época colonial, los traslados de población indígena afectaron a comunidades que no habían vivido experiencias similares y eran más vulnerables a los desgastes emocionales y físicos ocasionados por el desarraigo.

<sup>220</sup> CARPENTIER, Alejo: *Lo barroco y lo real maravilloso*. Conferencia editada en: Razón de ser. Editorial Letras Cubanas. La Habana 1980. Primera edición 1976. p.51

<sup>221</sup> Mitimae es la voz española para designar a la mitmac, que en quechua significa *hombre enviado a otra parte*. Hay diferentes estudios sobre las consecuencias emocionales de esta práctica. Boudin los analiza en las notas para el capítulo VII, punto relativo a los desplazamientos de población. BOUDIN, Louis: *El imperio socialista de los Incas*. Ed. Zig-Zag. Santiago de Chile 1955. pp.212-217. Cuarta edición en español aumentada y corregida del título original *L'Empire socialiste des Inka*. Traducción de José Antonio Arze.

Los cambios demográficos originados por las distintas acciones de conquista como guerras, destrucción de los asentamientos prehispánicos y fundación de ciudades es otro tema central en los debates sobre la colonización. En el complejo contexto de las transformaciones sociales es difícil dimensionar las consecuencias específicas de la urbanización sobre la población indígena. Alcina Franch<sup>222</sup> explica que las causas del decrecimiento demográfico fueron diversas y simultáneas; otras investigaciones plantean que los principales factores de cambio de las estructuras étnicas y sociales prehispánicas fueron epidemias y propagación de enfermedades, guerras, desgana vital y ruptura del equilibrio ecológico. En todo caso, los estudios del decrecimiento demográfico, aunque no coincidan en la explicación o los indicadores utilizados en el análisis, siempre reflejan elevados índices de mortalidad<sup>223</sup>.

La introducción de nuevas técnicas agrícolas y mineras, la explotación intensiva de determinados recursos naturales, la incorporación de especies animales exóticas, el cultivo de vegetales enviados de Europa y el abandono de los métodos productivos tradicionales afectaron los frágiles sistemas de explotación agraria preexistentes y generaron un descenso en la producción de alimentos y una consecuente hambruna que también influyó en la declinación demográfica<sup>224</sup>. En Chile, los grupos indígenas más afectados por la colonización fueron las comunidades que habitaban las zonas donde se concentró la fundación de ciudades porque, debido a las características de su hábitat, vivían incomunicadas y no pudieron resistir la ruptura de su aislamiento y el contagio de enfermedades para las cuales no tenían defensas biológicas. Otra causa del decrecimiento de la población indígena fueron las acciones militares, en especial, la guerra de Arauco.

Las nuevas formas de asentamiento introducidas por España también alteraron las estructuras de poblamiento prehispánico porque, exceptuando los grandes centros imperiales de Tenochtitlán o el Cuzco, las sociedades indígenas se organizaban en pequeñas comunidades dispersas por extensos territorios, con bajas densidades de población. Esta situación fue radicalmente perturbada con la estrategia de agrupar a los indígenas en pueblos de indios o en reducciones y por la forma europea de habitar el territorio concentrando a la población en ciudades<sup>225</sup>.

La urbanización colonial también generó un cambio sustantivo en las estructuras de ocupación del espacio, independientemente del uso o el abandono de los núcleos de población indígena, porque inclusive cuando las fundaciones se realizaban ocupando centros preexistentes, estos asentamientos fueron destruidos para construir sobre ellos a las ciudades españolas. Los núcleos de poder prehispánico que ejercían su influencia sobre territorios culturales acotados, fueron sometidos a una estructura de poder única y jerarquizada -centralizada en España- que se ramificaba desde las ciudades capitales de virreynatos, hasta las sedes de los gobiernos locales y el resto de las ciudades. El nuevo orden institucional y las distintas acciones urbanizadoras emprendidas por los colonizadores españoles dieron origen a una nueva estructura del asentamiento que se expresó en la red de ciudades. La dependencia a un poder único y centralizado generó una forma de urbanización y poblamiento que uniformó al continente y causó la universalización de la historia americana porque, hasta la

<sup>222</sup> ALCINA FRANCH, José: *Patrones de asentamiento en la América precolombina: Impacto urbanístico y demográfico a la llegada de los europeos*. Publicado en La Ciudad Iberoamericana. op.cit. p. 32

<sup>223</sup> KUBLER, George: *La arquitectura mexicana del siglo XVI*. Fondo de Cultura Económica. México, 1982. pp.33-72. ALCINA FRANCH, José: *Patrones de asentamiento en la América precolombina: Impacto urbanístico y demográfico a la llegada de los europeos* op.cit. pp.32-33. La mortandad de los indígenas fue mayor en las colonias inglesas y francesas. El mestizaje característico de la conquista española no se observa en la conquista y colonización de Canadá y Estados Unidos de Norteamérica. En RUBERT DE VENTOS, Xavier: *El laberinto de la hispanidad*. op.cit. p.28,52-56

<sup>224</sup> ALCINA FRANCH, José: *Patrones de asentamiento en la América precolombina: Impacto urbanístico y demográfico a la llegada de los europeos*. op. cit. p.33

<sup>225</sup> LOHMAN VILLENA, Guillermo: *El proceso de ocupación territorial y la ordenación urbana. Siglos XVI-XIX* op. cit. p. 9

llegada de España, existían concepciones culturales representativas de las historias locales y las influencias territoriales en las diferentes sociedades prehispánicas. Este aspecto de la colonización puede calificarse de positivo si se considera que permitió integrar a regiones y culturas incomunicadas porque, como sostiene Octavio Paz, a diferencia de Europa -que siempre tuvo sucesivos acercamientos con otras culturas- las sociedades americanas, por su condición de aislamiento, nunca se conocieron y jamás tuvieron la experiencia cultural de la presencia del otro. Esta circunstancia explica porqué vieron a los españoles como seres que venían de otro mundo, como dioses o semidioses; esta percepción fue una de las causas, quizás la definitiva, de su pérdida<sup>226</sup>.

La nueva forma de ocupación del espacio, que surgía de las decisiones y acciones colectivas y de cada acto fundacional individual, ocasionó un cambio evidente en las estructuras culturales preexistentes y aunque en algunas zonas se mantuvo cierta continuidad con las tradiciones indígenas -como ocurrió con las misiones jesuíticas- en la mayoría de los casos, la colonización tuvo como consecuencia una completa transformación social y cultural. La creación del virreinato del Perú se afirmó en las estructuras de ocupación indígena, en la red de caminos inca y en las ciudades y tambos existentes que sirvieron de base para las nuevas fundaciones; no obstante, estas acciones no se traducían en continuidad cultural porque, al mismo tiempo, se alteró la forma y el significado de las construcciones prehispánicas y se desplazó el foco del poder político porque Cuzco dejó de ser la principal ciudad de Los Andes al perder su función de capital para ser sustituida por Lima; con esta acción, el centro del poder administrativo fue trasladado desde el interior andino hasta la costa para integrarse al sistema de comunicaciones marítimas instaurado por España.

En Chile, de manera análoga, se ocupó como base de penetración territorial a la red de caminos que los incas habían construido para sostener su expansión hacia el sur; se fundaron ciudades y haciendas en lugares habitados por comunidades indígenas obligándolas a abandonar sus tierras, se cambiaron las estructuras de ocupación del territorio concentrando las comunidades indígenas dispersas en pueblos de indios o reducciones y se modificó la distribución espacial del poblamiento fundando ciudades en zonas hasta entonces casi deshabitadas o escasamente pobladas.

La urbanización colonial fue una empresa de dominio militar, económico y cultural que derivó en la transformación de las modalidades históricas de asentamiento y en el debilitamiento de las identidades indígenas. Reducir la pluralidad americana fue posible porque la colonización se apoyó en un sistema de dominio único que negaba la realidad americana, la diversidad de paisajes y de expresiones culturales. Octavio Paz plantea que, a medida que las nuevas tierras se iban desplegando ante los ojos de los europeos, revelaban que no eran sólo naturaleza sino los escenarios de una historia; una historia que tenía poco en común con las experiencias culturales del Viejo Mundo y para los misioneros españoles, las sociedades indígenas fueron un misterio teológico; Sahagún creía que la religión de los antiguos mexicanos era una treta del demonio y debía ser extirpada del alma india<sup>227</sup>. En comparación con otras civilizaciones no europeas -egipcia o persa- las civilizaciones prehispánicas no eran más antiguas sino diferentes. Esta circunstancia sintetiza lo que Paz denomina una verdadera *otredad*, aquello que expresa diferencias radicales con lo antes conocido.

La conciencia histórica europea, según Paz, debió enfrentar desde el principio a las impenetrables civilizaciones americanas y en el proceso de interpretación se intentó asimilarlas tomando como referencia a las civilizaciones conocidas. Kircher pensaba que los antiguos mexicanos eran extensiones de la cultura egipcia por la afinidad morfológica de sus templos con las pirámides, otros especulaban que podían ser las

<sup>226</sup> PAZ, Octavio: *El arte de México: materia y sentido*. op. cit. p.77

<sup>227</sup> PAZ, Octavio: *El arte de México: materia y sentido*. op. cit. p.77

tribus perdidas de Israel o pueblos de origen cartaginés o fenicio. Paz señala que tras estas operaciones de encubrimiento, la *otredad* siempre reaparecía, mostrando sus diferencias con la historia conocida por Europa; recién a finales del siglo XVIII, a partir del reconocimiento de esa diferencia, se inició la comprensión no sólo de la realidad americana sino también de la pluralidad de la cultura humana<sup>228</sup>.

La fundación de ciudades fue la acción de conquista más efectiva y visible porque se relacionaba directamente con la destrucción masiva de las expresiones culturales prehispánicas. Los templos y ciudades indígenas fueron reemplazados por templos y ciudades españolas construidas sobre las ruinas de las anteriores<sup>229</sup>, se cambió el nombre de las ciudades y elementos geográficos, se suprimieron las creencias y los ritos ancestrales, se instituyó una religión y lenguaje únicos para uniformar a un mundo plural y diverso, las costumbres indígenas fueron sustituidas por tradiciones españolas. Los principales símbolos de la identidad cultural nueva y dominante se concentraban en las ciudades coloniales.

La urbanización colonial fue decisiva para la transformación del mundo preexistente y la incorporación de América a la cultura occidental de raíz grecolatina. Desde las ciudades se propagaron el idioma y religión de los conquistadores; ellas fueron las expresiones culturales unificadoras que permitieron habitar distintos paisajes con patrones culturales similares y relacionar a culturas diferentes y hasta desconocidas entre sí. En el proceso de colonización, las ciudades eran símbolos del nuevo poder económico, político y religioso. Expresaban, de manera incuestionable, la posesión territorial y la potestad cultural, por lo tanto fueron las estructuras de dominio que más se identificaban con los modelos culturales de los conquistadores. Al respecto, José Luis Romero argumenta que Europa actuaba en América como si ésta fuera un continente vacío<sup>230</sup> pues lo que se encontró fue descalificado, negado o destruido a partir de la idea de cristiandad europea como único mundo válido.

*Se fundaba sobre la nada. Sobre una naturaleza que se desconocía, sobre una sociedad que se aniquilaba, sobre una cultura que se daba por inexistente. La ciudad era un reducto europeo en medio de la nada. Dentro de ella debían conservarse celosamente las formas de vida social de los países de origen, la cultura y la religión cristianas y, sobre todo, los designios para los cuales los europeos cruzaban el mar. Una idea resumió aquella tendencia: crear sobre la nada una nueva Europa*<sup>231</sup>.

Las ciudades coloniales pueden considerarse evidencia de la negación de la realidad americana e instrumentos de sustitución del mundo existente por otro distinto. La ciudad representaba a la cultura europea imponiéndose sobre un mundo distante y diferente; fue el elemento que permitió reducir lo incomprensible del Nuevo Mundo por su carácter de estructura cultural anclada en la historia de los conquistadores. Al respecto, es importante considerar dos aspectos; el primero es que toda acción de conquista se expresa en la imposición del modelo cultural de los vencedores; el segundo concierne a la necesidad existencial de construir un mundo comprensible y acogedor, especialmente cuando se está inmerso en una realidad incomprensible. Esta idea vincula a los conceptos de ciudad y habitar con las nociones de identidad

<sup>228</sup> PAZ, Octavio: *El arte de México: materia y sentido*. op. cit. p.79

<sup>229</sup> SUBIRATS, Eduardo: *El continente vacío*. Siglo XXI Editores. México, 1994. pp.186-198. Los ejemplos más significativos de superposición hispana sobre formas urbanas preexistentes fueron Tenochtitlán y Cuzco, capitales de los imperios azteca e inca; en ambos casos se ocuparon estructuras indígenas, pero, a la vez, se modificaron sustantivamente la forma y funciones de las ciudades y edificaciones. Tenochtitlán inclusive cambió de nombre y aunque mantuvo su condición de capital, la estructura y el significado de la ciudad adquirieron un sentido completamente diferente.

<sup>230</sup> Otros autores se refieren a la conquista de América calificando al territorio como continente vacío por cuanto no se reconoció el valor de las culturas prehispánicas; una interpretación con este enfoque en: SUBIRATS, Eduardo: *El continente vacío*. op. cit. p.27

<sup>231</sup> ROMERO, José Luis: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op.cit. p.67.

y pertenencia a un mundo conocido. A fines de la colonia, América había cambiado completamente; una de las manifestaciones más potentes de esta transformación fue la aparición de ciudades integradas a un orden único y jerarquizado. El proceso de colonización -que se iba tornando cada vez más visible- se sostenía en los mitos y tradiciones europeas que se recrearon en los extraños paisajes americanos, en la repetición de la institucionalidad española, en formas de vida que emulaban la vida europea, en la identificación de las ciudades con nombres alusivos a significados y valores europeos; en síntesis, en la construcción de una nueva identidad.

Renato Ortiz plantea que la identidad es el fruto de una construcción simbólica y es producto de la historia de los grupos culturales que la sostienen, de los intereses que oculta y de las relaciones sociales que prescribe<sup>232</sup>. Además, se debe considerar que la identidad no es estática y las sociedades la construyen permanentemente -a partir de los sedimentos de su historia y memoria colectiva- para definir estructuras culturales que les permitan integrarse al mundo en forma coherente. Por esto, las ciudades coloniales pueden analizarse como expresiones de identidad que nacen de la memoria cultural de sus fundadores y donde se enraizaba lo conocido, lo familiar y lo significativo; eran los lugares de anclaje con la historia de los conquistadores que les permitieron habitar paisajes donde era fácil desorientarse y perderse<sup>233</sup>.

La ciudad señalaba el fin de los recorridos por paisajes desconocidos; era el centro que reunía las referencias de orientación, identidad y arraigo. Los conquistadores se atrevían a penetrar paisajes amenazantes, a cruzar selvas que ocultaban a fieras y enemigos y a explorar un mundo incógnito porque llevaban consigo la promesa del regreso al mundo propio, encarnado en las nuevas ciudades que habían fundado. Al respecto, Pedro Azara indica que en los mitos sobre fundaciones, la creación de una ciudad por héroes fundadores -Teseo, Perseo y Hércules- se realiza después de un viaje aventurado o de enfrentarse con un monstruo, real o metafórico<sup>234</sup>. Para los colonizadores, las ciudades eran reductos culturales que se oponían a la naturaleza incógnita, focos de civilización en medio de un mundo salvaje, formas ordenadas que contrastaban con el caos y lugares donde la medida debilitaba la vastedad del paisaje. Pero, también eran estructuras frágiles y amenazadas por lo desconocido que las rodeaba; por esto, debían anclarse a los valores de sus fundadores y debían ser defendidas para no retornar a un mundo sin referencias<sup>235</sup>.

Un paisaje puede ser fascinante o terrorífico; despierta desconfianza y temor si es percibido como un ambiente hostil o inquietante y puede generar sentimientos de pertenencia cuando está marcado por signos reconocibles, como las ciudades. Ante la inexplicable realidad que se revelaba en el paisaje, los conquistadores españoles debieron reafirmar su identidad recurriendo a elementos -materiales e inmateriales- que procedían de su historia y su cultura, que constituían signos de pertenencia a su mundo familiar; al actuar de este modo, negaban una realidad que no coincidía con sus tradiciones y experiencias. En este sentido, Masiero sostiene que el hombre es productor de cultura, produce artificialidad, construye el mundo construyéndose a sí mismo y la ciudad es una parte fundamental de esa artificialidad<sup>236</sup>. Por esto, el dominio de los paisajes de la vastedad -exceptuando a las vastedades extremas- se llevó a cabo apoyándose, básicamente, en las ciudades.

<sup>232</sup> ORTIZ, Renato: *Otro territorio: Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Publicación del Convenio Andrés Bello. T.M. Editores. Santafé de Bogotá, 1998. p.52

<sup>233</sup> En las crónicas coloniales abundan los relatos sobre expediciones que se perdían, especialmente si se internaban en espacios caracterizados como vastedad.

<sup>234</sup> AZARA, Pedro: *Por qué la fundación de la ciudad*. Publicado en: *La fundación de la ciudad. Mitos y ritos en el mundo antiguo*. P. Azara, R. Mar, E. Riu y E. Subías editores). Edicions de la Universitat Politècnica de Catalunya. Barcelona, 2000. p.159

<sup>235</sup> AZARA, Pedro: *Por qué la fundación de la ciudad*. op. cit. pp. 160-161

<sup>236</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op.cit. p. 11

### 2.4.2 El nombre de las ciudades y la construcción de una nueva identidad

Los paisajes americanos, especialmente al inicio de la colonización, simbolizaban lo desconocido, que también es lo innombrable. Para sustraerse de la incertidumbre vinculada a lo innombrable, el hombre bautiza a las cosas y los lugares dándoles un sentido nuevo que hace referencia a su concepción de mundo. En el nombre de las ciudades, los conquistadores españoles expresaban el significado que le otorgaban a los lugares elegidos como sitios de fundación, lo que cada ciudad simbolizaba o lo que podría representar. Así, mediante el nombre de las ciudades y de los lugares se establecían analogías con su mundo propio y conocido.

Según José Ricardo Morales, cuando el hombre está inmerso en lo desconocido vive en lo imprevisible y, por lo tanto, temible; pues en lo desconocido -que también es lo inmenso y lo indeterminado- no tiene a que o quien referirse, con excepción de sí mismo.

*En la vastedad el hombre es pleno centro de su contorno, porque en ella no tiene a qué ni a quien remitirse, excepción hecha de sí propio<sup>237</sup>.*

La cita anterior explica porqué los conquistadores españoles, ante el incomprensible mundo americano se remitieron a sí mismos, implantando en el paisaje signos que procedían de su universo cultural. Desde Europa se trasladaron al Nuevo Mundo los sistemas de organización social, la religión, el idioma, leyes y costumbres. En estas expresiones de dominio subyace la exigencia de respaldarse en formas culturales familiares para asentarse en un mundo distinto y desconocido.

La voluntad de recrear en América el mundo conocido también se enunciaba en la acción de identificar a los elementos del paisaje, regiones y ciudades con nombres que evocaban a España. Nombrar fue otra expresión de posesión y conquista; por esto, el nombre de las nuevas ciudades obedecía a una intención de dominio y a la aspiración de dar sentido a la acción colonizadora porque eran nombres europeos dotados de significados y que explicitaban su pertenencia al nuevo orden que se iba estableciendo. Los nombres recalcan el valor simbólico de las ciudades y sellaban la construcción de una nueva identidad; a través de la identificación de las ciudades y los elementos geográficos con nombres españoles también era posible distinguir a las áreas colonizadas de los espacios donde se mantenía la soberanía indígena.

La eliminación de los nombres originarios y su reemplazo con nombres españoles se fue traduciendo en una paulatina pérdida de identidad para los pueblos indígenas y creciente confirmación de identidad para los conquistadores. La acción de nombrar avanzaba en paralelo con la urbanización, simbolizando el gradual sometimiento de América a la soberanía española<sup>238</sup>.

Así, los territorios sujetos a la administración colonial se reconocían por la presencia de estructuras físicas de dominio y por sus nombres españoles; eran nombres que señalaban los límites del espacio colonizado y representativo de la cultura española, porque, como indica Wittgenstein *los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo*<sup>239</sup>. En contraste, la pervivencia hasta finales del siglo XVIII de los nombres indígenas que identificaban a los cuatro territorios<sup>240</sup> que integraban a La Araucanía -Lafquen-Mapu, Lelbun-Mapu, Ina-Pire-Mapu y Huilli-Mapu- enunciaban que estas

<sup>237</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. pp.176

<sup>238</sup> Los nombres indígenas, además de la Araucanía, se conservaron en el archipiélago de Chiloé donde persistieron los nombres de Nuñinco, Achao y Quenac.

<sup>239</sup> WITTGENSTEIN, Ludwig: *Tractatus Logico-Philosophicus*. Editorial Altaya. Colección Grandes Obras del Pensamiento. Barcelona 1994. p.143. Versión en español del original en alemán homónimo.

<sup>240</sup> Estos territorios se describen en el primer capítulo, punto 1.2.2 La colonización como respuesta a la estructura geográfica y la división administrativa del territorio



tierras aun permanecían bajo dominio indígena, que eran paisajes vedados para los españoles y estaban fuera de los límites de la colonización. Los paisajes de la vastedad, donde la colonización no logró arraigarse o quedaron al margen de las influencias españolas, también mantuvieron sus nombres indígenas.

Las ciudades fueron los instrumentos más efectivos de un proceso de dominio y de inversión cultural -relacionada con la construcción de una nueva realidad- donde las identidades americanas se desvanecían mientras la identidad europea se perfilaba. Esta metamorfosis de identidades se sostenía en la acción de nombrar a regiones y ciudades anteponiendo el vocablo **nuevo** a nombres hispanos tradicionales. Nueva España fue el nombre que designaba al imperio azteca, Nueva Extremadura era el nombre para identificar a la región chilena y Nueva Galicia es el nombre con que se bautizó al archipiélago de Chiloé.

La elección de los nombres es un indicativo de la voluntad colonizadora de construir una nueva identidad en el Nuevo Mundo, teniendo como referencia al mundo que se había dejado en Europa. Los nombres de las ciudades chilenas y de otras regiones americanas, recordaban a España, sus reyes y su religión<sup>241</sup>. La capital de Chile fue fundada como Santiago del Nuevo Extremo, en homenaje al apóstol cuyo socorro se invocaba con fervor durante la reconquista y a la región de origen de Valdivia, quién en una carta explicó a Hernando Pizarro -gobernador del Perú- su decisión de recordar a Extremadura en el nombre de la primera fundación chilena.

... *poblé a esta cibdad en nombre de su Majestad y llaméla Santiago del Nuevo Extremo, a xxiiii de hebrero de 1541, y a toda la tierra que demás he descubierto y descubriré, la Nueva Extremadura, por ser Ma(r)qués della y yo su hechura* <sup>242</sup>

En Chile, el nombre del santo patrón de España se repitió en Santiago de Castro; la principal fundación en el archipiélago de Chiloé y en Santiago del Estero, ciudad del Nuevo Maestrazgo en Tucumán. Con el mismo nombre se fundaron dos ciudades de alta jerarquía: Santiago de León de Caracas y Santiago de Quito, actuales capitales de Venezuela y Ecuador. El nombre del apóstol también fue elegido para designar a otras ciudades fundadas en diferentes territorios americanos como Santiago en La Española, Santiago de los Caballeros de Guatemala, Santiago de Compostela de Las Vegas, Santiago de Guayaquil y Santiago de Talamasca.

Un grupo significativo de ciudades, fuertes y pueblos de indios recibieron nombres que recordaban a la religión católica, definitivamente triunfante en España después la expulsión de Boabdil, el último rey de Granada. El 90% de las ciudades chilenas tenían nombres de santos o relacionados con la religión; esta característica denota el significado de las ciudades coloniales como núcleos básicos de la evangelización.

Entre estos figuran Nacimiento de Nuestro Señor, San Blas, Nuestra Señora de Los Ángeles, Santa Bárbara y Concepción del Nuevo Extremo, bautizada después de su traslado en 1754 con el nombre de Concepción Santísima de la Luz. A mediados del siglo XVIII, en la Araucanía, predominaron las fundaciones con nombres que rinden homenaje a la virgen; ejemplos de lo anterior son Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora del Tránsito, Nuestra Señora de Belén, Nuestra Señora de La Paz, Nuestra Señora de Los Dolores y Nuestra Señora de Atocha. Once ciudades -que equivalen al 9.5% del total de fundaciones- recibieron nombres que recordaban a ciudades o regiones españolas como Talavera, Salamanca y Santa Fe.

<sup>241</sup> DE SOLANO, Francisco: *Ciudades y pueblos de indios*. Conferencia grabada por el Departamento de Antropología y Etnología de América. Universidad Complutense de Madrid. Dirección José Alcina Franch. Madrid, 1983

<sup>242</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op.cit pp. 54-55

En ocasiones, los nombres de las regiones españolas se conjugaron con nombres de santos como ocurre con Nuestra Señora de Bilbao, San Ambrosio de Linares y San José de Logroño.

Varias ciudades chilenas recibieron nombres que recordaban a los reyes de España, entre estas se pueden citar a Ciudad del Rey Don Felipe, San Felipe El Real, Santa Bárbara de la Reina de Casablanca, Reina Luisa de Parral y San Carlos. Inclusive los nombres que aparentemente están alejados de la herencia hispana, como Londres –ciudad chilena fundada el siglo XVI en el corregimiento de Cuyo- recuerdan a la Corona española porque su primera fundación en 1558, fue cuatro años después del matrimonio de Felipe II con María Tudor<sup>243</sup>.

Algunas ciudades recibieron nombres que recordaban a su fundador o al gobernante que decidió su fundación, generalmente se combinaban con referencias a la religión; entre estas se pueden mencionar a Dulce Nombre de María de Valdivia que recuerda a Pedro de Valdivia, San Bartolomé de Gamboa fundada por el mariscal Martín Ruiz de Gamboa, San Martín de la Concha fundación de José de Santiago Concha, Santo Domingo de Rozas y San Rafael de Rozas fundadas durante el gobierno de Ortiz de Rozas, Nuestra Señora de las Mercedes de Manso que recuerda al gobernador José Manso de Velasco y San Luis Gonzaga, fundada por orden del mariscal de campo Antonio Guill y Gonzaga. Mendoza recibió un nombre que remite únicamente a su fundador. Un grupo importante de ciudades chilenas se bautizaron combinando nombres de santos o reyes españoles con nombres indígenas como San Jerónimo de Renaico, San Ildefonso de Arauco, Santa Rosa de Huasco, San Benito de Quiapo, San Juan Bautista de Hualqui y San Carlos de Chonchi. Estos nombres compuestos reflejan el mestizaje cultural entre España y Chile y la consolidación de una nueva identidad.

Los pueblos de indios, generalmente, conservaban en sus nombres la denominación indígena; sin embargo era frecuente que al elevarse a la categoría de ciudad adquirieran un nombre español con lo cual se explicitaba su incorporación definitiva al orden hispano. Es lo que ocurrió con Quillota -después llamada San Martín de la Concha- y Rancagua, bautizada en su condición de ciudad con el nombre de Santa Cruz de Triana, en recuerdo del famoso barrio sevillano.

En sus informes, los fundadores no explican los criterios o prioridades consideradas para la elección de los nombres de las ciudades con excepción de un antecedente entregado por Quiroga quien, en su crónica, señala que a la ciudad de Santiago se le dio el título en homenaje al apóstol patrono de los ejércitos españoles y que La Serena recibió su nombre de Juan Bohon sin que Pedro de Valdivia tuviese parte en la decisión, aunque el nombre de la ciudad chilena recuerda a la ciudad extremeña donde nació Valdivia. Jerónimo de Quiroga explica que Valdivia, después de cumplir su obligación de soldado y con el respeto al apóstol, en calidad de cristiano y para honrar a su religión y a la virgen, dio el nombre de Concepción a la segunda ciudad que fundó, a la tercera llamó La Imperial, a la cuarta Valdivia –por su apellido- y a la quinta La Rica por sus venas de oro<sup>244</sup>.

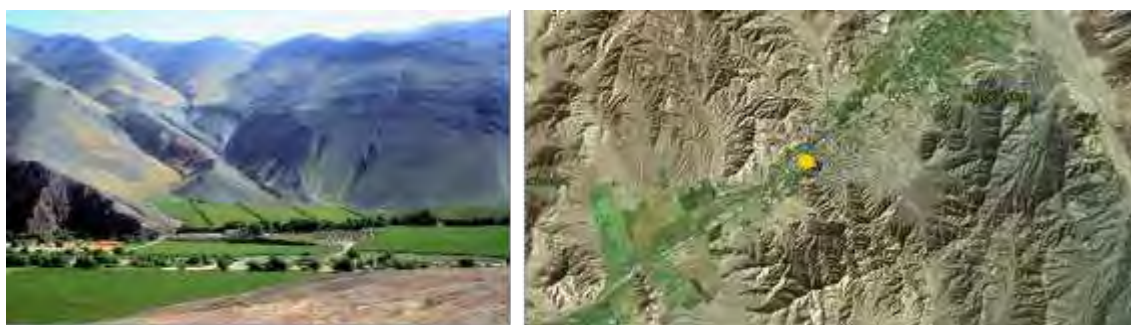
Cuatro fundaciones de los siglos XVI y XVII tienen nombres alusivos a la ubicación de Chile en el extremo de América o subrayan su condición de límite del territorio colonizado por España; estos corresponden a las ciudades de Los Confines, Cañete de La Frontera, San Juan de La Frontera y Monterrey de La Frontera. Un ejemplo singular es Cesarea Magallánica –conocida como Ciudad del Rey Don Felipe- cuyo nombre recuerda tanto su posición geográfica en el remoto estrecho de Magallanes como el mito de la ciudad de Los Cesares.

<sup>243</sup> ROMERO, José Luis: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op.cit. p.63.

<sup>244</sup> QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. op.cit. p.71

Algunos nombres de ciudades son evocadores de la riqueza mineral como ocurre con Villarrica –también llamada La Rica y Ciudad Rica- fundada en un sitio donde se presumía había abundantes vetas de oro. La fertilidad de la tierra se enuncia en el nombre de Valle Fértil -refundación en 1776 de San Ramón ya erigida villa en 1606 en Cuyo- y San Antonio de La Florida, fundación en el área conocida como Estancia del Rey por su fertilidad.

Hay escasas ciudades cuyo nombre se relaciona con elementos del paisaje. En este grupo están Santiago del Estero, San José de Maipo –conocida como Villa Alta por estar fundada en la precordillera andina- y Santa Rosa de Los Andes; en el último ejemplo, el nombre hace referencia a la ubicación cordillerana de la ciudad y por aludir a la religión y paisaje, también refleja el avance de la evangelización por el mundo andino. Los nombres de Francisco Javier de Bella Isla, San José de Buena Vista, Santa Ana de Briviesca –conocida como Buena Vista- y Valparaíso evocan las cualidades escénicas del paisaje. En San José de Buena Vista, el nombre indica una característica del sitio de fundación en el valle de Curicó junto a un cerro de 183 m de altura, desde donde se tiene una perspectiva del paisaje. San Francisco de la Selva es la única ciudad española que lideró la ocupación de la zona próxima al desierto de Atacama; se fundó en la frontera del despoblado y su nombre puede ser interpretado como negación de la realidad del paisaje o exaltación de la vegetación circundante al núcleo urbano, que contrastaba con la aridez de la zona despoblada inmediata.



**Contrastes de aridez y fertilidad en el paisaje en San Francisco de La Selva<sup>245</sup>**

Algunos pueblos de indios tenían nombres alusivos a las cualidades del paisaje pero esta afinidad con la naturaleza del sitio de fundación se perdió cuando adquirieron rango de ciudad. Es el caso de Manantiales de La Frontera, un pueblo de indios de Cuyo, erigido villa en 1753 con el título de San Lorenzo Mártir y de Río Bueno que fue elevada a categoría de villa por Ambrosio O'Higgins con título de San José de Alcudia. Únicamente el pueblo de indios de Agua Clara conservó su nombre después de ser instaurado como villa en 1764.

A modo de referencia y en relación con la toponimia de las ciudades en España, la tradición de la repoblación medieval cristiana -especialmente castellana- al nombrar a las nuevas poblaciones se remitió a elementos geográficos y naturales, denotando que la acción humana sobre el espacio y su realidad física era más importante que la herencia o la composición jerarquizada del grupo; aunque también hay aisladas referencias a los fundadores<sup>246</sup>.

<sup>245</sup> Imágenes en página <http://www.ecolyma.cl> y google earth

<sup>246</sup> BARBERO; A. y VIGIL, M: *La formación del feudalismo en la península ibérica*. Editorial Crítica; Barcelona, 1978

### 2.4.3 La plaza colonial como expresión de síntesis cultural

Considerando la abundante información sobre las plazas coloniales<sup>247</sup>, esta parte de la tesis se enfoca al análisis de su cualidad de espacio urbano donde se agrupaban las referencias culturales más expresivas del carácter mestizo de la ciudad colonial. La plaza fue esencial en el proceso de construcción de la nueva identidad porque en ella radicaba el origen del trazado y era el espacio central de la trama urbana desde donde se establecían las principales relaciones de dominio visual y espacial hacia la ciudad, los caminos y el paisaje. En las plazas se concentraban y sintetizaban las herencias culturales españolas; cualidad fundamental si nos remitimos a la idea del hombre centrado como aquel que se reconoce en todo lo que le rodea<sup>248</sup>.

La plaza colonial era el ámbito que articulaba las diversas respuestas a la necesidad de orientación en la vastedad por ser el centro donde se articulaban las referencias que permitieron a los conquistadores españoles forjar su sentido de pertenencia a un mundo propio. La plaza reunía las expresiones culturales más significativas para los pobladores de las ciudades, era el crisol de la vida urbana, escenario de fiestas, mercado y lugar donde convergían los símbolos de la religión y la justicia española. En medio de las plazas se levantaba la vara de la justicia señalando, por una parte el centro geométrico del espacio y por otro lado, denotando el nuevo orden social y jurídico impuesto por la colonización; tenía el grosor de una lanza y la altura de una persona y en su parte superior ostentaba una pequeña travesía formando una cruz que servía para tomar juramento<sup>249</sup>.

Las plazas coloniales estaban rodeadas por las construcciones representativas de la conquista. El Cabildo y Palacio del Gobernador -sedes del gobierno y símbolos del nuevo orden civil- se articulaban con la catedral o templo mayor, símbolo del nuevo orden religioso. Estas edificaciones constituyen la expresión física de las referencias culturales más arraigadas en los conquistadores y fueron esenciales para construir vínculos culturales con el territorio. La iglesia, el cabildo y el palacio del gobernador eran testimonios de la cultura exportada de España que irrumpían en contextos remotos y ajenos.

Desde otra perspectiva, Rojas Mix sostiene que, a través de las plazas, se cumplía la función de la ciudad colonial como organismo regulador de las relaciones entre colonizadores y colonizados porque en ellas se reflejaban y generaban las pautas de incorporación del indígena a la nueva sociedad<sup>250</sup>. La plaza participó activamente en la función misional y jugó un papel ideológico de primera jerarquía en la ciudad colonial-misional. Rojas Mix explica que esta función se expresaba en ordenanzas de gobernadores y cabildos que imponían la obligación de llevar a los indios, todos los domingos, a misa en la catedral<sup>251</sup>. Incluso un acuerdo del Cabildo de Santiago justificaba la instalación del mercado en la plaza porque la presencia diaria de los indígenas en un espacio próximo a la catedral podía apoyar su conversión; también se consideró que esta decisión permitía ejercer un control político más eficiente sobre los indios, sofocar eventuales sublevaciones, incorporarlos a la economía del mercado y rescatar el oro que aún pudiese encontrarse en sus manos<sup>252</sup>.

<sup>247</sup> ROJAS-MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. op.cit.  
BONET CORREA, Antonio: *La plaza mayor hispanoamericana, generadora de la ciudad*. Talleres Gráficos de la editorial Lumen. Lima. pp. 25-32. El artículo también está publicado en *El Urbanismo en España e Hispanoamérica*. Ensayos Arte Cátedra. Ediciones Cátedra, Madrid 1991. pp.175-191  
GUARDA, Gabriel: *En torno a las plazas mayores*. Publicado en *Fundación de ciudades en el Reino de Chile*. Academia Chilena de la Historia. Santiago 1986. pp. 115-131

<sup>248</sup> MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p. 178

<sup>249</sup> BARRIENTOS, Javier: *El Gobierno de Las Indias*. Fundación Rafael del Pino. Colección Historia. Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales. Madrid 2004. p. 66

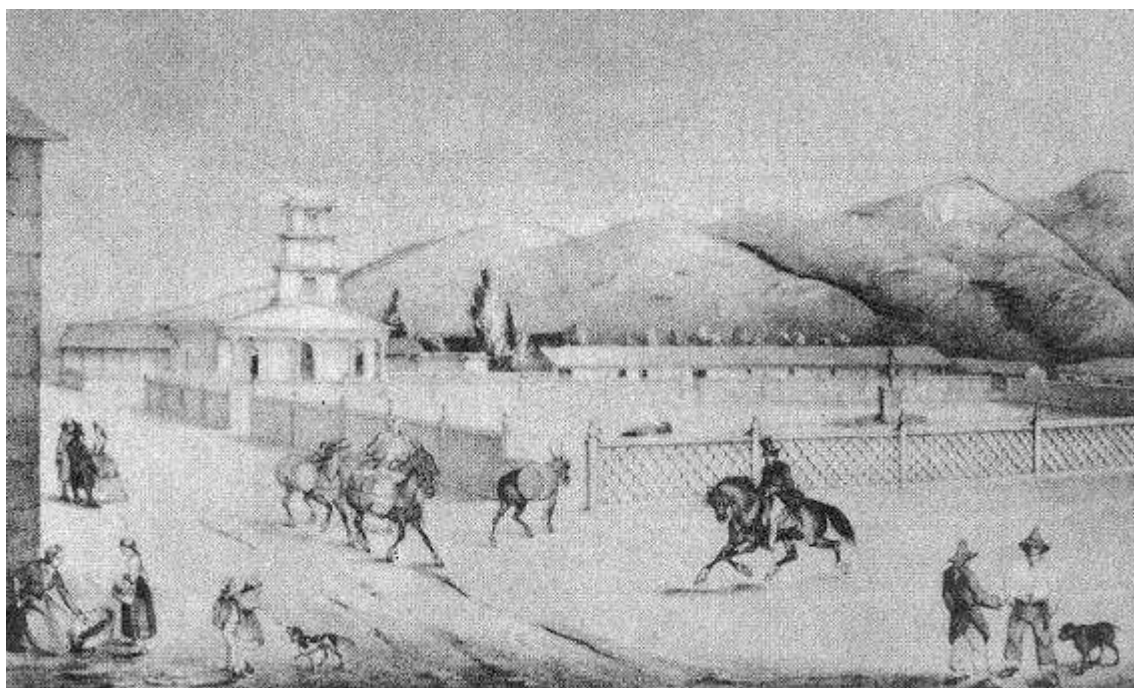
<sup>250</sup> ROJAS-MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. op.cit. p.88

<sup>251</sup> ROJAS-MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. op.cit. p.102

<sup>252</sup> ROJAS-MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. op.cit. p.103

En las plazas coloniales se reunían individuos de razas diversas mostrando el mayor encuentro étnico registrado hasta entonces en la historia occidental; allí confluían personas originarias de América, Europa y África. Eran espacios de reencuentro de viajeros que venían desde otras ciudades coloniales, desde los paisajes familiares de España o de paisajes nunca antes vistos. En las plazas se confundían los colores y aromas de los productos europeos con los perfumes y sabores de las frutas y flores americanas; en ellas se mezclaban las clases sociales, los ritos religiosos, las festividades y los actos judiciales.

En las plazas se reunían las cualidades del mundo nuevo y las presencias simbólicas del mundo amado y lejano que se había dejado en España. Eran espacios colmados de valores culturales para los conquistadores porque en sus funciones y significados reflejaban las devociones españolas más trascendentes y los signos que remitían a su memoria histórica. Contenían lo primordial de la nueva realidad que se estaba construyendo porque en ella convergían estructuras inmateriales -religión, gobierno y justicia- y formas materiales como la arquitectura evocadora del Viejo Mundo. Sin embargo, la memoria histórica que se cobijaba en las plazas no era una exposición de recuerdos fosilizados sino una re-creación activa donde las tradiciones hispanas se combinaban con las nuevas señales que emergían del mestizaje cultural, de las funciones asignadas a las ciudades y de los acontecimientos recientes que aludían a las breves historias de las ciudades.



**Contexto urbano de la plaza de San Francisco de La Selva**

Grabado de Rodolfo A. Philippi. 1860<sup>253</sup>

Al observar a la plaza de San Francisco de la Selva -ciudad que señalaba el límite norte de la ocupación hispana de Chile- en un grabado de 1860, cuando ya habían transcurrido más de cien años desde su fundación, se advierten las debilidades que tenía una ciudad distante de los centros del poder político, militar o administrativo. La arquitectura del templo y otras edificaciones, por su dimensión y alturas, no son suficientes para definir el espacio de la plaza, que fluye hacia distintas direcciones mostrando que la ciudad está inmersa en un paisaje que aún no ha sido sometido definitivamente al control de la geometría.

<sup>253</sup> El dibujo está publicado en ENCINA, Francisco Antonio. *Resumen de la Historia de Chile*. Tomo II. op.cit. p. 1118.

Detrás de la plaza se despliegan los cerros cargados de minerales conformando una envolvente natural que delimita el espacio urbano y, en junto con la iglesia –única construcción destacada- son protagonistas de la imagen y se integran al escenario urbano más significativo. Un escuálido grupo de árboles revela la pobre vegetación del sitio y anuncia la proximidad del desierto. Las numerosas personas que caminan o cabalgan por la plaza reflejan la importancia de San Francisco de La Selva como encuentro de caminos. A pesar de su precariedad, la plaza revela en su dinámica que era el espacio denotativo de las funciones propias y distintivas de la ciudad, relacionadas con su ubicación en el trayecto al Virreinato del Perú.

La plaza de San Carlos de Ancud<sup>254</sup> -Isla Grande de Chiloé-, se destacaba por su iglesia y cubiertas inclinadas que evocan la lluvia. Las construcciones con portales y los muros de los patios sugieren el espacio de la plaza, que se diluye en la trama urbana. Los cerdos y aves de corral que circulan por el lugar y los árboles subrayan el carácter rural del asentamiento. La vegetación muestra que el núcleo estaba en un paisaje de bosques y explica la función comercial –exportación de madera- que sustentaba su economía; esta característica se pronuncia en las personas que atraviesan la plaza portando tablas y trozos de madera. A lo lejos, se levanta la torre de una capilla como un faro entre los cerros; con su presencia distante, pero visible, muestra que San Carlos de Ancud formaba parte del sistema de capillas que constituía la base física de las misiones circulares de Chiloé.



**Contexto urbano plaza de San Carlos de Ancud en Chiloé**

Fuente: Litografía de Lehnert realizada sobre el dibujo de M.M. Miers y Claude Gay. 1835<sup>255</sup>

En ambos casos, la plaza era el espacio más activo y expresivo de las funciones que tenían las ciudades. La presencia de viajeros en la plaza de San Francisco de La Selva revela que la ciudad era lugar de cruce y pausa de los recorridos hacia otras regiones limítrofes. En la plaza de San Carlos de Ancud, la iglesia y la torre de una capilla como una presencia lejana muestran que la ciudad era un importante punto de detención en los itinerarios de las misiones circulantes.

<sup>254</sup> San Carlos de Ancud se fundó como puerto. Según Gabriel Guarda, la fundación como villa debió ocurrir entre 1768 y 1770. GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op. cit. p. 259

<sup>255</sup> GAY, Claudio: *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. Tomo I. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. LOM Ediciones. Santiago 2004. Lámina N° 35. La primera impresión de la Litografía se hizo en la Imprenta Lemerier de París.





**Las plazas de Lima y Santiago según Felipe Poma de Ayala<sup>256</sup>**

Los dibujos de Huamán Poma de Ayala exponen los valores urbanos asociados a la ciudad y su plaza; el dibujo de Lima -Ciudad de Los Reyes- contiene los símbolos de la fe y la justicia representados en el campanario de la iglesia, el rollo y la horca. La imagen de Santiago remite –erróneamente- a una ciudad con murallas, tal vez para recordar a la guerra de Arauco; la plaza de Santiago es escenario de una procesión o un desfile porque las personas portan cruces y estandartes que recuerdan a las funciones religiosas y militares.

Las plazas -inclusive en ciudades periféricas como San Francisco de La Selva y San Carlos de Ancud- eran lugares dinámicos que en su acontecer cotidiano orientaron el transcurso de la historia y la vida urbana. Rojas Mix<sup>257</sup> al describir las situaciones que se manifestaban en la plaza a lo largo de un día, desveló las abundancias y las miserias que subyacían en las conductas de la sociedad colonial. Las plazas fueron escenarios públicos trascendentes y por las funciones establecidas en ellas, ejercían una influencia decisiva en el acontecer cotidiano y en la trayectoria urbana de las ciudades que diariamente se iban consolidando.

En las plazas se cristalizaba una realidad convocadora de los recuerdos y afectos de los conquistadores; en ellas se materializaban la identidad con el imperio español y el arraigo al mundo que se estaba construyendo, permitiendo que los colonizadores españoles pudieran anclarse afectivamente a un paisaje nuevo.

<sup>256</sup> POMA DE AYALA Felipe Guaman: *Nueva corónica y buen gobierno*. Editorial Siglo XXI, México 1980 (edición de John V. Murra, Rolena Adorno y Jorge Urioste). Facsímil del manuscrito original del siglo XVII que está en la Biblioteca Real de Copenhague, Dinamarca København, Det Kongelige Bibliotek, GKS 2232 4°. Láminas N°1075 y 1039. Hay otra versión en español del texto completo publicadas por Biblioteca Ayacucho, Caracas 1980 (edición de Franklin G.Y. Pease)

<sup>257</sup> ROJAS- MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. op.cit. pp.17-45

### Capítulo III

## Ciudad y medida en la urbanización colonial de Chile

---

### 3. CIUDAD Y MEDIDA EN LA URBANIZACIÓN COLONIAL DE CHILE

#### 3.1 La ciudad colonial ante las proporciones del paisaje

La ciudad es una estructura cultural creada para albergar la vida en sociedad y que, teóricamente, permite relacionar a la medida del hombre con las dimensiones de la naturaleza o del espacio natural que constituye el entorno urbano. Este significado de la ciudad está vinculado a un concepto conocido por los europeos desde la época clásica y explicitado por Protágoras en su célebre principio donde declaraba que el hombre es la medida para todas las cosas<sup>1</sup>. La idea del hombre como referencia y patrón de medida del mundo fue actualizada durante el renacimiento, tal como lo expresa el dibujo de Leonardo da Vinci<sup>2</sup> representando a un hombre inscrito en un círculo y un cuadrado, dos figuras geométricas que unidas simbolizaban al mundo porque de ellas nacen todas las formas. La búsqueda de las proporciones adecuadas para concertar a la escala humana con las medidas de la naturaleza también fue un tema planteado por Luca Pacioli en su teoría sobre las proporciones armónicas *que rigen a todas las cosas y fenómenos y conciernen a las ciencias y al concepto de universo*<sup>3</sup>. Análogamente, las ciudades del renacimiento -entre ellas, las ciudades coloniales hispanoamericanas- fueron consideradas estructuras intermediarias entre las proporciones del hombre y de la naturaleza.

Sin embargo, en la colonización de América, la aplicación de este concepto estuvo restringida por la existencia de paisajes tan desiguales en relación con los paisajes europeos que no era posible establecer alguna comparación entre las medidas del hombre y las proporciones naturales. Levi-Strauss<sup>4</sup> apunta a esta dificultad cuando señala que la impresión de enormidad es propia de América y se la experimenta por todas partes; como ejemplo describe a las montañas de la costa de Brasil -Río de Janeiro- que lo sobrecogieron por su tamaño y porque jamás había sospechado que en el planeta existieran montes de tal escala. Asimismo, sostiene que en América la relación entre el hombre y las cosas se distiende al punto que la medida común está excluida. Un argumento análogo desarrolla Javier Aguilera para explicar que en América, la relación proporcional entre la escala humana y la escala geográfica se amplía hasta hacer imposible la medición del espacio con los tradicionales patrones europeos porque las extensiones de selvas, pampas y desiertos, las montañas y ríos son de tales características dimensionales que los módulos europeos -concebidos para establecer relaciones comparativas entre el hombre y el medio- en América, debieron olvidarse porque carecían de valor<sup>5</sup>.

*En el caso del continente americano, las dimensiones del territorio son de tales características, que exigen el olvido de los módulos europeos de medición habituados a establecer una relación entre el hombre y el medio que en el Nuevo Mundo carecen de valor<sup>6</sup>*

<sup>1</sup> La relación entre la medida del hombre y el mundo es un concepto actual; para Merleau-Ponty al cuerpo confiamos la síntesis del mundo percibido. MERLEAU-PONTY, Maurice: *Fenomenología de la percepción*. Ediciones Península, cuarta edición. Barcelona, España 1997. p. 254

<sup>2</sup> El dibujo de Leonardo fue precedido por las ideas de Vitruvio sobre el cuerpo humano como sistema de medida y referencia para la proporción de los templos. Este mismo concepto se desarrolla en el tratado de Francesco di Giorgio Martini, los dibujos de Cesare Cesariano y Pietro Paolo Segazone y en los estudios sobre la relación del cuerpo y la arquitectura de Simón García y Pedro Sagrado. RAMIREZ, Juan Antonio: *Edificios-cuerpo. Cuerpo Humano y arquitectura: analogías, metáforas, derivaciones*. Ediciones Siruela. Madrid, 2003. pp.16-24

<sup>3</sup> PACIOLI, Luca: *La Divina Proporción*: Editorial Losada. Segunda edición. Buenos Aires, 1959

<sup>4</sup> LEVI-STRAUSS, Claude: *Tristes Trópicos*. op.cit. p.80

<sup>5</sup> AGUILERA, Javier: *El Territorio: Un marco natural extenso y diverso*. Catálogo de la exposición *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Madrid 1989. p.25.

<sup>6</sup> AGUILERA, Javier: *Fundación de ciudades hispanoamericanas*. op. cit. p.13.

La desigual proporción del paisaje en comparación con las dimensiones del hombre y sus obras –ciudades– fue una característica americana ampliamente divulgada en las crónicas coloniales y una cualidad imposible de describir en la cartografía. En los dibujos subyacen las dificultades que entrañaba representar a las ciudades con su contexto geográfico; inclusive en algunos planos y mapas, con el fin de incorporar el entorno de las ciudades, se abrevió la escala utilizada para representar al paisaje natural; esta anomalía se observa en la cartografía del siglo XVI, cuando se tenía información incompleta de la realidad geográfica. Sin embargo, a mediados el siglo XVIII –aunque los territorios donde se concentraba la colonización ya habían sido explorados y se conocían sus características– persisten dibujos con alteraciones de la relación proporcional entre las ciudades y el paisaje natural.

Esta distorsión gráfica puede explicarse por la necesidad de describir, en un mismo documento, a las ciudades con su entorno. Se debe considerar que los elementos del paisaje circundante a los núcleos coloniales podían ser de tales dimensiones que representarlos en su verdadera proporción, como señala Hardoy, implicaría realizar dibujos de tamaños extravagantes<sup>7</sup>. No obstante, al reducir la escala o proporciones del paisaje se desfiguraban las reales distancias entre fundaciones, la magnitud de los espacios interurbanos que permanecían sin colonizar y la extensión de las áreas inexploradas que rodeaban a las ciudades.

La cartografía colonial tampoco expresaba las dimensiones de los espacios naturales ni las desproporciones formidables entre las ciudades y los elementos del paisaje en los sitios de fundación. Especialmente complejo era representar la cordillera de Los Andes –entorno de varias fundaciones chilenas– o las diferencias de altura entre los núcleos urbanos y el paisaje andino. En las ciudades predominaban construcciones entre 4 y 8 m de altura, exceptuando las iglesias; en contraste, la cordillera de Los Andes, en el área donde se emplaza Santiago del Nuevo Extremo, las elevaciones promedian 2000 m; también hay montes<sup>8</sup> como el cerro El Plomo que tiene 5779 m de alto y el cerro San Ramón, ubicado al sureste de Santiago, que se eleva hasta 3240 m. Actualmente, a pesar de la altura que puede alcanzarse con la arquitectura contemporánea, la diferencia entre la escala urbana y las proporciones del paisaje es extraordinaria.



**Vista actual de Santiago con la cordillera de Los Andes<sup>9</sup>**

<sup>7</sup> En un plano de Lima y el puerto de El Callao se utilizaron tres escalas: una menor para describir el entorno de Lima con sus campos de cultivo, una intermedia para El Callao y otra, considerablemente mayor para representar la ciudad. HARDOY, Jorge Enrique: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op.cit. p-228

<sup>8</sup> RISOPATRÓN, Luis: *Diccionario jeográfico de Chile*. Imprenta Universitaria. Santiago, 1924. p.751

<sup>9</sup> Imagen en <http://www.skyscrapercity.com/showthread.php?t=1498488&page=5>

San Fernando también muestra la desigual relación entre ciudad y paisaje porque la villa, donde predominaban casas de un piso, fue fundada en 1742 por José Manso de Velasco dos km al norte del volcán Tinguiririca, que tiene una altura de 4778 m. Los cerros que cercanos a las ciudades de San José de Buenavista y Concepción -en su segunda fundación en el valle de La Mocha- aunque no alcanzan dimensiones comparables a las montañas andinas, por sus elevaciones superiores a 200 m y los altos arboles que los cubren, excedían la altura promedio de ambas ciudades<sup>10</sup>.



Área ocupada por Concepción según plano de 1752 (9X11 manzanas)

**Foto aérea de Concepción y el río Bío Bío con el espacio ocupado por la ciudad colonial según plano de 1752<sup>11</sup>**

La imagen anterior es un ejemplo de desfiguración de la realidad en la cartografía histórica. En el plano de Concepción en el Valle de La Mocha -elaborado el año 1752 por orden de Domingo Ortiz de Rozas, Capitán General del Reino de Chile- el río Bío Bío, frente a Concepción, se representó con un ancho aproximado de 600 m, pero en este sector, el lecho del río supera los 1599 m y hacia la desembocadura alcanza un ancho de 1887 m, que corresponde a la longitud del puente más largo.

A fines del período colonial, la cartografía aún no expresaba las reales dimensiones del paisaje o las proporciones del entorno natural de las ciudades ni la magnitud de los espacios que permanecían al margen de la urbanización. A pesar de los avances en la exploración y conocimiento del territorio, en los dibujos coloniales persistían desproporciones entre las zonas sin dominar y los minúsculos espacios urbanizados; respecto a este tema Luis Navarro<sup>12</sup> hace notar que la cartografía histórica de Chile del XVIII muestra la parca ocupación de un dilatado territorio donde, cuando habían transcurrido 150 años desde inicio de la conquista, sólo existían cinco poblaciones<sup>13</sup>.

<sup>10</sup> El cerro Caracol, que se localiza al surponiente de la ciudad mide más de 100 m y el cerro que se localiza al costado oriente de San José de Buenavista tiene una altura de 183 m.

<sup>11</sup> La foto aérea está en Google Earth

<sup>12</sup> NAVARRO GARCIA, Luis: Prólogo del libro de LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas Las fundaciones del siglo XVIII*. op. cit. p.11

<sup>13</sup> Sólo cinco ciudades resistieron la destrucción del año 1598 y persistían como fundaciones estables y consolidadas cuando se reinicia la urbanización colonial en 1740.



### 3.1.1 La ciudad colonial como estructura mediadora con la escala del paisaje

La función dominadora de las ciudades coloniales -referente a su influencia espacial sobre el contexto- estaba limitada por las dificultades de instaurar centros urbanos coherentes con las proporciones del paisaje. Una consecuencia de esta situación fue la exigencia de explorar soluciones para que las ciudades pudieran funcionar como estructuras mediadoras entre dos magnitudes irreconciliables: la escala del hombre y la escala del paisaje.

La mediación puede caracterizarse como la instauración de una realidad intermedia para articular dos realidades distintas. A partir de esta definición es posible deducir que la función mediadora de la ciudad colonial implicaba adoptar un nuevo patrón de medida -reconocible en el tamaño de las fundaciones- para relacionar a la escala humana con las proporciones del paisaje. Desde esta perspectiva, se deduce que las medidas genéricas de las ciudades coloniales, por superar claramente en tamaño a las ciudades europeas de la época, reflejan una forma de adaptación a la magnitud geográfica de América.

Leonardo Benévolo hace notar este contraste cuando manifiesta que las ciudades coloniales hispanoamericanas, desde el comienzo de la urbanización en el siglo XVI, presentaban tales diferencias de forma y dimensiones que en comparación con las ciudades europeas del momento llegaron a ser un nuevo tipo de ciudad. Benévolo, señala que los ejemplos europeos -promovidos por poderes políticos o económicos, que se citan en los libros de historia- solamente pudieron modificar parcialmente el paisaje urbano y rural. Además, plantea que el urbanismo renacentista no produce un nuevo tipo de ciudad porque las ciudades que se habían inventado en la Edad Media cambiaron marginalmente y sus crecimientos excepcionales se originaban de situaciones especiales, sin constituir una regla común.

*... Pienza, Urbino, Ferrara, Mantova, y luego August, Anversa, Lisboa, Rouen, Génova o bien Vitry, Livorno, Charleville, Nancy, Palmanova son en alguna medida, excepciones, ligadas a circunstancias especiales y no están en capacidad de determinar una regla común<sup>14</sup>.*

Benévolo explica que el urbanismo colonial fue diferente porque en América los europeos podían actuar en un espacio enorme y debieron realizar en pocas décadas un titánico programa de colonización. Señala que el sentido de libertad y novedad fue una característica prominente de las realizaciones del **Cinquecento** en América y que los protagonistas de este hecho eran concientes de esto<sup>15</sup>. Respecto al tamaño de las ciudades coloniales explica que la ciudad de México a mediados del siglo XVI tenía diez millones de habitantes más que España, que entonces contaba con una población de siete millones. Añade que, entre 1524 y 1530, los **doce** de Martín de Valencia bautizaron a más de un millón de personas y que en el archivo de Indias de Sevilla se conservan los planos de más de cien ciudades fundadas en las colonias durante los primeros cincuenta años de la colonización -sólo las más importantes- y entre estas ciudades estaba México que, según Gomara, en 1552 tenía 100.000 casas y por lo tanto era la ciudad más grande en los dominios de Carlos V<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> BENEVOLO, Leonardo: *Las nuevas ciudades fundadas en el siglo XVI en América Latina. Una experiencia decisiva para la historia de la cultura arquitectónica del "cinquecento"* Publicado en *La ciudad colonial en el Nuevo Mundo. Formas y sentido*. Ediciones en el Jardín de Las Delicias. Santo Domingo, 2001. El texto original fue publicado en el Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas N°9. Universidad Central de Venezuela, Caracas. 1969. p. 1

<sup>15</sup> En las jambas del palacio arzobispal de México fue escrita la siguiente frase de la Apocalipsis: "*Dixit qui sedebat in throno ecce nova facio omnia*". BENÉVOLO, Leonardo: *Las nuevas ciudades fundadas en el siglo XVI en América Latina*. op.cit. p. 2

<sup>16</sup> BENÉVOLO, Leonardo: *Las nuevas ciudades fundadas en el siglo XVI en América Latina*. op.cit. p. 2



Los ejemplos que describen las nuevas proporciones de las ciudades coloniales son abundantes, especialmente en el Virreinato de Nueva España, donde se realizaron las acciones de conquista más exitosas. Sin embargo, en Chile, la construcción de ciudades que pudieran funcionar como estructuras mediadoras entre la escala del paisaje y la medida del hombre estuvo restringida por los conflictos que enfrentaba la conquista de la región y por el escaso número de pobladores para respaldar a las fundaciones, que no alcanzaron dimensiones ni densidades parecidas a las ciudades de jerarquía similar que se desarrollaron en otras regiones de América<sup>17</sup>.

El ejercicio de contrastar el tamaño de las ciudades chilenas con las dimensiones de las mayores ciudades hispanoamericanas muestra significativas diferencias porque ninguna fundación chilena, ni siquiera Santiago del Nuevo Extremo, la capital, en su momento de mayor expansión alcanzó dimensiones que puedan compararse a las de México o Lima -capitales virreinales- ni tampoco adquirió un tamaño semejante al de otras ciudades que no fueron capitales, como Puebla de Los Ángeles.

En Chile no había recursos naturales suficientes para impulsar desarrollos urbanos y demográficos relevantes. Los yacimientos minerales no podían equipararse a los de Perú o México, que sostuvieron el crecimiento expansivo de centros mineros como Potosí. Tampoco existían recursos -café, azúcar, cacao o tabaco- que constituyeran una base productiva equivalente a la que apoyó el crecimiento de La Habana. Hasta la agricultura, que fue soporte económico de los territorios más prósperos de Chile, no era suficiente para sostener la evolución de las ciudades; al contrario, alentaba el desarrollo de haciendas que, por su envergadura, ejercieron influencias decisivas para la colonización de las áreas rurales, en desmedro de las ciudades.

El contexto histórico determinado por la guerra de Arauco, la falta de un sistema de comunicaciones terrestres eficiente, el aislamiento y alta fragmentación del relieve fueron obstáculos para la urbanización y el dominio del territorio de Chile. Por estas dificultades, las ciudades no lograron crecimientos que les permitieran aproximarse a la magnitud del paisaje circundante ni compararse con el tamaño de las ciudades en otras colonias americanas; por esto, tampoco poseían dimensiones adecuadas para operar como estructuras mediadoras entre el hombre y su entorno natural.

Esta característica explica porqué, en Chile, la función mediadora de las ciudades no dependía del tamaño -entendido como una proporción intermedia entre la medida humana y la escala del paisaje- y básicamente, se resolvió con la continuidad, que es otra expresión de la mediación.

La continuidad se enunciaba en las prolongaciones de la trama -símbolo del orden hispano- sobre el paisaje circundante al núcleo urbano mediante la implantación de ejidos, dehesas y campos de cultivos; estos espacios se organizaban en porciones ortogonales, análogas a las divisiones del trazado de las ciudades, formando una continuidad geométrica entre la ciudad y los espacios que integraban su entorno. La mediación por continuidad también se expresaba en las prolongaciones de las calles hacia los caminos y en la ramificación de las funciones urbanas por el territorio.

La proyección espacial de los núcleos fundacionales fuera de los límites específicos de las áreas urbanas -a través de la continuidad funcional y la extensión del orden cartesiano por ejidos y campos de cultivo- hizo posible ampliar las superficies que quedaban bajo la influencia de las ciudades chilenas.

---

<sup>17</sup> El tema se trata en el punto 3.4 Dimensiones de la ciudad colonial y sus elementos

### 3.1.2 Proyección espacial de las ciudades hacia el paisaje circundante

Las dimensiones de los valles que se seleccionaron como sitios de fundación tienen evidentes diferencias con la superficie de los centros urbanos. Al respecto, Frazier<sup>18</sup> señala que el valle del río Mapocho, donde se fundó Santiago del Nuevo Extremo, superaba las 25 leguas, equivalente a 139.25 kms. Por su parte, Darwin describe al valle de Quillota -sitio de fundación de San Martín de La Concha- como una dilatada llanura que, posiblemente, era fondo de una antigua bahía<sup>19</sup>.

La desproporción entre la superficie de las ciudades y la dimensión de los valles que conformaban su entorno disminuye ostensiblemente si se consideran dentro de las áreas ocupadas por la ciudad a los terrenos adyacentes al núcleo, que constituían el soporte agrario de la vida urbana. Incluir a los ejidos, dehesas y campos cultivados como ámbitos integrados a las ciudades es un aspecto relevante para analizar a los centros coloniales, pues, al incorporar estos espacios, que generalmente ocupaban grandes superficies, la dimensión de las ciudades se incrementa ostensiblemente.

No es arbitrario considerar esta referencia porque según los estudios de Domínguez Compañy, los ejidos eran parte del acto fundacional, que comprendía el reparto de solares, estancias y la fijación de las tierras comunales. Los ejidos fueron los únicos bienes comunales citados en las Actas de Fundación, aunque a veces sólo aparecían mencionados como actos realizados posteriormente, como acciones consideradas en el momento de la fundación o que debían realizarse.

*Íntimamente ligado con el trazado de la ciudad, y en realidad formando parte integrante del mismo acto, debemos considerar el reparto de solares y estancias y la fijación de las tierras comunales, principalmente el ejido. En las actas que hemos tenido a la vista, aparecen muchas veces citados los solares al referirse al trazado de la ciudad, ya que en buen principio no puede existir el uno sin la fijación de los otros, pero el reparto y distribución entre los conquistadores, la fijación de los propios, la designación de ejido (único bien comunal que se cita claramente en las actas consultadas) aparece referido frecuentemente en forma separada, como actos realizados posteriormente o simplemente citados como una de las acciones que también se tuvieron en cuenta o que iban o debían realizarse<sup>20</sup>*

Aunque las áreas destinadas a ejidos, dehesas y campos de cultivo se establecieron por la necesidad de contar con reservas de terrenos para actividades agropecuarias que aseguraran el sustento de la población, debe considerarse que se estructuraron en porciones ortogonales y, por lo tanto, también permitieron expandir la cualidad ordenadora de las ciudades expresada en la geometría cartesiana. Así, los ejidos –si se analizan desde su condición de espacios portadores del orden geométrico- fueron esenciales para la continuidad espacial entre la ciudad y su entorno.

Al contrastar los procesos históricos de urbanización del Viejo y el Nuevo Mundo se observa que un número importante de ciudades europeas surgieron de un paulatino desarrollo agrícola que, en su evolución, definió centros de intercambio y comercio. En Chile, aunque hay varios ejemplos de haciendas que dieron origen a ciudades, el proceso fue inverso porque, alrededor de las fundaciones -primeras expresiones del dominio permanente de un espacio-, gradualmente, se iban generando los espacios destinados al cultivo y la crianza de ganado. En otras regiones hispanoamericanas existían tradiciones agrícolas prehispánicas y amplias zonas con terrenos cultivados que fueron soportes de la urbanización colonial; pero en Chile, las prácticas agrarias

<sup>18</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.98

<sup>19</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op. cit pp.124-125-139

<sup>20</sup> DOMINGUEZ COMPAÑY, Francisco: *La política de poblamiento de España en América*. op.cit. p. 48

tenían un desarrollo precario. En este contexto, las ciudades coloniales -aisladas y dispersas por un vasto territorio- debían ser autosuficientes y disponer de espacios para cultivar alimentos. José Bengoa explica que en Chile los españoles encontraron una situación especial en comparación con la evolución de otros pueblos aborígenes americanos porque la cultura mapuche -asociada a las etnias más involucradas con la colonización- aún no se había asentado en comunidades productoras sedentarias; eran recolectores y cazadores que sólo conocían formas de reproducción a pequeña escala de ciertas especies vegetales, sin desarrollar la agricultura propiamente tal. En algunos valles del norte y centro de Chile -en territorios que a la llegada de los conquistadores españoles estaban bajo las influencias de la cultura inca- se habían iniciado procesos agrícolas, que se reconocen en la existencia de sistemas de riego, como ocurría en los valles del Mapocho y de Quillota, donde se fundaron Santiago del Nuevo Extremo y San Martín de La Concha<sup>21</sup>.

La fertilidad del suelo y existencia de tierras aptas para el cultivo o ganadería, que aseguraran los alimentos y otros recursos necesarios para sostener la vida urbana, fueron dos factores determinantes para la selección de los sitios de fundación. La preocupación por implantar ciudades en sitios provistos de agua dulce en cantidad suficiente para sustentar a la población y regar tierras cultivables explica porqué la mayoría de las ciudades se asentaron junto a ríos o esteros. Los cronistas explican que la fertilidad de los terrenos era una cualidad de los valles de las zonas central y sur de Chile; esta característica fue fundamental para elegir los sitios de fundación.

En las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación*, recogiendo la experiencia colonizadora hasta su promulgación el año 1573, se indica que los sitios para realizar nuevas fundaciones debían ser fértiles, abundantes en frutos y tierras adecuadas para sembrar, con pasto para la crianza de ganado, árboles para obtener leña y muchas y buenas aguas para beber y para regadíos<sup>22</sup>. En Chile era posible encontrar sitios de estas características por la presencia de amplias superficies con suelos regados naturalmente, que no requerían preparación. Esta condición puede observarse en la zona de Arauco, donde se habían establecido grupos de población indígena sedentaria que carecían de sistemas agrícolas desarrollados en plenitud. Según José Bengoa, esta circunstancia se explica porque Arauco era un territorio privilegiado para la recolección, pesca y caza. La abundancia de recursos naturales hizo posible la existencia de población asentada en un número superior a lo que un sistema preagrario podía abastecer<sup>23</sup>.

El imperativo de proveer a las ciudades coloniales de amplios terrenos destinados a faenas agrícolas para garantizar la supervivencia de los pobladores se refleja en la relevancia territorial que, por sus dimensiones, alcanzaron los campos de cultivo y los terrenos para crianza de animales que rodeaban a las fundaciones. Estas áreas consistían en amplias reservas de tierra sin edificar, de propiedad común. El espacio comunal más importante era el ejido, nombre derivado del latín *exitus* o salida, que alude a su ubicación en lugares extra-urbanos porque era un campo vecinal situado en las afueras de pueblos o ciudades. La palabra ejido designa al terreno que no se cultiva ni se labra; común para todos los vecinos que solía servir para la descarga y limpieza de las mieses<sup>24</sup>. Los ejidos formaban parte del *término*<sup>25</sup> de las ciudades,

<sup>21</sup> BENGOA, José: *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX* Ediciones Sur. Colección Estudios históricos. Segunda reimpresión. Editorial Interamericana. Santiago. 1991. pp. 17-21

<sup>22</sup> IBÁÑEZ CERDA, José: *Trascripción de las Ordenanzas de Descubrimiento*. op. cit. Ordenanza 35; en las ordenanzas 39 y 111 se insiste en elegir sitios con agua cercana y tierras de cultivo y pastoreo.

<sup>23</sup> BENGOA, José: *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*. op.cit p.18

<sup>24</sup> Real Academia de la Lengua Española: *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, año 1732.

<sup>25</sup> IBÁÑEZ CERDA, José: *Trascripción de las Ordenanzas de Descubrimiento*. Las Ordenanzas 88 y 89 definen término y territorio en cuatro leguas en cuadro en un área cuyos límites estén a cinco leguas de cualquier villa o lugar que antes estuviere poblado. Las Ordenanzas 92 al 102 también se refieren al término y territorio. Los términos en Hispanoamérica podían tener dimensiones inmensas que muchas veces no se alcanzaron a explorar

área que comprendía la acción administrativa de un Ayuntamiento o un Consejo. En América, una norma dictada en 1523 determinaba que los ejidos y dehesas fueran propiedad del Cabildo, aunque la regulación específica de las tierras comunales para abastecer a las ciudades se incorporó en las **Ordenanzas** de 1573<sup>26</sup>.

El origen de los ejidos se remonta al período medieval pues se establecieron en los fueros de repoblación a finales del siglo XI y, especialmente en el XII. Durante el siglo XIII se recogieron y regularon -en documentos como las Partidas de Alfonso X el Sabio- convirtiéndose en espacios de reserva, fundamentalmente comunal, para uso de los vecinos, donde se establecían eras y edificios auxiliares no integrados en la casa como bodegas, palomares, etc<sup>27</sup>. Según Francisco de Solano, los alrededores de Sevilla medieval fueron zonas de huertas y aprovechamientos comunales, ahí se situaban el Prado de las Albercas junto al ejido, la feria de ganado ovino y campos de Tablada, que eran dehesas de engorde para ganado destinado al matadero. Los precedentes del ejido y otras tierras comunales fueron las hermandades urbanas de diversa índole que existieron entre los siglos XIII y XV. Las hermandades de pastos, aguas, usos de montes y abastecimiento en el mercado con Carmona, tal vez son derivaciones de las primitivas comunidades de pastos establecidas por Alfonso X en el año 1269.

Los ejidos se incorporaron en las ordenanzas municipales españolas como suelos de dominio público para uso común. Javier Barrientos proporciona una referencia sobre la importancia del ejido y las tierras comunes en América colonial al indicar que en 1523, el emperador Carlos V ordenó que después de delimitar el ejido debían fijarse las tierras de dehesas para pastar bueyes, caballos y ganado. Una Cédula de 1534 otorgó autorización a los virreyes para repartir tierras -ejidos y dehesas- y agua<sup>28</sup>.

Las dehesas eran tierras comunales cuya origen se relacionaba con el término latín **defesa** que significa defendida -tierra defendida- porque en ellas no podían pastar otros ganados<sup>29</sup> y su origen jurídico está en la Ley de la Mesta. Las dehesas tenían menores dimensiones que los ejidos y generalmente eran destinadas al cultivo de pastos para los ganados de aprovechamiento común. Las tradiciones españolas de propiedades comunales -montes, ejidos y dehesas- se proyectaron al Nuevo Mundo desde las ordenanzas sevillanas, de donde también se imitaron otras regulaciones jurídicas y normas institucionales que reglamentaban a la ciudad colonial<sup>30</sup>.

<sup>26</sup> IBAÑEZ CERDA, José: *Trascricción de las Ordenanzas de Descubrimiento*. op. cit. Ordenanza 90 que trata de la repartición de término y territorio reservando solares para el pueblo, ejido y dehesa en que pueda pastar el abundante ganado que deben tener los vecinos. Otras ordenanzas relativas a tierras comunales y de cultivo para la ciudad son: Ordenanza 130 que define a las dehesas como tierras comunales destinadas a la crianza de bueyes de labor y caballos, ganado para carnicerías y ganado de los pobladores; Ordenanzas 35, 39 y 111 condicionan el sitio de fundación a tener buenos pastos; Ordenanza 131 señala que en tierras de labor se siembre de inmediato y se junte el ganado en la dehesa para que se multiplique; Ordenanzas 85 y 95 sobre la definición de los pastos comunes; las Ordenanzas 89,105,106,107,108 y 109 sobre repartimiento de las tierras de labor (terreno suficiente para pastos del Consejo y ser proporcionales a los solares de la población) y repartición de tierras de regadío en igual proporción para los primeros pobladores por sus suertes y las restantes quedan para los que lleguen después a poblar. Las Ordenanzas 7 y 45 se refieren a jueces facultados para otorgar ejidos, abrevaderos, caminos y sendas para nuevas poblaciones; además, se indica tener el cuidado de no despoblar lo ya poblado, tema recogido específicamente la Ordenanza 45. Finalmente, en la Ordenanza 92 se exceptúa considerar término y territorio de una nueva población las áreas de puerto de mar u otra parte que pueda significar perjuicio para la Corona.

<sup>27</sup> MANGAS NAVAS, J.M: *El régimen comunal agrario de los Concejos de Castilla*. Edición del Ministerio de Agricultura. Madrid 1991. pp.154-159

<sup>28</sup> BARRIENTOS, Javier: *El Gobierno de Las Indias*. Editada por Fundación Rafael del Pino. Colección Historia. Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales. Madrid 2004. p. 216

<sup>29</sup> Ley de la Mesta, Título 22.

<sup>30</sup> LADERO QUESADA, Miguel: *Historia de Sevilla. La ciudad medieval. 1248-1492*. Secretariado de Publicaciones. Universidad de Sevilla. Segunda Edición, revisada. Valladolid 1980. pp. 59 y 155.  
DE SOLANO, Francisco; *La ciudad iberoamericana: Fundación, tipología y funciones durante el período colonial*. op. cit. p.11.

### 3.1.3 Los ejidos en la proyección espacial de las ciudades coloniales

Sartor explica que los ejidos eran multifuncionales porque también servían de plaza externa de las ciudades, espacio recreativo, pulmón urbano y lugar utilizado por los campesinos para descargar productos agrícolas<sup>31</sup>. Además, aunque teóricamente, los ejidos limitaban el crecimiento de las ciudades por ser sectores no edificables y reservados para actividades agrícolas, en realidad eran áreas de expansión urbana. Por su dimensión, podían responder a las exigencias de crecimiento proporcionando terreno para ampliar las ciudades<sup>32</sup> y extender el plano cuadrículado por el paisaje del entorno. A través de los procesos de desarrollo urbano, en ocasiones, los ejidos se transformaron en espacios públicos originando jardines botánicos y paseos, como ocurrió en Mendoza.

Los reglamentos no siempre determinaban el tamaño de los terrenos para ejidos y dehesas y, generalmente, sólo se fijaron sus dimensiones mínimas. Por esto, en las diferentes regiones de América se aplicaron reglas de acuerdo a sus peculiaridades locales. Fullaondo propone una lectura sugerente al señalar que las reparticiones de peonías y caballerías -concedidas por el Consejo de Indias a aquellas personas que solicitaban pasar a las Indias haciendo valer sus méritos y títulos- fueron sólo una versión jurídica pues, hacia 1560, en América nadie sabía con exactitud lo que era suyo<sup>33</sup>. Las reparticiones dependían de las circunstancias propias de cada territorio, como se aprecia en la Banda Oriental de América del Sur, donde en el siglo XVIII, la urbanización fue impulsada para poblar un territorio pretendido por otras naciones europeas. En esta zona no se adjudicaron tierras por peonías y caballerías según la categoría del poblador y la repartición en suertes de chacras y suertes de estancias generó tierras comunales de diferentes tamaños. En Montevideo, el reparto de 1730 estableció terrenos para chacras<sup>34</sup> que variaban entre una legua de fondo y de 200 a 400 varas de frente<sup>35</sup>. Las estancias tenían entre 0,5 leguas de frente -2786 m- y 1,5 leguas de fondo -8358 m- correspondiente a 23.285 m<sup>2</sup>.

En Buenos Aires, para organizar los espacios rurales adyacentes al ejido también se fijaron suertes de chacras o estancias de diferentes dimensiones, que no coincidían con lo indicado en las ordenanzas. La repartición comprendió dos fajas de estancias, al sudeste y noroeste de la ciudad, cuya longitud era de 90 km de distancia desde la plaza<sup>36</sup>. Esta enorme superficie de chacras y estancias fue posible por la colosal extensión de la pampa donde se fundó la ciudad. El ejido de Buenos Aires ocupaba 5172 hectáreas y el área urbana 218 hectáreas, equivalentes al 4.21% del ejido. Estas superficies son una muestra de las desproporciones dimensionales entre una ciudad y su ejido.

<sup>31</sup> SARTOR, Mario: *La città e la conquista*. op.cit. p.120 A veces los ejidos fueron sobrepasadas con las expansiones urbanas. También ocurrió con las tierras agrícolas.

<sup>32</sup> SARTOR, Mario: *La città e la conquista*. op.cit. p.120.

<sup>33</sup> Fullaondo describe las cantidades y recursos que definían los repartimientos de tierra: Una peonía equivalía a 1/2 caballería o 100.000 montones (antigua medida de la colonización antillana). Una caballería correspondía a 200.000 montones. Una peonía constaba un solar para edificar casa, 100 fanegas de tierras de labor, 10 fanegas para producir maíz, 2 huebras -espacio de tierra de labor que un día podía arar una yunta- de huerta, 8 huebras de frutales, tierras para pasto de 10 lechones, 20 vacas, 5 yeguas, 100 ovejas y 20 cabras. La peonía era una propiedad importante y la caballería -dos veces mayor- tenía la ventaja de poseer en propiedad las tierras de pastos, mientras las peonías las tenían en común. FULLAONDO, Juan Daniel: *Introducción al Urbanismo Colonial Hispanoamericano*. Colección de Crítica y Problemas Interpretativos. Ediciones Alfaguara. Madrid 1973. p. 51

<sup>34</sup> La palabra chacra deriva del quechua *chafra* y se refiere a una finca rural destinada a la labranza. En América colonial las chacras eran terrenos para actividad hortícola. En su origen fueron viviendas indígenas rústicas asociadas a huertos y tierras de cultivo.

<sup>35</sup> ALVAREZ LENZI, Ricardo; ARANA, Mariano y BOCCHIARDO, Livia: *Las Leyes de Indias en la urbanización de la Banda Oriental*. Publicado en: *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p.143 Una legua equivale a 5 572.70 m y a 5,57 km

<sup>36</sup> DE PAULA, Alberto: *La escala comarcal en el planeamiento indiano: Estructura territorial y evolución de la campaña bonaerense*. op. cit. pp. 211-212

La importancia del ejido en la expansión de las ciudades se observa notoriamente en Buenos Aires, donde el área destinada a ejido, el año 1692 fue fraccionada y vendida para ampliar el núcleo fundacional. Alberto de Paula indica que esta fecha es una referencia para determinar cuando el crecimiento de Buenos Aires comenzó a desbordar sus límites fundacionales<sup>37</sup>. De Paula explica que el ejido se vendió, con excepción de dos fajas -una al sur de la ciudad y otra alrededor del fuerte- que se conservaron por razones defensivas. Sin embargo, en el curso del siglo XVIII, como consecuencia de las reformas del sistema defensivo del Atlántico sur y la fundación de Montevideo, el ejido bonaerense terminó de venderse sin restricción alguna. Al respecto, es preciso subrayar que los ejidos tenían tales dimensiones que aunque la ciudad se extendiera, siempre era posible reservar un amplio espacio para el recreo de los vecinos y la crianza de ganado<sup>38</sup>.

Mendoza<sup>39</sup> es una de las ciudades chilenas más vinculadas al paisaje de su entorno porque se fundó sobre un oasis, en un territorio semidesértico y con predominio de altas temperaturas. Por la aridez de su sitio, la ciudad tenía una fuerte dependencia con las tierras comunales, tierras agrícolas y cursos de agua del lugar de fundación. El desarrollo urbano y el aprovechamiento de las tierras de cultivo dependían de la disponibilidad de agua para abastecer a la ciudad, el ejido y chacras; de este modo, el sistema de riego de Mendoza fue esencial pues constituía la base económica de la producción agrícola y ganadera. Las acequias coloniales, que corren paralelas a las calles centrales, aún se conservan y junto a los grandes árboles que se riegan con sus aguas, son elementos destacados del paisaje urbano característico de la ciudad.

En los planos fundacionales de Mendoza, levantados por orden de Pedro del Castillo y Juan Jufré en 1561 y 1562, no se incluyeron elementos naturales -esteros o ríos- a pesar de su importancia para sustentar la vida urbana; tampoco se describen los sistemas de riego construidos por los pueblos prehispánicos. Sin embargo, Ponte<sup>40</sup> explica que en el sitio Mendoza existían cuatro acequias trazadas por los incas para mejorar el primitivo sistema de abastecimiento de agua creado por los huarpes<sup>41</sup>. El núcleo fundacional estaba entre dos acequias pero, durante el siglo XVIII, debido a la expansión urbana en dirección oeste, se anuló una de ellas que fue reemplazada por otra, llamada Tajamar, que más tarde daría origen al Paseo de la Alameda.

En síntesis, aunque originalmente, los ejidos y dehesas se instauran como reservas de tierras agrícolas y ganaderas para asegurar el abastecimiento de alimentos a la población de las ciudades, también aportaron extensos terrenos para la expansión urbana apoyando las relaciones funcionales entre las ciudades y las áreas rurales de su entorno; de este modo, contribuyeron decisivamente a la proyección territorial de los núcleos fundacionales.

<sup>37</sup> DE PAULA, Alberto: *La escala comarcal en el planeamiento indiano: Estructura territorial y evolución de la campiña bonaerense. 1580-780*. Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p. 211

<sup>38</sup> IBAÑEZ CERDA, José: *Trascripción de las Ordenanzas de Descubrimiento*. op. cit. Ordenanza 129.

<sup>39</sup> Ciudad chilena hasta el año 1776 cuando se anexo al recién creado Virreinato del río de La Plata

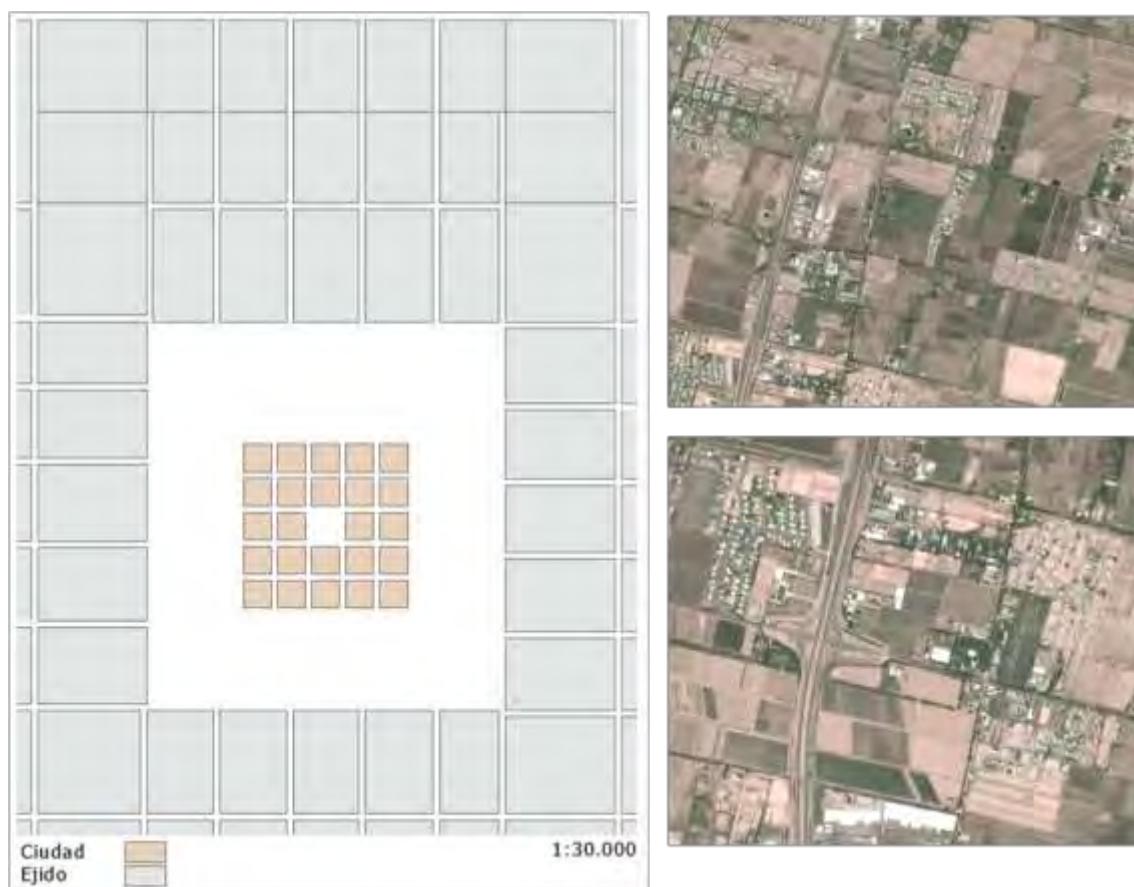
<sup>40</sup> PONTE, José Ricardo: *Mendoza, la primitiva traza fundacional (1561-62)*. Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. op. cit. p.224

<sup>41</sup> Nombre de las comunidades indígenas locales



### 3.1.4 Relaciones proporcionales entre la ciudad y el ejido

En algunas ciudades coloniales chilenas se observan sustanciales ampliaciones del área urbana mediante los ejidos. Mendoza es un ejemplo de esta situación porque el plano de repartimiento de tierras a los primeros pobladores muestra una nítida diferencia entre los tamaños de la ciudad y del ejido. Según cálculos realizados por Ponte<sup>42</sup> tomando como referencia al plano fundacional de 1561, el ejido de Mendoza –que contenía una zona agrícola y terrenos reservados sin cultivar– correspondía al 96,54% del área repartida por Pedro del Castillo; el núcleo fundacional comprendía el 3,38% del total y los espacios verdes urbanos apenas el 0,08%. Los porcentajes variaron ligeramente en 1761 cuando el ejido fue reducido al 94,55% y la ciudad creció hasta alcanzar el 5,37% de la superficie racionada. Esta proporción denota la importancia dimensional del ejido en comparación con el núcleo urbano.



#### Mendoza: Proporciones del ejido y la trama urbana colonial + uso actual del ejido

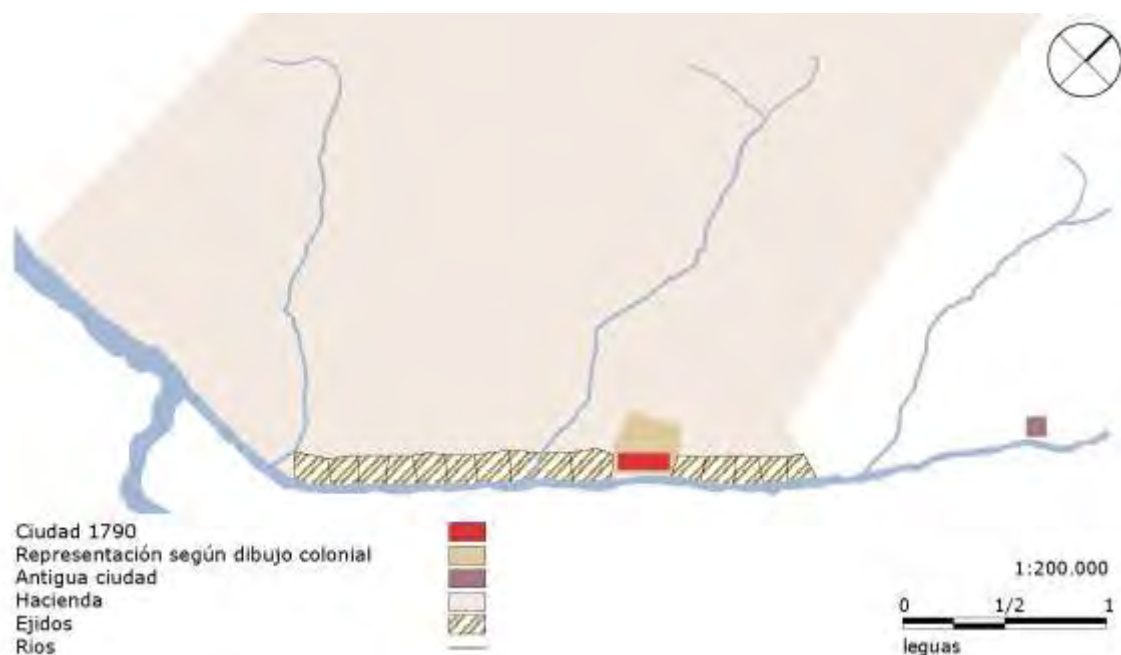
Fuente: Plano fundacional de Mendoza de Pedro del Castillo. 1561<sup>43</sup> y fotos satelitales<sup>44</sup>

En el siglo XVIII también se realizaron fundaciones provistas de extensas áreas de cultivo que sirvieron para apoyar la proyección espacial de la ciudad por su entorno, como se informa en el plano de la hacienda de Rosa de Ahumada, en cuyos terrenos se ubicó la villa de San Rafael de Rozas al ser trasladada desde el pueblo de indios de Illapel. En el dibujo de Santiago de Oñederra se muestra el repartimiento del suelo urbano y las tierras de cultivo o chacras. El texto del documento señala que San Rafael de Rozas abarcaba 127.5 cuadras y las tierras destinadas a las chacras tenían 84x4 cuadras de superficie, equivalentes a 334 cuadras; esta relación indica que los campos de cultivo superaban el área urbana en 2.6 veces.

<sup>42</sup> PONTE, José Ricardo: *Mendoza, la primitiva traza fundacional (1561-62)*. op. cit. pp. 219-240

<sup>43</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires. 222

<sup>44</sup> Corresponde al sector de Chacras de Coria, al sur de la ciudad. Imagen satelital de Google Earth



### Relación entre el núcleo fundacional de San Rafael de Rozas y campos de cultivo

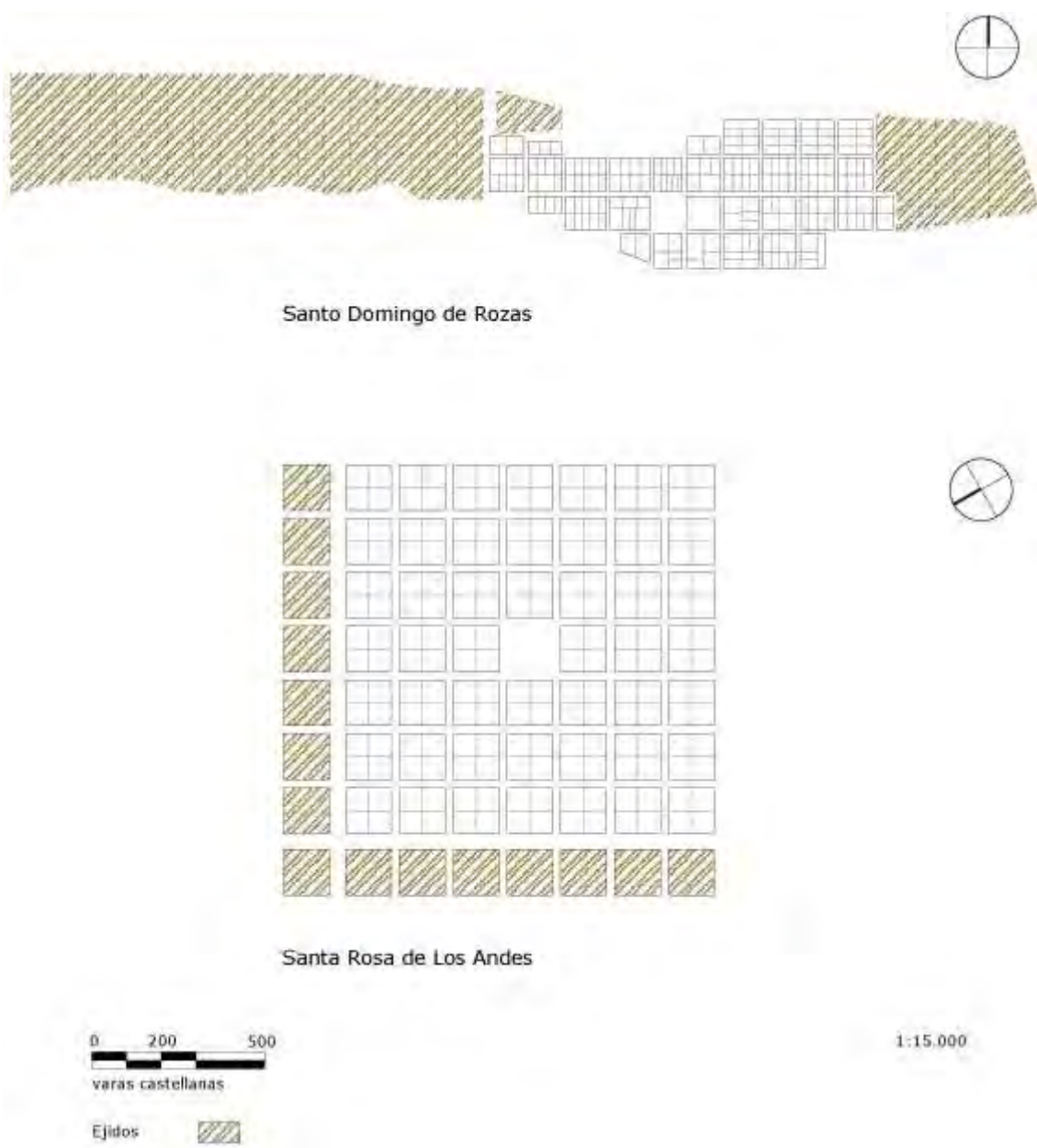
Fuente: Plano hacienda de doña Rosa de Ahumada. Santiago de Oñederra. Siglo XVIII <sup>45</sup>

Al comparar la dimensión del terreno para chacras -según los datos contenidos en el texto que acompaña el dibujo de Oñederra- con la planta de San Rafael de Rozas que levantó Antonio Martínez de Mata en 1790, la superficie destinada a los cultivos incrementa notoriamente el área ocupada. Aunque en este caso, la ampliación del núcleo no se relaciona con el ejido sino con los campos de cultivos, las proporciones descritas en la cartografía muestran claramente la importancia dimensional de los terrenos agrícolas adyacentes a la ciudad como áreas de proyección urbana.

En Santo Domingo de Rozas, según el plano fechado en 1755, las tierras reservadas a cultivos -en los costados este y oeste del núcleo urbano- se organizaban en lotes de tamaños variables, fluctuando entre 70 y 150 varas de ancho por 400 varas de largo. La superficie de estos terrenos es notoriamente superior al área de la ciudad, que ocupaba una extensión de 30 cuadras de 100x100 varas cada una. En el plano de Santo Domingo de Rozas, que informa sobre la escala utilizada, es difícil apreciar las diferencias proporcionales entre la ciudad y las tierras que fueron repartidas a los pobladores como chacras porque en el documento se utilizaron dos escalas, una para representar al núcleo urbano y otra menor para describir las tierras de cultivo. En la escala gráfica establecida para la ciudad, la longitud de 8 cm. equivale a 400 varas y en la escala gráfica que fue asignada a las tierras de cultivo 6 cm. equivalen a 450 varas. Este procedimiento cartográfico debió utilizarse para poder describir, en el mismo dibujo, a la ciudad con su proyección por los campos de cultivos.

En el documento de 1755 también se puede ver la diferencia proporcional entre las divisiones urbanas, que alcanzaron un total de 188 predios, y el terreno de chacras que fue dividido en 21 porciones. La mayoría de los predios urbanos corresponden a octavos de manzanas -medio solar- que miden 41 X 20.5 m. En comparación, los lotes para chacras muestran tamaños predominantes de 200 X 63 m. La parcelación de las tierras de cultivos en 21 lotes -que contrarresta con los 188 predios urbanos representados en el plano- permite pensar que cada parcela destinada a cultivos fue entregada a un grupo de propietarios de los lotes urbanos.

<sup>45</sup> Archivo Nacional de Chile. Archivo de la Real Audiencia. Volumen 648.



### Ejidos en Santo Domingo de Rozas y Santa Rosa de Los Andes

Fuente: Planos de Antonio Martínez de Mata<sup>46</sup> Ignacio Díaz Meneses<sup>47</sup>.

La cartografía de Santa Rosa de Los Andes también informa del tamaño del ejido, equivalente a un tercio de la ciudad. El plano de Díaz Meneses, de 1798, muestra al ejido dividido en quince lotes cuadrados ocupando los costados norte y poniente del área urbana, que tenía un trazado de 7x7 manzanas con un total de 49 manzanas. La forma y el tamaño de los lotes reservados al ejido son idénticos a las manzanas que componen el reticulado del núcleo; ambos miden 133 varas por lado, cantidad equivalente a 110.188 m. El interés de este plano, además de describir la relación dimensional entre la ciudad y su ejido, es expresar la estrecha relación geométrica entre el trazado urbano y las tierras de uso común convirtiéndolas en prolongación

<sup>46</sup> Plano de la Villa de Santo Domingo de Rozas y del terreno repartido en chacras a sus pobladores. Antonio Martínez de Mata. Archivo General de Indias (AGI) Mapas y planos de Perú y Chile. 128

<sup>47</sup> Plano de la Villa de Santa Rosa de Los Andes de Ignacio Díaz Meneses. El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Chile; mapoteca de la Sala José Toribio Medina

de la cuadrícula y subrayando su potencial como área de expansión. La división del ejido en porciones ortogonales iguales permite suponer que fue repartido a grupos de vecinos<sup>48</sup>, de modo análogo a lo que pudo ocurrir con el repartimiento de tierras en Santo Domingo de Rozas. Ambos ejemplos sugieren una forma de privatización del espacio común; proceso que en Buenos Aires<sup>49</sup> había comenzado en 1692 con el fraccionamiento y venta del ejido y que en España sólo se inició en el siglo XIX.

La parcelación del ejido de Santa Rosa de Los Andes en terrenos de igual dimensión –que también sugiere su privatización y la entrega de los lotes a los vecinos- estaba relacionada con la estrategia de asegurar el éxito de la nueva fundación que debía apoyar el recorrido entre Santiago y Buenos Aires. La forma de reparto de la tierra para estimular el asentamiento de los vecinos en Santa Rosa de Los Andes perturbó a la cercana villa de San Felipe porque varios pobladores de esta última ciudad se trasladaron hasta la nueva fundación. Figueroa sostiene que como resultado de esta situación, San Felipe tuvo un serio retraso en sus construcciones y los sitios baldíos debieron ocuparse, poco a poco, con nuevos pobladores<sup>50</sup>.

### Relaciones proporcionales entre ciudad y ejido

Nombre ciudad	Superficie ciudad (%aproximado)	Superficie ejido (%aproximado)
Mendoza	5,45	94,55
Santo Domingo de Rozas	14,30	85,70
Santa Rosa de Los Andes	67,00	33,00

En relación con el reparto de tierras a los vecinos para su utilización en actividades agrícolas, Santiago Lorenzo describe diversas situaciones destacando la parcelación de terrenos agrícolas de Los Ángeles, realizada en 1743, que superó holgadamente a otros repartimientos del siglo porque de 98 personas matriculadas, 47 recibieron solares y estancias de una superficie apreciable. Un poblador obtuvo 600 cuadras, treinta y dos recibieron entre 500 y 580 cuadras, trece se adjudicaron entre 300 y 387 y otro recibió 140 cuadras. Dos años más tarde se procedió a un nuevo reparto entregando las tierras vacantes en la jurisdicción y las quitadas a los seis primeros pobladores que aún no habían construido sus viviendas; en esta ocasión, las tierras para estancias comprendían entre 250 y 600 cuadras<sup>51</sup>.

En acciones posteriores se recomendó evitar la excesiva generosidad en la entrega de las tierras<sup>52</sup>. En 1745, Cauquenes contaba con 87 familias, 25 de ellas poseían chacras sembradas y cercadas, que comprendían 273 cuadras, correspondientes a los propios y pastos comunes de la villa<sup>53</sup>. En la ciudad de Melipilla, de 87 vecinos, 32 eran propietarios de chacras que en total tenían 297 cuadras de superficie<sup>54</sup>. Los antecedentes anteriores muestran tanto la heterogeneidad de las parcelaciones y la privatización de tierras comunes como la estrategia de estimular la urbanización y el poblamiento de las ciudades entregando amplios terrenos para chacras y labor<sup>55</sup>.

<sup>48</sup> FIGUEROA, Julio: *Historia de San Felipe*. Impreso en La Voz de Aconcagua. 1902. p. 116

<sup>49</sup> El proceso de fraccionamiento y ventas del ejido de Buenos Aires se describe en el punto 3.1.3 Los ejidos en la proyección espacial de la ciudad colonial

<sup>50</sup> FIGUEROA, Julio: *Historia de San Felipe*. op.cit. p.116

<sup>51</sup> En Chile, una cuadra equivale a una manzana de 120 m por lado, aproximadamente

<sup>52</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas Las fundaciones del siglo XVIII*. op. cit. pp.200-210

<sup>53</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas Las fundaciones del siglo XVIII*. op. cit. p.211

<sup>54</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas Las fundaciones del siglo XVIII*. op. cit. p.213

<sup>55</sup> En 1752, la Junta de Poblaciones ordenó que antes de formar una villa debían repartirse entre sus pobladores terrenos para chacras y, si el sitio lo permitía, para estancias y potreros.

### 3.2 Proyección territorial de las ciudades

Una cualidad relevante para definir a las ciudades es su capacidad de dominio sobre el territorio en el cual lo ejerce. Esta afirmación se apoya en la idea formulada por Braudel<sup>56</sup> cuando plantea que no es el número de habitantes, ni la estructura física lo que permite calibrar la jerarquía de una ciudad, sino su carácter dominador de la región o espacio donde se inserta. Desde esta perspectiva, las ciudades coloniales eran ejemplares porque desplegaban su dominio funcional y administrativo sobre espacios enormes que, con frecuencia, ni siquiera se habían explorado. Al respecto, es importante resaltar que el talante dominador de una ciudad es más significativo cuando es un instrumento de conquista; especialmente, si la acción de dominio se realiza en territorios con paisajes de proporciones incomparables con el tamaño de las ciudades y el orden definido por la medida humana.

Asimismo, se debe considerar que para la cultura occidental, la proporción era una expresión cosmológica de la belleza y, según hace notar Roberto Masiero, estaba estrechamente relacionada con la metafísica<sup>57</sup>. Además, en el periodo colonial la proporción no fue un concepto concerniente solamente a lo estéticamente bello sino también a lo cognoscible porque se comprendía como búsqueda y representación de un orden conocido. Por estas circunstancias, la des-proporción entre las ciudades y el territorio donde se asentaban constituía una realidad desfavorable que debía ser superada con las acciones de colonización.

En el capítulo 1 se explicó que una condicionante de la urbanización colonial era la formidable extensión del espacio. Esta característica suponía la exigencia de fundar ciudades que debían establecer sus dominios sobre el paisaje circundante y también sobre la inmensa extensión que comprendía su ámbito administrativo.

Desde esta perspectiva, se destacan dos temas claves para analizar el proceso de urbanización colonial en Chile. El primero es que el carácter dominador de la ciudad debía manifestarse nítidamente en un territorio inmenso y desconocido. El segundo era el imperativo de articular las relaciones proporcionales entre las ciudades -en su cualidad de estructuras dimensionadas por la escala del hombre- y unos paisajes que eran la expresión espacial de ámbitos geográficos inmensos.

La desproporción entre las ciudades y sus áreas de dominio tuvo otra consecuencia, señalada por Gómez Ferrer, pues las ciudades coloniales, como elementos físicos, ejercían influencia territorial sobre espacios que superaban holgadamente su propia medida<sup>58</sup>. El dominio espacial-funcional de una ciudad colonial comprendía espacios externos al núcleo urbano -ejidos, dehesas, campos de cultivo y barrios de indios- y en sentido administrativo incluía a los extensos territorios comprendidos desde una ciudad hasta la siguiente; inclusive algunas ciudades coloniales -por la dispersión de las fundaciones- debieron abarcar dentro su área de influencia a la totalidad del territorio de la audiencia o gobernación donde fueron fundadas.

<sup>56</sup> NEL-LO, Oriol: *Los confines de la ciudad sin confines. Estructura urbana y límites administrativos de la ciudad difusa*. En *La ciudad dispersa. Suburbanización y nuevas periferias*. Editado por Centre de Cultura Contemporànea de Barcelona. Angle Editorial. Barcelona 1998. La referencia citada por Oriol Nel-Lo es BRAUDEL, Fernand: *Espace et Histoire* incorporado en *L'identité de la France*. Editorial Flammarion, París 1990.

<sup>57</sup> MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. op. cit. p.13

<sup>58</sup> GOMEZ FERRER, Alvaro, *Estrategia de la colonización; líneas de penetración y desplazamiento; áreas de colonización española y portuguesa hasta 1573*. En: *Historia Urbana de Hispanoamérica*. Tomo I. La ciudad Iberoamericana hasta 1573. Cap. IV. La Estructura Urbana Iberoamericana. Edición Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional del Quinto Centenario, Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes. Editorial Testimonio Madrid 1987. p.262



Un antecedente sobre esta situación lo entrega Pedro de Valdivia<sup>59</sup> cuando describe el límite sur de la jurisdicción de Santiago del Nuevo Extremo considerando como referencia geográfica al río Itata, que estaba a 40 leguas<sup>60</sup> de distancia, equivalente a 222,8 km; en comparación, el área ocupada por la ciudad tenía una superficie aproximada de 0.480 Kms<sup>2</sup>. Esta diferencia dimensional se incrementa aun más al considerar que la medida proporcionada por Valdivia es errónea, porque la distancia entre el río Itata y Santiago es 400 km y por lo tanto casi duplica la extensión del límite jurisdiccional indicada por el capitán español.

La desproporcionada relación entre la extensión de las unidades administrativas y el tamaño de las ciudades generó dos condicionantes a la colonización de Chile; una fue la obligación de apoyar a los núcleos urbanos que gravitaban sobre territorios enormes en comparación con la dimensión de los asentamientos y las densidades de población; otra condicionante –consecuencia de la anterior– fue la necesidad de completar la red de comunicaciones terrestres que enlazaba a los centros poblados mejorando los caminos existentes o construyendo nuevas rutas para reforzar la influencia territorial de las ciudades y la relación entre fundaciones.

El contraste entre la escala del paisaje y el tamaño de las ciudades también tenía el inconveniente de acentuar las desventajas derivadas de la extensión, el desamparo de las ciudades y el aislamiento de Chile, donde la ayuda externa tardaba meses en llegar. Por esto, los caminos, además de ser esenciales para la proyección territorial de los núcleos urbanos, servían para aminorar los efectos del aislamiento, integrar funcionalmente a las ciudades entre sí y operar como señales del dominio español en las extensas zonas desocupadas que separaban a las ciudades.

Otra característica del proceso de colonización –relacionada con los caminos– era el fortalecimiento de la urbanización en torno a las rutas principales. La exigencia de respaldar las funciones administrativas de las ciudades determinó que se eligieran como sitios para nuevas fundaciones a los terrenos próximos al Camino Real. En el siglo XVIII, la constelación de ciudades vinculadas con esta ruta tenía por finalidad reafirmar la coherencia de la estructura de colonización y los vínculos comerciales entre los núcleos urbanos. Al respecto, Santiago Lorenzo<sup>61</sup> explica que un requisito fundamental de una fundación adecuada era su proximidad a vías de comunicación.

No obstante, debido a la ocupación desigual del territorio, estas condicionantes no tenían la misma importancia en toda la región chilena. En el área geográfica donde se fundó Santiago del Nuevo Extremo, la colonización pudo avanzar más rápido que en otras zonas por la existencia de vías, convergentes en Santiago, que permitían comunicar a la capital de Chile con las ciudades o haciendas localizadas en su área de influencia y relacionarla con los territorios trasandinos y costeros.

La red de comunicaciones terrestres, además de vitalizar la función administrativa y comercial de las ciudades, se transformó en un elemento impulsor del desarrollo urbano debido a las expansiones de las ciudades hacia los caminos cercanos.

<sup>59</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.152

<sup>60</sup> Una legua equivale a 5 572.70 m y a 5,57 km. La superficie de Santiago se calculó considerando el cerco de 1600 pies (0.3 m) mencionado por Valdivia. VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.41.

<sup>61</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op. cit. p.224

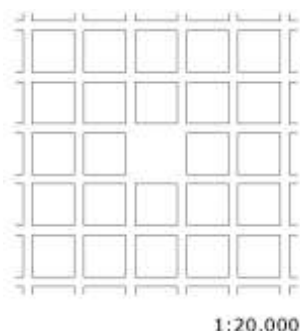


### 3.2.1 Proyección territorial de las ciudades por la red de caminos

La desproporción entre los tamaños de las ciudades y las dimensiones del espacio a urbanizar alcanzó mayor importancia si se considera que, hasta mediados del siglo XVIII, en Chile no existía una red de comunicación capaz de articular integralmente al área colonizada o de relacionar a todas las fundaciones. Sólo desde mediados del siglo XVIII –con la finalidad de responder a las demandas de transporte de personas o productos y mejorar la distribución de recursos naturales– se procedió a completar la red de caminos que, además de sus funciones propias, ayudaba a consolidar el dominio del espacio y la proyección espacial de las ciudades apoyando el avance del orden ortogonal por el paisaje y la expansión de las ciudades a través de las calles que se conectaban con caminos y senderos.

El primer gesto en la fundación de la ciudad colonial era fijar la posición de la plaza para, desde ese punto central, delinear las calles que definían el plano cuadrículado y hacían visibles la forma y dimensiones de cada ciudad. En ocasiones, el trazado original también anunciaba la expansión futura del núcleo fundacional mediante la insinuación de la futura prolongación de las calles hacia los caminos.

En Chile, exceptuando las fundaciones asentadas en Arauco, generalmente la trama urbana se extendía hacia los caminos regionales desde los extremos abiertos de las calles, subrayando las relaciones funcionales y espaciales entre ciudad y entorno. La idea de una ciudad que nacía predispuesta a expandirse prolongando su trazado por el paisaje circundante se observa claramente en San Juan de La Frontera, cuyo plano fundacional muestra a todas las calles abiertas, insinuando las expansiones potenciales del núcleo fuera de los límites de la trama original.



#### Calles abiertas en el plano fundacional de San Juan de La Frontera

Fuente: Plano fundacional San Juan de La Frontera, 1562<sup>62</sup>

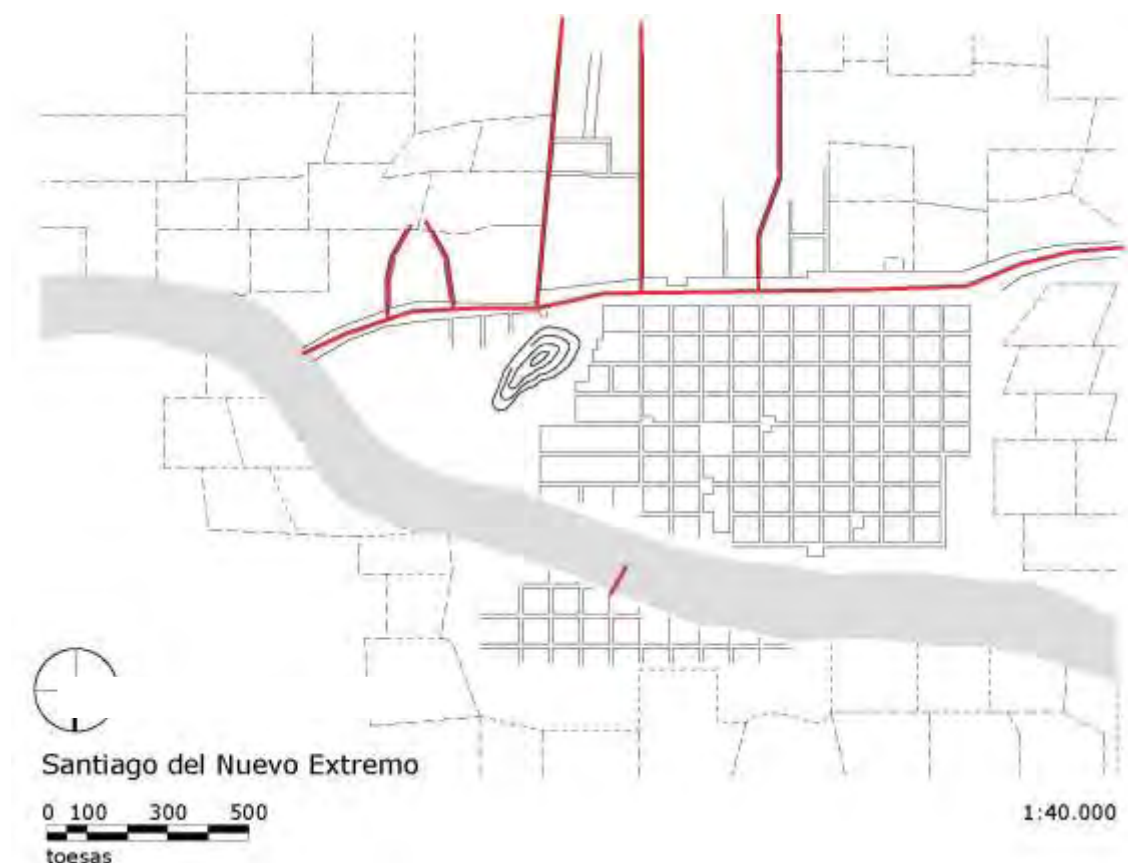
La proyección de la ciudad al paisaje por medio de la conexión de sus calles con los caminos próximos fue una cualidad fundamental en diversas regiones de América. A modo de ejemplo se pueden mencionar las calles que vinculaban el área central de la ciudad de México con el territorio a través de la extensión de los principales ejes urbanos hasta la red de caminos<sup>63</sup>. Con el avance de la colonización y el crecimiento de los núcleos fundacionales, la disposición de las ciudades a expandirse mediante la prolongación de sus calles por los caminos adquirió más relevancia. Esta cualidad se advierte en varios planos de ciudades coloniales donde se muestran las vías que relacionaban a las ciudades con su entorno. La representación de los caminos en los dibujos de ciudades con distinta jerarquía refleja que la relación funcional y espacial entre el trazado urbano y las redes de comunicaciones terrestres era significativa en

<sup>62</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires.9

<sup>63</sup> Esta característica es visible en la imagen *México desde un globo*, litografía realizada por C. Castro en 1835. Publicada en MEDEL, Vicente: *México y La Florida*. Editada por el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario. Consejería de Obras Públicas y Transportes, Junta de Andalucía: *Historia Urbana de Iberoamérica*. Tomo III-2 *La ciudad ilustrada. Análisis regionales (1750-1850)*. Capítulo I. Editorial Testimonio, Madrid. 198. p.392

diversos contextos. En varios dibujos coloniales los caminos son elementos gráficos predominantes; en algunos ejemplos se representaron mediante líneas de colores que contrastan con el gris del resto del dibujo y en otros casos su protagonismo fue resaltado con huellas de pies o marcas de herraduras que simbolizaban a las rutas más frecuentadas<sup>64</sup>.

En la cartografía del siglo XVIII, referente a las ciudades que habían avanzado en su proceso de crecimiento, se observa que los caminos reafirmaban la prolongación del trazado fundacional. El plano de Santiago del Nuevo Extremo levantado por Frezier entre 1712 y 1713 –transcurridos 172 desde su fundación en 1541– muestra varios caminos que operaban como ejes de crecimiento en dirección sur, donde se situaban fértiles llanuras ocupadas por haciendas y viñas; también se representan incipientes estructuras urbanas alrededor de los caminos que traspasaban el límite primitivo, fijado por el brazo del río Mapocho o Acequia del Socorro, y un puente sobre el río que explica el crecimiento de la trama hacia el norte.



#### Plano de Santiago con indicación de los caminos por su entorno

Fuente: Plan de la Ville de Santiago. Amedée Francois Frezier. 1712 -1713<sup>65</sup>

<sup>64</sup> Los planos de San Andrés Apóstol de Chimalhuacán Toyac y de Chicoaloapa tienen huellas de pies en los caminos. Archivo General de Indias. Mapas y planos de México, 11 y 12. Los planos de San Juan Evangelista de Cuzcatlán y Aculmá tienen caminos señalados con marcas de herradura. Archivo General de Indias. Mapas y planos de México, 19 y 17 respectivamente.

<sup>65</sup> FREZIER, Amedée Francois: *Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou, fait pendant les 1712, 1713 et 1714*. op. cit. p.99.

En ocasiones, la prolongación de las calles por la red de caminos es el antecedente principal del dibujo. En el plano de Santiago, realizado entre los años 1755 y 1761, la ciudad -someramente descrita ocupando apenas una pequeña fracción del dibujo- contrasta con la jerarquía gráfica de los caminos que se dispersan por los llanos de Maipo. En el dibujo se representan el conjunto de cerros rodeando al valle del río Mapocho -junto al cual se fundó la ciudad-, al río Maipo que nace en la cordillera de Los Andes y la red de caminos que son prolongaciones de las calles y conectaban al núcleo urbano con pueblos de indios, haciendas y rutas trasandinas. En el texto del plano se identifican el camino que llegaba hasta la hacienda jesuita de Calera de Tango, el camino que conducía al puente antiguo y los caminos que comunicaban a la ciudad de Santiago con La Calera, Chequén, Lonquén y Pecoá; todos eran lugares de concentración de población rural en la precordillera andina.



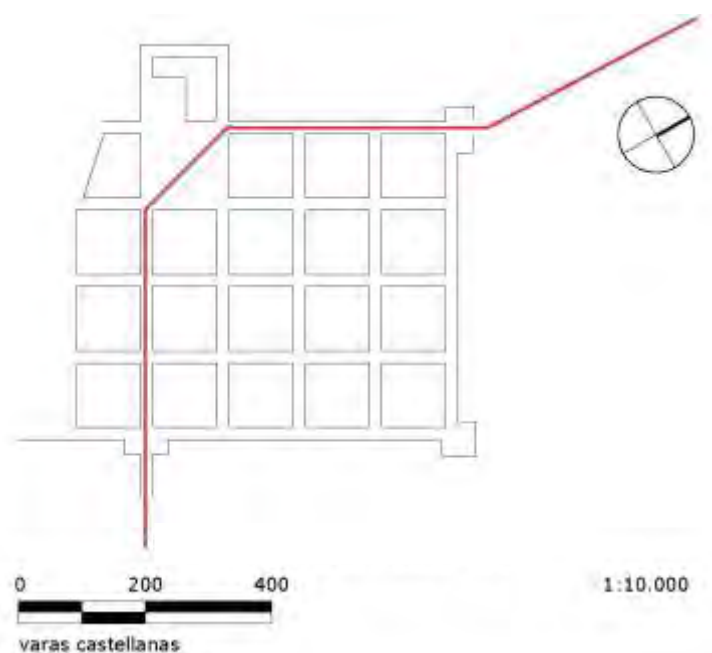
### Red de caminos desde Santiago hacia la Cordillera de Los Andes

Fuente: Plano del Llano de Maipo. Antonio Lozada. 1755 - 1761<sup>66</sup>

<sup>66</sup> El dibujo original está en la Mapoteca de la Biblioteca Nacional. Santiago.

La posición jerárquica de las ciudades se reflejaba en la importancia de los caminos que las conectaban con la red de colonización. En otros casos, las rutas tenían alto valor estratégico y se realizaron nuevas fundaciones para protegerlas como ocurrió con los caminos que enlazaban ciudades con enclaves productivos y de distribución. Tucumán y Santiago del Estero se fundaron como centros de apoyo en la ruta entre Perú y Chile, cruzando Los Andes. Otras fundaciones para ser puntos intermedios en el trayecto de Santiago a Buenos Aires fueron Londres, San Juan de La Frontera y Mendoza. **Santa Rosa de Los Andes, fundada por Ambrosio O'Higgins el año 1791**, también fue esencial para respaldar el difícil recorrido entre Santiago y Mendoza.

El protagonismo de la ruta entre Santiago y Valparaíso -principal puerto del litoral- se manifiesta a partir del inicio de la colonización de Chile. Santiago Lorenzo explica que desde 1553 existen referencias del camino de caballos que unía a Santiago y la costa, con la hacienda Acuyo -ubicada en Casablanca- señalando la mitad del viaje; incluso deduce que la existencia del tambo<sup>67</sup> indígena de Curacaví indica que la ruta formó parte de un camino incásico<sup>68</sup>. La fundación de Santa Bárbara de Casablanca señala la decisión de instaurar un nuevo punto de apoyo en un recorrido vital para relacionar a la capital de Chile con el puerto de Valparaíso. En el plano del año 1796 se expresa la importancia del recorrido porque la ruta -identificada en el dibujo como Camino Real- cruza la plaza en diagonal, denotando que Casablanca se fundó para crear un lugar de descanso en el viaje entre Santiago y Valparaíso, reforzando un camino que no tenía centros intermedios.



### El Camino Real cruzando la plaza de Santa Bárbara de Casablanca

Fuente: Plano de la Nueva planta de la villa Santa Bárbara de Casablanca. Anónimo. 1796<sup>69</sup>

A pesar de su precariedad, Casablanca es mencionada en todas las descripciones de Chile colonial reflejando que era el principal lugar de detención del recorrido desde Valparaíso -puerto de llegada de los barcos procedentes de Europa- a la capital de Chile. Un segundo camino a Valparaíso, que era conocido como *camino de carretas*, se desarrollaba más al sur y se abandonó por las complicaciones de su ubicación<sup>70</sup>.

<sup>67</sup> Tambo es una palabra quechua que designa un punto de descanso en un recorrido

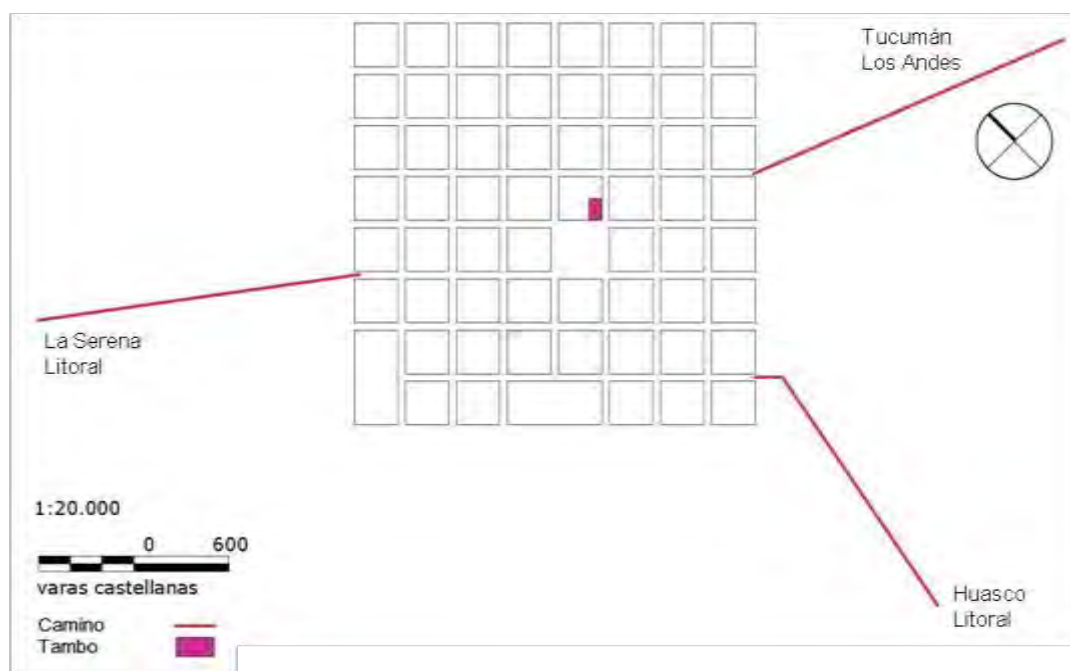
<sup>68</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op. cit. p.222

<sup>69</sup> Archivo Nacional. Santiago.

<sup>70</sup> Santiago Lorenzo indica que hay datos de este camino desde 1574 por una real merced obtenida en Santiago para hacerse cargo del tráfico de carretas hacia el puerto. LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op. cit. p.223

La importancia de los caminos para impulsar el crecimiento urbano y económico de las ciudades explica porqué las autoridades se preocuparon por orientar el comercio hacia centros con problemas de desarrollo. En este contexto se inscribió la intención de monopolizar el tráfico de carretas –en el trayecto entre Valparaíso y Santiago– apartándolo del Camino Real de caballos y guiándolo a la ciudad de Melipilla para que los arrieros compraran vino, pan y otros productos a sus pobladores. Santiago Lorenzo explica que la idea fracasó, a pesar que se evitaba el paso por cuevas muy empinadas, porque aumentaba la distancia del recorrido. Esta última circunstancia determinó que entre 1792 y 1794 se construyera un nuevo camino de carretas en la senda del Camino Real de caballos, reforzando a la precaria ciudad de Casablanca<sup>71</sup>.

San Francisco de La Selva es un ejemplo representativo de una fundación realizada para fortalecer un recorrido –entre La Serena y el Virreinato del Perú– y consolidar el desarrollo minero. El plano de 1744 muestra un camino a la costa pasando por La Serena y otro hacia el Virreinato del Perú, a través de Tucumán. Ambos convergían en el tambo ubicado al nororiente de la plaza, identificado en el plano, revelando la función de la ciudad como lugar de pausa y abastecimiento en el largo trayecto entre Chile y el virreinato del Perú; además, el tambo singulariza el uso de la plaza al destacar la función de posta como característica de una ciudad de frontera. Un tercer camino, relacionaba a San Francisco de La Selva con Huasco y la costa.



### **Caminos a San Francisco de La Selva y su relación con tambo localizado en la plaza**

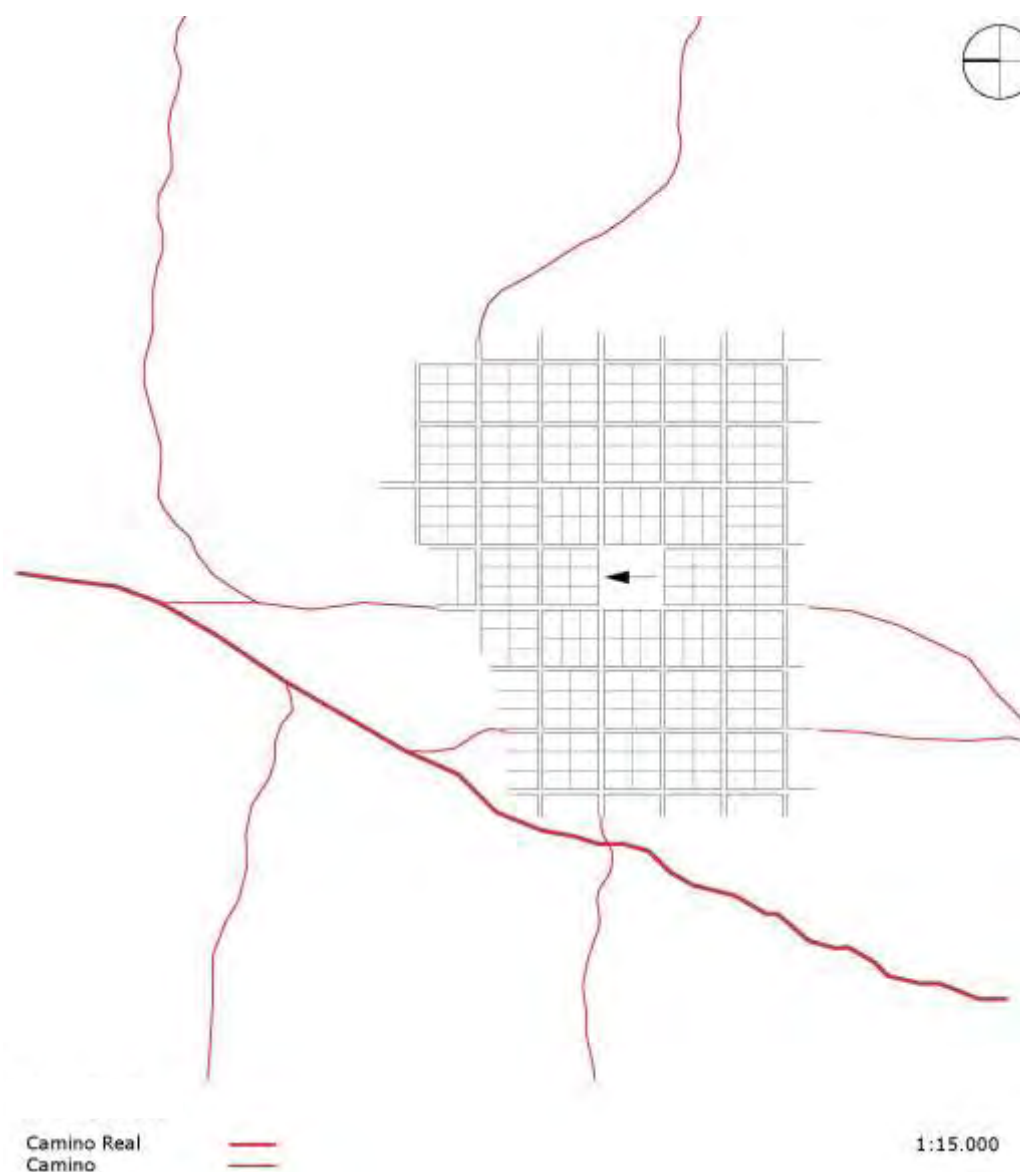
Fuente: Plan de la Villa de San Francisco de La Selva. Francisco Cortés y Cartavio<sup>72</sup>

<sup>71</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op. cit. p.227

<sup>72</sup> Plan de la Villa de San Francisco de La Selva en el valle de Copiapó, elaborado por Francisco Cortés y Cartavio por orden de José Manso de Velasco. Archivo de Fondos Varios, volumen 690, Archivo Nacional, Santiago. Hay otro plano de Copiapó de Francisco Cortés y Cartavio que se conserva en el Archivo General de Indias (AGI) de Sevilla en la sección Mapas y planos de Perú y Chile, 210 Legajo: Chile, 137 con el título de *Plan de la villa de San Francisco de La Selva que herigió en el valle de Copiapó*. Este documento, fechado en 1744, posee una cuadrícula de 8X8 manzanas y el área central de la plaza ocupando una superficie sin trazado que extiende por cuatro manzanas.



A diferencia de los caminos que conectaban a Santiago con la costa y la zona norte, que tenían objetivos económicos, las rutas hacia Concepción, además de apoyar el comercio y el transporte de los productos agrícolas desde las haciendas, sostenían funciones estratégicas. A mediados del siglo XVIII, entre Santiago y Concepción –la principal ciudad militar de Chile– se extendía un territorio escasamente poblado y fragmentado por numerosos ríos que obstaculizaban las comunicaciones; esta razón explica las fundaciones que se efectuaron junto al Camino Real y otra ruta paralela al litoral. En el camino costero se estableció una secuencia de pueblos de indios a intervalos regulares y en el eje del Camino Real se fundaron varias ciudades con el fin de disminuir las distancias entre núcleos urbanos en el trayecto desde Santiago a Concepción y contribuir al desarrollo agrario de la zona central en su despliegue hacia el sur. En la segunda mitad del siglo XVIII y teniendo como referencia de base al Camino Real se fundaron Santa Cruz de Triana, San José de Buenavista, San Agustín de Talca y San Carlos. La proyección territorial de San Carlos a través de los senderos que la conectaban con el Camino Real es un ejemplo de inserción de una ciudad en la red de comunicaciones para impulsar su desarrollo.



### Confluencia de caminos en San Carlos

Fuente: Plano de la Villa Nueva de San Carlos. Juan de Ojeda. Siglo XVIII<sup>73</sup>

<sup>73</sup> Archivo Nacional. Santiago



La fundación de ciudades en el tramo del Camino Real que conectaba a Santiago y Concepción contribuyó a perfilar el trazado de la vía y le dio precisión porque, como indica Santiago Lorenzo, el camino empieza a tener carácter de itinerario cuando existieron varios puntos para unir y el territorio que atravesaba perdió su condición de desierto. Santiago Lorenzo señala, asimismo, que la estrategia para hacer más expedito el recorrido se apoyó en un informe documentado donde se recordaba que el tránsito y comercio debían vencer las adversidades naturales porque las ciudades apartadas son más vulnerables al decaimiento; incluso se sugería habilitar puentes, balsas y barcas en las inmediaciones de las villas y que el producto de los pasajes sirviera a los propios de las ciudades o para financiar obras públicas<sup>74</sup>.

La necesidad de salvar obstáculos naturales para consolidar circulaciones expeditas que impulsaran el crecimiento de las ciudades, explica la construcción de un puente sobre el río Aconcagua para convertir a la villa de San Felipe El Real en un lugar de paso obligado en el trayecto entre Santiago y las zonas trasandinas. El objetivo era que los comerciantes y arrieros procedentes de Cuyo, Tucumán, Paraguay y Buenos Aires en los viajes hacia Santiago estuvieran obligados a pasar por la villa de San Felipe para favorecer a los pobladores con el hospedaje. Esta idea no fructificó y el puente terminó por ser utilizado solamente para transportar trigo hacia el puerto de Valparaíso<sup>75</sup>. Sin embargo, en otros casos, la proximidad a los caminos estimuló el desarrollo urbano; la fundación de Santa Rosa de Los Andes, en un sitio cercano a la ruta que atravesaba la cordillera de Los Andes, permitió que esta ciudad pudiera beneficiarse de la dinámica comercial del trayecto.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la inestabilidad de los caminos al sur del río Bío Bío contrastaba con el fortalecimiento del Camino Real, denotando la complejidad de la colonización en el territorio sur. Los planos levantados para graficar la frontera interna en el eje del río Bío Bío y la zona de La Araucanía –al sur del río- muestran los senderos pobremente delineados que constituían la débil conexión entre fuertes y villas fortificadas donde, por razones defensivas, tampoco interesaba fortalecer la continuidad entre los caminos y las tramas de las ciudades.

En ambas riberas del río Bío Bío se levantó una serie de plazas fuertes, fronterizas y dependientes entre sí, para la protección de un territorio vulnerable y muy expuesto a las acciones de resistencia indígena a la colonización. Gabriel Guarda explica que la estructura de ocupación era similar a la que se construyó en la frontera norte de Nueva España<sup>76</sup> pues cada núcleo –presidio, plaza fuerte o villa fortificada- formaba parte de un conjunto que se extendía por el río Bío Bío y sus principales afluentes; esta característica era resaltada en informes que describían la estructura defensiva como un sistema y evaluaban el estado de las fortificaciones desde esa perspectiva.

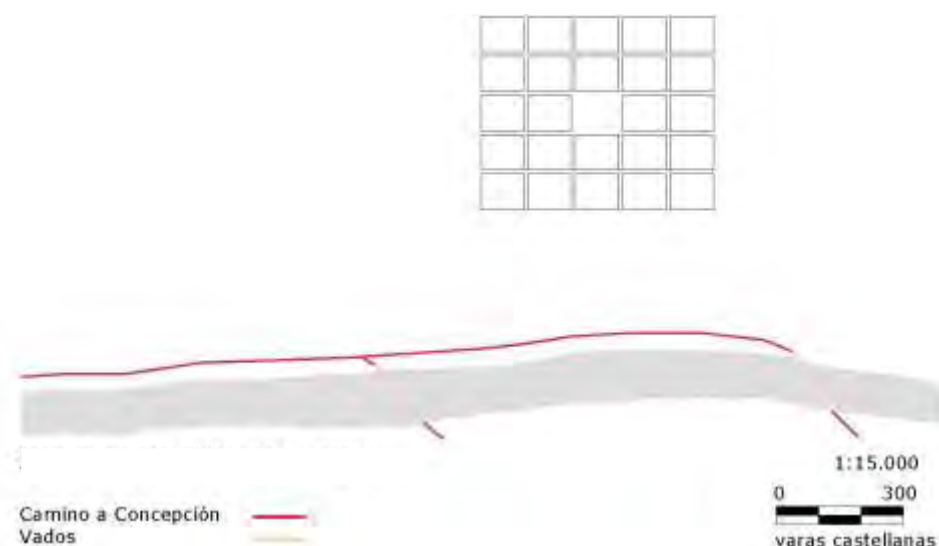
El mantenimiento del sistema defensivo dependía de la conexión eficiente entre los distintos elementos, lo que permite deducir la importancia que tenían los caminos del área. El ingeniero militar Leandro Badarán, en un informe sobre las plazas de la frontera, afirma que el río Bío Bío era una barrera natural que atravesaba la región chilena desde la cordillera al mar, separando el territorio en dos zonas: una estaba habitada por indígenas y otra, al norte del río, por las fuerzas españolas; opinaba que todas las plazas debían estar dispuestas y proporcionadas en sus distancias de tal modo que las patrullas saliesen de unas a otras impidiendo el paso a los indios.

<sup>74</sup> El informe fue propulsado por Martín Gregorio de Jáuregui en el año 1745; aunque la propuesta de beneficiar a las villas con los pontazgos y barcajes fue acogida por las autoridades sólo empezó a consolidarse en el último tercio del siglo XVIII cuando las técnicas de construcción de caminos tuvieron mayor impulso. LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op. cit. pp.225-226

<sup>75</sup> Santiago Lorenzo indica que los arrieros que hacían las rutas trasandinas se negaron a utilizar el puente sobre el río Aconcagua a pesar que no se cobraba por usar el puente. LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op. cit. p.229

<sup>76</sup> GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. op.cit.p.199

En este contexto surgió la necesidad de proteger los sectores más vulnerables del área como el sitio de fundación de la villa fortificada San Bautista de Hualqui, donde había vados que permitían cruzar el río Bío Bío. Un plano de Hualqui del año 1757 muestra el camino que comunicaba a Concepción –sede de las decisiones militares– con el sistema fortificado del Bío Bío. El camino paralelo al río, articulaba el sistema defensivo de la ribera norte y conducía a las minas de oro de Quilacoya; además, podía conectarse con la ribera sur del río a través de dos vados que transformaban a este tramo de la ruta en un lugar inseguro y peligroso. Esta circunstancia explica la jerarquía defensiva que tenía la plaza fortificada de Hualqui.



#### **Camino a minas de oro de Quilacoya protegido por fuerte San Bautista de Hualqui**

Fuente: Plano anónimo. 1757<sup>77</sup>.

Al sur del Bío Bío, la falta de rutas estables revelaba la debilidad de la colonización; en La Araucanía apenas existía una red de senderos, segmentada por el relieve, que comunicaba a las fortificaciones y misiones del área. A pesar de la precariedad de la urbanización, la necesidad de proteger los recorridos por la zona de guerra justificó la construcción de algunos fuertes. Aunque el área entre Valdivia y Osorno era más pacífica que el territorio de Arauco comprendido entre los ríos Bío Bío y Toltén, fue preciso proteger el Camino Real, reabierto a mediados del siglo XVII como resultado de los acuerdos alcanzados con los indígenas en 1647; sin embargo el tránsito fue interrumpido por los alzamientos de 1655, 1723 y 1776. En estas circunstancias, se construyeron varios fuertes, tolerados por los naturales, que servían como refugios y lugares de descanso; inclusive en el Parlamento de Negrete del año 1793 se logró la aprobación de los indígenas para fundar misiones franciscanas en el área que, además de ayudar a la pacificación, facilitaron el tránsito a la ciudad de Valdivia<sup>78</sup>.

En el límite de las jurisdicciones de Osorno y Chiloé se construyó otro fuerte para servir de posta y protección en el reabierto Camino Real, que comunicaba a Osorno con Santiago de Castro<sup>79</sup>. El fuerte, construido en 1793 con el nombre de San Luis Rey<sup>80</sup> fue un respaldo estratégico para la repoblación de Osorno, emprendida por el gobernador O´higgins en 1796; ese mismo año, el fuerte fue guarnecido por una

<sup>77</sup> Archivo Nacional. Santiago. Archivo Gay-Morla volumen 34

<sup>78</sup> Las misiones fueron fundadas en Lebu, Lleu Lleu e Imperial. GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. op.cit.p.221

<sup>79</sup> El término del camino entre Valdivia y Chiloé, en la costa norte del Canal de Chacao fue protegido por el fuerte de Carelmapu, que también defendía al canal de invasiones de otros países europeos GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. op.cit. p.229

<sup>80</sup> Después fue bautizado como Reina Luisa, en homenaje a María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV

compañía de Dragones de La Frontera. En el plano de Osorno de 1796, se muestra al fuerte ubicado fuera del área urbana para proteger la ruta, que transcurría al poniente del núcleo, y conectaba a Valdivia con Chiloé y Santiago de Castro. En este caso, el camino no tuvo influencia en la proyección territorial de la ciudad, abandonada desde la última década del XVI hasta finales del XVIII.

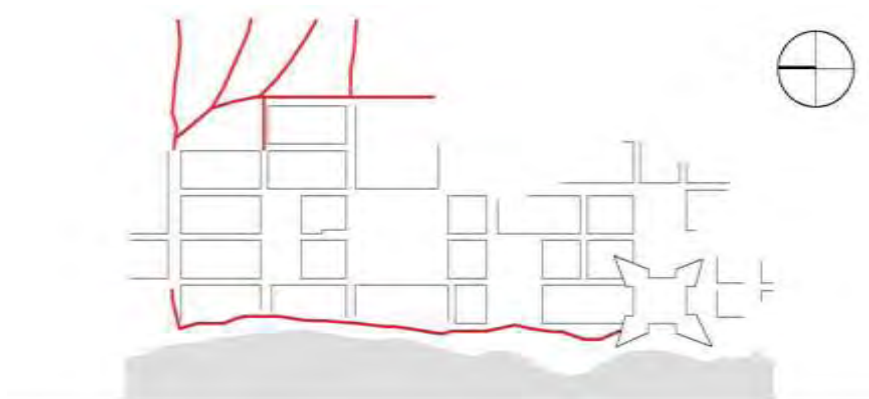


#### **Camino de Valdivia a Chiloé protegido por el fuerte de Osorno**

Fuente: Plano levantado por José Ignacio de Andía y Varela, 1796<sup>81</sup>

Valdivia y Santiago de Castro fueron dos ciudades excepcionales dentro del elenco de fundaciones chilenas porque estaban aisladas en medio de un territorio extenso y conflictivo, eran ciudades menores y sus reducidos tamaños se incrementaron con la prolongación de sus trazados hacia los caminos.

En el plano de Valdivia de 1643 se advierte que los caminos penetraban a la ciudad por el costado nororiente, que era el sector menos amenazado al estar alejado del acceso por vía fluvial, ruta utilizada por los holandeses para invadir la ciudad. Esta posición de cerramiento al río –acentuada por la presencia de un fuerte- contrasta con la explícita abertura del costado opuesto, donde las calles se ramificaban hacia los caminos que conectaban al núcleo urbano con el espacio circundante. El trazado de las rutas, que comunicaban a Valdivia con los pueblos de indios y las misiones fundadas en su territorio, indican los sectores que podían abrirse al entorno y, por exclusión, las áreas externas al núcleo que requerían ser protegidas.



#### **Proyección de la trama urbana de Valdivia por los caminos**

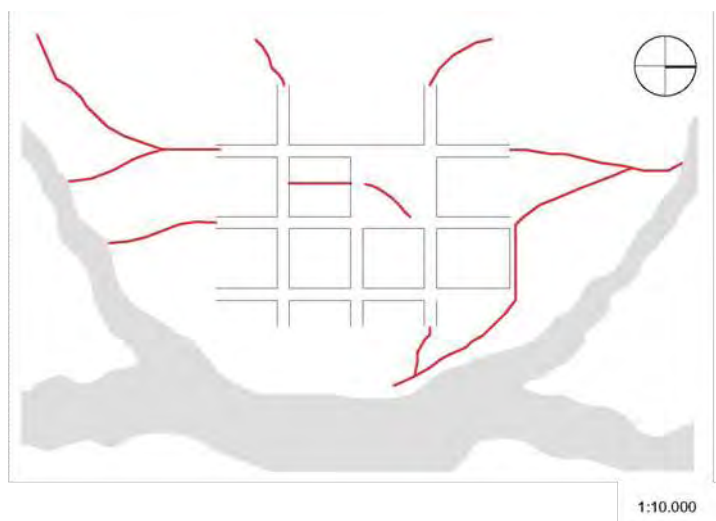
Fuente: Plano de Valdivia Anónimo holandés. 1643<sup>82</sup>

<sup>81</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile. 316.

<sup>82</sup> El documento original se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Göttingen.

La conectividad terrestre en el archipiélago de Chiloé estaba debilitada por la falta de caminos y, en el interior de la Isla Grande, el transporte de mercancías desde los centros de producción hasta los puertos de Chacao y San Carlos, requería el uso de piraguas y cabalgaduras para transitar por las playas<sup>83</sup>. La vía marítima era la única posible para que los vecinos de las islas adyacentes y de las costas de Calbuco y Carelmapu -separadas del archipiélago por el canal de Chacao- pudieran acceder a la ciudad de Castro y a los puertos de Chacao y San Carlos. El principal camino de la Isla Grande de Chiloé, conocido antes del año 1787, unía a Santiago de Castro con la laguna Cucao; otra ruta comunicaba al puerto de Carelmapu con el fuerte fronterizo de Maullin, ubicado en tierra firme; ambas rutas tenían escasa influencia para el comercio interno<sup>84</sup>. Esta precaria red estaba reforzada por los senderos que conectaban a Santiago de Castro con otros puntos del territorio insular denotando que la ciudad funcionaba como centro de convergencia de distintos recorridos que la comunicaban con las misiones y las numerosas comunidades indígenas de la isla.

En un plano de Santiago de Castro, de 1643, se representan varios caminos que se introducen hasta el interior de la ciudad por tres de sus costados, llegando inclusive a atravesar la plaza en diagonal. Esta situación revela que Santiago de Castro, por asentarse en una isla, era una ciudad naturalmente protegida frente a las amenazas externas. El plano informa que el único sector urbano desprovisto de caminos de conexión con el territorio circundante corresponde al área sur oriente, donde estaba el acceso marítimo a través del río Gamboa, vía de navegación fluvial que enlazaba a Santiago de Castro con el litoral.



### Proyección de la trama urbana de Santiago de Castro por los caminos

Fuente: Plano de Santiago de Castro. Anónimo holandés. 1643 <sup>85</sup>

En el plano también se observa que los caminos influyeron en la prolongación de las calles fuera de los límites del trazado y servían como elementos de proyección de la trama hacia el entorno, ampliando el área de influencia directa de la ciudad y, en consecuencia, contribuían a expandir el reducido tamaño del núcleo fundacional.

<sup>83</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 68

<sup>84</sup> URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. op. cit. p. 78

<sup>85</sup> El documento original se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Göttingen.

### 3.2.2 Integración espacial de las ciudades a la estructura de colonización

La colonización se sostenía en un sistema de administración único y jerarquizado, en la multiplicación de ciudades organizadas bajo principios de orden similares y en la integración de los núcleos urbanos con otros componentes físicos de la estructura de ocupación como haciendas, fuertes, misiones y pueblos de indios. Por lo tanto, la cohesión de la estructura colonizadora dependía de la existencia de caminos; esta característica de la conquista de Hispanoamérica fue particularmente relevante en Chile, donde las rutas seguras y permanentes eran primordiales para consolidar el dominio militar y espacial del territorio.

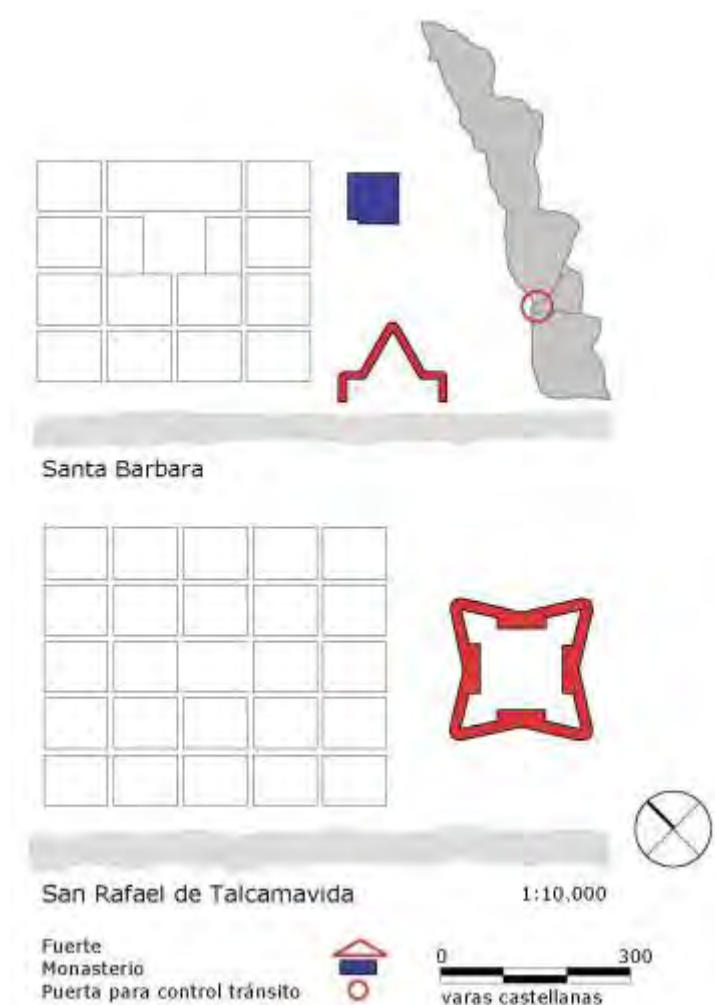
La retícula ortogonal de calles -base geométrica del plano cuadriculado- mostraba sintéticamente la morfología y las funciones de una ciudad; además manifestaba la jerarquía de los diferentes sectores urbanos según su relación con la plaza, donde convergían las calles principales. El entramado de calles, en su prolongación hacia los caminos afirmaba la articulación de la ciudad con las redes de comunicaciones y su integración con el sistema económico a través de las conexiones con los centros productivos y puertos.

En los dibujos que informan sobre las ciudades y sus áreas de influencia se observa que los caminos eran ejes de proyección funcional y espacial de los centros urbanos a los yacimientos mineros y polos de producción agraria existentes en su entorno, extendiendo el dominio urbano sobre el paisaje. Esta interrelación de dependencia demuestra que las ciudades coloniales no fueron unidades territoriales aisladas sino elementos gravitantes en los restantes componentes de la estructura colonizadora. Los centros de producción minera o agraria, especialmente si estaban próximos a las ciudades, constituían modalidades de dominio que apoyaban tanto la dinámica económica como la expansión territorial de los núcleos urbanos.

Estos vínculos de interdependencia física y funcional que enlazaban a las ciudades y otros componentes de la estructura de colonización alcanzaban formas distintas de acuerdo con el avance del proceso de urbanización y la diversidad de la conquista en las diferentes zonas de Chile. Las ciudades fortificadas se cerraban al entorno sin establecer relaciones físicas o espaciales con los elementos extra urbanos. Santa Bárbara y San Rafael de Talcamávida -plazas fuertes fundadas en las riberas sur y norte del río Bío Bío, respectivamente- fueron excepciones porque sus núcleos urbanos se proyectaban hacia las fortificaciones externas en una prolongación de su dominio que incrementaba la dimensión virtual de los centros hasta en un 50%.

En el área de influencia directa de Santa Bárbara -la ciudad fortificada más oriental del eje defensivo del Bío Bío- existían tres elementos. El principal era el fuerte, que denotaba el carácter militar de la fundación. La función defensiva se extendía hasta una construcción levantada en las montañas -designada en el plano de 1757 como ***puerta con un tránsito preciso***- para controlar una entrada natural al valle donde se fundó la ciudad. El tercer elemento era un monasterio -emplazado fuera del núcleo urbano- que enunciaba la función evangelizadora de Santa Bárbara y su condición de elemento de aproximación a los indígenas de etnia pehuenche que habitaban en el área.

La ciudad fortificada de San Rafael de Talcamávida -parte del sistema defensivo del Bío Bío- constaba de un fuerte externo con proporciones relevantes en comparación al tamaño del centro urbano. El fuerte, que se levantó a una distancia aproximada de 100 m desde los límites del núcleo fundacional, ampliaba el área de influencia de la ciudad.



### Sistemas defensivos externos en Santa Bárbara y San Rafael de Talcamávida

Fuente: Plano anónimo. 1757<sup>86</sup>.

En la imagen anterior se muestra la planta de Santa Bárbara, su plaza excéntrica y su trazado de 4X4 manzanas con una proporción mayor en sentido paralelo del río, resultado de la proporción rectangular de la cuadrícula. Asimismo, se representan los elementos externos al trazado que proyectaban al núcleo fundacional hasta el cordón de cerros donde se construyó una puerta<sup>87</sup> para controlar el acceso por una quebrada. La ocupación del territorio comprendido entre el sistema urbano y los cerros se consolidaba con el fuerte, dominando la ribera del río, y un monasterio.

El plano de San Rafael de Talcamávida muestra una trama cuadrícula -análoga a la de Santa Bárbara- que definía la proporción levemente rectangular del trazado, la plaza central y el fuerte en un terreno externo al núcleo urbano; esta posición aumentaba virtualmente el reducido tamaño del centro fortificado al proyectar la influencia de la ciudad sobre el entorno.

La afinidad morfológica -sustentada en la cuadrícula rectangular y el trazado de 4X4 manzanas- que enlaza a ambas ciudades acentúa su carácter de entidades urbanas fundadas en paralelo para integrar un mismo sistema defensivo.

<sup>86</sup> Archivo Nacional. Santiago. Archivo Gay-Morla, volumen 34

<sup>87</sup> En el plano original el control de la quebrada se identifica como puerta



En los territorios apartados de la guerra de Arauco surgió otra forma de proyección de las ciudades por su entorno relacionada con la presencia de pueblos de indios en áreas próximas a las fundaciones. Estas agrupaciones estimularon la expansión de los centros urbanos siguiendo los caminos o senderos que se conectaban con ellos.

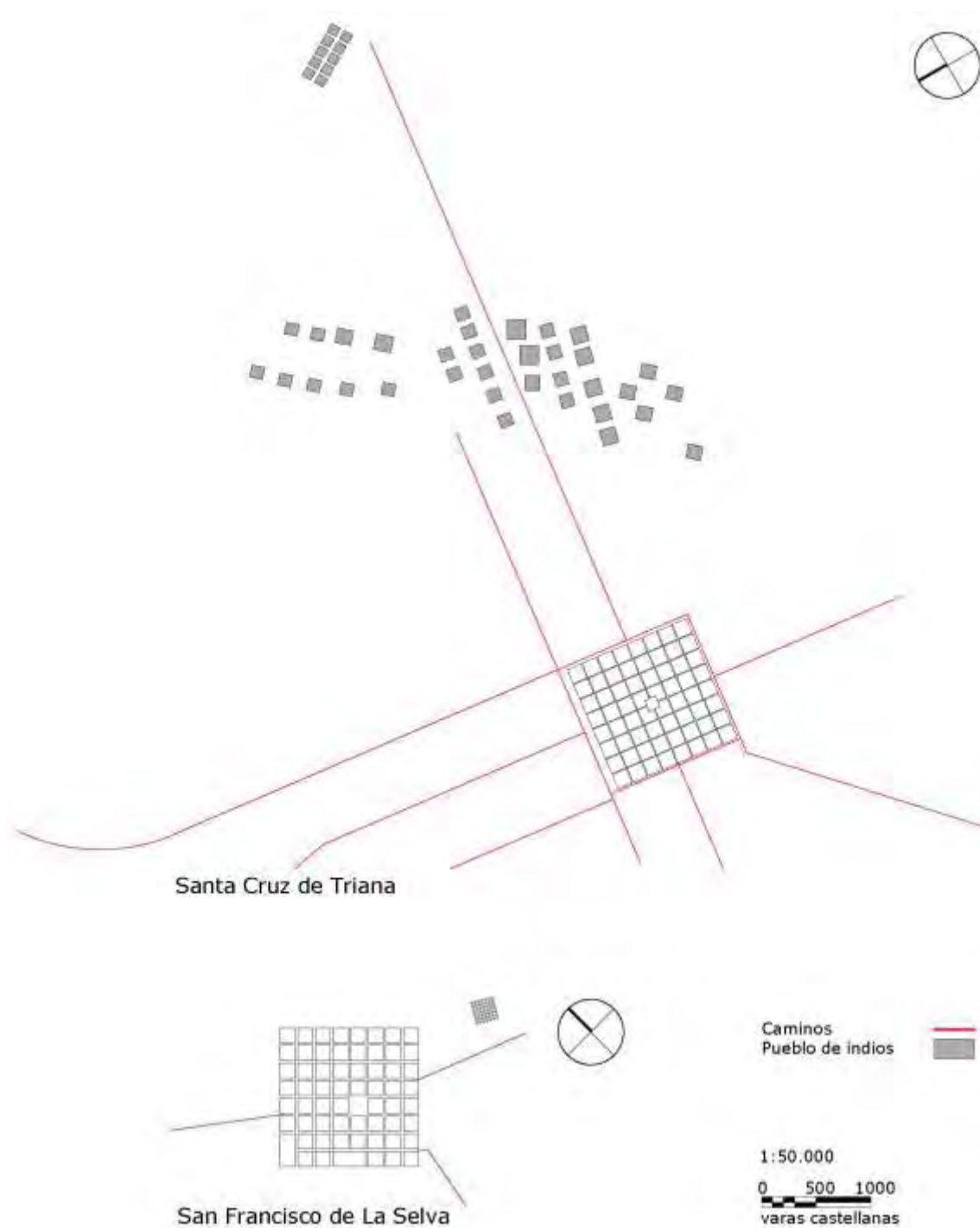
Respecto de los pueblos de indios es preciso insistir en la importancia colonizadora de estos asentamientos. Las cifras siguientes son elocuentes: a través del siglo XVI se fundaron 23 ciudades y 98 Pueblos de indios, durante el siglo XVII se llevaron a cabo 3 fundaciones de ciudades y se instauraron 87 pueblos de indios; a lo largo del siglo XVIII se fundaron 93 ciudades y 221 pueblos de indios.

Otra característica relevante de los pueblos de indios es que varios fueron la base territorial para erigir nuevas ciudades; al respecto se debe destacar que del total de 93 ciudades fundadas en el siglo XVIII, 67 tuvieron su origen en pueblos de indios, cifra equivalente al 72.04%. Una de las principales referencias temporales de esta evolución es el año 1764, cuando 40 pueblos de indios fueron erigidos como villas. La cantidad es contundente, aunque algunas no alcanzaron desarrollos significativos durante la época colonial; sin embargo, hay importantes ciudades de las zonas norte y central que se originaron en pueblos de indios. San Francisco de Borja fue establecida como villa en 1789 por el gobernador O'higgins a partir del pueblo de indios de Combarbalá, San Martín de La Concha se fundó como ciudad el año 1717 en base al pueblo de indios de Quillota, Dulcísimo Nombre de Jesús fue fundada en 1753 por Ortiz de Rozas en el pueblo de indios de Coelemu, Logroño de San José fue nombrada villa el año 1742 por Manso de Velasco sobre el pueblo de indios de Melipilla, Nuestra Señora de las Mercedes de Manso se fundó como villa por Manso de Velasco en el sitio del pueblo de indios de Cauquenes y San José de Buena Vista fue fundada por Manso de Velasco en el pueblo de indios de Curicó.

Alrededor de Santiago del Nuevo Extremo se desplegaban varios pueblos de indios que actualmente, como resultado de los procesos contemporáneos de expansión de la ciudad, son sectores urbanos incorporados al área metropolitana de Santiago. El proceso de absorción de los antiguos pueblos de indios por la ciudad se anunciaba desde la colonia por las intensas relaciones espaciales y funcionales que permitían los caminos que enlazaban a la capital de Chile y los pueblos de indios cercanos.

En San Francisco de La Selva –que se originó en el pueblo de indios de Copiapó– la proyección territorial de la ciudad hacia los asentamientos indígenas cercanos era fundamental por la condición de aislamiento de la ciudad. San Francisco de La Selva mantuvo una estrecha relación con los pueblos de indios próximos por su origen y porque estos asentamientos proveían la mano de obra necesaria para el desarrollo de las actividades mineras, en las cuales descansaba la economía de la ciudad. En el plano de Francisco Cortés y Cartavío de 1744 se observa a un pueblo de indios estructurado en una cuadrícula –evidenciando su incorporación al orden español– al final de un camino que lo comunicaba directamente con la ciudad.

Santa Cruz de Triana es un caso similar. Su origen también estuvo en un pueblo de indios que formaba parte de un conjunto de asentamientos indígenas con el cual la ciudad sostenía relaciones funcionales y espaciales, facilitadas por la cercanía y la necesidad de contar con mano de obra para trabajar en las actividades agrícolas que sostenían la vida urbana. En un plano anónimo del siglo XVIII se observa a dos de los pueblos de indios incorporados al área de proyección territorial de Santa Cruz de Triana. En el dibujo es visible la dependencia de los asentamientos indígenas con los caminos de conexión a la ciudad, lo que se refleja en el emplazamiento de uno de ellos al final de un recorrido y en la estructura lineal de otro asentamiento, más cercano a la ciudad, que se organizó siguiendo la dirección del camino.



### Proyección territorial de San Francisco de La Selva y Santa Cruz de Triana

Fuentes: Plan Villa de San Francisco de La Selva, valle de Copiapó, Francisco Cortés y Cartavio, 1744<sup>88</sup>  
 Plano anónimo de Santa Cruz de Triana, Siglo XVIII<sup>89</sup>

<sup>88</sup> Archivo Nacional. Santiago.

<sup>89</sup> Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX.* op.cit. Lámina 72

### 3.2.3 Funciones económicas de la ciudad colonial y su proyección territorial

Las ciudades integraban un sistema de colonización que, además de las estructuras de dominio militar o cultural como fuertes, pueblos de indios, misiones y haciendas, comprendía a los centros productivos y de intercambio comercial. Esta característica adquirió mayor relevancia en el siglo XVIII, época en que las ciudades coloniales eran consideradas impulsoras del desarrollo económico del territorio que integraba su área de influencia. Esta idea se relacionaba con las perspectivas españolas pues, como señala Carlos Sambricio, los tratadistas del siglo XVIII enfrentaban problemas alusivos al establecimiento de una red de caminos eficiente, al tráfico de trigo y la colonización de amplios territorios para aumentar la superficie de tierras cultivadas, creándose nuevos mercados y facilitando la circulación de dinero; en los textos, las ciudades eran parte de la solución de los problemas mencionados<sup>90</sup>.

La cartografía de España del siglo XVIII entrega evidencias de esta visión de ciudad porque la información de los documentos, como indica Sambricio, no respondía sólo al objetivo de entregar conocimiento de las zonas sino a proporcionar antecedentes económicos que orientaran la transformación del territorio<sup>91</sup>. La cartografía colonial de Chile -elaborada para describir los espacios más productivos o los proyectos de puertos, caminos y obras de riego- expresa una preocupación similar.

Las nuevas políticas económicas del siglo XVIII, que se instituyeron para dinamizar la economía de las regiones americanas, tuvieron efectos paralelos en el territorio y los centros urbanos, especialmente, sobre las ciudades más vinculadas al desarrollo productivo y comercial. En el contexto de las reformas borbónicas se mejoraron las conexiones entre ciudades y áreas productivas; aspecto que también influyó en el crecimiento demográfico de los centros urbanos debido a la migración desde áreas rurales o de los asentamientos más alejados de los nacientes polos de desarrollo.

En Chile, el repertorio de acciones colonizadoras relacionadas con el fomento de la economía fue amplio y variado incluyendo nuevas fundaciones -en territorios donde existían recursos mineros y agrícolas-, traslados o repoblaciones de ciudades -para reintegrar a las zonas abandonadas al proceso colonizador- y el mejoramiento de la estructura vial interna de las ciudades para fortalecer sus funciones urbanas como centros de intercambio comercial<sup>92</sup>.

Las reformas administrativas -enfocadas a corregir las deficiencias en la gestión del territorio- también se tradujeron en el fortalecimiento de las relaciones funcionales y físicas entre las ciudades y su entorno. La renovación de las comunicaciones y la introducción de nuevas técnicas agrícolas y mineras -con el consiguiente impulso a la economía- fueron fundamentales para incrementar y consolidar la proyección de las ciudades por sus áreas de influencia, en especial, hacia los sistemas productivos locales<sup>93</sup>.

Los territorios más favorecidos con la dinámica de las reformas económicas fueron aquellos que disponían de enclaves de producción agraria y minera o contaban con recursos naturales para sostener a las nuevas fundaciones. En Chile, correspondían

<sup>90</sup> SAMBRICIO, Carlos: *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. Ministerio de Obras Públicas y Transportes. Instituto del Territorio y Urbanismo. Centro de Publicaciones del Ministerio de Obras Públicas y Transportes (MOPT). Madrid 1991. p.31

<sup>91</sup> SAMBRICIO, Carlos: *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. op.cit. p.42

<sup>92</sup> Aunque no hubo indicaciones específicas, las reformas impulsaron la construcción de edificios para impulsar el comercio y la economía (aduanas y casas de Moneda) que representaron cambios del paisaje urbano y la aparición de nuevos lugares significativos en la trama urbana.

<sup>93</sup> La necesidad de estimular el desarrollo económico alentó la promulgación de normas para acelerar funcionamiento del aparato burocrático y perfeccionar los servicios de correos, transporte y completar la estructura de comunicaciones; estos aspectos tuvieron expresión concreta en las transformaciones de las ciudades y su entorno.

a los valles agrícolas de la zona central y a los valles mineros localizados al norte de Santiago. En los valles agrícolas, la estructura de colonización tenía su centro en la ciudad de Santiago y se ramificaba por las redes de caminos hacia las haciendas y otros asentamientos. En los valles mineros, el centro principal era San Francisco de La Selva.

San Francisco de La Selva se fundó en 1742 para activar la economía en el extremo norte de Chile y explotar eficazmente los yacimientos ubicados en el entorno de su sitio de fundación. Al respecto, es necesario destacar que la existencia de minerales fue un factor determinante para la colonización de ciertos territorios de América<sup>94</sup>; incluso la minería fue una de las primeras actividades españolas en América y como hace notar Hardoy, en la tripulación del segundo viaje de Colón al Nuevo Mundo se incluyeron mineros, denotando el interés que la explotación de los recursos mineros tenía desde el inicio del proceso de conquista y colonización<sup>95</sup>.

Obtener minerales, especialmente oro y plata, eran incentivos para perseverar en la conquista del territorio, expandiendo a las ciudades existentes y realizando nuevas fundaciones. Análogamente, los procesos migratorios y la construcción de caminos o el mejoramiento de rutas preexistentes, con frecuencia, se decidían para facilitar la búsqueda y explotación de minerales; estos procesos se observan nítidamente en territorios productores de oro y plata en Nueva España<sup>96</sup> y Perú y, a menor escala, en las regiones donde existían otros minerales. La fundación de San Francisco de La Selva y de otros asentamientos en los valles del norte se explican por la existencia de yacimientos de cobre, el mineral más abundante en Chile.

La actividad minera originó dos tipos de asentamientos coloniales: El Real de Minas y los Placeres de Minas que, generalmente, se fundaron en zonas montañosas y considerando la presencia de comunidades indígenas o pueblos de indios<sup>97</sup>. Aunque la región chilena no disponía de recursos minerales comparables a los existentes en otras regiones de América, se imitó el modelo de los demás asentamientos mineros porque San Francisco de La Selva, la principal ciudad minera de Chile colonial, se originó, como ya se ha explicado, en un pueblo de indios.

Las ciudades mineras eran centros especializados que rara vez cumplían funciones administrativas o militares. Además, debido a su ubicación en paisajes montañosos y semidesérticos, tenían escasas posibilidades para sustentar su desarrollo urbano

<sup>94</sup> La riqueza mineral del Nuevo Mundo se manifiesta en los crecimientos explosivos de las ciudades vinculadas a la minería de la plata y en la enorme cantidad de orfebrería rescatada del período prehispánico. Notables son las colecciones de joyas precolombinas que los Museos del Oro del Perú y Colombia, guardan en sus fondos y que corresponden a parte del tesoro de las culturas indígenas; aún hoy, la economía colombiana tiene uno de sus pilares en la producción de esmeraldas. Desde el comienzo de la conquista, la existencia de minas de oro y plata concentró la atención de España. Antonio de Herrera, en su *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, publicada en 1600, cuenta que Nicolás de Ovando encontró en La Española una piedra de oro tan grande como una hogaza de pan de Sevilla; este relato ilustra la importancia que se otorgaba a las riquezas minerales.

<sup>95</sup> HARDOY, Jorge E. *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op. cit. p.240. Otro argumento que respalda esta idea es la construcción de los primeros fortines, que Colón mandó a levantar en la isla de La Española, localizándolos en puntos claves para la recolección de oro.

<sup>96</sup> La fundación de ciudades y construcción de caminos en la Audiencia de México y más al norte se explican por la existencia de minerales. *Historia Urbana de Iberoamérica. La Ciudad Iberoamericana hasta 1573*. Tomo II-2. Editorial Testimonio. Madrid; 1987. pp.191-226. El descubrimiento y conquista de las tierras mexicanas significaron el comienzo de las explotaciones mineras en Taxco (1530), Zacatecas (1546), Guanajuato (1549), Pachuca (1552), Durango (1563) y San Luis de Potosí (1570). A estos centros mineros, entre varios otros de menor importancia, se sumaron las explotaciones en diferentes ríos de Hispanoamérica y los centros de extracción de plata del Alto Perú en Potosí (1545), Castrovirreina (1555) y Huancavélica (1563).

<sup>97</sup> Los Reales de Minas, desde el siglo XVI, fueron los asentamientos mineros más importantes del continente. A este tipo pertenecen las famosas ciudades mexicanas de Taxco, Zacatecas, Durango, Potosí, Guanajuato y las peruanas de Potosí, Huancavélica y Castrovirreina. Los Placeres de Minas se caracterizaban por su corta vida, cuya duración dependía de la permanencia de la explotación.

en otras actividades productivas como la agricultura o ganadería. No obstante, hubo centros mineros que evolucionaron como polos de comercio aunque, generalmente, dependían para su abastecimiento de asentamientos menores que se ubicaban en los valles fértiles próximos a las zonas de extracción, donde sus pobladores podían dedicarse a la crianza de ganado caballar para aprovisionar a los centros mineros, a los que también abastecían de alimentos, vestuario y herramientas para las faenas extractivas y el uso cotidiano. Así, se generaba un intercambio complementario que influyó en la expansión del dominio territorial de las ciudades mineras.

Por la necesidad de exportar su producción, los centros mineros debían vincularse a los puertos con caminos que llegaron a ser trayectos de importante circulación<sup>98</sup>. La precaución de consolidar rutas de conexión entre yacimientos y puertos, se repitió en Chile. Los caminos que confluyen en San Francisco de La Selva y comunican a la ciudad con los puertos y centros costeros son evidencias de esa intensa relación.

El descubrimiento de vetas de cobre, oro y diversos minerales en el norte de Chile explica la importancia de estudiar las características del valle del río Copiapó y otras áreas con potencialidades mineras. El objetivo de la expedición mineralógica de los hermanos Conrado y Cristiano Heuland -quienes recorrieron el área comprendida entre el océano Pacífico y la cordillera de Los Andes y desde el norte de Santiago hasta San Francisco de La Selva, concentrándose en el entorno de esta última- era analizar las vetas existentes, las comunicaciones y centros poblados próximos a los minerales con la finalidad de detectar deficiencias operativas y buscar métodos para hacer más eficiente la explotación y distribución del mineral. Los documentos de la expedición informan sobre las características del relieve, la calidad y ubicación de los yacimientos, posibilidades de explotación de nuevas vetas, las dificultades de la actividad minera y técnicas utilizadas para procesar los minerales, las condiciones de trabajo y las distancias entre las ciudades y zonas de explotación minera.

Como otras ciudades mineras, San Francisco de La Selva fue un centro que requería numerosa población para llevar cabo la extracción y el transporte del mineral; esta demanda de mano de obra masiva explica la creación de pueblos de indios en su área de influencia directa<sup>99</sup>. Asimismo, el desarrollo de la minería -como ocurrió a mayor escala en las regiones americanas productoras de oro y plata- impulsó la proyección territorial de San Francisco de La Selva hacia los yacimientos y lugares de procesamiento de los minerales<sup>100</sup>.

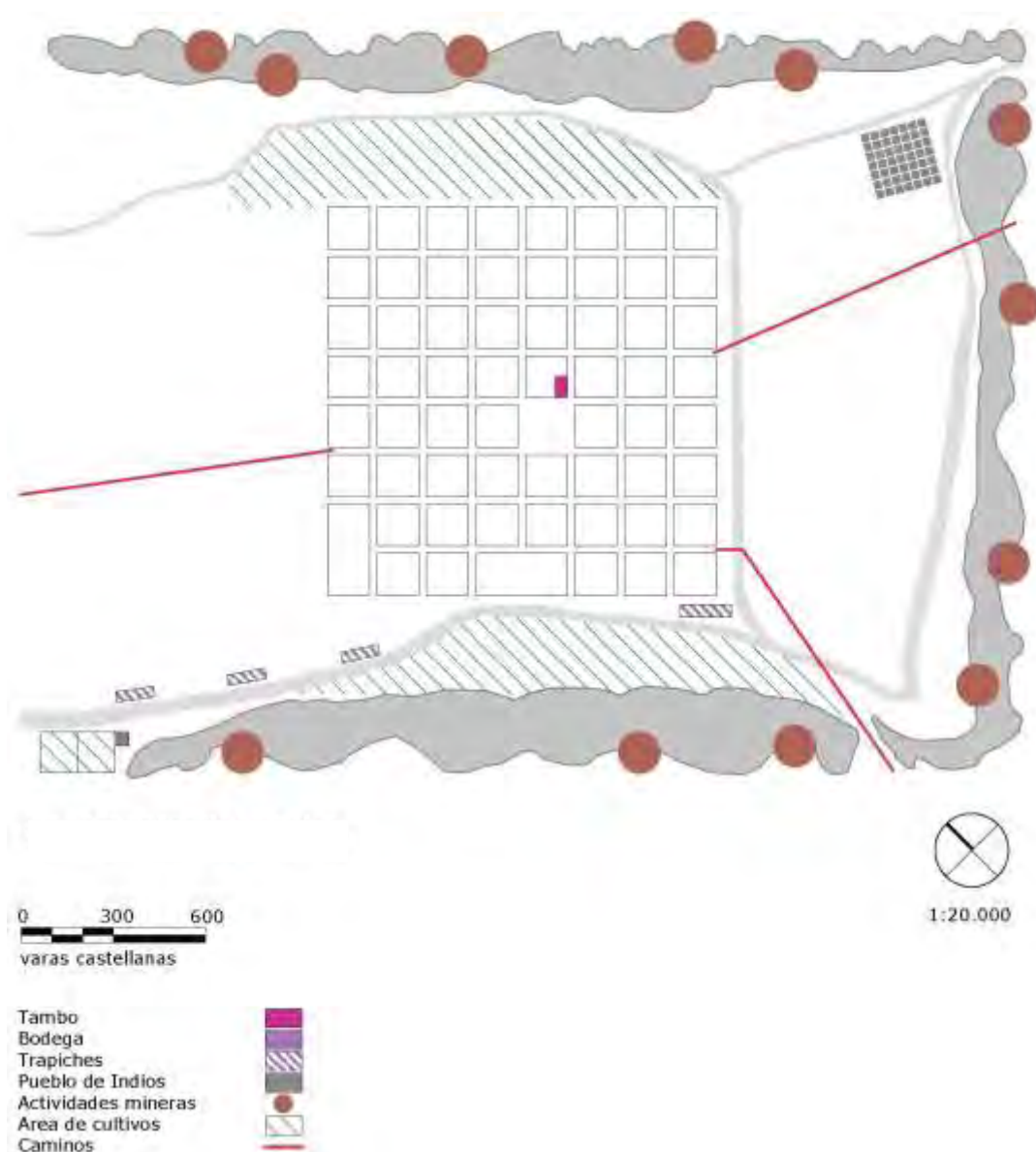
El plano de San Francisco de La Selva en el valle del río Copiapó, fechado en 1744, muestra el trazado cuadriculado del núcleo, la red de acequias que aprovechan el agua de los ríos y esteros adyacentes al núcleo fundacional. El sistema de riego era esencial para la supervivencia de la ciudad debido al clima y los meses sin lluvia,

<sup>98</sup> Un ejemplo es el camino real de tierra a que conectaba a Santa Fe, en Nuevo México, con la capital novohispana. Asegurar los caminos que enlazaban los Reales de Minas con México y Guadalajara fue preocupación del XVI y parte del XVIII, por lo cual y con el propósito de cuidar el tránsito de metales en un sentido y de artículos comerciales en el otro, se construyeron asentamientos en forma de puestos y presidios, los que con el paso del tiempo, crecieron hasta formar pueblos y ciudades. Los presidios eran pequeñas fortalezas con una guarnición militar. *Historia Urbana de Iberoamérica*. op. cit. Tomo II-2: *La Ciudad Iberoamericana hasta 1573*. p.221

<sup>99</sup> En el resto de Hispanoamérica los centros mineros se destacaban por tener aumentos demográficos explosivos, que en algunos momentos los sitúan entre las ciudades coloniales con mayor cantidad de habitantes. *Historia Urbana de Iberoamérica*. Tomo II-2: *La Ciudad Iberoamericana hasta 1573*. op. cit. p.192. Kubler explica el interesante proceso de establecimiento de colonos en los pueblos mineros, antes del proceso de expansión europea de las empresas mineras de 1546. KUBLER, George: *Arquitectura mexicana del siglo XVI* op. cit. pp.88-89

<sup>100</sup> Las vetas de plata de Nueva España y Alto Perú no sólo impulsaron la transformación de las áreas donde se localizaban los minerales, sino de la economía occidental. La minería de plata y oro, generó un sistema económico que puede considerarse clave nuclear de la economía colonial, especialmente respecto a redes de distribución de mercancías. VIVES AZANCOT, Pedro: *La ciudad iberoamericana: Expresión de la expansión ultramarina*. Publicado en: *Historia Urbana de Iberoamérica. La Ciudad Iberoamericana hasta 1573*. Tomo I. op. cit. p.218.

característica que se manifiesta en la existencia de un lecho de río seco, al costado nororiente de la ciudad, según lo especifica el texto explicativo del dibujo. El plano también describe los senderos que comunicaban a San Francisco de La Selva con los yacimientos localizados en su área de influencia –señalados con círculos en la imagen siguiente y que en el plano original están identificados con sus nombres–; asimismo, se observan cuatro trapiches de minerales de oro, campos de cultivo, una bodega y un pueblo de indios. Este conjunto de elementos integraban el área de proyección territorial del núcleo urbano.



### Proyección territorial de San Francisco de La Selva

Fuente: Villa de San Francisco de La Selva en el valle de Copiapó, Francisco Cortés y Cartavio. 1744<sup>101</sup>

<sup>101</sup> Archivo Nacional. Santiago.



La complejidad del plano de San Francisco de La Selva -uno de los documentos cartográficos más completos del siglo XVIII en lo que se refiere a la descripción del territorio y los recursos naturales existentes en el área de influencia de una ciudad colonial chilena- muestra un desarrollo agrícola, de menor jerarquía y fragmentado en dos sectores, que contrasta con la importancia asignada a la minería, que es el tema principal del plano. Los datos sobre los yacimientos incluyen el nombre de los minerales y referencias geográficas que describen la localización de los minerales.

Sin embargo, al comparar la ubicación de los yacimientos descritos en la cartografía con los datos aportados por los hermanos Heuland se deduce que en el dibujo se alteraron las distancias entre la ciudad y los yacimientos. Aunque el plano carece de escala, al analizar la ubicación de la ciudad en el mapa con las dimensiones reales del valle de Copiapó y cotejar las distancias entre el núcleo urbano y los minerales, se comprueba que la cartografía histórica contiene una importante distorsión en las proporciones territoriales y las distancias. Esta incoherencia puede explicarse por la idea de representar a la ciudad como el centro de un extendido sistema productivo, describiendo el relieve de su entorno y la interdependencia funcional entre el núcleo y los lugares de extracción y procesamiento del mineral.

#### Distancias de los minerales de Copiapó según Conrado y Cristiano Heuland

Origen	Destino	Distancias		N° pág
		Leguas	Km	
Copiapó	Mineral Punta Gorda	12	66.84	43
Copiapó	Mineral San Pedro	17	94.69	43
Copiapó	Mineral Zapallares	20	111.40	43
Copiapó	Mineral Remolinos	16	89.12	43
Copiapó	Mineral de oro Cachiyuyo	14	77.98	44
Copiapó	Mineral El Checo	10	55.70	43
Copiapó	Cerro Blanco	26	144.82	53
Copiapó	Mineral Chancoquín	2	11.14	61
Copiapó	Mina de cobre La Soledad	2	11.14	61
Copiapó	Mina de cobre El Rosario	7	38.99	61
Copiapó	Minas oro Tierra Amarilla	3	16.70	62
Copiapó	Minas oro Los Ojancos	7	38.99	62
Copiapó	Minas oro La Bodega	3	16.70	63
Copiapó	Cerro del Azufre	40	222.80	64
Copiapó	Minas de Andacollo	10	55.70	75

Fuente: ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición científica de los hermanos Heuland 1795-1800*

Al analizar las distancias entregadas por los hermanos Heuland -con San Francisco de La Selva como referencia- que se describen en el cuadro anterior, se concluye que el área de proyección de San Francisco de La Selva se extendía por una amplia superficie, cuyo radio menor superaba los 50 kms.

Otra característica del plano de San Francisco de La Selva es el realce de la función minera mediante símbolos gráficos que identifican a un área de trapiches y bodegas al suponiendo del núcleo urbano. El espacio donde se realizaba el procesamiento del mineral constituía el entorno inmediato de la ciudad, denotaba su función primaria y enunciaba la formación de un perímetro urbano que Raúl Guerrero califica como *aureola productiva* que remite y refuerza la constante cuprífera de la región<sup>102</sup>.

<sup>102</sup> GUERRERO, Raúl: *Senderos del desierto de Atacama. Relatos geográficos*. Ediciones Universidad del Bío Bío. Imprenta Trama. Concepción. 2004. p. 140

### 3.3 Continuidad espacial entre las ciudades y el paisaje rural

La fundación de ciudades formó parte de un proceso continuo de adaptación a la realidad geográfica y de transformación del paisaje; en el avance de la colonización, el paisaje también se modificaba para desarrollar la agricultura. Una consecuencia de estas intervenciones fue la rápida expansión de las ciudades hacia su entorno por la facilidad de extender la cuadrícula fundacional mediante la división ortogonal de las parcelas que se destinaban a ejidos, dehesas, campos de cultivos y chacras. Estos espacios extraurbanos permitieron extender el orden ortogonal por el paisaje.

En los dibujos coloniales de varias ciudades chilenas se observan zonas de cultivo y chacras organizadas en fracciones ortogonales rodeando a los núcleos urbanos. La geometrización del paisaje por la división regular de las tierras agrícolas contribuyó a consolidar la continuidad de las ciudades con su entorno, extendiendo las áreas sujetas al dominio cartesiano fuera del límite fijado por la cuadrícula fundacional. La distribución del suelo agrícola de Santiago del Nuevo Extremo refleja esta cualidad. Las chacras de Huechuraba, localizadas una legua -5572 m- al norte de la ciudad, en las márgenes del río Mapocho, se trazaron en lotes de cinco cuadras<sup>103</sup>. Un plano de 1765 muestra otra chacra en los faldeos del cerro San Cristóbal, al norte del río Mapocho, dividida en seis hijuelas, de cuatro a ocho cuadras<sup>104</sup>. Santiago del Nuevo Extremo no fue una excepción porque la parcelación ortogonal de terrenos cercanos a la cuadrícula se repite en la mayoría de las fundaciones en los valles agrícolas; las ciudades fundadas en valles mineros y la precordillera andina también disponían de tierras para cultivos divididas en lotes ortogonales. El precedente histórico de las parcelaciones rurales regulares fueron las *centuriaciones* romanas, un sistema de división ortogonal de las tierras agrícolas que en Europa se mantuvo a través del tiempo como lo muestra la pervivencia de los términos latinos *quinta* y *cuadra*, que designaban a divisiones rurales y urbanas<sup>105</sup>. Esta tradición de colonización agraria basada en el reparto regular de tierras se traspasó desde España hasta América.

Los conjuntos rurales también introducían estructuras geométricas y organizaciones ortogonales, similares a las cuadrículas de las ciudades, en paisajes alejados de los centros urbanos. El orden cartesiano de las construcciones propias de las haciendas se subrayaba con hileras de árboles que separaban a las propiedades y sectores del trabajo agrícola con deslindes ortogonales que formaban líneas rectas en el paisaje; aunque, a veces, sólo eran débiles señales ordenadoras que se confundían con la vegetación nativa. Una excepción eran las altas filas de álamos, que se levantaban por encima de los bosques y plantaciones de árboles frutales.



**Divisiones ortogonales en las zonas periféricas de Santiago**

<sup>103</sup> Dibujo de 1722 de las chacras de Huechuraba. Biblioteca Nacional de Chile. Santiago Fondos de la Capitanía General y Real Audiencia. Volumen 868.

<sup>104</sup> Plano de 1765 que muestra la división de una chacra a los pies del cerro San Cristóbal. Biblioteca Nacional de Chile. Santiago Fondos de la Capitanía General y Real Audiencia. Volumen 2.859.

<sup>105</sup> ROSELLO, V.M: *El catastro romano en la España del este y del sur*. Publicado en *Estudios sobre centuriaciones romanas en España*. Editado por Servicio de Publicaciones Universidad Autónoma de Madrid. Impreso en Artes Gráficas. Valencia, 1974. p. 21

### 3.3.1 Relaciones morfológicas y funcionales entre la ciudad y el paisaje

Una característica de la ciudad colonial era el trazado ortogonal que, por carecer de límites fijos –con excepción de los ríos, cerros o quebradas presentes en los sitios de fundación- desde el inicio de su vida urbana enunciaba potenciales expansiones; esta cualidad morfológica explica el rápido crecimiento de los núcleos fundacionales y la oportunidad de relacionar, gradualmente, la dimensión de las ciudades con las proporciones del paisaje estableciendo una nueva escala en las intervenciones sobre el territorio. Capel sostiene que en Europa, desde el siglo XVI, es posible observar una innovación en la escala de las actuaciones territoriales, cuyos primeros intentos se insinuaron en el diseño de jardines y más tarde se traspasó al urbanismo<sup>106</sup>.

Según Leonardo Benévolo, el cambio de escala estaba relacionado con la intención de representar físicamente al infinito y citando a Alexander Koyré –específicamente su libro *Del mundo cerrado al universo infinito*, publicado el año 1957- plantea que la aparición de la nueva medida reflejaba la evolución de las ciencias y los cambios en la idea del mundo y en el sentido de la palabra infinito que de ser considerado el límite del mundo –metafísico o religioso- pasó a ser parte del mundo, explorable a través de la investigación y virtualmente traspasable<sup>107</sup>. Desde esta perspectiva, Capel sostiene que el paso de un mundo cerrado a un mundo infinito se tradujo en diferentes intentos para representar físicamente al infinito con medios tradicionales incursionando en el campo aún no explorado de la dimensión a enormes escalas<sup>108</sup>. En el renacimiento, la representación del infinito –que también alude a lo inmenso- se articulaba con el creciente interés por la perspectiva. Según Benévolo, el espacio en perspectiva, que fue incorporado a la pintura del siglo XV, anunciaba tanto la extensión del espacio geográfico que recorrerían los exploradores durante el siglo XVI como al espacio cósmico que sería calculado por los científicos del XVII<sup>109</sup>.

La nueva escala de las intervenciones sobre el territorio también buscó expresarse en proyectos urbanísticos con magnitudes mayores a las proporciones históricas. Benévolo menciona ejemplos de intervenciones urbanas europeas que manifiestan este cambio, aunque recalca que eran proyectos puntuales<sup>110</sup>. Contrastando con el urbanismo europeo, varias ciudades americanas alcanzaban tamaños visiblemente superiores al de las ciudades del Viejo Mundo; además, la dimensión original de los centros coloniales aumentaba al proyectar el orden cuadrícula fuera de los límites de la trama urbana y extendiéndolo por el paisaje; esta característica se advierte en las ciudades chilenas fundadas en los valles de la zona central.

En la época colonial, las zonas agrícolas que rodeaban a Santiago constituían una modalidad ordenadora del paisaje que se enunciaba en los polígonos ortogonales de los terrenos destinados a campos de cultivo, en las líneas rectas definidas por las acequias de riego, en la disposición reticular de las plantaciones, arboledas y viñas, en los ejes rectos de los caminos, en la composición ortogonal de las haciendas y en la división de las propiedades agrarias. El orden ortogonal de las zonas agrícolas fue tan reiterado que su ruptura se considera una excepción; Pedro Cunill, al analizar un plano del año 1784 donde se describen las áreas agrícolas del valle del Mapocho, señala que *llama la atención el trazado desordenado de los predios*<sup>111</sup>.

<sup>106</sup> CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. op. cit. p. 247

<sup>107</sup> BENEVOLO, Leonardo: *La captura del infinito*. Celeste Ediciones, Madrid. 1994. p. 9

<sup>108</sup> CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. op. cit. p. 247

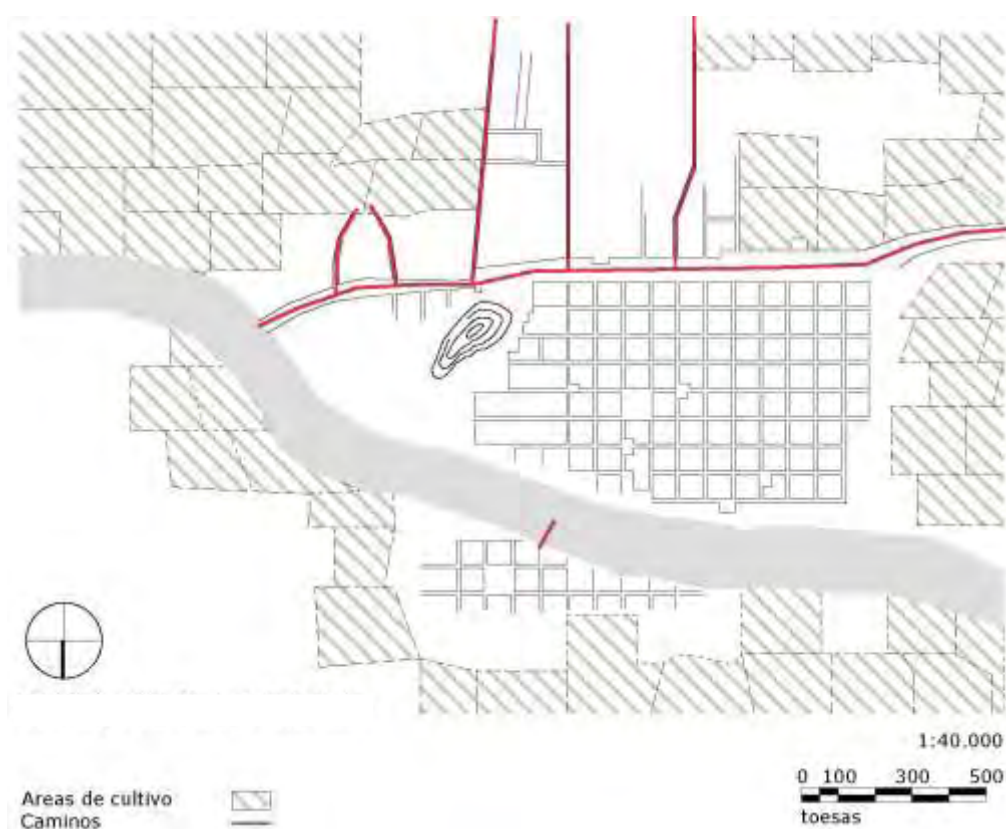
<sup>109</sup> BENEVOLO, Leonardo: *La captura del infinito*. Celeste Ediciones, Madrid. 1994. p. 13

<sup>110</sup> BENEVOLO, Leonardo: *La captura del infinito*. Celeste Ediciones, Madrid. 1994. pp. 23-26

<sup>111</sup> CUNILL, Pedro: *Fuentes cartográficas en la génesis de los tipos de poblamiento chileno siglos XVI al XVIII*. Apartado Primer Symposium Cartográfico Nacional. Editado por el Departamento de Geografía. Universidad de Chile. Santiago. 1972. p. 14

Santiago del Nuevo Extremo se extendió básicamente hacia el poniente porque los elementos del paisaje restringían la expansión por otras direcciones. La persistencia del orden ortogonal en áreas externas al núcleo fundacional como base geométrica para el crecimiento urbano se advierte en la división cartesiana de las chacras y los campos de cultivo que rodeaban a la ciudad. La extensión del orden de la cuadrícula también se insinuaba en la prolongación de las calles hacia ejes apenas delineados que, sin embargo, anuncian futuras expansiones ortogonales.

En el plano de Santiago, elaborado por Frezier entre 1712-1713, se distinguen 51 lotes –la mayoría ortogonales– delimitando las huertas que circundaban al núcleo urbano por sus cuatro costados. El trazado ortogonal se expandía por los terrenos adyacentes a la ciudad sin variaciones sustantivas, aunque en algunos sectores los tamaños de las parcelaciones se modificaron y cambió la densidad de ocupación del espacio. Los caminos, que nacieron como prolongaciones de algunas calles hacia el valle del río Mapocho, eran elementos lineales que también reforzaban la presencia del orden ortogonal en el espacio natural.



### Áreas externas al núcleo de Santiago según el plano de Frezier

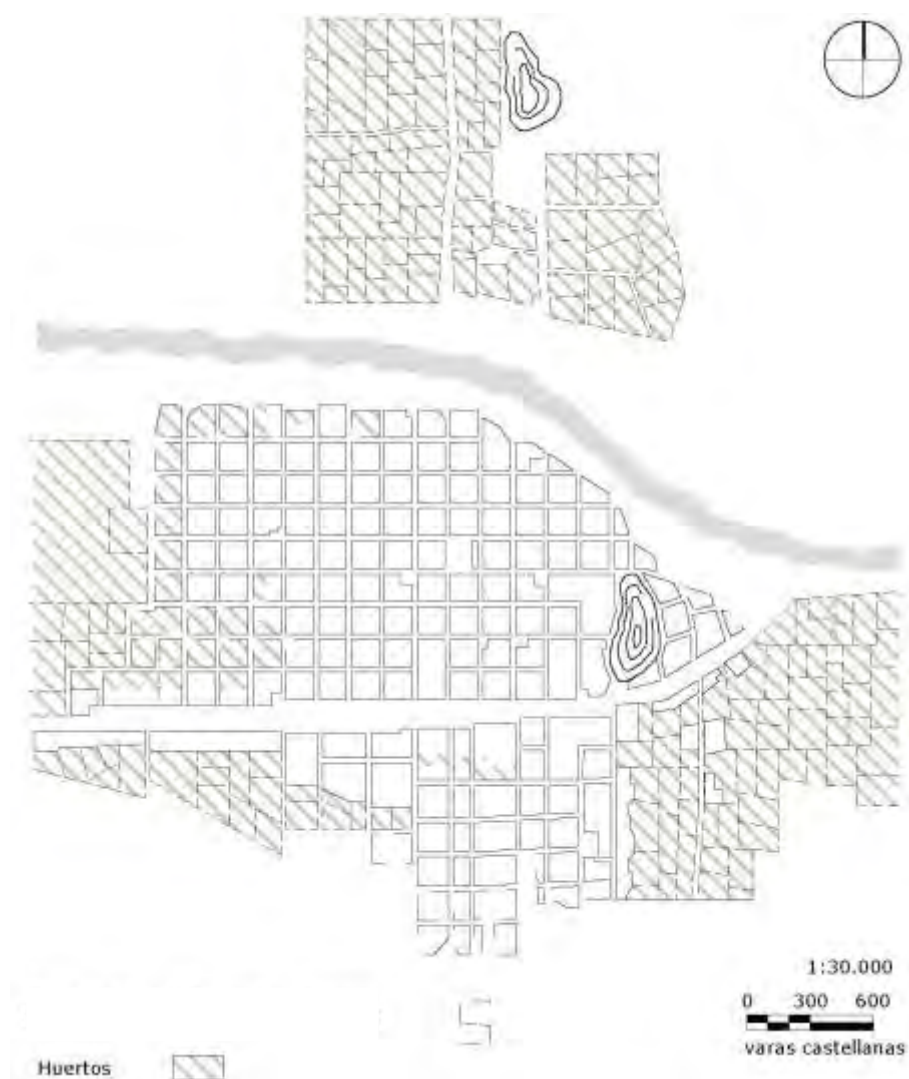
Fuente: Ville de Santiago. Amedée Francois Frezier. 1712-1713<sup>112</sup>

La presencia de campos cultivados rodeando a la ciudad de Santiago configuraba un paisaje apreciado por los viajeros. George Vancouver, al describir el trayecto desde Valparaíso a Santiago, explica que antes de llegar a la ciudad podían divisarse las plantaciones y viñedos a cada lado del camino y que el cultivo y la fertilidad de esas tierras contrastaban con las cimas desnudas de Los Andes, ofreciendo un agradable espectáculo<sup>113</sup>.

<sup>112</sup> FREZIER, Amedée Francois: *Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou, fait pendant les 1712, 1713 et 1714*. op.cit. p.99.

<sup>113</sup> VANCOUVER, Jorge: *Viaje de Valparaíso a Santiago; 1790-1795* op.cit. p. 58

En el plano de Santiago de 1809, también se representaron las áreas de huertos divididas en parcelas ortogonales que circundaban al núcleo ocupando la totalidad de su entorno inmediato. Al norte de la ciudad, tras salvar el cauce del río Mapocho con un puente, -exceptuando los terrenos en pendiente próximos al cerro Blanco- se extendía un conjunto continuo de chacras definidas por polígonos ortogonales. El documento informa de otros huertos que prolongaban el trazado hacia los terrenos localizados en la periferia del poniente y sur<sup>114</sup>. A través de las áreas de cultivo se duplicaba la superficie sujeta al orden geométrico de la ciudad.



### Áreas externas y ocupación del entorno de Santiago con campos de cultivos

Fuente: Plano anónimo de Santiago. 1809<sup>115</sup>

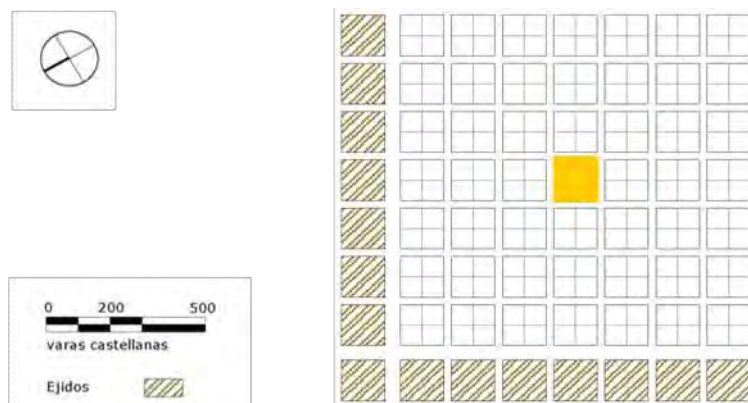
Al comparar los dos planos de Santiago se deduce que en el transcurso de 96 años, período que separa ambos documentos, las dimensiones de las parcelas externas al núcleo se habían modificado sustantivamente. Según Frezier, las áreas asignadas a huertos, en su mayoría, equivalían a cuatro manzanas aunque algunas podían tener superficies correspondientes a seis o siete manzanas. En el plano del año 1809, el tamaño de los huertos es similar a las manzanas indicando el avance de un proceso

<sup>114</sup> El puente dio origen al nombre de la calle de igual nombre que nace en la esquina sur poniente de la plaza y se prolonga hasta el río Mapocho.

<sup>115</sup> Plano de la Ciudad de Santiago del Reino de Chile. Anónimo de 1809 que se conserva en el Archivo Museo Británico; Londres.



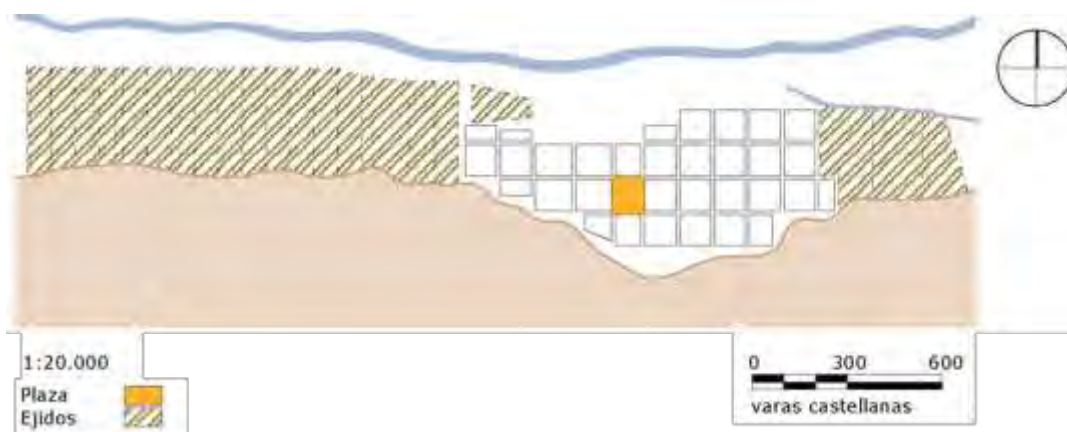
de parcelación con dimensiones menores. Esto significa que en 96 años, Santiago se había extendido ampliamente al sur y poniente y la densificación de las áreas periurbanas anunciaba la continuación del proceso de expansión. Los ejemplos más característicos de la prolongación del trazado ortogonal urbano por el entorno de las ciudades corresponden a las fundaciones del siglo XVIII que, desde el inicio, fueron provistas de espaciosos campos de cultivos y ejidos. Entre estas sobresalen Santa Rosa de Los Andes y Santo Domingo de Rozas.



### Prolongación del orden cuadrícula en el ejido de Santa Rosa de Los Andes

Fuente: Plano de Ignacio Díaz Meneses <sup>116</sup>.

En Santa Rosa de Los Andes, la continuación del orden cuadrícula desde el núcleo urbano hacia el paisaje circundante es evidente, pues, aunque el ejido no alcanzaba un tamaño relevante en relación con la ciudad, se distribuía en lotes cuadrados que repetían la forma y dimensiones de las manzanas. Por otra parte, el ejido alteró la simetría del trazado al extenderse sólo por los costados nororiente y norponiente de la fundación.



### Prolongación del orden cuadrícula en el ejido de Santo Domingo de Rozas

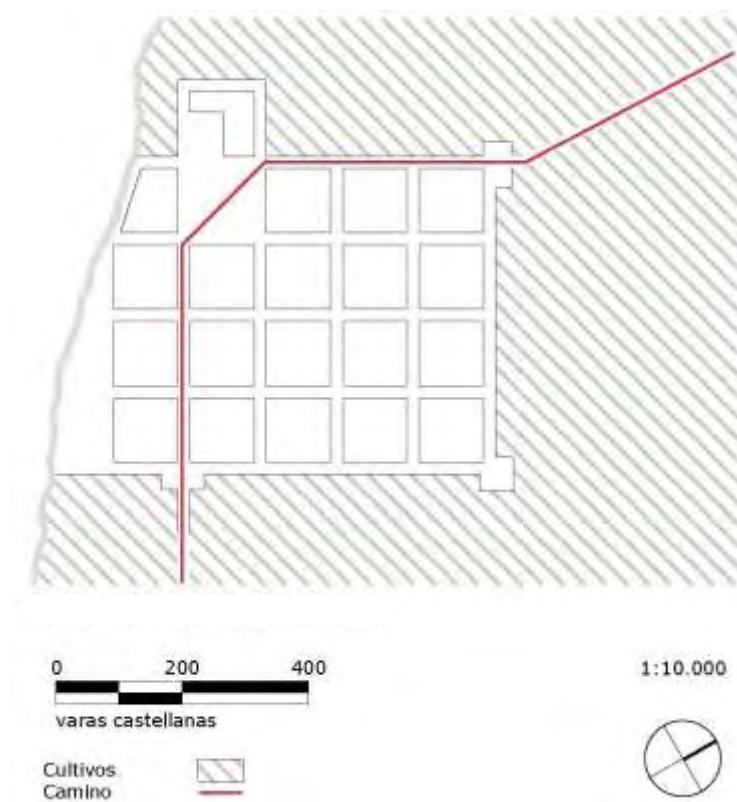
Fuente: Plano de Antonio Martínez de Mata <sup>117</sup>

En Santo Domingo de Rozas se destaca el tamaño y posición del ejido flanqueando al núcleo urbano y repartido en lotes de proporciones rectangulares, cuyos costados menores eran paralelos al río La Ligua. Posiblemente, esta orientación se definió para dotar de agua a una mayor cantidad de predios.

<sup>116</sup> Plano de la Villa de Santa Rosa de Los Andes de Ignacio Díaz Meneses. El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Chile; mapoteca de la Sala José Toribio Medina

<sup>117</sup> Plano de la Villa de Santo Domingo de Rozas y del terreno repartido en chacras a sus pobladores. Antonio Martínez de Mata. Archivo General de Indias (AGI) Mapas y planos de Perú y Chile. 128





### **Campos de cultivo que rodeaban a Santa Bárbara de Casablanca**

Fuente: Plano Nueva planta de la villa Santa Bárbara de Casablanca. 1796<sup>118</sup>

La extensión de la traza urbana por el entorno fue una cualidad visible en ciudades de distintas jerarquías. En Santa Bárbara de Casablanca -fundación del siglo XVIII asentada en un fértil valle entre la cordillera de La Costa y el litoral- los terrenos para cultivos rodeaban al núcleo por tres costados y, por su amplitud, triplicaban la superficie ocupada por la trama urbana de la pequeña ciudad. El anillo agrícola sólo se interrumpía por el paso del estero Casablanca.

La proporción de las zonas de cultivo en relación con el reducido tamaño del núcleo se explica por la población flotante de la ciudad. Los vecinos de Casablanca ofrecían alimentos y hospedaje a los viajeros que realizaban los trayectos entre Valparaíso y Santiago. Casablanca también era lugar de posta y descanso para los arrieros que conducían a Santiago las recuas de mulas cargadas con los productos exportados de España y otras colonias americanas hasta el puerto de Valparaíso y desde ahí, a Santiago.

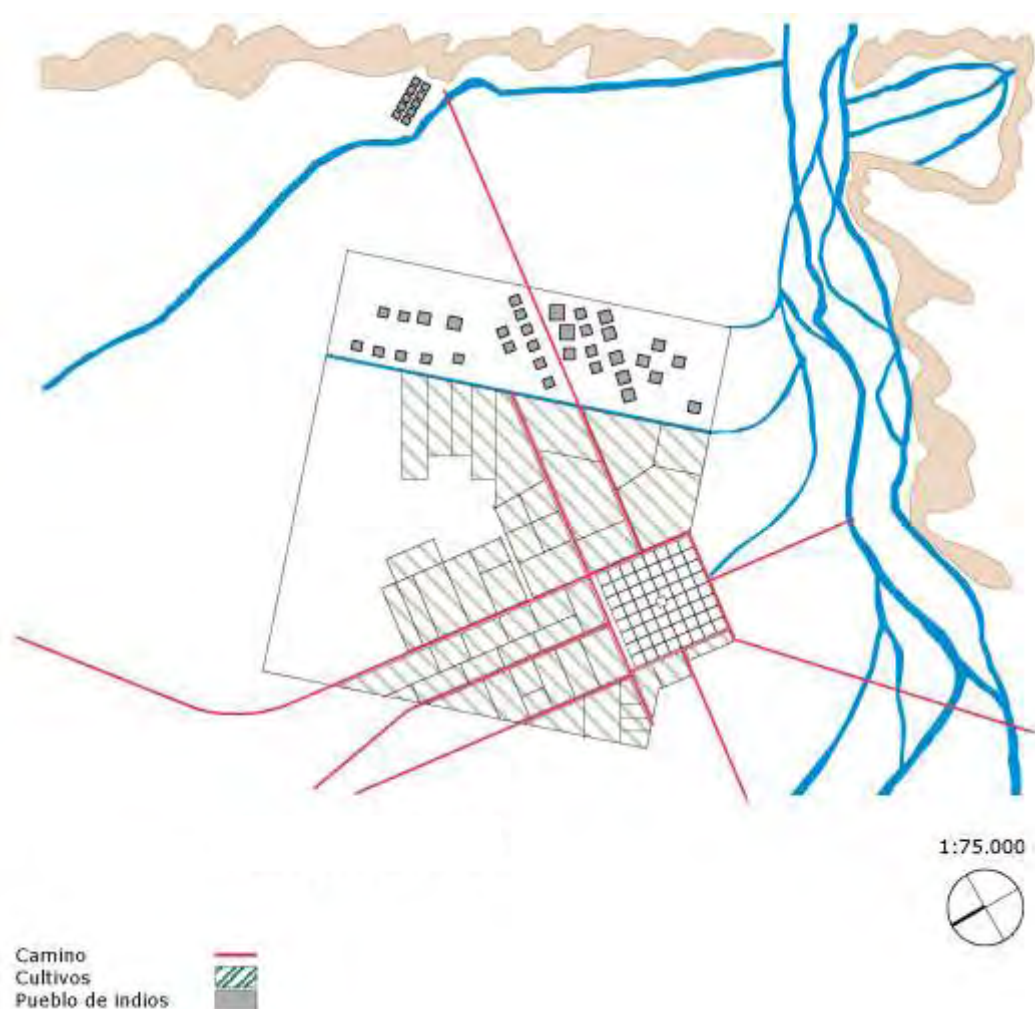
María Graham se refería a Casablanca como una pequeña villa, conocida por la calidad de los mercancías agrícolas -como la mantequilla- que se comerciaban en ella; sin embargo, su importancia radicaba en su condición de ser la única población en el trayecto entre la capital de Chile y el puerto, y donde se reunían los productos agrícolas provenientes de los distritos vecinos para llevarlos hasta Santiago, para su consumo en el interior del país, o a Valparaíso, para su exportación<sup>119</sup>.

<sup>118</sup> Archivo Nacional. Santiago.

<sup>119</sup> GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile (1822) y de su viaje a Brasil (1823)*. Biblioteca Ayacucho. Editorial América, Madrid. Traducción de José Valenzuela. El texto editado en España y consultado en la tesis no tiene fecha de edición. Hay otra versión en español publicada por la imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1902. p.244

Santa Cruz de Triana, una fundación en el valle de Rancagua –que integra el vasto territorio del valle central- también poseía amplios campos de cultivo ordenados en predios coincidentes en su orientación con las calles de la ciudad y su prolongación por los caminos. Según un plano anónimo del XVIII, Santa Cruz de Triana estaba inscrita en una extensa área de proporciones cuadradas y girada a 45° respecto de la trama urbana que, al parecer fijaba los límites del área cultivable. En los terrenos adyacentes a los campos de cultivos se agrupaban varios pueblos de indios, cuyos habitantes aportaban la fuerza de trabajo para el desarrollo de la agricultura.

Los numerosos cursos de agua presentes en el sitio de fundación de Santa Cruz de Triana explican la fertilidad de los terrenos y la existencia de pueblos de indios que subsistían apoyando las actividades agrícolas. El sistema de aguas superficiales del área comprende al río Cachapoal<sup>120</sup> y a numerosos esteros de régimen pluvial que bajan por las quebradas de la Cordillera de la Costa, situación que fue representada claramente en el plano anónimo del siglo XVIII.



### Continuidad de la ciudad de Santa Cruz de Triana por el entorno rural

Fuente: Mapa anónimo Villa de Santa Cruz de Triana en el valle de Rancagua. Siglo XVIII <sup>121</sup>

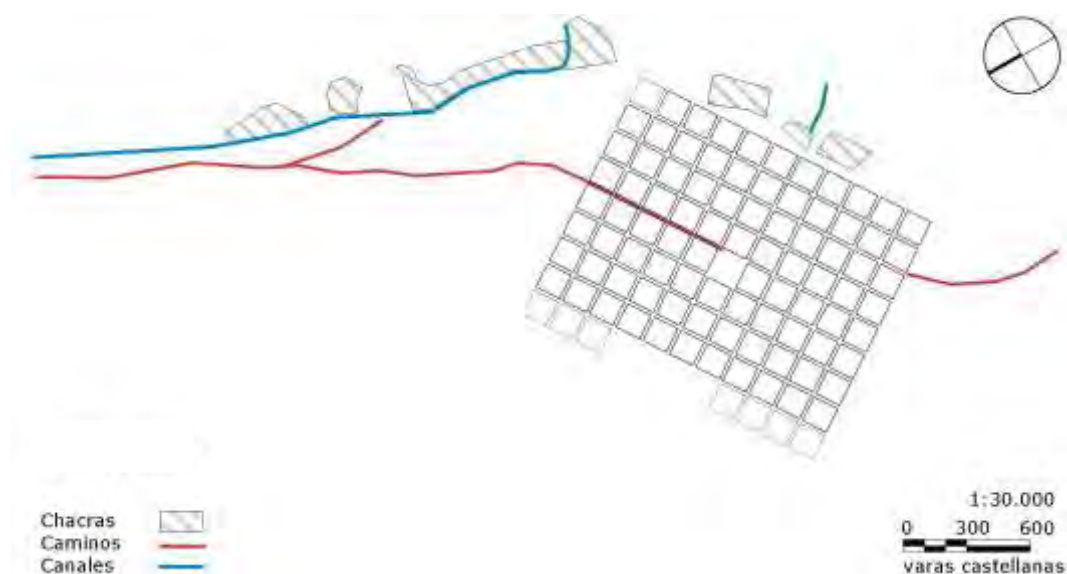
<sup>120</sup> El río Cachapoal y el Tinguiririca son los dos afluentes principales del río Rapel, que es el cauce central de la red hidrográfica.

<sup>121</sup> Publicado en: Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. op. cit. Lámina 38

La ciudad de Concepción, después de su traslado al valle de La Mocha desde su sitio original en Penco, es otro ejemplo de proyección espacial de un núcleo urbano hacia el paisaje de su entorno mediante los campos de cultivo ubicados al nororiente de la ciudad, siguiendo el cauce de un estero, afluente del río Andalién, identificado en el plano del año 1752 como Aguada de Cárcamo. En contraste de otras ciudades, las tierras cultivadas no eran lotes regulares; al contrario, su forma irregular difería de la perfección de la cuadrícula que caracterizaba la nueva planta de Concepción.

En este caso, la importancia de la continuidad urbano-rural a través de los campos de cultivos no era contribuir a la proyección del núcleo sino apoyar una estructura lineal de ocupación del territorio que integraba en un mismo eje de expansión a un curso de agua, los fértiles terrenos de la llanura fluvial que permitían el desarrollo de cultivos y al camino que comunicaba con la primera fundación de Concepción, en la bahía de Penco, denotando la estrecha relación entre ambas ciudades. Un rasgo que ilustra la relación urbana con el territorio es el camino que penetra en la trama de Concepción por una de las calles que conducen a la plaza y otro camino que conectaba a la ciudad y el río Bío Bío; de este modo, la estructura vial relacionaba, a través de Concepción, a los dos ríos existentes en el sitio urbano.

En el área externa, al sur oriente de la ciudad, se desarrollaban otros sectores con campos de cultivo más cercanos al núcleo urbano para aprovechar el agua de una vertiente que, a pesar de su pequeño tamaño, se identificó en la cartografía con el nombre de Aguada de Martínez. El área poseía una dimensión menor para ajustarse a la planicie limitada por un alto cerro cubierto de espesos bosques. En el plano no se representó al cerro que actualmente –con el nombre de Cerro Caracol– aún limita la expansión urbana de la ciudad. Después del período colonial la zona de cultivos fue incorporada al fundo **La Toma** hasta fines del siglo XIX, cuando sus propietarios donaron los terrenos al municipio de Concepción para construir el principal parque público de la ciudad. La vertiente –conocida con el nombre de La Cascada– es el elemento geográfico referencial del sector más concurrido del parque<sup>122</sup>.



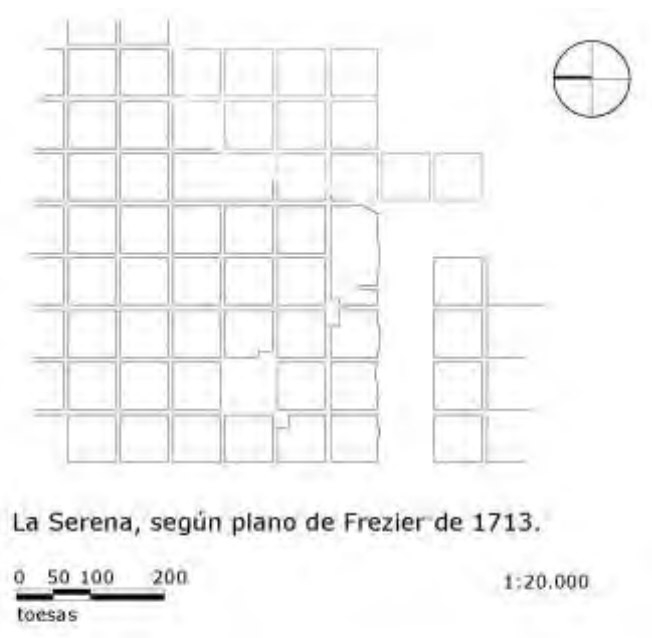
### Relaciones de continuidad entre Concepción y su entorno.

Fuente: Plano Nueva Concepción de Chile, situada en el Valle de La Mocha. Anónimo. 1752 <sup>123</sup>

<sup>122</sup> Este importante pulmón verde, que recibe el nombre de Parque Ecuador, se conecta con otras áreas verdes relevantes como el Cerro Caracol, el campus de la Universidad de Concepción y el Parque Costanera, ubicado en la ribera norte del río Bío Bío.

<sup>123</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Planos de Perú y Chile, 35

Hay otros ejemplos donde no se observa una relación de continuidad de la ciudad y su entorno mediante campos de cultivo y chacras. Es el caso de La Serena, que fue analizada según los antecedentes contenidos en dos planos elaborados en los años 1713 y 1789 por Amadeo Frezier y Pedro Rico, respectivamente. Al comparar los dibujos se advierte que el tamaño original de la ciudad, cuando habían transcurrido 76 años -que es la diferencia temporal entre los planos-, se mantenía con escasas variaciones, reflejando su lento desarrollo urbano.



### Continuidad de La Serena con su entorno

Fuente: Planos de Amadeo Frezier<sup>124</sup> y Pedro Rico<sup>125</sup>

<sup>124</sup> Plano de la Ville de La Serena levantado por Amedée Francois Frezier el año 1713. Publicado en: FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.125

<sup>125</sup> Plano de la bahía de La Serena o Coquimbo, levantado por Pedro Rico en 1789. Biblioteca Nacional de Chile. Mapoteca José Toribio Medina. El plano también está en *Cartografía de Ultramar*. Carpeta IV. P.38 N° 103, publicado por Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, España

La mayor diferencia entre ambos documentos es la forma del trazado en el área de expansión al sur del núcleo fundacional, que comprendía los terrenos destinados a campos de cultivos. En el costado sur poniente de la ciudad, según informa el plano de Frezier, la trama ortogonal apenas está delineada, posiblemente para expresar que no era un área consolidada. En el plano de Pedro Rico, la expansión define una trama que se desdibuja, sin continuidad morfológica con el trazado original. En la actual forma urbana de la ciudad se observa que, a pesar de las diferencias de nivel del terreno –originadas por el relieve, que comprende al río Elqui y una profunda barranca– el trazado se prolongó manteniendo con ligeras variaciones, la disposición y tamaño del núcleo fundacional.

El débil desarrollo urbano alcanzado por La Serena a fines del siglo XVIII revela los problemas que enfrentó desde su nacimiento. Sólo habían transcurrido cinco años de su fundación cuando debió repoblarse, después de ser invadida e incendiada por indígenas en 1549. A fines del siglo XVII todavía era descrita como una ciudad con escasa y pobre población; además, tenía el negativo historial de haber sido objetivo de cuatro ataques –en 1578, 1594, 1680 y 1686– de piratas ingleses al mando de Francis Drake, Richard Hawkins, Bartholomy Sharp y Edward Davis. La imperiosa necesidad de proteger a La Serena de reiteradas agresiones desde el mar se refleja en la existencia de un muro defensivo –descrito en el plano del ingeniero militar Pedro Rico– que restringía la expansión urbana en dirección norponiente.

Por otra parte, el relieve del sitio de fundación obstaculizó el crecimiento del núcleo que ocupaba una meseta de 15 m de altura respecto al nivel de la playa, limitada por una profunda hondonada conocida actualmente como Barranca del Mar, cuya presencia se manifiesta en la interrupción de la cuadrícula. La expansión mediante campos de cultivos externos al núcleo fundacional tampoco era relevante aunque el río Elqui y varios esteros regaban la fértil vega que formaba parte del entorno de La Serena. Esta situación se explica por las restricciones topográficas derivadas de las abruptas pendientes y porque la ciudad disponía de amplios terrenos para huertos dentro del espacio asignado al núcleo urbano; esta característica, que fue señalada por Frezier, hacía innecesarios los campos de cultivos externos.

Las transformaciones económicas del siglo XVIII no tuvieron efectos paralelos en las estructuras sociales porque, en general, las realidades urbanas y formas de vida tradicional en ciudades como La Serena –alejadas del centro del poder radicado en Santiago– se mantuvieron sin grandes alteraciones<sup>126</sup>. La trayectoria urbana de La Serena fue limitada y debió enfrentar problemas similares a los experimentados por las villas que surgieron de la política fundacional de inicios del siglo XVIII, esbozada con la frustrada experiencia de Quillota de 1717 y que sólo se concretó en la década de 1740. Por los recursos naturales existentes en su entorno, en el siglo XVIII, La Serena se fortaleció como centro minero-agrícola que en su expansión hacia el sur concentró trapiches, fundiciones y talleres de cobre, cuya producción se embarcaba en Coquimbo con destino al puerto peruano de El Callao. El paisaje de su periferia reflejaba la influencia de las actividades productivas que allí se desarrollaban y su espacio interior también fue caracterizado por éstas. El ambiente semiurbano de La Serena era semejante al de otras villas que debían competir con la economía rural y con la influencia de grandes hacendados. No obstante, en La Serena se generó una complejidad urbana mayor por la complementariedad entre agricultura y minería y a la dinámica aportada por el comercio y cercanía del puerto de Coquimbo<sup>127</sup>.

<sup>126</sup> CAVIERES, Eduardo: *La Serena en el siglo XVIII. Las dimensiones del poder local en una sociedad regional*. Ediciones universitarias de Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1993. pp. 20-21

<sup>127</sup> CAVIERES, Eduardo: *La Serena en el siglo XVIII. Las dimensiones del poder local en una sociedad regional*. op. cit. p. 21

### 3.3.2 Despliegue de la estructura de dominio espacial por el paisaje rural

Según avanzaba la colonización se fue reduciendo la diferencia dimensional entre los territorios despoblados y los paisajes referenciados por la geometría cartesiana porque el plano cuadrículado, con su orden regular que se oponía al orden complejo de la naturaleza, se repetía en cada asentamiento. Además, los contrastes entre los espacios culturales –ciudades y haciendas– y espacios naturales disminuyeron con la implantación de formas ortogonales y líneas rectas –campos cultivados y ejes de caminos– que se desplegaban sobre diversos paisajes, incluso de aquellos distantes a las ciudades; por otra parte, la naturaleza era integrada a las estructuras urbanas mediante huertos, alamedas y calles arboladas que reiteraban el orden ortogonal.

La continuidad morfológica entre las ciudades y el paisaje también se apoyaba en la existencia de las haciendas que, a pesar de ser enclaves autónomos de producción agrícola, mantenían relaciones funcionales con los centros urbanos. Por otra parte, las haciendas eran sistemas ortogonales de ocupación del territorio que permitieron introducir el orden propio de las ciudades hasta los lejanos paisajes rurales.

Góngora y Borde señalan que desde el inicio de la colonización de la región chilena, los españoles se asentaron en ciudades y concentraron su interés económico en las explotaciones auríferas. El cultivo del trigo y otras especies alimenticias de origen europeo para la subsistencia de las ciudades se realizaba en chacras suburbanas; sin embargo, pronto surgió la necesidad de contar con estancias para criar caballos, esenciales por la guerra de Arauco. La importancia de las estancias ganaderas se reafirmó con la crianza de otros ganados europeos. Ambos autores indican que las tierras ocupadas en primer lugar eran aquellas que los encomenderos se reservaron dentro de los pueblos de indios, donde había mano de obra masiva y terrenos de fácil explotación. Esta circunstancia fue decisiva para el asentamiento indígena en los valles centrales –donde, al inicio de la conquista, practicaban el cultivo del maíz y más al sur, de la papa– y de los españoles que fueron ocupando las mejores tierras indígenas para desarrollar la ganadería o la agricultura. En ocasiones, los indígenas fueron casi enteramente desarraigados, no sólo para hacer sitio a las explotaciones de sus encomenderos, sino para ser trasladados a lugares cercanos a las minas<sup>128</sup>.

De acuerdo a Góngora y Borde, la encomienda se transformó, efectivamente, en un instrumento de colonización territorial porque fueron los encomenderos quienes, al inicio de la dominación española, se establecieron entre los indígenas del grupo que se les había confiado aunque la encomienda no proporcionaba un derecho sobre las tierras porque el título normal para su ocupación era la merced y no la encomienda; pero los encomenderos, a menudo, pidieron y obtuvieron mercedes de tierra junto al pueblo de sus indios encomendados<sup>129</sup>.

Las enormes dimensiones de las estancias ganaderas y haciendas puede explicarse porque, en el contexto de la colonización, Chile se caracterizaba por una repartición más liberal de las tierras y representó, dentro del sistema de dominación española, un tipo de gobernación militar que se distanció del control administrativo virreinal. Su condición de territorio en guerra, impuso soberanamente las necesidades de la conquista por sobre otras consideraciones y el gobierno colonial debió apoyarse en los vecinos, particularmente en los encomenderos y luego en los propietarios de las haciendas, quienes sostuvieron en buena parte, la guerra durante el siglo XVI<sup>130</sup>.

<sup>128</sup> BORDE, Jean y GÓNGORA Mario: *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue*. Tomo I Instituto de Sociología. Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1956. p. 29

<sup>129</sup> Hubo mercedes de tierra en solares dentro de la ciudad o chacras adyacentes, mercedes de labranza y estancia de ganados y mercedes de pequeños sitios para construir molinos o trapiches. BORDE, Jean y GÓNGORA Mario: *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue*. op.cit. pp. 29-30

<sup>130</sup> BORDE, Jean y GÓNGORA Mario: *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue*. op.cit. pp. 31-32



El contexto en que se desarrolló la economía agrícola de Chile fue verdaderamente difícil porque, según explica Mellafe, aunque existían grandes extensiones de tierra, fáciles de conseguir gratuitamente; también había escasez de capitales, mercados, implementos y mano de obra. La sublevación del año 1598 y la fijación de una línea de frontera permanente a lo largo del río Bio Bio, disminuyeron la fuerza del trabajo indígena –de unos 550.000 indios aproximadamente- a la mitad. Otra complejidad se relacionaba con la crisis económica que generó el terremoto de Santiago de 1647 cuando, además de los costos ocasionados por la destrucción material de la ciudad, se dejó de otorgar préstamos a interés por la suspensión del servicio de deudas y la falta de bienes urbanos inmuebles para servir de garantías hipotecarias. Esta crisis, desatada a mediados del siglo XVII, se encadenó con otras que, en diferentes años y regiones, se presentaron en el sur del Virreinato del Perú<sup>131</sup>.

Pese a los problemas descritos, las grandes haciendas -del valle central y territorios al norte de Santiago- se fueron consolidando por la urgencia de proveer al ejército y sostener la exportación lentamente creciente de vinos, carnes ahumadas, cereales, cueros, frutas secas y sebo al Perú. El mercado interno, exceptuando al ejército, en el XVII era casi nulo. En estas circunstancias era difícil que surgiera una economía agraria que no fuese ganadera. Además de las razones expuestas, durante el siglo XVII, en el valle central imperaba un clima bélico constante y la sublevación del año 1655 llegó a afectar hasta los territorios al norte del río Maule. Por otra parte, la mano de obra que podía conseguirse en el sur de Chile, por razones culturales, no era apropiada porque los indígenas aun cuando eran buenos peones montados y vaqueros no mostraban inclinaciones para las labores de cultivo<sup>132</sup>.

La segunda circunstancia que influyó en el desarrollo de las haciendas tiene relación con el contexto histórico generado por la guerra de Arauco. Chile fue considerado por el Virrey del Perú y el Consejo de Indias, como colonia de frontera, no sólo por la acción de los indígenas sino también de otras potencias europeas. Mellafe explica que Chile era una provincia donde las urgencias bélicas justificaban la permanencia española a costa de cualquier tipo de relaciones con los indígenas o modalidad de asentamiento. Por tal motivo –para apoyar a los hacendados- inclusive se aceptó el incumplimiento de políticas de orden general impartidas para todas las posesiones coloniales<sup>133</sup>. Mellafe<sup>134</sup> indica que ante la falta de mano de obra para las haciendas y puesto que Chile era una **frontera de guerra permanente**, se aceptó la esclavitud de los indios rebelados, desde antes de la sublevación de 1598. Una pequeña parte de estos esclavos indígenas se exportó a Lima, pero la mayoría fue ubicada en las haciendas que se extendían desde Chillan al norte<sup>135</sup>.

<sup>131</sup> MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. Cuadernos de Historia 1. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile. Santiago, 1981. p. 93

<sup>132</sup> MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit pp. 93-94

<sup>133</sup> Hacendados con encomiendas de indios alrededor de Santiago, los trasladaron como cultivadores y productores artesanales a los extensos y vacíos territorios del sur. GONGORA, Mario: *Orígenes de los "inquilinos" de Chile Central*, Santiago, 1960, p. 27. En el traslado de indios de encomienda a tierras privadas, los hacendados tuvieron a su favor algunas circunstancias: en Chile no había comunidades indígenas agrarias, como las peruanas, que pudieran ofrecer resistencia en defensa de sus tierras y pueblos. Las que había desde el río Maule al norte -formadas por influencia incaica- desaparecieron en los primeros decenios de la conquista. Los gobernantes no tuvieron pues, la ayuda de los mismos indios para aplicar una posible legislación protectora, como ocurrió en Perú y México. MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. pp. 94-95

<sup>134</sup> La esclavitud negra no fue solución a la falta de fuerza de trabajo de la economía agraria surgente en Chile por su alto costo y porque no convenía a la política económica de la Corona. MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. p. 95

<sup>135</sup> Por el año 1700 la fuerza de trabajo indígena en las haciendas muestra que en el partido de Itata, el 33% eran esclavos y un 7,9% figuraba en el status no muy claro de "indios de servicio". En el de Colchagua los esclavos indios representaban el 8,1% del total de trabajadores agrícolas y las formas de semiesclavitud era de un 7,9%. Estas categorías de indios labradores recibían, en general, buen trato, junto con algún tipo de participación en las fuentes productivas, como tierras en pequeños lotes, ganado menor, semillas, etc., constituían el estrato más bajo del conjunto humano de la hacienda. MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. p. 96

Según Mellafe, se puede decir sin exagerar, que el latifundio –grandes haciendas- absorbió a la población rural -puertas adentro- en el espacio de un siglo, dando a Chile un particular paisaje humano. Todos los testimonios de la época coinciden en que hasta avanzado el siglo XVIII, la región chilena era, con la excepción de unas pocas ciudades, un yermo extendido desde el desierto del norte hasta la frontera en el río Bío Bío y se podía cabalgar 20 o 30 leguas -más de un día- sin encontrar más que una aldehuela de 8 a 12 casas, que eran los habitantes de una hacienda. En las inmediaciones de la cordillera, de vez en cuando, se podía encontrar algún trapiche con indios trabajando; en los valles alguna casa señorial con bodegas y corrales; y en la costa, separadas por grandes trechos, a pequeñas comunidades de pescadores compuestas por 6 a 8 grupos familiares<sup>136</sup>.

Las familias que vivían en las haciendas se ubicaron de acuerdo con las necesidades de las labores del campo. Un pequeño porcentaje de ellas vivían en las casas y las instalaciones patronales -que en los conjuntos importantes solían incluir curtiembre y molinos- y el resto se repartía por lugares estratégicos de la propiedad, a menudo distribuida en espacios de 12 a 15 cuadradas. Otras familias se asentaron en los límites de las haciendas, en las aguadas y pastadas, en las cañadas internas de trashumancia, junto a los plantíos o las pampas de cultivos cerealeros. La población campesina no formó por estos años verdaderos pueblos en la hacienda<sup>137</sup>.

En esta débil ocupación del territorio, las haciendas simbolizaban la expresión física del dominio y la posesión de extensas superficies de terrenos en espacios distantes de las ciudades; de igual modo, fortalecían la institución de la encomienda porque, junto con las tierras, se entregaban al encomendero indígenas para trabajarlas. De este modo, la encomienda también apoyaba la evangelización -otra expresión de la conquista- porque los encomenderos, a cambio del trabajo en sus tierras, estaban comprometidos a evangelizar a los indígenas que le habían sido encomendados.

Las haciendas, por el alto desarrollo económico y dimensional que alcanzaron, eran fundamentales para colonizar los valles, especialmente en la zona central. Existen documentos cartográficos que informan sobre la existencia de numerosas haciendas completando la colonización y el dominio del territorio entre ciudades. Al respecto, Mario Góngora destaca un dibujo<sup>138</sup> de 1617 donde se describe el territorio ubicado entre los ríos Maipo y Cachapoal y las laderas orientales de la cordillera de la Costa, que medía 28.000 km<sup>2</sup> de superficie, donde sólo había siete pueblos de indios y 54 haciendas<sup>139</sup>.

Por otra parte, la disposición ortogonal de las haciendas que se expresa en la forma y distribución de las casas y otras construcciones, en las líneas de división predial y en las delimitaciones de viñas y los campos de cultivo multiplicaba la ordenación de la conquista al insertar la geometría cartesiana por territorios extensos y distantes.

Las haciendas chilenas se organizaban en base a patios cuadrados, alrededor de los cuales se ubicaban las habitaciones conectadas por corredores, imitando un modelo de vivienda rural, idéntico al utilizado en otras regiones de América y cuyas raíces históricas se remontan a la *domus* romana. La aparente simplicidad morfológica y funcional de los conjuntos rurales fueron resultado de un modelo de asentamiento que se fue perfeccionando durante siglos en Europa y se trasladó al Nuevo Mundo, donde se repitió desde México a Chile, sin variaciones sustantivas.

<sup>136</sup> MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. pp. 96-97

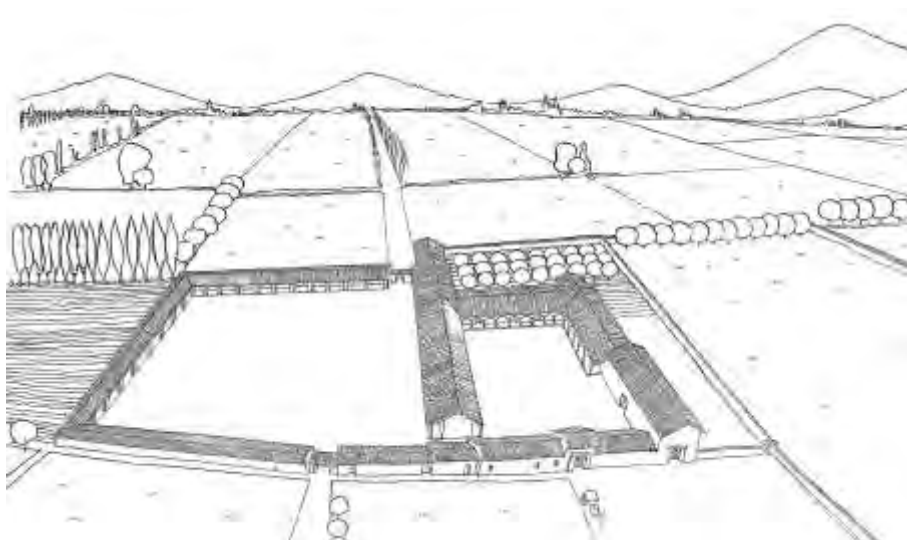
<sup>137</sup> MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. p. 97

<sup>138</sup> Archivo de la Real Audiencia. Volumen 2.845. El dato es proporcionado por CUNILL, Pedro: *Fuentes cartográficas en la génesis de los tipos de poblamiento chileno siglos XVI al XVIII*. op.cit. p. 152

<sup>139</sup> GONGORA, Mario: *Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile, después de la conquista. 1580-1660*. Santiago, 1970.

Aun cuando en Chile, el modelo de vivienda rural es conocido como *casa chilena*, en realidad fue una aplicación heredada de la vivienda mediterránea en torno a patios, cuyos principales elementos reflejan un proceso selectivo que llegó al país tras una larga experimentación. Las diferencias morfológicas entre la hacienda colonial y sus precedentes históricos no son relevantes porque nunca se alteró el orden básico; no obstante, como observa Téllez<sup>140</sup>, la aparente simplicidad de la hacienda colonial es engañosa porque eran formas que se iban adaptando y depurando hasta lograr una óptima correlación entre espacio y función, entre la vida familiar y las actividades productivas, entre el trabajo y el hogar, entre la arquitectura y el paisaje.

En las haciendas se estableció una relación directa con el paisaje pero, a la vez, se protegía la intimidad de la familia en el interior del conjunto. La distribución de los espacios permitía organizar las actividades y los distintos recintos a partir de patios que articulaban diferentes funciones. La estructura espacial, simple y potente de las haciendas, de modo similar a las ciudades coloniales, podía aplicarse en distintos lugares; por esto, contribuyó a extender y consolidar el dominio físico y cultural de diferentes territorios. El modelo básico de la hacienda –que se reconoce tanto en la vivienda organizada alrededor de un patio como en los complejos conjuntos rurales de varios patios– representaba el dominio del espacio a partir del orden geométrico.



**Proyección de la hacienda Peldehue por el paisaje**

Dibujo de Romolo Trebbi del Trevigiano. 1980<sup>141</sup>

Los conjuntos rurales se componían de volúmenes ortogonales dispuestos alrededor de patios configurando una estructura de ocupación que podía crecer, mediante la agregación de nuevas unidades, para responder a la demanda de espacios y acoger nuevas actividades. La posibilidad de ampliar a las haciendas según las necesidades del programa generaba otra similitud con el modelo clásico de ciudad colonial, cuya estructura cuadricular también tenía potencial para extenderse indefinidamente.

Las haciendas mexicanas, peruanas o chilenas eran semejantes porque expresaban una misma intención de dominio; en conjunto, corroboraban la idea de pertenencia a una estructura de ocupación que identificaba a todos los asentamientos rurales a través del continente. Las variaciones en el tamaño y la distribución de los distintos espacios reflejaban la adaptación dinámica del modelo básico a las necesidades de un programa flexible.

<sup>140</sup> TELLEZ, Germán: *Crítica e Imagen*. Editorial Escala. Colección Arquitectura. Bogotá. pp. 21-24

<sup>141</sup> TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. op.cit. p.66

Una característica subrayada por Germán Téllez<sup>142</sup> era la diversidad de relaciones que se establecían entre las haciendas y el paisaje circundante porque la posición de los conjuntos variaba de acuerdo al relieve del terreno, la presencia de cursos de agua o la búsqueda del dominio visual sobre el territorio; sin embargo, en todos los ejemplos se mantenía la continuidad espacial con el entorno mediante jardines que se integraban al ambiente natural y por las relaciones visuales hacia el paisaje rural a través de los corredores, balcones y ventanas.

En los primeros decenios del siglo XVIII en Chile comienzan a producirse fenómenos nuevos y un cambio en la intensidad de los conocidos. Los más relevantes fueron el incremento de la población, la apertura constante del mercado triguero peruano, la importancia creciente de la economía minera en las zonas central y norte y las reformas de las estructuras de producción. A partir de mediados del siglo XVII, la población creció en forma moderada pero constante y las haciendas, con márgenes reducidos de utilidad, no pudieron amparar y absorber permanentemente los saldos demográficos que cada año eran más abultados. Mellafe explica que los hacendados empezaron a expulsar los sobrantes de población –sólo parcialmente empleados en las minas- que comenzaron a emigrar a ciudades y pueblos de indios o empezaron **espontáneamente** a formar comunidades de pescadores y grupos de rancheritos que presionaban sobre los contornos y entradas de las haciendas<sup>143</sup>.

La única solución al problema -compartida por el gobierno, la iglesia y hacendados- era la fundación de ciudades para absorber a la población y proporcionar una base urbana de apoyo a los nuevos servicios que la agricultura y la minería requerían. La fundación de Quillota y la creación de la Junta de Poblaciones se inscriben en este contexto. La mayoría de los hacendados ayudaron al proceso de fundaciones para resolver el problema. No obstante, como la fundación de ciudades escapó de su control, terminaron por oponerse encarnizadamente<sup>144</sup>. Una prueba esta actitud es que algunos hacendados incluso cuando habían ayudado a la creación de ciudades, nunca edificaron casa en ellas; otros, teniéndola, no vivían más de uno o dos meses seguidos en los núcleos recién fundados, de modo que, como se decía en la época, las ciudades parecían despobladas<sup>145</sup>.

San Felipe El Real es un ejemplo de este proceso porque la ciudad se fundó en 1740 con una distribución de solares que benefició a 228 personas, donde el porcentaje mayor eran hacendados y campesinos de la propia jurisdicción o de valles cercanos. En 1744, sólo treinta y cinco –apenas el 14,7%- de estos primeros vecinos habían edificado sus casas y vivían en la ciudad; otros treinta y seis estaban trabajando sus solares para instalarse en ellos. El año 1747, tras una nueva revisión, algunos vecinos que habían recibido cuatro solares perdieron dos o tres por no tener algún adelanto en sus sitios; otros que tenían asentadas a sus familias en el solar que recibieron originalmente solicitaron dos solares vacíos más para cultivarlos, lo que fue aceptado por la autoridad. Esta circunstancia explica porque algunas ciudades persistían escasamente ocupadas o tenían carácter de enclaves rurales<sup>146</sup>.

<sup>142</sup> TELLEZ, Germán: *Crítica e Imagen*. op. cit. p.25

<sup>143</sup> San Felipe se fundó en 1740 con la aprobación y ayuda de 34 hacendados de la región, San Javier de Loncomilla en el año 1755 por 43 hacendados, Parral en 1788 por 18 y Linares en 1795 por 86. MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. p. 98

<sup>144</sup> El año 1755, el Cabildo de Santiago, dominado por los hacendados, envió una carta acusando al gobernador Domingo Ortiz de Rozas, Conde de Poblaciones, de fundar ciudades para recibir honores y que pueblos como Los Ángeles y Tutubén se crearon con métodos francamente compulsivos; La Ligua, Longotoma, Illapel, Choapa han conseguido categorías de Villas sólo porque convienen a sus labores, agregando que, de este modo, se acaban los campesinos e inquilinos. MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. p. 98

<sup>145</sup> MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. p. 99

<sup>146</sup> CAVIEDES, Eduardo: *Vecinos y solares en los comienzos de San Felipe (1740-1750)*. Introducción a ESPEJO, Juan Luis: *Solares y casas de la villa de San Felipe El Real*. Serie Nuevo Mundo: Cinco siglos N°2. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación; Universidad de Chile; Santiago 1988. pp. 12-19

### 3.3.3 Proporciones de las haciendas y su predominio territorial

El tamaño de las haciendas estaba relacionado con la importancia del encomendero, su actividad agrícola y la calidad de las tierras; por esta última razón, los conjuntos mayores predominaron en los fértiles valles de la zona central. Aunque en Chile no había recursos naturales comparables a los que sustentaban los grandes complejos que surgieron en regiones productoras de azúcar o café, algunas haciendas chilenas crecieron hasta alcanzar superficies que superaban a las ciudades. En el plano de la hacienda de Rosa de Ahumada -realizado por Santiago de Oñederra- se muestra a la villa San Rafael de Rozas perdiéndose en la enorme extensión de la hacienda, adonde fue trasladada desde su primitivo sitio en Illapel<sup>147</sup>. La explicación posible es que las proporciones de las haciendas eran concordantes con la extensión del territorio y amplitud de las unidades administrativas.

Mario Sartor subraya esta cualidad cuando describe a las comarcas mexicanas como territorios que podían abarcar superficies tan grandes como el reino de Castilla<sup>148</sup>. Otro ejemplo es la estancia jesuita en el pago de Areco, que probablemente fue una de las más extensas del territorio de Río de La Plata. En el momento de la expulsión de la Orden tenía quince leguas de frente y seis de fondo -equivalentes a 225.000 has-, 42.500 cabezas de ganado vacuno y más de 4.000 mulas<sup>149</sup>.

Las agrupaciones de casas, patios y bodegas -que formaban el núcleo básico de las haciendas- también tenían proporciones impresionantes y, según Guarda, algunas casas patronales chilenas alcanzaron tales dimensiones que es difícil encontrar en el continente casos similares<sup>150</sup>.

La hacienda chilena era la unidad básica y fundamental de la producción ganadera y agrícola, especialmente de trigo y vino, cuya comercialización tuvo los rendimientos más elevados en el siglo XVIII; por esto, las haciendas alcanzan su mayor progreso en esa época y corresponden a aquellas donde las actividades triguera y vitivinícola obtuvieron los mayores niveles de desarrollo. Se destacaban las propiedades de los jesuitas por sus enormes tamaños y forma de trabajo basada en la combinación de actividades agrícolas, artesanales y funciones eclesiásticas porque, además de ser residencia rural y centro productivo, servían como noviciados o casas de ejercicios.

La Punta, uno de los mayores complejos jesuitas, en 1767 abarcaba más de catorce mil cuerdas<sup>151</sup>. Se estableció en Renca, al norte de Santiago del Nuevo Extremo, y fue reconstruida tras el terremoto de 1647 que dañó gravemente sus edificaciones. Las obras de recuperación consistieron en la reparación de los inmuebles afectados y la construcción de varios recintos: capilla, claustro, oficinas, habitaciones para los monjes encargados de la administración de la hacienda, habitaciones para albergar a los jesuitas que acudían a La Punta en sus períodos de descanso y una bodega de gran tamaño para almacenar la producción de las viñas.

Benavides<sup>152</sup> dice que la hacienda La Punta se distinguía por su capilla alzada frente a una plaza, cuya proporción -cien metros por lado- era idéntica a las medidas de la plaza mayor de una ciudad; en los costados de la plaza se construyeron viviendas

<sup>147</sup> El plano se muestra en el punto 3.1.4 Relaciones proporcionales entre la ciudad y el ejido

<sup>148</sup> SARTOR, Mario: *La città e la conquista*. op.cit.. p.4

<sup>149</sup> OLIVERO Sandra: *Producción y mano de obra en las haciendas jesuíticas del Buenos Aires colonial: La Chacarita y Las Conchas en el siglo XVIII*. Anuario de Estudios Americanos Nº 69, Publicación periódica de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla (CSIC). Sevilla 2012. p.633. Los antecedentes respecto a dimensión y bienes de la hacienda fueron obtenidos por Sandra Olivero del Archivo General de la Nación (AGN), IX, 7-3-7, Colegio de San Ignacio.

<sup>150</sup> GUARDA, Gabriel: *La ciudad chilena del siglo XVIII*. op. cit. p. 14

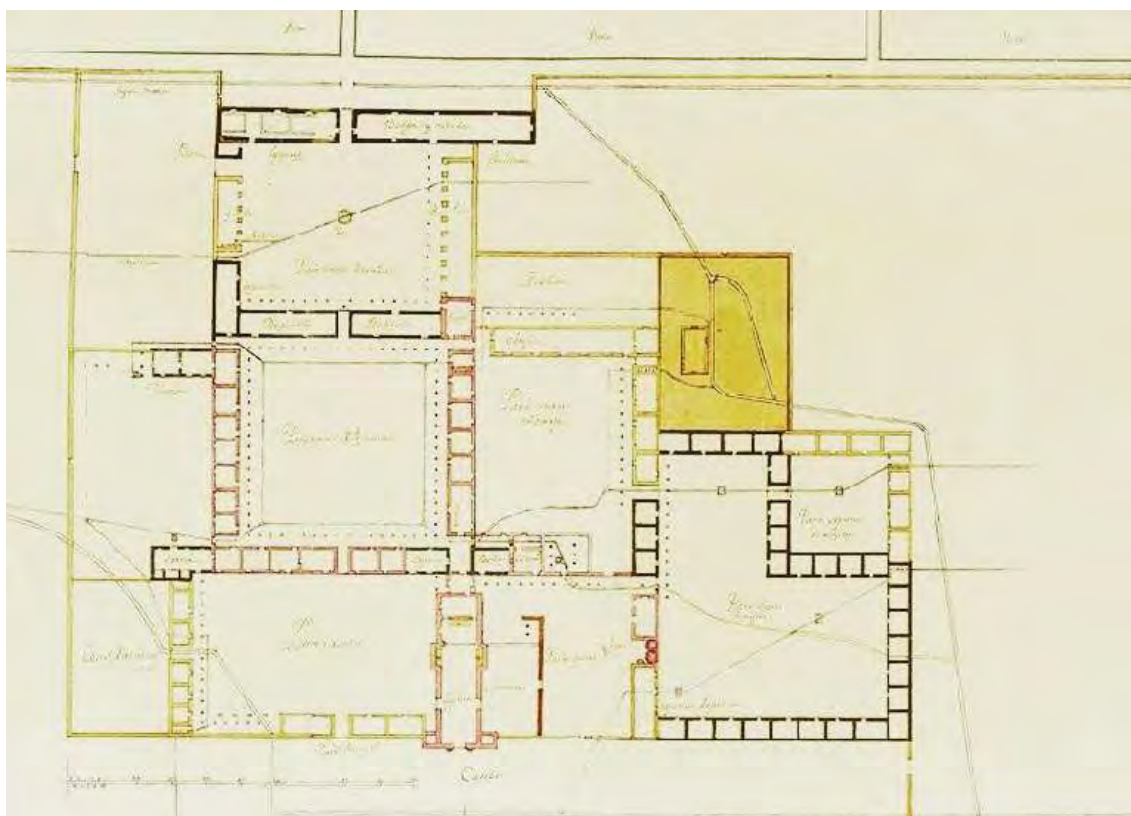
<sup>151</sup> Una cuadra mide 120 m por lado y equivale a 14.400 m<sup>2</sup> de superficie

<sup>152</sup> BENAVIDES, Alfredo: *La arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile*. op.cit. p.225

de empleados y trabajadores. El patio principal de 50X48 m -equivalente a un solar urbano- contenía un jardín con naranjos, jazmines y magnolias, circundado por un corredor que comunicaba a las habitaciones principales. La hacienda se organizaba en una secuencia de espacios ortogonales donde, después de la plaza, se sucedían el patio, una huerta y el corral. Según Benavides<sup>153</sup>, esta hacienda sirvió de modelo para las posteriores que construyeron los encomenderos.

Calera de Tango, la más famosa de las haciendas jesuitas, fue construida en 1724 por monjes de origen bávaro y, como La Punta, ocupaba tierras cercanas a Santiago del Nuevo Extremo, en dirección poniente. Su primera expansión, en el año 1748, incluyó casas y talleres de fundición, relojería, platería, mueblería, hilandería.

Un plano del año 1767 muestra el conjunto ortogonal organizado alrededor de once patios -cuadrados o rectangulares- que ordenaban jerárquicamente las actividades en diferentes recorridos. La secuencia más importante comprendía al patio principal -señalado en el plano como patio primero- que conectaba con el acceso y la iglesia; alrededor del segundo patio -patio de los aposentos- se ordenaban las celdas de los monjes, el refectorio y sala capitular; en torno al tercero -patio de la ramada- que servía de acceso a las viñas, se disponían despensas, bodegas y lagares. Cada patio medía aproximadamente 50 m por lado y las casas tenían 200 m de frente. En el cuarto -patio de los obrajes- se confeccionaban paños; en el quinto convergían las cocinas, los hornos de amasar y la puerta de acceso al cementerio adyacente a la iglesia. El sexto -patio de sirvientes y negros- era utilizado por los trabajadores de la hacienda y sus familias, el séptimo se destinó a las recogidas, el octavo contenía el corral de animales, alrededor del noveno patio funcionaba el taller de platería, el décimo era el patio del batanero y en el undécimo estaba la arboleda y el gallinero.



**Planta de la hacienda Calera de Tango**

Plano anónimo de 1767<sup>154</sup>

<sup>153</sup> BENAVIDES, Alfredo: *La arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile*. op.cit. p.226

<sup>154</sup> Archivo Nacional de Chile. Archivo de los Jesuitas. Volumen 2.



El orden jerárquico permitía organizar distintas funciones y actividades y separar a los monjes de otros residentes de la hacienda. De modo semejante, la continuidad de los tres patios principales -comunicados por un eje central en sentido norte-sur-, según indica Benavides<sup>155</sup>, admitía una visión en perspectiva desde la entrada hasta el patio de ramadas y viñas, manteniendo, al mismo tiempo, la privacidad de cada recinto. El plano de Calera de Tango del año 1767 también muestra la red acequias que atravesaba a los patios, jardines, corrales y viñas a través de un recorrido que refleja la jerarquía de cada recinto y destacaba al patio destinado a los aposentos de los monjes como el único que disponía de un circuito de agua completo.

Las haciendas de los jesuitas fueron centros productivos y evangelizadores pues sus talleres eran lugares de trabajo y enseñanza. Asimismo, contribuyeron activamente a la colonización de los territorios rurales porque junto a ellas se originaron pueblos de indios y villorrios, aportaron nuevas tecnologías para construir sistemas de riego y perfeccionar la agricultura y, finalmente, la distribución de sus productos agrícolas o artesanales influyó en la construcción y el mejoramiento de caminos.

Benavides indica que durante el siglo XVIII, en la consolidación agraria de los valles centrales intervinieron distintas circunstancias. Una fue la crisis alimenticia que se desató en Perú y la consiguiente demanda de trigo, lo que precipitó el proceso de ocupación de los valles que se despliegan entre Concepción -ribera norte del río Bío Bío- y Santiago del Nuevo Extremo a través de la reactivación y consolidación de los conjuntos rurales que se habían creado en el siglo XVII. La reactivación de grandes propiedades afectó la ocupación relativamente homogénea del territorio debido a la aparición de haciendas que enlazaban a las parroquias y caseríos, compitiendo con las ciudades. Esta circunstancia obligó a los gobernadores a promover un enérgico programa de fundación de nuevas ciudades en la zona central<sup>156</sup>.

Varias haciendas debían su crecimiento al monopolio de los productos generados en ellas, cuyo comercio llegó a ser controlado por los hacendados. En la Ordenanza de Pobladores, redactada por la Junta de Poblaciones en 1745, se estipulaba la libertad y franquicias para los comerciantes que se instalaran en las nuevas ciudades. Estas fueron aprovechadas por hacendados, que también formaban parte de los **primeros pobladores** de las villas y, además, disponían de especies para vender y créditos de los mercaderes que, desde las ciudades, importaban sus productos. La mayor parte de los pequeños comerciantes establecidos en las nuevas fundaciones acabaron por abastecerse en las haciendas que las rodeaban, y los hacendados -incluso aquellos que no vivían en las villas- instalaban sus tiendas en ellas, con encargados que los representaban. La situación llegó a tales extremos de abuso que los pobladores de las ciudades tenían que ir a las haciendas para abastecerse de alimentos, velas y telas. El monopolio era absoluto, incluso los cobradores del diezmo no encontraban arrieros para trasladar las mercaderías de sus cobranzas a Santiago o Valparaíso, sin la anuencia de los cosecheros<sup>157</sup>.

<sup>155</sup> BENAVIDES, Alfredo: *La arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile*. op. cit pp. 226-227

<sup>156</sup> BENAVIDES, Alfredo: *La arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile*. op. cit p. 223

<sup>157</sup> MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. p. 104  
Pocas veces los aldeanos pudieron juntarse y formular quejas al gobierno central sobre los abusos de los latifundistas en materia de comercio y ocurrió de vez en cuando. Por ejemplo, lo hicieron en 1789 los pobladores de San Fernando, a través de un procurador, cuyas gestiones motivaron la visita de un fiscal de la Real Audiencia de Santiago que tomó declaraciones en el Cabildo a los habitantes de la ciudad. Se desprende de estas declaraciones que los Corregidores y el Cabildo eran culpables de mantener a San Fernando y otros pueblos de la zona en un estado calamitoso y a la vez monopólico del comercio, al ser ejecutantes de los intereses de los terratenientes de Colchagua y de sus delegados comerciales. MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. op.cit. p. 104

### 3.4 Dimensiones de la ciudad colonial y sus elementos

Al analizar la documentación histórica se observa que el tamaño de las ciudades fue un aspecto relevante desde el comienzo del proceso de urbanización colonial. Las primeras referencias a este tema se encuentran en las cartas de Pedro de Valdivia, donde el capitán español describe en detalle las dimensiones del cerco de Santiago del Nuevo Extremo, señalando que debió actuar como un *jumétrico*<sup>158</sup> para trazar la ciudad.

*... determiné hacer un cercado de estado y medio en alto, de mil y seiscientos pies en cuadro, que llevó doscientos mil adobes de a vara de largo y un palmo de alto*<sup>159</sup>...

Este dato permite deducir que el núcleo fundacional de Santiago tenía un contorno de 1300 m por lado<sup>160</sup> -equivalentes aproximadamente a una cuadrícula de 10X11 manzanas- con la central reservada para la plaza. Según Armando de Ramón<sup>161</sup> la planta de Santiago se componía de manzanas de 138 varas por lado, dejando 150 varas desde el eje de una calle hasta la siguiente<sup>162</sup>; explica que el trazado original comprendía nueve calles en dirección este a oeste -seis atravesaban toda la planta- y otras quince se disponían de norte sur, formando un total de 126 manzanas, no todas cuadradas pues las que estaban próximas al río Mapocho o La Cañada tenían forma trapezoidal para adaptarse a los cursos de agua.

González de Nájera, que conoció Santiago sesenta años después de su fundación<sup>163</sup>, dice que había unas trescientas casas; esta cantidad duplicaba a Concepción -que a la fecha tenía 150 casas- y triplicaba a Santiago de Castro donde existían unas 100 casas<sup>164</sup>. Las diferencias descritas también se expresan en la cartografía histórica; según el plano de 1643, Santiago de Castro comprendía 16 manzanas -con la mitad de ellas conformadas- y la planta de Concepción, de acuerdo al plano elaborado por Frezier en 1713, tenía 32 manzanas, con 21 de ellas en proceso de consolidación. Según el plano de Santiago del Nuevo Extremo -elaborado en 1713 por Frezier- la ciudad comprendía 122 manzanas. Esta cantidad se aproxima a las 126 manzanas completas que según Armando de Ramón tenía la primera planta de Santiago.

Debe considerarse que las dimensiones originales de Santiago del Nuevo Extremo posiblemente se habían incrementado a comienzos del siglo XVII con la llegada de nuevos pobladores procedentes de las siete ciudades que habían sido destruidas en el levantamiento indígena de 1598; por lo tanto, la ciudad debió experimentar un fuerte aumento de población que, posiblemente, influyó en la ampliación del núcleo fundacional.

<sup>158</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.41. Valdivia utiliza el término *jumétrico* para referirse a una persona capaz de calcular superficies.

<sup>159</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.32

<sup>160</sup> Equivale a 5.330 m en cuadro considerando que un pie corresponde aproximadamente a 0.30m

<sup>161</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p.17

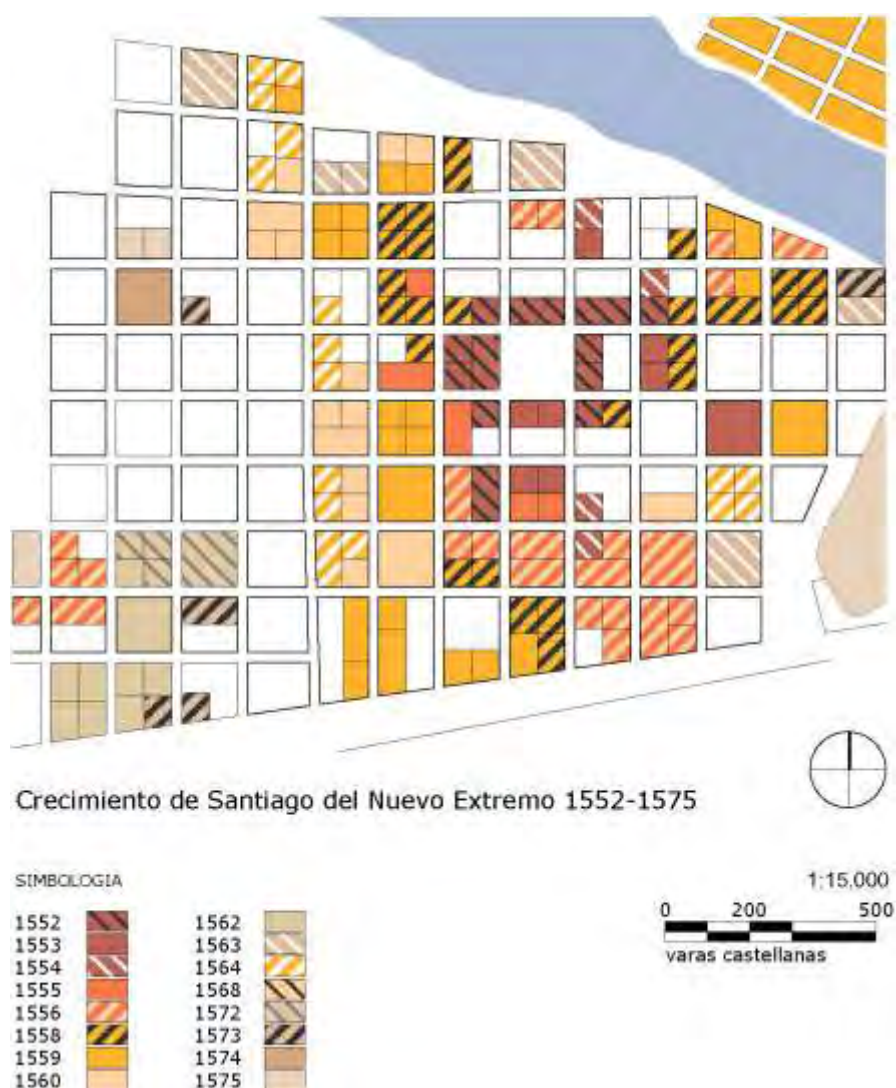
<sup>162</sup> Frezier explica que las manzanas de Santiago tenían 150 varas por lado, equivalentes a sesenta y cuatro toesas, iguales a las de Lima. FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.98 Significa que la cuadrícula estaría dividida en manzanas de 125.39 m por lado. Según el antecedente proporcionado por Armando de Ramón las manzanas de Santiago median 115.35 m. Una posibilidad es que Frezier haya considerado como referencia al eje de la calle, en cuyo caso la medida que proporciona coincide con la de Armando de Ramón

<sup>163</sup> González de Nájera salió desde Lisboa hacia Chile en noviembre del año 1600, llegó a Mendoza en mayo del año siguiente, donde debió esperar cinco meses porque la nieve hacía imposible el tránsito por la cordillera para cruzar a Santiago, donde arribó en octubre de 1601. GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. Introducción pp.IX-X

<sup>164</sup> GONZALEZ DE NAJERA: Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. op. cit. Introducción pp.11-13

Otro antecedente que permite analizar el tamaño de Santiago es el plano levantado por el historiador Tomás Thayer Ojeda para representar el crecimiento de la ciudad hasta 1573. El dibujo consta de 99 manzanas -con 31 desocupadas- sin considerar las existentes en la ribera norte del río Mapocho. El documento muestra la situación anterior a la destrucción de las ciudades del sur en 1598; por lo tanto el desarrollo urbano de Santiago del Nuevo Extremo aún no reflejaba el aumento de su población como consecuencia de la guerra de Arauco.

El plano informa sobre la concentración de manzanas edificadas en el área central y la pérdida creciente de densidad en la periferia, especialmente del sector poniente, donde predominan las manzanas sin ocupar. Una característica del crecimiento de Santiago era la tendencia a ocupar los terrenos más cercanos a La Cañada, eje que limitaba el contorno de la cuadrícula por el costado sur y originaba -por su posición diagonal respecto a las líneas de la trama- manzanas más extendidas.



### Plano de crecimiento de Santiago en el siglo XVI

Fuente: Croquis de la ciudad de Santiago durante el siglo XVI con indicaciones para el estudio de la constitución de la propiedad elaborado por Tomás Thayer Ojeda<sup>165</sup>

<sup>165</sup> THAYER OJEDA Tomás. *Santiago durante el siglo XVI. Constitución de la propiedad urbana i noticias biográficas de sus primeros pobladores*. Imprenta Cervantes Santiago de Chile. 1905. El original del plano se conserva en la Biblioteca Nacional de Chile.

### 3.4.1 Análisis de los tamaños de las ciudades coloniales

Las medidas de la ciudad colonial pueden explicarse como respuesta a la necesidad de establecer relaciones más proporcionadas con el paisaje. La experiencia espacial generada por la escala geográfica de América se complementó con el conocimiento de los monumentales conjuntos prehispánicos, cuyas medidas pudieron servir como referencias para definir el tamaño de las ciudades, en especial de aquellas fundadas después que los españoles conocieron las capitales de los imperios azteca e inca. Al respecto Ramón Gutiérrez<sup>166</sup> plantea que el fraccionamiento de la plaza del Cuzco en la época colonial permite deducir que sus dimensiones superaban la experiencia espacial española anterior y, en consecuencia, se deduce que las proporciones de las ciudades coloniales no se basaron en precedentes europeos. Según Hardoy, la plaza de Huacapata –en el Cuzco– medía 550 m de largo y 250 m de ancho; esta proporción no era excepcional porque la plaza de Huanuco Pampa medía 350 por 550 m<sup>167</sup>. Salcedo explica que con la intervención colonial –incorporando manzanas al interior de la plaza cuzqueña– el espacio inca fue dividido en tres plazas: la plaza de Armas, la plaza del Regocijo y la plaza de San Francisco<sup>168</sup>.

José Luis García Fernández<sup>169</sup> en su análisis de los modelos teóricos y planimétricos de ciudades ortogonales españolas e hispanoamericanas, concluye que, frente a las ciudades coloniales, se puede apreciar que se está en presencia de unas ciudades con características dimensionales que nada tienen en común con el tamaño de las ciudades españolas medievales o del siglo XVI. De acuerdo a los estudios de García Fernández, la parcela –elemento básico de la estructura de las ciudades coloniales– tenía superficies que superaban holgadamente a las proporciones de las principales ciudades medievales. Si se considera como antecedente a los fueros, el tamaño de las parcelas es quince veces mayor y si la referencia comparativa son los datos del repartimiento, la diferencia dimensional se reflejaba en una proporción cinco veces mayor a favor de las parcelas de las ciudades americanas<sup>170</sup>.

A continuación se analizan dos tablas elaboradas con información proporcionada por José Luis García<sup>171</sup> que contienen el registro comparado de las dimensiones de las parcelas, manzanas y anchos de calles de ciudades españolas e hispanoamericanas. Las ciudades españolas corresponden a ejemplos de fundaciones medievales y las ciudades hispanoamericanas son representativas de diferentes fases del proceso de urbanización colonial. Para las ciudades españolas que presentaban variaciones en el tamaño de parcelas y manzanas –porque no poseían un trazado regular similar a la cuadrícula americana– se consideraron las dimensiones mayores de las divisiones prediales. Cuando el ancho de calles en ciudades españolas presentaba variaciones se registró el ancho mayor; asimismo, cuando sólo era posible establecer un rango o promedio, se seleccionó la medida más importante. Estos antecedentes sirvieron de base para el análisis de las medidas de las ciudades chilenas estudiadas; las que se describen en tablas separadas.

<sup>166</sup> GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Manuales Arte Cátedra. Ediciones Cátedra, Impreso en Artes Gráficas Benzal S.A. Madrid, 1983 p. 57

<sup>167</sup> HARDOY, Jorge Enrique: *Ciudades precolombinas*. Segunda edición en español. Ediciones Infinito. Buenos Aires, 1999. pp.239 y 405.

<sup>168</sup> SALCEDO, Jaime: *El modelo urbano aplicado a la América española: su génesis y desarrollo teórico-práctico*. Publicado en Estudios sobre urbanismo hispanoamericano. Siglos XVI al XVIII. Junta de Andalucía Consejería de Cultura. Impresión. Talleres Artes Gráficas. Sevilla, 1990. pp. 28-29

<sup>169</sup> GARCIA FERNANDEZ, José Luis: *Análisis dimensional de modelos teóricos ortogonales de las ciudades españolas e hispanoamericanas desde el siglo XII al XIX*. op.cit. pp. 153-192.

<sup>170</sup> GARCIA FERNANDEZ, José Luis: *Análisis dimensional de modelos teóricos ortogonales de las ciudades españolas e hispanoamericanas desde el siglo XII al XIX*. op.cit. pp. 167-169.

<sup>171</sup> GARCIA FERNANDEZ, José Luis: *Análisis dimensional de modelos teóricos ortogonales de las ciudades españolas e hispanoamericanas desde el siglo XII al XIX*. op.cit. pp. 156-190

**Dimensiones de ciudades españolas medievales**

Fundación	Nombre ciudad	Región española	Superficie Parcelas (m <sup>2</sup> )	Superficie manzanas (m <sup>2</sup> )	Ancho de calles (m)
1312	Echarri Aranaz	Navarra	94,5	1 230	3,0
1359	Huarte Araquil	Navarra	94,5	2 734	3,0
1219	Viana	Navarra	121,8	4 425	3,0
1129	La Puebla de Arganzón	Castilla- León	129,0	6 574	3,0
1297	Durango	País Vasco	132,0	3 060	3,0
Siglo XV	Foncea	La Rioja	132,0	2 550	5,0
1300	Bilbao	País Vasco	156,0	2 240	4,0
1492	Santa Fe	Andalucía	----	4 528	
1129	Burgo de San Cernín	Pamplona	186,0	5 734	5,0
1283	Puerto de Santa María	Andalucía	255,0	6 800	----
1306	Briviesca	Castilla- León	228,0	5 136	4,5
1483	Puerto Real	Andalucía	----	5 800	4,0
1537	Mancha Real	Andalucía	419,2	7 545	8,3
1122	Puentelarreina	Navarra	480,0	7 050	5,0
1300	Mallorca	(teórica)	1 775,0	7 100	6,3

**Dimensiones de ciudades coloniales hispanoamericanas**

Fundación	Nombre ciudad	Región americana	Superficie Parcelas (m <sup>2</sup> )	Superficie manzanas (m <sup>2</sup> )	Ancho de calles (m)
1531	Lima	Perú	3 941,0	15 725,2	11,1
1566	La Palma de Nueva Granada	Colombia	3 844,0	15 376,0	10,0
1577	Córdoba	Argentina	3 757,7	15 031,0	9,8
1583	Buenos Aires	Argentina	3 422,0	13 689,0	9,2
1561	Caracas	Venezuela	3 422,0	13 689,0	9,2
1531	Puebla de Los Angeles	México	2 070,0	16 592,0	13,2
1605	S. J. Bautista de la Ribera	Argentina	1 806,0	7 225,0	10,0
1600	Concepción	México	1 747,2	6 899,0	16,7
1750-51	Horcasitas y Camargo	México	1 747,0	27 955,0	10,0
1751	Dolores	México	1 747,0	27 955,0	10,0
1747	Stgo.de Compostela de las V.	Cuba	557,8	4 475,0	6,7
1600	Portobelo	Panamá	495,0	6 159,0	7,0
1768	Manajay	Cuba	436,8	437,0	8,4
1784	San Carlos de Barrancas	México	426,0	8 509,0	10,0
1756	Santa Bárbara de Samana	S. Domingo	315,0	1 050,0	9,5
1779	Nueva Murcia	Argentina	372,9	4 475,7	8,5
1730	San Antonio	Texas	219,6	2 756,0	8,0
1780	N.S. de la Concepción	Perú	200,0	2 800,0	10,0

En las tablas anteriores se observa que las dimensiones prediales –parcelas– de las ciudades coloniales superaban claramente a las ciudades españolas. Las diferencias son indiscutibles porque la mayor ciudad española –correspondiente a la fundación navarra de Puentelarreina– tenía parcelas de 480 m<sup>2</sup>, inferiores a las de ciudades coloniales como Palma de Nueva Granada, Córdoba, San Juan Bautista de la Ribera, Caracas, Puebla de Los Angeles, Horcasitas y Camargo y Dolores. Se destacan Lima y Buenos Aires por sus parcelas de 3941 m<sup>2</sup> y 3422 m<sup>2</sup> de superficie denotando su jerarquía como capitales de los virreinos del Perú y Río de La Plata. Las ciudades americanas de Portobelo y Santiago de Compostela de las Vegas tenían parcelas de tamaño similar a las de Puentelarreina. Entre los núcleos coloniales con medidas parcelarias menores, ninguna tenía dimensiones inferiores a los núcleos navarros de Echarri Aranaz y Huarte Araquil, cuyos 94.5 m<sup>2</sup> eran duplicados hasta por la más pequeña de las ciudades coloniales analizadas: Nuestra Señora de la Concepción, fundación peruana cuyas manzanas tenían 200 m<sup>2</sup>.

Al comparar las superficies de las manzanas, las diferencias disminuyen pero siguen manteniéndose contrastes dimensionales entre varios centros coloniales y la ciudad andaluza de Mancha Real, que poseía el mayor tamaño de manzana con 7545 m<sup>2</sup>. Por la dimensión de sus manzanas sobresalen las fundaciones mexicanas de Dolores y Horcasitas y Camargo; ambas de 27.955 m<sup>2</sup>, superficie que supera 3,7 veces a las manzanas de Mancha Real. Las dimensiones de las manzanas de Lima, Puebla de Los Ángeles, La Palma y Córdoba duplican a las manzanas de la ciudad andaluza; Buenos Aires y Caracas la superan en una proporción 1,8 veces mayor. Se observa que hay ciudades coloniales similares en tamaño al ejemplo español y otras –como Concepción y Portobelo– con un tamaño 8,7% menor. La diferencia se incrementa al comparar a Mancha Real con la fundación cubana de Manajay, cuyas manzanas de apenas 437 m<sup>2</sup> eran superadas 17 veces por la ciudad española.

El ancho de calles en las ciudades españolas oscila entre 3 y 8,3 metros; predomina la primera medida en Echarri Aranaz, Huarte Araquil, Viana, La Puebla de Arganzón y Durango; sólo Mancha Real tenía calles de 8,3 m. La ciudad teórica de Mallorca poseía calles de 6,32 m de ancho. En contraste, el ancho de calles en las ciudades coloniales oscilaba entre 16,7 m de Concepción y 13,2 m en Puebla de Los Ángeles, ambas mexicanas, y los 6,7 m de ancho en las calles de Santiago de Compostela de las Vegas. Predominan los rangos entre 11,1 m y 9 m que, en orden decreciente, corresponden a Lima, La Palma de Nueva Granada, San Juan Bautista de la Ribera, Horcasitas y Camargo, Dolores, Nuestra Señora de la Concepción, San Carlos de Barrancas, Córdoba, Santa Bárbara de Samana, Buenos Aires y Caracas. Un ancho cercano al de las calles de Mancha Real presentaban Nueva Murcia y Manajay con 8,5 y 8.4 m, respectivamente. Las fundaciones americanas que tenían calles más angostas –como Santiago de Compostela de las Vegas con 6,7 m y Portobelo con 7 m– doblaban los anchos menores de las ciudades españolas.

#### Dimensiones de ciudades coloniales chilenas analizadas

Fundación	Nombre ciudad	Región chilena	Superficie Parcelas (m <sup>2</sup> )	Superficie manzanas (m <sup>2</sup> )	Ancho de calles (*) (m)
1541	Santiago del Nuevo Extremo	Valle central	3 906,0	15.625	20-12
1544	La Serena	Litoral norte	3 844,0	15.376	14-12
1550	Concepción (bahía de Penco)	Litoral centro	---	14.004	15- 11
1552	Valdivia	Litoral sur	---	12.100	9
1558	San Mateo de Osorno	Sur	4 624,0	18.496	12-11
1561	Mendoza	Prov. de Cuyo	3 025, 0	12.100	25-12
1561	San Juan de La Frontera	Prov. de Cuyo	3 025, 0	12.100	25-12
1567	Santiago de Castro	Chiloé	---	10.000	20-12
1742	San Francisco de La Selva	Norte	3 306, 0	13.225	20-12
1743	Santa Cruz de Triana	Valle central	3 306, 0	13.225	10
1744	San José de Buenavista	Valle central	3 306, 0	13.225	10
1753	Santa Bárbara de Casablanca	Valle central	---	7.225	16-12
1754	San Carlos	Valle central	2 204, 0	13.225	10
1754	Concepción (valle de la Mocha)	Valle central	2 704, 0	10.816	14-12
1754	Santo Domingo de Rosas	Valle central	840, 5	6 724	10
1755	San Rafael de Rozas	Valle central	1 764, 0	7.056	9
1756	San Juan Bautista de Hualqui	Río Bío Bío	602, 0	6.002	8
1756	Santa Bárbara	Río Bío Bío	562,8	5.628	8
1756	Nacimiento	Río Bío Bío	471,2	3.770	8
1757	San Rafael de Talcamavida	Río Bío Bío	562,8	5.628	8
1789	San Ambrosio de Vallenar	Norte	---	7.056	18-12
1791	Santa Rosa de Los Andes	Precordillera	3 025, 0	12.100	20-12

(\*) La primera medida en el ancho de las calles corresponde al cálculo según la planimetría histórica y la segunda a la medida que se estableció de acuerdo a las descripciones y cálculos recientes de los historiadores del urbanismo colonial



En las fundaciones chilenas se advierten diferencias en los tamaños de sus parcelas que fluctúan entre 4624 m<sup>2</sup> en San Mateo de Osorno y 471,2 m<sup>2</sup> en la plaza fuerte de Nacimiento. San Mateo de Osorno, Santiago del Nuevo Extremo con 3906,2 m<sup>2</sup> y La Serena con 3844 m<sup>2</sup> corresponden a fundaciones del siglo XVI. La mayoría de las ciudades que se fundan en los valles de la zona durante el siglo XVIII central tenían parcelas con dimensiones que variaban entre 3025 m<sup>2</sup> y 2704 m<sup>2</sup>. Las superficies menores corresponden a las ciudades fortificadas que integraban el eje defensivo del río Bío Bío, cuyas parcelas oscilaban entre los 602 m<sup>2</sup> de San Juan Bautista de Hualqui y los 471,2 m<sup>2</sup> de Nacimiento.

Al contrastar las dimensiones de las ciudades chilenas y españolas se advierte que las parcelas de 480 m<sup>2</sup> de Puentelarreina eran de tamaño inferior a las fundaciones chilenas, exceptuando a Nacimiento; una situación similar ocurre con Mancha Real cuyos 419,2 m<sup>2</sup> son levemente mayores a las parcelas de Nacimiento. En contraste, las dimensiones de Santiago del Nuevo Extremo, La Serena, Mendoza, San Juan de La Frontera, San Francisco de La Selva, San José de Buenavista, Santa Cruz de Triana y Concepción -en su segunda fundación en el valle de la Mocha- superaban nítidamente a las medidas de las ciudades españolas analizadas.

Al comparar los tamaños de parcelas de las ciudades chilenas con otras fundaciones coloniales las diferencias disminuyen porque las superficies parcelarias de Santiago del Nuevo Extremo y La Serena se aproximan en tamaño a las parcelas de Lima, La Palma, Córdoba, Buenos Aires y Caracas. Las parcelas de San Carlos, Concepción y San Rafael de Rozas tienen medidas similares a las de Puebla de Los Ángeles, San Juan Bautista de la Ribera, Concepción, Horcasitas y Camargo y Dolores.

La mayor parte de las ciudades coloniales chilenas tenían parcelas de proporciones cuadradas, aunque hay ejemplos de fraccionamiento diferente. San Rafael de Rozas se dividía en 317 sitios urbanos distribuidos irregularmente por la cuadrícula; en el área central, alrededor de la plaza, estaban los solares originados por la partición de las manzanas en cuatro partes iguales; los predios de la periferia correspondían a divisiones de las manzanas en ocho o nueve fracciones. Respecto del tamaño de las manzanas, los tamaños predominantes varían entre 15.625 m<sup>2</sup> en Santiago del Nuevo Extremo y 10.000 m<sup>2</sup> en Santiago de Castro. La dimensión de las manzanas de Santiago del Nuevo Extremo era similar a las de otras ciudades coloniales como Lima, La Palma, Buenos Aires y Caracas. Hay ejemplos americanos con manzanas mayores a las predominantes en Chile como Puebla de Los Ángeles con 16.592 m<sup>2</sup> y las mexicanas de Horcasitas y Camargo o Dolores que medían 27.955 m<sup>2</sup>.

La ciudad chilena con manzanas de menor tamaño fue Nacimiento, cuya superficie promedio de 3770 m<sup>2</sup> era superada por varias ciudades españolas como La Puebla de Arganzón de 6574 m<sup>2</sup>, Viana con 4425 m<sup>2</sup>, Santa Fe con 4528 m<sup>2</sup>, Burgo de San Cernín con 5734 m<sup>2</sup>, Puerto de Santa María con 6800 m<sup>2</sup>, Briviesca con 5136 m<sup>2</sup>, Puerto Real con 5800 m<sup>2</sup>, Mancha Real con 7545 m<sup>2</sup>, Puentelarreina con 7050 m<sup>2</sup> y Mallorca con 7100 m<sup>2</sup>. En rangos similares al de las ciudades españolas estaban las fundaciones chilenas de Casablanca con 7225 m<sup>2</sup>, Santo Domingo de Rosas con una superficie de 6724 m<sup>2</sup>, San Juan Bautista de Hualqui con 6002 m<sup>2</sup>, Santa Bárbara con 5628 m<sup>2</sup> y San Rafael de Talcamavida con 5628 m<sup>2</sup>.

En relación con la medida de las calles, la mayoría de las ciudades chilenas fueron trazadas con calles que medían entre 10 y 12 metros de ancho. Estas proporciones son semejantes a las de Lima, La Palma, Córdoba, Buenos Aires, Caracas, Puebla de Los Ángeles, San Juan Bautista de la Ribera, Horcasitas y Camargo, Dolores, San Carlos de Barrancas y Nuestra Señora de la Concepción. En un claro contraste, los anchos de calles de las ciudades españolas -que fluctúan entre 6.3 m y 3 m- son menores a los casos de San Juan Bautista de Hualqui, Santa Bárbara, Nacimiento y San Rafael de Talcamavida que poseían calles de 8 metros de ancho.

Otras características que permiten analizar comparativamente las dimensiones de ciudades españolas e hispanoamericanas son la superficie total de las ciudades y las densidades de población. A partir de los antecedentes recopilados por José Luis García<sup>172</sup> se elaboraron tablas con las dimensiones aproximadas de las ciudades en hectáreas, el número de vecinos de cada núcleo y las densidades de población de ciudades españolas e hispanoamericanas.

#### Dimensiones y densidad en las ciudades españolas

Fundación	Nombre ciudad	Región española	Dimensión total (hectáreas)	Población (Número de vecinos)	Densidad Vecinos por hectárea
1537	Mancha Real	Andalucía	11,1	222	19,2
1306	Briviesca	Castilla- León	9,9	516	52,1
1492	Santa Fe	Andalucía	7,4	-----	-----
1283	Puerto de Santa María	Andalucía	6,9	-----	-----
1122	Puentelarreina	Navarra	6,2	275	44,4
1300	Bilbao	País Vasco	5,3	344	64,9
1483	Puerto Real	Andalucía	4,1	-----	-----
1129	La Puebla de Arganzón	Castilla- León	3,6	241	66,9
1297	Durango	País Vasco	2,9	181	62,4
1129	Burgo de San Cernín	Pamplona	2,9	167	57,6
1219	Viana	Navarra	2,8	157	56,0
Siglo XV	Foncea	La Rioja	2,4	157	65,4
1312	Echarri Aranaz	Navarra	1,3	108	83,0
1359	Huarte Araquil	Navarra	1,2	112	93,0
1300	Mallorca	(teórica)	19,0	100	5,1

#### Dimensiones y densidad en las ciudades hispanoamericanas

Fundación	Nombre ciudad	Región americana	Dimensión total (hectáreas)	Población (Número de vecinos)	Densidad Vecinos por hectárea
1583	Buenos Aires	Argentina	212,0	168	2,3
1577	Córdoba	Argentina	120,2	216	1,8
1566	La Palma	Colombia	53,5	88	2,0
1531	Puebla de Los Angeles	México	48,9	138	2,8
1747	S. de Compostela de las V.	Cuba	48,8	720	13,0
1756	S. de Compostela de las V.	Cuba	48,8	503	10,3
1531	Lima	Perú	45,1	78	1,7
1795	Nueva Orán	Argentina	44,5	167	3,7
1561	Caracas	Venezuela	38,5	88	2,3
1600	Concepción	México	33,1	126	3,8
1750-51	Horcasitas y Camargo	México	27,2	112	4,1
1751	Dolores	México	27,2	104	3,8
1780	N.S. de la Concepción	Perú	14,5	467	32,5
1784	San Carlos de Barrancas	México	13,9	172	12,3
1605	S. J. Bautista de la Ribera	Argentina	13,7	50	3,6
1600	Portobelo	Panamá	8,4	125	14,9
1799	N.S. de La Candelaria	México	7,3	13	1,8
1730	San Antonio	Texas	5,9	147	26,3
1779	Nueva Murcia	Argentina	4,7	92	19,5
1756	Santa Bárbara de Samana	S. Domingo	3,36	60	17,8
1768	Manajay	Cuba	2,27	30	13,2

<sup>172</sup> GARCIA FERNANDEZ, José Luis: *Análisis dimensional de modelos teóricos ortogonales de las ciudades españolas e hispanoamericanas desde el siglo XII al XIX*. op.cit. pp. 156-190

Al examinar las dimensiones totales de las ciudades se observa que las diferencias son abrumadoras. Buenos Aires, con una superficie de 212 hectáreas, superaba 19 veces a Mancha Real, la ciudad española de mayor extensión que alcanzaba a 11,1 hectáreas. Córdoba con 120,2 hectáreas de superficie es 10,8 veces mayor que la ciudad andaluza. Al comparar los extremos se advierte que Buenos Aires -el mayor centro colonial analizado- tenía una superficie 176 veces más extensa que la ciudad navarra de Huarte Araquil. El grupo de ciudades americanas con tamaños menores -Portobelo, Nuestra Señora de La Candelaria, San Antonio, Nueva Murcia, Santa Bárbara de Samana y Manajay- tenían dimensiones que variaban entre 8,4 y 2,27 hectáreas. Portobelo con sus 8,4 hectáreas sólo era superada por Mancha Real con 11,1 hectáreas de extensión y Briviesca que tenía una superficie de 9,9 hectáreas.

El análisis de las densidades de población urbana permite deducir que las ciudades coloniales tenían densidades extremadamente bajas. Los índices fluctúan entre 26,3 vecinos/hectáreas de San Antonio de Texas hasta 1,7 vecinos/hectáreas de Lima, la capital del virreinato del Perú, que durante sus primeros años de vida alcanzó una extensión de 45,1 hectáreas y contaba solamente con 78 vecinos. En las ciudades chilenas, la densidad media no superaba a la cantidad de 2,5 vecinos/hectáreas.

La población urbana en América colonial creció lentamente; algunas cifras globales proporcionadas por José Luis Romero muestran que, a principios del siglo XVIII, las capitales virreinales presentaban el mayor desarrollo demográfico porque ciudad de México ya tenía 40.000 habitantes y Lima 30.000. Santiago de Caracas concentraba 7.000 habitantes; Santa Fe de Bogotá y Asunción tenían aproximadamente 5.000 habitantes cada una. Los estudios sobre urbanismo colonial coinciden en destacar el importante incremento demográfico alcanzado a fines del siglo XVIII.

#### Evolución de la población de las capitales coloniales en el siglo XVIII

Ciudad	Población a comienzos del siglo XVIII	Población a fines del siglo XVIII	
Ciudad de México	40.000 *	130.000	1790 **
Lima	30.000 *	50.000	1790 **
Santiago de Caracas	7.000 *	50.000 aprox.	fines XVIII **
Santa Fe de Bogotá	5.000 *	-----	-----
Asunción	5.000 *	-----	-----
La Habana	-----	130.000	1791-1825 **
Buenos Aires	-----	50.000 aprox.	fines XVIII **

Fuentes: ROMERO, José Luis y MALAMUD, Carlos

\* ROMERO, José Luis: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*<sup>173</sup>

\*\* MALAMUD, Carlos: *Territorios Hispanoamericanos. Reformas, economía, infraestructura*<sup>174</sup>

La densidad de población en cada ciudad obedecía básicamente a su posición en el sistema administrativo y la dinámica de su economía. Esta última característica era más relevante en las ciudades que dependían de la actividad minera y su evolución como se desprende de las variaciones demográficas experimentadas por Potosí. En el siglo XVII, que correspondió a la época de mayor auge de la minería de la plata, Potosí llegó a tener más de 150.000 habitantes y en 1799 sólo registraba 22.622 habitantes, debido a la baja productividad minera<sup>175</sup>.

<sup>173</sup> ROMERO, José Luis: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op. cit. p.100

<sup>174</sup> MALAMUD, Carlos: *Territorios Hispanoamericanos. Reformas, economía, infraestructura*. Publicado en *Historia Urbana de Iberoamérica*. Tomo III-1 La Ciudad Ilustrada: Reforma e Independencia (1750-1850). Editada por el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España. Comisión Nacional del Quinto Centenario, Junta de Andalucía/Consejería de Obras Públicas y Transportes. Editorial Testimonio. Madrid, 1992. Capítulo 2. p.65.

<sup>175</sup> MALAMUD, Carlos: *Territorios Hispanoamericanos. Reformas, economía, infraestructura*. op. cit. p.65.

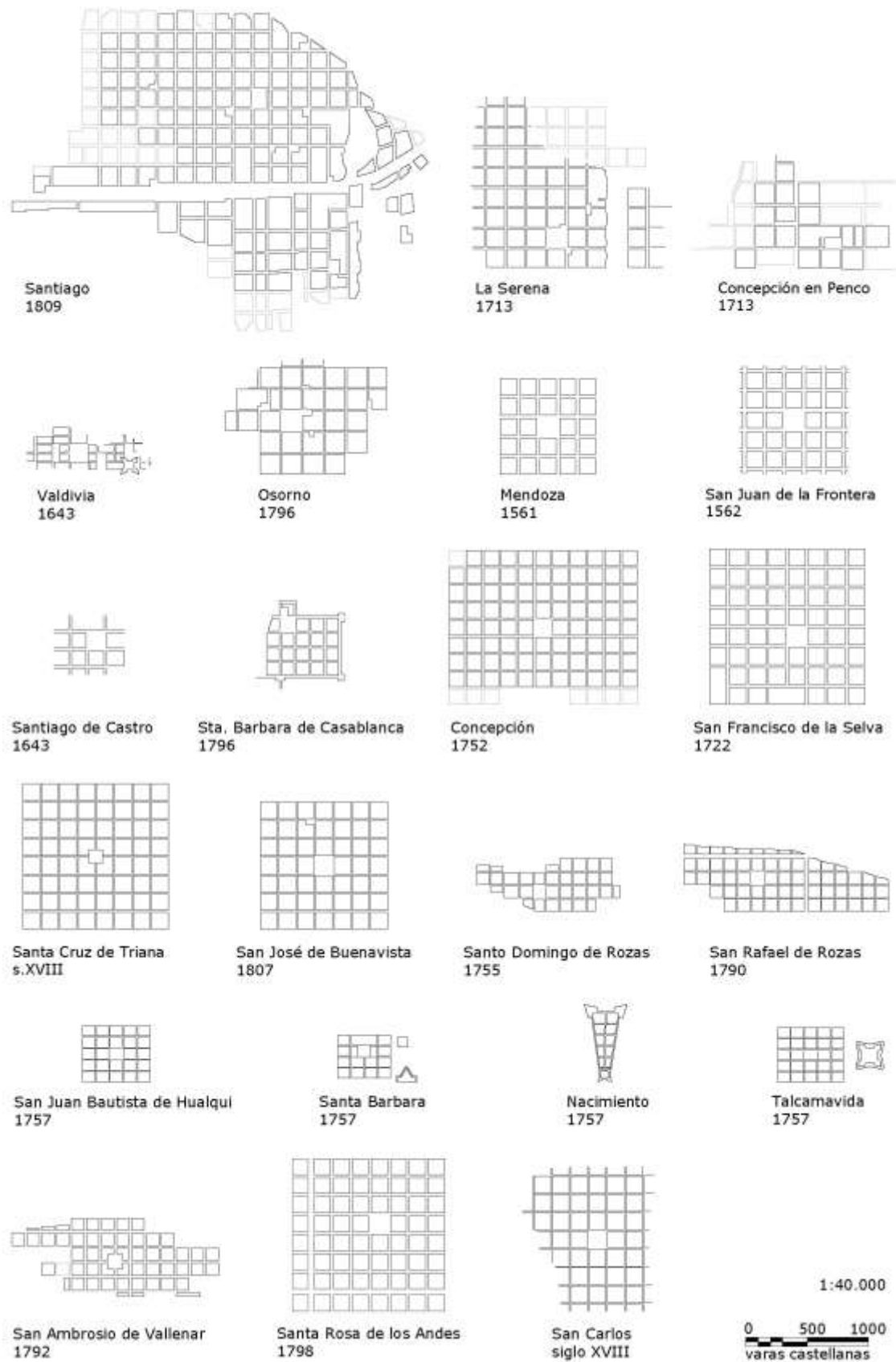
**Dimensiones de ciudades coloniales chilenas analizadas**

<b>Fundación</b>	<b>Nombre ciudad y fecha del plano de referencia histórica</b>	<b>Región chilena</b>	<b>Número de manzanas</b>	<b>Superficie total (hectáreas)</b>
1541	Santiago del Nuevo Extremo (1713)	Valle central	99+12	166.500
1754	Concepción en valle de la Mocha (1752)	Valle central	95	142.500
1742	San Francisco de La Selva (1744)	Norte	64	112.360
1544	La Serena (1713)	Litoral norte	60	103.430
1743	Santa Cruz de Triana (siglo XVIII)	Valle central	64	98.010
1791	Santa Rosa de Los Andes (1798)	Precordillera	49	79.210
1744	San José de Buenavista (1744)	Valle central	49	74.822
1754	San Carlos (siglo XVIII)	Valle central	36	74.050
1550	Concepción en bahía de Penco (1713)	Litoral centro	32	71.950
1558	San Mateo de Osorno (1796)	Sur	28.5	62.985
1561	San Juan de La Frontera (1762)	Prov. de Cuyo	25	54.760
1789	San Ambrosio de Vallenar (1792)	Norte	48	49.350
1755	San Rafael de Rozas (1790)	Valle central	55	48.370
1561	Mendoza (1761)	Prov. de Cuyo	25	42.250
1754	Santo Domingo de Rosas (1790)	Valle central	29.5	24.750
1753	Santa Bárbara de Casablanca (1796)	Valle central	21	21.924
1552	Valdivia (1643)	Litoral sur	12	17.750
1756	San Juan Bautista de Hualqui (1757)	Río Bío Bío	25	17.610
1567	Santiago de Castro (1643)	Chiloé	10	17.250
1757	San Rafael de Talcamavida (1757)	Río Bío Bío	25	16.588
1756	Santa Bárbara (1757)	Río Bío Bío	16	10.512
1756	Nacimiento (1757)	Río Bío Bío	10	7.025

Las superficies totales de las ciudades chilenas muestran fuertes variaciones porque fluctúan desde 166.5 hectáreas en Santiago del Nuevo Extremo a 7.2 hectáreas en Nacimiento. Los rangos intermedios oscilan entre 142.5 hectáreas de Concepción y 42.250 de Mendoza. Estas diferencias ostensibles son coherentes con la jerarquía de cada ciudad y revelan los problemas que afectaron el desarrollo de determinadas fundaciones como ocurría con los núcleos fortificados en el eje del río Bío Bío y las ciudades más aisladas.

En la imagen siguiente se aprecian los contrastes entre las ciudades chilenas que se generaban por diferencias de tamaño. Santiago del Nuevo Extremo, cuya dimensión superaba ampliamente a las restantes fundaciones chilenas, explicitaba su posición de ciudad capital, la fortaleza económica de su área de influencia -impulsada por la agricultura, comercio y servicios-, su inserción en las redes de caminos principales y su alejamiento de la zona de conflicto con grupos indígenas. Concepción, con su superficie de 142.500 hectáreas, denotaba la importancia de su función militar en el contexto chileno y su posición jerárquica en la estructura administrativa ocupando el segundo lugar.

En el extremo opuesto están los núcleos de la frontera de guerra interna junto al río Bío Bío. San Juan Bautista de Hualqui, San Rafael de Talcamavida, Santa Bárbara y Nacimiento alcanzaron los tamaños menores -en dimensión total y medidas de sus manzanas- revelando indirectamente las dificultades de su desarrollo, condicionado por la guerra de Arauco. Valdivia y Santiago de Castro -con superficies de 17.750 y 17.250 hectáreas, respectivamente- enunciaban en sus reducidos tamaños la difícil trayectoria de sus procesos urbanos, gravemente afectados por el aislamiento y la agresividad de su entorno geográfico e histórico. Las dimensiones de otras ciudades revelan que eran centros con funciones básicas como los ejemplos de San Ambrosio de Vallenar y Casablanca -que sólo tenía función de posta- o fueron ciudades que económicamente dependían de recursos de importancia relativa como ocurría con los centros mineros de Santo Domingo de Rozas y San Rafael de Rozas.



### Diferencias de tamaño en las ciudades coloniales de Chile

La vaguedad de los antecedentes demográficos disponibles no permite calcular la densidad de población en las ciudades. Santiago Lorenzo explica que incluso resulta difícil establecer la evolución del poblamiento de Chile pues hasta fines de la época colonial se carecía de padrones generales; sólo los empadronamientos parciales y los registros de confirmación y confesión permiten construir una aproximación al proceso de poblamiento<sup>176</sup>. Gabriel Guarda, coincidiendo con esta posición, sostiene que la demografía histórica de Chile tiene un escaso desarrollo y no existen síntesis elaboradas sobre la base de la documentación original; explica que la información arrojada por censos o informes sobre la población colonial deben ser analizados con precaución porque las cifras de población son incompletas, provisorias y sujetas a rectificación; además, indica que no siempre es posible distinguir entre la población urbana y rural porque hay varios ejemplos de parroquias urbanas que cubrían áreas rurales como ocurría con Chillán -que a mediados del siglo XVIII era considerada despoblada porque sus vecinos habitaban en las haciendas- y San Mateo de Osorno donde la mayoría de los pobladores inscritos, en realidad vivían en el campo<sup>177</sup>.

Algunos datos para aproximarse al poblamiento de Santiago del Nuevo Extremo es el censo de 1777-1778. Según este documento, la población total del corregimiento de Santiago comprendía a 36.607 personas con 21.318 españoles, 6.265 mestizos, 5.456 indios y un grupo de 7.568 personas que incluía negros y mulatos. Tomando como base de referencia a las feligresías urbanas, Guarda sostiene que la población de Santiago estaba integrada por 14.630 españoles, 3.626 mestizos, 1.206 indios y 4.529 mulatos, con un total de 27.148 habitantes<sup>178</sup>. De Ramón interpreta los datos de la época señalando que la población del corregimiento de Santiago alcanzaba a 52.49% de españoles, el 15.53% correspondía a población mestiza, 13.43% eran indios y el 18.64% restante agrupaba a mulatos y negros. Además, Armando de Ramón indica que una parte considerable de la población chilena -30.000 personas- vivía en Santiago del Nuevo Extremo<sup>179</sup>.

#### Población de Santiago del Nuevo Extremo según diferentes fuentes coloniales

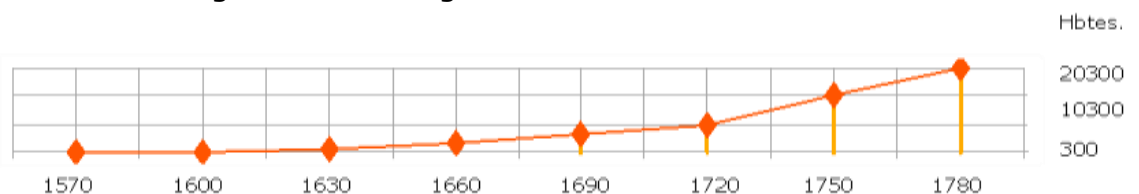
Referencia	Número de habitantes			
	1570	1610	1625	1776
Juan López de Velasco	350-400			
Antonio Vázquez de Espinoza (1)		838		
Hernando Machado (2)			1.717	
Síntesis de varias informaciones de cronistas			2.000	
Datos primer censo de población				30.000

(1) Sólo consigna a los hombres: 306 casados, 230 solteros y 302 frailes o monjes

(2) A esta cifra de españoles se debe agregar 8.000 indios y 300 negros

Fuente: DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile*<sup>180</sup>

#### Evolución demográfica de Santiago del Nuevo Extremo



<sup>176</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op.cit. p. 153

<sup>177</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. pp. 205-208

<sup>178</sup> Según los antecedentes históricos Santiago tenía 2.912 casas y calculando 10 habitantes por cada una, Guarda plantea que la población de Santiago se puede estimar en una cifra ligeramente superior a 30.000 habitantes. GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. p. 209

<sup>179</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile*. op.cit. p. 91

<sup>180</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile*. op.cit. pp.38-39, 91



**Población urbana en ciudades chilenas del siglo XVIII**

Ciudad	Número de habitantes							
	1712	1736	1755	1773	1778	1784	1798	1813
Santiago del Nuevo Extremo					27.148			
Valparaíso			1.750		2.151			5.317
La Serena					2.160			5.046
Concepción					6.078			
Chillán (*)								14.576
Santo Domingo de Rozas					6.922			2.755
San Felipe					6.922			2.755
Casablanca					2.649			2.447
Melipilla					7.542			1.605
Santa Cruz de Triana					4.699			1.920
San José de Buenavista					3.227			2.007
San Agustín de Talca					8.284			512
Santa Rosa de Los Andes							849	802
Santa Rosa de Huasco					1.751			5.524
Valdivia (**)	2.000	1.000		1.613	1.684			
Santiago de Castro (*)						12.227		

(\*) No se distingue entre población urbana y rural

(\*\*) Datos aportados por diferentes documentos coloniales

Fuente: GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. pp. 208-213

Para elaborar la tabla anterior se consideraron los antecedentes proporcionados por Gabriel Guarda, quien destaca el caso de Valdivia, donde la población estimada por Frezier en 2000 habitantes -el año 1713- se redujo a la mitad como consecuencia de la epidemia de viruela de 1736; otra disminución de población urbana se generó por el traslado de la guarnición y numerosos vecinos a la isla de Mancera. En 1796 se produce una nueva variación demográfica debido a la repoblación de Osorno que fue apoyada con vecinos de Valdivia<sup>181</sup>. Calcular la población de Santiago de Castro es difícil porque los informes no distinguen entre habitantes urbanos y rurales. En el año 1797, la ciudad contaba con 252 casas y, en contraste, la población del curato comprendía un total de 18.677 habitantes, la cifra más alta de Chile con excepción de la capital. La fundación de las villas de San Carlos y Chonchi durante la segunda mitad del siglo XVIII no afectó la feligresía de Castro porque la población registrada en el año 1795 -10.035 habitantes- aumentó a 12.227 según el censo de 1784<sup>182</sup>.

Los descensos de población urbana entre 1778 y 1813 en Santo Domingo de Rozas, San Felipe, Melipilla, Santa Cruz de Triana, San José de Buenavista y San Agustín de Talca pueden explicarse como resultado de las subdivisiones del territorio que se realizaron en la época. Para Guarda, el aumento de la población en Santa Rosa de Huasco puede ser un reflejo de anomalías que impiden utilizar las fuentes censales como base para estimar el gradual crecimiento de la ciudad<sup>183</sup>. Santa Rosa de Los Andes, siete años después de su fundación -en 1791- tenía una población de 849 personas y el censo de Egaña del año 1813 muestra una reducción porque le asigna 802 habitantes. Este cambio podría interpretarse como un retroceso demográfico o un estancamiento de la población<sup>184</sup>.

Esta diversidad de situaciones deja en evidencia que no existió un patrón común que permita construir una explicación genérica sobre la trayectoria demográfica de la población urbana en Chile; al contrario, se deduce que su evolución demográfica se relacionaba con las condiciones imperantes en cada unidad territorial, la historia específica de las ciudades y la inestabilidad del poblamiento.

<sup>181</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. pp. 211-212

<sup>182</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. p. 212

<sup>183</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. p. 213

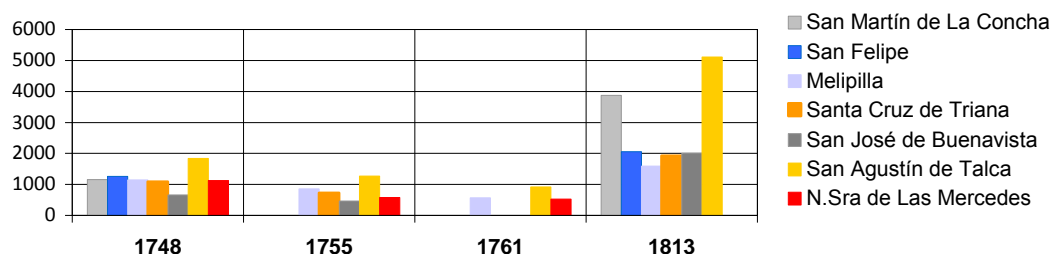
<sup>184</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. p. 214

**Evolución de la población en ciudades chilenas del siglo XVIII (1748-1813)**

Ciudad	Número de habitantes			
	1748	1755	1761	1813
San Martín de La Concha (Quillota)	1.161	----	----	3.876
San Felipe	1.258	----	----	2.058
Melipilla	1.149	860	573	1.587
Santa Cruz de Triana (Rancagua)	1.085	724	----	1.920
San José de Buenavista (Curicó)	665	465	----	2.007
San Agustín de Talca	1.839	1.266	919	5.112
Nuestra Señora de Las Mercedes (Cauquenes)	1.123	577	531	----

Fuente: LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*<sup>185</sup>

La tabla anterior –elaborada con información proporcionada por Santiago Lorenzo– muestra similitud con los datos entregados por Gabriel Guarda. La única excepción es San Agustín de Talca donde se advierte una fuerte discrepancia porque Guarda indica que el año 1813 tenía 512 habitantes y Santiago Lorenzo le asigna 5112.

**N° habitantes**

El gráfico anterior recoge antecedentes demográficos de siete ciudades entre los años 1755 y 1761 aunque sólo tiene datos completos para el año 1748; comprende vecinos con sus familias y excluye otros componentes de población urbana –criados y esclavos– por falta de información. El decrecimiento de 1761 se puede asociar a los problemas que afectaban las ciudades del valle central por la competencia que representaban las haciendas y el apego de la población a la vida rural. Al respecto, Santiago Lorenzo<sup>186</sup> afirma que la evolución de la población urbana fue estorbada por las dificultades para acercar a la población rural en las ciudades debido a la incertidumbre sobre las posibilidades reales que tenían las villas para sostener a los vecinos, las distancias que separaban a las ciudades de los lugares de trabajo en centros de producción agraria, la atracción que ejercían las minas y haciendas para la mano de obra y el ausentismo de los hacendados que se habían acercado en las ciudades<sup>187</sup>. Otro obstáculo destacado por Santiago Lorenzo era la pobreza que condicionaba a la población rural a llevar una forma de vida que no se adaptaba a la vida en una ciudad; se decía que eran personas rústicas, acostumbradas a vivir aisladas y que no tenían conciencia del significado de la vida en comunidad.

*... importa consignar que el marco geográfico de las fundaciones era el desolado y amplio territorio que discurría entre Santiago y Concepción, donde no existía otra ciudad que la de Chillán. Por lo tanto, para los habitantes, la vida sociable constituía una experiencia sin precedentes<sup>188</sup>.*

<sup>185</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op. cit. p.179

<sup>186</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op.cit. p. 153

<sup>187</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op.cit. p. 169

<sup>188</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op.cit. p. 169

La cita anterior alude a la insignificante ocupación del amplio territorio comprendido entre Santiago y Concepción, donde la única ciudad –Chillán– subrayaba el carácter de ámbito desolado, que Santiago Lorenzo hace notar como condicionante espacial que afectó a las fundaciones del siglo XVIII por revelar una escasa experiencia de vida urbana. La población rural, mayoritariamente mestiza, se componía de grupos de extrema pobreza que sobrevivían del robo de caballos; la habilidad para obtener cabalgaduras les permitía realizar trabajos estacionales desplazándose por distintas haciendas. Lorenzo explica que esta vida ambulatoria era posible por la generosidad de los campesinos chilenos y la facilidad para obtener el alimento debido a la alta productividad agropecuaria de zonas rurales como el Partido del Maule; asimismo, señala que los hábitos culinarios de la población rural se confabulaban para que no les resultase atractivo asentarse en las ciudades<sup>189</sup>. Otro problema se generó en las ciudades que, en la década de 1740 a 1750, no disponían de tierras para repartir.

El desinterés por asentarse en los núcleos urbanos se refleja en el caso de Melipilla donde, once de los 75 vecinos que se habían matriculado al erigirse la villa, nunca se presentaron a ocupar los sitios que habían solicitado y otros siete permanecieron en la ciudad por corto tiempo. Al respecto, Lorenzo cita un documento del Obispado de Santiago, fechado en 1746, donde se duda del éxito de la iniciativa de fundar villas para incorporar a la vida sociable a personas que eran *casi bárbaros* porque los posibles pobladores eran pobrísimos, no tenían medios para procurarse alimento ni tampoco para levantar un rancho y, fatigados de necesidades, abandonarían las ciudades y volverían a sus cuevas o irían a otras partes donde pudieran procurarse sustento natural<sup>190</sup>.

Las distancias entre las haciendas y las nuevas fundaciones fue un escollo relevante para el crecimiento de la población urbana porque los potenciales habitantes de las nuevas ciudades sólo disponían de trabajo en las haciendas. Lorenzo explica que en 1745 hubo pobladores rurales que se resistieron a instalarse en la recién fundada villa de San Fernando porque circulaba el rumor que habría otras fundaciones más cerca de sus lugares de trabajo. Esta situación obligó a desmentidos oficiales y la Junta de Poblaciones debió decretar la suspensión de nuevas fundaciones<sup>191</sup>. En este sentido, Lorenzo plantea que los prejuicios sobre el problema de las distancias llevaron a un funcionario a afirmar que uno de los factores que más retardaba las fundaciones era la ubicación de las ciudades en las cabeceras del partido, vecinas a la cordillera y distantes treinta o cuarenta leguas de la costa, haciendo difícil que los hacendados abandonaran sus fincas y sus ganados para retirarse a las villas; tampoco podían dejar sus posesiones al cuidado de otras personas porque estas eran conminadas a abandonar el campo para residir en las nuevas poblaciones. Hasta hubo propietarios de ganado, que obligados por las autoridades, acudieron a las ciudades con sus reses, desertando rápidamente por la falta de potreros y robos por parte de sus circunvecinos<sup>192</sup>.

Los obstáculos descritos por Santiago Lorenzo exponen la necesidad de contar con tierras cultivables suficientes en las ciudades de modo que los pobladores pudieran procurarse alimento y pastos para crianza de ganado. En este contexto, el tamaño de las ciudades también puede asociarse a razones vinculadas con esta necesidad. José Luis García<sup>193</sup> se refiere al tema señalando que el tamaño de las fundaciones americanas se explica por la función agraria y pecuaria que cumplían las ciudades con la introducción de ganado mayor que los vecinos cuidaban en sus parcelas para evitar depravaciones indígenas. Una segunda razón que explicaría las dimensiones de las ciudades chilenas era la ambición por poseer tierras, aspecto que influyó en

<sup>189</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op.cit. p. 170

<sup>190</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op.cit. p. 170

<sup>191</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op.cit. p. 170-171

<sup>192</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas*. op.cit. p. 173

<sup>193</sup> GARCÍA FERNÁNDEZ, José Luis: *Análisis dimensional de modelos teóricos ortogonales de las ciudades españolas e hispanoamericanas desde el siglo XII al XIX*. op.cit. p.175

los generosos repartos de las parcelas urbanas, que se apartaron de las normas que regían a las restantes regiones de la América colonial; además, se debe considerar que en Chile había amplias superficies de terrenos disponibles entre fundaciones. Esta conjunción de circunstancias fue la génesis de ciudades extendidas, con escaso número de habitantes.

A pesar de la baja densidad de población urbana, las ciudades chilenas alcanzaron dimensiones relevantes si se comparan con las ciudades europeas contemporáneas; incluso el tamaño de los espacios públicos y construcciones –plazas y conventos- en forma semejante a otras ciudades americanas, era concordante con la escala de las estructuras urbanas.

Las medidas de las plazas coloniales contrastaban con las dimensiones de las plazas europeas. Aún hoy, la Plaza del Zócalo en ciudad de México, heredera de un espacio precolombino, se destaca por sus proporciones –200 m por lado aproximadamente- que duplican la medida tradicional de las plazas americanas a pesar que durante la época colonial fue modificada con una intervención que representó la destrucción de antiguas edificaciones, disminuyó el tamaño original de la plaza y sus proporciones en comparación con los espacios abiertos aztecas<sup>194</sup>.

Otros espacios públicos coloniales también tenían medidas que sobrepasaban a sus símiles europeos. El Jardín Botánico de México, con su superficie de 315,786 varas<sup>2</sup> equivalente a 454.780,622 m<sup>2</sup>, es un ejemplo de la proporción que alcanzaban los jardines urbanos coloniales<sup>195</sup>.

Mayores diferencias dimensionales entre América y Europa se descubren al analizar los conjuntos religiosos. El convento de San Francisco en Quito tenía una superficie aproximada de 30.000 m<sup>2</sup> y el convento de San Francisco en México<sup>196</sup> correspondía a una extensa agrupación formada por la iglesia, el convento con su huerta y 300 celdas para monjes y visitantes; estos ejemplos no fueron aislados porque existían conventos de tamaños similares en Puebla, Lima, La Paz, Cuzco, Sucre y Arequipa. El rango dimensional de los espacios urbanos y construcciones que se han descrito fue una característica común de las ciudades coloniales.

En Chile existieron conjuntos religiosos con dimensiones adecuadas para adaptarse a los sitios asignados a las órdenes religiosas que, generalmente, correspondían a una manzana completa; en Santiago equivale a una superficie de 15.625 m<sup>2</sup>. En la capital de Chile, por sus dimensiones y su arquitectura monumental, además de los conventos, se destacaban la Casa de Moneda y el Hospital San Juan de Dios.

<sup>194</sup> La plaza azteca, según Torquemada, se componía de tres plazas continuas y asidas unas a otras: la plaza Mayor, plaza del Marques y plaza del Virrey. GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op.cit.p.95

<sup>195</sup> El análisis del Jardín Botánico de México en el Capítulo 5, punto 5.3.1: Presencia de la naturaleza en jardines botánicos, alamedas y paseos

<sup>196</sup> El convento de San Francisco, que ocupaba un vasto solar situado cerca de la zona de indios –entre las actuales calles de Madero, Venustiano Carranza, Lázaro Cárdenas y Gante- fue dividido y loteado en 1856 como parte de un nuevo proyecto de ciudad. SANTA MARIA: Rodolfo: *Arquitectura del siglo XX en el centro histórico de la ciudad de México*. Ediciones Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. México, 2005. p. 44

### 3.4.2 Relación entre la densidad y dimensiones de la estructura urbana

Aún cuando los centros coloniales superaban en tamaño a las ciudades europeas, la diferencia entre las dimensiones del territorio y las medidas de las villas era de tal envergadura que, comparadas con el paisaje, las ciudades coloniales siempre eran pequeñas estructuras aisladas en vastas extensiones. La enorme desigualdad entre la proporción de las ciudades y la escala del paisaje apenas disminuyen aunque se considere como superficie urbana al conjunto formado por el núcleo fundacional y los campos de cultivo; a pesar que las superficies de ejidos, dehesas y chacras que rodeaban las ciudades ensanchaban sustantivamente su área de dominio territorial.

La posibilidad de incrementar el tamaño de las ciudades, no obstante los problemas que entrañaba sostener a las fundaciones chilenas, explica la aparición de centros urbanos extendidos, con una ocupación mínima de los solares. El desarrollo en baja densidad permitía extender el plano cuadrículado y ampliar las dimensiones de las ciudades superando las limitaciones derivadas de las contingencias históricas y la reducida población urbana.

El crecimiento en extensión y baja densidad fue un rasgo identificable en ciudades de diferente jerarquía. La cartografía histórica informa que, inclusive cuando habían transcurrido décadas desde su fundación, varias ciudades chilenas mantenían áreas sin ocupar; una característica común fueron los solares con importantes porcentajes del suelo reservado al cultivo de huertos y la existencia de conventos que disponían de manzanas completas casi sin edificar porque su mayor parte estaba destinada a la plantación de hortalizas, frutales y viñas.

La presencia de huertos urbanos, cuya superficie total prevalecía sobre los sectores edificados, es una particularidad que se observa en La Serena, Valdivia y Santiago de Castro<sup>197</sup>. Estas ciudades no eran ejemplos singulares porque hasta Santiago del Nuevo Extremo -el centro colonial de mayor jerarquía y más densamente poblado- se estructuró en cuadrículas edificadas básicamente por el perímetro y conservando en su interior amplios huertos y jardines.

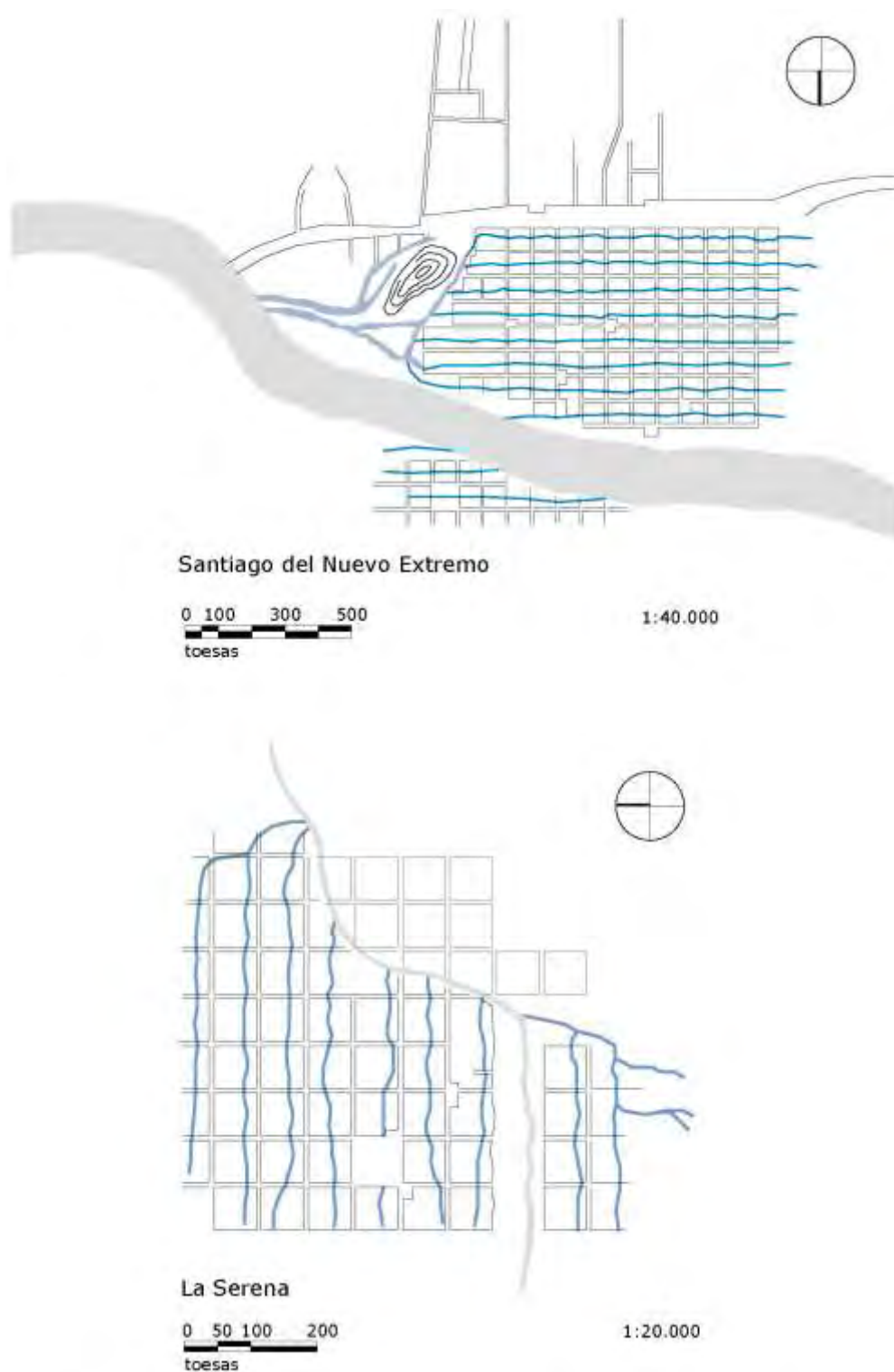
Esta característica de la ciudad chilena fue posible por la existencia de agua dulce en cantidad suficiente para alimentar a las numerosas acequias que atravesaban las manzanas y abastecían de riego a las parcelas urbanas.

En los planos de Santiago y La Serena, elaborados por Frezier a comienzos del siglo XVIII, son visibles los sistemas de acequias cruzando a las manzanas por el centro, que reafirmaban el trazado ortogonal. En su informe, Frezier explica que las calles de Santiago estaban dispuestas en dirección oriente-poniente y en el centro tenían un surco de dos pies y medio donde corría el agua -extraída de los primeros canales del río Mapocho- que servía para refrescarlas y lavarlas. Otras acequias circulaban por el centro de las manzanas, en dirección norte a sur, proporcionando riego a los huertos y jardines. Sin embargo, según el plano levantado por Frezier, las acequias cruzaban las manzanas en sentido oriente a poniente y se extendían fuera del límite poniente de la cuadrícula.

Frezier explica que sin el auxilio del sistema de riego, nada se podía producir en los huertos de Santiago por la falta de lluvia durante ocho meses al año; mientras de esta manera, en la ciudad se encuentran las condiciones del campo<sup>198</sup>.

<sup>197</sup> La presencia de huertos al interior de las manzanas, actualmente, es una característica visible en los barrios más antiguos de las ciudades fundadas en el período colonial. Esta cualidad alcanzó tal interés que fue heredada por otros núcleos que se crearon después de la colonia.

<sup>198</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.100



### Sistemas de riego interno en Santiago y La Serena, según planos de Frezier

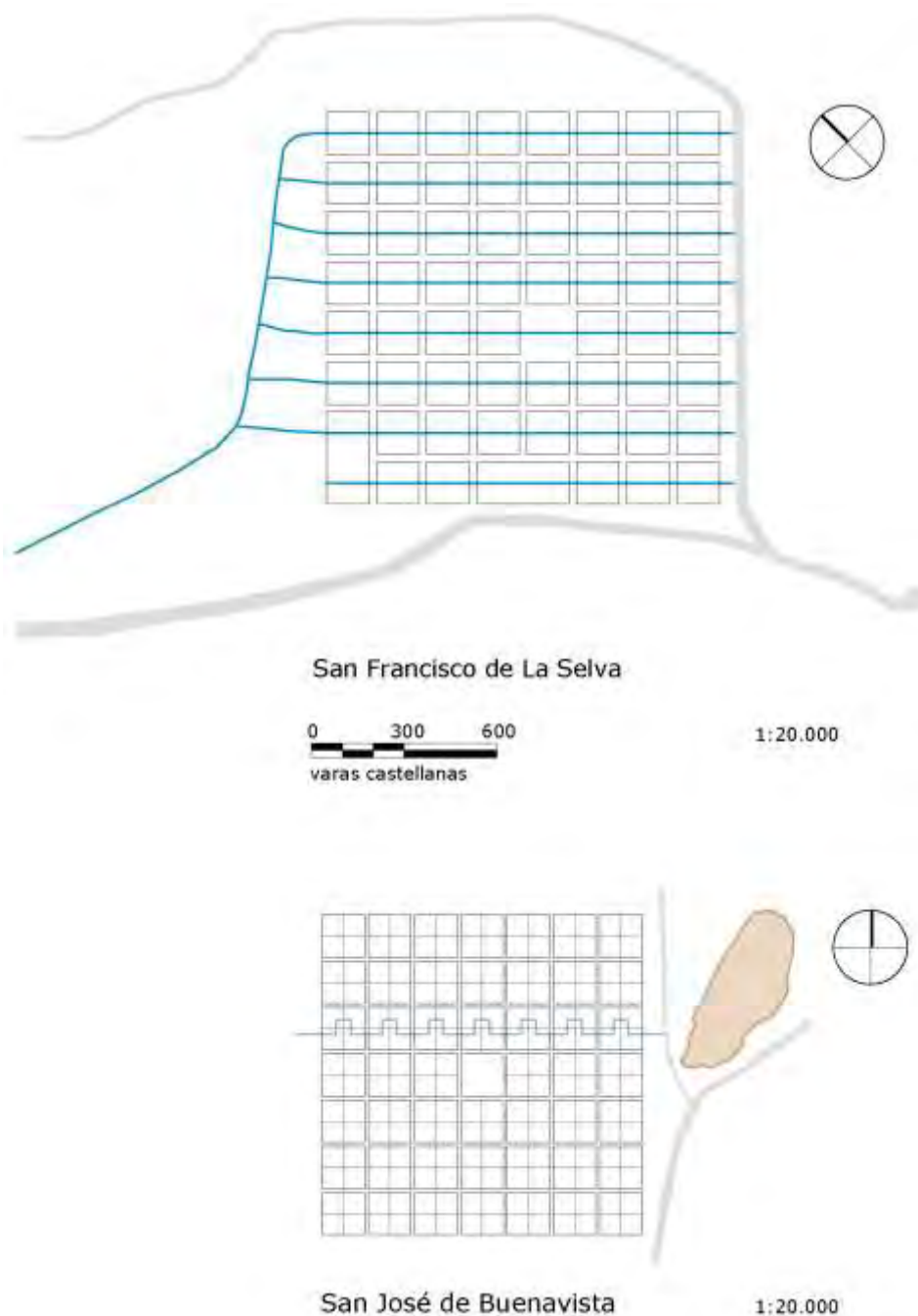
Fuentes: Plan Ville de Santiago. 1713. Frezier<sup>199</sup> y Plan Ville de La Serena. 1713 Frezier<sup>200</sup>

<sup>199</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.99

<sup>200</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.125



Cuando las fundaciones se asentaban en valles fértiles, las acequias para mantener a los huertos urbanos adquirían preeminencia porque los pobladores, al disponer de riego, aprovechaban la ventajosa fecundidad de las tierras. Sin embargo, hasta las ciudades de la zona norte, donde el agua no era abundante, disponían de sistemas de acequias. San Francisco de La Selva, fundación en el valle del río Copiapó -en el área de frontera con el desierto de Atacama- disponía de una red de riego, descrita claramente en un plano de 1744.



### Sistema de riego en San Francisco de la Selva y San José de Buenavista

Fuente: Plan de la Villa de San Francisco de La Selva en el valle de Copiapó. Francisco Cortés y Cartavio. 1744<sup>201</sup> y plano anónimo 1787 denominado Riego de la traza de Curicó<sup>202</sup>

<sup>201</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 210

<sup>202</sup> Se conserva en el Archivo Nacional. Santiago. Publicado en: Instituto Geográfico Militar (I.G.M): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. Editado por IGM. Santiago, 1981. Lámina 39

Las redes de acequias eran tan representativas de los núcleos coloniales que hasta se incorporaron en la cartografía histórica con una jerarquía gráfica comparable a otros componentes de la estructura urbana. San José de Buenavista –fundación en un valle fluvial de la zona central de Chile– tiene la originalidad de contar con un plano realizado únicamente para describir el canal principal del sistema de riego. La decisión de elaborar el documento puede interpretarse como evidencia del valor asignado a estas infraestructuras y, por extensión a los huertos urbanos.

La importante presencia de las acequias en las ciudades chilenas se explica por la necesidad estratégica de tener terrenos cultivados al interior de los centros urbanos porque la mayoría estaban aislados entre sí y de las haciendas que concentraban la producción agropecuaria. La exigencia de autoabastecer a la población urbana con alimentos también respondía a razones de supervivencia porque, generalmente, las ciudades estaban expuestas a los ataques de piratas o debían resistir prolongados asedios indígenas sin recibir ayuda, como ocurrió en el siglo XVI con Villarrica y San Mateo de Osorno.

En forma semejante a Santiago del Nuevo Extremo, el trazado de los canales de riego en la Serena –que nacen de un estero tributario del río Coquimbo– subrayaba la trama ortogonal en sentido oriente poniente. Las acequias que atravesaban las manzanas por su centro, como también acontecía en la capital de Chile, permitieron el desarrollo de jardines y huertos, cuyos frutos servían para sustentar a su aislada población.

La fertilidad del suelo y existencia de agua para construir acequias que permitieran mantener los cultivos urbanos influyeron en la dimensión de las ciudades coloniales, porque, debido a las superficies de huertos, pudieron extenderse significativamente. Al analizar la cartografía histórica que contiene información de los sitios edificados en las ciudades se observa que La Serena, Valdivia y Santiago de Castro poseían amplias superficies reservadas al cultivo. Esta cualidad, dio origen a tejidos urbanos de baja densidad y, en ocasiones, apenas delineado.

En el plano de La Serena, levantado por Frezier en 1713, se advierte nítidamente la baja densidad de ocupación, pues cada solar –equivalente a un cuarto de manzana– contenía sólo una vivienda, localizada en una esquina. Esta modalidad de ocupación resaltaba el trazado en damero al subrayar los vértices de las cuadrículas.

La característica descrita hizo posible que La Serena alcanzara dimensiones que no tenían relación con la lenta dinámica de su desarrollo urbano y pudiera expandirse hasta dominar la amplia meseta donde se asentaba; también es evidente que tenía una extensión desproporcionada si se comparan la superficie de su área urbana con su exigua población.

En La Serena, el porcentaje de suelo urbano ocupado con huertos y plantaciones de frutales superaba varias veces a la superficie edificada. En relación a esta cualidad, Frezier explica que la ciudad parecía un asentamiento rural por su escasa población, sus calles sin pavimento y sus casas edificadas de barro; sin embargo, también señala que las calles podían compararse con avenidas de jardines porque estaban orladas de higueras, olivos, naranjos y palmeras; además, el abundante follaje de los árboles proporcionaba sombra en el día y en la noche el aroma de los naranjos y floripondios perfumaba las casas<sup>203</sup>.

---

<sup>203</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.126. Esta característica también es destacada en un estudio reciente sobre la historia de La Serena, realizado para conmemorar el 450 aniversario de su fundación. COBO, Gabriel: *La Serena. Imágenes de su historia*. Impresión Talleres VIA Gráfica. La Serena 1994. p. 18

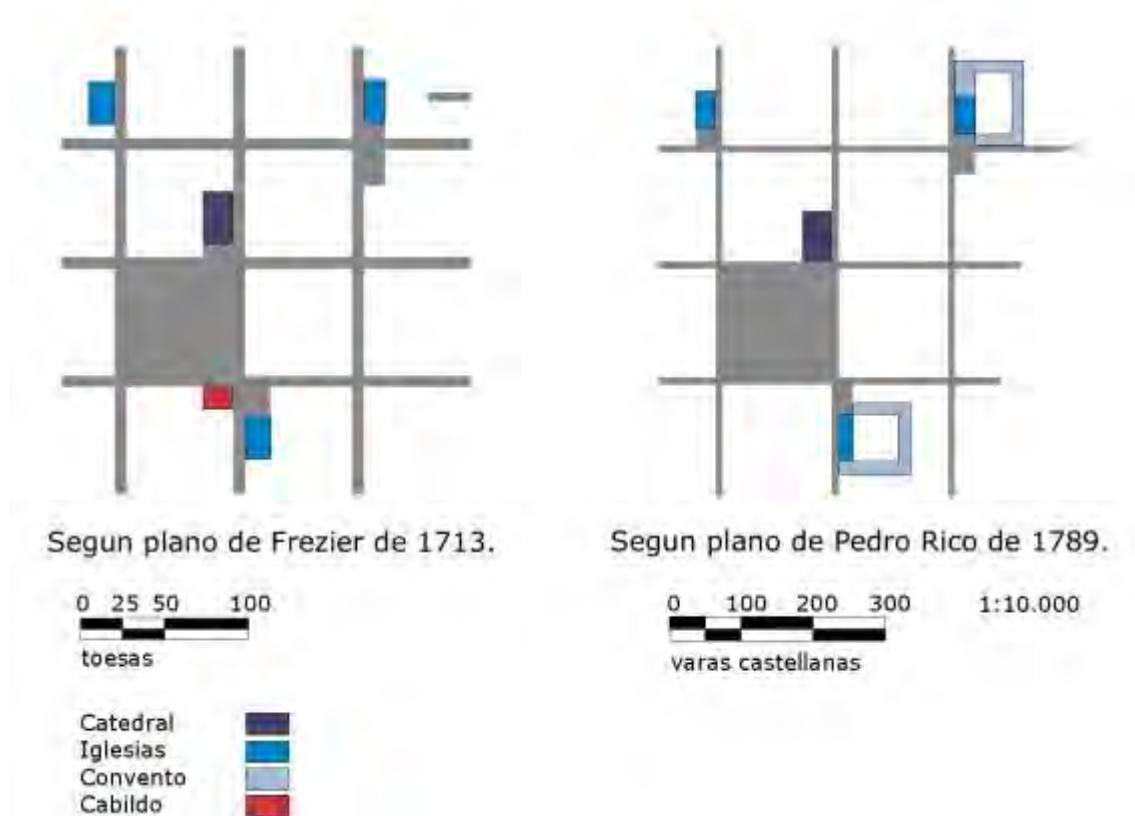


### Comparación del espacio urbano edificado y la superficie de huertos en La Serena

Fuente: Plan de la ville de La Serena. Frezier. 1713<sup>204</sup>

<sup>204</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.125

La amplia superficie ocupada por el trazado urbano en La Serena también se explica por la existencia de plazas y atrios que dejaban espacios sin edificar. La estructura urbana resultante –un conjunto de plazas relacionadas con iglesias y conventos– es una característica de La Serena valorada en la actualidad. En los planos de Frezier y Pedro Rico –levantados con 76 años de diferencia– se advierte la presencia de varias plazuelas; en el plano de 1789 se observan los amplios claustros que aumentaban las superficies ocupadas por los conventos de Santo Domingo y San Francisco. En la imagen siguiente, elaborada a partir de la información contenida en los planos de Frezier y Pedro Rico, se representan estas cualidades urbanísticas.



### Sistema de espacios públicos de La Serena según Frezier y Pedro Rico

Fuentes: Plano de la Ville de La Serena. Frezier. 1713<sup>205</sup> y Plano de la bahía de La Serena o Coquimbo levantado por Pedro Rico. 1789<sup>206</sup>

Según el plano levantado por el ingeniero militar Pedro Rico en 1789, los conventos de San Francisco<sup>207</sup> y Santo Domingo apoyaban la expansión de la ciudad ocupando con huertos el mayor porcentaje de los solares que se le había adjudicado. Además de los huertos y jardines que algunas órdenes cultivaban en el interior de la ciudad, los jesuitas también fueron propietarios de terrenos en la periferia de La Serena, sector donde se localizaban las chacras y el colegio de la orden que fue identificado en la cartografía elaborada con posterioridad a su expulsión en 1767<sup>208</sup>.

<sup>205</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.125

<sup>206</sup> Biblioteca Nacional de Chile. Sala Medina. Servicio Geográfico del Ejército. Cartografía de Ultramar. Carpeta IV. P.38 N° 103.

<sup>207</sup> El adelanto experimentado por la Serena en las primeras décadas del siglo XVII debido al incremento del cultivo de trigo fue afectado por invasiones de piratas ingleses. Bartolomé Sharp atacó e incendió la ciudad en 1680; en 1686 volvió a ser agredida por Edward Davis. Estos ataques representaron una enorme pérdida para la ciudad y sólo el convento de San Francisco se salvó de la destrucción.

<sup>208</sup> CUNILL, Pedro: *Fuentes cartográficas en la génesis de los tipos de poblamiento chileno siglos XVI al XVIII*. op.cit. p.169

Valdivia y Santiago de Castro tenían características similares a La Serena. El plano de Valdivia levantado por marinos holandeses el año 1643 muestra que, a pesar de su menor tamaño en comparación con otros centros coloniales chilenos de la época, pudo alcanzar una extensión excesiva si se considera el bajo número de pobladores. El crecimiento de Valdivia fue posible porque los huertos ocupaban una gran parte del suelo urbano; además, se reservó cerca del 50% de la superficie de la ciudad para plazas y los solares se edificaron sólo por el perímetro.

Las construcciones en el borde de las manzanas permitían definir el espacio urbano no obstante la reducida cantidad de edificaciones; esta solución facilitaba la lectura del trazado poco consolidado, donde la abundante vegetación, según Darwin –que conoció Valdivia a comienzos del siglo XIX- realizaba a las calles y daba a la ciudad la apariencia de un vergel.

*.... la ciudad se hallaba tan por completo envuelta por un bosque de manzanos que sus calles vienen a ser como los senderos de un vergel*<sup>209</sup>.

En el plano de Santiago de Castro del año 1643, se advierte una situación similar; porque, debido a la escasa ocupación del sitio urbano, únicamente se consolidó el área central y la periferia, incipientemente ocupada, apenas estaba delineada. Esta situación refleja que después de transcurridos 76 años desde su fundación en 1567, la ciudad apenas había crecido. La condición descrita se explica por su ubicación en el lejano archipiélago de Chiloé y la complejidad de su historia; dos circunstancias que apenas le permitieron sobrevivir. Sin embargo, a pesar del fuerte aislamiento, la pobreza de sus pobladores, la hostilidad del entorno y retrocesos en su desarrollo urbano por los ataques de otras naciones europeas, la ciudad se mantuvo como una posesión española permanente aunque debía autoabastecerse a través de productos cultivados en los huertos de la ciudad; en consecuencia, la baja densidad respondía al contexto.

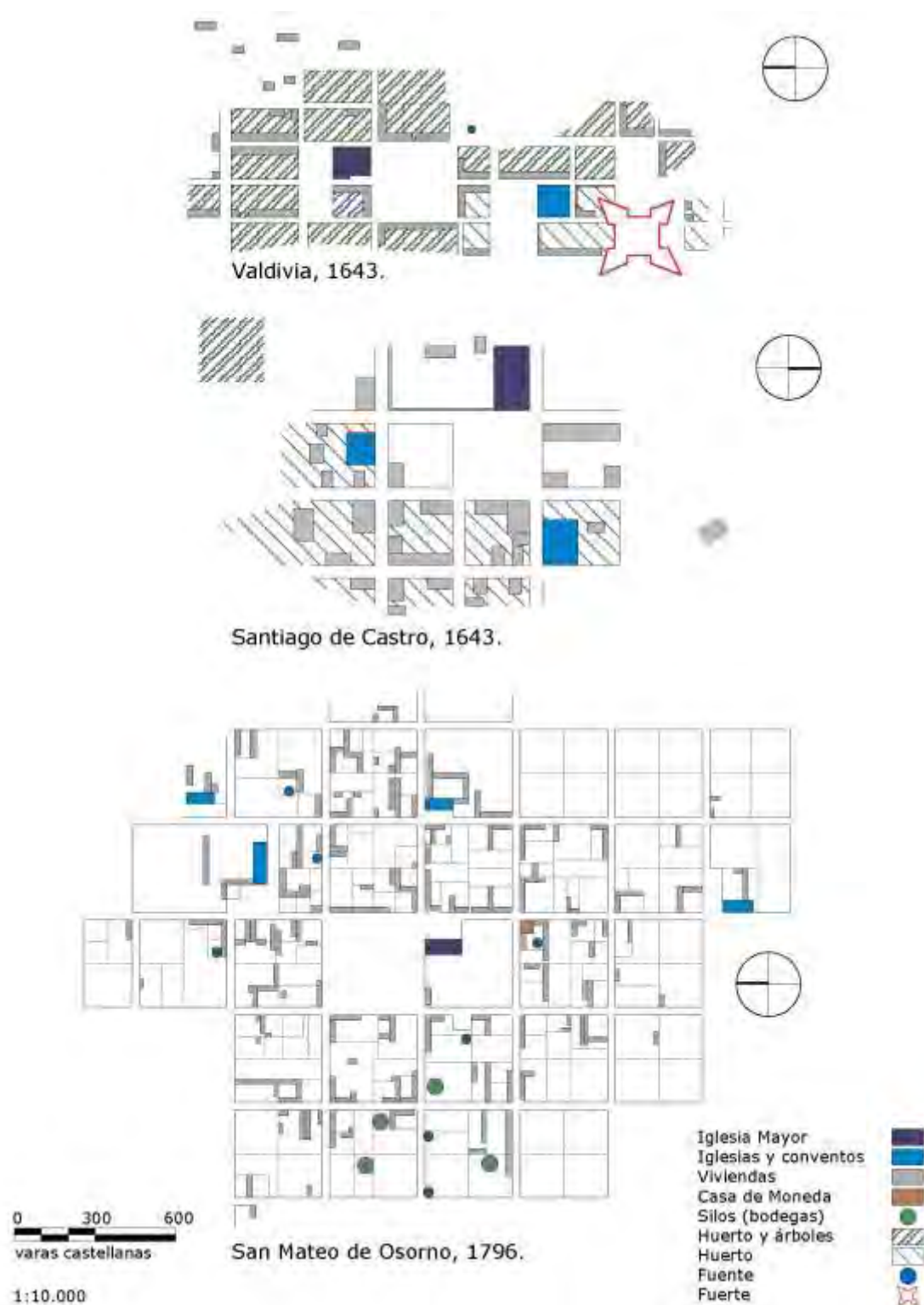
En un plano de San Mateo de Osorno, levantado por José Ignacio de Andía y Varela en 1796, también se advierte que la superficie sin edificar, superaba notoriamente a las áreas construidas. Las manzanas centrales concentran la ocupación y densidad de la edificación; en las siguientes, las construcciones disminuyen drásticamente y sólo a tres calles desde la plaza los solares están casi desocupados. Esta forma de desarrollo urbano -donde la periferia urbana se diluye en el entorno circundante- es un ejemplo histórico de ciudad difusa que era tan común en Chile colonial. La baja densidad de San Mateo de Osorno fue resultado de un asedio indígena permanente que culminó en el despoblamiento del núcleo a fines del siglo XVI y la interrupción de su proceso de desarrollo urbano.

Es importante destacar que en Chile colonial hubo otras ciudades que sin enfrentar un contexto histórico comparable al de Osorno, Valdivia o Castro también tenían baja densidad de ocupación. María Graham al describir a Casablanca recalca la débil ocupación de la pequeña ciudad, porque la mayor parte de los vecinos residía en las haciendas vecinas, y señala como presencias importantes a la plaza circundada por la iglesia, las posadas -que se relacionaban con la función de lugar de descanso en el viaje de Santiago a Valparaíso que tenía la ciudad-y las quintas con huertos<sup>210</sup>.

La Serena, Valdivia, Santiago de Castro y Osorno no fueron ejemplos aislados de ciudades que, a pesar su escasa población o agresividad de su entorno, alcanzaron dimensiones significativas en sus fases iniciales. El predominio de espacios vacíos y huertos que recordaban al campo, aunque en condiciones menos extremas, es una característica de la mayoría de las ciudades chilenas, incluyendo extensos sectores de Santiago del Nuevo Extremo.

<sup>209</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. p.187

<sup>210</sup> GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile* op.cit. p. 244



### Densidad de ocupación en Valdivia, Santiago de Castro y San Mateo de Osorno

Fuentes: Planos de Valdivia y Castro 1643 levantados por marinos holandeses<sup>211</sup> y Plano de Osorno de José Ignacio de Andía y Varela. 1796<sup>212</sup>

<sup>211</sup> Biblioteca de la Universidad de Göttingen.

<sup>212</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 316



María Graham se refiere a la existencia de huertos en la capital de Chile cuando describe la quinta del canónigo Herrera en Santiago del Nuevo Extremo. La viajera inglesa destacó al jardín, las pequeñas corrientes de agua conducidas por canales para regar a una colección de flores, naranjos, limoneros, un extenso huerto, viña, lechería *y todo lo que hace grata y provechosa la vida del campo*<sup>213</sup>. La alusión a la vida en el campo contrastaba con la ubicación de la quinta, junto a la Alameda de Santiago y distante apenas a cuatro calles de la plaza mayor de la principal ciudad chilena<sup>214</sup>. La escasa ocupación del suelo urbano en Santiago del Nuevo Extremo también fue un tema resaltado por Frezier<sup>215</sup> al explicar que aún cuando los solares originales se habían subdividido, era posible que cada casa tuviera patio y jardín. Esta característica de la capital de Chile refleja la propensión a crecer en extensión y baja densidad. La imagen siguiente muestra el rápido cambio en la densidad de ocupación del suelo en Santiago desde el área central, con sus lotes totalmente edificadas, y que en una secuencia de sólo tres manzanas, fueron reemplazados por parcelas urbanas casi sin construir.



#### Ocupación de las manzanas en Santiago desde el centro a la periferia

Fuente: Plano anónimo de Santiago fechado en 1809 <sup>216</sup>

En San José de Buenavista -fundación en el valle de Curicó, en una zona alejada del escenario de la guerra interna- también se manifiestan diferencias en la densidad de ocupación de los distintos sectores urbanos. Al analizar un plano de 1807 que muestra la edificación, se deduce que la planta teórica -representando el trazado- no coincidía con el tamaño y morfología real de la ciudad porque la ocupación del suelo urbano se concentró en el área sur poniente de la cuadrícula, dejando a los sectores norte y oriente con bajas densidades o desocupados. El plano informa que el trazado comprendía 196 solares -incluyendo los cuatro de la manzana reservada a la plaza- y sólo 35 se ocuparon totalmente, 34 estaban parcialmente construidos, 61 lotes adjudicados no fueron edificados y 62 solares permanecían sin asignar.

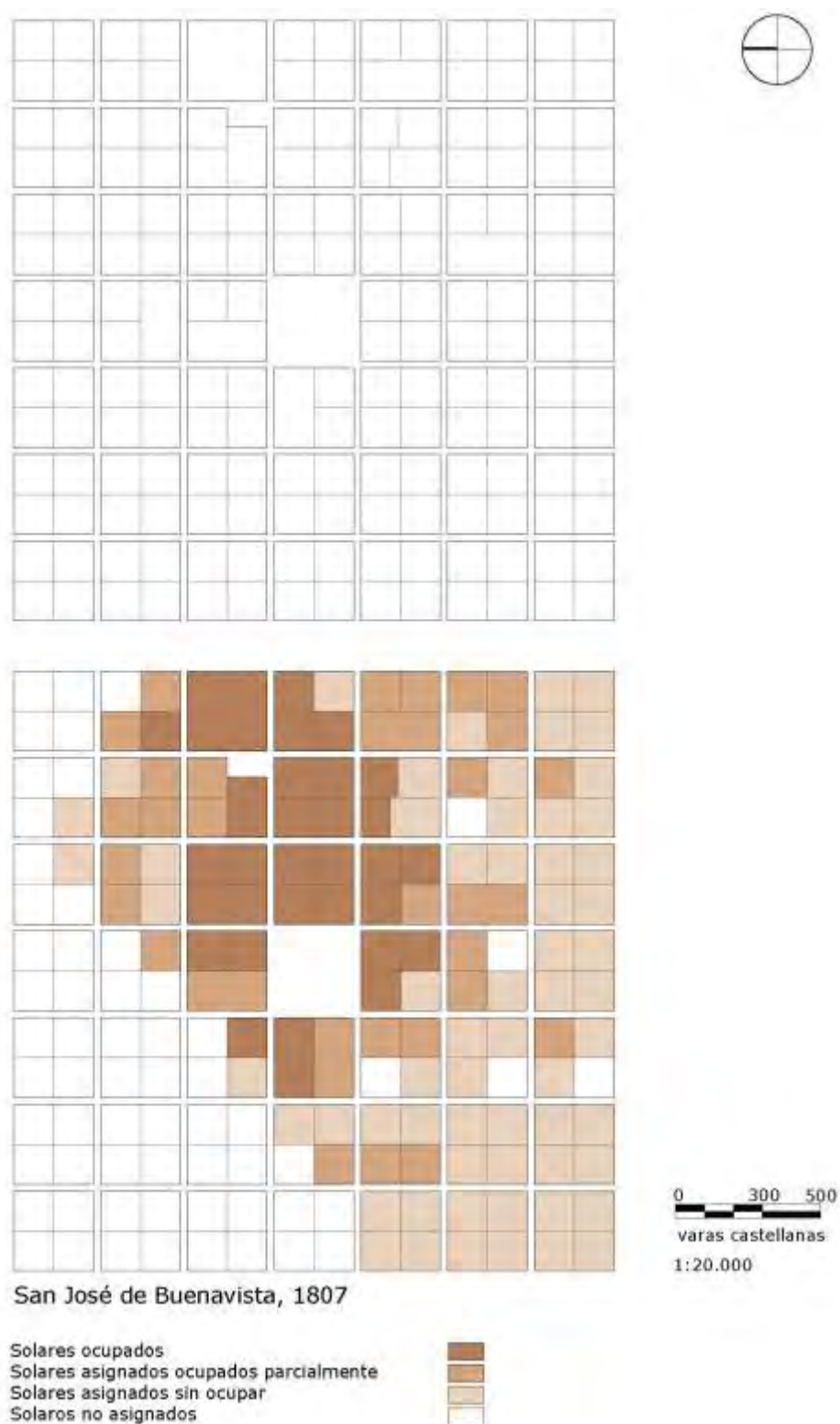
El total de lotes no ocupados o no adjudicados corresponde al 50% de la superficie de la ciudad. Al analizar la ocupación efectiva de la trama urbana se aprecia que de 49 manzanas conformando el trazado de 9X9 cuadrículas, sólo diez se construyeron por todo su contorno, seis fueron parcialmente edificadas y ocho tenían solamente una construcción. Esta forma de uso del suelo urbano generó una diferencia entre la ciudad teórica -expresada en el plano de repartimiento- y la ciudad real. Asimismo, afectaba la posición de la plaza que, teóricamente, estaba en el centro del trazado; no obstante, como resultado de la ocupación irregular del plano urbano quedó en una posición periférica. El plano permite descubrir las influencias del convento de La Merced -que ocupaba una manzana en el costado poniente de la trama- como un lugar que orientó la ocupación de la cuadrícula y del cerro adyacente al núcleo que sirvió de referencia para construir la alameda, que también reforzaba la vida urbana en el costado poniente de la ciudad.

<sup>213</sup> GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile* op.cit. pp. 265-266

<sup>214</sup> GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile* op.cit. p. 244

<sup>215</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.98

<sup>216</sup> Archivo del Museo Británico; Londres.



### Plano teórico y plano con densidad de ocupación de San José de Buenavista

Fuente: Plano de la Villa de Curicó. Francisco Muñoz. 1807 <sup>217</sup>

<sup>217</sup> Archivo Nacional. Santiago.

## Capítulo IV

### El orden de la ciudad y la diversidad del paisaje

---

## 4. EL ORDEN DE LA CIUDAD Y LA DIVERSIDAD DEL PAISAJE

### 4.1 Estructuras territoriales y variaciones del paisaje

En sus exploraciones por la región chilena, los conquistadores españoles conocieron una sorprendente diversidad de paisajes que constituyen la síntesis espacial de los rasgos geográficos dominantes en cada territorio. En sentido norte-sur, los paisajes exteriorizan las transiciones ambientales que se despliegan entre el vasto desierto de Atacama y la compleja topografía de la Patagonia. En dirección oriente-poniente, el relieve y la vegetación estructuran una sucesión de paisajes que pronuncian los cambios morfológicos desde las cimas andinas hasta las planicies costeras.



**Secuencia de paisajes desde la cordillera de Los Andes hasta el océano Pacífico<sup>1</sup>**

De norte a sur, la serie de paisajes que conforman la región chilena se inicia en los paisajes homogéneos y extensos del desierto de Atacama que, progresivamente, se descompone en unidades menores conformadas por los valles centrales. A partir del río Bío Bío, el encadenamiento de valles se disgrega en planicies fragmentadas por montañas, volcanes, lagos, ríos y masas de bosques. Avanzando en dirección sur, el fraccionamiento del paisaje es perfilado por la presencia de archipiélagos, fiordos y campos de hielo. En el extremo austral de este recorrido longitudinal, paralelo a Los Andes, emergen nuevos paisajes homogéneos asociados a las amplias estepas de la Patagonia continental y de la Tierra del Fuego.



**Secuencia de paisajes de valles al norte del río Bío Bío<sup>2</sup>**



**Secuencia de paisajes al sur del río Bío Bío<sup>3</sup>**

<sup>1</sup> Atacama, [www.chileantourism.cl](http://www.chileantourism.cl). (izquierda); Valle de Copiapó <http://www.ecolyma.cl/galeria> (centro); Costa de Chañaral en <http://www.geographie.unierlangen.de> (derecha)

<sup>2</sup> Valle de Copiapó; <http://www.geographie.unierlangen.de>; (Izquierda) Valle del río Limarí en página [http://www.members.tripod.com/naturaleza\\_chilena](http://www.members.tripod.com/naturaleza_chilena) (centro); Viñas en valle zona central (derecha)

<sup>3</sup> Lago Conguillío en [www.wikipedia.com](http://www.wikipedia.com) (izquierda); Valle río Ibáñez [www.riosysenderos.com](http://www.riosysenderos.com) (centro); Glaciar O'Higgins, en página web [www.villaohiggins.com](http://www.villaohiggins.com) (derecha)

En dirección norte-sur, siguiendo una franja paralela a la costa del Pacífico de 4.500 km de longitud<sup>4</sup>, las dilatadas planicies que estructuran los paisajes dominantes en el litoral norte se transfiguran paulatinamente en playas menores contenidas por los cerros y acantilados que estructuran los sistemas costeros del centro y sur del país. La secuencia por la franja del litoral culmina en variados paisajes definidos por las islas, glaciares y fiordos que conforman las costas australes.



**Secuencia de paisajes costeros de norte a sur<sup>5</sup>**



**Secuencia de paisajes cordilleranos de norte a sur<sup>6</sup>**

Tres accidentes geográficos son referencias de las variaciones del paisaje en sentido longitudinal. El río Bío Bío, que marca el contraste entre los amplios valles centrales y los disgregados paisajes de la zona sur; el canal de Chacao, que señala el inicio de los territorios fragmentados por los archipiélagos, fiordos y campos de hielo que estructuran a los paisajes de la Patagonia; finalmente, el estrecho de Magallanes es la principal referencia de los cambios del paisaje entre las extensas estepas que se desarrollan en la zona continental austral y el archipiélago de Tierra del Fuego.

En sentido transversal, el paisaje varía gradualmente desde las nevadas alturas de Los Andes hasta las cálidas planicies en el litoral del Pacífico. En esta secuencia, las transiciones geográficas tienen fronteras espaciales menos evidentes porque, en la zona norte, los paisajes de los montes andinos y el altiplano se integran al desierto de Atacama que, a su vez, avanza hasta confundirse con amplias extensiones de playas. En la zona central, el recorrido espacial de oriente a poniente comprende una serie de paisajes asociados sucesivamente a las cumbres andinas, el altiplano, los valles que conforman la depresión central, la cordillera de La Costa -que corre paralela a las planicies litorales- y las playas separadas por cerros costeros. En el territorio sur, los paisajes característicos de los valles centrales son reemplazados por paisajes heterogéneos formados por planicies y valles menores -separados por montañas y bosques- que se internan hasta los acantilados costeros. En la zona austral, las montañas se sumergen en el mar dejando a la vista sus cimas nevadas y sus pendientes cubiertas de bosques que estructuran el relieve de islas, fiordos y glaciares.

<sup>4</sup> Longitud establecida a partir de una línea imaginaria y paralela a la costa que se extiende entre el valle de Copiapó y el Cabo de Hornos, en el extremo meridional de Tierra del Fuego.

<sup>5</sup> Costa de Chañaral, [www.geographie.unierlangen.de](http://www.geographie.unierlangen.de) (izquierda); Costa de Carelmapu, publicada en CRUZ DE AMENABAR, Isabel, *Sobrevivencia y cultura en la tierra austral*. Introducción libro *Iglesias del fin del mundo*. Imprenta Ograma, Santiago, 2006, p.62 (centro); Campo de hielo norte en la comuna de Tortel [gosouthamerica.about.com](http://gosouthamerica.about.com) (derecha)

<sup>6</sup> Salar de Atacama; [www.chileantourism.cl](http://www.chileantourism.cl). (izquierda); Cerro Castillo en la región de Aysén. Montes en zona de Magallanes. [www.members.tripod.com/naturaleza.chilena](http://www.members.tripod.com/naturaleza.chilena) (derecha)

La diversidad del paisaje también se expresa en la existencia de diferentes tipos de fauna y vegetación –asociados a los cambios del clima y el relieve- y ambientes con características espaciales disímiles y hasta opuestas. Por esto, los conquistadores europeos conocieron paisajes homogéneos y de extensiones descomunales como el desierto y la estepa –donde la mirada se pierde en un horizonte inalcanzable- hasta los paisajes laberínticos y recónditos de bosques, fiordos y archipiélagos, donde las referencias de proximidad se funden en horizontes cercanos. Entre ambos extremos se desarrolla una amplia variedad de paisajes que responden de diferentes formas a los ciclos estacionales y cambios del clima. En el desierto, la transición del verano al invierno apenas se refleja en las variaciones del paisaje; sin embargo, en las islas y los bosques del sur, la diversidad del paisaje es realzada por los dinámicos cambios de la vegetación que se suceden a lo largo del año.

La diversidad climática, morfológica y cromática de la naturaleza chilena era tal que los cronistas coloniales –como aconteció en las demás regiones americanas- tenían dificultades para describirla; especialmente complejo fue representar gráficamente la magnitud y cambios físicos del espacio natural; por esto, algunos paisajes fueron vistos como formaciones indescriptibles, incomprensibles y hasta caóticas. Si se considera que una necesidad existencial del hombre es habitar lugares explicables o comprensibles es posible deducir que el carácter indescifrable del paisaje debía ser contrarrestado mediante ciudades estructuradas bajo un orden –representado por el plano cuadrículado- cuya regularidad geométrica afrontaba la enigmática diversidad del paisaje y remitía a principios culturales conocidos y respetados.

Al respecto, también debe tenerse en cuenta que la cultura europea desde la época clásica ha buscado someter a las fuerzas del caos mediante las potencias del orden. Análogamente, la cultura cristiana plantea que la creación del mundo fue un acto divino que simboliza el paso del caos al orden. Desde esta perspectiva, las ciudades coloniales, por su condición de obra cristiana, debían enunciar los valores culturales arraigados en la geometría cartesiana y el significado de la cruz; asimismo, debían subrayar la misión evangelizadora de la conquista construyendo un mundo sagrado y conocido que debía imponerse al mundo profano y desconocido, representado por las culturas prehispánicas y una naturaleza desmesurada e ignota. Al establecer en los extraños paisajes americanos, lugares estructurados por una geometría simple y ortogonal, los fundadores de ciudades implantaban en la selva –símbolo natural del caos- leyes ordenadoras que les permitían diferenciar a los espacios consagrados, como las ciudades, de los espacios profanos simbolizados por el paisaje y lugares habitados por sociedades indígenas sin evangelizar. En este sentido, las ciudades coloniales pueden estudiarse como estructuras de dominio que estaban inmersas en paisajes incomprensibles.

Cada acto fundacional reproducía el orden primario que se había establecido en las ciudades coloniales pioneras; un orden sustentado en una estructura centralizada, regida por sencillas leyes geométricas y orientada por los puntos cardinales. El trazado y divisiones internas de la ciudad –manzanas y solares cuadrados- también eran elementales. Así, las ciudades fueron estructuras miméticas que repetían el orden básico instaurado por sus precedentes inmediatos y, sucesivamente, definían territorios medidos y ordenados que irrumpían en una naturaleza desmedida y compleja que, espacialmente, se expresaba en la diversidad del paisaje.

Con la fundación de una ciudad se intervenía el territorio y se delimitaba un espacio regido por la medida humana y la geometría cuadricular. La planta urbana, con su trazado ortogonal y homogéneo, permitía diferenciar entre orden y caos, cultura y naturaleza, repetición y pluralidad. Los espacios externos a las ciudades contenían amenazas generadas por una naturaleza inmensa, salvaje y caótica; en oposición, las ciudades eran refugios que admitían la medida, los valores de la cultura europea y el orden.



### 4.1.1 Aspectos globales y específicos del orden geométrico de las ciudades

La cualidad ordenadora de las ciudades coloniales se expresaba en la repetición del plano cuadrículado compuesto de calles rectas y trazadas a intervalos iguales, con divisiones urbanas –manzanas- idénticas en su forma y dimensiones y con un punto central, señalado por una plaza cuadrada. En cada manzana se reiteraba la medida del terreno asignado a la plaza, que era la unidad urbana básica y génesis del orden que encarnaba toda ciudad. La plaza era el espacio más representativo de la ciudad porque las construcciones emplazadas en su entorno y los ritos de la vida urbana que se desarrollaban en ella mostraban la complejidad funcional y el significado de cada fundación. En la plaza se exteriorizaban los valores simbólicos que apoyaban la colonización y era el único lugar de la trama reservado como espacio sin edificar perteneciente a todos los pobladores.

El plano cuadrículado consolidó una morfología compartida en sus rasgos generales por todas las ciudades coloniales, facilitó la integración entre fundaciones y secundó el proceso de colonización porque era una forma geométrica que, teóricamente, podía aplicarse en diferentes paisajes. La potencia ordenadora del trazado urbano desdecía la diversidad del paisaje y resaltaba la presencia de las ciudades como estructuras que identificaban culturalmente a los conquistadores.

Con el crecimiento de los núcleos fundacionales surgieron diferentes combinaciones de los elementos urbanos originales reflejando la evolución de cada ciudad. El plano cuadrículado -como consecuencia de la expansión de los núcleos y la adaptación del trazado al sitio de fundación- comenzó a transformarse en función de las cualidades específicas del relieve y el modo particular de inserción de cada ciudad en su propio paisaje. En sus procesos individuales de desarrollo, las ciudades coloniales no sólo reproducían un modelo urbano teórico sino que iban perfilándose como estructuras enlazadas dinámicamente con su propio contexto. Así, cada ciudad chilena poseía características morfológicas que remitían a la ciudad colonial genérica; pero, a la vez, adquirieron rasgos distintivos y diferenciadores que surgieron de la adaptación a su entorno.

Los primeros fundadores de ciudades actuaron en el territorio eludiendo o negando la diversidad del paisaje mediante la repetición de la cuadrícula. No obstante, en su proceso evolutivo, los núcleos fundacionales se fueron adecuando progresivamente al relieve de su entorno hasta conformar una realidad única. Por otra parte, a pesar del surgimiento de rasgos individuales -generados por el ajuste del trazado al lugar de fundación y por las necesidades específicas del crecimiento urbano- las ciudades coloniales no eran estructuras independientes porque, además de poseer una forma coherente con su sitio de fundación y sus particularidades funcionales, componían una estructura única de dominio: la red de colonización.

La red de colonización fue la expresión física y tangible de un sistema jerarquizado de administración y gobierno del territorio que integraba a las ciudades, haciendas, fuertes, pueblos de indios, misiones y caminos. Sin embargo, esta manifestación de dominio a escala continental debía concertarse con los dominios específicos de cada sitio; así, en la morfología urbana resultante de cada proceso individual convergían el orden colectivo que regía a la colonización como acción global y el orden propio que identificaba a cada ciudad. A escala continental –en respuesta a la extensión y vastedad del paisaje- las ciudades eran parte de una estructura física de dominio que exteriorizaban su incorporación al sistema único de colonización a través de características como la distancia entre fundaciones, el trazado en cuadrícula, la repartición del espacio urbano en solares iguales y la ubicación de edificios públicos alrededor de la plaza. Las ciudades también se relacionaban entre sí mediante su integración al sistema de comunicaciones y su inserción al orden administrativo de nivel continental, que condicionaba la jerarquía de cada centro colonial.

En el proceso de urbanización colonial de Chile, en concordancia con la explicación anterior, se distinguen dos escalas de ocupación del territorio –continental y local- que se reflejaban en la morfología urbana. A escala continental, la geometría básica del plano cuadrículado revelaba que las ciudades se integraban a una estructura de dominación única, que articulaba la totalidad del territorio americano colonizado por España. A escala local se advierten variaciones geométricas que diferenciaban tanto a la trama distintiva de cada ciudad como a la modalidad específica de adaptación del trazado urbano al relieve y paisaje del sitio de fundación.

La red de colonización –liderada por las ciudades- hizo posible que un mismo patrón de dominio físico y cultural pudiera implantarse por paisajes y contextos históricos diversos; asimismo, permitió reducir la variedad del asentamiento prehispánico con la política de concentrar a la población indígena dispersa en pueblos de indios que, progresivamente, eran incorporados a la red de colonización y hasta fueron la base para fundar ciudades. Los pueblos de indios, antes de integrarse definitivamente a la estructura colonizadora, denotaban sus afinidades morfológicas con el sistema de dominación español por su trazado cuadricular con plaza central y su orientación en función de las direcciones cardinales<sup>7</sup>. La red de ciudades encarnaba al nuevo orden imponiéndose sobre el territorio; era un modo de organización del espacio que se sostenía en la repetición intencionada de una forma urbana que se identificaba con el orden geométrico cartesiano y la ordenación jerárquica de la trama subrayada por la posición central de la plaza, donde convergían las funciones y los símbolos más representativos de la soberanía española.

El plano cuadrículado –principal rasgo de identidad de las ciudades coloniales- era una forma abstracta que, teóricamente, podía repetirse en cualquier territorio y por esto, tenía potencial para apoyar el proceso de dominación y convertir a un mundo plural en una nueva realidad regida por similares principios de orden. Sin embargo, las semejanzas que caracterizaban al trazado original de los núcleos fundacionales se fueron alterando de acuerdo con la realidad espacial y el contexto cultural que enmarcaba el desarrollo de cada ciudad.

La uniformidad morfológica de las ciudades –generada por la repetición del trazado cuadricular- y la sujeción a un mismo sistema de administración, gradualmente, fue dando paso a formas urbanas diferenciadas que derivaron de la posición específica de cada ciudad en el territorio y de las particularidades del paisaje que constituía su entorno. A escala local y de acuerdo con las características particulares de cada sitio de fundación, la estructura original de las ciudades se fue transformando porque los procesos urbanos, que también fueron procesos diferenciadores, dependían de las condiciones locales y sus influencias en la evolución individual de cada núcleo. La relación entre las partes –representadas por las ciudades- con la totalidad –red de colonización- fue decantando en diferentes modalidades de dominio del espacio que respondían a las cualidades genéricas del territorio chileno y a las características de los distintos paisajes. Lo anterior, porque son paisajes con fisonomías específicas que los individualizan pero, al mismo tiempo, comparten rasgos identificables con la región chilena como totalidad geográfica.

La extensión, vastedad, proporción y diversidad –cualidades genéricas del paisaje americano- influyeron en la concepción unitaria y sistemática de la colonización y en la forma de las ciudades en sus fases fundacionales. Sin embargo, dentro de la integridad representada por la red de colonización, surgieron diferentes respuestas urbanas generadas por las condiciones ambientales específicas, la historia local y las singularidades del paisaje en cada sitio.

---

<sup>7</sup> Los pueblos de indios de Sotaqui y Guamalata de acuerdo con la planimetría histórica se organizaban en función de los puntos cardinales.

José Luis Romero explica que cada fundación daba origen a una sociedad compacta, militante y homogénea a la que correspondía conformar la realidad circundante y adecuar sus diferentes elementos naturales y sociales, autóctonos y exógenos, a un diseño preestablecido, impuesto sobre una realidad que se consideraba inerte y amorfa. Los núcleos organizados en la red de ciudades, se regían por una ideología que remitía a un sistema político riguroso y jerárquico, configurando una América hispánica, europea y católica; un imperio colonial sin expresión propia porque debía reflejar su dependencia respecto del mundo que lo había creado<sup>8</sup>.

*Sin duda compartían todas las ciudades las mismas funciones básicas que les había fijado la política colonial española: asegurar el dominio de la zona, ser baluartes de la pureza racial y cultural del grupo colonizador y promover el desarrollo de la región en que estaban insertas. Pero cada una de ellas había recibido una función específica: eran puertos, o reductos militares, o centros mineros, o emporios mercantiles.*<sup>9</sup>

América fue colonizada con un sistema de relaciones creado y dirigido desde Europa y, con la ciudad como el principal instrumento de dominación cultural y espacial, se intentó homogeneizar un mundo plural y diverso. Sin embargo, Romero explica que con el tiempo, las sociedades urbanas coloniales sobrepasaron los alcances de las funciones instrumentales que inicialmente se les había asignado y comenzaron a perfilar sus funciones reales. A partir de la interpretación de su historia, sus estilos de vida y sus proyectos para el futuro, las diferentes sociedades urbanas dejaron vislumbrar diversas tendencias así como las funciones que cada ciudad debía, podía o quería cumplir. Esta evolución se hizo ostensible en las variadas combinaciones morfológicas que se adoptaron en las ciudades.

*... por debajo de las funciones básicas que la ciudad asumía, aparecieron los estilos de vida del conjunto y de cada uno de los grupos sociales, dibujando la peculiaridad de cada cultura urbana. Estas definiciones entrañaban una interpretación del pasado y un proyecto para el futuro: constituían las ideologías específicas con que cada una de las ciudades iba sustituyendo poco a poco la ideología genérica de la colonización, y al diferenciarse, remodelaban el cuadro del imperio originario- utópicamente homogéneo- e insinuaban el nuevo ordenamiento que vendría más tarde*<sup>10</sup>

Romero plantea que en el contexto dinámico y evolutivo de la colonización se fue definiendo, en cada núcleo urbano, una cierta autonomía que nació como respuesta concreta a las circunstancias históricas reales de las regiones donde cada ciudad fue implantada, como solución a los desafíos que debían enfrentar y como adecuación a las condicionantes específicas de su entorno, que escapaban a las generalizaciones. El emplazamiento de las ciudades en sitios de fundación que tenían características territoriales propias, sus problemas reales y sus reales posibilidades de desarrollo futuro promovieron la autonomía de los centros urbanos y el paso desde una forma urbana teórica a una ciudad real.

*... La ciudad formal de las primeras fundaciones empezó a descubrir que estaba en un sitio real, rodeada de una región real, comunicada por caminos que llevaban a otras ciudades reales a través de zonas rurales reales, todo con características singulares que escapaban de cualquier generalización curialesca. Y empezó a descubrir que de eso derivaban sus verdaderos problemas y dependían sus posibilidades futuras. Así, las ciudades se hicieron reales tomando conciencia de la región en la que estaban insertas*<sup>11</sup>

<sup>8</sup> ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op. cit. pp.13-15.

<sup>9</sup> ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op. cit. p.17

<sup>10</sup> ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op. cit. p.17

<sup>11</sup> ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op. cit. p.67.

Las ciudades coloniales, básicamente, eran un sistema social *-polis-* y una forma física<sup>12</sup> *-physis-* que, respectivamente, se reconocen en el sistema administrativo y en el plano cuadrículado. El análisis de documentos históricos demuestra que estas cualidades no fueron rígidas sino que evolucionaron según el contexto local y modo de articulación de cada ciudad al proceso colonizador que, en Chile, también fue un proceso de diferenciación que se iba plasmando en las distintas formas de dominio. El conocimiento del territorio y el perfeccionamiento de la cartografía permitieron identificar las diferentes unidades de paisaje y adecuar a las ciudades a sus propias circunstancias, en un proceso dinámico de arraigo.

La adaptación paulatina de las ciudades chilenas a su realidad propia y singular fue más acentuada en el siglo XVIII porque -después de la larga interrupción de 150 años- el proceso de urbanización fue activado y reformulado mediante la aplicación de nuevas estrategias colonizadoras orientadas a revertir el descendente desarrollo anterior. A partir de la segunda mitad del XVIII se fundaron decenas de ciudades, cuya cartografía histórica sugiere que el plano cuadrículado se fue consolidando en concordancia con las circunstancias específicas de cada espacio geográfico, de cada unidad de paisaje y de cada sitio de fundación.

En la forma básica del trazado fundacional y en las funciones predominantes de las ciudades chilenas se reconocen las características genéricas que compartían todos los centros urbanos, evidenciando así su incorporación al sistema de colonización de escala continental; no obstante, a escala local, la diversidad del paisaje en los sitios urbanos y el contexto cultural donde estaba inserta cada fundación influyeron en la diferenciación morfológica y en diversas formas de crecimiento que individualizaron a las ciudades como distintas modalidades de arraigo al lugar.

Las mayores diferenciaciones morfológicas y funcionales entre las ciudades chilenas surgieron durante el siglo XVIII, cuando los núcleos fundados en el XVI alcanzaron un nivel de evolución que expresaba sus trayectorias particulares. En el siglo XVIII, con el conocimiento que se tenía del territorio, era posible especificar las funciones de las nuevas ciudades y ajustar la cuadrícula a las particularidades de los sitios de fundación. Estas características diferenciadoras eran más visibles en las estructuras defensivas proyectadas por ingenieros militares.



**Diferenciación morfológica de los castillos de Niebla y Amargos<sup>13</sup>**

<sup>12</sup> Según hace notar Salvador Mas, Physis y Polis son dos esferas que expresan orden y regularidad. En MAS TORRES, Salvador: *Ethos y polis. Una búsqueda de la filosofía práctica en la Grecia antigua*. Ediciones Istmo. Colección Fundamentos N°213. Madrid, 2003. p. 12.

<sup>13</sup> Diseñados en 1767 por el ingeniero militar Juan Garland como parte del proyecto de mejoramiento de las defensas de Valdivia. Los planos están publicados por el Servicio Geográfico e Histórico del Ejército: *Cartografía de Ultramar*. Madrid 1949-1958. Niebla en la Carpeta 14. p.31. N° 96 y Amargos en la Carpeta 14. p.30. N° 95

### 4.1.2 La idea de orden y su plasmación en el proceso de colonización

En esta parte de la tesis se examina la idea de orden durante el siglo XVIII –la fase más activa en la urbanización colonial en Chile- rescatando los aspectos que sirven como referencia teórica para estudiar los cambios morfológicos y funcionales de las ciudades. En forma introductoria se presenta una síntesis de las características que identifican a la época analizada, puntualizando aquellas que tuvieron más influencia en las transformaciones experimentadas por las ciudades coloniales chilenas.

El siglo XVIII es un momento histórico complejo en su significado, causas y efectos pues en él se entrecruzaron ideas y acciones desiguales. En América, fue una época condicionada por la existencia de conflictos -levantamientos indígenas<sup>14</sup> y tráfico de esclavos- que se mezclaban con la búsqueda casi utópica del progreso económico y social. Otro contraste era la coexistencia de expresiones culturales sostenidas por principios distintos y hasta opuestos como se advierte en el advenimiento del arte y la arquitectura neoclásica y su competencia con el arte y arquitectura barroca. Una situación análoga se repetía en el ámbito político porque las ideas progresistas que culminaron con la independencia de las colonias americanas de España estaban entremezcladas con los postulados del despotismo ilustrado. En este ambiente de fusiones y transformaciones, las ideas de orden y regularidad -características más visibles de las ciudades coloniales- en Chile adquirieron una relevancia comparable o hasta superior a los siglos precedentes.

Por su complejidad, el siglo XVIII recibió diversos nombres: Siglo de la Razón, Siglo de Las Luces o Ilustración. El calificativo de Siglo de la Razón se relacionaba con la revisión crítica del pensamiento y el surgimiento del concepto de razón como fuente e instrumento del conocimiento y principio sustentador de las ideas y acciones. Las ciencias, la sociedad, la filosofía, el arte y la historia se examinaron racionalmente con el propósito de alcanzar el conocimiento que conduciría al progreso y felicidad, principales aspiraciones sociales de la época. Considerar a la razón un instrumento de exploración y análisis del mundo o para comprender y dominar a la naturaleza no fue una idea exclusiva del siglo XVIII, sin embargo, en este tiempo, trascendió el contexto de las teorías científicas y filosóficas para materializarse en realizaciones concretas que abarcaron diversos campos.

El nombre de Siglo de Las Luces también posee diferentes significados. Francastel señala que el término *luces* ha estado en constante evolución y el significado que le damos en la actualidad no coincide con el que poseía históricamente. La palabra luz, en sentido figurado designaba aquello que ilumina el espíritu, a las luces de la razón o la capacidad intelectual -natural o adquirida- y también se refería al grado de civilización o el nivel de conciencia a que se había llegado. Para Francastel, la expresión *luces* se vinculaba a una corriente de ideas y acciones que culminaron en reformas históricas de la sociedad<sup>15</sup>. El término *Ilustración* también era portador de varios significados; en síntesis, concernía a las distintas tendencias del pensamiento filosófico, científico, estético, económico y social que, desde posiciones antagónicas, buscaban el método -racionalista o empírico- que permitiera explorar, descubrir y difundir las relaciones filosóficas, dinámicas y geométricas entre las ideas de razón y naturaleza<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Un célebre levantamiento indígena de la colonia fue el ocurrido en Perú, liderado por Tupac Amaru

<sup>15</sup> FRANCASTEL, Pierre. *La Estética de las Luces*. Publicado en *Arte, arquitectura y estética en el siglo XVIII*. Ediciones Akal. Barcelona, 1987. p.20-22

<sup>16</sup> La postura idealista confiaba en el progreso y se oponía al empirismo liderado por David Hume quien en *Tratado de la Naturaleza Humana* defendía el valor de la experiencia como base del conocimiento. SHACKLETON, Robert: *La Ilustración: El mundo de las ideas*. Publicado en *El siglo XVIII. Europa en la época de la Ilustración*. Colección Historia de las Civilizaciones, dirigida por Alfred Cobban. Edición española de *The Eighteenth Century*. Editorial Labor-Alianza Editorial. Madrid 1989. Vol. 9 pp.354-356

A pesar de estas diferenciaciones o contrastes y no obstante que las ideas sociales, económicas, religiosas o estéticas tuvieron evoluciones diferenciadas en los diversos países, las bases conceptuales del período<sup>17</sup> fueron compartidas en tres aspectos: el primero era considerar al uso de la razón como camino conducente a las verdades fundamentales contenidas en el orden del cosmos que el hombre podía descubrir; el segundo se refería al estudio de la naturaleza como modelo de orden universal y, el tercero concernía a la búsqueda del progreso como objetivo ideal de las sociedades. Es importante recordar que la noción de orden –concepto esencial durante el Siglo de La Razón– formó parte del lenguaje de la conquista y urbanización de América desde el comienzo del proceso colonizador.

En su definición tradicional, el orden es caracterizado como una de las formas de la medida; además, es considerado como una determinada relación recíproca entre las partes y la disposición de un conjunto de entidades de acuerdo a una regla. Ferrater Mora<sup>18</sup> puntualiza que en el siglo XVIII, según Leibniz, igualmente se estimaba que el orden era jerarquía porque se expresa en series y toda serie es jerárquica.

En el siglo XVIII, el concepto de jerarquía también estaba relacionado con la noción de clasificación. El anhelo ilustrado de alcanzar una explicación racional del orden del mundo se advierte en el uso recurrente de métodos de agrupación, asociando a elementos individuales en función de sus características comunes. La clasificación, que consiste en la identificación de los rasgos dominantes que vinculan a las partes o individualidades entre sí y definen su articulación con la totalidad –comprendida como síntesis de principios rectores generales–, fue un método de análisis aplicado en disciplinas como la botánica, zoología, geografía, arquitectura y urbanismo.

Los dos paradigmas del esfuerzo filosófico y científico para ordenar el conocimiento acumulado y disperso fueron La Enciclopedia<sup>19</sup> y el método para clasificar animales y plantas –en clases, órdenes, géneros y especies– propuesto por el botánico sueco Carlos de Linneo en su *Systema Naturae* basándose en las características externas de los individuos naturales. La clasificación –a partir de agrupaciones ordenadas por sus cualidades comunes– también fue empleada como método para descubrir y fijar principios de orden arquitectónico<sup>20</sup>. El estudio de monumentos según sus formas predominantes, análogamente a los sistemas de clasificación científica o filosófica, se utilizó para comparar y agrupar a la arquitectura por principios de semejanza<sup>21</sup>.

La clasificación también fue el método empleado para abordar el difícil trabajo de describir y divulgar las particularidades naturales y culturales de América; además, permitió identificar elementos y características comparables entre el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo.

<sup>17</sup> La época se identifica con movimientos sociales y corrientes filosóficas derivadas del racionalismo del XVII que revolucionaron el pensamiento y la cultura occidental, desde mediados del siglo XVIII.

<sup>18</sup> FERRATER MORA, José: *Diccionario de Filosofía*. Editorial Ariel. Barcelona, 1999 Tomo III. p. 2646-2647

<sup>19</sup> La Enciclopedia es considerada un modelo de reflexión colectiva y de igualdad social porque en su elaboración participaron desconocidos artesanos encargados de redactar lo referente a sus oficios, miembros de la Academia de Ciencias, profesores de la Universidad de París y famosos filósofos como Voltaire, Montesquieu y Rousseau.

<sup>20</sup> Uno de los primeros análisis comparativo y clasificación de obras de arquitectura fue obra de Seroux D'Agincourt, quien recopiló varios ejemplos para definir las tipologías que expone en su obra *Histoire de l'art par les monuments, depuis sa décadence au IV siècle, jusqu'à son renouvellement au XVI*. En obras posteriores los ejemplos arquitectónicos se ordenaron por rasgos formales o constructivos. J.N.L. Durand en *Recueil et parallèle des édifices de tout genre, anciens et modernes* elaboró una teoría basada en la comparación visual con la organización de varias imágenes en una sola lámina.

<sup>21</sup> En varios textos se observa un interesante despliegue gráfico; destacándose *L'Architettura egiziana descritta e dimostrata con monumenti* y *L'Architettura antica e dimostrata* de Luigi Canina quien se remite a Piranesi como referencia. R. Dalton en su obra *A series of engravings representing views in Sicily, Greece, Asia Minor and Egypt* participó en el debate acerca de la importancia de un lenguaje artístico único y universal, al destacar elementos comunes en obras de arquitectura desarrolladas en lugares y épocas diferentes.



Berta Ares sostiene que la individualización de las características comunes permitió establecer que ambos mundos, aunque visiblemente diferentes, participaban de una misma naturaleza. Las manifestaciones naturales de Europa y América, en esencia, se organizaban en estructuras semejantes y se conformaban por iguales principios y elementos; se concluyó que el mundo americano, a pesar de su diversidad, debía participar del orden conocido y regirse por leyes similares. Los seres y fenómenos naturales del Nuevo Mundo, aunque distintos en apariencia, podían ser explicados racionalmente y formar parte de sistemas y categorías de clasificación idénticas a las del Viejo Mundo<sup>22</sup>.

A través de la clasificación se identificaron semejanzas que hicieron posible integrar la diversidad americana al orden europeo. El método de clasificación –empleado por las expediciones científicas para recopilar y ordenar los antecedentes territoriales– permitió, teóricamente, reducir la diversidad natural de América con el recurso de agrupar a los componentes naturales según sus afinidades. Las ciudades coloniales también se clasificaron siguiendo un orden que pronunciaba la jerarquía alcanzada por cada fundación de acuerdo con sus funciones urbanas y territoriales, su posición en la estructura económica y administrativa y su forma de articulación con las redes de comunicaciones de escala continental o regional.

La evolución del pensamiento filosófico, científico, artístico, político y económico del siglo XVIII derivaron en un conjunto de ideas que influyeron en la teoría y la praxis del urbanismo, orientando el objetivo de construir ciudades capaces de responder a las renovadas aspiraciones de orden y a las necesidades sociales que surgieron de la revisión crítica de las relaciones entre el hombre y el mundo.

Las ciudades –una de las creaciones más representativas de un momento histórico– en la etapa final del período colonial en el siglo XVIII, se consideraban expresiones materiales del conocimiento que había alcanzado el hombre; un conocimiento que haría posible el predominio de la cultura sobre la naturaleza, especialmente si se trataba de una naturaleza cuyos misterios habían sido parcialmente desentrañados y con una diversidad que podía reducirse mediante la sujeción a un orden conocido. La estrategia de estructurar la colonización de Chile en forma diferenciada, según las características básicas y distintivas de cada unidad territorial, es un ejemplo de esta posición<sup>23</sup>.

Las ciudades del siglo XVIII se concebían como estructuras ordenadas geométrica y funcionalmente, que debían transmitir su potencia ordenadora a los territorios que estaban bajo su influencia. Las nuevas visiones culturales acerca del significado de la ciudad se divulgan en América y las ciudades coloniales de Chile, en consonancia con las ideas en la época, dejaron de ser responsabilidad exclusiva de militares y gobernantes porque los técnicos, especialmente los ingenieros militares, comienzan a ser los protagonistas de su construcción y desarrollo. La participación activa de estos profesionales se denotaba en el fortalecimiento de las cualidades urbanas que conciernen a los conceptos de orden y jerarquía.

<sup>22</sup> ARES QUEIJA, Berta: *Estudio Preliminar*. Prólogo de la obra: LOPEZ MEDEL, Tomás: *De los tres elementos. Tratado sobre la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo*. op. cit. pp. XXVII-XXIX

<sup>23</sup> Aspecto analizado en el capítulo 1, punto 1.3 La extensión del territorio como condicionante de la colonización

## 4.2 Orden y jerarquía en las ciudades coloniales

En la ordenación de la conquista, las ciudades eran partes de una misma estructura jerárquica, a la que se integraban de acuerdo con su posición en los entramados de relaciones administrativas, económicas y culturales que sostenían la colonización a nivel continental, regional y local. Este orden jerárquico también se expresaba en la distinción entre pueblos, ciudades y villas<sup>24</sup>; entre fuertes, plazas fuertes y tercios o entre ciudades y pueblos de indios. Al interior de cada centro urbano, la jerarquía se manifestaba en la separación de los barrios para españoles o indígenas y en la diferenciación social según el grado de centralidad de los solares.

Los propietarios de solares con mayor jerarquía urbana se concentraban alrededor de las plazas mayores, por lo tanto, el progresivo distanciamiento hacia la periferia reflejaba la estratificación social de la población. Pedro Cunill destaca el prestigio que suponía ser propietario de los solares adyacentes a la plaza cuando describe un documento donde Rosa de Ahumada invoca el acuerdo, mediante el cual, su padre cedió ocho cuadras de tierra de su hacienda, para fundar a la villa de San Rafael de Rozas, a cambio de dos sitios junto a la plaza<sup>25</sup>.

El orden de las ciudades coloniales era simple y aplicable en diferentes territorios y niveles jerárquicos; también era fácil de imitar en otras estructuras de colonización como los pueblos de indios, donde se reproducía el orden geométrico de la ciudad en la totalidad definida por la trama ortogonal y en la disposición de las partes; por esto, la diferencia jerárquica entre ciudades y pueblos de indios no se manifestaba a través de la forma –ambos eran sistemas ortogonales– sino en la complejidad de las agrupaciones.

Una característica similar se advierte en las haciendas porque el orden ortogonal de los mayores conjuntos rurales era idéntico a la estructura formal que servía de base para componer pequeñas propiedades; en los dos casos, el núcleo principal era la vivienda organizada alrededor de los patios. Las haciendas menores comprendían cuatro o cinco recintos destinados a la vida cotidiana de la familia, cocina y bodegas para guardar herramientas, alimentos o cosechas; el esquema se reproducía en las viviendas de pequeños propietarios y construcciones que servían de habitación a los encargados de las haciendas. Esta estructura espacial también se reconoce en los grandes conjuntos rurales formados por secuencias de recintos abiertos a los patios mediante corredores. Las haciendas mayores tenían funciones básicas idénticas al tipo más elemental, pero en ellas se perfilaban nítidamente las distintas actividades porque el programa se ampliaba con espacios específicos como salones destinados a la familia, salones para invitados, capilla, comedores, varios dormitorios, cocina, talleres, herrerías, corrales y bodegas especializadas.

El orden jerárquico de las ciudades, a nivel continental, dependía de condicionantes relacionadas con las etapas del proceso de colonización. En la primera fase –cuando la conquista se centraba en el Caribe– la ciudad más jerárquica era Santo Domingo, que funcionaba como avanzada de conquista y referencia para la partida y llegada de expediciones. Con los descubrimientos posteriores y la incorporación de nuevos territorios a la empresa colonizadora, cambió el centro del poder político y el orden jerárquico de las ciudades. El lugar de Santo Domingo fue ocupado, más tarde, por

<sup>24</sup> Cunill señala la variedad de topónimos para tipificar en la cartografía los establecimientos coloniales entre los que menciona ciudades capital de reino, ciudad capital de provincia, ciudad regular, villa o cabecera de partido, pueblo grande con misión o parroquia, lugar pequeño, aldea, rancharío, tambo, fuerte, toldería, sitio arruinado. CUNILL, Pedro: *Fuentes cartográficas en la génesis de los tipos de poblamiento chileno siglos XVI al XVIII*. op.cit. p. 139

<sup>25</sup> Expediente adjunto al plano de la villa de San Rafael de Rozas levantado por Antonio Martínez de Mata en 1790. Archivo Nacional de Chile. Archivos de la Real Audiencia. Volumen 648. CUNILL, Pedro: *Fuentes cartográficas en la génesis de los tipos de poblamiento chileno siglos XVI al XVIII*. op.cit. p. 168

México, capital del Virreinato de Nueva España. En el sur de América, la ciudad más jerárquica era Lima, capital virreinal de Perú. En el XVIII se crearon otras dos sedes virreinales en Nueva Granada y en Río de La Plata, cuyas capitales -Santa Fe de Bogotá y Buenos Aires- comenzaron a liderar las jerarquías regionales.

La posición de una ciudad en la ordenación jerárquica de nivel continental dependía de su rango administrativo, importancia comercial, proximidad a recursos naturales valiosos y relación con el sistema de comunicaciones. Ángel Rama explica que en la estructura jerárquica, el primer lugar lo ocupaban las capitales virreinales, a las que seguían las ciudades puerto que se integraban al Circuito de La Flota; después se ubicaban las sedes de Audiencias y más atrás se ordenaban las restantes ciudades, pueblos y villorrios en jerarquía decreciente y en directa subordinación a los centros anteriores de los cuales dependían<sup>26</sup>. México, capital del Virreinato de Nueva España y Lima, capital del Virreinato de Perú fueron los centros coloniales más jerárquicos; su importancia se enunciaba en el tamaño de sus núcleos urbanos, en la extensión de su área de influencia administrativa y en la dinámica de su desarrollo económico y demográfico.

En orden decreciente se situaban las ciudades que fueron asientos de las Capitanías Generales. En 1527 se instauró la Capitanía General en Guatemala, con su capital de nombre homónimo. Durante el siglo XVIII, con el fin de reorganizar la estructura administrativa, se crearon tres Capitanías Generales con sus respectivas capitales: Venezuela, erigida en 1773 con capital en Caracas; Cuba, instituida el año 1777 con capital en La Habana y; Chile, instaurada en 1778 con Santiago del Nuevo Extremo como capital. En este orden estratificado, la siguiente jerarquía correspondía a las ciudades donde se asentaban las sedes de Obispos, que en Chile correspondían a Santiago del Nuevo Extremo y Concepción. La secuencia jerárquica continuaba con ciudades designadas como sede de Intendencias y Gobernaciones, sucesivamente subordinadas a otros centros de mayor importancia administrativa.

El orden jerárquico de las ciudades también dependía de su categoría económica y comercial, especialmente si tenían funciones claves en los sistemas de producción, intercambio y abastecimiento o en las redes de comunicación terrestre y marítima de nivel intercontinental, continental y regional. Además, el orden podía cambiar de acuerdo con la importancia estratégica o militar que iban adquiriendo las regiones y territorios. Otras ciudades de jerarquía administrativa media adquirieron relevancia por su ubicación y relación con la economía colonial. La primacía de La Habana en el comercio de tabaco y azúcar se manifiesta en la abundante cartografía sobre sus fortificaciones<sup>27</sup>, en el atractivo botín que constituía para varias naciones europeas y en el interés de España por sustraerla del dominio inglés en 1762<sup>28</sup>.

El comercio marítimo y defensa de las rutas de navegación también influyeron en la jerarquía de algunas ciudades como Puerto Rico, Veracruz, Santo Domingo, Panamá y Cartagena de Indias porque eran puertos destacados por sus funciones defensivas para salvaguardar la superioridad española en las costas amenazadas por potencias extranjeras. La estratificación jerárquica de las ciudades más vinculadas al sistema de comunicaciones terrestres y marítimas -intercontinental, continental o regional- se relacionaba con la relevancia de las redes de transporte; las ciudades que eran puntos de detención del Circuito de La Flota, privilegiadas por el sistema de puertos únicos y por la dinámica de su economía, podían alcanzar jerarquías comparables a

<sup>26</sup> RAMA, Ángel: *La Ciudad Letrada*. Ediciones del Norte. Hanover, New Hampshire, 1984. p.18

<sup>27</sup> MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO (MOPU). *Cien planos de La Habana en los archivos españoles*. Editorial Madrid, 1985.

<sup>28</sup> YLLAN, Esperanza: *Los aspectos internacionales en la política colonial americana de Carlos III*. En *La América española en la época de Carlos III*. Publicación del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Consejería de Cultura Junta de Andalucía, Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento de América, Ayuntamiento de Sevilla y Diputación Provincial de Sevilla. Sevilla. Impresión Ferreira S.A. Sevilla 1986. p. 21

los centros de preeminencia administrativa<sup>29</sup>. Las actividades productivas definían jerarquías vinculadas con la influencia de las ciudades en los procesos económicos; se destacaron las ciudades mineras por presentar la mayor variación en su posición jerárquica, que oscilaban según el auge o receso de los yacimientos. La proximidad de las ciudades a las explotaciones mineras fue determinante para su jerarquía; en esta categoría sobresalieron dos centros del área andina: Potosí -que en 1630 era la ciudad colonial más poblada<sup>30</sup> de América reflejando en este desarrollo demográfico la riqueza de su territorio- y Huancavelica. En México se destacaron las ciudades de Guanajuato, Zacatecas, Oaxaca y Taxco.

En contraste, factores territoriales negativos -aislamiento y distancia a las capitales virreinales- afectaron la dinámica urbana y jerarquía de ciertas ciudades. Bakewell<sup>31</sup> al analizar la secuencia temporal en la creación de Audiencias en el sur de América señala que Chile, por su lejanía, ocupó el último lugar. La Audiencia de Panamá se creó en 1538, Lima en 1543, Bogotá en 1547, La Plata -Sucre- en 1559 y Quito en 1563. En comparación, la primera Audiencia de Chile se asentó en Concepción entre 1565 y 1576 y debió reestablecerse en Santiago del Nuevo Extremo el año 1603. El proceso muestra como el ritmo colonizador se retrasaba en Chile porque la primera Audiencia -con sede en la ciudad de Concepción- se creó tardíamente y debió ser trasladada, consolidándose sólo a comienzos del siglo XVI, 62 años después de la fundación de Santiago del Nuevo Extremo, la primera ciudad chilena.

Las ciudades más vinculadas a los centros del poder -administrativo y jurídico- en general, conservaron su posición en el orden jerárquico y, a pesar que el siglo XVIII se reformó sistema administrativo con la creación de dos nuevos virreinos en el sur de América, México y Lima -las primeras capitales virreinales- conservaron su tradicional autoridad. Las ciudades que en el siglo XVIII fueron designadas sedes de Intendencias tampoco alteraron el orden jerárquico previo porque los Intendentes eligieron como asiento de sus gobiernos a ciudades que habían alcanzado tamaños importantes y tenían una influencia territorial significativa.

<sup>29</sup> En el año 1778 se autorizó la navegación libre a Perú, Chile y Buenos Aires. YLLAN, Esperanza: *Los aspectos internacionales en la política colonial americana de Carlos III*. op. cit. p.20

<sup>30</sup> Hardoy hace notar la escasez de planos de centros mineros en archivos y bibliotecas. Existen importantes ciudades que tuvieron su origen en estos centros, como Taxco o Zacatecas, de las cuales no se conoce documentación cartográfica del período colonial. HARDOY, Jorge E.: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. p.43 op. cit. p.242

<sup>31</sup> BAKEWELL, Peter: *La conquista después de la conquista. Los orígenes del dominio español en América*. Capítulo XII del libro *España, Europa y el mundo atlántico*; homenaje a John. Elliot KAGAN Richard y PARKER, Geoffrey (ed). Marcial Pons, Ediciones de Historia y Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Madrid 2002. p. 386.

### 4.2.1 Cambios en la jerarquía de las ciudades en Chile

Una característica del proceso de colonización fue la categorización jerárquica de las estructuras de ocupación –especialmente ciudades y caminos- según su importancia para consolidar y expandir el dominio español. Desde el momento de su fundación, las ciudades fueron estratificadas en función de sus potencialidades territoriales, lo que determinaba si un asentamiento era fundado como ciudad, villa o plaza fuerte. Esta ordenación primera ya insinuaba la categoría de cada centro y la posición, que desde su origen, le correspondía dentro de la red de urbanización, una estructura de dominio rotundamente jerárquica.

El principio de jerarquía que regía todas las ciudades chilenas subordinándolas a un orden predeterminado, según Ferreccio<sup>32</sup> era semejante al que proclamaba -con su institucionalidad jerárquica- la estructura social y religiosa de la cultura medieval, de la cual los primeros conquistadores eran herederos directos. En el lado opuesto al orden jerárquico que venía del espíritu estaban los componentes del mundo físico –paisaje y ciudades prehispánicas- que eran vistas como materialidades que podían y debían someterse al orden del espíritu. En esta visión, inclusive los indígenas eran incorporados al campo de lo físico por *desconocer* el orden supremo y vivir, según los patrones culturales españoles, en un nivel de casi pura fisicidad<sup>33</sup>. Esto explica, dice Ferreccio, porque Valdivia y los otros conquistadores pusieron toda su fortaleza y voluntad para someter al mundo americano al esquema ordenador del cual eran portadores.

En Chile, la posición jerárquica de cada ciudad dependía del contexto histórico y de las características del territorio en las distintas unidades de colonización; por esto, después del levantamiento de 1598 cambió el orden jerárquico de las fundaciones. Villarrica, La Imperial, Valdivia y Osorno perdieron su posición relevante mientras se incrementaba la jerarquía de Concepción y Santiago de Castro. En el siglo XVIII, la estructura jerárquica reconocía las nuevas estrategias y acciones de colonización y su diferenciación por unidades territoriales<sup>34</sup>.

El primer lugar de jerarquía correspondía a Santiago del Nuevo Extremo -fundación que inauguró la urbanización de la región- donde se asentó la Capitanía General de Chile, se tomaban las decisiones administrativas, se organizaban las acciones para la ocupación del territorio y se concentraba el desarrollo demográfico y urbanístico. La jerarquía de Santiago -que se mantuvo constante a través del período colonial- se reflejaba en su carácter de nodo articulador de los principales caminos, desde donde se establecían las comunicaciones con otras colonias españolas en América, en especial con el Virreinato del Perú, mediante el puerto de Valparaíso, y con el Virreinato del río de La Plata a través de las rutas trasandinas.

Santiago era un centro estratégico en el trayecto desde el océano Pacífico a la costa Atlántica, cruzando Los Andes y fue la principal ciudad del territorio, formado por la secuencia de valles agrícolas, donde se concentró la dinámica fundacional del siglo XVIII siguiendo los lineamientos de la nueva política de colonización que incluyó, entre otras acciones, la creación de la Junta de Poblaciones<sup>35</sup>. El crecimiento de Santiago, estaba respaldado por sus funciones administrativas y por las actividades comerciales y de distribución de los productos agrícolas producidos en las haciendas del fértil valle central y en las amplias áreas agrícolas que rodeaban a la ciudad.

<sup>32</sup> FERRECCIO, Mario: Prólogo del libro *Cartas de relación de la conquista de Chile*, escritas por Pedro de Valdivia. Colección Escritores Coloniales. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1992. p.3

<sup>33</sup> FERRECCIO, Mario: Prólogo del libro *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. pp.3-4

<sup>34</sup> Las unidades de colonización es un tema analizado en el punto 1.3 La extensión del territorio como condicionante de la colonización.

<sup>35</sup> La Junta de Poblaciones fue instaurada el siglo XVIII en el contexto de la nueva institucionalidad para perfeccionar la eficacia de la colonización en Chile.

La jerarquía de Santiago era ostensible en su complejidad -que se expresaba en la variedad de sus funciones urbanas-, sus dimensiones y el crecimiento expansivo del núcleo fundacional, superior al logrado por las restantes fundaciones chilenas. Otro indicador de jerarquía era su alta conectividad con las ciudades cercanas, haciendas y pueblos de indios. La posición de Santiago en la trama de caminos denotaba su gravitación sobre los restantes componentes de la red de colonización en los valles centrales.

Un segundo nodo de jerarquía se centraba en Concepción, cuya posición jerárquica, por las circunstancias históricas de Chile, se relacionaba con su importancia militar. La función defensiva -debido al contexto determinado por la guerra de Arauco- tenía una categoría comparable a la función económica. El imperativo de conquistar nuevos territorios o mantener el dominio de los espacios colonizados explica la alta jerarquía de las ciudades que tenían función de avanzadas para iniciar expediciones o eran centros para controlar a la población indígena. La jerarquía de Concepción se explica también porque desde ella se dirigía la guerra de Arauco.

La necesidad estratégica de proteger a Concepción por su relevancia como cabeza militar de Chile -que además servía de refugio a la población proveniente de otras ciudades que habían sido atacadas por indígenas- fue un factor decisivo para decidir su traslado desde la bahía de Penco al Valle de La Mocha, en la ribera norte del río Bío Bío, y explica porqué a mediados del siglo XVIII, se fundó el conjunto de fuertes que integraban el sistema fortificado del Bío Bío. Esta línea defensiva tenía la doble finalidad de consolidar el dominio territorial de Concepción y de controlar los vados del río, convertido en la frontera natural de la zona de guerra en Arauco.

La jerarquía de Concepción -por su posición dominante en la frontera interna de la colonización- se manifiesta en el estadia de los gobernadores de Chile en la ciudad, antes de asentarse definitivamente en Santiago. Físicamente, la categoría que tenía Concepción se reflejaba en la dimensión que había alcanzado antes de su traslado y en el tamaño de la nueva Concepción en el valle de La Mocha que, desde su origen, superó a las demás ciudades chilenas, exceptuando Santiago del Nuevo Extremo.

Contrastando con la progresiva jerarquía de Concepción, La Imperial descendía en importancia. Una referencia del cambio en su posición jerárquica fue la pérdida de su condición de sede episcopal debido al traslado del Obispado de La Imperial hasta Concepción. La destrucción y posterior abandono de La Imperial, Cañete y las otras fundaciones en la zona de Arauco tras el levantamiento indígena de 1598, modificó la estructura jerárquica de la red de ciudades fundadas por Pedro de Valdivia en el siglo XVI. La ciudad de Valdivia también fue afectada y, aunque no fue abandonada, estuvo seriamente complicada por las acciones bélicas y ataques extranjeros.

En Chile, la jerarquía de las ciudades también dependía de su sobrevivencia frente a desastres naturales; Concepción en la bahía de Penco es un claro ejemplo de estos cambios porque perdió importancia demográfica y territorial cuando la mayoría de sus pobladores se trasladaron hasta el valle de La Mocha, donde se había fundado la nueva ciudad de Concepción, como consecuencia de la destrucción de la antigua fundación por la acción combinada de un terremoto y maremoto.

El orden jerárquico de las restantes ciudades obedecía a la realidad específica de su trayectoria urbana, que variaba de acuerdo a las circunstancias locales. La jerarquía de San Francisco de la Selva y las otras ciudades mineras de la zona norte estuvo condicionada por la productividad de los yacimientos; también era determinada por su función de ciudad de paso en los recorridos terrestres al Virreinato del Perú. La jerarquía de las fundaciones que se realizaron en los valles centrales dependía del progreso de la agricultura, el estado de los caminos y las restricciones al transporte de los productos agrícolas.



En el sur de Chile, la jerarquía de las ciudades se relacionaba con la evolución de la guerra de Arauco y en las ciudades costeras con el asedio externo por mar. Valdivia –cuyo crecimiento se interrumpió tras el levantamiento indígena de 1558- adquirió mayor protagonismo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII al concentrar los sistemas defensivos porque los antiguos habían mostrado sus debilidades cuando la ciudad, en el siglo XVII, fue objetivo de una ocupación holandesa por dos meses. La jerarquía de Valdivia explica el interés que tenía Manuel Amat y Junient -Presidente de la Audiencia de Chile entre 1755 y 1761- por asegurar sus defensas antes de asumir como Virrey del Perú. La participación de altas autoridades coloniales en los planes defensivos de Valdivia es una señal de la importancia que se le otorgada a la ciudad por las ventajas de su sitio de fundación para controlar las rutas marítimas. Juan Bautista Bonet, autor del primer proyecto global para la defensa del litoral del Mar del Sur, señaló que en la costa del Pacífico sólo estaban débilmente fortificados los puertos de Panamá, Valparaíso, Valdivia y El Callao<sup>36</sup>.

**Durante el gobierno de Ambrosio O'Higgins** en la segunda mitad del siglo XVIII, San Mateo de Osorno –ciudad que señalaba el límite sur del área continental colonizada en Chile, al norte del archipiélago de Chiloé- adquirió una creciente importancia que explica el interés del gobierno por su reconstrucción. La acción, realizada en 1790, respondía a la necesidad estratégica de apoyar la protección del canal de Chacao y del archipiélago de Chiloé. El canal era el elemento geográfico que hacía posible la comunicación con el territorio continental chileno y el archipiélago era lugar de paso obligado en las rutas de navegación desde el océano Atlántico al Pacífico.

En el contexto chileno, Santiago de Castro era una excepción porque, a pesar de su aislamiento y pobreza, fue la única ciudad del sur fundada en el siglo XVI que logró mantenerse a través del período colonial, permitiendo conservar el límite meridional del territorio colonizado por España<sup>37</sup>. Por su posición remota y limítrofe adquirió un rango singular de jerarquía, derivado de su función de centro donde convergían las misiones colonizadoras y evangelizadoras de jesuitas y franciscanos<sup>38</sup>.

Debido a su importancia estratégica, Santiago de Castro fue objetivo de diferentes acciones de reconocimiento y exploración entre las que se destaca la expedición dirigida por José de Moraleda<sup>39</sup>. Las condiciones del sitio de fundación y del área de influencia de la ciudad también fueron estudiadas por Malaspina, Frezier y Darwin. Las especiales características territoriales de Santiago de Castro y el archipiélago de Chiloé también explican por qué fueron objetivos de expediciones navales inglesas, holandesas y francesas. El afán por conocer y registrar las condiciones geográficas, económicas y culturales de Santiago de Castro y su entorno expresa la importancia que tenía la ciudad, cuyo reducido tamaño no era coherente con su protagonismo en el proceso de colonización del litoral del Pacífico sur.

<sup>36</sup> GUARDA, Gabriel: *Nueva historia de Valdivia*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Imprenta Salesianos. Santiago de Chile, 2001. pp. 186-187

<sup>37</sup> Aunque durante más de 150 años se perdió la extensa área colonizada entre el Bío Bío y el Canal de Chacao, Chiloé continuó siendo la referencia estable del dominio del sur de Chile.

<sup>38</sup> Tema tratado en el capítulo 3, punto 3.3.3 Dominio y ocupación del archipiélago de Chiloé

<sup>39</sup> O'DONELL, Hugo: *El viaje a Chiloé de José de Moraleda (1787-1790)*. op.cit

### 4.2.2 Relación entre las funciones urbanas y la jerarquía de las ciudades

Además de su posición en la estructura general de colonización, la jerarquía de una ciudad también dependía de sus funciones urbanas, explicitadas en la arquitectura que las albergaba. La función religiosa estaba presente en todas las fundaciones y según la categoría de las ciudades correspondía a una catedral, templo o capilla. La función administrativa existía en la mayoría de las ciudades y se manifestaba en la sede del Cabildo, aunque en centros menos jerárquicos podía ser reemplazado por una subdelegación<sup>40</sup>. La superioridad de las funciones administrativas y religiosas se expresaba ocupando las manzanas adyacentes a la plaza, el espacio urbano más concurrido y monumental. Algunas ciudades tenían otras funciones específicas que se relacionaban con distintos niveles de jerarquía.



**Edificio Real Audiencia**



**Casa de La Moneda de Santiago**

Fuentes: Arquitectura colonial de Santiago. 1804-1807<sup>41</sup> y Grabado de Claudio Gay. 1830<sup>42</sup>

Para analizar la jerarquía de las ciudades chilenas según sus funciones urbanas se consideró la información incorporada por Gabriel Guarda<sup>43</sup> en un trabajo sobre los servicios públicos en 112 fundaciones chilenas, que el autor seleccionó como casos representativos. Guarda<sup>44</sup> organizó los servicios públicos en 17 campos que abarcan funciones de gobierno y servicios urbanos específicos como escribanías, registros, registros de minas, correos y estancos. Las obras públicas comprenden hospitales, caminos, puentes, cementerios, agua potable, pilones, fuentes, asilos, bomberos, pavimentos urbanos, veredas y calzadas. En los servicios económicos se incluyen molinos, comercios, pescaderías, pulperías, fábricas, instalaciones para elaboración de vinos, bodegas y curtiembres. En los servicios de educación y difusión cultural se consideran universidades, colegios, noviciados, bibliotecas públicas, teatros, casas de estudio de órdenes religiosas y gabinetes científicos. Los servicios relacionados con la asistencia espiritual integran a iglesias, capillas y oratorios; finalmente, como

<sup>40</sup> Los sitios asignados a las subdelegaciones no se identifican en los planos y en ciertos casos tampoco se los describe en otros documentos coloniales.

<sup>41</sup> SANCHEZ, Jorge: *Gran atlas de Chile. Histórico, geográfico y cultural*. Editorial Turiscom. Santiago, 2004 p. 91. El edificio original de la Real Audiencia se construyó en 1609 junto al Cabildo y las Cajas Reales en el costado norte de la plaza mayor de Santiago. Fue destruido dos veces por los terremotos de 1647 y 1730. El actual edificio –de la imagen– del arquitecto Juan José de Goycoolea, discípulo de Toesca se construyó entre 1804 y 1807, fue. MONTANDON, Roberto y PIROTTE, Silvia: *Monumentos Nacionales de Chile*. Editado por Instituto de Cooperación Iberoamericana y Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas. Impresión Alerce, Talleres Gráficos. Santiago, 1992. ficha N° 57.

<sup>42</sup> GAY, Claudio: *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. Tomo Primero. op.cit. Lámina N°25

<sup>43</sup> GUARDA, Gabriel: *Los servicios de 112 fundaciones en el Reino de Chile*. Trabajo publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Actas del Seminario realizado en Buenos Aires. 1985. Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX) Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) Madrid, 1987.

<sup>44</sup> GUARDA, Gabriel: *Los servicios de 112 fundaciones en el Reino de Chile*. op.cit. p.271

servicios orientados el esparcimiento incorporan a paseos, alamedas, monumentos, obeliscos y plazas para carreras de caballos. En la mayoría de las ciudades existían servicios educacionales y asistenciales; no obstante, la presencia de determinadas tipologías –universidades y hospitales– sólo en algunas ciudades era un indicador de las diferencias jerárquicas.

### Servicios públicos en las ciudades coloniales analizadas

(Indicando cantidad por tipo de servicio)

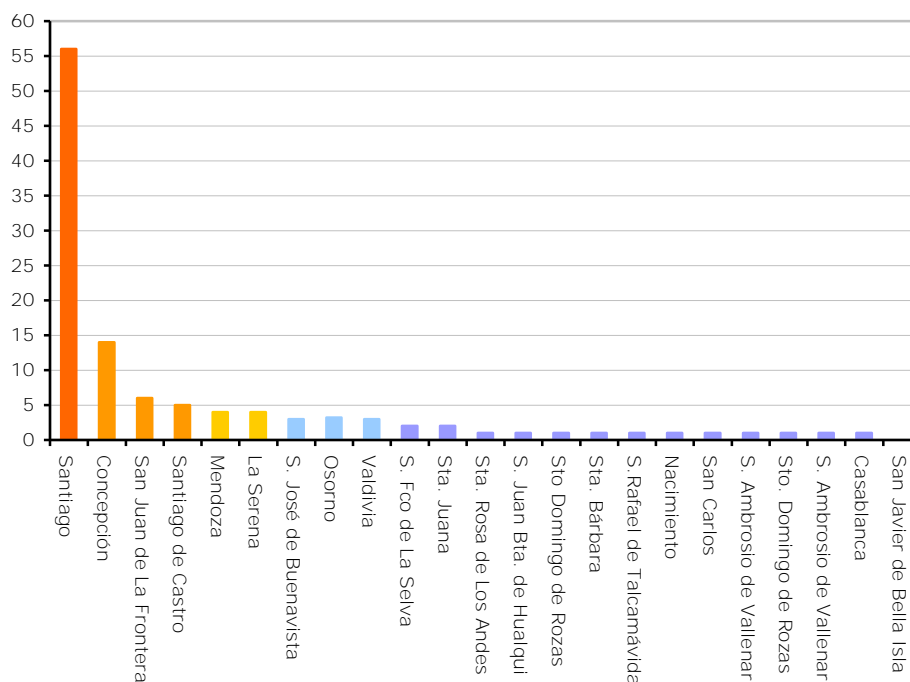
Ciudad	Sede de gobierno	Cabildo	Real Audiencia	Tribunal	Aduana	Cárcel	Hospitales	Establecimientos asistenciales	Universidades	Establecimientos educacionales	Establecimientos culturales	Iglesias	Casas de Ejercicios	Industrias	Comercio	Correo	Cementerios	Nº Total Servicios Públicos
Santiago del Nuevo Extremo							6	3	3	56	29	202	2				3	469
La Serena							1	1		4	1	30	1					78
Valdivia							1	1		3	5	22	1					105
San Mateo de Osorno							1			3		9						47
Mendoza							1			4		20	1					55
San Juan de La Frontera							1			6		10	1					40
Santiago de Castro										5		8	2					37
San Francisco de la Selva										2		5			1			25
Santa Cruz de Triana							1			1		6	1					31
San José de Buena Vista										3		4						25
Santa Bárbara Casablanca												1						12
San Carlos										1		1						16
Concepción							2	1	1	14	5	32	1		10			116
Santo Domingo de Rozas										1		2						15
San Rafael de Rozas										1		4	1					19
S. Juan Bautista de Hualqui										1		1						16
Santa Bárbara										1		2						19
Nacimiento										1		1						17
San Rafael de Talcahuano										1		1		1	2			19
Santa Juana de Guadalcázar										2		4						23
San Ambrosio de Vallenar										1		1						16
Santa Rosa de Los Andes										1		2						20
San Javier de Bella Isla												1						4

Fuente: Elaboración propia en base a datos de Gabriel Guarda

- Cantidad indeterminada
- No requiere indicar cantidad
- Gran variedad; sin determinar la cantidad
- Con datos variables en el tiempo
- Sin información

La tabla anterior indica que todas las ciudades tenían iglesia, cárcel y cementerio; sólo San Javier de Bella Isla no tenía servicios educacionales. Respecto al comercio y servicios industriales se advierte que denotan las oportunidades ofrecidas por los recursos del sitio de fundación; por esto, San Francisco de La Selva tenía trapiches mineros; La Serena y otras ciudades costeras poseían comercio de pescaderías; en Valdivia había astilleros, fábricas de aceite de lobos marinos y carpinterías; Osorno, por estar fundada en un terreno con praderas, tenía curtiembres y en Santiago de Castro se desarrolló la industria maderera aprovechando la abundancia de bosques.

### Jerarquía de las ciudades chilenas por servicios educativos



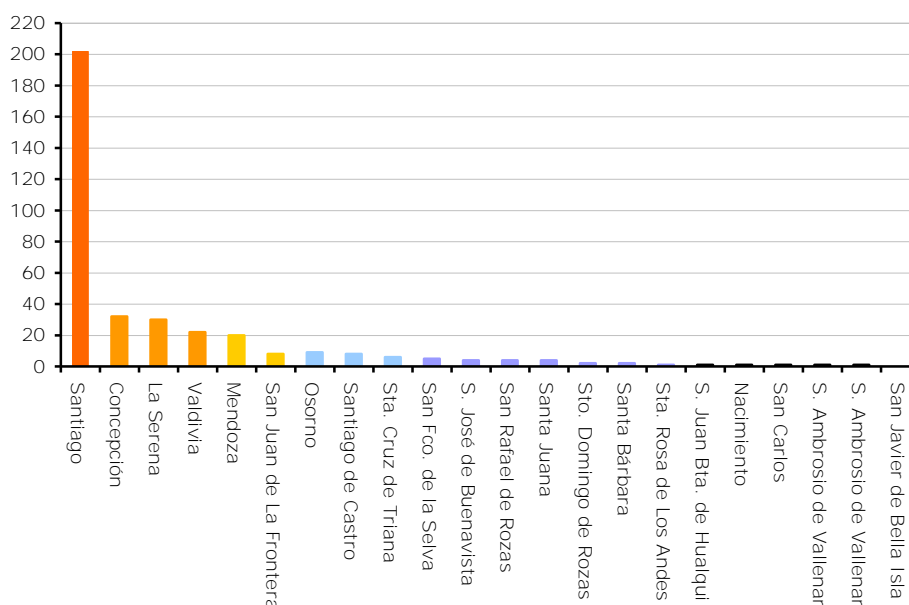
Los servicios educativos existieron en 84 de las 112 fundaciones analizadas por Guarda; no obstante, al examinar su distribución es evidente que se concentraban prioritariamente en Santiago del Nuevo Extremo, confirmando la jerarquía superior de esta ciudad, que disponía de 56 establecimientos relacionados con la educación; Concepción tenía 14 y la mayoría de las ciudades contaban con uno o dos.

La capital de Chile, durante la época colonial llegó a tener tres universidades, dos se crearon en la segunda década del siglo XVII –en un período de estancamiento de la urbanización- y la Real Universidad de San Felipe fue fundada en 1738. Además, en Santiago del Nuevo Extremo existían colegios, seminarios, noviciados, Academia de Leyes y Práctica Forense, centro de estudios de matemáticas y filosofía, aulas de gramática, cátedra de lenguas indígenas y escuelas, incluyendo cinco para mujeres.

Concepción –que ocupó el segundo lugar por sus servicios educativos- tenía una universidad, colegios, seminarios, centros de estudios de latín, filosofía y teología, aulas de gramática, noviciados y tres escuelas, con una para mujeres. San Juan de La Frontera tenía dos casas de estudios y noviciado y varias escuelas. En Santiago de Castro había un aula de latinidad y tres escuelas de los jesuitas. Mendoza tuvo un colegio jesuita y tres escuelas, una para mujeres creada el año 1780. La Serena contaba con un aula de gramática, colegio y escuelas.

Las restantes ciudades –con excepción de Casablanca y San Ambrosio de Vallenar que no disponían de servicios educativos- tenían colegios o escuelas. La mayor parte de los servicios educativos se crearon en la segunda mitad del siglo XVIII, lo que demuestra la dinámica urbana que caracterizó a ese período.

### Jerarquía de las ciudades chilenas por servicios religiosos



Todas las ciudades tenían iglesias pero hay diferencias que revelan la jerarquía de cada centro urbano. Santiago del Nuevo Extremo tenía 202 centros eclesiásticos; en contraste, otras 18 fundaciones tenían dos templos y varias ciudades poseían sólo una iglesia o capilla. Por otra parte, el nivel jerárquico variaba si la ciudad era sede de un obispado, vicariato o misión. En este sentido, la posición privilegiada de la capital chilena se reflejó en diferencias cualitativas y cuantitativas porque Santiago del Nuevo Extremo era asiento de Obispado y disponía de cuatro parroquias, 47 iglesias, 19 capillas y 136 oratorios. Concepción -que ocupaba la segunda posición en jerarquía- era sede de Obispado y concentraba dos parroquias, 12 iglesias, 14 capillas y un número indefinido de oratorios. La Serena tenía 7 iglesias, 10 capillas y 13 oratorios; En Valdivia había 8 iglesias, 7 capillas y 7 oratorios. Santiago de Castro, a pesar de su tamaño reducido, disponía de 5 iglesias y tres capillas; esta proporción, muestra la importancia de la ciudad como centro misional.

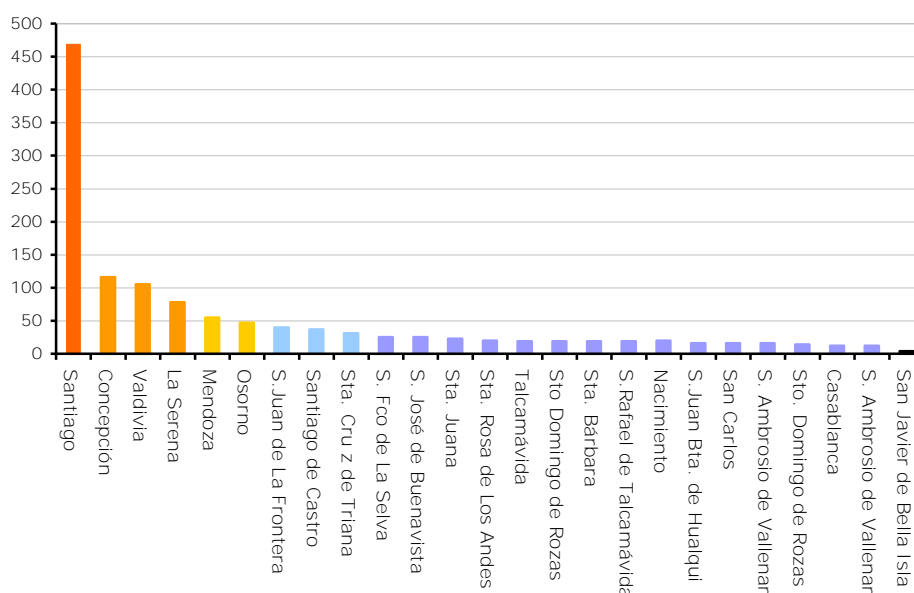


**Fachadas de las iglesias de La Merced y Santo Domingo**

Santiago, siglo XVIII<sup>45</sup>

<sup>45</sup> SANCHEZ, Jorge: *Gran atlas de Chile. Histórico, geográfico y cultural*. op.cit p. 87. La iglesia de La Merced que se muestra en la imagen fue construida entre 1736 y 1769 y la iglesia de Santo Domingo es una obra edificada entre 1747 y 1796. Las fechas se obtuvieron de MONTANDON, Roberto y PIROTTE, Silvia: *Monumentos Nacionales de Chile*. op. cit. Fichas N°33 y N°35

### Jerarquía de las ciudades chilenas por servicios públicos



El gráfico muestra la jerarquía predominante de Santiago del Nuevo Extremo según la cantidad y especificidad de los servicios públicos. La capital, además de disponer de distintos servicios generales fue sede de Consulado, Intendencia, Corregimiento, Tribunal de Minas y Tribunal Mayor de Cuentas. Contaba con guardia de comercio, empresa de aseo, bomberos de incendios, farmacias, relojes y baños públicos. En cuanto a los servicios culturales tenía bibliotecas, laboratorio químico mineralógico, gabinetes de física y de historia natural, observatorio astronómico, orquestas de cámara, talleres de pintura y escultura, teatro y coliseo de comedias. Asimismo, se destacaba por la diversidad del comercio y los servicios industriales porque en 1614 existían 39 molinos y en el siglo XVIII se incrementaron las industrias vinculadas a la elaboración de vinos y productos agrícolas.

La jerarquía de Concepción se expresaba en su condición de sede de Corregimiento, Intendencia, Comando General de la Frontera, Obispado, Real Audiencia, Aduana y Real Hacienda. Además de servicios educacionales y equipamiento castrense -con milicia y cuarteles de dragones, infantería y artillería- se destacaba por la variedad del comercio y la industria con mercado, pulperías, almacenes y molinos. Disponía de hospitales, centro asistencial, farmacia, correo, escribanía, policía, observatorio astronómico, biblioteca, centros culturales, Casa de Recogidas, cárcel, agua potable y fuentes públicas. En el extremo opuesto se situaba San Javier de Bella Isla que poseía una capilla y un cementerio y no contaba con otros servicios.



**Real Casa de Aduana.**

Santiago de Chile. 1805-1807<sup>46</sup>

<sup>46</sup> La Real Casa de Aduana ocupaba un convictorio de los jesuitas hasta que en 1799, una Real Ordenanza decretó el traspaso de la propiedad y los terrenos donde se emplazaba a la Real Aduana. El edificio –actual Museo de Arte Precolombino- fue proyectado por el ingeniero militar Juan de Atero. MONTANDON, Roberto y PIROTTE, Silvia: *Monumentos Nacionales de Chile*. op. cit. Fichas N°24



La calidad de las viviendas también se relacionaba con la jerarquía de las ciudades. En Santiago estaban las casas más monumentales de Chile, ocupando los solares centrales. En el costado norte de la plaza se levantaba la residencia del gobernador, junto a la Real Audiencia y cárcel; al poniente, se ubicaba la catedral y el palacio de las autoridades eclesiásticas. El nexo entre edificios públicos y viviendas principales revela la importancia del área central. En las ciudades de jerarquía media existían sectores urbanos formados por casas con muros continuos que definían la calle. En la zona perimetral de las ciudades vivían los pobladores más pobres en precarias casas de un piso, con techo de caña. En las ciudades menores predominaban las viviendas aisladas, de un piso de altura, construidas en adobe, con la techumbre de vigas de madera y la cubierta de paja o tejas de arcilla.

María Graham en su *Diario de Viaje* explica que hasta las casas más pobres tenían una construcción separada para cocina. Al describir la casa que habitó en Santiago, menciona un muro bajo que en el centro tenía un portal y una torrecilla llamada *el alto*, con ventanas y balcón. El portal desembocaba en un patio grande, cuadrado y empedrado, al cual se abrían los almacenes o depósitos de provisiones, la sala, el dormitorio principal y dos habitaciones más pequeñas. Después había un patio con árboles frutales y plantas, rodeado por una galería; en un patio menor estaba la cocina, despensa y piezas de la servidumbre. Por este patio, como en casi todas las casas de Santiago, corría una acequia llena de agua<sup>47</sup>.



**Palafitos junto al río Gamboa en Santiago de Castro**

Las casas eran similares en todas las ciudades chilenas, excepto en el archipiélago de Chiloé, donde surgió una forma original de vivienda en palafito como respuesta a las condiciones geográficas de la costa y variación de las mareas. Guarda<sup>48</sup> plantea que el origen de los palafitos, sin descartar la influencia gallega<sup>49</sup>, puede estar en la arquitectura prehispánica vernácula que se desarrolló junto a lagos, archipiélagos y marismas donde, como ocurrió en Chiloé, se asentaron comunidades de pescadores que se desplazaban en piraguas o canoas y utilizaban la abundante madera de los bosques para sus embarcaciones y los pilotes que eran la base de su arquitectura.

<sup>47</sup> GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile*. op. cit. p.258

<sup>48</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. pp.236 y 237

<sup>49</sup> El archipiélago de Chiloé fue bautizado como Nueva Galicia en reconocimiento al lugar de origen de sus pobladores

### 4.2.3 La plaza como espacio representativo de la jerarquía de las ciudades

La plaza precisaba el primer punto de posesión de un territorio; ahí nacía el trazado urbano y confluían los símbolos culturales que identificaban a los conquistadores y las construcciones que acogían las principales funciones de la ciudad. La plaza era un espacio común a todas las fundaciones coloniales; a la vez, fue el más distintivo de las características propias de cada núcleo urbano; por esto, al examinar el uso asignado a los solares que rodeaban a la plaza se denotan las funciones y jerarquía de la ciudad. El orden jerárquico de las plazas, según su complejidad coincide, con la posición jerárquica de las ciudades chilenas. En esta sucesión, el primer lugar le correspondía a la plaza de Santiago del Nuevo Extremo, cuyas múltiples funciones revelaban la posición privilegiada de la capital. A continuación se ubicaba la plaza de Concepción, ciudad que ocupaba el segundo lugar de la serie jerárquica.

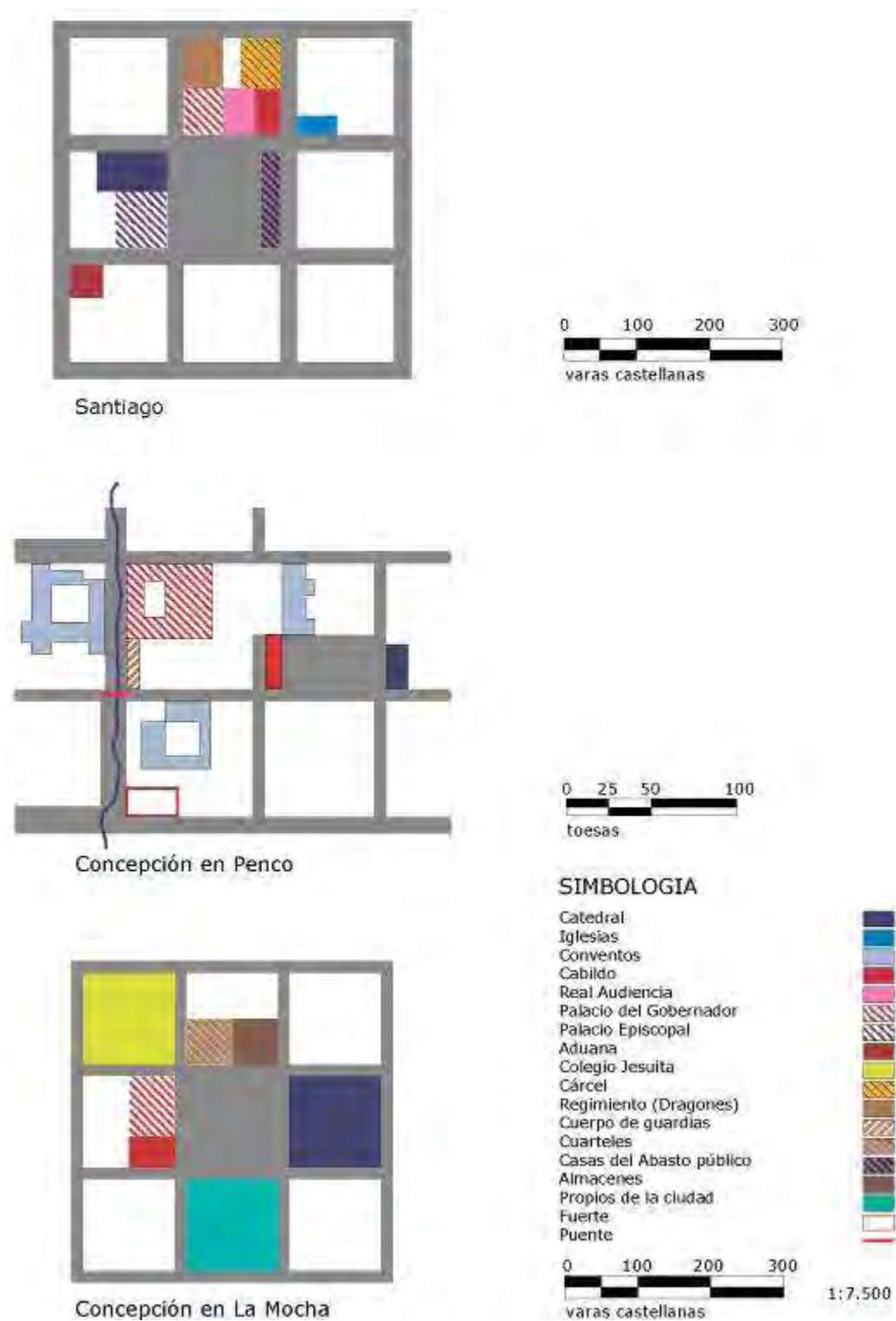
Santiago del Nuevo Extremo era sede de la Capitanía General de Chile y Audiencia de Santiago; por esto, la función administrativa se reflejaba en el uso de los solares inmediatos a la plaza y se expresaba materialmente en el palacio del gobernador, la Real Audiencia y el cabildo, instalados al costado norte de la plaza. La ubicación de la catedral y el palacio episcopal en el borde poniente de la plaza, muestran que las funciones de gobierno y administración de justicia se combinaban con la función evangelizadora. Igualmente, la proximidad del principal espacio urbano con edificios destinados al gobierno, justicia y evangelización confirmaban el predominio de las funciones concernientes al orden administrativo y misional. Detrás de los edificios gubernamentales –y compartiendo la misma manzana- se hallaba el Regimiento de Dragones mostrando por su posición secundaria que la función militar, aunque era importante, en Santiago no fue primordial.

Un templo en la esquina norte-oriente de la plaza exponía la relevancia institucional de la iglesia; esta posición subrayaba la primacía de la catedral en relación con los otros templos de la ciudad. La presencia de una casa de abastos en el interior de la plaza más jerárquica de Chile expresa la importancia del comercio y, en particular, del mercado ubicado dentro del espacio público como lugar de intercambio. En una manzana cercana, sin relación directa con la plaza, estaba la aduana, insinuando por su posición retirada, que sostenía una función importante pero no preferente.

La plaza de Concepción -en su primer sitio de Penco- estaba flanqueada al norte por el cabildo y al sur por la catedral, señalando las principales funciones urbanas de la ciudad. Próximo a la plaza, estaba el palacio del gobernador -que por su ubicación y su tamaño superior a las construcciones adyacentes enunciaba la importancia del gobierno- y el Cuerpo de Guardias. Las funciones militar y evangelizadora estaban representadas por un fuerte y dos conventos cercanos a la plaza.

En el plano de Concepción, después del traslado de la ciudad al valle de La Mocha, se advierte que el costado sur poniente de la plaza fue destinado a la catedral y al palacio episcopal, que no existía en la primera fundación. El sector opuesto estaba ocupado por el palacio del gobernador, las Casas Reales y el cabildo, enfrentando y equilibrando simbólicamente a los edificios característicos de los poderes -religioso y civil- que lideraban la colonización. En los solares del borde sur oriente de la plaza se asentaban cuarteles y almacenes de pólvora y la manzana opuesta fue destinada a los propios<sup>50</sup> de la ciudad. Esta distribución muestra el protagonismo de la función militar y la importancia de mantener el dominio del territorio. El análisis permite inferir que, después del traslado de la ciudad en 1754, se subrayaron los conceptos de orden y jerarquía, expresados en la cuadrícula perfecta de la plaza -distinta a la plaza en el sitio de Penco que tenía proporciones rectangulares- y en la equilibrada repartición de los servicios.

<sup>50</sup> Los propios eran terrenos, de propiedad del Cabildo, que se alquilaban con la finalidad de obtener rentas para el mantenimiento de las ciudades.



### Entorno de las plazas de Santiago, Concepción en Penco y Concepción en La Mocha

Fuentes: Plano Anónimo de Santiago, 1809<sup>51</sup>. Plan de la Ville de Concepción, Frezier, 1713<sup>52</sup> y Plano de Concepción en el valle de La Mocha, 1765<sup>53</sup>

<sup>51</sup> Archivo Museo Británico; Londres

<sup>52</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.62.

<sup>53</sup> Archivo General de Indias. Mapas y planos de Perú y Chile, 463.

El análisis de las plazas de San Francisco de La Selva y de San José de Buenavista sirve para ejemplificar las características urbanísticas de dos ciudades que tenían un tamaño similar pero alcanzaron diferente jerarquía por su ubicación geográfica y sus funciones específicas.

San Francisco de La Selva tenía una posición relevante en el conjunto de ciudades chilenas por su función de centro evangelizador y articulador de los asentamientos mineros que estructuraban la base económica de la zona norte. Su interés funcional aumentaba porque también era un centro fundamental en los largos trayectos entre Chile y el Virreinato del Perú. Las funciones de la ciudad –centro religioso, minero y nodo de confluencia de recorridos- se denota en el uso de los solares adyacentes a la plaza. En la manzana norponiente se levantaba la iglesia; al frente, en el costado suroriente, otra manzana completa fue adjudicada a un colegio religioso; los solares del sur poniente estaban ocupados por el palacio del gobernador y en los solares del nororiente se instalaron el cabildo y un tambo<sup>54</sup>.

La presencia del tambo en un borde de la plaza es una característica original de San Francisco de La Selva y muestra que la jerarquía de la ciudad estaba directamente vinculaba a su posición estratégica dentro el sistema de comunicaciones terrestres y a su función específica de posta o lugar de descanso en los recorridos por la zona norte. Un antecedente sugerente es que la superficie del tambo es equivalente al área que fue destinada a servicios gubernamentales y administrativos.

En San José de Buenavista, la baja intensidad de uso de los solares adyacentes a la plaza indica que fue una ciudad de mediana importancia pues carecía de funciones específicas o destacables. El costado poniente de la plaza estaba destinado a iglesia y el oriente a cárcel; los otros lados eran ocupados por viviendas. El uso elemental de los solares que rodeaban la plaza era coherente con la jerarquía intermedia de la ciudad, que sólo disponía de una iglesia parroquial. Este es un ejemplo interesante porque representa a la mayoría de las ciudades coloniales chilenas.

Hay otras plazas coloniales que manifiestan la jerarquía y carácter de las ciudades. El uso asignado al entorno de la plaza de Santa Bárbara de Casablanca ejemplifica una singular ocupación del suelo urbano porque las construcciones distintivas de las funciones urbanas -iglesia mayor, cabildo y cárcel- se concentraron solamente en una manzana. Esta particularidad estaba relacionada con el reducido tamaño de la ciudad, que Vancouver describió como una pequeña aldea, con una bonita iglesia y cerca de cuarenta casas<sup>55</sup>.

Casablanca se fundó para servir de lugar de descanso en el trayecto entre Santiago y el puerto de Valparaíso. Su importancia funcional –relativa a su función de centro de apoyo a las comunicaciones terrestres- se expresaba en el trazado del Camino Real que cruzaba en diagonal la plaza; esta característica fue resaltada en el plano de 1796 donde el camino se destaca gráficamente y también en el texto explicativo del dibujo. Otra particularidad de Casablanca era la presencia de un cementerio que ocupaba una manzana adyacente a la plaza, detrás de la iglesia; sin embargo, por el exiguuo desarrollo del núcleo urbano adquiere una posición marginal, comparable a la que tenían los cementerios en la mayoría de las ciudades coloniales.

---

<sup>54</sup> La palabra tambo deriva del vocablo quechua *tampu* que designaba a las construcciones destinadas a albergue en los caminos públicos. El nombre utilizado en el imperio inca es una herencia cultural vigente en Perú, Ecuador, Colombia y Chile.

<sup>55</sup> VANCOUVER, Jorge: *Viaje a Valparaíso y Santiago*. op.cit. p 39

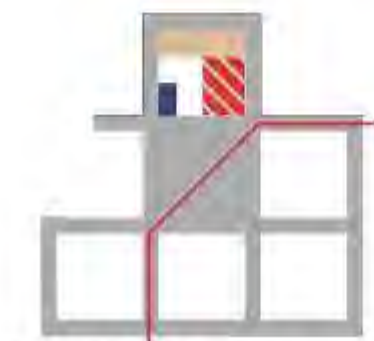


San Francisco de la Selva

0 100 200 300  
varas castellanas



San José de Buenavista



Santa Bárbara de Casablanca

1:7.500

#### SIMBOLOGIA

Iglesia Mayor  
Cabildo y cárcel  
Palacio del Gobernador  
Colegio  
Cárcel  
Tambo  
Cementerio  
Viviendas  
Camino Real



### Entorno de las plazas de San Francisco de la Selva, San José de Buenavista y Santa Bárbara de Casablanca

Fuentes: Plano de San Francisco de La Selva, Francisco Cortés y Cartavio<sup>56</sup>, Plano de la Villa de Curicó, Francisco Muñoz, 1807<sup>57</sup> Plano de Santa Bárbara de Casablanca, 1796<sup>58</sup>

<sup>56</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 210

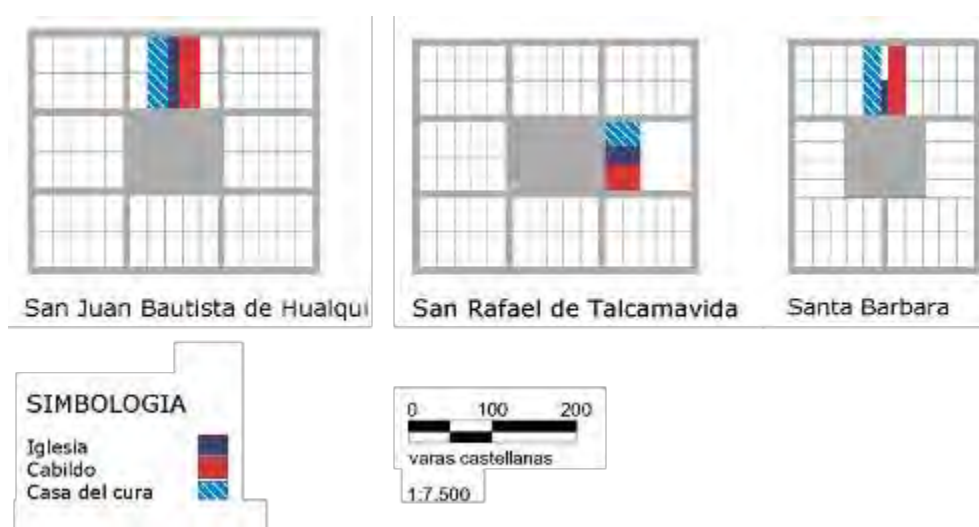
<sup>57</sup> Archivo Nacional. Santiago

<sup>58</sup> Archivo Nacional. Santiago



El uso del entorno de las plazas en las ciudades fortificadas reforzaba su cualidad de espacios representativos del carácter militar de estos asentamientos. En San Rafael de Talcamávida y San Juan Bautista de Hualqui la ocupación de los solares cercanos a la plaza correspondía a la iglesia, cabildo y casa del cura; los dos últimos estaban en predios que enmarcaban al solar asignado a la iglesia, sintetizando, en conjunto, las funciones administrativas y evangelizadoras. En ambos casos, la moderación en el uso del espacio era coherente con los tamaños y simplicidad morfológica de estas ciudades, resueltas en un trazado de 5X5 manzanas rectangulares.

Santa Bárbara, aunque se fundó paralelamente a San Rafael de Talcamávida y San Juan Bautista de Hualqui, presentaba la particularidad de tener un trazado de 4X4 manzanas con la plaza excéntrica, ocupando la mitad de dos manzanas. La función administrativa y evangelizadora se expresaba en la presencia de la iglesia, la casa del cura y el cabildo que ocupaban un costado de la plaza, pero, debido a la forma de inserción de la plaza dentro del trazado urbano, la iglesia adquiría relevancia por constituir el remate visual de la calle que constituía el acceso central a la plaza.



### Plazas de Hualqui, Talcamávida y Santa Bárbara

Fuente: Plano anónimo de 1757<sup>59</sup>

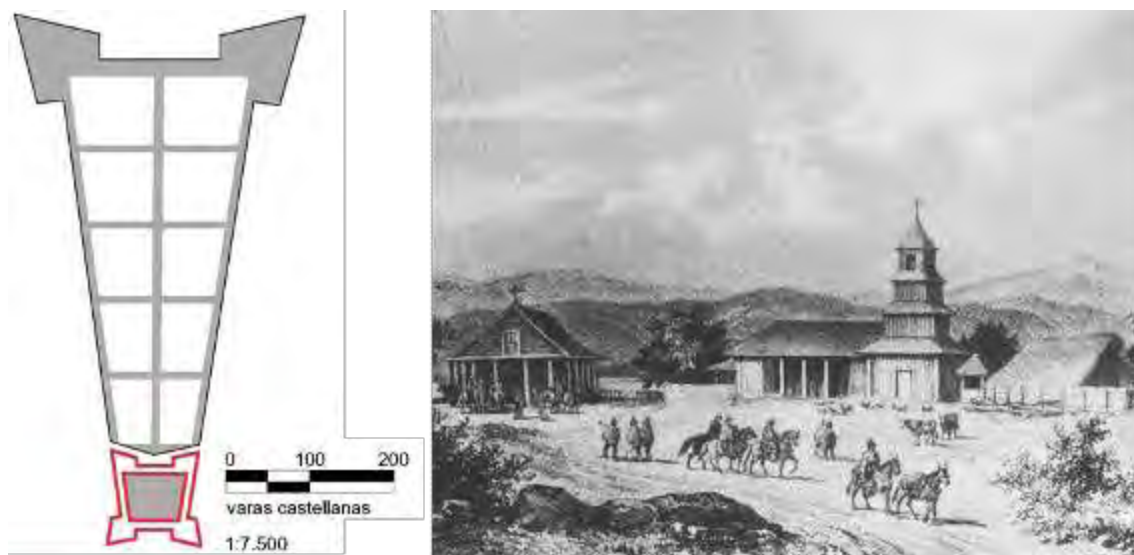
El caso más original de una ciudad fortificada es Nacimiento de Nuestro Señor que, según el plano del año 1757, tenía la singularidad de contar con una plaza externa al núcleo urbano, ocupando el área central de uno de los tres baluartes construidos en los terrenos adyacentes al núcleo urbano, enfrentando al río Vergara.

La posición externa de la plaza de Nacimiento puede interpretarse como expresión de la jerarquía del fuerte en la estructura de colonización porque, incluso, superaba en importancia a la propia ciudad. Esta solución permite deducir que al no existir una plaza dentro la población –ejemplo único en Chile– su función fue sustituida por el espacio libre del fuerte que, por sus medidas comparables a las de las manzanas, mantenía la proporcionalidad de la plaza respecto al trazado del núcleo urbano.

En las misiones, la función de la plaza como espacio de encuentro correspondía al atrio de la capilla que estructuraba al núcleo del asentamiento. Esta característica se repetía en las misiones del archipiélago de Chiloé y de la Araucanía; un ejemplo es la misión de Daghlipulli donde, frente a la capilla del asentamiento, el camino de acceso al poblado, se ensanchó para servir como plaza.

<sup>59</sup> El plano anónimo de 1757 -con los fuertes de Nacimiento, San Rafael de Talcamávida, Santa Bárbara y San Juan Bautista de Hualqui - se encuentra en el Archivo Nacional. Santiago. Archivo Gay-Morla volumen 34





### Espacio destinado a plaza en el fuerte de Nacimiento y en la misión de Daghlipulli

Fuentes: Plano anónimo de 1757<sup>60</sup> y grabado de Claude Gay<sup>61</sup>

Los pueblos de indios, por su trazado cuadricular, su plaza central y el uso asignado a los solares adyacentes a la plaza reproducían el orden geométrico de las ciudades. No obstante, tenían una jerarquía inferior que se manifestaba en sus dimensiones menores y simplicidad funcional. Su condición de asentamientos, que básicamente dependían de la función evangelizadora, se expresaba en la presencia de una iglesia o capilla como la única construcción de uso público relacionada con la plaza.

La sencillez funcional y morfológica de los pueblos de indios denotaba su modesta posición en la ordenación jerárquica de la colonización. En el pueblo de indios de Sotaquí esta característica se expresa claramente en la precariedad de la edificación pública asentada en solares adyacentes a la plaza; en este caso se limitaba apenas a una pequeña capilla, que ocupaba un cuarto de solar. A pesar de esta condición, la plaza de Sotaquí explicitaba su función de espacio de encuentro social porque era el lugar donde convergían el espacio destinado a los indígenas y el área reservada a los habitantes de la hacienda donde se emplazó el asentamiento.



### Plaza en el pueblo de indios de Sotaquí

Fuente: Plano de población de indios encomendados de Sotaquí, Antonio Martínez de Mata, 1790<sup>62</sup>

<sup>60</sup> Archivo Nacional. Santiago. Archivo Gay-Morla volumen 34

<sup>61</sup> Grabado de 1835. GAY, Claudio: *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. op. cit. Lámina N° 22.

<sup>62</sup> Archivo Nacional. Santiago.

#### 4.2.4 Importancia del paisaje en el orden jerárquico de las ciudades

La jerarquía de las ciudades chilenas fue cambiante porque obedecía a la evolución de los procesos históricos, culturales y económicos que, a su vez, se relacionaban con las características de los sitios de fundación; por esto, desde la primera etapa de la colonización, el paisaje influyó en la estructuración jerárquica de las ciudades. La ubicación estratégica de Chile para las comunicaciones interoceánicas entre el Atlántico y Pacífico -a través del estrecho de Magallanes- explica tanto la ocupación temprana del litoral como la jerarquía que alcanzaron las ciudades más vinculadas a las rutas de navegación y comercio; esta situación era comparable a la descrita por Guillermo Lohman para otras colonias americanas<sup>63</sup>.

Algunas de las primeras fundaciones chilenas -La Serena, Concepción, Valdivia y Santiago de Castro- muestran que el dominio de la costa era una acción prioritaria. Asimismo, explica la creación de los puertos de Valparaíso -para enlazar a Santiago del Nuevo Extremo con otros puertos del Pacífico- y de Talcahuano para conectar a Concepción -después de su traslado desde la bahía de Penco hasta el valle de La Mocha- con el sistema de comunicaciones marítimas. La relevancia de los puertos también se advierte en el esfuerzo realizado en el XVIII para dotarlos de defensas y caminos de conexión con otras ciudades. Igualmente, las características del paisaje influyeron en la jerarquía de las ciudades litorales porque su posición en el orden de la colonización, e incluso su permanencia, dependían de las condiciones de los sitios de fundación. El fracaso de Ciudad del Rey Don Felipe y Nombre de Dios, fundadas en el hostil territorio del estrecho de Magallanes, son ejemplos elocuentes.

Benavides et als señalan que la colonización de Chile se concentró tierras adentro, en un encadenamiento de asentamientos mineros, agrícolas o castrenses; además, señalan que las características geográficas y la inseguridad de la navegación por el Pacífico sur hasta avanzado el XVIII eran decisivas en la segregación del litoral. Aún así, señalan que es inexplicable el desinterés español por crear enclaves marítimos consistentes, situación que se advierte en las tardías fortificaciones de Valparaíso y San Carlos de Ancud<sup>64</sup>. Es pertinente indicar que los puertos podían localizarse sólo donde el relieve, la profundidad de las aguas, la dinámica de las corrientes marinas y vientos oceánicos permitiera el atraque de embarcaciones. Aunque la longitud del litoral supera los 4.500 kms -medidos en un eje imaginario- sólo algunos puntos de la costa chilena tenían condiciones adecuadas para el desarrollo portuario<sup>65</sup>.

Por la dinámica de la economía de su entorno, algunas ciudades constituían centros de poder, focos de influencia sobre otras ciudades o eran puntos relevantes en los ejes de dominio; estas características fueron determinadas entre otros factores, por el paisaje<sup>66</sup>. Las fundaciones en los valles agrícolas alcanzaron los crecimientos más estables del siglo XVIII; los centros mineros, fundados en paisajes montañosos, tenían jerarquías variables porque dependían del producto de los yacimientos y de sus posibilidades de conexión con caminos y puertos. El relieve también influyó en la relación de las ciudades con la red de comunicaciones terrestres y condicionó su posición jerárquica. Las fundaciones realizadas en territorios de difícil accesibilidad, generalmente, tenían crecimientos erráticos. Una excepción fue Santa Rosa de Los Andes que, a pesar de estar en medio del complejo relieve de la cordillera andina, alcanzó una jerarquía media porque era una ciudad de paso y lugar de descanso en el recorrido entre Santiago y el Virreinato de La Plata

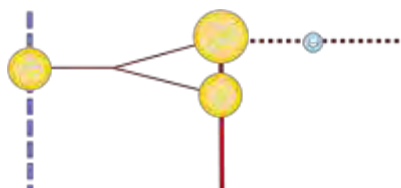
<sup>63</sup> LOHMAN VILLENA, Guillermo: *El proceso de ocupación territorial y la ordenación urbana. Siglos XVI-XIX* op. cit. p.10

<sup>64</sup> BENAVIDES, Juan; PIZZI, Marcela y VALENZUELA, Paz: *Ciudades y arquitectura portuaria. Los puertos mayores del litoral chileno*. Editorial Universitaria. Colección Imagen de Chile. Santiago. 1994. p. 9.

<sup>65</sup> Los puertos actuales aún ocupan los sitios elegidos en la época colonial para el desarrollo portuario.

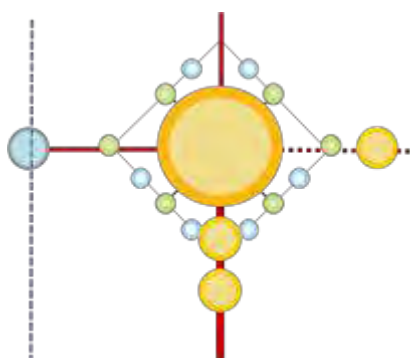
<sup>66</sup> LUJAN MUÑOZ, Jorge: *Los primeros asentamientos urbanos en el Reino de Guatemala*. Publicado en: *La Ciudad Iberoamericana*. op.cit. p.81

## Estructuras de colonización y jerarquía de las ciudades por influencia del paisaje



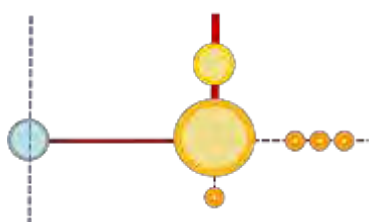
### Paisaje de valles mineros (zona norte)

- Organización lineal de las ciudades siguiendo el Camino Real
- Zona de transición desde el desierto de Atacama hasta los valles transversales y el litoral
- Prolongación a la costa por las planicies semidesérticas y hacia el territorio trasandino, cruzando Los Andes
- Pueblos de indios integran la estructura de colonización en base a ciudades mineras



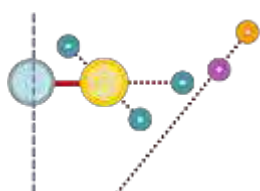
### Paisaje de valles agrícolas (zona centro)

- Organización centralizada en torno a Santiago
- La continuidad espacial de los valles centrales permitió la expansión de la estructura en distintas direcciones aunque predominaba la tensión longitudinal generada por el Camino Real
- Prolongación del sistema hacia el litoral cruzando la cordillera de La Costa y hacia el territorio trasandino a través de la cordillera de Los Andes
- Agrupaciones de pueblos de indios y haciendas
- dispersas apoyaron la expansión de la colonización en base a ciudades y ocupación agraria



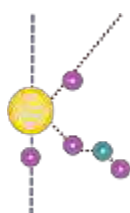
### Paisaje dominado por el río Bío Bío (zona centro-sur)

- Organización centralizada en torno a Concepción
- La continuidad espacial del río Bío Bío permitió expandir la colonización en sentido transversal
- Prolongación del sistema hacia la costa por la existencia del puerto de Talcahuano
- El sistema fortificado del río Bío Bío apoyó la colonización de carácter castrense



### Paisaje de valles fragmentados por el relieve (zona sur)

- Organización dispersa en torno a Valdivia
- La discontinuidad espacial del relieve influye en la dispersión de la estructura de colonización
- Prolongación del dominio territorial hacia al litoral respaldado por sistemas defensivos costeros
- Las misiones de los valles interiores apoyaron el avance de la colonización



### Paisaje de archipiélago (zona sur)

- Organización dispersa de la colonización en torno a Santiago de Castro
- La discontinuidad geográfica condiciona la expansión de la colonización por distintos sentidos
- Predomina la ocupación del litoral de las islas
- Agrupaciones de misiones apoyaron la estructura de colonización

### 4.3 Afinidades y contrastes entre el orden urbano y la diversidad del paisaje

El concepto de orden fue una herencia del mundo clásico<sup>67</sup> especialmente admirada en el Siglo de La Razón, momento histórico que coincide con la etapa más dinámica de la colonización de Chile. Desde esa perspectiva cultural, la conquista y el arraigo español al territorio chileno exigían que las ciudades fueran afirmaciones de orden y medida ante un paisaje de dimensiones colosales y exuberante diversidad.

El tema de la exposición realizada el año 1992 con motivo de la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América fue ***La ciudad hispanoamericana: El Sueño de un Orden***. Bajo esta enseña, los profesionales que participaron en el evento rescataron el significado de las ciudades coloniales como un orden simple y conocido que debía insertarse en un mundo complejo e incomprensible<sup>68</sup>.

Implantar un orden radicado en las ciudades fue una idea rectora de la colonización en sus diferentes etapas. Desde principios del XVI las fundaciones se organizaron a partir del trazado ortogonal, que permitía una fácil división y reparto de las tierras. Las posteriores fundaciones francesas e inglesas para colonizar el norte de América siguieron el orden definido por las ciudades españolas; esto ocurría, señala Capel<sup>69</sup>, incluso cuando el relieve obligaba a dividir el poblamiento entre un emplazamiento elevado y otro en la planicie próxima a un puerto, como fue el caso de Québec.

Horacio Capel explica que, en el siglo XVI, la fundación de ciudades en América era una empresa ligada a los desarrollos más avanzados de la urbanística y las ciencias del renacimiento porque desde la selección de los sitios, el trazado, la construcción de edificios, la solución de problemas técnicos –abastecimiento de agua y control de las condiciones higiénicas- hasta las interpretaciones alegóricas de las ciudades se deben comprender en el contexto intelectual de la ciencia europea de la época y su aplicación en la Nueva Europa, que era la América recién descubierta por España. Un tema fundamental, según Capel, fue que el diseño ortogonal se repitió en forma manifiestamente similar a través del territorio americano colonizado por España aunque, sin duda, un examen comparativo de lo propuesto y lo realizado permitiría detectar enriquecimientos y variaciones<sup>70</sup>.

Las ciudades fundadas al inicio de la colonización fueron obras representativas de su tiempo porque su trazado regular pronunciaba el anhelo renacentista referente a la supremacía del orden sobre el mundo. Al respecto, Pedro de Valdivia apunta a la relevancia de fundar ciudades en Chile para ***comenzar a poner algún orden en esta tierra***<sup>71</sup>. Valdivia encarnaba al conquistador decidido a implantar, en los insondables paisajes chilenos, un orden comprensible, que remitiera a su experiencia espacial y cultural previa. A pesar de la importancia del ciclo inaugural de la colonización a fines del siglo XVI -cuando se establecieron las bases de la urbanización colonial- es preciso subrayar que el orden de las ciudades chilenas, plasmado en la geometría cuadrangular, fue perfeccionándose según los principios predominantes en cada etapa de la colonización.

<sup>67</sup> Este concepto se reconoce en el mito de Orfeo donde se describe como el célebre poeta tracio, con el poder de su arte, transformó un ambiente salvaje y peligroso en un mundo acogedor al sustentarlo en un orden armonioso y comprensible.

<sup>68</sup> Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). Ministerio Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. Catálogo de la exposición homónima. Madrid 1989.

<sup>69</sup> CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. Capítulo 5. La trama ortogonal y su difusión. op.cit. p.185

<sup>70</sup> En planos ortogonales constituidos por sectores trazados con distintas orientaciones se diferencian las áreas correspondientes a distintas etapas del crecimiento urbano CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. Capítulo 5. La trama ortogonal y su difusión. op.cit. p.185

<sup>71</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.28

Por otra parte, las ciudades coloniales, como expresión física del *sueño de un orden*, no eran estructuras fijas porque se iban modificando con el tiempo al ser partes de un proceso de ocupación del espacio que se desarrolló durante tres siglos. En este largo período, las ciudades fueron centros receptores y divulgadores de distintas ideas y acciones, que no pueden ser comprendidas a partir de visiones circunscritas a una sola etapa del proceso.

Las ciudades chilenas alcanzaron su mayor complejidad en el siglo XVIII, cuando la regularidad geométrica del trazado fundacional se combinaba con la introducción de nuevos espacios urbanos que respondían a las dinámicas derivadas de la necesidad de fortalecer las relaciones entre la ciudad y territorio, el avance en el conocimiento geográfico y el surgimiento de nuevas aspiraciones de las sociedades. En esta fase, el orden elemental que regía a las ciudades se fue concertando con formas urbanas más complejas -pero igualmente comprensibles- para resolver urgencias originadas por el progreso en el dominio militar y espacial, a la idea ilustrada de orden y a las demandas sociales y económicas que emergieron de las reflexiones humanistas del momento.

La colonización de Chile durante el siglo XVIII se destacó por la consolidación de los territorios urbanizados, la formulación de nuevas estrategias de dominio acordes con las particularidades regionales, la reordenación jerárquica de los asentamientos y las modificaciones de las estructuras internas de las ciudades para acoger a los ideales urbanos imperantes. El perfeccionamiento de las estrategias de dominio y el crecimiento de las ciudades se fueron traduciendo en sucesivas transformaciones morfológicas y funcionales que, a su vez, influyeron en la presión que las ciudades ejercían sobre su entorno y sus áreas de influencia.

La complejidad creciente de las ciudades coloniales se relacionaba con las funciones territoriales<sup>72</sup> y el surgimiento de nuevos lugares urbanos donde se conjugaban la fidelidad a los principios de orden que fueron instaurados al inicio de la colonización con la incorporación de espacios públicos y edificios que enriquecieron el trazado fundacional. Las ciudades también iban adecuándose a las reformas administrativas y sociales establecidas para responder a las exigencias de desarrollo económico y de eficiencia en la ocupación del territorio. Asimismo, la gradual adaptación de las ciudades al nuevo contexto cultural era coherente con el conocimiento renovado de la realidad territorial, el avance en las ciencias y técnicas cartográficas<sup>73</sup>. Aunque este proceso se aceleró en el siglo XVIII debe considerarse que las transformaciones de las ciudades se anunciaban desde las etapas iniciales de la urbanización porque el plano cuadriculado era una estructura geométrica que aceptaba modificaciones y ampliaciones de sus partes y componentes, sin perder su esencia ordenadora.

Las transformaciones experimentadas por las ciudades coloniales pueden analizarse desde distintas perspectivas, que no son excluyentes entre sí, porque las reformas económicas y administrativas instauradas en el siglo XVIII para reforzar el dominio militar y espacial, aunque aspiraban a la creación de nuevas respuestas urbanas, no representaron una alteración del orden original. Por esto, al observar la trayectoria de la colonización de Chile se advierte que las ciudades evolucionaron desde unos centros funcionalmente simples a estructuras de mayor complejidad funcional. Los cambios -que fueron más dinámicos y radicales en el transcurso del siglo XVIII- se llevaron a cabo sin abandonar el plano cuadriculado como sustrato morfológico.

<sup>72</sup> Este tema se ha desarrollado en el punto 1.2 Revisión de la experiencia urbanizadora y cambios de las estrategias y acciones para el dominio de la extensión.

<sup>73</sup> La transformación permanente de las ciudades y en consecuencia del proceso de urbanización, se relaciona con una serie de momentos históricos decisivos que, como señala Sartor, dieron lugar a un proceso creativo único en la historia de las colonizaciones. SARTOR, Mario: *La città e la conquista*. op.cit. p.108

### 4.3.1 La ciudad colonial como orden urbano clásico

El origen del plano cuadrículado, característico de las ciudades coloniales fundadas por España en América, es un tema largamente analizado desde las perspectivas de sus precedentes históricos y su relación con las tradiciones urbanísticas ortogonales de Europa que se remontan a la cultura grecolatina, en particular, los campamentos militares romanos. Estos núcleos de colonización sistemática fueron fundados por diferentes regiones del imperio, entre las cuales estaba Hispania<sup>74</sup>. Reconociendo la herencia latina, Alfonso X el Sabio, en *Las Siete Partidas*, dice que un campamento militar debía disponerse en forma regular, en clara alusión a los patrones romanos.

Las bastidas y otros asentamientos de Europa medieval también son considerados precedentes morfológicos de las ciudades coloniales hispanoamericanas. En España existían ciudades con trazados regular desde el siglo XI, destacándose los centros navarros de Puente La Reina y Sangüesa, que se organizaron siguiendo las rutas de peregrinación a Santiago de Compostela. En el Levante, la presencia de estructuras ortogonales se reconoce en Castellón y Villarreal; en las Provincias Vascongadas y en Burgos también existían ciudades de trazado regular como lo muestran Durango, Tolosa y Guernica.

Guarda<sup>75</sup> explora otro origen morfológico del trazado cuadricular al plantear que las ciudades coloniales eran gestos simbólicos relacionados con el sentido espiritual del medioevo y expresiones de una conquista política y religiosa que se emprendió ante la aparición de América; en este contexto, la fundación de ciudades puede ser vista como una forma de santificar el territorio a través de la planta en cruz que, según Gabriel Guarda, surgió del tomismo y una larga elaboración medieval. Existen otras referencias teóricas de ciudades regulares del medioevo que se remiten al modelo conceptual de Santo Tomás de Aquino. La Cristianópolis imaginada por J.V. Andreäs en el siglo XII era una ciudad cuadricular, organizada con un centro o eje del orbe, según el modelo de la Jerusalén Celeste descrito en el Apocalipsis de San Juan.

*...La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales*<sup>76</sup>

La ciudad ideal del medioevo, como la proponía la teología, aunque no alcanzó un desarrollo en la praxis es considerada una fuente de información teórica relevante. En España, la ciudad cuadricular fue conceptualmente planteada por Jaime II en las Ordenaciones mallorquinas y por Eiximenis en su ciudad ideal. Soledad Vila<sup>77</sup> señala que, en su modelo, Eiximenis incorporó rasgos clásicos y referencias orientales que complementó con influencias culturales de la Aquitania francesa, donde transcurrió parte de su vida. Para Soledad Vila, la ciudad ideal de Eiximenis fue una innovación dentro de la cultura española al introducir nociones urbanísticas del renacimiento italiano que todavía eran poco conocidas en España. Al respecto, hay antecedentes sobre la temprana difusión en Hispanoamérica de los tratados renacentistas. Capel señala que los textos de Vitruvio, Alberti y otros teóricos del renacimiento fueron conocidos enseguida en España y desde el siglo XVI sus obras ya circulaban por la península ibérica y América; como referencia específica sostiene que una edición de

<sup>74</sup> Un análisis de las divisiones regulares de origen romano en España y su pervivencia se encuentra en: *Estudios sobre centuriaciones romanas en España* editado por la Universidad Autónoma de Madrid Ciudad Universitaria de Cantoblanco. Madrid, 1974. Otros antecedentes en: GARCIA Y BELLIDO, Antonio: *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*. Biblioteca Archaeologica-V. Instituto Español de Arqueología. C.S.I.C. Segunda edición. Madrid 1985.

<sup>75</sup> GUARDA, Gabriel: *Santo Tomás de Aquino y las fuentes del urbanismo indiano*. Publicación de Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago.

<sup>76</sup> Apocalipsis de San Juan, 21. *La Santa Biblia. El Nuevo Testamento*. Revisión de 1960. Sociedades Bíblicas de América Latina. Santiago. 1960. p. 1156

<sup>77</sup> VILA, Soledad: *La ciudad de Eiximenis: Un proyecto teórico de urbanismo en el siglo XIV*. Diputación Provincial de Valencia. Valencia 1984. pp.114-117.



Alberti –del año 1522- pertenecía al Virrey Mendoza y era leída por éste mientras se edificaba la capital de Nueva España sobre las ruinas de Tenochtitlán<sup>78</sup>. Oliveras señala que Stanislawski fundamentó las similitudes entre el tratado de Vitrubio y las normas empleadas en América estableciendo analogías entre los *Diez Libros de la Arquitectura* y algunos artículos de las Ordenanzas de 1573<sup>79</sup>.

En la colonización de América, los principios ortogonales se aplicaron masivamente, definiendo una praxis urbana que puede calificarse de vanguardista al contrastarlas con las realizaciones del urbanismo europeo de la época, donde el uso de trazados ortogonales se reducía a ejemplos aislados y poco significativos al compararlos con las ciudades de traza irregular. En contraste, en Hispanoamérica, incluso se llevaron a la práctica propuestas teóricas referentes a utopías como las misiones jesuíticas, que son consideradas modelos de experimentaciones morfológicas y sociales.

Las ciudades fundadas durante la reconquista del territorio español dominado por la cultura musulmana se diferenciaban por oponerse a la irregularidad de las ciudades islámicas. Por esto, Palm<sup>80</sup> plantea que, a través de la cuadrícula, se trasladó hasta el Nuevo Mundo una tradición de la reconquista expresada en la morfología regular de ciudades que representaban el orden cristiano oponiéndose al trazado laberíntico representativo de la ciudad islámica. En este sentido, Palm<sup>81</sup> sostiene que el prólogo a la urbanización española de América fue la fundación de Santa Fe -realizada en 1491 por los reyes católicos frente a Granada- donde participó Nicolás de Ovando, el fundador de Santo Domingo. Al respecto, Capel -citando a Francisco de Solano- explica que Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de Las Indias* dice que la ciudad Santo Domingo era magnífica *porque como se ha fundado en nuestro tiempo fue trazada con regla y compás y a una medida las calles todas*<sup>82</sup>. La cita anterior contiene una idea clave: la geometría regular y la repetición de una misma medida eran expresiones del orden renacentista. Otras versiones sostienen que las ciudades coloniales derivaron del urbanismo prehispánico o al menos recibieron su influencia<sup>83</sup>. Palm indica que esta idea se contrapone con la realidad de la conquista porque Tenochtitlán, el Cuzco y otras ciudades prehispánicas fueron conocidas por los españoles después de la fundación de Santo Domingo, la primera ciudad regular de Hispanoamérica<sup>84</sup>.

El traspaso del plano cuadrículado desde España hacia América también es un tema abierto al debate. Fullaondo<sup>85</sup> expresa que la presunción de regularidad geométrica de las ciudades coloniales hispanoamericanas como derivación de fuentes históricas europeas presenta la dificultad de relacionar a los conocimientos con la experiencia concreta de fundar ciudades. En un sentido similar, Fernando de Terán sostiene que el modelo ortogonal de ciudad era conocido en España desde la época romana, sin

<sup>78</sup> CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. Capítulo 5. La trama ortogonal y su difusión. op.cit. p.183

<sup>79</sup> OLIVERAS, Jordi: *Nuevas poblaciones en la España de la Ilustración*. Colección Arquithesis N°2. Editado por Fundación Caja de Arquitectos. 1998. p. 61. El estudio de Stanislawsky está en el artículo *Early Spanish Town Planning in the New World*, publicado en *Geographical Review*, 1947. pp. 94-105

<sup>80</sup> PALM, Erwin Walter: *Los orígenes del urbanismo imperial en América*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia. México 1951. p.7

<sup>81</sup> PALM, Erwin Walter: *Los orígenes del urbanismo imperial en América*. op. cit. p.5

<sup>82</sup> CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. Capítulo 5. La trama ortogonal y su difusión. op.cit. p.182. El texto citado por Capel es SOLANO, Francisco de: *El fenómeno urbano centroamericano en tiempos de Fernández de Oviedo*. En *Memorias del congreso sobre el mundo centroamericano en el siglo XVI: Homenaje al cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo en el V Centenario de su nacimiento*. San José de Costa Rica. 1980.

<sup>83</sup> CORTES, Xavier: *Los orígenes del urbanismo novohispano*. Cuadernos de Urbanismo. División Estudios de Postgrado. Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Editorial y litografía Regina de Los Ángeles. S.A. México, 1990. pp.19-28

<sup>84</sup> PALM, Erwin Walter: *Los orígenes del urbanismo imperial en América*. op. cit. p.21

<sup>85</sup> Benévolo propone influencias en ambos sentidos pues también algunas intervenciones urbanas en ciudades europeas pueden considerarse derivaciones de las ciudades coloniales. FULLAONDO, Juan Daniel: *Introducción al Urbanismo Colonial Hispanoamericano*. op.cit. pp. 88-89

embargo, ninguna de sus variantes de forma y dimensión coincide con la cuadrícula que los conquistadores españoles utilizaron reiteradamente para la colonización de América. Desde su perspectiva, la ciudad colonial, en su tipología más frecuente, no tenía precedentes morfológicos europeos directos porque, en los siglos próximos al comienzo de la colonización española del Nuevo Mundo sólo unas pocas ciudades de España poseían una estructura ortogonal y los modelos históricos -de los cuales en el siglo XVI quedaban escasos ejemplos- aunque tenían traza ortogonal no poseían la cuadrícula característica de las fundaciones coloniales<sup>86</sup>. Los principios de orden regular que rigieron algunas intervenciones urbanísticas en la Europa renacentista también pueden servir de referencias para explicar la forma de la ciudad colonial<sup>87</sup>.

Respecto al origen morfológico de las ciudades coloniales se debe considerar que el trazado ortogonal ha sido aplicado en casi todas las ciudades de conquista, como se puede observar en procesos históricos de distintas regiones del mundo. Lo anterior porque la estructura ortogonal se presta para la equilibrada y rápida repartición de la tierra. Desde esta perspectiva Joseph Rykwert<sup>88</sup> plantea que el modelo de ciudad aplicado en América remite a una constante universal, válida en todos los tiempos.

Finalmente, hay teorías que sostienen la posibilidad de un desarrollo local basado en la reinvencción espacial que operaba en el sitio de la fundación sobre la base de la experiencia cultural de los conquistadores, quienes, en su actividad urbanizadora integraban su herencia cultural y su realidad histórica colectiva y, a la vez, actuaron como creadores individuales; por esto, aunque predominaron ciudades con trazado cuadricular, varias fundaciones coloniales tuvieron morfologías experimentales que no coincidían con el tipo general o no respondían a las imposiciones reguladoras. En esta línea argumental se sitúa Ángel Rama señalando que la ciudad colonial no fue fruto de la experiencia urbanística previa de los conquistadores sino resultado de un continuo esfuerzo de racionalización y sistematización, tomando como referencia a un modelo ideal de ciudad.

*El esfuerzo de clarificación, racionalización y sistematización que la misma experiencia colonizadora iba imponiendo, respondía no a modelos reales, conocidos y vividos, sino modelos ideales concebidos por la inteligencia.*<sup>89</sup>

Hardoy también sostiene que la forma de las ciudades coloniales no fue el resultado de una idea elaborada en Europa y trasplantada a América, sino consecuencia de un progresivo y espontáneo proceso de perfeccionamiento de ideas dispersas que, en la urbanización de América, se utilizaron integralmente por primera vez<sup>90</sup>. Se debe considerar que las disposiciones relacionadas con la fundación de ciudades hasta la promulgación de las Ordenanzas de 1573 sólo fueron de carácter general. Según Hardoy, las ciudades coloniales pioneras no derivaron de un planteamiento urbano

<sup>86</sup> DE TERAN, Fernando: *La Cuadrícula en el desarrollo de la ciudad hispanoamericana*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid. 1986. pp.5-6

<sup>87</sup> Entre las ciudades italianas que fueron intervenidas con calles rectas para ordenar la trama medieval se destaca Roma con la rectificación en 1560 por Pío IV de la vía romana desde el Quirinal a la Porta Nomentana y su prolongación hasta traspasar la Porta Pia de Miguel Ángel; el nuevo sistema vial sobre las colinas orientales de Roma con la vía Merulana que implantó el Papa Gregorio XIII entre 1572 y 1585. Sixto V, entre 1585 y 1590, añadió otro eje recto de casi tres kilómetros para unir Trinitá dei Monti, Santa María la Maggiore y Santa Croce. En Palermo, entre 1564 y 1593, se trazó una cruz vial con la Vía Maqueda y la prolongación del Alcázar hasta el mar. En Francia, Enrique IV ordenó rectificar las calles de Sully. La ampliación de Amsterdam, de 1607, comprendía calles de tramos rectos para conectar los muelles nuevos<sup>87</sup>. Sin embargo, todos estos ejemplos eran intervenciones parciales y las propuestas globales alcanzan mayor desarrollo en los siglos siguientes, especialmente en la estructuración de jardines como Vaux y Versalles. En BENEVOLO, Leonardo: *La captura del infinito*. Celeste ediciones. Madrid, 1994. pp. 24-28

<sup>88</sup> RYKWERT, Joseph: *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el mundo Antiguo*. op.cit p.249

<sup>89</sup> RAMA, Ángel: *La Ciudad Letrada*. Ediciones del Norte. New Hampshire. Primera Edición. 1984. p.3

<sup>90</sup> HARDOY, Jorge Enrique: *El modelo clásico de la ciudad colonial hispanoamericana*. Actas XXXVIII Congreso Internacional de Americanistas Volumen IV. Stuttgart, 1968. pp.143-181

genérico y planificado, como se deduce al analizar las imprecisas instrucciones que los reyes católicos entregaron a los primeros españoles que vinieron hasta el Nuevo Mundo. La Instrucción a Pedrarias de Avila -considerada expresión de la voluntad real de trazar ciudades en damero- según Hardoy, no fue recogida y, aunque hasta 1520 no existían planos de ciudades coloniales, el estudio de Instrucciones, Reales Cédulas y otros documentos coloniales revela que el trazado de las ciudades se fue perfeccionamiento gradualmente hasta alcanzar el modelo clásico<sup>91</sup>.

Además de su tajante morfología cuadrricular, las ciudades coloniales se destacaron porque fueron gobernadas mediante la combinación de sistemas de administración conocidos y otras modalidades originadas por el mestizaje cultural. En América, las funciones tradicionales de la ciudad se articularon con nuevas funciones generadas por el contexto cultural y las herencias urbanísticas se enriquecieron con los aportes de utopías urbanas y experimentaciones sociales. En este sentido, se destacan los proyectos realizados en México por Vasco de Quiroga, Obispo de Michoacán<sup>92</sup>, que se inspiraban en la *Utopía* de Tomás Moro, y las misiones jesuíticas, cuya forma y significado se consideran reinterpretaciones de la *Ciudad del Sol* de Campanella.

En la morfología de la ciudad colonial también se integraron tradición y vanguardia; pues, aunque la cuadrícula tenía precedentes teóricos y reales, en América alcanzó características relacionadas con las ideas más nuevas del urbanismo renacentista, las que no se aplicaron en Europa porque allí, como hace notar Francisco de Solano, no había nuevas ciudades que fundar<sup>93</sup>. Por lo tanto, a pesar del interés por repetir en América formas urbanas provenientes de España, el modelo clásico de la ciudad colonial, en varios aspectos fue una innovación.

Desde una visión integradora, Rojas Mix propone un análisis ideológico de la ciudad colonial -sin excluir ninguna influencia potencial- centrado en la posibilidad de una combinación ensamblada, donde todos los influjos se engranan para la formación de una estructura urbana singular. Lo fundamental para Rojas Mix era el sistema de preferencias y valoraciones que llevó a asumir -en la teoría y práctica- un esquema determinado. Su enfoque se orienta al análisis de la gestación del modelo de ciudad como resultado de formas seleccionadas desde experiencias prácticas, documentos históricos y cánones de los preceptistas; en síntesis, por los criterios adoptados para elegir un modelo y excluir a otros, así como las distintas circunstancias físicas y culturales que condicionaron la transición desde un esquema urbano básico hasta las formas reales de las ciudades<sup>94</sup>.

*Una vez generado el modelo, este se hace forma en el interfluvio de una serie de circunstancias económicas, geográficas, topográficas, sociales o estratégicas que lo remodelan para que éste adquiera su fisonomía real: la de fenómeno histórico*<sup>95</sup>.

Las relaciones entre la forma y funciones urbanas es otro aspecto medular de varios estudios sobre las ciudades coloniales. En los textos analizados se señala que las formas urbanas dependían de factores estratégicos, administrativos, económicos, defensivos, religiosos y sociales; así, el predominio de algunas funciones sobre las demás determinó la jerarquía y la evolución de los núcleos fundacionales desde un enclave elemental hasta una estructura urbana compleja. En este sentido, Hardoy y Gutiérrez plantean que las ciudades coloniales eran, al mismo tiempo, una realidad física, política, militar, económica y cultural, que debían responder a un conjunto de necesidades heterogéneas; por esto, su condición plurifuncional se designó desde el

<sup>91</sup> HARDOY, Jorge Enrique: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op. cit. pp. 43

<sup>92</sup> LOPEZ ESTRADA, Francisco: *Tomás Moro y España: Sus relaciones hasta el siglo XVIII*. Editorial de la Universidad Complutense. Madrid, 1980. p.54

<sup>93</sup> DE SOLANO, Francisco: *Ciudades y Pueblos de Indios* op. cit.

<sup>94</sup> ROJAS- MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. op. cit. p.75

<sup>95</sup> ROJAS- MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. op. cit. p.75

inicio de la urbanización<sup>96</sup>. Fernando de Terán, desde una perspectiva análoga, se refiere al proceso de colonización poniendo el acento en las múltiples funciones de las ciudades porque fueron estructuras defensivas, bases para explotar los recursos naturales, centros donde se asentaba la administración colonial, focos de difusión de la cultura europea y enclaves para dar continuidad a la exploración y ocupación del territorio.

*Todo el proceso de colonización española de América, estuvo apoyado en un proceso previo o simultáneo de ocupación del territorio, en el que las ciudades jugaban el papel estratégico fundamental, como núcleo estable para la defensa, administración, extensión de la cultura, la explotación de los recursos y la continuidad de la penetración*<sup>97</sup>

Romero amplía el sentido funcional de las ciudades coloniales al sostener que desde su origen se les asignó una función social pues la fundación más que erigir la ciudad física, creaba una sociedad<sup>98</sup>; sin embargo, con el paso del tiempo, se perfilaron distintas culturas urbanas como resultado de un proceso diferenciador que sustituyó paulatinamente la idea genérica de la colonización por las ideologías específicas que identificaban a cada ciudad.

Es innegable que las funciones específicas asignadas a cada ciudad colonial fueron condicionantes de su estructura morfológica original y proceso de desarrollo; pero las transformaciones urbanas también eran resultado de las condiciones espaciales. Las ciudades coloniales fueron símbolos de dominio, referencias del avance en el dominio de la extensión, centros económicos y sociales, focos de la evangelización y lugares que señalaban la salida y llegada de las exploraciones. Para sus fundadores eran ámbitos regidos por un orden simple y comprensible, que contrastaban con un paisaje complejo y enigmático.

La cuadrícula proporcionaba una solución geométrica fácil de repetir y reconocible en medio de la naturaleza. Las ciudades coloniales, por estar organizadas en planos cuadriculados, permitían multiplicar el orden cartesiano en diferentes ámbitos; esta cualidad es relevante si se tiene en cuenta que la heterogeneidad del paisaje debía contrastarse y reducirse. En un mundo distante y distinto de Europa, las ciudades coloniales no podían ser estructuras ambiguas o amorfas; al contrario, la morfología urbana debía explicitar un orden posible de comprender inmediatamente, un orden repetitivo que irrumpía en paisajes sorprendentes por su diversidad.

El proceso de adaptación de cada ciudad a su propia realidad fue condicionado por las circunstancias históricas locales y funciones urbanas; también por la existencia de diversos paisajes, cuyas características espaciales influyeron en la modalidad de ocupación del territorio y la morfología de las ciudades. En el contexto americano, el plano cuadriculado puede explicarse -además de la urgencia por lograr un reparto equitativo y rápido del espacio- por el imperativo de crear unas estructuras urbanas basadas en rasgos comunes y recurrentes, con capacidad para reforzar el sentido de pertenencia mediante un orden claro y reconocible que se oponía a un paisaje radicalmente distinto a los contextos familiares de los fundadores. En este sentido, no es temerario sostener que el orden cuadricular comenzó a emplearse en forma sistemática cuando los conquistadores tomaron conciencia de la enorme extensión y diversidad del territorio que debían colonizar, lo que ocurrió cuando apenas habían transcurrido unos meses de iniciada la exploración de América, como lo indican las primeras crónicas de la conquista<sup>99</sup>.

<sup>96</sup> GUTIERREZ, Ramón y HARDOY, Jorge: *La ciudad hispanoamericana en el siglo XVI*. op.cit. p.97

<sup>97</sup> DE TERAN, Fernando: *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. Introducción op.cit. p.13.

<sup>98</sup> ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op.cit. p.13

<sup>99</sup> Américo Vesputio en sus cartas del año 1500 ya se refiere a la inmensidad de América.

### 4.3.2 El modelo clásico de ciudad en las primeras fundaciones chilenas

El trazado cuadricular -considerado como una abstracción geométrica que sintetiza las principales características morfológicas, funcionales y simbólicas de las ciudades coloniales- fue ampliamente difundido en la región chilena, lo que se advierte en los dibujos de las fundaciones realizadas en diferentes zonas y fases de la colonización. Genéricamente, la ciudad se organizaba en una trama cuadricular estructurada por manzanas iguales, con el cuadrado central destinado a la plaza. Desde el comienzo del proceso de colonización, las ciudades chilenas reproducían este orden. Santiago del Nuevo Extremo, La Serena, Mendoza, San Juan de La Frontera y San Mateo de Osorno fueron ciudades del siglo XVI trazadas en damero y con plaza central. Esta forma se repitió en la mayoría de las fundaciones que se realizaron hasta finales del período colonial, evidenciando la persistencia del modelo.

Uno de los primeros dibujos de una ciudad colonial chilena es el plano fundacional de Mendoza, del año 1561<sup>100</sup>. Como en la generalidad de los planos fundacionales sólo se representa el trazado con la subdivisión de las manzanas en cuatro solares iguales, la orientación de la trama, los usos del suelo y el nombre de los pobladores a quienes se adjudicaron los lotes en el momento de la fundación.

Mendoza, con su cuadrícula compuesta por un número impar de manzanas por lado -en este caso 5X5- y la plaza en el centro geométrico de la trama, corresponde al modelo clásico de ciudad colonial. Los solares ubicados alrededor de la plaza fueron concedidos al capitán Pedro del Castillo -el fundador de la ciudad- y se reservaron otros para la iglesia, el cabildo y la cárcel. Tomando como referencia los textos del plano, los cuatro solares del vértice noroeste de la ciudad se destinaron a Casas de Fundación, los cuatro del noreste se entregaron a la orden de Santo Domingo; los solares del suroeste se dieron al convento de San Francisco y en la zona sudeste se reservaron cuatro solares para el hospital de naturales y españoles.

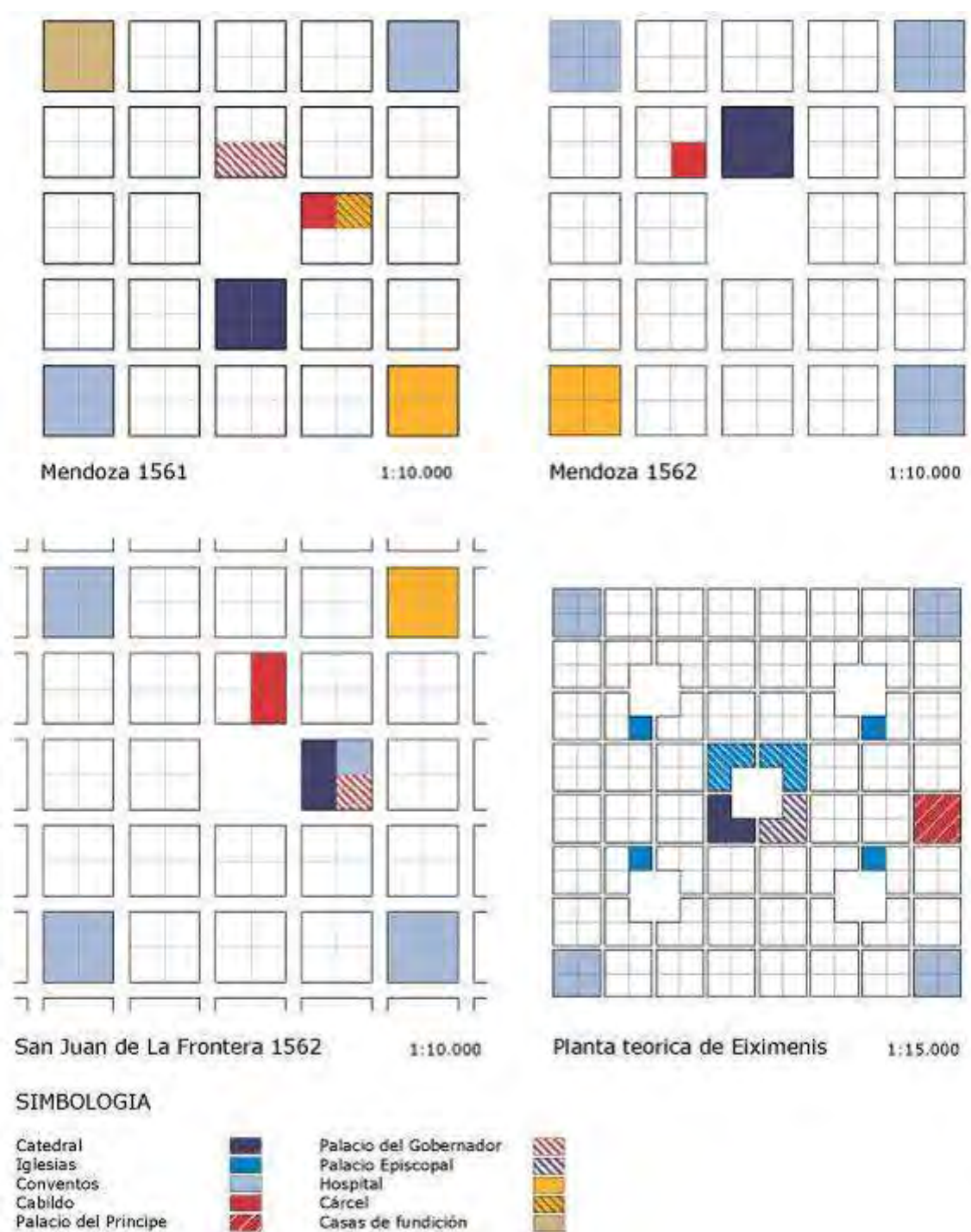
La estructura morfológica de Mendoza y San Juan de la Frontera era idéntica a la de otras fundaciones coloniales como Caracas, cuyo trazado era una cuadrícula de 5X5 manzanas, divididas en cuatro solares, con la plaza central. El trazado de Mendoza y San Juan de La Frontera también mostraba similitudes morfológicas con la ciudad ideal de Eiximenis; aunque en Mendoza, las cuatro plazas propuestas por Eiximenis -equidistantes de la plaza- fueron reemplazadas por conventos y un hospital.

En el plano de Mendoza de 1562 -planta de la nueva ciudad luego de su traslado<sup>101</sup> decidido por Juan Jufré- se confirma el trazado de 5X5 manzanas con la plaza en el centro de la trama. Las cuadras medían 225 pies por lado y las calles tenían un ancho uniforme de 35 pies. Los cuatro solares al oriente de la plaza se destinaron al templo mayor y los del sur se entregaron a Juan Jufré, quien reemplazó a Pedro del Castillo como Capitán General de la Provincia de Cuyo. El plano no identifica los solares asignados al cabildo y la cárcel. Cuatro manzanas equidistantes de la plaza respaldaban la función evangelizadora porque el vértice noroeste fue adjudicado al convento de Santo Domingo, el suroeste San Francisco y el noreste a La Merced. El vértice sureste estaba ocupado por el hospital, que también se vinculaba a la acción misionera. Como en el caso de la primera fundación, junto al plano se encuentra el Acta de Fundación<sup>102</sup>.

<sup>100</sup> Según Hardoy, ningún plano fundacional conocido es anterior a 1560, fecha en que las principales ciudades habían sido fundadas y trazadas HARDOY, Jorge E., *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op.cit. p.43

<sup>101</sup> El traslado, según Juan Jufré se debió a la inconveniencia del sitio de la ciudad, en una depresión topográfica que impedía la circulación de los vientos. GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. p.62

<sup>102</sup> De los 96 lotes distribuidos en 24 manzanas, 31 no aparecen asignados a ningún propietario, debido, tal vez, según Hardoy, al reducido número de pobladores que acompañó al fundador.



### Relación entre Mendoza, San Juan de La Frontera y la ciudad teórica de Eiximenis

Fuentes: Planos fundacionales de Mendoza de 1561<sup>103</sup> y 1562<sup>104</sup> Plano fundacional de San Juan de La Frontera de 1562<sup>105</sup> y ciudad ideal de Eiximenis<sup>106</sup>

<sup>103</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires. 221

<sup>104</sup> Plano fundacional de 1562 realizada por orden de Juan Juárez.

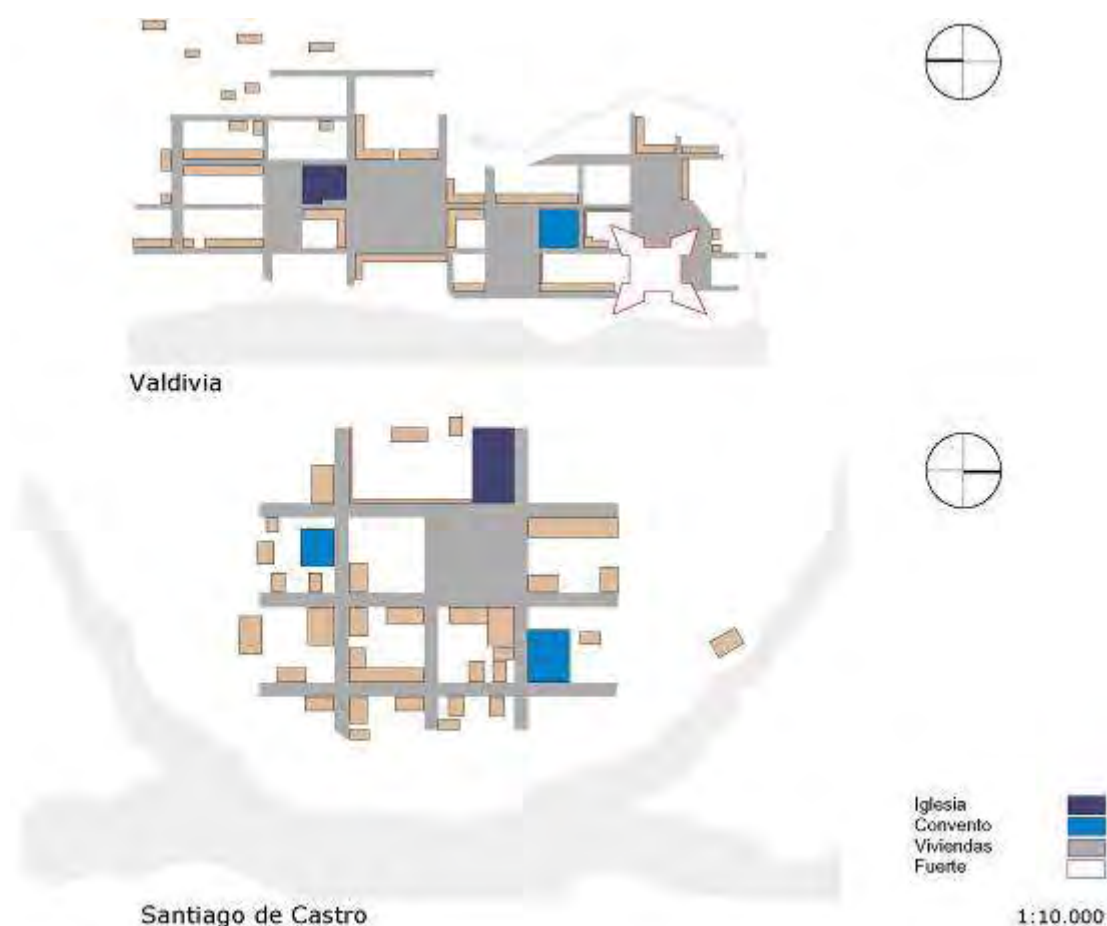
<sup>105</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires.9.

<sup>106</sup> Plano elaborado por José Luis García Fernández; publicado en Catálogo de la exposición *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*; editado por Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). op.cit. p. 91



El trazado y la proporción de los lotes y calles son idénticos al plano de la primera fundación, sólo hay diferencias en la ubicación de los conventos de Santo Domingo, San Francisco, el hospital y la Fundación Real, que en la nueva ciudad se reemplazó por el convento de La Merced. El trazado de San Juan de la Frontera era igual al de Mendoza; su plano fundacional de 1562 muestra la cuadrícula, orientación, división en solares y adjudicación de los lotes. Los solares ubicados al lado norte de la plaza pertenecían a la iglesia, cabildo y templo de Santa Ana; los solares del oeste fueron asignados a Juan Jufré. El vértice suroeste se destinó a la orden de Santo Domingo y el noroeste al hospital de españoles y naturales; otros dos solares de esquina se adjudicaron a conventos no identificados en el plano. La ocupación de los vértices con edificios representativos evangelización reafirmaba la estrecha relación entre la geometría cuadricular y el significado de la ciudad como espacio consagrado a la fe.

La cartografía del siglo XVIII muestra que Santiago del Nuevo Extremo y San Mateo de Osorno tenían trazado cuadricular y plaza central. La Serena, Concepción en la bahía de Penco, Valdivia y Santiago de Castro eran cuadriculares con la plaza más cerca del litoral. Según un plano de 1643, Valdivia tenía traza ortogonal, pero no cuadricular, porque se dividía en lotes rectangulares con excepción de la plaza de proporciones cuadradas que se destaca como único espacio que enunciaba el orden cuadricular. El plano de Santiago de Castro, levantado el año 1643 por corsarios holandeses, muestra el emplazamiento del núcleo junto al río Gamboa, el relieve del sitio, el trazado cuadricular y la plaza en una posición de borde.



### Trazado en las ciudades costeras de Valdivia y Santiago de Castro

Fuente: Planos anónimos holandeses de 1643<sup>107</sup>

<sup>107</sup> Los originales están en la Biblioteca de la Universidad de Göttingen.

### 4.3.3 Persistencia del modelo clásico en los procesos de desarrollo de las primeras ciudades coloniales de Chile

A lo largo del proceso de colonización en Chile, el modelo de ciudad implantado por España fue perfeccionándose; por esto, el gradual dominio de la región chilena tuvo como resultado la consolidación del orden cuadrícula. Al analizar la trayectoria de las fundaciones del siglo XVI se observa que, a través de su desarrollo urbano, se reiteraba el orden original. La cartografía del XVIII de Santiago del Nuevo Extremo, La Serena, Concepción en la bahía de Penco, San Mateo de Osorno y Santiago de Castro indica que el crecimiento de los núcleos fundacionales se realizó mediante la prolongación de la cuadrícula fundacional y manteniendo, casi sin variaciones, la morfología y dimensiones del trazado inicial.

En el plano de Santiago levantado en 1713 por Frezier se distingue la cuadrícula de 11X8 manzanas que ocupaba el valle contenido entre el río Mapocho por el norte, el cerro Santa Lucía por el oriente y la Cañada por el sur. La trama cuadrícula sólo se interrumpe por el río Mapocho para continuar desarrollándose después de cruzar el cauce sin alteraciones sustantivas en la forma o medidas. Frezier<sup>108</sup> describió a la ciudad de Santiago destacando su trazado de tablero de ajedrez, con manzanas de 150 varas por lado, equivalente a sesenta y cuatro toesas, iguales a las de Lima.

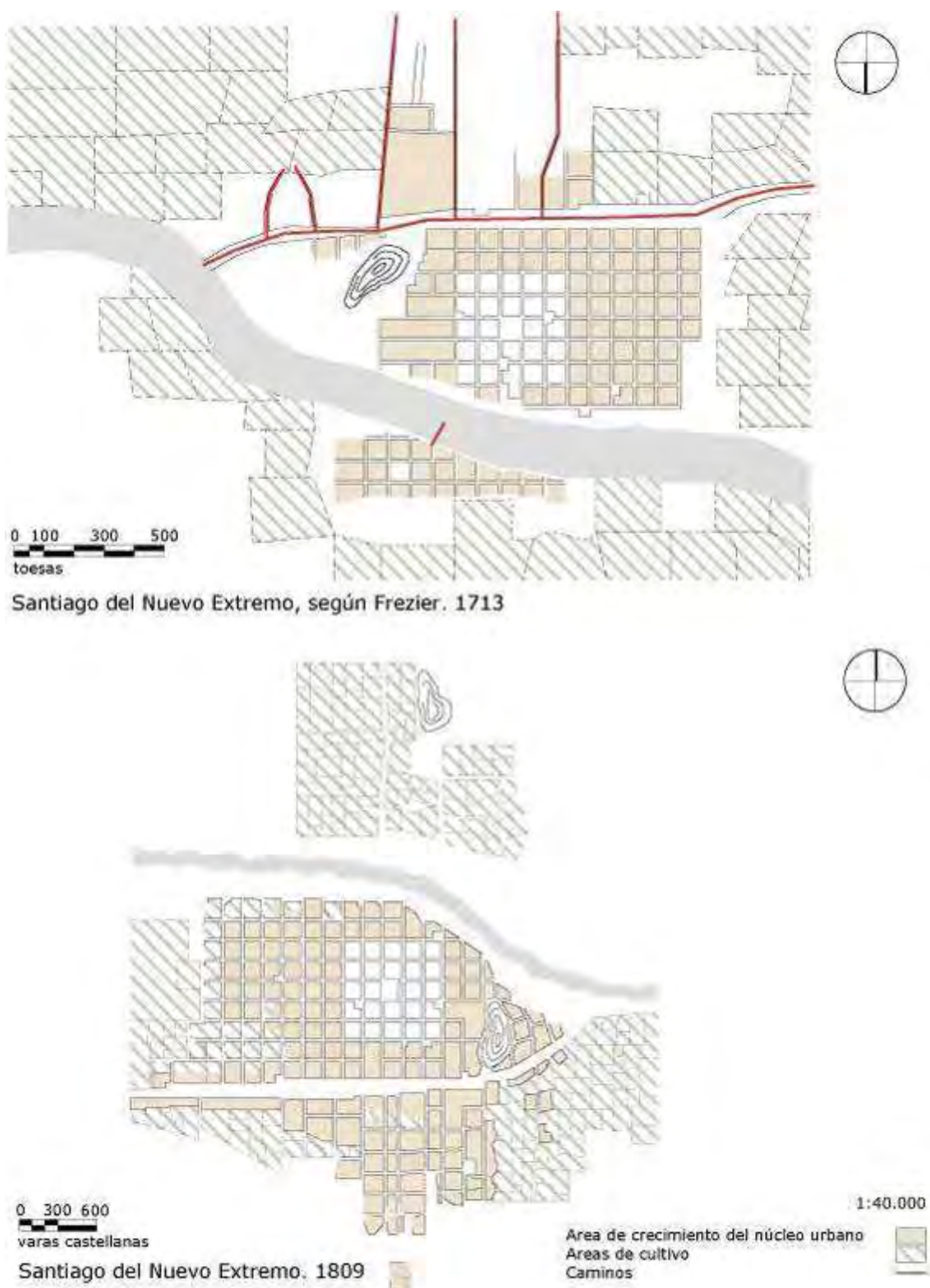
El plano de Santiago, fechado en 1809 –un año antes de la independencia de Chile y transcurridos 96 años desde la descripción de Frezier- informa que la ciudad se había desarrollado hacia el poniente en tres hileras de manzanas, totalizando una longitud de 14 manzanas en su mayor extensión. También es visible la prolongación del trazado hacia el sur –después de superar el antiguo límite fijado por La Cañada- y la urbanización de los terrenos al oriente del cerro Santa Lucía.

La cuadrícula se mantiene en el crecimiento de la ciudad hacia el sur y el poniente; pero, en la expansión al oriente –en sectores aledaños al cerro Santa Lucía- la traza ortogonal fue modificada para adaptarla a los cambios de la topografía. A diferencia del plano de Frezier, el documento de 1809 no muestra la ocupación de la ribera norte del río Mapocho. La continuidad del trazado fue posible porque Santiago del Nuevo Extremo se fundó en un amplio valle que permitía el desarrollo del trazado ortogonal sin restricciones, con excepción de las interrupciones parciales del orden reticular por la presencia del río Mapocho y las variaciones morfológicas de escasas manzanas, originadas por el relieve del cerro Santa Lucía.

En ambos planos –de 1713 y 1809- también son visibles las parcelas ortogonales con huertos que extendían el sistema geométrico por el valle del Mapocho. El orden cuadrícula era el principal rasgo de un paisaje urbano homogéneo que contrastaba con la diversidad formal del paisaje andino, que constituye el entorno de la ciudad. La serenidad derivada del orden reticular y la altura uniforme de las viviendas sólo era interrumpida por las torres de iglesias y construcciones más monumentales que se erguían como puntos focales aislados, irrumpiendo en el orden estable fijado por el plano cuadrículado.

Otro elemento de ruptura del orden regular –representado en el plano de 1809- es la Alameda, que sobresale dentro de la retícula urbana porque su ancho –cercano a 100 metros- es igual al de las manzanas. Esto significa que la Alameda fue trazada, teóricamente, ocupando el espacio equivalente a una hilera de 16 manzanas. Esta diferencia se acentúa porque las dimensiones de los solares próximos a la Alameda superaban al tamaño de las manzanas que conformaban el resto del área urbana.

<sup>108</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.98



### Santiago a comienzos del siglo XVIII y a fines del período colonial

Fuentes: Plano de Frezier, 1712-1713<sup>109</sup> y Plano anónimo de Santiago de 1809<sup>110</sup>

<sup>109</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.99

<sup>110</sup> Archivo Museo Británico; Londres.

La regularidad del orden geométrico de Santiago, contrastando con la diversidad del paisaje andino circundante, fue tema de descripciones escritas y pinturas. Charles Darwin, que conoció a Santiago en 1834, dice que su configuración era muy original pero había tenido noticias que se parecía a las ciudades construidas en las **grandes plataformas** de México y aunque no era tan grande y bella como Buenos Aires había sido construida siguiendo el mismo plan, aludiendo a su trazado cuadrangular<sup>111</sup>. Las diferencias entre la forma urbana de Santiago y la estructura dinámica del paisaje cordillerano fueron representadas en una pintura de Juan Mauricio Rugendas, pintor alemán que vivió en Chile desde 1834.



**Vista de Santiago del Nuevo Extremo desde el cerro Santa Lucía**

Fuente: Pintura de Juan Mauricio Rugendas del siglo XIX<sup>112</sup>

En Santiago del Nuevo Extremo y en La Serena –que fueron las ciudades coloniales con mayor número de templos- la regularidad, derivada de la traza cuadrangular, sólo se interrumpía por el vacío de la plaza mayor y las elevadas torres de las iglesias, cuyos perfiles indicaban determinados puntos de la trama y denotaban la jerarquía de las distintas órdenes religiosas. Aunque las principales referencias construidas se alzaban como hitos distribuidos irregularmente por el tejido urbano, la estructura reticular -en base a calles ortogonales- era reconocible como imagen dominante.

Esta cualidad marca una diferencia con las ciudades europeas de la época porque en ellas, la posición de las iglesias y los recorridos de las procesiones determinaban la jerarquía de las distintas arterias urbanas. Italo Calvino se refiere a esta cualidad señalando que las iglesias eran los principales puntos de referencia en el laberíntico trazado de las ciudades medievales, con sus calles estrechas y sinuosas<sup>113</sup>.

<sup>111</sup> DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. p.138

<sup>112</sup> Pintura publicada en DARWIN, Charles. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. op.cit. p.137

<sup>113</sup> CALVINO, Italo: *Colección de arena*. op. cit. p.127



La Serena, a pesar de su reducida población, en el XVIII era considerada una ciudad influyente en el sistema defensivo del Pacífico sur; también se elogiaba la fertilidad de sus tierras y belleza de su emplazamiento. En los planos levantados por Frezier en 1713 y Pedro Rico en 1789 se describen las características urbanas relacionadas con el sitio urbano, los cambios de la trama y la plaza desplazada al litoral.

Según el plano de Frezier, la cuadrícula ocupaba la totalidad de la meseta donde se fundó la ciudad. El trazado -que comprendía ocho manzanas en dirección norte sur y seis de oriente a poniente- reflejaba la forma de la planicie. La continuidad del orden ortogonal sólo se interrumpe en el sector norte de la ciudad por la existencia de una profunda hondonada; sin embargo, tras superar este accidente del relieve, el trazado se prolonga sin variaciones.

El plano levantado por Pedro Rico en 1789 muestra la cuadrícula fragmentada en dos sectores para salvar las diferencias de nivel y las alteraciones en la forma de las manzanas del sector poniente para ajustarse al relieve. En el documento, La Serena fue representada de menor superficie -en comparación con la dimensión descrita por Frezier- porque en dirección oriente poniente tenía cinco manzanas completas, una hilera menos que las dibujadas en el plano de 1713. El área desagregada del núcleo fundacional también tiene una longitud menor en comparación con el plano anterior y está contenida por un muro defensivo que limita su crecimiento.



### Trazado de La Serena en el siglo XVIII

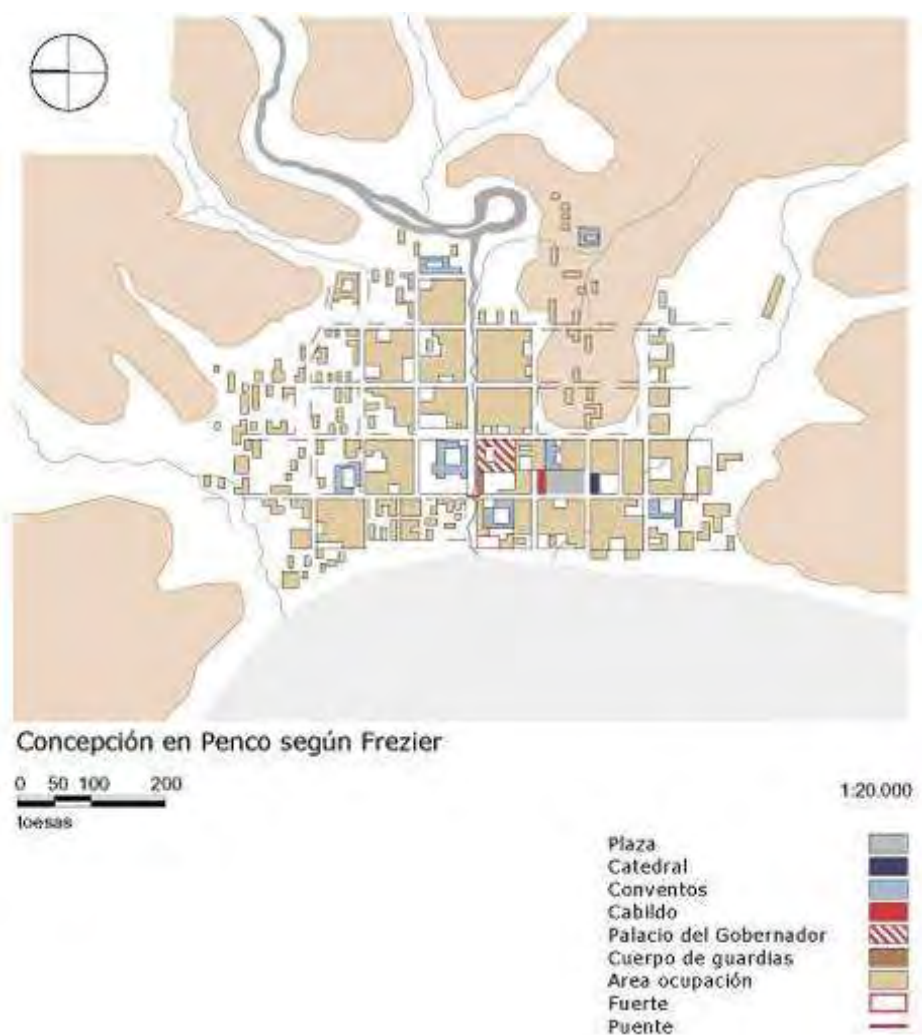
Fuentes: Plano de la ville de La Serena, Frezier, 1713<sup>114</sup> y Plano de la bahía de La Serena o Coquimbo de Pedro Rico, 1789<sup>115</sup>

<sup>114</sup> Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.125.

<sup>115</sup> El documento se conserva en el Servicio Geográfico del Ejército. Cartografía de Ultramar. Carpeta IV. p.38 N° 103. Copia del detalle de la ciudad en Biblioteca Nacional de Chile. Sala Medina

Concepción en su primera fundación en Penco, según el plano de Frezier, tenía el mismo orden regular -originado en la cuadrícula- de La Serena y otras ciudades del siglo XVI. Sin embargo, la plaza poseía dos características distintivas: su proporción rectangular y su posición excéntrica, por el emplazamiento costero de la ciudad.

Al analizar el crecimiento de Concepción a comienzos del siglo XVIII –época en que Frezier levantó el plano- se observa que la cuadrícula se había desperfilado en las áreas de crecimiento. Al respecto, es visible el contraste entre el trazado del área central -unitario y más compacto- y las tramas periféricas que se descomponen en los sectores de borde; estas diferencias se explican por el cambio en la densidad de ocupación del suelo urbano y no por el abandono del orden cuadricular porque, las escasas construcciones de la periferia siguen los ejes de las calles definidas por el trazado original.



### Ocupación del sitio de Concepción en su primera fundación en la bahía de Penco

Fuente: Plan de la Ville de Concepción de Amedée Francois Frezier. 1712 y 1713<sup>116</sup>.

<sup>116</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.62



#### 4.3.4 El modelo clásico de ciudad en las fundaciones chilenas del siglo XVIII

En el siglo XVIII el plano cuadrículado no sólo conservaba su vigencia en Chile sino que era la base predominante para trazar las nuevas fundaciones. Constatar que las ciudades continuaron implantándose de acuerdo con el orden geométrico ortogonal, sugiere la idea colonizadora de avanzar en el dominio del territorio minimizando las diferencias generadas por los cambios funcionales y existencia de paisajes diversos. Sin embargo, también debe considerarse que la aplicación del plano cuadrículado se facilitaba porque la urbanización se concentró en la ocupación de los valles, donde el relieve llano permitía la implantación y el desarrollo de una cuadrícula perfecta.

Se ha explicado que las ciudades coloniales, por sus semejanzas morfológicas, eran partes de un sistema de referencias culturales orientadoras en la vastedad; también se pueden observar como estructuras coherentes con su contexto cultural porque la noción de orden era un concepto clave en el siglo XVIII. Así, el orden cuadricular se relacionaba con un ideal del momento histórico y con la actualización de principios colonizadores que influían tanto en la estructura específica de las ciudades como en su integración a la misma unicidad, que concernía a la red de ciudades. Lo modular del orden -expresado en el plano cuadrículado como una estructura geométrica que enunciaba las afinidades morfológicas de las ciudades entre sí y con el contexto cultural de la colonización española de América- en Chile se enfatizó durante el siglo XVIII. Asimismo, las plazas coloniales de las fundaciones dieciochescas, por su posición central en la geometría del trazado y su proporción regular, sintetizaban la noción de ciudad como estructura que expresaba principios de orden y jerarquía.

A pesar de los avances en la colonización y, por lo tanto, en la conformación de una realidad nueva, las ciudades fundadas en el siglo XVIII aún debían ser estructuras culturales ordenadas y acogedoras ante un mundo todavía convulsionado y en parte desconocido. La cuadrícula, homogénea y repetitiva, permitía reducir la inseguridad del mundo americano por representar y transmitir la idea de estabilidad. Además, la semejanza de los trazados urbanos hacía posible que las diferentes ciudades fueran formas reconocibles para los conquistadores españoles, fortaleciendo su sentido de pertenencia a la nueva realidad que estaban construyendo.

Según Ferrater Mora<sup>117</sup>, el orden puede caracterizarse como una manifestación de la medida, una determinada relación recíproca entre las partes y la disposición de un conjunto de entidades de acuerdo a una regla. Las ciudades coloniales chilenas del XVIII concentraban estas cualidades porque tenían la misma estructura morfológica y espacial, dotada de significados afines. Cada ciudad era idéntica, en lo sustancial, a las demás porque cada una de ellas repetía el mismo orden físico y social.

Las ciudades coloniales desde su carácter de entidades ordenadas, integraban una estructura superior -sistema de colonización- concebida como otra expresión de la misma aspiración ordenadora. El orden que, a diferentes escalas, se reiteraba en cada ciudad y en la red de ciudades como conjunto, se expandió hacia los demás componentes físicos de la colonización porque las haciendas, fuertes, pueblos de indios y misiones también encarnaban esta misma idea de orden.

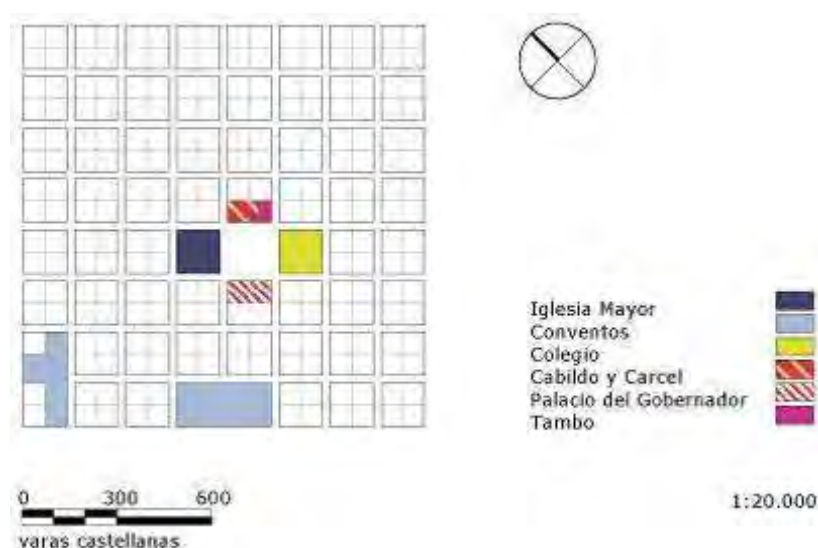
El mestizaje, definido como la construcción de una realidad cultural nueva donde se fusionaban universos culturales distintos -lo que se advierte en las mezclas étnicas y mixtura de lenguajes, ritos y costumbres de la América colonial- tuvo reflejos en el urbanismo colonial porque los pueblos de indios, por sus afinidades morfológicas con las ciudades, denotaban que formaban parte de ese mundo mestizo donde las diferencias culturales se atenuaban por la presencia de un orden común. Guamalata y Sotaquí<sup>118</sup> fueron estructurados siguiendo los mismos principios ordenadores que

<sup>117</sup> FERRATER MORA, José: *Diccionario de Filosofía*. op.cit. Tomo III. p. 2646-2647

<sup>118</sup> De ambos pueblos de indios se encontró información cartográfica que permitió su estudio

regían a Santiago del Nuevo Extremo y La Serena –primeras fundaciones chilenas- y a San Felipe El Real, San Francisco de La Selva, Santa Cruz de Triana, Concepción en el valle de La Mocha y otras ciudades que se fundaron en el siglo XVIII, cuando la colonización había avanzado en forma decisiva.

En esta parte de la tesis se analizan ciudades -de distinta jerarquía y funciones- y pueblos de indios fundados en el siglo XVIII; en todos los casos se ha descubierto que tenían un orden físico semejante, demostrando que eran estructuras miméticas respecto a sus precedentes y que después de tres siglos de colonización no sólo se repetían las características morfológicas de las primeras fundaciones sino que, con el tiempo, éstas se habían perfeccionado. En las fundaciones del siglo XVIII también se advierte que las ciudades con trazado ortogonal componían el tipo urbano más frecuente porque de catorce ciudades analizadas, trece fueron organizadas según el patrón cuadrícula y sólo Nacimiento tenía un trazado regular pero no ortogonal.



### El orden ortogonal y uso del suelo en San Francisco de La Selva

Fuente: Plan de la Villa de San Francisco de La Selva en el valle de Copiapó, elaborado en 1744 por Francisco Cortés y Cartavio <sup>119</sup>

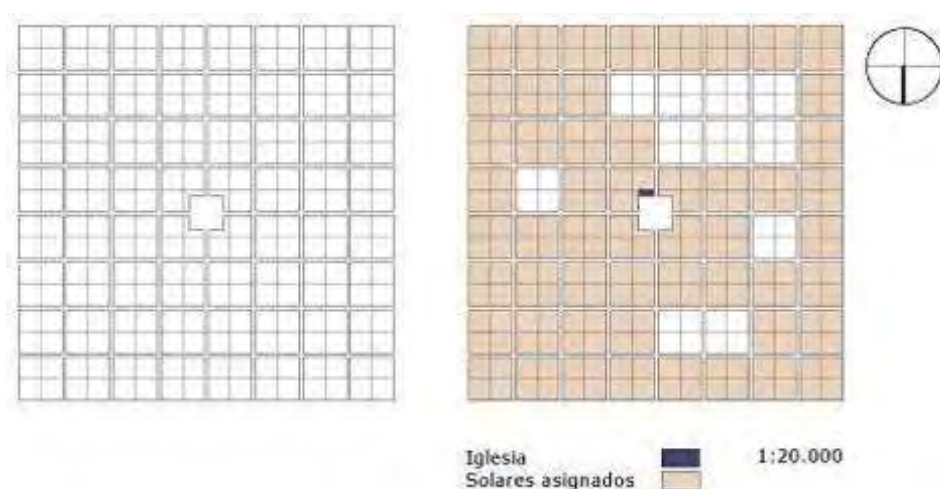
El modelo genérico de ciudad colonial se identifica en San Francisco de La Selva, fundación de 1742 en el valle de Copiapó; en Santa Cruz de Triana, que se fundó en el valle de Rancagua en 1743; San José de Buenavista, fundación de 1744 en el valle de Curicó; San Javier de Bella Isla, fundada el año 1755 en el valle de Cunaco y Santa Rosa de Los Andes, fundación de 1791 en la precordillera de Los Andes. Todas tenían cuadrícula y plaza central; esto significa que el trazado era idéntico en las ciudades fundadas en valles o mesetas cordilleranas. En un lapso de cuarenta y nueve años -tiempo transcurrido entre la primera y la última fundación del siglo XVIII- el orden cuadrícula se mantuvo casi sin variaciones.

San Francisco de La Selva tenía una cuadrícula de 8X8 manzanas con la plaza en una posición levemente excéntrica. Un rasgo ligeramente distintivo era la alteración del tamaño de la trama en el costado suroriente, por la unión de dos manzanas que se destinaron a un convento. Las principales actividades urbanas se concentraban en la plaza y los conventos de la periferia; fuera de la cuadrícula se desarrollaban las actividades productivas, individualizadas en cuatro trapiches y bodegas.

<sup>119</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 210

San Francisco de la Selva, por su cuadrícula, fue excepcional dentro del conjunto de ciudades hispanoamericanas mineras que, en general, se organizaban en trazados irregulares debido a su origen, su crecimiento espontáneo y los complejos relieves de sus sitios de fundación que solían comprender los montes de donde se extraía el mineral. En San Francisco de la Selva no se presentan estas condiciones; su origen fue el pueblo de indios de Copiapó que, debido a su función como lugar de descanso en el trayecto al Virreinato del Perú y a la gradual importancia de la minería, fue creciendo en jerarquía hasta ser incorporado en la categoría de villa. Por otra parte, los montes con yacimientos de minerales estaban lejos del núcleo urbano y no influyeron en la geometría del trazado. La cuadrícula de San Francisco de la Selva también puede explicarse la ciudad se fundó en el valle del río Copiapó.

Santa Cruz de Triana se ordenó en una cuadrícula de 8X8 manzanas, lo que explica la forma de inserción de su plaza en la estructura urbana para mantenerse como centro geométrico de la trama. La plaza, accesible por cuatro calles –en el medio de cada uno de sus lados- es un ejemplo de ciudad con trazado en base a hileras pares de manzanas y plaza central. La regularidad morfológica se pronuncia en los solares cuadrados, originados por la división de las manzanas en cuatro lotes iguales.



### Plano teórico y plano con repartición de solares Santa Cruz de Triana

Fuente: Plano anónimo de Rancagua. Siglo XVIII.<sup>120</sup>

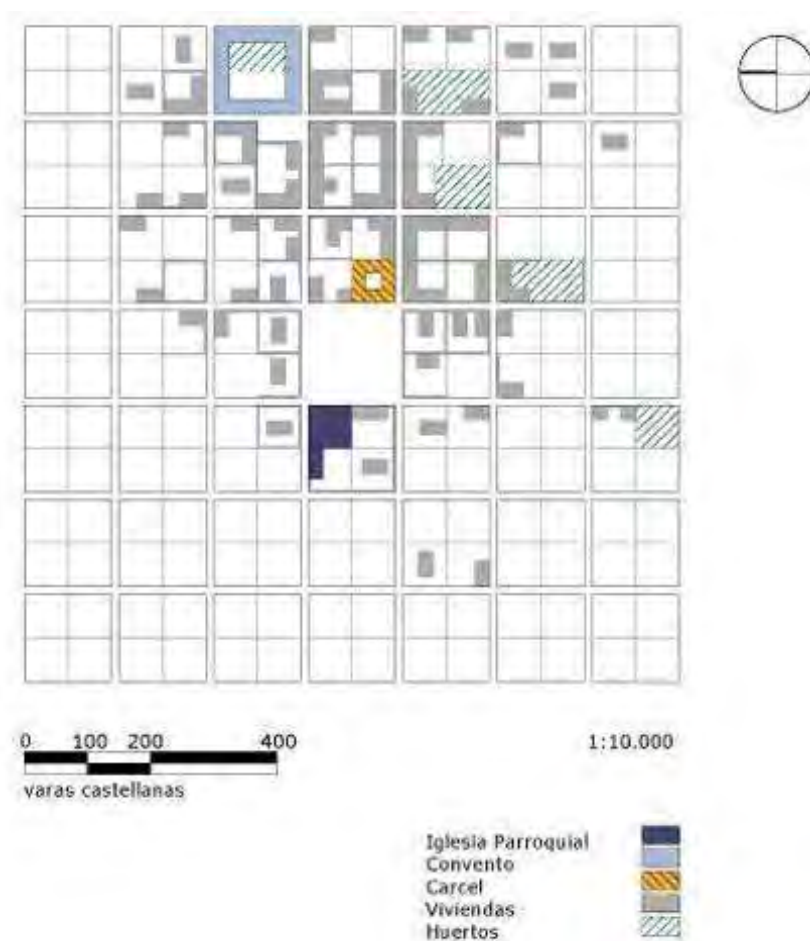
En las áreas de influencia de San Francisco de La Selva y Santa Cruz de Triana existían pueblos de indios que también se estructuraban en tramas ortogonales. El plano de San Francisco de la Selva del año 1744 muestra a un pueblo de indios con cuadrícula, ocupando el espacio comprendido entre la ciudad y los yacimientos de mineral. En Santa Cruz de Triana, los pueblos de indios cercanos tenían trazados ortogonales lineales que, culturalmente, remitían al orden colonizador y físicamente seguían a los caminos, que eran ejes estructurantes de la ocupación del territorio.

San José de Buenavista, con su cuadrícula de 7X7 manzanas y plaza central, tenía teóricamente una traza perfecta. Sin embargo, al analizar el uso del suelo –según el reparto de solares- se observa que la plaza, aunque ocupaba el centro de la trama, adquirió una posición marginal porque la ciudad creció únicamente hacia el norte y oriente, dejando los solares del poniente y sur sin ocupar. Una explicación para esta característica puede ser la atracción generada por un monte<sup>121</sup> ubicado al oriente

<sup>120</sup> Archivo Nacional. Santiago.

<sup>121</sup> El nombre actual del cerro es Condell, en homenaje a Carlos Condell, uno de los héroes de la Guerra del Pacífico, conflicto que se desarrolló a fines del XIX. No se han encontrado referencias del nombre que este monte tenía en el período colonial.

del núcleo que era una referencia orientadora en la amplitud indiferenciada del valle donde se fundó la ciudad; hasta hoy, el cerro es un importante componente para configurar el paisaje urbano. La alteración de la homogeneidad morfológica en San José de Buena Vista -si se considera no sólo el trazado sino el uso real del espacio urbano- apunta a la tensión que según plantea Cesare de Seta<sup>122</sup> se establece entre la aspiración teórica a una ciudad regular y geométrica -que generalmente se refiere a principios de orden euclidiano- y la praxis del desarrollo urbano. San José de Buena Vista es un ejemplo de las diferencias entre el plano teórico de la ciudad colonial y los cambios que surgían con el uso real del espacio y la edificación de la ciudad. Al analizar la ocupación de los solares y la distribución de las viviendas y otras construcciones -iglesia, convento y cárcel- se advierte que sólo el 50% de la superficie urbana estaba edificada. La mayor densidad se concentraba en el sector comprendido entre la plaza y el convento de La Merced -que ocupaba el costado oriente de la trama- dejando a la plaza y la iglesia mayor en una posición periférica.



### Ocupación del suelo urbano en San José de Buenavista

Fuente: Plano de la Villa de Curicó de Francisco Muñoz, 1807 <sup>123</sup>

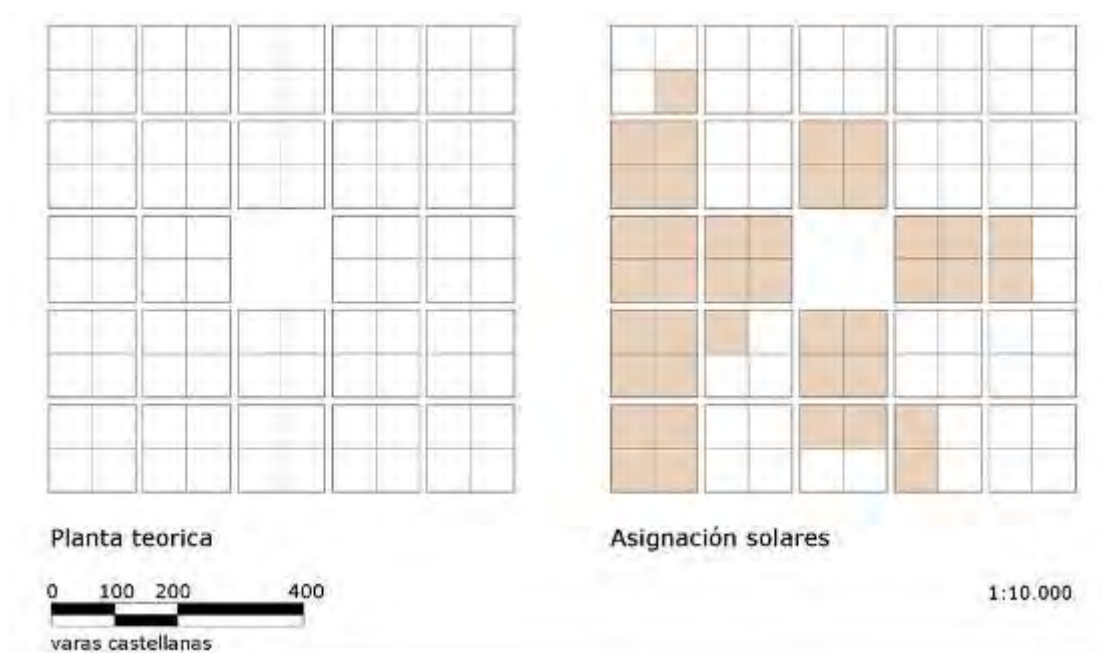
<sup>122</sup> DE SETA, Cesare: *La ciudad europea del siglo XV al XX. Origen, desarrollo y crisis de la civilización urbana en la Edad Moderna y Contemporánea*. Edición española de *La città europea dal XV al XX secolo. Origini, sviluppo e crisi della civiltà urbana in età moderna e contemporanea*. Traducción de J. Morán García. Ediciones Istmo. Colección Fundamentos N°208. Madrid, 2002. p.374

<sup>123</sup> Archivo Nacional. Santiago.

San Javier de Bella Isla, fundada el año 1755 por Antonio de Saravia en el valle de Cunaco, reproduce el modelo clásico –similar a Mendoza y San Juan de La Frontera– con su cuadrícula de 5X5 manzanas divididas en cuatro solares y plaza central. En forma semejante a San José de Buena Vista, el espacio urbano no fue ocupado en su totalidad pues de 24 manzanas, ocho se repartieron completamente, tres tenían dos solares adjudicados y en otras dos manzanas únicamente se ocupó un solar. Es interesante subrayar que varias manzanas centrales quedaron sin propietarios –con excepción de las cuatro que conformaban los frentes de la plaza– pero en cambio, se repartieron y ocuparon los solares de algunas manzanas periféricas. Una posible explicación de esta característica atañe el paisaje del sitio de fundación porque, de acuerdo a un dibujo anónimo del siglo XVIII, el costado desocupado enfrentaba un monte con sus laderas cubiertas un denso bosque.

El desinterés de los pobladores de San Javier de Bella Isla por asentarse en un área urbana adyacente al monte cubierto de árboles se relacionaría con el significado de los bosques como refugios de bandidos y criaturas monstruosas<sup>124</sup>. Es importante recordar en esa época abundaban relatos populares y narraciones –entre los que se destacan los célebres cuentos de Charles Perrault publicados a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII– donde los bosques eran descritos como escenarios fantásticos y peligrosos<sup>125</sup>.

Por su disposición geométrica, Gabriel Guarda<sup>126</sup> se refiere a San Javier de Bella Isla como fundación característica del siglo XVIII. No obstante, su irregular crecimiento –56 solares desocupados de un total de 96, equivalentes al 58,3% de la superficie urbana– afectó la regularidad establecida en la traza. El precario desarrollo explica porqué en el año 1788 los pobladores de San Javier de Bella Isla fueron obligados a abandonar la ciudad para residir en la recién fundada villa San Ambrosio de Linares.



#### Plano teórico y plano con repartición de solares en San Javier de Bella Isla

Fuente: Plano anónimo de 1755<sup>127</sup>

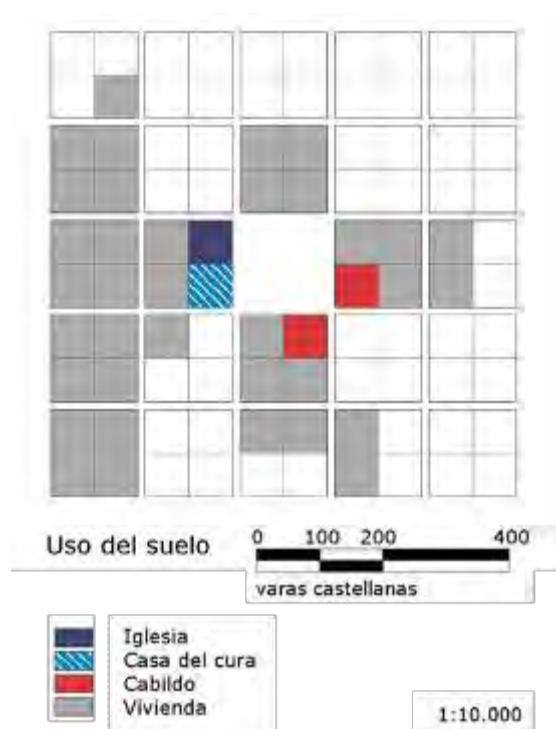
<sup>124</sup> El tema de los bosques como espacios que fueron excluidos de la urbanización por su condición de paisajes recónditos e inescrutables se ha explicado en el Capítulo 2, punto 2.1.5 Ocupación histórica de las selvas y bosques.

<sup>125</sup> En 1697 se publicó la primera edición de los cuentos de Perrault con el título de Contes de ma Mère l'Oye que en español significa Cuentos de Mamá Oca.

<sup>126</sup> GUARDA, Gabriel: *La ciudad chilena del siglo XVIII*. op. cit p.32. Lámina XI

<sup>127</sup> Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina.





### Plano con uso del suelo en San Javier de Bella Isla

Fuente: Plano anónimo de 1755<sup>128</sup>

Respecto del uso del suelo urbano en San Javier de Bella Isla, en el plano de 1755 se informa que en torno a la plaza mayor se asignaron sólo cuatro solares. Uno fue destinado a la iglesia y otro adyacente para casa del cura; dos solares centrales se reservaron para el cabildo, aunque no estaban unidos y ni siquiera pertenecían a la misma manzana; posiblemente, en uno de ellos se edificó la casa del gobernador o la cárcel.

San Javier de Bella Isla no fue la única ciudad con problemas para ocupar los lotes urbanos disponibles; un problema similar se presentó en San Martín de La Concha, la primera experiencia fundacional del siglo XVIII. En este ejemplo, aunque el sitio seleccionado por el gobernador José de Santiago Concha pertenecía al fértil valle de Quillota, la ciudad tuvo problemas para su consolidación –que se logró a mediados del siglo– a pesar que el gobernador Concha ordenó a los prósperos propietarios de las haciendas de la zona que compraran solares y construyeran casas en la nueva ciudad.

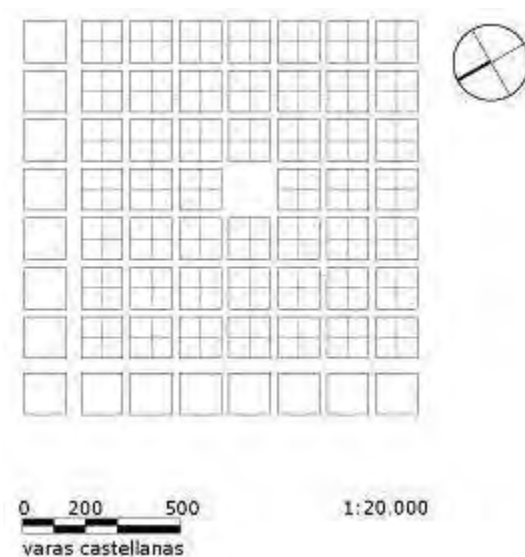
El escaso interés de los hacendados por contribuir al adelanto de San Martín de la Concha fue un antecedente considerado en la fundación de Los Ángeles en 1739. En esta ocasión las autoridades se preocuparon por reclutar a los pobres y marginados sociales. Algo similar ocurrió con la fundación de San Fernando en 1743 porque los pobladores de la nueva ciudad fueron familias y personas dispersas, que no tenían tierras propias y habitaban, en forma muy precaria, los terrenos que les permitían los dueños de haciendas<sup>129</sup>.

Las dificultades para afianzar el desarrollo de las nuevas fundaciones influyeron en la ocupación irregular de la cuadrícula y, por ende, debilitaron la homogeneidad del trazado de varias ciudades.

<sup>128</sup> Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina.

<sup>129</sup> LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. op.cit.p.163





### Estructura morfológica de Santa Rosa de Los Andes

Fuente: Plano de la Villa de Santa Rosa de Los Andes. Ignacio Díaz Meneses, 1798<sup>130</sup>

La planta de Santa Rosa de Los Andes corresponde a una cuadrícula perfecta de 7X7 manzanas con plaza central, idéntica al trazado de San José de Buena Vista. El orden regular de la trama se acentuaba por la división de las manzanas en cuatro solares iguales. El rasgo más representativo del trazado era el ejido, dispuesto en los costados norte y poniente del núcleo, organizado en parcelaciones que repetían la dimensión de las manzanas, prolongando el orden cuadricular de la ciudad.

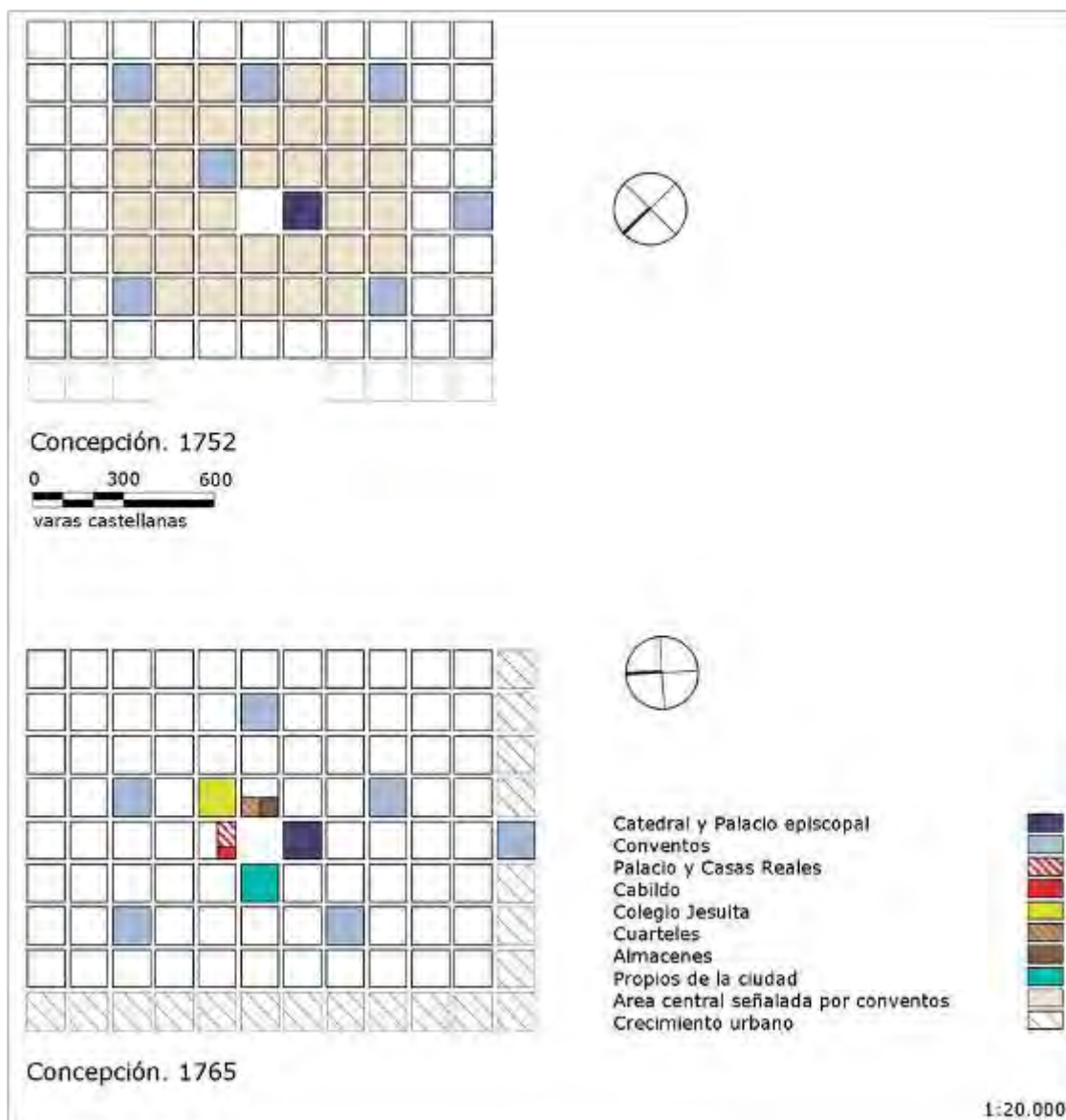
El plano de 1798 muestra que el ejido, a pesar de su clara analogía morfológica con las manzanas, poseía carácter de espacio circundante al núcleo fundacional al estar separado de la trama por dos alamedas perpendiculares entre sí, que ocupaban dos anchas franjas adyacentes al ejido. El cambio en las dimensiones de las alamedas y los ejidos de Santa Rosa de Los Andes alteran la proporción del núcleo fundacional al extender la trama original al norte y poniente; dejando a la plaza en una posición levemente excéntrica.

La ciudad de Concepción, trasladada en 1754 al valle de La Mocha desde su primer sitio en Penco, fue trazada en una cuadrícula de 9X11 manzanas con plaza central, como se indica en un plano fechado en 1752, realizado dos años antes del traslado. En otro plano, fechado en 1765, se observa que la cuadrícula se había materializado y en los once años transcurridos desde el traslado se habían ocupado las manzanas del nororiente –que en el plano de 1752 sólo estaban delineadas, tal vez porque no se consideraron en el reparto del suelo- y se había iniciado la expansión hacia el sur poniente, aproximándose al río Bío Bío.

El plano de 1765 muestra la posición central de la plaza ocupando una manzana sin edificar, el uso de los solares inmediatos a la plaza y la ubicación de las iglesias y conventos de La Merced, San Francisco, Santo Domingo y San Agustín; todos ellos, por su relevancia dimensional, morfológica y funcional eran lugares destacados de la trama. Al comparar ambos documentos se advierten dos discrepancias; una es la posición del trazado urbano respecto a los puntos cardinales, que en el plano de 1765 coincide con el eje norte sur, aunque la ciudad realmente está dispuesta a 45° en relación con los puntos cardinales, como lo informa el dibujo del año 1752. La segunda diferencia se refiere a la ubicación de los conventos respecto a la plaza; al verificar los antecedentes de la cartografía histórica con la ubicación actual de los

<sup>130</sup> Archivo Nacional, Santiago.

conventos se comprueba que el plano correcto también corresponde al año 1752. Un quinto convento registrado en el plano -claustro de Las Trinitarias- fue destruido por el terremoto de 1939; otra manzana, próxima al río Bío Bío, se adjudicó a los jesuitas. Las cuatro iglesias, equidistantes a la plaza mayor, servían de referencias para delimitar el área central de Concepción y por su posición identificando cuatro lugares del trazado repetían un precedente fijado en los planos fundacionales de Mendoza y San Juan de La Frontera, dos fundaciones chilenas del siglo XVI, que también tenían cuatro conventos en los vértices de la trama urbana. La presencia de cuatro conventos equidistantes de la plaza definen cuatro territorios eclesiásticos que se aproximan a la instauración de cuarteles -división cuatripartita de la ciudad en áreas de superficies equivalentes- institucionalizada a mediados del siglo XVIII para mejorar la administración de las ciudades y atender de manera más eficiente la higiene urbana y la seguridad de los ciudadanos, separando a los barrios y policía destinada a cada uno de ellos. Esta solución fue implementada por la complejidad y tamaño que habían alcanzado algunos centros urbanos coloniales.



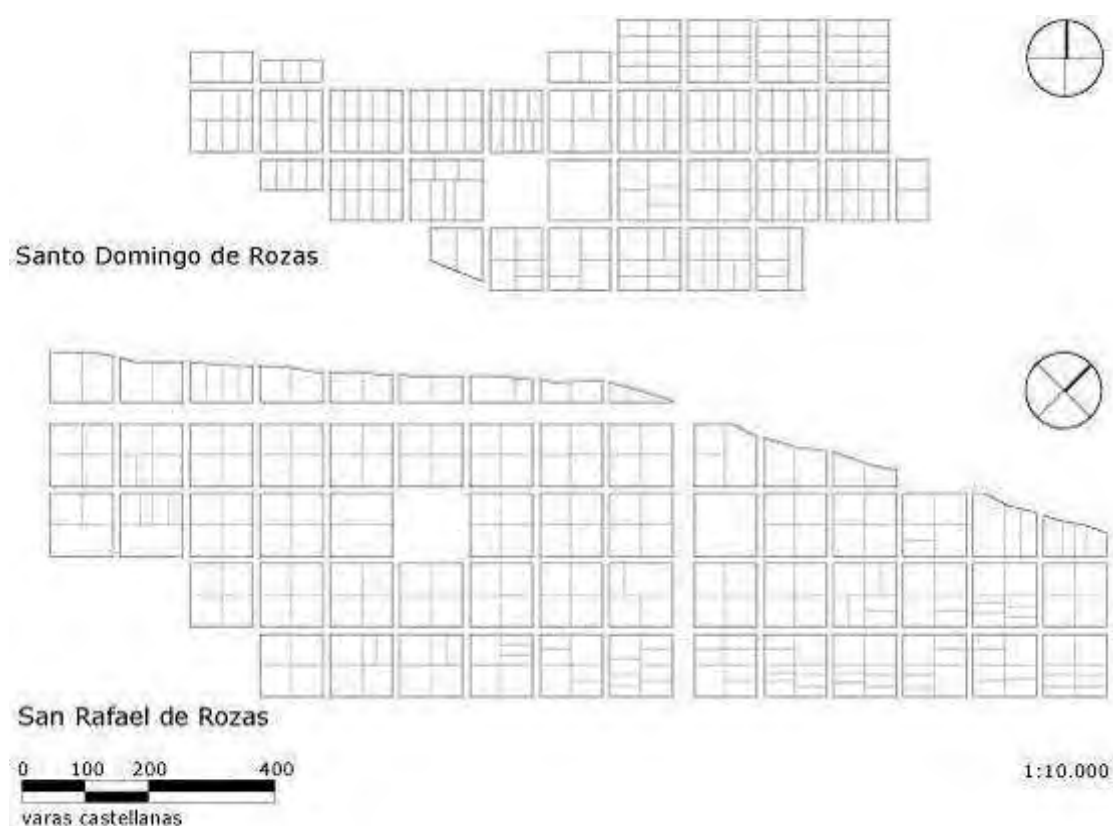
### Ocupación del suelo urbano en Concepción en 1752 y 1765

Fuentes: Plano de la Nueva Concepción en La Mocha, 1752<sup>131</sup> y Plano anónimo de Concepción, 1765<sup>132</sup>

<sup>131</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 35.

<sup>132</sup> Plano de Concepción. Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 64.

Santo Domingo de Rozas y San Rafael de Rozas, fueron fundadas en 1754 al norte de Santiago por el gobernador Domingo de Rozas –como se refleja en el nombre de las ciudades- para apoyar la colonización de los valles mineros y servir de puntos intermedios en el recorrido de Santiago a La Serena. La cercanía -154 Km- entre ambas ciudades, su origen en pueblos de indios y las coincidencias en su fecha de fundación son rasgos concurrentes que también se manifiestan en sus coincidencias morfológicas. Las dos ciudades fueron organizadas en cuadrícula con plaza central y tenían crecimientos lineales, condicionados por los ríos existentes en sus lugares de fundación. Un rasgo diferenciador de San Rafael de Rozas era la presencia de dos cañadas perpendiculares, reconocibles en la trama, por superar el ancho promedio de las calles. Otras cualidades morfológicas que las identificaban eran la forma y el tamaño de las manzanas periféricas y las divisiones de las parcelas urbanas. En San Rafael de Rozas, la mayoría de los solares se generaron al dividir a las manzanas en cuatro fracciones iguales; en Santo Domingo de Rozas predominan los solares que se originaron por la división de las manzanas en seis, ocho o diez partes.

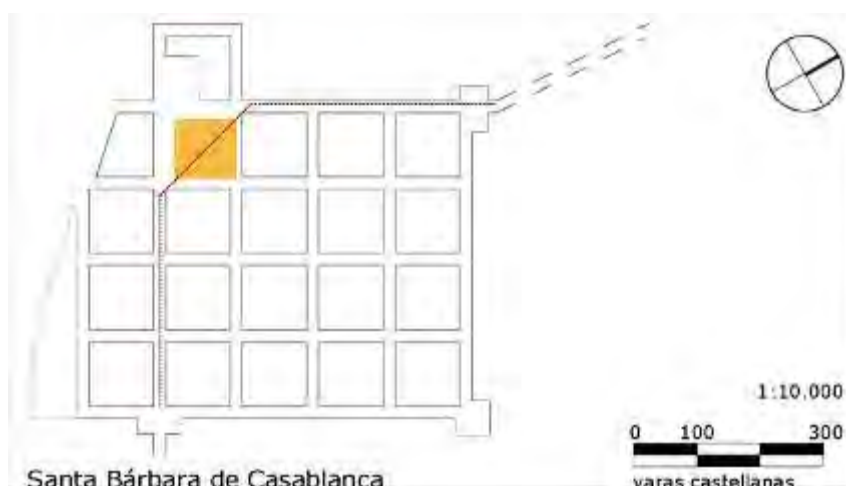


### División de solares en Santo Domingo de Rozas y San Rafael de Rozas

Fuente: Planos elaborados en 1790 por Antonio Martínez de Mata<sup>133</sup>

Santa Bárbara de Casablanca, fundación de 1753 en el punto medio del trayecto de Santiago a Valparaíso, denota su carácter de núcleo monofuncional en su cuadrícula de 4X5 manzanas. Además, el trazado tenía dos alteraciones: la irregularidad de las manzanas que contactaban con un río y la ubicación de la plaza en un vértice de la trama; esta posición se explica porque el Camino Real atravesaba a la ciudad por el borde norponiente, donde estaba la plaza. Es un raro ejemplo chileno -exceptuando los fuertes- donde el trazado fue condicionado por la función primaria de la ciudad.

<sup>133</sup> Santo Domingo de Rozas. Archivo General de Indias (AGI) Mapas y planos de Perú y Chile. 128  
Copia en archivo de la Capitanía General volumen 490.  
San Rafael de Rozas. Archivo General de Indias (AGI) Mapas y planos de Perú y Chile. 125



### Planta de Santa Bárbara de Casablanca con plaza excéntrica

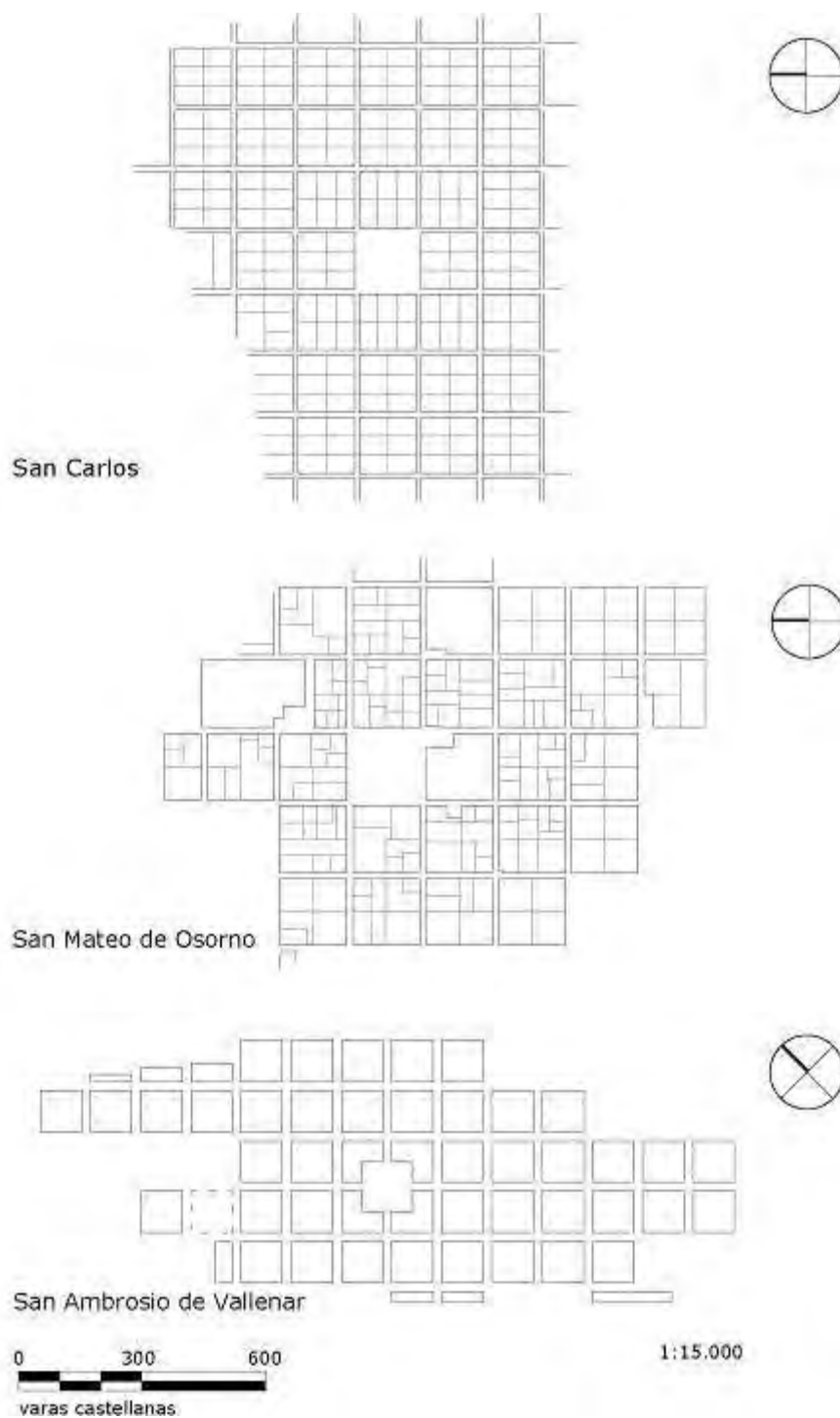
Fuente: Nueva planta de la villa Santa Bárbara de Casablanca. Anónimo, 1796<sup>134</sup>.

San Carlos, fundación de 1771, y San Mateo de Osorno -reconstruida en 1796- eran ciudades cuadriculares y con procesos de desarrollo condicionados por sus sitios de fundación. La planta de San Carlos, según Juan de Ojeda, estaba organizada en una trama de 7X6 manzanas que se desdibuja en su vértice norponiente para adaptarse a los esteros del lugar. La posición de la plaza, aún cuando no coincide con el centro geométrico de la trama, mantenía una distancia equilibrada de los bordes urbanos. Otra particularidad de San Carlos fue la división de las manzanas en seis lotes del mismo tamaño y proporción rectangular; en la mayoría de las ciudades chilenas, las manzanas se parcelaban en cuatro solares cuadrados de igual dimensión.

El plano de Osorno, elaborado por José Ignacio de Andía y Varela en 1796, informa que el núcleo fundacional, organizado en una cuadrícula con plaza central, creció en dirección norte-sur siguiendo el curso de un río existente en el sitio de fundación; esta forma de crecimiento influyó en la alteración de la centralidad geométrica de la plaza. Es pertinente recordar que Osorno no era una fundación del siglo XVIII sino una refundación, ordenada por el gobernador Ambrosio **O'Higgins**. **La ciudad había** integrado el conjunto de fundaciones realizadas por Pedro de Valdivia en la segunda mitad del siglo XVI y, posiblemente, la planta que se describe en el plano de 1796, en lo esencial, corresponde al orden fijado en ese momento. Otras características de Osorno que debilitaron el orden homogéneo de su cuadrícula fue el fraccionamiento de las manzanas en lotes de tamaños diferentes, el trazado de una calle que dividía irregularmente a dos manzanas y la presencia de cinco plazas -adyacentes a cinco iglesias- que alteraban la regularidad geométrica de las calles inmediatas. Osorno también tenía un fuerte que, por estar fuera de la ciudad, no afectó su morfología.

La fundación de San Ambrosio de Vallenar se inscribe en las acciones urbanizadoras de **Ambrosio O'Higgins; en este caso, para servir** de punto intermedio en el trayecto entre Santiago y La Serena. Se fundó en 1789 sobre la base del pueblo de indios de Huasco Bajo. El plano levantado por Martín Gregorio del Villar el año 1792 permite deducir que originalmente tenía una cuadrícula de 4X4 manzanas, lo que explica la inserción de la plaza en la trama urbana ocupando cuatro solares de las manzanas centrales, con acceso por cuatro calles que ingresan a la plaza por el medio de cada lado, en forma similar a la ubicación y accesos de la plaza de Santa Cruz de Triana. El crecimiento unidireccional del trazado respondía a las condicionantes del sitio de fundación, en especial el río Huasco.

<sup>134</sup> Archivo Nacional. Santiago.



### La cuadrícula en San Carlos, San Mateo de Osorno y San Ambrosio de Vallenar

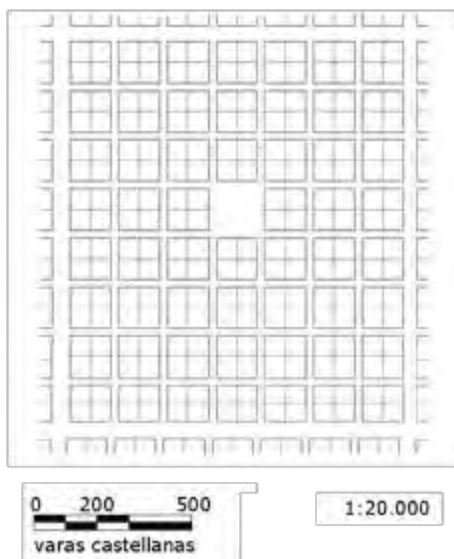
Fuentes: plano de San Carlos, Juan de Ojeda, siglo XVIII<sup>135</sup>; plano de Osorno, José de Andía y Varela, 1796<sup>136</sup> y plano de San Ambrosio de Vallenar, Martín Gregorio del Villar, 1792<sup>137</sup>.

<sup>135</sup> Archivo Nacional, Santiago.

<sup>136</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 316

<sup>137</sup> Archivo Nacional. Santiago

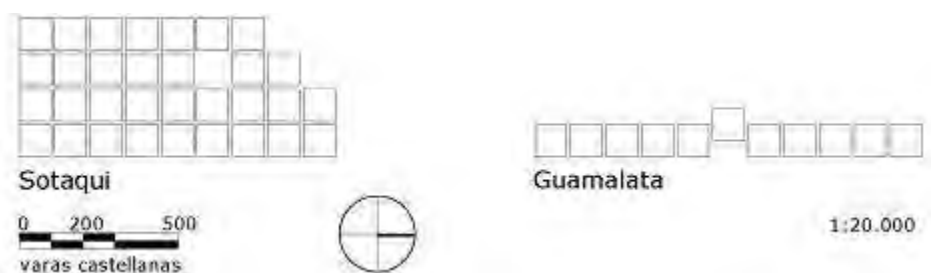
San Felipe El Real, una fundación de 1740 en el valle de Aconcagua, es un ejemplo de ciudad cuadrícula con fisonomía singular. Su organización de 7X7 manzanas con plaza central era similar al trazado de otras ciudades chilenas pero se diferenciaba por la presencia de cuatro cañadas que alteraban levemente la homogeneidad de la planta fundacional<sup>138</sup>. La expansión urbana, traspasando los límites establecidos por las cañadas permitía que el área central estuviera demarcada con un anillo verde.



### Trazado de San Felipe El Real

Fuente: plano realizado de acuerdo al expediente de fundación de San Felipe<sup>139</sup>

En los pueblos de indios se reproducía la cuadrícula, con una manzana para la plaza y la capilla en un solar adyacente, denotando la importancia de la evangelización. Sotaquí fue establecido como pueblo de indios en 1728 y se **arregló** en el año 1790. Guamalata se instauró el año 1612 como pueblo de indios y también fue **arreglado** en 1790. Este último es un singular ejemplo de la expresión más simple que podía alcanzar un núcleo colonial; se componía de una hilera de once manzanas paralelas al río Hurtado y el espacio de la plaza se configuró mediante el desplazamiento de la manzana central. Guamalata puede calificarse de monema urbanístico porque representa la mínima unidad estructural, apenas definida por una exigua trama.



### La cuadrícula en los pueblos de indios de Sotaquí y Guamalata

Fuente: Planos elaborado en 1790 por Antonio Martínez de Mata<sup>140</sup>

<sup>138</sup> ESPEJO, Juan Luis: *Solares y casas de la villa de San Felipe El Real*. op.cit. p.24

<sup>139</sup> Expediente fundación de San Felipe El Real. Capitanía General. Vol 937 Archivo Nacional; Santiago.

<sup>140</sup> Plano población de indios encomendados del río Guamalata y Sotaquí. Archivo de la Capitanía General, Volumen 531 (Sotaquí) y Volumen 554 (Guamalata) Santiago



### 4.3.5 Orden y morfología urbana en las ciudades fortificadas

Las ciudades fortificadas exponen las principales variaciones morfológicas porque su trazado urbano dependía del tipo de defensa -irregular o regular- que, a su vez se relacionaba con el relieve del emplazamiento. Las fortificaciones irregulares fueron estructuras simples, espontáneas y basadas en principios defensivos elementales; en contraste, las fortificaciones regulares eran planificadas y se destacaban por sus diseños geométricos con polígonos que podían adaptarse a las condiciones de sitios complejos por la presencia de montañas o acantilados costeros. Panamá, Cartagena de Indias y Puerto Cabello fueron fortificaciones que expresan acusadas diferencias formales<sup>141</sup>. En ciudades con cuadrícula, donde se construyeron murallas rodeando el trazado fundacional, éste se modificó en las áreas perimetrales para adaptarse al contorno de los muros, como ocurrió en Trujillo y Lima.

En Chile, los fuertes aislados y las fortificaciones para proteger a puertos y ciudades costeras tenían diferencias morfológicas similares a las que pueden observarse en otras fundaciones defensivas de Hispanoamérica, como se advierte en el repertorio de fortificaciones de Valdivia y Valparaíso. Por otra parte, los centros defensivos que se construyeron en el siglo XVIII en el río Bío Bío se organizaban en dos secciones; una correspondía a la villa propiamente tal -con trazado ortogonal- y otra era la fortificación independiente del núcleo urbano<sup>142</sup>. San Juan Bautista de Hualqui, San Rafael de Talcamávida y Santa Bárbara tenían traza ortogonal pero no cuadrícula. Las dos primeras poseían plaza central y tramas reticulares idénticas, compuestas por 5X5 manzanas rectangulares -con su proporción mayor en el sentido del río Bío Bío- divididas en diez solares rectangulares. Santa Bárbara tenía una diferencia originada por su trazado de 4X4 manzanas, con la plaza excéntrica y accesible sólo desde tres calles; dos por las esquinas nororiente y norponiente y otra por el medio del costado sur. Los sistemas defensivos de morfología variable se ubicaban fuera de los núcleos urbanos y, por lo tanto, no influyeron en la forma de las ciudades.

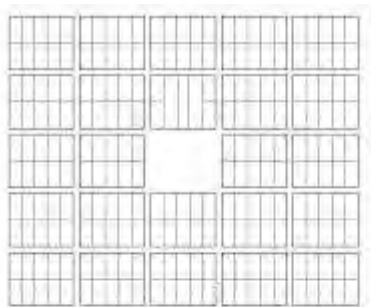
La única ciudad fortificada chilena del siglo XVIII que tenía un trazado no ortogonal fue Nacimiento de Nuestro Señor, fundada por orden del gobernador Manuel Amat y Junient en 1756, el mismo año de la fundación de San Juan Bautista de Hualqui. La ciudad se construyó sobre las ruinas de un antiguo fuerte que había levantado el gobernador Alonso de Ribera, en 1604, para proteger la ribera norte del río Bío Bío.

La originalidad morfológica de Nacimiento radica en su planta de forma trapezoidal, flanqueada por dos baluartes; uno se orientaba al río Vergara -afluente del Bío Bío- y el otro, en el extremo opuesto, contenía hornos, calabozos y guarnición<sup>143</sup>. Entre ambos, estaba la villa rodeada de un foso y trazada en base a una estructura radial compuesta de diez manzanas trapezoidales ocupadas por 73 casas de adobe y tres ranchos de paja, sin dejar una manzana libre para la plaza. Dado que en este caso no existió propiamente una plaza en la villa, su función fue sustituida por el espacio libre del fuerte, que en el plano de 1757 es designado con el nombre de plaza. Este espacio, proporcionalmente, también correspondía a una plaza porque su dimensión se aproximaba al tamaño promedio de las manzanas.

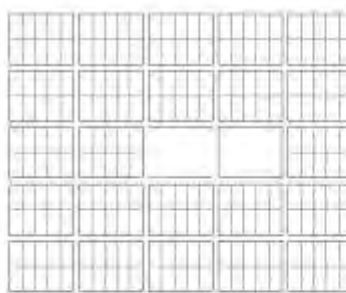
<sup>141</sup> ZAPATERO, Juan Manuel: *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*. Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación y Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid, 1979. ZAPATERO, Juan Manuel: *Dos ejemplos de fortificaciones españolas en la exposición de Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas*. Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). Madrid, 1985

<sup>142</sup> Las plazas de Yumbel y Los Ángeles tenían planta cuadrada; la última, de 400 varas, tenía cuatro pequeños baluartes. El fuerte de Tucapel se organizaba en un cuadrado perfecto de 164 varas por lado, con baluartes en las esquinas. RODRIGUEZ CASADO, Vicente y PEREZ EMBID, Florentino: *Construcciones militares del Virrey Amat*. Publicación Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Serie 2, N° 13. Sevilla, 1949. pp.161-163.

<sup>143</sup> RODRIGUEZ CASADO, Vicente y PEREZ EMBID, Florentino: *Construcciones militares del Virrey Amat*. op.cit. p.163.



San Juan Bautista de Hualqui



San Rafael de Talcamavida



Santa Barbara



Nacimiento

1:10.000



### Trazado de las ciudades fortificadas del río Bío Bío

Fuente: Plano anónimo de San Bautista de Hualqui, San Raphael de Talcamávica, Santa Bárbara y Nacimiento de Nuestro Señor. 1757<sup>144</sup>

<sup>144</sup> Archivo Gay-Morla volumen 34. Archivo Nacional. Santiago.

La ciudad de Nacimiento de Nuestro Señor, por su singular trazado -que Guarda<sup>145</sup> compara con el Castillo San Marcos de Apalache construido en la Florida occidental- es citada en los textos de urbanismo colonial como un raro ejemplo de ciudad radio concéntrica. El plano de 1757 -que es el antecedente del cual se ha extraído la idea de la peculiaridad de su traza- muestra dos hileras de manzanas trapezoidales que convergen al extremo norte, donde se levantaba el fuerte. Sin embargo, al analizar la planta actual de Nacimiento -que aún conserva parte del fuerte- se advierte que las manzanas, aunque poseen una proporción ligeramente trapezoidal, no coinciden con el trazado radial concéntrico de los planos históricos. La forma urbana, que se puede explicar como una adaptación a la explanada donde fue asentada la villa, no tiene las características geométricas descritas en documentos coloniales; tampoco era una fundación de planta ortogonal. Otro rasgo diferenciador fue su dimensión inferior a las demás plazas fuertes fundadas por orden del gobernador Amat.

Un singular tipo morfológico de fuerte interior es Angol, asentamiento de la zona de Arauco, representado en un plano de 1637 que muestra el núcleo junto al río Angol y el estero Juan Albornoz. En la orilla opuesta al fuerte estaba el campamento del ejército y al exterior del muro se ubicaban la herrería, carpintería, los hornos y un lugar para elaborar tejas. El fuerte se organizaba en un cuadrado de 450X450 pies, dividido en cuatro fracciones iguales por dos ejes perpendiculares. Dos de estas secciones se subdividen en partes iguales por ejes trazados a 45°. Junto a la puerta principal del fuerte se ubicaba la plaza rectangular excéntrica. Dos construcciones defensivas, a las que se accedía diagonalmente, coronaban los vértices opuestos. Al respecto, Guarda indica que el trazado revela el carácter militar del asentamiento, que era inédito en Chile y recuerda a la ciudad ideal de Giorgio Vasari el Joven<sup>146</sup>, publicada en 1598, donde la cuadrícula definida por las construcciones también fue dividida con diagonales a 45 grados<sup>147</sup>. Al comparar ambos dibujos se observa que la semejanza se limita al uso de diagonales, porque la ciudad de Vasari poseía una estructura radio concéntrica, basada en una trama octogonal, con la plaza cuadrada en el centro y otras ocho plazas menores concéntricas, donde se combinaron formas rectangulares y circulares.



**Plano del fuerte de Angol**

Fuente: Plano de la Nueva Población de Angol<sup>148</sup> levantado en 1637 por Alonso Villanueva Soberal<sup>149</sup>

<sup>145</sup> GUARDA, Gabriel: *La ciudad chilena del siglo XVIII*. op. cit p.44

<sup>146</sup> El plano de Giorgio Vasari el Joven está publicado en *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden Renacimiento y ciudad ideal*. Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). op.cit. p.96

<sup>147</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. p.56

<sup>148</sup> Archivo de Indias de Sevilla, mapas y planos de Perú y Chile, 175.

<sup>149</sup> Villanueva fue descrito como soldado, matemático y aritmético, único que conoce esta aplicación en el Reino de Chile. QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. p.375.

#### 4.4 El paisaje en las transformaciones morfológicas de la ciudad colonial

Las transformaciones morfológicas de las ciudades coloniales fueron condicionadas por un conjunto de factores –de escala global y local- entre los que se destacaron las estrategias dominantes en las distintas fases de la urbanización, las formas de colonización aplicadas en cada unidad territorial, las dinámicas de la economía y del contexto histórico, el incremento demográfico y crecimiento de la población urbana, las reformas del sistema administrativo, las diferentes modalidades de gestión del territorio y las particularidades funcionales y espaciales de cada ciudad. Por esto, los cambios del plano cuadrículado pronunciaban las trayectorias de un proceso de urbanización que alcanzó su momento más activo en el siglo XVIII.

El paisaje que constituía el entorno de las fundaciones fue una de las variables con mayor influencia en las estructuras de colonización y en las morfologías urbanas. Las distintas intervenciones colonizadoras afectaron al paisaje y, recíprocamente, ciertas cualidades del paisaje influyeron en la formación de los diversos patrones de poblamiento y en las variaciones físicas de las ciudades.

Aún cuando los elementos del paisaje no ejercieron siempre el mismo influjo sobre las ciudades chilenas, las progresivas diferenciaciones morfológicas de los núcleos fundacionales pueden explicarse en función de sus relaciones con el entorno porque las ciudades no eran indiferentes al contexto, ni tampoco fueron centros autónomos o independientes del espacio físico donde estaban asentadas. El plano cuadrículado, que era el sustrato morfológico primario de las ciudades, cambiaba de acuerdo con la dinámica interna de las ciudades y también según las fuerzas externas, físicas y culturales. Los componentes del paisaje condicionaron las formas y proporciones de las manzanas periféricas alterando la simetría original de la cuadrícula, impulsaron el uso diferenciado del suelo urbano y orientaron el crecimiento de los núcleos. En síntesis, aunque las ciudades chilenas participaban del proceso de colonización que se aplicó en el ámbito continental, en sus expresiones individuales, respondían a su contexto cultural particular y al paisaje del sitio de fundación, cuyas características determinaron, en distintos grados, su morfología y significado.

Las ciudades coloniales se fundaron próximas a elementos naturales que servían de respaldo a la vida urbana y referencias de ubicación. En el capítulo 2, se explica que Pedro de Valdivia utilizó los accidentes del relieve como indicaciones para medir las distancias entre ciudades<sup>150</sup>. La importancia del paisaje también se recalcaba en los documentos históricos -escritos y gráficos- porque los ríos y montes eran las únicas presencias invariables en un territorio que, hasta el inicio de la colonización, carecía de signos culturales permanentes y comprensibles para los españoles.

En el punto 4.1.1 se explicó que en el proceso de urbanización colonial de Chile se observa una doble dinámica morfológica porque a escala regional, la estructura de colonización -plasmada en la red de urbanización- cual nota dominante, establecía similitudes morfológicas reconocibles en todas las ciudades chilenas; pero, a escala local, el desarrollo individual de cada fundación concernía a un proceso urbano que dejaba su huella en la estructura morfológica, revelando una determinada forma de adaptación al lugar; por esto, cada ciudad era una estructura identificable dentro del orden geométrico imperante en el territorio colonizado. Las diferentes acciones estratégicas, culturales, económicas y administrativas se materializaron en espacios geográficos y en paisajes específicos, cuyas características y grado de influencia son antecedentes fundamentales para analizar la dinámica del proceso de urbanización y las transformaciones morfológicas de las fundaciones chilenas.

<sup>150</sup> El tema se desarrolla en el punto 2.3 La ciudad colonial como referencia de posición en la vastedad

#### 4.4.1 Cambios morfológicos derivados de los sitios de fundación

Algunos autores sostienen que la ciudad colonial hispanoamericana fue producto de la regulación establecida en las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias* de 1573. No obstante, otras investigaciones objetan lo anterior aduciendo que la legislación respaldó el proceso de fundaciones pero no se adelantó a él, porque cuando se promulgaron las Ordenanzas ya se habían fundado cientos de ciudades, incluyendo a las más jerárquicas y actuales capitales de países americanos.

En el lapso de casi cien años -que separa al descubrimiento de América y la fecha en que Felipe II sancionó las Ordenanzas- en América se probaron teorías urbanas y experiencias de distinta procedencia, que fueron incorporadas en las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias*, las que más tarde se agregaron a las Leyes de Indias. Sin embargo, las Ordenanzas son valoradas como la primera tentativa de la Corona española para organizar la ocupación ordenada del territorio mediante la fundación de ciudades. Los investigadores del urbanismo colonial también se muestran de acuerdo con la relevancia de las Ordenanzas como documento sumario de la colonización y compendio de las teorías urbanísticas de su época porque recopilan la experiencia urbanizadora española y describen un modelo de ciudad con el cual se podía operar. Hardoy y de Solano destacan su carácter de completa síntesis de la experiencia urbanística desarrollada por España y su valor como uno de los primeros textos urbanísticos modernos.

*La síntesis más completa producida hasta ese momento de la legislación española en una variedad de temas pero, especialmente, en relación con la fundación y trazado de ciudades*<sup>151</sup>

*...uno de los primeros textos urbanísticos de la edad moderna, verdadero monumento, fruto de la permanente experiencia pobladora ibérica, durante siglos, unida al espíritu de corrientes renacentistas.*<sup>152</sup>

Es notable, dentro del texto de las Ordenanzas, el énfasis que se otorga a los sitios de fundación. Al respecto, es importante tener presente que fundar una ciudad era un acto de posesión con carácter permanente que debía asegurar la vida urbana y responder a la necesidad de situarse ante un espacio inmenso y desconocido. Por estas razones, la selección de los sitios para la fundación de ciudades fue un tema crucial de la colonización, el texto medular de varios informes enviados a España por los fundadores y una de las principales materias abordadas en las Ordenanzas, donde se recomendaba fundar ciudades en sitios que cumplieran con una serie de requisitos, expuestos en una secuencia que implica una jerarquía.

Las Ordenanzas señalaban que los sitios de fundación debían ser saludables, fértiles y accesibles -incluían indicaciones para verificar si estas condiciones se cumplían, destacando la presencia de hombres, animales y frutos sanos como referencias de salubridad- con cielo claro y aire puro, sin exceso de calor o frío; con tierras para sembrar, pastos para la crianza animales y árboles de donde extraer madera para construcciones y uso doméstico. Un indicador relevante como evidencia de fertilidad era la existencia de agua dulce para regadío y consumo de la población.

Al analizar las leyes que definían las condiciones del desarrollo urbano se advierte que las ciudades no eran consideradas entidades autónomas entre sí; por esto, las Ordenanzas -posiblemente recogiendo la experiencia urbanizadora previa- plantean otras características que debían tener los sitios de fundación; recomendando evitar

<sup>151</sup> HARDOY, Jorge Enrique: *Evolución de la legislación urbana para Hispanoamérica durante el siglo XVI*. Publicado en: *De Teotihuacán a Brasilia. Estudios de Historia Urbana Iberoamericana y Filipina*. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L.) Madrid 1987. p.96.

<sup>152</sup> DE SOLANO, Francisco: *Significado y alcances de las Nuevas Ordenanzas de Descubrimiento y Población de 1573*. Publicado en: *De Teotihuacán a Brasilia*. op. cit. p.108.

fundaciones aisladas y seleccionar los sitios considerando las reales posibilidades de comunicación entre las ciudades existentes y nuevas fundaciones. Estos factores, que podían ser decisivos para el futuro de una ciudad, dependían de características territoriales específicas como el relieve que, según su complejidad, podía restringir la defensa, el abastecimiento y la comunicación entre ciudades.

La elección del sitio de fundación de las primeras ciudades chilenas fue un aspecto fundamental en los informes de los cronistas. En las cartas de Pedro de Valdivia se advierte la importancia que el capitán español otorgaba al paisaje, considerando la existencia de recursos naturales para el abastecimiento de la ciudad y la belleza del entorno. A propósito del sitio de Concepción, Valdivia señaló lo siguiente.

*...en un puerto e bahía el mejor que hay en estas Indias. Tiene un cabo de buen río que entra allí en la mar, de infinito número de pescado, de céfalos, lampreas, lenguados, merluzas e otros mil géneros de dellos, en extremo buenos, e de la otra parte pasa otro riachuelo de muy clara e linda agua, que corre todo el año.*<sup>153</sup>

La resistencia indígena a la urbanización y el aislamiento de Chile determinaron otras condicionantes para seleccionar los sitios de fundación. Cuando Valdivia fundó a Concepción –la tercera ciudad chilena- se preocupó de elegir un sitio costero para recibir posibles auxilios por mar.

*Aquí me puse por ser muy buen sitio y por aprovecharme de la mar para me socorrer de la galera e un galeote que traía de armada el piloto e capitán Joan Batista de Pastene, al cual había dado orden me viniese a buscar en el paraje del Biubío, e corriese a la costa hasta me hallar.*<sup>154</sup>

Las Ordenanzas no se refieren a un trazado en cuadrícula ni a una plaza cuadrada; al contrario se expresa que la plaza –donde se comenzaba la población- debía tener proporciones rectangulares con un largo que superara una y media vez el ancho<sup>155</sup>; estas prescripciones para la plaza eran comunes para los dos tipos de ciudades que se incluyen en las Ordenanzas: la ciudad costera y la ciudad mediterránea. Para las ciudades costeras se indica que la plaza debía relacionarse con el puerto; Salcedo puntualiza que en las ciudades fundadas en el litoral, antes de la promulgación de las Ordenanzas, ya se encontraban estas características<sup>156</sup> y añade que la indicación de separar a la iglesia de la plaza en las ciudades mediterráneas, no se cumplió<sup>157</sup>.

Ramón Gutiérrez hace notar que las plazas coloniales no tuvieron las proporciones rectangulares que describen las Ordenanzas y tampoco las calles llegaban al centro de la plaza –salvo excepciones como Panamá o Santa Clara- porque nacían de sus vértices. Al constatar que las Ordenanzas sólo fueron consideradas teóricamente en algunas fundaciones, Gutiérrez<sup>158</sup> plantea que esta circunstancia permite sostener el argumento de una reelaboración americana que capitalizó la experiencia adquirida en el avance de la colonización. Frente al modelo definido por las leyes, surgió otro modelo, basado en el plano cuadrículado, que se aplicó sistemáticamente. El éxito de la cuadrícula se explica porque es una estructura ordenadora que, a pesar de su aparente rigidez, no entorpeció los procesos urbanos diferenciados ni la formación de los rasgos morfológicos que identificaban a las distintas ciudades<sup>159</sup>.

<sup>153</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.107

<sup>154</sup> VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. op. cit. p.107

<sup>155</sup> Ordenanza 112

<sup>156</sup> SALCEDO, Jaime: *El modelo urbano aplicado a la América española: Su génesis y desarrollo teórico práctico*. op.cit. p.36. Salcedo se refiere a la Ordenanza 112

<sup>157</sup> Ordenanza 124

<sup>158</sup> GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op.cit. p.81

<sup>159</sup> Javier Aguilera señala que la trama simple y regular de las ciudades hizo posible una amplia variedad de soluciones que, aunque derivaban de un esquema teórico básico, en la realidad, manifestaban diferentes características espaciales y funcionales. AGUILERA ROJAS, Javier: *Teoría urbanística en la colonización española de América. Las Ordenanzas de Nueva Población* op. cit. pp.13-14



Los ejemplos al respecto abundan. Las hondonadas en el sitio de fundación de San Francisco de Quito, especialmente la de Pilishuaico -que atravesaba a la ciudad por un costado de la plaza- generaron variaciones del trazado y manzanas alargadas para adaptarse a la profunda quebrada que se cruzaba con puentes.<sup>160</sup> En Santiago de Guayaquil, la morfología urbana y hasta la arquitectura fueron condicionadas por el relieve y pantanos existentes en el sitio; hasta el siglo XVIII, Guayaquil todavía no tenía una forma definida y predominaban las viviendas aisladas, construidas de cañas y palmas sobre pilotes, que no se comunicaban entre sí mediante calles sino por pasarelas de madera<sup>161</sup>.

Buenos Aires -paradigma de ciudad cuadrícula- reconoce en su estructura urbana al paisaje de la planicie costera y, aunque en el sitio de fundación no hay accidentes geográficos que obligaran a modificar la retícula ortogonal, la presencia de varios arroyos influyó en la fijación de los límites y ejes principales de la ciudad colonial que, como explica Alberto de Paula, aún son reconocibles en la trama actual<sup>162</sup>.

Cuando las fundaciones coloniales se asentaron sobre asentamientos preexistentes -Tenochtitlán o el Cuzco- el paisaje también fue una referencia primordial porque las sociedades prehispánicas construyeron sus asentamientos próximos a elementos geográficos significativos, por el valor simbólico que asignaban a la naturaleza.

Las ciudades chilenas tenían semejanzas morfológicas con otros núcleos coloniales cuadrículares. Chile fue la última región americana en ser integrada al proceso de colonización por estar en el extremo sur de América, en un territorio que se exploró cuando ya se habían recorrido otras regiones. En este contexto, es factible que las primeras ciudades chilenas imitaran la forma de las fundaciones realizadas antes de iniciarse la conquista de Chile, en especial, de Lima y otras ciudades del virreinato del Perú que los españoles conocieron antes de llegar a territorio chileno.

Con el progresivo avance de la urbanización se fueron dictando nuevas normas para ordenar la actividad colonizadora, el comercio y otros aspectos de la vida urbana. No obstante, la legislación no influyó en la aparición y paulatina diferenciación de las ciudades; las variaciones más bien fueron resultado de las particularidades del entorno y la historia individual de cada ciudad. Por esto, aunque en las Ordenanzas no hay indicaciones para modificar el modelo de ciudad según las características del sitio de fundación, el paisaje influyó en el surgimiento de variaciones morfológicas que diferenciaban a los núcleos urbanos entre sí. Por esto, en el territorio chileno, que estaba sujeto a un sistema de administración único y centralizado en Santiago del Nuevo Extremo, se desarrollaron diferentes soluciones urbanas que reflejaban el proceso de adaptación de las ciudades a sus respectivos sitios de fundación.

<sup>160</sup> ORTIZ CRESPO, Alfonso: *Visión general de las fundaciones y del urbanismo colonial*. op. cit. p.123

<sup>161</sup> ORTIZ CRESPO, Alfonso: *Visión general de las fundaciones y del urbanismo colonial*. op. cit. p.125

<sup>162</sup> DE PAULA, Alberto: *La escala comarcal en el planeamiento indiano: estructura territorial y evolución de la campaña bonaerense, 1580-1780*. En *La ciudad Iberoamericana*. op. cit. p. 217.

#### 4.4.2 Diferenciación morfológica y funcional de las ciudades coloniales

La existencia de abundante agua dulce y suelo cultivable eran factores concluyentes para seleccionar los sitios de fundación; análogamente, el paisaje –como expresión espacial de las características del relieve- y la presencia de determinados recursos naturales fueron claves para fijar la forma y funciones predominantes en el primer momento de la vida de una ciudad. Con el crecimiento de los núcleos fundacionales, los elementos del paisaje ejercieron distintas influencias en las transformaciones del trazado y las especificidades funcionales. Los cambios morfológicos más tempranos y frecuentes eran los desplazamientos de la plaza en las fundaciones costeras- para relacionarlas con las rutas fluviales o marítimas- y la pérdida de regularidad en las tramas periféricas debido al surgimiento de manzanas irregulares para adaptar la cuadrícula a los ríos y cerros adyacentes. Otra referencia de diversidad concernía a las funciones primarias de las ciudades porque se generaron diferentes trazados cuando las fundaciones se desarrollaron para llevar a cabo explotaciones mineras o se originaron en misiones, haciendas y fuertes.

Las mayores diferencias morfológicas corresponden a ciudades fortificadas donde la estructura de las defensas incidía sobre la forma y el desarrollo del núcleo urbano; incluso en fundaciones cuadriculares, la incorporación de los sistemas defensivos afectaba la regularidad de la trama. En Trujillo –fundación del virreinato del Perú- la muralla ovalada que rodeaba el núcleo no era coherente con la retícula ortogonal y el área de contacto entre la trama y las murallas fue ocupada con manzanas con diversas formas y tamaños para adecuarlas al sistema defensivo. Gutiérrez explica que en los núcleos fortificados, especialmente desde la segunda mitad del siglo XVIII, la conformación de las estructuras defensivas se impuso sobre la trama y la organización de las manzanas<sup>163</sup>.

En Chile, el paisaje de cada sitio de fundación no condicionó la génesis morfológica de las ciudades porque éstas siempre se originaron en trazas ortogonales; por esto, las mayores influencias del paisaje se advierten en las transformaciones posteriores y en la consolidación gradual de tramas particulares que diferenciaban a los nuevos sectores urbanos de la cuadrícula fundacional.

Hay distinciones, propias de Chile, como las fundaciones realizadas en el eje del río Bío Bío que comprendían a los núcleos de trazado ortogonal y a los fuertes externos que poseían formas diversas. En el repertorio de fundaciones chilenas se distinguen otras diferencias morfológicas que exteriorizaban la complementariedad entre las funciones asignadas a la ciudad y determinadas configuraciones geográficas. En las ciudades costeras se incorporaron sistemas defensivos que restringían la expansión de los núcleos fundacionales; en contraste, las ciudades agrícolas -fundadas en los valles- se abrían al territorio a través de los caminos que las comunicaban con las haciendas y otros centros de explotación agrícola.

Al comparar la urbanización colonial de Chile con el contexto americano se advierte que ciertos tipos de ciudades, frecuentes en otras regiones, no existieron en Chile. Los ejemplos más representativos de esta diferencia son los Reales de Minas que lideraron la colonización de enormes extensiones de España y Perú, formando polos de concentración demográfica y riqueza. Los Reales de Minas fueron relevantes para el crecimiento de los puertos, la ampliación de las redes de caminos y los cambios en la imagen urbana con el desarrollo de la arquitectura barroca.

Las morfologías de las ciudades chilenas con función misional, agrícola o defensiva respondían a sus particulares circunstancias culturales o históricas; además, sus procesos evolutivos eran condicionados por la disponibilidad de recursos naturales, el relieve y condiciones de accesibilidad a sus emplazamientos. Incluso el desarrollo

<sup>163</sup> GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op.cit. p.84

de ciudades que tenían funciones administrativas y de servicios como Santiago del Nuevo Extremo -cuya forma urbana parecía ser más independiente del paisaje- fue condicionado por la topografía de sus sitios debido a la necesidad de participar en la estructura de comunicaciones, que a su vez, dependía del relieve.

La diversidad espacial y formal generada por la función principal de las ciudades o por las características del paisaje se enriquecía con la multiplicidad de actividades que sustentaban la vida urbana que, a su vez, dependían de los recursos naturales presentes en el entorno de la fundación. La vida cotidiana en las ciudades agrícolas era enmarcada por la dinámica de los mercados de hortalizas y frutas, curtiembres y mataderos. Los principales lugares urbanos en las ciudades puerto eran las plazas abiertas al mar, muelles y puntos de intercambio comercial. Las cadencias urbanas en las ciudades mineras se vinculaban a los lugares de procesamiento de minerales. La actividad en las ciudades que fueron puntos de descanso de los recorridos se enriquecía con el intercambio social y comercial relacionado con la función de posta, que físicamente se expresaba en el tambo. El centro de la vida urbana en ciudades con función evangelizadora era la misión y las ciudades defensivas se organizaban en torno a regimientos y fuertes. Análogamente, el paisaje influyó en las diferencias espaciales de las calles que integraban la cuadrícula; eran visualmente limitadas si remataban en cerros o, al revés, se diluían en amplias perspectivas cuando estaban orientadas hacia extensiones naturales como valles y planicies costeras.

Genéricamente, la ciudad colonial puede describirse a partir del plano cuadrículado que representa la morfología urbana característica de las fundaciones españolas; no obstante, también es posible encontrar diversidad de soluciones de plazas y calles. En relación con las formas de las calles, Gutiérrez afirma que en realidad no fueron tan homogéneas como habitualmente se supone porque es posible diferenciar entre calles estrechas, anchas, sinuosas, rectas, cerradas o abiertas al contexto natural; otras diferencias se originaban por la presencia de portales y arcos<sup>164</sup>.

Ramón Gutiérrez sostiene que la arquitectura colonial también influyó en la gradual diferenciación morfológica de las ciudades porque los monumentos y torres de las iglesias alteraban la altura predominante y había iglesias, casas y edificios públicos cuya singularidad afectaba la regularidad de las ciudades, constituyendo hitos en el paisaje urbano. Inclusive algunas calles se identificaban con nombres que hacían referencia a sus construcciones relevantes como ocurre con las calles de La Merced, Agustinas y Huérfanos -en Santiago del Nuevo Extremo- que remiten a los templos de los mercedarios y agustinos y la casa donde se acogían a los niños abandonados. Gutiérrez explica que ciertas edificaciones clausuraban las perspectivas frontales del espacio urbano, los arcos segmentaban la linealidad de las calles y los portales las ampliaban. Otras formas urbanas particulares respondían directamente a las formas del relieve como ocurría con las plazas o calles en pendientes; las estrechas calles de La Habana son espacialmente diferentes a las calles estrechas que se desarrollan en las pendientes de Quito o el Cuzco<sup>165</sup>.

Los elementos primarios de la morfología de la ciudad colonial eran las calles rectas y plazas cuadradas; la lectura simplificada de estos componentes urbanos explicaría porqué se tiende a ver a las ciudades como unas organizaciones regulares, simples y hasta monótonas; características que, según Gutiérrez<sup>166</sup>, muchos (demasiados) autores suelen adjudicar a la ciudad colonial, olvidando las variaciones respecto del modelo clásico. Inclusive entre ciudades con una misma cuadrícula hay diferencias, como se observa en ejemplos chilenos que muestran discrepancias entre el trazado teórico -descrito en planos- y la forma generada por la real ocupación del espacio.

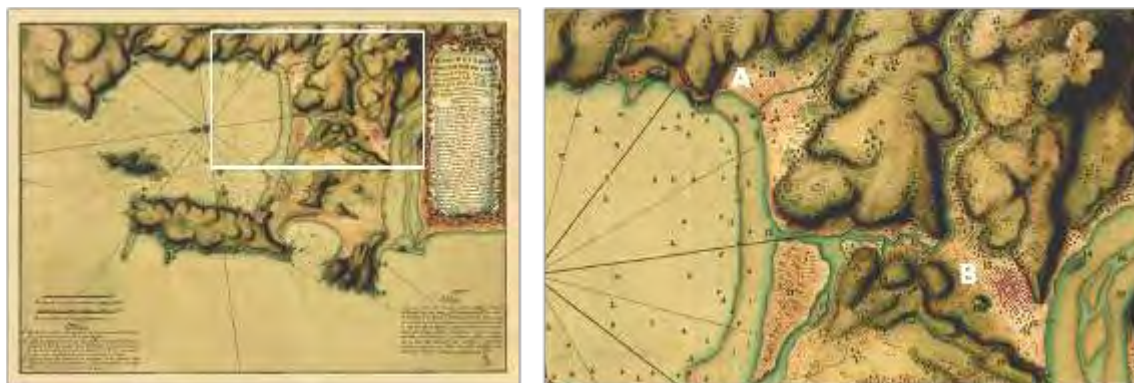
<sup>164</sup> GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op.cit. pp. 96-99

<sup>165</sup> GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op.cit. pp. 96-97

<sup>166</sup> GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op.cit. pp. 96. El paréntesis aparece en el texto citado.

Los mayores cambios morfológicos y funcionales de las ciudades se manifestaron en el siglo XVIII como consecuencia del crecimiento de los núcleos fundacionales y la construcción de obras públicas para responder a las demandas sociales de la época. En Chile, el inestable contexto histórico y la diversidad del paisaje exigían afirmar el orden radicado en la cuadrícula; por esto, las transformaciones urbanas no lograron alcanzar el nivel de otras colonias. No obstante, los trazados cuadrículaes de varias ciudades chilenas se fueron diferenciando progresivamente con el desarrollo urbano y las modificaciones de la estructura interna y funcionalidad de los núcleos.

En Santiago del Nuevo Extremo es visible el cambio de las tramas periféricas por la presencia de calles curvas y manzanas con distintas formas y tamaños que revelan la influencia del cerro Santa Lucía; se distingue la alameda por su mayor ancho y carácter de eje delimitador del crecimiento, cualidad que se expresa en la variación del trazado cuando la alameda fue traspasada por el crecimiento del núcleo original. Santiago de Castro, con su plaza en un borde de la trama urbana y sus reducidas dimensiones, manifiesta su ubicación costera y débil desarrollo. En otras ciudades, la forma de crecimiento dependía de la existencia de ríos. La Serena y Concepción en la bahía de Penco exteriorizaban su ubicación litoral con sus plazas excéntricas. La fragmentación de la trama en La Serena se explica por la complejidad del sitio de fundación y el crecimiento irregular de Concepción en su primera fundación en Penco muestra que el desarrollo urbano estaba limitado por el relieve.



#### Ubicación de Concepción en sus dos emplazamientos

A. Primera fundación en Penco B. Concepción en el valle de La Mocha después del traslado

Fuente: Mapa de la bahía de Concepción<sup>167</sup>

Las ciudades con traza regular y plaza en el centro de la cuadrícula –Mendoza, San Juan de La Frontera, San Francisco de La Selva, Santa Cruz de Triana y San José de Buenavista- corresponden a fundaciones en valles donde no existían elementos del paisaje que condicionaran la cuadrícula original o la posterior expansión del núcleo. Sin embargo, en la ocupación real de la trama se advierten diferencias como ocurre con la concentración de pobladores en el sector surponiente del área urbana de San José de Buenavista o con el anillo productivo que circundaba al núcleo fundacional de San Francisco de La Selva y enunciaba su función minera.

Las ciudades próximas a ríos -San Rafael de Rozas, Santo Domingo de Rozas, San Ambrosio de Vallenar y Valdivia- expresan, en sus crecimientos unidireccionales, la influencia del paisaje. San Mateo de Osorno, a pesar del escaso desarrollo que logró alcanzar antes de ser destruida en 1598, revela, en las proporciones alargadas de la trama, la presencia de un río en su sitio de fundación. Una característica similar se advierte en Concepción –después de su traslado hasta el valle de La Mocha- donde la forma rectangular de la superficie ocupada por la ciudad indicaba las limitaciones al crecimiento urbano generadas por el cerro Caracol y los terrenos pantanosos que restringían su expansión hacia el norponiente y suroriente.

<sup>167</sup> La imagen se basa en un original preparado por Jorge Juan y Antonio de Ulloa en 1744 con adiciones y revisiones realizadas a principios de la década de 1780.

### 4.4.3 Tipos de ciudades y su relación con el paisaje

Si las ciudades coloniales son analizadas considerando sólo sus rasgos morfológicos y funciones dominantes parecen repeticiones de un modelo teórico basado en una estructura cuadrícula simple, regular y esquemática; no obstante, una observación más detenida revela diversas singularidades; varias de ellas fueron resultado de las adaptaciones del plano cuadrículado al paisaje.

Las diferencias entre el modelo teórico de ciudad colonial y las ciudades reales han sido interpretadas como respuestas específicas a situaciones espaciales y culturales particulares. Considerando los cambios morfológicos visibles, diferentes autores han ordenado a las ciudades coloniales en grupos según su forma y función dominante. José Luis Romero<sup>168</sup> plantea que la especificidad de algunas funciones fue un factor determinante de la morfología urbana; por esto, distingue tipos urbanos básicos como la ciudad minera, ciudad mercantil, ciudad fortaleza, ciudad de encomenderos –fundamentalmente residencial- y pueblos de indios; según Romero, la base de la diferenciación fue la evolución sociopolítica y económica de las ciudades. Desde una perspectiva análoga, Hardoy argumenta que los recursos naturales y su explotación condicionaron el desarrollo de diferentes tipos urbanos entre los que destaca a los centros mineros, de colonización agrícola y centros de comercio y servicios<sup>169</sup>.

Sin embargo, la urbanización colonial, la ocupación del territorio y los cambios de las ciudades no eran procesos regidos únicamente por determinantes económicas y funcionales; el contexto histórico y las características del paisaje también influyeron en la transformación del plano cuadrículado.

Inicialmente, la morfología urbana obedecía a las condicionantes físicas del sitio de fundación; por esto, las ciudades se pueden ordenar por su trazado predominante y distinguir, como postula Hardoy, entre ciudades clásicas –el tipo más común, con cuadrícula y plaza central-, regulares, irregulares, lineales, radiales y sin esquema definido. Según su morfología y funciones, Aguilera y Moreno distinguen a ciudades regulares, semirregulares, irregulares, fortificadas y regulares fortificadas; respecto a la ordenación de las ciudades por sus formas de crecimiento –que generalmente dependían del relieve del emplazamiento y de elementos externos al núcleo como caminos- distinguen ciudades unidireccionales, multidireccionales y mixtas<sup>170</sup>.

Aunque la articulación paisaje-ciudad o las influencias del entorno sobre los núcleos fundacionales no siempre eran directas o decisivas, es posible ordenar las ciudades considerando como criterio básico a las relaciones funcionales y espaciales entre los centros coloniales y su emplazamiento. Romero<sup>171</sup> indica que las ciudades coloniales –con excepción de los centros mineros y puertos naturales localizados en rutas de abastecimiento- se establecieron no tanto en función de las condiciones geográficas sino demográficas porque dependían de los aportes indígenas para subsistir. Sin embargo, aunque se considere a la presencia de población indígena como el factor explicativo del origen y las funciones primarias de las ciudades coloniales, el paisaje era relevante porque las culturas prehispánicas se regían por elementos naturales significativos –ríos, lagos, montes- para decidir la ocupación del territorio.

<sup>168</sup> ROMERO, ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. op. cit. pp 69-72

<sup>169</sup> HARDOY, Jorge E.: *Las Ciudades en América Latina*. Editorial Paidós. Buenos Aires 1972.

<sup>170</sup> AGUILERA ROJAS, Javier; IBAÑEZ, Joaquín y MORENO REXACH, Luis: *Urbanismo español en América*. Catálogo exposición homónima publicación Ministerio de Vivienda, Instituto de Cooperación Iberoamericana. (I.C.I.). Colaboración de Archivo General de Indias. Madrid 1973. Con ediciones posteriores.

<sup>171</sup> ROMERO, José Luis: *La Ciudad Hispanoamericana: Historia y situación*. Facultad de Humanidades y Ciencia. Universidad de la República. Montevideo, 1967. Citado por: ARTEAGA ZAMORAN, Juan José: *La urbanización hispanoamericana en las Leyes de Indias*. En *La Ciudad Iberoamericana*, publicación Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX) y Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). op.cit. p.248.

En cualquier sistema de categorización, las diferentes variables –forma original del trazado, modalidades de crecimiento del núcleo fundacional, ubicación geográfica, funciones asignadas a las ciudades y elementos de su entorno- que pueden servir de referencia para agrupar a las ciudades por afinidades morfológicas se relacionan entre sí y es difícil separarlas de modo tajante. Por esto, según las características establecidas para ordenarlas, las ciudades pueden pertenecer a dos o más tipos. En las tablas siguientes, las ciudades chilenas se ordenaron según su trazado original, formas de crecimiento, posición geográfica, funciones y elementos del paisaje de los sitios de fundación; diferenciando entre acciones fundacionales de los siglos XVI y XVII y las fundaciones del siglo XVIII, cuando se reactiva la urbanización colonial.

### Clasificación de ciudades chilenas fundadas los siglos XVI y XVII<sup>172</sup>

Fundaciones chilenas de los siglos XVI-XVII	Trazado original			Forma de crec.		Posición			Funciones					Elementos del paisaje								
	Cuadrícula	Regulares	Irregulares	Unidireccionales	Multidireccionales	Mixtas	Marítimas	Semimarítimas	Interiores	Administrativas	Comerciales	Mineras	Defensivas costeras	Defensivas	Religiosas	Fundación en valles	Fundación costara	Fundación en la	Fundación en islas	Próxima a ríos	Próxima a cerros	Próxima a bosques
Santiago del N. Extremo																						
La Serena																						
Concepción en Penco																						
La Imperial																						
Valdivia																						
Villarrica																						
Arauco																						
Angol o Los Confines																						
San Mateo de Osorno																						
Cañete																						
Mendoza																						
San Juan de La Frontera																						
Santiago de Castro																						
Chillán																						
Nombre de Jesús																						
Ciudad del Rey Don Felipe																						
Santa Cruz de Coya																						
Talavera del Esteco																						
San Agustín de Talca																						

	Fundaciones del siglo XVI que prosperaron
	Fundaciones del XVI destruidas por ataques indígenas y abandonadas
	Fundación del XVI destruida por ataque indígena pero no abandonada
	Fundaciones abandonadas
	Ciudad fuerte destruida, abandonada y posteriormente refundada
	Fundación del siglo VII
	Sin información

<sup>172</sup> No se incluyeron fundaciones del siglo XVI -El Barco, Santiago del Estero, Londres, San Miguel de Tucumán y San Luis de Loyola- por carecer de datos sobre su trazado, funciones o características del sitio de fundación. Por la misma razón no se incorporaron Monterrey y Santo Ángel de la Guarda, citadas como fundaciones del siglo XVII. Santa Inés de Monterrey o Monterrey de La Frontera fue fundada por Alonso García Ramón a 3 leguas de Concepción sobre el Bío Bío (3 leguas más abajo de Nacimiento) con 84 vecinos, era fortificada. Según Astaburuaga fue fundada por Alonso de Ribera junto al fuerte Nuestra Señora de Halle. La planta de Ciudad del Rey Don Felipe corresponde a un trazado ortogonal no cuadrícula según plano de la ciudad existente en la Biblioteca del instituto de Francia en París. MARTINIC, Mateo: *Rey Don Felipe. Acontecimientos históricos*. op.cit.p.23



**Clasificación de ciudades chilenas fundadas el siglo XVIII**<sup>173</sup>

Fundaciones chilenas del siglo XVIII	Trazado original			Forma de crec.			Posición		Funciones predominantes					Elementos del paisaje								
	Cuadrícula	Regulares	Irregulares	Unidireccionales	Multidireccionales	Mixtas	Marítimas	Semimarítimas	Interiores	Administrativas	Comerciales	Mineras	Defensivas costeras	Defensivas interiores	Religiosas	Fundación en valles	Fundación en la costa	Fundación en la cordillera	Fundación en islas	Próxima a ríos	Próxima a cerros	Próxima a bosques
San Felipe El Real																						
N. Sra. de las Mercedes																						
San Francisco de la Selva																						
Santa Cruz de Triana																						
San José de Buena Vista																						
S. Fernando de Tinguiririca																						
Sta María de Los Ángeles																						
San Antonio Abad																						
Santa Ana de Brivesca																						
Sta. Bárbara Casablanca																						
Dulcís. Nombre de Jesús																						
San Antonio de La Florida																						
San Carlos																						
Concepción en La Mocha																						
Santo Domingo de Rozas																						
Santa Rosa de Huasco																						
San Rafael de Rozas																						
S. Juan Bautista de Hualqui																						
Santa Bárbara																						
Nacimiento																						
San Rafael de Talcamávida																						
Sta Juana de Guadalcázar																						
Reina Luisa de Parral																						
San Ambrosio de Vallenar																						
Santa Rosa de Los Andes																						
San Javier de Bella Isla																						

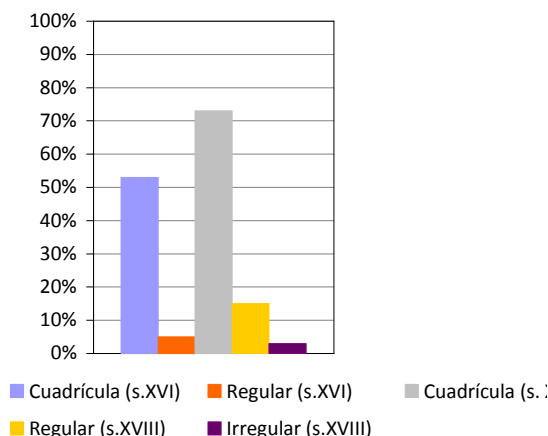
	Fundaciones del siglo XVIII
	Fundaciones del XVIII sobre fuertes
	Sin información

Con el objetivo de evitar visiones reduccionistas, basadas sólo en las condicionantes geográficas -como factores explicativos exclusivos- en esta investigación se plantea que la morfología fundacional de las ciudades chilenas y las transformaciones de la forma urbana dependían de variables distintas, que se interrelacionaban de diversas maneras; por lo tanto, enfocarse en las influencias del entorno natural para analizar las transformaciones morfológicas no supone que estas sean condicionantes únicas y excluyentes porque los cambios del plano cuadrículado también fueron respuesta a nuevas estrategias colonizadoras, al contexto histórico, al desarrollo demográfico de las ciudades, a la evolución económica de sus áreas de influencia, a la existencia y explotación de los recursos naturales de los sitios de fundación, a las funciones urbanas predominantes y complementarias de las ciudades, a las decisiones de los gobernantes y al avance del proceso colonizador.

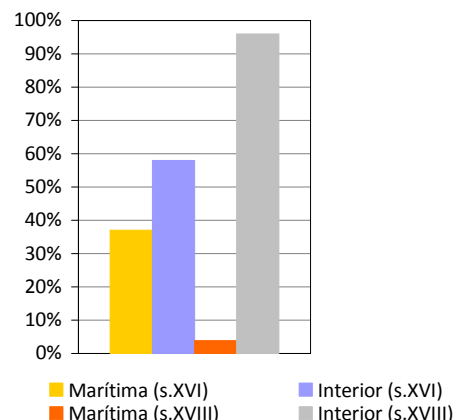
<sup>173</sup> No se han incluido 57 fundaciones del XVIII de las cuales se carece de información cartográfica.

## Comparación de las fundaciones chilenas realizadas en los siglos XVI y XVIII

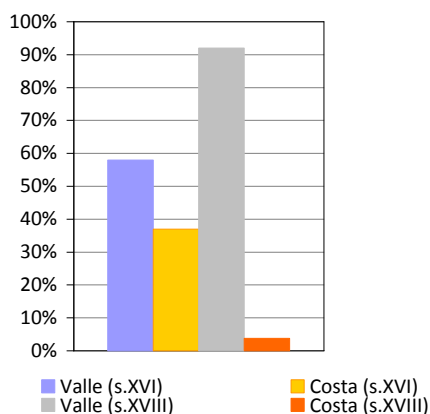
Según el tipo de trazado



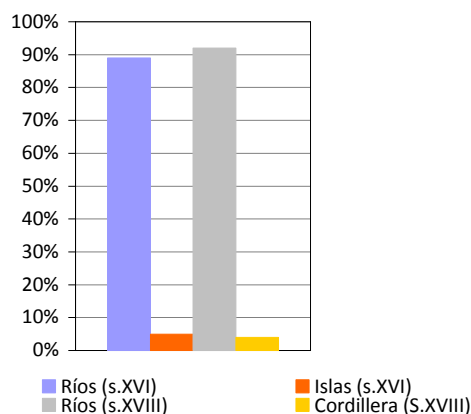
Según su posición geográfica



Según el sitio de fundación



Según los elementos del paisaje



En los gráficos –elaborados con los antecedentes recogidos en las tablas anteriores– se observa que en las fundaciones del siglo XVI predomina el trazado en cuadrícula con plaza central. En las fundaciones del siglo XVIII se incrementó la primacía de la cuadrícula homogénea; esta característica indica una diferencia con otras colonias americanas donde existieron proyectos de nuevas fundaciones en base a un trazado ortogonal no cuadricular –Nueva Guatemala, de Luís Díez Navarro– y expansiones urbanas que, a diferencia de lo ocurrido en las ciudades chilenas, no mantuvieron el damero original como en los ejemplos de México, Morelia, Quito, Lima y Cuzco. El abandono de la cuadrícula era más visible en los centros mineros como Guanajuato.

En Chile, las ciudades con trazado ortogonal pero no cuadricular son escasas y sólo corresponden a las ciudades fortificadas en el eje del río Bío Bío. Otra diferencia se refiere a la ausencia de ciudades con trazados espontáneos; en las demás regiones americanas, este tipo morfológico surgió en asentamientos mineros.

Para analizar las correspondencias entre la morfología urbana y el contexto natural, las informaciones relativas al trazado se complementaron con características como la ubicación geográfica de las ciudades, diferenciando entre fundaciones interiores y costeras, porque este antecedente permite explorar la importancia de las ciudades en el sistema de comunicaciones marítimas y las prioridades colonizadoras. En este sentido, se observó que durante el siglo XVI las fundaciones en territorios interiores superaron a las realizadas en la costa, aunque estas últimas integraban un conjunto relevante.

Al ordenar a las ciudades según su inserción en el sistema de comunicaciones se debe considerar que, debido al aislamiento terrestre de Chile, las rutas marítimas fueron el principal acceso y vías de comunicación con otras colonias americanas y el imperio; esta situación fue más gravitante en el siglo XVI por la falta de caminos. Las fundaciones costeras muestran diferencias en su crecimiento según su relación con las rutas de navegación y comercio, lo que influyó en su jerarquía<sup>174</sup>. Algunas de las primeras ciudades chilenas –La Serena, Concepción, Valdivia y Santiago de Castro– se fundaron en el litoral por la importancia estratégica del territorio costero y las dificultades de cruzar Los Andes o el desierto de Atacama, que aislaban a Chile de las regiones limítrofes. Las fundaciones del XVI en el estrecho de Magallanes y la costa de Arauco, aunque fallidas, también enuncian el interés de colonizar el litoral.

Las ciudades marítimas, al ser objetivos de frecuentes ataques de otras naciones europeas, generalmente eran fortificadas, lo que afectó su regularidad morfológica. Por otra parte, la necesidad de comunicar a las principales ciudades chilenas entre sí y con las costas americanas explica la creación de puertos para apoyar a ciudades interiores en la conexión y acceso a las rutas marítimas; esta forma de articulación se observa en Santiago del Nuevo Extremo y el puerto de Valparaíso. En el siglo XVIII, la creación del Virreinato del Río de La Plata, la nueva jerarquía de Buenos Aires –capital virreinal– y el mejoramiento de las rutas trasandinas explica porqué las fundaciones chilenas en el litoral no se incrementaron significativamente y sólo se consolidaron como apoyo para ciudades interiores que dependían de los caminos y asentamientos costeros para conectarse con el resto del continente.

Las preferencias colonizadoras se inclinaron por territorios interiores, denotando el interés por la agricultura y minería. En el elenco de ciudades chilenas del siglo XVIII predominan las fundaciones en valles, con cuadrícula y plaza central. Esta ubicación explica los crecimientos multidireccionales porque los valles no tenían límites físicos que condicionaran las expansiones del núcleo por distintas direcciones. En algunas ciudades, el crecimiento unidireccional refleja que en su entorno había estructuras naturales lineales –ríos y cordones de cerros– o ejes de caminos que tensionaban la expansión del núcleo fundacional. Los ríos eran el principal componente del paisaje en la mayoría de los sitios de fundación lo que explica los crecimientos siguiendo los cauces fluviales. Finalmente, hay ciudades con crecimiento mixto o por distintas direcciones; pero, en estos casos, también prevalecieron las expansiones urbanas orientadas por elementos naturales como ríos y cerros.

Por sus funciones predominantes, las ciudades chilenas pueden diferenciarse entre administrativas, religiosas, comerciales, defensivas interiores, defensivas externas y mineras. Las ciudades administrativas más importantes fueron la capital y sedes de Audiencias; aunque la mayoría tenía funciones administrativas locales radicadas en el cabildo. La función religiosa, presente en todas las fundaciones, sólo fue factor diferenciador cuando la ciudad era sede de Obispado –categoría que se expresaba en la arquitectura– o centro de convergencia de misiones. La actividad comercial fue clave para el desarrollo de las fundaciones en valles que funcionaban como centros distribuidores de productos agrícolas. Las ciudades mineras, fundadas en los valles próximos a los yacimientos, no generaron tipologías distintivas o cambios respecto al trazado cuadricular; las principales diferencias se observan en su periferia debido a la localización de instalaciones específicas para procesar el mineral.

Las ciudades con función defensiva externa, en su mayor parte, eran asentamientos costeros que participaron en la estructura defensiva continental creada para resistir los ataques de potencias extranjeras. Las ciudades defensivas interiores respondían al complejo escenario histórico de la guerra de Arauco y su forma fue condicionada por la estructura espacial del río Bío Bío.

---

<sup>174</sup> LOHMAN VILLENA, Guillermo: *El proceso de ocupación territorial y la ordenación urbana. Siglos XVI-XIX* op. cit. p.10

#### 4.4.4 La plaza como expresión de diferencia entre las ciudades chilenas

El concepto de *variedad dentro de una unidad* es aplicable al urbanismo colonial, en especial a las plazas, que fueron los espacios urbanos donde se concentraban los símbolos de orden compartidos por todas las ciudades coloniales, y donde, a la vez, se manifestaban las singularidades que identificaban a cada ciudad. Bonet Correa<sup>175</sup> describe a las plazas coloniales como puntos de atracción y de irradiación, espacios centrales y centralizados, lugares de convergencia cultural donde se sintetizaba lo esencial y característico de cada ciudad; además afirma que todas estas cualidades se expresaban en los monumentos alusivos a la religión y al gobierno colonial, en la integración de los símbolos de fe y justicia y en su carácter de espacios ecuménicos donde se expresaban los acontecimientos cotidianos y los sucesos extraordinarios.

Ramón Gutiérrez explica que las plazas coloniales tenían diferencias morfológicas originadas por la configuración del sitio de fundación -en especial los desniveles del relieve-, por el cambio en las proporciones del espacio o variaciones derivadas de la edificación circundante; inclusive identifica ejemplos de plazas giradas en relación con la dirección de la cuadrícula que regía la ciudad; asimismo, destaca diferencias morfológicas que nacieron del uso de las calles que rodeaban a las plazas o de las modalidades de encuentro entre la plaza y los espacios urbanos adyacentes<sup>176</sup>.

En algunos casos, las plazas poseían dimensiones que no coincidían con la medida habitual de los espacios coloniales. Esta cualidad se observa en las ciudades que se construyeron sobre asentamientos prehispánicos, donde las plazas coloniales fueron superpuestas a plazas indígenas como ocurrió en México, Cuzco y Cholula. En estos casos, la plaza alcanzaba dimensiones que superaban a la generalidad de las plazas coloniales denotando, en estas proporciones, que su origen estaba enlazado con los grandes conjuntos prehispánicos. El tamaño de la Plaza del Zócalo de México revela que su génesis fue la monumental plaza del mercado de Tenochtitlán, aunque las medidas del espacio colonial eran menores a las de espacio destinado a mercado de la capital azteca. Hardoy<sup>177</sup> señala que el orden urbano de Tenochtitlán, en cierta forma, fue respetado en la ciudad colonial porque sus calles se delinearon a partir de las calzadas aztecas y se conservó el uso del suelo y la importancia religiosa y administrativa del área central de Tenochtitlán. No obstante, la plaza colonial con su nueva forma, dimensión y significado reflejaba los cambios culturales y sociales radicados en el nuevo orden impuesto por la conquista.

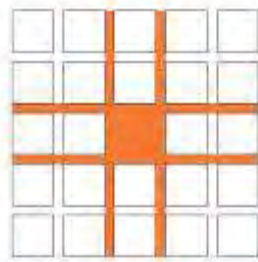
En la mayoría de las ciudades chilenas, la plaza ocupaba la manzana central de la cuadrícula o la manzana adyacente al punto central de la geometría del trazado. De 24 planos estudiados, 15 coinciden con esta descripción. No obstante, la posición de la plaza y su ubicación geométrica en la trama urbana podían variar de acuerdo con las características específicas del paisaje.

Las plazas de las ciudades fundadas en valles generalmente ocupaban el centro del trazado; ubicación relacionada con el carácter indiferenciado del paisaje que carecía de una tensión espacial predominante. Mendoza, San Juan de La Frontera, San José de Buenavista y San Javier de Bella Isla son ciudades cuya plaza fue un espacio de centralidad geométrica y equidistante a los bordes urbanos. Las plazas de Santa Rosa de Los Andes y San Francisco de La Selva, aunque señalaban el área central, presentaban leves desviaciones en relación con el centro geométrico del trazado; en ambos casos las plazas son accesibles por ocho calles.

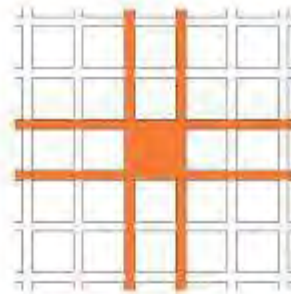
<sup>175</sup> BONET CORREA, Antonio: *La Plaza Mayor Hispanoamericana. Generadora de la ciudad*. op.cit. p.175

<sup>176</sup> GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op.cit. pp. 91-96

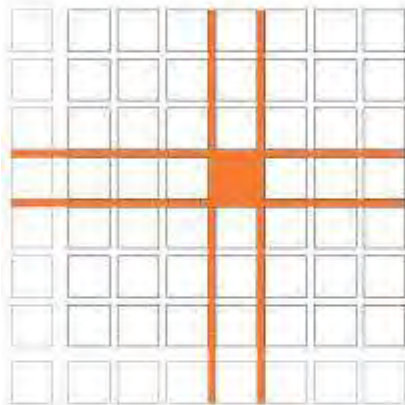
<sup>177</sup> HARDOY, Jorge Enrique: *Ciudades precolombinas*. op. cit. pp.180-187



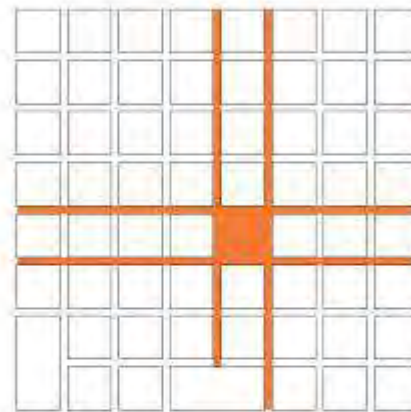
Mendoza



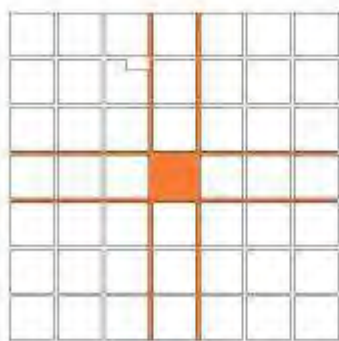
San Juan de La Frontera



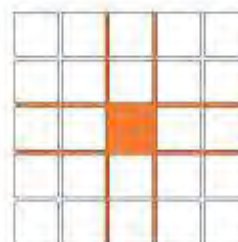
Santa Rosa de Los Andes



San Francisco de La Selva



San José de Buenavista



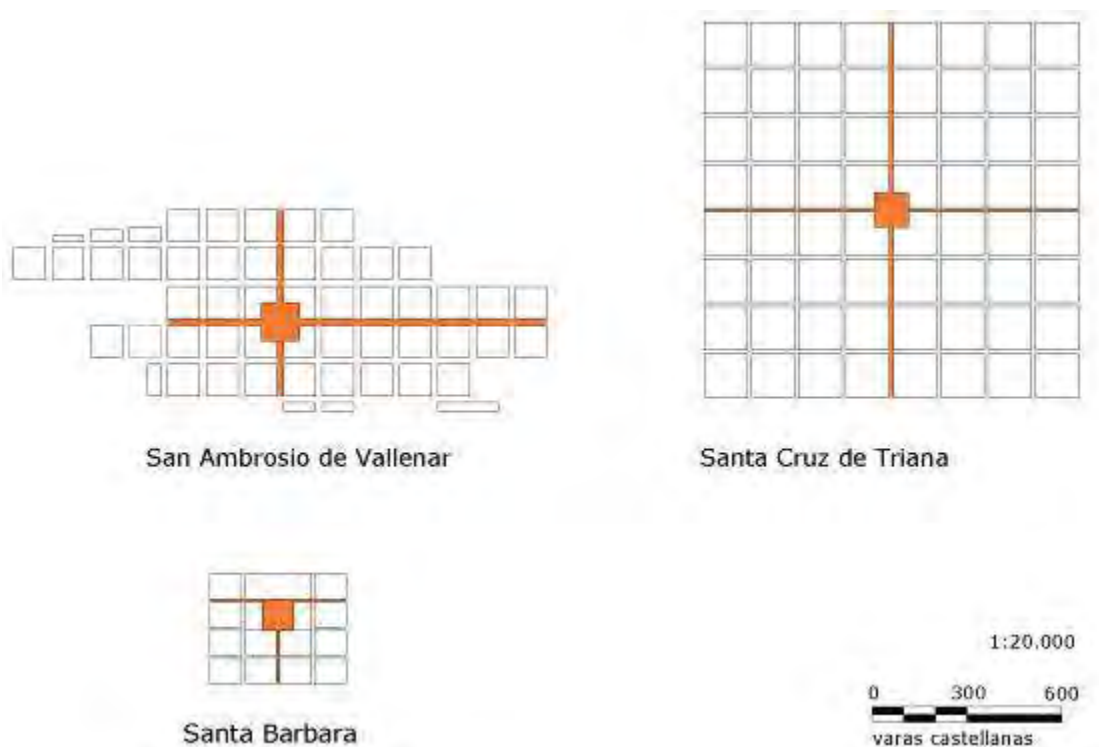
San Javier de Bella Isla

0 200 500  
varas castellanas

1:20.000

### Ciudades chilenas trazadas en cuadrícula con plaza central

La posición estrictamente centralizada de la plaza colonial, ocupando una manzana sin edificar, era geométricamente posible sólo cuando las ciudades eran fundadas a partir de una cuadrícula definida con un número impar de manzanas por cada lado; en este trazado se accedía a la plaza por ocho calles que convergían en los vértices de la manzana central reservada para la plaza. En las ciudades cuya cuadrícula se desarrollaba a partir de un número par de manzanas por lado, no era posible situar a la plaza en el centro exacto de la trama. En San Ambrosio de Vallenar y Santa Cruz de Triana, para conservar la centralidad geométrica de la plaza, fue preciso insertarla en la trama ocupando los cuatro solares de esquina de las manzanas centrales y abriendo cuatro calles que desembocaban en la plaza por el centro. La plaza de la ciudad fortificada de Santa Bárbara es un caso singular por su posición excéntrica, con acceso desde tres calles.



### Cambios en la inserción de la plaza en la retícula de calles

En algunas ciudades chilenas la plaza perdió su posición central y equidistante a la periferia –propia del trazado fundacional- aunque conservó rasgos de centralidad espacial. Santiago es un ejemplo en este sentido, porque la centralidad de su plaza se manifestaba en su posición equidistante al río Mapocho y la Acequia del Socorro; los elementos geográficos que delimitaron el núcleo fundacional en dirección norte sur. La plaza y la Acequia del Socorro estaban separadas por cuatro manzanas; una distancia similar había entre el río Mapocho y la plaza. Hasta fines del siglo XVIII, en el sector norte de la cuadrícula, sólo las tres manzanas más cercanas a la plaza estaban ocupadas y la más próxima al río permanecía sin edificar, posiblemente por temor a las crecidas de invierno. Con la posterior expansión al poniente, la plaza de Santiago perdió su posición de centro geométrico de la trama aunque mantuvo su carácter de principal espacio urbano porque, en sus proximidades se instalaban los edificios representativos de las funciones urbanas más importantes y alrededor de la plaza mayor se distribuía un conjunto de plazas menores –relacionadas con los conventos- que subrayaba la estructura centralizada del sistema urbano.

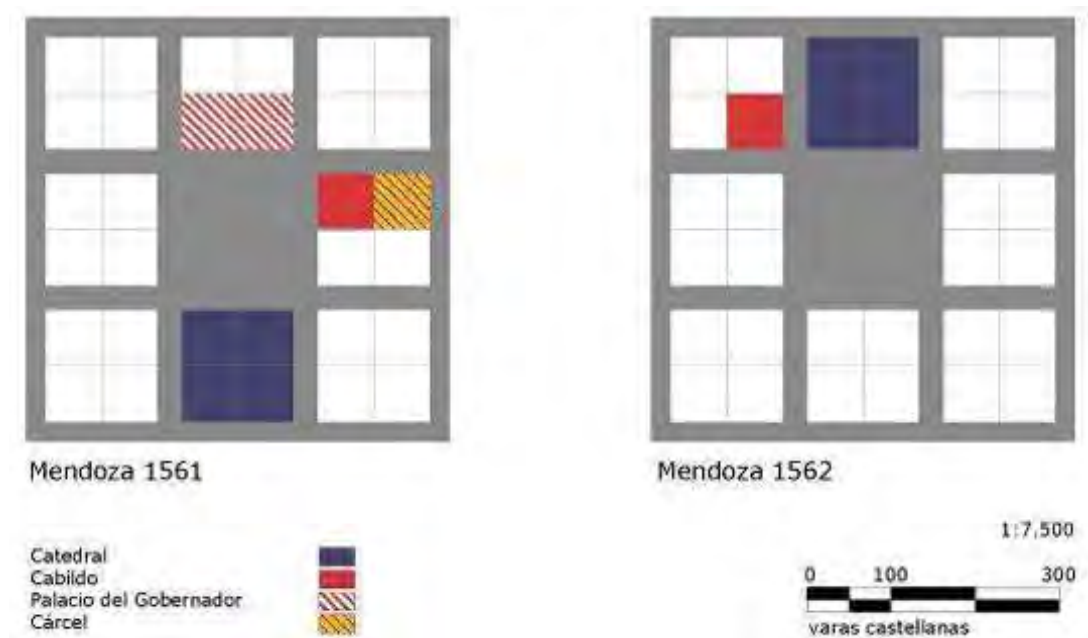




### Ocupación del área central en Santiago del Nuevo Extremo

Fuente: Plano de la Ciudad de Santiago del Reino de Chile. Anónimo. 1809<sup>178</sup>

En otros casos, el modelo teórico de ciudad colonial con plaza central se alteró con la ocupación del sitio urbano. Esta característica se observa en Mendoza luego de su traslado porque, a diferencia de la primera fundación, no se adjudicaron todos los lotes, generando una ocupación desigual de la trama urbana. El uso asignado a las manzanas adyacentes a la plaza también muestra diferencias porque, según el plano de 1561, los solares centrales eran ocupados por la iglesia, cabildo, casa del fundador y cárcel; en el plano de 1562, el uso de los solares centrales se restringió a iglesia y cabildo, los dos edificios más representativos del orden religioso y civil.



### Uso del suelo urbano en los solares adyacentes a las plazas de Mendoza

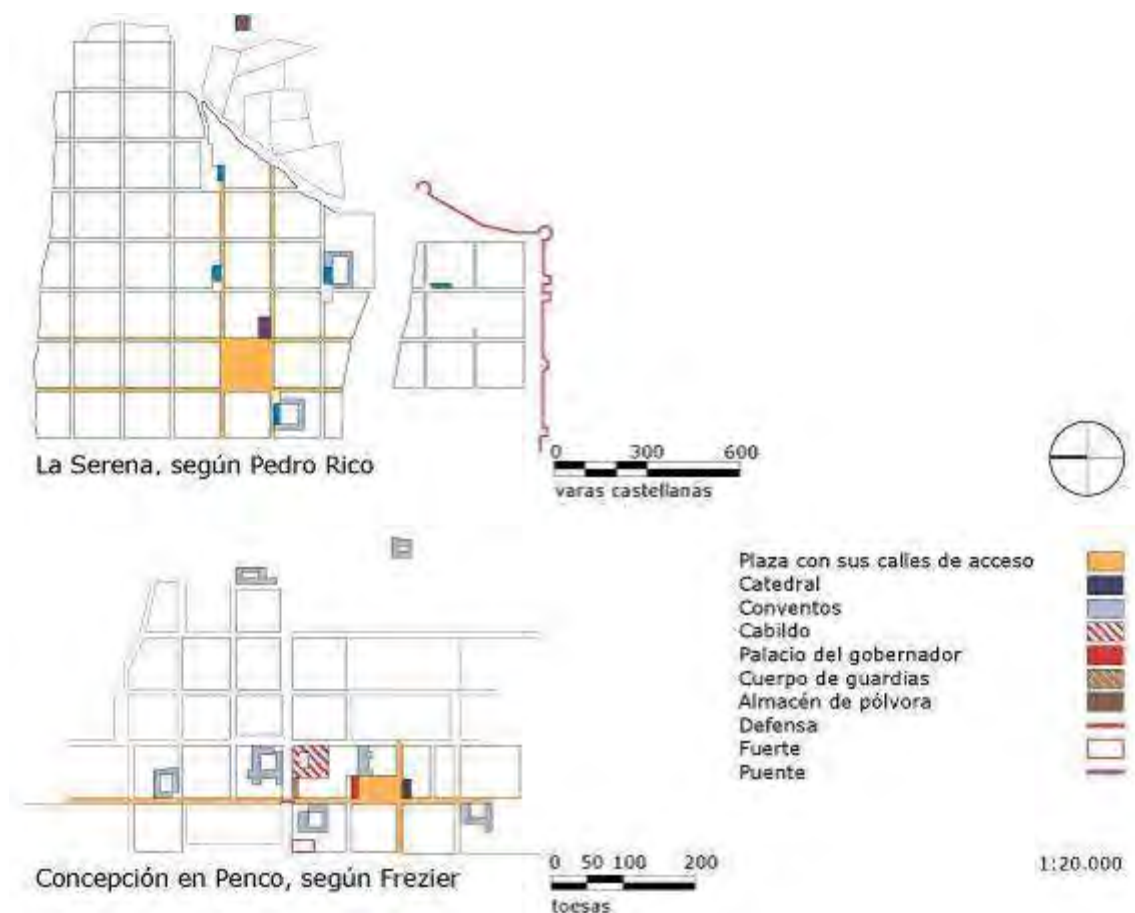
Fuente: planos fundacionales de 1561 y 1562<sup>179</sup>

<sup>178</sup> Archivo Museo Británico; Londres.

<sup>179</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Buenos Aires.10

Mendoza no es el único ejemplo donde el trazado teórico se modificó con la efectiva ocupación de los solares y el proceso de crecimiento del núcleo; esta situación se ve nítidamente, como ya se explicó, en San José de Buena Vista y San Javier de Bella Isla. En las fundaciones en valles, los elementos del paisaje que definían tensiones espaciales influyeron en el crecimiento unidireccional de los núcleos urbanos y las plazas perdieron su cualidad de centro geométrico del trazado. Las plazas de Santo Domingo de Rozas y San Rafael de Rozas fueron desplazadas del lugar central como resultado de un crecimiento urbano, condicionado por limitantes naturales.

Los desplazamientos más notables se observan en las ciudades costeras, donde las plazas se sitúan adyacentes al litoral reflejando la relevancia de las comunicaciones marítimas. En Valdivia, la plaza se ubicó junto al río que servía de conexión fluvial con las rutas marítimas. La plaza de La Serena ocupaba el costado poniente de la cuadrícula y tenía la función complementaria de mirador del paisaje; esta condición fue posible por la diferencia de altura entre la meseta donde se fundó la ciudad y la planicie costera. En La Serena, la debilidad del área central por el desplazamiento de la plaza se equilibró con cuatro plazuelas de conventos que apoyaban la función religiosa y de encuentro social. En Concepción, en su primera fundación en la bahía de Penco, el desplazamiento de la plaza hacia el litoral se compensó extendiendo las funciones religiosas y políticas –radicadas en conventos, palacio del gobernador y Cuerpo de Guardia– por manzanas interiores.



#### Posición de la plaza en La Serena y Concepción en Penco

Fuente: Bahía de La Serena o Coquimbo, Pedro Rico, 1789<sup>180</sup> y Concepción en Penco, Frezier, 1712<sup>181</sup>

<sup>180</sup> El documento se conserva en el Servicio Geográfico del Ejército: Madrid, España. Cartografía de Ultramar. Carpeta IV. P.38 N° 103. Copia en la Biblioteca Nacional de Chile. Sala Medina

<sup>181</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.62

La plaza era el lugar más dinámico de las ciudades; en ella convergían las funciones significativas –representadas por las actividades y construcciones que la rodeaban– y los flujos desde las calles principales que, con frecuencia, se prolongaban hacia los caminos relacionando a la ciudad –y la plaza– con el sistema de comunicaciones y, a través de las rutas, con otros componentes de la estructura de colonización. Así, las plazas poseían la doble cualidad de ser confluencias de recorridos y centros articuladores de los espacios internos y externos al núcleo.

La importancia de Santa Bárbara de Casablanca en el sistema de comunicaciones terrestres se evidencia en el uso de su plaza como nodo del recorrido definido por el Camino Real que, según un plano del año 1796, cruzaba en diagonal el espacio de la plaza, denotando que la principal función de la ciudad era ser punto de descanso en el trayecto desde Santiago al puerto de Valparaíso.

Un caso excepcional por la configuración de su trazado es Valdivia donde, según un plano de 1643, la plaza principal, de proporciones cuadradas, se insertaba en una trama de manzanas rectangulares y se abría a la retícula de calles por los vértices y costados norte y sur. Valdivia incluía otras originalidades morfológicas como sus manzanas de diferentes proporciones, la presencia de un fuerte en una esquina y su trazado estructurado por plazas porque, además de la plaza principal, contaba con otras tres, de menores tamaños, que concentraban funciones complementarias. En sentido norte-sur, las plazas se distribuían a intervalos de 50 m aproximadamente definiendo una secuencia de espacios abiertos compuesta por la plaza de la iglesia, la plaza mayor, la plaza del convento de San Francisco y la plaza del fuerte.

En esta disposición diferenciada de las plazas se reconoce la idea renacentista de una ciudad estructurada por varias plazas, que respondían a distintas funciones. En Valdivia, las tres plazas menores que acompañaban a la plaza mayor, se distinguen por sus proporciones rectangulares que contrastaban con la forma cuadrada de la plaza principal. La morfología pronunciaba la jerarquía de la plaza mayor porque su forma cuadrangular, que coincidía con el tamaño de una manzana, era excepcional en el trazado de Valdivia, donde predominaban las divisiones y espacios ortogonales pero no cuadrangulares. El protagonismo urbano de la plaza mayor de Valdivia se enunciaba también en su dimensión, que duplicaba el tamaño de las otras plazas.

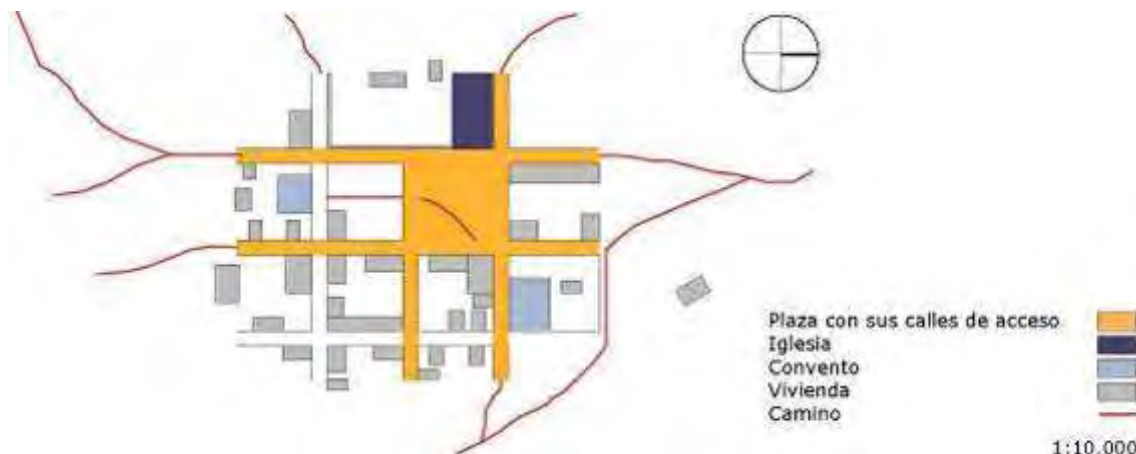


### Secuencia de plazas en Valdivia

Fuente: Plano anónimo levantado por marinos holandeses. 1643<sup>182</sup>

<sup>182</sup> El original del plano está en la Biblioteca de la Universidad de Göttingen

Santiago de Castro es otro ejemplo de fundación costera singular porque, a pesar de estar resuelta en una traza cuadrícula, se diferenciaba por su pequeño tamaño, su escaso desarrollo y la posición excéntrica de la plaza, en una ubicación marginal y distante del río Gamboa que constituía el acceso por vía fluvial-marítima. Esta solución pudo ser prevista para protegerla de ataques externos desde el litoral; en contraste, todas las calles que rodeaban la plaza se proyectaban hacia los caminos.



### Posición de la plaza en Santiago de Castro

Fuente: Plano anónimo de Castro levantado por marinos holandeses. 1643 <sup>183</sup>.

En las ciudades fortificadas, la inserción de la plaza en el corazón de la retícula de calles, refleja, por esta posición protegida, que era el espacio donde se agrupaban los principales símbolos de la conquista, que debían ser amparados. Otra expresión de diferenciación morfológica era integración de la plaza con el paisaje del entorno a través de las aberturas generadas por las calles; esta relación permite deducir los vínculos visuales entre la ciudad y el contexto natural.

En las plazas que se integraban a la red de calles por sus vértices, el dominio visual hacia distintos sectores urbanos y el paisaje sólo era posible en las esquinas, donde se concentraban las dinámicas de las relaciones espaciales. En esta tipología, la centralidad urbana radicada en las plazas se apoyaba en las iglesias y los edificios adyacentes a la plaza mayor que servían como referencias lejanas del área central.

La segunda tipología son plazas donde convergen calles por sus vértices y puntos medios. El dominio visual hacia la ciudad y el paisaje era posible desde las esquinas y el centro de la plaza que, por esta característica, perdía interioridad; a la vez, se integraba espacialmente al tejido de relaciones urbanas y al contexto natural. Santa Cruz de Triana –fundación en el valle de Rancagua– mostraba, en la inserción de la plaza en la trama de calles, su función de nodo y lugar de confluencia de recorridos internos y externos. Una situación similar se observa en Santo Domingo de Rozas, fundada en el valle de Illapel para servir como punto de enlace en el recorrido entre Santiago y La Serena.

El tercer tipo corresponde a las plazas orientadas hacia los elementos naturales del sitio de la ciudad; en este caso, la plaza –además de ser un nodo funcional y centro simbólico– fue mirador al entorno, revelando que el paisaje –con el cual se mantenía una relación visual directa desde la plaza– era fundamental para la vida urbana. La posición característica de la plaza en un borde de la trama en las ciudades costeras –La Serena, Concepción en la bahía de Penco, Valdivia, Santiago de Castro– indica la importancia del mar como único elemento del paisaje con el cual el espacio más relevante de la ciudad tenía relaciones espaciales y funcionales directas.

<sup>183</sup> El original del plano está en la Biblioteca de la Universidad de Göttingen

Características opuestas muestran las plazas de Nacimiento y Santa Bárbara donde el carácter defensivo de las ciudades se refleja en sus plazas cerradas al entorno y de accesibilidad controlada, convirtiéndolas en un centro interior y protegido. En un plano de 1757 se observa que la plaza de Nacimiento<sup>184</sup> fue incorporada dentro del sistema de baluartes y no como parte del trazado de la villa. El plano –que también incluye a Santa Bárbara- informa que la plaza de esta última ciudad estaba cerrada por dos de sus cuatro vértices, afirmando su condición de interioridad protegida de amenazas externas. En el gráfico se comparan las plazas indicando tipo de trazado, posición en la trama, funciones y relación visual con los elementos del paisaje.

#### Plazas coloniales analizadas

Ciudad	Trazado			Posición plaza			Funciones de la plaza				Relación con el paisaje según sitio de fundación								
	Cuadrícula	Rectangulares	Irregulares	Central. Acceso por los vértices	Central. Aceso por esquinas y	Desplazada del centro	Administración y justicia	Religiosas	Comercio	Militar	Comunicaciones (caminos y tambos)	Abierta al paisaje	Sin relación directa con el paisaje	Fundación en valles	Fundación en la costa	Fundación en la cordillera	Fundación en islas	Próxima a ríos	Próxima a cerros
Santiago del Nuevo Extremo																			
La Serena																			
Concepción en la bahía de Penco																			
Valdivia																			
San Mateo de Osorno																			
Mendoza																			
San Juan de La Frontera																			
Santiago de Castro																			
San Francisco de la Selva																			
Santa Cruz de Triana																			
San José de Buena Vista																			
Santa Bárbara Casablanca																			
San Carlos																			
Concepción en valle de La Mocha																			
Santo Domingo de Rozas																			
San Rafael de Rozas																			
San Juan Bautista de Gualqui																			
Santa Bárbara																			
Nacimiento																			
San Rafael de Talcamávida																			
Santa Juana de Guadalcazar																			
San Ambrosio de Vallenar																			
Santa Rosa de Los Andes																			
San Javier de Bella Isla																			
TOTALES																			

	Fundaciones del siglo XVI
	Fundaciones del XVIII
	Ciudad fuerte fundada en el siglo XVIII
	Sin información

<sup>184</sup> Las ciudades fuertes de Nacimiento, Santa Bárbara, Talcamávida y Hualqui forman parte de un mismo plano, fechado en 1757, denominado Fortificaciones de la Frontera de Concepción, cuyo original se conserva en el Servicio Histórico Militar. Existe una copia en el Archivo Nacional de Chile, Santiago.

En la imagen siguiente se describen algunas variaciones morfológicas de las plazas chilenas. En general, las diferencias se explican por cambios dimensionales –porque las plazas eran proporcionales al tamaño y jerarquía de las ciudades- o por el modo de inserción en la retícula de calles. Estas características, por analogía, muestran diferentes soluciones de trazado que identificaban a las distintas ciudades.

Con excepción de Concepción –en su primera fundación en la bahía de Penco- todas las plazas de las ciudades chilenas eran cuadradas y en la mayoría se accedía a ella por ocho calles. Las proporciones rectangulares de la plaza de Concepción en Penco fueron coherentes con la ubicación costera de la ciudad porque su dimensión mayor era paralela a la línea del litoral.

Al comparar los accesos y la forma de inserción de las plazas en el tejido urbano se advierte que predominan las ubicadas en el centro del trazado, con entradas por las ocho calles que convergen en los vértices de la manzana destinada a plaza. A este grupo pertenecen ciudades fundadas el siglo XVI –Santiago del Nuevo Extremo, La Serena, San Mateo de Osorno, Mendoza y San Juan de La Frontera- y fundaciones del siglo XVIII como San Francisco de La Selva, San José de Buenavista, San Rafael de Rozas, Santo Domingo de Rozas, San Carlos, Concepción en el valle de La Mocha y Santa Rosa de Los Andes.

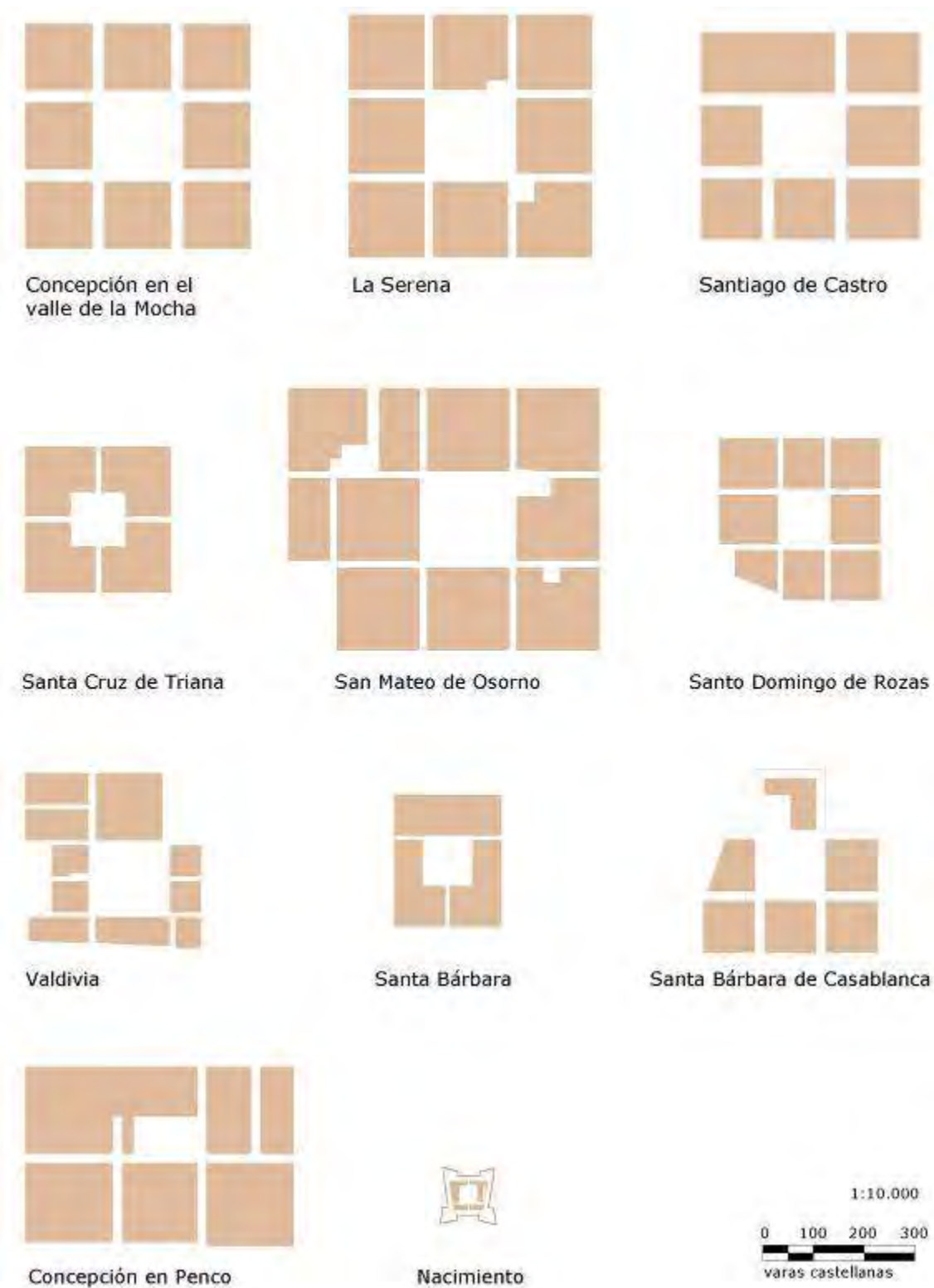
La plaza de La Serena tenía accesos por ocho calles y, como la plaza de San Mateo de Osorno, su área de influencia se incrementaba con el aporte de las plazuelas de conventos. Santiago de Castro y Concepción –en su primera fundación en la bahía de Penco- presentaban la particularidad de tener plazas accesibles por tres vértices, a través de siete y cinco calles respectivamente, pues, una de las manzanas que rodeaban a sus plazas se unía con otra adyacente. La plaza de Valdivia tenía acceso por nueve calles, siete desde los vértices y dos por el medio.

En Santa Cruz de Triana y San Ambrosio de Vallenar la plaza ocupaba los solares de esquina de cuatro manzanas contiguas, por esto, se accedía a ella por los puntos medios de sus lados, a través de cuatro calles perpendiculares que se interceptaban en la plaza; esta era la única posibilidad de mantener a la plaza ocupando el centro geométrico del sistema urbano cuando el trazado estaba compuesto de un número par de manzanas por lado. El ejemplo más singular era la plaza de Nacimiento que se localizaba en el interior de una fortificación externa al núcleo urbano

La posición de la iglesia mayor condicionó los accesos a las plazas de Santa Bárbara de Casablanca y Santa Bárbara. En el primer caso, la plaza era accesible por cuatro calles localizadas en los vértices opuestos al costado ocupado por la iglesia. A la plaza de Santa Bárbara se accedía por tres calles, una que enfrentaba a la iglesia y otras dos que nacían de los vértices de la plaza.

Otra diferencia se observa en las ciudades que tenían plazas próximas a la periferia urbana; a este grupo pertenecen fundaciones costeras y fluviales como La Serena, Concepción en Penco y Santiago de Castro. El único ejemplo de ciudad interior con la plaza en un borde urbano es Santa Bárbara de Casablanca. Esta característica se explica por la relación directa entre la plaza, el Camino Real y el estero Casablanca.

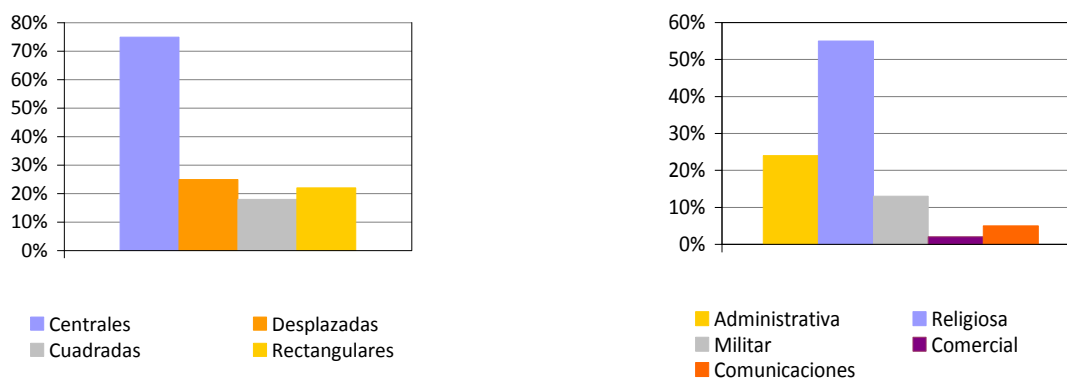




### Tipologías de plazas en las ciudades coloniales chilenas

Las plazas coloniales también revelaban las funciones principales y jerarquía de las ciudades porque las construcciones existentes en los solares adyacentes mostraban la complejidad de la ciudad, su posición en la estructura jerárquica y su desarrollo demográfico y económico. Por esto, Felipe Huamán Poma de Ayala se enfocó en la representación de las plazas para describir a las ciudades coloniales<sup>185</sup>.

### Predominio de las plazas por su posición en la trama, forma y funciones



En relación con las funciones asignadas a los solares que rodeaban a las plazas, se observa que la función religiosa era claramente predominante y lideraba el uso del área central en todas las fundaciones. En San José de Buenavista esta función era subrayada por un convento construido en la periferia urbana; no obstante, debido al tamaño de la ciudad, quedaba sólo a dos manzanas de la plaza. La excepción fue la ciudad fortificada de Nacimiento cuya plaza, por estar en el interior del fuerte y no en el espacio reservado a la ciudad, quedaba aislada de la iglesia.

En segundo lugar se destacaba la función administrativa y de justicia porque, de 24 plazas analizadas, en nueve esta función fue representada por el cabildo, que era la autoridad ciudadana local<sup>186</sup>, la cárcel o Palacio del Gobernador. La función militar, indispensable por la guerra de Arauco y los ataques a ciudades costeras, también se muestra en las plazas. En Concepción, en sus dos fundaciones, la función defensiva se expresaba en la proximidad del regimiento a la plaza. En Santiago del Nuevo Extremo, cuya plaza alcanzó la mayor complejidad funcional, la destinación militar ocupaba un solar central pero no directamente vinculado a la plaza reflejando que la capital de Chile estaba lejos de las zonas de conflicto. La pluralidad funcional de la plaza de Santiago del Nuevo Extremo se denotaba en la existencia de una casa de abasto ocupando un sector de la manzana destinada a la plaza. Es posible que esta función se repitiera en las plazas de otras ciudades, pero los planos analizados no describen un lugar específico asignado al mercado.

Hay ejemplos donde la función educacional también era representativa de los usos de la plaza; esta cualidad es visible en Concepción que, en su segunda fundación, tenía un colegio jesuita en una manzana adyacente a la plaza. En San Francisco de la Selva también había un colegio en una de las manzanas que formaban la plaza.

La ocupación del espacio alrededor de la plaza con edificios destinados a funciones religiosas, administrativas y comerciales fue un tema específico de las ordenanzas de Felipe II, donde se indicaba que los solares de la plaza no debían ser asignados a

<sup>185</sup> Huamán Poma de Ayala describió dos ciudades chilenas: Santa Cruz de Coa y Santiago. La difícil colonización por la belicosidad de los indígenas explica que representara a Santiago rodeada de murallas. POMA DE AYALA, Felipe: *Nueva Corónica y Buen Gobierno*. Facsímil del manuscrito. Centro Digital de Investigación, Biblioteca Real de Dinamarca, Copenhague. A Digital Research Center of the Royal Library. Copenhagen, Denmark. [www.kb.dk](http://www.kb.dk).

<sup>186</sup> GUARDA, Gabriel: *Los servicios de 112 fundaciones en el Reino de Chile*. op.cit. p.272

particulares sino a la iglesia, Casas Reales y propios de la ciudad. Además se señala que en los costados de las plazas debían levantarse tiendas y casas para tratantes; los pobladores debían contribuir a su mantenimiento a través de los impuestos a las mercancías. Las ordenanzas también subrayan el carácter recreativo de la plaza<sup>187</sup>.



**Plazas de Santiago y de Andacollo**

Fuente: Litografía de Lehnert realizada sobre el dibujo de M.M. Miers y Claude Gay<sup>188</sup>  
Dibujo de la plaza de Andacollo realizado por Juan Mauricio Rugendas<sup>189</sup>.

El grabado de la plaza de Santiago del Nuevo Extremo -imagen correspondiente a la década de 1830- permite deducir la jerarquía que a fines del período colonial tenía la capital de Chile. Los protagonistas arquitectónicos del dibujo son la catedral y el edificio del cabildo; ambas construcciones monumentales reiteraban que el principal escenario urbano estaba arraigado en la plaza, simbolizaban la evangelización y el orden administrativo que constituían la base cultural de la colonización y sus altas torres eran referencias del espacio público más relevante de Santiago. Los portales de la planta baja, característicos de la arquitectura colonial, enuncian que la función de administración pública y gobierno asignada a algunos edificios se combinaba con funciones comerciales y recreativas. La complejidad que había alcanzado Santiago también se manifestaba en su plaza principal mediante la concentración de distintas actividades, la dinámica de la vida urbana y la variedad social que revelaban las diferencias en las vestimentas y medios de transporte.

La plaza de Andacollo -asentamiento originado en un pueblo de indios- expresa una simplicidad morfológica que contrastaba con la complejidad espacial y funcional de la plaza de Santiago. La imagen de Andacollo muestra que era representativa de un centro urbano de menor jerarquía porque la iglesia -única construcción relevante de la plaza- denotaba que la vida urbana dependía fundamentalmente de la función religiosa. El bajo desarrollo del núcleo se expresa en las escasas construcciones y la presencia de la naturaleza circundante dominando el principal espacio público. Un árbol, ocupando el centro del espacio, remite a las tradiciones latina y española del Árbol del Concejo<sup>190</sup>, repitiendo los principios de orden y de herencia cultural que se radicaban en las plazas europeas.

<sup>187</sup> IBÁÑEZ CERDA, José: *Trascrición de las Ordenanzas de Descubrimiento*. op. cit. Ordenanza 126.

<sup>188</sup> GAY, Claudio: *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. Tomo I. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. LOM Ediciones. Santiago 2004. Lámina N° 11. La primera impresión de la Litografía se hizo en la Imprenta Lemerier de París.

<sup>189</sup> El dibujo del siglo XIX, perteneciente a una colección particular fue publicado en GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.158

<sup>190</sup> En España, el árbol del Concejo representaba la independencia jurisdiccional de los lugares cuando alcanzaban la categoría de villa. Bajo el árbol se reunía el Concejo, incluso disponiendo una banca, y en ocasiones se convirtió en símbolo actual de autonomía; como se advierte en el significado del árbol de Guernica para la autonomía vasca.

## Capítulo V

### Geografía y geometría en la urbanización colonial de Chile

---

## 5. GEOGRAFIA Y GEOMETRIA EN LA URBANIZACION COLONIAL DE CHILE

### 5.1 El paisaje en la estructura morfológica de las ciudades chilenas

En la estructura física de las ciudades coloniales chilenas convergían dos realidades geométricas; una concernía al núcleo fundacional organizado a partir de una matriz cuadrícula y otra correspondía a las formas específicas que fueron derivando de las trayectorias históricas de los centros urbanos y las influencias del paisaje; en estos procesos, la morfología exclusiva y distintiva que identificaba a cada ciudad se iba perfilando con las sucesivas variaciones del trazado original.

Las transformaciones físicas de las ciudades se anunciaron desde el momento de la fundación porque el plano cuadrículado tenía potencialidades para adaptarse a los diversos paisajes y contextos culturales. En el siglo XVIII los cambios eran visibles, pues, durante su crecimiento, las ciudades no sólo superaron los límites del núcleo fundacional, también habían adquirido funciones específicas que se proclamaban en nuevos edificios y espacios públicos. La consecuencia morfológica de esta evolución fue el surgimiento de espacios urbanos que alteraron la homogeneidad del trazado original, mostrando la transición desde ciudades con un centro único -plaza mayor- a ciudades policéntricas. Aun cuando la construcción de los espacios relacionados con la multifuncionalidad de las ciudades representó la formación de nuevos lugares de encuentro social, las plazas mayores conservaron su significado y jerarquía como lugares centrales de la dinámica urbana.

Con el tiempo, las ciudades chilenas experimentaron diferenciaciones morfológicas que pueden descifrarse en los planos históricos. Al respecto, Castex<sup>1</sup> plantea que los planos de las ciudades son dibujos estáticos pues reúnen, en una única imagen, acciones realizadas a través del tiempo, de forma intermitente, con interrupciones y reanudaciones. Desde esta perspectiva, los planos de las ciudades chilenas del siglo XVIII muestran la geometría cuadrícula que determinó la forma original del núcleo, las expansiones posteriores y los variaciones en el trazado según el relieve del sitio. Generalmente, las manzanas periféricas eran irregulares o tenían contornos menos definidos que las manzanas centrales; además los cambios en el uso del suelo y la construcción de conjuntos -conventos y hospitales- ocupando dos o más manzanas, también afectaron la regularidad y densidad de la retícula fundacional.

El principio uniformador que regía a la estructura morfológica de las fundaciones se fue modificando en un proceso gradual de transformación urbana, revelando que las ciudades no solamente eran consecuencia de la aplicación de una matriz geométrica preestablecida sino que también fueron resultado de las adaptaciones a su entorno. A mediados del siglo XVIII, aunque se habían reducido fuertemente los contrastes culturales -que durante la época prehispánica y primeros siglos del periodo colonial individualizaban a las diferentes zonas de Chile- persistían distintos modos de vida urbana que expresaban la historia propia de cada asentamiento.

Los cambios urbanísticos tenían su origen en condicionantes naturales y culturales de diferente índole; en esta parte de la tesis, el análisis se enfoca prioritariamente al estudio de las transformaciones urbanas derivadas de las características físicas del emplazamiento porque existieron formas de crecimiento directamente asociadas a distintos paisajes y, en algunos casos, la morfología fundacional de una ciudad se modificaba cuando los fundadores encontraban un contexto geográfico nuevo; esto fue posible porque el plano cuadrículado, por su abstracción, podía acomodarse al relieve específico de los diversos sitios de fundación.

<sup>1</sup> CASTEX; Jean: *Renacimiento, Barroco y Neoclásico. Historia de la arquitectura 1420-1720*. Edición española del título original en francés *Renaissance, Baroque et Classicisme*. Traducción de Juan A. Calatrava. Editions Hazan y Akal Arquitectura. Madrid 1990. p.185

### 5.1.1 Presencia del paisaje en la trayectoria urbana de la ciudad colonial

Desde mediados del siglo XVIII, la morfología de las ciudades coloniales revela un encadenamiento entre los rasgos genéricos –representados por la cuadrícula- y lo excepcional que emergió de las adaptaciones de la matriz geométrica original a las condicionantes derivadas de los sitios de fundación. En la morfología resultante se conjugaban aquello racionalmente regulado –modelo teórico de ciudad y división de las manzanas en lotes iguales- con aspectos casuales que derivaron del crecimiento de cada fundación. Castex describe teóricamente este proceso diferenciador cuando plantea que construir una ciudad es trabajar sobre un suelo que no es blanco como un papel sino ocupado y desigual<sup>2</sup>.

Inicialmente, los elementos del paisaje actuaban como límites de la ciudad; esto es visible en Santiago del Nuevo Extremo, cuyo trazado fundacional estaba contenido al norte por el río Mapocho y al oriente por el cerro Santa Lucía o Huelén. Un brazo del río -que durante la colonia era conocido como Acequia del Socorro- estableció el límite sur y fue el soporte físico para el Paseo de La Cañada. Este último devino en un espacio urbano significativo porque representó una innovación morfológica por su carácter de paseo arbolado y por su ancho -mayor a los otros ejes de la trama- que rompía con la geometría repetitiva y homogénea del núcleo fundacional.

El río Mapocho y la Acequia del Socorro también fueron referencias naturales de las diferencias morfológicas generadas por la ocupación del espacio porque delimitaban al área de trazado cuadricular –centro de la ciudad- de los sectores urbanos donde la retícula original fue alterada por la presencia de manzanas con distintas formas y dimensiones, por calles que no eran simples extensiones de los ejes fundacionales y por el surgimiento de diferentes densidades de ocupación del suelo urbano.

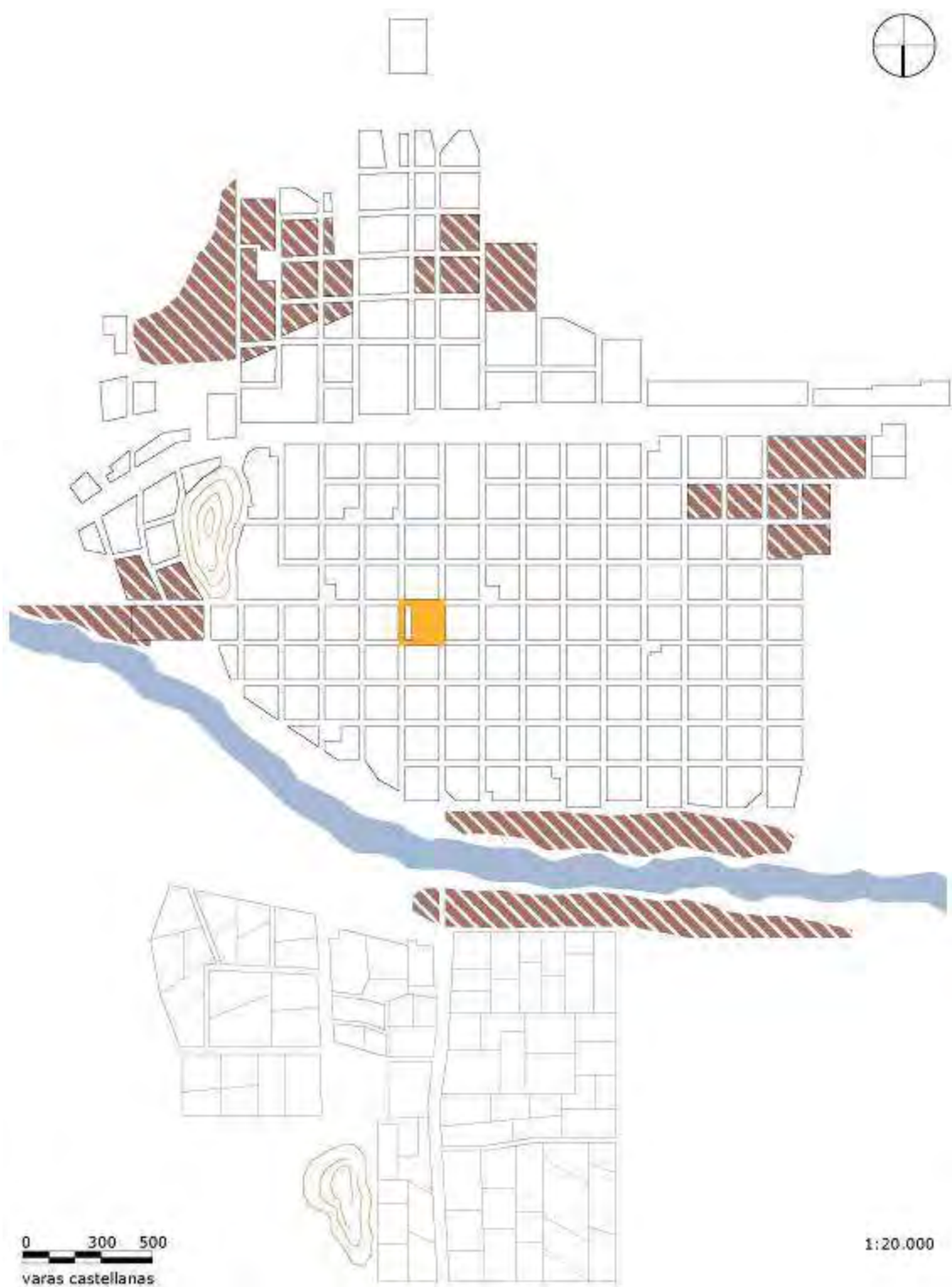
Al analizar la información cartográfica sobre Santiago a fines del período colonial se observan los cambios en la traza fundacional y los sectores urbanos que surgieron de las expansiones del núcleo original, superando los límites naturales. Al oriente se destacan manzanas irregulares que se ajustaban al cerro Santa Lucía. Al norte, tras cruzar el río Mapocho, las calles fueron delineadas sin continuidad espacial clara con las calles de la retícula central; asimismo, se advierte la presencia de lotes urbanos que empiezan a ocupar las antiguas chacras y huertos de la periferia.

En el crecimiento hacia el sur –traspasando el eje fijado por la Acequia del Socorro, transformado en Paseo de La Cañada- se mantuvo cierta continuidad con el trazado fundacional mediante la prolongación de las calles, aunque la geometría cuadricular derivada del reparto de solares se diluyó por la aparición de parcelas rectangulares. Las manzanas con proporciones distintas en los sectores ribereños adyacentes al río Mapocho y a La Cañada también son evidencias de las influencias del relieve en las transformaciones del plano cuadrículado original.

Además, la cuadrícula se modificó en los extensos sectores de arrabales –suburbios ocupados por pobladores de nivel socioeconómico más bajo- donde el abandono del orden regular se muestra en la discontinuidad espacial de las calles. Las principales áreas de arrabales se desarrollaron en las llanuras de inundación del río Mapocho, en los terrenos anegables adyacentes a la Acequia del Socorro, en la ladera oriental del cerro Santa Lucía y en las tierras bajas del sector sur donde existía un curso de agua, actualmente llamado Zanjón de La Aguada. Estas áreas marginadas del orden geométrico también se caracterizaban por la precariedad de las construcciones y el deterioro generalizado del ambiente urbano.

<sup>2</sup> CASTEX; Jean: *Renacimiento, Barroco y Neoclásico. Historia de la arquitectura 1420-1720*. op.cit. p. 142





### Ocupación de la periferia de Santiago colonial con arrabales

Fuente: Plano anónimo de Santiago, 1809 al que añadió información de los arrabales<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Los arrabales son los indicados en un plano de 1780 publicado en DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p.90

El abandono del orden urbano en los arrabales de Santiago era tan visible que Jorge Juan y Antonio de Ulloa, cuando describen las dimensiones de la ciudad, señalan que tenía quince cuadras y media de este-oeste y siete cuadras más tres cuartos en sentido norte-sur. Según este antecedente, los marinos españoles sólo consideraron el sector ordenado por la cuadrícula y excluyeron los amplios arrabales que existían al sur de La Cañada y al norte del río Mapocho; aunque, como hace notar Armando de Ramón, se refirieron a este último calificándolo de vasto suburbio<sup>4</sup>.

Armando de Ramón destaca que, de acuerdo a estos datos, Jorge Juan y Antonio de Ulloa no incluyeron a los arrabales como partes de la ciudad. Tampoco incorporaron la Casa de Recogidas -edificada junto al cerro Santa Lucía- ni los grandes conjuntos existentes al sur del Paseo de La Cañada que comprendían a los hospitales de San Juan de Dios y San Borja, el convento de los Carmelitas y las Recoletas Dominicana y Franciscana, a pesar que ésta última estaba sólo a cinco cuadras de la plaza<sup>5</sup>.

Según Thaddaeus Haenke, en 1794, Santiago -incluyendo los arrabales- medía más de media legua de ancho y largo, equivalentes a veinte cuadras por lado. De Ramón sostiene que si estos antecedentes fueran correctos significa que en cincuenta años la superficie urbana original se había triplicado con la aparición de los arrabales de La Chimba -en el sector norte del núcleo- y los emplazados al sur de La Cañada. Es posible que Haenke haya considerado a los arrabales para medir la extensión de la ciudad porque existían desde el siglo XVII y a finales del XVIII se habían ampliado y conectado con el área central. En la misma época también se expandía, aunque a menor velocidad, el arrabal situado al oriente del núcleo original, detrás del cerro Santa Lucía<sup>6</sup>. A principios del siglo XVIII, Frezier había consignado la existencia de los arrabales al describir el barrio de La Chimba, en la ribera norte del Mapocho.

En los sectores periféricos se combinaban los arrabales con conjuntos religiosos. El convento de Los Carmelitas estaba próximo al arrabal que se desarrolló al sur de la Acequia del Socorro, enfrentando al cerro Santa Lucía. Los arrabales del poniente se relacionaban con el noviciado de San Agustín y la parroquia de San Lázaro. Esta realidad se repetía en otras colonias porque el barrio de San Lázaro en Lima -donde estaba el convento de nombre homónimo y vivían los vecinos pobres de la ciudad- también tenía una posición marginal, atravesando el río Rimac. Las barriadas del oriente de Santiago -entre el río Mapocho y el cerro Santa Lucía- se formaron junto a la Casa de Las Recogidas y una Casa de Ejercicios. Los únicos arrabales que no estaban adyacentes a conventos o edificios para acoger a los desposeídos -Casa de Recogidas y Casa de Huérfanos- se desarrollaron al sur de Santiago, ocupando los terrenos cercanos al convento de Los Capuchinos y la iglesia de Santa Rosa.

La expansión de Santiago por terrenos amenazados de inundación fluvial, dio origen a un problema social característico de la periferia de varias ciudades chilenas; esta situación continúa porque la población vulnerable aún ocupa los sectores expuestos a crecidas y otros riesgos. El rápido y expansivo crecimiento de los arrabales en la época colonial se explica por las migraciones desde zonas rurales y asentamientos menores hasta la capital en busca de mejores oportunidades.

El crecimiento de los arrabales y la expansión urbana mediante fragmentos urbanos en baja densidad que se mezclaban con las huertas y chacras colindantes al núcleo, fueron desperfilando los bordes urbanos hasta confundir los límites de la ciudad con las zonas rurales del entorno. En este temprano proceso de urbanización, extendida y difusa, no sólo se debilitó el orden primario radicado en la cuadrícula sino que la ciudad fue ocupando amplios sectores con baja densidad y débil identidad urbana.

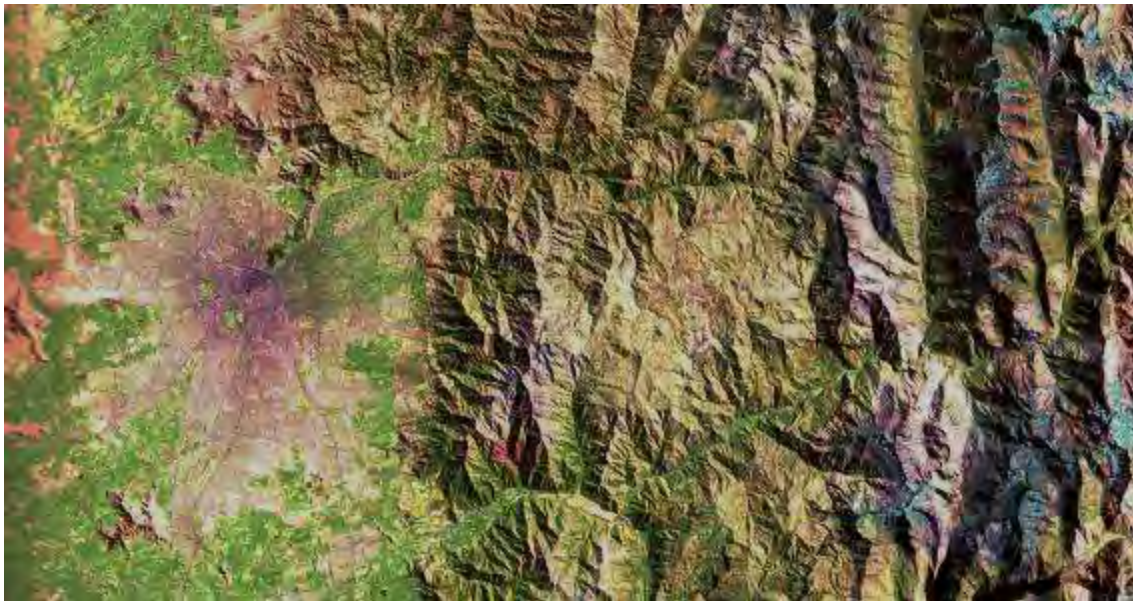
<sup>4</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p.17

<sup>5</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. pp.93-94

<sup>6</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p.94

Este fenómeno demográfico y social –que todavía persiste en las ciudades chilenas– perfilaba la segregación y facilitó la desmesurada expansión urbana de Santiago. El descomunal tamaño de las capitales, en comparación con las restantes ciudades, es un problema social de varios países americanos que se manifiesta en centralidades desequilibradas y una fuerte dependencia de las ciudades menores respecto a los centros que son polos de poder político y económico.

El proceso expansivo de Santiago fue posible por el relieve homogéneo del valle del río Mapocho y la facilidad de extender el área urbanizada, superando algunos de los elementos geográficos que circundan a la ciudad como el río Mapocho y los cerros menores. Una consecuencia negativa de esta acelerada expansión fue el avance de la urbanización por terrenos fértiles y la pérdida paulatina de los suelos agrícolas que rodeaban a la ciudad. La imagen siguiente muestra al área urbana de Santiago extendiéndose por el valle; además, se observa que el crecimiento metropolitano es contenido únicamente en el sector oriente por los cordones de montes preandinos.



**Vista aérea de Santiago actual y su expansión por los valles circundantes <sup>7</sup>**

La estructura del paisaje también condicionó el desarrollo de la trama de la ciudad de Concepción –en su primera fundación en la bahía de Penco– porque los cerros costeros frenaron la expansión urbana siguiendo la matriz geométrica original. El plano de Frezier, de 1713, muestra que el trazado cuadrícula se consolidó sólo en la planicie litoral, donde el relieve permitía desarrollar sectores con mayor densidad urbana; en contraste, la cuadrícula se desperfila y pierde densidad al contactar con los cerros y quebradas existentes en el sitio urbano.

Un rasgo original de Concepción es que el estero Penco, aunque cruzaba el trazado fundacional de oriente-poniente, no afectó al desarrollo cuadrícula, tal vez, porque la forma lineal del cauce coincide con la dirección de las calles. Sin embargo, otros esteros del sitio de fundación –a pesar de tener anchos menores si se comparan con el estero principal– por su sinuosidad, restringieron el crecimiento. Análogamente, la densidad de ocupación en áreas de cerros dependía de las pendientes. El plano de Frezier informa que las laderas más pronunciadas limitaron la expansión urbana y las de menor pendiente fueron ocupadas sin abandonar el trazado en cuadrícula.

---

<sup>7</sup> Mosaico landsat de la zona central de Chile publicado en revista Ciudad y Arquitectura CA N° 131, Revista de Colegio de Arquitectos de Chile, Santiago 2007, pp. 21-22

Hardoy subraya que uno de los cambios más frecuentes del modelo cuadricular era el desplazamiento de la plaza mayor, por razones geográficas<sup>8</sup>. Esta alteración se manifiesta en la primera fundación de Concepción –en la bahía de Penco-, donde la plaza, desviada hacia la costa, no ocupaba el centro geométrico de la trama. La morfología del litoral también intervino en el crecimiento unidireccional del núcleo, que en dirección norte sur, era paralelo al borde costero. Asimismo, el predominio de esta tensión se expresaba en la forma rectangular de la plaza, con su mayor proporción paralela al mar.

El relieve del sitio, la existencia de ciertos recursos naturales y el contexto histórico condicionaron el predominio de una actividad sobre otras, lo que también influyó en la morfología de las ciudades. Las tierras fértiles en el entorno de Concepción y su posición litoral fueron dos factores que se combinaron para impulsar las actividades comerciales y portuarias. Jorge Juan y Antonio de Ulloa explican que a Concepción llegaban dos o tres navíos procedentes de Lima, Valdivia y Chiloé para abastecerse de fruta<sup>9</sup>. El comercio con Chiloé, mediante embarcaciones menores, permitía a los pobladores de Concepción proveerse de jamones, madera de alerce, pescado seco y tejidos de lana.

La fecundidad de las tierras en Concepción permitía cultivar frutas, cereales y viñas, aliviando el problema de abastecimiento de alimentos para los pobladores; además, la producción de la ciudad se complementaba con frutas, trigo y vino provenientes de centros agrícolas cercanos –en especial Chillán y San Antonio de La Florida<sup>10</sup>. La existencia de terrenos húmedos –por la presencia de varios esteros en el sitio de fundación- facilitaba la crianza de caballos, tan necesarios en una ciudad fronteriza a la zona de guerra interna y para realizar los largos trayectos hasta otras ciudades por caminos que, generalmente, sólo eran débiles huellas imposibles de utilizar en invierno para el tránsito de carretas. Jorge Juan y Antonio de Ulloa se refieren a la abundancia de caballos en Concepción destacando que era raro ver a los pobladores caminando por el campo o la ciudad; añaden que la crianza de caballos alcanzó tal importancia que incluso las personas más pobres poseían uno o dos; añaden que la explicación de esta característica era la facilidad de su mantención por la existencia de praderas y la necesidad de contar con milicias de caballería para proteger a la ciudad de los ataques indígenas<sup>11</sup>.

El contexto histórico también ejerció influencia en el uso del espacio y la morfología urbana de Concepción. En la línea de manzanas próxima a la costa se construyó un fuerte que, funcionalmente, permitió integrar a la periferia y el área central porque las actividades defensivas –radicadas en el fuerte costero- se expandieron hasta el edificio destinado al Cuerpo de Guardia, construido en un solar cercano a la plaza y al palacio del gobernador.

En el plano de Frezier se observa que Concepción tenía una trama cuadricular, cuyo desarrollo fue condicionado por la forma y dimensiones de la planicie litoral donde se fundó la ciudad. El área urbana tiene su mayor longitud en un sector conformado por dos calles paralelas a la línea de costa, compuestas de seis y media manzanas, de proporciones cuadradas y organizadas en sentido norte-sur; en las siguientes filas había sólo tres manzanas consolidadas y otras dos en proceso de formación. En dirección oriente-poniente, el plano cuadrículado alcanzó una extensión equivalente a cinco manzanas, siguiendo el eje de la calle central, paralela al estero de Penco.

<sup>8</sup> HARDOY, Jorge Enrique: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe* op. cit. pp. 254

<sup>9</sup> JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de: *Noticias secretas de América*. op.cit.p. 64

<sup>10</sup> Asentamiento conocido con el nombre de Estancia del Rey por la fertilidad de sus terrenos.

<sup>11</sup> JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de: *Noticias secretas de América*. op.cit.p. 145

El crecimiento difuso de Concepción, a diferencia de Santiago del Nuevo Extremo, no fue resultado de un proceso de desarrollo urbano expansivo, favorecido por el relieve del sitio urbano; al contrario, los cerros y quebradas que rodeaban al núcleo fundacional impidió el crecimiento periférico con densidades similares a las del área central. En el plano levantado por Frezier en el año 1713 se distinguen incipientes extensiones urbanas, organizadas en calles apenas delineadas; también se observa la insistencia en prolongar la cuadrícula a pesar de los impedimentos topográficos.



### Relación morfología y paisaje en Concepción en la bahía de Penco

Fuente: Plan de la ville de Concepción, Frezier, 1713 <sup>12</sup>

<sup>12</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.62

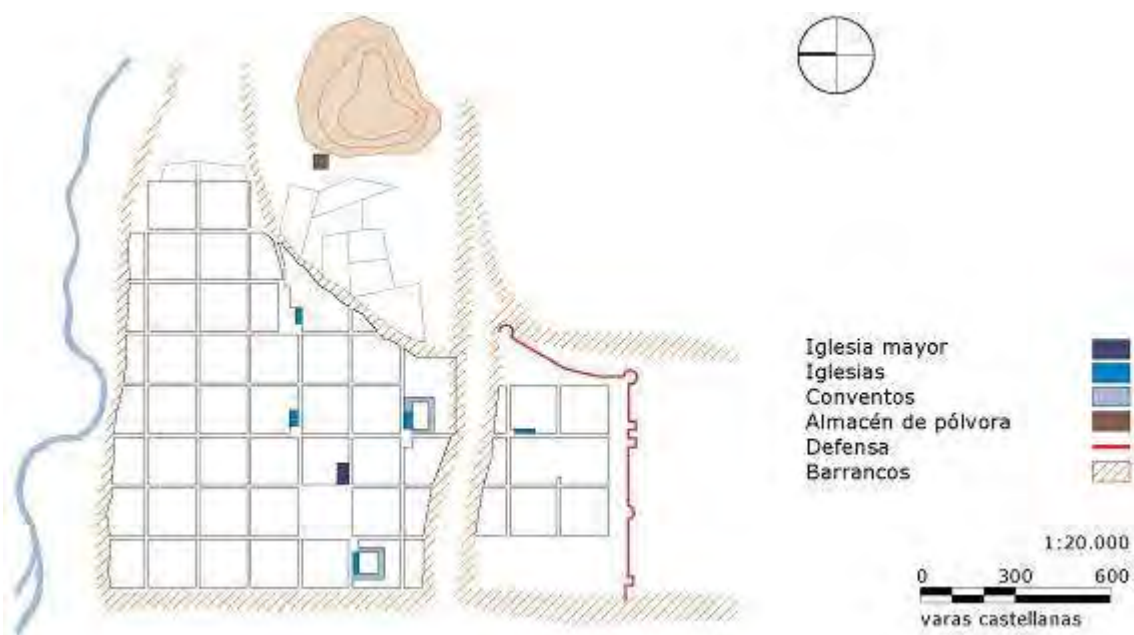


La cuadrícula de La Serena debió ser fragmentada en dos sectores por la existencia de una profunda hondonada que separaba a la planicie seleccionada como sitio de fundación del área de crecimiento posterior. La meseta estaba delimitada al oriente por cerros costeros y al norte por el río Elqui; el río no afectó la regularidad de la trama por la diferencia de nivel que separaba al asentamiento del cauce.

La ocupación de la alta meseta favorecía la vigilancia del horizonte y permitía tomar precauciones frente a ataques indígenas o de piratas. Por otra parte, las pendientes naturales del sitio –inclinadas hacia el poniente– se aprovecharon para escurrir las acequias de regadío de los huertos y drenar las aguas urbanas. En la fracción mayor –que según el plano levantado el año 1789 por Pedro Rico tenía 8X5 manzanas– se asentaba el núcleo original con la plaza mayor, cinco iglesias y dos conventos con sus respectivos claustros ocupando una manzana cada uno.

La ubicación excéntrica de la plaza mayor, desplazada hacia el costado sur oeste de la cuadrícula, fue condicionada por la posición litoral de la ciudad.

En la fracción menor –compuesta de 3X2 manzanas– se mantuvieron las formas y dimensiones del trazado original y se continuó la expansión en torno a una iglesia; pero, al mismo tiempo, se modificó el uso del suelo porque el principal elemento urbano era la muralla construida para fortalecer las defensas naturales. Un cerro, al oriente del núcleo fundacional, explica la restricción al crecimiento en esa dirección y la discontinuidad con la trama reticular del núcleo central.



### Relación morfología y paisaje en La Serena

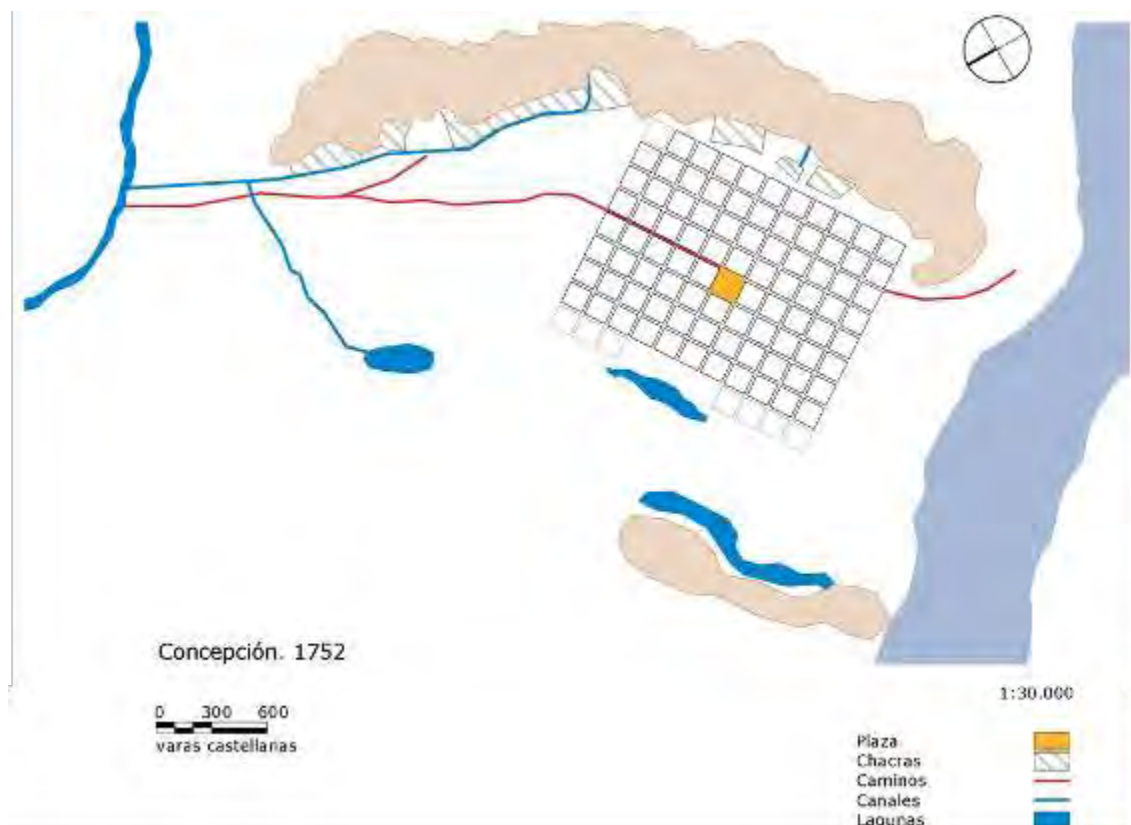
Fuente-. Plano de La Serena elaborado por Pedro Rico de 1789<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Servicio Geográfico del Ejército. *Cartografía de Ultramar*. Carpeta IV. P.38 N° 103.



Concepción en el valle de La Mocha es un caso diferente de adaptación al paisaje pues la cuadrícula –perfectamente trazada- fue girada en 45° respecto al eje norte sur para ocupar de mejor forma la planicie delimitada al surponiente por el río Bío Bío, al suroriente por el cerro Caracol y al norte por varias lagunas y pantanos. Las proporciones rectangulares del trazado fundacional, con una cuadrícula compuesta de 8X11 manzanas, respondía a la forma del valle donde se asentó la ciudad.

El plano de 1752 indica los elementos del paisaje que estructuraban el sitio urbano. Se muestra al río Bío Bío -situado a un km de la plaza en dirección sur poniente- sin referencias gráficas a su ancho cercano a dos km; al río Andalién, que pasaba a tres km de Concepción en dirección norponiente y recibía las aguas del estero Cárcamo; el cerro Caracol que se extendía al suroriente del núcleo, a cinco manzanas desde la plaza, sin describir su extensión real que supera varias veces al tamaño del centro urbano; a las lagunas de Chepe y Urrutia, situadas al norte del trazado, distantes a cinco y siete manzanas de la plaza; al cerro Chepe, ubicado a siete cuadras de la plaza y; finalmente, a la aguada de Martínez, que descendía desde el cerro Caracol proporcionando riego a las chacras dispuestas en el espacio que se extiende entre la ciudad y el cerro. El dibujo incluye a la amplia llanura que separaba a Concepción del río Bío Bío de modo que el cauce no influía en la cuadrícula. También se graficó el camino que se conectaba con la primera fundación en la bahía de Penco y su prolongación por una de las calles que bordean la plaza –actual avenida O´Higgins- anunciando futuras expansiones urbanas.



### Relación morfología y paisaje en Concepción de La Mocha

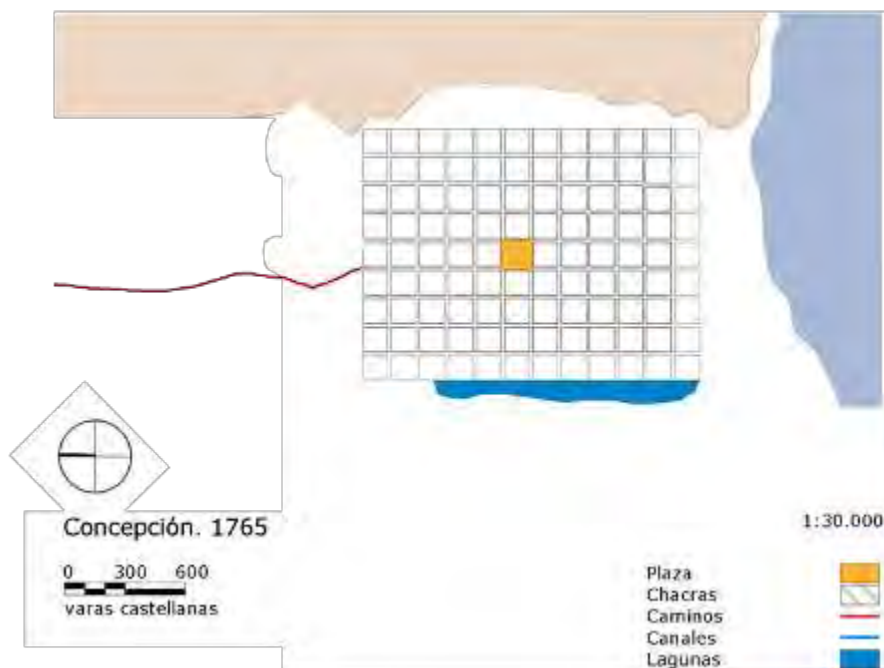
Fuentes: Plano Nueva Concepción de Chile en el valle de Rozas 1752<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 35

Otra característica urbana que expresa el plano del año 1752 es la franja de chacras paralelas a la aguada de Cárcamo, revelando la fertilidad de los suelos próximos al curso de agua. El sector de huertos se instaló en el espacio comprendido entre los cerros costeros y la ribera nororiente del estero Cárcamo, afluente del río Andalién. Una zona de chacras de menor extensión ocupa un terreno al pie de cerro Caracol, regado por la Aguada de Martínez; actualmente, estos terrenos cultivados integran el principal parque de la ciudad -Parque Ecuador- y los huertos próximos al estero Cárcamo son parte del conjunto de áreas verdes de la ciudad.

En el plano de Concepción de 1765 se describe el sitio resaltado la presencia del río Bío Bío, el cerro Caracol y un área de lagunas, aunque sólo el río se identifica con su nombre. A diferencia del dibujo anterior, la ciudad está orientada de norte a sur –dato que no coincide con su posición real- y fue representada en una posición que permite mostrar la relación de la ciudad y el relieve. Según el documento, la trama urbana se había extendido en dos hileras perpendiculares; una avanzaba hacia el río Bío Bío y otra ocupaba los terrenos húmedos del sector norte; en ambos casos, la forma y dimensiones son idénticas a las manzanas centrales.

La persistencia de la cuadrícula en el crecimiento de Concepción se explica porque el sitio de fundación es un valle fluvial con una ligera pendiente al norte y donde los principales elementos del paisaje –río Bío Bío y cerro Caracol- aunque frenaban la expansión urbana en dos direcciones no influyeron en la morfología del trazado. Los suelos pantanosos que existían al norte del núcleo fundacional fueron restricciones que se superaron con los desarrollos posteriores. El plano también señala el camino que enlazaba a Concepción en su nueva planta con la antigua fundación en Penco y su conexión con la trama urbana; aunque el eje descrito como prolongación de esta ruta al interior del núcleo –actual calle Barros Arana- no coincide con la calle que se señaló en el plano anterior, de 1752, como continuación hacia el camino a Penco.



### Relación morfología y paisaje en Concepción de La Mocha

Fuentes: Plano Nueva Concepción de Chile. Plano de 1765<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Archivo General de Indias. Mapas y planos de Perú y Chile, 463.

### 5.1.2 Influencia de los ríos en los procesos de crecimiento urbano

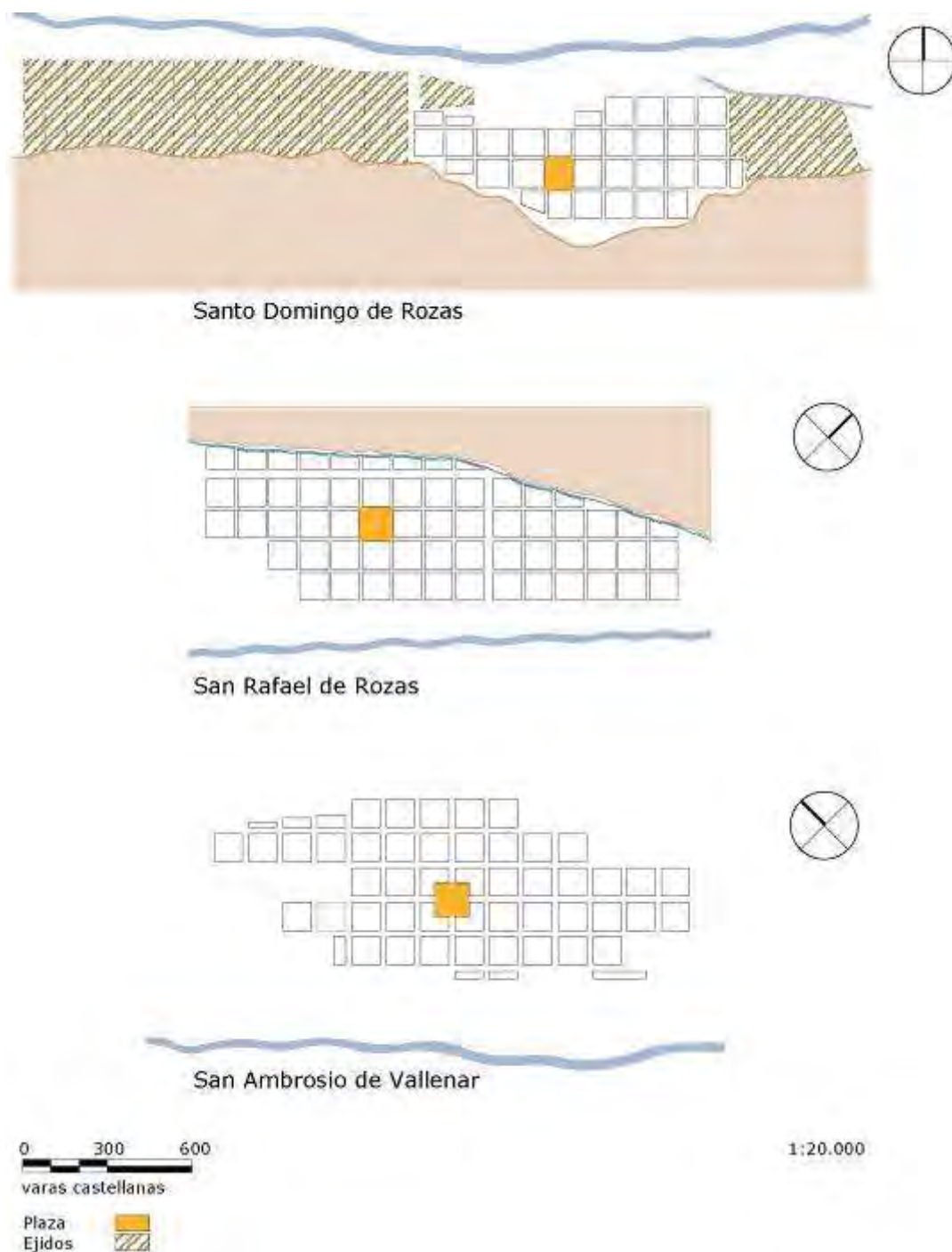
Con el desarrollo de los núcleos fundacionales, la influencia del paisaje comenzó a manifestarse explícitamente en las variaciones de la trama original y en los cambios de dirección del trazado. Los planos del siglo XVIII muestran que en su expansión, la trama central de Santiago del Nuevo Extremo -la ciudad de mayor crecimiento- se interrumpió al contactar con el río Mapocho para continuar su desarrollo al lado norte del cauce sin variaciones relevantes y se modificó levemente para adaptarse al cerro Huelén o Santa Lucía. Estas diferencias menores incumben a la generalidad de las fundaciones en valles que, habitualmente, tuvieron expansiones centrífugas y multidireccionales; en contraste, las ciudades que se fundaron en planicies menores tendían a expansiones lineales y paralelas a los ríos.

Los ríos -además de condicionar la forma de crecimiento urbano- fueron elementos de segregación social, que también se expresaba en las diferencias morfológicas. En Santiago del Nuevo Extremo, las orillas del río Mapocho estaban ocupadas por los pobladores más pobres o fueron destinadas a actividades -mataderos, hospitales y Casas de Recogidas- que se quería mantener alejadas del centro de la ciudad. En el siglo XVIII, la expansión de Santiago cruzando el río, muestra que la discriminación hacia los pobres continuaba, pero, al mismo tiempo, surgen los primeros indicios de acciones para mejorar la integración entre grupos sociales mediante la construcción de un paseo -a orillas del río Mapocho- y un puente nuevo, cuyo eje coincidía con la prolongación de una calle que conectaba directamente al cauce con la plaza mayor. Las acciones urbanísticas para superar en parte los problemas de segregación social y mejorar la calidad ambiental de las periferias cercanas a los ríos fue un fenómeno que también se manifestó en las otras ciudades coloniales. En Lima se construyeron tres alamedas -Alameda de Los Descalzos, Alameda de Acho y Alameda de Las Cabezas; esta última aprovechando el sitio de un antiguo matadero- para mejorar la condición social del barrio de San Lázaro, ubicado al lado norte del río Rimac.

En Santo Domingo de Rozas, fundada el siglo XVIII en el valle de La Ligua, la forma de crecimiento de la ciudad estuvo condicionada por la necesidad de ocupar el valle contenido entre el río de La Ligua y los cerros que se elevan sobre los 500 m. La trama urbana, según el plano de Antonio Martínez de Mata de 1755, muestra -por sus proporciones de 4X10 manzanas- el crecimiento unidireccional de la ciudad, que también determinó la distribución de los ejidos, paralelos al río, para aprovechar las tierras húmedas de las llanuras fluviales y destinarlas al pastoreo de ganado. Esta condición era fundamental para el sustento de los pobladores de Santo Domingo de Rozas, asentada en un sitio dominado por un clima semi seco.

En el plano de San Rafael de Rozas, fechado el año 1790 y cuyo autor también fue Antonio Martínez de Mata, se observa que la ciudad, fundada en el valle de Illapel, tuvo un crecimiento unidireccional, condicionado por la ocupación del estrecho valle comprendido entre el río Cuz Cuz -actual río Illapel- y un cordón de cerros. Las proporciones rectangulares de la trama, que estaba compuesta de 4X15 manzanas, es una evidencia de estas circunstancias. Inclusive la plaza, debido a la composición de la cuadrícula, ocupaba una posición marcadamente excéntrica porque estaba a cinco manzanas del borde norponiente y a nueve del borde nororiente. En el sentido opuesto, las distancias entre los límites de la trama urbana y la plaza eran similares y cercanas a dos manzanas.

Similares características morfológicas se observan en la ciudad de San Ambrosio de Vallenar. Aunque el plano realizado en el año 1792 por Martín Gregorio del Villar no incluye información sobre el relieve del sitio de fundación, al analizar la cartografía actual de la ciudad se deduce que sus proporciones alargadas, de 4X10 manzanas, se explican por el paso río Huasco, cuyo cauce orientó la dirección dominante del crecimiento urbano.



### Relación morfología y paisaje en Santo Domingo de Rozas, San Rafael de Rozas y San Ambrosio de Vallenar

Fuentes: Villa Santo Domingo de Rozas y terreno repartido en chacras a sus pobladores, Antonio Martínez de Mata, 1755<sup>16</sup>; Villa San Rafael de Rozas, Antonio Martínez de Mata, 1790<sup>17</sup> y Villa San Ambrosio de Vallenar, Gregorio del Villar, 1792<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile. 128.

<sup>17</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile. 125.

<sup>18</sup> Archivo Nacional. Santiago.

En los planos anónimos de Valdivia y Santiago de Castro, levantados por marinos holandeses a mediados del siglo XVII, se observa que la combinación de influencias relacionadas con sus posiciones costeras y presencia de ríos incidió en la morfología urbana y el uso del espacio de ambas ciudades. Valdivia se desarrolló paralela al río –señalado en el plano con el nombre de río Guadalauquén- ocupando una terraza fluvial cuya superficie, equivalente a 7X2.5 manzanas, fue edificada solamente por el borde, dejando huertos y árboles en las áreas interiores. En dirección norte-sur los principales edificios eran la iglesia, el convento y claustro de San Francisco y un fuerte; todos se construyeron en una secuencia lineal que confirmaba la estructura unidireccional de la ciudad, paralela al río.



### Morfología y paisaje en Valdivia y Santiago de Castro

Fuentes: Planos de Valdivia y Castro levantados en 1643 por marinos holandeses<sup>19</sup>

Por su posición costera, Valdivia fue tema de varios planos del XVI y la ciudad más representada en los dibujos del siglo XVII, aunque varios documentos describen la geografía en forma protagónica y apenas informan sobre la villa. Algunos autores explican este interés refiriéndose a la riqueza de sus minas, metales y oro; inclusive Valdivia fue calificada, exageradamente, por Mercator como la ciudad más rica de Indias<sup>20</sup>. Valdivia fue ocupada por holandeses dos meses en 1643, lapso en el cual construyeron un fuerte<sup>21</sup> y levantaron mapas del territorio<sup>22</sup> y la ciudad; uno de estos documentos es el plano de Drick Ruyters, donde la detallada descripción del relieve contrasta con la representación sintética del núcleo urbano. Valdivia tuvo un crecimiento unidireccional, condicionado por el cauce del río que permitía el acceso desde el mar. Esta característica explica la construcción de un fuerte en el extremo nororiente del núcleo.

El plano de Santiago de Castro muestra el elemental desarrollo de la ciudad, que se ordenaba en una cuadrícula de 2X2 manzanas, con la plaza en posición perimetral, en el costado sur, y tres iglesias. En sentido sur a norte se ubicaban el convento de

<sup>19</sup> Biblioteca de la Universidad de Göttingen.

<sup>20</sup> Gerardo Mercator se refiere a la riqueza de Valdivia en el Tomo III de Tablas Geográficas, publicadas en Amsterdam el año 1638. Antecedente proporcionado por GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile. 1541-1826*. op. cit. p.13

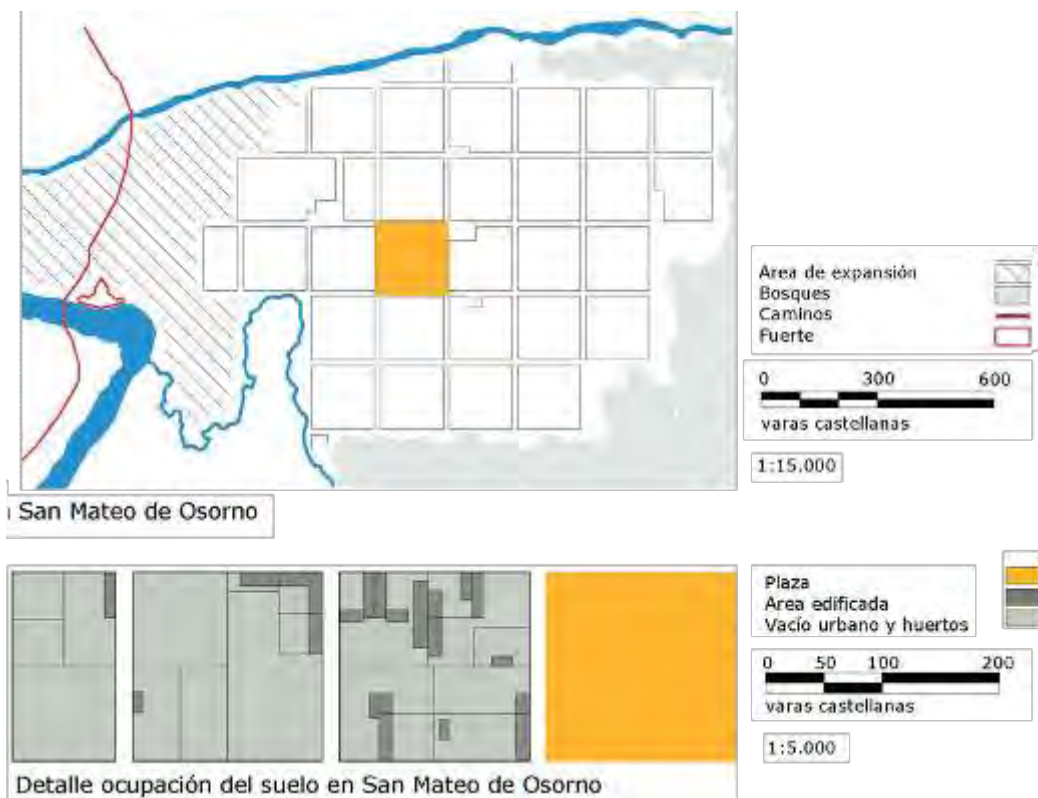
<sup>21</sup> El fuerte, levantado bajo la dirección de dos ingenieros, designado como *La Fortaleza* en un plano del siglo XVII, fue obra de Elías Herckmans, gobernador holandés de Valdivia. Esta ocupación impulsó la acción española para recuperar el puerto y asegurar la posesión del área con un sistema defensivo que, por la magnitud de la obra y de los profesionales encargados, fue la principal fortificación de Chile del XVIII. De Valdivia existen planos franceses, ingleses y españoles

<sup>22</sup> Los holandeses levantaron mapas de la Isla Mocha, Canal de Chacao y archipiélago de Chiloé.



la Compañía de Jesús con su plazuela enlazada a la plaza principal, la iglesia mayor ocupando dos solares al norponiente de la plaza y la iglesia de La Merced que se construyó en un solar del costado nororiente de la plaza. Santiago de Castro se asentó en una meseta limitada en su vertiente oriente por el río Gamboa. Desde el cauce se accedía al núcleo por un camino curvo que seguía las inclinaciones de la ladera. Las manzanas perimetrales se desperfilaron con los cambios en el nivel del terreno y presentaban una incipiente regularidad hacia el poniente, donde el relieve más llano permitió extender dos calles hacia los caminos. Aunque la traza original tenía proporciones casi cuadradas, el posterior crecimiento lineal y paralelo al río se anunciaba en la disposición de las edificaciones y en la presencia de varios caminos que prolongaban las calles en dirección norte sur.

En Osorno, el desarrollo del núcleo fundacional también estaba condicionado por los ríos Las Canoas y Las Damas. Hacia el sureste había un bosque que restringía el crecimiento dejando un área de expansión en el espacio comprendido entre los ríos –por el oriente y poniente– y el fuerte San Luis de Osorno, construido al norte de la fundación para proteger el camino que conectaba a la ciudad de Valdivia con Chiloé. Otra característica del sitio era la existencia de terrenos húmedos en las llanuras de inundación fluvial que limitaban el desarrollo de la ciudad. Osorno tuvo un proceso urbano pausado y se extendió hacia la periferia con densidades muy bajas, como se observa al analizar la edificación desde el centro de la trama –en la plaza– hacia los bordes porque, apenas a una manzana de distancia desde la plaza predominaban los lotes sin ocupar o escasamente construidos.



### Morfología y paisaje en Osorno

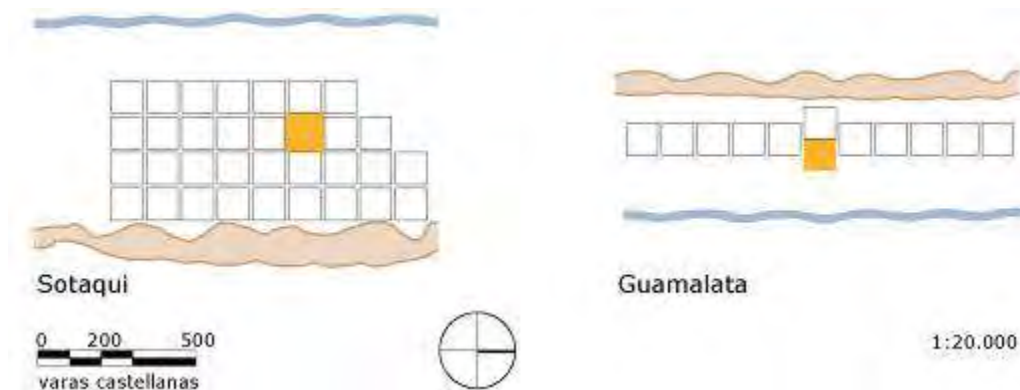
Fuente: Plano de Osorno, 1796<sup>23</sup>.

<sup>23</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 316



La influencia de los ríos como ejes rectores del crecimiento también se advierte en otros asentamientos. Los pueblos de indios de Guamalata y Sotaquí son ejemplos de expansión unidireccional, coherente con sus emplazamientos en estrechos valles enmarcados por ríos y cadenas de cerros. Esta característica se refleja en el trazado cuadricular de Sotaquí, organizado en 4X9 manzanas, cuya principal proporción era paralela al río de nombre homónimo. En un plano, elaborado en 1790 por Antonio Martínez de Mata, se observa que el mayor desarrollo de la trama se expresaba en dos hileras de nueve manzanas, la siguiente constaba de ocho manzanas –una de ellas correspondía a la plaza- y la última, más cercana al río, comprendía sólo siete manzanas. El plano informa que la planta de Sotaquí se acercaba al cerro pero se alejaba del río, separándose del cauce por una distancia cercana a los cien metros, posiblemente debido a la humedad del terreno.

El pueblo de indios de Guamalata también creció en forma paralela al río existente en el sitio de fundación. Es un ejemplo exageradamente lineal porque el trazado del asentamiento –paralelo al río Hurtado, identificado en el plano con el nombre de río Guamalata- se reduce a una elemental y singular conformación de 1X11 manzanas. Además, presentaba la particularidad de tener la manzana central desplazada en relación con el eje de la trama para configurar el espacio de la plaza y destacarla dentro del conjunto.



### Morfología y paisaje en los pueblos de indios

Fuente: Población de indios encomendados de Guamalata y Sotaquí. Antonio Martínez de Mata, 1790<sup>24</sup>

Hay otras condiciones geográficas que influyeron directamente en la morfología de algunas ciudades. Los casos más frecuentes eran los núcleos fortificados del litoral que debían responder a dos condicionantes: la función defensiva y el relieve de sus sitios de fundación que, generalmente, coincidía con topografías complejas.

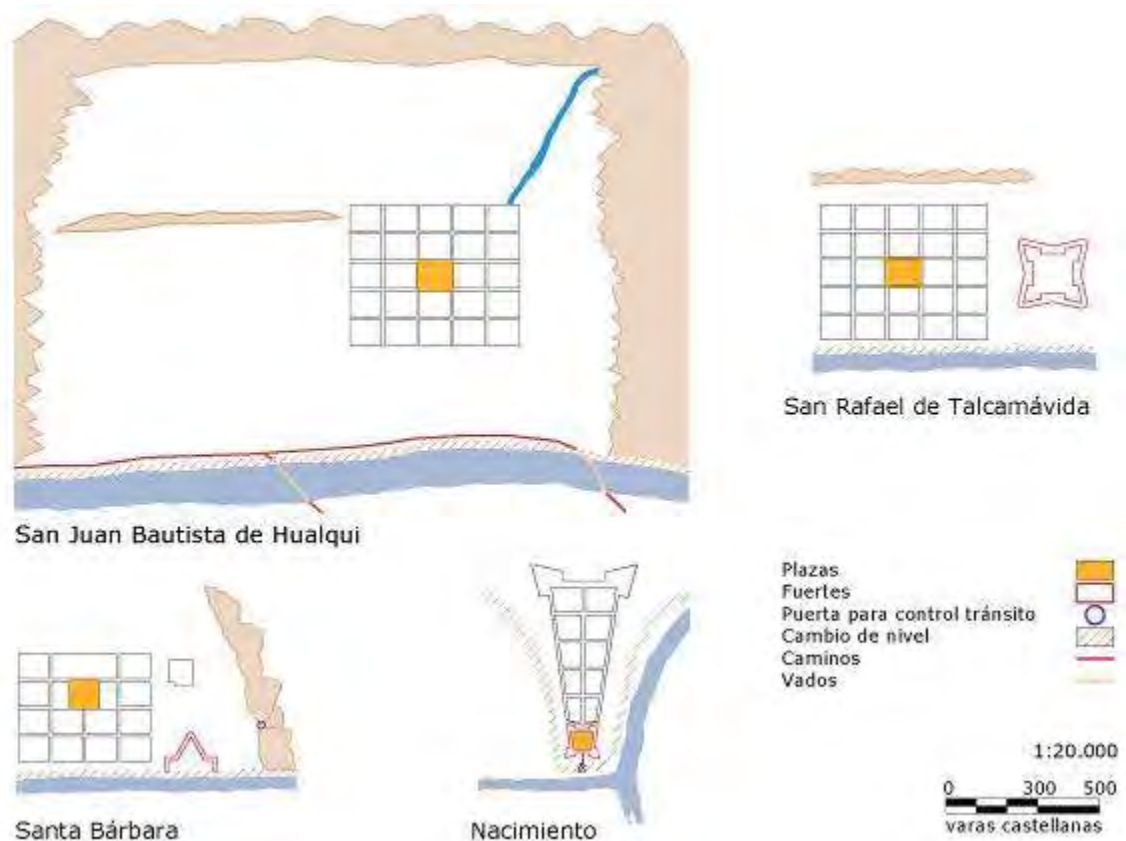
En estos casos, la forma urbana se definió de modo que fuera posible aprovechar la estructura del relieve para facilitar las acciones defensivas. La solución morfológica específica que se adoptó en cada fortificación costera se estableció de acuerdo con las características físicas de los distintos lugares. A diferencia de lo señalado, en los fuertes interiores –en el eje del río Bío Bío- predominaban los trazados ortogonales compuestos de manzanas rectangulares; por esto, a pesar de tener cuadrículas con igual número de manzanas por lado –5X5 en San Rafael de Talcahuano y San Juan Bautista de Hualqui y 4X4 en Santa Bárbara- el desarrollo de los núcleos defensivos estaba orientado por una tensión predominante paralela al río.

<sup>24</sup> Archivo Nacional. Santiago.

El crecimiento de tendencia lineal en San Rafael de Talcamávida y Santa Bárbara se acentuaba con los fuertes externos al núcleo que, por su ubicación lateral, también prolongaban virtualmente el avance de los centros en el sentido del cauce.

El plano de San Juan Bautista de Hualqui muestra un cordón de cerros que servía de protección natural a la ciudad, rodeándola por tres costados. En San Rafael de Talcamávida, la protección que ofrecían las elevaciones que existían al sur del sitio de fundación se reforzó con un fuerte localizado al poniente del núcleo urbano. En Santa Bárbara, el fuerte también completaba la protección natural de los montes.

El ejemplo más singular de adaptación de un fuerte fluvial a su sitio de fundación es Nacimiento de Nuestro Señor, cuya planta -levemente radial- fue diseñada para ajustarla a la silueta triangular de la elevada meseta donde se emplazaba el fuerte, enfrentando la confluencia de los ríos Vergara y Bío Bío. Otra característica original que también se relacionaba con la adaptación del fuerte al relieve -representada en el plano anónimo de 1757- era una escalera construida siguiendo el eje de simetría del trazado que permitía conectar al baluarte principal con la ribera del río Vergara.



### Adaptación al sitio en fortificaciones fluviales

Fuente: San Juan Bautista de Hualqui, San Rafael de Talcamávida, Santa Bárbara y Nacimiento se basan en plano anónimo de 1757<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Archivo Nacional Santiago.

### Elementos del paisaje en el entorno de las ciudades

<b>Ciudad</b> Año y lugar fundación Cartografía de referencia	<b>Elementos del paisaje</b>	<b>Relación paisaje y morfología urbana</b>
<b>Santiago de Nueva Extremadura (Nuevo Extremo)</b> 1541. Valle del río Mapocho	Río Mapocho Cerro Huelén (Santa Lucía) Cerro San Cristóbal Montes andinos Valles agrícolas	La cuadrícula se extiende por la ribera sur del río Mapocho. Crecimiento levemente contenido por el río y el cerro Huelén (Sta. Lucía) Desarrollo urbano en baja densidad traspasando el río
<b>San Bartolomé de La Serena</b> 1544. Bahía de Coquimbo	Bahía de Coquimbo Barranca del Mar Meseta a 30 m.s.n.m Río Elqui Cerro Grande Cerro del Brillador	Se fundó en la ribera sur del río Elqui, cerca de su desembocadura. El crecimiento de la cuadrícula fue limitado por la topografía La trama se dividió en dos sectores por influencia de la Barranca del Mar Plaza desplazada al litoral
<b>Concepción del Nuevo Extremo</b> 1550. Bahía de Penco	Bahía de Penco Estero de Penco Estero de Landa Colinas de mediana altura Río Andalién (San Pedro)	Los cerros limitan la expansión de la cuadrícula La trama se desdibuja al crecer por los cerros Plaza desplazada al litoral
<b>Sta. María la Blanca de Valdivia</b> 1552. Planicie fluvial río Calle Calle	Río Calle Calle Meseta a 12 m.s.n.m	El río Calle Calle limita a la ciudad en sus costados norte, este y noreste Plaza desplazada al borde fluvial
<b>San Javier de Bella Isla</b> 1755 (San Ambrosio de Linares)	Río Ancoa Estero Batuco	En zona oriental de valles centrales Desigual ocupación de la cuadrícula
<b>San Mateo de Osorno</b> 1558. Valle fluvial Plano de 1796	Río Rahue Río Las Damas	La ciudad se fundó entre la ribera oriente del río Rahue y la ribera sur del río Las Damas Crecimiento paralelo a los cauces
<b>Santiago de Castro</b> 1567. Costa Isla Grande de Chiloé	Costa oriental de la Isla Grande de Chiloé Estuario río Gamboa	La cuadrícula ocupa una meseta al norponiente del río Gamboa Plaza desplazada al litoral
<b>San Bartolomé de Gamboa</b> 1580. Valle central	Río Chillán Río Ñuble Vegas del río Chillán Volcán Chillán	La ciudad ocupa una amplia limitada al norte por el río Chillán y al sur por el río Ñuble. Crecimiento multiireccional
<b>San Martín de La Concha</b> 1717. Valle central	Cerro La Campana Río Chile	La ciudad se fundó en la ribera norte del río Chile
<b>San Francisco de La Selva</b> 1742. Valle de Copiapó Plano de 1722 (previo a fundación)	Río Copiapó Cerro La Cruz	La cuadrícula es delimitada por la ribera norte del río Copiapó
<b>San Felipe El Real</b> 1740. Valle central área preandina	Río Aconcagua Estero Quilpué	El incipiente desarrollo colonial no fue afectado por el paisaje
<b>San Fernando</b> 1741. Valle central	Río Tinguiririca Estero Antivero Volcán Tinguiririca (4778 m de altura)	Se fundó en la ribera norte del río Tinguiririca y sur de estero Antivero El incipiente desarrollo colonial no fue afectado por el paisaje
<b>Dulce Nombre de Maria de Quirihue</b> (San Antonio Abad de Quirihue) 1741. Valle central (costa)	Río Itata Cerro Coiquén	El incipiente desarrollo colonial no fue afectado por el paisaje
<b>Nuestra Señora de los Ángeles</b> 1741. Valle al sur del río Bío Bío	Valle central entre los ríos Bío Bío y Laja Estero Quilque	El incipiente desarrollo colonial no fue afectado por el paisaje
<b>San Agustín de Talca</b> 1742 (refundación) Valle central	Río Claro Valle del río Claro Estero Piduco	El incipiente desarrollo colonial no fue afectado por el paisaje
<b>N. Señora de Las Mercedes</b> 1742. Valle central	Río Cauquenes Río Tutubén	Se fundó al norte del río Cauquenes y al sur del Tutubén en una meseta formada por confluencia de los ríos

### Elementos del paisaje en el entorno de las ciudades

<b>Ciudad</b> Año y lugar fundación Cartografía de referencia	<b>Elementos del paisaje</b>	<b>Relación paisaje y morfología urbana</b>
<b>Santa Cruz de Triana</b> 1743. Valle del río Cachapoal Plano sin fecha. Siglo XVIII	Río Cachapoal	Crecimiento multidireccional por el amplio valle del río Cachapoal
<b>San José de Buena Vista</b> 1744. Valle de Curicó Planos de 1787 y 1807	Ríos Teno y Lontué Cerro de Los Andes Cerro de 283 m de altura Estero Guaiguillo	Ocupa una amplia llanura entre los ríos Teno y Lontué. Ocupación de la cuadrícula fue condicionada por el cerro
<b>Concepción</b> 1754. Traslado a Valle de La Mocha Plano de 1752	Río Bío Bío (2 km ancho) Río Andalién Cerro Caracol Lagunas	La ciudad se fundó en la ribera norte del río Bío Bío La cuadrícula mantiene distancia con el río y crece en sentido transversal al cauce y paralelo al cerro Caracol.
<b>Santa Rosa de Huasco</b> 1753 Vazlle fluvial	Planicie litoral Río Huasco (a 22 km del océano)	La ciudad se fundó en el litoral en la ribera sur del río Huasco
<b>Santa Bárbara de Casablanca</b> 1753, Valle central	Estero Casablanca	El costado sur la cuadrícula se adaptó al estero Casablanca
<b>Santo Domingo de Rozas</b> 1754. Valle de La Ligua Plano de 1755	Río La Ligua	Crecimiento determinado por la presencia del río que fluye al norte de la ciudad
<b>San Rafael de Rozas</b> 1755. Valle de Illapel Plano de 1790	Río Illapel Colinas medianas	Calles inclinadas según el declive de la planicie fluvial Crecimiento paralelo al río Illapel
<b>San Rafael de Talcamávida</b> 1758. Ribera norte río Bío Bío Plano de 1757 (previo a fundación)	Río Bío Bío Meseta a 16 m sobre el río Valle rodeado de serranía con bosques	La ciudad se fundó en la ribera norte del río Bío Bío. Crecimiento muestra un paralelismo con el cauce del río.
<b>San Juan Bautista de Hualqui</b> 1758. Ribera norte río Bío Bío Plano de 1757 (previo a fundación)	Río Bío Bío Estero Hualqui Vegas del Bío Bío Sierras medianas y boscosas	La ciudad se fundó en la ribera norte del Bío Bío y la cuadrícula avanza paralela al cauce y al camino que lo bordea. El crecimiento al sur es contenido por el estero Hualqui
<b>Santa Bárbara</b> 1758. Ribera sur río Bío Bío Plano de 1757 (previo a fundación)	Río Bío Bío Sierra de Callaqui (Andes) Punta de Cuinco Vegas del río Bío Bío	La ciudad se fundó en la ribera norte del río Bío Bío, en una zona conocida como camino de la ribera del Bío Bío El risco del río le sirve de espalda y frena el desarrollo de la cuadrícula
<b>Santa Juana de Guadalcázar</b> 1758. Ribera sur río Bío Bío Plano de 1757 (previo a fundación)	Río Bío Bío Sierras medianas y boscosas	La ciudad se fundó en la ribera sur del río Bío Bío
<b>Nacimiento</b> 1758. Río Bío Bío Plano de 1757 (previo a fundación)	Río Bío Bío Río Vergara	La ciudad se fundó al sur del río Bío Bío (ribera poniente río Vergara). Su forma urbana se adaptó a la meseta donde se emplazó el núcleo
<b>Santa Ana de Brivesca</b> 1761. Valle central	Río Petorca Cordones de cerros	Cuadrícula avanza paralela a la ribera norte del río Petorca
<b>San Luis Gonzaga</b> 1766. Valle central	Estero tributario del río Gomero. Cerros	Las pendientes condicionaron el desarrollo de la cuadrícula
<b>Dulce Nombre de María de Jauregui</b> 1780 (traslado fundación de 1728)	Río Itata	La ciudad se fundó en la ribera sur del río Itata. Crecimiento delimitado por el río
<b>Reina Luisa de Parral</b> 1788. Valle central	Estero Parral	El incipiente desarrollo colonial no fue afectado por el paisaje
<b>San Ambrosio de Vallenar</b> 1789. Valle del río Huasco Plano de 1792	Río Huasco Valle del río Huasco	La ciudad se fundó en la ribera norte del río Huasco Crecimiento paralelo al río Huasco
<b>Santa Rosa de Los Andes</b> 1791. Valle en la zona andina Plano de 1798	Río Aconcagua Montes de Los Andes Colina Piedras Paradas	Cerro de Piedras Paradas el este de la ciudad. Composición del trazado responde a ubicación en valle andino
<b>San Carlos</b> 1800. Valle de la Zona Central Plano sin fecha. Siglo XVIII	Río Ñuble Esteros Vegas y humedales	Los esteros y praderas húmedas definen la forma de expansión de la trama fundacional

### 5.1.3 Singularidades morfológicas originadas por el paisaje

La diversidad del paisaje chileno influyó en la consolidación de distintas morfologías urbanas derivadas de la realidad particular de los sitios de fundación; esta situación explica el desafío de armonizar las formas que iban adquiriendo las ciudades con la estrategia de ocupar el territorio mediante estructuras representativas de un mismo orden geométrico para no debilitar una de las aspiraciones colonizadoras básicas. Al revisar las singularidades morfológicas, además de las particularidades de los sitios de fundación, se observan cambios originados por la función principal de la ciudad.

Los centros mineros no sugieren una valoración del orden cuadrícula, que tenía mayor afinidad con ciudades de carácter militar. La morfología de los asentamientos mineros pronunciaba su función primaria, que requería de instalaciones específicas para extraer y procesar los minerales. Gutiérrez plantea que estas ciudades tendían a desarrollar formas orgánicas basadas en el aprovechamiento del relieve, su alto grado de espontaneidad -fruto de su origen- y su crecimiento por agregación rápida y tumultuosa -que se aproximaba más a la idea de campamento que a una ciudad- y, a medida que fueron consolidando su trazado, respondían a un orden generado básicamente de las formas de producción y fácil accesibilidad<sup>26</sup>.

San Francisco de La Selva fue un caso especial de ciudad minera pues su cuadrícula de 7X8 manzanas contrastaba con las formas características de los centros mineros coloniales que se diferenciaban por su estructura irregular, resultante de su origen, su crecimiento espontáneo y la complejidad geográfica de sus emplazamientos<sup>27</sup>. En el plano de San Francisco de La Selva, elaborado por Francisco Cortés el año 1722, se destacan los cerros que rodeaban a la ciudad por tres costados; esta imagen es semejante a los dibujos de otros asentamientos mineros donde el núcleo urbano tiene menor importancia gráfica en relación con la geografía, que es la protagonista del dibujo<sup>28</sup>. La descripción del paisaje en el plano de San Francisco de La Selva, contrasta con la esquemática representación de la ciudad porque sólo se describe la trama, los lotes y el nombre de sus propietarios y un círculo -posiblemente una fuente de agua- que señalaba el centro geométrico de la plaza.

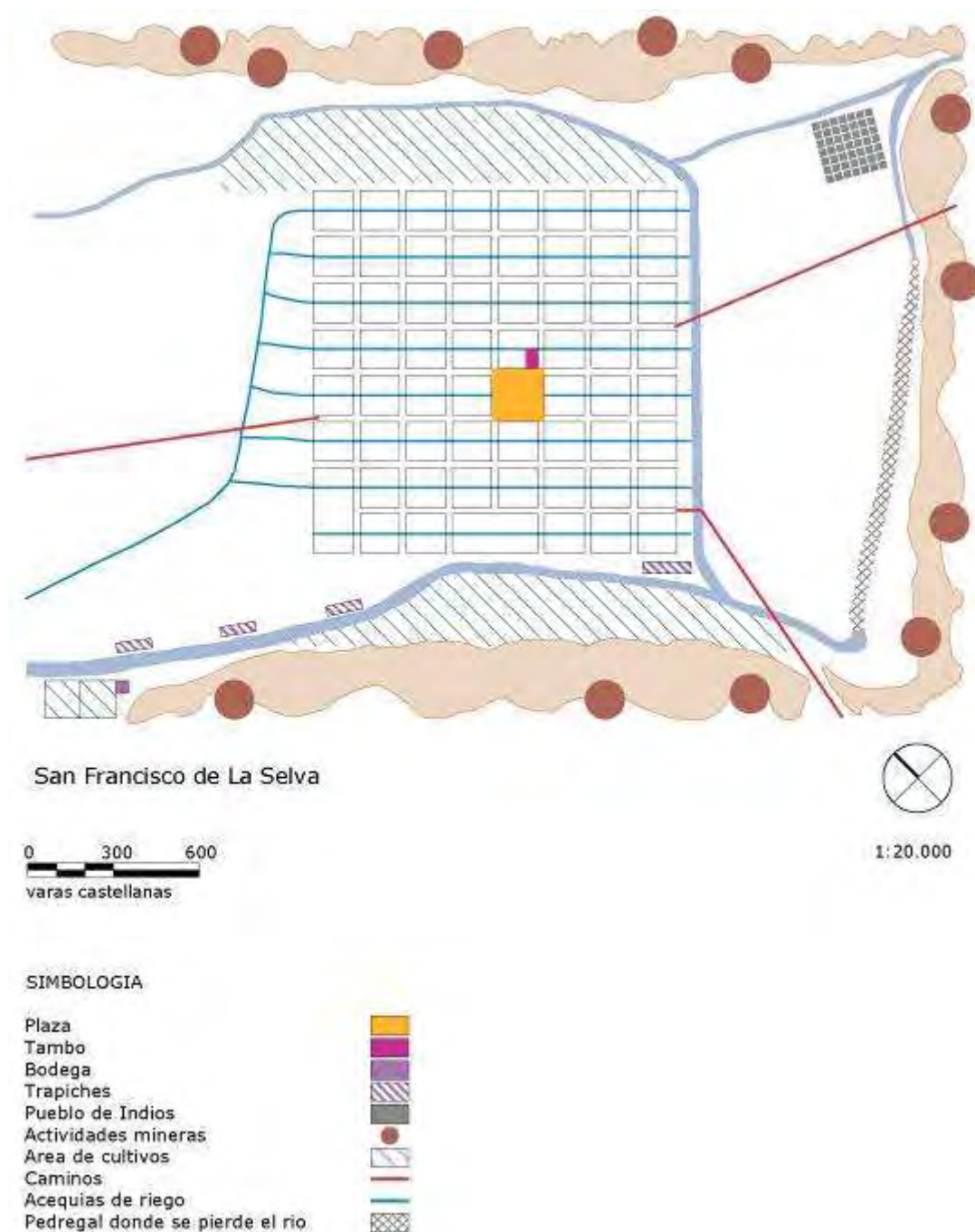
La tajante cuadrícula de San Francisco de la Selva parece exteriorizar una cierta autonomía morfológica de la ciudad en relación al paisaje circundante; no obstante, por su carácter minero tenía una fuerte dependencia con su entorno, cualidad que refleja el plano de 1722 por la expresividad de los elementos naturales y los textos explicativos que los identifican. Un antecedente sugerente del documento es que todos los solares fueron asignados, denotando la atracción que ejercían los centros mineros como foco de migraciones.

<sup>26</sup> Algunas ciudades mineras se originaron en antiguos núcleos, generalmente prehispánicos; pero la mayoría fueron resultado de la verificación de la calidad de las vetas de oro y plata y sistematización de la explotación. Información entregada por GUTIERREZ, Ramón: *Cultura urbana hispanoamericana y sus contactos con la experiencia portuguesa en Brasil. Modelo y Heterodoxias*. Comunicación que fue presentada en el *Colóquio A Construção do Brasil Urbano*. Convento da Arrábida, Lisboa 2000

<sup>27</sup> Las ciudades mineras también se destacan por su originalidad formal y funcional puesto que, por su ubicación en complejas topografías y expansión acelerada, desarrollaron formas de crecimiento no planificado que se expresaban en una estructura urbana casual y orgánica, excepcional dentro del urbanismo colonial hispanoamericano. VIVES AZANCOT, Pedro, op. cit. p.219.

<sup>28</sup> En un dibujo de Potosí, fechado por Hardoy en el siglo XVII, el cerro ocupa más de la mitad de la lámina. Otra imagen de Potosí es la vista en perspectiva, pintada el año 1758 por Gaspar Miguel de Berrío, donde se destaca el impresionante volumen del cerro y la compleja geografía que contrasta con la regularidad del área central de la ciudad, que se descompone hacia los bordes, en dirección a las minas. Entre 1571 y 1575, Potosí fue regularizada para ordenar el abastecimiento de aguas y el drenaje de las minas. Entre 1550 y 1555, Bartolomé de Medina establece el método de patio, que permitía obtener mayor cantidad de plata amalgamando este mineral con mercurio, sistema utilizado en México y Alto Perú desde 1572. VIVES AZANCOT, Pedro: *La ciudad iberoamericana: Expresión de la expansión ultramarina*. En *Historia Urbana de Iberoamérica. La Ciudad Iberoamericana hasta 1573*. Tomo I. op. cit. pp.218-219.





### Adaptación al sitio en la ciudad minera de San Francisco de La Selva

Fuente: Plan de la Villa de San Francisco de La Selva en el valle de Copiapó, levantado en 1722 por Francisco Cortés<sup>29</sup>

El plano de Francisco Cortés también describe elementos alusivos a las actividades mineras -trapiches y bodegas- y los caminos que comunicaban a la ciudad con los yacimientos y los pueblos de indios que proveían la mano de obra para los trabajos extractivos. La ubicación de las vetas está indicada con su nombre, tipo de mineral y distancias respecto a la ciudad; esta descripción detallada es idéntica a la que se

<sup>29</sup> Archivo General de Indias (AGI) Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 210.



utilizó en distintos planos de ciudades mineras<sup>30</sup>. La posición de San Francisco de La Selva, en el límite meridional del desierto de Atacama, y la aridez del clima fueron resaltados con la representación de un pedregal ubicado al sur oriente de la ciudad y una leyenda que lo puntualiza como *lugar donde se pierde el río*. La relevancia del agua se denota en la identificación de las tierras fértiles del valle del río Copiapó y las acequias de riego que se describen gráficamente y mediante textos explicativos.

San Francisco de La Selva no tenía construcciones comparables con la arquitectura monumental de las grandes ciudades mineras de México o Perú, porque las vetas de cobre que se explotaban en su territorio no alcanzaron un valor económico similar a las minas de plata<sup>31</sup>. A pesar de su jerarquía menor, en relación con otros centros mineros de la época, San Francisco de La Selva fue registrada en varios planos, lo que contrasta con ciudades análogas. Al respecto, Hardoy hace notar la escasez de planos de los asentamientos mineros históricos en los archivos y bibliotecas, incluso señala que hay importantes ciudades originadas en estos centros, como Zacatecas, de las cuales no se conoce documentación del período colonial<sup>32</sup>.

En el siglo XVIII, los planos de ciudades y regiones se realizaban para responder a distintos requerimientos, lo que explica la variedad de aspectos que describen y las diversas técnicas de representación; un tema relevante del período corresponde a la arquitectura militar. En mapas y planos sobre temas defensivos, por la importancia estratégica de los emplazamientos, predominan las referencias a la topografía que, con frecuencia, tienen más relevancia gráfica que las ciudades. Los dibujos de obras defensivas, por contener información detallada sobre la geografía, permiten analizar las relaciones morfológicas entre los núcleos urbanos y el territorio.

En contraste, los núcleos agrarios asentados en valles agrícolas no se representaron con tanta dedicación como las ciudades costeras o fuertes. Los mapas históricos de las fundaciones chilenas en los valles no se comparan, en cantidad y calidad, con la cartografía de algunos centros costeros. Los planos más completos corresponden a Santiago del Nuevo Extremo y evidencian la jerarquía de la ciudad en el sistema colonial y su triple función administrativa, religiosa y comercial. Un rasgo distintivo de los dibujos de Santiago era la descripción de las relaciones internas de la ciudad, más que informar sobre las condiciones de su sitio de fundación<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> Guanajuato tuvo el mayor crecimiento productivo del XVIII, período en que fue llamado el más rico Real de Minas de Nueva España; título que se lee en un dibujo del siglo XVIII con una vista del núcleo desde el cerro San Miguel. En la imagen se ve el trazado irregular de la ciudad compuesto por lotes de diferentes formas y tamaños combinados sin orden aparente pues, además, pierde densidad hacia las zonas de minas; en el sector norte, se ubica la plaza irregular. La ciudad presentaba un desarrollo longitudinal paralelo al cerro San Miguel. En un recuadro del plano se indica la edificación pública, lo que permite conocer el uso del suelo; en tanto los nombres de los cerros y ubicación de las minas se señalan por medio de textos escritos sobre los elementos geográficos. En un dibujo de Huancavélica del XVIII se distingue el trazado irregular de la ciudad, consecuencia de la topografía del sitio y de su forma espontánea de crecimiento. El autor anónimo, detalló la ubicación de los edificios principales, los puentes, almacenes, socavones, caminos, arrabales y las vetas del mineral. HARDOY, Jorge E. *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op. cit. p.242

<sup>31</sup> La riqueza de algunas ciudades mineras impulsó la construcción de arquitectura religiosa que se destacaba nítidamente de la modesta arquitectura civil; incluso poblados menores vinculados a la minería como el presidio de Saltillo, por el auge de la plata, tuvo una catedral que competía en su fastuosidad barroca con las catedrales de Zacatecas o San Luis Potosí. Chihuahua, beneficiada por la economía minera, en el XVIII construyó su catedral, de ostensible riqueza ornamental de fachadas. El minero José de Borda, fue mecenas de la iglesia parroquial de Santa Prisca y San Sebastián en Taxco, otra de las construcciones notables del barroco mexicano.

<sup>32</sup> Potosí es uno de los centros mineros más documentados gráficamente. Nació como campamento y su período de crecimiento, desordenado y veloz, se extiende desde la segunda mitad del XVI hasta mediados del XVII. Fue uno de los centros más desarrollados desde el punto de vista demográfico y el año 1630 llegó a ser la ciudad colonial más poblada de América. HARDOY, Jorge E: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op. cit. p.242

<sup>33</sup> Hardoy plantea que el escaso número de planos de ciudades administrativas en el siglo XVII queda compensado por la calidad de alguno de ellos. HARDOY, Jorge Enrique: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op. cit. p.113

Existe escasa cartografía de ciudades agrarias; hasta hay ejemplos sin información gráfica alguna; en comparación, aún las ciudades menores que se relacionaban con las rutas marítimas fueron temas cartográficos prioritarios y hay numerosos planos sobre ellas. Una excepción es la ciudad agrícola de San Carlos, representada en un dibujo del siglo XVIII que describe el trazado adaptándose a los cauces de agua del sitio, los caminos que se conectan con las calles del núcleo y el uso del suelo en su área de influencia. La presencia de varios esteros muestra que San Carlos disponía de tierras húmedas aptas para la ganadería que, en el plano, se representaron con siluetas de animales. El riego natural y el canal de regadío –construido al nororiente del núcleo– explican la existencia de seis haciendas localizadas junto a los esteros. La productividad de las haciendas es ostensible en sus amplias zonas de cultivos y su cercanía a los caminos que conducen a la ciudad expresa la interdependencia del núcleo urbano con estos centros productivos.



#### Adaptación al sitio en la ciudad agrícola de San Carlos

Fuente: Plano de la Villa Nueva de San Carlos realizado en el siglo XVIII por Juan de Ojeda<sup>34</sup>.

<sup>34</sup> Archivo Nacional, Santiago.

## 5.2 Naturaleza, paisaje y ciudad en el Siglo de La Razón

D'Alembert afirmaba que en su tiempo todo se había discutido, criticado, analizado y removido; desde los principios de la ciencia hasta los fundamentos de la religión, la metafísica, el gusto, la moral, la política, la música y el comercio; los resultados de esta agitación eran la nueva luz que se derramaba sobre los objetos y las nuevas oscuridades que los cubrían, revelándose cosas inesperadas<sup>35</sup>.

La revisión crítica del mundo y la voluntad de instaurar un nuevo orden cultural que surgía de los renovados cauces del pensamiento filosófico -mediante un conjunto de reformas sociales y económicas- ejercieron sus influencias sobre las teorías y praxis concernientes a diferentes campos de acción, como el urbanismo. En este contexto de revisiones, las ciudades se analizaron como expresión del dominio del hombre sobre la naturaleza, como realidad cultural compleja y estructura receptora de los cambios a los que, por un principio de causa y efecto, alienta y acelera.

Los conceptos genéricos de la época no fueron traspasados simultáneamente a las actuaciones específicas sobre las ciudades; sin embargo, el urbanismo occidental, especialmente desde la segunda mitad del XVIII, puede ser analizado a la luz de las nuevas visiones porque el impacto de las transformaciones económicas, sociales y políticas en el desarrollo de las ciudades fue significativo. Las reformas impregnaron a todas las manifestaciones culturales; por lo tanto, es posible deducir que algunas innovaciones urbanas relevantes tuvieron su origen en tales planteamientos.

La búsqueda europea de un nuevo orden social y económico -que se traspasó hacia América- motivó cambios en la forma de ocupación del espacio urbano y el territorio que alcanzaron complejidades diferentes según el grado de difusión de las ideas, el nivel de conocimiento científico, las nuevas destrezas de los técnicos, la capacidad de gestión de las autoridades locales y las insuficiencias o posibilidades específicas en cada ciudad o región. En algunos Estados europeos, las aspiraciones de progreso y felicidad ciudadana inspiraron una serie de acciones gubernamentales dirigidas a establecer una administración más ordenada; en estos ejemplos, las reformas y la renovación en la gestión gubernamental no fueron resultado de presiones populares -como ocurrió en Francia- o de grupos burgueses, sino decisiones de la autoridad<sup>36</sup>.

Varios gobernantes europeos, interesados en adscribirse a la vanguardia ideológica, mantenían contactos con los filósofos y sus ideas. Paolo Sica señala que Catalina II conocía a los enciclopedistas y mantenía correspondencia con algunos, coleccionaba dibujos de Piranesi y Clerisseau, difundió las ideas ilustradas y convirtió al francés en idioma oficial de la corte rusa. El emperador Leopoldo II de Austria hizo pintar su retrato oficial sosteniendo una copia de *El Espíritu de las Leyes*, como símbolo de su adhesión a las reformas<sup>37</sup>. En Portugal, las nuevas ideas se concretaron mediante la acción de los funcionarios que estaban bajo el mando del Marqués de Pombal, quien dirigió la reconstrucción de Lisboa tras la ruina causada por el terremoto e incendio de 1775. En Italia -fragmentada en ducados, repúblicas y los Estados Pontificios- los cambios fueron más débiles y variables, destacándose la obra de los Duques de Lorena, en la región de la Toscana.

<sup>35</sup> D'ALEMBERT, Jean Le Rond: *Elementos de Filosofía*. En *Melanges de literature, d'histoire et de philosophie*. 1758. pp.1 y ss. Citado por OLABUENAGA, Alicia: Introducción de *Abstract* de David Hume. Editorial Humanitas. Serie Clásicos del Pensamiento. Barcelona 1983. pp. 7-8

<sup>36</sup> SICA, Paolo: *Historia del Urbanismo. El Siglo XVIII*. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L.) Edición española del título original *Storia dell'Urbanistica. Il Settecento*. Laterza & Figli Spa. Roma-Bari 1979. Traducción de Joaquín Hernández Orozco. Madrid, 1982. pp. 123-124

<sup>37</sup> El interés de Catalina II por la filosofía ilustrada no le impidió confiscar una traducción de Voltaire cuando el triunfo de los revolucionarios franceses era celebrado por la nobleza rusa; situación que inició la ruptura entre la autocracia zarista y las clases cultas de la sociedad rusa. SICA, Paolo: *Historia del Urbanismo. El Siglo XVIII*. op. cit. pp. 123-124, 141-157.

En España, el modelo francés de gobierno<sup>38</sup> fue introducido por Felipe V a partir de la instauración de un sistema de administración basado en la acción de ministros, que reemplazó la estructura conciliar de los Habsburgo. El interés por integrar las corrientes renovadoras que prosperaban en otros países europeos alcanzó su mayor expresión en el reinado de Carlos III, quien continuó con la tendencia ilustrada de tomar decisiones asesorado por ministros, consejeros y los funcionarios reales que suscribían las nuevas ideas.

En el Nuevo Mundo, la divulgación de los principios ilustrados fue fundamental para acelerar los procesos históricos. Las colonias inglesas -orientadas por los escritos de los filósofos franceses y las influencias de Franklin y Jefferson- consagraron las nuevas ideas políticas en la ***Declaración de la Independencia*** de 1776; por lo tanto se adelantaron trece años a las reformas sociales francesas que culminaron con la revolución de 1789 y el fin del Antiguo Régimen en Francia. Las ciudades coloniales fundadas por España se diversificaron funcionalmente; a los núcleos defensivos se le asignaron funciones administrativas y comerciales; las ciudades fundadas como enlaces en las redes de comunicaciones terrestres adquirieron funciones específicas relacionadas con el comercio y la distribución de productos apetecidos como azúcar, café, cacao, tabaco o añil. Las ciudades que ya tenían algunas especializaciones se articularon activamente al sistema de comunicaciones por medio de una renovada red de caminos y puertos.

Las ciudades portuarias fueron objetivo de las principales reformas urbanas debido al cambio en la política española de comercio que culminó con la autorización del comercio libre entre España y las colonias americanas y de éstas entre sí<sup>39</sup>. En este contexto, las ciudades comerciales incrementaron su funcionalidad extendiendo los servicios que otorgaban y tendieron a especializarse asumiendo nuevas funciones relacionadas con los cambios del sistema financiero colonial, que comprendía desde operaciones con instituciones oficiales -como bancos y Casas de Monedas- hasta el contrabando y las actividades clandestinas de los prestamistas.

Los centros administrativos y religiosos, alcanzaron mayor relevancia comercial por el aumento en la demanda de diferentes productos europeos, que llegaban a través de los envíos controlados por la Corona española; inclusive el contrabando creció en importancia por el mayor volumen de mercancías y el crecimiento de las redes de

<sup>38</sup> Inglaterra fue la única potencia europea que se apartó del modelo absolutista propuesto por Francia. La racionalización de las técnicas y actividades agrícolas le ayudaron a sostener el mayor crecimiento demográfico de Europa. El aparato administrativo, organizado en fracciones con los nobles como señores de sus dominios, regulaba el poder repartido entre la nobleza y el rey, que era controlado por el parlamento, entidad que limitaba la acción monárquica. El sistema político y la revolución puritana del siglo XVII permitieron la tolerancia religiosa y la libertad económica individual que, además, se favoreció con el comercio colonial. La intensa actividad empresarial tuvo como efecto cambios en la ocupación del territorio; Bristol, Londres, Liverpool y Glasgow se transformaron en focos de desarrollo territorial; otras ciudades como Bath y Nuevo Edimburgo fueron reformadas para adecuarse a los nuevos ideales de vida urbana. SICA, Paolo: *Historia del Urbanismo. El Siglo XVIII*. op.cit. pp. 65-68

<sup>39</sup> Las amenazas económicas a las colonias americanas constituían una dificultad grave para la Corona española. El comercio ilícito y el contrabando entre las Indias y algunas naciones europeas, se vio agravado con la creación de puertos libres en los territorios franceses en América. A esto se suma la promulgación por parte de Inglaterra de la *Free Ports Acts* de 1766. Para enfrentar esta situación, se efectuaron varias reformas en la política comercial española que comienzan con la eliminación del monopolio comercial de Sevilla y Cádiz y culminan con el comercio libre entre España y las colonias y de éstas entre sí. En el gobierno de Fernando VI se autorizó a una compañía catalana a comerciar con Puerto Rico, Santo Domingo, La Margarita y Honduras. En este sentido, la reforma más notable se realizó en el gobierno de Carlos III, con la paulatina eliminación de las restricciones comerciales entre España y sus colonias. En 1764 se establece un servicio mensual de comercio entre La Coruña y La Habana. En 1765 se abrió el libre comercio de Las Antillas con Barcelona, Alicante, Cartagena, Málaga, La Coruña, Gijón y Santander. En 1778 fue promulgado el reglamento que permitía a los pueblos españoles comerciar libremente con todos los puertos de América, exceptuando México y Venezuela, que mantenían monopolios con Cádiz y San Sebastián. El año 1780 se eliminaron las restricciones que permanecían, perdiéndose el monopolio de la Compañía de Caracas y a partir de 1789 fue posible comerciar libremente con México.

distribución. El incremento de la complejidad funcional también se expresaba en las dinámicas de las plazas mayores porque, sus originales funciones -representativas, jurídicas y comerciales- se complementaron con un intercambio cultural más activo y nuevas formas de recreación.

La funcionalidad múltiple fue generando transformaciones en la estructura e imagen urbana de las ciudades. La construcción de edificios para albergar nuevas funciones comerciales, financieras o culturales fueron decisivas para modificar la jerarquía de diferentes sectores urbanos, alterar la homogeneidad de la cuadrícula fundacional y otorgar nuevos significados a los espacios de uso colectivo. En Chile, los cambios en la imagen urbana de las principales ciudades también fueron consecuencias de la construcción de edificios relacionados con el impulso económico como las aduanas e instalaciones portuarias. Estas obras de arquitectura, aunque eran importantes por sus dimensiones y significado, no desplazaron en monumentalidad a la arquitectura religiosa. Una excepción ocurrió en Santiago del Nuevo Extremo donde, con el fin de promover la actividad financiera, se construyó la Casa de Moneda -actual sede del gobierno- que superó en tamaño y trascendencia a otros edificios de la ciudad.

María Graham, viajera inglesa que visitó Chile en 1822 -doce años después de la declaración de la Independencia- describió a la Casa de Moneda como un soberbio edificio, con bellas columnas y pilastras dóricas que cubrían dos pisos; tenía talleres en la planta baja y los departamentos de los empleados arriba. Desde una hermosa puerta, se accedía a un edificio interior, *semejante a un templo*<sup>40</sup> donde estaban el tesoro, las prensas y los laboratorios de ensayos.



**Casa de La Moneda de Santiago. Alzado principal<sup>41</sup>**

Jorge Vancouver también se refiere a la Casa de Moneda como una obra digna de la atención de los viajeros porque no tenía semejante en Nueva España; destacó su estilo dórico, buena disposición, comunicaciones cómodas y fáciles entre todas sus partes<sup>42</sup>. La Casa de Moneda se situaba a cinco cuadras al sur de la plaza principal y según Vancouver esta ubicación fue bien elegida, era sana y el local espacioso<sup>43</sup>. En su detallado relato, Vancouver pondera las dimensiones del edificio, con su fachada principal -al norte- de 150 varas de longitud; una gran puerta de entrada con ocho columnas; dieciocho ventanas en el piso principal y el superior, todas con balcones; las fachadas del este y oeste, de 178 varas de largo, decoradas como la principal con columnas, balcones y escudos que tenían divisas alusivas al destino del edificio. El patio central, de 45 varas por lado, fue embellecido con columnas, arquivoltas, frisos y cornisas<sup>44</sup>.

<sup>40</sup> María Graham escribió en su Diario que iba a describir el edificio como *demasiado espléndido para Chile*, olvidando que había sido construido por el gobierno español para el ensayo y amonedación de los productos de sus ricas minas, que la metrópoli consideró largo tiempo como el único objeto digno de atención en sus dominios americanos. GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile (1822) y de su viaje a Brasil* op.cit. p. 277.

<sup>41</sup> Archivo de Indias de Sevilla. Mapas y planos de Perú y Chile, 242. Fechado en el año 1800

<sup>42</sup> VANCOUVER, Jorge: *Viaje a Valparaíso y Santiago*. op.cit. p.69

<sup>43</sup> VANCOUVER, Jorge: *Viaje a Valparaíso y Santiago*. op.cit. pp.69-70

<sup>44</sup> Los muros eran de ladrillos, el mortero de cal de conchas y por el interior tenían una capa de estuco blanco. Los hierros, balcones, balaustradas y rejas fueron traídos de España. La madera es de encina exceptuando las puertas y ventanas que son de ciprés. VANCOUVER, Jorge: *Viaje a Valparaíso y Santiago*. op.cit. pp.69-70



El programa de la Casa de Moneda, desarrollado por Joaquín Toesca en dos plantas, comprendía grandes recintos para depositar las materias primas y utensilios para el ensaye y refinación de metales preciosos, talleres, oficinas, enfermería y capilla<sup>45</sup>.

En contraste con Europa, particularmente con Inglaterra, donde las construcciones civiles eran iniciativas privadas; en Chile, la arquitectura monumental del XVIII fue resultado exclusivo de acciones gubernamentales. Estas edificaciones, en particular la Casa de Moneda de Santiago -que Gutiérrez<sup>46</sup> considera como la obra maestra del neoclasicismo colonial- permitieron arraigar el estilo neoclásico y, en contraste con otras colonias americanas donde predominaba el barroco, también se utilizó en la arquitectura religiosa. Además, los ingenieros militares encargados de las defensas eran activos difusores del neoclásico y participaron en proyectos de iglesias<sup>47</sup>.



**Casa de La Moneda en Santiago. Plazuela de La Moneda y modelo histórico**

Fuentes: Grabado de George Scharf<sup>48</sup> y fotografía de modelo histórico<sup>49</sup>

<sup>45</sup> Vancouver describe el programa del edificio desde la entrada principal que conducía a un vasto salón; a la derecha estaba el departamento del superintendente y a la izquierda el del auditor; en las dos alas funcionaban las oficinas de cuentas -donde se pesaba el oro y la plata- la tesorería, el local de los empleados del auditor, la capilla, etc. Después de atravesar el patio del lado de los talleres donde se fundían las materias se llegaba a un corredor de 14 varas de ancho que giraba alrededor de los talleres y oficinas contiguas. La Casa de Moneda también servía como residencia de los oficiales de moneda, empleados y obreros. VANCOUVER, Jorge: *Viaje a Valparaíso y Santiago*. op.cit. pp.69-70

<sup>46</sup> GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op. cit. p. 243

<sup>47</sup> El ingeniero Leandro Badarán diseñó un proyecto para la catedral de Concepción, que no se realizó

<sup>48</sup> El grabado de George Scharf se hizo en base a un dibujo de Juan Diego. Publicado en *Travels into Chile over The Andes in the years 1820-1821*. Impreso por Rowney y Forster, Londres 1824

<sup>49</sup> Maqueta de Santiago en la época colonial. Colección Museo Histórico Nacional de Santiago



### 5.2.1 El orden de la naturaleza y su traspaso al orden de la ciudad

En el siglo XVIII, el debate concerniente al arte y el urbanismo, análogamente a las discusiones científicas y teológicas, se relacionaba con las teorías filosóficas sobre la naturaleza y sus leyes. Al respecto, Cassirer manifiesta que la imagen moderna del mundo se originó y configuró a partir del nuevo conocimiento de la naturaleza; un conocimiento que, antecedido por el avance logrado durante los siglos XVI y XVII, permitió cambiar la forma estática de la imagen antigua y medieval del mundo; los conceptos de espacio y tiempo se ampliaron hasta el infinito y no podían contenerse dentro de los límites establecidos por la cosmología antigua, los cuerpos de la teoría platónica o en números y medidas finitas<sup>50</sup>.

Cassirer explica que para el pensamiento ilustrado, en lugar de un mundo único, había infinitos mundos; cada uno era sólo una fase del inagotable proceso vivo del universo; la idea esencial no era la extensión infinita del mundo o de la naturaleza sino considerar a la razón como una fuerza que mide y acota, no para delimitar la infinitud del mundo o de la naturaleza, sino para descubrir sus leyes que todo lo abarcan y penetran; Cassirer explica que en esta hipótesis, inicialmente planteada por Giordano Bruno<sup>51</sup>, radicaba la noción de naturaleza determinada por dos fuerzas aparentemente contrapuestas; una representaba lo singular y otra lo universal; una se relacionaba con la sensibilidad y la otra con el entendimiento<sup>52</sup>.

Según Ernst Cassirer, el nuevo concepto de naturaleza -que desde el renacimiento se fue perfilando progresivamente con las teorías de Descartes, Spinoza y Leibniz- estableció una nueva relación entre sensibilidad y racionamiento, entre experiencia y pensamiento, entre el *mundus sensibilis* y el *mundus intelligibilis*. La naturaleza para la escolástica medieval era accesible por los sentidos y representaba el mundo del saber que se oponía al mundo de la gracia, al cual se accedía por medio de la revelación. La escolástica buscó armonizar ambos mundos considerando a la razón como servidora de la revelación y conducente a ella<sup>53</sup>.

Ernst Cassirer señala que para el pensamiento renacentista, junto a la verdad de la revelación estaba la verdad de la naturaleza; una verdad autónoma y radical, que no surgía solamente de la palabra de Dios sino que se manifiesta en toda su obra, incluyendo a la naturaleza. La verdad tampoco estaba únicamente en las Sagradas Escrituras o las tradiciones porque se presenta permanentemente ante los ojos del hombre y es comprensible para quien sepa descifrarla. Esta visión de la naturaleza, que en tiempos de Galileo era sólo un juicio, con los descubrimientos de Newton se convierte en realidad. Cassirer dice que en el siglo XVIII se admiraba la *Teoría de la Gravitación* porque no sólo se expresaba en el campo delimitado por un fenómeno particular sino que tenía valor universal. Newton<sup>54</sup>, al descubrir que las leyes que rigen a las partes se encuentran en la totalidad de universo, también descubrió un principio de orden que determinaba relaciones permanentes entre individualidad y totalidad; un orden que no sólo podía ser aplicado a la naturaleza sino también a la

<sup>50</sup> CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. Fondo de Cultura Económica. Sección obras de filosofía. Tercera Edición en español, revisada, del título original: *Philosophie der Aufklärung*. México 1984. pp. 54-56

<sup>51</sup> Para Giordano Bruno la naturaleza en cuanto orden se manifiesta en la infinitud y en la individualidad, característica que permite distinguir los rasgos propios de cada objeto que pertenece a la infinitud. La parte, según Bruno, no sólo está en el todo, sino que frente a él se expresa su singularidad. El orden natural es la relación entre lo singular y lo universal, entre la parte y el todo; relación que la propia naturaleza revela y manifiesta

<sup>52</sup> CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. op.cit. p. 56

<sup>53</sup> CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. op.cit. pp. 56-57

<sup>54</sup> Newton, al descubrir un principio universal que supeditaba a los fenómenos particulares, afirmó el camino del análisis para acceder al conocimiento. En el método analítico, la observación de los fenómenos particulares era lo dado y el principio o ley que los rigen es lo buscado. La razón, que era la fuerza conducente a la verdad, separa lo dado, lo descompone y reconstruye; en la reconstrucción está la comprensión.

filosofía<sup>55</sup>. Newton, al establecer un principio de orden universal que supeditaba a los fenómenos particulares, confirmó la importancia del análisis como camino para acceder al conocimiento. Para el método analítico, la observación de los fenómenos era lo dado y los principios que los rigen era lo buscado. La razón -fuerza espiritual conducente a la verdad- separa lo dado, lo descompone y lo reconstruye; en esta reconstrucción radica la comprensión. La admiración de los intelectuales del XVIII por Newton se pronunció en obras como el proyecto para su cenotafio, realizado por Etienne-Louis Boullée.

El pensamiento del siglo XVIII planteaba que había llegado el momento en que el hombre podía penetrar en los secretos de la naturaleza, los que serían examinados a la luz del entendimiento. Por esto, era preciso cortar los vínculos entre la teología y la física; así, se otorgaba al conocimiento un dominio autónomo donde no existían coacciones autoritarias y por lo tanto podía moverse libremente, y por esta libertad, alcanzar conciencia de sí mismo y de su potencialidad. Para la ciencia ilustrada, las interpretaciones subjetivas o los argumentos metafísicos que, tradicionalmente, se anteponian a la idea de naturaleza impedían acceder a su conocimiento. En el siglo XVIII, la naturaleza fue estudiada registrando sus leyes mediante la observación, el experimento y el cálculo; estos métodos permitirían entender el orden del mundo, que subyacía en la naturaleza, porque ésta se explica por sí misma<sup>56</sup>.

Los principios de orden -que se descubrían y expresaban racionalmente al estudiar y exponer la geometría oculta en la naturaleza- se consideraban leyes para orientar a la ciencia, la filosofía, la estética y la poesía. En el pensamiento ilustrado, verdad, naturaleza, razón y estética eran expresiones del mismo orden. La estética imitaba a la teoría de la naturaleza postulando principios de armonía que eran una mimesis del orden natural; análogamente, se pensaba que el arte debía sostenerse en leyes inviolables y universales sometidas a un principio único<sup>57</sup>.

La naturaleza como modelo de orden para el arte es un tema analizado de manera extensa y profunda por distintos pensadores. Assunto, en su *Naturaleza y razón en la estética del setecientos*, expone las analogías entre formas naturales y artísticas que surgió en Inglaterra a fines del siglo XVIII; plantea que en esa época las obras de arte debían actuar como la naturaleza no sólo en el sentido de crear imágenes capaces de reproducir las apariencias y figuras del mundo natural, sino porque en el modo de dar forma a sus propias imágenes, el arte operaba de manera semejante a la naturaleza y generaba formas de belleza comparable a las bellezas naturales. Sin embargo, aclara que la idea de la semejanza del arte con la naturaleza no se refiere a la exactitud en la apariencia; la similitud radica en la vitalidad del arte cuando no está sometido al rígido control del intelecto que, a su vez, intentaba someter a la naturaleza a sus reglas<sup>58</sup>.

Ver a la naturaleza como modelo de orden no significaba que el orden natural podía traducirse a unas simples y constantes leyes geométricas o a una fórmula capaz de expresar el misterio del universo. Leibniz anticipó esta idea al suponer un universo pluralista, donde las partes se relacionan no en la uniformidad sino en la infinitud. La variedad infinita expresa la unidad del mundo porque la naturaleza se conforma y transforma de variadas maneras. La naturaleza es fecunda y produce en sí misma muchos cambios; por esto, conocer sus leyes no consistía en la fijación de una de sus características sino en comprender las leyes de continuidad entre un momento

<sup>55</sup> CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. op.cit. p. 61

<sup>56</sup> CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. op.cit. pp. 63-64

<sup>57</sup> CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. op.cit. pp. 310-311. Alexander Pope sostenía que la medida y el orden de la naturaleza guían, definen y fundamentan al arte

<sup>58</sup> ASSUNTO, Rosario: *Naturaleza y razón en la estética del setecientos*. Editorial Visor. Colección La Balsa de la Medusa, 20. Madrid 1989. Edición en español del título original *Stagioni e ragiono nell'estetica del settecento*. Milano 1967. pp.65-66

y otro<sup>59</sup>. Considerar que la naturaleza era modelo para el arte suponía aceptar su variedad y complejidad<sup>60</sup>. Así, expresar el orden de la naturaleza en el arte no sólo concernía a soluciones plásticas sino a una concepción de mundo. Esta idea también era válida para las ciudades, consideradas como estructuras que debían contener y exponer principios ordenadores vinculados a una visión del mundo.

Diderot<sup>61</sup> propone una mirada dinámica al mundo cuando sostiene que la naturaleza es diversidad, todo cambia y todo pasa, sólo el orden universal permanece; plantea que lo esencial no era la definición de la naturaleza sino su descripción, entendida como una medición exacta donde se despliega toda su riqueza y variedad. En este contexto, el debate urbanístico estaba orientado a perfeccionar a las ciudades como estructuras que debían y podían ordenarse racionalmente. Sin embargo, definir un orden urbano racional no era un objetivo en sí mismo, sino una forma de respuesta a la búsqueda de progreso, bien común y felicidad ciudadana.

La aspiración de progreso suponía dos acciones básicas: la primera era impulsar la economía de las ciudades, regiones y naciones<sup>62</sup>; otra era acelerar la evolución de las sociedades urbanas mediante el intercambio cultural que posibilitan los espacios de uso colectivo. El bien común y la felicidad ciudadana -además de su relación con el desarrollo económico- debían reflejarse en ciudades ordenadas y limpias, donde la presencia visible de la naturaleza era la principal cualidad de un ambiente urbano positivo. Sica se refiere a este ideal urbano cuando explica que en la primera mitad del siglo XVIII, Estanislao Leszczyński, gobernante del Ducado de Lorena -entonces bajo influencia francesa- amigo de Voltaire y Montesquieu y un firme adherente a la filosofía ilustrada, escribió un relato utópico para explicar un renovado orden social que tenía por escenario a la ciudad capital de la isla de Dumocala, establecida bajo las nuevas ideas<sup>63</sup>.

*Es una ciudad inmensa, con calles limpias, anchas y bien trazadas; el aire parecía tan saludable como el del campo*<sup>64</sup>

Las características morfológicas de la ciudad ideal -grandes dimensiones y trazado- eran cualidades de las ciudades coloniales; por esto, en América no resultaba difícil actualizar a los centros urbanos. Otros atributos de la ciudad ideal eran la higiene, la incorporación de la naturaleza en el orden urbano y una arquitectura doméstica simple. Varias de estas cualidades se reforzaron en las ciudades coloniales.

Los sueños y también las denuncias de escritores, filósofos y arquitectos respecto a la necesidad de renovar, social y formalmente a las ciudades fue un tema clave del debate urbanístico en la Francia del siglo XVIII. Voltaire, en *Des embellissements de París* -escrita el año 1749- especificó las incongruencias urbanas que delataban las calles estrechas, los barrios insalubres y la escasez de plazas, fuentes, mercados y salas de espectáculos. Pierre Patte, situado en la vanguardia de la crítica y teorías urbanas del siglo XVIII, proponía organizar a las ciudades en concordancia con las explicaciones de las ciencias y el arte respecto del orden natural; comprendía a la ciudad como un conjunto de fragmentos nítidamente individualizados que, al mismo

<sup>59</sup> CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. op.cit. pp. 75-110.

<sup>60</sup> Assunto indica que en los jardines de Herrenhausen donde Leibniz se inspiró para su argumentación al observar que no había dos hojas iguales en una misma planta por lo que no se puede reducir el individuo-cualidad a una simple cantidad, a un número. ASSUNTO, Rosario: *Ontología y teleología del jardín*. Traducción de Mar García Lozano del título original *Ontología e teleología del giardino*. Editorial Tecnos. Colección Metrópolis. Madrid, 1991. p. 37

<sup>61</sup> CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. op.cit. p. 112

<sup>62</sup> Sambricio se refiere a la nueva imagen de ciudad y a la valoración del territorio en su relación con la preocupación esencial de fomentar la riqueza de la nación. SAMBRICIO, Carlos: *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. op.cit. p. 31

<sup>63</sup> SICA, Paolo: *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op.cit. p. 33

<sup>64</sup> Cita de Sica de la obra de S. Leszczyński: *Entretien d'un Européen avec un insulaire du royaume de Dumocala*. París 1752. En: SICA, Paolo: *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. p. 33

tiempo, debían formar parte de una totalidad integrada. Paolo Sica sostiene que al plantear una ciudad de estas características, Patte se anticipó a las propuestas de la filosofía enciclopedista, que propuso ciudades organizadas apelando a cierto decoro formal<sup>65</sup>. Para solucionar diversos problemas urbanos, Patte realizó varios proyectos enfocados en París; en 1763 escribió un artículo sobre la iluminación de la ciudad y el año 1799 publicó una memoria referente la descentralización de los cementerios. Estas ideas urbanísticas eran parte de su *Plan de París* donde integró las propuestas del concurso realizado en 1749 para concretar una place royale dedicada a Luis XV. Sibyl Moholy-Nagy<sup>66</sup> señala que en el plan de Patte, la ciudad estaba ordenada por una serie de episodios urbanos, identificados con las plazas reales; cada uno definía un cosmos particular, dominado por la estatua del rey, al cual concurrían las calles adyacentes. A partir de la superposición de los proyectos sobre el trazado de París, Patte proponía un orden pluricéntrico, conformado por un conjunto de situaciones urbanas individuales pero vinculadas entre sí<sup>67</sup>.

Una ciudad bella debía ser ordenada pero no era necesario que las casas estuvieran dispuestas con extrema regularidad, en manzanas cuadradas o en paralelogramos; era conveniente evitar la monotonía y excesiva uniformidad mostrando un contraste morfológico para que los distintos barrios no se confundieran<sup>68</sup>. Patté sostenía que el orden debía radicarse en las tramas de calles, en los accesos a los barrios para transportar mercancías, en la libre circulación de los vehículos y en la posibilidad de relacionar al centro de la ciudad y la periferia, configurándose recorridos expeditos que presentaran una continua diversidad para despertar, sin pausa, la curiosidad<sup>69</sup>.

Laugier también planteaba que las ciudades debían ser estructuras ordenadas, con individualidades articuladas de modo coherente para formar un todo compuesto por fracciones diversas, pero relacionadas<sup>70</sup>. Señala que las ciudades eran un *montón de casas apiñadas de cualquier manera, sin sistematización, sin planificación, sin diseño*<sup>71</sup>. Para Laugier la ciudad debía ser semejante a un bosque de plazas y calles, con cualidades como singularidad y contraste, variedad y orden; a la vez, mostraba

<sup>65</sup> SICA, Paolo. *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. p. 277

<sup>66</sup> Moholy-Nagy fija la fecha del Plan de Patte en 1746, tres años antes de la realización del concurso de la place royale, en 1749. MOHOLY-NAGY, Sibyl: *Urbanismo y Sociedad. Historia ilustrada de la evolución de la ciudad*. Primera edición española del original *Matrix of Man*. Frederick A. Praeger, Publishers. New York 1968. Traducción de Ursula Lindström. Editorial Blume. Barcelona 1970. p.73

<sup>67</sup> En su Plan de París, Patte plantea reestructurar la ciudad siguiendo un plan regulador que señalaba áreas y espacios urbanos a conservar. Proponía un plano de la ciudad que indique los monumentos y barrios históricos de mayor homogeneidad, claridad de trazado y carácter individual. Postulaba que se debían derribar las obras que atentaban contra la belleza de la ciudad como las construcciones sobre puentes o con formas góticas. En *Mémoires sur les objets les plus importants de l'architecture*, publicada en 1769, Patte completó su teoría de la construcción de la ciudad exponiendo unas ideas que, para Paolo Sica, son de carácter más ingenieril que sistemático. Asoció a la higiene urbana con la depuración de las aguas y su distribución, localización de cementerios e industrias, eliminación de residuos y aguas negras, orientación higiénica de las calles y protecciones contra incendios en los edificios. La organización de la ciudad, para Patte, no debía considerar sólo el embellecimiento sino una estructuración completa de sus partes y servicios, racionalmente adecuada a las necesidades de los ciudadanos. PATTE, Pierre: *Mémoires sur les objets les plus importants de l'architecture*. París 1769. Citado en SICA, Paolo: *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. pp. 60, 276.

<sup>68</sup> Para Sica, el plan de Patte fue un intento por realizar un programa general de renovación basado en la descentralización de las áreas de equipamiento de Les Halles, los cementerios y el Hôtel-Dieu para lograr la reconstrucción de l'Île de la Cité; proyecto que en 1785 tratará de realizar Poyet, de acuerdo a las indicaciones de Patte. SICA, Paolo: *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. pp. 59-61

<sup>69</sup> Cita de Sica del texto de M. Mathieu: *Pierre Patte, sa vie et son oeuvre*. París 1940. En SICA, Paolo: *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. p. 60

<sup>70</sup> Laugier señala estos principios en su célebre *Essai sur l'architecture*. Citado por SICA, Paolo. *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. p. 274-277. Para Laugier, la belleza de un edificio se relacionaba con la aplicación racional de los elementos. PATETTA, Luciano: *Historia de la arquitectura (antología crítica)*. Edición en español del original *Storia dell'Architettura. Antología crítica*. Etas Libri, 1997. RCS Libri e Grande Opere S.p.A. Traducción de Jorge Sainz Avia. Celeste ediciones. Madrid 1997. p. 316

<sup>71</sup> LAUGIER, Marc-Antoine: *Ensayo sobre la arquitectura*. Versión en español del título original *Essai sur l'architecture*, publicada en París en 1755. Traducción de Maysi Veuthey Martínez y Lilia Maure Rubio. Ediciones Akal, Madrid 1999. p.127

su desaprobación por las tortuosas calles de París, tan estrechas y llenas de recodos y ángulos que duplicaban la distancia desde un sitio a otro<sup>72</sup>. Francesco Milicia –un seguidor de Laugier respecto a la concepción del plano urbano como una estructura donde debían equilibrarse diversidad y simetría, orden y desorden- proponía que la ciudad se subdividiera en bellezas particulares y diferentes, para el orden emergiera de la confusión; los elementos que componían la planta urbana debían ser rectos y ordenados, dispuestos sin monotonía para que la conjunción de porciones regulares diera al todo una apariencia de irregularidad<sup>73</sup>. Igualmente, Quatremere de Quincy, en la definición de ciudad que incorporó al *Dizionario stórico di architettura*, destacó la importancia del contraste variedad-unidad y de un principio -sistema constante- capaz de ordenar las diversas partes de una estructura urbana.

*La planta de una ciudad se disponga de tal modo que su magnificencia nazca de una infinidad de bellezas particulares y siempre diversas...al recorrerse sus barrios, uno detrás de otro, cada uno de ellos pudiese ofrecer, dentro de un mismo sistema de unidad, un espectáculo variado de monumentos...*<sup>74</sup>

En España, la relación entre orden y variedad también fue parte del debate sobre la ciudad. Sambricio, citando a Ponz, señala que la uniformidad debía estar presente en las calles que se conectaban con el centro, pero las plazas de los barrios debían variar para alcanzar una nueva belleza y causar deleite y novedad a los ojos de los moradores; Ponz proponía plazas rectangulares, circulares, elípticas y otras de tres, seis y ocho ángulos<sup>75</sup>. La idea de pluralidad morfológica se aplicó en los trazados de La Carolina, La Luisiana, La Carlota y otras fundaciones realizadas en Sierra Morena y Andalucía para fomentar la agricultura; también se adoptó para las poblaciones industriales de Nueva Baztán y San Fernando de Henares y en enclaves portuarios como El Ferrol Nuevo, La Barceloneta y el puerto de Águilas en Murcia.

Aunque muestran diferencias, la mayoría de las poblaciones fundadas en España en el siglo XVIII tenían traza ortogonal; Oliveras propone buscar los antecedentes más directos a este tipo de ordenación en la colonización de América<sup>76</sup> y en los ejemplos de colonización interior de Jaén de 1508; plantea que entre los siglos XVI y XVIII se produjo una relación de ida y vuelta entre las experiencias colonizadoras de Europa y América; asimismo, sostiene que las nuevas poblaciones españolas del siglo XVIII reflejan la admiración por el orden romano y el arte de la castrametación porque los trazados de La Carolina, de Prado del Rey o Nueva Tabarca son ejemplos de mallas urbanas dispuestas a partir de dos calles perpendiculares, semejantes al *cardus* y al *decumanus* de los campamentos romanos. Los encargados de poner en práctica estos principios ordenadores fueron los ingenieros militares<sup>77</sup>.

La Carolina, trazada por Carlos Lemaury en 1779, estaba organizada en una retícula ortogonal -con manzanas rectangulares estructuradas a partir de dos ejes rectos y perpendiculares- contenida en un hexágono; también se generaban variaciones por el tamaño y la forma de las parcelas. En Prado del Rey, las manzanas cuadradas de 30X30 m se combinaron con otras rectangulares de 60X30 m; Villanueva de San Carlos tenía manzanas rectangulares de dos tamaños: 110 a 120 por 30 m y 60 por 30 m. Otras diferencias derivan de las formas de las plazas, las alineaciones de los edificios y la dimensión de los centros<sup>78</sup>. La Carolina supera varias veces el tamaño de Villanueva de San Carlos, La Carlota, Aldea del Rey, Seis Casas y La Ventilla.

<sup>72</sup> LAUGIER, Marc-Antoine: *Ensayo sobre la arquitectura*. op. cit. p.223

<sup>73</sup> MILIZIA, Francesco: *Principi di architettura civile*. París, 1781. Citado por SICA Paolo: *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. p. 278

<sup>74</sup> QUATREMER DE QUINCY. A.C.: *Dizionario stórico di architettura*. Mantua 1842. Citado por SICA, Paolo: *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. p. 277

<sup>75</sup> SAMBRICIO, Carlos: *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. op.cit. p. 213

<sup>76</sup> OLIVERAS, Jordi: *Nuevas poblaciones en la España de la Ilustración*. op.cit. p. 61

<sup>77</sup> OLIVERAS, Jordi: *Nuevas poblaciones en la España de la Ilustración*. op.cit. pp. 62-63

<sup>78</sup> OLIVERAS, Jordi: *Nuevas poblaciones en la España de la Ilustración*. op.cit. pp. 122-126 y 128.

La diversidad morfológica que caracterizan a las fundaciones en la España ilustrada expresan la voluntad gubernamental de instaurar asentamientos regulares, aunque diferenciados entre sí. La importancia de esta idea se demuestra en la existencia de 56 planos, con proyectos y realizaciones que asumen el principio de la variedad, porque todos los trazados se basan en propuestas geométricas diferentes.

En América, los nuevos ideales urbanísticos se divulgaron a través de la teoría y la práctica. Las ideas fueron exportadas desde Europa por los criollos americanos pero las acciones -fomentar la economía, promover la cultura y reformar las ciudades- fueron obras del gobierno<sup>79</sup>. Esta situación era similar a lo que acontecía en Europa, donde las reformas urbanas también eran acciones gubernamentales. Inglaterra fue una excepción porque los cambios urbanos se relacionaron con la consolidación de nuevos grupos de poder vinculados a la sociedad mercantil burguesa<sup>80</sup>. En adhesión a los cambios culturales, algunas fundaciones españolas en América se proyectaron con trazados ortogonales, pero combinando manzanas con diferentes dimensiones. Los ejemplos más conocidos de estas soluciones fueron Santiago de Compostela de Las Vegas, Riobamba y el proyecto para Nueva Guatemala de Luis Diez Navarro<sup>81</sup>.

Chile no participó de esta corriente porque los trazados de todas las fundaciones de la época -excepto tres ciudades fortificadas con divisiones rectangulares y una que tenía manzanas levemente trapezoidales<sup>82</sup>- tenían manzanas cuadradas. Aunque los principios referentes a la variedad del espacio urbano no se acogieron en el trazado de nuevas fundaciones, eran importantes para los procesos de ciudades existentes y se incluyeron mediante tres aspectos: Transformaciones de la estructura urbana para apoyar a las reformas económicas y administrativas, cambios morfológicos por la construcción de obras relacionadas con reformas sociales y la incorporación de la naturaleza en la ciudad como orden teórico y como realidad física.

La naturaleza se integró físicamente en la trama urbana mediante jardines públicos y paseos arbolados; teóricamente, su presencia se expresaba en la búsqueda de nexos entre el orden natural y el orden urbano. Conciliar estas relaciones remitía a la importancia de comprender el orden del mundo -y del territorio que era escenario de la colonización- porque este orden debía regir todas las actuaciones del hombre. Así, en las ciudades debían instaurarse los vínculos entre todo y partes, reiterando el principio de orden natural que fijaba las correspondencias entre lo particular y lo universal<sup>83</sup>. Esta relación no era novedad en el urbanismo colonial chileno porque, desde el siglo XVI, las ciudades no eran concebidas como estructuras aisladas sino como individualidades ordenadas que formaban parte de un orden mayor -la red de colonización integrada por ciudades, fuertes, haciendas y misiones- que se regía por un lenguaje geométrico común y visible en el plano cuadriculado, en la organización ortogonal de las divisiones rurales y en las distancias regulares entre ciudades.

<sup>79</sup> Expresiones de la voluntad de modernizar el dominio español en América fueron la reglamentación de libre comercio, la creación de las primeras Sociedades Económicas de Amigos del País a partir de 1781 y la creación de la Real Academia de San Carlos en México en el año 1783.

<sup>80</sup> Los planes de Bath y Nueva Edimburgo de 1766, se originan por el desplazamiento de la aristocracia de Nueva Edimburgo y los ensanches de ambas ciudades debido a las inversiones de comerciantes y banqueros. En Francia, las iniciativas privadas de importancia -reordenación de la periferia parisina- realizadas por la aristocracia propietaria de los terrenos no pueden considerarse actividades privadas por la vinculación de tales acciones con el gobierno. En los países europeos que siguieron el modelo francés, las reformas privadas fueron escasas y no pueden competir en importancia y magnitud con las obras gubernamentales.

<sup>81</sup> Santiago de Compostela -según plano de 1747- tenía una cuadrícula de 9X9 manzanas, un perímetro con manzanas de igual longitud y un tercio de ancho y la plaza de 1X3 manzanas. Nueva Guatemala -plano de 1776- tenía manzanas de dimensiones variables. El trazado de Riobamba -plano de 1798- era radial concéntrico, con plaza central y una combinación de manzanas cuadradas y trapezoidales

<sup>82</sup> Corresponden a ciudades fundadas en el eje del río Bío Bío.

<sup>83</sup> El todo del mundo no se concebía como una simple adición de las partes; se pensaba que el todo precedía a las partes y las hacía posibles; el todo no era puramente uno ni era puramente muchos, era expresión de la multiplicidad en la unidad. Para el pensamiento ilustrado ni la universalidad ni la individualidad pueden explicarse una sin la otra.



### 5.2.2 El hombre como dominador de la naturaleza

La idea del hombre como dominador de la naturaleza es un concepto presente en la cultura europea desde la época clásica tal como lo expresa el mito de Orfeo, donde se describe como el célebre poeta tracio, con el poder de su canto, transformó a la naturaleza salvaje en naturaleza cultivada. Según el relato mitológico, la música de Orfeo apaciguaba a las fieras, alentaba el desplazamiento de cuerpos fijos como los árboles, animaba a las piedras y aquietaba el movimiento de los ríos y el viento. Significa que Orfeo, con el poder del arte, podía modelar a las dinámicas naturales y crear una nueva realidad, convirtiendo a un mundo peligroso y amenazante en un mundo acogedor porque estaba fundado en un orden armonioso y comprensible<sup>84</sup>. Desde la perspectiva del mito, el hombre podía dominar la naturaleza; idea que en el siglo XVIII fue uno de los mayores anhelos culturales.

El dominio de la naturaleza confirma la capacidad técnica alcanzada por diferentes culturas<sup>85</sup>; también expresa las exigencias culturales de comprender y representar miméticamente el orden del mundo. La introducción de trazados geométricos en la vegetación de los jardines puede considerarse un artificio que imita la naturaleza, pero su significado más profundo se relaciona con el anhelo cultural de descubrir y transmitir el orden del cosmos. Los jardines chinos, persas, árabes y aztecas fueron considerados los espacios más armoniosos que el hombre podía crear porque eran concebidos como imágenes comprensibles del mundo<sup>86</sup>. Biedermann<sup>87</sup> explica que el jardín Chang'an era una síntesis del mundo porque contenía a todas las plantas, árboles y animales que podían encontrarse en la China imperial<sup>88</sup>.

Los trazados de los jardines renacentistas, barrocos y neoclásicos simbolizaban a la cultura dominando a la naturaleza. Los árboles formando líneas rectas, los arbustos podados imitando a los sólidos platónicos y los juegos de agua dispuestos en ritmos regulares repetían las leyes geométricas que, en apariencia, regían a la naturaleza. Las deidades paganas, leones, dragones y otros seres de los bosques salvajes se incorporaban en estos jardines como obras de arte distribuidas por el espacio para confirmar la geometría del trazado; por lo tanto, simbólicamente también estaban sujetos al orden y la medida humana.

<sup>84</sup> Los acordes que Orfeo extraía de su lira eran de tal belleza que las bestias se entregaban al deleite de la música olvidando su ferocidad, los ríos detenían el curso de sus aguas, los árboles seguían al poeta, el viento y las aves volaban en círculos a su alrededor y las rocas del sagrado monte Olimpo, cautivadas por su poesía, bajaron a la tierra. Con la belleza de su canto Orfeo logró subyugar a las inmovibles divinidades del averno. Esto implica que, con la potencia del arte, Orfeo suavizaba las resistencias infernales y calmaba las fuerzas desencadenadas por las tempestades OVIDIO: *Las Metamorfosis. op. cit.* pp. 137-138.

<sup>85</sup> En los jardines construidos por Nabucodonosor II en Babilonia se equilibraban la técnica –terrazas sostenidas por columnas de piedra y arquivadas de madera de palmera donde crecían plantas regadas con agua que se conducía por gravedad desde lugares elevados o se extraía con máquinas de las fuentes subterráneas- y la trascendencia porque el jardín era una imagen ideal del mundo.

<sup>86</sup> Los jardines persas expresaban las ideas de cosmos y equilibrio en sus estructuras de cuatro partes iguales separadas por ejes perpendiculares que simbolizan cuatro ríos y las direcciones cardinales. Los jardines chinos también eran representaciones dinámicas de la compleja estructura del cosmos. Los parques sasánidas, rodeados por muros para proteger la intimidad del jardín, se organizaban en dos ejes perpendiculares en cuya intersección se levantaba el palacio. Este principio de orden se observa en las alfombras persas cuya geometría representa campos floridos delimitados mediante divisiones ortogonales. Los jardines árabes reiteran este principio de orden; el patio principal de la Alhambra se estructura con canales de agua en forma de dos ejes perpendiculares que se cruzan en el centro del espacio, donde se levanta la fuente protegida por un círculo de doce leones, guardianes simbólicos del agua y el cosmos.

<sup>87</sup> El jardín fue construido en la época Han. BIEDERMANN, Hans: *Diccionario de símbolos*. Ed. Paidós. Barcelona, 1993. p.249.

<sup>88</sup> El jardín de Pekín fue admirable por los animales raros que contenía, en particular, una jirafa traída desde Bengala, que fue recibida por el emperador en una espléndida ceremonia en las puertas de la ciudad. Este acto revela como el hombre más poderoso del enorme imperio se inclinaba ante una singularidad de la naturaleza. BOORSTIN, Daniel: *Los Descubridores. op.cit.* pp. 194-201

El jardín de Cósimo de Medicis, en Fiesole, fue organizado sobre una matriz racional –trama geométrica de cuadrados- de manera tal que, como explican Steenbergen y Reh<sup>89</sup>, las obras del hombre y de la naturaleza se integraban a un mismo sistema de proporción; los elementos del paisaje natural, al ser incorporados en la matriz geométrica, se ordenaban y transformaban en una creación del hombre<sup>90</sup>.

En la segunda mitad del siglo XVII, para construir el jardín de la nueva residencia de Nicolás Fouquet, ministro de finanzas de Luis XVI, en Vaux-le-Vicomte, se realizó una formidable transformación del territorio que incluyó la demolición de pueblos, la construcción de colinas y el desvío de los ríos. El jardín proyectado por Le Notre<sup>91</sup> tenía 1.500 hectáreas de superficie y se estructuraba en un eje ancho y recto –un canal abierto en el lecho del río Anqueil- que fue la base para ordenar los parterres. Steenbergen y Reh<sup>92</sup> señalan que esta obra ilustra los alcances de la construcción racional de un jardín, donde el paisaje fluvial de la cuenca y el agua se explotaron de modo óptimo<sup>93</sup>. Los jardines barrocos eran estructuras espaciales de tamaños nunca antes aplicados en el urbanismo europeo; el jardín de Vaux-le-Vicomte –con un kilómetro de longitud- y el jardín de Versalles, estructurado en un plano de agua rectilíneo que visualmente avanza hasta el infinito, expresaban una nueva escala en las intervenciones del territorio. Además, en Versalles, la intención de dominio de la naturaleza se extendía por la totalidad del enorme espacio que ocupaba el jardín<sup>94</sup>.

Desde el Medioevo, la naturaleza ordenada del *hortus conclusus* encarnaba al lugar que se apartaba de la realidad –a veces agresiva- de la ciudad. En estos jardines, alejados de pecados y peligros, la vida humana alcanzaba plenitud por la relación directa con la naturaleza y la presencia del muro que, simbólicamente, protegía de los conflictos del mundo externo. Los jardines ideales renacentistas también fueron considerados lugares ordenados y distantes de ambientes insalubres. En el jardín imaginado por Bocaccio, los diez personajes de *El Decamerón* se encerraron para escapar de la peste que asoló a Florencia el año 1348; desde este espacio ideal y en medio de la naturaleza, los protagonistas del relato pudieron observar a la ciudad y la sociedad con una mirada crítica<sup>95</sup>.

En el siglo XVIII surgieron diversas iniciativas para introducir a la naturaleza como parte de la estructura interna de las ciudades y subrayar el orden geométrico del trazado. La construcción de jardines representaba la posibilidad de escapar de la decadente vida urbana y fortalecer las relaciones entre el hombre y la naturaleza, tal como lo proponían los poetas latinos en *La Arcadia* y Jean-Jacques Rousseau al ensalzar la existencia humana cuando transcurría en un ambiente natural.

<sup>89</sup> STEENBERGEN, Clemens y REH, Wouter: *Arquitectura y paisaje. La proyectación de los grandes jardines europeos*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona, 2001. p. 15

<sup>90</sup> El jardín, construido sobre el abrupto relieve del río Arno, comprendía varias terrazas de 100 m de longitud y muros de contención, de 10 m de altura. Para controlar la relación de las medidas naturales del terreno con la escala de la construcción, las superficies se ajustaron a una trama cuadrícula que se había proyectado sobre el espacio, utilizando la perspectiva. STEENBERGEN, Clemens y REH, Wouter: *Arquitectura y paisaje. La proyectación de los grandes jardines europeos*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona, 2001. p. 15

<sup>91</sup> JEANNEL, Bernard: *Le Notre*. Edición española del original francés publicado por Hazan, París, 1985. Traducción de Juan Calatrava. Akal Arquitectura. Madrid, 2003. pp. 28-32

<sup>92</sup> STEENBERGEN, Clemens y REH, Wouter: *Arquitectura y paisaje. La proyectación de los grandes jardines europeos*. op.cit. p. 16

<sup>93</sup> Steenbergen y Rehes describen al jardín del castillo Howard –diseñado en 1722- como composición que evita los esquemas formales y racionales porque sólo se perciben en fragmentos aislados del proyecto que en conjunto se disuelve en las líneas del paisaje natural y donde los árboles, el agua y los puentes tienen su propio papel, en los escenarios al aire libre. STEENBERGEN, Clemens y REH, Wouter: *Arquitectura y paisaje. La proyectación de los grandes jardines europeos*. op.cit. p. 16

<sup>94</sup> JEANNEL, Bernard: *Le Notre*. op.cit. p. 46

<sup>95</sup> Los personajes de Bocaccio se entretuvieron narrando diez historias cada día, completando un total de cien relatos alusivos a diversos problemas de la ciudad y la sociedad.

El *Jardin des Plantes* de París<sup>96</sup> o Jardín Real, construido el año 1635 para cultivar especies medicinales con fines experimentales y didácticos, fue uno de los primeros jardines públicos de Europa y fijó un modelo de espacio urbano de amplia difusión; el jardín de Las Tullerías, después de la reforma realizada en 1666 por Le Notre, se abrió definitivamente al público<sup>97</sup> como jardín básicamente lúdico. Los ejemplos de París fueron imitados en varias ciudades europeas a través de jardines públicos que pronunciaban la nueva sensibilidad frente a la naturaleza y el uso de la vegetación como factor determinante para la construcción de la ciudad. Según Gravagnuolo, Le Notre fue el primero en subordinar la arquitectura a la composición de sus *jardins de l'intelligence*; además, explica que a partir de Le Notre, el diseño de los jardines se liberó de su tradicional sumisión a la arquitectura -como mero instrumento para embellecer a los edificios- asumiendo una función protagonista en la renovación del paisaje urbano o de geometría matriz para los nuevos trazados de las ciudades<sup>98</sup>.

Por otra parte, Benedetto Gravagnuolo sostiene que la relación artificio-naturaleza, monumento-paisaje y racionalidad-organicidad se expresaba en la construcción de ciudades nuevas y en la transformación de ciudades existentes. Así, estos principios bipolares se reconocen tanto en la fundación de San Petesburgo, diseñada por Jean-Baptiste Le Blond con forma de ciudad-parque, como en los diferentes burgos reales que, emulando a Versalles, se difundieron por varios países<sup>99</sup>. Los jardines públicos en las ciudades de la Europa ilustrada, se caracterizaban por la compleja geometría de sus trazados<sup>100</sup> basada en el binomio artificio-naturaleza; en este sentido, las manifestaciones más sugerentes fueron Karlsruhe y Aranjuez, dos nuevas ciudades que muestran una fuerte analogía en su planteamiento<sup>101</sup>.

Los primeros jardines públicos europeos se originaron de los huertos conventuales y palaciegos creados en la Edad Media para cultivar plantas medicinales y aromáticas. Esta tradición se actualizó con la llegada de especies botánicas americanas porque su aclimatación, reproducción y utilización fomentó la construcción de jardines que configuraron nuevos lugares urbanos. La creación de jardines públicos también se relacionaba con el anhelo de la nueva clase social -los *ciudadanos*- por acceder a los jardines que, hasta entonces, sólo estaban al alcance de los grupos dominantes y, fundamentalmente, porque en los círculos intelectuales europeos, la presencia de la naturaleza en las ciudades era considerada un contexto adecuado para estimular el

<sup>96</sup> Guidoni y Marino señalan que el primer verdaderamente público fue el Jardín des Plantes. Diseñado sobre un terreno que compró Luis XIII en 1635 para construir un jardín con características de huerto botánico; el médico y hombre de ciencias Gui de Brosse se encargó de seleccionar las plantas. GUIDONI, Enrico. y MARINO, Angela: *Historia del urbanismo: El siglo XVII*. Publicado por el Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1982. p.311

<sup>97</sup> Según indican Guidoni y Marino, Jean-Baptiste Colbert, Superintendente de las construcciones reales expresó su intención de cerrar Las Tullerías al público para evitar su deterioro, pero Perrault insistió en mantener al jardín como espacio público, donde podían acudir los convalecientes y las personas se reunían a conversar sobre asuntos familiares o negocios. GUIDONI, E. y MARINO, A: *Historia del urbanismo: El siglo XVII*. op. cit. pp.311-312

<sup>98</sup> GRAVAGNUOLO, Benedetto: *Historia del urbanismo en Europa 1750-1960*. Edición española del título original *La progettazione urbana in Europa. 1750-1960*; traducción de Juan Calatrava. Ediciones Akal, Colección Akal Arquitectura, Madrid 1998. p.29

<sup>99</sup> Entre los jardines extra urbanos que siguen el ejemplo de Versalles, Gravagnuolo menciona al jardín de Charlottenburg cerca de Berlín, Ludwigsburg en las proximidades de Stuttgart, Nymphenburg en las cercanías de Munich (todos de Alemania); el jardín de Schonbrunn, junto a Viena en Austria; en Italia nombra a los jardines de Stupinigi y Rívoli en las cercanías de Turín, el complejo real de Monza, cerca de Milán o Capodimonte y Caserta, cerca de Nápoles. GRAVAGNUOLO, Benedetto: *Historia del urbanismo en Europa 1750-1960*. op. cit. p.30

<sup>100</sup> Laugier planteó introducir grandes parques en la trama urbana para articular el conjunto y posibilitar variedad de las partes, porque las diferentes complejidades y soluciones formales debían ser correspondidas por la variedad de las sensaciones estéticas. La belleza de un parque radicaba en la multitud de caminos y recorridos; cuanto mayor era la variedad, el contraste y hasta el desorden, más bello e incitante será el parque. Con esta idea Laugier, se remite a la naturaleza como guía del arte, una naturaleza donde la variedad es parte del orden SICA, Paolo. *Historia del urbanismo. El siglo XVIII*. op. cit. p. 274-277

<sup>101</sup> GRAVAGNUOLO, Benedetto: *Historia del urbanismo en Europa 1750-1960*. op. cit. p.31

progreso individual y social<sup>102</sup>. En España, desde el renacimiento, la tradición árabe de jardines urbanos se enriqueció con influencias italianas y francesas. Las cañadas medievales y alamedas que se construyeron a partir del siglo XVI también fueron precedentes de los jardines públicos del XVIII; en especial, la alameda de Sevilla<sup>103</sup>. Las herencias culturales revitalizadas con las ideas ilustradas de higiene y progreso fueron parte de las reformas urbanas emprendidas por los Borbones, entre ellas, la creación de jardines públicos -con la naturaleza ordenada por pautas geométricas- que, por sus dimensiones, formaban amplios pulmones verdes en el interior de los tejidos urbanos. Esta es una cualidad del sistema de paseos y parques que se implantó en Madrid con la construcción del Prado de las Delicias y Jardín Botánico; este sistema se extendió otras ciudades con la apertura de numerosos paseos y jardines públicos<sup>104</sup>.

El Salón o Paseo del Prado -paradigma del urbanismo ilustrado de Madrid- contenía edificios como la Academia de Ciencias, actual Museo del Prado, jardines y obras de arte. El Paseo del Espolón en Burgos y la alameda de Sigüenza también muestran la importancia de incorporar a la naturaleza en las estructuras urbanas no sólo como embellecimiento sino para integrar a las ciudades con su entorno mediante jardines periféricos. Al respecto, Sambricio dice que los paseos y alamedas que circundaban las poblaciones permitirían urbanizar el campo y hasta los nuevos caminos servían de pretexto para proyectar alamedas, como ocurrió con las obras realizadas entre Burgos y Alava o en los caminos nuevos de Carabanchel<sup>105</sup>. La naturaleza ordenada geométricamente también se observa en los jardines -nuevos o remodelados- de los Reales Sitios de Aranjuez, la Granja de San Ildefonso o el Escorial. La geometría del Jardín Botánico de Madrid, inaugurado en 1781, expone la misma idea.

La noción moderna del jardín occidental se relacionaba con el afán de representar la geometría subyacente en el orden de la naturaleza y con la idea del hombre capaz de imponerse a la naturaleza. En este contexto cultural se inscribe la novela *The life and strange surprising adventures of Robinson Crusoe*, escrita por Daniel Defoe en 1719, donde se relatan los esfuerzos del protagonista para sobrevivir en una isla apartada, cuya naturaleza salvaje logró transformar a pesar de la soledad y escasez de recursos técnicos. Las aventuras de Robinson Crusoe se basan en la historia del marino escocés Alexander Selkirk, que fue abandonado en una lejana isla chilena del archipiélago Juan Fernández<sup>106</sup>.

En el siglo XVIII, el dominio de la naturaleza también se expresaba en las obras de infraestructura -canales de navegación o riego y puentes- construidas para mejorar las comunicaciones o el regadío de los terrenos con potencial agrícola. En España, el dominio del agua se materializó en una serie de obras hidráulicas relevantes como el Canal de Castilla y el Canal Imperial de Aragón, que permitió conducir el agua del río Ebro utilizando una antigua acequia construida entre 1530 y 1540. El año 1776 se inició un plan para convertir a la acequia en un canal de navegación y riego; en 1784 fue posible navegar hasta Zaragoza. Entre el extenso conjunto de trabajos hidráulicos españoles también se destacan las presas extremeñas y el canal de riego construido en la cuenca del río Júcar.

<sup>102</sup> GUIDONI, E. y MARINO, A: *Historia del urbanismo: El siglo XVII*. op. cit. p.527

<sup>103</sup> La alameda de Sevilla se construyó en un lugar llamado Laguna de La Feria, urbanizada en 1574 por Francisco Zapata de Cisneros, I Conde de Barajas, conocido por promover obras hidráulicas desde su cargo como Corregidor en Córdoba. La esencia clásica del jardín se expresa en el orden de las plantaciones, en la disposición de las fuentes y en dos columnas con las estatuas de Hércules -por eso el jardín es conocido como Alameda de Hércules- y Julio César. ALBARDONEDO, Antonio: *Las trazas y construcción de la Alameda de Hércules*. Laboratorio de Arte Nº 11. Departamento de Historia del Arte, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla. Sevilla, 1998; pp.135-136

<sup>104</sup> GRAVAGNUOLO, Benedetto: *Historia del urbanismo en Europa 1750-1960*. op. cit. p.30

<sup>105</sup> SAMBRICIO, Carlos: *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. op.cit. p. 218

<sup>106</sup> Alexander Selkirk fue abandonado en 1703 por el pirata Dampier en una remota isla chilena, donde permaneció hasta 1709, cuando fue recogido por Woodes Rogers, quien relató las aventuras de Selkirk en *A Cruising voyage round the World*, texto que sirvió de inspiración a Defoe.

En las colonias españolas de América también se llevaron a cabo una serie de obras hidráulicas que, además de expresar el dominio de la naturaleza, tenían la finalidad de apoyar el funcionamiento de los sistemas de ocupación del territorio. Los canales y acueductos que se construyeron en diferentes regiones fueron acciones de gran escala para controlar los caudales y flujos de agua en ciudades y terrenos agrícolas, mejorar la economía y la vida urbana. En el siglo XVIII se terminaron las obras de drenaje de la ciudad de México, se abrió el Canal del Dique en Colombia -que tuvo un positivo impacto en el comercio de Cartagena de Indias-, se construyen acequias en Caracas y otras ciudades de la actual Venezuela y se terminaron los acueductos de Querétaro y Córdoba del Tucumán<sup>107</sup>.

Chile no permaneció al margen de estas acciones; en 1742 se inició la construcción del Canal San Carlos para regar terrenos ubicados al oriente de Santiago del Nuevo Extremo y producir alimentos en proporción con el crecimiento demográfico. Por otra parte, la construcción de puentes en varias ciudades hizo posible extender la trama de calles superando los límites urbanos definidos por los ríos; análogamente, los puentes que se levantaron en los territorios rurales permitieron reorganizar la red de caminos y mejorar conectividad entre los asentamientos.

Los puentes fueron construcciones relevantes como expresiones de dominio sobre la naturaleza porque hicieron posible salvar los obstáculos geográficos generados por grandes ríos, como el Aconcagua, que interrumpían los trayectos entre ciudades y perturbaban las relaciones territoriales.



#### **El dominio de los ríos: Cruce en el río Aconcagua y puente sobre el río Mapocho**

Fuentes: Grabado de Famín que muestra el paso del río Aconcagua, cerca de Quillota, en una zona que carecía de puentes<sup>108</sup> y grabado de Louis Alphonse Bichebois del Puente Nuevo en el río Mapocho<sup>109</sup>

<sup>107</sup> Las obras hidráulicas que se construyeron en América son diversas porque abarcan extensos canales y acueductos, construcción de sistemas de drenajes y abastecimiento de agua en ciudades y pueblos, presas, redes de acequias y fuentes. En *Obras Hidráulicas en América Colonial*. Publicación del CENTRO DE ESTUDIOS Y EXPERIMENTACIÓN DE OBRAS PÚBLICAS (CEDEX) y CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO (CEHOPU). Editado por Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente; Impresión Artep S.A, Madrid, 1993.

<sup>108</sup> El grabado está publicado en ENCINA; Francisco Antonio: *Historia de Chile*. op. cit.p. Tomo II 909

<sup>109</sup> Publicado en GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.74

### 5.3 Paisaje y naturaleza en la ciudad colonial

Desde su fundación, las ciudades coloniales fueron escenarios de transformaciones sociales por los procesos de mestizaje cultural que caracterizaron a la urbanización española de América; por esta razón, las reformas que instauró el gobierno español en el siglo XVIII robustecieron las dinámicas culturales existentes y, paralelamente, dieron origen a ciertas renovaciones de las estructuras urbanas para adecuarlas a las aspiraciones humanistas del momento. El establecimiento de nuevos lugares de intercambio cultural –jardines y paseos públicos– enriquecieron la forma y funciones de las ciudades; asimismo, las alamedas, los jardines botánicos y paseos arbolados, por sus tamaños y carácter de espacios concentradores de actividades, reforzaron el significado de las ciudades coloniales como espacios culturales. En comparación con las tendencias del urbanismo europeo del siglo XVIII, los jardines coloniales eran una innovación porque las alamedas de las capitales virreinales –México y Lima– no sólo fueron los primeros jardines públicos de América sino que se adelantaron en varias décadas a los jardines públicos de importantes ciudades de Europa.

El anticipado desarrollo de los jardines coloniales mexicanos fue posible porque a la llegada de España, en Tenochtitlán existía el jardín de Chapultepec, creado en 1428 por Netzahualcóyotl, rey de Texcoco. En un terreno adyacente al jardín indígena, los virreyes Matías y Bernardo de Gálvez edificaron el palacio de Chapultepec como parte de un proyecto de acondicionamiento del antiguo jardín azteca. Esta acción decantó en la construcción del más famoso jardín colonial mexicano.

Otra característica que influyó decisivamente en la formación de jardines públicos y paseos coloniales fue la abundante vegetación de los territorios colonizados que, como ocurrió en las ciudades chilenas, desde el momento de la fundación se integró a las estructuras urbanas como paisaje del entorno, en forma de huertos y jardines domésticos o como hileras de árboles que formaban ejes verdes. Los cerros con sus laderas cubiertas de vegetación y los bosques que rodeaban a los núcleos urbanos, en conjunto con los huertos y jardines que ocupaban gran parte de las manzanas, integraban una imagen urbana donde la naturaleza era la presencia dominante.

El crecimiento económico y demográfico experimentado por las ciudades coloniales en el siglo XVIII se expresó en la transformación de las organizaciones urbanas y en la aparición de lugares de encuentro colectivo, arraigados en paseos y jardines, que complementaban la función de intercambio social radicada en las plazas. Además, la creación de jardines públicos contrarrestó la pérdida de los jardines privados en las manzanas centrales, generada por la creciente densificación de la ciudad.

Los jardines públicos construidos en el siglo XVIII también eran consecuencia de la nueva sensibilidad respecto a la naturaleza, considerada por la Ilustración un marco ambiental positivo para la sociedad. La amplia difusión de esta idea por América se denota en la creación de jardines públicos en ciudades de distinta jerarquía porque existieron tanto en las capitales virreinales como en los centros de menor jerarquía administrativa o económica. Esta cualidad se repitió en Chile, pues, las alamedas se construyeron en la capital y en otras ciudades que ocupaban los niveles jerárquicos inferiores; en todos los casos, estos espacios arbolados fueron identificados como elementos distintivos de la morfología urbana. El valor de los jardines públicos en la conciencia colectiva se refleja en la cartografía histórica porque en las viñetas de los planos de ciudades, las alamedas se indicaban con una importancia comparable a la plaza mayor, edificios de gobierno, catedral y las iglesias, mostrando que formaban parte de los espacios más significativos de una ciudad. Asimismo, la relevancia de alamedas y paseos se expresa en las numerosas descripciones gráficas y escritas sobre ellas; incluso, fueron un tema preferido por los pintores, científicos y viajeros.



### 5.3.1 Presencia de la naturaleza en jardines botánicos, alamedas y paseos

Los jardines públicos coloniales no poseían la diversidad morfológica de los diseños europeos y la incorporación en la estructura urbana de una naturaleza ordenada por medio de trazados geométricos complejos fue reducida; desde esta perspectiva, los jardines coloniales estaban al margen de las corrientes europeas dominantes. La simplicidad era una cualidad de los jardines coloniales, quizás para distinguirlos de la naturaleza exuberante y heterogénea que rodeaba a las ciudades; una naturaleza que sólo fue posible confrontar con soluciones elementales, similares a los trazados regulares de las ciudades coloniales.

Los ejes de vegetación y los jardines con trazado ortogonal reforzaban la potencia ordenadora del plano en damero y fortalecían el carácter morfológico de la ciudad colonial, cuya homogeneidad contrastaba con la diversidad del paisaje. El diseño de los jardines coloniales también puede considerarse una expresión de dominio de la naturaleza, que se intentaba reducir aunque fuera simbólicamente, diferenciando a los espacios verdes ordenados por la geometría cartesiana de los espacios naturales aparentemente caóticos, que permanecían sin intervenir por la acción del hombre.

Otra característica de los jardines del Nuevo Mundo eran sus grandes dimensiones, proporcionales con la medida de las plazas, calles y otros espacios urbanos. Algunos huertos de conventos mexicanos como los *Desiertos* de Tenancingo y Los Leones, descritos por Toussaint<sup>110</sup>, alcanzaron tamaños enormes; los jardines de Cienfuegos abarcaban una superficie aproximada de 225.000 m<sup>2</sup>, el jardín botánico de México cubría 315,786 varas<sup>2</sup> -correspondientes a 454.780,622 m<sup>2</sup>- y el jardín botánico de La Habana<sup>111</sup> medía 78.300 varas<sup>2</sup>, equivalentes a 54.710,46 m<sup>2</sup>.

Los jardines públicos más relevantes en las ciudades coloniales fueron los jardines botánicos, alamedas y paseos arbolados que, en algunos casos, por su tamaño y su función de lugares de encuentro cívico, influyeron en el trazado al generar espacios significativos que debilitaron la marcada homogeneidad de la cuadrícula.

Con la creación de las primeras universidades americanas, en el siglo XVI, comenzó el intercambio, entre América y Europa, de plantas, formas de cultivo y sistemas de irrigación valorando el avance que en estos aspectos habían alcanzado las culturas inca y azteca. El interés por la flora del Nuevo Mundo fue más evidente en el siglo XVIII y se expresó en un conjunto de expediciones botánicas, cuya magnitud no era comparable a otras empresas históricas de carácter científico. En este contexto, en 1787, se aprobó la expedición botánica a Nueva España, dirigida por Martín Sessé y José Mariano Mociño, con el fin de estudiar la flora mexicana -plantas medicinales y tintóreas- e impulsar la creación de la primera cátedra de botánica y de un jardín botánico, cuyos planos elaboró el ingeniero Miguel Constanzó<sup>112</sup>.

<sup>110</sup> TOUSSAINT, Manuel: *Arte colonial en México*. Publicación Universidad Autónoma de México U.N.A.M y el Instituto de Investigaciones Estéticas. Madrid. 1983 p.170

<sup>111</sup> Estas dimensiones se representan en el Plano de José María de la Torre, elaborado el año 1812

<sup>112</sup> El jardín botánico de México comprendía un edificio para las clases de botánica, herbario, gabinete y biblioteca. Sin embargo, Martín Sessé estimó que faltaban los invernaderos, casa del catedrático, almacén y bodega de semillas; para suplir las faltas compró la casa del arquitecto mayor Ignacio Castera, recomendable por su ubicación y por su estado inconcluso que, según Angulo, permitía adecuarse al programa del jardín. Para financiar el proyecto Sessé ocupó los excedentes de las corridas de toros realizadas en una plaza construida para tal efecto, procedimiento que no era extraño en la Nueva España del XVIII. A comienzos de 1790 se dictó una real orden mandando que el jardín botánico se estableciese en el potrero de Atlampa, pero los terrenos eran pantanosos y se inundaban con frecuencia; por esta razón, Constanzó sugirió el traslado del jardín al Bosque de Chapultepec, argumentando que las diversas alturas de su cerro permitirían el cultivo de distintas plantas y que éstas podrían exponerse en el palacio, sin afectar sus demás usos. El Virrey Revillagigedo ofreció el jardín de Chapultepec, lugar de aclimatación de plantas que los alumnos podían estudiar. En 1791, se remodeló parte del palacio donde hasta 1820, se dieron las clases de botánica.

La Habana, después de ser recuperada por España tras una toma de diez meses por parte de Inglaterra, en 1772, fue reformada para subrayar su importancia dentro del imperio colonial y fomentar su desarrollo urbano a través de la creación de un jardín botánico y dos paseos. Según el plano levantado en 1812 por José María de la Torre, el jardín botánico ocupaba unos terrenos de los extramuros, donde más tarde se proyectó un ensanche<sup>113</sup>.

Durante el siglo XVIII, el crecimiento demográfico y la incipiente industrialización aceleraron la densificación de las ciudades coloniales; situación que se expresó en la subdivisión de solares originales y pérdida de los huertos que ocupaban el centro de las manzanas. Gutiérrez<sup>114</sup> explica que en esta época se desarrolló un doble proceso consistente en la disminución o eliminación de áreas verdes privadas y la creación de zonas verdes públicas, como paseos y jardines botánicos. Estos cambios reproducían conceptos urbanísticos europeos; sin embargo, no todas las acciones para incorporar a la naturaleza dentro del tejido urbano de las ciudades coloniales seguían pautas europeas. La alameda de México se construyó en 1592, fecha que según Francisco de Solano la convierte en **el primer parque público de una ciudad ibérica**<sup>115</sup>; aunque, como ya se explicó<sup>116</sup>, la alameda de Sevilla se había trazado 18 años antes, en 1574. No obstante, la alameda mexicana<sup>117</sup> fue un parque público de vanguardia en relación con París porque antecedió en 43 años al Jardín des Plantes -fundado en 1635- y se adelantó en 74 años a la reforma de Las Tullerías en 1666, cuando éste jardín se abrió al uso público.

La Alameda de Lima es otro jardín público colonial que se adelantó a varios jardines franceses porque se construyó en 1609, por lo tanto, antecedió en 26 años al Jardín des Plantes. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, México y Lima eran las únicas capitales de virreinos; esta condición les daba una jerarquía excepcional dentro del sistema colonial. En ambas ciudades convergían personas con ideas innovadoras que crearon un activo ambiente cultural, del cual pueden ser fruto, estos jardines.

La Alameda de México<sup>118</sup> se construyó en el gobierno de Luis de Velasco, Virrey de Nueva España entre 1590 y 1595, quien se destacó por apoyar a la industria y las expediciones científicas. En Lima, a comienzos del siglo XVII, se iniciaron las obras de la Alameda de Los Descalzos<sup>119</sup>, la primera de Sudamérica, en el barrio de San Lázaro, ubicado al norte de Lima, en la ribera del río Rimac.

<sup>113</sup> Comprendería una biblioteca, salones de demostraciones, habitación del jardinero y una plantación con fines didácticos ordenada por el sistema de Linneo que terminaba en un estanque con plantas acuáticas. El conjunto incluía parterres de flores, viñedo, dos edificios para habitación de los *negros de dotación*, semilleros, frutales, huertos, un edificio de planta circular con el techo y muros cubiertos de plantas trepadoras, árboles silvestres y plantaciones para el mantenimiento de los negros

<sup>114</sup> GUTIÉRREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. op.cit. pp.227-228

<sup>115</sup> DE SOLANO, Francisco: *La ciudad iberoamericana durante el siglo XVIII*. Artículo publicado en De Teotihuacán a Brasilia: *Estudios de historia urbana iberoamericana y filipina*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1987. p.336

<sup>116</sup> Punto 5.2.2 de la tesis.

<sup>117</sup> La Alameda de México era un sector urbano rectangular de grandes proporciones; tal vez, por esa razón Francisco de Solano la considera el primer parque público de una ciudad ibérica.

<sup>118</sup> El comienzo de la Alameda fue difícil y debió ser cercarla porque las personas llevaban animales a pastar, maltrataban a los árboles y robaban la tierra. En 1770 se amplió ocupando las plazuelas de Santa Isabel y San Diego; en su nueva extensión alcanzó la forma y tamaño actual. La ampliación fue ordenada por Carlos de Croix<sup>118</sup>, Virrey de Nueva España entre 1766 y 1771, y continuadas por Antonio María de Bucarelli y Urzúa, Virrey de Nueva España entre 1771 y 1779, quien ordenó su remodelación, según un proyecto atribuido a Alejandro Darcourt, capitán de Infantería de Flandes. El nuevo diseño tenía calles diagonales y cinco fuentes en los puntos básicos del trazado inscrito en un rectángulo. Los últimos virreyes forestaron la alameda que, a finales del siglo XVIII, tenía dos mil árboles predominando los fresnos, álamos y sauces. La Emperatriz Carlota, en el siglo XIX, hizo otras reformas introduciendo una rosaleda y pasto inglés para sustituir los arriates.

<sup>119</sup> Se originó por gestión del Marqués de Montesclaros, Virrey del Perú entre 1607 y 1615, que pasaba temporadas en San Lázaro. En 1609, propuso al Cabildo de Lima hacer una alameda en el camino al convento Los Descalzos. CABRERA, L. y MORAN, R: *La Alameda de Los Descalzos*. Tesis inédita. Facultad de Arquitectura y Urbanismo Universidad Ricardo Palma. Lima. 1988. p.102

La Alameda de Los Descalzos, diseñada por Cristóbal Gómez, tenía 500 m de largo y siete calles formadas por ocho hileras de árboles, con las centrales más anchas; la principal tenía tres fuentes que utilizaban agua del río Rimac<sup>120</sup>. La Alameda de Acho fue otro célebre paseo del barrio de San Lázaro que servía de acceso a la Plaza de Toros o de Acho, de la cual tomó su nombre. Se construyó en 1773 en terrenos liberados por los tajamares del río Rimac donde se trazaron tres calles de 316 varas de largo, limitadas por sauces; la calle central se destinó a carruajes y las laterales a los peatones<sup>121</sup>. Otros importantes paseos coloniales fueron contemporáneos a jardines públicos españoles. El Salón del Prado de Madrid se construyó entre 1775 y 1782 y el Paseo de Las Aguas de Lima se concluyó en 1776; el Paseo Nuevo de La Habana es anterior al año 1776 porque fue una obra del Marqués de la Torre, quien gobernó Cuba entre 1771 y 1776; el Paseo de Bucarelli en México fue inaugurado en el año 1778.

Con el crecimiento físico y demográfico de México, la alameda fue insuficiente como jardín público, lo que impulsó al Virrey Bucarelli a disponer, en 1778, la ejecución de otro paseo al occidente de la ciudad, conocido con los nombres de Paseo Nuevo y Paseo de Bucarelli. Su longitud inicial era de 1181 varas –equivalentes a 987,20 m– y se ornamentó con cuatro hileras de árboles que generaban tres carriles; el central para coches y jinetes y los dos laterales para peatones<sup>122</sup>.

Diferente fue la historia del Paseo de La Viga, un famoso jardín mexicano construido por el Virrey Revillagigedo en 1790. Se iniciaba junto a la parroquia de San Pablo y recorría 1848 m hasta llegar a la Ermita de La Viga, de donde nació su nombre. Era paralelo a la Acequia Real –uno de los canales que llegaban a la ciudad– por donde circulaban pequeñas embarcaciones adornadas con flores que armonizaban con los campesinos que recorrían sus calzadas cargando canastos colmados de capullos y flores. Esta particular característica le daba un aspecto especial al paseo, que llegó a ser el lugar preferido por la aristocracia colonial, especialmente en primavera. El Paseo de La Viga ya no existe pero hay varias referencias de su forma y relevancia urbana en las descripciones contenidas en relatos y novelas costumbristas.

En La Habana, para suplir la falta de lugares de esparcimiento, el Virrey Marqués de la Torre ideó dos paseos. El primero, llamado Alameda de Paula, se trazó a lo largo de la bahía y servía de antesala al Coliseo –primer teatro habanero– y como balcón al paisaje del litoral. El segundo fue conocido con los nombres de Paseo Nuevo del Gobernador o Paseo de Extramuros y, más tarde, como Paseo del Prado. Se ubicaba junto al Jardín Botánico –a unos 200 m de la muralla de la ciudad– y se extendía por más de un kilómetro, desde la Puerta de la Tierra hasta el Fuerte de La Punta.

<sup>120</sup> Se terminó en 1611 y dos años después ya presentaba muestras de abandono; el año 1615 fue reforestada porque los árboles se habían perdidos por falta de cuidados. El Virrey Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache –enjuiciado por descuidar la alameda y condenado a pagar dinero para su restauración– en 1620 mandó a plantar sauces para reemplazar a los árboles casi secos. La Alameda de Los Descalzos no tuvo otras reformas hasta que el Virrey Amat y Junient remodeló el barrio de San Lázaro con la creación, en 1775, de la Plaza de Toros de Acho.

<sup>121</sup> La Alameda de Acho fue obra del Virrey Amat y Junient, quien además creó el Paseo de la Narbona o Paseo de Aguas, junto a la plaza de toros de Acho. La Alameda de Las Cabezas también fue construida en el barrio de San Lázaro por orden del Virrey Marqués de Villagarcía. Estaba paralela al río Rimac aprovechando un terreno libre frente al matadero de reses y se extendía desde las cercanías del Puente de Piedra, hasta la antigua calle de Camaroneros que conducía hasta la iglesia de Las Cabezas. La Alameda de Acho –conocida como Alameda Nueva para distinguirla de la Alameda de Los Descalzos que se empezó a llamar Alameda Vieja– fue prolongada desde la Plaza de Toros hasta los baños de Piedra Lisa; dos puntos de atracción que la hicieron popular.

<sup>122</sup> Por estar en una zona pantanosa, no fue muy concurrido a pesar de las obras de embellecimiento emprendidas por los Virreyes Bernardo de Gálvez y José de Azanza, quien lo prolongó en un tramo conocido como Paseo de Azanza o Calzada de La Piedad.

### 5.3.2 Naturaleza y orden geométrico en las nuevas ciudades coloniales

Las calles arboladas fueron los espacios verdes más comunes de la ciudad colonial y protagonizaron las transformaciones urbanas del siglo XVIII, tanto en proyectos de remodelación de ciudades existentes como en propuestas para nuevas fundaciones. Cumplían diferentes funciones porque servían para reforzar las líneas del trazado, destacar a los espacios y edificios singulares, rematar las calles principales, perfilar los límites urbanos y prolongar la trama de las ciudades por el territorio.

La cartografía histórica expresa la importancia de las calles arboladas porque fueron las intervenciones urbanas más representadas en dibujos coloniales; incluso existen planos donde son los principales protagonistas de la imagen. Un mapa anónimo de San Fernando de Monte Christi, en Cuba, –levantado a mediados del XVIII– muestra varias calles con árboles que subrayaban el trazado de la ciudad y señalaban los ejes de expansión urbana al sur, oriente y poniente<sup>123</sup>. En los planos elaborados por José Tantete para representar a los núcleos cubanos de Santiago de Compostela de Las Vegas y de El Horcón –de 1747 y 1756 respectivamente– se distinguen paseos arbolados rodeando el trazado ortogonal por tres costados<sup>124</sup>. En el plano de Gálvez –ciudad de La Lousiana– fechado en 1778, que José Luis García Fernández atribuye al ingeniero catalán Juan María Perchet<sup>125</sup>, el tema central es un conjunto de calles arboladas que recalca la geometría del trazado.

Los ejes arbolados permitieron introducir la naturaleza ordenada geométricamente en proyectos de ensanches y nuevas fundaciones; célebres ejemplos son Veracruz y Nueva Guatemala de la Asunción. Este último fue diseñado por el ingeniero militar Luis Díez Navarro el año 1776 y supervisado desde Madrid por Francisco Sabatini. El trazado de Díez Navarro fue una variante de la cuadrícula tradicional y consistía en una estructura simétrica y centralizada, con la plaza principal indicada por las calles principales y otras cuatro plazas secundarias<sup>126</sup>. Una novedad del diseño fue la dimensión de las manzanas, organizadas en una docena de tamaños diferentes; otra cualidad era el paseo arbolado que circundaba a la ciudad. El cinturón verde o Paseo de Circunvalación tenía cuatro hemicírculos indicando los puntos medios de los costados de la cuadrícula, que coincidían con los puntos cardinales y daban origen a ocho calles que se convergían en la plaza mayor.

La arborización de las calles en los proyectos de ensanches urbanos también servía para precisar algunos ejes y resaltar a los espacios significativos. Las intervenciones más importantes de este tipo se realizaron en México y Cuba. Un ejemplo destacado fue el proyecto de ensanche de Veracruz, en México, realizado en 1800 por Manuel Agustín Mascaró<sup>127</sup>. Veracruz, en la época colonial, era el principal puerto del mar Caribe y un punto de detención obligada en las rutas marítimas. La expansión de la ciudad, restringida por la topografía costera y por las murallas que la defendían de

<sup>123</sup> GARCIA FERNANDEZ, José Luis: *Urbanismo español e hispanoamericano. 1700-1808*. op. cit. p.280

<sup>124</sup> GARCIA FERNANDEZ, José Luis: *Urbanismo español e hispanoamericano. 1700-1808*. op.cit. pp 278-279

<sup>125</sup> GARCIA FERNANDEZ, José Luis. *Urbanismo español e hispanoamericano, 1700-1808*.op. cit. pp.295-296. Este plano ha sido fechado y descrito por REPS, John W. *La costruzione dell'America Urbana*. Con introducción de Francesco Dal Co. Primera edición en italiano del título original: *Town Planning in Frontier America*. Princeton, University Press. Princeton, New Jersey, 1965-1969. Franco Angeli Editore. Milán 1976.pp. 72-73

<sup>126</sup> El plano del proyecto de Nueva Guatemala está publicado en varios textos; a modo de ejemplo se indica el libro editado por Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) y el Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU): *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. op. cit. p.138. CHUECA GOITIA, Fernando. TORRES BALBAS, Leopoldo y GONZALEZ, Julio. *Planos de ciudades iberoamericanas y filipinas existentes en el Archivo de Indias*. op.cit. p. 752

<sup>127</sup> El plano de Veracruz ha sido publicado en varios estudios del urbanismo colonial. Como ejemplos se citan Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) y Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU): *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden* op. cit. p.162. CHUECA GOITIA, Fernando. TORRES BALBAS, Leopoldo. op.cit. 255

agresiones desde el mar, explica porqué el ensanche se orientó al territorio interior. La zona de expansión fue diseñada con una trama compuesta de plazas circulares y alamedas que constituían prolongaciones de las calles principales hacia el territorio circundante.

En las nuevas fundaciones del siglo XVIII, los ejes arbolados reforzaban el trazado, confirmaban los límites originales de las ciudades o apoyaban las expansiones de la trama por el entorno de los núcleos. El eje arbolado -Paseo de Circunvalación- del proyecto para Nueva Guatemala se incorporó como un anillo verde que encerraba la trama. A pesar de su ubicación periférica, el paseo reforzaba la jerarquía del centro porque conectaba a todas las calles que conducían a la plaza.

Otro ejemplo donde se incorporó a la naturaleza al proyectar una ciudad de nueva planta fue la Villa de Daxabon, fundada en la frontera con las colonias francesas de la isla de La Española. El proyecto se ordenaba a partir de un esquema cuadricular, de 14X14 manzanas y con una plaza doble exenta; la totalidad de las calles fueron concebidas con una doble hilera de árboles plantados regularmente. Este proyecto, denota la preocupación por introducir a la naturaleza de manera sistemática en el trazado urbano, idea que se aplicó en las capitales virreinales o grandes ciudades y también en poblaciones pequeñas y periféricas<sup>128</sup>.

El plano de 1747 de Santiago de Compostela de Las Vegas informa de un perímetro arbolado, rodeando al núcleo urbano por tres costados. Los árboles dispuestos en un riguroso orden rítmico –tres en cada manzana, indicando con sus posiciones el centro y los extremos de cada cuadra- sólo cambian para subrayar los vértices de la trama. En el texto del plano se señala explícitamente que la finalidad de las hileras de arboles era señalar los caminos de conexión perimetral<sup>129</sup>.

San Ramón de la Nueva Orán -ciudad del Virreinato del Río de La Plata planificada en honor del rey Carlos III por Ramón García de León y Pizarro el año 1797- es otro ejemplo de nueva población donde la presencia de la naturaleza geoméricamente ordenada se expresó en un paseo verde que estructuraba una calle flanqueada por dos hileras de árboles; el paseo reafirmaba el límite poniente del núcleo urbano<sup>130</sup>.

De modo semejante al proyecto de Luis Diez Navarro para Guatemala, el paseo de Nueva Orán constaba de un espacio semicircular, rodeado de árboles, que se abría a las calles que desembocaban en la plaza central. El paseo arbolado se prolongaba hacia los caminos enfatizando la relación entre la ciudad y su entorno. Una de estas extensiones -perpendicular al paseo externo- nacía en el punto central del hemicírculo arbolado y se conectaba con el camino a una reducción, atravesando el ejido. Otra prolongación también nacía desde un espacio arbolado semicircular, localizado en el costado norte, y se extendía hasta el camino principal de la provincia<sup>131</sup>.

<sup>128</sup> El plano de Daxabón fue publicado en Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) y el Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU): *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. op. cit. p.143

<sup>129</sup> El plano de Santiago de Compostela de Las Vegas está publicado en HARDOY, Jorge Enrique: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op.cit. Mapa N° 160. p. 309

<sup>130</sup> GUTIERREZ, Ramón. *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica*. op. cit. p.228

<sup>131</sup> Documento publicado en HARDOY, Jorge Enrique: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. op.cit. Mapa N° 159. p. 308

## 5.4 El paisaje en la estructura interna de las ciudades chilenas

En Chile, a lo largo del siglo XVIII, se construyeron alamedas y paseos arbolados en ciudades de diferente jerarquía. La incorporación de la naturaleza geométricamente ordenada fue esencial para generar nuevos lugares de intercambio social, reafirmar espacios singulares y establecer nuevos componentes del tejido urbano. Las hileras de árboles también subrayaban las principales características y límites del trazado, reforzaban las fronteras entre sectores o barrios y expandían el orden ortogonal por el entorno de las ciudades.

Los jardines públicos expresaban la coherencia del urbanismo colonial con las ideas filosóficas, la curiosidad científica por los elementos vegetales y el anhelo ilustrado de dominio de la naturaleza. Este último aspecto se advierte claramente en el Paseo de los Tajamares, construido en Santiago del Nuevo Extremo para complementar una intervención territorial para controlar las crecidas del río Mapocho.

Durante el siglo XVIII los gobernantes coloniales se preocuparon por transformar a las ciudades en estructuras que exhibían el poder del imperio español, procurando que tuviesen la comodidad, belleza e higiene de las ciudades europeas. Este fue un aspecto fundamental en la capital de Chile por la degradación ambiental de amplios sectores urbanos de Santiago y su entorno. Armando de Ramón explica que el valle del Mapocho sufría un grave problema originado por la explotación intensiva de los suelos agrícolas, el uso desmedido del agua, la deforestación y la contaminación de las acequias de riego. La situación era más crítica cuando se desataban epidemias, difíciles de controlar por las deficiencias sanitarias<sup>132</sup>. El hospital San Juan de Dios, por su mal estado y los daños ocasionados por terremotos, no era adecuado para recibir a los enfermos; por esta circunstancia, en 1796, el marqués de Avilés ordenó reparar el establecimiento y encargó el diseño y dirección de las obras al arquitecto Joaquín Toesca. Para materializar el proyecto fue preciso trasladar a los enfermos al nuevo hospital de San Borja.

En esa época, Santiago también mostraba problemas de contaminación del aire con altas concentraciones de polvo en suspensión porque el barrido de calles y plazas se hacía sin cuidado, levantando grandes polvaredas. Estas condiciones se agravaban por el humo de los incendios en los campos inmediatos a la ciudad, provocados por los agricultores para limpiar a sus terrenos de árboles y preparar espacios agrícolas.

En un informe fechado el año 1719, el cronista Gómez de Vidaurre da cuenta de la desastrosa situación ambiental de la capital de Chile, señalando que el valle donde se asentaba Santiago era muy escaso en árboles y madera porque los pobladores habían arrasado con los bosques que rodeaban la ciudad<sup>133</sup>. Las consecuencias de la deforestación se apreciaron en toda su magnitud cuando, en 1783, después de una severa inundación del río Mapocho, las autoridades deciden construir una estacada para intervenir las orillas del río y no pudieron encontrar la madera necesaria en los campos adyacentes<sup>134</sup>.

La necesidad imperiosa de mejorar las condiciones ambientales y la higiene urbana de la principal ciudad chilena fue respaldada por los cambios en la política comercial y la aplicación de las reformas administrativas. El desarrollo económico hizo posible financiar innovaciones urbanas con el objetivo de incorporar ideas de vanguardia, referentes a la presencia de la naturaleza como un elemento básico de las ciudades. En este sentido, la acción más destacada fue la construcción de jardines públicos en forma de alamedas y paseos.

<sup>132</sup> RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. pp.114

<sup>133</sup> RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. pp.115-116

<sup>134</sup> RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p. 116



### 5.4.1 Alameda de Santiago del Nuevo Extremo

El primer paseo colonial chileno fue *El Paseo de La Cañada*, conocido más tarde con el nombre de *Paseo de Las Delicias* y en el período republicano como *Alameda de Santiago*. El primer nombre hace referencia a su ubicación en la Acequia de Nuestra Señora del Socorro –un cauce secundario del río Mapocho- porque el origen de las cañadas fue la existencia de brazos de ríos que, al ser encauzados, dejaban libre parte del lecho fluvial que empezó a ser utilizado como espacio público y paseo. En las primeras décadas coloniales, la Cañada de Santiago era un límite natural de la ciudad y referencia del cambio en la ocupación social del espacio urbano porque los terrenos de su costado sur –al margen del trazado cuadrícula- fueron ocupados con extensos arrabales que, por su dispersión, se confundían con las zonas fronterizas de viñas y huertos.

La Cañada se abría en una amplia perspectiva hacia Los Andes y estaba flanqueada por varios conventos, cuyas elevadas torres eran hitos del paisaje urbano, cualidad visible en las imágenes de Santiago colonial. En un dibujo de Santiago realizado por Alonso Ovalle –para integrarlo en su *Histórica relación del Reino de Chile*, publicada el año 1646- se destaca a La Cañada, compitiendo en importancia gráfica con el río Mapocho; además, Ovalle la resaltó con un texto que la identifica. A su costado sur estaban el hospital y el convento de San Francisco –cuya alta torre fue dibujada por Ovalle como remate oriental de La Cañada- y al norte se levantaba el convento de Santa Clara. El dibujo contiene errores como la división de las manzanas en 16 lotes y no cuatro, como se indica en otros documentos históricos; el convento de La Merced fue representado ocupando dos manzanas –aunque sólo disponía de una- y La Cañada quedaba separada por seis manzanas de la plaza mayor en dirección sur cuando en realidad estaba a cuatro calles de distancia. Ovalle dice que La Cañada era el mejor lugar de Santiago porque estaba rodeada de huertas y corría un viento tan fresco y apacible que los vecinos acudían a ella en verano o abrían las puertas y ventanas orientadas al paseo para disfrutar de la hermosa vista que ofrecía, debido a la alameda de sauces<sup>135</sup>. Según otros autores, los árboles eran álamos.

Un plano de Santiago incorporado en la segunda edición de la crónica de Molina<sup>136</sup> muestra que el paseo de La Cañada dividía a Santiago en dos sectores urbanos. El más antiguo, al norte, corresponde al área fundacional, trazada con una cuadrícula que se modificó al contactar con el río Mapocho y el cerro Santa Lucía. La segunda fracción, al sur de La Cañada, era una zona con un trazado ortogonal de mayores dimensiones por la presencia de grandes parcelas con huertas y viñas. El paseo tenía una leve curva en su extremo oriental, que debió generar una interesante perspectiva del mismo. En 1762, el Presidente Félix de Berroeta mandó a plantar sauces y otros árboles por las tres calles que recorría La Cañada, transformándola, definitivamente, en paseo<sup>137</sup>. A fines de la colonia, durante el gobierno de Ambrosio O'Higgins, la alameda volvió a ser remodelada, pero su transformación más radical se realizó durante el período republicano y fue obra de su hijo Bernardo O'Higgins.

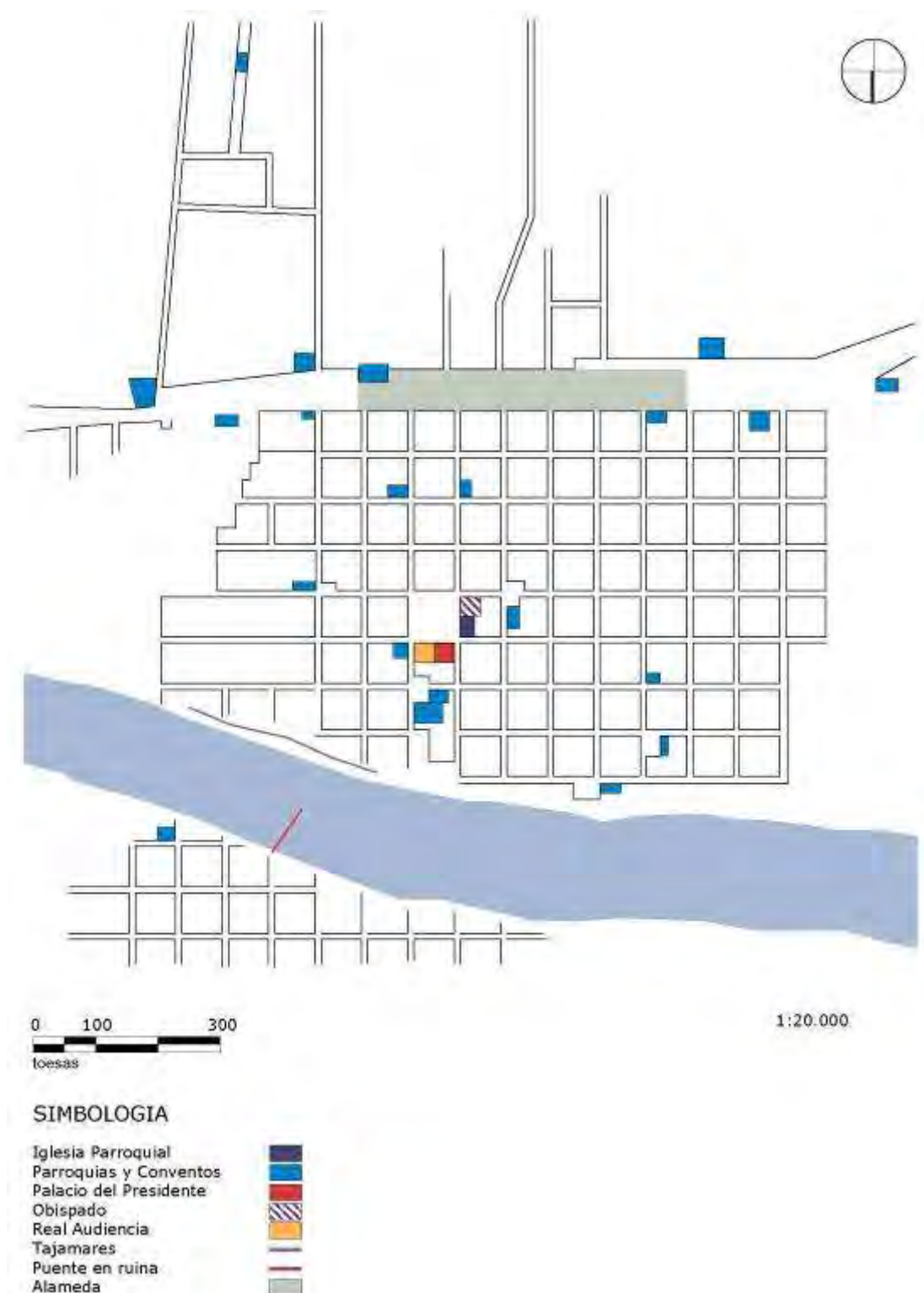
En el plano de Santiago levantado por Amadeo Frezier en 1713, se representaron La Cañada y el brazo de agua del río Mapocho que se dirigía hasta el paseo bordeando el cerro Santa Lucía. En el dibujo se describe la condición perimetral de La Cañada fijando el límite sur del núcleo urbano. En su longitud mayor, el paseo se extendía entre el cerro Santa Lucía y las huertas ubicadas al costado poniente de la ciudad, con un total de siete cuadras. Los árboles del paseo se ordenaban en dos tramos: el primero recorría cuatro cuadras y pasaba cerca del Noviciado de los Jesuitas; el otro tramo arbolado, que según el plano de Frezier tenía una extensión de tres cuadras,

<sup>135</sup> OVALLE Alonso: *Histórica relación del Reino de Chile*. op.cit. pp.77-78

<sup>136</sup> Se refiere al *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile* escrito por Juan Ignacio Molina. El texto original fue impreso en Madrid en 1788

<sup>137</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia urbana de Chile*. op.cit p. 127

transcurría entre el hospital San Juan de Dios y el convento de los Carmelitas. El plano también muestra el cambio del trazado al sur de La Cañada por la aparición de divisiones irregulares que alteraban el orden cuadricular. Adyacentes al paseo se ubicaban nueve conventos o iglesias, cantidad que representaba el 41% del total de construcciones religiosas de Santiago, que sumaban 22 edificios.



### Santiago del Nuevo Extremo con su alameda, según Frezier

Fuente: Plano de Frezier. 1713<sup>138</sup>

<sup>138</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.99

Algunas construcciones cercanas al paseo tenían dimensiones imponentes como el convento de San Francisco -el mayor de Santiago en la época colonial- o el de San Juan de Dios, que incluía un hospital. Otra característica del conjunto de iglesias y conventos próximos a La Cañada es que configuraban un sector urbano donde la función religiosa se complementaba con actividades recreativas, enunciando nuevos servicios urbanos vinculados al ocio y al encuentro social en un lugar distinto a la plaza mayor.

El paseo de La Cañada se convirtió en uno de los espacios públicos más conocidos de Santiago. En un grabado del científico francés Claude Gay es posible apreciar los frondosos árboles, plantados en cuatro hileras a ambos costados del paseo, las dos acequias que corrían de oriente a poniente, la iglesia que servía de remate visual y la intensa vida urbana que se concentraba en el lugar porque se divisan artesanos, jineteres y personas de distinta condición social, diferenciadas por sus atuendos.



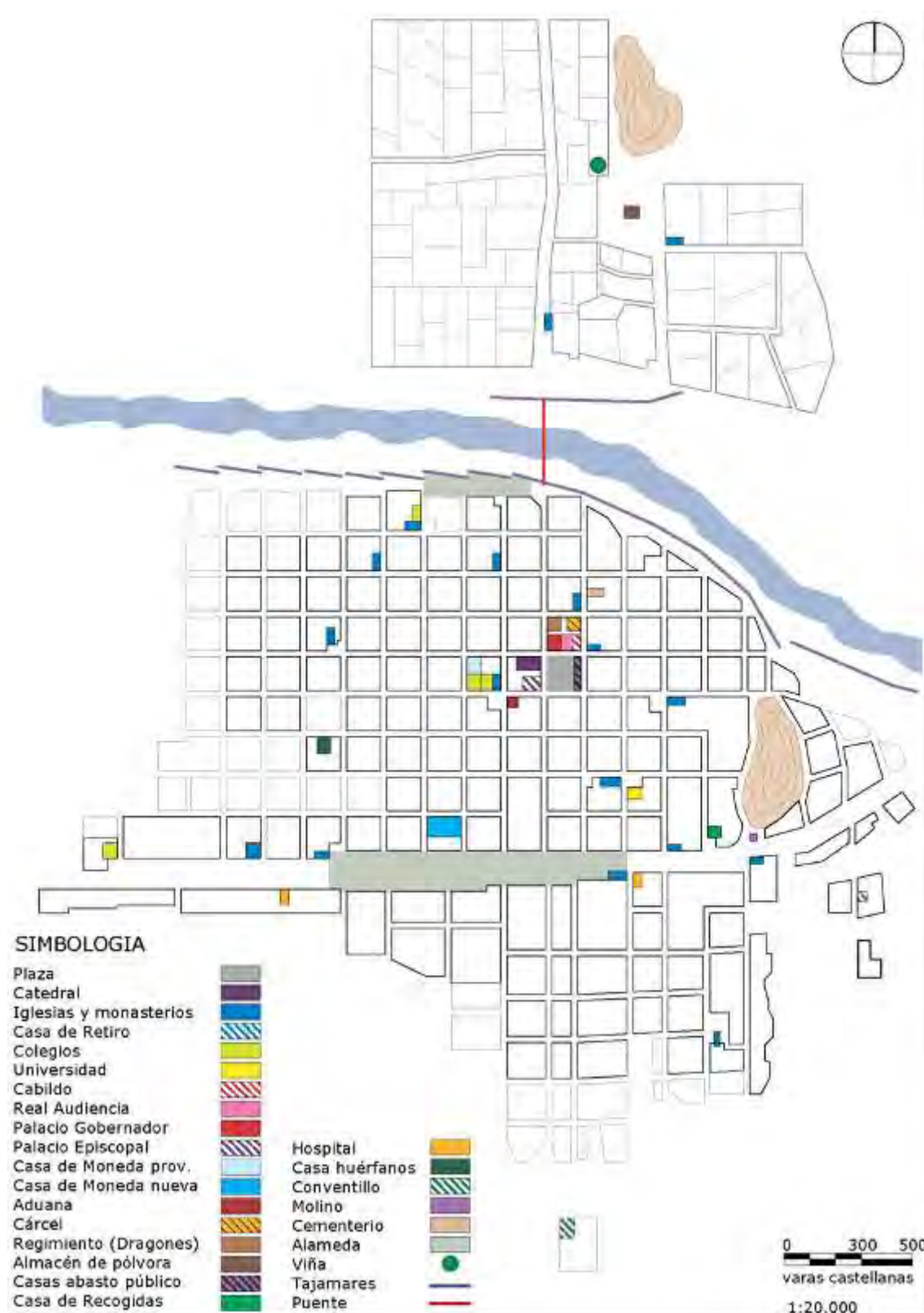
### **Paseo de La Cañada de Santiago**

Fuente: Paseo de La Cañada es una litografía de Lehnert realizada sobre el dibujo de Claude Gay y M.M. Miers<sup>139</sup>

El Paseo de La Cañada, por su importancia como referencia urbana, fue citado en todos los planos de Santiago, incluso en los más esquemáticos, como el de Antonio Lozada, realizado entre los años 1755 y 1761 para describir el Llano de Maipú; en este documento, los elementos que representan a la ciudad son las calles, algunos edificios, los principales componentes del paisaje -río Mapocho y cerro Santa Lucía- y el paseo de La Cañada. Sin embargo, a pesar de su valor como espacio verde, las referencias gráficas de la arborización de La Cañada en la cartografía fueron casi simbólicas y, generalmente, se describía como una simple hilera de árboles. En otro plano de Santiago, de 1809, La Cañada se expresa como un espacio vacío, que se distingue sólo por su ancho superior a las demás calles de la ciudad.

<sup>139</sup> Impresión original de la Litografía en Imprenta Lemercier, París. Publicada en GAY, Claudio: *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. op. cit. Lámina N° 14.





### Alameda de Santiago y su relación con el uso del suelo en el plano de 1809

Fuente: Plano anónimo de Santiago de 1809<sup>140</sup>

<sup>140</sup> Plano de Santiago del Reino de Chile. Anónimo del año 1809. Archivo Museo Británico; Londres.

Desde otra perspectiva, La Cañada actuaba como línea divisoria de clases sociales porque a su costado surponiente se desarrollaban extensas barriadas de ranchos de paja. También fue el eje urbano que concentraba a las construcciones eclesiásticas; entre 1659 y 1815 diferentes órdenes religiosas levantaron noviciados, conventos, ermitas y capillas cerca de La Cañada, extendiendo su influencia hacia el poniente. Armando de Ramón supone que la expansión de construcciones religiosas en el área pudo ser consecuencia del crecimiento de los arrabales al oeste de la ciudad y un modo de prestar asistencia religiosa a los habitantes más pobres de Santiago<sup>141</sup>.

El paseo de La Cañada fue un tema predilecto de los relatos de cronistas y viajeros. Gonzales de Agüero decía que Santiago del Nuevo Extremo podía competir con las demás ciudades por su planta y calles espaciosas e iguales, hechas a cordel, donde La Cañada se destacaba por su longitud cercana a 18 cuadras; aunque el plano de Frezier de 1713 y el plano anónimo de 1809 informan que sólo tenía siete cuadras. Gonzales de Agüero también hace referencia al ancho del paseo, donde pasaban sin estorbarse diez o doce coches. Según la cartografía y los dibujos históricos tenía 100 m de ancho, repitiendo la medida de las manzanas. Respecto de la importancia del paseo, Agüero coincide con Ovalle quien sostenía que La Cañada **puede llamarse plaza o plazas porque de ella pudieran hacerse muchas y capaces**.<sup>142</sup> Al respecto, Gabriel Guarda indica que un viajero que la conoció en 1831 la consideró **el paseo más hermoso de toda América del Sur y es tenido en perfecto estado**<sup>143</sup>.

La relación del paseo con los huertos que formaban el espacio rural circundante fue detallada por la viajera inglesa María Graham cuando describe a La Cañada y casas cercanas con jardines, huertos y viñedos; explica que desde la quinta del canónigo Herrera –ubicada al noreste de La Cañada– se podía pasear por un frondoso olivar y continuar por amplios huertos de cerezos, duraznos, manzanos y perales cubiertos de flores y, tras cruzar dos o tres cercos, se salía a la Cañada, **que hasta hace poco tiempo era un suburbio pantanoso**. El agua, que antes corría libremente, estaba encauzada por un canal artificial flanqueado con árboles y había cómodos senderos para pasear y caminos más anchos para los carruajes y caballos<sup>144</sup>. El comerciante inglés Samuel Haigh dice que el paseo de La Cañada se componía de varias hileras de álamos y había sido construida por Bernardo O'Higgins en 1817<sup>145</sup>. No obstante, la Cañada de Santiago existía desde mediados del siglo XVII; fue remodelada por Ambrosio O'Higgins antes de ser nombrado Virrey del Perú y en 1818 volvió a ser restaurada por su hijo Bernardo O'Higgins, quien ordenó su arreglo cuando era Director Supremo<sup>146</sup>.

La reforma de 1818 transformó a La Cañada en el espacio urbano preferido por los paseantes; de Ramón explica que hasta allí llegaban las familias en sus carruajes y los comerciantes de frutas. En 1831 era el principal paseo de Santiago y consistía en una faja de tierra, que nacía cerca del cerro Santa Lucía y se extendía varias cuadras, con cuatro magníficas hileras de álamos, regadas con agua de las acequias que corrían al pie de los árboles. El espacio comprendido entre las hileras centrales estaba cubierto de arena gruesa y servía de paseo; en sus bordes tenía bancos de piedra pulida para descansar. Según testimonios de la época, el paseo terminaba en dos espacios ovalados por donde circulaban los carruajes y, durante el verano, las bandas de los diferentes regimientos ejecutaban piezas musicales<sup>147</sup>.

<sup>141</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. p. 99

<sup>142</sup> GONZALEZ de AGUEROS, Pedro: *Descripción histórica de la provincia y archipiélago de Chiloé, en el Reyno de Chile y Obispado de la Concepción*. op.cit. p. 9

<sup>143</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. p. 127

<sup>144</sup> GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile (1822) y de su viaje a Brasil (1823)*. op.cit. p.266

<sup>145</sup> HAIG, Samuel: *Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817*. Publicado en *Viajeros en Chile. 1817-1847*. Editorial del Pacífico. Santiago 1955. p.37

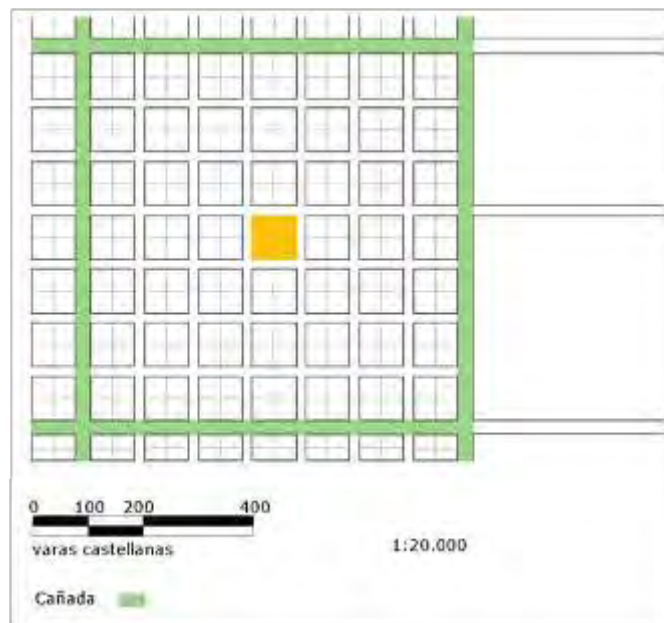
<sup>146</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. p. 127

<sup>147</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. pp. 101-102

### 5.4.2 Las alamedas coloniales en ciudades chilenas de menor jerarquía

En Santiago del Nuevo Extremo, además de La Cañada, existieron cuatro paseos creados en el siglo XVIII. El Paseo del Marqués de Obando se instauró el año 1745, la Alameda de San Pablo se construyó en 1775, La Cañadilla fue establecida el año 1787 en el camino de acceso norte a Santiago por el alarife Agustín de Argüelles y el Paseo del Tajamar se edificó en 1792; este último, por un tiempo suplantó a La Cañada o Alameda de las Delicias como el principal paseo público de la ciudad. Los tres primeros paseos mencionados no tuvieron un prestigio comparable al Paseo de La Cañada y ni siquiera se consignaron en los planos. Sin embargo, las alamedas fueron elogiadas y se construyeron en ciudades de diferente jerarquía. La Serena, San Felipe el Real, San Fernando, Santa Rosa de Los Andes, San Rafael de Rozas, San José de Buenavista, San José de Floridablanca y Santa Bárbara de la Reina de Casablanca tuvieron alamedas que, generalmente, surgieron de antiguas cañadas.

San Felipe El Real, la primera de una serie de fundaciones realizadas el siglo XVIII, fijó un modelo urbano que orientó las ciudades posteriores, basado en instrucciones locales impartidas por Manso de Velasco, indicando que las calles debían ser rectas, de trece varas y los costados norte y sur del trazado se reservarían para cañadas; a pesar de estas indicaciones, San Felipe tuvo cuatro cañadas –San Bartolomé, San Rafael, San Miguel y San Andrés– conformando un anillo verde alrededor del núcleo urbano<sup>148</sup>. Cuatro años después de la fundación de la ciudad, el marqués de Cañada Hermosa –intendente de San Felipe– informó del repartimiento de los solares según el capítulo de la instrucción que le sirvió de regla para delinear las calles<sup>149</sup>. El título de Marqués de Cañada Hermosa refleja el valor social asignado a estos espacios. Un viajero que visitó a San Felipe en 1797 opinaba que era la ciudad más hermosa de Chile por su traza cuadricular compuesta de 7X7 manzanas, encerradas por cuatro calles anchas o cañadas, que corresponden a las alamedas históricas<sup>150</sup>.



**Anillo de cañadas perimetrales en San Felipe El Real**

Fuente: plano realizado de acuerdo al expediente de fundación de San Felipe <sup>151</sup>

<sup>148</sup> CAVIERES, Eduardo: *Vecinos y solares en los comienzos de San Felipe (1740-1750)* publicado en *Solares y casas de la villa de San Felipe El Real*. op.cit. pp. 7-9

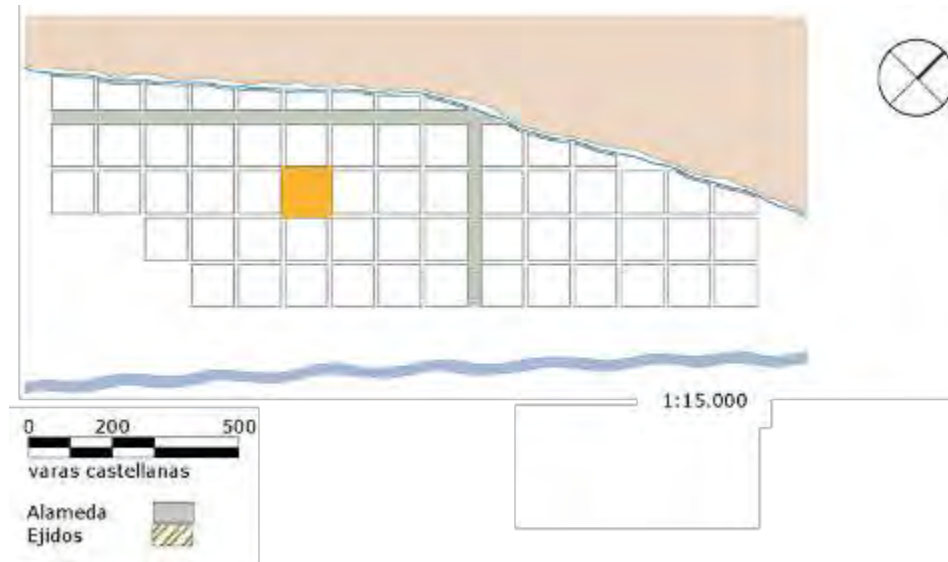
<sup>149</sup> Carta del intendente de San Felipe El Real Juan de Espinoza, marqués de Cañada Hermosa, al Presidente de Chile informando sobre el estado de la villa de San Felipe, 20 de junio de 1744

<sup>150</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. p. 127

<sup>151</sup> Expediente fundación de San Felipe El Real. Capitanía General. Vol. 937 Archivo Nacional; Santiago.



San Rafael de Rozas, según el plano de Antonio Martínez de Mata de 1790, poseía dos alamedas perpendiculares. La mayor -al norponiente del núcleo- estaba a una cuadra de la plaza, tenía nueve manzanas de largo y corría paralela a los cerros que circundaban la ciudad. La otra -al suroriente- se ubicaba a tres cuerdas de la plaza, tenía cuatro manzanas de longitud y conectaba al río Illapel y los cerros del sitio de fundación. Ambas alamedas reafirmaban la geometría ortogonal de la ciudad y, por sus diferentes longitudes, pronunciaban el crecimiento unidireccional del núcleo.



#### Alameda de San Rafael de Rozas

Fuente: plano elaborado en 1790 por Antonio Martínez de Mata<sup>152</sup>

En ciertos casos, la existencia de elementos naturales -cerros y ríos- determinaron el crecimiento y la ubicación de espacios públicos que rompían la homogeneidad del trazado. El plano de la villa de Curicó -nombre original de San José de Buenavista- realizado en 1807 por Francisco Muñoz, muestra el cerro y un estero que influyeron en la ubicación de la alameda -a tres cuerdas de la plaza- y en su morfología lineal configurando el costado oriente de la ciudad; esta posición permitía aprovechar el agua del estero y la presencia del cerro como telón verde, convirtiendo al paseo en eje articulador entre el núcleo urbano y el paisaje. Junto a la alameda se levantó el convento de La Merced, reiterando la relación entre los conventos y alamedas tal como ocurrió en Santiago del Nuevo Extremo y Lima. La ocupación de la cuadrícula de San José de Buenavista se concentró en el sector urbano que se extendía entre la plaza y la alameda, los dos polos que concentraban la dinámica de la ciudad.

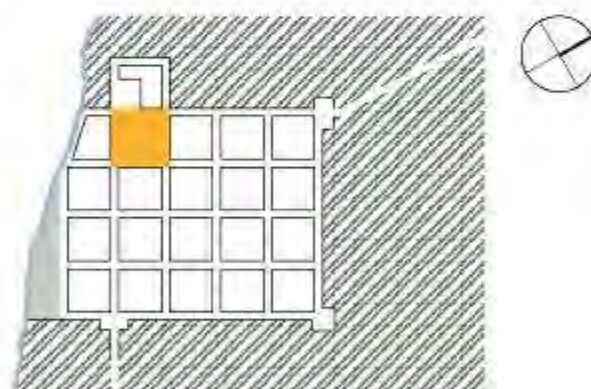
La alameda de Santa Bárbara de Casablanca, según un plano del año 1796, estaba a una manzana de la plaza, constituyendo el límite sur poniente de la ciudad; esta localización respondía a la presencia de un estero. Lo más singular de esta alameda era su forma trapezoidal que se ajustaba al espacio comprendido entre el núcleo urbano y el río, actuando como elemento de conexión de la ciudad y el paisaje. Otra característica es que cerraba el anillo verde que rodeaba a la ciudad de Casablanca, completando el circuito parcialmente definido por los ejidos. Gabriel Guarda señala que la alameda tenía claramente el carácter de un paseo arbolado próximo al río<sup>153</sup>.

<sup>152</sup> Archivo Nacional; Santiago.

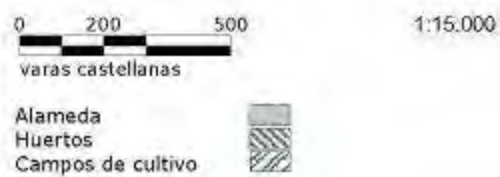
<sup>153</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia urbana de Chile*. op.cit p.127



San José de Buenavista



Santa Bárbara de Casablanca

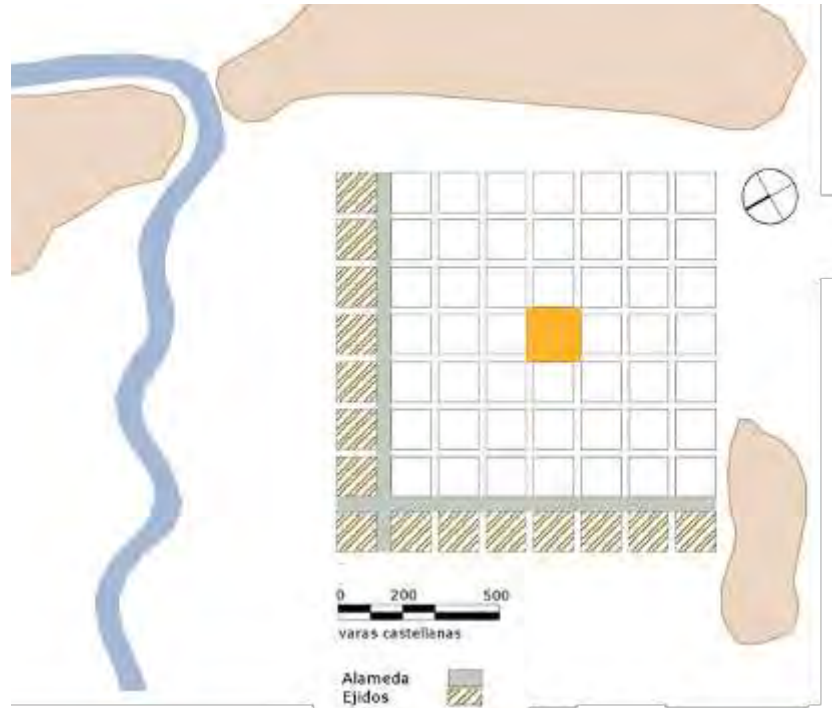


### Alamedas de San José de Buenavista y Casablanca

Fuentes: Plano de la Villa de Curicó, Francisco Muñoz, 1807 y el plano de la plaza de Santa Bárbara de Casablanca, 1796<sup>154</sup>

<sup>154</sup> Ambos dibujos se conservan en el Archivo Nacional de Santiago.

Un ejemplo interesante de la incorporación de las alamedas en la morfología urbana se observa en Santa Rosa de Los Andes. El plano de Ignacio Díaz Meneses, del año 1798, presenta a dos alamedas perpendiculares y de igual longitud -ocho cuadradas- que se ajustan al trazado; ambas estaban a tres calles de la plaza y servían de ejes articuladores entre la ciudad y los ejidos de proporción cuadrada. Una era paralela al Aconcagua y la otra remataba en el cerro más cercano al núcleo -actual cerro La Virgen- denotando que la referencia natural de los paseos eran elementos del paisaje circundante a la ciudad porque los montes andinos que se despliegan hacia el oriente del centro urbano, participaban sólo como una presencia lejana.



#### Alameda de Santa Rosa

Fuente: plano elaborado en 1798 por Ignacio Díaz Meneses<sup>155</sup>

En San Fernando, Manso de Velasco incorporó una cañada diagonal de doce cuadradas de longitud; la particular forma surgió del progresivo distanciamiento entre la trama urbana y el río Cachapoal<sup>156</sup>. Este ejemplo, como hace notar Guarda<sup>157</sup>, expresa que los paseos originados en cañadas no fueron exclusivos de las ciudades mayores. Las alamedas y paseos también funcionaban como espacios para contemplar el paisaje. La alameda de San Fernando era mirador hacia la cordillera de Los Andes y los ríos Tinguiririca y Cachapoal.

El Paseo de La Cañada de Santiago también se abría en una amplia perspectiva hacia la cordillera de los Andes, que por su distancia de la ciudad -como ocurría en Santa Rosa de Los Andes y San Fernando- no afectaba la escala humana del lugar.

<sup>155</sup> Archivo Nacional, Santiago.

<sup>156</sup> Plano de la nueva población de San Fernando de Tinguiririca. 1744. A.G.I. Mapas y planos de Perú y Chile, 212

<sup>157</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia urbana de Chile*. op.cit p.128

### 5.4.3 El paseo de Los Tajamares del río Mapocho

El Paseo de los Tajamares surgió de los malecones y diques construidos para resistir las violentas crecidas del río Mapocho que afectaban periódicamente -desde el siglo XVI- a Santiago, destruyendo las defensas levantadas a través del tiempo. En 1783, luego de dos días de intensa lluvia, el desborde del río ocasionó enormes perjuicios a los pobladores y la edificación; la construcción que sufrió los mayores daños fue el Puente Nuevo, considerada la obra pública más hermosa de la capital. Según indica Guarda<sup>158</sup>, los científicos Hipólito Ruiz y José Pavón -que estaban en Santiago como parte de su expedición botánica por América- dejaron un dramático relato sobre el suceso, que causó la destrucción parcial del puente y el aislamiento de los sectores ultra ribereños.

Leandro Badarán fue designado para diseñar las nuevas defensas, que representó en un plano donde incluyó una detallada descripción del área central de Santiago y las zonas de huertas en la orilla norte del río. Las defensas, que seguían el contorno del cauce, se extendían por quince cuadras y alcanzaban hasta las viñas ubicadas en el sector de La Chimba. El proyecto también comprendía seis nuevos arcos para reforzar el puente de modo que pudiera resistir futuras crecidas. Los Tajamares se diseñaron apartándose del lecho del río y dejando una franja para servir de paseo. Badarán recomendó que en este lugar se plantaran álamos o cualquier otro tipo de árboles más frondosos que los sauces.



**Proyecto Tajamares del río Mapocho**

Fuente: Proyecto de Leandro Badarán<sup>159</sup>

Joaquín Toesca, el célebre arquitecto de la Casa de Moneda, asumió la dirección de los trabajos en 1791. A las murallas defensivas, diques y puentes diseñados por los ingenieros militares Leandro Badarán y Pedro Rico, le agregó otros elementos como calzadas y un obelisco para servir de remate visual a una de las obras de ingeniería más importantes de América colonial. El obelisco -que según indicaba la inscripción de su pedestal estaba dedicado al Carlos IV- llegó a ser un hito del paisaje urbano y ubicó a Los Tajamares en la vanguardia estilística por contener un elemento similar a los que adornaban a las principales plazas de las ciudades italianas. La dimensión de las murallas permitía que por ellas pudieran caminar hasta tres personas. Desde su altura se podía contemplar a la cordillera de Los Andes, la ciudad, el valle y el río Mapocho con las viñas y huertos que se desarrollaban en sus márgenes.

<sup>158</sup> GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.222

<sup>159</sup> GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.223





**Paseo Tajamares del río Mapocho**

Fuente: Paseo de Los Tajamares. Pintura de Carlos Wood<sup>160</sup>

El origen del Paseo de Los Tajamares del Mapocho está relacionado con la decisión del Marqués de Obando de embellecer el lugar con árboles; más tarde, el Corregidor Zañartu construyó en el sitio una plaza de toros para reemplazar a la que había sido destruida por la crecida de 1783, una de las mayores del período colonial. En 1791 se empezó a construir una nueva alameda en el lugar<sup>161</sup>.

En febrero del año 1792 se edificaron los cimientos de una nueva muralla contra la acción del río, según planos elaborados en 1783 por el ingeniero Baradán; las obras se financiaron con impuestos a la importación de azúcar y yerba mate. Los planos originales fueron revisados y modificados por el arquitecto Joaquín Toesca, director técnico del trabajo<sup>162</sup>.

Los Tajamares del río Mapocho fue una obra notable por su estructura y belleza; no era reconocida únicamente por su eficiencia como defensa fluvial porque trascendió las demandas funcionales y de ingeniería hasta llegar a ser el más conocido paseo de la ciudad en la época colonial, pues, como explica Gabriel Guarda, su hermoso diseño lo permitía<sup>163</sup>. Armando de Ramón subraya que los viajeros que conocieron la capital de Chile describían al Paseo de Los Tajamares como el más concurrido y hermoso de Santiago<sup>164</sup>. El paseo, ornamentado con pilas de agua en cada extremo, tenía doce manzanas de largo; se accedía por un costado del puente de Cal y Canto y desde él se podía contemplar al paisaje andino y glaciar El Plomo, especialmente bello al atardecer. Era visitado por señoras que acudían a admirar el espectáculo crepuscular, y en sus cercanías –ribera opuesta del río– se reunía el pueblo para oír cantantes, ver danzarines o comprar confites artesanales. En su extremo oriental se realizaban carreras de caballos, diversión popular que atraía a personas de variada condición social<sup>165</sup>.

<sup>160</sup> GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.222

<sup>161</sup> RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p. 100

<sup>162</sup> Manuel de Salas fue nombrado superintendente de los trabajos que comenzaron en enero de 1792

<sup>163</sup> GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.225

<sup>164</sup> RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. pp.100 y 101

<sup>165</sup> RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p.101



**Paseo de Los Tajamares**

Fuente: Dibujo de Fernando Brambila<sup>166</sup>

En su relato de viaje, Samuel Haigh explica que los domingos y días festivos, los vecinos acudían al Paseo del Tajamar para mirar carreras de caballos y las niñas llegaban en elegantes carruajes, para observar a los caballeros haciendo gala de sus destrezas ecuestres. Los peatones paseaban sobre las murallas, por un sendero ancho y recto, de una milla de largo –correspondiente a 12 manzanas- con escaños de piedra distribuidos a distancias regulares; ambos costados del sendero estaban sombreados por frondosos árboles. Haigh, como otros viajeros, también se refiere a la función de mirador del paseo porque desde sus muros se tenía una vista espléndida de la cordillera de Los Andes que, en las tardes, exhibía una magnífica variedad de colores producida por los reflejos de los últimos rayos del sol poniente sobre los nevados picachos andinos<sup>167</sup>.

María Graham describió a Los Tajamares como un sólido muro de albañilería que se construyó para defender a la ciudad de las fuertes crecidas del río Mapocho, al que se refiere como un inofensivo riachuelo que corre por un angosto canal en medio de un ancho lecho de piedras, aunque dos veces al año se convierte en un impetuoso torrente. La viajera inglesa explica que en invierno, el río crecía por la acumulación de lluvias y, a comienzos del verano por el derretimiento de las nieves andinas; en estas estaciones ocurrían formidables crecidas que, si no fuera por los Tajamares, inundarían gran parte de la ciudad. Dentro del área de Los Tajamares se construyó una alameda, que era ***un paseo encantador con sus largas filas de sauces y su vista espléndida***<sup>168</sup>.

Por su belleza, los tajamares del río Mapocho fueron elogiados por diversos autores, quienes lo describían como una de las principales construcciones de Santiago, junto con la Catedral, el Cabildo y la Casa de Moneda. El paseo también fue tema de un grabado del dibujante italiano Fernando Brambilla, que muestra los muros macizos con sus contrafuertes cruzando en línea recta el paisaje del valle del Mapocho. En el grabado de Brambilla se aprecia el tamaño monumental de las murallas.

<sup>166</sup> GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.76

<sup>167</sup> HAIG, Samuel: *Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817*. Publicado en *Viajeros en Chile. 1817-1847*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1955. p.37

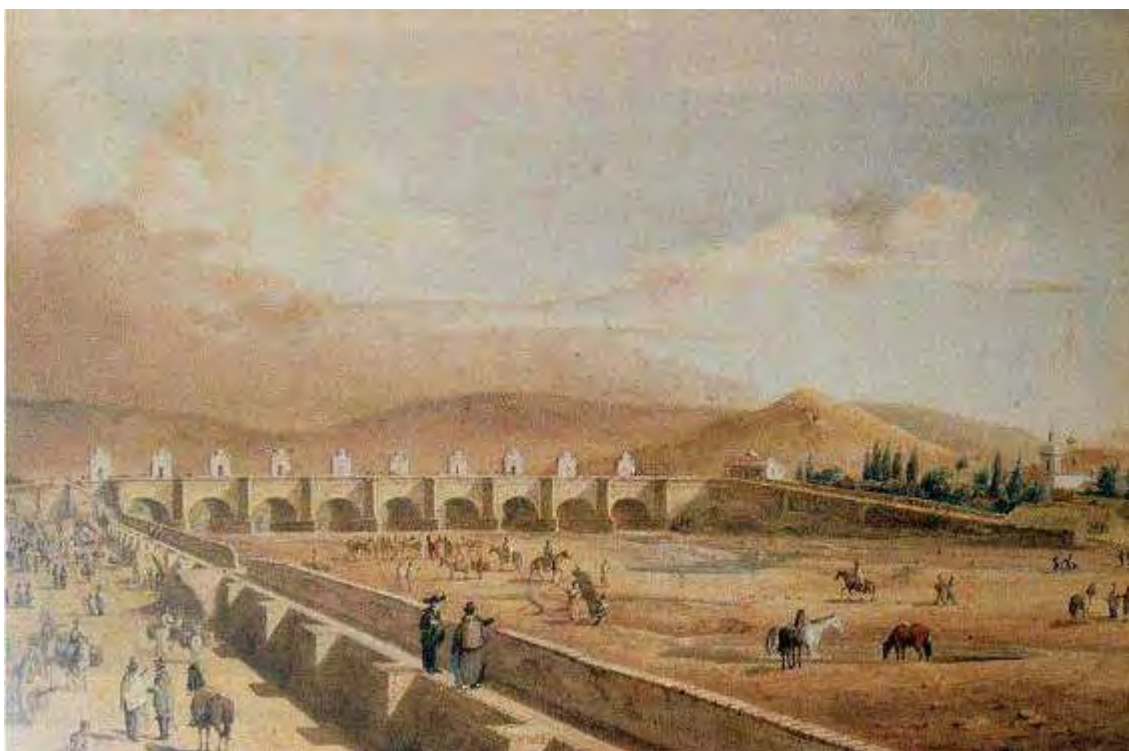
<sup>168</sup> GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile (1822) y de su viaje a Brasil (1823)*. op.cit p.258



George Vancouver dice que la muralla tenía catorce pies de cimiento y se levantaba a similar altura sobre el nivel del río; parecía sólidamente construida y capaz de resistir el empuje del agua. Añade que, además de proporcionar a los habitantes de Santiago seguridad contra inundaciones, también era un agradable paseo. Al igual que en otras descripciones de viajeros, destacó su cualidad de mirador del paisaje por la construcción de una terraza en la orilla del río -con un parapeto de altura suficiente y de un cuarto de milla de largo, a la que se subía por cómodas gradas- y desde donde se tenía una amplia perspectiva de Santiago y su entorno<sup>169</sup>

Otra obra relevante relacionada con el río, fue el Puente de Cal y Canto, construido para superar el límite generado por el río Mapocho y comunicar al área central de Santiago con los barrios que se desarrollaban al norte del cauce. En 1767, durante el gobierno del corregidor Luis Manuel de Zañartu, se iniciaron las obras del puente utilizando piedras del cercano Cerro Blanco. Las faenas fueron ejecutadas por los convictos de la ciudad. El puente nuevo, inaugurado en 1779, tenía una longitud de 202.28 m y se apoyaba sobre ocho arcos de 9.20 m de altura<sup>170</sup>.

Una pintura de Carlos Wood representa el paseo de Los Tajamares y su relación con el Puente Nuevo, que permitía continuar los recorridos peatonales y de carruajes hasta la ribera norte del río. La imagen muestra la recia estructura de los tajamares y sus contrafuertes dispuestos en una secuencia constante que combina con la serie de arcos del puente. La reiteración de una medida rítmica enunciaba la racionalidad geométrica del conjunto. Desde el puente -como ocurría con los tajamares- se tenía una panorámica del río Mapocho que en verano, por su escaso caudal, era utilizado para pastar caballos.



**Paseo de Los Tajamares y Puente Nuevo**

Fuentes: Pintura de Carlos Wood<sup>171</sup>

<sup>169</sup> VANCOUVER, Jorge: *Viaje a Valparaíso y Santiago*. op. cit. p. 69

<sup>170</sup> En el puente había una inscripción que señalaba al año 1782 como fecha de terminación de la obra. RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. pp.118-119.

<sup>171</sup> Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente. Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). *Obras hidráulicas en América colonial*. Catálogo de exposición homónima. Impresión Artep S.A. Madrid 1992. p 289

#### 5.4.4 Alamedas y paseos como elementos ordenadores de las ciudades

Las alamedas coloniales generaron una tipología de espacio urbano –estructurado por ejes arbolados representando a la naturaleza geométricamente ordenada- que nada tenía en común con la naturaleza enmarañada que rodeaba a las ciudades. Así, en las alamedas se pronunciaba la presencia de la naturaleza al interior de la ciudad; a la vez, eran una negación del mundo natural porque expresaban un orden regular –comparable al orden morfológico de las ciudades- que contrastaba con la diversidad y escala monumental del paisaje. Por otra parte, las alamedas y paseos ampliaron el significado de las ciudades al constituir lugares de encuentro que, a diferencia de las plazas, no precisaban una situación puntual sino sistemas lineales que subrayaban los ejes principales del trazado o se desplegaban por el perímetro urbano actuando como espacios de integración con el entorno.

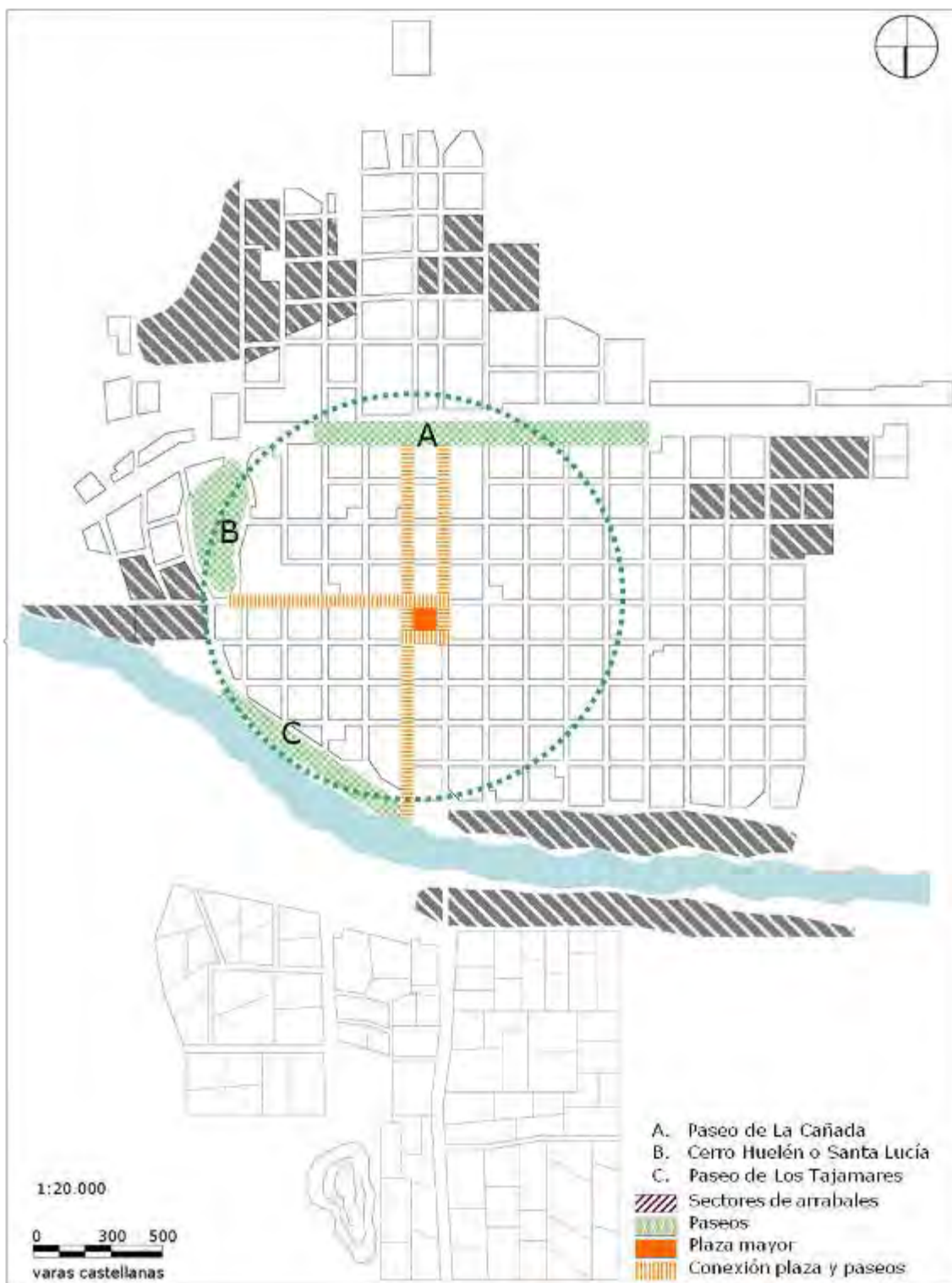
Los paseos coloniales contribuyeron a renovar la estructura morfológica y funcional de la ciudad generando ámbitos urbanos que, además de su valor como lugares de integración social, establecían fronteras que acentuaban los límites originales de los núcleos. Las cuatro alamedas de San Felipe El Real delimitaban la cuadrícula con un perímetro verde, similar al borde continuo definido por los Paseos de Circunvalación propuestos para las ciudades de nueva planta en otras regiones americanas como Nueva Orán, en el Virreinato del Río de Plata, o Veracruz, en el Virreinato de Nueva España.

Las alamedas que circundaban a San Felipe El Real definían un borde que reiteraba el orden y la simetría del trazado fundacional, destacaban la posición central de la plaza –equidistante a las alamedas- y recalcan los límites de la cuadrícula por sus cuatro costados. En San Rafael de Rozas y Santa Rosa de Los Andes, los bordes verdes generados por las alamedas configuraban una fracción del perímetro urbano, resaltando algunas fronteras urbanas. Otras alamedas delineaban sólo un costado de la cuadrícula donde había algún elemento natural o artificial importante –un río en San José de Buenavista y un convento en Santa Bárbara de Casablanca- que la presencia de la alameda contribuía a realzar.

La ausencia de un eje verde en el sector poniente de Santiago del Nuevo Extremo y, en consecuencia, la ausencia de la frontera urbana que precisaban los paseos, se explica porque el sector correspondía a la principal zona de expansión de la ciudad, donde no existían limitantes naturales que interrumpieran la prolongación del plano cuadrículado. Por otra parte, la alameda de Santiago –Paseo de La Cañada- actuaba como divisoria entre el área ordenada por la trama regular y los terrenos donde no se había consolidado la cuadrícula. Asimismo, era una frontera social porque dividía al sector urbano fundacional, donde residían pobladores de mayor jerarquía social, de los arrabales localizados al sur de la ciudad, donde vivían los vecinos más pobres y los recién llegados desde los campos y ciudades menores.

Los paseos, a pesar de su función de lugares concentradores de la vida cívica, no lesionaron la centralidad de los sistemas urbanos originales porque, habitualmente, se ubicaban en las periferias de las ciudades y las plazas mayores mantuvieron sus funciones básicas y su importancia como punto focal de las relaciones urbanas.

En Santiago del Nuevo Extremo, el conjunto constituido por los paseos -La Cañada, Paseo de Los Tajamares y el paseo generado junto al cerro Huelén o Santa Lucía- reiteraba la centralidad original porque todos estaban a cuatro cuadras de la plaza. La ubicación equidistante de los paseos respecto a la plaza mayor también afirmaba la funcionalidad de las calles centrales, que además de convergir en el punto medio de la estructura urbana, eran los ejes conectores de los dos paseos que agrupaban las principales actividades recreativas. La formación de un paseo en el cerro Huelén o Santa Lucía hizo posible extender los valores de la centralidad al sector oriental de Santiago.



### Los paseos en Santiago y su relación con el orden urbano fundacional

Fuente: Plano anónimo de Santiago, 1809<sup>172</sup>

<sup>172</sup> Plano de 1780 publicado en DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p.90



Las alamedas y paseos arbolados fueron esenciales para el surgimiento de nuevas centralidades urbanas relacionadas con la creciente complejidad de las ciudades. La cartografía del siglo XVIII -plano de Frezier- informa que la estructura de Santiago del Nuevo Extremo se organizaba con un lugar central arraigado en la plaza mayor, donde convergían las funciones primarias de la capital. Junto a la plaza estaban la catedral –en el plano se identifica como iglesia parroquial-, la Real Audiencia y el palacio del gobernador. La jerarquía de la manzana fundacional era subrayada por el símbolo de la justicia ocupando el centro del espacio y el mercado de abastos. La relevancia de la plaza se transmitía hasta la manzana siguiente, donde se ubicaba la sede del Obispado de Santiago. En las manzanas cercanas la plaza -a distancias que fluctuaban entre dos y cuatro cuadras- se distribuían cuatro centros menores, cuyo núcleo correspondían a las iglesias de La Merced y San Agustín, al suroriente de la plaza; a la Compañía de Jesús al sur y la iglesia de Santo Domingo, al norte. El centro principal, definido por la plaza, ejercía su influencia funcional sobre estos centros menores.

A estas centralidades, que dominaban el sector urbano más antiguo de la cuadrícula se sumaron otras dos nuevas centralidades –no geométricas- generadas por paseos y conventos periféricos. La principal de ellas se estableció en la frontera sur de la trama urbana en base a la Alameda de Santiago -Paseo de La Cañada o Alameda de Las Delicias- eje que limitaba la cuadrícula y agrupaba a un conjunto de conventos. La referencia construida de este sistema conventual lineal era el convento de San Francisco. En el costado opuesto -ribera sur del Mapocho- se insinuaba la aparición de otra centralidad, organizada alrededor del puente y de un primario sistema de defensa ante las crecidas del cauce.

La imagen urbana dominada por iglesias y conventos -donde prevalecía la torre de San Francisco- se representa en la perspectiva incluida en el plano de Santiago que Ovalle incorporó en su crónica<sup>173</sup>. El dibujo, de mediados del siglo XVII, expresa las mismas centralidades que los planos levantados por Frezier en la segunda década del siglo XVIII y por Jacques Nicolás Bellin en 1756. Esta coincidencia refleja el bajo nivel de transformación de la capital de Chile en un período de sesenta y siete años.



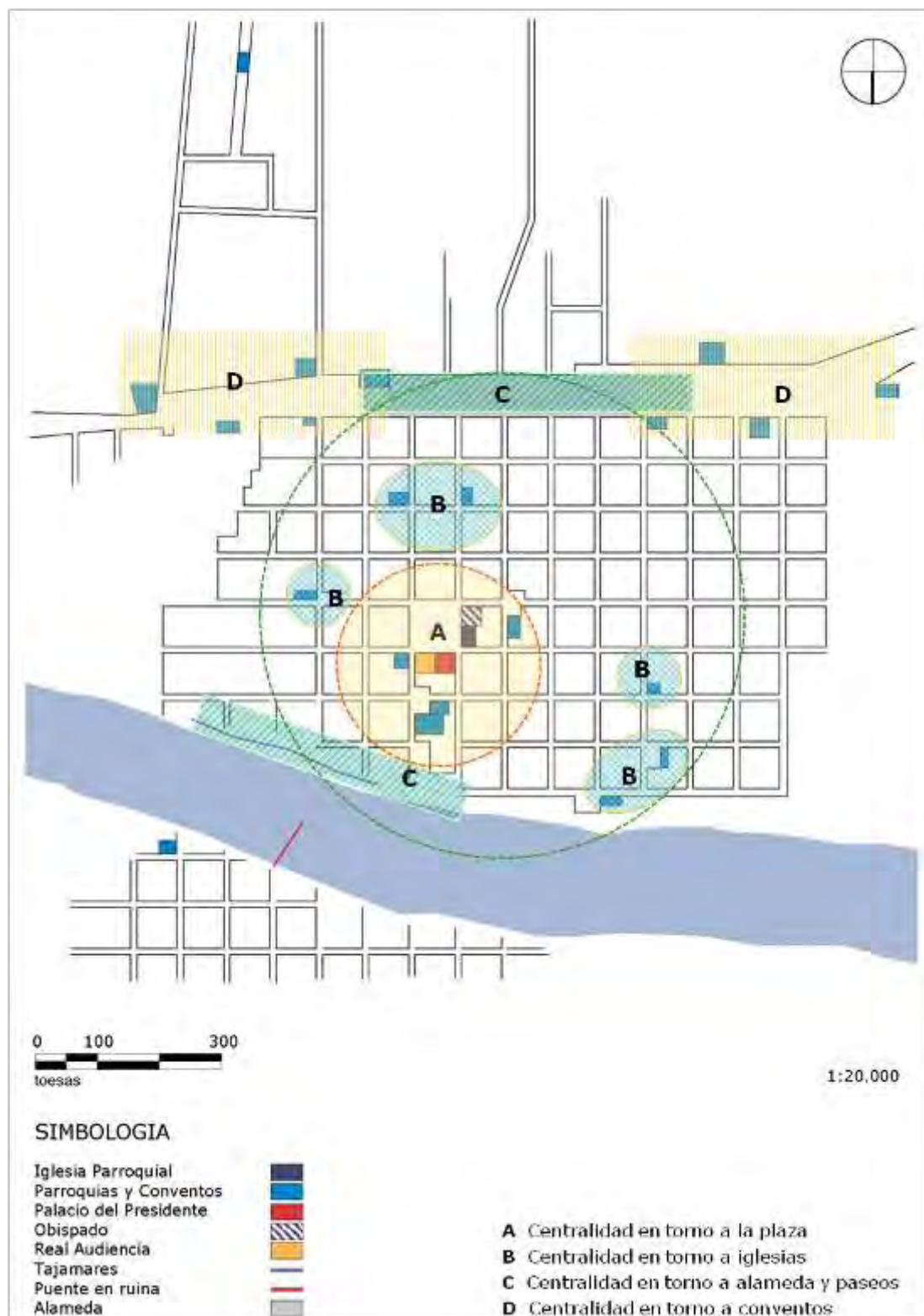
#### Estructura urbana de Santiago en planos coloniales

Fuentes: Alonso Ovalle. Perspectiva y planta de la ciudad de Santiago<sup>174</sup>  
Jacques Nicolás Bellin. Plan de la ville de Santiago<sup>175</sup>

<sup>173</sup> OVALLE Alonso: *Histórica relación del Reino de Chile*. op.cit.

<sup>174</sup> Imagen incorporada en la *Histórica relación del Reino de Chile*, publicada el año 1646.

<sup>175</sup> *Plan de la Ville de Santiago, capitale du Royaume de Chili* de Jacques Nicolás Bellin. París, 1756



### Nuevas centralidades generadas por alamedas en Santiago del Nuevo Extremo

Fuente: Plano de Frezier. 1713<sup>176</sup>

<sup>176</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.99

Al analizar el plano de Santiago del año 1809 se advierte que la ciudad ya mostraba cambios relevantes. La centralidad principal continuaba teniendo su principal punto de referencia en la plaza mayor pero había crecido en complejidad y dinamismo con la construcción de la Real Aduana, la Real Casa de Moneda y edificios con funciones castrenses. Algunas centralidades menores –en torno a las iglesias de La Merced, La Compañía, Santo Domingo- se habían consolidado e integrado al área principal.

Otras centralidades se generaron al surponiente y suroriente de la plaza mayor, en sectores ocupados por antiguos conventos y edificios construidos para asistir a los pobladores vulnerables como hospitales y casas de huérfanos. Nuevas centralidades lideradas por conventos emergían en las zonas de expansión localizadas al sur y al norte, tras cruzar el río Mapocho. En el sector sur poniente había surgido un centro menor, focalizado en un colegio.

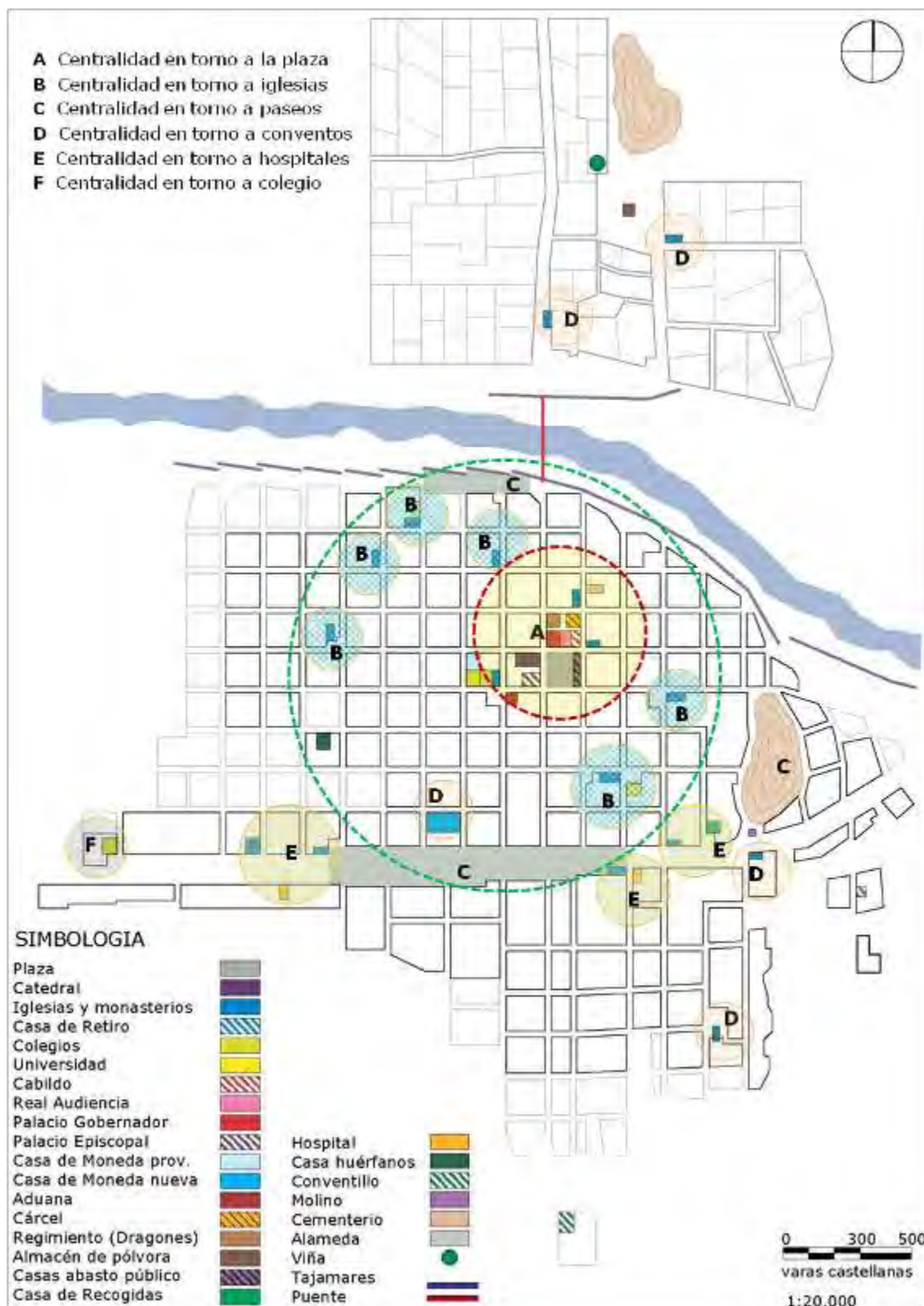
Las nuevas centralidades descritas fueron resultado de la aplicación de las reformas instauradas en el contexto del urbanismo ilustrado para mejorar las condiciones de vida de la sociedad urbana. Este conjunto de nuevos centros eran vitalizados por los paseos de La Cañada y de Los Tajamares del río Mapocho. Ambos eran frecuentes protagonistas de la cartografía histórica, y reconocidos en descripciones de viajeros como lugares de alta significación social.

La alameda de Santiago del Nuevo Extremo se apoyó en el aprovechamiento de un brazo del río Mapocho –antigua Acequia del Socorro- para construir el eje verde que disminuía el riesgo de inundación generado por los desbordes del cauce y atenuar la irregularidad del terreno. El Paseo de Los Tajamares del río Mapocho también fue edificado para contrarrestar las amenazas naturales a la ciudad y afirmar el dominio del paisaje fluvial.

Un tercer espacio de carácter recreativo se estaba consolidando en el cerro Huelén o Santa Lucía; de este modo, una zona con relieve en pendiente, que inicialmente fue un límite al desarrollo urbano, se integraba a la vida pública de la ciudad. El valor funcional del cerro se relacionaba con su condición de mirador al paisaje, cualidad que también poseía el Paseo de Los Tajamares. Este proceso hace referencia a las nuevas perspectivas culturales respecto a la naturaleza; naturaleza que en la época no era considerada sólo una presencia amenazante sino también un paisaje para la contemplación.

Desde su fundación, Santiago estuvo circundado por la naturaleza ordenada de los huertos y chacras organizados en fracciones ortogonales; no obstante, estas formas estaban más próximas a la vida en el campo que al acontecer urbano. En contraste, los paseos que se consolidaron en el perímetro de la ciudad no fueron únicamente manifestaciones de una naturaleza ordenada en sistemas lineales que reforzaban la geometría del trazado, sino los espacios donde la naturaleza daba mayor relevancia a la vida urbana y al encuentro social.

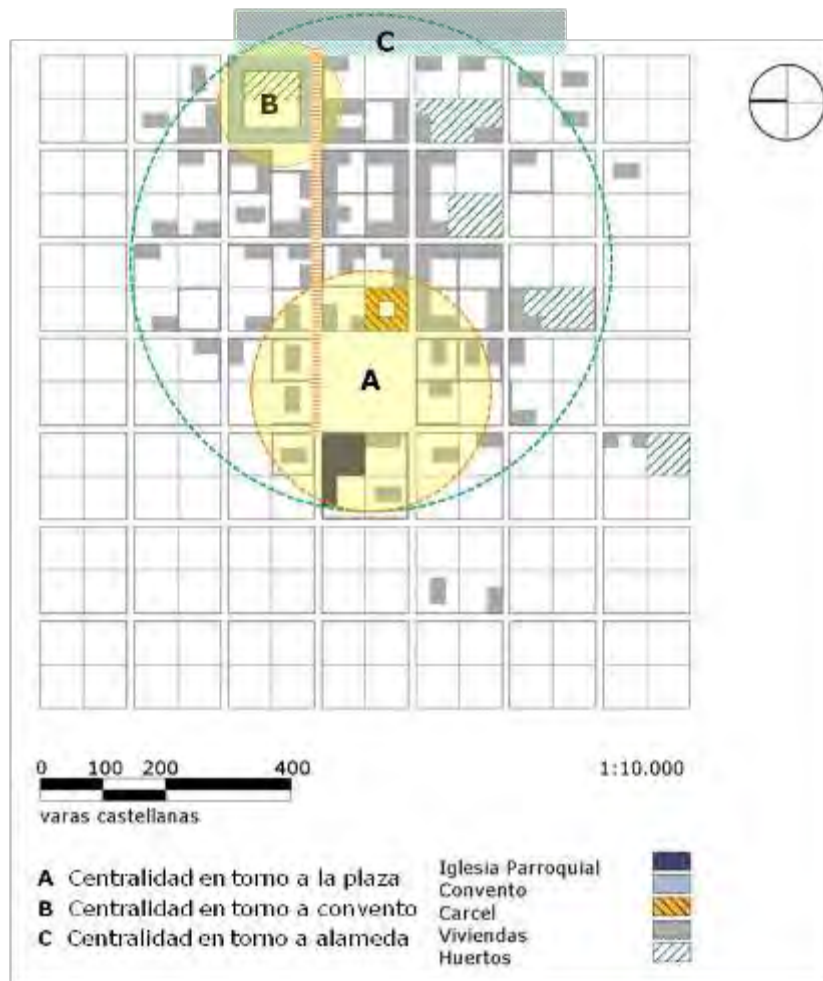




### Nuevas centralidades generadas por alamedas: Santiago del Nuevo Extremo

Fuente: Plano anónimo de Santiago de 1809<sup>177</sup>

<sup>177</sup> Plano de la Ciudad de Santiago del Reino de Chile. Anónimo del año 1809. Archivo Museo Británico; Londres.



### Nuevas centralidades generadas por las alamedas: San José de Buenavista

Fuente: Plano de la Villa de Curicó, Francisco Muñoz<sup>178</sup>

Los paseos construidos en los bordes de Santiago del Nuevo Extremo impulsaron el desplazamiento de algunas actividades de recreación desde la plaza a las márgenes urbanas. Una situación comparable sucedió en San José de Buenavista, porque la alameda -que remarcaba el costado poniente del trazado fundacional- aportó una nueva centralidad para acoger la función de encuentro social. Además, generaba un núcleo de actividad urbana a tres manzanas de la plaza, por lo tanto, se deduce que contribuía a la dinámica del espacio comprendido entre ambos lugares; asimismo, se advierte una relación -por lo menos visual- entre la iglesia, que se ubicaba en el costado poniente de la plaza, y el convento de La Merced, que estaba al poniente de la alameda.

El paseo de la alameda de San José de Buenavista, por su posición perimetral, hizo posible incorporar como escenario de encuentro social al cerro próximo prolongando las actividades propias del paseo hasta un elemento natural que, como ocurrió con el cerro Huelén de Santiago, inicialmente limitaba al desarrollo del núcleo. El cerro, era referencia del entorno de San José de Buenavista y, además de constituir una extensión natural de la alameda, actuaba como mirador hacia la ciudad y lugar de contemplación del paisaje circundante.

<sup>178</sup> El dibujo se conserva en el Archivo Nacional de Santiago.

### 5.4.5 La ciudad colonial y el territorio cultivado

Una característica de las ciudades chilenas fue la presencia de extensas superficies urbanas que se destinaban al cultivo de huertos y jardines; esta cualidad se explica por la exigencia de abastecer a la población de alimentos producidos en las propias ciudades que, con frecuencia, eran focos de asedios indígenas. Además, los huertos que ocupaban el interior de las manzanas permitían ampliar a los centros poblados repartiendo holgadamente el suelo urbano a los escasos pobladores; finalmente, los cultivos eran factibles por la existencia de agua canalizada en acequias de riego.

Gabriel Guarda explica que las instrucciones impartidas por José Manso de Velasco para ordenar la fundación de San Felipe El Real prohibían la plantación de viñas en los solares y admitían la existencia de árboles. El cumplimiento de esta disposición, según Guarda, fue la génesis de la imagen verde que caracterizaba a las ciudades fundadas en el siglo XVIII, donde la vegetación cultivada en los huertos y jardines, desbordada los muros de los patios<sup>179</sup>. Los huertos urbanos representaban a la naturaleza cultivada; una naturaleza que no era considerada como manifestación de un mundo indómito sino como un recurso útil para los pobladores. A través de los jardines y huertos, se fue instaurando una relación positiva entre las ciudades y la naturaleza; una naturaleza ordenada por la misma matriz geométrica que regía a la trama de calles y los demás componentes de las estructuras urbanas.

La sujeción a la matriz ortogonal se repetía en los conjuntos urbanos formados por conventos y hospitales, cuyos huertos servían para identificar a los diferentes patios y segregar las funciones asignadas a cada sector. Un dibujo del hospital San Juan de Dios de la época colonial muestra los huertos medicinales, patios con árboles y dos jardines organizados en base a parterres cuadrados. Los espacios cultivados se relacionaban con los distintos recintos, destacándose el huerto principal rodeado de corredores que se abrían hacia las habitaciones; en el dibujo también se representó la red de acequias que permitía el desarrollo de la horticultura. En otra imagen se ven los jardines interiores de la Recoleta Franciscana, cualidad que también estaba presente en los conventos de San Francisco y La Merced.



**La naturaleza en el interior de las manzanas en Santiago colonial**

Jardines del hospital San Juan de Dios en la época colonial (izquierda)<sup>180</sup>

Jardines en claustro en la Recoleta Franciscana (derecha)<sup>181</sup>

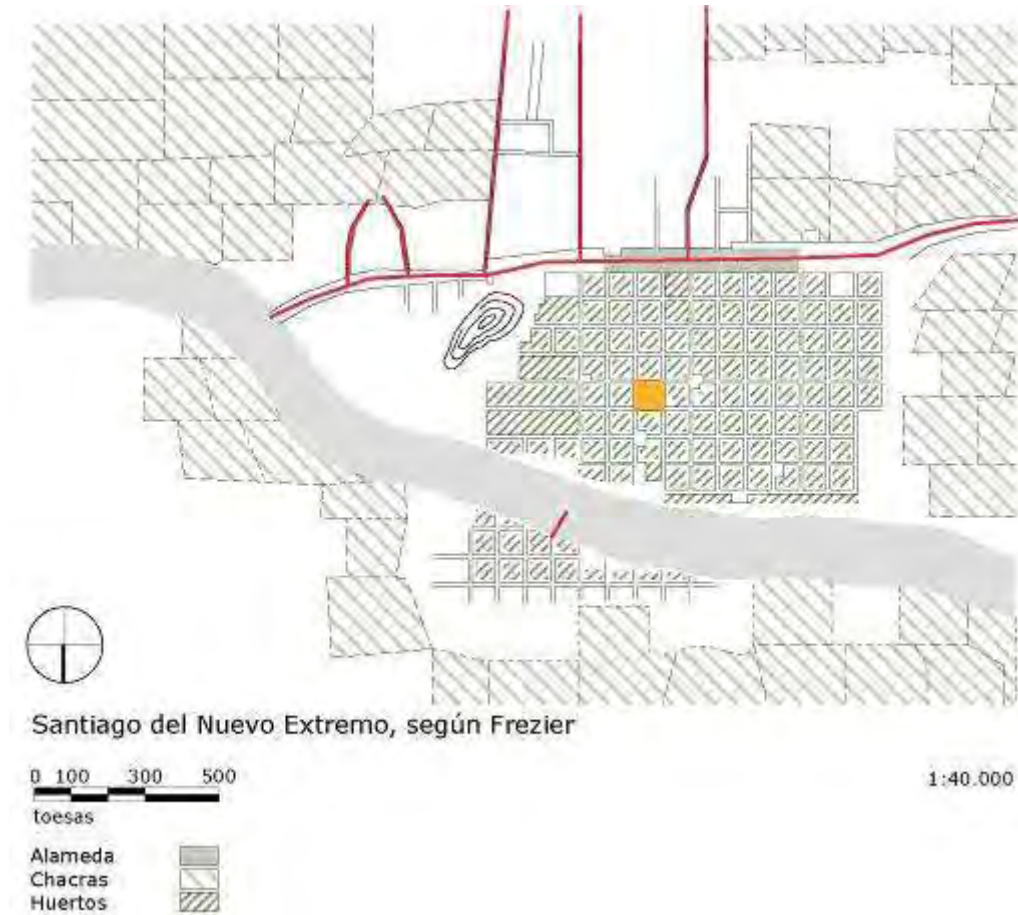
<sup>179</sup> GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. op.cit. p. 85

<sup>180</sup> GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.215

<sup>181</sup> El plano se basa en dibujo publicado en ORTEGA, Oscar et als: *Guía de la arquitectura en Santiago*. Publicación Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. Santiago, 1976. p.85



Los huertos externos a los núcleos fundacionales, organizados según los ejes de la cuadrícula, también eran una confirmación del orden ortogonal de las ciudades. En el plano de Santiago del Nuevo Extremo, elaborado por Frezier en el año 1713, se destacan los huertos y jardines ocupando el interior de las manzanas y los extensos campos cultivados rodeando a la ciudad, con divisiones ortogonales que enunciaban su incorporación al orden geométrico.



### Estructura de áreas verdes de Santiago según Frezier

Fuente: Plano de Frezier<sup>182</sup>

Una consecuencia de los huertos y jardines domésticos -además de la posibilidad de establecer relaciones geométricas entre la ciudad y la naturaleza- fue integrar a los núcleos urbanos con el paisaje circundante. La conexión morfológica entre la ciudad y el paisaje se establecía a través de un sistema cartesiano afianzado en los ejes de los caminos y en la composición ortogonal de la arquitectura rural colindante a las ciudades, que se alineaba en torno a las vías.

Los campos cultivados y huertos externos a las áreas urbanas, al estar dispuestos en fracciones regulares, diluían las fronteras entre la geometría de la trama urbana y el contexto natural, reforzando la unidad morfológica y espacial que se sostenía en la proyección del orden ortogonal desde la ciudad al campo. La importancia de los huertos externos a la trama urbana como prolongación del orden geométrico fue una cualidad de las ciudades coloniales que se mantiene a largo del período colonial y durante los dos primeros siglos de la época republicana; sólo con los procesos de crecimiento urbano contemporáneos se ha desperfilado la continuidad geométrica

<sup>182</sup> FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. op.cit. p.99

urbano-rural. La pervivencia de esta herencia se expresa claramente en la planta urbana de 16 ciudades chilenas que fueron levantadas en la última década del XIX por Nicanor Boloña, cartógrafo de la Oficina de Geografía y Minas de la Dirección General de obras Públicas. Este trabajo recopila información sobre la morfología de las ciudades con mayor relevancia demográfica en Chile<sup>183</sup>; además, se consideró que estuvieran provistas de una dotación de servicios básicos y de infraestructura capaz de asegurar el rango urbano de los asentamientos.

En el plano de la ciudad de Curicó –conocida en la época colonial como San José de Buenavista– se describen los terrenos adyacentes al centro urbano con su división en lotes ortogonales y sus deslindes que eran prolongaciones de las calles; aunque las divisiones periurbanas tienen un tamaño mayor que las manzanas poseen una afinidad geométrica con la cuadrícula original. Según el plano, la alameda colonial, identificada con el nombre de Calle de Las Delicias, se ubicaba en el costado oriente de la trama urbana y expresaba su carácter de eje verde con dos hileras de árboles. Asimismo, la alameda denotaba su función de elemento articulador con el cercano cerro Condell, principal referencia natural del paisaje en el sitio urbano.

La planta urbana de San Felipe, levantada por Boloña a fines del siglo XIX, muestra una situación similar porque el plano informa que la ciudad había crecido cuatro manzanas en dirección sur, traspasando el eje de una de las cuatro alamedas que circundaban al núcleo fundacional. Hacia el norte se advierte una expansión menor, que también superaba el límite fijado por una de las alamedas coloniales. Por otra parte, se observa que las alamedas orientaron el crecimiento urbano porque sus prolongaciones determinaron los límites de las divisiones que rodean al área central del sistema urbano. La estructura geométrica del perímetro urbano-rural, como en el caso anterior, es una extensión del orden definido por la cuadrícula fundacional.



**Planta urbana de las ciudades de Curicó y San Felipe en 1896**

Fuente: Planos levantados por Nicanor Boloña<sup>184</sup>

<sup>183</sup> La selección de las ciudades se realizó según los datos obtenidos del Censo de Población de 1895

<sup>184</sup> BOLOÑA Nicanor: *Álbum de planos de las principales ciudades y puertos de Chile*. Colección de planos editada por la Dirección de Obras Públicas, Santiago, 1896. Corresponde a los planos 9 y 6.

Desde otra perspectiva, la relación morfológica entre Santiago y su entorno refleja el rápido avance de la trama cuadrícula por el territorio, porque el valle donde se asentó la ciudad permitía la expansión urbana; el río Mapocho, aunque fue un límite del trazado fundacional, no detuvo el desarrollo urbano posterior y, en la primera etapa de su trayectoria urbana, la ciudad traspasó la frontera marcada por el curso fluvial. El plano de Frezier, levantado a comienzos del siglo XVIII muestra que el crecimiento urbano había superado el cauce y la trama se extendía en dos hileras de manzanas por la ribera opuesta al núcleo. En el dibujo también se describe un puente en ruinas<sup>185</sup>, por lo tanto, se deduce que antes de la llegada de Frezier a Santiago, en 1712, se había construido una estructura que permitiera cruzar el río.

El proceso temprano de expansión ultra ribereña de Santiago también coincide con los antecedentes contenidos en el plano elaborado por Tomás Thayer Ojeda<sup>186</sup> para graficar el crecimiento de Santiago entre 1552-1575. El documento informa que en 1559, la ciudad había traspasado el río por el sector nororiente, donde existía una trama ortogonal en formación. A diferencia de Santiago, en otras ciudades chilenas, los límites del desarrollo urbano generados por los ríos se superaron sólo a fines de la colonia o después. El ejemplo más característico es Concepción, que traspasó la frontera natural del río Bío Bío en las primeras décadas del siglo XX, luego que en 1888 se construyera el primer puente ferroviario sobre el río, frente a la ciudad.

En Santiago, los principales limitantes para la expansión de la cuadrícula fueron los cerros; aunque el cerro Huelén o Santa Lucía se incorporó a la ciudad a mediados del XVIII como paseo y mirador al paisaje. Actualmente, los cerros -Santa Lucía, Blanco y San Cristóbal- integran el tejido urbano como parques metropolitanos y las únicas restricciones geográficas a la expansión son los montes andinos. En la imagen satelital se muestran dos características morfológicas de la ciudad que son herencias históricas; la primera es el crecimiento multidireccional de Santiago, que se inició durante la colonia; la segunda corresponde a la permanencia del núcleo fundacional –señalado con un círculo- como centro del sistema metropolitano.



**Imagen satelital de Santiago metropolitano**<sup>187</sup>

<sup>185</sup> El puente mencionado por Frezier fue dañado por una crecida y reemplazado por el Puente Nuevo.

<sup>186</sup> THAYER OJEDA Tomás. *Santiago durante el siglo XVI. Constitución de la propiedad urbana i noticias biográficas de sus primeros pobladores*. Imprenta Cervantes Santiago de Chile. 1905. El original del plano se conserva en la Biblioteca Nacional de Chile

<sup>187</sup> Imagen de National Aeronautics and Space Administration (NASA) <http://www.nasa.gov>





**Vista de la periferia de Santiago desde el Cerro Blanco**

Fuente: Dibujo realizado en 1790 por Fernando Brambila<sup>188</sup>

La expansión de Santiago por el valle del Mapocho es el tema central de un dibujo de Fernando Brambila del año 1790, donde se representa a la periferia de la ciudad en el sector del Cerro Blanco, ubicado al norte de la ciudad. La imagen expone la baja densidad de la trama urbana, el entorno circundante de marcado carácter rural y el predominio de la naturaleza, donde la presencia del cerro Santa Lucía rompe la horizontalidad del valle.

En otro dibujo de Santiago de Nuevo Extremo, realizado por Brambila, se muestran los cerros que conforman el valle donde se fundó la ciudad, el río Mapocho y las construcciones que señalan el centro del núcleo urbano, sobresaliendo las torres de las iglesias. Se destaca la naturaleza cultivada que avanza por el valle del Mapocho y la intervención racionalizada en los espacios fronterizos al núcleo, prolongando el orden cuadrangular de la ciudad por el territorio mediante tierras cultivadas -divididas en lotes ortogonales- y sembrados en líneas paralelas. Las viviendas rurales que se distribuyen linealmente siguiendo los ejes de los caminos contribuyen a extender el mismo orden geométrico.

En esta imagen de Santiago no se excluyen las correspondencias morfológicas entre la ciudad y el paisaje natural; al contrario, la ciudad se confunde con su contexto geográfico mediante una forma de dominio del territorio basada en la expansión del orden cuadrangular por el espacio natural y, paralelamente, en la incorporación de la naturaleza dentro del orden de la ciudad.

La integración entre la ciudad y el paisaje de su entorno revela la consolidación de una modalidad de ocupación del espacio donde la naturaleza adyacente a la ciudad, gradualmente, es sometida por el orden ortogonal, confirmando la coherencia entre la geometría urbana y la geografía del valle, surcada de trazas ortogonales.

Lejos de la medida y el orden que emergen de la ciudad, se alzan las altas cumbres de la cordillera de Los Andes recordando que más allá del ámbito dominado por la geometría, el paisaje conserva sus cualidades de espacio inmenso y sobrecogedor.

---

<sup>188</sup> Archivo Central Andrés Bello. Colecciones especiales; Universidad de Chile. Publicado en GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. op.cit. p.77



**Vista de Santiago desde el cerro Santo Domingo. Grabado de Fernando Brambila. 1790.**  
Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile



#### IV. CONCLUSIONES

---

## REFLEXIONES FINALES

El análisis de las ciudades coloniales sugiere una serie de reflexiones que han sido integradas en cuatro temas, considerando, por una parte, que permitan sintetizar los principales descubrimientos de la investigación y, por otro lado, que constituyan la base de los argumentos conclusivos más relevantes para confirmar las hipótesis y responder a las interrogantes que orientaron el estudio.

El primer tema se enfoca a las trayectorias urbanas de las ciudades coloniales como respuestas individuales a sus propios contextos y como partes del mismo sistema de dominio territorial. Comprende las conclusiones más relacionadas con la primera hipótesis: *Las ciudades coloniales chilenas fueron estructuras de dominio fundadas en paisajes con características espaciales –extensión, vastedad, proporciones y diversidad– que influyeron en su forma, funciones y significados.*

El segundo tema se refiere a las diferencias y contrastes entre la ciudad ideal y las ciudades reales; incluye conclusiones relativas a la segunda hipótesis: *Las ciudades coloniales chilenas no fueron reproducciones miméticas de un modelo urbano previo porque los núcleos fundacionales se desplegaron por los diferentes paisajes como estructuras individuales que se iban adaptando a su propia realidad espacial.*

El tercer tema comprende reflexiones concernientes a las dinámicas del proceso de urbanización y a la influencia del entorno en las ciudades, que corresponden a la tercera hipótesis: *La coherencia de las interrelaciones recíprocas entre la ciudad colonial y su entorno estaba relacionada con distintas interpretaciones del paisaje, entendidas como las perspectivas culturales desde donde los colonizadores se aproximaron al espacio geográfico que debían dominar.*

En el cuarto tema, sobre las analogías y originalidades de la colonización de Chile, se exponen las conclusiones referentes a la hipótesis: *Las transformaciones de las ciudades coloniales chilenas del siglo XVIII reflejan circunstancias específicas, entre las que se destacan las cualidades espaciales del paisaje como condicionantes de los cambios ocurridos en los núcleos existentes y las nuevas fundaciones.*

### a. Las ciudades coloniales como respuestas al contexto espacial y cultural

El estudio de documentos históricos confirma que la colonización de Chile fue una empresa de conquista militar y, paralelamente, un proceso de dominio espacial de paisajes incomparables con los paisajes inscritos en la memoria de los fundadores de ciudades. Al respecto, Javier Maderuelo indica que el descubrimiento de América despertó *el interés por el paisaje debido al fuerte contraste entre los paisajes de la patria de origen de los exploradores y los paisajes americanos, cuya fisonomía y dimensiones sorprendieron a los descubridores a tal punto que no pudieron verlos como otro país sino como otro mundo*<sup>1</sup>.

En ese otro mundo -que se manifestaba en la estructura geográfica de Chile y en las expresiones culturales prehispánicas- las ciudades se fundaban con los objetivos de apoyar y consolidar las acciones de conquista y colonización; sin embargo, por las características del contexto donde actuaron los conquistadores españoles, la función dominadora de las ciudades no concernía únicamente al sometimiento de las sociedades indígenas sino también al dominio espacial de un territorio lejano y desconocido, donde no existían referencias que permitieran medir y comprender el espacio que se estaba conquistando. Desde esta perspectiva, la colonización debía respaldar el arraigo a un mundo incógnito mediante la fundación de ciudades, cuya morfología y significado contrastaban con la inmensidad y diversidad del paisaje.

<sup>1</sup> MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. op.cit. p. 105

La colonización de la región chilena puede analizarse como un conjunto de acciones sobre diferentes ámbitos geográficos, que fueron decisivamente intervenidos con las ciudades y la agricultura. En este proceso, determinadas cualidades espaciales del paisaje -extensión- ejercieron su influencia en la trayectoria de la urbanización colonial porque las tierras que se iban descubriendo, rápidamente, se incorporaban al territorio colonizado por medio de la creación de ciudades, que se sumaban a las anteriores fundaciones, para implantar la soberanía española en los espacios que las exploraciones fueron revelando. En la extensión de Chile, las ciudades debieron ser avanzadas de conquista, separadas por enormes distancias, que se desplegaban en una región sin límites conocidos por los colonizadores. Esta circunstancia explica la importancia de las ciudades como referencias estables para medir los recorridos y diferenciar a los territorios colonizados -y referidos a la medida del hombre- de las considerables amplitudes naturales. En consecuencia, el avance de la conquista militar y cultural permitió reemplazar, paso a paso, lo inmenso por la medida y el límite.

La extensión del territorio chileno fue un factor esencial para decidir la distribución espacial de las ciudades, que debían repartirse por una superficie descomunal; esta característica explica porqué la estructura geométrica de las primeras ciudades y de las posteriores fundaciones correspondían a trazados semejantes. Cada ciudad era análoga a sus precedentes y servía de modelo para las fundaciones consecutivas; todas poseían un trazado cuadrícula, con la plaza como el espacio principal de la estructura urbana y donde se concentraban las funciones representativas del nuevo orden institucional que encarnaba la colonización.

La investigación permitió verificar que la urbanización colonial de Chile se sustentó en el plano cuadrícula como principio morfológico exclusivo porque, excepto los escasos centros fortificados con trazados reticulares no cuadrícula, las ciudades siempre se organizaron en manzanas cuadradas idénticas, repitiendo el módulo que se había asignado a la plaza mayor como gesto inicial de la fundación. En las plazas radicaba el origen del trazado y desde ellas, el espacio se dividía y se repartía. Los ejes que nacían en la plaza, además de definir la trama de calles, se prolongaban en los ejidos y caminos extendiendo el orden geométrico por el paisaje circundante. Así, la regularidad cuadrícula no comprendía únicamente al espacio que ocupaban las ciudades sino que avanzaba por territorios externos a los núcleos urbanos.

El plano cuadrícula fue fundamental en la fase inicial del proceso de urbanización colonial chileno al favorecer la rápida multiplicación de las ciudades por un territorio inmenso y diverso; asimismo, expresaba estabilidad y permanencia en un contexto complejo, que era escenario de guerra y estaba sujeto a las acciones inesperadas y destructoras de las potencias naturales. Las fundaciones en el litoral debían resistir las frecuentes agresiones de piratas, otras ciudades fueron destruidas por ataques indígenas y la mayoría fue arrasada por terremotos y maremotos. Frente a estas circunstancias, la simplicidad de la cuadrícula permitía que las ciudades devastadas por la acción del hombre y la naturaleza, rápidamente, pudieran ser reconstruidas o trasladadas para asegurar el avance del proceso de dominio.

Por otra parte, al relacionar los documentos cartográficos con los testimonios de los colonizadores, se concluye que el plano cuadrícula fue una rotunda expresión de regularidad que representaba el anhelo de una vida sin sobresaltos. En el inestable territorio chileno, las ciudades iban tornándose más seguras según progresaba la exploración y el conocimiento de la región y, simultáneamente, se perfeccionaba el uso de los recursos territoriales, se afinaban las funciones asignadas a las ciudades y se fortalecía el entramado de relaciones -físicas y culturales- que vinculaban a las ciudades entre sí y con otros componentes físicos de la estructura colonizadora, incluyendo a los asentamientos creados para reducir a los indígenas. El avance de la colonización también se revelaba en la ampliación de las extensiones ordenadas

por la geometría ortogonal. Al respecto, aludiendo a las intervenciones culturales sobre el paisaje, Marchant Fiz plantea que desde los griegos a Descartes, el modelo geométrico que a veces compartimentaba la superficie de la tierra no era sino una máscara abstracta, colocada sobre el rostro de la naturaleza, que definía al mundo físico como una *res extensa* a controlar<sup>2</sup>. Tal como señala Marchant Fiz, en Chile colonial, las formas reticulares representaban un orden que se desplegaba sobre los diferentes territorios como expresiones de dominio, generando paisajes urbanos y agrícolas que hasta hoy se mantienen vigentes<sup>3</sup>.

La estructura homogénea y abstracta que caracteriza al plano cuadrículado, se fue implantando sobre paisajes que también eran homogéneos y abstractos como los amplios valles, aparentemente ilimitados por la ausencia de rupturas espaciales que revelaran realidades territoriales diferentes y reconocibles por los conquistadores; también se aplicaba en paisajes colmados de referencias espaciales. La introducción de la cuadrícula sobre los diversos paisajes refleja las aspiraciones de pronunciar el orden y la medida del hombre en extensiones inmensas y de instaurar referencias orientadoras permanentes para debilitar la vastedad. Sin embargo, en ocasiones, como sucedió en otras colonias americanas<sup>4</sup>, la morfología del damero reforzó las cualidades del paisaje chileno; un ejemplo es la regularidad homogénea y abstracta de la trama de San Francisco de La Selva, que era coherente con la homogeneidad del extenso valle del río Copiapó, que antecede al vasto desierto de Atacama.

Las ciudades fueron las principales estructuras de identificación con las nociones de orden y medida que irrumpían en extensiones inmensas y vastedades inexploradas; igualmente, fueron las manifestaciones más evidentes de la nueva realidad que los colonizadores iban cimentando en espacios desconocidos; esta nueva realidad se enunciaba en la construcción de nuevos paisajes y en territorios transformados por las intensas intervenciones culturales. Con la fundación de cada ciudad se creaba un ámbito -ordenado y orientado por las direcciones cardinales- que era integrado al sistema de referencias espaciales y culturales para respaldar a la estructura de dominio. El proceso de transformación del territorio también se expresaba en los caminos trazados en líneas rectas y en los ejidos y campos de cultivos organizados en fracciones ortogonales; ambas expresiones colonizadoras apoyaban la formación de nuevos paisajes ordenados por la geometría cuadricular.

El plano cuadrículado -predominante en las fundaciones chilenas- proclamaba a las ciudades como expresiones de orden y medida, enfatizando los contrastes entre la diversidad de las estructuras naturales y la regularidad de las tramas urbanas. La cartografía histórica informa que el orden geométrico de las ciudades se mantenía incluso en las fundaciones apenas consolidadas como La Serena, donde las escasas viviendas -debido al exiguo número de pobladores- se construyeron únicamente en los vértices de las manzanas, evitando que la precaria ocupación del espacio urbano debilitara la regularidad de la cuadrícula.

<sup>2</sup> MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. op.cit. p. 40

<sup>3</sup> Marchán Fiz utiliza como ejemplo la *Land Ordinance*, promulgada por Thomas Jefferson en 1784 con la intención política de organizar el territorio de los nuevos Estados del Medio Oeste con trazados en retícula; esta preocupación de índole igualitaria no sólo fue el origen de espacios agrícolas o urbanos democráticos sino que conformaría la imagen actual del paisaje. En MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. op.cit. p. 40. En relación con la colonización española de América ocurrió algo similar porque la estructura ortogonal de los paisajes agrícolas y centros históricos se mantienen en el tiempo. Incluso en las expansiones contemporáneas de las ciudades se tiende a conservar la regularidad de los trazados ortogonales.

<sup>4</sup> Gorelik plantea que, paradójicamente, la regularidad de la cuadrícula de Buenos Aires denunciaba el triunfo de la naturaleza porque el orden abstracto del damero enfatizaba la ausencia de organicidad de la pampa. GORELIK, Adrián: *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Publicación de la Universidad Nacional de Quilmas. Buenos Aires. 1998. p. 34



Los documentos analizados muestran explícitamente que las ciudades fundadas en el siglo XVIII -exceptuando el único ejemplo de traza no ortogonal que corresponde al núcleo fortificado de Nacimiento- reafirmaban el orden geométrico que se había establecido en las primeras fundaciones. La reiteración de la morfología cuadrícula por diversos paisajes fue una característica indiscutible de la urbanización chilena donde, a diferencia de lo ocurrido en otras colonias españolas, no se formularon proyectos de ciudades que se apartaran del damero.

La preferencia por la cuadrícula puede explicarse porque, además de sus cualidades distributivas, -facilitaba el trazado de la ciudad y el repartimiento de lotes urbanos- se contraponía a la extensión, vastedad y diversidad del paisaje. Sin embargo, la inclinación por la cuadrícula no supone que cada nueva ciudad era simplemente una imitación de las fundaciones anteriores porque, aun cuando el trazado muestra que las ciudades seguían un patrón urbano común, en cada una se desarrollaron rasgos urbanísticos y fisonomías singulares que fueron consecuencia de sus específicas modalidades de inserción en el territorio y de adaptación a la variedad del paisaje.

La cartografía revela que la cuadrícula permitía ajustes morfológicos y funcionales según la forma y los recursos específicos de los sitios de fundación. En los procesos adaptativos de las ciudades a su entorno, la regularidad de las periferias urbanas dependía de la complejidad topográfica porque frente a los accidentes del relieve, especialmente ríos y montañas, la cuadrícula se interrumpía y los límites fijados por cauces y pendientes se superaron sólo cuando las ciudades alcanzaban desarrollos significativos. El crecimiento de los núcleos también dependía de las condicionantes naturales; las ciudades fundadas en valles crecieron hacia distintas direcciones y en las fundaciones ribereñas predominaron crecimientos lineales; inclusive los bosques influyeron en la morfología urbana frenando la expansión de la cuadrícula. A pesar de estas diferencias, la geometría cuadrícula permitió enlazar morfológicamente a realidades geográficas diversas y a zonas culturalmente segregadas.

Otra cualidad del trazado era la facilidad de proyectar el orden de las ciudades por el territorio permitiendo que las estructuras de dominio alcanzaran amplitudes más coherentes con la escala del paisaje. En los valles interiores y las planicies litorales, el crecimiento de los núcleos mediante la agregación de manzanas generó ciudades extendidas, con baja densidad de ocupación del suelo; esta modalidad de desarrollo permitió expandir las superficies urbanizadas a pesar de la escasez de pobladores. En los valles agrícolas, las amplias zonas de ejidos y campos de cultivo externos a los núcleos urbanos, aparte de abastecer de alimentos a la población, constituían espacios agrícolas que por su organización ortogonal también prolongaban el orden geométrico de la ciudad fuera de los márgenes del plano cuadrícula. Las ciudades fundadas en valles mineros abarcaban, en su área de influencia, a los yacimientos y los pueblos de indios que aportaban la mano de obra; la dispersión de instalaciones vinculadas al procesamiento del mineral por el entorno de estas ciudades definía un anillo productivo que apoyaba al desarrollo de la minería y reafirmaba la proyección territorial de los centros urbanos. En las ciudades defensivas, los fuertes externos al núcleo urbano contribuían al dominio del espacio y, a la vez, ampliaban las áreas de influencia funcional de las villas.

En Chile, hasta las ciudades de menor desarrollo y más alejadas de los centros de poder -Santiago de Castro en el lejano archipiélago de Chiloé y Santa Bárbara en la cordillera andina- difundían el orden de la conquista por extensiones distantes y enormes. Otras estructuras colonizadoras -haciendas, misiones y fuertes- también reiteraban el orden ortogonal por territorios apartados y casi desconocidos. Durante el siglo XVIII, la fundación de fuertes en la zona del alto Bío Bío y de misiones en el archipiélago de Chiloé y Las Islas Guaitecas, apoyó una metamorfosis territorial sin precedentes, que permitió el asentamiento español en los espacios más aislados e inexplorados de Chile.

El entorno, según Antonio Gómez Sal, es la parte más cercana del paisaje, donde se despliega habitualmente la existencia de los individuos e incluye a los recursos más relacionados con el ambiente físico y ecológico<sup>5</sup>. Considerando esta definición, se plantea que las ciudades y sus territorios circundantes -colonizados a través de espacios agrícolas, anillos productivos, fuertes y caminos- conformaban el entorno vital de los conquistadores, el hábitat que se diferenciaba de los ambientes salvajes aún no urbanizados. Sin embargo, en Chile, la noción de entorno no se agotaba en las ciudades porque, aún cuando fueron las estructuras culturales protagonistas de la colonización, el dominio de la naturaleza también concernía a las haciendas.

Las haciendas fueron fundamentales para colonizar los valles agrícolas, compitiendo con las ciudades por el dominio del espacio. La relevancia que alcanzó la agricultura en los valles donde se focalizó la colonización agraria representó una forma de dominio del territorio, basada en la consolidación de la *ruralidad* y el poder de los hacendados, que perturbó el desarrollo urbano de las ciudades cercanas. Desde otra perspectiva, se debe señalar que las haciendas -por su alta productividad, su organización ortogonal y sus campos delimitados mediante hileras de árboles- estructuraban amplios sistemas de ocupación que dieron origen a varias ciudades, apoyaron el desarrollo de los pueblos de indios existentes en su área de influencia, contribuyeron a consolidar las redes de caminos y a difundir el orden geométrico por extensiones descomunales.

Los sistemas rurales ortogonales igualmente se reconocen en la organización de las misiones y en el trazado de los pueblos de indios; estos componentes de la red de colonización reiteraban el mismo orden geométrico de las ciudades sobre territorios alejados y sin urbanizar, transformándolos en paisajes culturalmente coordinados. Así, la potencia de la cuadrícula como una estructura cultural portadora de orden y medida es un tema básico para explicar la fidelidad a las estructuras cartesianas en distintos contextos y en diferentes modalidades de dominio.

Fundar una ciudad era el primer paso para transformar a paisajes indómitos como la selva -símbolo natural del caos- en paisajes regulados por el orden y la medida. En las ciudades se atenuaban las amenazas del mundo externo, representadas por paisajes inexplicables y culturas incomprensibles; esta característica se relacionaba con la función evangelizadora de las ciudades, que eran ámbitos consagrados a la religión católica, irrumpiendo en contextos profanos. Desde esta perspectiva, el plano cuadrículado rememoraba el simbolismo de la cruz y permitía diferenciar a las ciudades de territorios que permanecían sin evangelizar. La función evangelizadora también se proclamaba en las torres de las iglesias, que por su altura eran visibles a la distancia, subrayando el significado de las ciudades como centros irradiadores de la religión.

El gesto elemental para tomar posesión de un mundo desconocido -donde hasta las estrellas formaban constelaciones nunca vistas- era la creación de una estructura ortogonal compuesta por dos ejes perpendiculares, orientados siguiendo los puntos cardinales. La cruz orientada es una estructura primordial de orden cuando se está en espacios vacíos de referencias conocidas. Por esto, cada fundación, además de ser una acción de dominio militar, fijaba una posición estable en lo indeterminado del espacio con ciudades que nacían de la encrucijada de ejes perpendiculares.

Las ciudades chilenas fueron puntos diminutos, aislados y separados por enormes distancias; sin embargo, a la vez, eran estructuras orientadas y orientadores desde donde se iniciaban los recorridos por un territorio inmenso e inexplorado. El análisis de los documentos históricos permite concluir que la posición de las ciudades en el espacio no fue accidental o arbitraria; al contrario, la orientación predominante del

---

<sup>5</sup> GOMEZ SAL, Antonio: *La naturaleza en el paisaje*. op.cit. p. 91

trazado según las direcciones cardinales expresa que la neutralidad no era opción y revela el anhelo de crear una nueva realidad, en medio de vastedades incalculables, con las ciudades como referencias de medida y orientación. La función orientadora de la ciudad colonial se explicitaba en los planos por la relevancia cartográfica a los iconos que mostraban la relación de la trama urbana con los puntos cardinales. Con sus trazados -generalmente dirigidos al norte- las ciudades permitían establecer un conjunto de signos orientadores, reafirmando su cualidad de estructuras dotadas de intenciones espaciales por señalar las direcciones cardinales y servir de referencia para medir las distancias entre los recorridos.

Por otra parte, fundar una ciudad significaba implantar una estructura cultural con carácter permanente en un territorio donde existían débiles indicios de la presencia del hombre. En Chile, a diferencia de otras regiones americanas, hasta la llegada de los europeos no existían ciudades ni construcciones monumentales, con excepción de algunas fortalezas construidas por la civilización inca en el norte andino. Por esta razón, la colonización no planteaba solamente un desafío territorial relacionado con las medidas sobrehumanas del paisaje, también implicaba anclarse culturalmente a un mundo inexplicable, donde no se manifestaban referencias comprensibles para los colonizadores.

La ausencia de referencias para dimensionar algunos territorios en el Nuevo Mundo, incluso desorientó a observadores como Alexander Humboldt quien se refirió a las dificultades de medir el espacio *por la uniformidad de los llanos, un horizonte que de continuo parecía huir y los tallos de palmera que tenían igual semblante y se les confundía con otros que rebasaban gradualmente el horizonte visual, haciendo que las estepas parecieran más grandes de lo que en realidad eran*<sup>6</sup>. En estos territorios inhóspitos y enigmáticos, las ciudades constituían los principales lugares donde se consolidaba la identidad con la cultura española.

Al analizar la urbanización de Chile se deduce que durante la etapa inaugural de la colonización no era prioritario instituir vínculos de identidad con el entorno porque las primeras ciudades, con sus trazados indiferentes a la morfología de los sitios de fundación, enunciaban la voluntad de apartarse de la naturaleza. El arraigo, en su acepción primaria, se relaciona con la identificación a un espacio determinado y las ciudades chilenas del siglo XVI eran una forma de negación a la realidad espacial y cultural que constituía su entorno. Debido a los problemas que suponía el arraigo al lugar y la identificación con el paisaje, en el momento inicial de la colonización se fortalecieron el arraigo social y el cultural, que conciernen, respectivamente, a la pertenencia a un grupo definido y a la actualización de sus expresiones culturales colectivas. En un contexto que carecía de significado para los conquistadores, las ciudades coloniales eran los ámbitos donde se recreaban formas de vida enraizadas en la cultura española y concentraban sus símbolos más relevantes y conocidos.

Las ciudades, por definición, son lugares de permanencia y arraigo; en Chile esta condición sólo podía alcanzarse ocupando un territorio desconocido y extraño para transformarlo en un espacio donde se reiteraban y transmitían valores culturales apreciados por los fundadores. A medida que las ciudades se fueron consolidando como presencias culturales de raíz hispánica, también se fortalecía el arraigo de los conquistadores españoles a los nuevos paisajes que iban construyendo. Al respecto, Maderuelo puntualiza que el paisaje es una construcción humana en doble sentido porque es un **constructo** mental, una interpretación perceptiva que cada espectador

<sup>6</sup> HUMBOLDT, Alejandro: *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*. Segunda edición. Caracas 1991. Tomo 3. p. 213. El texto citado fue analizado por RODRÍGUEZ, José Ángel: *Alexander von Humboldt: urbanismo y desolación. Percepción de los espacios urbanos y de los espacios subocupados de la Venezuela profunda*. Ponencia presentada en el coloquio *Alejandro de Humboldt: Nuevos enfoques de la investigación sobre un personaje multifacético*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México, 2003

elabora respecto de una realidad física y es una construcción cultural –una acción humana- que transforma la realidad física<sup>7</sup>. En sentido análogo, Gómez Sal plantea que sobre el paisaje se despliegan los procesos naturales y culturales; el hombre crea paisajes adaptando los recursos para su uso y adaptándose sincrónicamente a las condiciones ambientales<sup>8</sup>. Por otra parte, Gómez Sal indica que, a diferencia de los paisajes propios de la creación artística, el paisaje cultural o humanizado es una creación colectiva<sup>9</sup>. En este sentido, las ciudades fueron la base primordial para la construcción colectiva de nuevos paisajes humanizados que, a la vez, eran lugares de arraigo al territorio.

El significado de la ciudad colonial como espacio de arraigo, donde se reafirmaban los vínculos de los colonizadores con su cultura propia, se cimentaba en acciones inmateriales -identificar a las ciudades con nombres que recordaban a santos, reyes y lugares de España- y en acciones materiales como la creación de lugares urbanos que congregaban a los principales signos de identificación cultural con España. En su organización, las ciudades coloniales remitían a formas administrativas europeas tradicionales y en su significado, ratificaban aquellas expresiones culturales que la sociedad española había ido construyendo a través de su historia. El núcleo de este cosmos de cultura hispana era la plaza, el centro geométrico donde se integraban las funciones y los valores urbanísticos más representativos de las ciudades.

La presencia de símbolos alusivos a la religión y el gobierno subrayaban la jerarquía de la plaza como espacio que sintetizaba el significado esencial de las ciudades. El equilibrio geométrico del cuadrado central ocupado por la plaza era confirmado por el equilibrio de los poderes institucionales encarnados en los edificios de la iglesia y cabildo. Esta arquitectura, colmada de significado, enfatizaba la preeminencia de las plazas como lugares que concentraban y propagaban el orden civil y religioso que sostenía a la conquista; al mismo tiempo, revelaban los vínculos de identidad entre las ciudades y la cultura española que renacía en un mundo lejano. La plaza, con su arquitectura evocadora de tradiciones europeas, se enraizaba a la historia y la memoria colectiva de los colonizadores no como una reproducción fosilizada sino como un lugar activo que se enriquecía con las recientes huellas aportadas por la breve historia de las ciudades.

Los planos y textos analizados muestran que las plazas fueron los espacios urbanos donde se combinaban los recuerdos con los nuevos afectos de los habitantes de las ciudades; eran lugares que congregaban distintos grupos sociales y etnias; donde las actividades habituales se mezclaban con ritos religiosos, ceremonias militares, actos judiciales y festividades. Eran los escenarios culturales de la trascendencia y la cotidianidad porque en ellas se cristalizaba la identidad que diariamente se iba construyendo. En un mundo donde el paisaje natural y las preexistencias culturales no poseían rasgos significativos para los colonizadores, las cualidades urbanísticas y culturales radicadas en la plaza acentuaban el valor de las ciudades como lugares de arraigo. España estaba lejos, pero las ciudades con sus plazas representaban el reencuentro con los valores españoles más respetados.

La dinámica colonizadora del siglo XVIII impregnó a ciudades agrícolas y mineras, a las ciudades que gravitaban sobre fuertes y misiones, a las ciudades nuevas y las existentes desde el inicio de la colonización. Los procesos de consolidación urbana también apoyaban el anclaje de las ciudades a sus paisajes respectivos.

El arraigo al lugar –arraigo espacial- se expresaba físicamente en los ajustes de la cuadrícula para adaptarse al relieve de los sitios de fundación y en construcciones creadas para albergar las funciones urbanas que dependían de recursos territoriales

<sup>7</sup> MADERUELO, Javier: *La actualidad del paisaje*. Publicado en *Paisaje y Pensamiento*. op.cit. p. 235

<sup>8</sup> GOMEZ SAL, Antonio: *La naturaleza en el paisaje*. en *Paisaje y Pensamiento*. op.cit. p. 104

<sup>9</sup> GOMEZ SAL, Antonio: *La naturaleza en el paisaje*. en *Paisaje y Pensamiento*. op.cit. p. 104

específicos. Paralelamente, se reafirmaban el arraigo social -con el fortalecimiento de los lazos de pertenencia a la sociedad española- y el arraigo cultural mediante la renovación de las formas de vida europea en concordancia con las innovaciones que surgieron del mestizaje cultural. En estas expresiones de arraigo se conciliaban los significados ancestrales de las ciudades con sus nuevos valores.

El arraigo concernía a todas las ciudades que integraban el sistema de colonización; pero entre ciudades –o entre un punto de arraigo a otro- se desplegaban inmensas extensiones vacías de significado. Así, ante a la colosal extensión del territorio y las enormes distancias que separaban a las ciudades era imperativo implantar lugares de arraigo en otros asentamientos. Enrique Martín<sup>10</sup> señala que el arraigo alcanza su expresión más profunda en las ciudades, aunque también se desarrolla en otras manifestaciones de la vida humana. En el contexto de Chile, las haciendas, fuertes y misiones constituían lugares de arraigo, en ambientes apartados de las ciudades, porque también acogían formas de vida y tradiciones culturales europeas.

Las haciendas, con su estructura ortogonal y sus campos de cultivo organizados en líneas rectas, no sólo proyectaban un orden geométrico similar al orden urbano por paisajes distantes, también contribuían al arraigo porque la agricultura, además de su importancia para la economía colonial, fue fundamental para renovar los modos de vida rural vinculados con la historia española.

Los fuertes denotaban su arraigo al lugar en las particularidades morfológicas que surgieron de sus específicas formas de adaptación a la topografía; además, fueron expresiones de arraigo por su condición de oasis culturales donde las tradiciones españolas sobrevivían en los contextos más agresivos.

En la región chilena, las misiones fueron focos irradiadores de la cultura europea en los territorios más alejados de las ciudades y, aunque las características espaciales de sus emplazamientos exigían un proceso de desarrollo individual y autosuficiente, formaban parte del mismo sistema colonizador y evangelizador. A la vez, fueron asentamientos que se distinguían por su condición de símbolos del orden religioso y sus particulares cualidades urbanísticas y territoriales.

La organización espacial y funcional de las misiones guaraníes fundadas en la zona limítrofe entre España y Portugal o en las fronteras de Baja California conformaron expresiones urbanísticas innovadoras, relacionadas con las propuestas utópicas de humanistas como Tomás Moro y Campanella. En Chile, las misiones también dieron origen a exclusivas modalidades de colonización basada en el peregrinaje misional y la repetición anual de los ritos religiosos. Los dibujos coloniales manifiestan que las misiones dominaron una pequeña fracción de un territorio enorme. Sin embargo, a pesar de su dispersión y reducido tamaño, simbolizaban la posibilidad del encuentro con lo conocido en extensiones desconocidas y llegaron a ser -como ocurrió en los lejanos archipiélagos de Chiloé y las Guaitecas- los únicos anclajes del arraigo a los paisajes más inhóspitos de Chile.

---

<sup>10</sup> LOPEZ, Enrique Martín: Sociogénesis de la vida urbana. Introducción al libro Sociología de la ciudad occidental. Un análisis histórico del arraigo. op. cit, p, 23

## **b. Diferencias y contrastes entre la ciudad teórica y las ciudades reales**

Las ciudades coloniales de Chile, desde una explicación somera de su morfología y funciones, pueden describirse como estructuras urbanas análogas que integraban el mismo sistema de dominio. Inicialmente, la cuadrícula se aplicaba sin variaciones significativas por el extenso territorio colonizado porque su geometría abstracta se podía imponer en paisajes diversos. La cartografía histórica revela que el trazado de las primeras ciudades no mostraba diferencias que se puedan atribuir a una intención de adaptabilidad al paisaje del sitio de fundación; por otra parte, el plano cuadrículado -simple y fácil de trazar- permitía colonizar rápidamente una región extensa y heterogénea. No obstante, al analizar las trayectorias de las ciudades se concluye que la cuadrícula admitió la formación de distintas morfologías según los ajustes del trazado al contexto espacial e histórico de cada ciudad; estos itinerarios específicos indican que las fundaciones se iban asentando como estructuras únicas e irrepetibles, señalando el paso desde la ciudad teórica a las ciudades reales.

La cuadrícula expresaba la estrategia de enlazar morfológicamente a las ciudades, subrayando que eran partes de una realidad cultural y administrativa común. Sin embargo, con el avance de la colonización, aunque persistieron las semejanzas del trazado y en las relaciones jerárquicas entre ciudades, también se fueron perfilando la morfología y las funciones específicas de cada fundación. Ninguna ciudad es una estructura estática y las ciudades coloniales chilenas, a pesar de las complejidades históricas y territoriales que obstaculizaron la dinámica de sus procesos urbanos, se afianzaron como formas particulares reflejando un modo propio de adaptación a los distintos paisajes. Estos procesos urbanos diferenciados muestran que las ciudades coloniales no eran simples reproducciones de una forma urbana genérica sino una estructura urbana que se individualizaba mediante la actualización.

La distinción entre repetición y actualización es que la primera solamente se refiere a las variaciones de grado respecto a un principio o una característica, mientras la actualización concierne a la construcción de cualidades distintivas. En este sentido, la trayectoria de las ciudades expresa actualizaciones que atañen a los procesos de adecuación simultánea al contexto global de la colonización y a su realidad propia y específica. La actualización fue posible porque la cuadrícula permitía la transición diferenciadora desde estructuras simples a formas más complejas, sin perder sus cualidades urbanísticas básicas.

En Chile, las ciudades debían ser manifestaciones de regularidad que contrastaban con la diversidad del paisaje y la pluralidad cultural; a la vez, eran los principales centros de un sistema administrativo que operaba a escala continental, regional y local. A nivel continental, las ciudades se relacionaban entre sí a través del orden institucional, la semejanza de su trazado y sus funciones básicas. A nivel regional, las ciudades tutelaban la colonización de Chile mediante una forma de dominio que se sostenía en la geometría cartesiana como sustrato morfológico y en funciones afines a las condiciones de cada unidad territorial. A nivel local, adquirieron rasgos individuales según las particularidades de su entorno.

El orden geométrico y las funciones primarias de las ciudades fueron resultados de decisiones de los fundadores pero también respondían a decisiones institucionales de nivel continental para integrar a las ciudades en una misma unidad -la red de ciudades- que era el sistema primario de colonización. Por esto, la jerarquía de las fundaciones chilenas dependía tanto del contexto que orientaba la colonización a nivel continental como de las circunstancias locales. En síntesis, en las trayectorias urbanas convergían procesos paralelos que respondían a realidades institucionales y territoriales distintas. Por otra parte, la colonización de Chile fue distanciándose de la dinámica continental debido a su aislamiento geográfico, a las cualidades del paisaje y al contexto histórico determinado por la guerra de Arauco.



La estructura jerárquica, implantada desde España para administrar el proceso de colonización de América y organizar a las ciudades exponía el orden institucional de la conquista, las prioridades de la colonización y las divisiones administrativas de nivel continental. En este ordenamiento, las ciudades denotaban su jerarquía por su tamaño, su forma de crecimiento y sus funciones. En Chile, contrastando con otras colonias donde la jerarquía de las fundaciones –exceptuando los centros mineros– no muestra alteraciones relevantes, la posición jerárquica de las ciudades variaba según las dinámicas colonizadoras que, a su vez, dependían de las características territoriales y del complicado escenario histórico generado por la guerra de Arauco.

El conflicto, activo a lo largo del período colonial y, particularmente, la destrucción a fines del siglo XVI de siete ciudades fundadas al sur del río Bío Bío por un ataque indígena, generó una realidad histórica distinta, que se superponía a las realidades institucionales de nivel global. Las circunstancias históricas de Chile explican ciertos cambios repentinos en la posición jerárquica de las ciudades. Así, la relevancia de Concepción se afianzó en su función militar; Santiago de Castro –que resistió el ataque indígena– a pesar de su aislamiento, su reducido tamaño y escasa población alcanzó una posición jerárquica destacada como símbolo de soberanía española en los desamparados paisajes de la zona austral de América.

El aislamiento de Chile es otra característica territorial que influyó en la jerarquía de las ciudades, especialmente si eran puntos de descanso en trayectos terrestres por ambientes desolados –como el desierto de Atacama y cordillera de Los Andes– que era preciso atravesar para acceder a regiones limítrofes. Igualmente, la extensión y la estructura física del territorio afectaron la distribución y jerarquía de las ciudades porque Chile, esencialmente, fue colonizado con una estructura lineal que reconocía la proporción longitudinal de los espacios contenidos entre Los Andes y el océano Pacífico. El Camino Real –eje principal del sistema de comunicaciones– conectaba la secuencia de valles de norte a sur integrando a las ciudades de mayor jerarquía; este sistema, junto al cual se alinearon las fundaciones del siglo XVIII, permitió acelerar la colonización de los valles con ciudades cuyo soporte económico era la agricultura. Otro sistema lineal implantado de oriente a poniente –siguiendo el eje del río Bío Bío– sirvió de base para la fundación secuencial de ciudades defensivas.

La estructura de dominio instaurada en la fase inaugural de la colonización de Chile fue perdiendo homogeneidad a medida que la exploración y el mayor conocimiento del territorio permitieron identificar las características distintivas de cada sitio de fundación, los problemas y las posibilidades específicas de desarrollo que tenían las ciudades y las condiciones territoriales de los diferentes ambientes. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, los diversos espacios geográficos –que se expresan en distintas unidades de paisaje– se colonizaron mediante estrategias coherentes con las características espaciales y culturales de cada zona. El dominio diferenciado del territorio constituyó una innovación colonizadora que emergió de la revisión de las primeras estrategias, la frustrada ocupación del sur de Chile como consecuencia de la guerra de Arauco y el conocimiento de la realidad territorial aportado por las expediciones científicas. Esta modalidad diferenciada de dominio sugiere tanto un afinamiento de los principios unificadores que orientaron la etapa inaugural de la colonización como el reconocimiento de la diversidad natural y cultural de Chile.

El fraccionamiento del territorio chileno en distintas unidades de dominio significó la aceptación de realidades espaciales diferenciadas, que coexistían con las realidades históricas y culturales. Aún cuando la colonización estaba regida por un único marco institucional –expresado en las Actas de Fundación y en la estructura administrativa jerárquica– la diversidad del paisaje influyó en la dinámica urbanizadora de Chile, que variaba según las características espaciales y culturales que individualizaban a las distintas unidades geográficas. Sin prescindir de las afinidades que identificaban a las ciudades coloniales como instrumentos de una misma política colonizadora de

nivel continental, las trayectorias urbanas individuales revelan que los procesos de crecimiento fueron condicionados por las sucesivas adaptaciones de la cuadrícula a la topografía, la creciente especialización de las ciudades en función de las redes de caminos y la explotación de los recursos existentes en el sitio de fundación y por la relación que se estableció entre las ciudades y otros elementos de la estructura de colonización –hacienda, fuerte o misión- predominantes en cada unidad territorial.

La existencia de principios y objetivos colonizadores comunes no fue impedimento para alcanzar soluciones urbanísticas que reconocían la diversidad del paisaje, los diferentes escenarios culturales y hasta la dispersión y aislamiento de las ciudades por un territorio inmenso y complejo. Además, reconocer que Chile era un territorio institucionalmente unificado pero espacialmente fragmentado permitió priorizar la especialización de las ciudades, enfocar el proceso de urbanización hacia las zonas con posibilidades para insertarse en las dinámicas económicas y promover acciones colonizadoras específicas en las áreas que mostraban mayor complejidad espacial o histórica.

El conjunto de factores físicos y culturales que caracterizaban las distintas unidades territoriales también influyó en las transformaciones morfológicas y funcionales de las ciudades. Al analizar la colonización de Chile se concluye que las fundaciones evolucionaron en concordancia con el acontecer histórico y según su interacción con las variables territoriales de su entorno. De este modo, la colonización diferenciada por unidades de paisaje reforzaba la singularidad de cada ciudad, consolidando una estructura de dominio integrada por ciudades análogas y diferentes porque en ellas se reconocían, a la vez, las principales cualidades de la ciudad colonial teórica y los rasgos propios de las distintas ciudades como realidades específicas.

Los cambios en los núcleos urbanos también conciernen a las distintas fases que se sucedieron a través de la colonización de Chile; estas etapas muestran los cambios en los métodos de exploración, conquista y colonización y, a otra escala, reflejan el individualismo funcional y morfológico de las ciudades. Al respecto, es importante subrayar que las transformaciones urbanas no negaron los principios establecidos al inicio del proceso de colonización; eran innovaciones respaldadas por la continuidad morfológica con las primeras fundaciones. Sin embargo, a pesar de esta relación de encadenamiento con sus precedentes urbanos, las transformaciones de las ciudades no fueron resultado de procesos lineales –pues dependían de fenómenos diversos, aleatorios y hasta discordantes- y tampoco eran evoluciones espontáneas porque respondían a la implementación de nuevas estrategias colonizadoras originadas por la revisión crítica de las primeras estrategias, los sucesos históricos, la renovación de los objetivos que guiaban a las diferentes acciones de dominio y a las nuevas interpretaciones del paisaje.

En la segunda mitad del siglo XVIII se acentuaron las diferencias generadas por la fijación de distintas modalidades de colonización según las cualidades del paisaje en cada unidad territorial. Los nuevos énfasis colonizadores confirmaron los contrastes territoriales entre los valles mineros, los valles agrícolas, el litoral y las islas; pero también entre el norte y sur de Chile. En esta última división, señalada por cauce del Bío Bío, se reconocía al río como frontera geográfica y cultural que separaba a las zonas colonizadas del amplio territorio donde la conquista no logró consolidarse porque pertenecía al ámbito de la guerra de Arauco.

En el siglo XVIII, los cambios en la estructura de las ciudades como resultado de las reformas y nuevas funciones urbanas para el fomento de la economía, explican que en cada fundación se perfilaran cualidades que las individualizaban como formas irrepetibles y únicas. Esta diferenciación fue posible porque la geometría del plano cuadrículado se adaptaba a las transformaciones generadas por la historia y la vida propia de las ciudades sin perder su potencia ordenadora.

Las variaciones en las posiciones jerárquicas de las ciudades y las transformaciones urbanas experimentadas en el siglo XVIII también se relacionaban con los distintos modos de colonización establecidos en las diferentes unidades de paisajes. En los valles agrícolas, las ciudades -rodeadas por un anillo agrario formado por ejidos y campos de cultivos- se relacionaban con las haciendas y pueblos de indios a través de caminos consolidados y se fortalecieron como polos de una economía agraria. En los valles mineros, las ciudades interactuaban con los puertos mediante caminos transversales que comunicaban al interior con el litoral. En las islas habitadas por población indígena receptiva a la evangelización, las ciudades se afirmaron en las misiones, conectándose a ellas por rutas de navegación y senderos.

La estrategia de instaurar estructuras de colonización según las especificidades de cada territorio y la creciente especialización funcional de las fundaciones, apoyó el protagonismo de las ciudades en el sistema económico. En las unidades territoriales con recursos agrícolas y mineros, la fundación de ciudades y pueblos de indios tenía por finalidad impulsar la economía; las actividades colonizadoras en la Araucanía se orientaban a debilitar la resistencia indígena con la fundación de fuertes y sistemas defensivos; la colonización del litoral buscaba proteger a las posesiones costeras de las agresiones de otras naciones europeas; la colonización de las islas de Chiloé se afirmó en misiones itinerantes, reconociendo la alta fragmentación geográfica. Este conjunto de acciones diferenciadas, además de su alcance estratégico, obedecían a razones económicas porque la integridad del territorio requería disponer de rutas terrestres y marítimas más seguras para el transporte de recursos y productos.

A escala local también se observan diferencias entre la ciudad teórica y las ciudades reales y aunque la cuadrícula continuó siendo la base del trazado de ciudades con funciones administrativas, agrícolas, mineras o defensivas, en cada caso surgieron cambios que exteriorizaban las cualidades específicas de los sitios de fundación. En ciudades administrativas y agrícolas predominó la cuadrícula con plaza central y la división ortogonal de las tierras cultivadas adyacentes; se fundaron junto a caminos que las conectaban a las haciendas y crecieron por distintas direcciones denotando su ubicación en valles. Otra característica de estas ciudades era la persistencia del damero en sus procesos de crecimiento aunque la periferia de Santiago del Nuevo Extremo -principal ciudad de este tipo- perdió rigor geométrico por los cambios en las formas y dimensiones de los lotes ocupados por hospitales y conventos o por la aparición de arrabales que se apartaban del orden geométrico fundacional.

Las ciudades mineras se caracterizaban por su cuadrícula, el anillo productivo para procesar minerales rodeando al núcleo urbano, su menor tamaño -en comparación con ciudades administrativas y/o agrícolas- y su crecimiento paralelo a los ríos. Las ciudades defensivas tenían trazas ortogonales y su desarrollo estaba restringido por el relieve y la proximidad de los sistemas fortificados. En las ciudades costeras se observan crecimientos paralelos al litoral y la interrupción del damero perimetral para ajustarse a las defensas que protegían los puertos.

La ocupación efectiva del plano cuadrículado establecía otras discrepancias entre las ciudades reales y la ciudad teórica. San Javier de Bella Isla y San José de Bellavista muestran una fuerte concentración de la edificación alrededor de la plaza y sectores con bajas densidades o desocupados; esta situación generó un desequilibrio en el uso real del plano cuadrículado que afectaba la simetría del trazado. En La Serena y Valdivia, la existencia de plazas menores originaba una ocupación irregular del área central; en ambos casos, las diferencias entre el plano teórico y las ciudades reales se acentuaron por la existencia de sistemas defensivos, cuya forma y posición, eran independientes de la cuadrícula. Los paseos y alamedas generaron variaciones en las dimensiones de los ejes del trazado o en la intensidad del uso del suelo urbano. En síntesis, cada ciudad poseía cualidades heredadas de la ciudad colonial genérica pero también presentaba aspectos propios y distintivos.

### **c. Las interpretaciones del paisaje y su relación con las dinámicas del proceso de colonización y las transformaciones de las ciudades**

La urbanización colonial de Chile comenzó en la segunda mitad del siglo XVI y se prolongó hasta las primeras décadas del siglo XIX, abarcando 269 años. A través de este período se desplegó un sistema de dominio que fue condicionado por rupturas y continuidades -físicas y culturales- que dejaron su huella en la forma, funciones y significado de las ciudades. En el contexto chileno, las fases del proceso colonizador dependían de varias circunstancias, entre ellas, las diferentes interpretaciones del paisaje donde se desarrollaba la actividad española.

El paisaje no es una realidad inalterable porque el territorio y el paisaje cambian constantemente como consecuencia de procesos naturales y acciones humanas. Las interpretaciones del paisaje también evolucionan y, por lo tanto, el significado de la ciudad como acción básica para la construcción de nuevos paisajes reflejaba tanto los distintos períodos de la colonización como las transformaciones territoriales y culturales. Los fundadores de las primeras ciudades chilenas actuaban en un mundo incógnito, sin conocer los límites o la extensión del territorio que debían dominar. En esta etapa de la colonización, las ciudades eran puntos de avanzada por paisajes tan extraños que los conquistadores no pudieron interpretarlos como la expresión espacial de una realidad geográfica, desconocida hasta entonces, sino como lugares míticos habitados por gigantes, sirenas y otros seres fantásticos, donde inclusive podía existir una ciudad maravillosa -La Ciudad de los Césares- colmada de tesoros.

La ausencia de referencias geográficas en los dibujos de ciudades fundadas durante el siglo XVI revela la dificultad que entrañaba representar a paisajes indescifrables. Análogamente, en los relatos de los cronistas, los territorios de la colonización eran caracterizados como lugares fabulosos porque desde su perspectiva, culturalmente enmarcada por el conocimiento de la época, la realidad geográfica que se revelaba en el paisaje no tenía otra explicación. Las interpretaciones míticas del paisaje eran coherentes con las circunstancias culturales de los conquistadores.

Una complejidad relevante para las vanguardias colonizadoras fue el enigma de la extensión que debían conquistar porque en el enorme territorio de la región chilena no había señales o referencias que les permitieran medir el espacio a colonizar y las expediciones eran travesías por un mundo inexplorado, que se prolongaba por otras vastedades inmensas. La ausencia de expresiones culturales comprensibles para los colonizadores españoles subrayaba el carácter enigmático del paisaje. Ante estas circunstancias, la morfología, funciones y significado de las ciudades recordaban al mundo europeo, un mundo espacialmente lejano pero afectivamente cercano. El desafío de fundar ciudades acogedoras en ambientes incógnitos y que remitieran al mundo antes conocido, explicaría porque en las ciudades coloniales convergían cualidades culturales ancladas a las tradiciones españolas más apreciadas, las que se renovaban en paisajes tan incomparables con los paisajes conocidos o familiares que solamente podían compararse con los paisajes ideales descritos en el arte y la literatura.

En la fase inicial de la colonización, las ciudades eran formas elementales fundadas rápidamente para asentar la soberanía española en unos territorios indescritibles y peligrosos. En ese momento, la dinámica colonizadora en Chile era comparable a las de otras regiones americanas; para el año 1573 se habían colonizado 2058 Km. correspondientes a la distancia entre La Serena y Santiago de Castro; las ciudades que indicaban los extremos del área urbanizada<sup>11</sup>. La extensión colonizada aumenta a 3416 Km. al incluir a las dos ciudades fundadas por Sarmiento de Gamboa en el

<sup>11</sup> Esta extensión se amplía en el siglo XVIII a 2442 Km con la fundación de San Francisco de La Selva.

estrecho de Magallanes<sup>12</sup>. Estas dimensiones son admirables si se considera que Pedro de Valdivia emprendió la conquista de Chile con apenas 154 acompañantes. El avance de la colonización chilena a finales del siglo XVI muestra que las ciudades estaban aisladas por enormes espacios sin colonizar y que las primeras fundaciones -La Serena, Santiago del Nuevo Extremo y Concepción- quedaron separadas entre sí por 500 km de distancia; al sur del río Bío Bío, la separación entre fundaciones variaba entre 60 y 287 km, sin caminos de conexión entre ellas. La alta dispersión de las ciudades se explica por la necesidad de poblar rápidamente las tierras que se iban descubriendo.

Respecto al número de fundaciones, la colonización de Chile al finalizar el siglo XVI mostraba un despliegue considerable; sin embargo, era un dominio que apenas se sostenía debido al escaso número de pobladores que tenían las ciudades y porque las fundaciones debían subsistir en un territorio hostil y del cual nada se sabía.

La apresurada selección de los sitios de fundación y el conocimiento superficial de las condiciones territoriales impidió mantener a las ciudades que se fundaron en la costa norte del estrecho de Magallanes, anunciando que la colonización de Chile vaticinaba dificultades mayores en comparación con otras regiones americanas. La destrucción de siete ciudades por ataques indígenas a fines del siglo XVI confirmó la complejidad que suponía la conquista pues representó la abrupta interrupción del proceso colonizador que se expresó en el abandono, durante más de un siglo, de un amplio territorio -diez millones de hectáreas- y en el retroceso de la urbanización hasta el río Bío Bío. Así, mientras en las demás colonias americanas el dominio español avanzaba, en Chile retrocedía. Otra secuela de este suceso fue el deterioro del protagonismo de las ciudades como base de la colonización y su debilitamiento como asentamientos que otorgaban protección y seguridad.

A pesar de las adversidades, se consiguió articular sistemas territoriales locales con las ciudades sobrevivientes a los ataques indígenas, a la agresión de otros países y a las destrucciones causadas por desastres naturales. Santiago del Nuevo Extremo se consolidó como el principal centro administrativo de Chile que se sustentaba en las haciendas, ciudades menores y los pueblos de indios de su área de influencia; Concepción asumió la función de centro militar y refugio para los pobladores de las ciudades y fortificaciones amenazadas por la guerra de Arauco; La Serena, Valdivia y Santiago de Castro se establecieron como puntos estratégicos para la navegación por el Pacífico sur. La relevancia de Santiago de Castro se afianzó al transformarse en el centro donde convergían las rutas misionales por el archipiélago de Chiloé.

Con el avance del proceso de colonización se perfilaron las funciones territoriales de las ciudades y, paralelamente, se ajustaban las decisiones de los colonizadores para implantar estructuras de dominio que se adaptaban de mejor forma a un territorio más explorado y conocido. En el siglo XVIII, la urbanización colonial se apoyaba en los sucesivos descubrimientos que mostraban la realidad territorial; de este modo, el avance en la exploración y conocimiento del territorio influyó en el surgimiento de modalidades de dominio diferenciadas según los distintos contextos espaciales. La nueva dinámica del proceso -que además se expresaba en funciones urbanas más específicas- también estaba relacionada con las interpretaciones del paisaje que se proponían desde la filosofía y las ciencias ilustradas.

El despliegue de la colonización fue paralelo a las secuencias de descubrimientos y nuevos conocimientos geográficos; gradualmente, la naturaleza y el paisaje dejan de ser considerados expresiones de un mundo inexplicable y peligroso. A mediados del siglo XVIII, el paisaje era observado desde una nueva perspectiva cultural que

---

<sup>12</sup> La extensión colonizada alcanza aproximadamente a 3800 Km de longitud si la referencia norte es la ciudad de San Francisco de La Selva y la referencia sur es el estrecho de Magallanes.

expresaba el cambio descrito por Marchán Fiz como el paso del *locus terribilis* que se transforma en *locus amoenus* tras superar la prevención de mirar a la naturaleza asociada a lo extraño y amenazante<sup>13</sup>. Esta nueva perspectiva cultural se refleja en la cartografía porque en los mapas se reducen las áreas sin información geográfica y textos alusivos a la existencia de tierras incógnitas mientras aumentan los dibujos que entregan información cada vez más detallada de la realidad física.

El modo moderno de entender el paisaje se relaciona con lo planteado por Nicolás Ortega<sup>14</sup>, quién citando a Broc, indica que desde la segunda mitad del siglo XVIII se produce un cambio profundo en las actitudes y las mentalidades colectivas y una revolución del sentimiento; en esta nueva visión concurren dos factores principales. El primero, se relaciona con el surgimiento de concepciones estéticas que incidieron en el ámbito del arte; el segundo se refiere al ámbito de las ciencias y al desarrollo del conocimiento de la naturaleza, vinculado al progreso de las ciencias naturales y la geografía que, a su vez, se asociaban a los viajes de exploración. Paralelamente, comienzan a plantearse innovadoras perspectivas conceptuales respecto al mundo que derivaron en nuevas visiones científicas acerca de la naturaleza como totalidad ordenada y del paisaje como expresión del orden natural<sup>15</sup>.

En el siglo XVIII, la conquista de la extensión alcanzó su mayor desarrollo en Chile; los avances colonizadores y el afianzamiento de las ciudades a su propia realidad territorial fueron resultados de la activación del proceso de urbanización impulsada por el crecimiento demográfico y desarrollo económico, la instauración de reformas administrativas, prácticas colonizadoras más eficientes, la existencia de estructuras de dominio diferenciadas por unidades territoriales y el fortalecimiento de la red de ciudades. Este conjunto de acciones fue posible porque la naturaleza y el paisaje se observaban desde las nuevas perspectivas culturales abiertas por la ciencia.

Los descubrimientos geográficos y la evolución de las técnicas cartográficas fueron claves para describir y comprender las características del territorio y el paisaje. Esta aseveración considera que la noción de paisaje, tal como señala Maderuelo, se relaciona con la perspectiva cultural –mirada cultural- desde la cual se observa y se interpreta el mundo y, por lo tanto, con el esfuerzo del hombre por comprender el mundo que lo rodea<sup>16</sup>. Profundizando en su argumento, Maderuelo sostiene que la idea de paisaje no se encuentra tanto en el objeto que es contemplado como en la mirada de quien lo contempla; el paisaje no es lo que está adelante sino lo que se ve; pero la mirada requiere de un adiestramiento para contemplar y desde el punto de vista del arte, la contemplación debe ser estética y desinteresada<sup>17</sup>. Al respecto, se debe diferenciar entre la mirada sensible a la belleza del paisaje y la mirada de las ciencias que, en las expediciones por Chile, no buscaba el placer estético sino básicamente observar y registrar las características naturales con los objetivos de determinar la realidad dimensional de la región, conocer la ubicación de recursos y territorios estratégicos para la acelerar la colonización. La relación entre la actividad científica y las experiencias sobre el paisaje, se aproxima a lo indicado por Marchan Fiz, cuando indica la diferencia entre los paisajes de la contemplación y los paisajes de la acción<sup>18</sup>.

<sup>13</sup> MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. op.cit. p. 19.

<sup>14</sup> ORTEGA CANTERO, Nicolás: *Entre la explicación y la comprensión: El concepto de paisaje en la geografía moderna*. op.cit. p.109. Ortega cita a BROU, Numa: *Les montagnes au siècle des lumières. Perception y representation*. Comité de travaux historiques et scientifiques. París 1991. pp. 15-20.

<sup>15</sup> El análisis de las nuevas interpretaciones propuestas por la filosofía y la ciencia ilustrada se desarrolla en el punto 5.2.1 El orden de la naturaleza y su traspaso al orden de la ciudad

<sup>16</sup> MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. op.cit. p. 12

<sup>17</sup> MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. op.cit. p. 38

<sup>18</sup> MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. op.cit. p. 40



Según Marchan Fiz, de las intervenciones basadas en el dominio del hombre sobre la naturaleza, surge el paisaje como configuración *-gestaltung-* cuyo actor principal no es el espectador, sino el hacedor, artista, ingeniero, etc<sup>19</sup>. Desde este enfoque, las expediciones científicas –botánicas, marítimas y mineras- y los avances en la cartografía proporcionaron conocimientos para implementar las reformas al sistema económico, diseñar las rutas terrestres y determinar intervenciones para corregir la gestión de la ciudad; en síntesis, apoyaron la acción colonizadora sobre el territorio y, por ende, la creación de paisajes.

El análisis lleva a concluir que las exploraciones del siglo XVIII fueron empresas de carácter científico financiadas por la corona española porque ya se tenía conciencia que el conocimiento detallado del territorio aumentaba las posibilidades de alcanzar el control militar, cultural y económico del espacio y la población nativa. El progreso en la medición y la representación del territorio permitieron identificar a los sitios con mayores potencialidades para fomentar el desarrollo individual de las ciudades y afinar su articulación al sistema de colonización.

Las exploraciones geográficas y el perfeccionamiento de las prácticas cartográficas también aportaron información esencial para acelerar el proceso de urbanización en función de las características distintivas de las diversas unidades de paisaje y para perfilar las funciones de las ciudades, ajustando sus trayectorias de adaptación al paisaje. En el contexto cultural de la época, se estimaba que el conocimiento más exacto de la realidad territorial era necesario para formular estrategias enfocadas a reactivar la colonización en áreas no dominadas y para consolidar la urbanización de las zonas conquistadas. Disponer de antecedentes más precisos sobre el relieve, las distancias territoriales y la ubicación de los recursos naturales permitió adoptar medidas adecuadas para acceder a recursos no explotados y mejorar la extracción y distribución de los conocidos.

Las ciudades del siglo XVIII subrayaban los propósitos colonizadores enfocados a la renovación de los sistemas culturales y económicos mediante estrategias y acciones orientadas a la transformación decisiva del territorio. Este objetivo requería conocer los ambientes geográficos y las vocaciones territoriales, reformular las estructuras de colonización y las funciones específicas de las ciudades para responder a nuevas exigencias económicas y de administración del espacio. Los descubrimientos de las expediciones científicas y el trabajo cartográfico de los ingenieros militares fueron fundamentales para identificar las características territoriales más relacionadas con el objetivo de impulsar el progreso individual de las ciudades, pero sin debilitar su integración al sistema regional o continental.

El paulatino conocimiento de la realidad revela el cambio desde la interpretación del paisaje como escenario mítico a su explicación científica; las perspectivas racionales para aproximarse al paisaje fueron respuestas a la necesidad de conocer la realidad del mundo que se estaba habitando y enfrentar los variados desafíos que entrañaba la conquista y colonización de un territorio inestable y complejo. A diferencia de lo ocurrido durante la primera fase, de carácter épico, la colonización durante el siglo XVIII se orientó pragmáticamente hacia las zonas donde, por razones estratégicas y económicas, era preciso extender o fortalecer el dominio territorial.

La nueva dinámica colonizadora también se denotaba en la aparición de cualidades urbanísticas vinculadas a las nociones de orden racional y progreso. La construcción de edificios y espacios públicos para albergar las funciones específicas que exigía la creciente especialización de las ciudades y la articulación de las estructuras urbanas al paisaje de su entorno denotan la consolidación definitiva de la ciudad colonial.

---

<sup>19</sup> MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. op.cit. p. 40

#### d. Semejanzas y originalidades de la urbanización colonial de Chile

Las conclusiones relacionadas con las cualidades de la ciudad colonial chilena -que expresan similitudes o diferencias con otras ciudades coloniales de Hispanoamérica- han sido abordadas desde dos perspectivas. La primera se refiere al territorio como escenario de la colonización que condicionó ciertos rasgos urbanos. La segunda está relacionada con los procesos urbanos individuales, considerando a las trayectorias de las ciudades de acuerdo con sus contextos espaciales y temporales.

Las causas que explican las transformaciones de las ciudades son diversas porque dependían de los desafíos territoriales, las expectativas de los gobernantes y las capacidades técnicas. En el punto anterior se explicó que el progreso científico, la renovación del pensamiento y las perspectivas culturales de la época permitieron generar nuevos conocimientos sobre la realidad territorial. Durante el siglo XVIII, las ciudades chilenas -como las ciudades europeas y americanas- asimilaron el ideal de progreso y la búsqueda de soluciones para afrontar las crecientes demandas de la sociedad colonial. La experiencia chilena tuvo resultados diferentes porque las decisiones y acciones debieron variar en función de las especificidades de la región y de las distintas unidades de paisaje que la componen.

La noción de territorio, como indica Eduardo Martínez de Pisón, se refiere al espacio terrestre como solar, marco, recurso, soporte, limitante y como pauta geográfica del transcurso histórico y la acción productiva. Es el espacio geográfico disponible, funcional, manejable, dominable y reconfigurado<sup>20</sup>. Desde la perspectiva territorial, el primer tema a considerar es que Chile es una región claramente delimitada por fronteras naturales. La frontera oriental es estructurada por los formidables montes andinos y la frontera occidental es el enorme océano Pacífico. Chile es un estrecho territorio continental que se despliega desde Los Andes para enfrentar, a lo largo de su extensión longitudinal, al mayor océano del mundo que, en la época colonial, también era el más desconocido. La frontera norte está definida por las desoladas extensiones de Atacama, uno de los desiertos más estériles del planeta. La frontera sur corresponde al estrecho de Magallanes, al archipiélago de Tierra del Fuego y los hielos antárticos.

Chile estaba en los límites del mundo conocido, en la frontera hacia algunos de los territorios más incógnitos de América colonial. La cartografía histórica describía a las extensiones meridionales que se desarrollan a partir del estrecho de Magallanes como territorios desconocidos -*terra ultra incógnita* o *regium gigantum*- en síntesis, se consideraban espacios aterradores por su característica de ámbitos ignotos y por la magnitud inexplorada de su geografía, supuestamente poblada de monstruos.

Internamente, el relieve define otras fronteras territoriales que circunscribían a las diferentes unidades de paisaje, que también correspondían a unidades ambientales, cuyas características distintivas condicionaron las diferentes formas de dominio. La estructura de colonización de Chile no fue homogénea porque las distintas unidades territoriales, por sus características espaciales y culturales específicas, demandaban estrategias diferenciadas que no siempre coincidían con las aplicadas en el contexto continental. La frontera geográfica señalada por el canal de Chacao fijaba el límite entre el Chile continental y el Chile insular; también demarcaba el paso a territorios inhóspitos, desconocidos y aislados<sup>21</sup>. El carácter fronterizo de Chile se exaltaba en el territorio austral, dominado por el estrecho de Magallanes, límite geográfico con las vastedades más incógnitas y desoladas de América.

<sup>20</sup> MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: *Los componentes geográficos del paisaje*. Publicado en *Paisaje y Pensamiento*. Abada Editores. Madrid 2006. p. 131

<sup>21</sup> Actualmente, numerosas islas y algunos territorios continentales de la Patagonia están incomunicados con el resto del país, conformando los espacios más deshabitados de Chile.

Además de las fronteras geográficas, Chile tenía fronteras culturales señaladas por los ríos que, según su dimensión, constituían límites naturales internos que dieron origen a límites culturales. La principal frontera cultural era el río Bío Bío, cauce que separaba a los territorios que permanecían bajo el dominio indígena de los valles agrícolas, donde la colonización española logró asentarse desde fines del siglo XVI. En esta frontera cultural, la colonización debió adaptarse al paisaje y al contexto histórico ocupando el borde ribereño con uno de los sistemas defensivos interiores más extendidos de América. La secuencia de fuertes abarcaba desde la costa -con los fuertes de San Pedro y Chepe en la desembocadura del río- hasta la cordillera de Los Andes -donde se fundaron los fuertes de Santa Bárbara y Antuco- ocupando 169 Km por la ribera sur del río y 209 Km por su margen norte<sup>22</sup>. La sostenida resistencia indígena a la colonización española, que fue determinante para instaurar una frontera interna en el río, acentuaba las diferencias entre Chile y otras colonias.

Otro rasgo particular de la colonización chilena es que fue un proceso marcado por rupturas; espacialmente, estaba interrumpido por la fragmentación del relieve y, además, fue un proceso de dominio discontinuo en el tiempo como consecuencia de la complejidad histórica. En este contexto de rupturas geográficas y culturales, la función de las ciudades como refugio alcanzó tal relevancia que incluso los cambios demográficos y las variaciones en la jerarquía de las ciudades fueron resultados del abandono de las fundaciones realizadas en territorios geográficamente hostiles o afectados por la guerra en Arauco; estas circunstancias influyeron en la supremacía de las ciudades que se fundaron en los hospitalarios valles de la zona central.

Otra frontera cultural correspondía a la frontera misional que se extendía desde el río Bio Bío hasta los lejanos archipiélagos de Chiloe, los Chonos y Las Guaitecas. La vastedad del paisaje y el aislamiento explican el surgimiento y consolidación de una particular modalidad de colonización donde el arraigo permanente, radicado en las ciudades, se combinaba con el arraigo esporádico a lugares señalados por misiones. Los centros misionales originaron una forma de colonización itinerante y transitoria, pero eficiente, que permitió habitar un territorio de alta fragmentación y donde la rigurosidad del clima impedía el arraigo permanente.

A pesar de su pobreza -comparada con regiones productoras de oro, plata, azúcar, tabaco o café-, su aislamiento, su vulnerabilidad ante las catástrofes naturales y el estado de guerra permanente que debilitaba la soberanía española, Chile fue una colonia estratégica para la administración española porque permitía controlar las rutas de navegación y acceso marítimo al Virreinato de Perú. Esta situación explica la relevancia que se asignó a la defensa de sus puertos y los numerosos proyectos realizados por ingenieros militares y técnicos especializados, quienes se encargaron también de registrar la información del litoral y las ciudades costeras.

La protección de la larga frontera occidental -señalada por el océano Pacífico- ante las tentativas inglesas y holandesas, determinó priorizar las obras defensivas en las ciudades más amenazadas por intentos de penetración extranjera; estos sistemas defensivos son semejantes a los construidos en La Habana, Veracruz, o Cartagena de Indias. La complejidad de las obras defensivas, en territorios también complejos, explica la importancia de los ingenieros militares para la colonización de Chile; en el siglo XVIII ejecutaron las principales construcciones en las ciudades, reemplazando a los anteriores colonizadores -de formación militar- que se habían transformado en hacendados. Los ingenieros militares contribuyeron en forma decisiva a difundir el lenguaje neoclásico y, por lo tanto, también fueron protagonistas en el cambio en la imagen urbana de las ciudades chilenas, diferenciándolas de las otras colonias, donde predominaba la arquitectura barroca.

---

<sup>22</sup> El cálculo para establecer la longitud del sistema se explica en el capítulo 1, punto 1.4.3 El sistema de fortificación del río Bío Bío

En relación con la evolución urbanística, las trayectorias de las ciudades muestran una serie de transformaciones que fueron surgiendo con el tiempo, influyendo en su actualización morfológica y las nuevas funciones asignadas a los centros urbanos. Las innovaciones más significativas aparecen en el siglo XVIII, cuando los núcleos fundados al inicio de la colonización habían alcanzado niveles de desarrollo capaces de expresar sus particularidades; en esta época también se recalcan las fisonomías distintivas de las nuevas fundaciones y los contrastes entre el modelo teórico y las ciudades reales.

A mediados del siglo XVIII la evolución del proceso de colonización chileno reflejaba los cambios en el pensamiento científico, político, social y económico de la época. En Chile, de modo semejante a las otras regiones Hispanoamérica, el impulso a la urbanización se expresó en la mayor complejidad de las ciudades existentes y en la fundación de nuevas ciudades para apoyar las crecientes actividades económicas o comerciales. La variedad y magnitud de la acción urbanística, hace que la dinámica del período destaque respecto a las etapas anteriores. En este sentido, también hay una diferencia respecto de otras colonias donde, la actividad urbanizadora del XVIII puede ser comparable o superior la del siglo XVI pero sin alcanzar los niveles de progreso que muestra Chile: esto se debe al lento avance de la urbanización de la región chilena durante los siglos XVI y XVII.

En el siglo XVIII, en Chile todavía existían extensos ámbitos inexplorados, paisajes poco intervenidos y amplias extensiones excluidas de la colonización o débilmente integradas al proceso de urbanización, destacándose particularmente, la Araucanía y el archipiélago de Chiloé. Sin embargo, activar el desarrollo económico requería acelerar la integración de territorios no colonizados; para este propósito se procedió a efectuar repoblaciones y traslados de las ciudades que habían sido abandonadas, destruidas o presentaban dificultades en su desarrollo urbano por las características del sitio original o por quedar expuestas a los perjuicios ocasionados por fenómenos naturales -terremotos y maremotos- y ataques indígenas.

Las transformaciones urbanas más importantes estaban relacionadas con la gestión territorial y reordenamiento de las ciudades; ambos aspectos se recogían en nuevos métodos para organizar las relaciones entre las ciudades y su entorno. Las acciones concordantes con el ideal de progreso en función del mayor desarrollo económico o comercial se enfocaron hacia los centros urbanos más involucrados con los procesos productivos y las estructuras de distribución.

Los planes, ordenanzas y normas para impulsar la evolución de los centros urbanos revelan que las ciudades eran comprendidas como unos organismos complejos, que debían ser ordenados para potenciar su desarrollo integral. Los planes y ordenanzas incluían aspectos como la modificación de la estructura de comunicaciones interna, creación de nuevos barrios, expansiones urbanas y definición de nuevos escenarios para la vida urbana que tenían correspondencias con aspiraciones culturales como la búsqueda y difusión del conocimiento. Las actuaciones urbanísticas se enfocaron en Santiago del Nuevo Extremo originando una centralidad excesiva, radicada en la capital, que aún repercute en los desequilibrios en la ocupación del territorio.

Las reformas para acelerar la economía tuvieron efectos sobre la estructura de las ciudades porque varias de ellas proponían cambios en las funciones urbanas. Otras acciones relacionadas con intereses económicos -construcción de caminos- también influyeron en la trayectoria de ciertas ciudades. Incluso acciones puntuales como la construcción de edificios vinculados al comercio derivaron en cambios en la imagen de las ciudades con la introducción del neoclásico como lenguaje representativo de las nuevas ideas. Los edificios relacionados con el impulso a la economía -Aduana y Casa de Moneda en Santiago del Nuevo Extremo- definieron nuevos lugares en la trama urbana, que competían con hitos tradicionales como las iglesias.

Al observar el progreso de la urbanización colonial en Chile se advierte un afán por sostener equilibradamente el avance de la conquista y el desarrollo individual de las ciudades. En el despliegue paralelo de ambos procesos surgieron algunas acciones orientadas a reforzar el dominio militar y espacial del territorio que influyeron en las dinámicas de las ciudades, en sus áreas de influencia y en el paisaje circundante; recíprocamente, las características del paisaje condicionaron las modalidades de ocupación territorial y la evolución morfológica y funcional de los centros urbanos. Por esto, al analizar las transformaciones de las ciudades coloniales se concluye que las respuestas urbanísticas se explican por la influencia de diversas variables, entre las que se destacan el paisaje.

Según Maderuelo, los paisajes hablan, fundamentalmente, de sus transformadores, o de las relaciones entre los territorios y sus transformadores; lo anterior porque un rasgo del paisaje es su mutabilidad, su continuo estado de cambio. Al respecto, Maderuelo plantea que si los territorios cambian por razones climáticas o telúricas, o por acción humana, también cambian los hombres, sus ideas, sus intereses y sus hábitos perceptivos, no sólo como sujetos individuales que ejercen una percepción personal, sino en cuanto colectividades o pueblos que se reconocen en una imagen característica de país, palabra de la que proviene paisaje; así, el paisaje cambia en cuanto soporte físico y en la forma de ser percibido<sup>23</sup>. Desde esta perspectiva, las transformaciones de las ciudades, del territorio y del paisaje en el proceso chileno revelan los cambios en las perspectivas culturales de los colonizadores así como su identificación paulatina con los nuevos paisajes que estaban construyendo.

Las primeras transformaciones de las ciudades se orientaban a reforzar el valor del área central del plano cuadrículado –la plaza mayor y su entorno- como realidad geométrica y espacio urbano de alta significación cultural por sus relaciones con los símbolos referentes al país de los fundadores de ciudades. El paisaje cultural que se había creado con la fundación de cada ciudad se reforzaba con la construcción de nuevos edificios institucionales en los solares próximos a la plaza, afianzando la vitalidad del área central y subrayando las funciones de las ciudades.

La siguiente fase de transformaciones se refiere a los procesos de crecimiento por agregación de nuevas manzanas, que llevó a la formación de ciudades extendidas y con baja densidad, cuya expansión se sostenía ampliando el trazado definido en el momento de la fundación. Al inicio del proceso de colonización, la homogeneidad de la cuadrícula estaba relacionada con la equidad en el reparto del suelo urbano, las funciones militares de las primeras ciudades coloniales, la posibilidad de extender rápidamente el dominio a los espacios recién descubiertos y el reforzamiento de la geometría para contrastar la diversidad del paisaje. En el siglo XVIII, la racionalidad del plano cuadrículado era coherente con la exigencia de corregir el pausado avance de la colonización. La racionalidad que caracterizaba a la urbanización colonial de Chile se fortaleció durante el siglo XVIII con la participación activa de los ingenieros militares en la transformación de las ciudades. Asimismo, las reformas ilustradas confirmaron la idea de orden –que se expresaba la racionalidad geométrica- como principio cultural y condición para una administración eficiente del territorio.

La dirección de los procesos de crecimiento de las ciudades fueron condicionados por los elementos del relieve; la fuerte expansión de la cuadrícula de Santiago del Nuevo Extremo hacia el poniente muestra que en ese sector no existían limitantes naturales que frenaran la ampliación del plano cuadrículado. El crecimiento urbano, dependiendo de la topografía del sitio, representaba distintas formas de alteración del orden fundacional; algunas plazas perdieron su posición en el centro geométrico de la trama cuando la cuadrícula avanzó hacia ciertas direcciones. La expansión de

---

<sup>23</sup> MADERUELO, Javier: *La actualidad del paisaje*. En *Paisaje y Pensamiento*. Abada Editores. Madrid 2006. p. 236

los núcleos fundacionales alteraba el equilibrio distributivo del suelo urbano por el surgimiento de parcelas mayores que eran destinadas a conventos y hospitales, en concordancia con los cambios sociales que proponía el pensamiento ilustrado.

A pesar de su morfología relativamente estática -debido el protagonismo del plano cuadrículado- las ciudades chilenas no fueron estructuras invariables y sus trazados podían adaptarse al relieve; inclusive en núcleos formados por manzanas iguales se observan cambios originados por los usos del suelo urbano y sectores diferenciados por sus funciones o su arquitectura. El predominio de determinadas construcciones indicaba tanto el carácter básico de las ciudades como la función específica de cada sector urbano. Paralelamente, se acentuaban las diferencias sociales entre vecinos. En las periferias habitadas por los pobladores más pobres, hasta la pérdida del rigor geométrico de la cuadrícula -como resultado de la aparición de los arrabales- era una expresión de marginalidad social. El debilitamiento del orden geométrico en las periferias urbanas se manifestaba fundamentalmente en las ciudades de mayor jerarquía, que concentraban el interés de los inmigrantes.

La forma genérica de la ciudad colonial y la homogeneidad de la cuadrícula también se diluían en los bordes urbanos con el crecimiento de los núcleos. En las ciudades emplazadas en sitios con barreras naturales -ríos y quebradas- que restringían la expansión del trazado cuadrícula surgieron tramas diferenciadas que pronunciaban los límites del espacio estrictamente racionalizado mediante la geometría ortogonal. Estas fronteras naturales no sólo detenían los avances de la cuadrícula, también se transformaron en fronteras sociales.

La tercera etapa de transformaciones se expresó en la pérdida de la homogeneidad en el uso del suelo urbano por la creciente especialización de los barrios. En el siglo XVIII, los territorios y las ciudades -con sus barrios- se fueron especializando como resultado del mayor conocimiento de los recursos naturales que constituían la base económica de la ciudad. Otros factores que influyen en los cambios se relacionaban con la intensidad de las articulaciones entre la ciudad y el sistema productivo de su área de influencia, la capacidad de especialización de cada centro urbano, su rango administrativo, su eficacia funcional dentro del sistema regional y las oportunidades territoriales que ofrecía su entorno. En ciertos casos, la ocupación de los bordes urbanos revela la especialización funcional de la ciudad, como ocurrió con los anillos productivos en torno a los centros mineros.

En esta fase se producen expansiones del área central, originalmente radicada en la plaza y sus inmediaciones, hacia otros sectores urbanos. La aparición de las nuevas centralidades acentuaba las funciones tradicionales de la ciudad colonial -función evangelizadora- o correspondían a la consolidación de nuevas funciones de carácter económico y social, vinculadas a la búsqueda de progreso y el bien común. En el siglo XVIII se perfilaron las diferencias morfológicas y funcionales que individualizaban a los distintos barrios a través de la construcción de conventos, hospitales, edificios comerciales y paseos. El impulso a la economía, característico de la época, también generó nuevos escenarios urbanos que acentuaron el carácter de las ciudades como lugares de intercambio cultural.

Las ciudades coloniales se reforzaron en sus capacidades para integrar los sistemas económicos que gravitaban sobre los centros de producción agrícola arraigados en las haciendas, en los puertos y las redes de caminos, acelerando la dinámica de las estructuras de colonización de nivel regional y local. En el siglo XVIII, las ciudades eran consideradas elementos activos del proceso colonizador, que podían orientar la ocupación del espacio. La articulación de las ciudades con otros componentes de las estructuras colonizadoras -agrarias, mineras, defensivas o misionales- dependía tanto de la especialización del territorio como de la individualización de los centros con potencial para insertarse en la dinámica económica.



El aislamiento de Chile influyó decisivamente en la jerarquía de las ciudades, según su posición en el sistema de comunicaciones. Durante el siglo XVIII, las acciones enfocadas a fortalecer el proceso colonizador privilegiaron a las ciudades con mejor accesibilidad, pues, debido a la enorme extensión del territorio, esta cualidad tenía una valoración equivalente a la proximidad. El dinamismo de las fundaciones que se ubicaban junto a los caminos más frecuentados se denotaba en sus expansiones aceleradas, su crecimiento demográfico y mayor complejidad funcional. La cercanía de las ciudades a los principales caminos reforzaba la dinámica urbana, influyendo en la vitalidad de la plaza y las funciones específicas que derivan de esta cualidad<sup>24</sup>.

Un cuarto nivel de transformación concierne a la renovación de los bordes urbanos mediante la construcción de paseos arbolados que constituían los nuevos espacios del encuentro cívico, diferentes al encuentro en las plazas donde se combinaban las funciones religiosas, de justicia, gobierno, mercado y diversión.

A través del siglo XVIII, la transformación de las ciudades revelaba la existencia de una relación entre la ciencia, la filosofía y el urbanismo porque los espacios públicos tenían su origen conceptual en las reflexiones de los humanistas y científicos que veían a la naturaleza como un modelo de orden que podía regir todas las creaciones del hombre, en especial, las ciudades. La naturaleza no era considerada solamente la manifestación de un mundo salvaje que se encuentra al exterior del mundo urbano; la naturaleza era un modelo de orden que podía emularse en la morfología de las ciudades y podía participar en la estructura urbana en forma de jardines.

La naturaleza geoméricamente ordenada, que se incorporó dentro de las ciudades mediante paseos y alamedas, definió lugares urbanos particulares y cambios en el trazado a través de ejes arbolados que subrayaban determinadas características de la trama. La naturaleza ya no era vista únicamente como una presencia agresiva o una realidad incomprensible que debía contrarrestarse con el orden de las ciudades. Los descubrimientos de las exploraciones científicas y las observaciones filosóficas que valoraban positivamente a la naturaleza habían contribuido a superar el miedo ante el mundo natural<sup>25</sup>.

La construcción de los paseos arbolados era una forma de aproximación al orden natural. Por otra parte, con la aparición de los paseos coloniales, ciertas actividades festivas se desplazaron a los bordes de la ciudad. En Chile, siguiendo los ejemplos de las capitales virreinales, las alamedas y paseos promovían el intercambio social, enriquecían la trama aportando nuevos espacios significativos, subrayaban los ejes vitales del trazado y delimitaban sectores urbanos; en síntesis, apoyaban el orden urbano sin vulnerar la fisonomía esencial del plano cuadriculado.

Asimismo, la construcción de los paseos perimetrales conformaba nuevas fronteras urbanas que reemplazaron a las originales fronteras generadas por elementos de la naturaleza. En algunas ciudades, los paseos y alamedas eran fronteras sociales que separaban a los barrios más consolidados de los sectores urbanos que surgieron en forma espontánea con los procesos migratorios masivos. La idea de segregar a los ámbitos sociales que convivían en las ciudades se ratificó en el siglo XIX, cuando Benjamín Vicuña Mackenna, Intendente de Santiago, propone construir un camino de cintura, que fue concebido como cordón sanitario formado por plantaciones de árboles contra las influencias pestilenciales de los arrabales<sup>26</sup>. Este sistema verde separaría a la ciudad regular, higiénica y organizada de los arrabales dominados por la irregularidad, las enfermedades y la ilegalidad.

<sup>24</sup> La dinámica de la plaza de San Francisco de La Selva era reforzada por la presencia de un tambo que surge por la ubicación de la ciudad en las rutas que conducen al virreinato del Perú

<sup>25</sup> MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. op.cit. p. 20

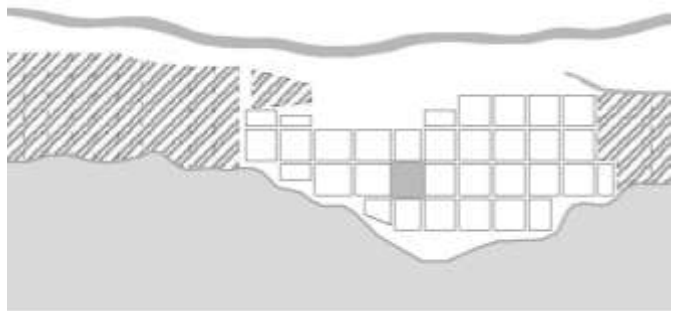
<sup>26</sup> DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. op.cit. p.146

Los paseos coloniales estructuraban bordes que delimitaban a los espacios urbanos regidos por la racionalización y el orden; fuera del eje verde de los paseos estaban los elementos considerados insalubres -cementerios, hospitales y mataderos- y los edificios construidos para acoger a los más desposeídos como casas de huérfanos y de acogidas. En este sentido, paseos y alamedas pueden ser vistos como lugares de encuentro y también como fronteras sociales que subrayaban la segregación y la estratificación de la sociedad colonial. Sin embargo -como evidencia de los variados matices que impregnaban a las ciudades coloniales- en los paseos convergían las funciones del paseo aristocrático, a través de senderos para carruajes, con lugares de juegos populares, donde se concentraban los vecinos de menor linaje.

Desde otra perspectiva se concluye que, a pesar de su ubicación en las periferias, los paseos no estaban marginados de la vida urbana; al contrario, fueron espacios que permitían el encuentro eventual de los pobladores de la ciudad y los símbolos de la modernidad relacionados con las ideas de higiene y progreso. En los relatos de viajeros se confirma su relevancia como espacios de integración urbana.

Por otra parte, los paseos eran ambientes *naturales* en medio de la artificialidad de las ciudades y expresiones de una nueva posición cultural frente a la naturaleza que reconocía su valor estético, ampliamente elogiado por la filosofía. Los significados urbanos, simbólicos y afectivos de los paseos y su prestigio como espacios urbanos se reflejan en la importancia que se le otorgó en las descripciones de las ciudades y en la cartografía, donde se identifican junto con la iglesia y el cabildo. Otro signo indicativo de su valor urbano es que existieron en ciudades de diferente jerarquía, en centros de escaso desarrollo o inclusive en ciudades donde el espacio natural no urbanizado estaba a corta distancia de las alamedas.

El análisis de las transformaciones de las ciudades coloniales permite concluir que los cambios de la morfología, funciones y significado expresan un proceso gradual de adaptación al paisaje y, a la vez, de creación colectiva de nuevos paisajes. Si bien, otros factores -contexto histórico o políticas de colonización- influyeron en las trayectorias urbanas de las ciudades, las cualidades espaciales del paisaje explican sus cualidades y transformaciones más relevantes.



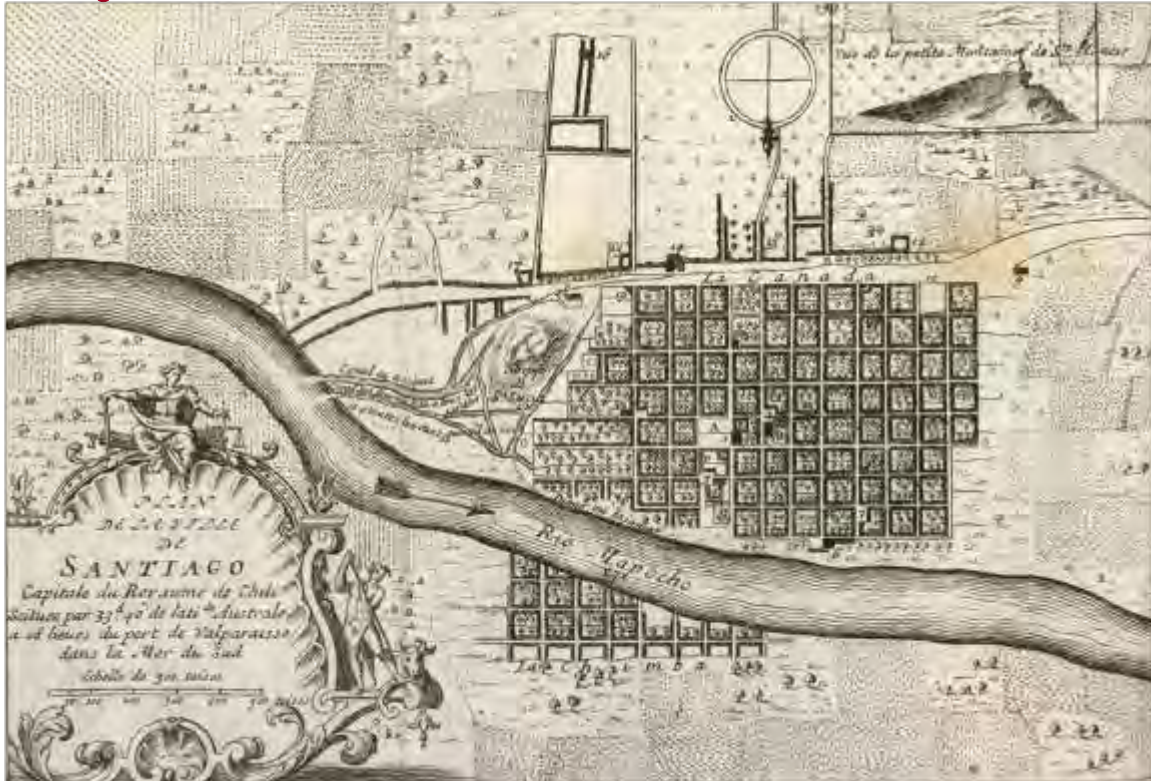
## V. FUENTES CARTOGRAFICAS

---

## FUENTES CARTOGRAFICAS

En esta sección se presentan las fuentes cartográficas que sirvieron de base para el análisis de las ciudades coloniales seleccionadas según los criterios que se explican en la metodología<sup>1</sup>. Además de una imagen del plano original también se entrega información general del plano o dibujo incluyendo fecha, autor, archivo donde se encuentra el documento original y referencias bibliográficas.

### Santiago del Nuevo Extremo



<b>Nombre</b>	<i>Plan de la ville de Santiago</i>		
<b>Autor</b>	Amedée Francois Frezier	<b>Fecha</b>	1712-1713
<b>Archivo</b>	Bibliothèque Nationale de France. Catalogado con el nombre de <i>Plan de la ville de Santiago capitale du Royaume de Chili scituée par 33d. 40' de lati. de australe a 28 lieues du port de Valparaisso dans la Mer du Sud / Frézier.</i>		
<b>Bibliografía</b>	FREZIER, Amadeo: <i>Relación del viaje por el Mar del Sur</i> . Biblioteca Ayacucho. Volumen XCLX. Editorial Arte Caracas, 1982. p.99, Edición en español de la versión francesa <i>Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou, fait pendant les 1712, 1713 et 1714</i> . J.G. Noyon Impr. Paris, 1716. El plano también está publicado en FREZIER, Amédee: <i>Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chile, du Perou et du Bresil. Fait pendant les années 1712, 1713 &amp; 1714</i> . Tome premier. Publicado por Pierre Humbert, Amsterdam; 1717. Planche XIV		
<b>Referencias</b>	El original de la Bibliothèque Nationale de France se distingue de los planos publicados en diferentes versiones del libro de Frezier porque contiene una viñeta con identificación de los principales edificios de la ciudad		

<sup>1</sup> Los criterios para seleccionar a las ciudades que se analizaron se describen en la Metodología punto c. *Unidades de análisis territorial y selección de los casos de estudio* p. 29. En el punto c.1 *Síntesis de las ciudades seleccionadas como casos de estudio* se entrega información de los rasgos principales de las ciudades seleccionadas.

## Santiago del Nuevo Extremo



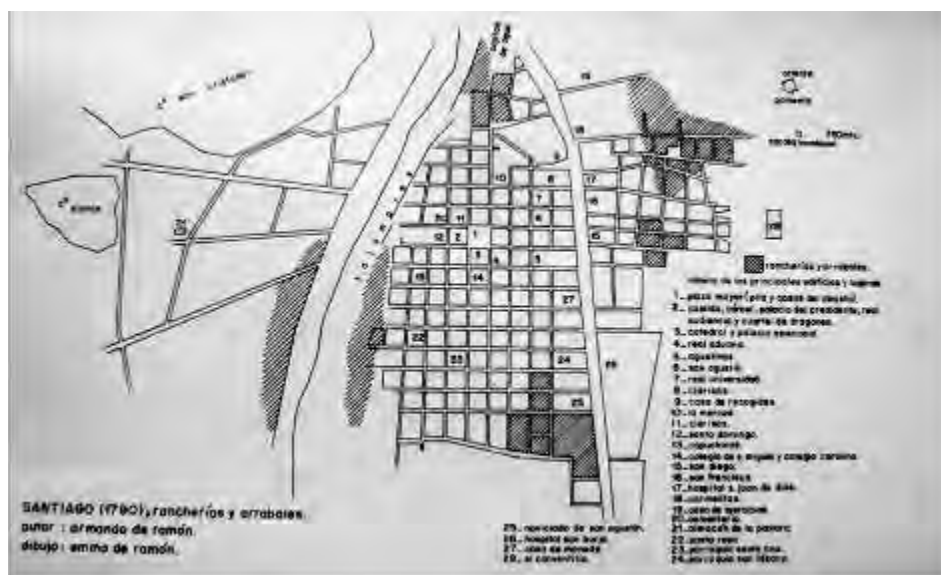
<b>Nombre</b>	<i>Plano de la ciudad de Santiago del Reino de Chile</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1809
<b>Archivo</b>	Archivo del Museo Británico; Londres (versión original) En el archivo Nacional de Chile existe una copia del plano original		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 37		



## Santiago del Nuevo Extremo



<b>Nombre</b>	<i>Ciudad de Santiago durante el siglo XVI con indicaciones para el estudio de la constitución de la propiedad</i>		
<b>Autor</b>	Tomás Thayer Ojeda	<b>Fecha</b>	1905
<b>Archivo</b>	El original del plano se conserva en la Biblioteca Nacional de Chile.		
<b>Bibliografía</b>	THAYER OJEDA Tomás: <i>Santiago durante el siglo XVI. Constitución de la propiedad urbana i noticias biográficas de sus primeros pobladores</i> . Imprenta Cervantes Santiago de Chile. 1905		



<b>Nombre</b>	<i>Plano de Santiago hacia 1790</i>		
<b>Autor</b>	Armando de Ramón	<b>Fecha</b>	2000
<b>Bibliografía</b>	DE RAMON, Armando: <i>Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana</i> . Editorial Sudamericana. Biblioteca Todo es Historia. Santiago. 2000. p.90		



## La Serena



<b>Nombre</b>	Plan de la ville de La Serena		
<b>Autor</b>	Amedée Francois Frezier	<b>Fecha</b>	1712-1713
<b>Archivo</b>	Bibliothèque Nationale de France Catalogado con el nombre de <i>Plan de la ville de La Serena scituée à la côte du Chily par 29d 55'de lat australe au bas de la vallée de Coquimbo à un quart de lieues de la Baye du même nom</i> / Frézier		
<b>Bibliografía</b>	FREZIER, Amadeo: <i>Relación del viaje por el Mar del Sur</i> . Biblioteca Ayacucho. Volumen XCLX. Editorial Arte Caracas, 1982. p.125, Edición en español de la versión francesa <i>Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou, fait pendant les 1712,1713 et 1714</i> . J.G. Noyon Impr. Paris, 1716. El plano también está publicado en FREZIER, Amédee: <i>Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chile, du Perou et du Bresil. Fait pendant les années 1712,1713 &amp; 1714</i> . Tome premier. Publicado por Pierre Humbert, Amsterdam 1717. Planche XIX		
<b>Referencias</b>	Se distingue de otros planos publicados en las distintas versiones del libro de Frezier porque contiene una viñeta con la identificación de los principales edificios de la ciudad		

La Serena



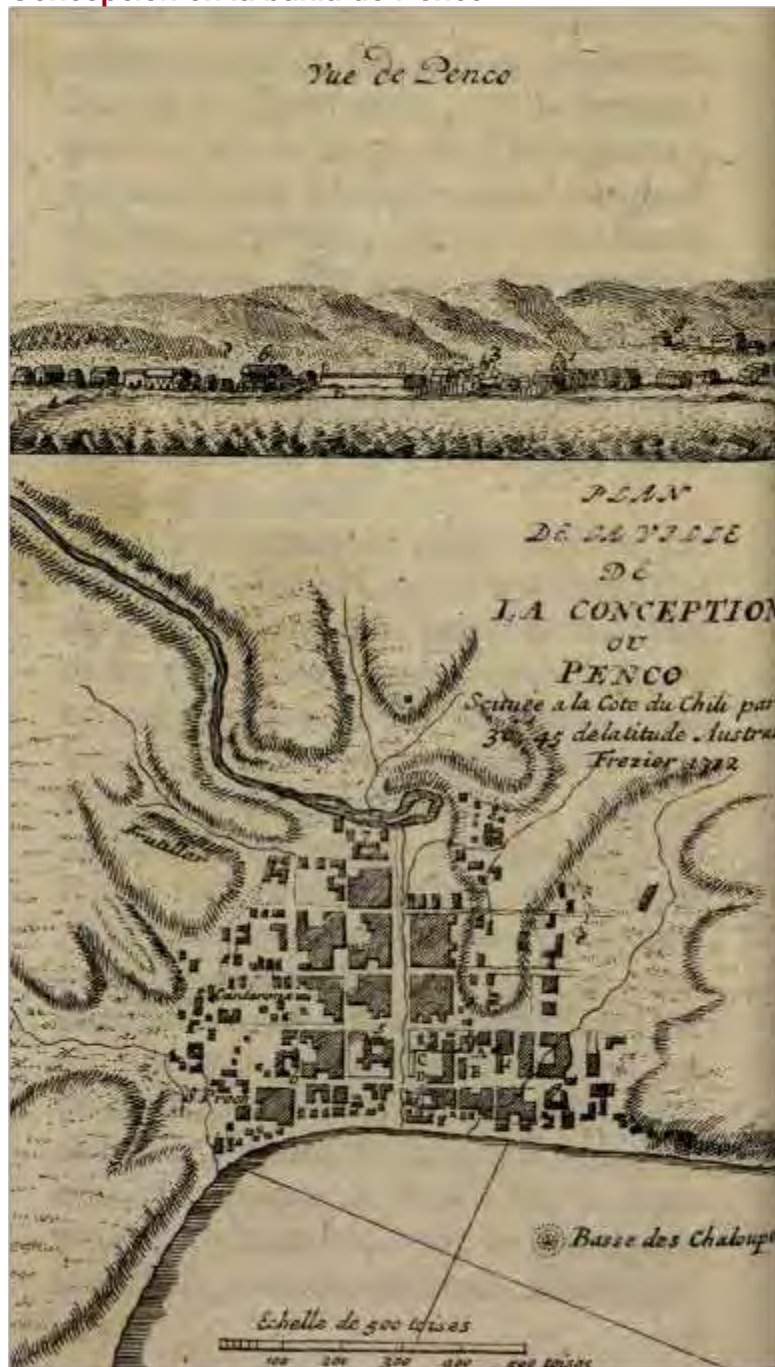
Nombre	Plano de la bahía de La Serena o Coquimbo		
Autor	Pedro Rico	Fecha	1789
Archivo	Biblioteca Nacional de Chile. Mapoteca José Toribio Medina		
Bibliografía	GUARDA, Gabriel: <i>Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826</i> . Ediciones Universidad Católica de Chile. Alfabetá Impresores. Santiago 1990. p.172 El plano también está publicado en <i>Cartografía de Ultramar</i> . Carpeta IV. P.38 N° 103, Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, España		



Nombre	Plano de La Serena		
Autor	Pedro Rico	Fecha	1789
Archivo	Biblioteca Nacional de Chile. Mapoteca José Toribio Medina		
Bibliografía	GUARDA, Gabriel: <i>Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826</i> . Ediciones Universidad Católica de Chile. Alfabetá Impresores. Santiago 1990. p.172 El plano también está publicado en <i>Cartografía de Ultramar</i> . Carpeta IV. P.38 N° 103, Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, España		
Referencias	Corresponde a un recuadro del plano anterior		



## Concepción en la bahía de Penco



<b>Nombre</b>	<i>Plan de la ville de La Conception ou Penco</i>		
<b>Autor</b>	Amedée Francois Frezier	<b>Fecha</b>	1712-1713
<b>Archivo</b>	Bibliothèque Nationale de France Catalogado con el nombre de Plan de la ville de La Conception ou Penco scituée à la côte du Chili par 36d 45'de latitude australe / Frézier		
<b>Bibliografía</b>	FREZIER, Amadeo: <i>Relación del viaje por el Mar del Sur</i> . Biblioteca Ayacucho. Volumen XLIX. Editorial Arte Caracas, 1982. p.62, Edición en español de la versión francesa <i>Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou, fait pendant les 1712, 1713 et 1714</i> . J.G. Noyon Impr. Paris, 1716. El plano también está publicado en FREZIER, Amédee: <i>Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chile, du Perou et du Bresil. Fait pendant les années 1712, 1713 &amp; 1714</i> . Tome premier. Publicado por Pierre Humbert, Amsterdam 1717. Planche VIII		
<b>Referencias</b>	Se distingue de otros planos publicados en las distintas versiones del libro de Frezier porque contiene una viñeta con la identificación de los principales edificios de la ciudad		

## Concepción en el valle de La Mocha



<b>Nombre</b>	<i>Plano de la nueva Concepción de Chile, situada en el valle de Rozas</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1752
<b>Archivo</b>	Archivo General de Indias, Sevilla. Sección de Mapas y Planos de Perú y Chile (MP-PERU_CHILE, 35)		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 43		



<b>Nombre</b>	<i>Plano de la ciudad de la Concepción</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1765
<b>Archivo</b>	Archivo General de Indias, Sevilla. El nombre completo es <i>Plano de la ciudad de la Concepción, nuebamente edificada en el Terreno llamado la Mocha sobre la parte ceptentrional del Río Biobio, cituado en los 36 grados y 57 minutos de Latitud Austral</i> Sección de Mapas y Planos de Perú y Chile (MP-PERU_CHILE, 49)		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 44		

## Valdivia





<b>Nombre</b>	<i>Plano de Valdivia</i>		
<b>Autor</b>	Plano anónimo levantado por marinos holandeses	<b>Fecha</b>	1643
<b>Archivo</b>	El original del plano está en la Biblioteca de la Universidad de Göttingen		
<b>Bibliografía</b>	GUARDA, Gabriel: <i>Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826</i> . Ediciones Universidad Católica de Chile. Alfabetra Impresores. Santiago 1990. p.15		

## Santiago de Castro



<b>Nombre</b>	<i>Plano de Santiago de Castro</i>		
<b>Autor</b>	Plano anónimo levantado por marinos holandeses	<b>Fecha</b>	1643
<b>Archivo</b>	El original del plano está en la Biblioteca de la Universidad de Göttingen		
<b>Bibliografía</b>	GUARDA, Gabriel: <i>Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826</i> . Ediciones Universidad Católica de Chile. Alfabetra Impresores. Santiago 1990. p.145		

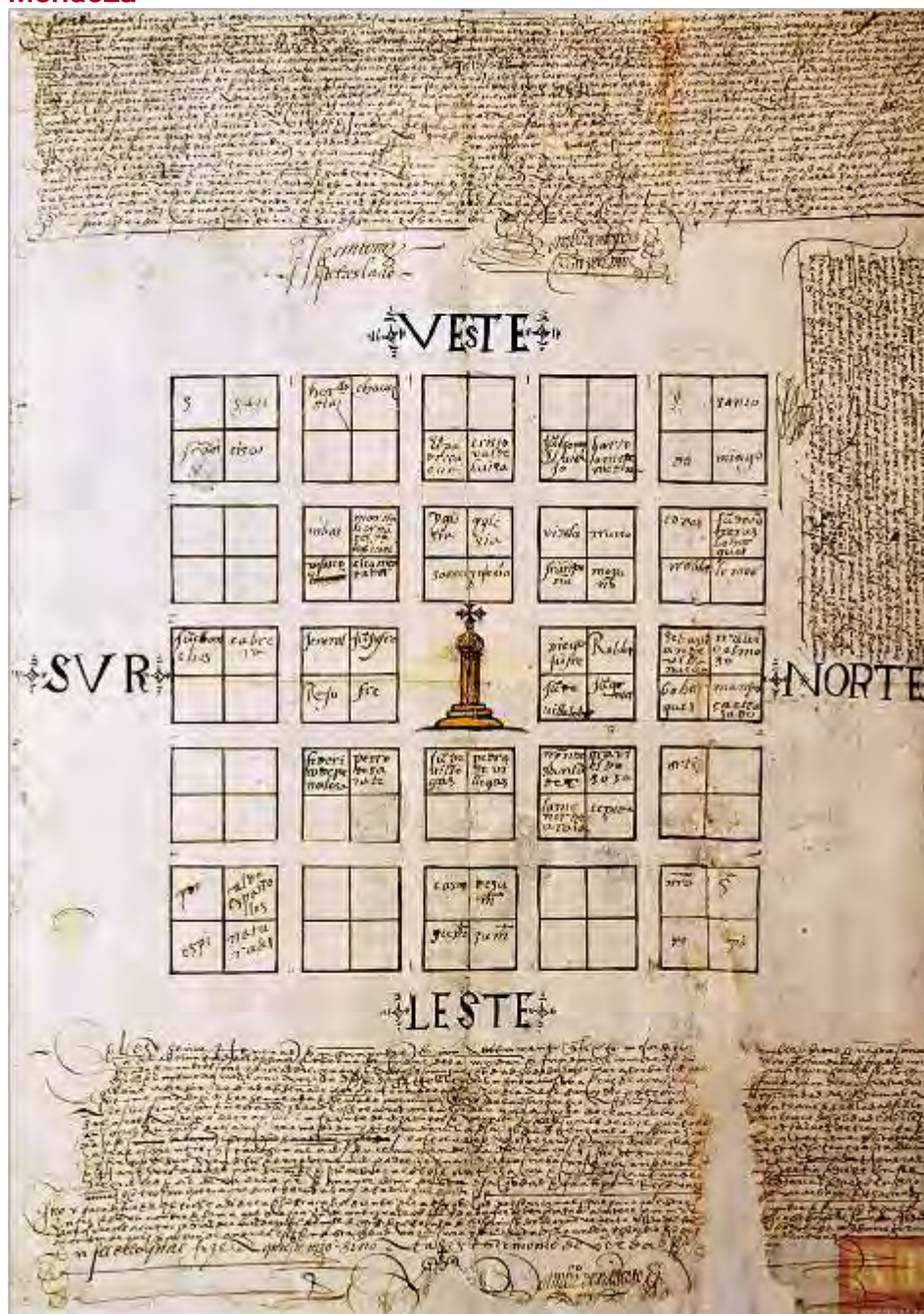
## San Mateo de Osorno



<b>Nombre</b>	<i>Plano de la antigua ciudad de Osorno</i>		
<b>Autor</b>	Ignacio de Andía y Varela	<b>Fecha</b>	1796
<b>Archivo</b>	Archivo General de Indias de Sevilla. El nombre completo es <i>Plano de la antigua ciudad de Osorno, repoblada de orden de su Majestad por el Excelentísimo Señor Barón de Ballinarty, Presidente, Gobernador, y Capitán General de Chile el año de 1796</i> . Sección de Mapas y Planos de Perú y Chile (MP-PERU CHILE,138)		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 61		

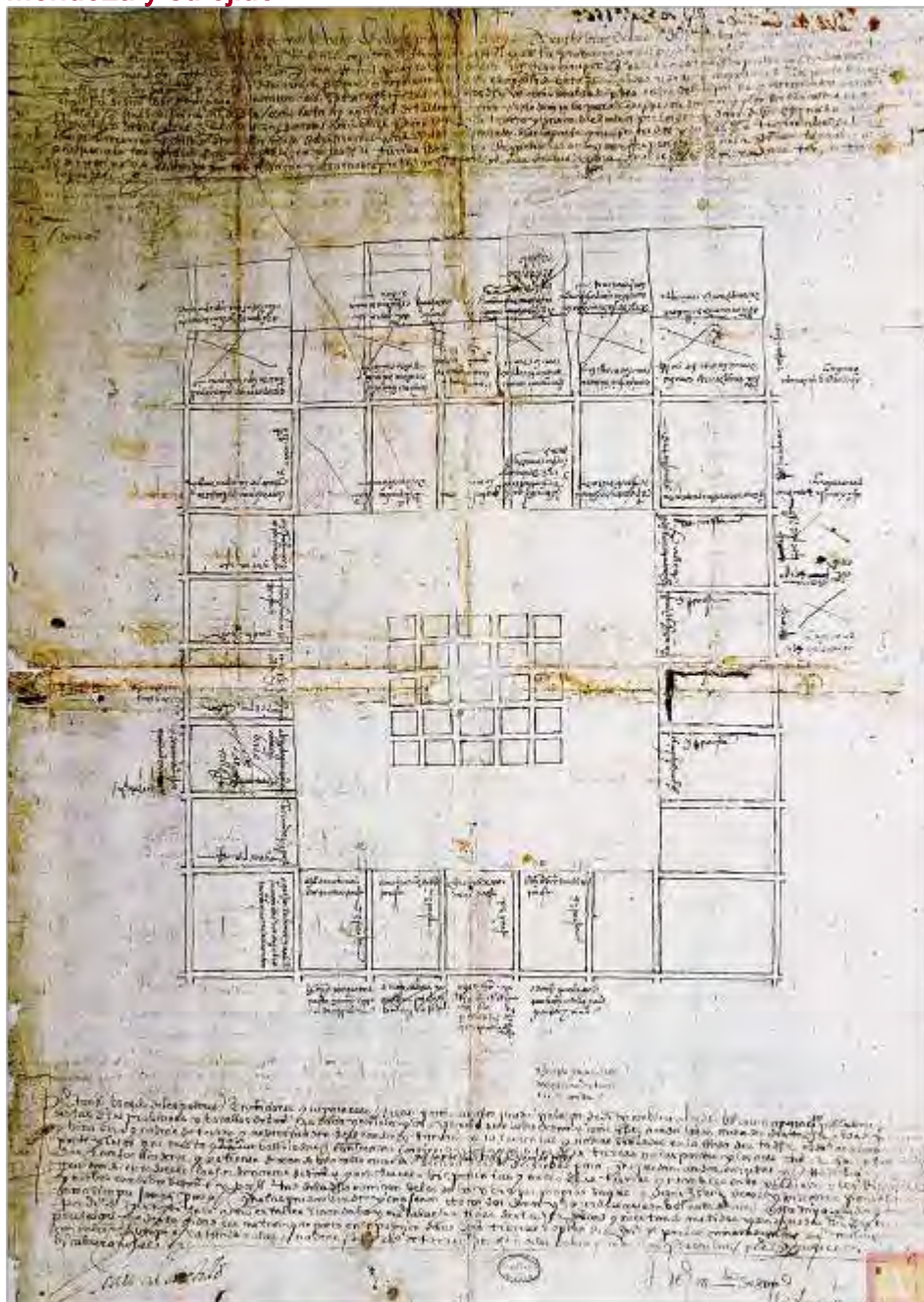


## Mendoza



Nombre	Plano de la ciudad de Resurrección (Mendoza), en la región de Cuyo		
Autor	Anónimo	Fecha	1562
Archivo	Archivo General de Indias de Sevilla. Sección de Mapas y Planos de Buenos Aires (MP-BUENOS_AIRES,10)		

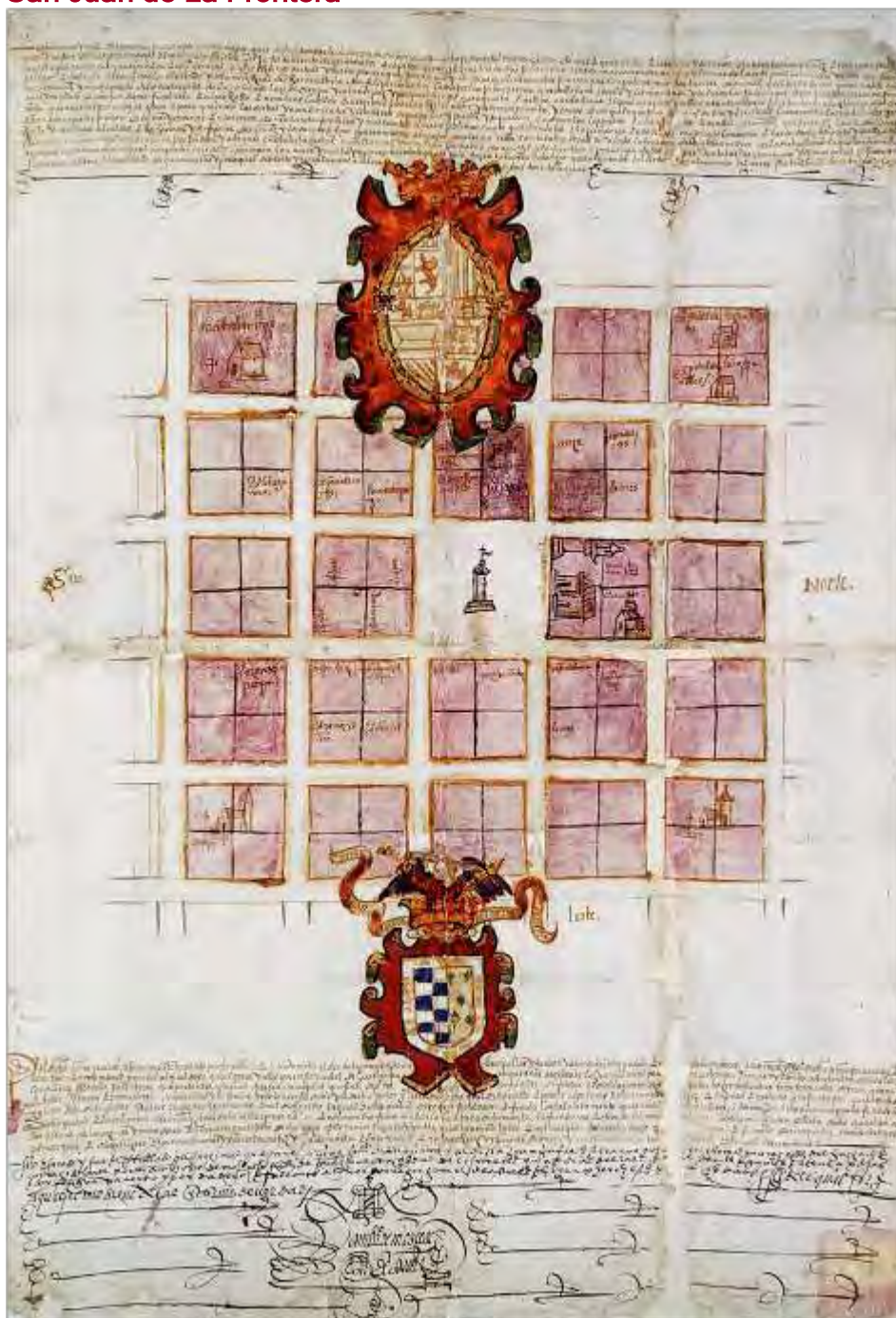
## Mendoza y su ejido



<b>Nombre</b>	<i>Plano fundacional de la ciudad de Mendoza</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1563
<b>Archivo</b>	Archivo General de Indias de Sevilla. El nombre completo del plano es <i>Traza o plano fundacional de la ciudad de Mendoza, con la adjudicación de los solares de la misma</i> Sección de Mapas y Planos de Buenos Aires (MP-BUENOS_AIRES,291)		

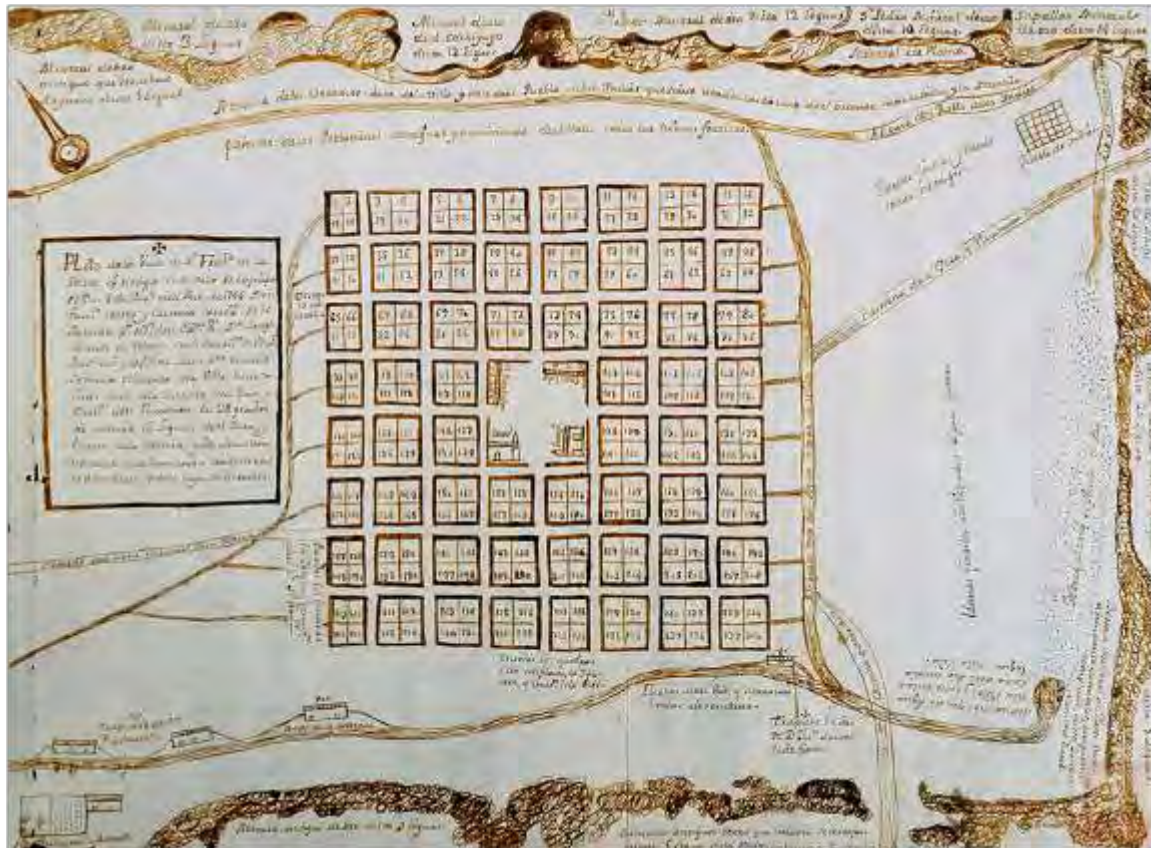


## San Juan de La Frontera



<b>Nombre</b>	<i>Plano de la ciudad de San Juan de la Frontera</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1562
<b>Archivo</b>	Archivo General de Indias de Sevilla. El nombre completo es <i>Plano de la ciudad de San Juan de la Frontera, en la región de Cuyo</i> Sección de Mapas y Planos de Buenos Aires (MP-BUENOS_AIRES,9)		

## San Francisco de La Selva



<b>Nombre</b>	<i>Plan de la Villa de San Francisco de La Selva</i>		
<b>Autor</b>	Francisco Cortes y Cartavio	<b>Fecha</b>	1744
<b>Archivo</b>	Archivo General de Indias de Sevilla. El nombre completo es <i>Plan de la villa de San Francisco de La Selva que herigió en el valle de Copiapó</i> . Sección de Mapas y Planos de Perú y Chile (MP-PERU_CHILE,210) Una versión del plano se conserva en el Archivo Nacional, Santiago (Archivo de Fondos Varios, volumen 690)		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 29		



## Santa Cruz de Triana



Nombre	Mapa de la villa de Santa Cruz de Triana en el valle de Pancagua		
Autor	Anónimo	Fecha	1744
Archivo	Archivo General de Indias de Sevilla. El nombre completo es <i>Plan de la villa de San Francisco de La Selva que herigió en el valle de Copiapó</i> . Sección de Mapas y Planos de Perú y Chile (MP-PERU_CHILE,211)		
Bibliografía	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 38		

## San Carlos



<b>Nombre</b>	<i>Plano de la Villa Nueva de San Carlos</i>		
<b>Autor</b>	Juan de Ojeda	<b>Fecha</b>	Siglo XVIII
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional, Santiago. El nombre original es <i>Villa nueva de San Carlos. Pza de Chil</i>		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 45		



Santo Domingo de Rozas



Nombre	Plan de la Villa de Santo Domingo de Rozas		
Autor	Antonio Martínez de Mata	Fecha	1792
Archivo	Archivo General de Indias de Sevilla. El nombre completo es Plan de la villa de Santo Domingo de Rozas y del terreno repartido en chácaras a sus pobladores. Sección de Mapas y Planos de Perú y Chile (MP-PERU_CHILE,128)		

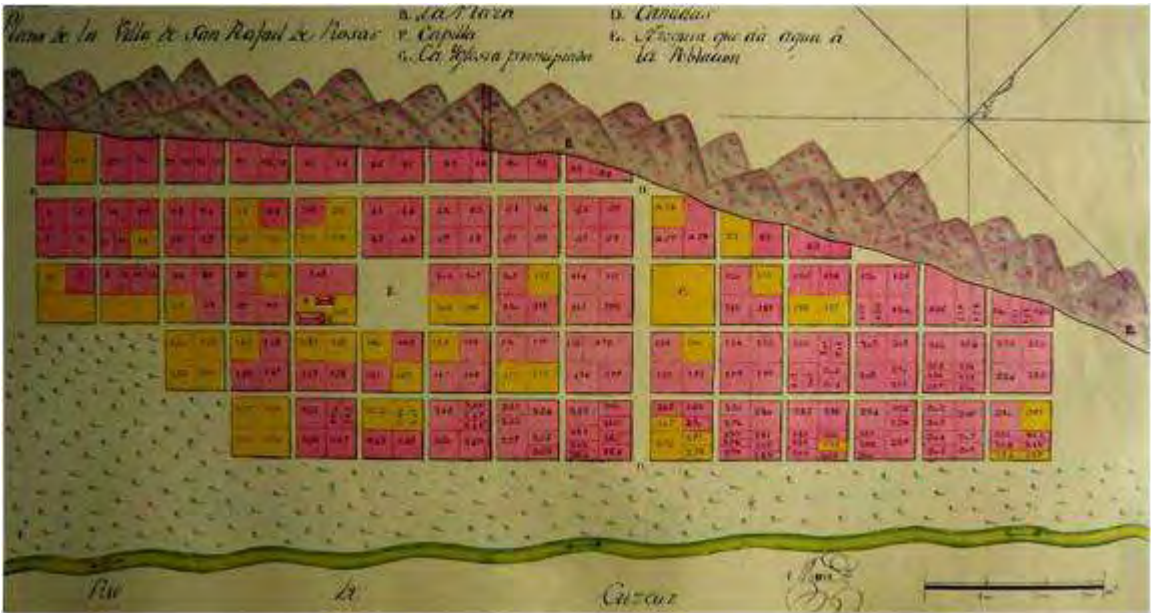


Nombre	Plan de la Villa de Santo Domingo de Rozas		
Autor	Antonio Martínez de Mata	Fecha	1755
Archivo	Archivo Nacional, Santiago.		
Bibliografía	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX. Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 35		

San Rafael de Rozas



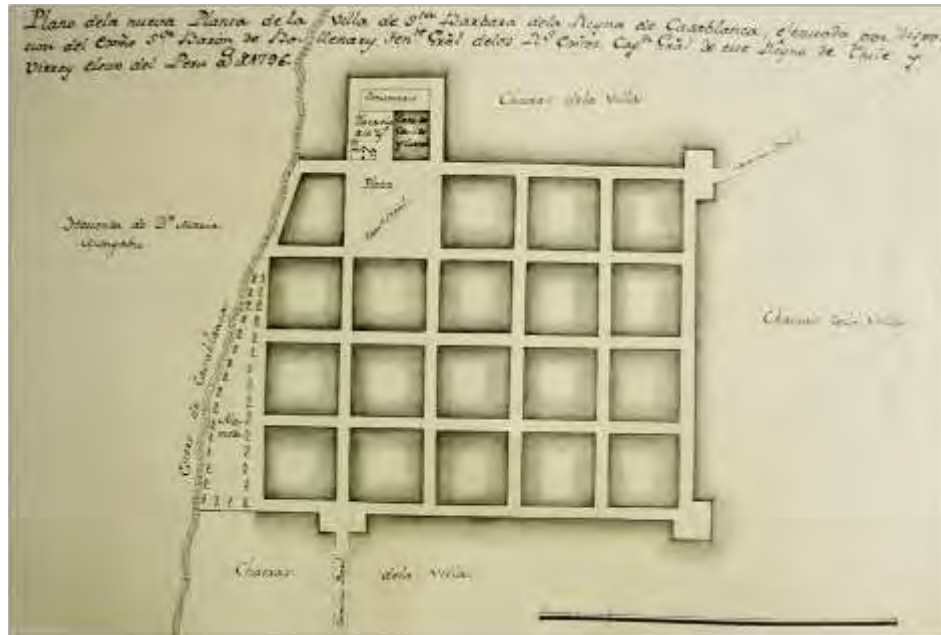
Nombre	Plano de la villa de San Rafael de Rozas		
Autor	Antonio Martínez de Mata	Fecha	1792
Archivo	Archivo General de Indias de Sevilla. El nombre completo es <i>Plan de la villa de Santo Domingo de Rozas y del terreno repartido en chácaras a sus pobladores</i> . Sección de Mapas y Planos de Perú y Chile (MP-PERU_CHILE,125)		



Nombre	Plano de la Villa de San Rafael de Rozas		
Autor	Antonio Martínez de Mata	Fecha	1755
Archivo	Archivo Nacional, Santiago.		
Bibliografía	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 33		

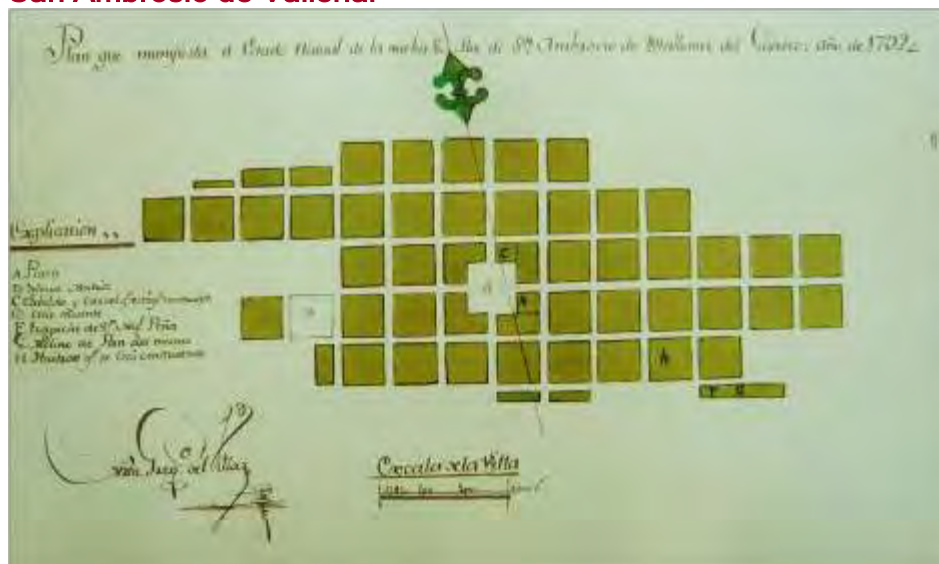


## Santa Bárbara de Casablanca



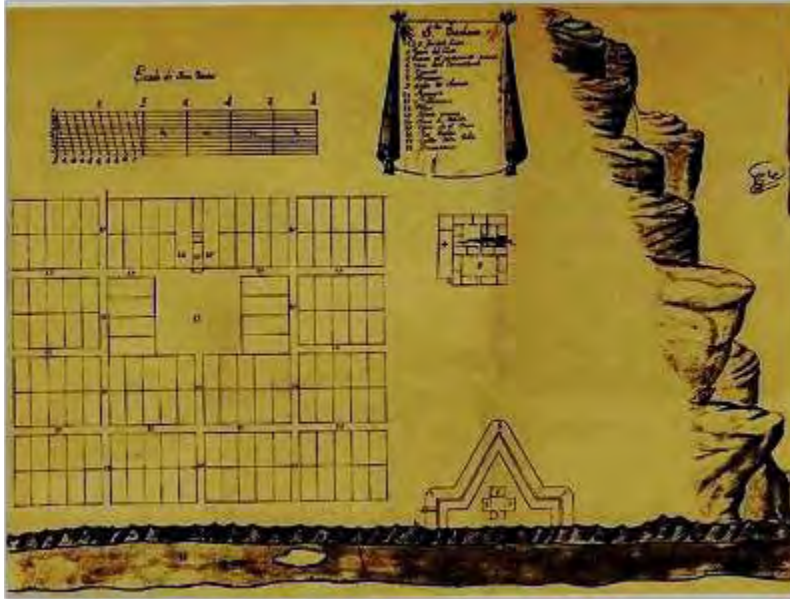
<b>Nombre</b>	<i>Plano de la nueva planta de la villa de Santa Bárbara de la Reyna de Casablanca</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1796
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional, Santiago. El nombre completo es <i>Plano de la nueva planta de la villa de Santa Bárbara de la Reyna de Casablanca, ejecutada por disposición del exsmo sºr Barón de Ballenar, Tenº Gral de los...Cap. Gral. De ese Reyno de Chile y Virrey... del Perú al año de 1796.</i>		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX.</i> Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 46		

## San Ambrosio de Vallenar



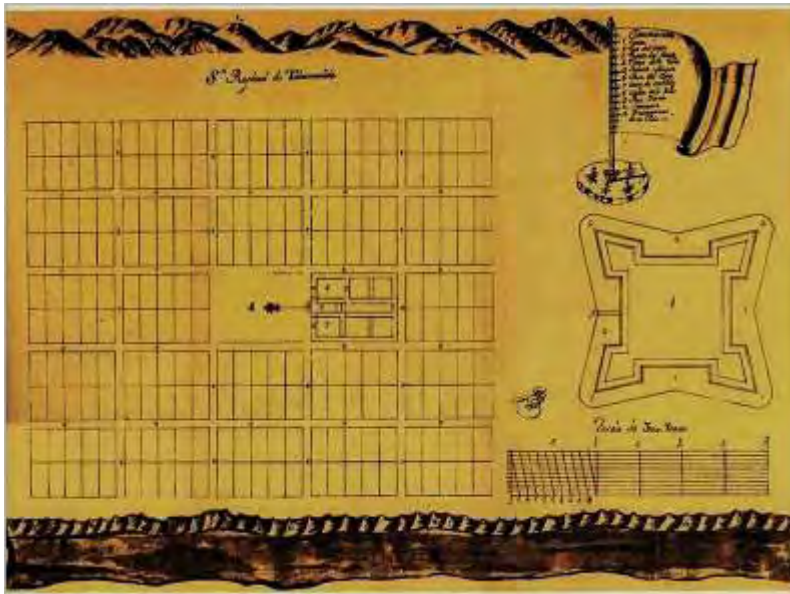
<b>Nombre</b>	<i>Plano de San Ambrosio de Vallenar</i>		
<b>Autor</b>	Martín Gregorio del Villar	<b>Fecha</b>	1792
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional, Santiago. El nombre completo es <i>Plano que manifiesta el estado actual de la nueva villa de San Ambrosio de Vallenar del Guasco, año de 1792.</i>		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX.</i> Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 30		

## Santa Bárbara



<b>Nombre</b>	<i>Plano de la villa de Santa Bárbara</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1757
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional. Santiago. El plano anónimo -con los fuertes de Nacimiento, San Rafael de Talcamávida, Santa Bárbara y San Juan Bautista de Hualqui- se encuentra en el Archivo Gay-Morla volumen 34		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 47		

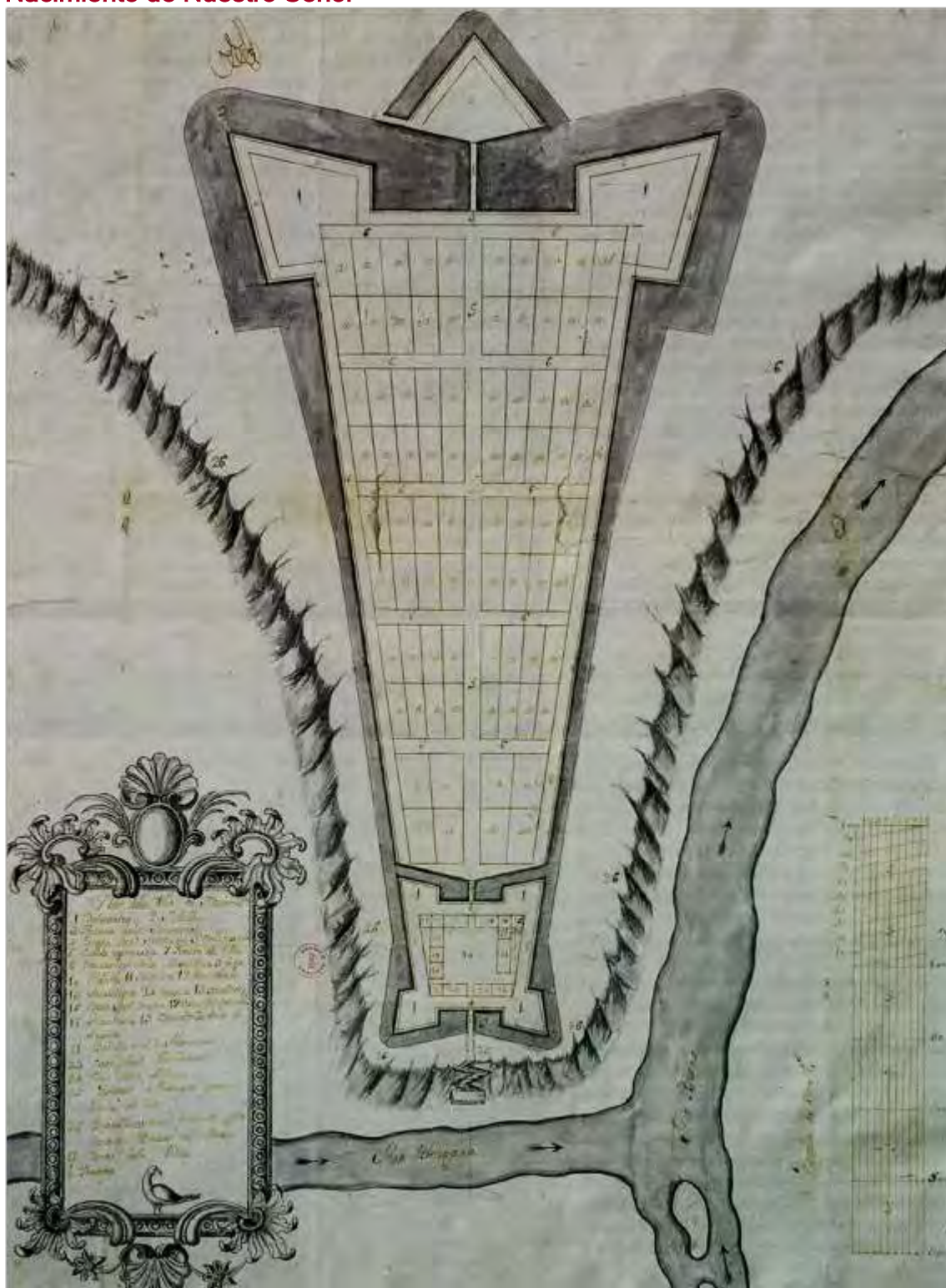
## San Rafael de Talcamávida



<b>Nombre</b>	<i>Plano de la villa de Santa Bárbara</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1757
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional. Santiago. El plano anónimo -con los fuertes de Nacimiento, San Rafael de Talcamávida, Santa Bárbara y San Juan Bautista de Hualqui- se encuentra en el Archivo Gay-Morla volumen 34		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 50		

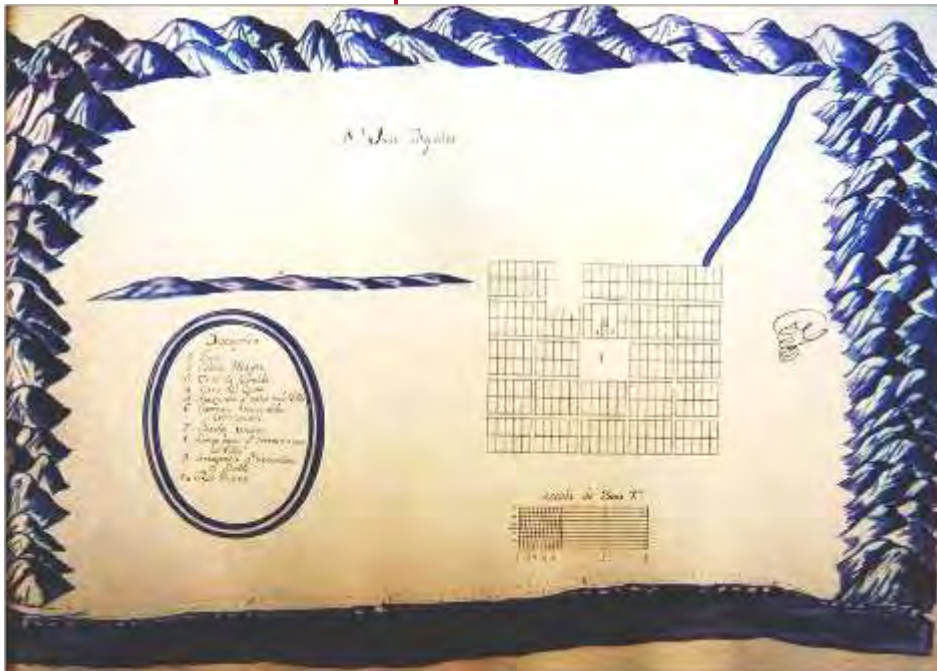


## Nacimiento de Nuestro Señor



<b>Nombre</b>	<i>Plano de la villa de Nacimiento</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1757
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional. Santiago. El plano anónimo -con los fuertes de Nacimiento, San Rafael de Talcamávida, Santa Bárbara y San Juan Bautista de Hualqui- se encuentra en el Archivo Gay-Morla volumen 34		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 48		

## San Juan Bautista de Hualqui



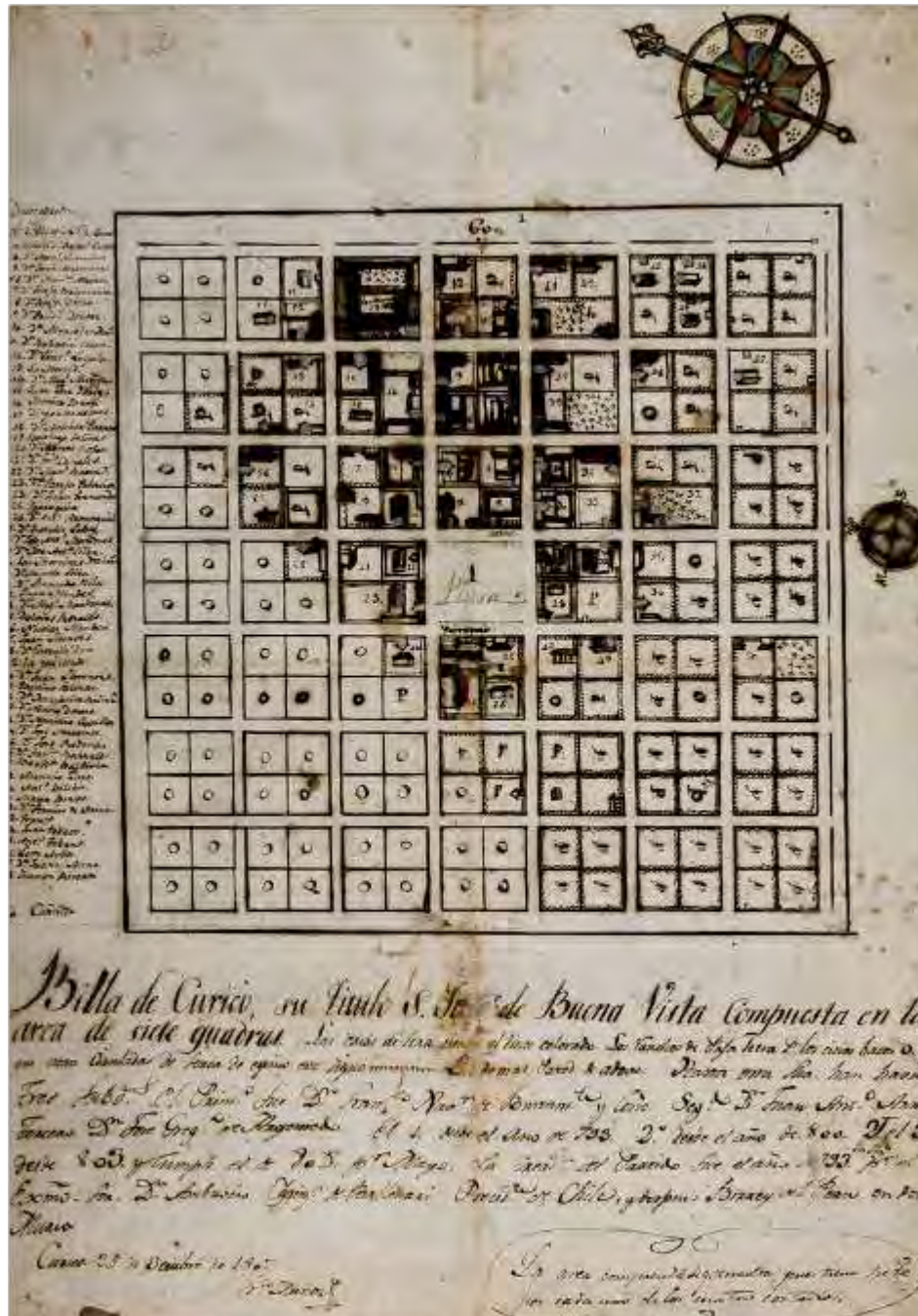
<b>Nombre</b>	<i>Plano de la villa San Juan Baptista (Gualqui)</i>		
<b>Autor</b>	Anónimo	<b>Fecha</b>	1757
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional. Santiago. El plano anónimo -con los fuertes de Nacimiento, San Rafael de Talcamávida, Santa Bárbara y San Juan Bautista de Hualqui- se encuentra en el Archivo Gay-Morla volumen 34		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 49		

## Santa Rosa de Los Andes



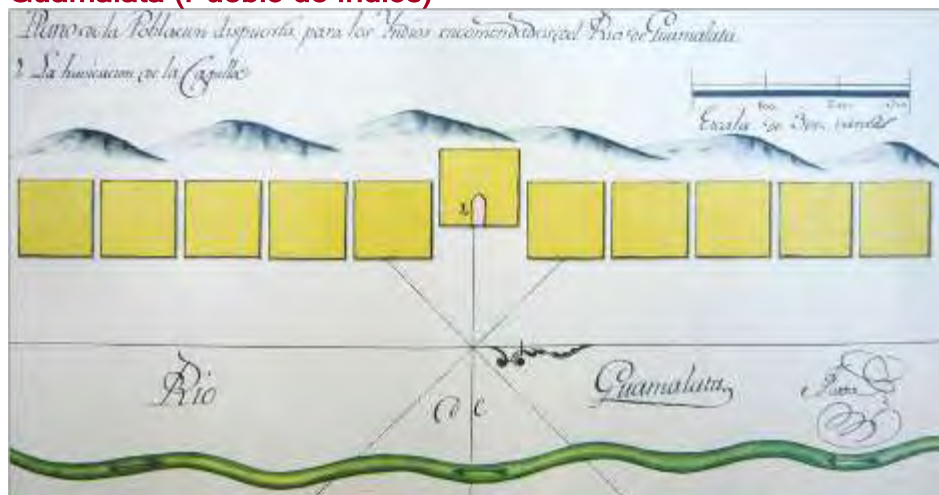
<b>Nombre</b>	<i>Plano de la Villa Santa Rosa de Los Andes</i>		
<b>Autor</b>	Ignacio Díaz Meneses	<b>Fecha</b>	1798
<b>Archivo</b>	Biblioteca Nacional de Chile; mapoteca de la Sala José Toribio Medina		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 36		





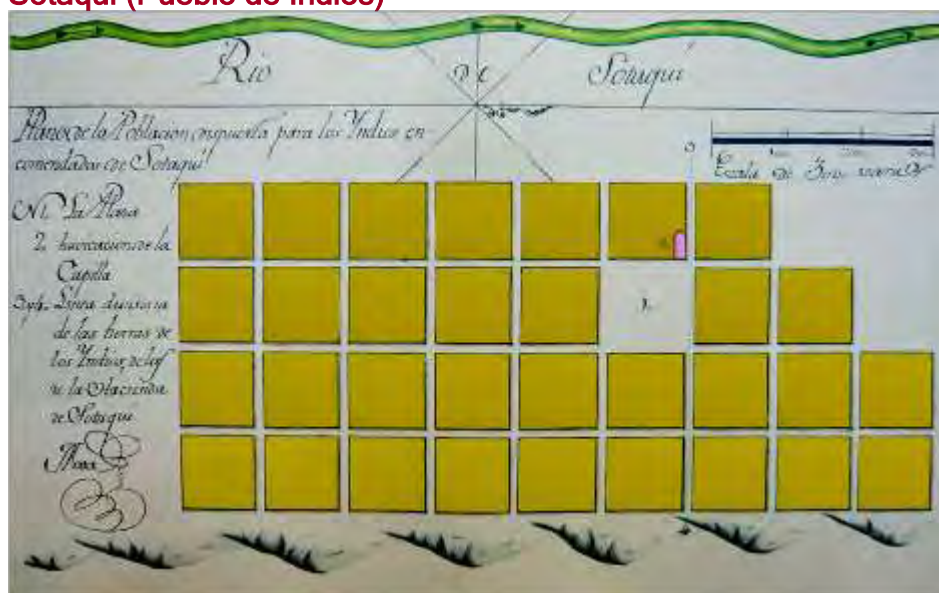
<b>Nombre</b>	<i>Plano de la Villa de Curicó</i> (San José de Buenavista)		
<b>Autor</b>	Francisco Muñoz	<b>Fecha</b>	1807
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional, Santiago. El nombre completo es <i>Billa de Curicó, su título S. José de Buena Vista compuesta en la area de siete quadras</i>		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar. Santiago de Chile 1981. Lámina N° 40		

### Guamalata (Pueblo de Indios)

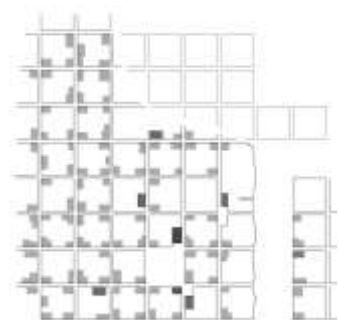


<b>Nombre</b>	Plano de la población para los indios encomendados de Guamalata		
<b>Autor</b>	Antonio Martínez de Mata	<b>Fecha</b>	1790
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional, Santiago.		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 56		

### Sotaquí (Pueblo de Indios)



<b>Nombre</b>	Plano de la población para los indios encomendados de Sotaquí		
<b>Autor</b>	Antonio Martínez de Mata	<b>Fecha</b>	1790
<b>Archivo</b>	Archivo Nacional, Santiago		
<b>Bibliografía</b>	INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR: <i>Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX</i> . Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile 1981. Lámina N° 57		



## VI. BIBLIOGRAFIA

---

## BIBLIOGRAFÍA

AAVV: *Historia Urbana de Hispanoamérica. La ciudad barroca. Análisis regionales 1573/1750*. Publicación Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario y Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Editorial Testimonio. Madrid, 1987.

ABBAGNANO, Nicola: *Diccionario de Filosofía*. Fondo de Cultura Económica. Séptima reimpresión en español del original *Dizionario di filosofia*, Traducción de Alfredo Galletti. México, 1989.

Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, realizado en Buenos Aires en 1985. Publicación del Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX) y Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). Madrid, 1987.

AGUILERA, Javier: *El Territorio: Un marco natural extenso y diverso*. Catálogo exposición *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Madrid, 1989.

AGUILERA, Javier: *Fundación de ciudades hispanoamericanas*. Editorial Mapfre. Colección Ciudades de Iberoamérica. Madrid, 1994

AGUILERA, Javier: *Teoría urbanística en la colonización española de América. Las Ordenanzas de Nueva Población*. Publicado en Ciudad y Territorio N°1/77. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L). Madrid, 1977

AGUILERA, Javier; IBAÑEZ, Joaquín y MORENO, Luis: *Urbanismo Español en América* trabajo para exposición itinerante organizada por el Instituto de Cultura Hispánica y el Ministerio de Vivienda de España en 1973

AGUILERA, Javier; IBAÑEZ, Joaquín y MORENO, Luis: *Urbanismo Español en América*. Gráficas Reunidas. Madrid. 1979. Publicación que recoge antecedentes de la edición anterior de *Urbanismo Español en América* preparado para la exposición itinerante organizada por el Instituto de Cultura Hispánica y el Ministerio de Vivienda de España en 1973

AGUILÓ, Miguel: *El paisaje desde la acción*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid, 2006.

AINSA, Fernando: *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de Los Cesares. Metamorfosis de un mito*. Alianza Editorial. Madrid, 1992.

ALBARDONEDO, Antonio: *Las trazas y construcción de la Alameda de Hércules*. Laboratorio de Arte N° 11. Departamento de Historia del Arte, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla. Sevilla, 1998

ALCINA FRANCH, José: *Patrones de asentamiento en la América precolombina: Impacto urbanístico y demográfico a la llegada de los europeos*. Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*; Actas del Seminario realizado en Buenos Aires, 1985. Editado por Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX) y Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). Madrid, 1987

ALIGHIERI, Dante: *La Divina comedia*. Artes Gráficas S.A. Madrid, 1997.

ALVAREZ LENZI, Ricardo; ARANA, Mariano y BOCCHIARDO, Livia: *Las Leyes de Indias en la urbanización de la Banda Oriental*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Editado por el Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987.

ANGULO, Diego: *Terremotos y traslados de la ciudad de Guatemala*. Publicado en separata de la revista Arbor N° 35. Madrid, 1948.

ARANEDA, José Armando: *Chiloé, un legado universal*. Editorial Kactus. Santiago, 2005

ARES QUEIJA, Berta: *Estudio Preliminar* de la obra *De los tres elementos. Tratado sobre la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo* de Tomás López Medel. Alianza Editorial. Colección El Libro de Bolsillo N°1503. Madrid, 1990.

ARGULLOL, Rafael: *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*. Publicado por Acanalado. Barcelona, 2006

ARIAS DIVITO, Juan Carlos: *Expedición científica de los hermanos Heuland*. Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación. Madrid, 1978.

ARTEAGA ZAMORAN, Juan José: *La urbanización hispanoamericana en las Leyes de Indias*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*. Publicación del Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX) y Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU): Editado por el Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987

ASSUNTO, Rosario: *Naturaleza y razón en la estética del setecientos*. Editorial Visor. Colección La Balsa de la Medusa, 20. Madrid 1989. Edición en español del título original *Stagioni e ragiono nell' estetica del settecento*. Milano, 1967

ASSUNTO, Rosario: *Ontología y teleología del jardín*. Edición española del título original *Ontología e teleología del giardino*. Traducción de Mar García Lozano. Editorial Tecnos. Colección Metrópolis. Madrid, 1991.

ASTA-BURUGA, Francisco Solano: *Diccionario geográfico de la República de Chile*. Segunda edición corregida y aumentada. Imprenta de F.A. Brockhaus. Leipzig, 1899.

AZARA, Félix de: *Viajes por la América meridional*. Espasa Calpe. Colección Austral N° 1402. Madrid, 1969.

AZARA, Pedro: *Por qué la fundación de la ciudad*. Artículo publicado en: La fundación de la ciudad. Mitos y ritos en el mundo antiguo. Edicions Universitat Politècnica de Catalunya. Barcelona, 2000

BAILEY, Alexander: *Misiones jesuitas en Iberomaérica*. Ediciones El Viso. Madrid, 2002

BAKEWELL, Peter: *La conquista después de la conquista. Los orígenes del dominio español en América*. Capítulo XII del libro *España, Europa y el mundo atlántico*. Editado en homenaje a John Elliot (Richard Kagan y Geoffrey Parker, editores). Marcial Pons, Ediciones de Historia y Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Madrid, 2002.

BARBERO, A. y VIGIL, M: *La formación del feudalismo en la península ibérica*. Editorial Crítica. Barcelona, 1978

BARRIENTOS, Javier: *El Gobierno de Las Indias*. Fundación Rafael del Pino, Colección Historia, Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales. Madrid, 2004.

BARROS ARANA, Diego: *Historia General de Chile*. Tomo VI. Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

BENAVIDES, Alfredo: *La arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile*. Tercera edición revisada y actualizada por Juan Benavides Courtois. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1988.

BENAVIDES, Juan; PIZZI, Marcela y VALENZUELA, Paz: *Ciudades y arquitectura portuaria. Los puertos mayores del litoral chileno*. Editorial Universitaria. Colección Imagen de Chile. Santiago, 1994.

BENEVOLO, Leonardo: *La captura del infinito*. Celeste Ediciones. Madrid, 1994.



BENEVOLO, Leonardo: *Las nuevas ciudades fundadas en el siglo XVI en América Latina. Una experiencia decisiva para la historia de la cultura arquitectónica del "cinquecento"*. Publicado en *La ciudad colonial en el Nuevo Mundo. Formas y sentido*. Ediciones en el Jardín de Las Delicias. Santo Domingo, 2001. El texto original fue publicado en el Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas N°9. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1969.

BENGOA, José: *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*. Ediciones Sur. Colección Estudios históricos. Segunda reimpresión. Editorial Interamericana. Santiago, 1991.

BERENGER, Carlos: *Relación geográfica de la Isla de Chiloé*. Manuscritos Sala Medina. Biblioteca Nacional de Chile.

BERNABEU, Salvador: *Cronología*. Publicada en *Historia Urbana de Hispanoamérica*. Tomo I. La ciudad Iberoamericana hasta 1573. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario y Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Editorial Testimonio. Madrid, 1987.

BERNECKER, Walter: *Fronteras estables y dinamismo continental. La relatividad de las fronteras en Iberoamérica*. En Iberoamérica-América Latina-España y Portugal. Iberoamericana Editorial. Madrid, 2004.

BERQUE, Agustín: *El nacimiento del paisaje en China*. II Curso Huesca: Arte y Naturaleza publicadas en *El paisaje: Arte y Naturaleza en Huesca*. Ediciones La Val de Onsera. Huesca, 1997.

BESSE, Jean-Marc: *Las cinco puertas del paisaje. Ensayo de una cartografía de las problemáticas pasajeras contemporáneas*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid, 2006.

BIEDERMANN, Hans: *Diccionario de símbolos*. Ed. Paidós. Barcelona, 1993.

BLANQUEZ, Agustín. Prólogo del libro VITRUVIO, Marco Lucio: *Los Diez Libros de la Arquitectura*. Editorial Iberia. Barcelona, 1997.

BOLOÑA Nicanor: *Álbum de planos de las principales ciudades y puertos de Chile*. Colección de planos editada por la Dirección de Obras Públicas. Santiago, 1896

BONET CORREA, Antonio: *El Barroco americano*. Publicado en: Carlos III y la Ilustración. Tomo I. Ministerio de Cultura. España. Lunwerg Editores. Madrid, 1989.

BONET CORREA, Antonio: *La plaza mayor hispanoamericana, generadora de la ciudad*. Talleres Gráficos de la editorial Lumen. Lima. pp. 25-32. El artículo también está publicado en *El Urbanismo en España e Hispanoamérica*. Ensayos Arte Cátedra. Ediciones Cátedra. Madrid, 1991.

BOORSTIN, Daniel: *Los Descubridores*. Capítulo VII: La sorpresa americana. Tercera edición en español del título original *The Discoverers*. Traducción de Susana Lijtmaer. Editorial Crítica. Serie Mayor. Barcelona, 1989

BORDE, Jean y GÓNGORA Mario: *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue*. Tomo I Instituto de Sociología. Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1956.

BORSI, Franco: *Bernini*. Editorial Stylos; Barcelona. Primera edición española del título original *Le Bernini* publicada por Fernand Hazan. París, 1984.

BOUDIN, Louis: *El imperio socialista de los Incas*. Ed. Zig-Zag. Cuarta edición en español aumentada y corregida del título original *L'Empire socialiste des Inka*. Traducción de José Antonio Arze. Santiago de Chile, 1955.

BRAVO-VILLASANTE: Carmen: *La Maravilla de América. Los cronistas de Indias*. Ediciones Cultura Hispánica. Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid, 1985.



BURKE, Edmund: *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*. Edición en español del título original *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful, publicada en 1757*. Traducción de Juan Antonio López Férez. Editorial Tecnos. Colección Metrópolis. Madrid, 1987.

CABRERA, L. y MORAN, R: *La Alameda de Los Descalzos*. Tesis inédita. Facultad de Arquitectura y Urbanismo Universidad Ricardo Palma. Lima, 1988.

CALVINO, Italo: *Colección de arena*. Ediciones Siruela. Madrid, 1998.

CALVINO, Italo: *Por qué leer a los clásicos*. Tusquets Editores. Barcelona, 1992

CAPEL, Horacio: *América en el nacimiento de la geografía moderna. O sea de las crónicas medievales a las crónicas de Indias pasando por Plinio y el descubrimiento de las nuevas tierras*. Comunicación en el seminario: *Intercambios científicos y culturales en la era de los descubrimientos: flujo y reflujo entre España y América*. Expoforum; Sevilla 1992. Publicado en Suplementos Anthropos N° 43. Monografía temática *La geografía hoy. Textos, historia y documentación*. Editorial Anthropos. Barcelona, 1994.

CAPEL, Horacio: *Dibujar el mundo. Borges, la ciudad y la geografía del siglo XXI*. Ediciones del Serbal. Barcelona, 2001.

CAPEL, Horacio: *La invención del territorio. Ingenieros y arquitectos de la ilustración en España y América*. Publicado en La Geografía Hoy. Textos, historia y documentación. Suplementos. Editorial Anthropos. Barcelona, 1994

CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades*. I. Sociedad, Cultura y Paisaje Urbano. Ediciones del Serbal. Colección La estrella Polar-37. Impresión Arts Grafiques Hurope S.L. Barcelona, 2002

CARO BAROJA, Julio: *Paisajes y ciudades*. Taurus Ediciones. Madrid, 1984.

CARPENTIER, Alejo: *De lo real maravilloso americano*; en Obras Completas de Alejo Carpentier. Ensayos. Editorial Siglo XXI, Primera edición. México, 1990.

CARPENTIER, Alejo: *Lo barroco y lo real maravilloso*. Conferencias editadas en Razón de Ser, tomando como base la primera edición de 1976. Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1980.

CARPENTIER, Alejo: *Visión de América*. Editorial Seix Barral. Biblioteca breve. Barcelona, 1999.

CARVALLO GOYENCHE, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. Segunda parte. Tomo 10 de la Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Imprenta Librería del Mercurio. Santiago, 1876

CASANOVA, Holdenis: *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*. Ediciones Universidad de La Frontera. Serie Quinto Centenario. Imprenta Universidad de La Frontera. Temuco, 1989.

CASSIRER, Ernst: *La Filosofía de la Ilustración*. Fondo de Cultura Económica. Sección obras de filosofía. Tercera Edición en español, revisada, del título original: *Philosophie der Aufklärung*. México, 1984.

CASTEX, Jean: *Renacimiento, Barroco y Neoclásico. Historia de la arquitectura 1420-1720*. Edición española del título original en francés *Renaissance, Baroque et Classicisme*. Traducción de Juan A. Calatrava. Editions Hazan y Akal Arquitectura. Madrid, 1990.

CAVIERES, Eduardo: *La Serena en el siglo XVIII. Las dimensiones del poder local en una sociedad regional*. Ediciones universitarias de Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1993.

CAVIERES, Eduardo: *Vecinos y solares en los comienzos de San Felipe (1740-1750) en Solares y casas de la villa de San Felipe El Real*. Publicación Departamento de Ciencias Históricas. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Universidad de Chile. Serie Nuevo Mundo: Cinco siglos. N° 2. Santiago. 1988.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO (CEHOPU). Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. Catálogo de la exposición homónima. Madrid, 1989.

CENTRO DE ESTUDIOS Y EXPERIMENTACIÓN DE OBRAS PÚBLICAS (CEDEX) y CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO (CEHOPU). *Obras Hidráulicas en América Colonial*, editado por el Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente; Impresión Artep S.A. Madrid, 1993.

CENTRO DE ESTUDIOS Y EXPERIMENTACIÓN DE OBRAS PÚBLICAS (CEDEX) y CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO (CEHOPU): Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana* realizado en Buenos Aires en 1985. Publicadas en libro *La Ciudad Iberoamericana*; editado por el Centro de Publicaciones de la Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987

CERVANTES, Miguel de: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Editorial Iberia. Barcelona, 1960.

CESPEDES DEL CASTILLO, Guillermo: *Los Reinos de Indias*. Publicado en Carlos III y la Ilustración. Catálogo exposición homónima, realizada con motivo de la conmemoración del bicentenario de la muerte de Carlos III. Ministerio de Cultura, España. Lunwerg Editores. Madrid, 1989.

CIEZA DE LEON, Pedro: *Crónica del Perú*. Segunda Parte. Colección Clásicos peruanos. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 1985.

CIRLOT, Juan Eduardo: *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor. Décima edición. Barcelona, 1991.

COBO, Bernabé: *Historia del Nuevo Mundo*. Reimpresión del texto original de 1653. Imprenta de E. Rasco. Sevilla. 1890.

COBO, Gabriel: *La Serena. Imágenes de su historia*. Impresión Talleres VIA Gráfica. La Serena, 1994.

COLON, Cristóbal: *Carta del Almirante a los Reyes Católicos*. Documento relacionado con el tercer viaje. Publicado en Cristóbal Colón: *Viajes y Testamento*. Lerner Printing. Madrid, 1986.

*Conferenza Ministeriale di Apertura alla firma della Convenzione Europea del Paesaggio*. Florencia. Octubre 20 del 2000. Existe una traducción al español de Manuel R. Guido e Daniela Sandroni de la Oficina Central para el Patrimonio Ambiental y Paisajístico.

CORTES, Hernán: *Cartas de relación a Carlos V*. Cambio 16. Impresión Printer IGSA. Barcelona, 1992.

CORTES, Xavier: *Los orígenes del urbanismo novohispano*. Cuadernos de Urbanismo. División Estudios de Postgrado. Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Editorial y litografía Regina de Los Ángeles. S.A. México, 1990.

CRUZ DE AMENABAR, Isabel: *Sobrevivencia y cultura en la tierra austral*. Introducción del libro *Iglesias del fin del mundo*. Imprenta Ograma. Santiago, 2006

CUNILL, Pedro: *Fuentes cartográficas en la génesis de los tipos de poblamiento chileno siglos XVI al XVIII*. Apartado del Primer Symposium Cartográfico Nacional. Editado por el Departamento de Geografía. Universidad de Chile. Santiago, 1972.

CUNILL, Pedro: *Geohistoria ambiental Latinoamericana*. Apuntes curso de postgrado. Dictado en 1998 en el Centro de Ciencias Ambientales EULA-Chile de la Universidad de Concepción.

CHEVALIER, Jean y GHEERBRANT, Alain: *Diccionario de símbolos*. Edición española del original en francés *Dictionnaire des symboles*. Traducción de Manuel Silva y Arturo Rodríguez. Editorial Herder. Barcelona, 1986.

CHUECA GOITIA, Fernando. TORRES BALBAS, Leopoldo y GONZALEZ, Julio. *Planos de ciudades iberoamericanas y filipinas existentes en el Archivo de Indias*. Editado por Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1951

DARWIN, Charles: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Colección Imagen de Chile. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1996.

D'ALEMBERT, Jean Le Rond: *Elementos de Filosofía*. En Melanges de literature, d'histoire et de philosophie. 1758. pp.1 y ss. Citado por OLABUENAGA, Alicia: Introducción de: **Abstract** de David Hume. Editorial Humanitas. Serie Clásicos del Pensamiento. Barcelona, 1983.

DE PAULA, Alberto: *La escala comarcal en el planeamiento indiano: Estructura territorial y evolución de la campiña bonaerense. 1580-780*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*; editado por el Centro de Publicaciones de la Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987.

DE RAMON, Armando: *Reino de Chile*. Cap. IV.4.4 *Historia Urbana de Iberoamérica: La ciudad barroca. Análisis regionales 1573/1750*. Editado por Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Quinto Centenario, Junta de Andalucía y Conserjería de Obras Públicas y Transportes. Imprenta editorial Testimonio. Madrid, 1990.

DE RAMON, Armando: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Editorial Sudamericana. Biblioteca Todo es Historia. Santiago, 2000.

DE SETA, Cesare: *La ciudad europea del siglo XV al XX. Origen, desarrollo y crisis de la civilización urbana en la Edad Moderna y Contemporánea*. Edición española del original *La città europea dal XV al XX secolo. Origini, sviluppo e crisi della civiltà urbana in età moderna e contemporanea*. Traducción de J. Morán García. Ediciones Istmo. Colección Fundamentos N°208. Madrid, 2002.

DE SOLANO, Francisco: *Ciudades y pueblos de indios*. Conferencia en grabación editada por el Departamento de Antropología y Etnología de América. Universidad Complutense de Madrid. Dirección de José Alcina Franch. Madrid, 1983

DE SOLANO, Francisco: *El fenómeno urbano centroamericano en tiempos de Fernández de Oviedo*. En *Memorias del congreso sobre el mundo centroamericano en el siglo XVI: Homenaje al cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo en el V Centenario de su nacimiento*. San José de Costa Rica, 1980.

DE SOLANO, Francisco: *El núcleo urbano iberoamericano: Proceso de larga duración*. Publicado en: Historia Urbana de Iberoamérica. Tomo I: *La Ciudad Iberoamericana hasta 1573*. Publicación del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario y Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Editorial Testimonio. Madrid, 1987.

DE SOLANO, Francisco: *La ciudad iberoamericana durante el siglo XVIII*. Artículo publicado en *De Teotihuacán a Brasilia: Estudios de historia urbana iberoamericana y filipina*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1987.

DE SOLANO, Francisco: *La ciudad iberoamericana: Fundación, tipología y funciones durante el tiempo colonial*. Publicado en *Historia y Futuro de la ciudad Iberoamericana*. Editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.). Centro de Estudios Históricos. Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Madrid, 1986.

DE SOLANO, Francisco: *Significado y alcances de las Nuevas Ordenanzas de Descubrimiento y Población de 1573*. Publicado en: *De Teotihuacán a Brasilia*. Estudios de historia urbana iberoamericana y filipina. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1987.

DE TERAN, Fernando: *La Cuadrícula en el desarrollo de la ciudad hispanoamericana*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1986.

DE TERAN, Fernando: *La forma de la ciudad hispanoamericana a través de sus representaciones*. Publicado en *El urbanismo en el Nuevo Mundo*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Editado por Secretaría de Estado de Cultura. Subdirección General de Información y Publicaciones. Madrid, 2002.

DEL ACEBO IBAÑEZ, Enrique: *Sociología de la ciudad occidental. Un análisis histórico del arraigo*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1993.

DIAZ, Marco: *Arquitectura en el desierto. Misiones jesuitas en Baja California*. Publicación de la Universidad Autónoma de México. México, 1086.

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Editorial Ramón Sopena. Barcelona, 1975.

DOMINGUEZ COMPAÑY, Francisco: *Política de poblamiento de España en América (La fundación de ciudades)*. Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL). Madrid, 1984.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio: *Carlos III y la España de la Ilustración*. Alianza Editorial. Segunda Reimpresión. Madrid, 1989.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio: *España. Tres milenios de historia*. Segunda edición con prólogo de John Elliot. Ediciones de historia Marcial Pons. Madrid, 2004.

ELLIOT, John: *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. Segunda edición española del original *The Old World and the New. 1492-1650*. Cambridge University Press 1970. Traducción de Rafael Sánchez Mantero. Alianza Editorial. Madrid, 1984.

ENCINA, Francisco Antonio. *Resumen de la Historia de Chile*. Redacción de Leopoldo Castedo. Tomo I. Primera Parte: Chile Hispano (1535-1810) Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1959.

ERCILLA, Alonso de: *La Araucana*. Canto XXXVI. Editora Nacional. México, 1977.

ESPEJO, Juan Luis: *Solares y casas de la villa de San Felipe El Real*. Publicación del Departamento de Ciencias Históricas. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Universidad de Chile. Serie Nuevo Mundo: Cinco siglos. N° 2. Santiago, 1988.

ESTELLÉ, Patricio y COUYOUDMDJIAN, Ricardo: *La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1880)*. Historia N° 7. Publicación del Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, 1968.

EYZAGUIRRRE, Jaime: *Breve Historia de las Fronteras de Chile*. Vigésima edición, Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1990.

FERRATER MORA, José: *Diccionario de Filosofía*. Editorial Ariel. Barcelona, 1999

FERRECCIO, Mario: Prólogo del libro *Cartas de relación de la conquista de Chile*, escritas por Pedro de Valdivia. Colección Escritores Coloniales. Editorial Universitaria. Santiago, 1992.

FIGUEROA, Julio: *Historia de San Felipe*. Impreso en La Voz de Aconcagua. 1902.

FRANCASTEL, Pierre. *La Estética de las Luces*. Publicado en *Arte, arquitectura y estética en el siglo XVIII*. Ediciones Akal. Barcelona, 1987.

FRANCO, Jean: *La cultura hispanoamericana en la época colonial*. Publicado en Historia de la Literatura Hispanoamericana. Tomo I. Epoca Colonial. Editorial Cátedra. Madrid, 1982.

FREZIER, Amadeo: *Relación del viaje por el Mar del Sur*. Edición en español del original *Relation du voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Perou, fait pendant les 1712, 1713 et 1714*. J.G. Noyon Impr. Paris. 1716. Biblioteca Ayacucho. Vol XCLX. Editorial Arte. Caracas, 1982.

FRIEDERICI, Georg: *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*. Fondo de Cultura Económica; México, 1986. Edición española de *Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europäer*. Traducción Wenceslao Roces. Verlag Friedrich Andreas Perthes. Stuttgart, 1925

FULLAONDO, Juan Daniel: *Introducción al Urbanismo Colonial Hispanoamericano*. Colección de Crítica y Problemas Interpretativos. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1973.

GAMBOA, Pedro Sarmiento de: *Viaje al estrecho de Magallanes y noticias de la expedición que después hizo para poblarlo*. Edición actualizada de la versión original publicada por la Imprenta Real de la Gazeta en Madrid. 1768. Estudio preliminar de José Luis Lanata. Editorial Eudeba. Buenos Aires, 2005.

GARCÍA, José: *Diario de viaje i navegación hechos por el padre José García de la Compañía de Jesús desde su misión de Cailín, en Chiloé, hacia el sur, en los años 1766-1767*. Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile. Instituto Hidrográfico de la Armada de Chile, 1875, Tomo 14. Valparaíso, 1889

GARCIA FERNANDEZ, José Luis: *Análisis dimensional de modelos teóricos ortogonales de las ciudades españolas e hispanoamericanas desde el siglo XII al XIX*. Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*; editado por Centro de Publicaciones de la Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987.

GARCIA FERNANDEZ, José Luis: *Urbanismo español e hispanoamericano. 1700-1808*. Investigación inédita. Madrid, 1993

GARCIA Y BELLIDO, Antonio: *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*. Biblioteca Archaeologica-V. Instituto Español de Arqueología. C.S.I.C. Segunda edición. Madrid, 1985.

GARRETON, Jaime: *El urbanismo en Chile. Conquista y colonia*. Ediciones Universidad de Concepción. Concepción, 1997.

GAY, Claudio: *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. Tomo Primero. Publicación Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. LOM Ediciones. Santiago, 2004.

GOMEZ FERRER, Alvaro, *Estrategia de la colonización; líneas de penetración y desplazamiento; áreas de colonización española y portuguesa hasta 1573*. En: *Historia Urbana de Hispanoamérica*. Tomo I. La ciudad Iberoamericana hasta 1573. Cap. IV. La Estructura Urbana Iberoamericana. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional del Quinto Centenario, Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes. Editorial Testimonio. Madrid, 1987.

GOMEZ OREA, Domingo: *Ordenación del Territorio. Una aproximación desde el medio físico*. Instituto Tecnológico Geominero de España. Editorial Agrícola Española. Madrid, 1994.

GOMEZ SAL, Antonio: *La naturaleza en el paisaje*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid, 2006.

GONGORA, Mario: *Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile, después de la conquista. 1580-1660*. Editado por Universidad de Chile, Sede de Valparaíso, Área de Humanidades/Departamento de Historia. Santiago, 1970

GONGORA, Mario: *Orígenes de los "inquilinos" de Chile Central*. Seminario de historia colonial; texto editado por Universidad de Chile. Santiago, 1960

GONZÁLEZ DE AGUEROS, Pedro: *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé, en el Reyno de Chile y Obispado de la Concepción*. Copia en Biblioteca Nacional de Chile; Biblioteca Americana Diego Barros Arana. Imprenta de Benito Cano. Madrid, 1791.

GONZALEZ DE NAJERA, Alonso: *Desengaño y reparo de la guerra en el Reino de Chile*. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1971

GORELIK, Adrián: *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Publicación Universidad Nacional de Quilmas. Buenos Aires, 1998.

GRAHAM, María: *Diario de mi residencia en Chile (1822)*. Biblioteca Ayacucho. Editorial América, Madrid. Traducción José Valenzuela. El texto consultado en la tesis no tiene fecha de edición. Hay otra versión española de imprenta Cervantes. Santiago de Chile, 1902.

GRAVAGNUOLO, Benedetto: *Historia del urbanismo en Europa 1750-1960*. Edición española del título original *La progettazione urbana in Europa*. 1750-1960; traducción de Juan Calatrava. Ediciones Akal, Colección Akal Arquitectura. Madrid, 1998

GUARDA, Gabriel: *El arquitecto de La Moneda Joaquín Toesca. 1752-1799*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Impresor Andros. Santiago, 1997.

GUARDA, Gabriel: *En torno a las plazas mayores*. Publicado en Fundación de ciudades en el Reino de Chile. Academia Chilena de la Historia. Santiago, 1986.

GUARDA, Gabriel: *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Alfabet Impresores. Santiago, 1990.

GUARDA, Gabriel: *Historia Urbana del Reino de Chile*. Editorial Andrés Bello. Imprenta Universitaria. Santiago, 1978.

GUARDA, Gabriel: *La ciudad chilena del siglo XVIII*. Texto perteneciente a la serie La urbanización en América Latina. Monografías de historia urbana. Centro editor de América Latina. Buenos Aires, 1968

GUARDA, Gabriel: *Los servicios de 112 fundaciones en el Reino de Chile*. Trabajo publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Actas del Seminario realizado en Buenos Aires en 1985. Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX) y Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). Madrid, 1987.

GUARDA, Gabriel: *Nueva historia de Valdivia*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Imprenta Salesianos. Santiago de Chile, 2001.

GUERRERO, Raúl: *Senderos del desierto de Atacama. Relatos geográficos*. Ediciones Universidad del Bío Bío. Imprenta Trama. Concepción, 2004.

GUIDONI, E. y MARINO, A (1982b): *Historia del urbanismo: El siglo XVII*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1982

GUTIERREZ, Ramón: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Manuales Arte Cátedra. Ediciones Cátedra, Impreso en Artes Gráficas Benzal S.A. Madrid, 1983

GUTIERREZ, Ramón: *Cultura urbana hispanoamericana y sus contactos con la experiencia portuguesa en Brasil. Modelo y Heterodoxias*. Comunicación presentada en el Colóquio A Construção do Brasil Urbano. Convento da Arrábida. Lisboa, 2000

GUTIERREZ, Ramón y HARDOY, Jorge E.: *La ciudad hispanoamericana del siglo XVI*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Editado por el Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987.

GUTIERREZ, Secundino-José: *Las comunicaciones en América*. Colección Realidades Americanas. Editorial MAPFRE. Impreso en talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas. Madrid, 1993

HAIG, Samuel: *Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817*. Publicado en *Viajeros en Chile. 1817-1847*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1955



HANISCH, Walter: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1973.

HANISCH, Walter: *La isla de Chiloé, capitanía de rutas australes*. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas. Santiago, 1982.

HARDOY, Jorge Enrique: *Cartografía Urbana Colonial de América Latina y El Caribe*. Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo (IIED) de América Latina. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1991

HARDOY, Jorge Enrique: *Ciudades precolombinas*. Segunda edición en español. Ediciones Infinito. Buenos Aires, 1999.

HARDOY, Jorge Enrique: *El modelo clásico de la ciudad colonial hispanoamericana*. Actas del XXXVIII Congreso Internacional de Americanistas Volumen IV. Stuttgart, 1968.

HARDOY, Jorge Enrique: *Evolución de la legislación urbana para Hispanoamérica durante el siglo XVI*. Publicado en *De Teotihuacán a Brasilia. Estudios de Historia Urbana Iberoamericana y Filipina*. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L.). Madrid, 1987.

HARDOY, Jorge Enrique: *Las Ciudades en América Latina*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1972.

HERR, Richard: *La Ilustración española*. Traducción de Eva Rodríguez Halffter. Publicado en *Carlos III y la Ilustración*. Tomo I. Catálogo de Exposición homónima elaborado por el Ministerio de Cultura de España con ocasión de la conmemoración del bicentenario de Carlos III. Lunweg Editores. Barcelona, 1988.

HESIODO: *Teogonía*. Publicado en Obras y fragmentos. Biblioteca Básica Gredos. Editorial Gredos. Madrid, 2000.

HUAMAN POMA DE AYALA, Felipe: *Nueva Corónica y Buen Gobierno*. Facsímil del manuscrito. Centro Digital de Investigación, Biblioteca Real de Dinamarca, Copenhague. A Digital Research Center of the Royal Library. Copenhagen, Denmark. [www.k.b.dk](http://www.k.b.dk).

HUMBOLDT, Alejandro: *Viage a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*. Hecho en 1799 hasta 1804 por A. de Humboldt y A. Bonpland. Tomo 3. Impreso en Casa de Rosa. París, 1826. Existe una edición impresa en Caracas, 1991.

HUGHES, Eugenio: *Chile. Tierra de contrastes*. Servicios de Impresión Laser S.A. Cuarta edición. Santiago, 2005

IBAÑEZ CERDA, José: *Transcripción de las Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de Las Indias*. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1973.

INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR (I.G.M.): *Atlas Cartográfico del Reino de Chile. Siglos XVII-XIX*. Editado por Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile, 1981.

IOMMI, GODOFREDO: *Amereida*. Volumen Primero. Tercera Edición. Talleres de Investigaciones Gráficas Escuela de Arquitectura, Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1997

IRIBARRA, Fabián: *Breve historia de Quirihue*. Colección Cuadernos del Bío Bío. Ediciones Universidad de Concepción. Impresión Gráfica Andes. Santiago, 1999

JEANNEL, Bernard: *Le Notre*. Edición en español del original en francés publicado por Hazan, París en 1985. Traducción de Juan Calatrava. Akal Arquitectura. Madrid, 2003.

JEREZ, Francisco de: *Verdadera relación de la conquista del Perú*. Biblioteca Americana de Historia 16. Impresión Melsa. Madrid, 1992.

JUAN, Jorge y ULLOA, Antonio de: *Noticias secretas de América*. Edición facsimilar de la publicada por David Berry. Londres 1826. Editorial Turner. Madrid, 1982.

KAMEN, Henry: *Imperio. La forja de España como potencia mundial*. Traducción de Amado Diéguez. Editorial Aguilar. Madrid, 2003.

KIRKPATRICK, Frederick Alex: *Los conquistadores españoles*. Tercera edición. Ediciones RIALP. Madrid, 2004.

KUBLER, George: *La arquitectura mexicana del siglo XVI*. Primera edición en español del título original *Mexican Architecture of the Sixteenth Century* editado por Yale University Press; New Haven, 1948. Fondo de Cultura Económica. México, 1982.

LADERO QUESADA, Miguel: *Historia de Sevilla. La ciudad medieval. 1248-1492*. Secretariado de Publicaciones. Universidad de Sevilla. Colección de Bolsillo. Segunda Edición, revisada. Valladolid, 1980.

LAUGIER, Marc-Antoine: *Ensayo sobre la arquitectura*. Versión en español del título original *Essai sur l'architecture*, publicada en París en 1755. Traducción de Maysi Veuthey Martínez y Lilia Maure Rubio. Ediciones Akal. Madrid, 1999

LE CORBUSIER: *Précisions sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme*. Colección de l'Esprit Nouveau. París, 1930.

LE GOFF, Jacques: *Pensar la historia*. Colección Grandes Obras del Pensamiento. Editorial Altaya. Barcelona, 1998.

LEVI-STRAUSS, Claude: *Tristes Trópicos*. Edición en español del original *Tristes tropiques*. Librairie Poln, París. 1955. Traducción Noelia Bastard. Ediciones Paidós. Barcelona, 1992.

LOHMANN, Guillermo: *El proceso de ocupación territorial y la ordenación urbana. Siglos XVI-XIX*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Editado por el Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987

LOPEZ, Leoncio: *Territorio americano y reformismo borbónico*; en Ciencia y Técnica entre Viejo y Nuevo Mundo. Siglos XV-XVIII. Catálogo exposición homónima del Ministerio de Cultura. Editorial Lunwerg. Barcelona, 1992.

LOPEZ, Enrique Martín: *Sociogénesis de la vida urbana*. Introducción a *Sociología de la ciudad occidental. Un análisis histórico del arraigo* de Enrique del Acebo Ibáñez. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1993.

LOPEZ ESTRADA, Francisco: *Tomás Moro y España: Sus relaciones hasta el siglo XVIII*. Editorial de la Universidad Complutense. Madrid, 1980.

LOPEZ MEDEL, Tomás: *De los tres elementos. Tratado sobre la naturaleza y el hombre del Nuevo Mundo*. Alianza Editorial. Colección El Libro de Bolsillo N°1503. Madrid, 1990.

LOPEZ PIÑERO, José María: *Impulso y desarrollo de la actividad científica*. Publicado en: Carlos III y la Ilustración. Catálogo exposición homónima, realizada con motivo de la conmemoración del bicentenario de la muerte de Carlos III. Tomo I. Ministerio de Cultura. España. Lunwerg Editores. Madrid, 1989.

LORENZO, Santiago: *Concepto y funciones de las villas chilenas del siglo XVIII*. En Revista Historia N°. 22. Santiago, 1961

LORENZO, Santiago: *De lo rural a lo urbano. Chile en el siglo XVIII*. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 2014

LORENZO, Santiago: *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII*. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1986.

LUCENA, Manuel: *La ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala a través de los terremotos*. En: *Antigua Capital del Reino de Guatemala*, edición de Javier Aguilera Rojas, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Imprenta Monterreina. Madrid, 2002.

LUJAN, Jorge: *Los primeros asentamientos urbanos en el Reino de Guatemala*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Editado por el Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987.

LLUVERES, Pedro: *El damero y su evolución en el mundo occidental*. Boletín Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas (C.I.H.E) Boletín N° 21. Publicado por la Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Caracas, 1975

MADERUELO, Javier: *El paisaje, génesis de un concepto*. Abada Editores. Segunda edición. Madrid, 2006

MADERUELO, Javier: *Introducción al paisaje*. Artículo que introduce las actas del II Curso Huesca: Arte y Naturaleza publicadas en *El paisaje: Arte y Naturaleza en Huesca*. Ediciones La Val de Onsera. Huesca, 1997.

MADERUELO, Javier: *La actualidad del paisaje*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid, 2006.

MADERUELO, Javier: *Paisaje: un término artístico*. Publicado en Paisaje y Arte. Abada Editores. Madrid, 2007.

MAGASICH, Jorge y De BEER, Jean-Marc: *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*. Primera Edición en español del original en francés publicado por Editions Autrement; París, 1994. LOM Ediciones. Santiago, 2002

MAINO, Valeria: *El Paisaje en la geografía*. En Revista Geográfica de Chile *Terra Australis* N° 45. Publicación del Instituto Geográfico Militar. Santiago de Chile, 2000.

MALAMUD, Carlos: *Territorios Hispanoamericanos. Reformas, economía, infraestructura*. Publicado en *Historia Urbana de Iberoamérica*. Tomo III-1 La Ciudad Ilustrada: Reforma e Independencia (1750-1850). Editada por el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España. Comisión Nacional del Quinto Centenario, Junta de Andalucía/Consejería de Obras Públicas y Transportes. Editorial Testimonio. Madrid, 1992.

MANGAS NAVAS, J.M: *El régimen comunal agrario de los Concejos de Castilla*. Edición del Ministerio de Agricultura. Madrid, 1991

MARCHAN FIZ, Simón: *La experiencia estética de la naturaleza y la construcción del paisaje*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid, 2006.

MARTINEZ, José Luis: *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los atacameños en el siglo XVII*. Ediciones Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Facultad de Filosofía y Humanidades. Imprenta Biblioteca Nacional. Santiago, 1998.

MARTINEZ, Ubaldo: *Cultura y adaptación*. Cuadernos de Antropología N°4. Editorial Anthropos, Barcelona 1985.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: *El concepto de paisaje como instrumento de conocimiento ambiental*. Publicado en Paisaje y medio ambiente. Universidad de Valladolid y Fundación Duques de Soria. Valladolid, 1998.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: *Imagen de la naturaleza en las montañas*. Publicado en *Estudios sobre el paisaje*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria. Impreso en Compobell, Murcia. 2000.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: *La protección del paisaje. Una reflexión*. Publicado en *Estudios sobre el paisaje*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria. Impreso en Compobell, Murcia. 2000.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: *Los componentes geográficos del paisaje*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid, 2006.

MARTINIC, Mateo: *Breve historia de Magallanes*. Ediciones de la Universidad de Magallanes. Punta Arenas, 2002.

MARTINIC, Mateo: *Punta Arenas en su primer siglo 1848-1898*. Impresos Vanic. Punta Arenas, 1998

MARTINIC, Mateo: *Rey Don Felipe. Acontecimientos históricos*. Publicado por el Ministerio de Bienes Nacionales. Impreso en Gráfica Andros Ltda. Santiago, 2000

MAS TORRES, Salvador: *Ethos y polis. Una búsqueda de la filosofía práctica en la Grecia antigua*. Ediciones Istmo. Colección Fundamentos N°213. Madrid, 2003.

MASIERO, Roberto: *Estética de la arquitectura*. Colección La Balsa de la Medusa, 136. Editada por Antonio Machado Libros; Madrid. 2003. Edición en español del título original en italiano *Estetica dell'Architettura* publicada por Società editrice il Mulino. Bologna, 1999.

MATA OLMO, Rafael y FERNANDEZ MUÑOZ, Santiago: *Políticas de paisaje y metodologías de análisis y valoración paisajística*. Publicado en *El Paisaje en la ordenación del territorio y el planeamiento urbanístico en Cantabria*. Edición de Fundación Botín. Impresión Gráficas Calima. Santander, 2013

MAZZEI, Leonardo y PACHECO, Arnoldo: *Historia del traslado de la ciudad de Concepción*. Editorial de la Universidad de Concepción. Concepción, 1985.

MEDEL, Vicente: *México y La Florida*. Editada por el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario. Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía: *Historia Urbana de Iberoamérica*. Tomo III-2 *La ciudad ilustrada. Análisis regionales (1750-1850)*. Capítulo I. Editorial Testimonio. Madrid, 1988

MELLAFE, Rolando: *Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII*. Cuadernos de Historia 1. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile. Santiago, 1981.

MENDEZ, Luz María: *Espontaneismo y cálculo durante la colonia*. En *Historia de la ingeniería en Chile*. Editada por el Instituto de Ingenieros de Chile y Hachette. Impresa en Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria. Santiago, 1990.

MERLEAU-PONTY, Maurice: *Fenomenología de la percepción*. Ediciones Península, cuarta edición. Barcelona, 1997.

MILANI, Raffaele: *Estética del paisaje: Formas, cánones, intencionalidad*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid, 2006.

MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS (MOP) de España: *Guía para la elaboración de estudios del medio físico*. Tercera Edición. Madrid, 1991.

MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO (MOPU). *Cien planos de La Habana en los archivos españoles*. Madrid, 1985.

MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS, TRANSPORTE Y MEDIO AMBIENTE (Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas), Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU): *Obras Hidráulicas en América Colonial*. Catálogo de exposición homónima. Impresión ARTEP. Madrid, 1993

MINISTERIO DE PLANIFICACIÓN. *Atlas de la Región de Aysén*. LOM Ediciones, Santiago 2005.

MIR, José María: *Diccionario Ilustrado Latino-Español*. Biblograf S.A., editora publicaciones SPES y Vox. Sexta edición del latín eclesiástico seleccionado por el cuerpo de redactores de Palestrina Latina bajo la dirección del R.P. José María Mir. Prólogo de Vicente García de Diego. Barcelona, 1964

MOHOLY-NAGY, Sibyl: *Urbanismo y Sociedad. Historia ilustrada de la evolución de la ciudad*. Primera edición en español del título original *Matrix of Man*. Frederick A. Praeger, Publishers. New York 1968. Traducción de Ursula Lindström. Editorial Blume. Barcelona, 1970.

MOLINA, Juan Ignacio: *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. Biblioteca del Bicentenario. Edición facsímil del original impreso en Madrid el año 1788. Pehuén Editores. Impreso en Gráficas Andes. Santiago, 2000.

MONTANDON, Roberto y PIROTTE, Silvia: *Monumentos Nacionales de Chile*. Editado por Instituto de Cooperación Iberoamericana y Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas. Impresión Alerce, Talleres Gráficos. Santiago de Chile, 1992.

MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. Universidad del Bío-Bío. Segunda Edición. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1984. Existe una edición reciente publicada por Editorial Biblioteca Nueva. Colección Metrópoli. Madrid, 1999.

MORALES PADRON, Francisco: *Los conquistadores de América*. Colección Austral, Espasa-Calpe. Madrid, 1974.

MOSTNY, Grete: *Prehistoria de Chile*. Editorial Universitaria. Décima edición. Santiago, 1982.

MUÑOZ, Eduardo: *Conservación y restauración de Monumentos en el Norte de Chile*. Publicación del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) de Chile. Ediciones Altazor; Universidad Internacional SEK. Imprenta Universitaria. Santiago, 1999.

MUÑOZ PEREZ, José: *La Ilustración americana*. Publicado en: Carlos III y la Ilustración. Catálogo exposición homónima, realizada con motivo de la conmemoración del bicentenario de la muerte de Carlos III. Tomo I. Ministerio de Cultura, España. Lunverg Editores. Madrid, 1989.

NAVARRO, Luis: *Carlos III y América*. En *La América española en la época de Carlos III*. Publicación del Archivo General de Indias y Comisión del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Impresión Ferreira S.A. Sevilla, 1986.

NAVARRO, Luis: Prólogo del libro *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII* de Santiago Lorenzo. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1986.

NEL-LO, Oriol: *Los confines de la ciudad sin confines. Estructura urbana y límites administrativos de la ciudad difusa*. En *La ciudad dispersa. Suburbanización y nuevas periferias*. Editado por Centre de Cultura Contemporànea de Barcelona. Angle Editorial. Barcelona, 1998.

NUÑEZ, Lautaro: *Los primeros pobladores (20.000? a 9.000 a.C.) Culturas de Chile. Prehistoria desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1989

OCAÑA, Diego de: *Viaje a Chile*. Relación del viaje a Chile el año 1600 contenida en crónica de viaje *A través de la América del Sur*. Prólogo de Lorena Loyola; introducción y notas de Eugenio Pereira Salas. Colección escritores coloniales. Editorial Universitaria; Santiago, 1995

O'DONELL, Hugo: *El viaje a Chiloé de José de Moraleda (1787-1790)*. Editorial Naval. Madrid, 1990.

OLABUENAGA, Alicia: Introducción de *Abstract* de David Hume. Editorial Humanitas. Serie Clásicos del Pensamiento. Barcelona, 1983

OLIVERAS, Jordi: *Nuevas poblaciones en la España de la Ilustración*. Colección Arquithesis N° 2. Editado por Fundación Caja de Arquitectos, 1998

OLIVERO Sandra: *Producción y mano de obra en las haciendas jesuíticas del Buenos Aires colonial: La Chacarita y Las Conchas en el siglo XVIII*. Anuario de Estudios Americanos N° 69, Publicación periódica de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla (CSIC). Sevilla 2012

ORTEGA, Oscar; ANDUAGA, Magda; MIRANDA, Carlos; PIROTTE, Silvia; RIQUELME, Fernando y SAHADY, Antonio: *Guía de la arquitectura en Santiago*. Publicación Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. Santiago, 1976

ORTEGA CANTERO, Nicolás: *Entre la explicación la comprensión: El concepto de paisaje en la geografía moderna*. Publicado en Paisaje y Pensamiento. Abada Editores. Madrid. 2006.

ORTEGA CANTERO, Nicolás: *Paisaje e identidad nacional*. Publicado en *Retorno al paisaje. El saber filosófico, cultural y científico del paisaje en España*. Publicación del Programa de Responsabilidad Social Corporativa de EVREN, Evaluación de Recursos Naturales, S.A. Editado por Joan F. Mateu Bellés y Manuel Nieto Salvatierra. Valencia, 2008

ORTIZ, Alfonso: *Visión general de las fundaciones y del urbanismo colonial español en el territorio de la antigua Audiencia de Quito*. Actas Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Editado por Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987.

ORTIZ, Renato: *Otro territorio: Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Publicación del Convenio Andrés Bello. T.M. Editores. Santafé de Bogotá, 1998

OVALLE, Alonso de: *Histórica relación del Reino de Chile*. Edición resumida del original publicado en Roma en 1646. Prólogo de Walter Hanisch. Editorial Universitaria. Colección Escritores Coloniales, Cuarta edición. Santiago, 1993.

OVIDIO: *Las Metamorfosis*. Editorial Porrúa. Séptima edición. México, 1966.

PACIOLI, Luca: *La Divina Proporción*. Editorial Losada. Segunda edición. Buenos Aires, 1959

PALAU, Mercedes: *Chile en las expediciones científicas españolas de los siglos XVIII y XIX*. Publicación del Patronato Nacional de Museos. Museo de América. Madrid, 1976

PALM, Erwin Walter: *Los orígenes del urbanismo imperial en América*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia. México, 1951

PATETTA, Luciano: *Historia de la arquitectura (antología crítica)*. Edición en español del original *Storia dell'Architettura. Antología crítica*. Etas Libri, 1997. RCS Libri e Grande Opere S.p.A. Traducción de Jorge Sainz Avia. Celeste ediciones. Madrid, 1997.

PAZ, Octavio: *El arte de México: materia y sentido*. Prólogo catálogo de la exposición de arte mexicano realizada en Madrid el año 1977; en Obras Completas de Octavio Paz. Tomo 7. Los privilegios de la vista II. Fondo de Cultura Económica. Segunda reimpresión. México, 1997.

PAZ, Octavio: *In/Mediaciones*. Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona, 1981.

PEREZ ROSALES, Vicente: *Recuerdos de pasado*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires. 1971.

POMA DE AYALA Felipe Guaman: *Nueva corónica y buen gobierno*. Editorial Siglo XXI. México, 1980

PONTE, José Ricardo: *Mendoza, la primitiva traza fundacional (1561-62)*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Editado por el Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987.

PRAT GARCIA, José: *Medio milenio del Nuevo Mundo*. Editora Nacional. Colección Cultura y Sociedad. Madrid, 1985.

QUIROGA, Jerónimo de: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. Transcripción del manuscrito original propiedad de la Universidad de Indiana. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1979

RAMA, Angel: *La Ciudad Letrada*. Ediciones del Norte. Hanover. New Hampshire, 1984

RAMIREZ, Juan Antonio: *Edificios-cuerpo. Cuerpo Humano y arquitectura: analogías, metáforas, derivaciones*. Ediciones Siruela. Madrid, 2003.



REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA: *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, 1732.

REPS, John W. *La costruzione dell'America Urbana*. Con introducción de Francesco Dal Co. Primera edición en italiano del título original: *Town Planning in Frontier America*. Princeton University Press. Princeton New Jersey 1965-1969. Franco Angeli Editore. Milán, 1976.

RIESCO, Ricardo: *El espacio en la geografía*. Publicado *El espacio en las ciencias*. Colección Problemas Fundamentales del Hombre. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1982

RISOPATRÓN, Luis: *Diccionario jeográfico de Chile*. Imprenta Universitaria. Santiago, 1924.

RIVERA, José Eustasio: *La Vorágine*. Editorial Zigzag- Santiago de Chile, 1960.

ROA, Armando y TEILLIER, Jorge: *La invención de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago, 1994.

RODRÍGUEZ, José Ángel: *Alexander von Humboldt: urbanismo y desolación. Percepción de los espacios urbanos y de los espacios subocupados de la Venezuela profunda*. Análisis del libro *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente* de Alejandro Humboldt. Segunda edición. Caracas 1991) Ponencia presentada en el coloquio Alejandro de Humboldt en México: Nuevos enfoques de la investigación sobre un personaje multifacético. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, 2003

RODRIGUEZ CASADO, Vicente y PEREZ EMBID, Florentino: *Construcciones militares del Virrey Amat*. Publicación Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Serie 2, N° 13. Sevilla, 1949.

ROJAS MIX, Miguel: *América imaginaria*. Editorial Lumen. Barcelona, 1992.

ROJAS MIX, Miguel: *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. Muchnik Editores. Barcelona, 1978.

ROMERO, Catalina: *Fundaciones españolas en América: Una sucesión cronológica*. Publicada por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) y Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). *La Ciudad Hispanoamericana: El Sueño de un Orden*. Catálogo de Exposición homónima. Madrid, 1989.

ROMERO, José Luis: *La Ciudad Hispanoamericana: Historia y situación*. Facultad de Humanidades y Ciencia. Universidad de la República. Montevideo, 1967.

ROMERO, José Luis: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI editores. Tercera edición. México, 1984.

ROSALES, Diego: *Historia general del Reyno de Chile: Flandes Indiano*. Volumen 2, Edición facsímil del original. Imprenta El Mercurio. Valparaíso, 1877-1878.

ROSALES, Diego de: *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. Prólogo de Alfonso Calderón. Editorial Universitaria; Colección Escritores coloniales de Chile. Santiago, 1969

ROSELLO, V.M: *El catastro romano en la España del este y del sur*. Publicado en *Estudios sobre centuriaciones romanas en España*. Editado por Servicio de Publicaciones Universidad Autónoma de Madrid. Impreso en Artes Gráficas. Valencia, 1974

ROWLEY, George: *Principles of chinese painting*. Princeton University Press. Princeton, 1947

RUBERT DE VENTOS, Xavier: *El laberinto de la hispanidad*. Editorial Anagrama. Colección Argumentos. Barcelona, 1999.

RYKWERT, Joseph: *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el mundo Antiguo*. Edición española del original *The idea of a town*. Prólogo de Rafael Moneo. Editorial Blume. Madrid, 1985.

SALCEDO, Jaime: *El modelo urbano aplicado a la América española: Su génesis y desarrollo teórico práctico*. En Estudios sobre urbanismo iberoamericano. Siglos XVI al XVIII. Publicación de la Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. Sevilla, 1990.

SAMBRICIO, Carlos: *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. Ministerio de Obras Públicas y Transportes. Instituto del Territorio y Urbanismo. Centro de Publicaciones del Ministerio de Obras Públicas y Transportes (MOPT). Madrid, 1991

SANCHEZ, Alfredo y MORALES, Roberto: *Las regiones de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago, 2004.

SANCHEZ, Jorge: *Gran atlas de Chile. Histórico, geográfico y cultural*. Editorial Turiscom. Santiago, 2004

SANTA MARIA: Rodolfo: *Arquitectura del siglo XX en el centro histórico de la ciudad de México*. Ediciones Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. México, 2005

SARTOR, Mario: *La città e la conquista*. Casa del Libro Editrice. Roma, 1981

SERES, Guillermo: *La conquista como épica colectiva*. Colección Biblioteca Crítica de las literaturas Luso-Hispánicas N°15. Universidad de Minnesota. Ediciones del Orto. Madrid, 2005.

SERVICIO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO DEL EJÉRCITO: *Cartografía de Ultramar*. Cuatro volúmenes. Madrid 1949-1958

SHACKLETON, Robert: *La Ilustración: El mundo de las ideas*. Publicado en *El siglo XVIII. Europa en la época de la Ilustración*. Volumen 9 de la Colección Historia de las Civilizaciones, dirigida por Alfred Cobban. Edición española de *The Eighteenth Century*. Editorial Labor-Alianza Editorial. Madrid, 1989.

SICA, Paolo: *Historia del Urbanismo. El Siglo XVIII*. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L.) Edición en español del título original *Storia dell'Urbanistica. Il Settecento*. Laterza & Figli Spa. Roma-Bari 1979. Traducción Joaquín Hernández Orozco. Madrid, 1982.

SILVA, Osvaldo: *Atlas de Historia de Chile*. Colección Imagen de Chile. Editorial Universitaria. Cuarta edición. Santiago, 1992.

STEENBERGEN, Clemens y REH, Wouter: *Arquitectura y paisaje. La proyectación de los grandes jardines europeos*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona, 2001.

SUAREZ, Virgilio: *La ciudad iberoamericana, el caso de Santa Cruz de la Sierra*. En Actas del Seminario *La Ciudad Iberoamericana*, organizado por el Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU). Publicado en *La Ciudad Iberoamericana*. Editado por el Centro de Publicaciones, Secretaría General Técnica del MOPU. Madrid, 1987.

SUBIRATS, Eduardo: *El continente vacío*. Siglo XXI Editores. México, 1994.

TAMPE, Eduardo: *Tres siglos de misiones en Chiloé*. Editorial Salesiana. Santiago, 1981.

TAULLARD, A: *Los planos más antiguos de Buenos Aires. 1580-1880*. Pevsner Editores. Buenos Aires, 1940.

TELLEZ, Germán: *Crítica e Imagen*. Editorial Escala. Colección Arquitectura. Bogotá, 1977

THAYER OJEDA Tomás. *Santiago durante el siglo XVI. Constitución de la propiedad urbana i noticias biográficas de sus primeros pobladores*. Imprenta Cervantes Santiago de Chile. Santiago, 1905

THOMAS, Hugo: *El imperio español de Colón a Magallanes*. Sexta edición del título original *Rivers of gold. The rise of the Spanish Empire*. Phoenix, London, 2003. Editorial Planeta Historia y Sociedad. Barcelona, 2001

TODOROV, Tzvetan: *La conquista de América. El problema del otro*. Novena edición en español con traducción de Flora Botton. Siglo XXI editores. México, 1992

TORRES BALBAS, Leopoldo: *Las ciudades de la España cristiana*. Publicado en *Resumen histórico del urbanismo en España*. Instituto de Estudios de Administración Local (I.E.A.L). Madrid, 1987

TREBBI DEL TREVIGIANO, Romolo: *Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI-XIX*. Editado por Departamento Editorial de la Vicerrectoría de Comunicaciones, Pontificia Universidad Católica de Chile. Impresores Vicuña. Santiago, 1980

TRIAS, Eugenio: *Lógica del límite*. Ediciones Destino. Impresión Limpergraf, Barcelona, 1991.

TOUSSAINT, Manuel: *Arte colonial en México*. Publicado por Universidad Autónoma de México U.N.A.M y el Instituto de Investigaciones Estéticas. Madrid, 1983

URBINA, Rodolfo: *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*. Ediciones. Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1983. Existe una segunda edición del año 2012.

VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de relación de la conquista de Chile*. Colección Escritores Coloniales. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1992.

VANCOUVER, Jorge: *Viaje a Valparaíso y Santiago*. Texto parcial de los viajes alrededor del mundo de Jorge Vancouver, ordenados por el rey de Inglaterra en 1790, 1791, 1792, 1793, 1794 y 1795. Traducción de Nicolás Peña de una edición francesa de 1799. Imprenta Mejía, Santiago de Chile, 1902

VESPUCIO, Américo: *Cartas de viaje*. Carta del 18 de julio de 1500, dirigida a Lorenzo de Médici. Introducción y notas de Luciano Formisano. Alianza Editorial. Madrid, 1986.

VESPUCIO, Américo: *El Nuevo Mundo, Viajes y documentos completos*. Carta del 4 de junio de 1501 dirigida desde Cabo Verde a Lorenzo Pier Francesco de Médici, en Florencia. Traducción de Ana María R. de Aznar. Ediciones Akal. Madrid, 1985.

VICUÑA, Manuel: *La imagen del desierto de Atacama (XVI-XIX). Del espacio de la disuasión al territorio de los desafíos*. Colección Humanidades. Ensayos. Editorial Universidad de Santiago. Santiago, 1995.

VILA, Soledad: *La ciudad de Eiximenis: Un proyecto teórico de urbanismo en el siglo XIV*. Diputación Provincial de Valencia. Valencia, 1984.

VILABOA, Wilma; SCHIAPPACASSE, Gino y PEREZ, Jaime: *La fragmentación del territorio y su incidencia en la arquitectura de una región*. Investigación inédita. Universidad del Bío Bío. Facultad de Arquitectura. Concepción, 1983.

VILCHIS, Jaime y MAZUECOS, Antonio: *Expediciones botánicas españolas en el siglo XVIII*. Publicado en *Ciencia y Técnica entre Viejo y Nuevo Mundo. Siglos XV-XVIII*. Editado por Sociedad Estatal Quinto Centenario y Ministerio de Cultura de España. Lunwerg Editores. Madrid, 1992.

VILLALOBOS, Sergio; SILVA, Osvaldo; SILVA, Fernando y ESTELLÉ, Patricio: *Historia de Chile*. Tomo 2. Edición 15ª basada en la primera de 1974. Editorial Universitaria. Santiago, 1991.

VITRUVIO, Marco Lucio: *Los diez Libros de la Arquitectura*. Editorial Iberia. Barcelona, 1997

VIVES AZANCOT, Pedro: *La ciudad iberoamericana: Expresión de la expansión ultramarina*. Publicado en *Historia Urbana de Iberoamérica. La Ciudad Iberoamericana hasta 1573*. Tomo I. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional del Quinto Centenario, Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes. Editorial Testimonio. Madrid, 1987.

WAISMAN, Marina: *El interior de la historia*. Talleres Litográficos de Escala. Colombia, 1990.

WITTGENSTEIN, Ludwig: *Tractatus Logico-Philosophicus*. Editorial Altaya. Colección Grandes Obras del Pensamiento. Barcelona, 1994.

YLLAN, Esperanza: *Los aspectos internacionales en la política colonial americana de Carlos III*. En *La América española en la época de Carlos III*. Publicación Instituto de Cooperación Iberoamericana, Consejería de Cultura Junta de Andalucía, Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento de América, Ayuntamiento de Sevilla y Diputación Provincial de Sevilla. Sevilla. Impresión Ferreira S.A. Sevilla, 1986.

ZAPATERO, Juan Manuel: *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*. Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación y Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid, 1979.

ZAPATERO, Juan Manuel: *Dos ejemplos de fortificaciones españolas en la exposición de Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas*. Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU). Madrid, 1985